Reinas de Corazones 1

VERÓNICA MENGUAL

A un SUSPIRO de TI

Reinas de Corazones 1

VERÓNICA MENGUAL

A un SUSPIRO de TI

A UN SUSPIRO DE TI

ASIN: B0BZMMR23W
Sello: Independently published
Primera edición, octubre de 2023.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Corrección: Ainhoa González.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

A UN SUSPIRO

DE TI

Serie Reinas de corazones 1

Verónica Mengual

Cuando la fascinación por las mujeres indómitas se convierte en historia,
nacen manuscritos como este.
Espero que disfrutéis de esta gran y peculiar dama.
Althea Marriott se negó a ser una más, incluso en mi mente.
Dedicada especialmente a todas las que recibieron apoyo en sus peores momentos.
A todos los que ofrecieron ayuda… aunque fuese con condiciones.
¡Empecemos!

Sinopsis

Althea Marriott es una mujer noble a la que verdaderamente pocos conocen, y a sus treinta y dos años se enfrenta a la muerte. No se trata de ninguna enfermedad o un asunto que le produzca una tristeza inmensa como para hacerla morir de pena. En absoluto. Es algo más complicado que eso, porque alguien la quiere ver enterrada bajo tierra.

Su mayor secreto puede haber salido a la luz, lo que implicaría haber molestado a algunos hombres que consideran que las damas no merecen disfrutar de los privilegios que únicamente les están destinados a ellos.

Más que nunca, Althea necesita a un aliado, a alguien que entienda de enemigos y que la ayude a averiguar la identidad del villano. Él es el único en quien puede confiar, el problema es que años atrás no lo valoró lo suficiente y tal vez la mande a paseo cuando le pida su ayuda, especialmente porque a ese apuesto duque lo dejaron plantado en el altar.

Una nueva serie está a punto de empezar de la mano de Verónica Mengual. Una autora a la que le gusta arriesgarse con sus historias de Regencia. Althea será el eje transversal en Reinas de corazones, con ella llegan más aventuras que no sospecháis, que os harán estremecer el corazón y suspirar de emoción.

Bienvenidas una vez más al hogar del amor, el humor, los giros y la pasión de Mengual. ¿Comenzamos?

Aclaración personal:

Esta serie no está pensada para mujeres tradicionales que no se atrevan a desafiar las convenciones sociales. En realidad ninguno de mis libros lo está… Es mi peculiar ficción. Los Disolutos eran pecadores que no iban a misa, sino a orgías, hasta que cayeron en las fauces del amor… e incluso después, seguían disfrutando del sexo sin sonrojarse, aunque solo con sus amadas, por supuesto.

Pero con Althea voy a rizar el rizo y necesito libertad para hacerlo, no será nada descabellado, pero sí un poco más innovador. Por eso os digo que si no tenéis una mente abierta y os escandalizáis con facilidad o censuráis todavía con más facilidad la innovación, tal vez este no sea un libro para vosotras.

No se trata de situaciones bisexuales, o trans, o lo que se os esté pasando por la cabeza, solo de una mujer muy particular que ayuda a otras y desea más, mucho más de lo que se le ofrece.

Aquí la lujuria entre quienes se aman estará a la orden del día. Aunque en verdad la mayoría ya sabéis quién soy, lo que me gusta escribir, y posiblemente no hubiese sido necesaria esta acotación, prefiero hacerla.

Como siempre habrá mucho amor, eso es indiscutible. Ahora sí, si has decidido quedarte, querida mía, entremos en materia de una buena vez.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Brighton, Inglaterra, 1818.

Althea Marriott estaba montando a Snake como si la vida le fuese en ello… porque en verdad su seguridad dependía de su pericia como amazona.

La joven echó la vista hacia atrás una fracción de segundo para ver si tenía suficiente ventaja todavía. No. Los dos esbirros que trabajaban para su esposo estaban ganando terreno en la persecución.

—Vamos, Snake —le susurró a su fiero corcel—, solo un poco más. Necesito que me ayudes a escapar, por favor.

El caballo pareció entender la súplica que radicaba en la voz de su amazona y apretó el paso.

Haber salido a toda prisa de Wins Manor robándole una fortuna en joyas y dinero a su esposo, les daba un gran objetivo a los dos villanos que la perseguían, pues serían gratamente recompensados si la apresaban.

Si llegaba hasta Brendan Sallow estaría salvada. Sallow era otro de los secuaces del conde de Wins, pero ella había logrado llegar hasta él, y ese hombre grande y gruñón la protegía.

Un carruaje la aguardaba no muy lejos de su posición, en una posada. La condesa de Wins había enviado allí a su doncella, quien en los últimos dos años se había convertido en mucho más, porque Morgan Pusset había sido el paño de lágrimas sobre el que lloraba cuando parecía que el mundo se iba a acabar. Su amiga. Su compañera. Y en realidad eso era lo que estaba a punto de ocurrir, su vida pendía de un hilo puesto que su esposo pensaba asesinarla porque no era capaz de darle un heredero. Dos años había ocultado a todo el mundo el maltrato de Wins. No podía más.

Dos años de tortuoso matrimonio, con grandes discusiones ya era lo suficientemente malo, pero conspirar para hacerla desaparecer del mapa… ¿Dónde quedaba aquel apuesto y encantador conde que conquistó su corazón con un cortejo de lo más adorable? ¡Mentira! Todo una gran mentira para lograr hacerse con la extravagante dote que el padre de Althea, el duque de Kingsland, había colocado sobre su única hija.

Su bendito padre la había casado cuando apenas cumplió los dieciocho años con un hombre que creía que la cuidaría y la protegería, pero Wins no solo la había engañado a ella, sino que al duque también. Y pensar que Althea dejó de lado a otro pretendiente que valía cien veces más que Wins… No era momento de recordar el pasado, sino de sobrevivir al presente para alcanzar el futuro.

Hacía poco que su adorado padre había fallecido y estaba sola, sin hermanos, sin madre, sin ninguna otra familia que la pudiese amparar. El título de su familia había revertido a la Corona y en algún momento el Regente se lo otorgaría a alguien que hiciese algo heroico por el reino. Incluso la fortuna no vinculada al título que le legó su padre había pasado a las arcas llenas del despreciable Wins. Maldijo a su esposo cuando le comunicó alegremente la muerte de su padre, haciendo alarde de cómo aumentaría su riqueza cuando lo incorporase todo a su patrimonio como conde.

¡Maldito Wins! Dos años de matrimonio siendo desgraciada, sin tener la suficiente valentía para escapar… Pero eso se había acabado. Althea podía contar con la lealtad de dos grandes personas que la iban a ayudar a escapar.

Brendan Sallow, Morgan Pusset y ella misma tenían un plan sólido. Lo malo era que la joven condesa jamás fue capaz de seguir al pie de la letra una sola indicación y por eso tuvo que vestirse de lacayo cuando estuvieron lejos de Wins Manor y regresar a casa para llevarse un buen botín.

La fuerza de Sallow, un hombre que se había criado en los barrios bajos de Londres, y la inteligencia de Pusset, cuyos orígenes continuaban siendo un misterio, no eran suficiente para poder sobrevivir, estaba en manos de Althea aportar el dinero que les garantizaría no tener que malvivir mientras huían de Wins.

Althea había hecho su elección cuando decidió abandonar a su cruel esposo y lo que estaba por venir era una vida de silencios, de discreción, de valentía y especialmente de peligro. El conde jamás dejaría de perseguirla mientras estuviese viva. Él había elegido a una nueva candidata para ser su condesa y Althea era el único impedimento para los malvados intereses de su esposo.

Maldito fuese su tierno corazón que se derritió con las sonrisas y bonitas palabras del conde cuando la cortejó. Él no era nada más que una farsa, una mentira envuelta en un rostro cálido y una apariencia angelical que la había seducido y engañado como si fuese el mismísimo Lucifer. Tal vez más maligno que el propio Ángel Negro.

Azuzó su montura y agradeció el hecho de llevar pantalones para poder montar con fuerza al caballo que su padre le había regalado por su boda.

Su matrimonio envenenado. Althea se había casado dos años atrás

siendo una novia dichosa, hermosa, con una gran sonrisa llena de amor por su esposo. Apenas una semana después del enlace, Wins comenzó a mostrar su verdadero carácter. Autoritario, duro, desagradable, insultantemente despreciable. Cuando tres meses después de la boda, ella seguía sin indicios de poder darle un hijo… —gracias a Dios por eso—, la cosa comenzó a complicarse. En realidad había sido un milagro haber sobrevivido veinticuatro meses de auténtico tormento.

—¡No puede huir, condesa! —le gritó Abe Marlow, el segundo hombre al mando de los asuntos turbios del conde. Era el segundón porque Brendan Sallow siempre había sido quien se ocupaba de lo delicado. Gracias al cielo por haber logrado trabar una buena amistad con Brendan, porque necesitaba a un tipo como él en el viaje que estaba a punto de emprender. Morgan y ella lo precisaban a su lado.

Aunque tal vez no llegase demasiado lejos, porque los dos hombres de su esposo estaban ya pegados a su lado. Ella se negaba a perecer sin pelear.

Cuando Abe trató de quitarle las riendas de Snake, Althea dirigió la fusta que llevaba en la mano hacia el rostro de ese desgraciado. Le dio de pleno en la mejilla derecha, ella, sin dejar de trotar sobre el excelente animal que la sostenía, miró al secuaz de Wins y lo obsequió con una sonrisa cuando vio la sangre brotar de la herida. Si el presente día era el momento en que la hija del duque de Kingsland moriría, lo haría peleando, hasta su último aliento. Nunca más se mostraría débil ante nadie. Haría una salida triunfal del mundo que Dios había creado. Enfrentarse a los plebeyos que trabajaban para Satanás sería su contribución al bien mayor, pese a que el hecho de vencerlos no estuviese sobre la mesa. Lucharía.

El mismísimo duque de Wellington estaría orgulloso de ella, porque si los terrenos de Brighton iban a convertirse en su batalla de Waterloo, ella haría que resonasen los tambores de la cruzada con fuerza.

Abe, cansado de jugar al cazador paciente, se tiró sobre la condesa mientras emitía un gran grito de guerra.

Ambos rodaron por el suelo mientras sus respectivas monturas transitaban desbocadas sin jinete. El segundo hombre que acompañaba a Marlow bajó de un salto de su caballo y ayudó a Abe a reducir a *lady* Wins.

La caída la había dejado sin respiración. Golpear el duro suelo la hizo gritar con fuerza debido al dolor. Un reguero de sangre le nublaba la visión del ojo derecho, posiblemente por un feo corte producido en la ceja. Buscó el puñal con empuñadura de madreperla que tenía sujeto en el interior de la bota alta izquierda, pero Abe le retuvo de inmediato las manos, por lo que ella no pudo llegar a

realizar la acción defensiva.

El aliento fétido de Abe le dio arcadas. El malvado figuraba sobre su cuerpo, mientras le sostenía los brazos sobre su cabeza. Fergus Down estuvo de inmediato a su lado. No había que ser un gran genio para determinar lo que vendría a continuación. La usarían antes de terminar el trabajo que su esposo les había encomendado. Las manos de Fergus ya estaban haciendo presión en sus pies para sujetarla.

—Os creéis muy valientes, pero sois un par de cobardes sin alma al servicio de un monstruo —les dijo, para luego acabar su afirmación escupiendo sobre el rostro de Abe. Pero el maldito, en vez de limpiarse, llevó su lengua hasta donde había un rastro de saliva y engulló lo que ella le había lanzado.

—Nunca he estado con una dama de la alta sociedad, al fin sabremos lo que siente el traidor de Brendan. Debes ser muy buena si él ha decidido arriesgarse a la furia de Wins. —Una sonrisa que mostró sus dientes putrefactos se torció en el rostro—. Aunque tu agujero debe sentirse como el cielo y bien podría valer la pena… Pronto lo descubriremos, ¿no te parece, Fergus?

—¡Empieza de una vez para que acabemos el trabajo! —lo urgió el segundo hombre, ansioso por lo que venía a continuación.

La condesa cerró los ojos. El fin. Un fin más horrible que perecer a las manos de su esposo. Moriría sin conocer la felicidad, sabiendo que su vida había sido un camino lleno de decepción, de engaños, de mentiras.

—Yo creo que hay tareas más honradas que la que os proponéis. —Se escuchó desde atrás una voz gruesa que Althea no reconoció.

La condesa aprovechó el momento de desconcierto para moverse, levantó una rodilla hacia la entrepierna del captor que no le permitía respirar con normalidad. ¡Acertó! Y sin embargo no logró mover ni un ápice a Abe, puesto que no le dio con la suficiente fuerza.

Pudo hacerlo porque Fergus le había soltado las piernas para sacar una pistola de la chaqueta, pero el muy estúpido recibió un tiro en la cabeza antes de poder apuntarle al desconocido.

Althea miró por encima del hombro de su captor. Vio a un hombre alto, con el cabello oscuro y húmedo, de grandes ojos que se habían oscurecido por la emoción de la reyerta sosteniendo un par de pistolas.

¡Cielos! Él iba ataviado con unos finos pantalones y su impresionante pecho vigoroso estaba al descubierto. Althea supuso que posiblemente él había estado en el lago refrescándose cuando se escucharon los cascos de los caballos tronando a causa de la persecución.

¿Sería su salvador o un nuevo villano al que enfrentarse? Althea había aprendido a desconfiar de todo el mundo, en especial del género

masculino.

El desconocido amartilló la pistola.

—Puede correr la misma suerte de su compañero si lo desea… Dos contra uno no es algo justo, así que… Usted decide sobre su destino.

La joven condesa escuchó una maldición digna de una rata de alcantarilla como lo era Abe. Luego, al fin sus pulmones pudieron inhalar oxígeno con libertad. El secuaz de Wins la había dejado libre y se disponía a levantarse con las manos en alto.

—Esto no le incumbe, es una ladrona a la que íbamos a mostrarle el significado de la justicia. Siga su camino —le recomendó el maldito al desconocido.

Los ojos del recién llegado se cruzaron con los de ella. Vio sorpresa en su rostro al descubrir que era una mujer disfrazada de lacayo.

—¿Eso es así? —preguntó quien sostenía las pistolas en alto.

—No es un robo cuando se reclama lo que por derecho me pertenece. Lo que tengo en mi poder me fue sustraído en primera instancia —razonó ella todavía desde el suelo, mientras trataba de incorporarse. El dinero y las joyas eran suyas.

Hubo unos pocos segundos de silencio. Al desconocido le parecieron más fiables las palabras de la pequeña farsante que las del otro tipo.

—Tal y como yo lo veo sus acciones le condenan —le espetó a Abe el hombre sin camisa.

—Se está metiendo en problemas y no tiene la menor idea de la envergadura de las consecuencias de su intervención —lo avisó el secuaz de Wins.

—¿Es una amenaza? —lo retó el desconocido.

—¿Se atrevería un hombre a amenazar a otro que sostiene una pistola en la mano? —Abe permanecía sereno.

—Son dos. Sigues sin saber contar —precisó Althea, quien avanzó hasta el villano y le propinó una bofetada con toda la fuerza que fue capaz de reunir.

Tras la acción, la respuesta del otro fue la de mover el puño para devolverle la afrenta a la condesa.

—Yo en su lugar lo meditaría bien. Una bala podría salir de mi arma —lo frenó el tercero en discordia. Eso consiguió que Abe gruñese.

La condesa miró al maldito a los ojos con furia y luego le espetó:

—No eres ni la mitad de hombre que él, con un gruñido él es capaz de congelar el infierno. —El malhechor sabía que la condesa se estaba refiriendo a Brendan Sallow, su protector, el guardián en cuyas manos había puesto su vida.

—Ahora siga su camino si no quiere acabar como su amigo. —El hombre de aspecto fiero estaba invitando a Abe a marcharse, pero ella

sabía que no lo haría.

—Por supuesto, sería un tonto si no lo hiciera —dijo pacíficamente el malvado.

Althea se preparó, Abe nunca se alejaría sin presentar batalla. No en vano era el segundo mejor de los esbirros con los que contaba su esposo. Se movió a un lateral y se agachó con discreción para buscar el puñal. Lo siguiente que ocurrió fue que Abe bajó las manos, caminó un trecho, se sacó de la manga una pistola y se dio la vuelta dispuesto a disparar. Ella levantó el puñal y lo lanzó. El objeto hizo diana en un hombro, pero eso no evitó que el arma fuese disparada.

El desconocido también había respondido al fuego, la bala del otro hombre impactó un poco más arriba del puñal y Abe comenzó a correr, al ver que el salvador de la condesa iniciaba el camino para ir tras sus pasos.

—No pierda el tiempo, déjelo ir. Es suficiente castigo, pues su brazo ha quedado destrozado, no volverá a poder usarlo con facilidad —le sugirió *lady* Wins mientras se acercaba hasta él.

El desconocido la miró y asintió.

—¿Es usted peligrosa? —preguntó con cierta cautela.

Ella sonrió de lado.

—Me gustaría serlo mucho más —alegó con sinceridad.

—Bien. Al menos es franca. ¿Quién es usted?

—No le conviene conocer mi identidad.

—Tal vez sea más peligrosa de lo que parece —musitó, más para él que para ella.

—Le debo la vida a usted, así que no haría nada para ponerle en peligro. Lo que ha hecho no lo hubiese esperado de un hombre, menos de un desconocido. Estoy en deuda con usted —le dijo con sinceridad.

—Bien —repitió—. Porque no sé lo que tardaré en perder la fuerza.

—¿Por qué…? —comenzó a preguntar. La vista de él bajó hasta su cadera y Althea vio que sus lujosos pantalones tenían una mancha oscura en el lugar.

Suspiró. Otra complicación más que añadir a la lista.

—¿Puede caminar? —Althea echó en falta la presencia de Brendan, era el que se solía ocupar de todo.

—No por mucho tiempo. —Él era fuerte y robusto, pero no lograría ceder al dolor. La punzada era grande, por suerte la bala de plomo que le atravesó la carne no era voluminosa.

—¿Su ropa? —inquirió ella. Él movió la cabeza hacia un sitio cercano tras unas rocas. Efectivamente, el trío lo había interrumpido en su apacible baño.

Althea afirmó con la cabeza, se movió hacia el lugar, cogió las cosas de él y luego procedió a emitir un gran silbido. Confiaba en que Snake no estuviese demasiado lejos y pudiese escucharla.

—¿Qué hace?

—¿Dónde está su montura? —preguntó la joven.

El desconocido movió la cabeza hacia el otro lado donde había estado hasta hacía poco su ropa. Su caballo no figuraba ahí.

—Debe de haberse espantado con los tiros…

—Recemos para que el mío ande cerca. —Entornó los labios y lanzó un nuevo silbido, esa vez de modo más enérgico que la anterior.

Él se tambaleó y Althea estuvo ahí de inmediato para socorrerlo. Lo ayudó a adecentarse. Le pasó la camisa de batista blanca por la cabeza y la abotonó aprisa, lo asistió para ponerse el chaleco bordado en hilo de oro sobre fondo azul oscuro y luego le colocó la chaqueta. Debería darse por satisfecho porque no tenían tiempo que perder para vestirlo con más elegancia, aunque sus ropas fueran de lo mejor que un hombre podría encontrar en Bond Street. Ella intuía que su salvador no era un simple mortal. Como poco, tenía fortuna. Y honor, mucho honor para meterse en una pelea que le había costado su integridad.

Le pasó una mano sobre los hombros, con el fin de estabilizarlo, cuando lo escuchó quejarse y moverse de nuevo hacia el lado en el que no había recibido un tiro. *Lady* Wins sintió cómo él la olfateó con fuerza cuando la tuvo bien sujeta. Ella iba a servirle de bastón.

—Hueles a rosas. —Cambió a la informalidad debido a las nuevas circunstancias que se cernían ante ambos. Estaba abrazándola, aunque era más por placer que por necesidad. No, no, era por necesidad, se dijo a sí mismo—. Han dicho que eres una ladrona, tu dicción es perfecta, mucho más que la del indeseable que se ha atrevido a dispararme…

—Abe —lo interrumpió— es un farsante que cree que por vestir ropa cara será más de lo que en realidad es. No se deshará de todo el hedor a mugre que desprende ni aunque se bañase en agua de rosas cada día durante el resto de su vida.

—¿Quién eres?

—La mujer a la que le ha salvado la vida —observó llena de reconocimiento.

Él le sonrió. Lo observó con atención, una sonrisa perfecta, amable, con unos labios gruesos, perfectamente formados.

—No lo he hecho tan bien si estás herida. —Su salvador levantó una mano y trató de limpiar la sangre que corría por su rostro. El instinto de Althea le hizo separarse al momento y esquivar el gesto—. Te han herido antes… —musitó al ser consciente de su reacción.

—Mucho —susurró.

—Lo siento.

—Creo que vamos a tener que andar… —Las palabras de la condesa quedaron suspendidas en el aire. Snake estaba avanzando hasta la pareja—. Por fin un poco de suerte.

—¿Te han dicho alguna vez que eres preciosa? —preguntó él, mientras se quedaba admirando a la mujer que olía a rosas y que todavía lo sostenía con su cuerpo para evitar que cayese al suelo.

No mentía. Tal vez fuese producto de la pelea, de la pérdida de sangre, o ese aroma tan característico que la desconocida desprendía, pero los ojos avellana, profundos, teñidos de ira y determinación lo habían fascinado. Su pelo revuelto era otra obra de arte. Color cobrizo, con hebras anchas que con la luz del sol de la mañana se veían como el fuego.

—No me ha servido de nada esa cualidad. Me hubiera ido mejor si la desconfianza me hubiese acompañado desde que nací. La belleza es poco productiva y solo está en los ojos de quien observa.

—¿Qué quieres decir? ¿No te consideras bonita?

Ella suspiró. No. No lo era en absoluto. Era una mujer corriente cuya mayor tentación para el género opuesto había residido en la posición y riqueza de su padre.

—Espero que pueda ayudarme a subirlo sobre Snake y no se desmaye hasta que esté sobre los lomos de mi caballo, porque no creo que pudiese cargar con usted si se desploma. Es demasiado pesado.

El desconocido emitió una risotada.

—Nunca he tenido queja alguna sobre mi aspecto.

—Pues acaba de recibir la primera. —Ella estaba segura de que ninguna mujer le habría reprochado poseer un cuerpo perfecto.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar. No conocía a muchachas capaces de montar un caballo del modo en el que la había observado hacerlo antes de ser derribada. Tampoco a mujeres que se atreviesen a plantarle cara a dos malditos bastardos como los que la perseguían.

—La mujer que va a ocuparse de pagarle lo que le debe —pronunció con firmeza.

—¿Me debes algo?

—La vida. Mi deuda con usted es una que no hubiese deseado contraer pero que jamás será olvidada —insistió, como si fuese una promesa eterna.

Él comprendió que no iba a desvelarle su nombre. Era evidente que estaba huyendo de algo, de alguien. No importaba, tenía tiempo para averiguar la identidad de esa rara flor del campo.

Lo ayudó a montar sobre Snake.

—Detrás de mí —le ordenó él cuando la vio decidida a ir delante.

—No va a poder sostener las riendas de Snake, yo tendré que comandarlo. Estoy segura de que no es un hombre que ceda el mando, pero…

—Me desmayaré más pronto que tarde, así que te convendrá que esté delante y me tienda sobre el cuello del animal. Trata de no dejar que me caiga. ¿Entendido?

Ella asintió. Él le tendió la mano y de un salto se colocó tras la poderosa espalda del desconocido, a quien le había cedido la silla de montar.

Si había un Dios justo y misericordioso, le permitiría llegar hasta la posada donde Brendan y Morgan estarían aguardándola. Les había dejado una nota explicándoles sus planes, pues Althea se había escabullido cuando todavía no había amanecido para ir a buscar dinero y joyas. Presentes de su padre, una herencia que, si la ley inglesa fuese justa, le hubiera correspondido a ella y no a su esposo.

Emprendió la marcha y se maravilló con el aguante de él. Perdió el conocimiento justo cuando llegaron hasta los pocos metros que faltaban para alcanzar la puerta de la posada, donde a ella ya la estaban esperando sus dos compinches con cara de pocos amigos.

—¿Dónde demonios estabas? —ladró Brendan sin ceremonias. Se conocían lo suficientemente bien como para hablar sin tapujos, de modo directo.

—¿No visteis mi carta? —preguntó la condesa.

Por supuesto que Brendan la había leído, maldecido y luego destruido con furia.

—¿Quién es? —interrogó Morgan al ver que *lady* Wins tenía sujeto a un hombre inconsciente sobre Snake.

—Me ha salvado la vida. Abe le ha pegado un tiro.

Vio al señor Sallow pasarse las manos por el cabello después de examinar al herido.

—Me pediste que te protegiera, que te cuidase… ¿Cómo voy a hacerlo si no sigues mis indicaciones? ¿Qué haremos con él? Uno no pasa desapercibido si tiene que entrar en una posada cargado con un hombre de finos ropajes. Él traerá problemas.

—No podía dejarlo atrás —se excusó Althea con Brendan—. Le debo la vida. Abe y Fergus pretendían… Logré conseguir lo que necesitaba en Wins Manor. —Ella se tocó el bolsillo interior de su chaleco. Luego se quitó de un zarpazo la librea de lacayo y la arrojó al suelo con furia al recordar lo que acababa de vivir—. Llegué lejos, pero me cazaron y él evitó que Abe y Fergus… que…

—Que te matasen o algo peor —supuso Morgan.

Dos años habían logrado que hubiese camaradería y confianza entre esas dos mujeres. Dos años custodiando a Althea habían conseguido también que Brendan, quien hablaba poco y se limitaba a desempeñar las órdenes de quien había sido su patrón hasta que huyeron, sintiese respeto, admiración y una gran fraternidad por la dama a la que su esposo le había ordenado custodiar como un halcón desde que se casaron. Althea se le coló bajo la piel y él estuvo perdido. Lo mismo le sucedió a Morgan.

—¿Y de quién es la culpa, condesa? —preguntó con enfado

Brendan.

—Necesitábamos lo que fui a buscar. Nos dará ventaja. —Estar bien provistos de fondos los haría menos vulnerables cuando el conde enviase a sus hordas tras los tres.

—Maldito infierno… —se quejó el señor Sallow, mientras ayudaba a Morgan y a la condesa a bajar al desconocido.

—¿Qué haremos con él?

—Lo dejaremos en la posada, nos aseguraremos de que reciba los cuidados oportunos y nos iremos… —dijo convencida Althea.

—No podemos demorarnos más. Tu escapada nos ha hecho perder un tiempo valioso. Tu marido habrá sido informado del robo y no tardará en…

—Sé lo que hará Wins —la cortó—. Maldecirme y enfurecerse porque yo haya interrumpido sus placeres en Londres una vez más. —Allí era donde él estaba mientras ellos huían, creyendo que pronto sería un alegre viudo—. Tenemos al menos un par de días. Él —dijo en dirección al hombre que portaba sobre los hombros Brendan— le devolvió el tiro a Abe. Y yo le clavé un puñal, necesitará también unos días de reposo… y…

—No puedes hablar en serio —razonó Morgan suponiendo lo que iba a plantear la condesa.

—Le debo la vida… —susurró Althea mientras se mordía el labio inferior—. No puedo dejarlo atrás sin saber que…

—Si tú pereces, tu amigo no habrá hecho nada heroico al final —puso de manifiesto Brendan, haciendo alusión a que el desconocido había arriesgado su vida por la de la condesa, pero que el hecho no serviría de nada si los descubrían. Era imperativo poner rumbo a Italia. Sicilia era su meta. Allí emprenderían una nueva vida, lejos de la maldad de su esposo, de sus maltratos, de su ira. De él.

—No es mi amigo.

—Es un hombre apuesto y espectacular —señaló Morgan—. Tal vez ella pretende llevárselo de viaje… —le dijo con diversión a Brendan.

—No seas frívola, Morgan —la reprendió *lady* Wins—. No quiero saber nada de los hombres, nunca en mi vida —dijo con convencimiento—. Lo que le debo a este desconocido va más allá de la gratitud, la amistad o el amor. Arriesgó su vida sin necesidad de hacerlo. Debo asegurarme de que no muera por mi causa —zanjó la condesa el asunto.

—Maldito infierno… —susurró Sallow antes de entrar en la posada y ponerlo todo patas arriba.

El trío era consciente de que no podría dedicarle más de dos días al desconocido que agonizaría en la cama cuando la fiebre apareciese.

Y así fue. Althea estuvo velando su sueño, pendiente de él en todo momento cuando el médico intervino y dijo que había hecho todo lo

que estaba en sus manos. Salir de las tinieblas solo dependía de su salvador. La condesa se juró que haría todo lo que estuviese en sus manos para ayudarlo a regresar al mundo de los vivos. Un hombre así tenía mucho que vivir, que lograr, que hacer. No podía perderse entre los muertos. Él valía mucho. Althea lo intuía.

Así fue como Morgan y Brendan capitularon y decidieron tentar más de la cuenta a la suerte, puesto que aguardaron los dos días que la condesa había pedido para cuidar de él. Dos jornadas interminables en las que se ocupó de todo lo relacionado con su salvador. No importaba conocer su identidad, su nombre o sus orígenes, él había demostrado la clase de persona que era con un gesto sencillo, posiblemente no demasiado épico, pero que supuso una gran hazaña para la mujer a quien salvó sin que nadie se lo hubiese pedido.

Con la llegada de la tercera mañana, Althea lo vio abrir al fin los ojos. Se veía débil, desconcertado. No era para menos después de lo que le tocó vivir sin buscárselo.

—¿Quién eres? —preguntó al verla ante él pasándole un paño húmedo por la frente. El herido le tomó la mano y se la llevó a los labios—. ¿Acaso un ángel que me ha mantenido anclado a la vida?

Ella le sonrió y con discreción se liberó de su agarre.

—No soy más que una simple mujer. Una que ha saldado una deuda. No creí conocer nunca a un hombre al que se lo debería todo, y sin embargo lo he hecho. Te deseo la mejor de las suertes. La mereces —señaló enigmática antes de ponerse en pie y salir de allí.

Su esposo no tardaría demasiado en dar con sus amigos y con ella.

—No te vayas… —le rogó.

Pero ella no le hizo caso. No podía volver a ponerlo en peligro. No podía jugar con la vida de Morgan y Brendan tampoco.

Althea Aurore Marriott, condesa de Wins, hija del duque de Kingsland, tenía que marcharse a Sicilia para saborear al fin la libertad y la paz.

Y no estaría sola en su gran hazaña. Un nuevo futuro era posible. No había hombres, compañeros o amantes en él. Solo Morgan y Brendan, su nueva familia.

Capítulo 1

Una solicitud bienvenida

Londres, Inglaterra, 1830.

En su mansión, situada a las afueras de Londres, una mujer a la que habían apodado Duquesa X estaba con los ojos cerrados mientras su doncella terminaba de delinearle con kohl negro la raya que siempre colocaba por abajo y por arriba.

—¿Estás segura de que la peluca está bien sujeta? —preguntó la denominada Duquesa X.

—Una única vez se tambaleó y ya vas a dudar de mí… ¿siempre? —inquirió con desazón quien la atendía.

—No hace falta que te disgustes —le reprochó.

—No me he enfadado. Sé muy bien todo lo que está en juego cada vez que hacemos esto. ¿Vas a ponerte el vestido rojo para recibir a la vizcondesa Restford?

—Sí, tengo una reputación que mantener, y el rojo es mi color preferido. Se espera de mí que siempre vista con ese tono.

—Y te sienta como un guante, no olvides eso.

—¿Qué sabemos de la vizcondesa?

—Lo de siempre.

—Viuda y llena de soledad… —susurró la Duquesa X—. ¿Algo más que deba ser tenido en cuenta?

—No está buscando un compañero inepto. —Había a quien le gustaba jugar a ser la experimentada con alguien que no lo era.

—No. Imagino que ya tuvo suficiente con su *inepto* —repitió con retintín— esposo.

—¿Quién no? Se habla mucho en estos tiempos de la corrección de las esposas, de si deben ser todo silencios, sonrisas y estar bien dispuestas para atender a sus maridos sin importar lo que estos demanden, pero muy poco sobre los deberes de los varones casados —alegó la otra mientras le colocaba el vestido de seda rojo.

Ambas habían compartido demasiado como para tratarse con remilgos. La confianza entre una y otra era más que sólida.

—¿Crees que alguna vez las cosas cambiarán, querida amiga? Yo dudo mucho que las mujeres lleguen a tener un papel social más allá del que los hombres quieran darles —sentenció la Duquesa X con

tristeza.

—Entonces es una suerte que haya mujeres como la que te has inventado, como la Duquesa X —precisó—, dispuestas a atender las peticiones de las damas que necesitan cierta guía que no debería prohibírseles.

—Lo que verdaderamente es una suerte es que todavía estemos vivas, querida amiga, porque hubo un tiempo en que imaginaba lo que se diría en mi despedida eterna mientras nadie lloraba mi muerte.

—Estás siendo obtusa, duquesa.

—No lo creo. Ni amistades ni nadie que dijese unas palabras mientras echaban tierra sobre mi féretro…

La mujer que le estaba enganchando los corchetes del vestido le dio un pequeño tirón a la tela para reflejar su enfado.

—Eres una desagradecida, yo misma habría indicado tus muchas virtudes. Te habría llevado incluso una docena de rosas rojas.

La Duquesa X ladeó el rostro y miró a su amiga de reojo.

—¿Desde la prisión?

—¿Por qué habría de estar cumpliendo penitencia en Newgate, duquesa?

—Porque supongo que habrías vengado mi muerte.

La mujer se sonrió con la respuesta de la Duquesa X.

—Te habría hecho justicia, sí, por supuesto, pero me enfada muchísimo que des por hecho que hubiera acabado en Newgate después de vengarte. Soy magnífica en todo lo que me propongo.

—Eso no lo niego. Eres insustituible como mi asistente y mi doncella, querida amiga Morgan.

—Entonces estarás de acuerdo en que nunca me habrían pescado después de matar a tu difunto esposo. —La doncella se quedó pensando unos minutos en lo que acababa de decir—. Cuando nos marchamos a toda prisa de Londres no entendí nunca el motivo que te llevó a elegir Sicilia. Después de conocer el agua tofana y la historia que tenía su creadora, Giulia Tofana, entendí tus motivos.

—Cualquier mujer que hubiera tenido que sobrevivir a los maltratos, vejaciones, e incluso a un plan para ser asesinada por parte de su esposo, hubiera simpatizado con Giulia Tofana y su *bendita* agua tofana.

La Duquesa X había sentido admiración por la resolución que tuvo esa química llamada Guilia Tofana que fue ejecutada en 1659 por vender veneno a mujeres que deseaban asesinar a sus esposos maltratadores. La italiana había inventado el agua tofana, un veneno difícil de detectar porque era insípido y transparente. Corrían rumores de que hasta el mismísimo W. A. Mozart había probado el elixir letal…

Aunque las creencias de Althea Marriott no le hubieran permitido

acabar con la vida del despiadado conde de Wins en su momento, y fue por ello por lo que decidió huir y salvar la vida, le pareció ingenioso cómo las mujeres, totalmente desamparadas por la sociedad, habían tenido que luchar por su supervivencia con la ayuda de ese tónico tofano.

—Guarda bajo llave el agua tofana, Morgan, no quisiera emprender ese tipo de corriente en Londres.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo su amiga—. Bastante mal paradas saldríamos si llegase a saberse lo que hace la Duquesa X.

Cuando se marcharon de Sicilia, la señorita Morgan Pusset, quien conseguía imposibles, había logrado llevarse una pequeña botella con ese veneno. Ese frasco era el recordatorio de lo cerca que había estado de la muerte y de lo agradable que fue que su esposo tuviese el buen gusto de morirse sin que nadie interviniera. Un ataque al corazón, ¡qué grata alegría tuvo Althea!

Althea Marriott se marchó creyendo que jamás podría volver a su casa, a sus orígenes y que le esperaba una vida llena de persecución incesante. Las buenas noticias llegaron a Sicilia de la mano de Morgan, una mujer que lo sabía todo y lo conseguía todo, anunciando la muerte prematura del conde de Wins. Lo imposible se hizo realidad y Althea pudo instalarse de nuevo en Londres como la condesa viuda de Wins. Con el paso de los años, ella había desarrollado a la Duquesa X, su *alter ego*, una mujer inconformista que ayudaba a las damas, en especial a viudas, con algunos problemas que se les presentaban. El placer de ellas era lo que más preocupaba a Althea, y luego estaba el hecho de que tenía que mantener su anonimato siendo la Duquesa X. ¿Cómo lo conseguía? Con maquillaje, una buena dosis de kohl para ensombrecer sus ojos, una vistosa pero elegante peluca rubia y ropa igualmente atrevida. La Duquesa X había convertido el rojo en su segunda piel.

Así pues, Althea Marriott era una respetable viuda que había pasado algunos años en Sicilia a petición de su esposo debido a una dolencia respiratoria de la que se había curado milagrosamente. La condesa viuda de Wins era lo opuesto a la Duquesa X. El azul oscuro era su color de bandera, los recogidos severos y estirados confeccionaban un moño respetable, y usaba unas pequeñas gafas que la ayudaban a dar esa imagen insípida que pasaba desapercibida para todo el mundo.

Althea estaba muy orgullosa con su vida, con todo lo que había acontecido, porque de la noche a la mañana se vio libre de un gran y pesado yugo que casi le costó su propia existencia.

El nacimiento de la Duquesa X vino tras escuchar una conversación indiscreta entre dos amigas que se lamentaban por la falta de bondad del matrimonio, mientras se arrepentían de no haber tomado jamás un

amante y haber sido fieles a sus votos mientras sus esposos buscaban placer en otra parte.

Althea supo que tenía que hacer algo al respecto. Tenía poder, tenía audacia y el hecho de que al regresar para darle sepultura al maldito conde de Wins le informasen de que su padre había dejado un fideicomiso a su nombre, que el bastardo muerto no pudo tocar…

Había creado de la nada una especie de club clandestino pensado para las mujeres, indicado especialmente para viudas. Las circunstancias de cada mujer eran únicas y Althea decidía aceptar la petición —o incluso en algunos casos ofrecer sus servicios—, en función de la propia dama.

Las elegidas eran consideradas sus *milady*, los hombres a los que seleccionaba para atender a las damas eran sus X. Althea Marriott había convertido a la cuestionable Duquesa X en toda una leyenda entre los círculos más privados de Londres. Por suerte su identidad estaba bajo el amparo del anonimato.

—Te has quedado muy callada, Morgan —dijo Althea, mientras ambas salían de la habitación para reunirse en una salita con la vizcondesa Restford.

—Solo estaba pensando en cómo hubieran sido los últimos diez años si al bastardo de tu esposo no se le hubiese ocurrido morirse para liberarnos de su opresión.

Althea se rio con ligereza. Cada vez que recordaba su matrimonio se obligaba a reírse para no caer en un oscuro y hondo socavón.

—Casada a los dieciocho, atormentada durante dos largos y terribles años, para huir a los veinte y regresar dos años después siendo una viuda de lo más casta, serena y pura… Tengo treinta y dos años, Morgan, y me siento con el espíritu de unos dieciocho, pese a que he vivido muchísimo más que eso. Wins me dio la vida cuando decidió morirse y espero que esté revolviéndose en su tumba mientras me observa desde el averno disfrutar de lo que tengo, de lo que hago, dando un poco de vida a otras viudas que no tuvieron nada más que a sus abominables esposos martirizándolas.

—¡Un soneto digno del maestro Shakespeare! —ensalzó Morgan.

—Más bien un motivo de repudio si algún oído indiscreto me escuchase —contrarrestó la Duquesa X.

—Centrémonos pues en tu próxima *milady*. La vizcondesa ha asegurado que hará una donación importante por tu tiempo. Pese a que le he dicho que no es una cuestión de dinero, eso nos ayudará con un par de cosas.

—Lo sé. Patty tiene un talento innato y merece más que ser una modista a las órdenes de una tirana que no la valora y la explota. Con lo que *lady* Restford insiste en darnos, y pese a que le hemos dicho que no es necesario, haremos que la joven Patty busque a Beau

Brumell en los confines de la Tierra para ponerse a sus órdenes. Nunca me topé con una muchacha más testaruda que nuestra Patty. Además, el orfanato de Saint Giles tiene que ser atendido y no dispongo de la suma necesaria para lograrlo. ¿Qué mal hay en hacer lo que me gusta y destinar dinero allá donde debería llegar y no llega? —Ser la Duquesa X tenía el inconveniente de que quienes eran ayudados solían mover los pagarés con alegría frente a su cara. Althea se había cansado de explicar que no aceptaba fondos, pero cuando insistían en dárselos, ella se dio cuenta de que podría hacer mucho por los que apenas tenían recursos.

—No seré yo quien cuestione las ideas que tenga una mujer de bien. Nosotras mismas somos nuestras peores enemigas a veces. Menos amigables entre nosotras que los hombres. Las mujeres deberíamos estar más unidas. —Morgan pensó en Patty—. ¿La enviarás a Francia a buscar a Brumell?

—La enviaría a Japón con tal de que viese su sueño cumplido. Algunos dicen que la moda femenina no es cosa de mujeres tampoco, si hay alguien que pueda demostrar lo contrario, será Patty. Estoy segura de ello.

—Sí, porque está tan predispuesta a saltarse las normas como la Duquesa X. Imagino que el orfanato también se beneficiará del dinero. —Althea afirmó—. Ahora… ¿entramos y averiguamos lo que desea la vizcondesa de la infame Duquesa X?

—A veces me despisto, no sé quién soy, si la Duquesa X o la marquesa de Sade. ¿Te he dicho cuánto me gusta que me nombren infame?

—Por eso lo hago, excelencia.

—¡Y todavía me gusta más cuando mi falso título me eleva en rango! ¿Te parezco una verdadera duquesa, Morgan? Mi padre siempre creyó que acabaría siendo una.

—Y lo has sido, Althea, y una brillante —repitió—, lo cual debería contar por dos en tus logros alcanzados. Viuda, condesa, infame y duquesa… ¿Quién podría tener más títulos y tan escandalosos como tú?

Althea Marriott se rio con ligereza.

—Y no olvides el hecho de torturar a mi esposo con cada acción que llevo a cabo. Porque espero que esté al corriente desde el infierno de todas y cada una de las cosas de las que dispongo, pienso y hago.

—Si en verdad hay algo más allá después de la vida —ambas no creían más que en sí mismas y en sus dos hombres de confianza que las ayudaban—, espero que Wins haya recibido lo que merecía —soltó con seguridad Morgan.

—Y eso será que le quemen las pelotas con un hierro ardiendo.

Morgan abrió los ojos con asombro ante el exabrupto de su

patrona.

—¿Pelotas, duquesa? ¿Dónde ha aprendido esa palabra tan malsonante?

—Se la escuché decir el otro día a nuestro Brendan mientras hablaba con Greyson. La consideré interesante cuando averigüé su significado en el sentido bajo de la palabra y llevo queriendo usarla en alto desde hace dos semanas, me pareció apropiado hacerlo. Había leído testículos, cojones y alguna otra variedad, pero ¿pelotas?

—¿Qué clase de lecturas disfrutas? —preguntó Morgan mientras se reía.

—Unas de lo más interesantes. ¿Ha sido demasiado osado decir las palabras en voz alta? —preguntó con cautela.

—No, en absoluto. Tu difunto esposo se habrá removido de nuevo en su tumba y eso nos gusta mucho a las dos. Espero que Lucifer mismo le esté atizando en las pelotas —dijo con diversión la palabra— por la mañana y por la noche.

—¿Como una especie de penitencia?

—Sería lo que menos le correspondería por ser un bastardo.

—Una mierda de hombre —dijo la Duquesa X con satisfacción.

—¿Y ese nuevo insulto de dónde ha salido, Althea?

—¿Me creerías si te dijese que Brendan lo usó en la misma conversación mientras hablaba con Greyson? Ni te imaginas la cantidad de palabras del todo curiosas que dijeron. He leído en libros palabras malsonantes, pero dichas a viva voz me resultan más… No me disgustan. Las encuentro horrorosamente satisfactorias.

—¿Y piensas usar toda la ristra de groserías que supongo que recitaron esos dos mientras no sabían que estaban siendo escuchados por ti?

—Eso es otra de las cosas que no he entendido. ¿Por qué no puede una dama maldecir con fuerza cuando la ocasión lo amerita? Te pongo en antecedentes… Te tomas un té caliente que te abrasa la lengua y de pronto dices: ¡Cielos! O te pillas un dedo con un cajón del escritorio y sueltas: ¡Oh! Pues sería más liberador decir algo así como: ¡Defeco sobre la tumba de…!

—Sí, sí —la cortó Morgan, imaginando que lo que diría Althea sería del todo colorido—, no te quito razón, pero es momento de preocuparse de la vizcondesa y dejar a un lado las palabras que los hombres, en especial los criados en los bajos fondos, utilizan. ¿Lista? —le preguntó cuando llegaron a la puerta de la salita donde las estaba esperando su nueva amiga *lady* Restford.

—Veamos qué tiene pensado la vizcondesa.

La puerta se abrió y Althea y Morgan tuvieron ante ellas a una mujer madura, de unos cuarenta y cinco años, vestida con satén y encajes. Bonita, muy sobria. A la condesa viuda de Wins le causó

simpatía de inmediato.

—Gracias por recibirme, Duquesa X —le dijo la dama, al tiempo que dejaba sobre la mesa de centro la taza de té sobre el platillo y se ponía de pie para proceder a los saludos pertinentes.

—Es un honor tenerla en mi casa, *lady* Restford.

Las damas se sentaron en el sofá barroco de estilo francés color crema rematado con ribetes dorados, mientras que la señorita Morgan Pusset lo hizo en uno orejero más pequeño, pero de igual estilo.

—No estaba segura de si tomaría en cuenta mi solicitud para una entrevista.

Althea se dio cuenta de que la dama estaba nerviosa porque se retorcía las manos con ansiedad.

—¿Puedo preguntarle quién le habló de mí?

—No se preocupe, duquesa, su secreto está más que bien custodiado. Se lo juro. La conocí por mediación de una prima mía.

—No hace falta que la cite, *milady*, no será necesario —se apresuró a decirle Althea, cuantos menos nombres se diesen, mejor. La vizcondesa asintió ante la sugerencia.

—Verá, yo conocía a esta prima desde hacía años. Siempre ha sido adecuada, pero con un rostro apagado, triste… Le diagnosticaron histeria a los tres años de casarse. ¿Está familiarizada con la enfermedad, Duquesa X?

Althea le sonrió.

—Si bien no la he padecido, creo que fueron Hipócrates y Platón quienes ya en la antigua Grecia comenzaban a opinar sobre los úteros femeninos y la histeria. ¿No le parece curioso que incluso los hombres sepan más de nuestro cuerpo que nosotras mismas? —Althea frunció las cejas ante una ocurrencia—: ¿Se imagina la cara de una duquesa que no fuese infame si escuchase la palabra útero saliendo de mis propios labios?

—Imperdonable, se lo aseguro. Pero ha llegado un punto en que deseo algo más que seguir las estrictas normas. Como le decía, la larga enfermedad de mi esposo me obligó a recluirme con él en el campo para cuidarlo.

—Lo lamento.

La vizcondesa volvió a asentir.

—Lo cual fue una tortura todavía mayor a la que se estará formando en su mente, porque descubrí, tras su muerte, que el muy bribón le había dejado a su amante una pequeña fortuna y dos casas no ligadas al título, mientras yo me ocupaba de todas sus necesidades primarias, y no me refiero a las de índole íntima, sino a las otras que son inherentes al cuerpo humano y que implican el uso del orinal.

—Me hago una idea. Y si me permite el atrevimiento, me agravio en su nombre, *lady* Restford.

—Se lo agradezco, pero lo que tengo pensado hacer será todavía más vengativo, y en honor a la verdad temía que usted misma me condenase por mi osadía.

—Ardo en deseos de escucharla. Mis mejillas no son las del primer rubor, por ende, mi infame reputación le asegura que estoy más que preparada para lo que me sugiera.

La vizcondesa respiró con alivio ante lo que Althea le acababa de espetar.

—Como le decía, cuando terminaron mis tareas como buena y devota esposa tuve que pasar por un luto de quince meses, un plazo impuesto por mi hijo menor que no tuve la fuerza necesaria para desautorizar. Cuando al fin pude regresar a la vida pública, en uno de esos primeros bailes me di de bruces con esa prima histérica de aspecto lúgubre de la que le hablaba hace escasos minutos… Cuando la vi… Era una mariposa recién salida de la crisálida.

—Tal vez cambió de modista —se atrevió a sugerir la duquesa mientras se reía con sutilidad.

—Yo cambié de modista, Duquesa X. Cuando regresé a Londres quemé todos mis vestidos de luto y los que eran demasiado apropiados incluso para una mujer de mi posición y edad. Quería verme de otro modo. No funcionó. Sabía que necesitaba algo más que un cambio de aspecto. Después de mucho insistir, mi querida prima me dijo que se había puesto en sus manos.

—Comprendo. —Sí. Althea tenía ese efecto en muchas de las damas, señoras y señoritas que habían acudido a pedir ayuda para conocer algo más que la tranquilidad en la vida. Pasión. Ese sentimiento era, posiblemente, más poderoso que el propio amor. En opinión de Althea había de serlo, porque lo que vivió estando enamorada fue nefasto.

—No, no lo entiende, porque lo que le voy a pedir le parecerá desconcertante.

—No sea tímida, *lady* Restford, me gustaría decir que estamos entre amigas y que no hay barrera, menos una pudorosa, entre nosotras.

—Quiero un amante.

—Lo suponía. ¿Qué más?

—Le pagaré cualquier cosa que me pida.

Althea inhaló. Las cosas no funcionaban así. El dinero no era lo verdaderamente importante en su actuación. Pero cuando las damas insistían, ella decidía aceptar el cargo para poder destinarlo a cosas que eran muy necesarias y que hacían mejor la vida de, por ejemplo, los niños de los orfanatos.

—Mi querida asistente ya me había informado de la generosa contribución que está decidida a hacer, debe saber que sus fondos irán principalmente al orfanato de Saint Giles, y que esto no lo hago por

recibir ni un solo penique. No sería la primera vez que ayudo a alguien sin hablar de dinero, pero hay muchos casos, mucha insistencia por parte de las damas como usted a la hora de ofrecer pago, y eso me hace ser egoísta en favor de quienes precisan sus monedas. Aclarado esto, necesito que me diga lo que necesita, *lady* Restford.

—El dinero está para gastarlo y este va a ser mi capricho, si los destinatarios de lo que vengo a pedir son quienes necesitan fondos, mi integridad moral se siente mejor. Y en cuanto a lo que deseo… Se trata de un sirviente. No uno común, pero un sirviente al fin y al cabo.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Morgan, quien mantenía un pequeño bloc de notas en las manos con un lápiz, dispuesta a tomar anotaciones de las exigencias de la vizcondesa viuda.

—Avisé de que lo que iba a solicitar era poco… ortodoxo.

—¿Se refiere a un criado? —La aludida cabeceó afirmativamente—. ¿Hay alguien en particular que le haya causado interés? —La dama volvió a cabecear y Althea vio que sus mejillas se ponían rojas, de un color más intenso que su propio vestido.

La cosa, en opinión de la Duquesa X, se acababa de poner de lo más interesante.

—Verá, duquesa, mi prima no entró en detalles, solo me dijo que usted le proporcionó lo que ella no pensó que necesitase y tanto precisaba.

—Cada caso es diferente, cada petición única. Así que los encuentros que planifico junto con mi querida ayudante —movió una mano para señalar a Morgan, quien era una pieza clave para todo lo que ambas hacían—, se establecen en función de… las necesidades, por decirlo de alguna manera. ¿Cómo ha ideado el encuentro con ese sirviente?

—No quiero que sepa que soy yo la que… —La voz de la vizcondesa se apagó.

—Así que el elegido tendrá los ojos cubiertos.

—Sí, quisiera eso, pero al mismo tiempo yo deseo poder verlo sin censura.

—No sería la primera vez que ideo algo así. Por norma general esto es más anónimo. Se lo explicaré —le dijo cuando la vio abrir la boca para emitir una pregunta—. Las damas no tienen en mente un hombre al que desean en su lecho, solo la imagen de lo que él entraña, lo que es. Hay damas que me han pedido un hombre de ojos azules, corpulento y de cabello negro. Otras lo desean esbelto, pero capaz de sostenerlas contra la pared mientras…

—¡Santo Jesús! —exclamó la vizcondesa al imaginar ese cuadro, quien se puso una mano sobre la frente.

—¿Le escandaliza lo que acabo de decir?

—No, yo… —La duquesa vio a la mujer con los labios entreabiertos y supo que se le había ocurrido alguna travesura—. Creo que también me gustaría que el hombre con el que quiero… con el que me gustaría…

—¿Yacer? —la ayudó la Duquesa X.

—Sí. Me gustaría que él también me sujetase contra la pared y… y lo hiciera así conmigo. Sí. Creo que eso me placería mucho —insistió, tratando de manejar su apuro por decir en alto un pensamiento tan íntimo y perverso. La sociedad le haría el corte directo si la escuchasen hablar así.

—Mis X, así llamo a mis muchachos, son amantes consumados, saben lo que tienen que hacer y cómo deben hacerlo. —Era un poco más complicado que todo eso, pero no hacía falta explicar todos los entresijos de sus acciones y motivaciones sobre los hombres con los que decidía emparejar a las damas—. Como le estaba diciendo hace unos momentos, a veces las mujeres desean tener el añadido del anonimato y utilizan un velo o una venda para cubrir los ojos, mientras disfrutan de lo prohibido. Mis X llevan un pañuelo en parte del rostro y la cabeza, como si fuesen corsarios, para no ver a las damas. Aunque ha habido excepciones, por supuesto, y algunas parejas deseaban mirarse a los ojos. Es poco frecuente, pero también ha habido casos. Cuando una mujer viene a verme, no suele desear a un hombre concreto, sino una idea de esa pareja inalcanzable que no lograron tener o con la que sueñan despiertas. Su caso es curioso, *lady* Restford. —Ella había construido parejas con solo escuchar a sus nuevas amigas idealizando a un hombre que solía existir en la realidad. Morgan era muy efectiva en cuestiones de espionaje y siempre daban con el indicado. Y muchas otras veces con el objeto exacto de los deseos de ellas.

—¿Eso significa que no lo hará?

La Duquesa X le sonrió.

—No he dicho eso, pero tendrá que ser paciente porque lo que es esto que hago es algo secreto y debo asegurarme de que las personas con las que trato sean fiables. Mi asistente tendrá que averiguar la clase de hombre que es el que usted ha elegido, recopilar información para saber si podemos explicarle lo que en mi casa se hace y eso llevará un poco más de tiempo, pero no es algo imposible de conseguir.

—Yo, bueno… Es un hombre muy correcto, poco ortodoxo, como lo que estoy haciendo, pero correcto —recalcó—, me ha parecido que es confiable, pero una nunca puede estar segura.

—¿Por qué poco ortodoxo? —interrogó Morgan.

—Tengo nietos, un chico y dos chicas, a los que adoro ver y llevar de paseo por Hyde Park. Lo vi a él con una niña una mañana, una

pequeña de casi cuatro años y… Me quedé embobada viendo a ese misterioso hombre atendiendo tan diligentemente a la niña. Debe tener unos diez años más que yo como poco, es un hombre tan… es… muy… es…

—Intuyo que un hombre puede ser calificado de espléndido cuando deja a una mujer sin palabras.

—Lo es. ¡Esplendidísimo! —exclamó mientras se abanicaba con la mano—. No pude resistirme e hice todo lo posible para iniciar una conversación con él, dejando de lado la etiqueta y mi posición. Mi nieta pequeña tiene la misma edad que la que él custodiaba como si fuese un fiero león. Hubo algo en sus ojos azules que… Es muy apuesto, y…

—Usted lo desea.

—Fervientemente —confesó con un suspiro la vizcondesa ante la suposición de Althea—. Y es tan correcto y educado que sé que no se ofrecería a lo que deseo hacer con él. Eso sin olvidar que yo no sabría cómo comenzar a plantear si quiera una idea del todo inapropiada y descabellada que deseo llevar a la práctica a cualquier precio —sentenció con inquietud pero segura de sus palabras.

—Entonces… ¿no se lo ha planteado a él? No sabe que usted está interesada en él como hombre.

—No me he atrevido. No sé qué es eso de la seducción. Nunca la he practicado y nunca la he visto desplegada ante mí. Se decidió en su momento mi destino y no tuve nada que añadir cuando mi padre me prometió en matrimonio.

Althea suspiró. Eso eran las mujeres en la sociedad, una moneda de cambio.

—¿Considera que usted puede no gustarle?

—Yo creo que sí que le agrado más de la cuenta y que por eso, por su posición y mi rango, él se muestra muy reticente a que nuestra amistad se afiance. Así que pensé que si hubiese un poco de… ¿Cómo lo llamó antes, usted?

—¿Anonimato?

—Sí, un poco de anonimato por mi parte. Incluso pondré más dinero sobre la mesa si es que él tiene que ser persuadido, en caso de ser necesario, por supuesto. Lo deseo tanto que no me importa sobornarlo para tenerlo en mi cama. Lo merezco, merezco vivir lo que deseo y ha llegado un punto en mi vida en el que no hay lugar para los remordimientos de mis acciones o de comprar al hombre que deseo. Ellos lo hacen continuamente cuando en verdad podrían tener todo lo que quisieran de nosotras, sin emplear una sola moneda. Yo soy un claro ejemplo, mi padre me vendió a alguien que no se ocupó de mí ni un minuto de su tiempo. No valoró nada de mi persona, se limitó a dárselo todo a una mujer más complaciente y adecuada que

yo. A su amante, a la que cubrió de atención, joyas, dinero y propiedades. Estoy dispuesta a comprar a un hombre al que me muero por atender de todas las formas que sean posibles. Es mercenario, está mal, pero es como me siento —se sinceró.

Althea se dio cuenta de que la dama se sentía culpable ante lo que se proponía. Ella no era quién para juzgar a nadie. Eso era trabajo del Creador. Althea estaba allí porque le gustaba ofrecer placer a mujeres que, como había dicho *lady* Restford, merecían conocer el deseo con el hombre adecuado.

—La entiendo —dijo Althea—. Los hombres que acceden a yacer con las damas que acuden a mí con sus secretos deseos, no reciben compensación económica alguna. Lo hacen solo por el placer y la anticipación. Hace tiempo que me di cuenta de que el dinero no lo es todo. Hay cosas mucho más importantes sin las que no deberíamos vivir. La pasión es una de ellas. Las relaciones en mi casa duran hasta que uno de los dos pone el fin. Yo reúno a los amantes, pero lo que suceda tras las puertas es asunto de cada cual. Aquí estará bien, *lady* Restford.

—Me parece correcto, pero a la vez temo que él, el hombre con el que sueño despierta, al que no me atrevo a pedirle que… Temo que no acceda, y nunca he deseado tanto algo como lo hago con él —apuntó la vizcondesa con seguridad.

—Si mi ayudante y yo decidimos que el hombre puede estar interesado en mantener un interludio discreto con una dama, iniciaremos todos los trámites para que la cita se llevase a cabo lo antes posible. De otro modo, indagaremos otra vía…

—Dios la escuche —la interrumpió—, porque desde que me casé no he sabido lo que es ser amada y adulada por un hombre y sé que este, con quien llevo meses hablando, sonriendo y compartiendo confidencias sobre las niñas, sería todo cuanto necesito para, al menos, haber sido feliz una única vez. No habrá otra vía, duquesa. Lo sé. O es él o ninguno.

—Es necesario un nombre, *lady* Restford —intervino Morgan, al ver que la dama estaba decidida sobre que no había otro capaz de suplantar al que ella deseaba con intensidad.

—Sí… Él es… es… —se aclaró la voz—, Mason Wilson. El señor Mason Wilson.

La Duquesa X escuchó el nombre y se fijó en la gran sonrisa que Morgan acababa de dibujar en su rostro.

—¿Conocemos al señor Wilson, querida? Porque si he de ser sincera no logro ubicarlo —opinó Althea.

—Vaya que sí que lo conocemos, duquesa —apuntó la señorita Pusset con diversión.

—Mason Wilson… ¿Uhm? Un poco familiar sí me resulta. —Ella

era terrible con los nombres y títulos. Eso lo hacía mejor Morgan.

—Ese hombre es…

—El secretario del duque de York —terminó la vizcondesa por Morgan, quien sí recordaba a la mano derecha de ese duque tan pomposo al que todo Londres conocía por haber sido un disoluto sin corazón al que su esposa había reformado por completo.

Los ojos de Althea se abrieron de golpe.

—¿La niñera de York? —preguntó la Duquesa X. Pues más allá de que Mason Wilson ocupase el cargo oficial de secretario para el duque, el señor Wilson se quejaba de haber sido una especie de institutriz demasiado compasiva con el duque y su hermano Liam Banstorn.

—¿Es un impedimento? —preguntó, asustada, la nueva amiga de Althea.

La Duquesa X le sonrió con afabilidad.

—Es su día de suerte, querida mía, porque tendrá a ese hombre en su cama —dijo con seguridad Althea.

El duque de York les debía a ella y a Morgan un favor que iban a cobrarse. Además, sí que recordaba al señor Wilson y él necesitaba un poco de chispa en su vida. La vizcondesa Restford era bonita, era una dama con clase, y Mason Wilson iba a celebrar con palmadas que le propusiera una indecencia tan tentadora.

—¡Formidable! —gritó llena de esperanza la dama, contagiada por el buen humor y la seguridad de las otras mujeres.

***

Malcom W. Banstorn, el maravilloso duque de York, maldijo una y mil veces la ocurrencia de su esposa Isobel de trasladarse a Londres. La pareja residía en York Park de forma permanente, pero esa temporada, con motivo del matrimonio del hijastro de su duquesa, Isobel había decidido trasladar a la familia a la ciudad durante unas semanas. ¡Mentira! Llevaban dos meses. Su mujer consideraba que su hija de casi cuatro años, llamada Gwyneth, tenía que comenzar a acostumbrarse al bullicioso Londres. Así que él y su hijo Gabriel habían tenido que seguir a sus chicas. En realidad Gabriel poco podía opinar, puesto que contaba con unos pocos meses de vida y todavía no podía aliarse con su padre para refrenar a Isobel o a Gwyneth. Porque desde luego que su hija había estado encantada con trasladarse a Londres, disfrutar de Hyde Park, conocer el Serpentine, o ver y hacer otras cosas que Isobel le había dicho que harían si se trasladaban a la ciudad para disfrutar de la temporada. Tan pequeña y su hija ya era un prodigio de la estrategia. Lo cual no debería ser una sorpresa, puesto que Gwyneth W. Banstorn, su pequeño rayo de luz, era sangre de su sangre, carne de su carne, y por lo tanto sería tan magnífica como él en todas las facetas. Al igual que Gabriel, por supuesto.

El duque de York resopló con fuerza. Eso captó la atención del hombre que tenía a su lado. Ambos estaban de pie en medio de una hermosa salita de lo más femenina. Recordaban el lugar, porque desde la última vez que estuvieron allí no había sufrido ningún cambio. Y de eso hacía un par de años.

—Insistí, excelencia, en que no era necesario que me acompañase. No resople como si fuese una mula terca.

—Viene de familia, señor Wilson. —Le sonrió cuando vio a su amigo mirarlo con severidad, pues el asistente de York era en verdad su tío carnal, un hijo ilegítimo del abuelo de York. Un secreto que pocos conocían—. Usted lo hace todavía peor que yo. Además, uno no viene solo a ver a la Duquesa X, señor Wilson. Y sobre lo de ser una mula… no pienso ni responder a esa calumnia tan poco educada, porque yo sería un semental resplandeciente si resoplase como un animal —dijo con tirantez.

—Usted está enfadado porque su hermano se ha llevado a sus hijos esta tarde a jugar con sus primos, y su duquesa se ha quedado sola y ha desperdiciado una oportunidad para… —El señor Wilson alzó las cejas un par de veces para acompañar sus palabras.

—¡Señor Wilson, su picardía me deja perplejo!

—El lugar invita a ello. No se escandalice por ver un par de cejas bailar. Además, no se muestre mojigato, excelencia, pues ese título, creo recordar que se lo dio a uno de sus amigos más sensatos…

—Es cierto —lo interrumpió el duque—. El vizconde Portman merecía ese tratamiento porque no he visto jamás un hombre menos inclinado al libertinaje que él.

—Confiese que está celoso —lo retó Mason Wilson.

—¿De otro hombre? Imposible que el duque de York esté celoso de otro mortal. Lo desmiento tajantemente —aportó con ofensa.

—¿Porque usted es un dios divino? ¿Zeus, Ra o el Creador? —preguntó exasperado su tío.

—No. No soy ninguno de esos dioses a los que alude. Desde la llegada de Gabriel me estoy planteando ser simplemente el duque de York, porque en mí mismo soy una deidad incomparable. Fíjese que incluso estoy pensando en no construirme una pirámide para que el mundo entero me recuerde. —Se le había ocurrido, tiempo atrás, que su gran carisma, su imponente porte y atractivo, así como todas sus innumerables virtudes merecían un templo para ser alabado. La idea de construir una pirámide en York Park lo seducía tanto… pero debía ser realista y no crear algo tan excéntrico. Aunque no lo descartaría si Isobel le autorizase su construcción.

—No tendrá un monumento así para seguir nutriendo su vanidad, porque su esposa no se lo permite —le hubo de recordar Mason.

—Como sea. Vengo a negar con toda la seguridad que me ampara,

como el divino duque de York que soy, que esté celoso de cualquiera.

—Usted está celoso, excelencia —apuntó con diversión, porque su muchacho estaba refunfuñando.

—Le veo deseando sacarme de mis casillas, mi buen amigo. No lo logrará, aunque… Ah, sí, cierto, podría estar celoso de Gabriel, porque cuando veo a mi vástago amamantándose de los increíbles y grandes pechos de mi…

York lo vio suspirar y comenzar a negar con la cabeza. Bien. Mason Wilson se había disgustado. Era lo menos que merecía por tratar de contrariarlo a él primero. ¡Como si no lo conociese de toda la vida! ¡Tratar de molestar a un duque como él!

—¡Por amor de Dios! ¿No entiende que es un sacrilegio hablar de los… de los… de las partes íntimas de su duquesa?

—Usted ha empezado, mi querido señor Wilson, cuando ha afirmado que estoy celoso. Eso es un sacrilegio todavía mayor. Era hablar de los perfectos senos de Isobel o comenzar a recitar la lista de mis miles de virtudes para que comprendiese lo que ha sido hablar de celos. Debería darme las gracias porque haya optado por lo primero —respondió mordaz.

—Está tremendamente celoso de mí. —Descubrió gratamente al darse cuenta de que en verdad Malcom sí tenía ciertos celos de él.

York se rio con una larga carcajada. Eso le valió para que la ceja del señor Wilson se levantase con severidad. El duque se calló.

—¿No era una broma suya de esas que a veces hace y a la que no le encuentro sentido? ¿Como cuando nos compara a mi hermano y a mí con dos niños llorones que…?

—Cuando vio en la bandeja la tarjeta de la Duquesa X —lo volvió a interrumpir Mason Wilson—, supuso que alguna dama solicitaba sus servicios.

—Eso es falso. Usted sabe, mejor que ningún otro, que tengo un matrimonio dichoso y que antes me amputaría un pie, una mano, o el miembro que fuese… incluido el que está pensando, que traicionar a Isobel de alguna manera.

—Lo sé. Usted es el más devoto de los esposos, así que me felicitaré por haber hecho algo bien mientras me convertía en su niñera… —alegó como si esa hazaña fuese mérito de él y no del propio York.

—Señor Wilson, está siendo impertinente y molesto.

—Sí… He tenido muchos años para observarle a usted y saber cómo se hace eso.

—Con la edad se está haciendo más gruñón. ¿Lo sabía?

—Como le decía, excelencia, no me cabe la menor duda de que usted no miraría ni dos veces a una mujer que no fuese su amada duquesa, pero su vanidad masculina se desinfló cuando vio que la tarjeta me invitaba a los dominios de la Duquesa X a mí y no a usted.

York suspiró.

—Admitiré que mentalmente preparé un discurso la mar de elocuente para explicarle a la Duquesa X por qué no podía aceptar su petición para ser uno de sus muchachos. Me conoce mejor que yo mismo, mi querido Wilson, a un hombre le gusta ser admirado aunque tenga a su lado a la mejor de las mujeres.

Wilson afirmó con la cabeza.

—Un pensamiento muy sincero y una admisión por la que no lo ridiculizaré. Y, sin embargo, quiso venir conmigo para averiguar qué deseaba la Duquesa X de mí. ¿Quiere que intercambiemos lugares? Yo podría ser el duque y usted el sirviente.

—No sea absurdo, Wilson. Usted es mucho más que un sirviente o un duque. Es mi familia. Y si consideré que debía venir a acompañarlo fue porque no deseo que lo engañen o lo utilicen de alguna manera que no sea la correcta.

El señor Wilson levantó una vez más su ceja socarrona.

—Recuerdo bien lo que vinimos a solicitarle a la Duquesa X cuando su hermano suspiraba por la que al fin es su esposa. Creo que uno sí viene a ver a esta mujer solo y además debe traer ansias en su visita.

—¡Señor Wilson, a sus años y todavía tiene ganas de…!

—Tengo los años adecuados para realizar con suma satisfacción lo que de mí se demande… Sea cual fuere el cometido, excelencia —dijo con la mayor de las seguridades.

—¡Ah!, me está dando la impresión de que cree que la Duquesa X pretende reclutarlo para sus… actividades.

Su tío carnal sonrió.

—Está celoso de que no lo hayan convocado a usted. Le hubiera gustado poder negarse de una manera elegante, lleno de satisfacción y henchido de vanidad masculina.

—No cante victoria, señor Wilson, puede que lo haya mandado llamar para otras cosas que no implican las travesuras por las que sospecho que tiene gran curiosidad.

—¿Curiosidad? He convivido largos años con… no uno, sino dos disolutos que, en vez de acudir a misa diaria, eran partidarios de orgías semanales.

—No fueron semanales —se quejó York.

—… Me inclino a pensar que he sido llamado, como usted dice —continuó Wilson—, porque estoy lleno de conocimiento y desean a alguien capaz de llevar a cabo ciertos asuntos.

—No lo creo —dijo burlón York.

—Si la Duquesa X no me ha citado aquí por un asunto ilícito… ¿por qué lo ha hecho? Dígame un solo ejemplo. —Mason Wilson estaba encantado de ver a su sobrino celoso de él.

Malcom frunció el ceño durante un par de segundos. Wilson se

felicitó por lograr dejarlo sin palabras. Entonces lo vio dilucidar una explicación, dado que su rostro cambió de repente.

—Pues… posiblemente la Duquesa X se haya quedado sin mayordomo y querrá su ayuda para entrevistar a los candidatos. Ah, tan formidable como siempre, ese soy yo. Sí, ahí lo tiene. Una explicación del todo lógica y plausible.

—Ya… Y por eso, usted, ha insistido reiteradamente además, en acompañarme, porque se me requiere para ayudar a contratar al personal de esta casa. Espero que al menos se esté dando cuenta de lo absurdo que está sonando, excelencia.

—Señor Wilson, si no le conociera mejor, pensaría que desea que le propongan…

—¿Una perversión como las que usted hacía en su juventud? —No lo dejó terminar su conjetura.

Mientras los dos hombres hablaban sobre suposiciones, la señorita Morgan Pusset figuraba con la oreja pegada a la puerta de la salita. La Duquesa X llegó hasta su amiga. Althea iba ataviada con un vestido rojo, su peluca rubia y los ojos perfectamente delineados en negro.

—¿Ahora espiamos a nuestros invitados? —la regañó.

—La conversación es de lo más entretenida, te lo aseguro. Ese hombre, Mason Wilson, cuando vino la otra vez me dejó perpleja por la osadía que tenía a la hora de enfrentarse a su patrón, un duque como York… Pero en privado es mucho peor. Lo admiro.

—Si ahora me dices que lo quieres en tu cama y que se lo pretendes robar a la vizcondesa…

—Por supuesto que no. No te creía obtusa, duquesa. Lo que sucede es que me parece de lo más inteligente y temerario.

—¿Entramos o quieres divertirte más?

—Entremos, entremos. Estoy deseando ver cómo reacciona York cuando escuche lo que vas a proponerle al señor Wilson.

—¿Por qué?

—Su asistente cree que York está celoso porque lo has elegido a él y no al duque.

—¿Cómo?

—Han sido las palabras del señor Wilson, no las mías. Creo que *lady* Restford ha tenido buen ojo. No lo digo solo porque el hombre es un maduro demasiado apuesto, sino porque… Es un hombre lleno de sutilezas de lo más elocuentes.

Cuando Morgan acabó de decir eso, se dispuso a abrir la puerta. Los saludos se hicieron según marcaba el guion social. Pronto los cuatro estuvieron sentados en los sofás, frente a un té que el duque no tocó, pero que Wilson sí bebió por ser cortés.

—¿Y bien? —rompió el hielo York.

—Y bien… ¿qué? —razonó la duquesa.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó con decisión York.

—Usted nada —habló Morgan—. Solo habíamos convocado al señor Wilson, excelencia.

El duque de York sacó su monóculo del bolsillo del chaleco y se lo llevó al ojo para examinar a esa atrevida mujer que lo acababa de contrariar. Esperaba ponerla nerviosa.

—Se lo dije —susurró Mason por lo bajo para que su sobrino lo escuchase.

—¿Qué quieres de mi muy querido señor Wilson? —terció el duque mirando con fijación a la Duquesa X. Por descontado que ni York ni el señor Wilson estaban al corriente de la identidad real de Althea Marriott, eso era un secreto que solo manejaba el personal que estaba bajo su cuidado, pero el duque la conocía desde hacía tiempo y siempre se habían tratado de forma amigable.

—¿Tu hermano sigue felizmente casado con aquella dama…? ¿Una condesa, creo recordar que era?

—*Lady* Ranfield —se apresuró a decir Morgan. Había datos que no necesitaba consultar en esa pequeña libreta de cuero que la acompañaba a todas partes.

—¿Estoy aquí porque te prometí devolverte el favor cuando emparejaste felizmente a mi hermano Liam con su esposa? —inquirió el duque, mientras recordaba que cuando le pidió, dos años atrás, ayuda a la Duquesa X para unir a su hermano con el amor de su vida, ella le hizo un favor que él se encargó de dejar claro que le sería devuelto cuando hiciera falta.

—Usted no, esto tiene que ver con el señor Wilson —volvió a recordar Morgan.

—Esa compinche tuya es de lo más molesta —resopló el duque.

—¿Qué necesita de mí, Duquesa X? —terció Mason, antes de que York se pusiese a patalear como un niño pequeño por no ser el centro de atención en la situación en la que se encontraban.

—Verá, señor Wilson, tal y como recordará cuando vino a mi casa, cuando usted y el duque llegaron para pedir mi colaboración —precisó— para que lord Liam y su amor se encontrasen de modo anónimo, señalé que participaría porque ayudo a las mujeres que me lo piden, a encontrar un poco de alegría cuando se ven libres de la cárcel que han soportado mientras estaban casadas.

—Querrás decir que les ofreces libertinaje cuando se quedan viudas —resumió York.

—Es un modo de decirlo —coincidió Althea—, pero tú bien sabes…

—Yo no sé nada porque nunca he sido parte de tus X —le señaló York, en un tono que a Wilson le hizo imaginar que acabaría pataleando por no haber sido elegido.

—No quisiste nunca hacerlo. ¿Por qué no, York? —se interesó

Althea al darse cuenta de que nunca habían hablado sobre eso.

—No quise participar en las miles, millones tal vez —señaló mirando a su tío—, de veces que me lo pediste…

—No sé si fueron tantas —susurró Althea.

—Tres como mucho —aportó Morgan.

Por descontado York no se paró a escuchar una conversación que no le interesaba y siguió hablando:

—… porque no me gustaba el hecho de que la dama tuviese los ojos tapados mientras la montaba. No sería justo para ella no saber la perfección que tenía entre las piernas.

La Duquesa X se había olvidado por un momento del carácter presuntuoso de York, Morgan chasqueó la lengua.

—¡Dios mío, haz que siga siendo paciente con mi muchacho y no acabe matándolo porque un hombre como yo no está hecho para terminar sus días en Newgate! La penitencia que he tenido con ambos hermanos tiene que servir para darme mayor recompensa que esa. —El señor Wilson lanzó una plegaria al cielo.

Morgan se rio ante lo que acababa de escuchar.

—En la prisión no, señor Wilson, pero… ¿qué le parecería vivir unos momentos intensos en mi casa? Eso sí podría ser un buen premio.

—¿Qué? —preguntó con asombro York ante la propuesta.

—Disculpen al duque. York estaba convencido de que me habían traído aquí con la finalidad de echar una mano para la contratación de su hogar. Entrevistas y esas cosas —explicó Mason, no sin sentir el orgullo desfilando por cada gota de su sangre.

—¿Por qué? —La Duquesa X no entendía esa suposición del hombre de confianza del duque.

—Porque está celoso de que hayamos convocado al señor Wilson y no a él —dijo sin despeinarse la señorita Pusset.

Eso valió para que en la salita resonase un gruñido.

—No sabía que los duques, los que eran divinidades andantes, gruñesen —observó el señor Wilson, para llamarlo al orden. Lo hizo con diversión, pero con su característico tono severo.

—¿Ha estado espiando nuestra conversación, señorita? —le preguntó con enfado Malcom W. Banstorn, olvidándose de la corrección que le había hecho su tío.

—En absoluto. —Morgan mintió con suma naturalidad—. Lo que sucede es que su actitud, y su reciente gruñido, deja entrever que está cel…

—¡No lo diga! —la cortó Malcom—. Debo indignarme ante el ofrecimiento, Duquesa X, porque mi querido Wilson es un hombre de lo más cabal, de lo más honorable, responsable y…

—¿Qué se espera que haga? —lo interrumpió el aludido como si un

duque no hubiese terminado de declinar la invitación en su nombre.

Althea le sonrió con aprecio.

—Disfrutar, señor Wilson. Una dama me ha solicitado un hombre con sus cualidades —lo cual no era mentira—, y cuando me recitó todas las exigencias que tenía que poseer su amante, mi ayudante y yo pensamos que tal vez podría estar interesado. Es usted de confianza si el duque de York lo incluyó en su plan para emparejar a su adorado hermano a traición y…

—Enumera esas cualidades que has dicho que tiene mi querido señor Wilson —la interrumpió York. Wilson suspiró.

—Excelencia, creo que ha quedado más que claro que no estoy aquí para entrevistar a los candidatos a un puesto de trabajo, así que le agradecería que se comportase.

—Ah, mi niñera regresa para llamarme al orden. Está bien, señor Wilson, me quedaré callado mientras usted se deja seducir por ese libertinaje del que yo hice gala años atrás y del que usted tanto se quejó.

—No tengo un título ni un linaje que perpetrar. La Duquesa X me parece una dama muy inteligente que requiere de mi ayuda para un asunto, que estoy seguro de que va más allá de la mera frivolidad. Usted mismo lo dijo en su momento.

—¿Qué fue lo que dije, señor Wilson?

—Alabó el gran cometido que la Duquesa X hace para las damas que deberían conocer el placer y disfrutar de su cuerpo con la ayuda de un amante experimentado.

Los ojos de York se abrieron de par en par.

—¿Se considera un amante experimentado, mi querido amigo? —inquirió sin poder retener la pregunta.

—Pronto lo averiguaré —dijo Mason, como si estuviese hablando del tiempo frío que azotaba a Londres esos días.

—¡No doy crédito! El siempre correcto, honorable y quisquilloso señor Wilson acaba de aceptar un ofrecimiento de lo más… ¿Y si le presentan a una dama gruesa, con verrugas en la cara? ¿Se sacrificará, querido amigo?

—A lo largo de los años le he escuchado a usted hablar de que gruesas o esbeltas, agraciadas o sencillas, ricas o pobres, todas las mujeres tenían algo que las hacía únicas. ¿Por qué no tendría la dama que ha acudido a la Duquesa X alguna virtud que la haga merecedora de mis… atenciones en el lecho? —El señor Wilson se estaba despojando de todo pudor, puesto que cuando llegó a entrevistarse con las dos mujeres que tenía delante años atrás, para orquestar el plan que llevó al hermano de York a la cama de la mujer que amaba, ya se dio cuenta de que la Duquesa X era una mujer de lo más peculiar. Al igual que lo era su ayudante.

—Estoy seguro de que desempeñará su cometido estupendamente, señor Wilson. No me malinterprete. No estoy celoso —recalcó mirando a esa mujer odiosa que lo observaba con una sonrisa torcida—. Lo que ocurre es que…

—Está celoso —apuntó Morgan sin inquietarse.

—¿Se da cuenta de que está molestando a un duque, uno muy importante? —la amonestó York.

—¿Por qué no deja que su secretario, al que veo que adora y con el que tiene una gran amistad, decida sobre lo que desea? —lo retó Morgan con gran curiosidad.

—¡Porque no quiero que le rompan el corazón! —explotó York, cansado de mantener en silencio su única inquietud.

La sala se quedó en silencio. El aludido carraspeó.

—Le honra su preocupación, excelencia, pero no tiene que inquietarse, porque no aceptaría el ofrecimiento de la Duquesa X si usted no lo viese oportuno.

York lo miró con admiración. Ese era Mason Wilson, el hombre que se sacrificaba por todos a quienes amaba sin pedir nunca nada a cambio. El único hombre con el que Malcom W. Banstorn había tenido suficiente confianza para tratar cualquier tema, porque ni con Liam se había sentido nunca tan cómodo. Hubo un momento en su vida en el que solo importaron Liam y Wilson. York daba gracias a Dios por haberle dejado en compañía de su señor Wilson cuando se llevó a sus padres cuando él era todavía tan joven.

—Mi querido amigo, lleva en mi familia desde…

—Desde que usted nació, excelencia —le recordó su tío al duque.

—Así es, es muchísimo más que un secretario, asistente, mayordomo, un administrador o un hombre de confianza…

—O niñera —lo ayudó la señorita Pusset, lo que le valió que Malcom la mirase con enfado. El duque estaba seguro de que ella los había espiado.

—Como sea, lo que quiero decir es que conozco su corazón, mi querido Wilson, y sé que se implicará mucho más de lo que imagina si se lanza a los brazos de una dama. No quiero verlo sufrir —reconoció la verdad con serenidad.

—Duque —tomó la palabra Althea—, permíteme la osadía… ¿sufriste mucho antes de casarte cuando ibas conquistando indiscriminadamente a las damas?

—No es lo mismo —se apresuró a señalar.

—¿No lo es? —preguntó con diversión Althea.

—En absoluto, porque yo no tenía corazón —apuntó como si fuese la explicación para todo—. Lo encontré cuando conocí a mi amada Isobel, así que no corrí peligro de quedar devastado por la separación o el rechazo de una de las damas con quien fui perverso antes de

conocer el verdadero amor.

Althea suspiró.

—Entiendo tu punto, York, pero es decisión del señor Wilson resolver si desea vivir una aventura. Puedo dar mi palabra de que la dama es muy agradable…

—¿Joven? —se interesó Wilson.

—¿Sería un problema si no lo fuese? —tanteó Morgan, adelantándose a la pregunta de Althea.

—Me gustaría que estuviese cercana a mi edad. Si esto es porque una joven viuda desea conocer a un amante veterano en su lecho…

—La dama en cuestión tiene algo más de cuarenta años y es hermosa —razonó la Duquesa X.

—Su apariencia no me importa tanto… porque supongo que, al igual que sucedió con lord Liam, yo tendré los ojos cubiertos —conjeturó Mason.

Althea le sonrió.

York insistió tiempo atrás, cuando orquestó los pormenores de la cita que Liam y su actual esposa tendrían, en que ambos debían estar privados del sentido de la vista porque no deseaba que el uno conociese la identidad del otro antes de dejarse llevar por las mieles de la lujuria. Althea se había dado cuenta de que el señor Wilson estuvo atento a lo que se explicó en aquel entonces.

—La dama desea verlo a usted, pero no quiere que usted la vea a ella.

—Ah… —Wilson se desinfló un poco—. Me parecía menos arriesgado contar con un antifaz, tul o lo que fuese que cubriese los ojos de ella.

Morgan miró a Mason Wilson con intensidad, le dio un vistazo de arriba abajo pese a que él estaba sentado.

—¿De qué tiene miedo, señor? Usted no tiene nada que una mujer no quisiera… devorar. La inseguridad, en caso de que lo invada, está de más, al igual que la falsa modestia, porque le aseguro que yo misma me metería en la cama con usted.

—¡Querida! —la llamó al orden la Duquesa X por su franqueza. Morgan no solía ser tan directa en sus opiniones, menos cuando se refería a hombres. A ellas no le gustaba ninguno. Con el único que se llevaba especialmente bien era con Brendan Sallow, quien hacía las veces de guardián de ambas.

La ayudante de Althea se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

—He dicho la verdad. ¿O acaso no lo ves apuesto y viril, duquesa? —la retó Morgan.

—Mucho —tuvo que reconocer Althea con sinceridad.

—¡Bien! Nos vamos —interrumpió la conversación el duque.

—¿Tan pronto? —preguntó la Duquesa X sin saber qué más hacer para convencer a Mason Wilson.

—Sí. Es tarde y mi querido amigo ya ha decidido. Así que envía a mi casa —dijo mirando a la duquesa— la hora y el día propuesto para el encuentro y te cederé, muy a mi pesar porque es imprescindible para mí, al señor Wilson. ¿Está de acuerdo? —le preguntó a Mason, conociendo de antemano la respuesta a su cuestión. El aludido cabeceó afirmativamente—. Bueno, duquesa, me habría gustado poder devolverte el favor que me hiciste cuando mediaste entre Liam y su dama, pero como el señor Wilson estará encantado de atender tu pedido, creo que puedes presumir de que el grandioso y formidable duque de York te sigue debiendo un favor.

El cuarteto se puso en pie dispuesto a dar por finalizado el encuentro. Nadie mencionó esa manía de York de ponerse medallas sin ser militar, porque estaban acostumbrados a que hablase vanagloriándose de sí mismo la mayor parte del tiempo.

—No se preocupe, excelencia —le dijo Althea con una sonrisa—, me gustó ayudar a un par de enamorados que tenían que estar juntos. No me debe…

—En cuanto a eso —interrumpió Morgan, haciendo que Althea se quedase con el ceño fruncido—, sí hay algo que puede hacer, excelencia.

York sonrió de lado.

—En verdad estoy tentado a pensar que eres tú la que demanda los servicios de mi querido Wilson, porque eres tan impertinente como él. Haríais buena pareja —señaló, lo que le valió que el mencionado emitiese un gruñido que sonó exactamente como el del duque. Althea y Morgan intercambiaron una mirada ante lo que acababa de ocurrir, porque si a eso se le añadía que ambos hombres tenían el mismo porte ducal y los mismos preciosos ojos azules…

—¿Cuál es el problema, pequeña descarada?

—Sabe que aunque ponga delante de un insulto la palabra pequeña, es igual de ofensiva, ¿verdad?

—¿Cuál es el problema, gran descarada? —York decidió cambiar la pregunta inicial.

Morgan volvió a buscar la mirada de Althea.

—Te lo has buscado —le dijo a su ayudante.

—Necesitamos a un hombre, el mejor que se le pueda ocurrir para que nos ayude a saber quién quiere hacerle daño a la Duquesa X —desveló con tranquilidad Morgan.

Althea gimió en alto.

—No es tan escabroso como lo haces sonar, solo han sido algunos accidentes desafortunados que nuestros dos hombres de confianza ya están averiguando.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Malcom directamente a Althea.

—No es nada de lo que…

—Mande a alguien que pueda investigar a las altas esferas, duque —la cortó Morgan—, porque los hombres que tenemos a nuestro servicio no tienen los contactos necesarios para indagar sobre los parientes de las damas que piden nuestra ayuda, y pese a que la duquesa no quiere reconocerlo, temo que pueda ocurrirle una desgracia.

—Dime lo que sospechas —invitó a hablar a la ayudante de Althea, quien estaba mortificada con la conversación.

—Lo más significativo es que nos han asaltado tres veces en la calle en menos de un mes. Justo cuando ninguno de nuestros guardianes nos acompañaba. No creo en las casualidades y temo que alguien encuentre que lo que se hace en esta casa no sea correcto y haya decidido tomar represalias.

—Lo haces sonar como si me quisieran muerta. Los robos son habituales, querida.

—¿Tres veces en menos de un mes y cuando estabais solas? —Morgan asintió con un golpe seco de cabeza—. No lo creo, duquesa. Te diré a quién puedes dirigirte para que te ayude con tu problema en cuanto haga mis averiguaciones.

—No es un proble…

—Se lo agradecemos, excelencia —terció Morgan, sabiendo que Althea era demasiado testaruda como para solicitar el favor de un duque.

Morgan y el señor Wilson se dirigieron hacia la puerta de salida.

York miró con fijación a Althea.

—Te debo más de lo que crees. Primero interviniste con mi hermano Liam, quien sufría en soledad por la mujer a la que siempre amó. Ahora harás feliz a mi querido Wilson. Sea lo que sea que necesites, mándame llamar. —Esta última parte se la dijo mientras observaba a la ayudante de la duquesa a los ojos, pues Malcom sabía que la amable mujer que se mantenía oculta tras una peluca y sugerentes trajes rojos de seda no le pedía ayuda. Morgan asintió desde la lejanía, porque tanto ella como Mason lo habían escuchado.

—Se marcha con nuestra gratitud, excelencia. Y usted también, señor Wilson. Estoy deseando verle de nuevo —aportó Morgan.

—¿Estás segura de que no eres tú la que ansías que mi querido Wilson le haga un favor de lo más pecaminoso? —York la veía muy solícita con su tío.

—¡Por amor del cielo! —saltó Wilson—. ¿Qué necesidad tendría esta bonita joven de fijarse en un vejestorio decrépito como yo?

—¡Ah, pero ya ve, señor Wilson, que la gran descarada ha

confesado que usted le agrada hasta el extremo de encamarse con…!

—¡Nos vamos! —exclamó Mason mientras le daba un tirón a su patrón para marcharse de la estancia.

Morgan comenzó a reírse ante la escena vista y la Duquesa X la miró con reprobación.

—¿Qué? Ese hombre es maduro pero del todo apuesto, y si vas a regañarme por pedirle ayuda a York ante mis sospechas, prefiero enfrentarme a tu ira que a la tristeza por verte muerta. He decidido que no te llevaría flores rojas al sepelio ni tampoco podría dedicarte unas bonitas palabras.

Althea chasqueó la lengua.

—Siempre has sido demasiado dramática, el teatro se perdió una gran actriz contigo.

—¿Cómo sabes que nunca me subí a un escenario? —preguntó enigmática Morgan, mientras salía también de la salita.

Capítulo 2

Una fiesta de lo más decente

El duque de Darkworth, de nombre Aquiles y de apellido Darkworth —igual que su título—, había vivido lo suficiente para no tolerar tonterías o frivolidades innecesarias. La realidad le había hecho convertirse en un hombre serio, frío cuando había que serlo y distante, porque era lo que se esperaba de cualquier duque, más si era viudo y contaba con un niño de casi nueve años a su cargo. Especialmente cuando su estirpe había estado asediada por los infortunios causados por una malvada dama que deseaba que los varones de la familia muriesen. También las mujeres, porque su esposa murió envenenada tal y como supo después. Los Darkworth habían pasado por dos incendios, uno que se llevó a su madre y dejó cicatrices en su hermana Aura, y un segundo donde su padre falleció y creyó haber perdido a su hermana y a su hijo. Sin embargo, su avispada hermana sobrevivió, e intuyendo que había algo tenebroso y conspiratorio en casa, huyó lejos del peligro con su precioso heredero, Robin. La encontró años más tarde y los pedazos de los Darkworth parecieron comenzar a recomponerse. Y sin embargo la historia de Aquiles no acababa ahí, porque él mismo estuvo cautivo en una prisión francesa hasta que lo rescató precisamente el hijo de la villana que había causado tanto dolor a su familia, su estimado y leal primo Jacob Donaldson. El señor Donaldson, felizmente casado con una americana de lo más indomable, era un ejemplo claro de que los hijos no tenían que pagar por los pecados de sus padres, pues donde su madre fue malvada, Jacob había resultado ser todo un dechado de virtudes. Así era la familia, la reina Cleopatra de Egipto entendía muy bien de esas cosas, de complots y traiciones producidas en el seno familiar.

Y pese a ser como era, severo y duro, hacía varios años que le salían prometidas incluso de debajo de las piedras. Alguna insensata y demente puso de moda un rumor de lo más censurable e intolerable para Aquiles, y ese era que si se afirmaba públicamente estar comprometida con él, la dama en cuestión acababa casada —con otro hombre, por supuesto—, en un abrir y cerrar de ojos.

Eso lo había hecho presentarse en la fiesta de una condesa a la que

no conocía y sin invitación, puesto que allí había tres prometidas suyas a las que iba a darles una lección. ¿Cuál? No lo sabía, pero tres prometidas…

No era algo gracioso o anecdótico tal y como sostenía su hermana Aura, actual vizcondesa Portman. En absoluto era algo trivial a lo que no se debía de dar mayor crédito. Desde que dos años atrás una joven dama lo dejase plantado en el altar y esta se casase con el amor de su vida, los periódicos habían anunciado con alegría un par de compromisos al mes donde él era el futuro esposo de esas muchachas que negaban toda participación en el despropósito. ¡Estaban locas! ¡Dementes todas ellas!

Se le había ocurrido darles, esa noche, un escarmiento a las tres desvergonzadas que le habían salido como prometidas. Los rumores tenían que acabarse y la tontería de esa superchería de que él traía suerte cuando las damas lo abandonaban también. ¿¡Qué clase de estupidez era ese invento pernicioso!? No podían abandonarlo porque nunca se habían comprometido con él. Aura estaba equivocada una y mil veces, porque si no zanjaba esa demencia de una vez por todas, no se casaría nunca. Aquiles deseaba contar con la compañía de una buena mujer que le alegrase los solitarios días y lo calentase en las frías noches. Había esperado un par de años por consejo de Aura para ver si todo se terminaba. No parecía que estuviese lejos de finalizarse nada. Él haría lo necesario para que el asunto se cerrase de una maldita vez por todas para poder casarse y regresar a Darkworth Park con su hijo, a quien había dejado al cuidado de su hermana mientras acababa con el estúpido rumor y buscaba una buena esposa.

—Tu problema es que no buscas donde debes hacerlo… —le dijo su acompañante al duque.

Darkworth ladeó el rostro para fijarse en el joven cachorro de poco más de diecisiete años que su hermana Aura le había endosado a traición para que lo acompañase a Londres. El heredero del vizconde Portman, el hijastro de Aura, llamado Basil Foster, era como un dolor de muelas, cabeza, trasero, pies… Un sufrimiento constante para todo su cuerpo.

—¿Desde cuándo te has convertido en un experto en la búsqueda de una esposa? —No hacía falta pedirle a Basil una aclaración sobre su aseveración, Aquiles sabía demasiado bien a qué se refería. Entre otras cosas porque su hermana siempre estaba diciendo eso mismo, y Basil adoraba tanto a su madrastra que siempre estaba pendiente de ella y de todo lo que decía. De ella y de su hermano mellizo Flavian. Basil a su padre lo tenía menos controlado. Sí, controlado, porque Basil Foster tenía un carácter que le hacía erizar el vello de la nuca a cualquiera que hablase un par de minutos con él. Demasiado inteligente, demasiado intuitivo y sobradamente desquiciante.

El duque vio que el cachorro insolente comenzaba a torcer la boca en una sonrisa sardónica y quiso gritar. Ambos estaban cerca de la entrada del salón principal de baile. Algunas parejas danzaban al ritmo de la música.

—Desde que tu hermana te puso bajo mi ala. No te preocupes, esta temporada haré de ti un hombre casado. —Darkworth gruñó en respuesta. En los últimos años hacía eso mucho. Su carácter se había agriado demasiado—. Aura tiene razón, esos modales tuyos deben ser corregidos. ¿Quieres espantarlas antes de poder atarlas a ti para que no escapen? —Aquiles volvió a gruñir con más fuerza.

—Eres irritante, grosero y mereces que alguien te corte la lengua. Deberías recordar mi posición. Soy un duque —aseveró dándose aires de grandeza.

Aquiles Darkworth no había sido antes tan engreído, correcto y rígido. Al menos eso sostenía su hermana cada vez que iban a visitarla, porque Robin deseaba pasar más tiempo con Basil y Flavian, los dos hijos que Portman aportó al matrimonio. Y desde que Aura había sido madre estaba todavía más amorosa y pesada que nunca. ¡Había mandado a Basil a custodiarlo a él! Por mucho que ese joven marisabidillo tuviese unas capacidades más que adecuadas para ser un espía para la Corona, tal y como el mismo Aquiles fue en el pasado, lo aborrecía tanto por su seguridad, por ese modo de mirar a una persona y saber de inmediato si era de fiar o no… No lo soportaba, y su hermana le había obligado a llevárselo para disfrutar de la temporada. Como si la palabra disfrute pudiese combinarse con algo que tuviera que ver con Basil Foster…

—Y tu engreimiento las alejará todavía más. Trata de sonreír un poco, hombre. De relajar la espalda, como si no tuvieras un palo atravesándote…

—¿Me recuerdas por qué tengo que soportarte? —lo interrumpió.

—Porque soy tu única oportunidad. Estás a las puertas de los cincuenta años y…

—Tengo treinta y siete años acabados de cumplir, estoy muy lejos de la cincuentena —lo amonestó con los dientes apretados.

—Lo has estado haciendo muy mal por tu cuenta. ¿Cuántas prometidas te han abandonado mientras tratabas de casarte? ¿Cuántas te dejaron plantado en el altar? Tengo entendido que una te dejó en la iglesia la semana pasada. —Aquiles gruñó de nuevo y ató su temperamento para no ponerse a gritar.

—Sabes tan bien como yo que no he tenido más que a una prometida real. El resto son invenciones. Malditas invenciones —precisó—. En cuanto a lo de abandonarme, ten cuidado o mi hermana llorará pronto tu muerte.

—¡Está bien! —exclamó Basil con las manos en alto—. Solo una te

dejó plantado en medio del altar —punzó. Basil sonrió cuando vio a Aquiles levantar un puño en alto. Una clara amenaza para decirle que estaba tocando puntos sensibles y que tendría castigo—. Lo que trato de decirte es que el hecho de que yo esté aquí puede beneficiarte.

—No veo cómo. Me pones de muy mal humor.

—Tú siempre estás con cara de haber ingerido un purgante. Yo no constituyo una diferencia significativa de cómo eres habitualmente. Ahora, si retomamos el asunto inicial…

—¿Gritarles a las tres muchachas que aseguran ser mis prometidas para que el resto me tema y deje de esparcir esas tonterías sobre mí?

—Haz eso y acabarás los años que te quedan solo, porque ninguna mujer te dirigirá más de dos palabras. No. Tu inadmisible planteamiento indica que me necesitas.

—Tienes catorce años y… ¿te atreves a darme lecciones? —Deseaba molestarlo tal y como hacía Basil con él.

—Estoy a las puertas de los dieciocho y tengo más experiencia que tú en lo que a conquistas se refiere.

—Seguro que sí… —ironizó Aquiles.

—Ahora atiende, duque. ¿Ves a aquella mujer que está en el lateral derecho de la habitación, junto a la ventana, y que no deja de observar a los invitados? —Movió la cabeza hacia aquel lugar.

—Es horrenda —dijo de inmediato.

—¡Pero si no la has mirado! —se quejó Basil. Mal trato hizo con Aura cuando accedió a acompañar a Aquiles en la temporada, pero el duque ya no tenía amigos solteros y la que hacía las veces de madre estaba segura de que acabaría dando un ejemplo tan drástico con una de las muchachas que lo usaban para terminar casadas, que él no pudo negarse. Basil, al igual que Aquiles, haría cualquier cosa por Aura. Por eso ambos estaban condenados a tener que soportarse.

Aquiles dirigió su mirada hacia donde había indicado el cachorro de Portman, pero sin examinar demasiado bien a la dama de la que hablaba su compañero.

—No me gusta. ¿Satisfecho?

—Dirías eso de cualquier mujer que yo te indicase. Eres tan obstinado que no valoras lo que te señalo. Tu hermana no se parece en nada a ti. ¡Benditos los dioses por ello!

Aquiles suspiró y se obligó a examinar mejor a la dama.

—A ver… La estoy viendo… —No mentía, lo hacía. Bostezó—. Es una mujer corriente. Los colores con los que viste son muy apagados, dudo que el azul oscuro lúgubre esté de moda, y su moño estirado es más severo que todo yo en mi mejor día frunciendo el ceño. No es lo que necesito. ¿Contento, Basil?

—Si es tan corriente como dices… ¿por qué parece custodiarla un ejército de peones, con un alfil y una torre a ambos lados?

Basil suponía que debía de ser la anfitriona de la fiesta social, porque todos los sirvientes a su alrededor la miraban con atención, mientras que a su lado derecho había un hombre de aspecto extraño, pues parecía ser un guardián pero era de altura media —más bajo que alto y bastante delgado—, con los ojos oscuros, tal vez marrones, y un cabello tan negro como el carbón. Por el modo en el que ese desconocido se cernía sobre la dama, él apostaría el título de su padre a que se interpondría entre la mujer y un posible agresor, sin dudarlo un instante. Lo mismo ocurría con la mujer situada al otro extremo.

—¿Una partida de ajedrez? ¿No se te ha ocurrido nada más interesante para forjar tu símil que imaginar un tablero?

—Esa mujer está lejos de ser corriente —insistió—. ¿Por qué no demuestras eso de que todos los duques son formidables y le pides un baile? ¿O acaso tienes miedo de que la mujer *corriente* —repitió con retintín— te deje en evidencia cuando te rechace?

—Irritante es poco, cuando hablo de tus cualidades, señor Foster.

—No tengo un título de cortesía, pero si quieres tratarme con excesiva formalidad puedes llamarme honorable Basil Foster…

—Señor Foster es más de lo que te mereces —zanjó Aquiles, mientras observaba detenidamente a la mujer *corriente*.

***

—Sonríe un poco —le susurró Morgan.

Althea la miró como si le hubiese perdonado la vida. Por supuesto, la ayudante de la condesa viuda no se ofendió ni atemorizó.

Tanto *lady* Wins como la señorita Pusset figuraban en una posición prioritaria en su propio evento, supervisándolo todo. Era costumbre que la condesa ofreciese una gran fiesta durante la temporada. En ella se la solía ver vestida de azul oscuro, con un moño estirado y con cara de pocos amigos. Le gustaba dar esa imagen inmaculada, casi incluso como si fuese desagradable. Un viejo dragón.

—¿Y arriesgarme a que alguien piense que me gusta sociabilizar? ¡No! —objetó Althea entre dientes.

Desde que regresó a Londres se había labrado una reputación muy comedida como una afligida y correcta viuda que no quisiera poner en entredicho. Althea deseaba pasar desapercibida por completo.

Así como la Duquesa X era infame y extravagante, la condesa viuda de Wins debía ser correcta, formidablemente temida, pulcra y austera.

Ladeó la cabeza para fijarse en el guardián que la acompañaba cuando era la formal condesa de Wins. Greyson Amery. Al principio él no le había impactado tanto. Brendan Sallow insistió en que si Althea deseaba tener dos personalidades, dos disfraces, también debía contar con dos hombres de confianza capaces de defenderla.

La condesa no dudaba de las habilidades de Brendan, porque era

grande, robusto, fiero y había demostrado en numerosas ocasiones ser un guerrero forjado en el mismo infierno. No así sucedió cuando su querido Brendan le presentó a Greyson Amery. Lo consideró poca cosa, incapaz de estar a la altura del riesgo que entrañaba custodiarla mientras era la condesa viuda de Wins, pero Sallow insistió en que su protector formal tenía que ser menos llamativo que el de la Duquesa X. Por lo tanto se estableció que Greyson la atendería en situaciones civilizadas y Brendan en las que no lo eran. Aunque no había visto en acción a Greyson estaba segura de que sería tan espectacular como Brendan.

Althea bostezó. Morgan se dio cuenta del gesto.

—No está bien que te aburras en tu propia fiesta. Eso deja entrever que no he hecho un buen trabajo en los preparativos.

—Anoche apenas dormí —se excusó y no era mentira. Las pesadillas que su difunto marido protagonizaba a veces eran tan reales que… Althea sacudió la cabeza, no deseaba pensar en nada que tuviese que ver con Wins—. La fiesta es todo un éxito, como cada año. Mañana los periódicos hablarán sobre lo excelente y soberbia que fue. Todo sin nombrar un solo escándalo. Lo cual tiene mucho mérito.

—¿Lo tiene? Porque suenas igual de tediosa que tu bostezo.

—Nada de eso. Además no soy tediosa. En las fiestas siempre hay escarceos, alguna pelea o se lanza un rumor malicioso. ¿Cómo lo haces para que no ocurra nada así en mi fiesta anual, querida? —se interesó Althea.

—¿Es una queja? Vuelves a hacer que me pregunte si eres obtusa.

—Todo lo contrario, no quiero levantar atención hacia mi persona.

—Lo sé, por eso solo damos una única fiesta en toda la temporada —razonó Morgan.

—Dime cómo lo haces para que todo salga bien, Morgan.

—Poniendo mucha atención en la lista de invitados. Todos los que hay aquí son tan aburridos como tú. —Althea levantó una ceja—. Tan aburridos como la condesa viuda de Wins —enfatizó, dejando la evidencia de que la Duquesa X no podía ser considerada aburrida.

—Eso está mejor, querida. —Entonces Althea observó que su amiga se quedaba pálida—. ¿Qué ocurre?

—Problemas —susurró una voz masculina desde el otro lado de *lady* Wins. Greyson acababa de hacer la observación—. ¿Quién es ese que viene por ahí tan decidido? —Cabeceó hacia el lateral izquierdo, donde una figura rígida y muy masculina se aproximaba hacia los tres.

—Lo averiguaré de inmediato, pero lo que veo en su mirada es muy claro. Ten cuidado con él mientras regreso. —Morgan sacó su pequeña libreta del escondido bolsillo de su vestido y se dispuso a irse en busca de información.

El hombre que estaba llegando hasta la posición de la condesa no

había sido invitado por Morgan. Althea lo supuso de inmediato en cuanto vio a su amiga salir de escena a toda prisa, mientras Greyson adoptaba una posición más defensiva y cercana a ella.

La condesa viuda de Wins se afanó en componer su mejor rostro pétreo cuando el hombre, que le sacaba una cabeza y tenía unos increíbles ojos verdes, se colocó frente a ella. Althea se obligó a no sonreír, porque él se veía más serio que ella y eso era bastante imposible de lograr.

El duque de Darkworth se colocó frente a la anfitriona de la fiesta y la miró a los ojos durante lo que pareció una eternidad. Ella le mantenía la mirada sin decir tampoco una palabra. Fuese cual fuera el juego, ella le daría una lección. Aquiles se obligó a no sonreír también porque la dama parecía más fría que él mismo.

El duque levantó la mano para tendérsela a la mujer que tenía enfrente.

—¿Me concedería el siguiente baile?

La miró por debajo de sus espesas pestañas negras. Althea no mostró emoción alguna. Él por el contrario era muy evidente en su acción y su mirada. Lo observaba ansioso. ¿Por qué? Ella era fea, aburrida. No entendía nada.

—Lo siento, yo no bailo. —No se le ocurrió mejor manera de espantarlo.

Descortés, por supuesto, pero segura. Esperaba que esa respuesta cortante funcionase. Lo había hecho así años atrás, una o dos veces, cuando los caballeros se acercaban a ella por compromiso a solicitarle una danza y en poco tiempo nadie osaba invitarla a disfrutar de la música. Era extraño que ese hombre no supiera que ella nunca bailaba, ni en su propia fiesta.

Los ojos de uno seguían fijos en los del otro.

—Conmigo, sí. —Aquiles no supo de dónde vinieron esas palabras. Menos, de dónde surgió la idea de llevar su mano hasta la muñeca de ella y atrapársela para obligarla a salir a la pista de baile con él. Bueno, sí lo sabía, lo que no tenía claro era el motivo por el que se mostraba tan autoritario, tan como un emperador tirano…

El duque no pudo terminar su acción. En un pestañeo, el hombre que había estado junto a la dama se colocó a su derecha y Aquiles sintió una punzada en ese lado de la cadera.

—La sueltas o acabas muerto, tú eliges —siseó Greyson.

El duque se quedó quieto. No había previsto que un hombre con acento de los bajos fondos pudiese estar en un baile amenazándolo con un cuchillo. Y lo que resultaba más sorprendente, haber hecho todo eso sin que nadie se percatase de lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—Señor Amery… —comenzó a decir Althea al ver a su protector

pegado al caballero que había tenido la osadía de imponer su voluntad usando solo un par de frases con ella.

La condesa viuda de Wins dejó de hablar en cuanto observó que un tercer caballero, uno joven, se ponía detrás de Greyson para hacer que ese último se cuadrase, pero no se alejase de lo que parecía ser su presa.

Aquiles ladeó la cabeza al ver que la presión en la cadera disminuía tibiamente. Basil captó su atención. El hijastro de su hermana estaba detrás del hombre que tenía apoyado un cuchillo sobre las capas de ropa que amenazaba su piel. El duque supuso que Basil se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo y estaba amenazando al guardián de la dama, dado que seguía intacto… de momento. ¿Con qué lo estaría atemorizando Basil? Ninguno de los dos tenía armas, al menos Aquiles no. Nunca las portaba cuando asistía a un acto civilizado. Eso iba a cambiar a partir de ese instante.

¿Sería una pequeña pistola que el hijastro de Aura llevaría oculta?, se preguntó Aquiles.

—Caballeros… ¿por qué no nos tranquilizamos? —Morgan llegó en ese preciso instante junto a la condesa.

Fue una bendición, porque Althea no tenía la menor idea de cómo lidiar con la situación que se presentaba ante sus ojos. Era evidente que los tres hombres estaban midiendo sus fuerzas y que todo podría saltar por los aires en cualquier segundo.

—No sería oportuno que se asesinase a un duque en su fiesta, *madame* —susurró Aquiles solo para los oídos del grupo que estaba en conflicto.

—Suéltala y no morirás —insistió Greyson sin formalidad ninguna.

Los ojos de Althea y Morgan se movieron hasta la muñeca de la condesa, lugar en el que él la seguía teniendo cogida.

—Trata de hacerle daño a mi amigo y el que acabe en el infierno serás tú —susurró Basil desde su posición.

—¿Quiere un baño de sangre por no bailar conmigo, *madame*? —insistió Aquiles, mirando con fijación los ojos de la condesa viuda.

—No lo repetiré una vez más —habló el guardián de Althea—. O la sueltas o perderás esa mano. Me importa poco tu posición o que tu amigo pueda dispararme. Tú te quedarás sin mano y eso es suficiente para mí.

Morgan se metió en medio de la trifulca, de tal modo que se interpuso en el camino de Greyson y Aquiles, por lo que el duque tuvo que liberar a su presa y el secuaz de la dama tuvo que dejar de apuntarle con un cuchillo.

Sin embargo, Basil no dejó de presionar la espalda de Greyson. Así que el matón de Althea ladeó el rostro y le dijo al muchacho:

—Tienes un segundo para pensar en lo que haces, porque es lo que

voy a tardar en tratar de abatirte.

Morgan puso una mano en el hombro de Greyson.

—No queremos que un duque pierda ninguna de sus extremidades —saltó Morgan mientras sonreía—. Ni tampoco el hijo de un vizconde —añadió la ayudante de la condesa viuda mientras miraba a Basil—. ¿Por qué no recordamos todos el lugar en el que estamos? Sería conveniente ser civilizados. Hemos levantado suficiente curiosidad.

—La ha tocado sin pedir permiso —se excusó el señor Amery cuando sintió la leve reprimenda de Morgan.

—Ya la ha soltado. Ahora… —comenzó a decir en dirección a Basil, quien de inmediato se apartó del matón al que había visto amenazar al hermano de Aura. Basil no sabía cómo, pero por el movimiento tan repentino del hombre, cuando Aquiles se había acercado a la mujer, supo que tenía que intervenir. Pese a que la acción de los tres había sido rápida y discreta, la recién llegada que había puesto paz en la trifulca tenía razón, debían tranquilizarse todos.

Greyson regresó a su posición inicial, cerca de Althea. Basil y Aquiles pronto estuvieron uno al lado del otro. Nadie abandonó su gesto defensivo, pero sí se habían separado y parecía una charla tensa, pero más adecuada para un baile social.

—¿Qué demonios ha pasado? —le preguntó por lo bajo Basil a Aquiles.

—Solo quería bailar con ella —se excusó el duque.

—Usted exigió, no pidió, y yo nunca bailo —se pronunció Althea, quien los había escuchado pese a que habían hablado por lo bajo.

Aquiles observó a Basil resoplar y supo que el cachorro estaba cuestionando sus formas. ¿Qué? Él era un duque. Los duques no pedían, imponían su voluntad.

—Si lo que deseaba era bailar, excelencia —terció Morgan—, puede hacerlo con cualquiera de sus tres prometidas. —Las cejas de Aquiles se alzaron por la sorpresa—. Las tres muchachas han acompañado a sus padres en este evento social. Aunque… —Morgan hizo una pausa dramática para dar emoción a su discurso. Aquiles supo que la desconocida iba a ponerlo en entredicho todavía más cuando la vio sonreírle—, tiene usted agallas, porque hace solo una semana que una de las tres damas lo dejó plantado frente al altar, y pese a ello aquí está usted, excelencia. No es muy elegante coincidir en una fiesta con quien se tiene tantas… digamos… afrentas…

—¿Te volvieron a plantar, Darkworth? —Basil no pudo reprimir la cuestión lleno de humor.

—Tu pregunta es ofensiva, muchacho. —Las mentiras iban en aumento y, por la sonrisa socarrona de la mujer que hacía de escudo entre él y *lady* Wins, Aquiles supuso que ella lo sabía.

—¿Lo es? —se burló Basil.

—Los rumores deben de estar creciendo y las supercherías van siendo cada vez más elaboradas…

—¿Por qué no se alejan y siguen su conversación en la intimidad? —sugirió Althea, deseosa de perder de vista a ese problema musculoso y atrevido.

Los ojos de Darkworth se colocaron de nuevo en los de Althea. Color avellana sobre verde. Un duelo de voluntades. Cada cual de los dos más obstinado que el otro.

—Desapareceré de su vista cuando haya disfrutado de mi baile, *madame* —insistió Aquiles.

—Yo no…

—*Lady* Wins —la interrumpió Morgan al suponer lo que se disponía a decir Althea—, ¿qué mal podría hacer un baile? Los beneficios serían más adecuados que los inconvenientes. —La cabeza de Morgan estaba señalando con suma discreción a Greyson, quien estaba mostrando su puñal sin ningún pudor. Althea rodó los ojos. Greyson lo ensartaría si tuviera ocasión. Brendan y él eran excesivamente protectores y leales.

—Si tiene tres prometidas en la sala… ¿por qué no baila con ellas? —tanteó Althea mientras observaba a Morgan. Ella nunca bailaba, no se relacionaba con hombres. No deseaba saber nada de ninguno. Brendan y Greyson, quien seguía mostrando la punta metálica del arma, eran los únicos que contaban con su amistad verdadera. Ni tan siquiera confraternizaba con sus X, quienes hacían felices a las damas a las que Althea ayudaba a darles un poco de consuelo, de atención, de placer, de libertad…

Morgan le sonrió al duque.

—Supongo que será una bonita historia que contar mientras ambos comparten un baile… —conjeturó la ayudante de Althea.

—¿Cómo puedo estar seguro de que su perro rabioso no tratará de asesinarme mientras bailamos? —preguntó Aquiles, sin dejar de observar a Althea—. No es que tema por mi seguridad —estaba seguro de vencer al otro. No lo volvería a pillar desprevenido—, pero no quisiera añadir más rumores maliciosos a los que ya circulan sobre mi persona.

—¿Los de que es usted un tirano? —se atrevió a preguntar Althea.

—Sí. Soy muy gallardo —dijo Aquiles.

—He dicho tirano —precisó Althea.

—Sí, gallardo. Gracias por el cumplido. —Entonces él sonrió, mostrando todos sus perfectos y brillantes dientes blancos, y la condesa gimió en alto. Lo prefería molesto y serio. No burlón y sonriente.

Un segundo después, el duque la tomó del brazo y ella se dejó conducir hasta la pista de baile. De nuevo sin su permiso o aceptación.

Althea ladeó el rostro para ver la reacción del señor Amery y lo vio discutir con Morgan mientras ella trataba de impedir que la siguiera. Regresó la mirada al frente con disgusto.

—Es usted horrendo. Mi amiga diría que incluso obtuso.

—Exacto, soy fantástico —susurró cerca de su oído, causándola a ella un estremecimiento desconocido en todo su cuerpo.

—Horrendo y desesperante. —Se separó de él, pero Aquiles se acercó todavía más, por lo que la línea recta de camino hacia la pista de baile no fue recta en absoluto.

—Así es, fantástico y despampanante.

—¿Va a escuchar de mis labios la verdad o lo que le interese?

Aquiles se acercó todavía más a su acompañante.

—De sus labios me gustaría mucho más que escuchar, *madame*.

—Descortés y libertino… Lo tiene todo, excelencia.

Darkworth evitó reírse. Descortés sí, mucho, pero menos de lo cortante que había sido ella. Aunque sí que tenía que reconocer que fue muy impetuoso a fin de obtener un baile de la dama que tenía junto a él. Pero libertino… No. Eso nunca. Siempre fue muy correcto y serio. No jugaba con las damas… Bueno, hasta ese momento en el que estaba disfrutando de una pequeña pelea con la mujer que había captado toda su atención. Tal vez Basil no fuese del todo inservible, después de todo, si la había encontrado a ella.

—Sí, y siempre me salgo con la mía. No olvide eso, *madame* —dijo triunfante.

—Soy la condesa viuda de Wins, no use conmigo un apodo francés que no lo hace quedar más que como un vulgar pícaro.

Se tragó una sonrisa. Comenzaba a entender por qué a algunos hombres les gustaba irritar a ciertas mujeres.

—*Lady* Wins, es un placer. Está ante el duque de…

—La presentación llega tarde y no es necesaria. Después del modo tan atroz con el que se ha comportado, le aseguro que esta será la última vez que hablemos. —Y con suerte la última en que se verían.

—Da por supuestas muchas cosas, *madame* —dijo la última palabra para irritarla. Había una excitación secreta al molestarla a la que no deseaba renunciar—. Y lo que sí debería dar por hecho, es que siempre me salgo con la mía. Soy un duque que…

—¿Cree que su título me impresiona? —lo interrumpió.

—Suele impresionar a todo el mundo —dijo de modo casual—, pero si con usted no lo hace, espero que al menos lo haga el hombre que hay tras el ducado —señaló con seguridad.

—Sí, de acuerdo —dijo para no darle más conversación—. Acabemos con esto… Pero antes… bebamos un poco de champán, lo voy a necesitar —comentó, mientras cogía un par de copas de la bandeja que uno de sus lacayos portaba cuando pasó por el lado de la

pareja.

Le tendió la copa a Aquiles y este se la bebió de un solo trago, tal como hizo ella. Lo observó sonreírle y él frunció el ceño. ¿A qué vendría ese cambio de actitud? De pronto la sentía más relajada y tranquila.

—¿Qué le ha puesto en la copa? —Fue precisamente Basil quien llegó hasta su posición un par de segundos después de que ambos ingiriesen el líquido.

Por descontado Greyson Amery estuvo tras el muchacho de inmediato, y también Morgan Pusset.

Ante la pregunta de Basil, Aquiles miró el vidrio vacío.

—¿Me has envenenado? —preguntó el duque con ansiedad, al comprender lo que le estaba preguntando Basil a la dama, obviando la formalidad.

—Nunca haría algo como eso. Solo le he ayudado a conciliar el sueño antes de lo que pensaba hacerlo esta noche por sus propios medios… Debería marcharse a casa. El efecto de los polvos que he vertido en su copa es bastante potente.

—¿Por qué? ¿Por un baile? —preguntó Aquiles desconcertado ante la audacia de la mujer. Lo peor de todo era que se sentía… Él había sido uno de los mejores espías de la Corona, una mujer de apariencia sencilla no podía haberlo hecho bajar tanto la guardia…

Althea se acercó a la oreja del duque con discreción.

—Yo nunca bailo, excelencia. Nadie me obligará jamás a hacer lo que no deseo. Se lo advertí y usted quiso retarme. Disfrutaré con mi victoria.

El duque comenzó a sentir un fuerte mareo…

—Esto no ha acabado —dijo, mientras giraba sobre sus talones dispuesto a marcharse de la fiesta a toda prisa y no acabar tendido en el suelo. Basil lo siguió raudo.

—Te dije que no era una mujer corriente —le susurró Basil al hermano de su madre mientras ambos salían por la puerta principal de la casa.

—Ella no sabe lo que ha hecho… —murmuró el duque, antes de subir al carruaje y que sus ojos comenzasen a cerrarse por lo que ella le había deslizado en la copa. ¿Cómo lo habría hecho?

Mientras ambos se marchaban, Althea suspiró aliviada. Morgan carraspeó y Greyson le estaba sonriendo.

—¿Todo esto por un baile, condesa? —preguntó su ayudante con irritación.

—Ningún hombre se alzará sobre mí de nuevo. No importa si es por algo frívolo o de vida o muerte —aseguró con convicción.

—Espero que haya valido la pena el triunfo que crees haber conseguido, porque has molestado a un duque.

—¿Te impresiona su título?

—No. Los hombres por sí solos son imprevisibles, imagina lo que puede hacer uno de alto rango que se sienta insultado por la dama estirada y aburrida que te empeñas en aparentar ser. —Dicho lo cual Morgan se marchó de su lado agraviada.

Althea tragó saliva con fuerza.

—Déjalo que trate de venir de nuevo a ti —dijo Greyson sonriente. Hasta la fecha no había podido ver la sangre de un duque, estaba impaciente por ver si era azul—. La próxima vez perderá algo más significativo que el orgullo. Nadie te hará daño en mi guardia, *lady* Wins —aseguró lleno de seguridad, mientras guardaba el cuchillo con disimulo en el interior de la manga de su camisa de batista blanca.

Cuando Greyson Amery se volvía peligroso enseñaba los dientes, su puñal y su dicción de Saint Giles. Cuando el peligro terminaba, volvía a ser un correcto caballero de inmaculada apariencia y palabras tranquilas.

—Gracias, querido.

Él asintió con la cabeza y se apartó discretamente de su lado.

Althea se movió hacia un lateral del baile. La sensación de desasosiego que se instauró en su interior se iría en un par de horas… Seguro que lo haría.

Capítulo 3

Las acciones inesperadas

Una mujer con su pasado no debía bajar la guardia. La tranquilidad, que en los últimos meses parecía estar resquebrajándose, la había transformado en alguien demasiado confiada y Althea se odiaba por volver a las andadas. Relajarse era el pago por gozar de la paz. Desde que regresó a Londres, la condesa viuda de Wins había sido una dama más. Tranquilidad, confianza y algo de diversión orientada a jugar a ser una casamentera infame mientras usaba su *alter ego*, a la Duquesa X, para erguirse como una mujer que deseaba dar un poco de lo que los caballeros tenían derecho a disfrutar y se les negaba a las damas.

¿La custodia de la dulce sensibilidad de las damas era un impedimento para que estas descubriesen los apetitos carnales? ¿Las buenas mujeres no estaban creadas para deleitarse con el placer más crudo? ¡Tonterías! ¿Qué sucedía con las cortesanas o las mujeres que habían tenido que optar por una vía dedicada a la carnalidad para subsistir y disfrutaban de su pasión cuando elegían a sus amantes? ¿Acaso no eran ellas hermanas, hijas o familiares de alguien? El placer no debería estar destinado a un solo género de los dos que poblaban la Tierra. Solo era cuestión de reglas sociales, de fanatismos y de puritanismos indebidos que por norma se les acuñaba solo a las mujeres. No era un pensamiento liberal el que tenía Althea. No. Era el fruto de las reflexiones más infames leídas en los textos que una mente voluble jamás debería leer. ¿No lo decía ya el conocido y echado a perder marqués de Sade en sus textos? ¡Porquería! Porquería escrita por un hombre que odiaba a las mujeres que no deseaba más que disfrutar de la barbarie incrustada en el cuerpo de una madre, de una hija. ¿Qué decir del horrendo manuscrito del marqués de Sentilly o Mirabeau —o como quisiera llamarse el pobre diablo— sobre *La educación de Laura*?

Pasajes obscenos de finales de 1700 que no deberían caer en malas manos, pero en cambio debían ser admirados por los varones que se jactaban de jugar una doble moral en la sociedad. Caballerosos en público, corruptos en privado. ¿Por qué negarle el privilegio a una mujer que merecía mil veces más descubrir la sana lubricidad? Porque

el mundo era de ellos. De los hombres, porque las acciones que llevaba a cabo la Duquesa X causaban estremecimientos, especialmente entre las propias mujeres. Habría quienes se horrorizarían con todo lo relativo a lo que tejía Althea siendo una infame duquesa que solo era real cuando se ponía una peluca, se empolvaba el rostro, ocultaba sus ojos tras el kohl, y utilizaba el lápiz labial rojo para complementar su atuendo de seda roja brillante. Porque aunque el disfraz de Althea se había creado para darle libertad en sus movimientos más atrevidos, era además una protección para no acabar siendo perseguida, juzgada o repudiada por esa sociedad tan podrida en la que vivía y en la que había decidido ser una más como la respetable y seria viuda de Wins. Las propias mujeres eran las peores enemigas de ellas mismas.

La libertad con la que vivió en Sicilia, sin los yugos sociales dictando sus acciones, sin velos que cerrasen sus ojos para permitirle leer manuscritos de lo más intolerables, pero necesarios para analizar el propio pensamiento más retorcido y comprender que la verdad no existía, que solo era una invención, un puñado de letras escritas usando silogismos moldeados a gusto del escritor para defender sus teoremas. Ya sabían mucho de esas técnicas los propios griegos y a Althea le había costado unos diez años comprender que las reglas para hombres y mujeres eran diferentes porque habían sido instauradas por seres humanos incapaces de otorgar los mismos permisos a ambos géneros de la creación.

La Duquesa X no era nada más que una mujer que buscaba enseñar lo que era la pasión a las damas, que por lo general eran viudas que solo habían conocido la maldad en sus matrimonios. Allá donde Giulia Tofana había intervenido con veneno, Althea había visto un poco de esperanza para unas viudas que merecían más. Mucho más después de la muerte de sus esposos. ¿Por qué doce meses como mínimo portando el negro por un hombre que no valía más que para los gusanos que lo devorarían en la caja de pino? Mientras Althea Marriott se había visto obligada a mostrarse dolida y llena de consternación por la muerte de un monstruo, la creación de la Duquesa X le había dado la libertad de enfundarse un traje de seda más rojo que la sangre, bailar y coquetear, mientras el cuerpo de un hombre vil que merecía estar en el infierno se descomponía y era devorado por toda clase de insectos y seres que se nutrían de sus entrañas.

Libertad sin miedo. Libertad sin ataduras. Eso era la Duquesa X, eso era en verdad también Althea Marriott. Pero todo tenía una fecha en la que se anunciaba el fin a una era dorada, a un sueño hecho realidad. La fatalidad parecía haberla alcanzado. Tal vez fuese fruto de los pecados cometidos contra las normas, contra la religión o contra los hombres. No importaba. Althea volvería a actuar como lo había

hecho en el pasado. Sin cambiar una sola coma en toda su historia. Le había dado a tantas y tantas mujeres lo que ella no había logrado conocer, que no se arrepentía de nada. Y si un desconocido le pegase un tiro por la espalda, en un gesto de castigo por todo lo que había hecho siendo una nefasta esposa y una casamentera infame, moriría con una sonrisa en los labios y solo lamentaría no poder continuar con su labor en favor de la pasión, para darles a conocer a esas mujeres que lo merecían, lo que era la seducción, los besos, el toque pecaminoso, la delicia de perderse en un grito agónico cuando el cuerpo alcanzaba lo que necesitaba a través de la decadencia consentida.

Al parecer esa hipotética situación estaba persiguiéndola a toda prisa. Porque mientras Althea Marriott, la correcta viuda de Wins, cabalgaba ataviada con un traje azul oscuro de terciopelo en su incómoda silla de amazona por Hyde Park, custodiada por Greyson Amery a su derecha, se sentía como si tuviese una diana en la espalda. Estaba siendo observada y vigilada por alguien. No era la primera vez que se sentía así, pero sí la primera en la que percibía que su acechador deseaba que ella supiera que estaba siendo examinada.

No era una sensación baladí. No, porque el señor Amery estaba atento a cualquier movimiento mientras trotaban a un paso lento. Dado que a Morgan no le apasionaban los caballos y odiaba levantarse temprano, y puesto que la reputación de Althea era intachable, se había atrevido a salir de casa con la única compañía del guardián que tenía cuando no era más que la respetable condesa viuda de Wins. Muchos sabían que Greyson Amery era una medida de protección. Cuando Wins murió, salieron a escena —aunque no públicamente— asuntos delicados sobre sus negocios, de tal modo que nadie se preguntaba —de modo oficial— por qué una viuda sencilla, áspera y rígida, se molestaba en tener un guardaespaldas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Althea, enfadada por volver a percibir esa sensación de inseguridad que su maldito y difunto esposo había cultivado cuando vivía con él.

—¿Lo sientes?

—Sí. Alguien nos observa y preferiría que nos atacase de una buena vez a seguir con esta… con esta…

—No te pasará nada mientras yo esté de guardia. ¿Entendido? —le aseguró Greyson.

Bien fuera porque necesitaba aferrarse a la confianza que él emanaba o porque en verdad lo creía… Althea asintió con convicción.

—Hay que hacerlo salir.

—No —negó el hombre, intuyendo lo temeraria que iba a ponerse su protegida.

—No lo soporto más. Hui una vez porque no tenía más remedio.

Era joven, tenía pocos aliados y no podía atreverme a luchar contra el diablo. Ahora soy más veterana, compito con Lucifer en cuanto a infamia se refiere, y sé pelear. Vamos a hacer salir al zorro de su madriguera para mostrarle que no es tan astuto como se cree.

—Condesa…

—No discutas con la mujer que paga tu salario, señor Amery.

Él le sonrió.

—No osaría hacerlo. Me preocupa más el hecho de que sufras un solo rasguño.

—Me ofende que creas que soy una frágil muñeca de porcelana.

Los años que llevaban juntos les daba a ambos complicidad para hablar de modo desenfadado y con suma confianza. Todo el personal que rodeaba a Althea contaba con su lealtad y viceversa.

—Brendan exigirá mis… mi cabeza —se rectificó para no hablar de modo soez frente a una verdadera dama—, si tu bonita yegua osase encabritarse y te hiciera caer de su lomo. No quisiera averiguar lo que me haría él si llegases mínimamente señalada porque alguien te atacó en mi guardia. Así que no vas a ponerte en peligro, condesa.

—Oh, querido. Tu galantería y preocupación hacen que desee ofrecerte un puesto más apropiado que el de ser mi guardián, pues conozco a un par de damas a las que harías…

—Condesa, ese asunto está fuera de discusión.

—¿Considerarías que te estaría tratando como un semental sin valor alguno por presentarte a una de esas fantásticas damas, que buscan lo que tuvieron que haber recibido cuando se casaron, y les fue negado precisamente por casarse?

Los rasgos de él se suavizaron cuando la miró a los ojos. Ambos se pararon en medio de Hyde Park. El parque estaba poco transitado en esa mañana debido a una amenaza de lluvia que todavía no se había presentado.

—Por descontado que no. Lo que ocurre es que me gusta disfrutar de una buena caza. Servirme a una leona sobre la cama, a la que desearía perseguir, le quitaría toda la emoción. Eso y que al igual que tú, no estoy interesado en nada que tenga que ver con mujeres. Hombres en tu caso.

—Sé lo que estás haciendo y no va a funcionar —observó Althea, mientras se agarraba a la perilla de su silla de amazona dispuesta a desmontar. Él la estaba distrayendo para que olvidase lo que deseaba hacer.

—Harás que acabe mis días en Newgate, tal y como predijo mi madre que ocurriría.

Greyson dio un salto y la agarró por la cintura para ayudarla a poner los pies en el suelo. Luego se colocó a su lado.

—¿Tu madre consideró que acabarías en prisión? —Siguió la

conversación.

—Sí, ya desde pequeño yo… digamos que mostré mis habilidades —apuntó con media sonrisa.

—No dejaría jamás que acabases en un lugar en el que no merecerías estar.

—Pero lo haré, condesa, porque insistes en ponerte en peligro y si el bastardo que acecha entre las sombras se da a conocer, lo mataré a golpes, y no dejaré de propinarle puñetazos hasta que los agentes de Bown Street vengan a detenerme.

Althea lo miró con fijación y el ceño fruncido.

—No creo que yo sea merecedora de tanta lealtad por tu parte, señor Amery.

—Lo eres por ser quien eres, condesa. No solo por tu implicación con las mujeres que tanto sufrieron a manos de quienes tuvieron que protegerlas. Tus acciones en Saint Giles son más memorables que un grupo de damas dedicadas a la beneficencia, que solo se preocupan porque los sándwiches de pepino no acaben donde son más necesarios.

—¿Dónde sería eso? —se interesó Althea.

—En el estómago de los hambrientos para los que se afanan por recaudar unos fondos que son insuficientes y no llegan a su destino sin que los corruptos hayan puesto sus zarpas en buena parte de ellos.

—Te han despojado de toda esperanza, si no crees en la bondad de quienes ofician fiestas en pro de los desfavorecidos.

—He visto demasiado para que me convenzan de lo contrario. Todo está putrefacto. No hay salvación posible. Pero tú haces que en medio de toda esa podredumbre haya un rayo de sol.

Althea le sonrió.

—Me alegro de que Brendan te trajese con nosotros. La infame casa de la Duquesa X no sería lo mismo sin ti. —Ese era el nombre que recibía su hogar en las afueras de Londres, un club secreto que tenía más de un uso para las damas.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó esperanzado Greyson, pese a conocer de antemano la respuesta a su pregunta, pues Althea Marriott se había sentado en un apartado banco del parque dispuesta a convertirse en el cebo.

—Cuando atrapemos al zorro.

—Condesa… —se quejó, con desaprobación.

—Aléjate lo suficiente para hacerle creer que estoy sola, pero lo necesario para llegar a mí si te necesito.

Greyson Amery se cuadró. Aunque no era un hombre excesivamente alto o corpulento, resultaba atemorizante cuando se lo proponía.

—¿Alguien se atreve a desafiarte con una negativa alguna vez?

Ella torció el labio en una media sonrisa.

—Me he ganado el derecho a imponer mi criterio sobre el de los demás.

—Incluso por encima de tu propia seguridad. —No era una pregunta.

—Brendan dice que eres el mejor lanzando un cuchillo de lejos. Confío en tu pericia hasta el extremo de convertirme en un conejo para un zorro. Esto tiene que acabar, si es aquí y ahora, mejor. Morgan no me permite salir sola ni para ir a la vuelta de la esquina, Brendan se pasa el día aconsejándome un viaje por España, y tú… bien, eres el único que me da cierto margen.

—Mucho margen —puntualizó—. Hay demasiada gente que depende de ti, condesa. Los niños del orfanato de Saint Giles incluidos.

Ella comprendió su preocupación. Sonrió.

—No solo confío en tus talentos, sino también en tu palabra.

—¿Cuáles de mis palabras? —preguntó derrotado.

—Nada malo me sucederá en tu turno.

—Tal vez mi madre estaba equivocada, condesa, y no acabe en Newgate después de todo.

—¿Vas a dejar la frase en suspense o debo preguntar a qué te refieres? —inquirió al ver que él no seguía con su valoración.

—Brendan no me dejará con vida si pereces y yo no tengo fuerza para hacer entrar en razón a una obstinada condesa.

No alegó nada más. Greyson Amery se marchó con su montura después de atar la de ella al árbol más próximo.

Althea tragó saliva y esperó.

Habían pasado diez minutos desde que el señor Amery le había permitido convertirse en un cebo para la trampa. Sí, permitido. Los hombres que tenía a su lado se solían replegar a sus deseos, pero Dios sabía —y ella también— que deseaban zarandearla para hacerla entrar en razón cuando se le ocurría una temeridad. Como cuando decidió construir la infame casa de la Duquesa X.

Después de quince minutos sin que nada sucediese, ella se puso de pie. Tal vez el zorro no quisiera salir a jugar con el conejo. Y una vez más esa sensación de que alguien estaba observándola regresó. Sus ojos, del color de una avellana, se movieron a derecha y a izquierda. Barrió el lugar y su vista regresó a la derecha, donde una figura que estaba de pie y observándola con fijación, había captado su interés.

Althea gimió en su interior. No era un zorro. Sino algo más peligroso. Un duque agraviado. Los ojos serios, la fina línea blanquecina que constituían sus labios, así como su expresión de enfurecimiento así se lo indicaban.

Uno y otro estaban contemplándose desde unos pocos metros. Los suficientes como para configurar una separación de seguridad entre ambos.

¿Qué querría ese hombre de ella?, se preguntó. Althea no era agradable, no era hermosa, no había dado pie a nada… a nada más que no fuese agitar un orgullo de lo más ducal. La voz de Morgan se coló en sus pensamientos. Sería mejor si se desprendía de un problema que todavía era menor.

Althea se volvió a sentar en el banco.

—¡Argggg! —exclamó con disgusto—. Lo has visto, ¿verdad? —preguntó, alzando la voz, dado que sabía que Greyson no estaría lejos.

Su guardián salió de los matorrales de la zona sur y se dirigió hacia ella.

—Él es peligroso.

—Es peligroso porque yo lo zarandeé en dirección al peligro. Tan audaz como me siento a veces, y caí en mi propia trampa.

—¿Quieres que le explique la situación? —terció Greyson y ella imaginó la clase de explicación que le ofrecería uno de sus hombres de confianza. Tanto a Brendan como a Greyson no les imponía un título de la nobleza. Era más. Saber que el hombre tenía sangre azul les inspiraba a organizar una formidable pelea que jamás perdían.

—Esto debo resolverlo yo, y de inmediato.

—No es una buena idea.

—Sé que no lo es, pero debo enmendar mi error para que mi lista de supuestos enemigos no siga creciendo.

Althea y Greyson se midieron las miradas. Sabía que su maravilloso secuaz era un hombre al que no le gustaba doblegarse cuando llevaba razón.

—Condesa, haces que mi trabajo no sea fácil de cumplir.

—Si me diesen un penique cada vez que escucho esa frase…

Él respiró profundamente. La miró con el gesto serio.

—Me alejaré lo suficiente para que se crea a salvo. Supongo que no se ha dado a conocer antes porque sabía que yo estaba cerca. Es más que un duque y haremos todos bien en no subestimarlo. ¡Ahora, muchacho, sal para que mi patrona hable con tu amigo o volveremos a tener el mismo problema que anoche!

La condesa esperó unos segundos. No vio a nadie cerca.

—¿Con quién hablas?

—Con el joven que acompañaba a Su Gracia. No logro saber dónde está, pero él anda cerca.

—¿Cómo…?

Greyson la miró con una ceja alzada. Ella no conocía el pasado de todo su personal porque la mayoría eran muy reservados, pero sospechaba que haber subestimado las habilidades de Greyson Amery había sido un pecado.

—¡No pienso moverme de mi posición hasta que salgas! Y nunca fui un hombre paciente, hasta el punto de que la montaré sobre su yegua

y tu amigo se quedará sin la entrevista que ha venido a buscar. Tienes tres segundos. Uno, dos…

El señor Amery no siguió contando. En efecto. El joven que sospechaba que andaba cerca salió de su escondite. Un árbol algo alejado de la posición de ambos.

—No queremos problemas —dijo Basil, manteniendo las manos en alto en señal de buena fe.

—Y sin embargo aquí estamos de nuevo, como si nada hubiese cambiado —señaló Greyson, quien estaba sacando a la vista un par de puñales.

Por supuesto Basil mostró su pistola sin pudor también.

El duque se estaba acercando hasta el trío.

—Lo que ha cambiado es que no me han deslizado nada en mi bebida a traición, porque hoy no voy a beber —dijo Aquiles cuando llegó frente a la condesa. Los ojos fijos en ella, sin amedrentarse por las armas que portaba el guardaespaldas—. Guarda la pistola, Basil. No será necesario. *Lady* Wins sujetará bien la correa de su perro.

En respuesta, Greyson gruñó y ladró con fuerza. No estaba ofendido por la comparación, en verdad lo consideró un cumplido.

—¡Vaya, ladra igual que tú! —saltó Basil con humor.

Aquiles no apartó los ojos de Althea ni un instante. Tampoco se molestó por darle una reprimenda al joven cachorro por su observación. Ella seguía sentada, la tranquilidad personificada porque se negaba a ponerse nerviosa o que los tres hombres percibieran su ansiedad ante la situación.

—*Lady* Wins y yo tenemos un asunto que aclarar y será en privado. Así que… —Aquiles estaba despachando a Basil y al perro rabioso que acompañaba a la condesa.

—¿Estás seguro de que…? —comenzó a preguntar Basil, pero el movimiento de cabeza que le otorgó Aquiles hizo que él se silenciara.

El hijo del vizconde Portman se retiró con cautela, pero no lo hizo el señor Amery. Entonces el duque de Darkworth tuvo que apartar la mirada de la condesa, quien estaba frente a él, sentada en ese banco de piedra, en un lugar que ameritaba con la intimidad, para mirar al perro guardián.

—¿No he sido claro en mi petición? —pronunció las palabras con un ritmo letal que hizo que Althea se estremeciera, pero no causaron ningún efecto en el hombre al que iban dirigidas, puesto que Amery no se inmutó.

Él era peligroso. No un duque normal. No era alguien del que una dama debiese burlarse. La condesa viuda de Wins comprendió que había cometido un gran error cuando se enfrentó a él precisamente la noche anterior.

—Solo recibo órdenes de una persona —apuntó el señor Amery en

clara alusión a *lady* Wins.

—Dile que se retire, porque la próxima vez no tendré la paciencia para esperarte y conversar de modo civilizado —le ordenó a Althea con la ira siendo pronunciada entre líneas. A Aquiles se le ocurrieron un par de formas de secuestrarla tras lo dicho.

—Por favor, señor Amery, serán unos pocos minutos. —Ella odiaba verse obligada a una imposición. Decidió tragarse su retahíla en favor de poder olvidarse del asunto cuando terminase de hablar con él.

—*Milady*… —Greyson se despidió a disgusto, pero ella sabía que no se marcharía lejos.

Aquiles se sentó a su lado, muy pegado a ella. La reacción de Althea fue la de exhalar con desaprobación, levantarse y moverse hacia la derecha para separarse de él. No llegó demasiado lejos, puesto que el duque se había colocado sobre una parte de la falda de montar. Así que él se levantó, tal y como había hecho ella, y se volvió a colocar muy cerca del cuerpo femenino. Efectivamente, como estaba sentado sobre más trozo de la falda, ella no pudo volver a huir.

—Está jugando con fuego, excelencia. El señor Amery no se quedará quieto si percibe que no me siento cómoda en su compañía.

—Entonces más te vale que te observe encantada por el placer de mi compañía, o tendremos sobre nuestras espaldas un gran estropicio.

Ella tomó aire. Giró la cabeza y se topó con esos grandes ojos ducales verdes.

—Lo siento.

—Buena iniciativa, Althea.

Ella cuadró los hombros y miró hacia delante. La vista de la corteza del árbol que tenía a pocos metros le pareció interesante, más que contemplar el rostro iracundo de él o sus preciosos y mortales ojos que deseaban dispararle dagas.

—Se está tomando demasiadas formalidades, excelencia.

—Creo que no. Me ofrecí cortésmente para un baile…

—¿Cortésmente? —lo interrumpió, ladeando de nuevo la cabeza para mirarlo con indignación.

—Por supuesto.

—No. No lo hizo así —persistió ella llena de enfado—. Usted me ordenó que bailase. Y no quise.

—Lo que ocurriese está en el pasado y forma parte de nuestra historia. Una que nos une para poder prescindir de formalidades odiosas, Althea.

—No. Se dirigirá a mí con el respeto que merezco. —Ella parecía una reina desafiando a un emperador.

—¿Como hiciste tú, cuando trataste de envenenarme con polvos de brujas?

Ella le sonrió.

—Tengo a mi alcance algo mejor que unos inofensivos polvos para dormir para envenenar a alguien. Usted no corría peligro. De hecho, debería darme las gracias por haber dormido como un bebé esta noche. —Pensó que debería estar contento por no haber usado el agua tofana. No era que se le hubiese pasado por la cabeza, pero… Qué hombre tan… tan… tan… ¡Lo que fuese!

Observó cómo él cambiaba su expresión de ira por una más tranquila, llena de diversión ante su suposición.

—No negaré que hacía años que no dormía tan plácidamente. Tal vez agradezca tu atrevimiento después de escuchar tu disculpa.

—Ya me he disculpado, así que supongo que está todo dicho.

—No. Yo creo que no te has disculpado en absoluto.

—Si no le importa, preferiría que nos cerniésemos a las convenciones sociales y nos tratásemos con la formalidad debida, a fin de cuentas yo soy una condesa y usted un duque —insistió una vez más.

—No. Después de lo que has hecho, eres Althea y te daré el trato cercano que buscabas.

—¿Buscaba? ¿Que yo lo buscaba? —saltó enferma de cólera.

—Eres una mujer de treinta y dos años que ha pasado su primera juventud hace ya bastante tiempo.

—Está siendo descortés.

—En absoluto. Las mujeres deben madurar para ser interesantes. ¿Preferirías un zumo de frutas o una excelente añada de un vino extraordinariamente envejecido?

Ella suspiró y se tocó la frente. Miró al cielo. Las nubes grises podrían descargar su aguacero y eso le daría la oportunidad de escabullirse.

—Lo que me preocupa es recibir visitas de las que no disfruto. Me gusta degustar un buen vino en la soledad de mi hogar.

—Déjame adivinar, frente al calor de una chimenea, sosteniendo un libro mientras tu gato se arremolina en tu regazo.

—Es una descripción idílica.

—¿Porque no habría ningún duque insolente molestándote? —se preguntó él en alto.

—Porque no habría nadie molestándome —precisó sin acritud.

—Como te decía, eres una mujer interesante, Althea Marriott. Con experiencia, una viuda que conoce los secretos más privados de la vida… íntima, que podría jugar con el libertinaje sin persecución alguna porque las reglas de las debutantes no se aplican a las mujeres que ya saben lo que esconde la unión conyugal, y pese a que tienes a tu alcance una vida alejada de una muchacha recién salida del cascarón, cuentas con un regimiento de protectores. No solo lo digo por tu perro rabioso, ese —movió la cabeza para indicar el lugar y

Althea siguió su mirada hasta Greyson— que sigue sosteniendo un cuchillo entre los dedos y que arde en deseos de que le des una orden para poder hincarlo en mi pecho. No. Lo digo por todos esos lacayos y sirvientas, incluso esa secretaria que medió en nuestro… pequeño conflicto durante la fiesta, que se mostraban dispuestos a proteger tu virtud, o tal vez tu vida, en caso de que tú mostrases un ligero estremecimiento.

—¿Qué tendría de malo contar con la lealtad de quienes dependen de su patrón? Me enorgullece ser una buena ama para quienes sirven en mi casa. No son solo manos que están a mi alcance, son apreciados y queridos por mí. Son mis amigos. Se preocupan porque yo lo hago por ellos.

Él cabeceó afirmativamente, como si estuviese dando una bendición que ella ni quería ni precisaba. Lo había observado por el rabillo de ojo, puesto que no deseaba mirarlo a los ojos.

—Te he investigado.

—Lo he notado. ¿Por qué? No soy interesante en absoluto.

—Porque has desafiado a un duque.

—Uno que, si mal no recuerdo, contaba con tres prometidas en ese mismo salón, uno al que habían dejado plantado en el altar y…

—¿Celosa? —Althea negó de inmediato con la cabeza—. Puedes difundir, como ellas, el rumor de que eres mi prometida. Lo hacen porque ha nacido una especie de leyenda sobre que quienes se comprometen conmigo acaban casadas en un abrir y cerrar de ojos —dijo para después suspirar debido a la tontería que resultaba de todo el asunto—. Aunque las muchachas que lanzan ese tipo de habladurías no presentan un aspecto tan… —La examinó de arriba abajo. Ella lo sabía porque lo había apreciado por el rabillo del ojo mientras miraba al frente.

—¿Tan qué? ¿Sencillo y severo como el mío? ¿Cree que me importa su opinión, excelencia?

—Estoy convencido de que no te importan más que tus propias creencias. Hace años estuviste en Italia, por los beneficios de un clima más cálido, pero la muerte de tu esposo, que te devastó, te hizo regresar de tu exilio.

—¿Cuál es la pregunta ahí?

—Solo era una narración…

—Estuve en Sicilia. Un lugar espléndido, le recomiendo visitarlo. Es cálido, como usted dice.

—Te marchaste sin mirar atrás.

Ella dejó de observar la corteza marrón del árbol por el que trepaba una fila de hormigas y lo examinó. Otra afirmación sin pregunta.

—Mi salud lo exigía. Mi marido me necesitaba sana.

—Ya.

—¿Ya? ¿Qué se supone que es ese «ya» tan cuestionable que he detectado? —preguntó ella burlonamente.

—No fue eso lo que sucedió.

—Los consejos de mi médico son tenidos muy en cuenta. Mis pulmones necesitaban…

—Discúlpate —la cortó.

—¿Cómo ha dicho, excelencia?

—Tu disculpa… sigo esperándola.

—Ya lo he hecho. Al inicio de esta conversación que ya está durando demasiado le dije que lo sentía.

—No, no lo sientes en absoluto. Estuve en peligro. A un suspiro de… morir.

—No. Lo niego tajantemente. Como he dicho hace escasos segundos, eran unos polvos que…

—Silencio —le ordenó en un tono ducal que ella supuso que dejaría a todo su servicio mudo.

Aquiles ladeó todo su cuerpo, de tal modo que quedó enfrentado al perfil de Althea. Levantó la mano, se quitó el guante y le rozó la mejilla. Un gesto muy dominante, pero a la vez cauteloso. Ella se obligó a no retroceder. No sería bueno que Greyson interviniese. Aquiles comenzó a mover las yemas de los dedos como si estuviese comprobando su suavidad.

—Se toma muchas familiaridades y no nos conocemos en absoluto para…

—No deseas saber mi identidad. Pero sí temes desearme a mí —dijo en un tono de voz aterciopelada destinada a adormecer sus quejas. Althea lo sabía. Había instado a sus formidables X, en especial a los inexpertos, a ser todo lo que una dama deseaba. A usar un tono de voz bajo, una sonrisa perfecta, unas palabras de seguridad… Aquiles la estaba… ¿seduciendo? ¿Qué desearía un hombre perfecto como él de una fea y austera viuda como ella? ¿Era un juego? ¿Una burla por haberlo desafiado? Y sin embargo no podía evitar disfrutar de su ligero toque, del tono bajo de su potente voz, de su poderosa mirada que la mantenía anclada y la hacía mostrarse dócil.

—Su insolencia me indigna —añadió tratando de parecer indiferente a su roce. Cosa que parecía imposible de llevar a cabo.

—Debiste haber bailado conmigo —recriminó con suavidad. Ella trató de envararse y alzó una ceja, porque era incapaz de moverse. Él seguía acariciando su mejilla.

—Se supone que entonces… —Se detuvo y se dio cuenta del asunto —. Conozco a los hombres como usted, excelencia —lo acusó—. Si yo me hubiese sometido a su capricho, no hubiese despertado su interés con mi negativa. —No estaba preguntando, sino afirmando. Como hacía él.

Los labios de Aquiles se levantaron en una tibia sonrisa. Así que eran carnosos cuando no estaba enfadado, observó la condesa viuda.

—Puede ser. ¿Qué delito podría haber en disfrutar de un baile cuando yo lo merecía? —razonó con seguridad.

—Así que su orgullo herido tiene que ser reparado con urgencia, a costa de mi dignidad.

El duque sonrió con mayor amplitud.

—Haber estado entre mis brazos te hubiese facilitado el trabajo para comprender tus propios deseos… Esos que no deseas que yo despierte en ti. Por mí.

—De todos los arrogantes… —comenzó a decir ella, pero no le dio el tono de voz adecuado de irritación, porque él estaba acariciando su oreja y…

—Cuando despegué los ojos esta mañana, estuve iracundo, enfadado hasta la saciedad contigo. Basil, ese joven amigo que se ha convertido en mi sombra, me ha oído mascullar mil maldiciones y gruñidos, más potentes que los que emite tu perro rabioso. Incluso pensé en mil maneras de hacerte pagar por tu desprecio. Nadie le niega nada a un duque, más a uno que te hace sentir bien, de esta forma, porque…

—Todos deberían negarse a hacer lo que no desean —lo cortó. No quería escuchar la segunda parte. Aquiles dejó su oreja y se dispuso a trazar una línea sobre parte de su cuello.

—No a mí, Althea. No cuando solo pedí un baile.

—Ordenaste —recalcó, esa vez tratando de parecer tirante. ¿Lo había conseguido? No lo sabía, las caricias de él eran… Debería levantar la mano y detener ese roce sin sentido que la hacía sentirse vulnerable y perdida. Era un milagro poder seguir la conversación.

—Tenía mis razones para actuar como lo hice. Tú no tenías ninguna para rechazarme y tratar de envenenarme, sino todo lo contrario. ¡Por amor de Dios, era un baile! —exclamó al verla enfurruñada—. Un baile con un duque que no es un caracol baboso y horrendo a la vista y tú, en vez de complacerme, decidiste verter…

—¡No era veneno! —lo interrumpió sabiendo lo que iba a decir. La mano estaba acariciando de nuevo su mejilla.

—Preferiste verme caer en medio de la multitud y hacer un ridículo más espantoso todavía que el de cosechar tropecientas prometidas y no sé cuántos abandonos en el altar, a permitir que pusiera mis manos sobre ti.

—Usted no cayó. Y yo nunca bailo —dijo como si eso fuese toda una gran defensa en el juicio que él estaba haciendo.

—Por eso se me pasó el enfado. Por eso te seguí y vine a buscarte esta mañana, porque comprendí que estabas tan aterrada de que un hombre, de que yo —incidió— te sostuviese en mis brazos, que

luchaste contra lo que no deseas sentir con todas tus artimañas.

—Se da usted muchos aires de grandeza. Yo no deseo compañía de ninguna clase. Estoy feliz sola, frente a la chimenea, con un buen libro, sin un gato porque no tengo. Así que lo que sea que haya conjeturado en esa cabecita ducal suya para hacerle sentir menos desprestigiado y que su orgullo no sufra un revés, es cosa suya y le pido que no me involucre en su cuento de hadas. Yo no deseaba bailar con usted. No deseaba sus atenciones.

—Interesante… Deseaba… en pasado… —apuntó, obviando el resto de las objeciones descritas por la condesa, mientras seguía acariciándola con tranquilidad.

Ella tomó una gran bocanada de aire. No había nada peor que un hombre que se mostraba seguro de sí mismo y no deseaba ser refutado.

—La próxima vez usaré veneno, excelencia, no unos inofensivos polvos, que además me aseguré de que su joven amigo me viese verter en la copa.

La confesión hizo que él abriese los ojos con sorpresa. Así que ella no deseaba todavía más su ruina, solo sacudírselo de encima rápidamente y por eso se aseguró de que Basil la observase mientras trataba de deshacerse de él. ¡Cuánto le hubiese gustado ver cómo actuaba la feroz dama en caso de que él se hubiese caído a sus pies! A sus pies no, sobre su blando y curvilíneo cuerpo, en medio de un salón repleto de lo más serio y suculento de la alta sociedad.

—Si no me temes, si deseas alejarte de mí… ¿por qué sigues tolerando mi toque, Althea? Pareces estar hecha para ser tocada por mí y solo por mí. Deslizo mi mano por tu rostro, por tu cuello y oreja, y veo tu piel erizarse. Y sé que con una vez no tendré bastante. Lo supe en cuanto te vi. No eres una mujer corriente. Eso también lo dilucidé la primera vez que nos vimos. Una simple caricia de lo más inocente y haces que yo… que tú… —Él hizo más presión en su mejilla, para señalar lo obvio. No era necesario decir las palabras para explicar tanto.

Ella suspiró.

—Porque si me exaspero y lo demuestro, cosa que está siendo imposible de mantener bajo control mientras hablo con usted, el señor Amery le cortará las manos por tocarme. Yo no bailo, mucho menos nadie me toca o acaricia.

—Yo lo estoy haciendo, y tú mantienes su correa bien sujeta para protegerme. ¿Por qué? —insistió.

Ah, cómo le gustaría a ella tener la respuesta a esa pregunta.

—Bien. Usted me ha seguido hasta aquí porque supongo que deseaba mi disculpa. Le he dicho que lo siento, pero parece no ser suficiente. Me tragaré mi orgullo en favor del suyo, y sacrificaré mi

dignidad, y se lo diré para que ambos podamos seguir nuestro camino. Le pido sinceras disculpas por… por… —Se quedó sin palabras.

Él se rio con más ligereza. Dejó de acariciarle la mejilla para buscar un mechón de pelo que había escapado de su ordenado y perfectamente estirado moño. Lo enrocó entre su dedo y palpó su textura. Suave, como un hilo de seda. Se quedó ahí jugando con ese rebelde mechón.

—Veo que no sueles disculparte a menudo.

—Lo hago cuando tengo motivos, pero es que…

—Ya. No crees que me debas una disculpa porque te forcé a aceptar mi ofrecimiento para bailar. Y estoy seguro de que consideras que debería disculparme por atreverme a acariciarte y a jugar con un suave mechón de pelo.

—Usted no pidió mi permiso —reiteró—. Se presentó ante mí y ordenó. Lo mismo que ahora. Me toca y no…

—¿No qué, Althea? ¿No deberías permitirlo? ¿Por qué no, cuando es obvio que disfrutas de mi toque y yo lo hago mucho más que tú al acariciarte?

Ella suspiró.

—Esto no debería estar pasando. Mi aspecto no induce a nadie a mostrar interés. Sé bien la clase de mujer que soy. Esto tiene que ver con una venganza, con un juego suyo.

—Te besaría aquí y ahora, Althea, para que vieses por ti misma la verdad. No lo haré porque sé que eso nos enfrentaría a Basil y a mí en una guerra cruenta contra tu perro rabioso y no voy a ponerte en esa tesitura.

—¿No está corriendo antes de caminar, excelencia?

—No. En absoluto. Tú eres una mujer, no una muchacha, y te das perfecta cuenta de que yo soy un hombre que está a tu misma altura.

—¿Si me disculpo se olvidará de todo este extraño asunto? —preguntó rezando para que dejase de jugar con su mechón de pelo. No. No estaba ansiosa por volver a sentir su calor sobre la piel de su mejilla, su cuello o la oreja. ¡No lo estaba!

Aquiles se rio por lo bajo, soltó el pedazo de pelo y la percibió moverse, como si ella buscase de nuevo un contacto con su mano desnuda. El duque tuvo que usar toda su capacidad para no volver a acariciarla. Se puso de pie y ladeó el rostro para mirarla.

—Está bien, veo que necesitarás unos pocos días para pensar en lo que has hecho mal y recapacitar. Así que no te forzaré a disculparte ahora mismo. Seré paciente y aguardaré hasta que encuentres las palabras adecuadas y muestres arrepentimiento.

—¿Perdón? —Ella no había escuchado bien. Seguro que el zumbido de una mosca o un bicho o lo que fuese que tuviese en la parte interna de las orejas le había impedido oírlo, porque el zumbido que sentía

era como para gritar de indignación.

No le gustó dejar de acariciar su cremosa piel. Suerte que ella simulaba muy bien ser fría como el mármol, porque en caso de haberla visto hacer un puchero o formar un dulce mohín pudo haberse dejado llevar por la ternura. Nada de eso. Althea Marriott se esforzaba por no inspirar algo similar a un delicado sentimiento. Era fuerte. Era dura. Era brava. A Aquiles no le habían llamado la atención antes las damas que deseaban manifestar su independencia, que lo echaban a un lado sin despeinarse ni mostrar un poco de cortesía. Y pese a todo, él había salido bien temprano con Basil con la única idea de recopilar información sobre ella, de seguirla y forzarla a mantener una charla que Aquiles suponía que no sería fácil de lograr. Había descubierto mucho más de lo que parecía a simple vista.

—Nos volveremos a encontrar, Althea. Te aconsejo encarecidamente que le hagas comprender a tu perro rabioso que yo no soy una amenaza. Espero que en nuestro próximo *tête à tête* no tengamos que jugar a escondernos, mostrar nuestras armas… y todo eso. No sería justo después de todo lo que hemos pasado juntos.

Ella se levantó de inmediato y le agarró la impecable manga de su sobretodo de lana azul marengo cuando él se dio la vuelta, decidido a emprender su camino.

—¿Por qué? Yo no quiero… —Sus palabras se apagaron cuando Althea se dio cuenta de que había invadido el espacio del duque por completo. Estaban muy juntos. La mirada de él bajó hasta sus labios y ella sacó la lengua y se los humedeció por inercia. El tirón que Aquiles sintió debido al inocente gesto de ella en su entrepierna fue brutal y doloroso.

Ella lo soltó y dio un par de pasos hacia atrás. Él sonrió lobuno.

—Me lo debes.

Entonces el duque de Darkworth se marchó y ella se dio cuenta de que él no era más que un conquistador como todos los nobles de alto rango con los que se había cruzado. Althea había comenzado un juego que no deseaba que continuase cuando lo despachó.

Ella suspiró y se dejó caer sin ninguna gracia sobre el banco de piedra.

—Te ha tocado —le dijo Greyson cuando llegó a su lado.

Ella levantó la vista y lo miró. Parecía furioso.

—¡Argggg! —mostró su molestia—. Sé que me ha tocado. —No lo había disfrutado. No. No lo había hecho. Nada de eso. No. No. No y no.

—Te ha tocado porque se lo has permitido. ¿Por qué, condesa? Tú nunca dejas que nadie se acerque a ti, ni siendo la Duquesa X lo permites.

—Es complicado —dijo, sin tener otra explicación. Su toque… Tan

tierno, pero a la vez dejando constancia de que era fuerte, de que era dominante y posesivo en su atención. ¿Qué le pasaba? ¡Ella odiaba a los hombres tan… tan… tan… tan como ese duque libertino!

—Brendan no estará contento cuando le informe de…

—¡No! —gritó desesperada—. Nadie sabrá que… que… que…

—Que has dejado que un hombre te toque —la ayudó, con irritación.

—Lo haces sonar como si me hubiese poseído sobre este banco de piedra, Greyson. No es nada sórdido. Él estaba demostrando que… que… que…

—Tú jamás tartamudeas.

—¡No estoy tartamudeando! —gritó más de lo que debió.

—Y ahora estás gritando. Tú nunca gritas.

—Basta —susurró, mientras se tocaba la frente—. Mira… yo… Él ha sufrido una afrenta y solo deseaba una disculpa y demostrar que tiene poder sobre mí. Yo me he mantenido mansa y…

—Jamás te muestras mansa.

—Por favor —gimió—, deja de decir lo que hago o no hago nunca.

—¿Lo quieres?

La mirada de Althea se posó en la de su protector.

—Él ni tan siquiera me gusta. —No mentía. Ningún hombre le interesaba, ninguno merecía su atención. No deseaba complicaciones. Acabó con las simplezas y ese tipo de distracciones que ofrecía a las demás mujeres hacía más de una década.

—¿Te ha gustado que te tocase? —Greyson decidió cambiar la pregunta. Él sabía que no era necesario gustarle a otra persona para desear su toque. Había tenido a un buen número de damas de la alta sociedad en su cama, mujeres que lo despreciaban pero lo deseaban. Él y Brendan habían corrido la misma suerte en Londres desde que su amigo regresó con la condesa viuda de Sicilia.

Una gota cayó sobre el hombro de Althea. Levantó la cabeza y sintió la fina llovizna sobre su rostro. Un relámpago surcó el cielo y explotó un sonoro trueno. El tiempo era inclemente y desagradable, pero bien pudo haber descargado su furia minutos antes.

—Quisiera irme a casa y que lo que ha sucedido esta mañana se quede entre nosotros dos. No quiero más censura, ni reprimendas por parte de Brendan o de Morgan. ¿Puedes hacerlo?

—Necesito una indicación, condesa, porque si no deseas participar en su conversación o que te toque, debo hacer algo al respecto cuando vuelva a interponerse en tu camino. No quisiera degollarlo y que tú, luego, me lo reprochases. Así que…

Ella lo entendió.

—No, señor Amery, no me gustaría que le hicieses daño, porque esta situación es solo culpa mía y yo debo enmendar lo que he

provocado. Tal vez es hora de ponerme un par de verrugas en el rostro, o comprar vestidos más austeros, incluso no me desagrada la idea de salir de viaje hasta que todo se calme. —Estaba ansiosa, nerviosa por primera vez en más de doce años.

—No lo desalentarás tratando de ponerte más fea o marchándote de viaje.

—¿Cómo lo sabes? —Ella se había levantado de su asiento y seguía a Greyson hasta el lugar donde estaba la yegua de Althea. La lluvia todavía era fina, pero los rayos y truenos amenazaban con soltar un gran diluvio.

—Porque cuando un hombre ve más allá del aspecto de una mujer, no hay vuelta de hoja, condesa. Sé de lo que hablo.

El señor Amery la ayudó a subir sobre su montura. Ella no quiso discutir más acerca del tema porque no deseaba pararse a pensar en lo que había comenzado entre ese desconocido duque y una condesa viuda que deseaba pasar desapercibida en sociedad, especialmente entre el género masculino. Tampoco pensar en sus caricias.

La tormenta descargó toda su furia cuando Althea y su guardaespaldas llegaron a los establos de la casa oficial de la condesa viuda de Wins. Y cuando todo terminó, cuando el sol decidió lucir más nítido que nunca al día siguiente, la dama se dio cuenta de que los problemas no habían hecho más que comenzar.

***

Morgan entró en su habitación y descorrió las cortinas sin aviso previo. La potente luz de, seguramente, mediodía la hizo taparse los ojos con la almohada.

—Tienes trabajo pendiente, duquesa.

Ante la mención del título Althea tiró a un lado el objeto con el que se había tapado los ojos. Estaba en la infame casa de la Duquesa X. Anoche había recibido la visita de la señorita Tabitha Edevane, una afamada escritora que escribía bajo un pseudónimo masculino que no pretendía morir sin comprender el alboroto que se formaba debido a la seducción. En opinión de Althea era algo espléndido y glorioso cuando se encontraba a la pareja adecuada para despertar la pasión. Alboroto, no. Maravilloso, sí.

—¿Aprobó finalmente al joven Mercer la señorita Edevane? —Althea se había alejado de la acción cuando la escritora entró en una de las habitaciones para observar al X que había seleccionado para ella.

—No, lo rechazó.

—Creí que un hombre joven sería de su agrado. No sé con qué tentarla. Con ella me siento como una inexperta incapaz de hacer bien su trabajo. Me siento insegura. ¿Y si no sirvo para desempeñar la labor

que creí que hacía tan bien? Me jacto de unir parejas adecuadas para disfrutar de la lubricidad al amparo de la oscuridad.

—Ella no se ha dado cuenta aún, pero no busca conocer el acto físico crudo, desea romance, un enamoramiento. Es una soñadora y como tal, no se conformará con una bonita cara y un cuerpo de lo más tentador, porque Mercer es… ¡Vaya si lo es! Nunca vi a un chico de poco más de veinte años tan bien formado. Ni tan truhan. Las nuevas juventudes me atemorizan, condesa. Me hacen sentir vieja ante todo lo que saben.

—Estás especialmente agradable esta mañana, Morgan. Has emitido un juicio de lo más ñoño y no has compuesto esa particular muestra de repugnancia tuya. Eso sin olvidar que has alabado a un hombre.

—Es Mercer, le tengo aprecio. Es muy carismático. Estoy segura de que si hubieses hecho coincidir a Mercer y a la Tabitha Edevane en una elegante cafetería, si hubieses orquestado un encuentro en el que él fuese un adorable camarero que hubiese coqueteado con ella, y le hubiese mostrado una bonita sonrisa…

—Ella insistió en que no deseaba un falso cortejo. Solo deseaba introducirse en la pasión.

—Por cierto, eso me recuerda que con la señorita Edevane hemos ampliado nuestros servicios a las solteronas. Ya van cuatro, así que estamos avanzando.

—Es muy despectivo llamar a una dama «solterona», Morgan, porque tú y yo estaríamos en ese rango también.

—Tú eres viuda y yo soy…

—¿Sííííí? —la animó a calificarse.

—Morgan Pusset, la infame secretaria de la Duquesa X. Por más que esa peluca rubia que me obligas a ponerme a juego con la tuya me moleste, adoro ser tu ayudante. Ahora haz el favor de levantarte, porque he sacrificado tu desayuno en favor del descanso y tienes una reunión importante en menos de una hora.

—¿La duquesa viuda de Lionstar nos visitará al fin?

—Zelina Myers —ese era el nombre y el apellido de la duquesa a la que se referían— sigue dubitativa sobre si sería capaz de superar el trauma de que su viejo duque decidiese morir justo cuando se la acababa de meter.

—¡Querida! —la regañó.

Morgan agitó los hombros.

—¿Acaso el vejestorio no se murió tratando de empalarla? ¿Le funcionaría aún? —Se quedó dubitativa—. ¿Considerarías una descortesía si le preguntase si el viejo decrépito logró la hazaña?

—No me gusta cuando suenas soez y estás resultándolo del todo.

—¿Tengo yo la culpa de que emparejen a muchachas de diecisiete años con viejos nobles de setenta?

—La duquesa viuda de Lionstar no tiene diecisiete —tuvo que recordarle.

—Ella no, pero hay muchas que sí. Lo que se hace por un título. Algunos padres no deberían tener hijas. Incluso algunos no tendrían ni que criar a sus muchachos. Definitivamente, algunos no deberían reproducirse. Hiciste bien cuando decidiste usar esponjas empapadas en *whisky* para que tu difunto esposo no se reprodujese. Creo que esa fue tu mejor venganza. Solo lamento que él nunca llegase a enterarse de ese plan.

Althea recordaba bien aquella resolución que tomó en su momento. No iba a darle un hijo a un monstruo.

—¿Puedes centrarte y decirme el motivo por el que no puedo romper mi ayuno, señorita Pusset? —No quería pensar en su pasado más de lo necesario.

—Esta noche tienes una fiesta en casa del sobrino del diablo.

El actual conde de Wins, Phillip Lance, heredero de su difunto esposo era un joven un poco alocado, pero confiable.

—¿Ha llegado Phillip a Londres? —Morgan asintió—. Dijo que se saltaría la temporada este año, que prefería… ¿viajar, dijo?

—Sabes que está enamorado de ti, ¿verdad?

Althea se rio con ligereza.

—Es un muchacho encantador de la edad de Mercer, dudo mucho que tenga interés en una viuda aburrida y severa como yo.

—Lo he visto mirarte. Deberías tener cuidado, Althea.

—No hay de qué preocuparse, se portó muy bien conmigo pese a que su madre puso mil impedimentos para que yo recuperase parte de la herencia de mi padre. Tal vez le ayude cuando decida buscar esposa. Tengo buen ojo para formar parejas, ya sean perversas o matrimoniales. A veces las perversas se vuelven matrimoniales. Por cierto, ¿has localizado a un buen abogado para rematar todo lo que quedaba pendiente?, la madre de Phillip se veía con ganas de seguir declarándome la guerra.

—A eso iba, condesa. Ha llegado la recomendación de York sobre la persona que nos ayudará a…

—¿Condesa, duquesa…? —la interrumpió—. Morgan, por favor, me vas a volver loca, tanto que llegará un punto que no sabré qué papel estoy interpretando. ¿Qué te pasa esta mañana? No pareces tú. Eres todo sonrisas, ni un ápice de ese disgusto que sueles mostrarnos a todos los que te rodeamos.

No mentía. La señorita Pusset era más lúgubre que la propia Althea cuando se vestía de *lady* Wins.

—Cierto, hoy eres la Duquesa X y debes concentrarte en cumplir ese papel, porque como te decía, el duque de York ha invitado a entrevistarse contigo al supuesto hombre que va a ayudarnos a

descubrir si hay, como yo sospecho, un peligro sobre la cabeza de la infame Duquesa X.

—¿Quién es él? —dijo tentativamente. Morgan le estaba escondiendo algo.

—No seas ansiosa, antes estabas interesada en un buen abogado, así que cuando llegó la carta del duque de York, me permití la osadía de pedirle referencias sobre…

—Así que te ha recomendado también un abogado —sospechó.

—Exactamente, el mejor de todo Londres, un hombre llamado… —Morgan sacó su libreta llegados a ese punto para consultar el dato—. Aquí está, Leopold Pharma, parece haberse retirado debido a la llegada de su primer nieto o algo así, hijo de su hijo… En fin, York me ha dicho que nuestra mejor opción se llama Digory. —Bajó la mirada para consultar la hoja de la libreta de nuevo—. Ethan Digory, un prominente y rico abogado que se ha formado bajo la tutela del señor Pharma.

—Bien, ¿has contactado con él?

—Sí, pero vive en Bristol y se niega a regresar a Londres.

—Si el duque de York lo ha recomendado, creo que es porque lo considera el mejor y York no se suele equivocar nunca en… en nada. Hemos de traerlo a la ciudad y convencerlo para que nos ayude a atar sin fisuras mis bienes. No quisiera tener que enfrentarme a una demanda civil porque alguna futura *lady* Wins considerase que mi dinero le pertenece. Además está Kellinge Camp, la casa de mi madre que Wins incorporó a sus propiedades cuando no estaba ligada a él, sino a mí. Mi difunto esposo sigue ofreciendo pelea incluso desde la muerte. ¿Cuándo acabarán de salir por completo todos sus tejemanejes y podré descubrir al final lo que en verdad me legó mi padre? —preguntó con enfado.

—Iré a visitar yo misma al señor Digory lo antes posible y lo convenceré para que nos ayude.

—¿Cómo lo harás si has dicho que es rico? No funcionará tentarlo con una suculenta minuta.

—No te preocupes por tonterías, tienes cuestiones más importantes por las que hacerlo.

—Lo sé. ¿Cómo van los preparativos con el señor Wilson y la vizcondesa Restford?

—Está todo pensado. Los acomodaré en la habitación de Cleopatra, ella merece convertirse en una diosa y ser adorada. Solo falta que la dama regrese a la ciudad.

Althea estuvo de acuerdo en la alcoba elegida. Era una decorada en tonos dorados. A la vizcondesa Restford la vestirían como a la reina de los egipcios y a él como un guerrero romano. Viviría un sueño.

—¿Se marchó después de hacerle saber que todo estaba dispuesto?

—preguntó con el ceño fruncido.

—Uno de sus hijos convocó a la vizcondesa en el campo porque su nieto había sufrido una caída o algo similar y ella debía atenderlo.

—Por supuesto, una mujer siempre debe estar al cuidado de su familia. No digo que el niño no necesite a su amorosa abuela, pero apuesto mil libras a que el padre y la madre del angelito deseaban una atención excelente para su retoño mientras ellos seguían con sus planes de no hacer nada más que frivolidades.

—Eso me temo.

—Hazme saber cuándo estará aquí… Ahora, sobre mi desayuno y la visita del misterioso ser que ayudará a descubrir que no sucede nada relacionado con intentos de asesinatos sobre mi persona…

Morgan la miró y se rio con fuerza.

—Te va a encantar. El hombre que llegará en poco tiempo no es otro que el mismísimo duque de Darkworth.

—Darkworth… Lo has anunciado como si eso fuese una gran revelación. ¿Se trata de ese amigo de York que…? Tenía un nombre que yo adoraba… ¡Lucien! —exclamó cuando logró recordarlo—. York señaló en alguna ocasión que Lucien jugaba a los espías, lo que traduje como que había trabajado para la Corona.

—No. Tú hablas del duque de Phenton. He dicho Darkworth —apuntó Morgan mientras subía y bajaba las cejas un par de veces de modo pícaro y descarado.

—No sé quién es ese Darkworth. ¿Se trata de uno de mis X? Alguien a quien emparejé y acabó felizmente enamorado de la mujer con la que…

—No —la interrumpió—. Me sorprende que no recuerdes al único hombre que te obsequió con una caricia. Bueno, más de una, según lo que tengo entendido —señaló pensativa Morgan.

—¿Disculpa? —Althea se incorporó en la cama y buscó la mirada de Morgan, quien había estado preparando la ropa que llevaría la Duquesa X. Un vestido de seda rojo, por supuesto, pero de corte más bajo que el resto de los otros diseños que tenía en su guardarropa.

—Admito que Greyson te es leal y Brendan tardó en sonsacarle la información un día entero.

—¿Por qué lo tuvo que interrogar si es eso lo que sospecho que ocurrió y que tú estás insinuando?

—¡Vamos, duquesa! —se burló Morgan—. Has estado alicaída y preocupada desde que regresaste de tu paseo por Hyde Park. Brendan te conoce casi tan bien como yo, era del todo evidente que algo trascendental sucedió. Y luego está el asunto de emborracharte con media botella de *whisky*…

—Bebí un vaso de ese terrible licor anoche, lo hice para celebrar la puesta en marcha de nuestro nuevo salón de juego para damas. No

estaba ebria.

—Sí lo estuviste. Y tomaste un vaso la primera vez que lo llenaste, luego conté tres más. Tú jamás bebes.

—¡Otra vez! Me siento espiada. ¿Por qué tanto interés en lo que jamás hago o siempre hago? —se quejó.

—Porque llevas doce años sin cambiar tu rutina y todos sabíamos que algo te pasaba.

—¿Qué le dijo Greyson a Brendan? —preguntó como si fuese una muchacha de quince años y su padre la hubiese pescado subiéndose a un árbol, cuando le había advertido que no debía ponerse nunca en peligro.

—No le contó la conversación entre vosotros porque el sonido no le llegaba, pero sí que el hombre al que desairaste te rozó la mejilla durante buena parte de la conversación y tú lo consentiste. El cuello, la oreja y que jugó con un mechón de pelo.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Dos días.

—¿Y has tenido la fuerza de voluntad para callarte un chismorreo semejante?

—Sí, estaba esperando a que tú me lo contases, pero dado que Darkworth llegará en poco menos de una hora…

Althea comprendió al fin la sonrisa que Morgan estaba componiendo mientras la miraba. La Duquesa X se echó sobre la cama y se tapó los ojos de nuevo con la almohada.

—Te lo suplico, si alguna vez nuestra amistad significó algo para ti, dime que Darkworth no es el mismo hombre que… que… que…

—¿Que te tocó? —la ayudó con humor.

Eso hizo que Althea se quitase de encima la almohada, buscase a Morgan y se la tirase, pero la muy descarada se movió y la esquivó.

—Es él, ¿verdad? —preguntó solo como una formalidad.

—Curiosa casualidad, ¿no crees?

—Es una coincidencia de lo más inesperada y espeluznante.

—No te desanimes, duquesa, cuando se presente ante ti no serás Althea Marriott, la viuda escrupulosa que lo echó a un lado de una patada y le metió una buena cantidad de láudano, valeriana, melisa… En fin, no había arsénico en su copa. Lo que trato de decirte es que no te reconocerá bajo tu perfecto disfraz infame, y eso es lo que cuenta. Debiste impresionarlo formidablemente si te buscó en Hyde Park. O está decidido a declararte la guerra. Todavía no he decidido cuál es su inclinación. Porque un hombre que te acaricia del modo que supongo que lo hizo… ¿Vas a contarme vuestra conversación? Tal vez así sea capaz de sacar mejor mis conclusiones. Puedo escribirlas en una preciosa nota y hacértela llegar cuando termine de realizar mi análisis.

Ella relinchó.

—No. No fue nada y sí, me tocó la mejilla y yo…. y yo… y yo…

—La mejilla, el cuello, el rostro…

—¡Argggg! —gimió Althea.

—Se lo permitiste y si no hiciste que Amery le cortase las manos fue porque… —Morgan movió la mano para ver si ella le contaba algo más.

—¡No lo sé! Lo he pensado estos días y no lo entiendo. Hay algo que no logro comprender sobre él. Y me… ¡Argggg! —gimió todavía más alto.

—Es un duque, hay poco más que comprender ahí. Aquiles Damon Darkworth, duque de Darkworth. Te he ahorrado los seis o siete nombres que acompañan a Su Gracia desde su nacimiento para no aburrirte y no tener que volver a abrir mi libreta. —Se quedó un momento parada y luego miró a Althea con esa sonrisa que tanto estaba exhibiendo en el presente día—. Aunque tal vez desees conocer todos y cada uno de los nombres del hombre que te acarició tiernamente la mejilla, el cuello, la oreja y jugueteó con un trozo de tu cabello.

—Dime que Greyson no le dijo a Brendan que lo hizo tiernamente —suplicó.

—Lo hizo. Y eso enfureció al mastodonte hasta el hecho de haberle dado un fuerte puñetazo a la ventana que tenía frente a él. No te preocupes, para Brendan solo fue una *caricia* —dijo con retintín— y ya he avisado al carpintero para que repare el cristal roto. ¿Vas a levantarte o te presentarás en paños menores ante Darkworth para ver si te toca tiernamente en todas tus…?

Althea le lanzó una segunda almohada y la hizo callar en el acto.

¡Formidable! ¡Espectacular! El hombre que York consideraba que sería de gran ayuda no era otro que uno al que a ella le gustaría ver en Japón, o en el fin del mundo, lo que estuviese más lejos…

Capítulo 4

Una petición intolerable

El duque de Darkworth entró en la exótica casa a regañadientes, seguido por el que al parecer se había convertido en su joven pupilo en una nueva misión. Maldito York con sus exigencias. Que ese pomposo fuese el mejor amigo del esposo de su hermana y que hubiese hecho posible la reunión entre Aura y él cuando creyó que ella había muerto, no le daba derecho a ponerlo al servicio de otros.

Lo que era peor, Basil estaba planeando inmiscuirse en los asuntos del Ministerio de Exteriores, lo cual haría que el vizconde Portman lo matase cuando se enterase de los planes de su heredero. Ya se ocuparía de que el muchacho tuviese una buena razón —femenina— para alejarse de todo ese mundo de espías y peligro. Aquiles abordaría los problemas de uno en uno, y en su lista, la condesa viuda de Wins había pasado a ser el número dos, porque el maldito York lo había mandado a una entrevista con una amiga a la que, según le dijo York, le debía mucho. Él podía hacerse una idea de todo lo que Malcom W. Banstorn le debía a la dama con la que lo había hecho reunirse. ¿Qué clase de título o nombre, o lo que fuese, era Duquesa X? Uno tan injurioso como lo fue el de York en su juventud… ¡seguro!

Aquiles estaba satisfecho por considerarse un hombre recto, de moral intachable, de hacer siempre lo que debía… Menos cuando se trataba de pescar traidores y defender su propia vida, por supuesto. Pero en cuestiones de índole femenina siempre hizo lo que se esperaba de él. En eso difería mucho de York o de sus amigos disolutos, aunque a su favor tenían que se habían reformado. En especial Portman, quien, por lo que Aquiles tenía entendido, nunca llegó a ser un consumado pícaro. Su hermana Aura había elegido sabiamente, porque pudo haber acabado con alguien como York. Aquiles sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca con ese pensamiento y dejó de pensar en ello de inmediato.

—Dios mío —susurró Basil cuando ambos ingresaron en la habitación a la que un sirviente los había guiado—. ¿Has visto el tamaño de ese hombre? —preguntó asombrado Basil cuando se toparon con la espalda de Brendan Sallow, pese a que ambos desconocían el nombre y apellido del ejemplar tan sólido que tenían

enfrente.

—El tamaño no es importante, lo que es efectiva es la destreza. He derribado torres más robustas y altas que esa, te lo puedo jurar —le dijo a su compañero.

El señor Sallow, el guardián oficial de la Duquesa X, abandonó su posición, pues había estado mirando por la ventana mientras Althea bajaba a recibir a los invitados que supuestamente iban a echarles una mano con el caso, y se dio la vuelta para mirarlos a ambos.

Tal y como le había dicho Greyson, ahí estaba el duque que había osado rozar la piel de su patrona y que parecía no tener miedo de nada. Bueno, eso decía un poco más del maldito duque. Lo había tomado por un enclenque sin un solo gramo de valor en su cuerpo. Brendan decidió poner a prueba la estabilidad del recién llegado y su joven ayudante o lo que fuese ese muchacho que también parecía tener unas grandes agallas. El señor Sallow avanzó hacia ambos con la única finalidad de intimidarlos. Se sorprendió cuando ninguno retrocedió, sino que ambos dieron un paso al frente para demostrar su punto. No le temían. Brendan levantó la comisura derecha de su labio, en un gesto casi desapercibido, pero Aquiles y Basil lo notaron de inmediato. El duque, debido a la habilidad cosechada a lo largo de sus años como espía, y el hijo de lord Portman, porque tenía una destreza innata a la hora de determinar el carácter o las intenciones de un desconocido.

—Soy Brendan Sallow, sé bien que les envía un duque y que tengo ante mí a otro par del reino y a un futuro vizconde. Nada de eso importa en esta casa, el hogar de la Duquesa X. Aquí yo soy la ley y mi palabra es incuestionable. Si tienen algún problema con eso, ya pueden darse la vuelta.

El guardián de Althea se cruzó de brazos a la espera de una civilizada reprimenda por su atrevimiento. Aquiles hizo lo mismo, se cruzó de brazos, mientras que Basil no se movió, seguía determinando si esa gran mole iba a ser un problema para ambos, porque su actitud era beligerante y estaba cargada de rabia. El hijo del vizconde Portman no entendía el motivo por el que les habían pedido ayuda y luego los trataban con semejante rudeza.

—Le debo un gran favor a York y es por ese motivo por el que no me doy la vuelta de inmediato y me marcho para dejar a su Duquesa X sola con matones como usted, Brendan Sallow. ¿Tiene algún problema con eso o me doy ya la vuelta y me marcho?

Brendan evaluó al hombre y se olvidó momentáneamente del otro. Greyson tenía razón, para ser un duque estaba lleno de determinación. Era lógico que lo sacudiese la arrogancia por los cuatro costados, pero no había esperado que no reculase ni medio paso ante su presencia. Brendan era consciente de que su corpulencia hacía orinarse a los

hombres más débiles cuando se imponía frente a ellos. De hecho, había causado que varios se defecasen encima cuando les atizó un merecido puñetazo.

—Las reglas son claras. Si ambos —miró a Basil—, van a estar por aquí durante un tiempo, tal y como parece que va a suceder, ninguna mujer que esté en esta propiedad será tocada, acariciada o cualquier otra cosa que se les ocurra, sin el debido permiso de ellas. ¿He sido claro?

—Por norma general soy yo el que les tiene que decir que no deben tocarme sin mi permiso —soltó Basil con humor—. Será divertido intercambiar papeles por una vez.

—Eres un presuntuoso —siseó Aquiles.

—Y tú un envidioso —le dijo sin inmutarse el hijastro de Aura.

—Si puedo interrumpir sus niñerías, haré hincapié en que jamás, nunca, jamás, nunca…

—¡Déjeme adivinar! —habló Basil—, ahora viene otro jamás y luego otro nunca, y así hasta que… ¿nos hagamos viejos y ya nadie desee pedirnos autorización para tocarnos o acariciarnos o a la inversa?

Aquiles suspiró y se tocó el puente de la nariz. Luego levantó la vista hacia el hombre que no le había quitado el ojo de encima y que lo miraba con suma suspicacia. Como si lo conociese. Aquiles recordaría bien a esa enormidad que se erguía belicoso ante él.

—¿Ve lo que tengo que aguantar, Brendan Sallow? Usted lo llama niñerías, pero el señor Foster es una pesadilla.

—Perdona por aligerar la carga de esta extraña situación. Nos está tratando como si fuésemos los enemigos, cuando York dijo que éramos indispensables y que nuestra ayuda era muy necesaria —objetó Basil Foster.

—¿Cuál es su advertencia, señor Sallow? Esa que incluía las palabras nunca y jamás una y otra vez. —Aquiles decidió retomar el asunto, pues deseaba saldar la deuda con York y mandarlo al infierno la próxima vez que le pidiese un favor.

—No tocarán o acariciarán a la Duquesa X. Jamás. Nunca. Y no importa si ella les da permiso para hacerlo.

—¿Está diciendo que si ella me pide que la toque o la acaricie no tengo que hacerlo? —preguntó extrañado Basil. La conversación era algo sacado de una novela gótica por lo menos, aunque no había fantasmas, solo un hombre que parecía desear la muerte de Aquiles. Bien, al menos no era su cadáver el que quería ver tendido en el suelo. ¿Qué le habría hecho el hermano de Aura para sembrar tal nivel de aversión? ¡Si a Aquiles no le había dado tiempo aún de sacarlo de quicio! Por lo menos se necesitaban quince minutos para aborrecerlo…

—Ella no te lo pedirá a ti —le respondió a Basil sin levantar los ojos de Aquiles.

El duque se inquietó. ¿A qué venía todo eso? No entendía nada. Por primera vez desde que ingresó en el extravagante lugar tenía ganas de saber quién era esa Duquesa X. ¿Sería tan hermosa y tentadora que el mastodonte tenía que pelear con cada hombre para que no acabase hechizado y cometiendo una locura?

Sacudió la cabeza. Ninguna mujer que no fuese de aspecto sencillo o severo llamaría en esos momentos su atención. Un ratón de biblioteca —que Aquiles sabía que no era tal— se había colado, con gran habilidad además, en su interior.

—A él tampoco, te lo aseguro —murmuró Basil con desdén. Lo que le valió que el duque le diese una mirada con la que había logrado persuadir a sus enemigos de que depusieran las armas después de atizarles con fuerza. Y ganas de darle un puñetazo al irritante hijo de Portman no le faltaban.

Basil resopló. Desde que aquella mañana el duque se hubiese entrevistado con esa condesa que era mucho más de lo que aparentaba, y después de que el hermano de su querida madre le diese algunos datos que tuvo que sonsacarle sobre la conversación mantenida, Basil Foster sabía que pasarían un par de décadas antes de que el gruñón duque de Darkworth lograse una conquista. Más le valdría atar a una de esas caprichosas que aseguraban tener un compromiso con él, o acabaría sus días en la más aburrida soledad.

No hubo tiempo para más amenazas o muestras de virilidad. La puerta se abrió y un par de mujeres se presentaron ante Basil y el duque. Brendan Sallow se retiró discretamente hacia un lateral y enfocó la vista en Althea, quien al entrar se había fijado en la actitud intimidatoria que él había mostrado. Definitivamente Greyson le había explicado a su buen amigo más de lo estrictamente necesario. Traidor.

—Confío en que no haya ningún problema —habló la Duquesa X, sin dejar de mirar a su amigo y guardián.

—Por supuesto que no. Los puntos principales ya están aclarados —razonó Brendan, lo que provocó una risita malévola por parte de Morgan. Althea se tragó un aullido.

—¿Y cuáles son esas cuestiones que te han obligado a reunirte a puerta cerrada con mis invitados? —La Duquesa X lo desafió a que enunciase lo que hubiese dicho él y que sabía que le daría un terrible dolor de cabeza.

—No es necesario que nos centremos en asuntos que no son importantes para celebrar esta reunión —apuntó el mastodonte, para luego sentarse en la silla más próxima. Una que era tan grande y robusta como él. A Aquiles le dio la sensación de estar frente a un rey bárbaro gobernando su territorio.

—Hemos sido informados de que no debemos tocarla pese a que nos lo pida. —Basil no pudo callarse. Si esa excitante dama le pidiese que se pusiese bocabajo sostenido por sus palmas, él lo haría sin rechistar—. Cosa que desobedeceré de inmediato si…

El duque se vio obligado a darle un codazo al muchacho tonto.

—Ella no es para ti —dijo con tirantez Aquiles al cachorro insolente.

—Yo solo estoy poniendo de manifiesto que haré todo lo que la dama me ordene —habló con decisión mientras observaba a la aludida con una brillante sonrisa—. Acariciarla, tocarla o ponerme sobre mi pie derecho mientras me meto un dedo en la nariz. O dos. No me importa a quién esté desafiando con mi acción, si a ti o esa monstruosidad que desearía verte muerto en el acto. ¿Qué has hecho para molestarlo? Aunque tu sola presencia es motivo de enojo para cualquiera. —Basil farfulló la última parte para sí mismo, por lo que el resto no lo entendió.

Morgan decidió que era hora de cortar la diversión. Agitó las manos para dar un par de fuertes palmadas.

—*Ora è il momento di parlare di cose serie* —apuntó la ayudante de la Duquesa X.

Cuando Althea escuchó hablar a la señorita Pusset en italiano para explicar que era momento de hablar de cosas serias, casi se le cae la mandíbula al suelo. Ella había adoptado un tono de voz bajo, pero no se le ocurrió disimular su voz por completo como había hecho Morgan. No importaba. La Duquesa X y Althea Marriott eran la noche y el día. Hasta el momento nadie había desenmascarado su tapadera. Sería precavida y él no la descubriría. ¡Imposible hacerlo con el vestido tan descarado que le había sacado del armario Morgan! Ella, que no tenía pudor, se sentía desnuda, especialmente cuando Brendan la había mirado con absoluta desaprobación y sabía que era con motivo de la falta de tela en su escote.

—Gracias por venir —dijo la Duquesa X, al tiempo que le tendía la mano a Basil. Eligió saludar al más accesible de ambos en primer lugar, porque Darkworth, a quien Althea había tratado de evitar mirar, la ponía nerviosa. ¡Ella no se alteraba por nada, menos por un hombre!

El muchacho sonrió y luego miró con arrogancia al mastodonte.

—¿Puedo darle la mano sin que mi vida corra peligro?

Darkworth se tocó una vez más el puente de la nariz. Basil lo metía en más problemas de los que le solventaba. Siempre había sido así. Desde que era un muchacho de unos trece años y tuvo la audacia de señalar a su querida tía como la autora de un buen número de crímenes sucedidos contra su familia, Basil había demostrado ser impredecible cuando hablaba o llevaba a cabo una acción. Eso hizo

que su estimado primo, Jacob Donaldson, el hijo adorado de la mujer en cuestión, ardiese con furia. Lamentablemente para todos, Basil había estado acertado al suponer que la madre de Jacob no era tan buena como aparentaba. Más bien era todo lo contrario. El hijo de Portman se quemó la palma de la mano derecha mientras salvaba a Aura, su madre, de las llamas. Así que le debía gratitud eterna. Cosa que no era fácil.

—Si no te comportas, esperarás fuera. No colmes mi paciencia. —Pero Aquiles también debía disciplinarlo sobre sus actuaciones.

—¡Eres un desagradecido! Solo estaba sondeando la posibilidad de que ella te tendiese la mano, tú la tocases, y ese armario que parece odiarte con todas sus fuerzas, acabase derribándote de un empujón.

—Te aseguro que él estaría en el suelo antes de levantar un puño en alto —dijo con fanfarronería Aquiles, sin esconderse en sus afirmaciones.

Eso hizo que Brendan se pusiera en pie de inmediato. La Duquesa X se movió rauda y se interpuso entre los dos rivales. Desplegó los brazos y se apoyó en el pecho de ambos para separarlos, pero de inmediato dejó de tocarlos.

—Nadie va a pelearse porque lo que está en juego es mi seguridad —le habló directamente a Brendan—. Por descontado que nadie va a tocar a nadie, ni acariciar ni alguna otra tontería que se os ocurra. —La Duquesa X se giró hacia Darkworth y vio la ira con la que examinaba a Brendan. Ambos eran un polvorín. Bajó la mano que tenía frente a su supuesto… a su supuesto… ¿salvador? Lo que él fuese, ella miró a Aquiles a los ojos—. Le pido disculpas, excelencia, por nuestro comportamiento, y le agradezco con suma gratitud su tiempo y ayuda.

—*Signor Sallow, signor Foster, è ora che andiamo* —intervino Morgan antes de que la cosa se pusiera más seria, para solicitarles a Basil y a Brendan que saliesen de la habitación.

—No —se negó en rotundo Brendan.

La Duquesa X se envaró. Entendía la preocupación de su guardián y amigo, pero la estaba desafiando y ella no reaccionaba bien a la intimidación.

Althea dejó de mediar entre Aquiles y Brendan y se dio la vuelta dispuesta a hacer entrar en vereda al que sí parecía un perro rabioso defendiendo un hueso. Colocó las manos en su cintura y levantó el mentón. Brendan observó que la expresión de los ojos que tenían impreso el kohl se volvían peligrosos.

—¿Quieres que le pida que me bese? Porque es lo que haré si no me obedeces en el acto. —Para hacer razonar a Brendan eran necesarias medidas desesperadas. Ella y Morgan lo conocían muy bien.

—¡Eeeeh!, ¿por qué él y no yo?

—Cállate, Basil —siseó Darkworth.

—Hablaba de ti, muchacho —mintió Althea al escuchar al futuro vizconde refunfuñar. Pero tanto Brendan, como Morgan y ella misma sabían que hablaba del duque, pero él no tenía por qué saberlo.

La respuesta de Althea hizo que Basil sintiese un gran orgullo y decidió callar. Esperaba que la enormidad le enfureciese más. Él le daría un beso con gran placer. Uno que la haría quedarse sin respiración y caer embelesada.

La duquesa y Brendan mantenían una silenciosa batalla.

—No haces que mi trabajo sea fácil, duquesa.

—No estás siendo razonable, y debes comprender que están aquí para ayudar. No son un problema.

—¿No? —El guardaespaldas no se creía nada.

Ella negó con la cabeza con convicción. Sabía que Brendan se estaba refiriendo a un posible embelesamiento por parte de ella hacia el duque. Althea se juró a los veinte años que no sucumbiría a ningún hombre y cumpliría su voluntad. No volvería a pasar por un infierno solo por una sonrisa bonita y unos preciosos ojos verdes. La lección la aprendió a sangre.

—En absoluto —se reafirmó Althea.

—Mataré a quien sea por protegerte, nunca olvides eso —le dijo Brendan, antes de salir de la salita sin despedirse ni mirar a nadie más.

—*Tutto risolto* —exclamó con alegría Morgan—. *Iniziamo*.

—No —saltó Darkworth—. Haremos efectiva la sugerencia de… de quien seas —dijo mirando a Morgan—, y nos quedaremos la Duquesa X y yo a solas.

Morgan se quedó muda. Althea se tensó. Aquiles levantó una ceja y Basil se rio en silencio. Después de unos momentos tensos, la Duquesa X se dio cuenta de que sería mejor complacerlo.

—Está bien —acordó Althea.

Morgan asintió. Era decisión de su patrona y la respetaría. Le tomó la mano a Basil y comenzó a andar, puesto que el joven no parecía entusiasmado con salir de escena.

—¡Mi ofrecimiento sigue en pie! Un beso, un roce, un…

El sonido de la puerta cerrándose amortiguó el resto de la explicación del señor Foster.

—Por favor, tome asiento —le ofreció Althea, mientras ella se sentaba en la silla en la que había estado Brendan.

—No será necesario. ¿Debo dirigirme a usted como duquesa, cuando dudo de que ostente tal título?

—Todo el mundo me llama Duquesa X, le agradecería que…

—Seré claro —la cortó. No le quedaba estoicismo en el cuerpo después de lo que acababa de vivir—. York me ha contado quién es

usted y sé su ocupación, además del problema que tiene.

—Lo suponía. Le agradezco…

—Déjese de cortesías. La ayudaré si usted me ayuda a mí.

—¿Está cualificado para averiguar si en verdad existe un complot contra mí? York puede haberle puesto en antecedentes, pero salvo que es usted el duque de Darkworth, no sé nada más.

—Lo dudo mucho —dijo enigmático.

—Le aseguro, y le agradecería que no pusiese en tela de juicio mi honestidad, que no sé nada sobre sus capacidades para…

—Soy un duque que llega hasta niveles donde su gorila lleno de malas pulgas no logrará adentrarse —sentenció en alusión a Brendan —. Si alguien trata de asesinarla, yo daré con él. Eso es lo único que tiene que saber.

Ella frunció el ceño.

—Supongo que ahora es el momento en el que da a conocer el precio por sus servicios.

—Así es. Deseo una sola cosa y si no es capaz de lograrla, está sola. Me importa poco que York pueda tomar represalias ante mi negativa, soy un maldito duque como él y nadie me menosprecia. Ni tan siquiera ese pomposo que se cree una divinidad nacida del pecho de la madre del Altísimo.

—Diga la cantidad.

—Puesto que he señalado antes que sé lo que hace, deseo sus servicios.

Ella se levantó de la silla de inmediato. Avanzó hasta él y se mostró como la poderosa Duquesa X que era en ese lugar.

—Ese tipo de acuerdos no están sobre la mesa. —En absoluto, el modo de proceder de ella cuando decidía ejercer como casamentera carnal era variado dependiendo de cada circunstancia. En los últimos tiempos obraba por amistad. De hecho, cuando participó en el plan de York para meterse en la vida privada de su hermano, él solo tuvo que ayudar a una doncella viuda que comenzó a trabajar en casa de un malnacido que la ultrajó y la dejó embarazada. El duque le proporcionó una casita de campo a la pobre mujer, así que Althea tuvo que hacer su mejor papel para juntar al hermano de York con la mujer que amaba. Además, contar una mentira piadosa, como decirle a la esposa de lord Liam que York se había gastado una fortuna para facilitar su ingreso en su prestigioso club, debería estar permitido. En especial, porque el duque no empleó tanto dinero en ayudar a dicha doncella como Althea le hizo creer a la dama por la que el hermano del duque suspiraba. La Duquesa X vio tan reticente a la dama que Liam amaba, que tuvo que usar su mejor ingenio, con alguna pequeña mentira incluida. Bien. No se arrepentía del modo en el que actuó con ella. No se lamentaba de haber hecho nada malo cuando participaba

como mediadora entre las damas, el placer y los amantes que les sugería.

—Ambos sabemos que usted no amenazó a su gorila sin modales con besar a mi aprendiz —se reafirmó ante ella—. Y puede poner en duda lo que hago, lo que soy, lo que supondrá mi inestimable ayuda, pero le aseguro que no encontrará a nadie más capacitado y discreto que yo. No es bravuconería, es la verdad, porque yo solo era excelente, pero con la ayuda de ese impertinente muchacho, al que ha eclipsado con su sola presencia, soy brillante. Descubriré al villano. Se lo garantizo. —Era menester darle el crédito que merecía Basil. Tenía unas formas horribles, un carácter que Aura había hecho que fuese menos huraño, pero su gran bocaza era un problema constante. Su juventud y sus ansias de conquistas también eran como un puntapié constante en las posaderas.

—Está bien. Acordemos que si York le ha mandado, es porque usted debe ser el mejor. En cuanto a su pago…

—Está claro que deseo un encuentro ilícito. —La miró a los ojos sin pestañear.

Ella sonrió y batió las pestañas con coquetería. Ahí estaba el libertino. El hombre que la deseaba. Que pretendía llevarla a la cama a cambio de su ayuda. Todos eran iguales, algunos incluso peores, pero ninguno mejor que el otro. ¡Hombres! Los despreciaba con motivo.

—Debo señalar que me alaba su petición. —Se calló para elegir las siguientes palabras.

—Estoy seguro de que lo hace —espetó con seriedad—. Necesita mi ayuda con urgencia si no desea acabar muerta.

—Todavía tengo mis dudas sobre que mi vida esté en peligro, así que debo decirle que le agradezco su tiempo, pero no acepto sus condiciones para auxiliarme.

—¿No? —preguntó, tratando de mantener la seriedad.

—Yo no soy ningún pago. No lo sería aunque mi vida dependiese de ello. Elijo con sumo cuidado a mis amantes.

—Entonces es una suerte para ellos, y supongo que para usted, y es mi obligación advertirle de que me está malinterpretando antes de que se ponga en mayor evidencia.

—¿Cómo podría hacerlo cuando sé que desea llevarme a la cama por brindarme su ayuda? Usted mismo lo ha dicho —lo acusó.

—Admito que he pedido sus servicios, pero no los que la implican a usted en una cama, en la mía para el caso.

Por primera vez en doce años Althea se quedó con la boca abierta. Eso hizo que Darkworth levantase la mano y se la cerrase con suavidad.

—Espero que no le importe que la haya tocado sin su permiso o su

petición, pero no da buena imagen que una mujer se quede con la boca de par en par en presencia de un duque.

Ella carraspeó incómoda. Estaba completamente fuera de lugar.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó, no tratando de parecer decepcionada. No era porque desease ser el centro de los caprichos de ese tonto presuntuoso, el motivo era que no había esperado un rechazo tan directo. ¡A ella, a la Duquesa X le suplicaban sus atenciones! Unas que jamás otorgaba a nadie. Demasiados varones le habían implorado, se habían puesto de rodillas, arrastrado por el suelo, con el fin de pedirle que les brindase sus afectos. ¿Darkworth era una excepción? Estaba asombrada. Jamás se asombraba con ningún hombre. No era algo agradable de sentir. Desquiciante y molesto, sí.

—Ella se llama Althea Marriott y le daré una lista de lo que…

—¿Cómo ha dicho? —graznó.

Él la continuaba mirando con la misma seriedad de la que solía acusarlo Basil a cada segundo.

—Se trata de *lady* Wins y ella es lo que deseo. —No era mentira, desde que la vio la quiso. La condesa era alguien muy especial.

—¡Imposible! —exclamó ofendida—. La sociedad conoce la reputación intachable de la mujer. Es incorruptible. Una viuda que no ha tenido a nadie en su cama desde que enviudó.

—¿Es buena amiga de la condesa viuda? Debe serlo si está al corriente de ese dato tan privado. Eso le facilitará llevar a cabo mi petición. En todo caso, si acabo en su lecho me agradará ser el primero después de tantos años —se reafirmó.

Ella apretó tanto los dientes que no los hizo saltar de puro milagro. El muy arrogante y presuntuoso…

—No soy una fuente a la que uno llega, le echa una moneda y concede sus deseos. Si York le ha explicado lo que aquí hago, lo que soy, se dará cuenta de que es una calle en doble dirección, no unilateral. No puedo obligar a una mujer que sé que es una santa a ser perversa. Tiene que haber un mínimo de predisposición para ofrecer a alguien algo que necesita o pide. Esa mujer juró no volver a casarse jamás. Y no es necesario ser buena amiga de ella para saberlo porque lo ha dicho en cada una de las fiestas que anualmente hace con motivo de la temporada. ¿Puedo al menos saber sus motivos para tener esa preferencia tan poco… tan inesperada? Hay mujeres mucho más…

—Los motivos que tengo no son de su incumbencia —la cortó de inmediato—. Arregle el asunto y tendrá un trato justo. Porque usted me pide un imposible y, al parecer, yo estoy demandando otro similar. Le haré llegar una lista con lo que espero de *lady* Wins.

—Considerada en su temporada una reina de corazones, no es más

que una mujer que perdió las espinas para acabar con el corazón roto. De todas las que pudo pedir, demanda a la que nunca tendrá, excelencia. Sé bien lo que esperará un tipo como usted de una buena mujer que desea una vida tranquila sin llamar la atención de nadie. Está siendo egoísta al exigir, como ha dicho, un imposible.

—Si le tranquiliza, le señalaré que la motivación para pedir su intervención como… digamos casamentera carnal, no es de esa índole por completo. Por supuesto que si una dama me demandase en su cama y ella fuese de mi agrado, saltaría de inmediato o me metería un dedo en la nariz si ella me lo pidiese. O dos —citó a Basil porque le pareció oportuno—, sin embargo, no quisiera insultar a *lady* Wins con una petición ruda. Lo que quiero va más allá de un apasionado y satisfactorio encuentro entre ambos bajo las sábanas.

—No le entiendo. ¿Qué me está queriendo decir? Antes ha hablado de un encuentro ilícito.

—Me lo he pensado mejor. La primera petición de la lista, que le haré llegar después de estudiar bien mis demandas sobre la condesa viuda, sería que la hiciese ir a la mascarada del duque de Rothgar. Eso es, ambas vendrán, usted la acompañará.

—¡Otro imposible más! Rothgar es… Todo el mundo sabe que James Salsbury es todavía más disoluto que los hermanos Banstorn en sus mejores tiempos. Lo conozco bien.

—Ha cambiado mucho. Algunos señalan que es incluso aburrido. ¿Cuánto de bien lo conoce? —se interesó él sin poder reprimirse. Rothgar era un buen amigo suyo también.

Ella suspiró.

—*Lady* Wins no querrá asistir a ninguna fiesta de un hombre que tuvo durante muchos años una reputación cuestionable. Creo que no desea ocuparse del trabajo que le planteó York. ¿Por qué no me pide que le baje la luna y zanjamos este asunto de inmediato? Así usted se marcha por esa puerta y yo busco a alguien que sea de ayuda. —Eso, y que la Duquesa X y la condesa viuda de Wins no podían estar al mismo tiempo en el mismo lugar, por supuesto.

—Tenga más fe en usted misma. York dice que es infalible en los asuntos que se trae entre manos. El duque de Rothgar está ansioso por encontrar a su duquesa y la mascarada no será obscena… Espero que no lo sea… —razonó más para él que para la dama—. Además, le debo un favor y usted podría ayudarme a encontrarle una esposa oportuna. Sé que a Rothgar le apasionan las viudas maduras. —No mentía, se rumoreaba que tuvo un *affaire* con la marquesa viuda de Ailsa y ella era una mujer con un carácter muy marcado y por eso muchos la temían—. Y dado que Rothgar tiene una excelente cosecha de sobrinos, el heredero está asegurado aunque no tenga descendencia propia. Una viuda le irá bien. Sí, le gustará ayudarme a emparejar a

Rothgar, haremos un buen equipo usted y yo.

—Yo no soy algo que pueda prestar a sus amigos solteros, excelencia. Las cosas no son así —dijo con molestia.

—No se enfade, lo digo porque el hermano de York encontró el amor gracias a su colaboración, según tengo entendido. Así que he supuesto que a usted le gusta jugar a ese tipo de cosas.

«Jugar a ese tipo de cosas». Althea deseaba abofetearlo, el muy desgraciado…

—El caso de lord Liam Banstorn y el de su… ¡Arggg! Lo que aquí sucede es secreto y York ha compartido información que no debería con usted y encima me hace a mí ser cómplice —indicó con molestia.

—York tuvo que explicarme muy bien su gratitud para que aceptase el trabajo, *madame*. Estaré en la mascarada de Rothgar, si no desea venir no lo haga —agitó los hombros—, pero si no veo allí a *lady* Wins, sabré que no hemos llegado a un acuerdo. De lo contrario está sola, Duquesa X.

—Puede que no esté viva de aquí a que dé lugar esa fiesta de la que no tengo detalles.

Él sonrió brevemente.

—Entendí que tal vez su vida no estuviese en peligro. Eso dijo cuando se negó a saldar la cuenta de mi exigencia —le tuvo que recordar.

—Podría estarlo, ¿de qué le serviré muerta? —lo desafió.

—No tenga miedo. Solo tiene que pegarse a la espalda de ese gorila con malas pulgas y él la protegerá hasta que yo tome el relevo. ¡Simple! —razonó como si estuviese dándole la receta de un suflé o alguna frivolidad similar.

La Duquesa X comenzó a negar con la cabeza.

—No puedo pedirle a la mujer que me ha señalado que traicione sus convicciones, *lady* Wins no tomaría jamás en consideración a un hombre como usted.

—¿De qué clase se me considera? —Aquiles se envaró ante las palabras espetadas.

—Un pícaro. Un libertino. Un disoluto —dijo con acritud.

—Ninguna de esas palabras me define porque soy algo peor.

—¿Qué? —No pudo contener la pregunta.

—Un asesino —señaló sin inmutarse.

Ella se estremeció por el modo en el que él había afirmado semejante hecho. La Duquesa X se llevó una mano a la garganta. Estaba afectada por la confesión.

—Con semejante admisión… ¿y quiere poner en peligro a una dama buena como es *lady* Wins? —refutó con tirantez.

—Ella sabe perfectamente lo que soy. Y dudo que sea tan buena como le hace creer que es al resto del mundo.

Aquiles giró sobre sus talones y salió de la salita sin despedirse siquiera. Se sonrió cuando la escuchó gruñir en un tono más alto que el que hacía él mismo cuando estaba terriblemente disgustado.

***

Diez minutos más tarde, mientras el carruaje de Aquiles transitaba por las calles de Londres para regresar a su casa, Basil lo miraba con audacia. No era natural ver al enfurruñado, frío y severo duque de Darkworth sonreír. Pese a que su madre le había dicho en mil ocasiones que su hermano era siempre todo bondad y sonrisas, Basil no podía hacerse una idea y verlo era como estar viviendo en una terrorífica pesadilla.

—¡Es suficiente! Dime de una vez qué ha pasado allí dentro. No te culparé si sonríes porque ella ha demandado tenerme en su cama. ¡Qué mujer! Reconozco que en mi primera juventud la esposa del canalla de lord Liam Banstorn copó mis más secretas fantasías. ¡Uf, Regina era…! Supongo que tengo una especial predilección por las mujeres más mayores que yo. Tan expertas y maravillosas…

Aquiles le dio un codazo en las costillas, pero no se empleó a fondo para no hacerle daño.

—Te he dicho que está fuera de tu alcance y Regina lo estuvo desde siempre. Además, tú estás todavía en tu primera juventud, mocoso.

—¿La quieres para ti? —No iba a caer en el juego de rebatir su ofensa sobre su edad.

—¿A Regina?

—No me tomes por estúpido, Darkworth. Necesitas aliados, aunque… Te resultará difícil sortear a la enormidad que la custodia. Es más factible que yo…

—Si no te callas, tendrás que idear el modo de seducir a una dama sin tus preciosos dientes, Basil.

—La has escuchado decir que quería besarme.

—No hagas que ponga en duda toda esa percepción e inteligencia de la que alardeas, porque los dos sabemos que ella se refería a mí cuando afirmó que podría pedirme un beso.

—Lo sé, pero lo que ha dicho en alto era que yo era el que elegía para un beso.

—Te contaré una historia para que comprendas por qué no tienes ninguna posibilidad con esa mujer.

—¿Una que te incluye a ti en su cama? No llegarás hasta allí —tanteó con humor.

—He decidido que solo te contaré media historia. Escúchame antes de que cambie de opinión ante tu impertinencia y no te explique nada en absoluto. ¿Qué es lo que dice más de una persona, más que sus propios actos?

—Sus ojos —dijo Basil sabiendo que estaba en lo correcto—. Los ojos de Regina fueron los que… —Los tenía tan azules. Los más bonitos que Basil vio jamás.

—¿¡Quieres olvidarte de la esposa de lord Liam!?

—¡Está bien! Sigue.

—La mayor ventaja que tiene un espía, uno bueno, es la facilidad con la que se queda con los detalles, especialmente con los pequeños, pero también por el modo en el que es capaz de entrenar su mente para que recuerde un par de ojos.

—Lo sé. Es algo que no paras de explicarme pese a que me desalientas para que no me ofrezca al Ministerio de Asuntos Exteriores para que aprovechen mis habilidades. Tengo una mente prodigiosa y no necesito entrenamiento para recordar todo tipo de cosas.

—Escúchame y te demostraré todo lo contrario —repitió—. ¿No te han dicho nada los ojos de la Duquesa X?

—No. Estaba demasiado impactado por sus… —Basil se llevó las manos a su pecho para hacer referencia a los maravillosos senos de la dama—. Ya sabes. —Eso le valió para que Aquiles le diese otro codazo con más fuerza que las dos veces anteriores—. Como si tú no te hubieses fijado en los pechos de ella —se quejó.

—Althea Marriott y la Duquesa X son la misma persona. Lo sabrías si no hubieses estado ocupado mirando cosas irrelevantes. Lo que se traduce en que no estás preparado para una misión del Ministerio si no eres capaz de dilucidar ese sencillo hecho.

Basil frunció el ceño y comenzó a repasar en su mente a ambas mujeres. Primero en el baile, cuando la dama, que sabía que no era corriente y que le daba en la nariz que escondía algo, había causado que su amigo se pusiera como un toro bravo español lleno de exigencias sin ni siquiera hablar. Luego trató de recordar a la imponente mujer que había hecho que su ingle se amotinase. No era que Basil fuese un disoluto, solo sucedía que estaba a punto de llegar a los dieciocho y las féminas habían logrado ocupar un lugar privilegiado en su cabeza, haciendo que lo importante pasase a un segundo o tercer lugar. Se sintió avergonzado cuando se dio cuenta de que la conjetura hecha por Aquiles, que por un momento tuvo la necesidad de negar, fuese del todo cierta.

—Los ojos… Si no fuese porque puedo ver los de ambas mujeres con claridad en mi prodigiosa mente, esa que no suele olvidar nunca nada, hubiese dicho que era imposible que fuesen la misma persona. Ella se oculta muy bien tras la fachada de la Duquesa X. Ha creado dos mujeres tan opuestas, incluso que ostentan rangos sociales diferentes, que es toda una proeza que lo hayas adivinado tú y no yo.

—Deja de darte aires como haría el amigo más fanfarrón de tu padre.

Basil entendió la frase.

—York no se da aires, él se cree todo lo que dice ser —lo avisó—. ¿Has aceptado ayudarla o no? Supongo que sí, porque es evidente que estabas interesado en *lady* Wins y lo estarás todavía más en ella después de haber visto… —subió las manos para enfatizar los senos de la Duquesa X.

Aquiles trató de darle un nuevo codazo, pero el muchacho saltó al asiento de enfrente antes de lograrlo. Se conformó con fallar y no trató de repetir la acción.

—Digamos que tengo un trato con ella, uno en el que me voy a divertir mucho, puesto que estoy seguro de que Althea se siente muy segura bajo su disfraz de duquesa.

—Duquesa X la llaman —apuntó Basil. —¿Cuántos amantes crees que habrá tenido? York dijo que ella…

—Céntrate —ladró. Los celos que sentía al imaginar a Althea en la cama de otro que no fuese la de él…

—¿Crees que se acuesta con ese inmenso hombre que la defendía con tanto ahínco? No estoy seguro del todo. Había una posesividad en él, pero la actitud de ella no era como la de una amante que…

Aquiles se levantó y le dio un sonoro capirotazo en su dura mollera. Basil lo miró con cara de pocos amigos pero no siguió hablando ni se defendió. Darkworth estaba terriblemente celoso. Eso sí lo veía con claridad.

—Cuando lleguemos a casa quiero que pongas a nuestro mejor lacayo a vigilarla.

—¿Está en peligro realmente?

—Si yo he descubierto que Althea y esa mujer vestida de rojo son la misma persona, tal vez alguien más lo haya hecho.

—Así que has aceptado ayudarla.

—He hecho un trato con ella que incluye que acabará siendo mi esposa.

Basil lo miró con una sonrisa.

—Es imposible que la dama haya aceptado ese acuerdo. Y no me hace falta poner a trabajar mi superior intelecto para llegar a esa conjetura.

—Desde hace un par de años, eso que tú llamas superior intelecto lo mantienes colgado entre las piernas. No estás en tu mejor momento porque eres como una cerilla permanentemente encendida.

—No quiero acabar siendo un viejo duque arisco como tú, así que, discúlpame por prestar atención a las mujeres que valen su peso en oro. A fin de cuentas, soy un heredero y necesitaré una esposa para engendrar al próximo vizconde Portman.

—Tú eres el próximo vizconde, esa es la titulación máxima que recibirás, y eres demasiado joven para pensar en el matrimonio,

aunque me consta que sí piensas en el acto reproductivo a todas horas, y no con esos fines, sino solo por la diversión de sembrar tu avena salvaje.

—Lo que tú digas, pero ella no ha aceptado ese acuerdo con el que sueñas.

—No lo sabe todavía, pero acabará siendo mi duquesa, una de verdad, no ese esperpento que se ha inventado. —Aborrecía haber descubierto que ella era la Duquesa X. Althea era mucho mejor en su versión sencilla y modesta, porque la que presumía de ser una casamentera carnal no tenía nada de ambas cualidades. Él la había visto… Bien, la había divisado con la ayuda de Basil, pero Darkworth la hubiese acabado descubriendo por su cuenta aunque fuese un poco más tarde. Una mujer así siempre era notada por los hombres que sabían observar y apreciar, y que no solo echaban un vistazo.

Estaba buscando esposa y ella era lo mejor que tenía sobre la mesa. Además, el hecho de que la hubiese tocado con suavidad y ella hubiese reaccionado tan bien a su toque fue fundamental. Podía tratar de espantarlo, de alejarlo, pero era incapaz de no traicionarse cuando él estaba cerca. Althea le gustaba. Le gustaba muchísimo. No era un hombre con ganas de juegos. La quería como esposa y la tendría. No había mucho más que decir al respecto. Solo faltaba el pequeño detalle de que ella consintiese.

—Pide otro milagro, porque tú no tienes la menor idea de cómo conquistar a una muchacha que se ruboriza y menos sabrás apañártelas con una mujer tan compleja como ella. Y no tengo tanto tiempo como para enseñarte lo que deberías saber.

—Irritante hasta el fin de tus días. Eso es lo que serás, Basil. ¿Has escuchado al menos la petición que te he hecho sobre poner a un lacayo a vigilarla y establecer un turno de rutinas?

—Sí, sí. Al fin veo las ventajas de contratar a personal militar en la casa de uno, no habrá una maldita chimenea encendida cuando haga un frío capaz de congelar el infierno, pero sí sacarán una pistola del lugar menos esperado dispuestos a desintegrar una amenaza. Me ocuparé de todo.

—Bien, porque yo tengo que conseguir una invitación para la fiesta del duque de Rothgar.

—¿Vamos a ir a la mascarada a la que te negaste a asistir porque era improductiva en la búsqueda de tu duquesa?

—Sí, porque he elegido a mi futura esposa y he obligado a la Duquesa X a que envíe a Althea a esa mascarada. —Fue divertido verla entrar en pánico cuando la incitó a ella también a unirse a la fiesta. ¿Si la hubiese presionado más, qué embuste habría ideado? No importaba. Althea era a la que tenía que conquistar, la Duquesa X no le agradaba en absoluto.

—¿Estás seguro de que son la misma persona? Pues acabas de hablar como si hubiese dos de ellas en el mundo.

—Ella será mía y haré lo que haga falta. ¿Te suena mi determinación, Basil? Te lo pregunto porque era tu mayor virtud antes de que tu entrepierna asumiese el control de todo… de todo tú. De ti.

—¿Cuál es tu plan?

—Hacer que se enamore de mí.

—Claro… algo factible y sencillo, porque tú eres capaz de cosechar a una gran horda de prometidas con solo batir tus espesas pestañas. El problema es que todas son falsas y llevas años tratando de pescar a una esposa… —ironizó para terminar exhalando.

—¿Quieres apostar, listillo? —lo frenó.

—Sería un placer verte perder, pero me apiadaré de ti por el inmenso amor que le profeso a mi madre.

—¿A la que te engendró o a mi hermana?

—Aura es a todos los efectos mi madre, aunque tú te empeñes en poner distancia entre ambos aludiendo todo el tiempo a que soy su hijastro.

Aquiles suspiró.

—Esa mujer es la que quiero a mi lado, Basil. Althea es la que he elegido y ella también me querrá, te lo garantizo. Perdí a una esposa, no deseo perderla a ella.

—Robin tendrá a Althea por madre si ella sucumbe a tu plan de cortejo y… ¿seducción? —preguntó intrigado. Según la información que manejaba, Aquiles era mucho más santurrón que su propio padre en los tiempos en los que debió haber sido un disoluto.

—Todo dependerá de ella. Althea cree que un vestido lúgubre la hará estar a salvo de mí. Va a darse cuenta de que la reconocería en cualquier parte, no importa los años que se sucediesen. Unos ojos, los suyos en particular, son inolvidables. Así que necesito que seas el brillante muchacho que me dejó fascinado cuando lo conocí, porque si ella corre peligro, yo pondré mi vida para protegerla.

—Es una dama soberbia, incluso recluida en ese disfraz sencillo y modesto me causó una grata impresión en el baile que tú arruinaste, pero… ¿tanto te ha hechizado?

—No te imaginas cuánto, ni por qué, Basil.

—En eso te equivocas. Mi mente todavía puede ver con lucidez cuando no estoy pensando en una fémina a la que me gustaría conquistar. Ella te desdeñó y por eso te has empeñado en tenerla. No hay un sentimiento más potente como el que se despierta al verse rechazado por la mujer a la que consideraste sencilla.

Aquiles lo miró de un modo extraño que Basil no fue capaz de identificar. Definitivamente su ingenio y percepción estaban alterados por la etapa que estaba atravesando y que incluía que en su cabeza

solo hubiese espacio para mujeres… cuerpos desnudos que le enseñasen a…

¿Era poco común que un muchacho se casase a las puertas de los dieciocho años? Porque si encontrase pronto lo que su padre halló con Aura, Basil estaría encantado de atarse a una única mujer que se convirtiese en su compañera durante el resto de su vida. Así su superior intelecto no sufriría esos olvidos imperdonables o su gran intuición no saldría por la ventana cada vez que una preciosa dama se colocaba ante él.

Bien, primero Aquiles y luego ya vería cómo seguir.

Capítulo 5

La muerte acecha

Habían pasado dos semanas desde que Althea decidió olvidarse de Darkworth. No iba a hacer nada en contra de su voluntad. No por un hombre al que no encontraba agradable, a quien no le debía nada y al que despreciaba por su altivez y fanfarronería. Era un tirano. Se le veía a la legua. Con la única tiranía con la que Althea pretendía vivir era con la suya propia. ¡No le gustaba! No importaba las veces que cerrase los ojos y sintiese su mano acariciarle el rostro, el cuello, la oreja y un mechón de pelo. ¡No era una muchacha impresionable! ¡Era una mujer decidida que renunció a los hombres!

Que se sintiese cómoda con su toque no evidenciaba nada significativo, solo que hacía demasiado tiempo que nadie la acariciaba.

—Él me gusta. Dicen que es tremendamente honorable. —Morgan rompió el silencio mientras el carruaje se disponía a llegar a su destino. La finca de un duque ubicada relativamente cerca de Londres.

La idea de abordar a un abogado para convencerlo de que aceptase su caso sin previo aviso, simulando un encuentro fortuito, no era muy civilizada, pero puesto que el destino era curioso y parecía que iba a reunir a Ethan Digory en la casa de campo del duque de Rothgar…

Después de haberle contado a Morgan lo sucedido con Darkworth y que ella descubriese que el señor Digory iba a reunirse precisamente con James Salsbury, el duque de Rothgar, su ayudante lo vio como un presagio de lo que se tenía que hacer.

Althea no iba a sucumbir a la coacción de Darkworth. No iba a acudir a la mascarada que organizaba Rothgar, menos siendo la condesa viuda de Wins. Iría a su casa, pero no a la fiesta.

Conocía a James porque él fue uno de sus X años atrás, además de un antiguo amigo de la infancia. Sabía bien la clase de hombre que era. No se trataba de un disoluto como lo fue York, pero era un tipo complejo que no sabía lo que deseaba y eso lo hacía, en opinión de Althea, inestable. Demasiado impetuoso para mantenerlo cerca. El duque de Rothgar un día ansiaba permanecer solo en el campo, y el siguiente planeaba una gran mascarada. Para Althea, James no era más que un noble aburrido que no encontraba su lugar en el mundo, aunque era una persona bastante generosa.

—¿Lo conoces? —preguntó Althea.

—¿De quién hablas? —Morgan se había perdido algo.

—Del señor Digory.

—No, no lo conozco. Yo me refería al duque.

Althea, que para la entrevista que pretendía tener con el abogado iba vestida como la Duquesa X porque resultaba más intimidatoria, agitó los hombros. Tenía un plan pensado que incluía hablarle al abogado de *lady* Wins para convencerlo de que ayudase a una pobre viuda con sus problemas legales.

—Rothgar no está mal, si te gustan los duques oscuros que se han ablandado con el tiempo.

—Rothgar sigue siendo un autócrata aunque en los últimos años sonría más. Y no, no me refería a ese duque, sino a tu duque.

La Duquesa X buscó la mirada del hombre que las acompañaba en el viaje. Tal y como sospechó, ante la observación de Morgan, Brendan Sallow dejó de mirar por la ventana el verde paisaje y la observó con interés.

—No es mi duque —le dijo a Brendan.

—¿Vamos a seguir actuando como si él no te gustase y jamás te hubiese acariciado? —inquirió Morgan en un tono de lo más solemne.

—¿Qué vamos a decirle al abogado para convencerlo de que me ayude con mi caso? Cuando fui a ver al sobrino de mi difunto esposo, no se mostró tan cooperativo con el asunto de Kellinge Camp.

Lady Wins había recuperado la mayor parte de la fortuna no vinculada al título que su padre le legó a su fallecimiento cuando regresó a Londres siendo ya viuda, sin embargo quedaba un segundo fideicomiso que Althea sospechaba que la madre de Phillip deseaba retener pese a saber que no era moralmente de su hijo, el nuevo conde de Wins.

La finca de Kellinge Camp fue parte de la dote que su fallecida madre aportó a su matrimonio, y era un bien del que Althea no se desprendería con facilidad. El asunto monetario era otra cosa, pero pelearía con uñas y dientes por lo que era suyo. El anterior diablo de lord Wins le había quitado demasiado.

Lady Wins tenía más dinero del que podía gastar, y la Duquesa X cobraba por la participación en los encuentros carnales que organizaba solo cuando creía que esos fondos podían ser necesarios para que alguien con talento iniciase una nueva vida, como fue el caso de una costurera a la que Morgan y ella habían enviado a París, por gentileza de *lady* Restford, quien todavía se encontraba cuidando de su nieto en el campo. Althea suspiró con ese pensamiento. El pobre señor Wilson comenzaría a pensar que se habían olvidado de él.

—No cambies de tema, duquesa —la regañó Morgan.

—¿Le enviaste una nota al secretario de York avisándole de que…?

—Sí, le dije al señor Wilson que había habido una complicación. ¿Cuándo vas a admitir que tu coraza se resquebraja, Althea? —Su ayudante decidió ser más directa.

—Hablaremos con el señor Digory, aceptará, y con un poco de suerte regresaremos a la ciudad pronto.

—¡Maldito infierno! —exclamó Brendan, quien mantenía los dientes apretados.

—¿Qué? —preguntaron al unísono las dos mujeres con las que el mastodonte compartía carruaje.

—Más allá de que tus intentos de desviar una conversación que consideras problemática, dicen que sí te gusta Darkworth… —Althea gimió y Morgan soltó una risilla de lo más cómplice—, creo que nos están siguiendo y no tienen buenas intenciones.

Althea se puso a la defensiva cuando vio que su protector sacaba un par de pistolas de debajo del asiento de terciopelo rojo sobre el que estaba sentado. Por su parte, Morgan se levantó el vestido y desenfundó una daga que tenía escondida en el exterior del muslo derecho. Althea se sintió tonta por no tener ningún arma a su alcance, hasta que recordó el pasador puntiagudo de oro y brillantes que decoraba su excéntrica peluca rubia. Se lo sacó con cuidado de no desmoronar su apariencia.

—¿Qué? —inquirió la Duquesa X cuando Brendan y Morgan la miraron—. El hecho de que me tratéis como si fuese un adorno frágil de cristal no implica que no sepa defenderme.

—Sí que sabes defenderte —terció Brendan— porque yo mismo te enseñé.

—Bien —dijo ella con satisfacción.

—Pero en caso de problemas tú te quedarás dentro del carruaje —sentenció el hombretón.

—No —rebatió ella—. Yo pelearé. —Por la ventana ya veían a un cuarteto de hombres montando a caballo que tenían la intención de rodear el vehículo para hacerlos detenerse.

—Morgan, el cochero, el lacayo y yo pelearemos. Tú te quedarás dentro.

Althea no afirmó ni negó. Discutir con Brendan cuando no tenía una baza ganadora o una buena amenaza era perder el tiempo. Sabía que Brendan la vetaba en los conflictos porque todos los que la rodeaban habían crecido en los bajos fondos, como en el East End, pero ella también era capaz de mostrarse dura. Cuando la subestimaban la ponían de muy mal humor.

Pocos minutos después el carruaje se detuvo en seco. Brendan y Morgan salieron mostrando sus armas. Ella trató de seguir al dúo, pero el inmenso hombre que juró protegerla le dio un empujón que la dejó sentada sobre el asiento, y luego lo vio cerrar la puerta derecha. Miró

por la ventana y divisó a Henry, el cochero, tirado en un lateral, mientras que el joven Peter, un nuevo lacayo al que Brendan le había dado trabajo hacía poco, figuraba sosteniendo una pistola en alto. Uno de los cuatro malhechores que pretendían atracarlos estaba junto a Henry en el suelo.

Un disparo se escuchó y Althea se encogió. Al observar con atención vio que uno de los villanos caía al suelo, Brendan le había disparado sin previo aviso. Así era él, temerario, sin miedo a morir, Althea pensaba que el hombre en verdad deseaba que el Ángel Negro lo visitase pronto porque se lanzaba al peligro sin ninguna preocupación, sin atender a su propia seguridad.

Un segundo disparo resonó en medio del verde paraje en el que los asaltadores los habían detenido. Entonces vio que parte de la camisa de batista blanca de Brendan se teñía de rojo. Un pequeño reguero de sangre se divisaba sobre la chaqueta, puesto que él nunca llevaba chaleco. No sabía el motivo, pero desde que regresaron a Londres y los tres tuvieron que vestirse de un modo adecuado, Brendan no admitió el uso de un chaleco en su vestimenta. Solo utilizaba una camisa de batista para complementar los elegantes e inmensos trajes que le confeccionaban a medida.

No pudo esperar más, Althea se agachó, abrió la puerta izquierda y bajó con sumo cuidado de que nadie la viese.

—No os llevaréis ni un solo penique, ni a nadie de nosotros —gritó Brendan.

La Duquesa X miró por debajo de las ruedas y se dio cuenta de que había tres hombres más apuntando a Peter, a Morgan y a un herido Brendan que posiblemente tuviese alojada en su pecho una bala de plomo. Junto al cochero divisó dos cuerpos más que parecían sin vida. ¿De dónde habían salido tantos hombres si solo les seguían cuatro?

—No somos asaltadores, tampoco enemigos. —Escuchó Brendan que decían.

—Si Darkworth la quiere, tendría que haber venido él mismo a por ella —siseó Brendan.

—La suerte de que no te hayan pegado otro tiro es que Darkworth está muy interesado —ladró el otro—. Ahora, puedes bajar las pistolas, monstruosidad andante. Y la mujer que te acompaña puede hacer lo mismo, puesto que no somos la amenaza.

Cansada de no divisar la acción por completo, Althea salió de su escondite y avanzó hacia Brendan y Morgan. Su ayudante sostenía en la mano derecha la daga que ella había visto en el carruaje y en la izquierda tenía una pequeña pistola.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Althea al ver a Basil Foster de pie, con las manos en alto, pero sin haber tirado al suelo la pistola que tenía en la mano.

—¡Maldita sea! —gruñó Brendan, al tiempo que se dirigía a toda carrera hacia su patrona para ponerse delante de ella. En un abrir y cerrar de ojos, Althea estuvo tras el corpulento hombre—. Te di una sola indicación. ¡No tenías que salir de allí!

—Es el hijo de un vizconde, de uno de los mejores amigos de York, el muchacho no es ningún problema. —Althea estaba convencida de ello.

—No, lo es el duque que se ha encaprichado de ti y manda a sus secuaces para raptarte —dijo Morgan, quien no bajaba la vista de Basil y los dos hombres que lo acompañaban—. He decidido que ya no me gusta si se comporta de ese modo. Tendrás que buscarte a otro, duquesa.

—Estoy segura de que todo esto tiene una explicación de lo más convincente —apuntó Althea desde detrás del gran armario que encarnaba Brendan.

—Se lo resumiré, Duquesa X —habló Basil—. Darkworth nos puso a vigilarla y hemos estado tras esos cuatro hombres registrando sus acciones. —El hijo de Portman apuntó la cabeza hacia donde estaban los cuerpos sin vida de los cuatro hombres.

—¿Bandoleros? —preguntó Morgan, quien no estaba dispuesta a dejar de apuntar a Basil y al resto.

—No. Los cuatro visten ropa cara, no buscan riqueza que sustraer, sino cumplir un encargo.

—¿Qué encargo? —preguntó Althea, mientras asomaba la cabeza por el costado izquierdo.

—Tengo varias conjeturas, pero por el modo en el que peleaban, disparando sin preocupación alguna, yo diría que el secuestro no entraba en sus planes. Alguien la quiere muerta, Duquesa X —dijo Basil bastante seguro de su hipótesis.

Althea cerró los ojos. No era descabellado afirmar que la intimidad que les daba el bosque camino a la finca campestre de Rothgar era una ventaja añadida para quienes se hubiesen cansado de tratar de asesinarla, y hacerlo de una vez por todas.

—Yo le creo. Nos ha ayudado —señaló Althea. Brendan la miró por el rabillo del ojo.

—No me fío de él. —Luego el grandullón regresó la vista al frente para centrarse en Basil y preguntarle—: ¿Qué garantías tengo de que no tratarás de llevártela para ofrecérsela a tu amo?

—¡Acabo de salvarte la vida! —exclamó el hijo de Portman con enfado—. Como mínimo me he ganado el derecho a que tú y ella —dijo en alusión a Morgan— bajéis las armas. —E hizo esa observación porque la señorita Pusset y el señor Sallow seguían alerta y sin deponer las pistolas.

—Tal y como yo lo veo, si en verdad las cosas son como dices, os

damos las gracias y os invitamos a los tres a subir a vuestras monturas para regresar a Londres. —Brendan deseaba perderlos de vista.

—Me temo que eso es del todo imposible. Podrían llegar más y Darkworth me cortaría el cuello si ella sufre un solo rasguño. —Basil no se iría, no después de ver que la mujer a la que el hermano de su madre había elegido sí corría un grave peligro.

La reacción de Brendan ante las palabras de Basil fue gruñir, tirar las pistolas a un lado, arremangarse la camisa y comenzar a caminar en dirección a Basil.

—¿Crees que no soy lo suficientemente bueno para protegerla? ¡Ven aquí, muchacho engreído, y te mostraré cómo pelea un hombre!

Morgan y Althea fueron de inmediato para interponerse en el camino de Brendan. La Duquesa X trató de frenarlo, pero no dejó de observar la reacción de Basil Foster ni por un instante. Mientras que los dos hombres que tenía, a su lado derecho e izquierdo respectivamente, estaban apuntando ya al toro bravo, el joven había lanzado las armas a un lado del mismo modo que el protector de la condesa y lo aguardaba con los puños en alto. Tanto Althea como Morgan reconocieron el valor del señor Foster, porque Brendan era una gran mole pesada más que capaz de dejar inconsciente a un hombre de un solo puñetazo. Y eso sin usar por completo toda su fuerza bruta.

—Lo que necesito que todos entendamos es que aquí corremos peligro porque puede llegar una segunda batida, no pienso marcharme y dejarla desprotegida. He contado dos balas que podrías tener alojadas en tu cuerpo, necesitas un médico, y deberíamos movernos. —Brendan, quien seguía frenado por Morgan y Althea, porque lo sostenían poniendo las manos en el pecho, gruñó. Basil suspiró—. Está bien, si lo que te apetece es pelear, pronto descubrirás que no te será fácil vencerme, porque soy rápido y tú lento, ágil y tú pesado, yo no estoy herido y tú no tardarás en sentir el escozor de la mordida de dos balas… Así que… ¿Qué decides, gran gorila con pulgas? —Basil no iba a amedrentarse.

—Brendan… —susurró la Duquesa X. Le dolía el corazón al imaginar que el muchacho tuviese razón y que su gran amigo estuviese seriamente herido.

El protector de Althea dio medio paso hacia delante y las dos mujeres opusieron mayor resistencia sobre él.

—Entérate bien, cachorro arrogante, incluso herido como lo estoy y con una mano atada a la espalda podría darte tu merecido.

Basil le mostró media sonrisa socarrona. No sería un hombre con título todavía, pero tenía gestos que bien podrían hacerlo parecer el mismísimo rey de Inglaterra.

—Te tomo la palabra, gorila, pero no será hoy. Por la dirección que

lleváis, imagino que nos dirigimos a casa de Rothgar para participar en una excelente mascarada, ¿retomamos el camino?

Althea se giró para mirar a Basil.

—No participaremos en la fiesta, es una reunión…

—Sí, sí… —la cortó—. Pongámonos en ruta, a mí solo me interesa ponerla a salvo, duquesa, como imagino que desea el resto de su personal.

Los ojos de Basil se quedaron fijos en Brendan.

—Peter, ¿Henry sigue con vida? —le preguntó el hombretón al lacayo, quien estaba atendiendo al cochero, sin apartar los ojos del hijo del vizconde. Brendan no se fiaba de él. El hijo de un noble no se ponía a jugar a los justicieros si no era porque estaba mal de la azotea. Ciertamente no le gustaban ni el duque de Darkworth ni ese joven que no había retrocedido ni medio paso cuando él le amenazó sin indirectas.

—Está inconsciente, tiene un tiro en el brazo, pero respira —aportó Henry.

—Bien, iremos hacia casa de Rothgar. Desde allí veremos cómo seguir.

—¿Sabes conducir un carruaje? —le preguntó Brendan a Peter.

—No —respondió el interpelado.

—Yo no podré… —comenzó a decir Brendan.

—Lo haré yo —saltó Morgan. Althea se quedó con la boca abierta.

—¿Sabes? —le preguntó la Duquesa X.

—Soy una caja de sorpresas.

—Fascinante —observó Basil con sumo reconocimiento—. Creo que iré a tu lado por si…

Morgan le sonrió. Ese joven acabaría siendo más peligroso que el mismísimo York llegado el caso.

—Olvídate, cachorro, soy mucha mujer para ti. Quedarías devastado al primer intento. —Luego Morgan le guiñó un ojo, se giró y se dispuso a ayudar a Peter a subir a Henry en el carruaje. Uno de los hombres que custodiaba a Basil se colocó tras ella adivinando su proceder.

—Suba y conduzca, yo me ocuparé —le dijo uno de los exmilitares que trabajaban para Darkworth. Morgan obedeció.

Althea observó a Brendan tambalearse de lado a lado y fue de inmediato a socorrerlo. Se colocó bajo su axila para servirle de muleta. Basil y el otro hombre hicieron lo mismo. No se desmayó, pero las fuerzas le fallaban.

—Creo que conté mal —apuntó Basil—. Son más de dos, ¿verdad?

—Tres —le aseguró Brendan, quien después del subidón producido por la acción, comenzaba a acusar las heridas de los balazos.

—Me pregunto cuántos disparos harían falta para terminar contigo,

gorila de malas pulgas.

—Si tu amigo Darkworth no se aleja, tal vez descubras cuántas balas se necesitan para acabar con un duque de sangre azul.

Basil se carcajeó. Althea hizo como que no escuchaba la incómoda conversación.

—No se alejará —dijo mirando a la Duquesa X—. Yo si fuese él, no lo haría.

Entonces el grupo reanudó la marcha.

El corazón de Althea se partió en dos cuando entró en el vehículo y vio que Brendan se había desmayado. Lloró sin poder evitarlo y se abrazó a él. No podía perder a su más querido amigo, a su protector, al hombre que lo dejó todo por ella, para cuidarla y velar por su seguridad.

***

Aquiles estaba frenético.

Cuando recibió la nota de Basil, le dio un puñetazo a la pared tan grande que los nudillos se le amorataron a los pocos minutos. Luego pidió que le preparasen a su caballo más rápido y salió a toda carrera.

Cuando entró en la casa del duque de Rothgar, lo hizo como si Lucifer mismo le pisase los talones. Abrió la puerta principal y divisó en la parte derecha del recibidor la figura de Basil, quien estaba de pie en esos momentos sirviéndose una copa de *whisky*.

Los ojos de ambos se encontraron. Basil se la bebió de golpe.

—¿Dónde está? —preguntó Aquiles desde su posición.

—Te dije que te lo tomases con calma, que ella estaba bien. ¿O acaso no leíste correctamente mi nota? Porque observo que has venido a caballo, sospecho que sin parar para que tu montura descansase, y no sería conveniente que mostrases esa imagen ante tu dama. —Lo veía desaliñado, con un aspecto horrible.

—Déjate de estupideces, Basil. ¿Dónde está ella? —repitió.

—¡Entra, Darkworth! —gritó James Salsbury, duque de Rothgar, quien se mantenía sentado tras su escritorio.

Aquiles se pasó las manos por el pelo, a continuación le tendió el abrigo y los guantes al lacayo que aguardaba junto a él y accedió a la petición de Rothgar.

En el momento en el que entró en la habitación le tendió la mano a su homólogo, quien se había levantado para recibirlo. Cuando fue a hacer lo mismo con Basil, a una distancia más corta de la que tuvo cuando lo divisó desde el recibidor, Aquiles se fijó en un cardenal que crecía en su mandíbula, en la parte derecha.

—Heridas de guerra. Espero que estés curado cuando mi hermana te vea, o me arriesgaré a un consejo de guerra. En la misiva no mencionabas más que un altercado y que la Duquesa X estaba bien, di

por supuesto que no habías corrido peligro. Fuiste escueto en la narración, Basil.

—Lo fui porque no deseaba que te partieses la crisma mientras cabalgabas hacia aquí veloz como un rayo. Cosa que has hecho pese a decirte que todos estábamos bien… bueno, medianamente bien.

Aquiles se cuadró.

—¿Quién ha sufrido daño?

—Ella no —lo tranquilizó—. Ya te lo dije, pero la enormidad que te odia con todas sus fuerzas porque sabe que tienes los ojos puestos en la Duquesa X, recibió tres tiros.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—Increíblemente, esa mole estaba dispuesta a batirse a puño descubierto conmigo para defender a su patrona pese a que contaba con tres heridas en su cuerpo. Así que no.

—Mi médico ha atendido a Sallow —intervino Rothgar—. Es un tipo grande y su tamaño parece ser una excelente protección. Queda que la fiebre pase por su cuerpo y salga del mismo modo para ver si él… Ya sabes, pero el galeno insiste en que nunca ha visto a un hombre tolerar el daño como él.

—¿Alguna baja más?

Basil se fijó en que a Darkworth le apareció un pequeño tic en la ceja izquierda, una clara señal que se evidenciaba cuando estaba impaciente o nervioso.

—Los cuatro hombres que buscaban matarla cayeron en la zanja del camino.

Aquiles cerró los ojos y contuvo la respiración. Contó hasta diez para tratar de controlar su temperamento. No eran buenas noticias. Deseaba pelearse con alguien, destrozar algún mueble o lo que fuese para sacarse la rabia y la ira que las noticias habían despertado en su interior.

Basil se dio cuenta de que el hermano de su madre estaba agitado y decidió contarle todas las nuevas de golpe:

—Sallow insiste en que es capaz de viajar y que desea trasladarse a Londres lo antes posible.

Aquiles masculló una colorida maldición.

—Tres balas… ¿Qué, en nombre de Dios, lo impulsa a pedir semejante negligencia?

—¿No te lo imaginas? —preguntó Basil con una ceja levantada.

—¿No quiere que esté en la mascarada? —supuso Aquiles.

—No quiere que tú estés cerca —sentenció Basil.

—¿Por qué te interesa la Duquesa X? —intervino Rothgar.

—Porque va a ser mi esposa —declaró Aquiles como si todo estuviese ya dicho.

Rothgar frunció el ceño.

—¿Acaso la conoces?

—Lo hago.

—Ella no es de las que se casa, amigo mío. Así que…

—¿De qué la conoces tú? —interrogó Aquiles.

—Es una buena amiga para la que estuve haciendo… digamos ciertos favores de lo más interesantes.

—Es mía. —El hombre de las cavernas que habitaba en él necesitaba colocarle un maldito anillo en el dedo y clamar a los cuatro vientos que era suya.

Rothgar le sonrió.

—Puede serlo, pero no se casará contigo.

—¿Estás al corriente de su historia?

—¿Te refieres a su identidad?

—Sí —afirmó Aquiles.

—No sé quién se esconde bajo esos preciosos vestidos de seda rojos.

—Sé más preciso —lo urgió Aquiles.

—No la conozco íntimamente si es lo que está preocupándote y tampoco estoy interesado en saber quién es la dama realmente. Incluso si la conviertes en tu esposa haré por no recordar nada de ella. Me gusta ese misterio pecaminoso que hay en su apariencia, de modo que si tú estás al tanto de quién es en verdad, te abstendrás en hacérmelo saber porque creo que después de lo que Foster me ha relatado, será mejor si no sé demasiado de toda la historia.

Darkworth asintió. No compartiría la identidad de Althea con nadie, solo deseaba saber si Rothgar estaba al tanto. Le gustó que ni su amigo James, ni que el propio York, supieran quién era la próxima duquesa de Darkworth en realidad.

Tenía una buena amistad con el duque de Rothgar, una que cosechó desde que ambos ingresaron en Eton y que floreció cuando acudieron a Oxford. Se conocían bien. James Salsbury, a diferencia de su hermano pequeño Aaron, era un hombre. Tenía entendido que ese último había causado un gran estropicio años atrás con la hija de una de sus amantes, la marquesa viuda de Ailsa, y que partió a los Estados Unidos de América para establecerse allí antes de que la familia de la muchacha decidiese intervenir.

Aquiles sacudió la cabeza para olvidarse de las cosas superfluas.

—En cuanto al asalto… ¿Has dicho que están todos muertos? —se interesó Aquiles, quien esperaba la respuesta de Basil.

—Cada uno de ellos.

—¿No se te ocurrió que necesitásemos a uno vivo para sonsacarle información?

—Sí, por supuesto, y en caso de haberlo podido hacer, tendrías a uno de ellos aquí para sacarte toda esa rabia maliciosa que buscarás verter sobre alguien. Y como soy un muchacho de lo más inteligente,

me iré a mis aposentos, tomaré un baño y me apartaré de tu vista. —Basil le dio un trago a su copa, la vació, la dejó sobre el aparador que estaba frente a él y luego se dio la vuelta para marcharse.

—Gracias. —Escuchó que le decía Darkworth.

El joven ladeó el rostro.

—No son necesarias. Y aun a riesgo de que trates de golpear mi hermoso rostro para ponerme otro morado a juego con el primero, te aconsejaré que ates en corto tu temperamento cuando descubras que ella está velando a Sallow en las habitaciones en las que lo ha acomodado Rothgar. Controla tus celos, porque mi intuición me dice que tu dama, ese que has bautizado como gorila de malas pulgas y la ayudante, quien ha perdido todo acento italiano durante la trifulca, tienen un fuerte vínculo que va más allá de mi comprensión.

—Hay amistades fuertes, Basil —observó Aquiles.

—Sí. Mi padre cuenta con buenos amigos, pero no sé hasta qué punto matarían o estarían dispuestos a morir por él.

—¿Qué insinúas?

—Lo he visto, Aquiles, es esa mirada, ese impulso que siempre hemos tenido mi hermano mellizo y yo. Nosotros sí estamos dispuestos a todo el uno por el otro, porque siempre —insistió— ha sido así desde pequeños. El vínculo que comparto con Flavian, con mi padre, con Aura y con mi hermana pequeña Ophelia, incluso con tu hijo Robin, es producto del amor familiar, el que es inquebrantable. Y es lo que sospecho que tienen la Duquesa X, Sallow y la ayudante, pese a que no comparten la misma sangre.

Aquiles asintió y Basil dejó a Rothgar con el que era a efectos prácticos su tío, además de mentor, para marcharse.

—¿Te sirvo una copa o te digo la habitación en la que ella está?

—Lo segundo, pues preferiría no tener que registrar tu casa.

—¿Debo asignarte una alcoba a ti también o partirás a Londres…?

—¿Tú qué crees? —le preguntó con irritación.

—Bueno, la mascarada de mañana por la noche se acaba de poner interesante. Otro duque más en la cita y la infame Duquesa X… Una fiesta campestre en plena temporada de lo más interesante, sí —dijo James mientras observaba la espalda de Aquiles—. ¡Primera planta, ala este, tercera habitación! —le indicó, sabiendo que de otro modo Aquiles comenzaría a abrir indiscriminadamente todas y cada una de las puertas de su finca.

Cuando Darkworth llegó a su destino, los celos rugieron más alto que nunca. Para un duque que había tenido siempre lo que deseaba sin pedirlo dos veces, esa extraña sensación era desconcertante. Sobre todo porque jamás había sentido celos. Quiso haberse reído de la observación que le hizo Basil en el despacho de Rothgar. Un duque no era celoso. No tenía motivos. Él no había tenido celos jamás… Hasta

que abrió la dichosa puerta donde estaba esa compleja mujer que lo llevaría al infierno más pronto que tarde.

***

Morgan estaba mirando por la ventana. Althea sospechaba que su ayudante estaba llorando. Morgan no era de lágrima fácil, para derramarlas tenía que ocurrir algo muy grave. Lo peor había sucedido.

Brendan estaba tendido en la cama. El médico de Rothgar lo había cosido en tres zonas. Una en la pierna, otra en el brazo y la peor de las heridas estaba en su pecho. Al médico le preocupaba la fiebre que podía aparecer. Dos de las balas habían hecho daños testimoniales, por lo que las heridas eran superficiales. La del pecho, alojada cerca de las costillas, era más alarmante. La infección sería lo verdaderamente terrible. Sin embargo, el médico se fue lleno de esperanza al ver que Brendan tenía consciencia y bramaba como un loco para echar a las dos mujeres que habían insistido en quedarse a su vera y que así lo hicieron.

—Cuando se despierte y descubra que le di el láudano a traición estará más insoportable que nunca —dijo Althea.

—Si se despierta… —susurró Morgan.

La Duquesa X notó la agonía más punzante y dolorosa en la voz de su amiga. Cosa que no fue difícil porque ella estaba en el mismo estado de desazón que Morgan.

—Me juró que me protegería con su vida cuando decidimos marcharnos a Sicilia. Despertará porque sabe que vuelvo a correr peligro. ¡Lo hará! —sentenció con firmeza.

—Te dije que la situación era seria, Althea.

—Sé que esto es culpa mía, Morgan. Llegaré hasta el final. Usaré todos mis contactos, como Duquesa X o como *lady* Wins, pero averiguaré de un modo u otro quién está deseando verme enterrada bajo tierra.

—Lo mejor sería irnos de viaje durante un tiempo. Hasta que todo esto se calme. España, Brendan dice que es preciosa.

—¿Huir de nuevo? No, Morgan. Salí una vez a toda prisa porque era joven y tenía miedo. No soy la misma muchacha atemorizada a la que el diablo pegaba cada vez que lo contradecía o hacía algo que no era de su agrado. Mi mayor temor tuvo el buen gusto de morirse para dejarme libre. Ni la misma muerte me asusta tanto como lo hacía Wins.

Emeth Marriott le había enseñado cosas muy valiosas. El poder de los golpes fue la más aterradora, el valor de la lealtad la otra, porque gracias a su maldad encontró a Morgan y a Brendan. Su familia. A la que luego se unieron otros muchos, como Greyson Amery.

Ella se subió a la cama y se colocó al lado de Brendan. Le acarició

el pelo. Lo tenía largo. Le llegaba por los hombros y lo solía atar con una cinta. Su pelo era tan negro que parecía la noche. No le agradaba verlo pálido, quieto, sin mirarla de ese modo tan característico suyo de pura reprobación cuando lo desafiaba. Daría su mano derecha por volver a verlo de ese modo exasperante en esos momentos.

—Si Brendan muere… Althea, no puedo vivir sin él.

La Duquesa X abrió los ojos como platos ante la confesión.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Lo amas? —Si era eso y ella no se había dado cuenta…

—Con todo mi corazón —dijo, sin dejar de mirar por la ventana—. Tú y él sois lo único que tengo.

—¡Ven aquí! —le ordenó de un modo que la hizo asemejarse a una reina, mientras se ponía de pie.

Debido a la salida de tono de Althea, Morgan se dio la vuelta y la vio con los brazos abiertos. Corrió hacia ella y ambas se abrazaron.

—Se pondrá bien, tiene que ponerse bien, Althea.

—No se marchará de nuestro lado sin pelear, eso es seguro.

Permanecieron así unos instantes. A Morgan no le gustaba mostrarse sentimental. Esas cosas no servían de nada, así que cuando comenzó a sentirse incómoda se alejó de su abrazo y regresó a la ventana para centrarse en el paisaje.

La Duquesa X se acomodó mejor en la cama y lo contempló. Era un hombre espléndido. Tuvo que haberse dado cuenta mucho antes de los sentimientos de Morgan hacia él. Se sintió tonta por no haberlo previsto. Tantas horas juntos, siempre cómplices. Era lógico que Morgan hubiera acabado enamorándose de él.

—Haré el primer turno…

—No —la cortó Althea—. Ve a descansar, yo me quedaré con él ahora. Lo cuidaré bien, te lo juro.

Morgan se giró y la divisó junto a Brendan. Asintió y luego comenzó a caminar hacia la puerta. Necesitaba recomponerse. La señorita Pusset estaba demasiado afligida como para discutir.

—Llegará un baúl con nuestras cosas pronto, Peter salió con la orden de traer ropa y enseres aquí.

—Sé que tendremos que abusar de la hospitalidad de Rothgar hasta que Brendan se ponga bien, por más que él haya dicho que mañana podríamos irnos. Pero no iré a la mascarada. No tengo ánimos para disfrutar de ninguna fiesta. Cuando tenga ocasión de ver a Darkworth hablaré con él. Es momento de explicarle mi situación, necesitamos su ayuda. Soy perfectamente consciente de que le debemos mucho al señor Foster y a los dos hombres que lo acompañaban. Lo que no logro comprender es por qué el duque los puso a vigilarnos si me aseguró que no tendría un trato si no permitía que *lady* Wins, que yo, accediese a sus caprichos.

Llegados a ese punto, Morgan se giró para ver a su amiga. Estaba con la mano en el pomo para salir de la habitación.

—¿No lo intuyes, Althea?

—Sé lo que supones, pero solo se trata de un orgullo ducal gravemente herido. Un juego. Un duelo de voluntades, por así decirlo, porque no soporta que una mujer se muestre superior ante él.

—Espero que cuando caigas en el error de tu juicio, la caída no sea demasiado dolorosa. Trata de descansar. Yo haré lo mismo y pronto vendré a relevarte.

No esperó respuesta. Morgan abrió y se marchó.

Althea estaba exhausta, así que se dispuso a acomodarse al lado de Brendan para descansar. Se colocó pegada a su cuerpo, con cuidado de no causarle ningún dolor. Era su amigo más querido, su protector, y acababa de descubrir que Morgan lo amaba, así que tenía que velarlo todavía más.

—No te atrevas a dejarme nunca, Brendan, porque iré tras de ti…

—Conmovedor… —dijo una voz masculina.

Los ojos de Althea se movieron para captar la figura del duque de Darkworth, quien estaba en la puerta y la miraba con una expresión inescrutable. Se llevó una mano al cabello, para descubrir que su peluca no estaba allí. Su mirada divisó el pelo postizo rubio en el suelo, cerca de los pies del duque. Se lamentó por haber sido tan confiada y no haberse levantado cuando Morgan se marchó para echar la llave y bloquear la puerta.

Sospechaba que ni el kohl, que seguramente estaría todo esparcido por su rostro debido a las lágrimas derramadas, sería capaz de ocultar su identidad. Cuando le pidió suma privacidad a Rothgar no imaginó que precisamente el último hombre con el que deseaba cruzarse, sería quien irrumpiese en la estancia y la descubriese tendida en la cama junto a su apuesto y enorme guardaespaldas sin su disfraz.

—Oh, oh… —susurró Althea.

—Ya lo creo. Estás en problemas, *madame*, y serán mucho más graves si no te apartas de inmediato de tu gorila con malas pulgas.

Aquiles se cruzó de brazos para tener algo a lo que agarrarse mientras le daba un solo segundo para que ella llevase a cabo su orden.

Los celos eran un sentimiento de lo más monstruoso, más que ese hombre al que ella había estado acariciándole el pelo y susurrándole preciosas palabras.

En ese preciso instante el duque de Darkworth se dio cuenta de que deseaba convertir en su esposa a una mujer que posiblemente ya había entregado su corazón a otro.

¿Cómo luchar contra eso? Sin resignarse. Con uñas, dientes, espadas, pistolas, pisotones, ranas, culebras o lo que fuese, porque ella

era suya.

Capítulo 6

La vida sigue

—Esto no es lo que parece —dijo la dama, sintiéndose como si la hubiesen descubierto cometiendo un asesinato. ¿Por qué le importaba tanto la opinión de Darkworth? No lo entendía.

—¿No lo es? A mí me parece que estoy viendo un cuadro con mucho significado.

Althea se quedó muy quieta. Solo atinó a retirar el brazo con el que había estado acariciando a Brendan. Por algún extraño motivo le pareció que la ocasión sería un poco, mínimamente, menos violenta si dejaba de tocar a su querido amigo.

Valoró sus opciones mientras él la contemplaba con el semblante pétreo, frío, calculador. Tan alarmante que por un instante le pareció que Darkworth estaba planeando la mejor forma de cargársela al hombro y llevársela de la habitación. ¡Qué tontería! Como si ellos pudieran tener un sentimiento tan intenso el uno por el otro. Y su malvada mente imaginó de súbito al duque en la cama de una mujer herida, velándola, alentándola a regresar con él. ¡Oh, oh! Althea tragó saliva. El encogimiento de su corazón ante la escena que planeó sobre su mente no le dejó un buen sabor de boca.

¿Por qué él? ¿Qué tenía él para sacudir su mundo, su interior, con solo mostrar su presencia por la puerta? No lo entendía. Lo juró. Juró tiempo atrás que no volvería a dejarse seducir por ningún hombre. Mentirosos todos. Traicioneros. Peligrosos hasta el punto de poner su propia vida en peligro. Y sin embargo no podía dejar de sentirse como si llevase tiempo esperándolo, como si fuese diferente.

¡No, no, no! Wins la eclipsó en su momento. No era una mocosa soñadora a la que unos preciosos ojos y una mueca celosa le despertasen burbujas en… ¡No! Althea era una mujer segura, que sabía su posición en la vida. Lo mejor sería decirle que el hombre que estaba tendido a su lado era su prometido. ¡Su amante! ¿No comentó Darkworth una vez que las viudas tenían permiso para cometer ciertos devaneos? Sería la ocasión perfecta para alejarlo, para echarlo a un lado, dejarle claro que no tenía ninguna posibilidad con ella, que nunca pasarían de… de… de… ¿de qué? ¿Qué tenían ambos sino una fuerte diferencia de opiniones en cuanto… en cuanto… en cuanto…?

—¿Y si no quisiera alejarme del hombre que está a mi lado? —susurró, sintiéndose una traidora a sí misma.

Lo vio llenar el pecho con todo el aire que había a su alrededor. Althea casi pensó que no quedaría suficiente oxígeno para ella después de haberlo escuchado exhalar.

—¿Por qué no podrías hacer eso? —preguntó, agarrando los celos con ambas manos y dejándolos bien escondidos para que no le impulsasen a mostrarse como un emperador tiránico. Aquiles no era estúpido. No debía mostrarse autoritario ante la rebeldía que veía en sus ojos. Unos orbes de color avellana que parecían los de un exótico oso panda debido a la negrura de la pintura o maquillaje o lo que fuese que ella usaba para perfilarlos.

Althea chasqueó la lengua. Hubiese sido mucho más fácil si la provocación de su afirmación lo hubiese llevado a la ira, a exigir algún tipo de posesión que él no tenía sobre ella. No obstante, el duque se mostraba sereno, tranquilo… salvo por ese ligero tic en su ceja izquierda, se le veía cabal.

—¿Qué quieres de mí? —La pregunta salió como una súplica. Sin ninguna formalidad. Qué estaba pidiendo ella, no lo sabía, pero sentía una lucha en su interior que no estaba segura de poder ganar.

—Que te apartes de él —le ordenó con cierta suavidad, tratando de mantener la calma y la tranquilidad.

Althea lo miró a los ojos durante unos cuatro segundos en los que ninguno de los dos dijo o hizo nada más que observarse el uno al otro. Finalmente, se levantó con parsimonia y se alejó de la cama.

—No tienes ningún derecho a imponerme tu voluntad —le dijo desde el otro lado de la habitación. No deseaba tenerlo cerca. Le gustaría mucho que él se diese media vuelta y la dejase sola.

No se veía lo suficientemente fuerte para lidiar con la pena de ver a su amigo ausente de la consciencia y el estremecimiento que Darkworth le hacía sentir en su maltrecho corazón.

—Te he salvado la vida.

—¡Gracias! —saltó de improviso, pues se había dado cuenta de que no le había agradecido su participación en la trifulca.

—¡No quiero tu gratitud! —exclamó Aquiles irascible.

—Entendí que el señor Foster y los dos valientes hombres que le acompañaban estaban allí porque tú… porque tú… porque tú… —Ahí estaba de nuevo dudando y tartamudeando.

—Porque yo… ¿qué? —la azuzó.

—No lo sé… —susurró como si no supiera qué decir.

—Me toca a mí preguntar, ¿qué quieres de mí, Althea? —Ahí la confirmación de que su identidad ya no era secreta. No es que quedasen muchas dudas, pero…

—Que te alejes —musitó mientras sentía una lágrima correr por su

mejilla.

Lo vio volver a tomar una fuerte bocanada de aire.

—Me gustaría que no me hubieses abandonado. Esto sería más fácil —dijo resignado y enigmático.

—Yo no quería decir que…

—Yo me quedaré con Sallow —la interrumpió—. Toma un baño caliente, adecéntate, come algo y regresa cuando hayas descansado.

—Pero…

Él avanzó hasta ponerse delante de Althea. Así que ella no siguió hablando. Incluso viéndolo, tratando de intimidarla, sabía que no tenía nada que temer. ¿Por qué?

—No era una petición, Althea. A no ser que quieras que tu amigo se quede solo mientras te saco de aquí en mis brazos, para luego proceder a desvestirte sin sutilidad alguna, acabe metiéndote en una humeante bañera para asistirte y finalmente te alimente con mis propias manos, será mejor que… —No hizo falta terminar de hablar. Althea lo rodeó, pues su cercanía la alteraba, el olor a cuero, a hombre con toque de almizcle era insoportablemente alentador.

La puerta tras Althea se cerró sin apenas hacer sonido.

—Tienes suerte de que no te haya pegado una patada donde más te dolería. Ella no responde bien a la intimidación. Sé de lo que hablo. —Brendan se había despertado. Gracias a Dios por su corpulencia, porque el láudano que le habían hecho tomar a traición no era lo suficientemente potente para tumbarlo durante un buen rato.

—Perfecto, ahora tendré que ser la niñera de un gorila con malas pulgas que además está despierto… —se quejó Aquiles. Estaba cansado, hambriento, enfadado… y para colmo el guardián de ella no tardaría en ponerlo en su lugar por sus palabras.

—Te ves horrible —observó Brendan mientras lo miraba de arriba abajo.

Aquiles se echó un vistazo a sí mismo. En verdad estaba desaliñado y bastante sucio.

—Hay un buen tramo de Londres hasta aquí.

—Especialmente si se hace a una velocidad vertiginosa. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó mientras se acercaba a la ventana.

—Imagino que ese cachorro te envió una carta. ¿Viniste a toda prisa y lleno de preocupación por mí? Debo ser importante para que vengas tras mis pantalones a toda prisa, duque.

Aquiles suspiró.

—Soy un duque, mi título no te impresiona en absoluto, porque me tratas con una informalidad que aborrezco.

—La misma que tú usas con ella.

—Yo tengo derecho a hablarle como me plazca —refunfuñó.

—Si no estuviese convaleciente me levantaría de la cama y te

explicaría una a una, con mis puños, las muchas razones por las que no tienes ni un maldito derecho sobre ella.

Llegados a ese punto Aquiles ladeó su rostro.

—¿Te refieres a la Duquesa X o a *lady* Wins, gorila? —se mofó.

—En cuanto Greyson Amery, el otro hombre al que llamas perro rabioso —precisó al ver que Darkworth componía una muda pregunta en su rostro—, me habló de ti, de cómo le acariciaste la mejilla y todo lo demás, y ella lo permitió, supe que me traerías problemas. Cuando poco después llegaste recomendado por York y te observé, supe que la descubrirías con un simple vistazo nada más ella entrase en la habitación. Eres un espía, un florido hombre noble que se aburría en casa y decidió demostrar que era mejor que el resto a las órdenes de la Corona.

—¿Debo darte una medalla por tus suposiciones?

—Deberías pedir mi ayuda.

—¿Para qué?

—No la tendrás. Althea no será tuya.

Aquiles le sonrió.

—Ya la tengo, gorila, y me importa un par de zapatos llenos de mugre que sientas que te pertenece.

Brendan comenzó a carcajearse.

—Ella siempre será mía, pero no del modo en el que crees —se apresuró a decirle al ver que el duque se giraba a toda prisa dispuesto a ir a enfrentarlo—. Nos pusiste escoltas. —Era preferible cambiar de asunto rápidamente. No podía luchar contra él sin pleno uso de su fuerza.

—Tuve que hacerlo.

—Dime tus motivos.

—York me explicó lo que la ayudante de la…

—Morgan Pusset —lo ayudó porque se dio cuenta de que el duque no sabía cómo llamarla—, aprende su nombre y hazlo rápido porque no alejarás a Althea ni de ella, ni de mí.

—York me dijo lo de los atracos. —No tenía sentido entrar en una nueva batalla dialéctica con el gorila—. Uno es casual, dos, mucha coincidencia, pero tres, evidencia que…

—Hubo más problemas además de esos atracos —lo interrumpió una vez más—, pero no hemos querido decírselo a *lady* Wins. —Como por ejemplo varios intrusos en casa de la Duquesa X.

Aquiles susurró una maldición.

—Cada uno de nosotros tenemos nuestros propios motivos para protegerla. Establezcamos que ambos estamos en el mismo bando.

—¿Cuál es ese? —se interesó Brendan.

—El de mantenerla a salvo. Así que considero que deberíamos firmar una tregua y trabajar juntos. Necesito saber los incidentes que

ha habido, preciso una lista de enemigos que seguramente podrá facilitarme la señorita Morgan Pusset —dijo con un brillo especial en los ojos.

—¿Esperas mi reconocimiento? —apuntó, ante el hecho de que Aquiles se estaba dando aires de importancia por haber retenido el nombre de la ayudante de Althea.

—Lo que espero es tu cooperación. La de todos los que están al servicio de Althea.

—No necesitas una mierda —le dijo con un marcado tono de voz marginal—. El que está detrás de *lady* Wins es el sobrino de su maldito difunto esposo. Tengo a mis hombres observando cada paso que da, pero es hábil y no logro obtener la evidencia directa de que pretende verla muerta.

—Basil se entrevistó con lord Wins, dijo que el caballero es bastante inofensivo. Y aunque veas al hijo del vizconde joven, te aseguro que no debe ser subestimado jamás. ¿Qué te hace suponer que pueda ser Wins?

—¿Qué supondría hacer pública la identidad verdadera de la Duquesa X? —Brendan estaba seguro de que Wins había descubierto el pastel y por eso el sobrino quería quitársela de encima. La suposición más sencilla solía ser la acertada la mayor parte de las veces.

—¿Crees que ha descubierto su secreto?

—¿Qué necesitaste tú para saberlo?

—Los ojos de una persona dicen todo lo que necesito saber.

—Porquería ridícula que usan los floridos espías… —desestimó.

—Buscaré más indicios que puedan sustentar tus sospechas. Si es lord Wins el que está detrás de todo este asunto… —Se quedó callado cuando le vino una idea a la mente. Disfrutaría mucho despellejándolo vivo. En su cautiverio en Francia, cuando el enemigo lo detuvo y lo mantuvo en una mazmorra fría y sucia durante más tiempo del que necesitaba recordar, había sentido en sus propias carnes la crueldad más visceral. Usaría cada maldito conocimiento adquirido en aquella cárcel con el hombre que buscaba la ruina de la mujer que consideraba suya.

—¿Qué? ¿Qué harás?

—Te aseguro que lamentará que no lo mate en primera instancia. ¿Tenemos un acuerdo?

—No funcionará.

—No dudes de mis capacidades —le dijo alterado.

—Me refiero a lo que pretendes con ella. Renunció a los hombres cuando el maldito bastardo le mostró lo que era la traición, la barbarie. No la harás cambiar de parecer.

—Me las apañaré, no te angusties —rebatió con diplomacia fingida.

—Estoy seguro de lo que pensaste cuando te diste cuenta de que la

Duquesa X y la condesa viuda de Wins eran la misma persona, pero te aseguro que tus conjeturas son incorrectas. Althea no es una falda ligera y lo que hace va más allá de mediar entre una dama que desea tener a un hombre adecuado entre sus piernas. Especialmente porque a veces otorga su favor de modo desinteresado o usa las monedas para socorrer a personas que necesitan con urgencia ayuda extrema. Las mujeres que ella busca, que la buscan o que reciben su ayuda son, especialmente, damas que han sufrido a manos de sus esposos, que merecen disfrutar del placer. Es complejo, porque no siempre intercede entre las viudas, también hace de… digamos casamentera, con mujeres solteronas o… En fin, es selectiva con quienes pronto pasan a ser sus amigas.

—¿Qué quieres decirme con toda esa monserga? —Aquiles se impacientó.

—Ni ella ni las mujeres que acuden a ella son prostitutas sin valor. Ni tan siquiera las que se ven obligadas a vender su cuerpo por el motivo que sea, deben ser consideradas como un deshecho sin valor alguno.

—¿Te preocupa que opine que la puedo poseer cuando se me antoje por cómo se viste o por lo que… se dedica a hacer? —preguntó sin remilgos.

—Lo que más me atormentaría sería verla destruida de nuevo. Mandé que al anterior lord Wins le rompieran el brazo derecho y le dejasen inconsciente antes de huir con su esposa y Morgan de Inglaterra. A ti te cortaré en pedazos mientras estás despierto y disfrutaré viéndote agonizar.

Aquiles se colocó al borde de la cama para mirar desde la altura a Brendan Sallow.

—Tienes mi palabra de que no la seduciré hasta que sea mi esposa.

Vio al grandote abrir los ojos como platos.

—No puedes estar hablando en serio…

—Nunca lo he hecho más que ahora.

—Ella no te aceptará, y en el improbable caso de hacerlo, sabes lo que esconde, el secreto tan peligroso con el que es feliz viviendo. Si llegase a saberse que la estirada *lady* Wins es en verdad la duquesa más infame de la Tierra… —Brendan estaba convencido de que él no haría algo así. De que el duque solo deseaba firmar una tregua aunque eso supusiera mentir.

—Tengo edad más que suficiente para saber lo que deseo, soy un duque con cierto peso en la corte del rey, perdí a mi esposa y ese solo fue el inicio de mi tormento, porque luego me enfrenté a la muerte de mi hijo, de mi padre y de mi hermana mientras estaba cautivo en Francia viviendo un infierno. Regresé a Londres y York me hizo recuperar al hijo y a la hermana que creía muertos. Lo que la sociedad

piense, diga, afirme o haga, no me afecta lo más mínimo. He dicho que ella será mi duquesa, e infame o no, lo será.

Los dos hombres se quedaron examinándose durante un largo tiempo. Aquiles sabía que Brendan Sallow trataba de buscar la mentira en sus palabras. El otro se debatía entre confiar en las palabras arrojadas o mandarlo al cuerno.

—Me han disparado tres veces, dame la botella de láudano que habrán dejado en alguna maldita mesa y sal de mi vista. Apestas, ve a darte un baño, te facilitará las cosas para ese plan descabellado que has ideado.

Aquiles pudo respirar al fin.

—Haré lo que dices y te mandaré a alguien para vigilarte. Tres balas… tienes suerte de estar vivo.

—Son dos rasguños y una tercera complicación que sí dolió como la muerte. Soy un hombre duro y, como tú, necesito algo más fuerte para derrumbarme. En un par de días estaría bailando… si me gustase hacerlo.

—¿Tenemos un acuerdo entonces? —le preguntó mientras le tendía el láudano.

—Es como una hermana para mí.

—Lo sé —añadió con convicción sin desvelar que seguía vivo porque Aquiles no lo veía como una amenaza. No se trataba de que desease matarlo. Bueno, en honor a la verdad cuando ingresó en la habitación y la vio de ese modo con el gorila… ¡Dios! Le había faltado un pelo para… Sacudió esos pensamientos, porque iba a ganarse a Althea siendo un hombre honorable, cariñoso y recto. Sin trucos sucios.

Brendan levantó la mano y se las agarraron con fuerza el uno al otro.

—No sé qué locura me impulsa a confesarte esto, pero ella… Althea no ha estado con ningún hombre desde que escapamos de Wins doce años atrás. Cuando se entrevista con las damas a las que les ofrece el placer prohibido, les dice que ha hecho esto o lo otro con los hombres. Ella siempre sabe qué decir para tranquilizar sus dudas, su ansiedad, porque ellas se sienten como si estuviesen a punto de cometer un asesinato cuando la visitan, pero Althea no quiere ver a un hombre ni en el mejor retrato pintado por el más ilustre de los artistas. No confía en nosotros.

—En ti lo hace —hubo de recordarle.

Dejaron de darse la mano.

—Yo me lo he ganado.

—Yo también.

—¿Una caricia en la mejilla y ya te crees su campeón? —se burló.

—Le he salvado la vida.

—Basil Foster y los otros dos hicieron ese trabajo. Tú solo los colocaste en el lugar indicado.

—Le he salvado la vida… dos veces y no me quitarás mérito por ello —sentenció antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Brendan Sallow suspiró. Después le dio un trago a la pequeña botella de vidrio negro que había dejado el galeno y que le había colocado entre las manos el duque, y cerró los ojos. Un hombre como él era fuerte como una roca. No lo quitarían de en medio con facilidad. No dejaría a Althea y a Morgan solas en el mundo. Tenía un deber con ellas. Una obligación de honor que era inquebrantable. Brendan no le cedería el testigo a nadie que no las mereciese, especialmente a la frágil Althea.

***

Morgan Pusset estaba desolada. Él se pondría bien. Lo haría, pero y si… ¡No, no podía morir!

Ingresó en su habitación y se dirigió hacia el vestidor para desprenderse de la ropa. Pediría un baño al servicio de Rothgar cuando se levantase porque no se tenía en pie. Los nervios y la pelea le habían dejado sin fuerzas. Se asearía con la jofaina de agua que había divisado en el pequeño tocador situado en un lateral y luego…

Escuchó pisadas, después un sonido que no supo identificar, en la estancia. Lejos de buscar una bata, una camisa o algo apropiado para taparse la desnudez que ya exhibía, sostuvo la daga que descansaba en la silla más próxima y salió del vestidor para enfrentarse al atrevido que había osado invadir su intimidad.

Se movió hasta la parte donde estaba la cama decidida a ensartar el marrano y degollarlo.

Lo que vio no se lo hubiera esperado nunca. ¡Ante ella tenía a un hombre desnudo! Alto, le sacaría una cabeza, delgado pero fuerte. Con un cuerpo que…

—¡Asqueroso saco de entrañas de cerdo libidinoso! —gritó ella antes de alzar su cuchillo para quitarle cualquier pensamiento que pudiera tener, puesto que la mirada de sorpresa del bastardo calenturiento que deseaba ultrajarla había pasado de la sorpresa a la admiración.

Entonces Morgan se dio cuenta de que estaba tal y como Dios la trajo al mundo.

—Si esto es una broma… —comenzó a decir el hombre.

Pero Morgan agarró con la mano izquierda una figura de cristal y se la lanzó sin preocupación.

—Lo siguiente será mi daga, y nunca fallo cuando mi vida depende de mi habilidad. Así que… ¡Fuera! —gritó.

—Pero es que…

—¡Fuera, maldito impenitente sin conciencia! ¡Fueraaaa! —chilló más alto mientras lo amenazaba con el cuchillo.

El desconocido la observó ir hacia él dispuesta a agredirlo y decidió coger la ropa que acababa de poner sobre la silla y salir de la estancia a la mayor brevedad posible. No le apetecía que una loca lo hiriese de muerte. Cuando el intruso estuvo lejos de su vista, Morgan se apresuró a dirigirse hacia la puerta a fin de echar la llave.

Entonces, en el momento en el que Ethan Digory, abogado del duque de Rothgar, escuchó el cerrojo, se dio cuenta de que tendría que pedirle otra habitación a su cliente, porque una deliciosa mujer desnuda acababa de echarlo de la suya.

—¡Oh, por Dios! —gritó una doncella al verlo desnudo en medio del pasillo.

—Yo… es que…

La muchacha se marchó corriendo de allí.

—¡Socorro! —pidió la sirvienta del duque.

El siempre correcto señor Digory se quedó devastado. No debió haber aceptado la oferta de Rothgar para salir a montar uno de sus mejores sementales de buena mañana, porque así no se habría perdido la llegada de lo que suponía que eran nuevos invitados.

Con un cuchillo en mano ella lo había hecho salir de su propia habitación… ¡Si no había hecho nada malo! Soltó un quejido en voz alta, con desespero.

—Bien hecho, Ethan, has atemorizado a dos mujeres con tu desnudez. Veintisiete años, el corazón destrozado y no le atraes ni a una loca ni a una sirvienta… Desde luego, no hay nada mejor para sentirse todavía más miserable —se dijo a sí mismo, mientras se apresuraba a ponerse los dichosos pantalones antes de que alguien más tratase de asesinarlo debido a un malentendido.

Esa era la historia de su vida, las mujeres lo rehuían sin remilgos. No había posibilidades para enmendar el roto corazón que la hija de su mentor, un prestigioso abogado de Londres, le había dejado como recuerdo.

¿Qué más infortunios le tendría preparados el destino para este joven abogado?

Capítulo 7

La intimidad de una fiesta

—¿Has vuelto a hablar con él? —La voz de Brendan rompió el silencio que reinaba en la habitación del mastodonte.

Las notas de la música que animaban la mascarada del duque de Rothgar se colaban por la ventana desde que Althea observaba a los invitados del duque divertirse. Su amigo seguía en la cama curándose.

—¿Con quién? —preguntó la condesa.

—No nos hagas creer que no piensas en él —dijo Morgan, quien estaba sentada en una silla junto al señor Sallow.

Ambas habían acordado quedarse para cuidar de Brendan esa noche. Ninguna tenía ganas de acudir a una fiesta. Pese a que su estimado amigo parecía estar hecho de puro hierro y ser más fuerte que ninguna infección, ellas deseaban custodiarlo y asegurarse de que la recuperación fuese tan excelente como parecía.

—Lo que me gustaría es que Brendan estuviese bien pronto y poder regresar a Londres. Tenemos mucho trabajo que atender —dijo Althea.

—¿Por eso estás pegada a la ventana, imagino que tratando de ver si lo localizas entre la multitud? —preguntó con bufonería Brendan.

Althea se ladeó y le sonrió.

—Hace rato que sé dónde está, porque no se ha movido de su lugar desde que se ha quitado la máscara y la porta en la mano.

—¿Va sin máscara en una mascarada? —inquirió Morgan con extrañeza.

—Debe de haberse cansado de buscar a Althea y se ha descubierto el rostro para que ella se acerque —supuso Brendan, puesto que era lo que él mismo habría hecho en caso de ser el duque.

—Tal vez le incomodaba tanto la ornamentación que solo decidió quitársela —añadió *lady* Wins.

—Te has estado escondiendo en tu habitación, en la mía y en esta misma —señaló Morgan—. Eso indica que le temes y que te gusta mucho más de lo que estás dispuesta a admitir. Ve a la mascarada, Althea, lo estás deseando. Yo cuidaré de Brendan.

—No necesito niñeras. Os lo he dicho, soy invencible, estoy perfectamente. No salgo de la cama porque un descanso me viene bien… —dijo el mastodonte.

Althea suspiró, levantó la mano, tocó el frío cristal de la ventana por la que observaba y regresó la vista hacia donde estaba el duque de Darkworth. Figuraba apoyado en la balaustrada cerca de la fuente principal que coronaba el jardín. Rothgar había aprovechado el inusual buen tiempo y se decantó por ofrecer una mascarada como si su territorio fuesen los jardines de Vauxhall. Había muchos invitados en su casa.

Darkworth era un duque, uno tan apuesto que tentaría a una mujer que hubiese optado por hacer un voto de castidad hasta el límite de romperlo. Hombros anchos, cintura estrecha, ojos verdes preciosos, labios que la mayor parte del tiempo estaban apretados, pero que cuando se relajaban se veían carnosos, deliciosos, listos para ser devorados.

—Sí. El duque de Darkworth le gustaría a cualquier dama porque su apariencia es la que debería ofrecer un hombre que fuese duque, si atendemos a que la posición establece que debe tener las cualidades idóneas, por supuesto. Sí —repitió—, Darkworth me gusta hasta el punto de que me siento muy tentada. —Confesarlo en voz alta ante las dos personas que conocían todos sus secretos, y al fin el que acababa de desvelar, resultó liberador.

—Entonces ve a por él —dijo Morgan con sencillez.

La mirada de Althea buscó de inmediato la de Brendan para ver qué opinaba al respecto. Él se dio cuenta del gesto de ella.

—¿Necesitas mi bendición?

—Hace doce años te pedí que no dejases que me volviese a enamorar de ningún hombre.

—Y te juré que te protegería de todo mal, incluida la amenaza de un pretendiente que no te mereciese.

—Aquiles no es un pretendiente. —Era la primera vez que decía su nombre en alto y le sonaba a gloria. ¡Dios, estaba perdida!

—Me siento como si fuese a decir un sacrilegio de lo más ultrajante… —Brendan tomó aire mientras las dos damas lo miraban con mucha curiosidad—: me gusta el duque.

Althea y Morgan intercambiaron una mirada entre ellas. Ambas figuraban con la boca abierta. Brendan aborrecía a los nobles, odiaba su sangre azul, de entre todos los hombres con título, los duques eran a quienes más detestaba de toda la colección de la alta sociedad.

—¿Le estás dando tu bendición? —interpeló Morgan cuando se recuperó de su asombro.

—Sí —terció el amigo de las mujeres.

—¡Vaya! —Morgan no se lo creía. ¿Qué habría pasado para que el mastodonte cambiase de idea?

—¿Has podido hablar con el abogado? —Althea prefirió cambiar de asunto.

—Lo haré en un par de meses —respondió Morgan, sin darse cuenta de que les estaba dando un motivo para preguntar por su afirmación.

—¿Por qué no ahora? —se interesó Brendan.

—No es el momento adecuado.

—¿Por qué no ahora, querida? —Althea repitió la pregunta al ver que Morgan se ruborizaba. ¡Su amiga no se sonrojaba jamás!

—No quiero compartir esa información con vosotros.

—¿Cómo que no? Yo he confesado algo que jamás pensé que admitiría, pues juré que ningún hombre me deslumbraría…

—¡Así que estás deslumbrada! —exclamó Morgan.

—No te escaparás de esta, di lo que ha sucedido con el abogado para que tengamos que esperar un par de meses para entrevistarnos con él.

—¡Lo amenacé con un cuchillo! ¿De acuerdo? Se metió en mi habitación, me asusté y sujeté la daga en la mano para pedirle sin ceremonias que se marchase.

—¡Dime que no lo insultaste! —Althea veía que sucedió más de lo que ella admitía.

—Puede que le dijese un par de cosas que…

—¡Dios mío! —Althea se hacía una idea de las cosas que ella pudo haberle dicho en un ataque de furia.

Morgan se mordió el labio inferior. Era todavía peor de lo que les estaba contando, pero sus amigos no necesitaban saber que fue ella la que invadió las dependencias de él, que lo echó de malas formas cuando ambos se encontraron desnudos en el interior. Seguro que pasado un tiempo prudencial el hombre no recordaría su aspecto.

—Bien, he escuchado bastantes cosas asombrosas por esta noche. Necesito descansar, seguramente en un par de días esté fuerte como un… mastodonte, como dice Morgan que soy. De tal forma que… —Brendan ahuecó la mano para invitarlas a salir de su alcoba.

—¿Seguro que estarás bien? —se preocupó Morgan.

—Mejor que escuchándoos. —El protector de las dos volvió a levantar la mano derecha y apuntó a la salida para decirles que se marchasen.

—Buenas noches —se despidió Althea. Morgan hizo también lo propio.

Cada una se dirigió a su habitación sin decir nada más. Althea se sentía incrédula por haber reconocido en alto el poder que Aquiles tenía sobre ella. Morgan estaba avergonzada porque había tratado de forma atroz a un hombre inocente de todos los cargos que ella le imputó.

La Duquesa X, que durante esos días había estado utilizando sus acostumbrados trajes de seda rojos, las pelucas y el maquillaje

oportuno por si se cruzaba con Rothgar, se metió en la estancia y comenzó a desvestirse y despojarse de su disfraz.

Cuando se hubo desprovisto de su atuendo y de la coloración que adornaba su rostro, en medio de la gran cama con dosel, se dio cuenta de que a sus treinta y dos años, ella, una viuda que había sufrido lo indecible a manos de un maltratador horrible, deseaba fervientemente a un hombre, a Aquiles Darkworth.

Lo deseaba con desesperación, necesitaba sostenerlo entre sus muslos, agarrarse a su espalda mientras él la embestía para ofrecerles a ambos el deleite más extasiante.

Estaba sola, encendida, como una de las antorchas que alumbraba los oscuros jardines de Rothgar, ante las imágenes que le venían a la mente. Con Wins no disfrutó nunca, la satisfacción que había descubierto que podía darle su cuerpo la había logrado gracias a sus propias caricias. Con su mano tocando, tentando ese nudo de nervios que palpitaba mientras desde hacía poco pensaba en Aquiles. Le gustaría tanto sentir la mano de él entre sus muslos… Oh, y cuánto le gustaría sentir la humedad de la lengua de Aquiles provocándola… Nunca se lo habían hecho, pero había leído suficientes textos y manuscritos para comprender que la perversidad consentida podía ser tan seductora como la propia seducción.

Salió de la cama, se colocó bien el camisón de seda blanco que se había puesto para dormir, agarró la bata a conjunto y ordenó a sus piernas que la llevasen a la habitación de Aquiles.

Esa noche, Althea Marriott, *lady* Wins, iba a ofrecerse su propia ayuda. Ella era la viuda que demandaba los servicios de la Duquesa X y, por Dios, Lucifer, los santos o los demonios, que al fin conocería lo que era gozar de un hombre sin restricciones.

***

Mientras Althea mediaba con sus nervios, momentos antes —esa misma noche de fiesta en casa de Rothgar—, un duque decidido había acudido a una mascarada con un plan. No veía esa ridícula peluca rubia por ningún lugar. Aquiles estaba cansado de observar con suma atención a todas las damas de la fiesta buscándola.

La muy pícara no había escatimado en esfuerzos para que no la encontrase en los casi dos días que llevaban en la finca de Rothgar. El duque había supuesto que residir bajo el mismo techo le daría una ventaja interesante para poder cortejarla. ¡Cortejar a una mujer! ¿Qué sabía él de eso si con la madre de Robin solo se firmó un acuerdo que su padre le obligó a considerar?

Karina, su difunta esposa, resultó ser una mujer paciente, dulce, tranquila y muy bien educada para llevar a cabo su cometido. Habían sido buenos amigos. ¿Amor? Tal vez. ¿Pasión? Lo normal entre un

hombre y una mujer que se casaban por conveniencia. No había deshonrado sus votos ni una sola vez y no fue porque no le sobrasen ocasiones para hacerlo. En sus viajes diplomáticos a Francia había tenido a sus pies a las diosas francesas más extravagantes y audaces. No sucumbió a la tentación porque su palabra era la ley.

—No está aquí y no va a venir —dijo Basil a su lado.

—¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme? —bufó Darkworth.

—Verte embelesado, suspirando por una dama, es la diversión más interesante de la noche. Cuando a tu hermana le llegue la invitación para la boda sabrá que he obrado un milagro… Eso si logras acercarte a ella. Dime una cosa, Darkworth… ¿Debo interferir para que puedas tener al fin un encuentro adecuado con ella? Porque estoy cansado de que estés a todas horas gruñendo y maldiciendo. No me malinterpretes, lo haces siempre, pero en estos días solo gruñes y gritas.

La burla que detectaba en el cachorro arrogante le hacía querer darle un puñetazo. No podía hacerlo porque si Basil se quejase a Aura…

—¡Vete! —ladró.

—Necesitas mi ayuda para…

—Estoy harto de todo esto. —Aquiles se desembarazó de la máscara negra que tenía un largo pico, dejó atrás al señor Foster y comenzó a caminar hacia la fuente, puesto que era el mejor lugar para dejarse ver por todo el mundo debido a un par de escalones elevados que figuraban en los laterales.

Su acción estaba encaminada a que Althea lo reconociese con facilidad y se dignase a ir a por él. En honor a la verdad, Aquiles se había cansado de perseguirla, así que sería interesante que por una vez ella diese el primer paso… para variar. Si él hubiese levantado la vista hacia la ventana de la habitación de Brendan la habría descubierto admirándolo desde la distancia. Pero no…

Aquiles esperó, esperó y esperó. Los minutos sucedían y se había librado de varias damas que estaban muy interesadas en lo que él ofrecía. No Althea. Ella no estaba dispuesta a mostrar su interés en él. Mujer testaruda. *Lady* Wins tenía más orgullo en uno solo de sus dedos que él en su ducal cuerpo.

Se marchó dispuesto a buscarla sin tregua. Si estaba en la habitación de Sallow la sacaría de allí a rastras. Si estaba escondida en la de la ayudante, haría lo mismo y Dios no quisiera que la encontrase sola en su recámara, porque él… Lo que haría sería darle un dulce castigo con todo su ducal cuerpo. ¡No! Eso no podía hacerlo hasta que se casasen. Era honorable desposarla primero. Un cortejo de un año, la lectura de las amonestaciones y… ¡A quién quería engañar! Mejor

sería un cortejo de un mes con la lectura de las amonestaciones y… ¡El obispo de Canterbury le debía algún que otro favor!, así que pedirle una licencia especial, en vez de una común, y utilizarla a placer, le parecía una excelente idea. Libertad para casarse donde quisiera, cuando quisiera y… con Althea. Solo Althea.

Puso rumbo a la habitación del gorila de malas pulgas. Le traía sin cuidado que el matón tras el que ella se escondía pudiese pensar que la buscaba con fines ilícitos. Llamó y, al no recibir contestación, abrió. Lo divisó, un gran bulto solitario en la cama. No había nadie más en la habitación con él, posiblemente le había dado un trago al láudano para dormir. Hubo un tiempo en el que Aquiles mismo había tenido que usar ese remedio para poder conciliar el sueño.

Se marchó hacia la habitación de la ayudante, llamó y, cuando la puerta se entreabrió muy discretamente para ver solo una cabeza sobresaliendo por la rendija, se encontró con una sonrisa de lo más socarrona.

—¿En qué puedo ayudarlo, excelencia?

—¿Dónde está?

No hizo falta usar ningún nombre.

—La última vez que la vi se dirigía a su habitación. ¿Ha probado a buscarla allí?

—Será mi siguiente parada. —Se dio la vuelta sin despedirse, ni dar más información. Demasiado había dicho. Y mientras se iba hacia la otra puerta, el duque esperó a que la ayudante pusiese el grito en el cielo por las palabras que acababa de decir. No escuchó ninguna mención al respecto, tan solo el sonido del cierre de la puerta situada a dos habitaciones tras la que Althea tenía que estar.

Había hecho bien de no reñir a Basil cuando le señaló específicamente las habitaciones que ocupaban *lady* Wins y su ayudante. ¡Demonio de cachorro que siempre sabía lo que necesitaría en un futuro!

Llamó sobre la madera. No recibió contestación alguna. Ni corto ni perezoso se limitó a agarrar el pomo y abrió. Cerró tras ingresar. Barrió la habitación con la mirada y ella no estaba. Aquiles se quitó la chaqueta, la dejó en la silla más próxima y se dirigió a la cama, lugar en el que se acomodó.

De acuerdo. En algún momento de la noche tendría que hacer uso del lecho y pese a que a él se le ocurrían unas cuantas ideas sobre hacer el descanso de su futura duquesa más interesante, se conformaría con hablar con ella y establecer las bases del que pronto sería un gran matrimonio.

***

—¡Argggg! —se quejó Althea al darse cuenta de que Darkworth

posiblemente hubiese encontrado un pasatiempo más interesante que el que ella pretendía ofrecerle.

¡Todos eran iguales! Seguro que había decidido aceptar la oferta de alguna de las descaradas que se le habían acercado cuando dejó ver sin restricciones su apuesto rostro. ¡Malditos todos! El mejor de los hombres tendría que estar colgado de los pulgares desde el punto más alto de la Tierra. Bueno, de los pulgares no, de otra parte del cuerpo que seguro que le dolería más.

Se levantó del lecho donde había aguardado pacientemente a que llegase el primer hombre al que había deseado desde… Wins no contaba, porque el bastardo maltratador la había engañado haciéndole creer que era un buen hombre. Así que Aquiles era el primer hombre con el que deseaba meterse en la cama en toda su vida. ¡Lamentable!

El muy desgraciado estaría complaciendo a otra mujer… ¡Oooooh, cómo dolía la quemazón que los celos le producían en el pecho! ¡No merecía la pena, Darkworth no la merecía! ¡Ni él ni ningún otro!

Se marchó de la habitación decidida a salir de la finca de Rothgar a primera hora de la mañana. Si Brendan no estaba lo suficientemente fuerte para realizar el viaje hasta Londres, lo dejaría en compañía de Morgan, porque ella tenía mil cosas pendientes. Era momento de regresar al trabajo como casamentera de la carnalidad.

Y era importante centrarse en ayudar a una mujer que buscase la pasión más cruda, en especial si ofrecía un donativo, porque había que reformar el ala oeste del orfanato de Saint Giles y Althea no era capaz de hacer frente a todo ese gasto ella sola.

Ingresó en su recámara, dio un portazo y pateó el suelo con fuerza.

—¿De dónde vienes?

—¡Jesúúússs! —gritó llena de histeria.

En medio de la oscuridad se dio cuenta de que había un hombre que acababa de dar un salto de la cama. Althea se apresuró a ir en busca del candelabro más cercano y encender las velas. Aunque agradecería la iluminación, no era necesaria para saber la identidad del hombre que se había colado en sus aposentos.

Cuando se dio la vuelta para enfrentarlo, Althea se topó contra un pecho duro. Aquiles la sostuvo por los brazos y la mirada de él era… No le gustó lo que vio.

Cabría señalar que Aquiles había conjugado las mil y una formas de ofrecerle matrimonio mientras la esperaba. Pero, a medida que las agujas del reloj avanzaban, se daba cuenta de que ella podría estar en otro lugar, con otra compañía. Así que los horrorosos celos comenzaron a despertar en su interior con una fuerza que desconocía. ¡Ella estaba con otro hombre mientras él aguardaba muerto de amor! ¿Amor? ¿Amor? ¿Era amor lo que sentía por Althea? Sí. Se dio cuenta de que estaba irrevocablemente enamorado de Althea. Estaba tan

claro como el agua. Pensaba en ella a todas horas. Deseaba verla a todas horas. Imaginaba cómo sería el tacto de toda su desnuda piel a todas horas. Fantaseaba en cómo sería su matrimonio con ella a todas horas… Si eso no era amor, no tenía la menor idea de lo que era… ¡La amaba! Tan profundamente y con tanta intensidad que dolía. Y mientras él descubría lo que era un amor tan intenso que lo estaba enloqueciendo, ella estaba encamándose con un hombre que no la merecía, con otro que no había arriesgado su propia vida para salvarla. Con otro que no estaría dispuesto a buscarla por medio mundo. ¡Desagradecida!

De tal modo que cuando finalmente la dama se dignó a regresar a su habitación y la divisó envuelta en una liviana bata de seda blanca, todo en su interior se hizo añicos. El dolor, la traición, el aguijonazo del desprecio… Los sentimientos comenzaron a bullir en su interior. Ella sabía que estaba persiguiéndola. Le había dejado más que claro que estaba realmente interesado en ella y Althea solo se había dado la vuelta para… ¡Dios!

—¿Es Rothgar?

—¿Qué? —No entendió la pregunta.

—El hombre con el que estabas retozando.

—Debo haberte escuchado mal.

—Ya me has oído. Lo he dicho alto y claro. Es evidente, por tu atuendo y por las horas en las que llegas a tu habitación, que has estado con alguien. ¿Ha valido la pena?

Ella se quedó con la boca abierta. Le dio un empujón para alejarlo y luego levantó el mentón. Nunca se acobardaría ante un hombre. Aquiles se quedó en el lugar donde ella lo había enviado, aunque no estaba demasiado lejos de la condesa. Los dos se miraron con severidad.

—¿Y qué explicación estoy obligada a darte a ti? —Su ira, su arrogancia y su victimismo habían despertado la cólera de la Duquesa X. En efecto, la que estaba en la habitación, la mujer cuya actitud reflejaba una brutal falta de temor y una altivez incomparable, era su *alter ego*. Althea se había puesto la coraza para defenderse de un ataque que no había esperado.

—¡Todas! —gritó sin haberlo previsto.

Aquiles masculló una maldición cuando la vio agarrar una figura pesada de bronce. Se apartó todavía más de la condesa y respiró, mientras se daba la vuelta buscando sosegarse.

—Estás agriando mi carácter, será mejor que te vayas. O comenzaré a gritar tan alto que te verás metido en serios problemas.

Él se giró otra vez y la miró. ¿Esa era la mujer con la que soñaba casarse? ¿Una que lo enviaba lejos a la menor oportunidad? ¿La que no lo valoraba en absoluto? ¿La que lo consideraba tan falto de honor

que estaba pensando en que podía lastimarla? Se arrancaría la piel a tiras antes de hacerle daño a una mujer, de herirla a ella. ¿Por qué no podía valorarlo? Se dio cuenta de que todo estaba perdido. De que había perdido el tiempo con ella. El dolor era peor que los celos que se habían despertado. La inseguridad todavía peor.

—Ni aunque el mismísimo rey entrase por la puerta y me ordenase casarme contigo, lo haría. Te desprecio, Althea. Creía que estabas hecha de otra pasta. Me equivoqué contigo… Llevo tanto tiempo estando equivocado… —Aquiles comenzó a agitar la cabeza para negar. La miró con una tristeza que sus ojos dejaron tan patente, que Althea la sintió como si la estuviese sintiendo ella misma.

Lo observó darse la vuelta dispuesto a salir de la habitación. Ella hacía poco que había estado en la habitación de Aquiles sintiéndose mortificada por el ridículo tan espantoso en el que se había colocado mientras él estaba besando a otra. ¡Pero él no se había encamado con otra mujer! Había estado aguardándola.

Cerró los ojos y se dio cuenta de que pese a la discusión, no deseaba dejarlo ir creyendo que ella había estado con otro hombre.

—Yo no te prometí nada, Darkworth. No te he dado pie a nada —recalcó.

Aquiles se quedó observando el pomo de la puerta. No se giró para mirarla. La dama no era su primo Jacob, o incluso Basil, quienes estaban acostumbrados a verlo tan irascible cuando perdía los nervios. No, ella era Althea, la mujer que amaba, y pese a que lo hubiera traicionado con otro, era una mujer que merecía su respeto, que había conocido la maldad a manos de su esposo y comprendía que su actitud no estaba siendo la mejor.

Obligó al monstruo de los celos a dormirse.

—La costumbre dicta que sea el hombre quien corra tras la mujer que ha captado su atención. Yo corrí tras de ti sin atender las consecuencias. Pese a que supe quién eras en verdad cuando me entrevisté contigo siendo la Duquesa X, decidí echar las preocupaciones al viento y seguir corriendo tras tus faldas, aunque eso supusiera que mi título pudiera verse sacudido por un escándalo. Tú sabías que yo te quería y, si bien es cierto que no me habías prometido nada, has tenido la descortesía de buscar a otro mientras yo aguardaba a que entrases en razón. —No había otra explicación posible. ¿Tan desesperada estaba por alejarlo de su persona, que ella había preferido buscar a otro para sacudírselo de una vez por todas de encima?

Abrió la puerta dispuesto a marcharse, no solo de la habitación. La luna estaba llena y conocía el camino de regreso a Londres, así que se montaría en su caballo y se alejaría de allí de inmediato. Basil podía seguirlo a la mañana siguiente. Pondría a otros hombres al servicio de

Brendan para que se ocupasen de la seguridad de ella, mientras él averiguaba, lejos de Althea, quién estaba tras los intentos de asesinato.

La condesa viuda se dio cuenta de que si él se marchaba lo perdería para siempre. No le había aclarado dónde había estado mientras él estaba esperándola. Que Dios la amparase, porque iba a descubrir sus cartas y no estaba segura de nada. Tragó saliva y luego abrió la boca para decir:

—Si tu cama está deshecha es porque me tumbé un rato después de pasearme por tu alcoba mientras te aguardaba. Tus sábanas olerán a rosas. A mí. —No mentía. Había quitado la colcha y las sábanas para colocarse en una posición seductora sobre la cama mientras aguardaba su ingreso en la habitación, poco después comenzó a caminar con incertidumbre mientras veía pasar el tiempo, para, finalmente, acabar sentada en una silla y empezar a sentir unos celos terribles…

Aquiles se paró en seco. Levantó la cabeza que había tenido gacha mientras atravesaba el umbral de la puerta, sintiéndose un gran perdedor, y se dio la vuelta de inmediato.

—¿Althea? —preguntó, usando su nombre para obtener más información, porque ella acababa de sentenciar una cosa que…

—¡Vete! —exclamó, cuando se dio cuenta de que Aquiles le había hecho sentir miedo cuando le gritó, porque todavía tenía la figura que había buscado para tener algo con lo que protegerse en caso de que él la atacase. ¿Era miedo o era otra cosa todavía más espeluznante?

Mientras la observaba, todavía con un pie fuera de la habitación, pero con el corazón rezumando esperanza porque ella había tenido la misma idea que él, y esa era esperarlo en su habitación, observó que la dama miraba el pesado adorno de bronce que sostenía en las manos. Maldijo interiormente. Volvió a entrar en la habitación, cerró la puerta tras su espalda y echó la llave.

Entonces buscó la mirada de Althea. La veía nerviosa, respiraba agitadamente. Lo sabía porque esa liviana bata que dejaba entrever mucho se movía con ferocidad debido a su respiración.

—Te pido disculpas, Althea —le dijo con humildad—. Los celos por pensar que habías estado con otro mientras yo te esperaba han doblegado mi voluntad, y me han hecho convertirme en alguien que no soy. Te juro por la vida de mi hijo Robin, que es lo que más quiero en este mundo, que jamás te haría daño. Mataría por ti. —Tuvo la necesidad de advertirle, pues sabía que ella se sentía insegura y la culpa era de él. Aquiles no había sido diplomático. La había condenado antes de conocer la verdad.

—He escuchado antes disculpas. En verdad una o dos veces, hasta que Wins se dio cuenta de que el poder que le confería ser mi esposo le permitía tratarme del modo en el que desease sin tener que explicar su maliciosa conducta —confesó para dejarle ver que no lo creería con

facilidad.

Aquiles se acercó con cautela hasta ella, con las manos en alto, cuando vio que la condesa dejaba la improvisada arma sobre la mesa, pero sin soltarla de su mano.

—Lo sé. Sé la clase de esposo que era él y por qué huiste a Sicilia. No soy como él. Te lo juro por mi vida —le dijo con el corazón en la mano.

—He luchado contra ti, contra lo que me haces sentir. En estos doce años no he tenido una tentación igual. Sueño con tus besos, me produce ansiedad no saber el gusto que tienen tus labios, imagino cómo será volver a sentir una caricia tuya sobre mí. ¿Por qué? ¿Por qué tú? ¿Qué tienes de especial para hacer que baje la guardia? Que me desprenda de la armadura que durante este largo tiempo he llevado sin arrepentimiento…

Aquiles aproximó una de las manos que había estado en alto y le tocó la mejilla, la otra se la colocó en la cintura y la acercó a su cuerpo. La dama se dejó llevar. No era capaz de seguir oponiéndose a lo que él le hacía sentir.

—Porque me conoces. Porque me recuerdas, aun sin saberlo. —Ella frunció el ceño ante sus palabras y él decidió proseguir—: Porque sabes que puedes confiar en mí, puesto que ya te lo he demostrado antes. No mentía cuando te dije que mataría a cualquiera que intentase hacerte daño, porque ya lo he hecho antes. —Ella abrió los ojos como platos y él tomó impulso en su explicación—. Dime tú quién soy, Althea, dime que me recuerdas después de doce largos años, como tú los has llamado. Dime que recuerdas al hombre que atendiste con diligencia mientras se recuperaba a causa de la herida de una bala. —Él sonrió y le tocó la pequeña cicatriz que tenía en su ceja derecha, producida en aquella trifulca donde la vio por primera vez—. Reconozco que me costó más trabajo que a tu gorila de malas pulgas ponerme bien, él parece ser invencible.

—No puede ser… —susurró Althea sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Te busqué en todas partes. Tienes que saberlo. Lo hice. Nunca olvido los ojos de una persona, es una regla básica para quienes hemos trabajado como espías para la Corona —le desveló esa parte de su pasado—. Los tuyos jamás salieron de mi cabeza. Tú no saliste jamás de mi pensamiento.

—¿Qué hice yo, más que ponerte en peligro? No merecía tu consideración, no entiendo que me buscases. Supuse que me maldecirías por haberme entrometido en tu camino. ¿Qué te impulsa a quererme? ¿A buscarme? ¿Por qué yo? ¿Por qué? —repitió mientras una lágrima caía de su ojo derecho. Una que Aquiles le borró con el pulgar y le sonrió con ternura.

—Porque años atrás me quedé a un suspiro de conocerte, a un suspiro de averiguar quién eras… A un suspiro de ti. Eso no se me olvidará nunca.

Ella sonrió ante sus palabras. Levantó la mano con la que había estado sosteniendo la figura de bronce y correspondió a sus caricias en el rostro con la misma ternura que él le estaba demostrando. Estaban muy juntos. Mirándose a los ojos. Las llamas de las velas contribuían a dibujar un juego de luces y sombras propicio para el momento que estaban viviendo.

—Te he recordado todos estos años. Uno de los pocos honorables y valientes hombres que decidieron luchar por la vida de una desconocida, de ponerse en peligro por ayudarla. Y te amé. Te amé en silencio, en secreto… ¡Más que amor, más que admiración, más que confianza! Yo te lo debía todo, Aquiles. Tú me salvaste la vida. Me ayudaste cuando pudiste no haberte involucrado y me odié por ser la causa de que corrieses peligro. Malherido en una cama… Te velé y me marché de Inglaterra solo cuando tuve la absoluta seguridad de que estabas a salvo, de que no morirías. Y sabiendo que jamás volvería a verte, me obligué a no recordarte, a olvidar tu aspecto, hasta el punto de que con el paso de los años te convertiste en una mancha oscura que seguía admirando. Solo tenías que haber desvelado tu identidad en aquella fiesta, cuando me pediste bailar y te eché a un lado, y yo te habría dado todo cuanto pidieses, porque la deuda que mantengo contigo va más allá de todo lo inimaginable. El amor es un sentimiento que se queda ridículo para enumerar todo lo que me inspiraste, todo lo que te debía. Y te miro con los ojos de aquella muchacha que tanto te debe y al fin te reconozco, Aquiles. Eres tú. Eres tú quien me ayudó a escapar del infierno, de la muerte. Me liberaste y yo… —Cerró los ojos al darse cuenta del modo en el que lo había tratado. A él, el que más merecía su consideración, su amor, su deseo, su lealtad, su compañía. El único con quien podía bajar la guardia. Y en cierto modo, tal y como le había dicho su salvador, ella lo había recordado aunque no fuese consciente de su identidad. Por eso un hombre desconocido para ella había logrado despertar su inquietud, su curiosidad, su intranquilidad, porque cuando él estaba cerca se sentía confiada, a salvo. Incluso cuando le había gritado y ella había buscado algo con lo que defenderse, sabía que no tendría necesidad de usarlo. Él era su libertador.

—Vivimos unas pocas horas intensas, las suficientes para darme cuenta de la clase de mujer que eras. Ofrecí una recompensa por lograr alguna información, incluso utilicé mis contactos en el Ministerio para tratar de dar contigo. Parecías un fantasma, ¡qué digo, un espectro! Como si mi mente febril hubiese inventado tu recuerdo. Tal fue así que estaba desesperado, pues cuando pregunté en la posada

sobre la muchacha que me había atendido, me dijeron que llegué solo.

—Escapé de la casa de Wins con un pequeño botín que me aseguró el silencio de la familia que regentaba la posada. No hubo testigo sobre nuestro paso por allí. Era imposible que me hubieras encontrado porque Brendan cubrió bien nuestras huellas. Solo cuando fui viuda me atreví a regresar. Era malvado, Wins era la maldad personificada.

—Si te hubieras quedado yo te habría protegido, Althea. Tengo amigos poderosos, todo el mundo conoce al duque de Ascot —ella asintió, sabía quién era—, Patrick Manchester es amigo de sus amigos y me hubiese ayudado a hacer desaparecer a Wins con un chasquido de dedos. Tu esposo habría acabado en una sucia y oscura celda de Francia pagando por sus pecados. La muerte fue una bendición para su futuro si la comparamos con el proceder que yo hubiese planeado para él en caso de haber descubierto antes quién eras tú. Y me quedé… Cuando te vi… —La emoción que sentía lo tenía desbordado y le costaba hilar algunos pensamientos—. Cuando me colé en tu famosa fiesta sin invitación y te vi… Ahí supe que eras tú quien tenía que estar a mi lado. No fue amor a primera vista, Althea, es mucho más que eso. Nos salvamos el uno al otro y después de reencontrarte… En Hyde Park quise habértelo dicho, que era yo, pero no estabas preparada para mí todavía. Te has colado en mi pensamiento con una fuerza que… Me casé, tuve un matrimonio aceptable, fui un buen esposo hasta que mi mujer murió, y, sin embargo, no podía olvidar tus ojos. Entonces, en el momento en el que me di cuenta de que habías regresado a mí —insistió— y busqué información sobre ti… Te maldije por haber huido. Entendí por qué te marchaste, porque recuerdo muy bien el encuentro que mantuvimos doce años atrás y ya entonces supe que estabas en peligro. Yo quería ser tu paladín. Velar por ti del mismo modo que tú lo hiciste. Nos encontramos, Althea. Nos salvamos el uno al otro —aseveró de nuevo.

—Aquiles… —Estaba conmocionada por el modo en el que se habían reencontrado. Él la había reconocido en aquel baile, luego la había cuidado, pues sospechaba que desde que se encontraron Aquiles se había mantenido cerca de ella, de Althea, no de la Duquesa X. Entonces cuando se entrevistó con él mientras llevaba aquel disfraz… ¡Supo que eran la misma persona! Y una vez más la había protegido.

—¿Sí, amor? —le dijo con la mirada llena de admiración, de pasión… de devoción y confianza.

—¿Es ahora cuando al fin podré probar tus labios? —Los ojos color avellana de Althea transmitían exactamente los mismos sentimientos que él mostraba mientras la contemplaba.

Él le sonrió y acarició los labios femeninos con los suyos. Un pequeño aleteo, como el batir de las alas de una mariposa. Se quedó ahí, cerca de los labios que deseaba besar con todo el amor que sentía

por ella.

—¿Es ahora cuando me dirás que no te separarás de mí nunca y que serás mi esposa?

Ella cerró los ojos. Honorable hasta la médula. No amantes. No amigos en la clandestinidad. Habían de ser marido y mujer. Era un duque que sabía lo que deseaba.

—No tengo una vida fácil, como puedes sospechar.

—Lo he comprobado.

—Tratan de matarme.

—Morirán antes de hacerte un solo rasguño, mi amor.

—Soy la infame Duquesa X.

—No podías ser solo Althea, una simple condesa viuda aburrida y formal.

—No te convengo.

—Eres todo lo que ansío y necesito.

—No dejaré de ser la Duquesa X aunque me convierta en tu esposa.

—¿Es un sí, Althea?

—Es un aviso de que haré cualquier cosa que me solicites, porque tú mereces obtener de mí todo lo que pidas —le dijo con el corazón en la mano. Era lo que sentía, lo que su mente y cuerpo le impulsaban a hacer, a rendirse a él, a ofrecer todo lo que le demandase.

—¿Me amas?

—Te quise cuando te vi tan decidido a bailar conmigo. Tuviste razón al decir que vertí los polvos en tu copa porque te temía. Me enamoré de ti cuando te vi llegar a casa de Rothgar sucio, sudoroso y preocupado por mí, pues Morgan se aseguró de explicarme que habías hecho el camino hasta aquí de inmediato, sin detener tu montura, en cuanto Basil te envió una carta para avisarte de lo que sucedía. Supe que no podría amar a nadie más que a ti cuando me desvelaste que fuiste mi salvador doce años atrás. Sí, Aquiles, el amor es ridículo si lo comparo con todo lo que me haces sentir, pero en este caso es oportuno decirte que te amo aunque se quede corto para explicar lo que me inspiras.

Él suspiró satisfecho ante su reconocimiento.

—Uhm… y fuiste a mi habitación esta noche… ¿para…?

Ella le sonrió.

—Soy la Duquesa X, veo lo que quiero y lo tomo sin pedir permiso.

—Brendan me dijo que no habías estado con un hombre desde…

—Mi amigo tiene la boca muy grande. —Acababa de perder ventaja en este asunto de la conquista.

—… Así que eres la Duquesa X, pero no pecas igual que las damas a las que ayudas a lograr encontrar el placer —siguió él pese a que ella lo había interrumpido—. Brendan me explicó algunas cosas sobre tus acciones como la Duquesa X que apruebo —aportó para

tranquilizar su ansiedad—, y me seduce la idea de que al convertirte en mi esposa seas… ¡La Duquesa Infame!, un gran título, si se me permite la observación. ¡La Duquesa Infame de Darkworth!, ese es aún mejor. En cuanto a tu falta de… atenciones masculinas, yo sé que no has estado con ningún otro porque me estabas esperando. Llevas doce años aguardándome a mí… —alegó seductor.

—Estás resultando un presuntuoso, uno además horrible porque no me besa.

—¿Por qué fuiste a mi habitación? —preguntó meloso.

—Para hacerte el amor, Aquiles.

—¿Tú a mí? —sonrió.

—No seré una mujer con práctica, Wins era espantoso hasta para eso —confesó sin pudor para que él entendiese que su esposo era lo peor del mundo incluso en esa vertiente—, pero he leído tantos libros prohibidos y oscuros, que te aseguro que con un poco de indicación quedarás satisfecho cuando te haga el amor —insistió con seguridad.

—¿Qué libros? —No quería pensar en un hombre muerto al que con gusto volvería a hacerlo reunirse con el rey de los infiernos en caso de haber resucitado de entre los muertos. Le gustaría que Wins se levantase de su tumba solo para poder pegarle un tiro.

—¿Vas a besarme de una vez?

—Estaba esperando a que tú me besases a mí… —susurró lleno de candor—. Una mujer debería saber cuándo un hombre espera paciente para que ella dé el primer paso…

Entonces los labios de Althea buscaron con desesperación los de Aquiles. Y un suspiro precedió al beso que debió haberse producido doce años atrás, cuando Althea y Aquiles lucharon juntos contra los hombres de Wins, cuando la dama le entregó su corazón sin saberlo, cuando el caballero se juró volver a reunirse con ella.

Todo estaba donde debía estar.

Capítulo 8

La dulce cosecha del triunfo

—En los encuentros que preparo en mi infame casa los hombres suelen tener los ojos tapados, eso les da mayor tranquilidad a las mujeres —dijo Althea, mientras sostenía un par de pañuelos de seda rojo que había alcanzado de su mesilla de noche.

Los amantes estaban completamente desnudos. Se habían ayudado a desvestirse llenos de anticipación. Althea se obligó a desprenderse de los velos del pudor, de lo que era correcto según la sociedad. Había aprendido que en el lecho no debería haber lugar para la vergüenza, al menos así lo había leído en un par de libros que eran bastante instructivos.

—¿Y las mujeres también llevan algo para…?

—Algunas sí, porque siento que necesitan privarse de la vista para disfrutar del resto de los sentidos. Otras en cambio piden ver a su amante sin que él pueda observarlas. Cada pareja es única y tiene una necesidad diferente, una historia diferente —le aclaró—. Hay quienes me exigen intimar sin velos, pero yo siempre he sentido curiosidad por lo que ocurre entre un hombre y una mujer cuando no pueden verse. —Sacudió los pañuelos delante de Aquiles.

—Me prometí que no te tendría en mi cama hasta casarme contigo. He descubierto que no puedo esperar y ahora me intrigas todavía más, porque quisiera verte mientras te deshaces con mi toque, con mi lengua, con mi miembro enterrado en tus húmedas profundidades, y pese a ello me siento dispuesto a darte incluso la luna si me la pides. Y tú deseas cegarme.

Althea le sonrió.

—No es necesario hacerlo a mi manera, si no quieres… Esta noche no pretendo ser una dama virginal, quiero mucho más, Aquiles —añadió, muy segura de sí misma.

—Me gustaría que fuese diferente nuestra primera vez —la interrumpió—. Sacrificaré el deleite de verte disfrutar del placer que te daré para cumplir lo que sospecho que es tu fantasía. Ese es el sacrificio de mi dignidad por tu orgullo, puesto que te cederé el mando como creo que pretendes hacer.

Althea tiró a un lado los pañuelos, le dio un empujón para dejarlo

tendido sobre la cama y se colocó a horcajadas sobre él. Él levantó una ceja, incapaz de quejarse por haberla visto tan decidida y… salvaje.

—Quiero que nuestra primera vez, como tú la acabas de llamar, sea mientras nos observamos, bebiendo cada una de las reacciones del otro, memorizando lo que es, cómo lo hacemos… Nuestra segunda vez será con los ojos vendados, o la tercera o la cuarta, es algo que quiero probar.

—Apenas has comenzado a hacerme el amor y ya estás pensando en el siguiente asalto, en los siguientes asaltos —precisó—. Creo que me rendiré a todos tus caprichos, Althea, y solo me rebelaré cuando quiera cumplir los míos. Será un acuerdo justo en el que cada uno de nosotros tendrá lo que precise cuando lo desee.

—Bien. Entonces… empecemos —ronroneó, para después apoyar sus pechos sobre el torso velludo de Aquiles y darle un nuevo beso. Uno destinado a calentar su sangre, a hacerlo gemir del mismo modo en el que ella lo estaba haciendo.

—Althea… —susurró su nombre como si fuese una plegaria.

—En mis libros he descubierto que esta parte, llamada glande —apretó dicha zona de su virilidad— no debe ser cubierta por el resto de la piel mientras te acaricio o te chupo. Golpes certeros, lengüetadas profundas… Ah, y no debo tener miedo de llevarte hasta lo más profundo de mi garganta. ¿A ti te gustará que trague lo que haré salir cuando te haga perder el control? ¿Me lo exigirás?

A Aquiles se le hizo la boca agua cuando la imaginó en esa tesitura.

—¿En qué libro lo aprendiste?

—Leí un libro de Donatien Alphonse François de Sade, si no recuerdo mal era un marqués francés.

—¿Justine? —se interesó Aquiles en alusión a *Los infortunios de la virtud.*

—Es curioso como ya a finales de 1700 la depravación estaba a la orden del día y se hablaba y escribía sin tapujos sobre jodiendas, desfloraciones, falos, vaginas, sodomía y demás palabras que están prohibidas en nuestros días. Los franceses son curiosos. Ese Sade es… Digamos que el templo de Venus no era su predilección, era más… como él mismo narra en sus propios escritos, bujarrón. Su *Filosofía en el tocador*, creo que es infame, detestable, censurable, a veces vomitiva, pero instructiva en cuestiones de aprendizaje sobre las partes del cuerpo o el acto en sí. Me ayudó a descubrir lo que él llama clítoris.

—¿Te has tocado? —Él sabía bien lo que era esa deliciosa perla femenina.

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí —respondió con honestidad—. Me he satisfecho cada vez que me he sentido… ansiosa, juguetona u ociosa. Si bien lo que Sade denomina como putanismo lo censuro, también lo hago con el puritanismo. No tiene término medio en sus escritos. El cuerpo fue creado para el deleite, todo debería estar permitido. Eso me recuerda que deberías saber que pretendo escribir un libro anónimo sobre educación placentera para mujeres. —Él abrió los ojos con asombro. Ella se rio al ver su reacción—. ¿Sigues queriendo convertirme en tu esposa?

—¡Dios!, lo que deseo es saber todo lo que plasmarás en el papel, especialmente sentirlo en mis carnes. Hazme el amor, Althea, y deja que juzgue yo si tus conocimientos son correctos.

—Está bien, te convertiré en el tutor que toda dama debería tener y serás tú quien juzgue mis enseñanzas. En tal caso, supongo que es mejor dejar de hablar y mostrarte todo lo que he aprendido. Si en el transcurso de… nuestra lección, te sientes incómodo por algo que haga, me lo dirás de inmediato y detendré el juego. Esto es para los dos, para que disfrutemos.

Él se carcajeó.

—Amor, no hay nada que me incomode. Es más, te reto a que uses tu mente de la forma más lúbrica posible para tratar de volverme loco, no te reprimas en nada de lo que desees hacerme. ¿De acuerdo?

—¿Estás seguro de que…?

—Por completo —la frenó.

El corazón de Althea se agitó. Sería el compañero perfecto en sus juegos secretos, amorosos y… sucios.

—No quiero que te enfades con mi pregunta, pero necesito saber si eres como el Dolmancé de Sade, quien prefiere a los hombres sobre las mujeres, como el Caballero, quien se presta a juegos con los de su mismo sexo, pero elige a las mujeres por encima, o eres…

—Soy Aquiles Darkworth, Althea —la interrumpió—. Un hombre que sabe lo que desea en la alcoba. Solo a una mujer. Solo a ti. A partir de ahí, puedo asegurarte que no he sido jamás un libertino, pero que estoy dispuesto a serlo contigo y solo contigo.

—Me satisface tu aclaración, porque sé por mi propia experiencia que el hombre que elige a un compañero de cama, es porque no le gusta nada más.

Aquiles frunció el ceño.

—¿Wins? —Ella asintió.

—Yo tenía que ser yegua de cría y lo privé de lo que más necesitaba, un heredero. Lo dejé atrás y no pudo casarse con otra porque yo seguía viva y Brendan se aseguró de que el rey lo supiera de forma puntual. No pudo declararme muerta. —No dio más explicaciones, comenzó a besar con frenesí a Aquiles—. Me llevé de

Wins Manor el escritorio donde él planeaba la ruina de sus enemigos, donde determinó que yo tenía que morir porque no le daba hijos. Cuando regresemos a la guarida de la Duquesa X, lo primero que haremos será fornicar como salvajes sobre la dura madera. Espero que me vea desde el infierno.

—Fornicaremos, como dices, donde quieras, pero ahora… Hagamos el amor. —Aquiles se incorporó para besarla. Intuía que la dama estaba nerviosa y que por eso hablaba tanto. Aquiles no la apresuraría, le daría su tiempo. Si ella deseaba demostrarle que sabía la teoría sobre el acto amoroso, la dejaría actuar solo para atenderla cuando mereciera alguna guía especial. Al menos trataría de hacerlo así.

Estuvieron besándose durante un tiempo largo, dulce, delicioso. Cuando Althea logró la valentía que necesitaba para proseguir su asalto, comenzó a besar el cuello de su amante. Estaba segura de que se había rasurado el rostro antes de bajar a la mascarada, porque resultaba tan suave… tan delicado, tan perfecto…

Althea no tenía suficientes manos para tocar todo ese abdomen duro y firme que cosquilleaba bajo sus atentas manos. Fue dándole besos por todo el pecho, bajando con suma dedicación mientras paseaba su lengua por toda la carne que quedaba por el camino. Cuando llegó a su destino, empuñó un miembro rebelde, cuya punta se veía palpitante, con las venas cavernosas. Lo movió de arriba abajo con cierta presión, un par de movimientos certeros, como los que suponía que debían darse. A continuación, sin dejar de mover la sedosa piel, abrió la boca y lo llevó hasta el fondo de su garganta. Aquiles gimió tan alto y fuerte, que Althea se dio cuenta de que su trabajo estaba siendo correcto. Soltó la vara y usó la boca para presionar sobre el miembro de su amante. Acometidas largas, con otras más cortas y rotundas, se sucedían en la danza que comenzaban a bailar su boca, su lengua y la virilidad del duque.

—¡Dios! —exclamó, cuando ella lo albergó por completo dentro de su boca y lo dejó allí dentro unos segundos.

Aquiles la forzó a dejarlo libre, porque el gesto, tan lúbrico como desquiciante, había hecho que su miembro comenzase a palpitar tan fuerte, que tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo para no derramarse sobre la lengua de Althea.

Cuando el duque se vio fuera del cautiverio de esa dulce y pecaminosa boca, la obligó a quedarse tumbada sobre la cama y fue él quien se colocó arriba.

Ella estaba dispuesta a emitir un lamento por el cambio de condiciones, pues no le había dado tiempo a jugar con él todo lo que le habría gustado. La queja murió en el momento exacto en que vio cómo el pezón derecho era engullido por una boca masculina de lo más codiciosa. El gesto hizo que la condesa arquease la espalda. No

solo porque él estaba disfrutando de su seno, sino también porque el duque había llevado su mano derecha hasta donde la humedad crecía entre sus piernas. Un par de dedos rodaban sobre su punto más nervioso, haciendo que ella gimiese sin contención, sin vergüenza. Aquiles sabía cómo tocarla, cómo acariciarla para llevarla hasta el cielo. Entonces esos dos dedos endiablados que la hacían volverse loca, estuvieron dentro de su ser, creando una presión sublime.

Y mientras los mágicos dedos entraban y salían, mientras la lengua de Aquiles bordeaba con frenesí sus pezones fruncidos, Althea se dio cuenta de que necesitaba algo más…

—Estoy cerca de la liberación, Aquiles, pero me falta…

—Lo sé, amor. Necesitas mi lengua para que tu leche corra. —Ella lo miró con una muda pregunta en el rostro, al tiempo que gemía, se retorcía y… —. No eres la única que ha leído a Sade. —Esa expresión era una de las predilectas del noble francés.

No hubo más observaciones. Un dedo comenzó a tantear su abertura más secreta, la que nunca había recibido atención por parte de nadie, ni de ella misma…

—No me refería a… ¡Ah! —gimió llena de curiosidad cuando esa falange irreverente incursionó en su agujero prohibido—. ¡Dios mío! —exclamó cuando la boca de Aquiles llegó hasta su perla para hacerla saltar a golpe de lengua.

Tan llena. Tan perversa. Tan infame. Un dedo detrás, dos delante. Una deliciosa lengua sin darle tregua…

—Acaba para mí, Althea, para que podamos volver a empezar… —susurró el duque. Una orden tan natural, tan exigente, tan necesaria…

—Estoyyyyyyyyyy… ¡Aaaaaaah!

Así fue como, en términos que emplearía el padre de la lujuria más cruda, Althea dejó que su crema corriese para que su amante pudiese darse un buen festín.

Ella era dulce, pero picante. Deliciosa, así que la boca de Aquiles la lamió sin descanso hasta que dejó de sentir las convulsiones internas presionando sobre sus dedos. Finalmente, con cautela, removió de su interior las tres falanges.

—¿Todo bien, amor? —preguntó el duque, sabiendo de antemano la respuesta a su cuestión.

—Me catapultas hasta un lugar hermoso, para luego dejarme vacía, completamente vacía… —afirmó en un puchero que hizo que él sonriese.

Aquiles rodó sobre su espalda e hizo que Althea acabase colocada a horcajadas sobre él.

—No hemos hecho más que empezar y ya te muestras exigente con tu prometido. Serás una excelente amante esposa que me colmará de todos mis caprichos. Empieza por este.

—¿Qué desea mi duque? —preguntó tierna y modosa.

—Cabalga.

—Sus deseos son órdenes para mí, excelencia.

—Ah, ah… No será tan fácil, preciosa —objetó cuando la vio coger con la mano derecha su virilidad.

Ella le sonrió, intuyendo que se le habría ocurrido alguna perversidad no prevista.

—¿Qué tiene que hacer su sierva, mi señor? —inquirió seductoramente.

—Sé que estoy en la cama con la Duquesa X y seremos compañeros libres de restricciones sociales y convenciones. Dejaremos el romanticismo para más adelante. Hoy nos saciaremos y exploraremos. Porque hemos vivido demasiado y podemos saltarnos ciertos parámetros. Te jactas de conocer una teoría precisa, infame y lúbrica. Así que date la vuelta.

—¿Cómo la vuelta? —No sabía a qué se refería él.

—Tal y como estás, a horcajadas, te girarás, montarás sobre mí, mientras yo castigo tus senos desde atrás para hacerte gemir todavía más.

Althea se dio la vuelta con la ayuda de Aquiles. Apoyó las rodillas sobre la cama, levantó las posaderas y el duque la ayudó a guiar su falo en su interior. Era una vaquera en posición invertida.

—¿Así está bien, maestro? —preguntó llena de curiosidad.

Aquiles la sujetó por los hombros en ese momento y la hizo descender por toda su larga y dolorosa longitud.

—Mejor, mucho mejor —murmuró Aquiles cuando la tuvo prisionera de su miembro erecto—. Me encanta cómo me aprietas, Althea. Me enloquece saber que llevas todo este tiempo esperando para que yo reconquistase tu templo. Eres la Venus misma hecha carne… Toda para mí. Ahora muévete lo suficiente para hacerme perder el sentido, pero no tanto como para que olvide que quiero darte la vuelta para poder beberme tu deleite con mis ojos cuando lleguemos juntos al jardín de la lujuria para conquistarlo. ¿Te ves capaz, amor, de cumplir la voluntad de tu señor? —Le gustó que ella jugase a la damisela obediente para convertirlo a él en el amo de sus deseos.

—Haré mi mejor esfuerzo, mi duque. —Y con esa respuesta, Althea comenzó a moverse a un ritmo tentativo. Albergarlo en su interior no había sido una tarea fácil, porque era grande y ella llevaba demasiado tiempo sin ser estirada. La humedad resbaladiza, la anticipación, las brumas de la pasión, habían hecho que ella se tragase una leve punzada de dolor en la primera incursión, para luego poder disfrutar de la plenitud de sentirse llena, tomada, poseída por el hombre que amaba en una posición de lo más interesante.

Balanceó sus caderas, retorciendo su nudo de nervios sobre un punto que la hacía gemir. Se concentró en ese sinfín de sensaciones tan intensas que se intensificaron con la llegada de nuevas caricias.

Aquiles había colocado sus manos sobre los inflamados pechos de Althea, cuyos pezones todavía estaban de lo más sensibles debido a las atenciones recibidas con anterioridad. Aquiles movió el dedo índice y el pulgar para presionar con maldad ambos botones. Ella gritó llena de deleite.

—Althea, no estás complaciendo a tu señor… Estás siendo discreta en tus movimientos. Creí que una lectora aventajada de Sade conocería… ¡Dios! —gimió él, cuando su amazona comenzó a cabalgar con fuerza.

El duque se incorporó, como buenamente pudo, se aferró al cuerpo femenino y buscó entre las piernas de ella para darle el toque preciso que la haría volver a acariciar el éxtasis.

—Sí, sí, sí… Estoy cerca… ¿Me privarás de mi placer, mi señor? —ronroneó.

—Me lo darás una vez más, y luego volverás a dejarte ir mientras yo culmino mi paseo como tu semental. Ahora, Althea, quiero que riegues mi virilidad y mis dedos con tu elixir, derrámate mientras estoy enterrado hasta la raíz y te acaricio.

Althea movió todavía más las caderas para buscar que el falo que la llenaba tocase un punto todavía más enloquecedor que el que tenía los dedos de él martirizando. Cada vez que él se movía en su interior y rozaba un lugar dentro de ella, Althea gritaba con más fuerza.

Sentía los gemidos y las respiraciones de Aquiles en su oreja derecha. Le daba ánimos, le decía cosas de lo más perversas que hacían que su mente calentase todavía más su cuerpo. Y justo cuando ella iba a suplicar clemencia, porque no podría volver a acariciar las nubes…

—Me extasio, mi señor, me abandono a tus vicios para convertirlos en los míos… ¡Aaaaaaah! —Althea se dejó ir por completo. Y cuando el momento de la crisis deliciosa pasó, y sin contar con fuerzas suficientes, Aquiles la colocó sobre la cama, de tal modo que el pecho de su amante quedó sobre las sábanas y el delicioso trasero de Althea estuvo en alto, bien dispuesto para que él tomase de ella lo que desease.

—¿Y aquí, amor? —El dedo de él hizo presión sobre el agujero fruncido que ya conocía el estrecho interior de esa parte de ella—. ¿Serás lo suficientemente fuerte como para dejar que conquiste el paso que nadie se ha atrevido a atravesar?

—Lo que desees, Aquiles, estoy tan fuera de mí, tan seducida por la promesa de lo prohibido, de lo primitivo, de la fiebre más lúbrica, que te dejaré obrar lo que desees —le dijo con los ojos cerrados y una gran

sonrisa.

—Una excelente proposición, unas palabras deliciosas que cualquier amo desearía escuchar de su doncella desvalida.

Aquiles se sujetó el miembro con la mano derecha. Le levantó un poco más las posaderas para colocarla a su altura, de tal modo que Althea se preparó para sentir el primer dolor y escozor que daría paso a algo que Sade definía como delicioso y placentero en sus textos.

—¡Aquileeeees! —gritó la condesa, cuando sintió que la vara de su amante se introducía por su conducto habitual sin previo aviso para llegar hasta el final, volver a retroceder, volver a introducirse… y así una y otra vez sin descanso, sin contemplaciones, sin finuras, sin calidez, solo movimientos brutos, solo envites rudos, destinados a provocar el placer, para hacer nacer la desesperación en sus entrañas, para que ella necesitase buscar la liberación una vez más.

—¿Todo bien, amor? —se burló el duque, mientras se movía con mayor exigencia, golpeando sus nalgas con movimientos insensatos que harían desfallecer a cualquiera.

—No, hombre ruin… No sé si lograré lo que deseas de mí. No tengo fuerzas. Me desgastas una y otra vez, olvidas mi descanso solo para… ¡Aquileeeees! —gimió llena de desespero cuando él inclinó todavía más el cuerpo masculino para que la mano volviese a atormentar su nudo sin descanso. No era una caricia como las dos anteriores, era más persistente, más encantadora y llena de locura…

—Estaremos así hasta que vuelvas a regarme, Althea, con tus deliciosos jugos. Y luego me cabalgarás una última vez y entonces, solo entonces, me harás descargar en tus entrañas, porque así sabré que eres mía y de nadie más. ¿Me oyes, amor?

—Sí, sí, sí, sí… —Le habría vendido su alma al mismísimo Lucifer si ese hubiese entrado en la alcoba con la promesa de más placer, así que a Althea le pareció una buena idea regalársela a su duque con una gran sonrisa. Aquiles era el propietario de su alma, su mente y su cuerpo. Solo él. Aquiles. Su Aquiles.

Althea se dejó ir sin contención mientras él la llenaba, mientras la llevaba a la locura, mientras la hacía sacudirse sin limitación.

—¡Sííííí! —gritó Aquiles como si de un conquistador se tratase, cuando se dio cuenta de que su amante había logrado volver a tocar el cielo.

Sin ceremonias, Aquiles salió de su interior, para volver a quedarse acostado en el lecho. No sabía cuánta fuerza de voluntad le quedaría para soportar un nuevo envite y por eso tuvo que abandonar a toda prisa la calidez y humedad de Althea. Deseaba mostrarle su resistencia, sus ganas de jugar a un juego más perverso que el que Sade pudiese haber plasmado en un pergamino.

—Aquiles, no puedo… —Estaba destrozada. Él era demasiado

exigente. La había hecho abandonarse al placer demasiadas veces, por lo que su desgaste era ¡intolerable!

—No hemos acabado, amor. El hombre que tienes en tu cama sigue entero, aunque deseoso de perder lo que tú debes guardar en tu interior. Ven a exprimir a tu amante, o comenzaré a poner en tela de juicio que seas la infame Duquesa X.

—Haré lo que me pides, Aquiles —dijo derrotada—, aunque habría esperado que te colocases encima y me cubrieses con tu cuerpo, porque no me queda ni un poco de fuerza para seguir tu ritmo. Aquí es cuando la aprendiz reconoce que jamás podrá llegar a estar a la altura de su mentor. Te ves dispuesto, mientras que yo no soy capaz ni de arrastrarme por la cama. Tú ganas, Aquiles. Me rindo ante tus dones como amante y prometo que no volveré a darme aires de mundana en cuanto a relaciones lúbricas e infames se refiere.

—Amor, escucharte admitir una dulce derrota me conmueve, entre otras cosas porque pretendo tenerte todas las noches y gran parte de los días, tan exhausta como te muestras, pero reconoceré que sigo erecto y listo para ti gracias al dominio que tengo de mi cuerpo, con gran esfuerzo, debo admitir. Pudiste haberme hecho derramarme desde que me albergaste en tu boca, y solo es a base de mi propia fuerza de voluntad que no sucumbo a lo que deseo: dejarme ir. Ahora, Althea, cabalga a tu semental por última vez esta noche. —Ya la había puesto a horcajadas y ella estaba buscando su abertura para empalarse de él—. Déjame lo suficientemente cansado para que no te vuelva a demandar hasta que hayas recobrado tus fuerzas, porque si no te esmeras, te aseguro que en poco más de un par de horas volveré a hacer uso de tu cuerpo, y seré más despiadado que esta primera vez.

—Ruin por completo. Me has dado una lección. ¿No te contentas con que haya admitido mi derrota y no sea tan audaz como supuse?

—Cabalga, amazona —le ordenó—, y extrae de mí la leche que trataste de tragar cuando me tomaste con tu boca dispuesta a dejar mi orgullo masculino en entredicho.

—Aquiles… —murmuró cuando él le agarró las caderas para moverla a placer. Ella había querido explicarle que lo que acababa de decir no era cierto, pero todo pensamiento coherente murió cuando de nuevo la puso al trote de una marcha vertiginosa que hizo que su nudo, extremadamente sensible, volviese a exigir atención.

—¿Qué, amor? ¿No puedes más? —preguntó con arrogancia.

—No, no puedo. ¡Malvado! Eso eres, malvado y ruin, porque me matarás de placer y estaré una semana entera sin poder caminar con normalidad.

—Eso pretendo, que quien te vea sepa que eres una mujer colmada de atenciones más que suficientes para privarte de la normalidad de un ligero paseo. Y espero que me des lo que ansío de ti por última vez

esta noche, y que lo hagas en el mismo momento que yo, porque acabaremos juntos lo que empezamos doce años atrás. No cerrarás los ojos, porque, en caso de hacerlo, tu castigo será volver a perderte en los senderos del éxtasis una vez más.

—Malvado, ruin y cruel… —señaló, entre gemidos Althea, al tiempo que se obligaba a montarlo con fuerza—. Me matarás en nuestra primera noche juntos.

—Entonces moriremos felices, con una sonrisa. No aminores la marcha, Althea, estás siendo perezosa y no me dejaré ir a no ser que hagas tu mejor esfuerzo.

—Aquiles, te lo suplico, no puedo más… —Estaba devastada, satisfecha, pero terriblemente cansada.

—Un último esfuerzo y me derramaré en tu templo de Venus, de un modo tan caliente, tan intenso y agónico, que Sade desde el infierno sentirá envidia de nuestra lujuria y se lamentará por no apreciar lo que una mujer bien instruida puede llegar a hacer.

Althea asintió. Colocó las manos sobre el pecho de Aquiles, se aferró a sus caderas con sus suaves muslos y comenzó a darle un ritmo trepidante a su acción. Si él demandaba una versada amazona, ella le demostraría que podía domarlo.

—Aquiles, quiero que no lo retengas más, dame lo que me prometiste. Mis entrañas están hambrientas, sedientas más bien, y quieren beber de ti.

—Mírame, amor —le dijo mientras colocaba la mano para acariciar su perla secreta—. Vayamos juntos y burlémonos de la infamia de Sade, hagámosle saber que la nuestra es más pura y mejor, porque te amo y cuando se ama, la cama debe ser el centro de nuestros deseos más crudos para acabar siendo cumplidos.

Los ojos de Althea se cerraron al sentir como se abría paso de nuevo la excitación.

—Aquiles… —susurró su nombre como si fuese una súplica. No podía soportar la agonía que creía en su ser.

—Estoy ahí ya, Althea, no cierres los ojos y no apartes tu mirada de la mía. Quiero verte, quiero que me veas, que comprendas de quién eres, lo que me provocas. Mía, mía, míaaaaaaa —gritó Aquiles, sin poder controlar más sus impulsos. Su glande, como ella lo había llamado, pulsó de tal forma que dejó salir el torrente de su semilla mientras seguía gritando.

—¡Sííí! —El toque certero de Aquiles la hizo sucumbir al placer. Saber que un hombre estaba rociando su interior después de tantos años… El hombre correcto…

Sin dejar de mirarse, ambos corrieron hasta los brazos de un interludio de lo más que placentero, del encuentro más inesperado y agotador.

Althea y Aquiles se habían encontrado al fin para ser uno solo, para cobijarse el uno en el otro y disfrutar cuando se hallaba al compañero de fechorías adecuado.

Aquiles y Althea se habían enamorado.

Aquella noche, justo cuando las primeras luces hicieron que el duque despegase sus párpados, volvió a poseerla y agotarla sin freno. Ambos se cegaron la vista con los pañuelos y fue excitante.

Su matrimonio sería de lo más interesante… Especialmente porque Althea había descubierto la parte que la Duquesa X ofrecía a las damas que acudían a ella. Esa noche fue una fantasía cumplida. Estaba deseosa de descubrir la otra vertiente de la relación, la romántica, paciente y cariñosa. No veía la hora de volver a hacer el amor con Aquiles una vez más. Y en la próxima ocasión, Althea, sería quien satisficiera sus necesidades afectivas, serenas, tiernas y cálidas.

***

—Buenos días, dormilona —le dijo con picardía Morgan cuando la vio en la entrada principal de la casa de Rothgar—. Aunque ya es por la tarde. Debió de dejarte exhausta.

—Eres una descarada, querida, pero sí, me dejó en un estado de lo más… —Althea le guiñó un ojo—. Tuviste que haberme despertado y no dejarme dormir tanto —la regañó.

—¿Y enfrentarme a la ira de un duque? Creo que no. Tu… compañero me ordenó que no te molestase bajo ningún concepto, y ya sabes que yo siempre he sido una ayudante que acostumbra a cumplir órdenes. —Althea rodó los ojos. No. Morgan no era eso ni por asomo —. Por cierto, cuando desees nos podemos marchar. Brendan se ha levantado gruñendo como un oso que ha metido la pezuña en un avispero lleno de miel, y asegura que no se quedará ni un día más tumbado en una cama que no es la suya.

—¿Dónde está Aquiles?

—No podría decírtelo, lo vi salir esta mañana acompañado por el hijo del vizconde y no los he vuelto a ver. Nos ha dejado a los otros dos hombres que nos echaron una mano en la trifulca.

Althea se desinfló. No le había gustado despertarse sola en la cama. Tenía muchas ganas de verlo, de abrazarlo, de besarlo… Desconcertante y a la vez ilusionante. Sentirse así por un hombre… por el correcto, era una delicia. ¿Y si todo el camino recorrido en su vida había sido trazado para reencontrarse al fin con la única persona que podía sacudir el hielo de su corazón? Oh, sí. Ciertamente su corazón se sentía más cálido y vibrante que nunca.

—Buenas tardes. —Una voz llegó desde atrás. Althea se sobresaltó por la severidad que detectó en el saludo del duque de Rothgar.

La Duquesa X se llevó las manos a la elegante peluca rubia de moda

georgiana para asegurarse de que la tenía bien puesta. No deseaba dejar al desnudo su identidad, especialmente frente a Rothgar.

—Todo está en su lugar —le susurró Morgan por lo bajo.

Althea se había puesto un vestido rojo que se ataba por delante y, puesto que el duque seguía teniendo invitados que no se habrían ido después de vivir con intensidad la mascarada nocturna de la noche anterior, no deseaba que ninguno de ellos la reconociese.

—Excelencia, mi guardián se ha despertado esta mañana sintiéndose capaz para regresar a la ciudad y creo que…

—Te espero en mi despacho —la cortó Rothgar sin tapujos, mientras giraba sobre sus talones y se metía en el lugar indicado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Althea a nadie en particular.

Morgan agitó los hombros.

—¿Quién sabe lo que surca la mente de un duque? Aunque tú tal vez estás más capacitada para saberlo, dado que ya conoces íntimamente a uno… —añadió socarrona.

—¿Vas a estar dándome puntadas todo el tiempo o crees que se te pasará en breve?

—No es factible que deje pasar cada ocasión para tratar de avergonzarte. Al fin te has convertido en una viuda como Dios manda —alegó con satisfacción.

—¿Cómo es eso si puede saberse?

—Ya sabes, con todo eso del brillo en la mirada, con la piel del rostro reluciente y una sonrisa de lo más…

—¿Brillante y reluciente otra vez?

—Resplandeciente. Sí, toda tú estás llena de brillo pecaminoso. Ahora atiende a Rothgar para que podamos irnos a casa. Estoy harta de estar aquí simulando que soy una infame ayudante.

—Claro, porque no eres para nada infame… —ironizó.

La recuperación de Brendan había sido fascinante. No deberían sorprenderse, porque desde que lo conocían él no había enfermado ni una sola vez.

—Date prisa en despacharlo y regresemos.

—¿Y qué hay de Aquiles?

—Interesante. Una noche de placer y Su Gracia el duque de Darkworth es Aquiles a todas horas… Usas alegremente su nombre de pila. ¿Vas a suspirar? —Althea exhaló mortificada—. Bien. Nos iremos y que… *Aquiles* —arrastró la palabra— te siga hasta Londres.

—No tiene que perseguirme más, Morgan. Es el hombre con el que he accedido a casarme.

—¿Disculpa? ¿Casarte? —Althea asintió con convicción—. ¿Así, tan pronto? ¿Sin hacerlo sufrir un poco más? ¿Dónde está *lady* Wins y qué has hecho con ella? Te escucho pero no te creo. Acostarse con un hombre es una cosa, pero hablar de matrimonio… —Morgan estaba

impactada. La veía muy decidida.

—¿Recuerdas cuando nos marchamos a Sicilia?

—El mejor día de mi vida —afirmó con convencimiento.

—Aquiles es el hombre que dejamos en la posada, es quien me salvó la vida sin yo pedírselo. Estuvo ahí para mí. Se puso en peligro y me salvó. Así que haré cualquier cosa que me pida y cuanto desee.

Morgan frunció el ceño. Su mente buscó ese recuerdo en concreto. Recordaba que… Abrió los ojos como platos.

—¡Sabía que me era familiar! —exclamó como si hubiese descubierto el nuevo continente.

—No mientas. —Ninguno de ellos tres lo había reconocido.

—Duquesa X, no es aconsejable hacer esperar a un duque —levantó la voz Rothgar, desde el umbral de la puerta, para cortar la conversación entre ambas.

Lady Wins se sintió como si la acabasen de regañar por haber hecho una gran transgresión. ¿A qué vendría todo el mal humor que destilaba Rothgar?

Entró en el despacho y se sintió todavía más menuda ante el enfado que él proyectaba.

—¿Cuál es el problema? —preguntó sin dejarse amedrentar.

—Le dije a Darkworth que no deseaba saber tu identidad.

—¿Te la dijo?

—No. Insistí en que no lo hiciera, me gustaba ese halo de misterio que te envolvía. Lo que no imaginé es que acabaría enterándome de quién eras por las páginas del periódico.

—¿Cómo has dicho? —El pánico comenzó a estrujarle el corazón.

—Tu padre se revolvería en la tumba, Althea Marriott, condesa de Wins —desveló con enfado.

Ella cerró los ojos y los abrió cuando comprendió lo que Rothgar le acababa de revelar. Su disfraz no la protegería con su viejo amigo.

—Entiendo tu enfado pero debes saber…

—¿Mi enfado dices? ¿Te refieres al que sentí cuando dijiste que yo era demasiado réprobo para considerarme como pretendiente catorce años atrás?

Las imágenes de James mientras corrían por el campo con apenas doce años saltaron a su mente. Althea se obligó a mantenerse tranquila con las revelaciones y el tono furioso de Rothgar.

—Eras mi amigo, Rothgar, nunca te vi como…

—¡Maldita sea! ¡Te casaste con Wins! —gritó con ira.

—Y no hubo un solo día que no me arrepintiese de mi elección —desveló.

—¡Con Wins! —repitió—. Me dejaste de lado por un maldito bastardo que merecía entrar en un lugar más oscuro que el infierno.

—Éramos amigos, no te veía como… —comenzó a explicarle.

—¡Y ahora eliges a Darkworth! Nunca fui el hombre adecuado, el duque que tomarías en consideración… Tu padre me quería a mí y lo convenciste para que te permitiese vivir tu fantasía de libertad y acabaste con Wins… Regresaste viuda, pero no tuviste las agallas de pedirme formar parte del harén que seleccionas para tus viudas como la condesa viuda de Wins. No, viniste a ofrecerme el placer disfrazada con tu peluca rubia, con los ojos delineados con esa pintura negra y los labios carmesí, sin olvidar los vestidos de seda del mismo tono que usas. Te escondiste de mí, de tu supuesto amigo, de tu antiguo pretendiente… —Estaba furioso.

Althea recordaba bien aquellos años pasados, cuando Rothgar y ella eran tan solo unos niños que correteaban por los jardines de Kingsland, sin preocupaciones. Ella no había advertido su interés hasta que fue muy tarde. No lo veía como algo más que a un amigo. Poco después, llegó Wins, con su porte elegante, su sonrisa seductora, sus trucos engañosos que lograron dejarla sin sentido…

—Siempre has sido mi amigo más querido, Rothgar. Ni tus hermanos pequeños fueron tan importantes como lo eras tú para mí. Pero no me amabas.

—¿Y Wins te amaba? Ese maldito solo se amaba a sí mismo.

—Lo sé. Sé bien que me engañó y yo creí todas y cada una de sus mentiras. No deseaba hacerte daño, Rothgar. Cuando regresé de Sicilia y nos encontramos en aquel baile, seguías siendo tal y como te recordaba, alegre, amable y un pícaro. Así que cuando coqueteaste conmigo te…

—¿A cuál de los bailes te refieres? ¿Al tuyo anual como lady Wins o a los que acudías siendo la Duquesa X?

—No estás siendo justo.

—Me volviste a relegar a la nada, me ofreciste a una viuda como premio de consolación cuando sabías que tú eras lo que quería. No es…

—¡Como si hubieses tenido alguna queja de lo bien que lo pasaste con ella! —lo interrumpió con enfado.

—Creo recordar, Althea, que la finalidad era que yo la despertase de su letargo, que encendiese sus pasiones, mi disfrute no era lo primordial, lo recuerdo muy bien porque insististe en ello en varias ocasiones durante nuestra conversación.

—No hubiésemos disfrutado de más que de la fraternidad que mediaba entre nosotros. Nuestro matrimonio no estaba destinado a ser. Solo veía en ti a un amigo, Rothgar. A uno que me gustaría conservar. —La última afirmación tuvo un tinte de ruego.

—Me besaste, me diste alas, Althea. Wins todavía no planeaba en tu vida. Eras una mujer libre, sabías que tu padre esperaba un compromiso por nuestra parte y me besaste. ¿Por qué me hiciste eso?

¿Por qué besar a un hombre que solo te inspira amistad? ¡Yo te habría colmado de lujuria, de pasión, de protección! —gritó.

—Porque esperaba que comprendieses que nuestro beso no tenía esa chispa capaz de hacer arder una hoguera. Durante mucho tiempo, una vez que descubrí cómo era Wins, me lamenté por no haberte elegido, pero comprendía perfectamente que eras un hombre que merecía encontrar lo que yo sabía que no podía darte.

—¿Hijos para mi título, Althea? Porque escuché a Wins quejarse en más de una ocasión de lo inútil que eras para procrear, y eso le valió un par de puñetazos —desveló. Lo que hizo que el corazón de la condesa se estremeciera.

—Amor, Rothgar. Tú necesitas caer rendido, embelesado y muerto de amor por una dama que haga que tu mundo se detenga, que tu corazón se salte un latido y que no puedas dormir, comer, soñar o caminar porque estás sometido a ella en cuerpo y alma. Eso era lo que yo deseaba que encontrases con la mujer con la que te emparejé años atrás, una viuda dulce, amorosa, pero lo suficientemente vivaz como para despertarte en el amor y en la cama. Un beso es lo que necesitas para…

—¡Yo no buscaba casarme cuando me presenté en tu casa! —la cortó—. ¡Dios mío! Eras tú siempre, cuando te hablaba de mi pasado, de la única amiga verdadera con la que me hubiese casado… ¡Qué bien te lo debiste pasar a mi costa! —Se sentía humillado y engañado.

—Te equivocas. Tus palabras me conmovían, no podía burlarme de tu sinceridad, jamás lo haría. Solo deseaba ejercer como una excelente casamentera para que encontrases lo que merecías con una mujer que te mereciera, pero no me dejaste. En el momento en el que tu pareja hizo que tu corazón se agitase, huiste despavorido. No estabas preparado para casarte, para comprometerte. Nunca me amaste, solo ocurría que yo era la opción más segura para ti, la hija del mejor amigo de tu padre, a quien conocías, con quien tenías cierta confianza. Yo buscaba amor, y quería que tú también lo encontrases.

—¿Eso es lo que te ofrece Darkworth? Porque sé que habéis pasado la noche juntos y que él salió temprano de mi casa sin dar ninguna explicación. ¿Cómo sabes que no ha tenido ya lo que deseaba de ti y pasará a otra cosa, Althea?

—¿El duque no es tu amigo?

—Uno bueno.

—Pues por el modo en el que hablas de él, parece que no lo conoces en absoluto. ¿Vas a permitirme ver el periódico que supongo que desvela mi misterio, o estás demasiado enfadado como para dejar de atacarme?

—Es *The Times*, Althea. Lo que ahí se publica es como la palabra de un ministro de Dios. Lo tienes complicado.

Rothgar le pasó el ejemplar y ella leyó lo que había sospechado. Alguien la acusaba de mantener una doble vida y la retaba a decir la verdad sobre lo que era, sobre quién era.

—Bien. El escándalo ha saltado, Aquiles parece que tenía un asunto urgente que atender, tú estás demasiado irascible como para darme asilo y tus invitados no tardarán en leer el chisme, si no lo han hecho todavía. Sallow asegura estar capacitado para emprender un viaje y es lo que haré.

—No te irás de aquí. No hasta que Darkworth regrese y disponga…

—¿Disponga qué? —lo cortó—. Según tú, me ha dejado sola para que me las apañe después de lo que desvela la columna de *The Times*. Te doy las gracias por tu hospitalidad, por los cuidados médicos que le has procurado a mi buen amigo y me despido de ti ahora, Rothgar. Espero que cuando el disgusto te deje ver la verdad de mis actos, comprendas que no hallarás mejor amiga que yo, y cuando entres en razón, mis brazos estarán abiertos para ti.

Althea no esperó nada más. Se levantó, caminó hacia la puerta, dejando un susurro de sedas a su paso, y lo dispuso todo para regresar a la nada infame casa de la condesa de Wins. Desde allí establecería un plan de acción, porque la sociedad estaría deseando ver la sangre correr, la suya, siendo vertida con desenfreno.

Capítulo 9

El trabajo como refugio

Althea Marriott se había pasado doce años despreciando a los hombres. No les temía, solo era que no deseaba tener nada que ver con ellos. Desde que Wins se dio a conocer, desde que expuso su verdadera naturaleza, había pensado que en su futuro no habría nadie. Ella tenía otros planes más allá de confraternizar con un varón, un trabajo como casamentera carnal, que en muchas ocasiones terminaba en una hermosa boda. Le gustaba lo que hacía, cómo lo hacía y lo que suponía ser la Duquesa X.

Además, era una mujer que se había forjado a sí misma, que predicaba sobre la lujuria, sobre el placer, que mediaba entre las mujeres más inseguras y sus amantes. Considerada infame para muchos, Althea se sentía muy segura de lo que era, de lo que hacía. Podrían criticarla, la sociedad podría tratar de destruirla, pero si Wins no logró hacer mella en su coraza, nadie lo haría. El destino estaba para ser conquistado por los valientes y ella no se había considerado jamás cobarde. No era la misma muchacha ingenua que se casó embelesada. Era una mujer. Una mujer adulta, forjada en la infelicidad, destruida en su momento para volver a renacer de sus cenizas. Brendan y Morgan la habían ayudado muchísimo a recomponerse, pero ella sola había tenido la obligación de recuperarse por completo, de volver a vivir.

Aquiles. Él le había dado un primer encuentro tal y como ella había deseado, cargado de una pasión desenfrenada, mezclada con lubricidad, y pese a que lo había disfrutado, echaba de menos algo… Algo que tenía que ver con las caricias tiernas, algo alejado de la crudeza del acto carnal. Deseaba volver a yacer con él y sentirse amada, honrada con su cuerpo, no solo saciada y satisfecha por haber cubierto sus necesidades secretas. Deseaba alimentar su alma además de a su cuerpo, aunque no daría por supuesto nada. Las veces que ambos se encontrasen en el lecho no estarían sujetas a obligaciones o imperativos. Surgirían de modo natural, salvaje o romántico. Todo estaba bien mientras ellos estuviesen bien. ¿Lo estaban?

Las relaciones entre hombres y mujeres eran del todo complejas. Una persona no debería conformarse con una sola vertiente de las

muchas que podía ofrecer una relación. Althea lo deseaba todo. Todo de Aquiles. Todo con Aquiles. Desenfreno y amor. Traspasar los límites socialmente establecidos, donde una dama se tenía que recostar sobre el colchón de plumas, intrigada por su noche de bodas y sin saber a lo que iba a enfrentarse porque nadie le hablaba de ello. Y, en el peor de los casos, esa misma dama no llegaría a conocer las bondades del acto reproductivo si su esposo no tenía la intención de mostrarle lo que podía llegar a ser. La tónica predominante era que no se tenía que herir la sensibilidad de las esposas mostrando las necesidades primitivas de los maridos, porque para eso existían las amantes, mujeres que tenían la misión de ser usadas para satisfacerlos a ellos. Entonces… ¿por qué no usar ese ejemplo a la inversa? ¿Por qué no podían tener las mujeres curiosas la posibilidad de experimentar la dulce lujuria?

—Puritanos, malditos todos… —susurró Althea entre más maldiciones.

—Puritanos o no —habló Morgan—, son la sociedad y son los que determinan lo que es correcto o no. Algo tenemos que hacer para contener el escándalo.

Althea estaba sentada en una de las salitas que formaba parte de la casa que la respetable *lady* Wins tenía en propiedad, en pleno Mayfair. Morgan figuraba a su lado, mientras que Brendan y Greyson se encontraban en los flancos de cada una. Era a todas luces un gabinete de crisis que contaba además con la asistencia del duque de Rothgar. James Salsbury no había permitido que la comitiva viajase sin su compañía, puesto que, tal y como señaló, Aquiles la había dejado bajo su amparo. Por descontado que la afirmación irritó a Brendan, dado que el mastodonte se consideraba más que capaz de ocuparse de su familia. No obstante, Rothgar los había seguido en su propio carruaje y todos desembarcaron en Mayfair entrada la noche.

Habían cenado de modo civilizado y todos aceptaron aguardar a los postres para debatir sobre lo que no era un escándalo, era una catástrofe de proporciones bíblicas.

The Times estaba en manos de todos y los susurros se escuchaban incluso con las puertas y ventanas cerradas.

—Tuve que haber puesto mayor atención en ti —le dijo Rothgar mientras la veía sin la peluca, sin el kohl sobre los ojos—. El disfraz es convincente, eres una verdadera condesa, mientras que elegiste fingir ser duquesa en la ficción.

—¿Has terminado ya de lamentarte por mi engaño, James? —saltó Althea—. Porque tengo problemas más importantes de los que ocuparme.

—No hay solución posible —terció Rothgar—. Te han pescado y estás condenada, solo cabe pensar que el título que Darkworth pondrá

sobre tu cabeza sea lo suficientemente estable para no hacerte volcar.

—¿Qué título? —preguntó Greyson con el ceño fruncido.

—Darkworth pretende casarse con ella —dijo con alegría Morgan. Vio el momento exacto en el que a Greyson Amery le cambió el semblante por uno de incredulidad.

—Nadie sabe dónde está Darkworth en estos momentos, por lo que no vamos a contar con su ayuda. Estamos solos en esto —señaló impasible Brendan. La idea de alejarse de Althea lo ponía de muy mal humor y él sabía que el duque se la llevaría lejos de ellos si en verdad acababa casándose con ella, cosa que por otro lado no tenía clara, porque había desaparecido sin dejar indicación alguna.

—¿Cuál es el plan para contener la situación? —preguntó Morgan, al tiempo que enfocaba los ojos en Althea.

—La única solución factible es que *lady* Wins, es decir, yo, coincida en un baile con la Duquesa X.

—Los periódicos se han inclinado por llamarte Duquesa Infame, no Duquesa X. Supongo que es más llamativo usar ese nombre para definirte —terció Morgan. A ella le gustaba más la palabra Infame que la X, era más atrevida.

—¿Eso es lo que tienes que decir después de que ella —Greyson señaló a Althea— haya planteado la posibilidad de duplicarse? Porque creo que es imposible que la Duquesa X o Infame, como rayos queráis decirlo, aparezca al mismo tiempo que la condesa viuda de Wins… Así que hablo en nombre de todos y en el mío propio cuando pregunto… ¿Nos hemos vuelto locos, o qué?

—La fiesta de la duquesa de Gales será pronto. Es una cita muy aplaudida. Elvina nos ayudará —dijo Althea con seguridad.

Elvina Lamark, actual esposa del duque de Gales, la que fuese durante largos años atrás la marquesa viuda de Ailsa, sería una excelente aliada en su causa. Althea había coincidido varias veces con ella y pronto se dio cuenta de que Elvina, tan madura como era, tenía una forma de pensar muy… peculiar. *Lady* Wins hizo buenas migas con ella de inmediato.

—No —se negó Rothgar—. No, me niego a ir a casa de los duques de Gales, y puesto que Darkworth me puso al mando a mí… No iremos.

Althea lo miró con lástima. Se había olvidado de que el duque de Rothgar había tenido un *affaire* de lo más intenso con Elvina hacía algunos años. Aunque ella no había mediado en ese encuentro, gran parte de la sociedad especuló sobre la diferencia de edad entre ambos amantes. Se decía que Rothgar mismo, junto con un médico apellidado Penguin y el duque de Gales habían peleado sin descanso por la mano de Elvina.

—Es la única solución que podría funcionar —le dijo Althea a

Rothgar.

—No lo es, porque tú no puedes estar en el mismo momento y en el mismo lugar que tu némesis, la Duquesa Libertina.

—¿Libertina? —inquirió con mofa Morgan.

—Ese apodo lo he escuchado mientras daba un agradable paseo por Mayfair —explicó James.

—Dudo que hayas hecho algo así —le recordó Althea a su amigo.

—Y fíjate que incluso así escuché eso y mucho más. La situación es muy delicada. —James maldecía a Aquiles por dejarlo solo ante tanta presión.

—Es un rumor malicioso que vamos a aplastar —sentenció con convencimiento Althea, mientras miraba con una gran sonrisa a Morgan.

—¿Por qué tengo la sensación de que me acabo de convertir en una vestal que terminará pagando la ofrenda a los dioses con su propia vida?

—Si no te conociese mejor, querida, diría que estás siendo obtusa. —Morgan rodó los ojos con ese recordatorio—. Tenemos prácticamente la misma altura. El mismo color de ojos…

—Ah, no… No, no y no —se negó de pleno Morgan con lo que sospechaba que Althea iba a proponer.

—Sí. Tú me has visto actuar en el papel que he desempeñado como casamentera carnal. Elvina es lo suficientemente atrevida como para invitar a la Duquesa X a su respetable fiesta, y tú y yo mantendremos una pequeña conversación, que nos aseguraremos de que todos escuchen, donde tú te reirás infamemente cuando me veas, y yo severamente cuestionaré que alguna vez alguien pensase que yo podría ser la malvada Duquesa X.

—¡No puedo hacer eso! —se negó una vez más llena de pánico Morgan.

—¿Por qué no? —preguntó sin comprender el problema Althea.

—Porque… porque… porque…

—¿Sí? —la azuzó *lady* Wins al ver que no se le ocurrían razones de peso para no prestarse a su plan. A veces la solución más sencilla era la mejor opción.

—Porque tengo menos pecho que tú y no llenaré el vestido —dijo como si eso fuese la mayor de las razones.

Althea se rio.

—Yo lo veo de lo más aceptable —razonó Rothgar, mientras examinaba con descaro la parte delantera de Morgan.

—Si no apartas tus ojos de ella, te quedarás sin poder abrirlos durante un mes y lo último que verás serán mis duros puños —lo amenazó Brendan con ira. Lo que hizo que Rothgar desviase la vista hacia la ventana. No tenía ganas de comenzar una batalla con el

mastodonte que a todas luces acababa de ponerse celoso.

—No necesito que me defiendas de miradas lascivas —le dijo Morgan al que de pronto acababa de nombrarse su guardián. Brendan no le prestó atención. Estaba concentrado en Rothgar.

—No fui yo quien llamó la atención sobre tus pechos —dijo indignado James—. Soy un hombre y siento una natural curiosidad en lo que a comparar tamaños de senos se refiere.

—Si no te callas, te quedarás ciego y además te romperé los dientes… Con tener que soportar a un duque tengo bastante, dos sería mi muerte. —Brendan no deseaba más complicaciones que las que ya tenía con Darkworth. Sumar a Rothgar en la ecuación sería… mejor le iría si se pegaba un tiro en la sien. ¡Dos duques en su familia no!

James se mostró divertido con la reacción del inmenso gorila, como lo solía llamar Aquiles.

—Curioso que tres balas no te induzcan a tener pensamientos de muerte, y que la amistad de dos duques te haga pensar que acabarías sepultado —se burló Althea.

—¿Podemos centrarnos en lo que realmente importa? Porque más allá de los senos de Morgan, el problema es que ella no tiene la paciencia suficiente para enfrentarse a la alta sociedad, ni mostrar tus modales, y sacará su daga en el momento en el que un hombre se muestre con derecho a tenerla en la cama. Tú —dijo Greyson mientras miraba a Althea— eres más sutil y conoces mejor el juego. Creo que prefiero el escándalo a vernos a todos tramando un plan para sacar a Morgan de Newgate cuando le rebane el pescuezo a un noble o un caballero de altos vuelos.

—La señorita Pusset sabrá actuar a la perfección —alegó Althea mientras hacía un aspaviento con la mano para restar importancia a lo que Greyson acababa de apuntar.

—No lo creo… Es más probable que tengáis que rescatarme de la prisión por degollar a un cerdo lascivo —musitó por lo bajo Morgan. Las palabras fueron escuchadas por todos, pero nadie se atrevió a refutarla.

—¡Bien! Tenemos un plan. Así que Morgan y yo, si nos disculpan, caballeros, pasaremos al próximo asunto urgente que tenemos pendiente.

—¿Estrechar el escote del vestido que llevará la señorita Pusset? —indagó Rothgar con una sonrisa—. Tal vez pudiese ser de ayuda —se ofreció gentil.

Se escuchó un gruñido por parte de Brendan, a lo que Rothgar optó por dejar de irritarlo.

—Siéntase libre de marcharse a su casa cuando desee, excelencia —le sugirió Morgan ceñuda.

—No lo haré. Y es una descortesía que tratéis de echarme de aquí

cuando yo fui el más hospitalario de los duques mientras él —señaló al mastodonte— se recuperaba de las heridas de bala. Así que disfrutaré de la bodega de *lady* Wins, preferiblemente en un despacho que no tenga… —James miró la decoración florida y cargada de la salita donde estaban— excesivos adornos femeninos mientras tomo una bebida espirituosa. Y dado que no encontraré mejor compañía, el gorila y tú —miró a Greyson— podéis acompañarme.

Entonces los caballeros se marcharon de allí y las dos mujeres se quedaron departiendo sobre la inminente cita que la vizcondesa Restford, que había regresado del campo, tendría con Mason Wilson, porque Althea no iba dejarse amedrentar, menos cuando tenía un plan de acción que la exculparía de todas las habladurías.

Cuando Brendan, James y Greyson giraron el primer tramo del pasillo se escucharon unas voces.

—¡Le juro por los mejores zapatos de mi abuela que le daré un puntapié como no me deje pasar! —Era una voz femenina, de un tono algo estridente.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Brendan cuando llegó hasta el centro de la discusión.

—Lo que ocurre es que esta gatita se ha colado en un lugar donde no debería estar —le dijo al señor Sallow uno de los lacayos de la casa.

—No soy ninguna gatita, y si me he visto en la obligación de invitarme en esta casa sin tener invitación, es por un asunto de suma urgencia que debo debatir con… —la joven se quedó pensativa un instante, Brendan gruñó porque toda ella apestaba a problemas. Desde su caro vestido de muselina, hasta su perfecta dicción e impecable peinado—… ¿Cómo debo llamarla, *lady* Wins o Duquesa Infame?

Rothgar comenzó a reírse, Greyson ladró y Brendan suspiró.

—Pareces un poco inteligente, lo suficiente como para saber que los rumores la gran mayoría de las veces no son ciertos. Además, eres muy joven, excesivamente, para plantearte si quiera pensar en que necesitas un amante. —Sallow estuvo satisfecho cuando vio a la muchacha pecosa de pelo color caoba apretar los labios.

—Bueno, te ves capacitado para arreglar el problema —le dijo Rothgar a Brendan—, cuando termines de ocuparte del… asunto —el duque miró con humor a la muchacha—, tu amigo y yo te esperaremos en… en donde sea que me lleve Amery.

Así fue como el duque de Rothgar, Greyson y el lacayo que había retenido a la muchacha en el pasillo desaparecieron rápidamente, dejándolo a él para ocuparse del *asunto* que vestía vaporosas muselinas.

Brendan cruzó los brazos sobre su poderoso pecho y ella abrió los ojos de par en par.

—Si va a hacerme daño le convendría saber que soy hermana de un duque y que…

—¡Cómo no! —exclamó exasperado. ¿Los duques crecían en los árboles? Y lo más preocupante, ¿tenían que caer como manzanas a sus pies?

—Esos impresionantes músculos que veo tras su liviana camisa blanca no hacen que le tema ni un poco. ¿No debería usar un chaleco y una chaqueta? Está desatendiendo las normas de vestimenta. Da igual. No le temo.

Él sonrió de lado.

—Trata de decir lo mismo pero sin que tu labio inferior tiemble. Entonces tal vez pueda llegar a creerte *un poco* —dijo con retintín usando las mismas palabras de ella.

—Le juro por los mejores zapatos de mi abuela que no…

—Es hora de que te muestre la salida, pecosa.

—No pienso marcharme de aquí sin ver a… a quien he venido a ver. —Brendan se obligó a no mostrar su sonrisa cuando la vio cruzar los brazos sobre su pecho. También evitó que sus ojos echasen una mirada a su escote. Maldito Rothgar por haberle hecho pensar en senos momentos antes. Maldita la joven que tenía enfrente por no ir más recatada.

—*Lady* Wins no es la Duquesa X. Es solo una viuda tranquila que te haría ponerte a balbucear con solo una mirada. Es un viejo dragón, te lo aseguro.

—No es eso lo que pone en el periódico —rebatió presta.

Brendan suspiró. Malditos periódicos.

—Aunque ella fuese la Duquesa X, no eres el tipo de mujer a la que ayudaría.

—¿Qué tengo de malo? —saltó ofendida, haciendo que sus brazos dejasen de estar cruzados, al tiempo que se daba una mirada a sí misma. Cierto que estaba entrada en carnes, pero eso la hacía sobresalir del resto. Las mujeres redondeadas también tenían su encanto. Eso solía decir su hermano, el duque de Hardcastle, cuando no hacía que su vida fuese miserable.

—Eres demasiado joven y estás en edad de casarte. Así que si en verdad eres familiar de un duque…

—Es por mi hermano por lo que preciso verla de inmediato. Hardcastle no tiene tiempo para mí, me siento sola y he decidido que tiene que casarse, darme una hermana por matrimonio y sobrinos. Sí, montones de sobrinos a los que cuidar. *Lady* Wins o la Duquesa X, o como tenga que llamarla, debe ayudarme con mi plan, porque soy nefasta como casamentera. Se lo juro, lo he intentado tres veces y las tres han sido… ¡un estropicio! Hardcastle se las sacudió de encima sin pestañear y mi desespero es tal que me he invitado sin invitación —

volvió a recordar— en esta casa. Y eso no es lo peor, he tenido que alquilar un coche en medio de la noche, y es un milagro que siga viva, así que mi hazaña tiene que ser recompensada con una entrevista con… con *lady* Wins o la Duquesa X. Será un minuto, lo juro.

—Antes dije que parecías un poco inteligente. No lo eres en absoluto.

—¡Oiga! —se enfadó.

—Ahora tienes que irte antes de que tu reputación se resienta.

—¿No ha escuchado nada de lo que le he dicho? —preguntó devastada.

—¿Vas a salir por tu propio pie o me obligarás a cargarte en brazos?

La muchacha pestañeó y sonrió.

—¡Atrápeme si puede! —lo retó. Y salió corriendo, de tal modo que se deslizó por debajo de las piernas de Brendan con gracia, dado que Brendan era un gigante un poco lento.

Él gruñó enfurecido y la joven abrió la puerta de la que había visto salir a los tres hombres esperando que su salvadora estuviese allí para librarla de las fauces de un hombre enorme que la perseguía y gruñía como si fuese un animal de la selva. No uno pequeño como un pingüino… Bueno, los pingüinos no residían en la selva, pero él le recordaba a uno. ¿Por qué no vestiría él con un chaleco y una chaqueta como hacían el resto de los caballeros? No, su camisa de batista le quedaba perfectamente amoldada dentro de sus pantalones negros. ¡Un pingüino que rugía como un tigre o algo más grande! Tal vez un elefante, con una gran trompa…

La muchacha entró en la salita y cerró la puerta tras de sí.

—Necesito hablar con *lady* Wins, es mi última y gran esperanza —dijo a toda velocidad.

La puerta se abrió y ella se movió a un lado cuando lo divisó con cara de enfado.

Brendan no se lo pensó ni un segundo, la sujetó entre sus brazos y la aupó.

—¡Vaya! —exclamó la dama cuando se vio alzada del suelo. Nunca un hombre la había tocado. La joven colocó sus brazos sobre su cuello por miedo a caerse, no porque quisiera ver si en verdad estaba fabricado de hierro puro. El grandote que la sujetaba era un hombre, ¿no? Porque parecía algo mucho más… menos… más… ¡No se parecía a ninguno de los muchachos que habían tratado de hacerle la corte durante la temporada!

—Te has metido en un buen lío, pecosa —dijo Brendan a la vez que se encaminaba con ella hacia la puerta.

—Si alguna de las dos es *lady* Wins, o la Duquesa Infame, o la Duquesa Libertina, o la Duquesa X… ¡Como sea! Por favor, el duque

de Hardcastle necesita con desespero una intervención efectiva. Mi hermano tiene que casarseeeee —gritó cuando la puerta tras ambos quedó cerrada. La joven miró a Brendan con lástima—. No le costaba nada dejarme hacer mi exposición. Usted acabará en el infierno por no ayudarme.

—Ya he estado allí, se está caliente y es un lugar agradable para ir de visita, o incluso para vivir.

Tras Brendan, la puerta se volvió a abrir. Él no se dio la vuelta. Intuía que sería Althea la que saliera tras sus pasos.

—¡Sallow! Detente ahora mismo —le ordenó la condesa de Wins.

—No —dijo él, mientras se alejaba a toda prisa con la joven todavía en sus brazos.

—No se apure, estoy cómodamente instalada. Nunca me habían llevado en volandas. Solo recuerde que Hardcastle necesita una buena esposa. Si usted no es la que media entre hombres y mujeres, hágaselo saber a la Duquesa Infame, o Libertina, o X, o como sea…

La muchacha ya no osó continuar con su explicación porque otra mujer de aspecto más severo que la que le había dado una orden a su… a su… ¿Qué era él? ¿Un pingüino? ¿Una mole de hierro? ¿El hombre que la paseaba gratamente en sus brazos? No lo sabía, pero *lady* Venus Culpepper se sentía volando en una nube algodonosa. Y él olía tan bien… como a fuerza bruta, a enojo y a fascinación… ¿La fascinación podría ser un perfume? Una vez escuchó a una americana hablar con unas amigas frente a las que afirmó que había conocido a un hombre que apestaba precisamente a fascinación. Podría ser cierto… En fin, que Venus se detuvo en su explicación cuando dejó de tenerlas a la vista.

Althea, al ver que la pareja había doblado la esquina y no era visible, se apresuró a ir tras Brendan, pero Morgan la sostuvo por el brazo para frenarla.

—No te hará caso, creo que la muchacha ha burlado la vigilancia de él o algo por el estilo y estará imposible. Deja que la escolte a su casa y más tarde averiguaremos lo que deseaba la joven de ti.

—Ha dicho que era la hermana de Hardcastle, Sallow tendrá problemas serios si la dama acude al duque explicándole que nuestro protector la aupó como si fuese una pluma. —Y eso que la dama no era delgada.

—Sospecho que la intrusa se ha escapado de la seguridad de su hogar a horas intempestivas y ha allanado una casa ajena, con el fin de buscarle pareja al duque. Por su propio bien no dirá nada a nadie. Abordaremos este problema más adelante. Regresemos adentro y terminemos de establecer el plan para Mason Wilson y la vizcondesa. Brendan se ocupará de que ella regrese a casa sin un solo rasguño —insistió para tranquilizar a su amiga.

Althea asintió. No estaba convencida de dejar ir a la hermana de un duque con Brendan, pero poco podía decir al respecto, pues cuando su guardián se tornaba terco, hacía falta un buen desafío para regresarlo al redil y a ella no se le ocurría nada con lo que amenazarlo.

Mientras Althea y Morgan volvían a la salita, Venus miraba con fijación a su captor. Sus ojos eran de un tono extraño, una mezcla de verde, marrón y un poco de amarillo. Los tenía grandes. Su rostro tenía bastantes cicatrices, unas más pequeñas y otras más evidentes. Pobladas cejas oscuras y labios apetitosos.

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo? —La pareja bajaba por las escaleras, por lo que ella se afanó en agarrarse a su cuello para no darse de bruces sobre el suelo, dado que estaba a una larga distancia y la caída le causaría daño.

—No lo sé, pero no me gusta.

—No tengo nada más interesante que observar que su rostro adusto. ¿Qué significa adusto? Siempre he deseado utilizarlo en una frase y me ha parecido conveniente, aunque dudo de si lo he empleado bien. Además, no soy yo la que le ha cogido al brazo a usted —refutó.

—No lo habría hecho si hubieses sido una niña buena y te hubieras dado la vuelta cuando te lo sugerí. No debiste entrar aquí —zanjó. Su rostro era mucho más que adusto.

—¿Niña?

—Eso eres, una mocosa malcriada que no ha valorado sus acciones al venir en busca de una mujer que no es la Duquesa X.

—Por supuesto… por eso usted ha intervenido de un modo tan abrupto. —Venus no se creía nada—. Uhm, abrupto, esa creo que sí la he utilizado bien. Y debo decirle que estoy lejos de ser una muchacha, tengo veinticinco años —precisó con orgullo. Ser una solterona era mejor que ser una mocosa—, y por descontado no estoy malcriada, porque mi hermano no me hace el menor caso. —Ahí eso dolió. Ese reconocimiento hizo que sus ojos se humedecieran. Hardcastle la mantenía a un lado y la hacía sentir tan sola…

—¿Vas a ponerte a llorar?

—Desde luego que no. —Pero su negativa orgullosa no tuvo mucho sentido cuando Venus se acurrucó sobre el cuello de Brendan y este notó las lágrimas de ella.

Sallow masculló una maldición interior.

—*Lady* Wins no es la Duquesa X, pero yo la conozco, le diré que se interese por Hardcastle. ¿Eso hará que dejes de llorar?

Ella se despegó de su abrazo y lo miró con una brillante sonrisa, y los ojos llorosos.

—No estaba llorando —se reafirmó en su mentira—, pero

agradecería que hiciera por mí lo que ha dicho.

Brendan afirmó con la cabeza. Dios librase a la humanidad de las mujeres entrometidas que no sabían su lugar.

Ambos traspasaron la puerta principal de la mansión. La calle estaba desértica.

—¿Dónde está tu carruaje de alquiler?

—No tengo ninguno.

—Dijiste que tuviste que alquilar uno para llegar hasta aquí.

—Ah, eso… Lo hice para darle más pena a ver si recompensaba mi esfuerzo, cosa que es evidente que no funcionó, así que no me siento culpable por mentirle. Vivo a tres casas de distancia. Usar un carruaje para un recorrido tan corto hubiera sido un desperdicio de recursos. Siempre he considerado que caminar es más ameno.

—¿Caminaste hasta aquí tú sola por la noche? —Brendan no daba crédito a la osadía de ella. Pudieron haberla atacado.

—Fue un paseo bastante seguro bajo la luna y las estrellas. No hay bandidos en Mayfair a ninguna hora del día o la noche.

—Eres demasiado osada y confiada.

—Mientras eso haga que Hardcastle se case, estaré bien con los insultos que se le ocurran.

—No era ningún agravio, pecosa. —Ella abrió la boca para responderle, pero él no le dio opción cuando le dijo—: Ahora te acompañaré hasta tu casa y tienes que prometerme que no volverás a correr ningún estúpido riesgo como el de esta noche.

—¿Haremos el camino así? —preguntó ella, con la puerta de *lady* Wins tras ambos, y sin que él diese ni un solo paso para iniciar el camino.

—¿Así, cómo? —No la entendió.

—Estoy en sus brazos, Sallow. ¿Es ese su nombre? Escuché a una de las dos damas decirlo en un grito formidable que imitaré cuando mi hermano me pida algo que no deseo hacer, pero me resulta extraño. Sallow… No concuerda con usted.

—¿No? ¿Cómo debería llamarme?

—Roca, o Duro o… ¡Pingüino grande! Sí, ese último sería más aceptable, porque me recuerda a un pingüino gigantesco. Enorme… —Él acabó riéndose sin quererlo—. ¿Eso ha sido su risa o un gruñido? —preguntó Venus con humor.

—Eso ha sido un: buenas noches, porque te acompañaré a casa y no volverás a molestarme nunca más. Tú iras delante y yo a una distancia prudencial. ¿Dónde está tu capa?

—No hacía frío, así que no la traje.

—Debiste usarla para proteger tu identidad —la regañó.

—Mi reputación no es algo que deba ser preservado, ya le dije que tengo veinticinco años. Soy una solterona que no tiene lugar en el

mercado matrimonial.

Brendan, llegados a ese punto, la dejó en el suelo. Ella se obligó a soltar su cuello. Estar tan cerca de un hombre había resultado ser una experiencia de lo más exquisita y placentera.

—No me creo ni por asomo que tengas la edad que dices. Como mucho tienes veinte, tal vez diecinueve —calculó él.

—Adulador —se burló la joven, sabiendo que no se lo decía como un cumplido—. Pero no he mentido sobre eso, es mi apariencia. Le juro por los mejores zapatos de mi abuela que estoy más cerca de los veintiséis que de los veinticuatro. Es este pelo dorado y mis ojos azules. —La joven se tocó el moño recogido con varios tirabuzones que caían—. ¡Una maldición!

—Sí, la belleza y la juventud eterna es una gran maldición —dijo él mientras la evaluaba. Se veía muy joven. Si en verdad tenía la edad que aseguraba, parecía una dama recién salida del cascarón, pero no se comportaba como tal. Eso fue evidente cuando se atrevió a colarse en casa de la Duquesa X.

—¿Le parezco bonita? —inquirió Venus con el ceño fruncido.

—Las lloronas me repugnan. Comienza a caminar y hazlo rápido.

—Bruto… Sí, ese sería un mejor nombre para usted —añadió, antes de bajar los escalones de la entrada principal y comenzar el regreso hasta su casa.

Brendan Sallow la siguió a una distancia adecuada, en las sombras, sin decir una sola palabra.

Cuando Venus abrió la verja de hierro forjado para acceder a su casa, se giró para mirarlo, con el pensamiento de mostrarle su gratitud, pero no vio a nadie. ¿En verdad la había acompañado o la dejó a su suerte?

Sacudió la cabeza. Lo que había necesitado parecía que había sido logrado. De una u otra manera ella conseguiría hablar con la Duquesa Libertina, o como se hiciese llamar, porque Venus Culpepper confiaba en la palabra del pingüino gigante. Y si él le fallaba, haría otra incursión en la morada de *lady* Wins, así que lograría lo que deseaba.

***

Mason Wilson no entendía qué había tenido de seductor para York o para Liam Banstorn convertirse en un disoluto. No era nada agradable interpretar el papel de pícaro sin corazón, más si se iba disfrazado de gladiador romano o algo por el estilo. Suerte que se mantenía en forma.

La crianza del duque de York y del hermano de este había ocupado la mayor parte de sus atribuciones y Dios sabía que los dos muchachos necesitaban atención diaria y constante. No había echado de menos a una mujer porque no tenía tiempo ni de eso cuando los hermanos

Banstorn estaban cerca. Criar a dos huérfanos de padres siendo el único familiar vivo —aunque ilegítimo, puesto que Wilson era hijo natural del abuelo de York— supuso para el señor Mason Wilson todo un gran reto que finalmente fue espléndido cuando ambos se casaron enamorados de sus esposas.

Ayudar a York y a su esposa Isobel con sus hijos era un sueño para él. Jugar al pícaro desenfadado… No lo tenía tan claro. Cuando tiempo atrás la Duquesa X le propuso participar en las hazañas de alcoba que en su infame casa ocurrían, se sintió halagado y honrado ante la invitación. La perspectiva de ser malvado era atrayente, pero la certeza de que iba a serlo… eso era aterrador.

No era un hombre inexperto, solo exigente en cuanto a las pocas conquistas que había logrado a lo largo de los años. Había tenido una buena amistad con una cocinera que trabajaba para el duque y que luego fue trasladada a casa de Liam Banstorn cuando York le pidió que le echase un ojo a su hermano para que no se descarriase todavía más. Ella lo cambió por el panadero, o un cochero, o alguien que la mujer dijo que era mejor partido que él.

Sintió la pérdida, pero la primogénita de York, de nombre Gwyneth, ayudó a mitigar la decepción. ¿Y si Malcom tenía razón y acababa con el corazón fragmentado? Era una posibilidad muy real, porque Mason Wilson no sería capaz de separar su alma del propio acto físico de la fornicación como aseguraba York que solía hacer en sus años más oscuros, cuando el amor no estaba sobre la mesa, cuando la depravación lo sedujo.

Tocar a una mujer, acariciarla, era mucho más que solo disfrutar de su delicada piel. Era un gesto de aceptación, de deseo, de confianza. ¿Cómo podían los hombres dejarse cegar con un gran pañuelo y yacer con una dama sin conocer su aspecto? Todo le parecía frío, demasiado secreto.

Mason relinchó por cuarta vez mientras Morgan comenzaba a ponerle el pañuelo en la cabeza para taparle los ojos, como si de un corsario se tratase.

La habitación tenía tintes exóticos, con pirámides dibujadas en las paredes. La cama estaba escondida bajo un manto de numerosos cojines de todas las formas y tamaños. La luz de las velas era baja, muy baja, tanto que al señor Wilson le costaba ver algo. Imaginaba que todo era como un teatro dispuesto a crear una función con solo dos protagonistas. Le habían dicho que la mujer con la que pronto se encontraría merecía ser Cleopatra y que por eso había elegido esa habitación en concreto. Lo que no tenía claro Mason era si él tenía que ser el conquistador Julio César o el dócil Marco Antonio. Tal vez una mezcla de ambos fuese bien para la ocasión.

—¿Está nervioso? —le preguntó la condesa viuda de Wins. Morgan

frenó su acción para terminar de arreglarlo ante la pregunta de su patrona. Por lo que no le cubrió todavía los ojos.

—No, solo creí que esto sería más fácil. No lo es.

—¿A qué se refiere, señor Wilson? —indagó Morgan.

—No nací con un título, ni riqueza, ni propiedades, pero me considero un caballero en cuanto a relaciones… Bien, digamos que aunque el matrimonio nunca fue una opción para mí, en caso de haberlo barajado, habría cortejado a la dama, le habría agasajado con dulces, alguna joya discreta…

—Lo que trata de decir es que no hubiese pasado a la cama a la primera ocasión —señaló Morgan con admiración.

—Exacto —concordó Mason.

—Es poco frecuente que un hombre no desee sencillamente tumbar sobre su espalda a la dama y… ya sabe. —Morgan estaba embelesada por la corrección del hombre de York.

Cabe señalar que tanto Morgan como *lady* Wins estaban ataviadas con sus respectivos disfraces como Duquesa X y su secretaria. Pelucas rubias, kohl, labial rojo y vestidos del mismo tono para Althea y otro menos llamativo para Morgan, estaban a la orden del día.

—Señor Wilson —comenzó a decir Althea—, no pretendo insultarle con la pregunta sincera y poco correcta que voy a hacerle, pero es mi deber entrevistarlo en confianza.

—¿Desea saber si soy virgen, duquesa? —preguntó con una ceja alzada Mason.

—Un hombre con su atractivo habrá tenido múltiples oportunidades para seducir a una dama, estoy convencida de ello —relató la Duquesa X con suavidad—. Lo que deseaba preguntarle es si necesita alguna guía o indicación para lo que está a punto de suceder. Estamos fuera de mojigaterías aquí. Espero que lo entienda y aprecie la confianza que estoy mostrando en usted y me premie con la misma moneda.

Él afirmó dando su conformidad sobre la última explicación de la dama.

—¿Habla de trucos que hagan a mi compañera extasiarse? ¿Se refiere a eso?

—Sí, por ejemplo. Ese sería un asunto que podría preguntarnos sin ningún apuro a mi ayudante o a mí. Usted no me censuró cuando York vino para pedir mi participación en el emparejamiento de su hermano Liam, así que me gustaría devolverle la atención que siempre he recibido de su persona, si cree que necesita algún tipo de orientación. Se percibe en usted que es un caballero de los que quedan pocos, así que estoy segura de que no ha sido nunca un libertino como los hermanos Banstorn.

—En efecto, no lo he sido, porque he tenido mucho trabajo

intentando que ambos no lo fueran. Cosa en la que fracasé estrepitosamente, dicho sea de paso. Sin embargo, he escuchado suficientes conversaciones desvergonzadas para tener cierto grado de… digamos pericia a la hora de poder hacer bien lo que de mí se espera esta noche.

Althea le sonrió.

—No debería decirle esto, señor Wilson, pero la dama me sugirió que usted sería un candidato formidable para pecar.

—Pecar… Una palabra extraña para referirse al placer. Supongo que no sería nada como un pecado cuando media entre ambos amantes el matrimonio. Ya ve, duquesa, tan habituado como estoy al libertinaje por haber estado conviviendo con dos jóvenes que hubiesen hecho sonrojar a la mismísima lujuria, y me siento como un vicario a punto de regañar a un puñado de faldas ligeras por disfrutar de su cuerpo. Nunca me creí tan convencionalista.

—¿Quiere echarse atrás, señor Wilson? Esto se hace por diversión, para disfrutar sin restricciones. No tiene que hacer nada que no desee. Esto no es un prostíbulo aunque aquí se peque. No. Esto es un refugio para mujeres que desean más, mucho más de la vida, que pretenden conocer el placer con el compañero adecuado.

—No. No me echaré atrás. No me arriesgaré a que York me convierta en el bufón de la corte y me ridiculice por no tener las agallas suficientes para disfrutar. —Eso sería lo que sucedería porque conocía bien a Malcom.

—Y sin embargo, sus manos tiemblan, señor Wilson —observó Morgan mientras se las agarraba para infundirle valor.

—Eso es porque creí que era un desconocido más aquí, no un hombre al que la mujer, con la que dentro de unos minutos me acostaré, había elegido. ¿Qué pasará si no soy lo que espera? ¿Si mis viejos trucos no sirven para hacerla gemir y suspirar? —Puesto que la Duquesa X le había pedido confianza, él estaba dispuesto a otorgarla.

—Sé de lo que hablo, señor Wilson, cuando le digo que con un solo beso, con la caricia adecuada o con un simple suspiro efectuado en el momento oportuno, las mujeres podemos ser catapultadas al cielo. Y esto que voy a compartir con usted, lo he aprendido más tarde que pronto. Verá, cuando una mujer va a la cama con un hombre, no espera ser montada de modo glorioso, o montar a su semental con iguales expectativas. No le mentiré, esa sería una ventaja añadida en el proceso, pero lo que realmente deseamos cuando invitamos a un compañero a compartir nuestro lecho es solo sentirnos amadas, deseadas. Bésela, tóquela por todas partes, susurre palabras dulces o de aliento, no necesita ser el campeón de la lubricidad para que su dama acabe con una sonrisa en los labios. ¿Sabe que tengo una amiga que me ha pedido que le encuentre un hombre, para que solo le dé

conversación mientras comparten, aquí en mi casa, una taza de té?

—¿Una taza de té? ¿Sin fornicar? —Althea asintió ante la pregunta de Wilson.

—Las necesidades femeninas son sencillas: amar y ser amada. O en otras palabras más simples: ser apreciada. Usted bien podría decirme que eso es imposible puesto que, como bien intuye, muchas de las mujeres que vienen a mi casa no han visto previamente a sus compañeros de fechorías, pero eso no es significativo cuando uno se desnuda el cuerpo, y el alma, porque al compartir la cama, hay una confianza excesiva en la otra persona que está frente a nosotros. Uno tiene que confiar en que recibirá lo que dé en el lecho y ser generoso a la hora de entregarlo todo, sin reservas. No hace falta conocerse, solo confiar. La dama que pensó que usted sería más que apropiado para ella está convencida de que recibirá mucho más de lo que sea capaz de entregarle a usted.

—¿Por qué? —se interesó Wilson, mientras pensaba en la identidad de la dama que lo había solicitado expresamente a él para… pecar.

—Porque es viuda y como la gran mayoría, como yo misma en su momento —desveló sin vergüenza—, solo se le dijo que en su noche de bodas tendría que levantarse el camisón mientras permanecía tumbada sobre su espalda y soportar el asalto de su esposo estoicamente.

—Hay esposos que enseñan lo que les gusta a sus mujeres, libertinos que se casan y no esperan acudir a los brazos de una amante que mitigue el hambre que las madres de sus futuros hijos no son capaces de calmar.

Althea le sonrió más ampliamente.

—No todos los nobles de alta alcurnia han tenido a un señor Wilson para enseñarles lo que es correcto.

Él suspiró con fuerza. Ni el cumplido que acababa de recibir lo tranquilizaba.

—Estoy aterrado —dijo mientras suspiraba con fuerza.

—Y eso le honra todavía más. En mi casa no encontrará nunca a una esposa que haya sido feliz en su matrimonio, o a una solterona a la que no le hayan partido el corazón. Esto es un refugio, un lugar donde hombre y mujer encuentran la mejor manera de reconfortarse.

—¿Le ha pagado la dama por mis… digamos servicios? —Él recordaba que York le ofreció una pequeña fortuna por su mediación con respecto a Liam y Regina, y ella la declinó, aunque urgió a York a hacer algo por una sirvienta o una posadera que fue ultrajada, no lo recordaba bien.

—La dama estaba muy agradecida por mi intervención y lo desea tanto que se ofreció a pagar cualquier precio que usted mismo hubiese puesto.

—¿No desembolsó un solo penique?

Althea suspiró. No sabía si él estaba decepcionado o todo lo contrario.

—No tengo suficiente dinero para ejecutar las obras que un orfanato de Saint Giles necesita con suma urgencia, así que, cuando por tercera vez, su dama insistió en que deseaba aportar una donación por mi tiempo, no tuve corazón para negarme a tomar su ofrecimiento.

—York me dijo que usted rara vez acepta dinero.

—No lo hago porque no lo necesito, pero hay muchas personas que tienen sueños y que precisan monedas para lograr sus aspiraciones. Mis arcas no son tan profundas como me gustaría. Esta casa, el servicio que trabaja para mí, son gastos, y aunque mis inversiones son excelentes gracias a mis abogados, no alcanzan para hacer todo lo que yo desearía. ¿Me condena por escudarme en las necesidades de otros cuando acepto en algunas ocasiones dinero por juntar a hombres y mujeres en el lecho? ¿Me creería si le dijese que me gusta este extraño papel de casamentera carnal que he ideado? Porque lo crea o no, Liam Banstorn y su esposa, no han sido las únicas parejas que dejaron felices las habitaciones de mi casa para convertirse en una pareja honrada a los ojos de Dios. No siempre hay boda, tengo una buena y poderosa amiga que acudió a mí porque estaba alicaída. Me decía que la muerte le seducía y yo temí que hiciese una barbaridad. Hablando con ella, con sutilidades, logré hacerme una idea de la clase de hombre que podría tentarla a… pecar. Le presenté a un joven diez años menor que ella, porque la dama rondaba los cuarenta y él la treintena. ¿Puede imaginarse lo que sucedió? Amor. Era una mujer bonita y rica a la que la vida había privado de toda luz. El hombre que seleccioné le devolvió la esperanza. Dada la posición de mi amiga y la condición de él, el matrimonio está prohibido, eso no les impide ser una atenta patrona y un paciente siervo de su señora. Él trabaja para ella como… ¿mayordomo, Morgan? —le preguntó a su amiga. Esta afirmó. Conocía esa historia y la señorita Pusset sabía a quienes se refería Althea—. Son discretos, o tal vez no, pero están rodeados de un servicio que es leal a su señora y pueden amarse en secreto. ¿Para qué necesitan hacer pública su relación si ambos están contentos con el modo en el que la viven?

—Así que… en resumidas cuentas —tomó la palabra Wilson—, la felicidad es lo más importante. ¿Me equivoco?

—Me he puesto filosófica en exceso, si Platón mismo entrase por la puerta comenzaría a debatir conmigo. Lo lamento, señor Wilson, pero lo que trataba de explicarle es que considero que uno mismo debe estar contento y satisfecho con sus elecciones. No se debería contentar a nadie más. Así que me declaro partidaria del egoísmo entendido

como un modo de salvarse a uno mismo, por sus propios medios. El amor es el sentimiento más precioso que existe en esta condenada Tierra. La pasión es la acción más importante que todos deberíamos buscar. Entonces, si el amor no está sobre la mesa… ¿por qué no optar por la pasión para renacer como el ave fénix de sus cenizas?

—No tiene que convencerme, duquesa. Tomé la decisión cuando me propuso venir a disfrutar a su casa. Lo que ve no es más que a un hombre que desea dar lo mejor de sí mismo y premiar la confianza de la dama que lo considera lo suficientemente digno para compartir su lecho. Haré mi mejor esfuerzo y confiaré en que lo que censuré tantos años atrás de mis dos muchachos, me ayude a cumplir mi papel. Porque sus palabras me inspiran a ofrecer consuelo, comprensión y ternura en la cama en la que pronto estaré, pero mi orgullo masculino me apresura a ser un semental que la dejará bien saciada —dijo con esa característica seriedad innata que destilaba el señor Wilson.

Su respuesta hizo que Morgan cabecease afirmativamente un par de veces.

—No lo habría dicho mejor, señor Wilson —observó Althea.

—Una última cosa. ¿Habrá alguien vigilándonos para que no me quite el pañuelo que su asistente arde en deseos de colocarme? —Morgan había intentado tres veces ponérselo ya.

—No, confío plenamente en que cuando se busca el anonimato, tanto las damas como los hombres cumplan su palabra. —Althea sonrió de lado—. Recuerdo que tuve que hacer especial hincapié cuando lord Liam y su dama estuvieron aquí, porque York insistió tanto en que no debían saber la identidad el uno del otro hasta que tuviesen un par de encuentros, que estuve ansiosa por si él la reconocía y se desprendía del pañuelo. Pero no, la dama respetó el velo que Morgan le puso y que seguramente le provocó un gran dolor de cabeza todas las veces que nos visitó, y el caballero no se despojó tampoco de su ceguera. Esa fue la única vez en la que temí que mis órdenes no fueran cumplidas. Investigamos bien a quienes se acercan o a quienes yo me acerco, por ello confío plenamente en quienes traigo a mi casa. Tanto que acabamos siendo buenos amigos.

Wilson la entendió. Estaba rodeada de gente de confianza y aun así se enfrentaba a un escarnio público.

—Sospecho que está al tanto de los rumores que dicen que usted es la hija de satanás enviada a la Tierra para pervertir la santidad de hombres y mujeres. No entraré a valorar sobre si su verdadera identidad es o no la que afirman que es, porque no me importa quién sea usted o deje de ser, pero sí le diré que no comulgo con las extravagancias que se esparcen sobre su iniciativa.

—¿Sabe que dicen que sacrifiqué a una virginal doncella para honrar a Lucifer? —Esa historia la había leído en un panfleto anónimo

que recorría la ciudad esa misma tarde.

—Es ingenioso, pero la que más me sorprendió fue la historia de que le amputó usted misma la virilidad a un hombre que no la hizo gozar mientras fornicaban.

Althea se rio con ligereza ante la anécdota relatada por Mason Wilson.

—No hay nada más poderoso que una mujer sin miedo, que desafíe a las tradiciones ridículas y a la sociedad en general. No me pondré a llorar por ser quien soy, ni pediré disculpas por no ceñirme a las normas. Si están preparados para luchar la mejor de sus batallas, que vengan a mi casa con las guadañas, con las antorchas encendidas, que apilen los troncos que quemarán a la bruja que dicen que soy, porque no me rendiré con facilidad, combatiré sin importar si gano o pierdo, porque lo que está en juego es mi libertad de elección. Si yo fuese un hombre, nada de esto trascendería, esta es la maldición que nos persigue a quienes damos una palmada sobre la mesa. Y después de este discurso que no tendría que haber soportado, le deseo suerte, aunque no la necesitará y le animo a dejarse llevar. Discúlpeme, por favor.

La Duquesa X salió de la habitación dispuesta a ir a recibir a *lady* Restford, quien no tardaría demasiado en llegar para verse con Mason Wilson.

Morgan le colocó la tela al secretario de York.

—¿No debería ir tras ella? Parecía afectada.

—No, lo que está es enamorada. —Morgan había sido testigo de que la desaparición de Darkworth había trastocado el carácter de su amiga.

—Un tipo con suerte —razonó Mason.

—Un tipo que acabará muerto como no esté a la altura de las circunstancias. —Brendan y ella no sabían a qué atenerse con el duque de Darkworth.

Cuando la tela estuvo colocada, y sus ojos privados de luz, Wilson comenzó a sentirse mareado. Se obligó a guardar la compostura.

—¿Debo esperarla vestido con este disfraz? ¿Desnudo? ¿En la cama? ¿De pie? ¿Debo hablar? ¿Estar callado? —Tenía muchas dudas.

—Debe hacer en cada momento lo que le dicte la razón o su intuición. Es solo una mujer, señor Wilson. Su esposo la defraudó tanto que es imposible que otro hombre lo vuelva a lograr. No se apure.

—No es un consuelo —dijo con ansiedad Mason.

—No obstante, es lo que necesita escuchar. Recuerde lo que ha dicho la Duquesa X, amar y ser amada. No es preciso nada más. Sabrá lo que ha de hacer llegado el caso.

Él afirmó con la cabeza mientras Morgan se marchaba con

discreción de la habitación. Mason decidió esperar la llegada de su amante sentado en la cama. A partir de ahí ya vería lo que harían.

No le dio tiempo a cavilar más, porque poquísimos minutos después la puerta se abrió y se cerró con la misma suavidad.

Pasos. Un leve sonido de la tela frotando contra sí misma. Escuchó una respiración profunda. Mason se levantó de inmediato y no supo si ofrecerle una reverencia, porque sospechaba que se vería ridículo si lo hacía con ese trozo de tela que le cubría los ojos. Tampoco ayudaba que su cuerpo estuviese cubierto por una finísima camisa de seda blanca y larga que le llegaba por encima de las rodillas y atada con un par de cinturones de cuero. Su disfraz lo conformaba una larga capa roja. No había calzas y tenía los pies cubiertos con unas sandalias. Un romano le había dicho que debía parecer. Al menos no le habían colocado una espada en la mano.

—*Milady*… —saludó, mientras bajaba tibiamente la cabeza en señal de respeto. La Duquesa X le dijo en la primera entrevista que su compañera de fechorías deseaba verlo, por lo que sospechaba que no tendría los ojos cubiertos.

—Gracias por hacer esto, X. —Agnes Louhgty, vizcondesa viuda de Restford, había acatado las normas para referirse a él de ese modo, pero se moría por usar su nombre de pila. Mason. Era un nombre, además de un hombre, encantador, magnífico de hecho.

Al señor Wilson no le pasó desapercibido el modo en el que la dama hablaba, en un susurro, un tono muy bajo pensado para no revelar más de lo necesario. Incluso usaba un acento un tanto forzado. ¿La conocería? ¿O solo la mujer se había fijado en él por casualidad? En caso de que fuese correcta la última suposición, ¿cuándo lo habría podido ver? ¿Sería una de las mujeres que York en su juventud había tenido en su casa y se quedaron prendadas de su maduro mayordomo? No sabía si esa conjetura sería correcta, pero su orgullo le hizo sacar pecho y darle cierta seguridad que no había sentido hasta ese momento.

—Esto es del todo una novedad para mí, *milady*, por lo que no sé bien qué espera que haga, pero me comprometo a ser espléndido en lo que demande. —El orgullo no estaba reñido con la honestidad.

Ella se rio con ligereza.

—Somos dos en este asunto, X. Yo tampoco sé cómo iniciar lo que aquí nos ocupa.

—Tengo entendido que no lleva, como yo, los ojos cubiertos —sondeó.

—No, yo deseaba ver.

—De acuerdo. ¿Le satisface lo que tiene ante la vista? Sostienen que soy Marco Antonio.

—No cambiaría ni un solo detalle, X. Yo voy vestida como

Cleopatra y me siento como tal, se lo aseguro.

—Sabe usted cómo adular a un hombre, *milady*.

—Y usted, cómo quedarse ahí quieto haciendo que yo arda en deseos de… de cualquier cosa. —Se quedó sin respiración cuando lo vio avanzar a paso certero en dirección a su voz.

Mason Wilson la tomó entre sus brazos y la aproximó tanto que se quedaron pegados. ¡Qué hombre!

—Tengo entendido que dentro de esta habitación todo lo que decidamos está permitido.

—Todo… —suspiró Agnes, al tiempo que lo miraba embelesada. Su sueño más prohibido estaba materializado frente a ella.

—¿Empezamos con un beso?

—Lo que disponga, X.

—¿Qué tal si prescindimos de la formalidad, *milady*? Lo que tengo en mente, podría considerarse un buen motivo para olvidarnos de la etiqueta.

—Lo que desees. —Wilson sonrió ante su respuesta. Ella suspiró llena de emoción.

—Puesto que parece dispuesta a cumplir mi voluntad, y a riesgo de desafiar las normas de la Duquesa X, me gustaría ser M, no X. ¿Podría referirse a mí de ese modo?

—Por supuesto, M, pero creí que habíamos acordado prescindir de la formalidad…

—En cuanto te bese… —Mason buscó a ciegas su boca, Agnes estuvo rápida y se ofreció a él para que no desatinase en su iniciativa.

Los labios de Mason Wilson eran tal y como había supuesto que serían. Exigentes, pero tiernos al mismo tiempo.

Labio contra labio. Pequeños bocados de uno en la boca del otro. Así estuvieron durante un buen rato. Ella suspiraba, él se henchía por las reacciones de su dama.

Agnes estaba fascinada. El modo en el que su amante la sujetaba por la nuca, cómo sentía sus manos por todo su cuerpo sobre la tela de seda blanca que le habían puesto las doncellas de su nueva amiga la Duquesa X. La habían convertido en Cleopatra, y cuando Agnes dijo que él no podría verla, le recordaron que sí podría tocarla… y que la seda le gustaría a su compañero… mucho.

—Ábrete para mí, *milady*… —le pidió el señor Wilson mientras paseaba la lengua por el labio inferior femenino.

—¿Qué significa eso? —susurró sobre sus labios—. ¿Debo ir a la cama ya?

—Iremos donde desees, pero antes quiero que me dejes saborear tu lengua, necesito conocer tu gusto.

—¿Mi lengua? —Agnes se sintió estúpida. Su esposo visitó pocas veces su lecho y cuando le dio a su heredero y un repuesto, la olvidó

por completo.

—Un beso francés, *milady*. Te prometo que lo disfrutarás, permite mi paso, deja que te paladee a placer.

La pareja estaba uno frente al otro, abrazados, pegados, hablaban sin separarse.

—Me temo que no tengo la menor idea de lo que es un beso francés. No sé cómo hacerlo. —Se sentía una mujer tan poco mundana, que quiso echarse a llorar. Restford jamás le había dado más que un beso en la mejilla. Nunca había jugado con los labios de su esposo como lo estaba haciendo con los de Mason Wilson. ¿Y si él la rechazaba por sus nulos conocimientos?

—Deja que te lo muestre…

—En realidad no sé nada sobre los asuntos de alcoba —confesó con lástima y sintiéndose más pequeña que una hormiga.

—Y lo prefiero así, porque ansío mostrarte lo que tu cuerpo es capaz de hacer. Un poco de confianza, *milady*. Eso es todo lo que necesitamos ahora mismo.

—¿Tienes mucha práctica en cuestiones íntimas? —La pregunta salió sin poder detenerla, fruto de los celos, porque imaginar a Mason Wilson en la cama de otra mujer, le provocaba un dolor punzante en el pecho.

Él le sonrió, levantó la mano para acariciarle la mejilla.

—Confiemos en que tendré la suficiente pericia para satisfacernos a ambos.

La respuesta de su amante valió para que Agnes cerrase los ojos, abriese ligeramente la boca y deslizase la punta de la lengua por los labios de él. Mason no tardó ni un segundo en engullirla, en probarla, en besarla en profundidad.

En el momento en que el beso se hacía más hambriento, más ardiente, Wilson produjo un sonido agudo, bestial, producto de la necesidad que la dama despertaba en él. No había tenido un encuentro tan prometedor en toda su vida.

Comenzaba a sospechar lo que York buscaba cuando se dejaba seducir por la promesa del libertinaje, algo que siempre había condenado. Y pese a ello, no podía dejar de sentirse atraído por la mujer sin rostro que se abandonaba a sus caricias, que, incluso siendo inexperta, trataba de devolverle los besos con el mismo ardor que él los dispensaba. Su aroma, sus gemidos, la suavidad de su perfecta piel… Era como si ese encuentro entre ambos estuviese destinado a ocurrir. Natural. Correcto. Era una aventura, pero lo percibía como muchísimo más. Tal vez fuese porque la Duquesa X le había confiado que la dama lo eligió expresamente, pero de algún modo, Mason Wilson se sentía cerca de ella, un compañero, un amante… un amigo…

Sin poder esperar más, Mason la alzó en sus brazos, lo que provocó que Agnes soltase un grito de sorpresa, cargado de deleite.

—A la derecha —le indicó cuando él se quedó quieto, al darse cuenta de que no sabía qué dirección tomar.

—Esto de tener tapados los ojos es un impedimento para lo que deseaba llevar a cabo.

—¿Qué te proponías? —preguntó llena de anticipación.

—Dejarte de pie junto al lecho, rasgar con mis manos la fina y sedosa tela que cubre tu cuerpo, tumbarte en la cama y darte otro tipo de beso muy especial. —Escuchar las barbaridades de York y sus amigos, por fin tenían recompensa.

—Suena encantador. Si me dejas en el suelo, te guiaré hasta el lugar y luego puedes seguir a partir de ahí.

—Supongo que tu idea es la mejor, aunque me privas del honor de llevarte yo al lecho.

—Pero no de todo lo que espero que me hagas…

Mason asintió. La dejó en el suelo y Agnes los acercó hasta la cama. Lo llevó de la mano.

—El lecho está detrás de mí. A un paso de ti.

—Bien. —Levantó las manos, buscó su escote y esperó a que su percepción fuese la adecuada y la tela se rasgase con facilidad. Con el primer tirón, el corte hizo que los pechos de Agnes quedasen completamente expuestos. Él se figuró que ambos senos estarían descubiertos. Se le hizo la boca agua. Le dio un segundo tirón a la gasa y la dejó desnuda.

Agnes no estaba muy cómoda con su cuerpo. Nunca lo había estado, y a medida que cumplía años agradecía que su esposo no hubiese querido observarla nunca sin camisón. Por una extraña razón, estaba fantaseando con que Mason se deshiciera de la tela que le impedía examinarla, le echase un vistazo y eso hiciera que él acabase de rodillas dando gracias por tenerla en esas condiciones. Sin ropa. Desnuda. Libre de restricciones. Él la hacía sentir segura, deseada, mundana… Fuerte.

Mason puso las manos sobre la cadera de su misteriosa dama y fue tentando hasta que llegó a sus pechos. Fruta madura, picos enhiestos. Palpó y amasó con delicadeza.

—No son lo que una vez fueron… —dijo cuando él dejó de acariciarle los senos—. Alimenté a mis hijos, fue la única vez que desafié a mi esposo. Mis niños merecían lo mejor y yo era su madre.

—¿Me alimentarás a mí ahora, *milady*? —preguntó con voz sedosa Mason.

—¿Qué quieres decir con…? ¡Oh! —La boca de Agnes se quedó abierta, en una perfecta O cuando Wilson acercó los labios para engullir el primer pezón.

La chupó a placer, de un seno iba al otro y de regreso al primero.

—Tan dulce… tan maternal… tan perfecta… Dame de comer, *milady* —demandó.

—Lo que desees, M, todo lo que quieras lo tendrás…

El señor Wilson la premió ayudándola a desembarazarse del resto de la túnica, y a colocarse sobre el lecho.

—¿Estás bien? —se interesó por si la estaba abrumando y deseaba detenerse. La erección que presionaba sobre la tela de su disfraz romano se removió inquieta con la idea de no llegar hasta el fin, pero se detendría si ella se lo pedía.

—Esto es delicioso, no creí que pudiese ser así.

—Ni yo tampoco —susurró sin que ella lo escuchase.

La cubrió con su cuerpo y comenzó a besar de nuevo sus labios, las lenguas de ambos competían por ser la más hábil. Wilson trazó un reguero de besos bajo su cuello, se deslizó con paciencia cerca de su oreja para atrapar el lóbulo. Ese gesto la volvió todavía más loca que cuando él había engullido sus pezones con glotonería.

Agnes se arqueó. Mason aprovechó el momento para llevar una de las manos hasta su sexo.

—¿Qué…? —Se alteró al sentirlo ahí.

—Tan húmeda, tan preparada para mí… Eres una delicia, *milady*.

—¡Cielos! Si me permites levantarme, yo podría…

—¿Qué? —le preguntó al ver que ella se detenía y suspiraba de un modo… ¿mortificado?

—No sé lo que me pasa. Sentía esa humedad formándome mientras me besabas, nunca me había sucedido, si tienes la amabilidad de esperar un poco, podría localizar un paño y…

—Querida mía, es así como una mujer deja saberle a su amante que lo desea entre sus piernas, que está fuera de sí misma, esperando, aguardando para ser poseída, amada…

—¡Oh! Yo creía… Debe molestarte que yo no sea…

—Eres perfecta, *milady*. Ahora… creo que es momento del beso que me muero por darte… —dijo pícaro, mientras descendía raudo y veloz para colocar su cabeza entre las piernas femeninas.

Agnes se escandalizó cuando lo percibió… *ahí*. Se movió con incomodidad, porque seguramente él se había equivocado al…

—¡Cielos! —exclamó cuando la lengua de Mason Wilson la rozó. Agnes trató de nuevo de huir de su contacto. Eso no podía estar bien.

—No oses escapar, querida mía, porque una vez que te he probado aquí —sus dedos masajearon el nudo de nervios—, necesito más.

—Pero esto no puede… no… deberías… —Cuando un dedo hábil entró en su interior y su lengua pecaminosa comenzó a batirse en duelo con esa pequeña protuberancia tan interesante, las quejas murieron. No se le ocurría ninguna razón para que él no le hiciese

sentir tanto placer.

Wilson se sonrió, sin dejar de alabar su sexo, de lamerlo, cuando comenzó a escucharla murmurar cosas sin sentido mezcladas con gemidos gloriosos que lo hacían desear… ¡Tenía que penetrarla! Necesitaba hundirse en su interior, pero era consciente de que tenía que prepararla bien para que no acabase dolorida cuando la intrusión se produjese. Wilson masculló una maldición interior cuando se dio cuenta de que posiblemente el bastardo de su difunto esposo no se tomó la molestia de facilitarle a ella el trabajo de la penetración.

Al comprender el gran suplicio que ella tuvo que haber sufrido durante su matrimonio, al ser consciente de que ella no había sido colmada de todas las atenciones que el bello sexo, cada mujer, debería conocer, deseó convertirse en el hombre que siempre estuviese ahí para hacerle el amor, para adorarla, para… satisfacerla.

Mason Wilson acababa de ser consciente de que no se tuvo que haber burlado del duque de York cuando este sugirió en la primera entrevista llevada a cabo con la Duquesa X, que temía que acabase perdiendo el corazón si accedía a participar en un juego tan íntimo.

Sin conocerla y se sentía muy cerca de ella. Ese era el poder de hacerle el amor a una mujer, nunca era solo algo físico, no podía serlo cuando el hombre era honorable, correcto, sencillo… cuando era como Mason Wilson.

—Me siento extraña, tal vez… tal… vez… deberías… tendrías… que… deberías… ¡Oh, Dios mío! ¡Deberías paraaaaaaaar! —gritó, mientras hincaba las uñas sobre el colchón y dejaba salir lo que había ido creciendo poco a poco en su interior cuando él comenzó a lamerla, a jugar con sus dedos… a… ¡Atormentarla!

Mason Wilson hinchó el pecho. Sería un hombre maduro, pero todavía sabía cómo utilizar sus encantos, todos ellos, para ofrecer desinteresadamente placer a una mujer. Se despegó de la calidez de su feminidad.

—¿Estás bien?

—¿Qué acaba de suceder? —Wilson soltó, sin poder contenerse, una colorida maldición que invocaba a Lucifer ante dicha preguntar. Ella se envaró—. ¿No debería haber…? ¿Qué he hecho mal? —inquirió con inseguridad al detectar la molestia de él.

—Querida mía, toda tú eres perfecta, el sueño de todo hombre. Sería imposible que hubieses hecho nada malo jamás —precisó.

—Pero estás enfadado… —razonó con suavidad.

—No contigo. Tu esposo… No es algo civilizado en lo que pensar, pero me gustaría que estuviese ardiendo en el infierno mientras Lucifer le pincha… Mientras El Maligno le da su merecido —se retractó para no mostrarse vulgar.

—Oh, ¿me juzgarías malvada si desease lo mismo que tú?

—No. Te aplaudiría por querer que recibiese su merecido.

—Tengo que confesar que me importa bien poco dónde esté él ahora mismo. Si está consumiéndose en el fuego eterno… Bueno. Lo único que sé es que no seré capaz de olvidar lo que ha sucedido. Lo que has provocado en mi interior. Te pareceré una tonta, una inútil, pero es la primera vez que yo… que mi cuerpo… —Se detuvo sin saber cómo explicarse.

—Y no será la última.

—¿No? ¿Volveremos a vernos? —Se dio cuenta de que él sonreía mientras se tocaba el antifaz—. Quiero decir si tendremos una cita igual que esta…

—Tantas como desees, pero acabemos con esta para planificar la próxima. ¿No te parece?

—¿Hay más?

—Mucho más. Aunque pararemos si no estás preparada para lo que me gustaría hacerte.

—¿Qué otra cosa podrías lograr después de haberme hecho besar el cielo? —trató de averiguar embelesada. Sería tan fácil terminar completamente enamorada de él… Ya le había causado admiración cuando lo conoció en el parque, soltar su corazón, entregárselo, sería tan sencillo como que él se lo pidiese sin promesa alguna.

—Espero volver a colmarte de dicha, *milady*, si me lo permites.

—¿Cómo? —Estaba intrigada.

—Ardo en deseos de hacerte mía.

—Tuya… ¿Me creerías si dijese que nada me apetecería más que ser tuya para siempre?

—Es perfectamente natural tener ese sentimiento después de compartir intimidad.

—No. Sé lo que siento —dijo sin pensar que tal vez no debería desvelar tanto de sí misma. Un rechazo por parte del hombre con el que soñaba sería… fulminante.

—¿Por qué no seguimos un poco más en este juego excitante y luego aclaramos algunos asuntos que necesito averiguar?

—¿Qué propones, M? —La pregunta salió con coquetería, en ese tono bajo que seguía manteniendo, pero cargado de deseo, de anhelo.

—Quitarme los pantalones y luego… Volver a hacer que beses el cielo. ¡Soy su humilde servidor, *milady*! —dijo con formalidad porque la ocasión ameritaba.

—Estoy a sus pies, caballero —lo premió con su total disposición.

Wilson se puso de pie, se quitó la ropa y si hubiese podido ver el rostro de ella, la hubiese contemplado mordiéndose el labio inferior, captando cada detalle de su maduro cuerpo, memorizando toda su excelente forma física. ¡Era como sospechó! ¡Perfecto!

—¿Sigues aquí o has huido despavorida tras descubrir mi

vulnerabilidad? —Se sentía inseguro. Los años pesaban, no era un muchacho.

—No hay ni un solo gramo de vulnerabilidad en ese cuerpo magnífico que tengo el privilegio de contemplar. Eres tan… Me haces suspirar, M. No te miento.

Él se rio.

—Si me hubieses visto en mi juventud… Había duques que podrían haberme envidiado por mi condición —dijo con orgullo.

—Ven a mí, M. Hazme tuya. Me gustas tal cual estás. Sublime… —susurró. Él la obsequió con una sonrisa. Le gustaría tanto verla. Mirarla a los ojos y sonreírle…

—Nacido para servir, *milady*.

Dio un salto y se colocó sobre ella. Comenzó a besarla con devoción, mientras la volvía a adormecer. Aprovechó el momento cuando su amante misteriosa gimió más alto para abrirle las piernas con las suyas propias. Wilson se agarró el miembro, colocó la punta en la entrada y la sintió tensarse.

—Yo…

Él comprendió el problema.

—No habrá dolor, no habrá nada más que el mismo placer que sentiste antes, te dejaré azotarme si miento. Lo juro.

—Está bien… —añadió resignada. Deseaba confiar en él, en su certeza, pero, en todos los años de su matrimonio, nunca ese gesto fue agradable. Más bien todo lo contrario.

Wilson se adentró en su caliente cueva levemente. Se obligó a mantenerse así para no asustarla. La besaba, la acariciaba, le ofrecía palabras de devoción. Ella estaba tensa, poco receptiva. Se acercó a su boca, sin salir de su interior, pese a que no estaba adentro apenas, y comenzó a besarla con mayor afán, seguía dedicándole palabras de ternura, de ánimo.

Con suma paciencia fue ganando terreno. Y tenía mérito, mucho, porque toda su crudeza le gritaba que conquistase el valle sin ceremonias.

—Me gusta… que me beses mientras…

—Mientras te hago mía —le ayudó él a terminar la frase, entre beso y beso.

—No me incomodas… Es… algo bueno…

—Lo será más… —Wilson volvió a profundizar el beso, llevó una mano justo a donde sus cuerpos se unían, comenzó a acariciar ese punto único que volvía locas a las mujeres y avanzó hasta el final, hundiéndose hasta la empuñadura.

Ella gimió más alto y comenzó a balancear las caderas al mismo tiempo que él, imprimiendo un ritmo que cada vez subía en intensidad.

Estuvieron así todo lo que Wilson fue capaz de aguantar. No fue poco. Y en el preciso instante en el que se dio cuenta de que ella estaba cerca del abismo de la lujuria, porque sus uñas se clavaban en la carne de su espalda con ímpetu, Mason Wilson se movió con crudeza extrema un par de envites más para hacerla cantar su jolgorio, cosa que su amante hizo, y salió de su interior por completo para derramarse sobre lo que esperaba que fuese su vientre cuando sintió que él no podía retener más su placer.

—¡Dios de mi vida! ¡Santo cielo! Ha sido todavía más intenso que la primera vez… Estaba en llamas mientras me acariciabas… —Los ojos de Agnes bajaron para detectar un líquido espeso y blanquecino que recubría parte de su pecho, y un poco su estómago—. ¿Por qué no dentro de mí? —preguntó.

Mason Wilson comprendió su pregunta. Le ofreció la mejor de sus sonrisas.

—Desconozco si eres capaz de procrear.

Ella soltó una carcajada.

—Sabes que era inexperta, pero… ¿te he parecido una muchachita?

—Me pareces perfecta, en todos los sentidos, y te juro por mi honor, y de eso tengo mucho —precisó—, que nada me hubiese gustado más que terminar de extasiarme en tu interior. No puedo arriesgarme a que no uses una esponja o a que tu cuerpo sea capaz de volver a dar vida.

Agnes no se lo pensó, dado que él estaba colocado sobre sus codos sin tocar su cuerpo, le dio un ligero empujón y lo hizo tenderse sobre ella. Buscó los labios del hombre más fascinante que había conocido y lo besó con plenitud. En el momento en el que la vizcondesa se dio cuenta de que lo había embadurnado por completo con su jugo… Enrojeció.

—Yo…

—Creo que sería un buen momento para ver si el servicio de la Duquesa X nos permite tomar un baño.

—¿Juntos?

—Si no tienes inconveniente… sería un placer.

—¿Bañarnos juntos? —volvió a preguntar, porque… En serio, ¿juntos? ¿Los dos en una bañera? ¿Eso se podía hacer? ¿Era posible bañarse juntos?

—Eso y algo más —dijo, imitando a la perfección la voz de pícaro que solía poner el duque de York. Ella se dio cuenta de que sus pensamientos habían sido dichos en alto y no solo la pregunta inicial.

Iba a ser divertido ponerse en los zapatos de un libertino. Solo esperaba no acabar perdiendo su corazón. Porque la dama que lo seguía besando como si él fuese lo más precioso de todo el mundo, podría hacer que acabase empeñando no solo su cuerpo, sino su alma.

Que Mason Wilson comenzase a contemplar la idea de que en verdad la hubiese hecho suya…

Duro. Fue duro despertarse bien entrada la mañana y descubrir que no estaba acompañado. Tanto habían disfrutado de sus cuerpos, que él olvidó hablar con ella sobre su identidad. De acuerdo. Tocaba esperar para ver el siguiente movimiento de su amante. Porque habría algo más, ¿verdad?

Capítulo 10

Un duque y su misión

Aquiles se consideraba un hombre paciente. Acababa de descubrir que no lo era en absoluto. La prueba más palpable era que el heredero del difunto esposo de Althea, Phillip Lance, actual conde de Wins, estaba atado de pies y manos en una habitación de El dragón y la mula, una posada que había de camino a Escocia.

El infalible Basil, una cualidad con la que Aquiles no le premiaría siendo dicha en alto, había logrado averiguar que Phillip había partido a toda prisa en dirección a Escocia para tomarse un respiro. Eso hizo que ambos salieran con presteza de casa de Rothgar para ver si el asunto era tan sospechoso como parecía, porque como poco, apestaba que el conde de Wins hubiese salido sin demora de Londres en plena temporada.

—¿Saco las tijeras de podar los setos? —le preguntó Basil con una calma sostenida.

—¿Empezaremos por los dedos de los pies o de las manos? —respondió Aquiles con otra pregunta.

—Yo digo que le dejemos la mano dominante inservible. —Basil estaba sacando unas tijeras enormes de una bolsa de cuero negra. El jardinero de Rothgar se llevaría una sorpresa cuando fuese a buscarlas, porque no las encontraría por ningún lugar.

Phillip, que estaba además amordazado, lanzaba gritos ahogados y sus ojos denotaban un pánico extremo.

Para cazar a su presa, Aquiles y su pupilo habían prescindido de caros ropajes, y su aspecto era el de unos matones, tal vez contratados por unas buenas monedas. Habían viajado ligeros en dos excelentes monturas y posada tras posada fueron investigando sobre el paso de Phillip, hasta que dieron con él y se las ingeniaron para forzar la cerradura de su habitación, a altas horas de la madrugada, y lo ataron y amordazaron para comenzar con el interrogatorio.

El duque cogió las tijeras de podar que Basil le estaba tendiendo y se acercó sin dilación al sujeto que esperaban que cantase todos y cada uno de sus secretos como un pajarito. Se las arregló para sostener el dedo índice entre los suyos y empuñó el arma.

—Empezaremos por este y seguiremos cortando a placer. ¿Te

parece buen plan? —inquirió Aquiles.

—Trata de no ensuciarte de sangre. La última vez tuvimos que quemar la ropa después de… ya sabes, cuando aquel conde acabó… como acabó.

—No te quejes. Enterrarlo fue sencillo. Además, con la recompensa que nos ofrecieron por quitarlo de en medio te compraste un traje hecho a medida en Bond Street. Parecías todo un señor.

Phillip seguía rugiendo sin que ni Aquiles ni Basil le hicieran caso.

—A este lo podríamos quemar. No me gustaría arriesgarme a que lo encontrasen. —Basil agitó los hombros—. Además, hace tiempo que no le prendemos fuego a alguien mientras todavía respira. ¿Cuántos años hace desde que me quemé la mano? —Basil levantó la palma de la mano derecha y dejó que las horrorosas cicatrices de piel quemada fueran expuestas ante la vista del conde de Wins. Al fin aquella hazaña en la que salvó a la hermana de Aquiles y acabó con la palma calcinada, le servía para algo importante.

—Como quieras, pero el hedor de la carne quemada es horrible y los gritos de las víctimas ensordecedores. No te acompañaré esta vez.

—De acuerdo, me las apañaré yo solo. ¿Empezamos?

—Estoy listo para cortar. ¿Usted está listo, milord? —Phillip comenzó a negar. Por supuesto, su negativa no era entendible, pero Basil y Aquiles sabían que lo tenían justo donde lo necesitaban.

Phillip Lance era un conde de veintidós años, un sobrino lejano del esposo de Althea, un muchacho ocioso que se dedicaba a vivir de las rentas del título, sin preocupaciones, por lo que estaban seguros de que sería muy impresionable, de ahí que estuviesen armando toda una gran función solo para él.

—¡Espera! —exclamó Basil cuando Aquiles colocó el dedo que iba a amputarle en una de las hojas de las tijeras oxidadas.

—¿Qué pasa ahora? ¿Tu conciencia se ha despertado?

—Acabo de recordar por qué la cara de este noble me era tan familiar. No lo reconocí por el título cuando ya sabes quién nos contrató, pero su rostro…

—¿A quién te recuerda? —preguntó Aquiles mientras daba un par de golpecitos en el duro suelo, mostrando su impaciencia por comenzar con la masacre.

—Creo que es lord Wins.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí, sí, yo estaba allí cuando escuché el encargo. Pero no lo había relacionado con que este muchacho —señaló a Wins— era precisamente nuestro objetivo. ¿Recuerdas a la severa esposa del viejo conde…? ¿Cómo se llamaba?

—*Lady* Wins —dijo con diversión Aquiles.

—¡Sé cómo funcionan los títulos! —se molestó falsamente Basil—.

A lo que me refiero es que aquella mujer… ¿No sabes de quién te hablo? La estirada y severa que parecía un dragón.

Aquiles abrió los ojos como platos y dejó que Wins viese su reacción.

—Ya sé a quién te refieres. No era tan corriente —dijo como una señal secreta entre ambos— como parecía. Ambos la hemos visto con el pelo suelto, era muy bonita. La llegamos a conocer hace un par de años, por supuesto ella no sabía que en verdad somos un par de asesinos a sueldo.

—Y tú quedaste cautivado por sus ojos. —Basil no mentía.

—Tú la mirabas embelesado, fuiste tú el que me la señaló con el dedo. Creo que sus vestidos de cuello alto azules oscuros, tirando a negros, te hacían sentirte como un escolar que deseaba ser regañado por ella. No apruebo tus gustos, quemar gente viva es una cosa, pero desear a la mujer cuando lleva el pelo recogido y viste de ese modo tan austero… Estás enfermo —lo sermoneó.

—No importa, lo que me hace cuestionar la aceptación del encargo ahora mismo es que la dama se apenará con la muerte de su querido sobrino. *Lady* Wins tenía algo especial y no me siento cómodo con esta situación. —Basil suspiró apenado.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Tu conciencia en verdad está frenándote? —preguntó Aquiles incrédulo tratando de dar veracidad al asunto.

Por descontado Phillip seguía la conversación con atención.

—¿Sabes que se especula sobre que ella es la Duquesa X?

—¿Quién? ¿Qué dices ahora de una duquesa?

—¿No lees los periódicos? —le preguntó Basil a Aquiles.

Rothgar les había enseñado la columna de *The Times* aquella mañana, eso hizo que Aquiles no pudiese esperar más y decidiese jugárselo todo al rojo. El tiempo corría en su contra y la mujer que sería su esposa estaba en la cuerda floja. Si tenía que ser un villano en la historia, sería el de Althea. Por ella. Además, no sería la primera vez.

—Sabes que no aprendí a leer. Me esforcé en conocer el modo preciso de desmembrar un brazo o una pierna, a cortar un dedo, a cómo asesinar a un hombre para que pareciera un accidente. La lectura era una pérdida de tiempo.

—¡Lo había olvidado, amigo, mis disculpas! Verás, la tía de este hombre que tenemos que matar ha sido acusada de ser una mujer que rinde pleitesía a Lucifer.

—¿Una bruja? No es nada nuevo. En mi opinión no hay ni una sola mujer que no lo sea.

—Por lo visto se dice que la Duquesa X es *lady* Wins, quien se encarga de organizar encuentros infames entre hombres y mujeres

como si no fuese más que una proxeneta. ¡Pobre *lady* Wins! No se merece ese trato, si alguien pudiese ayudarla… Si se descubriese que eso es verdad, no me sorprendería que muchos afectados quisieran quitársela de en medio. Me temo que debe de estar en peligro. —Basil suspiró.

Aquiles y Basil intercambiaron una mirada cómplice cuando escucharon a Phillip gritar con sumo esfuerzo.

—Es hora de empezar a cortar —dijo Aquiles. La negativa del conde se intensificó.

—Creo que trata de decirnos algo importante.

—Por supuesto, desea que lo dejemos con vida. ¿Listo?

—No, no… hay algo más. ¿Crees que tiene información sobre *lady* Wins? Es su sobrino, podría tener datos importantes. Ya sabes cuánto me gustó esa dama.

—¡No estás siendo serio! ¿Qué nos importa una viuda vieja? —dijo con enfado Aquiles.

—A mí sí —aseveró Basil con los ojos llenos de ensoñación.

Aquiles chasqueó la lengua.

—¿Qué quieres que hagamos? Si le quitas la mordaza chillará como un cerdo y estaremos en problemas.

—Tienes la tijera sobre su dedo. Estoy seguro de que lord Wins será un buen chico, no hará ni un sonido que nos enfade y nos expondrá con tranquilidad lo que quiere aportar. Escuchemos lo que tenga que decir.

—¿Y si no lo hace?

—Le clavas las tijeras en el corazón y salimos por la ventana como aquella vez que…

—Sí, sí, sé cuándo dices. Está bien, lo haremos a tu modo, pero si algo sale mal, te mataré a ti también.

Basil se rio.

—Soy el mejor aliado que has tenido los últimos dos años. Serías un necio si te desprendieses de mí.

—No tientes la suerte, muchacho. —Tras sus palabras, Aquiles le quitó la mordaza—. A ver, ¿qué es tan importante para interrumpir nuestro cometido?

—No me maten, por favor, les pagaré lo que deseen —pidió lastimoso lord Wins.

—No es una cuestión de dinero —alegó Aquiles mientras se frotaba la barba. Tantos días sin adecentarse como Dios mandaba, les confería a Basil y a él una apariencia que les venía muy bien para el papel.

—*Lady* Wins me aprecia, soy su sobrino preferido.

—Es el único, y su parentesco es muy alejado —le recordó Basil al conde.

—Les diré quién ha difundido los rumores sobre mi queridísima tía

—apuntó con esperanza.

—¡Qué nos importarán los estúpidos rumores! —se quejó Aquiles.

—A mí sí, puede ser importante —razonó Basil.

—Si se lo digo… Tienen que prometer que no le harán daño. Ella no tenía mala intención, solo quería protegerme.

—¿De qué habla? —preguntó Basil.

Phillip reflexionó sobre sus opciones. Tenía veintidós años y no había vivido todo lo que deseaba. Si al explicarles lo sucedido ellos lo dejaban en paz… Suspiró. No le quedaba otra salida que la de ser obediente y mostrarse sincero. Su madre le había dicho muchas veces que no estaba preparado para el título, ella tenía razón. Porque de haber sabido que acabaría en una situación semejante… ¿Ni los nobles estaban a salvo de los maleantes?

—Yo también he visto a *lady* Wins con el pelo suelto. Más que eso. Es una mujer que se esconde tras una fachada. Ella es muy bonita. Siempre se ha portado muy bien conmigo. Es amable y dulce, nada que ver con la imagen que tiene la sociedad de ella —apuntó Phillip.

—¿La ha visto desnuda? —ladró Aquiles. Basil le puso una mano en el hombro para contenerlo.

—No pondré en duda su honor, ni el mío. Así que no responderé a su pregunta —le dijo con seguridad. Aquiles se dio cuenta de que él no era tan malo como pensaba, pero que sí la había espiado de algún modo—. La mujer más importante para uno mismo no es la esposa, sino su madre. Yo adoro a la mía porque es la única persona que no me ha fallado nunca. —Se quedó pensativo—. Cuando le conté a mi madre mis intenciones de convertir en mi esposa a la mujer de mi tío… No le agradó. Especialmente porque *lady* Wins no le había podido dar herederos a mi tío y un título necesita descendencia. ¡Pero qué me importaba a mí el regalo que me había caído del cielo! No. Le dije a mi madre que el condado no era importante, que prefería conquistar a la mujer que me gustaría tener a mi lado. No se lo tomó bien.

—¿Intentó matarla? —sondeó Basil. No era conveniente decir que la Duquesa X había padecido varios ataques, pero sí podría especular sobre si la madre de él había intentado hacerle algo malo.

—¡No! Por supuesto que no. Mi madre es una mujer piadosa y buena.

—Esas son las peores —dijo por lo bajo Aquiles, al recordar a la madre de su primo Jacob, quien se convirtió en una plaga exterminadora de su propia familia.

—Llegó una carta anónima a mi casa en la que se explicaba que *lady* Wins y una desconocida llamada Duquesa X, de quien yo no había escuchado hablar nunca, eran la misma persona y se explicaba en la misiva las terribles cosas que hacía esa mujer infame, como

ofrecer intercambios lascivos entre hombres y mujeres. Me instaban a poner orden sobre el asunto, porque de otro modo, la vida de *lady* Wins correría peligro. Ahí decidí que la convertiría en mi esposa y la controlaría desde mi posición. Tuve una gran discusión con mi madre y al final le conté todo lo referente a la carta y que temía por la vida de mi tía.

—¿Qué hizo su madre? —interrogó Aquiles.

—Sospecho que fue ella la que lo organizó todo para que la carta que debí haber quemado —dijo con preocupación—, llegase al periódico.

—¿Por qué huye, si deseaba ayudarla? —Basil lanzó la pregunta.

—Porque mi madre y yo debemos alejarnos de Londres hasta que el temporal pase. No puedo casarme con *lady* Wins en estas condiciones y mi madre está alicaída y nerviosa, imagino que arrepentida por lo que ha hecho. Me protegió de un matrimonio inapropiado, pero nos echó tierra sobre nuestro propio tejado. Nos marchamos a Glasgow hasta que esto se haya olvidado. Y si voy a morir, me gustaría conocer la identidad del hombre que les ha encargado mi muerte.

—Se irá de viaje como tenía programado, con su madre, estará un año sin aparecer por Londres, y cuando llegue encontrará a una buena muchacha para casarse —le ordenó Aquiles.

—¿Por qué? —Lord Wins no entendía nada.

—No se queje de la suerte que está teniendo. Mi amigo y yo nos encargaremos de que nadie lo moleste nunca, pero si nos enteramos de que hace algo malo, volveremos. —Aquiles le daría una oportunidad.

Entonces, tal y como habían llegado, en medio de las sombras, los dos se esfumaron, dejando a lord Wins descolocado sobre lo que acababa de suceder, atado de pies y manos y amordazado de nuevo. Por la mañana su madre lo encontró así, él no ofreció explicación alguna pese a que la mujer insistió en saber qué había sucedido. Ambos siguieron su camino. Viajar un año para regresar y casarse a cambio de no matarlo, parecía un buen plan.

—¡Estamos como al principio! —se quejó Aquiles, mientras montaba a caballo de regreso a la casa de Rothgar.

—Tiene que haberla descubierto alguno de los amantes a los que convoca. Es muy confiada. Ha de ser alguien de su círculo —señaló Basil.

—Si no descubro quién está tras los atentados, voy a tener que prohibirle que siga siendo la Duquesa X y eso me causará un buen disgusto.

—¿Piensa seguir haciendo lo que hace aunque se case contigo? —preguntó Basil sin creerse que Aquiles hubiese consentido algo así. Ya intuía que ella no dejaría esa faceta con la que él consideraba que se

sentía tan cómoda, pero confiaba en que el hermano de Aura la persuadiese.

—Tú, ¿qué opinas? —ironizó Aquiles.

—Opino que las palabras de lord Wins me han hecho reflexionar sobre la importancia de la familia.

—¿Qué quieres decir?

—Cada uno de nosotros haríamos cualquier cosa por proteger a la familia con nuestra vida.

—No te sigo.

—Creo que se nos acaba de complicar el asunto. No solo tenemos que recabar información sobre los que han estado en las habitaciones privadas de la infame casa de la Duquesa X…

—Eso ya lo tenían controlado, ¿no?

—Sí, tengo a varios investigadores preguntando. Me costó mucho que Morgan Pusset me diese los nombres, tuve que recordarle que la próxima vez su patrona quizás no saliese con vida… ¡Qué mujer! Esa Pusset es…

—¡Quieres centrarte, maldita sea! —le dijo el duque, cuando vio que el hijo de lord Portman comenzaba a divagar.

—¿Y si fuese una mamá temerosa la que hubiese descubierto que su vástago participaba en los juegos de Althea? ¿O un padre estricto que pescase a su hija viuda o solterona solicitando tal servicio?

—No es un servicio —refunfuñó Aquiles—. Althea sostiene que es ayudar a las viudas que merecen descubrir el placer.

—¿Si tuvieses una hija que quedase viuda, aceptarías que ella se encamase con un hombre movida solo por el placer?

Aquiles le dio una y mil vueltas a las palabras de Basil. Suspiró.

—No podemos investigar a todas las familias de la lista.

—Especialmente porque es una lista muy larga.

—De diez años como poco y… —susurró Aquiles por lo bajo.

—¿Qué? —Basil no lo había escuchado.

—Apretemos el paso, tenemos que decirle a Althea por qué no podrá seguir siendo la Duquesa X… y luego veremos cómo librarnos de los rumores sobre que ella, la condesa, es la Duquesa X. ¡Maldita sea! —No sabía cómo lograría convencerla para marcharse con él una larga temporada. Tal vez ese viaje que le había ordenado a hacer a Phillip Lance no sería una mala idea para tener en cuenta para él mismo y Althea.

Ambos jinetes llegaron a la finca del duque de Rothgar para descubrir que no había nadie allí. Aquiles comenzó a gritar.

—¡Maldita mujer! Le ordené que no se moviese de aquí… ¿No podía haberme fijado en una mansa dama que aceptase mis palabras? ¡Son por su seguridad!

—Uhm… —Aquiles dejó de prestarle atención al lacayo que le

había informado de que ni el duque de Rothgar, ni ninguno de sus invitados, permanecían en la casa, y se plantó delante de Basil cuando lo escuchó murmurar.

—¿Recibió la carta que te pedí que le hicieses llegar?

Aquiles no había vuelto a subir a la habitación de Althea cuando Rothgar le mostró el periódico porque no podría marcharse de su lado si la volvía a ver. Así que lo más adecuado le pareció escribirle unas pocas líneas en las que le decía que tenía cosas muy importantes que atender y que lo esperase allí mientras se encargaba. No quiso preocuparla con las sospechas del señor Sallow sobre su sobrino lord Wins, por lo que fue parco en el asunto.

—No lo recuerdo con exactitud… —respondió Basil mientras daba un par de pasos para salir de la casa—. Será mejor que salgamos hacia Londres de inmediato.

Aquiles lo siguió hasta las caballerizas.

—¿Dónde está la carta que te dije que le fuese entregada, Basil?

—Uhm… En mi defensa debo decir que se cruzó en mi camino una sirvienta madura y que hizo que el tiempo corriese demasiado deprisa.

—Dios mío… —Aquiles levantó la cabeza al cielo en señal de súplica—. ¿Qué te he hecho yo para que me mandases a este cachorro impenitente? —le preguntó al Creador.

—Fui rápido, entré en el cuarto de la ropa de cama y salí pasados diez minutos, pero tú comenzaste a ladrar desde las escaleras, urgiéndome a que nos marchásemos de inmediato, y se me olvidó el motivo por el que había subido al primer piso. Así que no soy culpable de nada.

—La única que llorará tu muerte será mi hermana, Basil —dijo con los dientes apretados.

—No seas estúpido. Mi padre estaría devastado, mi hermano Flavian lloraría después de darte caza y lograr enterrarte, y tu hijo Robin también se apenaría y Ophelia, por descontado, aunque es tan pequeña que con la muñeca nueva que le comprase mi padre para mitigar sus lágrimas acabaría olvidándose de su pena con rapidez.

—Desearía retorcerte el pescuezo, Basil, y lo haría encantado si no te necesitase tanto.

—¡Al fin! —exclamó pagado de sí mismo—. Por fin un poco de reconocimiento. Vuelve a hablar, porque después de admitir semejante verdad, puede que se te haya caído la lengua a trozos y he de comprobar que estás bien.

Aquiles gruñó en respuesta, y sin tiempo para descansar, comer o asearse, tomaron prestados otros caballos de las cuadras de James Salsbury y pusieron rumbo a Londres.

Cuando Aquiles descubrió que su temeraria prometida estaba disfrutando de una agradable velada en casa de los duques de Gales…

También deseó retorcerle el pescuezo por su imprudencia.

***

El plan era sencillo. Acudir a Hanover Square acompañada por Greyson Amery a las ocho de la tarde. A esa hora haría su entrada la condesa viuda de Wins en la fastuosa fiesta social de Elvina Lamark, esposa del duque de Gales. Media hora más tarde aparecería Morgan ataviada con su disfraz de la Duquesa X, escoltada por Brendan Sallow, y acompañada por el duque de Rothgar.

Daría una impresión adecuada, puesto que Althea siempre contaba con la supervisión del señor Amery y cuando se ponía las galas de su *alter ego* la custodiaba Sallow. Así que la aparición de ambos daría más veracidad al asunto. ¡Tenía que salir bien! Era un gesto sencillo, una prueba visual de que no eran la misma persona.

Cuando Althea le pidió a Elvina que la invitase y que hiciera lo mismo con la Duquesa X, días antes, la mujer la miró con una ceja alzada, pero no la contradijo ni se opuso. Elvina, tan polémica como le había gustado ser siempre, le dijo que tenía su apoyo, no en balde, la esposa de Gales había tenido que lidiar con un plantel de jovencitas que en sus tiempos la habían agotado y por ello sabía cómo de perjudiciales eran los contratiempos que surgían cuando una dama se saltaba las normas.

Althea tenía colocada su máscara de frialdad. Desde un extremo del salón veía a todos los invitados susurrar a su costa mientras la miraban con suspicacia.

—Hay muchas caras conocidas —le susurró en la oreja Greyson.

—Veo a la sociedad queriendo prender la hoguera donde debería asarme viva.

—Fíjate un poco más.

Althea comenzó a barrer con la mirada el salón. Se detuvo en los rostros que no estaban contemplándola como si fuesen jueces y verdugos.

—¿Qué es esto?

—Esto debe de ser Morgan haciendo de las suyas.

—¿Sabías que algo así sucedería?

—No. Estoy tan sorprendido como tú misma.

Los ojos de Althea volvieron a centrarse en los invitados de la duquesa de Gales. La gran mayoría, los que bailaban animadamente, quienes conversaban como si nada extraño estuviese ocurriendo con la condesa viuda de Wins, eran amigos, amantes, que habían pasado por su casa. Muchas de las parejas que figuraban allí, en el salón de Elvina, habían entrado con fines deshonestos, placenteros, en las habitaciones de la casa de la Duquesa X, pero semanas después, ella había leído la noticia del enlace en el periódico. También le habían

llegado cientos de cartas de agradecimiento por presentarles a la persona correcta.

Althea los reconocía, se acordaba de los rostros, tal vez no de sus nombres o títulos, pero sí de sus caras, porque los consideraba amigos.

—Esto es una sorpresa, y no sé si dar las gracias o echarme a temblar, porque no sé quién los ha invitado, y si no ha sido Morgan como sospechas…

—Ha sido Pusset. Te lo garantizo. La has convertido en una dama infame esta noche y ella ha decidido interpretar el papel a placer. Así que ya sabes en quién puede confiar, Althea. En tu familia. En todos nosotros, porque nosotros —se repitió—, no te abandonaremos ni te dejaremos atrás.

Ella ladeó el rostro para enfocar la mirada oscura de Greyson.

—No me ha abandonado. Sé que tiene una explicación satisfactoria para…

—Para abandonarte, y casi prefiero que haya desaparecido de la faz de la Tierra. No me fío de él.

Ambos sabían que se estaban refiriendo al duque de Darkworth. La preocupación del señor Amery era la misma que le habían transmitido Brendan y Morgan durante los últimos días. Rothgar se mantenía callado al respecto, pero ya le había dicho lo que pensaba cuando descubrió su identidad y se sintió traicionado.

—Tú no confías en nadie.

—En ti sí —le dijo con convicción Amery.

Althea frunció el ceño e iba a preguntarle por su efusividad, pero Elvina estaba caminando hasta su posición para hablar con ella.

—Es hora de la función —dijo la duquesa cuando se colocó junto a Althea.

Ella siguió la mirada de la anfitriona y vio a una sonriente y espléndida Morgan, con su alta y elegante peluca rubia de estilo georgiano adornada con un pasador de diamantes, sus ojos delineados de negro, labios pecaminosos carmesí, y un vestido de lo más llamativo, cuyo escote estaba muy bajo en opinión de Althea, de seda rojo. En verdad su ayudante se veía muy, pero que muy, similar a ella misma. A su espalda, Brendan Sallow con su habitual cara de pocos amigos mantenía los brazos cruzados sobre el pecho, lo que lo hacía parecer tremendamente salvaje, como si estuviese listo para comenzar a pelearse con todos y cada uno de los allí presentes.

Althea observó a lord Liam Banstorn y a su esposa, Regina creía recordar que se llamaba, acercarse a Morgan para saludarla. Junto a la pareja, un recién llegado duque de York y la que debía ser su esposa cerraban filas con Liam.

¿De qué estarían hablando?

***

Mentiría si no confesase que estaba nerviosa. Lo había estado. Muchísimo mientras recorrían el camino. Morgan Pusset no era alguien a quien los nervios la hicieran temblar. Y sin embargo, cuando descendió del carruaje para ingresar en la selecta fiesta de la duquesa de Gales, todo su aplomo regresó como si se hubiese dado un baño con él en la misma puerta.

Dejó de sentir inseguridad, convirtió su seriedad y preocupación en una preciosa sonrisa maravillosa y entró en el salón, del brazo de Rothgar, dispuesta a comportarse como si fuese la Duquesa Infame. Sí, infame, porque ese acompañamiento le iba más a ella que a Althea.

—Duquesa… —se presentó ante ella lord Liam Banstorn junto a su esposa.

De pronto un gran corrillo se formó alrededor de quienes mantenían la charla. Brendan no hizo nada por espantarlos. Sabía que quienes estaban con Morgan eran amigos y que, si estaban saludándola con atención, era porque deseaban dejar clara su postura de apoyo. Y por si tenía alguna duda, quedó más que confirmada cuando el duque de York y su duquesa se acercaron también.

—Lord y *lady* Liam, es un gran placer verles esta noche.

—Nada de eso, estamos al corriente de que su agenda como casamentera es apretada, y cuando supimos que esta noche estaría aquí, no pudimos dejar de venir para verla y agradecerle públicamente la gran ayuda que ofrece a las parejas que forma gracias a su honesta y acertada intervención —apuntó Liam, en un tono de voz lo bastante alto para que quienes tenían la oreja pegada lo escuchasen. Hubo un poco de engaño ahí, pero lo que ocurría en la casa de la Duquesa X era tan secreto que solo lo conocían quienes habían estado allí dentro, así que el resto podía bien creer lo que Liam acababa de apuntar sin dudarlo. La había calificado como una sencilla casamentera un poco excéntrica.

—Bueno, soy una mujer rica y aburrida, juntar parejas me pareció un excelente entretenimiento. ¡La felicidad y el amor son mi gran pasión! —exclamó en un tono amable y desenfadado.

Regina, la esposa de Liam, le agarró la mano a Morgan y ella, pese a que se sobresaltó por lo inesperado del gesto, mantuvo la sonrisa.

—Cuenta con una amiga que le será fiel. Gracias por su intervención. Mi esposo yo estamos encantados porque mediase en nuestra relación y nos animase a conversar, a cortejarnos. Nos ayudó muchísimo —le dijo con el corazón en la mano Regina, lo cual no era mentira, porque pese a que tanto *lady* Liam, como su esposo, incluso York mismo y su duquesa, no supieran que no estaban hablando con la verdadera Duquesa X, Althea había intervenido para lograr que una

pareja que tenía que nacer, lo lograse.

Liam y Regina se habían formado al calor del lecho, de la pasión, antes de casarse, y no por eso merecían menos de lo que tenían: amor en estado puro.

Morgan recordaba bien aquel caso en concreto porque había tenido que librarse un par de veces de Liam Banstorn, quien había ido día sí y día también a exigir conocer la identidad de la viuda que le había asignado Althea para complacerla. Era una historia peculiar la sucedida entre esa pareja en concreto.

—¿Y usted, York? —preguntó Morgan cuando vio al duque fruncir los labios. Ella sabía que estaba recordando el lío en el que se metió para interceder por Liam y Regina sin ser descubierto.

—Ah, ya ve, querida casamentera, que pese a que no he precisado nunca más ayuda que la mía para conseguir aquello que amo —llegados a ese punto le dio una mirada ardiente a su mujer, que hizo que Isobel se ruborizase llena de deleite—, sé de muchas parejas que han contado con su inestimable intervención a la hora de presentarse en el altar para dar un paso al frente a fin de alcanzar la gloria eterna. —York paseó la vista por el repleto salón de baile y decidió improvisar un poco—: Sí, veo a muchas parejas que como mi hermano pidieron su asistencia y recomendación. Debe ser horrible que usted mantuviese en secreto su condición de excelente casamentera para pasar desapercibida y algún malintencionado revelase su pasión incluyendo mil y una mentiras… ¡Lamentable! Pero aquí tiene, ante usted, Duquesa X, a un hombre que reconoce la grandeza porque él mismo la representa, y por eso me inclino ante usted y le reitero mi amistad. —York agachó la cabeza para ilustrar mejor su acción.

Isobel le sonrió a la dama también. Desde que su esposo le había desvelado la existencia de una mujer que se ocupaba de suministrar placer entre viudas y solteronas de modo discreto, Isobel había deseado conocerla. Era definitivo, York la había corrompido porque no censuraba ni un ápice lo que la, hasta ese momento, desconocida hacía. La admiraba por tener el valor de desafiar los criterios moralmente establecidos. Además, las parejas que ella formaba acababan la mayor parte de las veces casadas, como Regina y Liam. Isobel le debía la felicidad de su hijastra.

Morgan les sonrió a ambos. El despliegue de amigos estaba siendo tal y como esperó que fuese cuando envió misivas para hacerlos llegar a la fiesta de Elvina, con quien ya había hablado para informarle de lo que ella pensaba hacer con respecto a las invitaciones, sin que Althea lo supiera, por supuesto, porque no lo habría autorizado. La condesa viuda de Wins era una mujer que prefería sacrificarse a sí misma antes que pedir ayuda a quienes le debían tanto: la felicidad o la salvación.

Los agradecimientos de ese tipo se fueron sucediendo a lo largo de

la noche y pronto quedó confirmado lo que Morgan había previsto, que la Duquesa X no era más que una mujer aburrida que se dedicaba a ejercer como casamentera… Y no era una gran falsedad, porque lo que mejor hacía Althea era emparejar a hombres y mujeres, con una cama de por medio, pero los emparejaba, al fin y al cabo.

Cansada de tanta conversación y de sonreír, Morgan se refugió un momento tras una de las columnas del salón. Brendan la seguía, mientras Rothgar se alejaba para ir a saludar a otras gentes de bien.

De pronto sintió a alguien a su lado. Cuando se giró divisó a una muchacha junto a ella. Brendan dio un paso para intervenir, pero Morgan lo frenó de inmediato.

—¿Qué puedo hacer por ti? —La nueva Duquesa Infame se había interpuesto entre Brendan y la muchacha.

—Le juro por los mejores zapatos de mi abuela que necesito que sea una casamentera excelente para mi hermano…

Brendan rodó los ojos. Morgan la reconoció de inmediato. Era la joven que se había colado hacía un par de días en casa de Althea, a quien su improvisado guardaespaldas había sostenido en brazos para mostrarle la salida.

—¿Qué crees que estás haciendo y diciendo, Venus? —Helmer Culpepper, el imperioso duque de Hardcastle, estaba cogiendo a su hermana de la mano como si no fuese más que una muchachita de doce años, para apartarla de lo que él consideraba una mala influencia.

Helmer tuvo que haber sospechado del interés estresante de Venus por aceptar la invitación de la duquesa de Gales… Su hermana era muy molesta. ¡Él no quería casarse!

—Será mejor que la suelte de inmediato —le dijo Brendan al desconocido que había agarrado la mano de la joven. Su tono era peligroso, cortante, destinado a infundir terror. No miedo. Pánico.

—Hardcastle…, por favor —susurró Venus asustada por ver la violencia del gran pingüino negro, pues no deseaba crear un escándalo. Ella había visto entrar a la Duquesa X justo cuando había planeado iniciar un acercamiento con *lady* Wins, y cambió el rumbo de sus pasos.

Su hermano la soltó.

—No me intimida su tamaño —le dijo al mastodonte.

—Hermano, por favor —volvió a murmurar Venus. El duque no se dejaría arrinconar con facilidad y pensaba que tampoco acostumbraba a hacerlo el otro que miraba a Hardcastle como si fuese a estrangularlo.

—No me importa, siempre y cuando la deje tranquila —respondió con paciencia Brendan tras darse cuenta del parentesco entre la pecosa y el hombre que la había molestado.

—Sospecho que su hermana se ha enterado de mis dotes como excelente casamentera y desea que yo…

—No —negó Hardcastle, sin dejar que Morgan terminase. El duque se giró hacia Venus—. Es hora de marcharnos a casa. Te sacaré sobre mi hombro, pataleando y gritando si me obligas a hacerlo.

Morgan se fijó en que Brendan había cambiado su expresión feroz por una breve sonrisa ladeada ante las palabras de él. Tampoco le pasó desapercibido el hecho de que Brendan se relajase cuando la muchacha, de nombre Venus, había apuntado el parentesco que la unía al hombre que la había agarrado sin miramientos de la muñeca.

Venus suspiró, se dio media vuelta y se alejó muy seguida de Hardcastle.

—¿Te gusta ella? —preguntó Morgan de inmediato.

—Preocúpate de ti misma.

—Tú eres mi mayor preocupación, Brendan —le indicó, antes de comenzar a caminar hacia Althea.

El segundo acto de la función debía comenzar. Eso era el saludo con *lady* Wins. Morgan no llegó demasiado lejos. Una figura femenina se interpuso en su camino.

Morgan levantó la mirada y reconoció a la duquesa viuda de Lionstar. Una joven de poco más de veinticinco años que fue obligada a casarse con un hombre decrépito que tuvo el mal gusto de fallecer en su noche de bodas.

—Sigo esperando pacientemente mi turno —le dijo con una altivez que Morgan no recordaba que ella poseyese. Pero haga lo que haga para encontrarme… pareja —susurró—, le prohíbo que sea Rothgar o alguien similar —terminó como un polvorín antes de desaparecer del mismo modo en el que había aparecido.

Morgan se giró para mirar a Brendan.

—¿A qué diantres ha venido eso?

—Si no lo sabes tú, no pretenderás que yo lo sepa… —se excusó su guardián.

Morgan volvió a retomar su camino hasta Althea. Una figura masculina volvió a cortarle el paso. Morgan rodó los ojos al tiempo que suspiraba.

—¿Qué sabes de la duquesa viuda de Lionstar?

—Rothgar, no es el lugar ni el momento —dijo conteniendo su temperamento Morgan.

—Sí, lo es porque…

—Ahora no —rugió Brendan en un tono que no admitía réplica.

James agitó los hombros de modo despreocupado.

—Lo averiguaré por mi cuenta.

—¿Debería preocuparme e intervenir? —Morgan se volvió a girar para hablar con Brendan cuando Rothgar desapareció de pronto.

—Tienes algo importante que hacer antes. Saluda a Althea, ríete de los rumores y luego veremos qué pasa con la duquesa viuda de Lionstar.

—Bien. —Morgan trató de avanzar hasta Althea de nuevo. No logró más que dar medio paso. Otro hombre se interpuso en su camino. Ella gimió con poca gracia—. ¿Qué pasa ahora?

Cuando Morgan levantó los ojos para enfrentarse a quien tenía enfrente…

—¿Te has vuelto loca?

—Oh, oh… —susurró la ayudante de Althea al darse cuenta de que estaba frente al duque de Darkworth, y que la miraba como si fuese a retorcerle el pescuezo… O algo peor, como si desease besarla con fuerza. Morgan tragó saliva al tiempo que Brendan maldecía por lo bajo.

—Efectivamente, estás en problemas, *madame*. Y más te vale tener una buena razón para no haberme esperado y actuar por tu cuenta.

Aquiles la sujetó por el codo con delicadeza y se la llevó hacia un lado. Como siempre, Basil le cubría las espaldas.

Llegaron hasta detrás de la columna donde Morgan había estado minutos antes. Miró a Brendan y lo vio observarla con humor. Maldito.

—¿Qué? —dijo por lo bajo Morgan.

—¿Qué, de qué? —Aquiles interpretó que la pregunta era para él, no para Brendan, y no daba crédito a que ella no entendiese el peligro que entrañaba salir por Londres tan alegremente.

—Lo que la Duquesa X quiere decir, es que eres un maldito canalla y que no hacía falta que regresases a Londres, porque no precisa nada de ti. Así que te puedes ir por el mismo lugar por el que llegaste.

—¿Es así? —le preguntó a Morgan, creyendo que estaba ante Althea. Ella afirmó con la cabeza. Aquiles tomó una larga bocanada de aire y se giró para mirar a Basil—. Espero que el revolcón en el cuarto de la ropa de cama valiese la pena.

—¡Tengo una carta para usted! —saltó Basil de inmediato, mientras sacaba el papel de su chaqueta—. Olvidé dársela antes de que nos fuésemos de casa de Rothgar.

Aquiles suspiró y se tocó el puente de la nariz. Morgan se apresuró a sostener la misiva y la leyó. Luego se la pasó a Brendan. No deseaba abrir la boca por miedo a que Aquiles descubriese el engaño, y tanto el mastodonte como ella misma pretendían saber el motivo por el que había desaparecido sin dar señales de vida.

—Aquí no pone nada significativo —dijo Brendan tras leerla.

—Le pedí a Basil que se la entregase a Althea antes de salir de casa de Rothgar.

—¿Siempre delegas los asuntos importantes en su…? —Brendan

miró a Basil antes de proseguir su pregunta—: ¿Qué eres, su mascota?

—Una mascota tendría más reconocimiento que yo —se quejó Basil.

—Deberías saber —comenzó a explicarle Aquiles a Brendan con enfado—, que me tomé muy en serio tus sospechas sobre Wins.

—Yo te avisé de que el sobrino de Althea estaba limpio —recalcó Basil.

—¿Quieres callarte? —lo regañó Darkworth—. Como decía —siguió con su discurso—: aquella mañana salimos en dirección a Escocia porque tu sobrino —miró a la que consideraba que era Althea— había iniciado lo que creíamos que era una huida después de tratar de asesinarte.

—Cosa que averigüé yo —se reafirmó en su papel experto Basil.

—¡Dios! ¿Por qué no buscas algo con lo que entretenerte? —le dijo a Basil fuera de sus casillas Aquiles.

—¿Fue él? —intervino Brendan con mucha curiosidad.

—No. Confesó que su madre había enviado al periódico una nota que le había llegado a él explicándole las actividades reprobatorias que tenía Althea siendo la Duquesa X —giró su rostro hacia su prometida—, es decir, tú. Así que madre e hijo decidieron alejarse del escándalo. No sé quién intenta matarte, puede ser cualquiera, tal vez más de una persona… ¿y no se te ocurre otra brillante idea que la de venir a Londres y dar la cara en una concurrida fiesta sin que yo, tu *prometido* —arrastró la palabra por si se había olvidado de ese detalle— te acompañe? ¿En qué pensabas, Althea?

—¡Buena pregunta! —exclamó Morgan, cuando se dio cuenta de que se acercaban invitados para tratar de ver qué ocurría en su breve reunión confidencial. Ya no era seguro seguir hablando de asuntos privados—. Vamos a preguntarle a la condesa viuda de Wins qué opina sobre su persona, excelencia. Soy una excelente casamentera, como escuchará esta noche cuando alterne con los invitados de los duques de Gales, así que en mi experta opinión, la pareja que formarían usted y *lady* Wins sería maravillosa. Son tan diferentes que estoy segura de que encajarán.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir Aquiles, mientras Morgan colocaba su mano en su antebrazo y lo forzaba a iniciar la marcha. Darkworth había estado de espaldas y no se había dado cuenta de que tenían público.

Basil comenzó a mirar hacia todas partes cuando escuchó ese peculiar tono de voz que no era el de Althea Marriott. Entonces la divisó en la otra punta del salón, con los ojos clavados en el grupo.

—Cierto, hablemos con *lady* Wins —se unió Basil a la sugerencia—. La condesa viuda está justo allí… —El hijo de Portman hizo un gesto con la cabeza para indicarle a Aquiles hacia dónde tenía que fijarse.

Darkworth ladeó el rostro y las miradas de ambos se cruzaron. Apretó los labios y caminó en compañía de Morgan. Cuando se dio cuenta de que tenían una vez más cierta intimidad, le susurró:

—Acabas de ponerte una gran diana en la espalda. No te alejes del gorila con malas pulgas hasta que volvamos a hablar.

Capítulo 11

El alma de la fiesta

Althea sabía que él estaba enfadado. Lo veía en sus ojos a medida que se acercaba hasta su posición con Morgan cogida de su brazo. Bien. Si él estaba ofendido por… por… por lo que fuese —ella no lo sabía porque no había hecho nada malo—, iba a comprender que no sería el único que estaba molesto.

—Confío en que no serás blanda con él —le susurró Amery. La duquesa de Gales hacía un rato que se había ido a atender a otros invitados. A Elvina se la veía muy complacida con el devenir de la fiesta. A Althea le daba en la nariz que tampoco era una mujer común.

—¿No esperarás que arme un escándalo después de casi lograr salir de otro?

—¿Qué tendría de malo darle un puñetazo y hacer que su ducal nariz sangrase? —preguntó como si ella pudiese barajar esa posibilidad. Althea rodó los ojos—. Él no me gusta.

—A mí tampoco en estos momentos. —Lo veía autoritario, seguro de sí mismo, como si fuese Hades a punto de secuestrar a Perséfone.

—¡*Lady* Wins!, he oído hablar mucho de usted —le soltó Morgan con una preciosa sonrisa socarrona en los labios. Se la veía muy cómoda en su nuevo papel.

—Duquesa, también he escuchado algunas cuestiones de lo más… entretenidas.

—¡Qué sería la sociedad sin un jugoso rumor que no fuese en aumento! —observó Morgan.

—Muy cierto.

—Puede preguntárselo también a Darkworth, el pobre duque ha visto en los últimos tiempos cómo las jovencitas inventaban compromiso tras compromiso con él. —Althea lo sintió tensarse, pero él no dijo nada ante la afirmación casual de su amiga—. ¿De dónde salen las tontas leyendas? No lo entiendo. Aunque es preferible la invención de un compromiso a que digan de una que baila con Lucifer en su cama. —Se escucharon varias exclamaciones a su alrededor, Morgan estaba yendo demasiado lejos en una fiesta que era civilizada.

—Lamento el contratiempo que le haya causado que dijesen que ambas éramos la misma persona.

—¡En absoluto! —la excusó alegremente—. Me ha dado la oportunidad de salir a demostrar mi valía como casamentera.

—¿Qué…? —comenzó a interrogar Althea con nerviosismo, al ver la cara de pícara que componía Morgan.

—¡Declaro que habrá una feliz pareja pronto casada! —gritó Morgan. Althea tragó saliva con fuerza. Aquiles suspiró—. ¡*Lady* Wins y el duque de Darkworth serán la pareja de la temporada! —siguió con su exposición.

Althea no sabía dónde esconderse. Aquiles se vio entre la espada y la pared. El señor Amery se contenía para no estrangular a Morgan y luego darle un puñetazo al aspirante a pretendiente de su patrona. Brendan no veía la solución al gran problema en el que acababan de meterse. ¡Qué caos!

—Saca el anillo, arrodíllate y encadénala a ti ahora —le susurró con cierta discreción Basil. Aquiles se giró para mirar al hijo de Portman. ¿Cómo demonios sabía él que tenía un anillo de pedida de mano en el bolsillo del chaleco?

Darkworth se recompuso de su asombro, alzó la cabeza, miró a la impostora Duquesa X y le dedicó una sonrisa.

—Estoy tan seguro de sus dotes como casamentera que yo mismo me pondré a prueba. —Tras decir las palabras, Aquiles se arrodilló, tomó la mano de Althea, maldiciendo el hecho de que ambos llevasen guantes, y con la otra sacó el estuche de terciopelo verde—. Sería un honor para mí que aceptase ser mi duquesa. Tiene ante usted a un honrado duque que se ha quedado perplejo con su porte, elegancia y hermosura.

Althea sintió ganas de llevar un precioso vestido de seda turquesa, de estar peinada con un bonito moño a la moda, con los tirabuzones cayendo sobre su espalda, porque sabía que con el atuendo y el peinado que llevaba no se veía nada aceptable para un hombre de la grandeza de Aquiles.

El salón de baile estaba en completo silencio. Incluso la música se había detenido. Althea y Aquiles eran el centro de atención.

Ella se tomó un segundo para barajar sus opciones. Le había dicho que sí ya a la proposición en privado que le había hecho antes de intimar. Aunque estaba furiosa con él, confiaba en su duque. Se sentía correcto amarlo, considerarlo… casarse con él. Se hablaría de la intempestiva pedida de mano durante años. Morgan se había ocupado de que así fuese. También se acababan de establecer las bases para considerar que la Duquesa X podría ser en verdad una casamentera consumada… una que preveía matrimonios respetables.

Estaba más que claro lo que tenía que hacer.

—Después de doce años viviendo la soledad, y puesto que me considero una mujer muy inteligente, no veo motivo alguno para

declinar una propuesta tan especial que viene de un apuesto hombre que además es duque. El *beau monde* me condenaría por insensata más de lo que ha hecho al aproximar mi identidad a la de una respetable casamentera sobre la que se han vertido mentiras infundadas. Confío tanto en el criterio de la Duquesa X que acepto con gran honor su proposición, excelencia —lo afirmó mostrando una sonrisa cautelosa, puesto que de la noche a la mañana la severa *lady* Wins no debía comenzar a sonreír como si fuese una muchacha tremendamente feliz.

¿Feliz? ¿Lo estaba? Se sentía inquieta, y creyó que no sería capaz de hacer frente a la situación. Su primer matrimonio fue un absoluto fracaso. Casi le costó la vida y su voluntad. Pero Aquiles no era Wins. Aquiles era bueno, era paciente, era dulce en la intimidad, con un apetito insaciable en la cama. Sería un compañero maravilloso. Ella confiaba en Aquiles. Él había matado a un hombre sin conocerla, ¿qué no haría por ella si estaba tan enamorado como ella misma?

Su enfado por su desaparición se mitigó. Confiaba en que le diese una explicación satisfactoria cuando pudiesen hablar en privado.

—¡Brillante! —Morgan comenzó a dar palmas—. ¡Un vals! Su Gracia la duquesa de Gales —buscó con los ojos a Elvina— convendrá conmigo que la recién estrenada pareja debería bailar un vals… Será un matrimonio de lo más bien avenido, lo sospecho —dijo mientras observaba a Greyson Amery darse la vuelta enfurecido por el giro de los acontecimientos.

Aquiles se incorporó, abrió la caja de terciopelo, sacó el anillo y lo colocó en el dedo de su prometida. Ella lo aceptó con honor y humildad.

Mientras, Elvina hizo un gesto al director de la orquesta para dar su consentimiento a la propuesta sobre iniciar un vals. Su duque, Ed Lamark, le pasó una mano por la cintura.

—¿Por qué sospecho que estás complacida por el escándalo que se armará con el anuncio prematuro de una boda en nuestra fiesta?

—Porque hacía mucho tiempo que no me divertía tanto. Echaba de menos ver acción entre las parejas. No me malinterpretes, desde que mi hija Valerie se casó con Lennox, y la tuya con Patrick, me he sentido un poco ociosa pero muy tranquila. Sabía que esta fiesta sería especial cuando *lady* Wins me pidió mi colaboración para aplastar los rumores. No supuse que esto acabaría así.

—Creías que *lady* Wins era la famosa Duquesa X, y has estado preguntándote cómo lo haría para duplicarse, admite que te has equivocado.

—Si yo misma me pusiese una peluca como la que lleva y me echase tantos polvos y adornos en el rostro, podría engañarte con facilidad.

—¡Nunca! Te conozco desde hace demasiado como para saber

quién eres aunque trates de ocultarte de mi vista. Por cierto, no me gusta tener a Rothgar en mi casa, espero que recuerdes que eres una mujer felizmente casada y no tengas la tentación de…

—Me ofendes, Gales, pero al mismo tiempo me gusta verte celoso. Haces que me sienta una chiquilla deseada.

—Eres una chiquilla a la que deseo —le aclaró—. El maldito Rothgar te daría un buen bocado si no hubiese tenido unas palabras con él…

—¿Qué le has dicho? —preguntó con sorpresa.

—Que cazase en otro coto —le dijo Ed a Elvina. Él sabía que su actual esposa había tenido un breve idilio con ese hombre más joven que ella. Eso le hacía tener que esforzarse mucho para mantenerla contenta. No importaba los años que sumaban entre ambos, estaban enamorados y eran muy creativos en el lecho.

Elvina se rio sin contención. Hacía años que no veía a su esposo celoso. Esa noche tendría que aclarar un par de cosas con él. Sería divertido.

—Chesterfield nos ha invitado a cenar en su casa dentro de dos días. Sospecho que tu hijo anunciará un nacimiento.

—Iremos. Tengo ganas de ver cómo le va a Ches como hombre casado y respetable.

La relación entre el duque de Gales y su vástago, el conde de Chesterfield, nunca fue buena, pero estaban aprendiendo a limar asperezas. Del mismo modo ocurría con su hija Gertrude, quien estaba casada con el sobrino de Elvina, un tipo llamado Patrick que Ed aborrecía, pero al que había tenido que resignarse a tolerar.

—¿Bailamos? —preguntó Elvina.

—Creí que nunca me lo pedirías, mi preciosa valquiria.

Los duques de Gales se dirigieron al centro de la pista, donde Aquiles y Althea ya estaban preparados para comenzar a bailar. Una conversación inicial estaba a punto de comenzar entre ambos.

—¿Estás enfadada? —preguntó Aquiles mientras colocaba su mano en la cintura de ella para iniciar la danza.

—¿Por qué habría de estarlo? —preguntó de un modo que le hizo pensar que estaba furiosa.

—No debiste venir a Londres sin mí —la regañó.

—No sé cuánto sabes, pero hubo un gran incendio que debía ser contenido.

—Estoy al corriente de todo, y si me marché de casa de Rothgar fue para averiguar quién trata de matarte. ¿No comprendes el riesgo que estás corriendo ahora mismo, la diana que le has puesto a Morgan al hacer creer a todos que es la Duquesa X?

—¿Qué podía hacer cuando me dejaste atrás sin explicación alguna después de yacer juntos? —preguntó indignada.

A Aquiles le gustó verla enfurruñada. Eso implicaba que lo apreciaba en exceso, porque en caso de que él no significase nada para ella, no estaría colérica.

—En tu corazón sabías que nunca me iría lejos sin un buen motivo, Althea. Estamos unidos de un modo que no logro comprender, siempre regresaremos el uno al otro. ¿No te ha enseñado eso el destino?

—No fue agradable despertarme sola en la cama y sin saber dónde estabas.

—Te escribí una nota, pero por un… descuido —maldito Basil—, no te fue entregada.

Los ojos de Althea se abrieron de golpe y la furia centelleó en ellos.

—¿Te parezco la clase de mujer que se conformaría con una nota aclaratoria después de entregarte mi cuerpo y mi palabra para una boda?

—¿Me crees el tipo de hombre capaz de marcharse para atender un asunto urgente después de hablar con la mujer que ama, mientras ella está desnuda en la cama?

—¿Qué significa eso? —Se había perdido algo.

—Que escribí una nota que Basil no te entregó por olvido —se abstuvo de decirle en qué invirtió el tiempo ese cachorro bobo—, porque no me veía lo suficientemente fuerte para abandonar tus brazos tan pronto.

La vio tratando de ocultar una sonrisa y él se sintió feliz. Bien. Un enfado aplacado.

—¿Qué te obligó a salir de improviso? —trató de averiguar.

—Tenía que descartar que el sobrino de tu difunto esposo fuese el culpable de lo que te ha estado sucediendo.

—Brendan te dijo que sospechaba de él —conjeturó. Aquiles afirmó —. Yo le advertí que no era posible. Es un joven bueno que no…

—Fue su madre quien envió a *The Times* una nota que su hijo había recibido, de modo anónimo, en la que se denunciaban tus asuntos como Duquesa X —le señaló.

—Sabía que ella me odiaba. Ya tengo la confirmación de que ella retiene Kellinge Camp y algunos fondos que también son míos.

—¿Qué es Kellinge Camp?

—La propiedad que mi padre me legó porque no estaba vinculada a su título como duque. La quiero porque era de mi madre. Mi sobrino sabe que debe liberarla, pero no lo hace porque su madre lo manipula.

—Tuviste que habérmelo dicho antes, porque hubiese traído bajo el brazo lo que te pertenece.

—¿Cómo?

—Digamos que encontré a Wins de camino a Escocia y lo hice estar muy cooperativo. Te habría regalado Kellinge Camp como presente de boda, porque lo tuve donde lo quería.

—No importa. Sospecho que tus métodos habrán sido cuestionables. —Se imaginaba que le habría dado un buen susto.

—No quieres saberlo —le dio la razón.

—Así que lo haré por las buenas. Hay un abogado que Morgan contratará para que lo que me pertenece regrese a mí.

—Curioso. Cuando nos vimos doce años atrás y aquellos malditos te acusaron de ser una ladrona, recuerdo que dijiste que no era un robo…

—… cuando se reclama lo que por derecho pertenece —terminó ella por él.

Aquiles le sonrió.

—¿Vas a casarte conmigo, Althea?

—¿Dudas de mi palabra?

—Te siento en mis brazos más distante que cuando me echaste veneno en la copa. —Ella podía verse un poco aplacada, pero estaba todavía molesta. Lo sentía en el modo en que se mantenía a distancia mientras sonaban las dulces notas del vals.

—No era vene…

—Lo sé. ¿Vas a casarte conmigo o no? —retomó la pregunta.

—Te lo dije aquella noche. No soy capaz de negarte nada.

—Eso no es una respuesta que me dé esperanzas.

—Me dejaste a un lado. Te marchaste y…

—Te he explicado lo de la nota —la interrumpió.

Hubo otro momento de tensión. Aquiles aprovechó la pausa para darle un pequeño tirón y acercarla por completo a su cuerpo. No estaba siendo un baile demasiado decoroso, pero le daba igual. Estaban comprometidos y las normas podían ser menos estrictas durante el cortejo. Dos segundos más tarde, el duque la sintió respirar en profundidad y dejar de luchar contra su cercanía.

Althea levantó la mirada hacia los ojos de él. ¡Qué apuesto se veía! Ojeroso, con pequeñas arrugas bajo los ojos que denotaban cansancio, pero perfecto. Si él había estado persiguiendo a Phillip hasta Escocia, eso implicaba que habría descansado poco o nada. Y pese a necesitar dormir durante un día o dos, él había ido al baile a buscarla.

—¿Cuánto hace que no duermes en una buena cama o que no te alimentas bien?

—No he tenido mucho tiempo disponible. Confiaba en regresar a Londres y que alguien tuviese ganas de ocuparse de mí. ¿Conoces a alguna dama que pudiese estar interesada?

—No volverás a hacer nada similar. Nunca me dejes al margen de tus planes —sentenció Althea, viéndose incapaz de seguir con su actitud ofensiva.

—¿Te han dicho que eres una tirana?

—Lo soy, y tú todavía quieres casarte conmigo.

—Porque te amo —le dijo en su oído. El aliento le hizo cosquillas.
—Yo también.
—¿Persistirá mucho tu enfado?
—Muchísimo —dijo con humor.
—Esta noche te tendré. Borraré tu molestia de un plumazo con besos, caricias y dulces palabras.
—No estamos casados, querido. Deberás ser paciente —coqueteó, sabiendo que estaba luchando una batalla que deseaba perder.
—Esta noche, Althea —le dijo mirándola a los ojos con un destello peligroso.
Ella tragó saliva. El deseo tan crudo era abrumador. No osó contradecirlo por miedo a que la arrastrase hasta una habitación de los duques de Gales y le demostrase cuán en serio hablaba. Algo que por otro lado le agradaría mucho.
—Sí.
—No necesitaba tu confirmación, aunque agradezco que hagas que mi seducción sea menos intensa, así podremos pasar a asuntos más… importantes antes.
—Lo sé. Deberíamos irnos.
—Bien, porque necesito desesperadamente besarte y no sé si me quedan fuerzas para no hacerlo aquí mismo.
La música terminó y todos se despidieron conforme marcaba el protocolo. Por descontado Aquiles no se despegó de Althea. Basil y el duque acompañaron al perro rabioso —ese era Amery, quien lo miraba y no evitaba mostrar que lo despreciaba— y a *lady* Wins en su carruaje.
Por su parte, Brendan, Morgan y Rothgar hicieron lo propio con su vehículo. Se marcharon a la mansión de la Duquesa X, y cuando Morgan se desprendió de su disfraz, iniciaron el camino hacia Mayfair como tres súbditos de lo más civilizados.

***

—Althea, ¿podemos hablar un momento? —le pidió Amery cuando los cuatro entraron en el recibidor de la morada de la condesa en Mayfair.
—Dios sabe que haré un uso casto de la cama esta noche, así que me despido… —Basil fue el primero en retirarse, no sabía cómo Aquiles era capaz de seguir en pie. Él estaba exhausto. Así que uno de los lacayos lo acompañó para asignarle la habitación que sospechaba que ocuparía hasta que el hermano de Aura convenciese a *lady* Wins para retirarse durante un tiempo, dado que Aquiles le había advertido su intención de planear una luna de miel muuuuy larga por el continente.
Aquiles se acercó a la condesa para murmurar:

—Dile que no, y ya puestos dile que no use tu nombre de pila. Me indigna que se crea con algún tipo de derecho sobre ti.

—Primera planta, segunda puerta a la derecha, no tardaré. —Aquiles resopló—. Te compensaré. —La promesa seductora no pareció contener su malhumor, pero el duque se marchó de allí después de darle un beso profundo a Althea.

A Aquiles, Greyson Amery le gustaba todavía menos que el gorila con malas pulgas.

Lady Wins y su guardaespaldas se quedaron a solas.

—Es un duque.

—Lo sé —aseveró Althea.

—Un hombre.

—También soy consciente de eso.

—Juraste no volver a mirar de ningún modo a otro hombre, menos si era de alta cuna.

—Recuerdo mis propias palabras. Sé que él no te gusta, pero debes saber que…

—¡Al infierno, Althea! —gritó con enfado—. Tienes a tu alrededor a hombres que te valorarían mucho más que él. No te quiere. Solo fue su orgullo el que lo impulsó a darte una lección. No te reconozco lo más mínimo. Él desapareció de tu vida y no sabías nada de él hasta esta noche… ¡Dime, dime si es confiable un maldito duque que se irá y te dejará sola a la menor oportunidad!

—Greyson…

—No. No te atrevas a excusarlo, como sé que vas a hacer. Vas a tropezar dos veces con la misma piedra y cuando te des cuenta de tu error, tendrás que volver a correr. ¡Y es lo que merecerás por tu terquedad y por no darte cuenta de que tú no eres para él, de que no luchará por ti! ¡No te protegerá, no matará ni a una mosca por cuidar de ti! Eso hacen, Althea, eso hacen los que son como él, solo su título y riqueza son importantes. —Greyson respiraba agitadamente y se veía enfurecido. Estaba a muy poca distancia de ella, por lo que la condesa dio dos pasos atrás. Él pareció despertar de un sueño, como si no hubiese sido consciente de su ataque furioso.

Lady Wins no había visto nunca a Greyson Amery perder los nervios de ese modo. Se preguntó qué le habrían hecho en el pasado para que sintiese tanta ira contra la nobleza. Tomó una bocanada de aire y se negó a sentirse herida con sus palabras, en especial las que habían hecho mención a lo que ella merecía: otro Wins que la vapulease o la maltratase cuando estimara oportuno. Se obligó a recordar que Greyson Amery era su amigo, uno herido y enfadado por su pasado.

—Es tarde, estamos cansados, y por la amistad que nos une olvidaré que esta conversación ha tenido lugar. Mañana nos

levantaremos como si esto no hubiese ocurrido, pero antes tengo que romper una lanza en favor de Aquiles. Es el único hombre al que yo podría considerar, porque él, sin conocerme, doce años atrás, me protegió de un ultraje y eso lo llevó a matar a un hombre y a recibir una bala por mí. Así que convendrás conmigo que eso lo sitúa muy lejos de Wins. Buenas noches, Greyson.

Althea no esperó respuesta a su aclaración. Lo dejó en la entrada y se marchó a su habitación, donde Aquiles la estaría esperando.

Cuando levantó la vista, vio al duque a mitad de la altura de la escalera. Estaba bajando enfurecido en dirección a Amery.

—Voy a matarlo —le dijo como si tuviese todo el derecho de llevar a cabo esa acción.

Lady Wins le agarró el brazo.

—No puedo consentirlo.

—Te ha gritado y en pocas palabras ha deseado tu muerte.

—No. —Althea negó además con fervor usando la cabeza—. Es mi amigo…

—No han sido las palabras de un amigo, y si alguna vez te vuelve a tratar de ese modo, lo último que verá será cómo le arranco el corazón —le informó Aquiles, sin dejar de mirar a Greyson Amery, quien permanecía quieto en el recibidor, y el duque sospechaba que estaba ansioso por protagonizar una pelea con él.

—Aquiles, por favor… Entre Brendan, Morgan, Greyson y yo no hay rangos, decimos lo que opinamos como iguales.

—¿Vas a defenderlo? —Los ojos del duque vieron un destello de triunfo en el maldito bastardo. Se obligó a dejar de mirarlo y se fijó en los de su prometida.

—Es mi amigo…

—¡No eres consciente de lo que te ha dicho! Del modo en que me ha cuestionado a mí. Se ha atrevido a desear que murieses. ¡Te ha gritado!

—No ha sido así, y tú mismo me estás gritando.

—¡Porque te ha tratado sin ningún respeto! No es tu amigo.

—Sigues alzando la voz, Aquiles…, por favor.

—¿Cómo voy a cuidar de ti si no me dejas? —inquirió reteniendo su temperamento.

—Porque Greyson no es más que un amigo que ha…

—¡Basta! —Ella se separó de él. Aquiles cerró los ojos un momento y tomó una bocanada de aire. Los abrió y la miró con seriedad—. Como has dicho es tarde, estoy cansado y necesito dormir. Uno de tus lacayos me asignará una habitación. —Aquiles se dio la vuelta y se marchó en busca de quien había asistido a Basil.

Althea también cerró los ojos un momento. Cuando los abrió para buscar a Amery, él ya no estaba allí. Suspiró. Solían decir que las

mujeres lo complicaban todo… No. Ellos también sabían cómo hacerlo.

Lady Wins, que no era una mujer con tendencias nerviosas, se metió en su habitación dispuesta a cambiarse de ropa, a ponerse un sencillo camisón de algodón blanco, se anudó la bata y salió en dirección a la habitación que suponía que le habrían asignado a Aquiles.

Cuando estuvo frente a la madera maciza, confió en que no hubiese echado la llave. Abrió despacio. Un bulto en la cama. Escuchó un ronquido. Sí que tenía que estar cansado. ¿Debería marcharse? No. No deseaba dormirse sabiendo que él estaba enfadado con ella.

Se aproximó a la cama y se sentó a un lado. Comenzó a acariciarle la cabeza.

—Lo siento, no quería que discutiésemos. Llevo muchos años sola y…

—Confieso que sería un espléndido amante, esposo, compañero, amigo, o lo que demandase de mí, *lady* Wins. Pero batirme en duelo con Darkworth es harina de otro costal. No estoy lo suficientemente preparado para infligir a mi amada madre, que es la hermana del duque, ese dolor.

—¡Oh! —Althea se levantó de la cama a toda prisa cuando se dio cuenta de que se había equivocado de habitación. Basil Foster estaba ladeado mirándola, mientras volvía a colocar un objeto que destelló bajo la almohada, un cuchillo, supuso.

—Darkworth es así de imposible. Hace que todos se enfaden con él con facilidad o se irrita todavía con más rapidez. Acostúmbrese a esas dos cualidades que yo llevo soportando desde que mi padre puso sus ojos en su vizcondesa.

—Lamento la intrusión, no sabía que…

—Me lo imagino. No se preocupe —le cortó la disculpa a la dama —. Si han tenido una riña, no lo encontrará en ninguna alcoba.

—¿Dónde irá? —Sintió pánico por si la volvía a dejar atrás.

Basil le sonrió y a Althea le pareció que acababa de leerle la mente.

—No tenga miedo. No se separará de usted mientras viva. Tiene muchos defectos para ser un duque, sus virtudes son que es celoso, posesivo, arrogante…

—No creo que la información que revelas sea productiva.

—Lo que trato de decirle es que Darkworth es uno de los mejores hombres que conozco, después de mi hermano Flavian, de mi padre y de mí mismo, por supuesto. Y negaré lo que acabo de decir si se lo chiva.

—No diré una palabra. Buenas noches y, de nuevo, lamento la interrupción.

Basil le sonrió con picardía.

—Lo que lamento es que se haya fijado en Darkworth y no en mí.
—Eres peligroso, muchacho —le dijo mientras se reía.
—Buenas noches, *lady* Wins.
—¿Dónde debo buscar a Aquiles? —retomó la pregunta importante antes de salir de allí.
—En el lugar donde haya alcohol —le dijo.
Basil se dejó caer de nuevo en el lecho y cerró los ojos. Un segundo después comenzó a roncar.
Althea se dirigió al comedor. Era el único lugar de la casa donde había licor. Lo vio de espaldas, en mangas de camisa, apoyado en el aparador mientras vaciaba una copa.
—¿Cuánto has bebido?
—No lo suficiente. Sigo lúcido.
—Aseguraste que esta noche nos amaríamos.
—Vete.
—No.
—Althea, no soy yo mismo esta noche. Llevo… No sé ni cuántos días llevo cabalgando, sin apenas comer o dormir. Es mi tercera copa y no quisiera agravar más nuestra última conversación.
—No quiero dormirme sabiendo que estás enfadado conmigo.
—No estoy enfadado. Ahora regresa a la cama.
—¿De verdad crees que te funcionará eso conmigo? ¿Darme la razón solo para que deje de incordiarte?
Aquiles se dio la vuelta y avanzó a pasos agigantados hacia ella. Se quedó a escasos centímetros de su rostro.
—Te deseo de un modo que me da miedo. El licor me ha hecho hervir todavía más la sangre. Ve a tu cama.
—No me iré sin ti —lo desafió.
La sujetó por la nuca con firmeza, pero sin hacerle daño.
—¡Maldita sea! Lucharás ferozmente por todos los que te importan, como la leona de grandes garras que eres, y te amaré más por ello, pese a que a quienes les otorgas tu lealtad no la merezcan.
—Estoy harta de que me digan que me equivoco, Aquiles. Me lo dijeron contigo, y tú me lo dices ahora con Greyson. Conozco bien a la gente que me rodea. Entiendo que eres honorable, leal y que me quieres muchísimo, tanto como yo a ti, y por eso sientes que es tu obligación velar por mí, protegerme de todo mal. Sé que contigo estaré siempre a salvo.
—No quiero escuchar ni un pero en tu discurso. Deberías haber despedido a ese perro rabioso en cuanto te alzó la voz.
—Debes entenderlo, los que me rodean no son el enemigo. Habrá problemas, discusiones o discrepancias. Todos nos acostumbraremos a todos. Es solo cuestión de tiempo que comprendas que ahora somos tu familia.

—Lo que ha dicho…

—Él no quería…

—Sí quería, Althea —la volvió a interrumpir—. Tu perro rabioso deseaba pronunciar cada palabra y si pudiese me mandaría al infierno. Él me odia y no he hecho más que cuidarte y amarte. No me fío de él. Hay algo en ese hombre que no me gusta.

—¿Tenemos que seguir hablando de él? Confía en mi criterio, te lo imploro.

Aquiles se quedó mirándola. Luego le tocó los labios con el pulgar. Pasados unos segundos dejó de acariciar su boca, aunque la mantenía sujeta por la nuca.

—Cuando nos casemos quiero tener una larga luna de miel.

—Me parece perfecto.

Él sospechaba que cuando se diese cuenta de que estarían un año o más viajando, ella no lo vería así. Se abstuvo de hacer esa observación.

—Mi hijo vendrá con nosotros. Estoy deseando que conozcas a Robin. Sé que te adorará.

—Estoy segura de que yo también a él. Haré mi mejor esfuerzo para que congeniemos. —Fue una promesa.

—Nos casaremos cuanto antes.

—No objeto nada tampoco. Podemos usar el contacto que tiene York con el obispo de Canterbury para…

—Tengo una licencia especial, nos podemos casar en cualquier lugar sagrado.

—De acuerdo.

—Sigo enfadado contigo.

—Conozco una manera de olvidar lo que nos enfrenta y recordar lo que nos hace desear estar juntos.

—No creo que pueda ser hoy gentil. —Tenía tanta hambre… Estaba famélico por ella.

—Hoy necesito que lo seas —susurró Althea sobre sus labios. Aquiles abrió los ojos como platos tras comprender la aseveración de ella, había esperado que le dijese que lo deseaba salvaje y temerario en su cama. Se le estaba ocurriendo que podría levantarle la falda, prepararla un poco con los dedos y luego arrinconarla contra la pared y…

—¿Qué es lo que me estás pidiendo?

—Quiero hacer el amor.

—Creía que eso era lo que hicimos la última vez.

Althea alzó los brazos y los enroscó tras la nuca masculina. Le acarició el pelo.

—Me gustaría acostarme contigo en la cama mientras me besas, me acaricias y me susurras dulces palabras. Solo tú y yo, sin lubricidad

extrema, sin esa lujuria poderosa que nos embargó la primera vez. Amémonos con paciencia, sin prisa.

Aquiles le sonrió y la besó con tranquilidad. Un beso destinado a hablar sin palabras. Cuando se separó de ella, la miró a los ojos con todo el amor que sentía.

—Trataré de hacerlo a tu modo.

Acto seguido Aquiles la sostuvo entre sus brazos y comenzó a caminar hacia la habitación de ella. Entonces se dio cuenta de que los enfados de ambos no durarían mucho tiempo. Se amaban con demasiada intensidad como para permitir que un contratiempo se interpusiera en su camino. Lo mejor de las riñas de enamorados eran las discusiones. Ya lo había escuchado antes, al fin lo comprendía. Su primera esposa no lo enfurecía ni la mitad que Althea, porque la madre de Robin había sido criada para ser una duquesa, una esposa complaciente, amable y sonriente.

La mujer que había elegido en esa ocasión estaba acostumbrada a su independencia y libertad. Era el principio de la relación, tenían que tomarse la medida el uno al otro. Hablar, conocerse mejor, debatir los asuntos importantes. Eso requería tiempo y Aquiles tenía todo el del mundo. Había encontrado a su mitad. A su esposa. A su duquesa. Althea y él harían que su relación funcionase, que no fuese un matrimonio más de la alta sociedad. Amor. Pasión. Besos. Caricias. Todo.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación que prometía un amor único y un placer sublime, se escuchó un gran grito.

Aquiles masculló una larga maldición. La que dijo en voz alta Althea fue todavía peor.

—¡Se la han llevado! ¡Ayuda! ¡Ayuda! —chilló aún más fuerte lo que se asemejaba a la voz de una muchacha.

***

Venus Culpepper no se metía en líos a propósito. No siempre. Esa noche su hermano había sido de lo más desagradecido, además de grosero y chillón. Así que no sintió remordimiento alguno cuando se escabulló de su casa a horas intempestivas y decidió ir a casa de *lady* Wins para buscar al bruto que en verdad resultó conocer a la Duquesa X. Su hermano tenía que encontrar el amor o acabaría siendo peor de lo que ya era. Amargado. Un desgraciado absoluto. Una mujer era su única solución.

Justo cuando estaba admirando la casa de la condesa viuda y decidiendo el mejor modo de acceder, puesto que la ventana por la que se coló la otra vez estaba reparada, un carruaje se detuvo delante de la puerta principal. Ella se escondió tras un gran arbusto del jardín de la casa de *lady* Wins y aguardó a que nadie la descubriese.

Cuando Venus se dio cuenta de que Sallow estaba allí se dejó ver. Saltó de la oscuridad en medio del camino.

—En nombre de Lucifer y todos los demonios del inframundo… —dijo Brendan cuando comprendió a quién estaba sujetando del cuello con mucha fuerza.

El guardaespaldas de Morgan había visto a alguien esconderse entre las sombras, por lo que estaba preparado para cualquier cosa, así que cuando el maleante se dio a conocer, él dio un brinco para aplastarlo.

—¡Sallow!, es una muchacha —gritó Rothgar.

—Sé que es una muchacha, una muy molesta —respondió.

Morgan se fijó en la joven que estaba aterrada y no se atrevía a moverse.

—Será mejor que aflojes el agarre si no quieres que Hardcastle te lleve personalmente a la horca, amigo —señaló la señorita Pusset. Pero no hacía falta que hiciese eso, porque él había suavizado mucho su agarre cuando se dio cuenta de la identidad de ella. Y sin embargo no deseaba soltarla por miedo a ver el alcance del daño que pudiese haberle provocado en el cuello.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un gruñido.

—Le juro por los mejores zapatos de…

—¡Deja a un lado los estúpidos zapatos de tu abuela! ¿Te das cuenta de lo que te hubiese podido pasar? ¡Insensata! —gritó con fuerza ante el rostro de ella.

Morgan le colocó una mano en el hombro a su amigo.

—No le has hecho daño, debes soltarla. Ella ya está bastante asustada, Brendan, tanto o más que tú. —La ayudante de Althea entendía el motivo por el que él había explotado y la trataba con rudeza. Temía haber podido matarla.

Brendan la soltó y se metió en la casa mientras decía de ella cosas horribles. Venus se sintió pequeña y vulnerable por el ataque y por las consecuencias que había tenido. Después de todo, Hardcastle no era el único malvado que había en el mundo capaz de lastimarla. Y no se refería al agarre, sino a las duras palabras que escuchó.

—No quería… —dijo la joven.

—Es un hombre grande y su trabajo es prever cualquier ataque, pudo haberte matado, está disgustado consigo mismo por lo que casi ha sucedido.

—Mi intención no era…, yo solo… —Venus se llevó la mano a la garganta. El pingüino negro sin chaleco no solo se veía fuerte, sino que lo era de un modo increíble. Tuvo que haberse dado cuenta cuando la alzó entre sus brazos sin agotarse o necesitar tomar aire. Ella no era ligera.

—Tu hermano —dedujo Morgan.

—Sí. Estoy desesperada, he venido hoy a hablar con el señor Sallow —no tenía idea de si era su apellido o su nombre—, para que me ayude a concretar una entrevista con la Duquesa X. Además, deseaba pedirle disculpas a *lady* Wins por haber creído los rumores y haberme presentado en su casa sin haber sido invitada.

—Ibas a volver a colarte de nuevo. —No era una pregunta.

—Me hubiese disculpado dos veces —afirmó Venus.

Morgan suspiró. Tenía que librarse de ella.

—¿Dónde vives? Sospecho que cerca.

—Sí.

Morgan se giró para ver a Rothgar, quien seguía en compañía de ambas.

—Rothgar, entra, yo acompañaré a…

—Venus —le dijo su nombre, intuyendo que no sabía cómo referirse a ella.

—Acompañaré a *lady* Venus de regreso a su casa y hablaremos sobre su hermano.

—¿Es usted amiga de la Duquesa X? —preguntó con esperanza.

—Podría decirse que sí. Me llamo Morgan Pusset. —Se acababa de convertir en ella, así que no era ninguna mentira.

—Es un placer. Gracias.

—Os acompañaré a las dos —se ofreció James.

—No es necesario. Entra y asegúrate de que Brendan no acabe desmayado en el suelo. —Sospechaba que su amigo estaría frenético por haber lastimado a una inocente y que bebería más de la cuenta por el miedo que debió haber sentido.

—Dos mujeres por la noche… —El duque de Rothgar no osaba dejarlas solas.

—Estoy bien. —Morgan se levantó parte de la falda y le permitió ver una daga. Por supuesto, el duque solo se fijó en su larga pierna desnuda—. Es un paseo corto y sé cómo protegernos. Ve a comprobar que Brendan está bien —insistió.

—Te preocupas mucho por él —dijo James, cuando recuperó el sentido tras ver una hermosa pierna. Hacía demasiado tiempo que no tenía a una mujer bien dispuesta.

—Lo hago. —El alcance de los sentimientos de Morgan por su amigo eran desmesurados. Amaba a Brendan.

—¿Por qué?

—Tú y tu falta de don para la oportunidad. ¿Te parece un buen lugar y hora para la pregunta?

—No. Supongo que sé el motivo. Más vale que no os pase nada, porque yo mismo os mataré a las dos por vuestra temeridad —las amenazó.

Rothgar se despidió y se dispuso a obedecer a la ayudante de

Althea. Estaba cansado de mujeres beligerantes. Cuando entró en la casa vio al mastodonte bebiendo en el comedor. ¡Qué raro, allí olía a rosas frescas! El mismo perfume que usaba *lady* Wins. Olvidó ese asunto y se dispuso a beber y charlar con Brendan Sallow. James no tenía ganas de acostarse solo en una cama grande de cuatro postes, y pese a que la compañía era mejorable le pareció su mejor jugada. Especialmente cuando el gorila de *lady* Wins le planteó jugar una partida de billar y fumar un par de cigarros puros llegados a Londres de un lugar exótico.

Mientras, Morgan y Venus comenzaron a recorrer la calle de Mayfair.

—¿Por qué es tan importante ayudar a tu hermano? Siendo un duque, no creo que tenga problemas para casarse.

—El amor es su única salvación. Necesito la intervención de una casamentera que espero que sea mucho más de lo que se comentaba en la fiesta.

—¿Qué?

—Sospecho que mi hermano no ha estado nunca con ninguna mujer. —Había escuchado algo que no debió.

—Hardcastle es apuesto, no de un modo evidente, pero sospecho que estás equivocada. Un hombre con su riqueza y poder… Te asombrarías con el número de las conquistas que estoy segura que puede alardear y no lo hace por discreción.

—No, no. Él tiene algún problema… No debería decir esto…

—¿A qué te refieres con un problema? —Morgan se mostraba muy curiosa de pronto.

—No debo confesarle eso a nadie, pero mi hermano necesita que la Duquesa X le busque una pareja adecuada que le dé seguridad.

—¿Un duque necesitado de seguridad? —Morgan lo dudaba.

—Estoy desesperada por ayudar al ingrato de mi hermano. ¿Puede decirle a la Duquesa X que al menos tome en consideración socorrer a Hardcastle? Es importantísimo.

Morgan estaba tentada a decirle que ella era la Duquesa X solo para conocer el problema que, según *lady* Venus, tenía su hermano. Se mordió la lengua.

—Tienes mi palabra de que tu petición será estudiada.

—No pido nada más que… ¿Quiénes son esos? —Morgan se giró en la dirección de cuatro hombres que se acercaban por la izquierda de ambas.

—¡Corre! —gritó la nueva Duquesa Infame, mientras sacaba la daga de su escondite.

Venus hizo lo que le pidió. En vez de ir a buscar a Hardcastle, ella supuso que le iría mejor solicitar la ayuda del enorme pingüino negro, así que se lanzó a la carrera para llegar a casa de *lady* Wins.

—¡Se la han llevado! ¡Ayuda! ¡Ayuda! —chilló aún más fuerte Venus cuando cruzó el umbral de la entrada principal.

Minutos más tarde, Rothgar y Brendan salieron al vestíbulo para encontrar a una muchacha temblorosa y llorosa. Venus no se lo pensó dos veces, en cuanto vio al mastodonte, se echó a sus brazos. Por inercia la cobijó en su abrazo y le acarició el cabello.

—La dama le necesita. Son cuatro hombres y la han metido en un carruaje.

Brendan se separó de la hermana de Hardcastle despacio y sus ojos buscaron el cuello de Venus. Vio la marca roja del agarre que su mano le había dejado momentos antes ahí. Un recordatorio de lo que casi le hace a una muchacha molesta, pero que parecía del todo buena.

—No vuelvas a acercarte a mí —le dijo en un tono cortante. La echó a un lado y buscó la mirada de Rothgar, y vio también a Aquiles en mangas de camisa, Althea, en camisón, estaba a su lado.

—¿A quién se han…? ¿Dónde está Morgan? —preguntó con pánico *lady* Wins.

—¿En qué dirección se marcharon? —preguntó Aquiles. Era evidente lo que estaba sucediendo. Alguien tenía que haber seguido a la falsa Duquesa X y aprovechó el momento para raptarla.

—Norte —respondió Venus.

—Rápido, tratemos de alcanzarlos —sentenció Rothgar.

Aquiles, antes de salir por la puerta le dio un beso a Althea y le dijo:

—Confío en que no saldrás de aquí hasta que regrese.

—No iré a ningún sitio. Por favor, tráela de vuelta. No puedo vivir sin Morgan.

—Te lo juro. —Se veía capaz de hacer cualquier cosa por ella. Lo haría aunque tuviese que ir al mismo infierno para devolverle a su amiga.

Althea se acercó a la muchacha a la que había reconocido como hermana de Hardcastle y la abrazó para calmarla.

—¿Dónde está Amery? —Aquiles tuvo un mal presentimiento cuando lanzó la pregunta, justo antes de salir por la puerta.

—Debería estar aquí —dijo Brendan con el ceño fruncido.

—¿Dónde conociste a Greyson Amery? —le preguntó el duque a Althea.

—¿Por qué?

—Ese hombre esconde algo —respondió el duque.

—¿Brendan? —Althea buscó una explicación razonable para lo que todos allí estaban pensando, y por eso le estaba preguntando a su guardián sobre las sospechas de Aquiles.

—Si él tiene que ver con esto, acabará en un lugar peor que el infierno —juró Sallow, mientras salía a toda prisa en busca de un par

de monturas de los establos para iniciar la misión de rescate.

—Despierta a Basil y ponlo al mando de la casa hasta que regresemos. —Esa fue la última indicación de Darkworth antes de unirse al resto.

Cuando llegaron a las caballerizas y vieron que el caballo de Greyson no estaba en su cubículo…

Mal asunto.

Capítulo 12

Un descubrimiento insólito

No había sido la intención de Morgan dejarse atrapar por cuatro hombres apestosos. Había sacado la daga con el fin de entretenerlos y poder facilitarle la huida a la denominada Venus. Confiaba en que diese la voz de alarma y que sus amigos no tardasen en dar con ella.

Se mantuvo callada durante el trayecto que realizó en carruaje hasta las afueras de Londres. Magullada, un poco asustada, pero decidida a ser valiente, Morgan salió del vehículo esperando conocer al fin la identidad de quien estaba tras los ataques producidos a la Duquesa X. Alguien tuvo que haberla seguido esa noche después de la fiesta de la duquesa de Gales para planificarlo todo. Es lo que ella misma hubiese hecho. Las noticias escandalosas volaban más rápidas que los pájaros. Así que cuando se comenzó a propagar la noticia de que la Duquesa X estaba en la fiesta de Elvina, ella misma se dio cuenta de que mucha gente, que posiblemente carecía de invitación, había ido entrando en el salón principal de baile para disfrutar del espectáculo. La Duquesa X había acudido previamente a citas, pero su identidad siempre había sido un susurro que pocos conocían.

Operar en las sombras como casamentera carnal era una cosa, aparecer en una gran fiesta social después de un escándalo, otra muy diferente. Althea y ella misma se habían expuesto. Al fin le daba sentido a las palabras que el duque de Darkworth le había dicho sobre tener una diana en la espalda. Althea y ella tenían un físico parecido, y por eso la habían considerado la verdadera Duquesa X. No era descabellado pensar que los cuatro desgraciados habían estado esperando en la oscura calle con paciencia, y cuando ella decidió acompañar a la hermana de Hardcastle, propició el momento indicado para llevar a cabo el ataque. La habían estado siguiendo desde la fiesta de Elvina. Seguro.

Llevaron a Morgan, custodiada por dos hombres que le sujetaban sendos brazos, hasta un despacho, donde se encerraron bajo llave. Los otros dos se quedaron fuera, en la puerta, haciendo guardia. Era una casa de tamaño aceptable, nada fastuosa. Ella apostaba que era un puesto de mando de alguna banda. Apartada y operativa.

—Ah, nuestra invitada nos honra al fin con su presencia —dijo un

hombre viejo, con la cara demacrada y al que le faltaba un brazo. El derecho.

—Si deseaba contratar mis servicios hubiese sido más aceptable que me mandase una invitación para tomar el té —sugirió Morgan dispuesta a no mostrar terror.

—¿Servicios para ser un semental y para ofrecerme a una de sus prostitutas, Duquesa X? —se burló el hombre, mientras se reía con fuerza. Una risa tan particular que Morgan se envaró.

—¿Abe? ¿Abe Marlow? —preguntó, incrédula, al reconocer al segundo hombre de confianza del anterior lord Wins, puesto que el primero siempre había sido Brendan. Estaba irreconocible, tan desmejorado… pero esa risa era inconfundible.

—Excelente memoria, Pusset.

Ella chasqueó la lengua.

—Tu vida ha debido de ser una porquería si has tenido que estar en las sombras doce años para lograr una revancha. —Así que todo iba de vengarse. Morgan recordaba bien el relato que Althea le contó cuando se topó con el hombre que tenía frente a ella por última vez.

—La paciencia siempre fue una de mis mayores virtudes —le indicó Abe mientras se levantaba de la silla—. Lord Wins carecía de ella. A mí me gustaba jugar con mis presas, atormentarlas durante una larga temporada, mientras dilucidaba la mejor forma de llegar a cumplir mi misión. Once años en Australia, como un prisionero sin valor, un viaje que emprendí contra mis deseos y por cortesía del duque de Darkworth. No tenía la menor idea de que él era un espía cuando le disparé. Se tomó muchas molestias para darme caza. La zorra de *lady* Wins debió de impresionarlo mucho, o tal vez fuese el hecho de que me atreví a disparar a un noble de sangre azul. ¿Recuerdas cómo solíamos burlarnos de todos los inútiles nobles que no sabían ni colocarse una bota en el pie derecho? Tal vez no, puesto que Sallow y tú siempre estuvisteis en el bando de la zorra, engañándonos al resto.

—Poca gente sobrevive en Australia. La colonia que da cobijo a asesinos, proscritos y maleantes de la peor calaña no es amable con ellos. No ha sido amable contigo.

—La venganza me mantuvo sereno. Tuve que lamer las posaderas adecuadas para volver a Londres y vengarme de quien me condenó a la muerte en la colonia de los malditos. Mi suerte ha hecho que Darkworth y *lady* Wins se reencuentren y mi plan está justo donde deseaba.

—Imagino que mi muerte y la de Sallow será también tu misión —conjeturó ella.

Abe le sonrió desde su posición, apoyado sobre la madera del escritorio de modo casual.

—Tu fallecimiento, querida, trae una buena recompensa

inesperada. Es una suerte que los atracos que planeé no lograran haceros ni un rasguño. Me gustó jugar con vosotras ahí. Sabía que estaríais desquiciadas… Ya sabes… eso lo hice para poneros nerviosas mientras yo observaba desde el otro lado de la calle. Me enfadé mucho cuando recibí la noticia de que os habían asaltado de camino a casa de Rothgar. No deseaba que nadie me quitase el privilegio de procurarme una excelente revancha. Pero os salvasteis, bien hecho. Os doy las gracias en nombre de mi propia cruzada.

—Eres cruel. Siempre supe que disfrutabas infligiendo dolor a los demás.

—Y por eso ideé un lucrativo negocio en el que me ocupo de… eliminar las molestias por un precio más que justo. Mi regreso a Londres ha sido bueno. Hice dinero, contactos y al fin tenía a *lady* Wins donde deseaba…

—Disfrutas matando… —señaló Morgan con repugnancia.

—Imagínate mi sorpresa cuando recibí el encargo de matar a la Duquesa X y cobrar una fortuna por la acción. ¡Mejor aún! ¡Imagínate cuando el hijo de una de vuestras prostitutas de clase alta me visitó para contarme que *lady* Wins era la Duquesa X y que deseaba su muerte porque el sobrino no pudo colocar a *lady* Wins en su lugar. Y el hijo de vuestra prostituta no me esperó, os lanzó una horda que no estaba preparada para Sallow. ¡Y cuando explotó el escándalo…! ¡Me quedé asombrado! Pero no, tenías que ser tú la Duquesa X y no Althea. Por eso no logré descubrir ese sucio secretito vuestro. Sí. Y me sorprendió que un ignorante de sangre azul descubriese con facilidad lo que a mí se me escapó. Sois muy precavidas, pero no insuperables. Deberías explicarles a tus prostitutas que buscan ser bien montadas, que no dejen ninguna evidencia de sus acciones… —Morgan abrió los ojos con sorpresa. ¿Las habían traicionado? ¿Los que consideraban sus amigos las habían vendido? Abe se sintió pletórico al ver la duda en la cara de Pusset y no se pudo privar de comentar que—: *Lady* Restford os metió en un gran problema cuando dejó pistas que su hijo menor averiguó. ¡Ahora morirás, Pusset!, le quitaré a Althea lo que más ama. La dejaré vivir con esa pena un tiempo. Porque sé que sois más que amigas. Luego me encargaré de Brendan y después de ese maldito Darkworth. Jugaré con ella hasta el final. La destruiré como su duque trató de hacerlo conmigo. He tenido años para idear mi plan. Uno magnífico. De un modo u otro lograré que la zorra de Wins se quite la vida por su propia mano, porque la dejaré sola, abatida, desesperada, del mismo modo que yo me encontré cuando el maldito semental que la monta mató sin pestañear a Fergus. ¡Ni te imaginas cuánto lo disfrutaré! Todo maquinado y llevado a cabo poco a poco. Mi deleite será supremo.

—No le tenías ningún aprecio a Fergus Down. Siempre te quejabas

de la maldición que era tener un medio hermano tan estúpido como él. En cuanto a tu gusto por el sufrimiento de los demás… Eso sí lo supe desde el principio. Wins demandaba una cacería y tú siempre te ofrecías el primero. No era natural que sonrieses cuando se hablaba de matar a alguien. Estás enfermo. Terriblemente enfermo.

Abe le sonrió con satisfacción.

—Eso no es excusa para no vengar a la familia. Tú entiendes mucho de eso… ¿no, Pusset? Tanto o más que Sallow. Cuando fui consciente de vuestro secreto… ¡Oh! Lo tuve que haber sospechado… —se lamentó—. ¿Lo sabe la zorra para la que trabajas? —Morgan apretó los labios—. Puedo ver que no… Trataré de no desvelar más de la cuenta… O tal vez se lo diga cuando la anime a saltar por un precipicio o a beber más láudano de lo recomendable para que parta a buscaros a todos en el infierno. No, ya sé lo que haré. Me ocuparé de que pase el resto de su vida en Bedlam. Pero no te preocupes, allí tendrá la agradable compañía de *lady* Restford. —Morgan tragó saliva con fuerza. Lo que acababa de decir el maldito tenía que ser una mentira. Era cierto que no habían sabido nada de la vizcondesa desde el último encuentro, pero supusieron que estaría de regreso en el campo cuidando de sus nietos, que la dama necesitaría tiempo para asimilar lo que acababa de ocurrirle. Ni la vizcondesa ni Mason Wilson se habían puesto en contacto con la Duquesa X… Morgan sintió el corazón bombear con fuerza. ¿La habían llevado a Bedlam? ¡Qué horror!

—No te creo. —No podía ser verdad.

—Su hijo la ha internado allí —desveló con satisfacción cuando vio que Morgan abría los ojos por completo—. Os preocupáis bien poco de la seguridad de vuestras furcias, la zorra y tú. Ahora… —dijo mientras sacaba una pistola del cajón de su escritorio y se colocaba frente a ella —. Es momento de morir… Esperemos que mi mano izquierda no cause un estropicio, como comenzar a disparar aquí y allá. Me gustaría que fuese rápido para ti… —Sonrió.

Morgan sabía que él mentía. La haría sufrir porque también la culpaba de lo que debió padecer por el pasado que él mismo había elegido vivir.

La señorita Pusset alzó la cabeza en un gesto de rebeldía.

—Si he de partir al infierno, lo haré mientras lucho. —Levantó el pie derecho, le propinó un pisotón a uno de sus carceleros y, cuando se vio libre, se ocultó tras el cuerpo del segundo.

De pronto un disparo atravesó la ventana que Abe tenía a su espalda. Greyson Amery siguió a la bala, por lo que cayó al suelo y rodó, para ocultarse tras una mesa redonda de tamaño aceptable que derribó de un puntapié y que le serviría de escudo. Levantó la pistola y buscó la cabeza del que intuía que era el cabecilla.

Cuando Amery preparó su petate para largarse y abandonar a la que había sido su familia durante largos años, lo que nunca imaginó fue que se toparía con un secuestro. Había permanecido en las sombras mientras seguía el rastro del carruaje en el que habían metido a una dama contra su voluntad, porque cuando se dio cuenta de que unos vándalos usaban el vehículo para una fechoría, su honor le impidió mirar a otro lado. Los gritos fueron lo que atrajo su atención y por eso dio media vuelta en su camino y divisó los últimos vestigios del secuestro. Que precisamente a quien los villanos se habían llevado fuese Morgan… Eso suponía un golpe de suerte, porque él era uno y ella sabía luchar y defenderse. Con un poco más de suerte, tal y como hacía Althea, Morgan podría usar el pasador que siempre llevaba en su moño o en la peluca como un arma defensiva. Brendan y él mismo habían insistido en que siempre llevasen una larga y punzante aguja escondida en el cabello. Al fin sería de utilidad.

Y eso fue lo que ocurrió, el pelo de la señorita Pusset cayó en cascada cuando agarró el largo y puntiagudo pasador que sostenía su moño, y se lo clavó en el pecho al hombre que la tenía presa.

—¡Cuando quieras me ayudas, Amery! —le gritó. Pues un segundo hombre estaba estudiando cómo llegar hasta ella, mientras Morgan trataba de sortear la primera bala que le lanzó Abe Marlow.

—¡Hago lo que puedo! —le dijo Amery con los dientes apretados.

—Te daré un tiro limpio, ¡más te vale no fallar! —Dicho lo cual, Morgan se levantó de su escondite y se apresuró a ponerse delante de Abe, con la finalidad de que sus ansias de sangre se concentrasen en ella, pues Morgan era su objetivo principal. Rezó una breve plegaria por si Amery no llegaba a ser todo lo preciso que ella esperaba que fuese y…

Se escuchó un primer disparo, seguido de un segundo. Greyson había logrado atravesarle la sesera a Abe Marlow, pero fue demasiado tarde. La bala de la pistola del bastardo había impactado en Morgan. El picor del plomo la hizo ponerse de rodillas. Los ojos de la amiga de Althea se miraron el corazón. Una gran mancha roja cubrió la tela oscura de su vestido, haciendo que la chaquetilla de lana también se manchase.

—¡Morgaaaaaaan! —gritó Amery, mientras se precipitaba hacia ella a toda prisa, dado que el último secuaz de Abe presente en el despacho se encaminaba hacia ella para terminar el trabajo de su jefe.

Amery saltó sobre él, comenzó a golpearlo con fuerza. Una y otra vez. No sentía sus puños. El valor y la necesidad habían hecho que Greyson Amery se convirtiese en una locomotora de matar. No descansó hasta que puso a dormir al maldito. Con los puños ensangrentados, con el corazón estremecido, se acercó hasta Morgan, quien permanecía inmóvil tendida en el suelo.

La colocó entre sus brazos y se giró para mirar hacia la ventana por la que había entrado. Esa parecía su mejor opción de escape, porque en el recibidor de la pequeña casa se escuchaban gritos, una pelea y también varios tiros. No se lo pensó dos veces. Greyson se acercó en dos zancadas al lugar por el que pensaba salir y…

—Ni lo intentes —le gritó una voz furiosa, cuando el hombre logró derribar la puerta del despacho. Greyson reconoció el tono de inmediato y se dio cuenta de que la caballería acababa de hacer acto de presencia.

—Llegas tarde, pero más vale eso que nada —le dijo Amery a Brendan.

—Suéltala —le ordenó al tiempo que martilleaba la pistola.

Greyson se mostró asombrado y abatido.

—¿Qué demonios haces? —preguntó indignado.

—Hasta que se demuestre tu inocencia…

—¿Mi inocencia? ¿Qué pruebas podría haber sobre una traición por mi parte, cuando nos hemos protegido la espalda el uno al otro desde hace tanto? —No se creía el cuadro que se pintaba frente a él.

—Tu presencia aquí es sospechosa. Es factible pensar que alguien nos ha traicionado, más cuando hemos sido siempre tan sumamente precavidos en la protección de la identidad de la condesa. Alguien ha ventilado nuestros secretos —reclamó—. Tú tienes pinta de ser culpable.

Greyson divisó tras Brendan al duque de Darkworth y a Rothgar. Althea no estaba allí.

—¡Al demonio! Discutiremos esto más tarde. Morgan precisa de un médico de inmediato y cuando se despierte podrás preguntarle lo que ha pasado. No te molestes en ofrecerme tus disculpas porque no las aceptaré.

Amery caminó hacia la posición de Brendan, quien todavía sostenía el arma en alto.

—¡Quédate quieto! —le ordenó el mastodonte. Greyson no le hizo caso y siguió su camino. Le tendió a Morgan a Darkworth y miró al que había creído que era su amigo.

—Él te ha envenenado la mente —dijo en alusión a Aquiles—. No logró hacerlo con Althea, pero tú le creíste con facilidad. —Greyson le escupió en las botas—. Si quieres pegarme un tiro, será mejor que lo hagas ya. Morgan no tiene tiempo que perder. No sé la gravedad de su herida y creo que no te gustaría que la desnudase para ver el daño.

Brendan apretó los dientes. Greyson estuvo satisfecho por haber logrado provocarlo.

—Me darás las explicaciones oportunas.

—No te diré una mierda —le aseguró a Brendan en ese marcado acento *cockney*, que evidenciaba los orígenes de Greyson como hijo del

barrio peligroso de Seven Dials.

***

Morgan navegaba entre las aguas de la angustia y la inconsciencia.

—Brendan, Brendan… por favor, por favor… No me dejes nunca… —susurraba entre el delirio de la fiebre en su cómoda cama, en la mansión de Althea.

—No lo haré jamás —le respondió el mastodonte, que se encontraba en ese momento haciendo su guardia para velar a la señorita Pusset, mientras escurría el paño de lino para ponérselo en la frente y tratar de bajarle la fiebre.

Althea protagonizaba otras de sus peticiones febriles. Morgan sufría y ninguno de sus dos amigos sabía a qué atenerse.

Por su parte, Greyson Amery se quedó en casa de *lady* Wins a la espera de que Morgan se pusiese bien y explicase lo que sucedió, porque no iba a marcharse como si fuese un traidor. Tuvo que aguantar las miradas de suspicacia, en especial las del maldito duque de Darkworth, quien una tarde se acercó a él en medio del jardín de la casa de la condesa.

—Creo que me equivoqué contigo.

—¿Morgan se ha despertado y ha contado al fin la verdad? —preguntó sintiendo esperanza porque la ayudante de Althea estuviese fuera de peligro.

—No. Ella sigue inconsciente y febril.

Amery emitió un gruñido de enfado, sintió que la esperanza volaba en mil pedazos.

—Puedes darte media vuelta y regresar por donde has venido. No necesito tu compañía.

—Vengo a disculparme —reconoció Aquiles.

—Menos necesito algo así viniendo de ti. Careces de valor para mí —dijo con enfado.

—Creí que escondías algo y, por un momento, al ver la vehemencia con la que Althea te defendía, deseé que estuvieses detrás de los ataques.

—No tienes esa suerte. Ahora dese media vuelta, Su Gracia —se burló de él haciéndole una burda reverencia.

—Tu secreto es otro —lo cortó mientras levantaba una ceja con aspecto de lo más ducal.

—Todos escondemos algo. Los tipos como yo tienen cientos de fantasmas merodeando en su camino. Los tipos como tú, tal vez más.

—Va a ser mi esposa.

—No la mereces.

—Lo sé, pero será mía. Me ha aceptado. Althea me quiere —reconoció Aquiles. La hostilidad de Greyson Amery acababa de alzarse

todavía más.

—A mí también me quiere —le dijo con la cabeza alta.

—No del mismo modo.

Greyson suspiró.

—Si le fallas, yo mismo te privaré de tu ociosa existencia, y disfrutaré mucho mientras veo apagarse la luz de la vida en tus ojos.

—Guardaré tu secreto, con la condición de que no abandones a esta familia cuando Morgan corrobore tu versión, aunque no hace falta. Trataré de tolerarte porque has demostrado tu lealtad y valía, así que tendremos que encontrar el mejor modo de llevarnos bien, tú, el gorila y yo.

Eso hizo que Greyson abriese los ojos por completo. ¿Su némesis le estaba pidiendo que se quedase…?

—No me quedaré. No tengo la confianza de ninguno y por lo tanto no me fiaré de nadie.

—Althea te aprecia y no dudó de ti. Te defendió con uñas y dientes ante mí. Brendan sabe que eres inocente y se ha dado cuenta de su terrible error. No deberías culparlo, cuando han sido mis celos los que…

—No quiero tu compasión —le gruñó, antes de darse la vuelta y dejar plantado al duque.

—No la tienes. Sería más fácil para mí librarme de ti, animarte y decir que aquí estás de más. No lo haré porque amo a Althea y no la haré sufrir cuando sé que no eres una amenaza para mí y, que si tratase de librarme de ti, pelearías por ella arriesgando tu propia vida. Sois familia. —Aquiles sonrió al recordar las palabras de su inminente esposa—. Confío en que yo pueda formar parte de todos vosotros.

—Ella tiene mi lealtad, tú cuentas con mi vigilancia. Hazla sufrir y mueres. Te lo dije la primera vez que nos vimos y lo mantendré hasta el final.

Aquiles observó al hombre marcharse hecho un basilisco. Suspiró. Se pasó una mano por el rostro. El duque sufría por Althea, por el dolor que estaba viviendo mientras veía sufrir a la que consideraba como una hermana. Las últimas dos noches la había sostenido entre sus brazos, sin atreverse a hacerle el amor, mientras lloraba sumida en la pena más absoluta. Ella solo lo necesitaba a su lado, abrazándola, reconfortándola, sin darle placer, porque no era el momento más que de demostrarle que sería todo lo que necesitase. Aquiles estaba más que preparado para demostrarle su valía.

Cuando regresaron con Morgan herida, Brendan había insistido en que se ocuparía de la guardia nocturna y nadie lo desafió. Se notaba a la legua que ese gorila y la señorita Pusset compartían mucho más de lo que se apreciaba a simple vista.

Aquiles se dio media vuelta y se marchó a buscar a Althea a la

habitación donde Morgan luchaba por su vida. Cuando el duque ingresó en el lugar se topó con Brendan Sallow. Su prometida no estaba allí.

—¿Cómo sigue? —le preguntó al gorila.

—No despierta. Ellas nunca tuvieron mi fortaleza. Llevo casi toda una vida con ambas. Mientras veía a Althea o a Morgan enfermar por un catarro, yo no lo hacía. Recibí varios disparos no hace mucho, y fueron como una caricia. Si pudiese darle un poco de lo que sea que yo poseo, lo haría de inmediato, aunque ello supusiera mi muerte —explicó con un nudo en la garganta.

Aquiles sabía que el gorila lo haría sin pensárselo dos veces.

—¿Dónde está Althea?

—No hace más que llorar a su lado, la he enviado de regreso a su habitación. Morgan necesita fuerza, no vulnerabilidad. Tiene que buscar el camino de regreso a nosotros. Sé que lo logrará. —Brendan, quien estaba sentado en el borde de la cama, comenzó a acariciarle el cabello con infinita devoción.

Aquiles se colocó al lado de Brendan. Eso hizo que el mastodonte levantase la cabeza y la mirada de uno quedase fija en la del otro.

—Los ojos son el espejo del alma, dicen. Para mí lo son todo. Mi hermana Aura posee los mismos que yo. Exactamente iguales. Los de Althea son preciosos, lo que me condujo a descubrir su verdadera identidad cuando volví a reunirme con ella años más tarde. Pero no únicos, los comparte con…

—Jamás se lo dirás. —Mordió con una fuerza que Aquiles no esperaba. Por lo visto al gorila no le había gustado que desentrañase su mayor secreto.

—¿Por qué esconderle algo así?

—Porque yo lo dispongo.

—Ella merece saberlo.

—Conocer el desliz de su padre no le hará bien. Las cosas se quedarán como están o veré cómo hacerte pagar por haberme hecho dudar de Amery y luego poner el mundo de Althea patas arriba.

—Admito mi error con Greyson Amery. Ya me he disculpado con él.

—Te habrá mandado al infierno.

—No me importa. He hecho lo correcto con él y confío en que el malentendido acabe siendo olvidado. Todos viviremos como una gran familia feliz.

—No funciona así. No me perdonará nunca por haber dudado de su lealtad. Yo mismo no me lo perdonaré jamás.

Aquiles comprendió que el código de honor en la casa de Althea iba más allá de las palabras o los hechos. Era como un juramento secreto y silencioso que se consideraba inviolable.

—Cuando comprendí lo que había entre tú y Althea, supe exactamente el motivo por el que parecías dispuesto a morir por ella, a destruirme sin tener en cuenta que soy un duque. Creí que sentías celos porque la amabas, pero es más que eso.

—La amo —dijo Brendan con convicción por si él tenía alguna duda respecto a sus sentimientos.

—Pero no como un hombre ama a una mujer. No como Amery. —Brendan no dijo nada, no mostró asombro, así que Aquiles se dio cuenta de que el gorila ya sabía lo que él acababa de decir en voz alta—. Supongo que no debería sorprenderme de que sea tan fácil amarla. Es especial.

—¿Tú la amas?

—A estas alturas esa pregunta está fuera de lugar. —Lo hacía con una intensidad que no creyó posible—. Ella es el aire por el que respiro, la ternura que me recuerda cómo ser un hombre correcto. Althea forma parte de mí mismo —se sinceró. Esas mismas cosas ya se las había susurrado a la mujer que amaba mientras la besaba y la consolaba, y eran todas ellas grandes verdades.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a que pase a tus manos, pero te advierto que no me echaré a un lado. Interferiré en la vida de Althea cuando así lo decida, es mi derecho. Te la cederé, pero jamás dejaré de velar por ella. —La mirada de Brendan abandonó los ojos de Aquiles y regresó a su frágil Morgan—. Por ninguna de ellas dos —añadió con mucho énfasis.

—Entonces imagino que el perro rabioso, tú y yo, tal y como le acabo de decir a él, deberemos aprender a convivir los unos con los otros si no deseamos estropear más que arreglar a esta familia.

—Formas parte de nosotros, duque. Althea te ha elegido y yo respeto su decisión. De ti depende no acabar en el fondo del Támesis.

En ese momento Morgan comenzó a moverse con desespero en el lecho.

—¿Debo llamar al médico?

—No, mi brillante rosa con espinas está tratando de regresar a mí —le indicó a Aquiles—. Vamos, Morgan, abre los ojos de una vez. Sé que el Creador no tiene pensado llamarte. Nos queda mucho por vivir. Abre los ojos, Morgan —pidió como si fuese una súplica pronunciada por un santo.

—Brendan… —susurró ella.

—Estoy aquí. Siempre estaré. Te lo juro.

—Lo sé… Tienes que buscar a York —señaló con los ojos cerrados.

—¿A quién? —Eso no se lo esperaba Aquiles y la pregunta salió de estampida.

—Darkworth, York, Rothgar y quien se te ocurra… tienen que ir a Bedlam.

—Allí es donde deberían estar todos ellos —coincidió Brendan con humor, porque esos duques, los nobles en general, estaban todos locos.

—*Lady* Restford… Ella tiene que ser liberada. Que vayan allí… Su hijo nos atacó de camino a casa de Rothgar y le pagó a Abe por liquidar a la Duquesa X y encerró a la vizcondesa. Abe Marlow… Libérala… sácala de allí.

—Sé que Abe estaba detrás de todo. Darkworth ha usado sus contactos para conocer todos los trapos sucios del maldito Abe —indicó Brendan.

—Creí que no sobreviviría en Australia. —Aquiles le había dado caza hasta encontrarlo cuando le disparó para darle un escarmiento todavía más duro que la propia muerte. Tal vez hubiese tenido que matarlo directamente. Aunque en ese supuesto, el destino no lo hubiese colocado en el camino de la mujer que amaba.

—Le debo la vida a Amery… ¿Él está? —Brendan suspiró. Iba a tener muchas complicaciones con ese hombre. Pues había sospechado, solo por un instante, que era el villano de su familia, de Althea, de Morgan y de él mismo. La ofensa por haber dudado de él le costaría cara.

—*Lady* Restford… Salvadla… —dijo Morgan antes de caer de nuevo en la inconsciencia.

Los dedos de Aquiles se movieron para buscar su pulso y comprobar que no había fallecido.

—No puedes tocarla. La tocas y mueres. —Brendan le agarró la mano antes de que llegase a ejecutar su acción.

Aquiles estaba hasta las narices de que los hombres que protegían a Althea siempre estuviesen amenazándolo con la muerte. ¡Como si él no supiera luchar y defenderse! Se tragó la maldición.

—Solo deseaba comprobar que…

—Ella está viva y se despertará cuando esté lista. No morirá. Ahora llévate a Rothgar y busca a York, y haz lo que ella ha dicho. De paso dile a Althea que Morgan está fuera de peligro. Luego, vete —convino.

—Eres más autoritario que un duque.

La mirada de Brendan dejó de observar a Morgan y se fijó en Aquiles.

—Soy hijo de uno, hay cosas indeseables que se heredan —apostilló Brendan con una sonrisa torcida.

Aquiles afirmó con la cabeza. Luego procedió a hacer lo que le habían ordenado.

***

Les habían dicho que la familia de York se había trasladado al campo. Por descontado que *lady* Wins se marchó con Rothgar y con

Aquiles, porque él no la dejaría sola nunca, en dirección a casa del duque de York. Cuando llegaron y observaron un gran cañón en la entrada…

—York y sus excentricidades… He escuchado que tiene intención de construirse una pirámide en el jardín — dijo Darkworth, haciéndose eco de una conversación que escuchó entre su hermana y lord Portman, quien era uno de los mejores amigos del duque de York.

Habían considerado que presentarse en Bedlam siendo tres duques y una condesa que estaba en el candelero sería más efectivo a la hora de pedir la liberación de *lady* Restford. Eso y que York tenía tropecientos contactos.

Cuando Aquiles ayudó a bajar del carruaje a la mujer con la que esperaba casarse pronto, la sostuvo por la cintura y no la dejó despegarse de él. Ella estaba pálida, agotada y triste por la situación de Morgan. Él sería su mejor apoyo.

El hombre de confianza del duque de York los recibió en la entrada. Su patrón lo siguió segundos más tarde. La comitiva estaba en el recibidor de York Park.

Althea se alegraba de haber ido en primera instancia al lugar donde se encontraba porque Mason Wilson merecía ser informado de la situación. *Lady* Wins sabía que la vizcondesa de Restford estaba locamente enamorada de él.

—Ah, algo importante debe cocerse cuando la nobleza visita mi templo —los saludó con ese peculiar modo suyo parsimonioso y vanidoso el duque de York.

—*Lady* Restford ha sido encerrada en Bedlam y tienes que acompañarnos —dijo sin amagos Aquiles.

—¿Conozco a la dama? —preguntó York, mientras miraba al señor Wilson en busca de más información. Su tío solía tener los datos en los que él no caía a primera vista.

—Es una de las damas con las que coincido en Hyde Park cuando paseo con sus hijos, excelencia —le informó. York no veía la conexión todavía…

Althea se colocó frente a Mason Wilson y le agarró las manos. Él se quedó asombrado con el gesto.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar el hombre, mientras York observaba la acción sospechando lo peor.

—No hay tiempo para sutilezas. Ella le necesita. La vizcondesa fue la que vino a mi casa para pedirme que usted le descubriese los secretos de la pasión que tanto tiempo estuvieron ocultos para ella.

—Así que después de todo, *lady* Wins sí es la Duquesa X —observó York, tras comprender lo que había dejado mudo a Mason Wilson.

—Y será un secreto que mantendrás —le dijo Aquiles.

—Bien. Una misión de rescate, seguida con una explicación

mientras recorremos el camino hacia el sanatorio mental, es necesaria. Imagino que… ¿Dónde va, señor Wilson? —preguntó Malcom al ver que su tío comenzaba a caminar a toda prisa.

—A su despacho —respondió sin dejar de correr.

—¿Qué necesita de allí? —inquirió ceñudo el duque de York.

—La ballesta, las pistolas, el rifle y el estoque, porque si la influencia de tres duques y una condesa fallan, emplearé la fuerza bruta para recuperar lo que me pertenece —añadió con su habitual tranquilidad el sirviente de York, como si acabase de decir que el día estaba nublado.

Ninguno de los presentes cuestionó las palabras del señor Wilson, y Malcom supo que su tío había entregado su corazón, tal y como predijo que ocurriría. Así eran los Banstorn, sabían lo que querían cuando lo tenían al alcance de los ojos. York se alegró infinitamente por su tío.

Dos carruajes salieron en dirección al objetivo. Aquiles y Althea, York y Mason Wilson viajaban en la berlina, el resto en otro. Y tal y como el secretario de Malcom había anunciado, iba bastante armado. Una pistola y la imponente ballesta.

—¿Qué? —preguntó Mason Wilson al ver que su patrón no dejaba de mirarlo con reprobación.

—Ya ve, mi querido señor Wilson, que no soy el único que exagera cuando hay una mujer involucrada. ¿De verdad cree que cuando los médicos de Bedlam vean ante ellos a tres pares del reino y a una condesa formidable, no dejarán libre a su dama? —Malcom estaba fascinado con la ferocidad de su querido tío. Eran muy parecidos.

El señor Wilson alzó una ceja, de un modo que Aquiles y Althea creyeron que estaban mirando al mismísimo duque de York, porque el gesto fue idéntico al que hacía Malcom W. Banstorn cuando se daba aires de grandeza.

—Sin ánimo de ofender, excelencia, pero si fuese su duquesa la que corriese peligro…

York suspiró ante la observación de Mason.

—Habría hecho transportar en un carro el cañón que lucimos en York Park y lo colocaría apuntando hacia la entrada principal de Bedlam como primer y único aviso. Así que no se preocupe, ella estará hoy a salvo. Y me agrada que apruebe la unión que le propuso *lady* Wins, ¿o debería decir, la Duquesa X? —tuvo que inquirir, pese a que no necesitaba respuesta a ninguna de las dos cuestiones.

Althea le sonrió y luego miró a Mason.

—Tengo que saberlo, señor Wilson, ¿por qué no he sentido que se sorprendía con la declaración cuando le he revelado la identidad de la dama que lo acompañó en mi casa? —trató de averiguar Althea. Después de haberles explicado a ambos el asunto de Abe Marlow y la

intervención del hijo menor de la vizcondesa, era momento de saciar la curiosidad.

Aquiles la acomodó mejor sobre su pecho, pasándole un brazo sobre los hombros y obligándola a que se reconfortara en él. El duque de Darkworth sabía que York estaba enamorado de su duquesa y que, al igual que su hombre de confianza, comprendería que su prometida estaba cansada y necesitaba su apoyo. Ella agradeció el gesto de Aquiles y se acomodó.

—Porque me pareció natural que fuese ella quien estuviese interesada en mí, quien demandase mis… quien me llamase para acudir a su casa, *milady* —dijo en alusión a que la vizcondesa lo había solicitado para tener un encuentro placentero—. En Hyde Park, cuando coincidíamos, había notado, digamos… cierta atención especial hacia mi persona. No creí que fuese posible y lo achaqué a mi viejo orgullo que se moría por despertar después de tantos años. No lo creí, es verdad, porque ella es una dama y yo llevo siendo una niñera de un par de…

—Señor Wilson, siempre está usted igual —se quejó York, adivinando lo que iba a decir, sobre que Malcom y Liam eran un par de llorones.

—No puedo ser un libertino más —sentenció Wilson.

—Se lo dije —le recordó York a su querido tío. Cabe recapitular que pocos sabían la relación verdadera que tenían Wilson y Malcom. Solo Isobel y Liam, además de los implicados, estaban al corriente de ese hecho.

—La quiero y pienso conocerla mejor. Así que creo que es hora de que me tome en serio la recomendación de retirarme que tantos años lleva haciéndome, excelencia, porque pienso ser un caballero y declararme. Y si *lady* Restford me acepta, cosa que dudo que haga, desafiaré cualquier norma. Los años que me quedan en esta vida no son muchos y los viviré como me plazca —aseveró con decisión Mason.

—¡Lo celebro! —saltó eufórico York—. Seremos una gran familia feliz en York Park, usted delegará en otras capaces manos las funciones de la finca y se dedicará a disfrutar de mis hijos y de la que espero que sea su esposa…

—No quiero ser ninguna carga —lo interrumpió Wilson.

—No sea absurdo, Wilson. Nunca lo fue y jamás lo será. Además, véalo como un favor al mundo entero. ¿Qué sería de mí lejos de su influencia? Isobel tiene un gran poder sobre su vanidoso esposo, uno maravilloso, pero sin la firme mano de usted podría descarriarme y comenzar a pensar en construir una esfinge con mi bello rostro en vez de una pirámide.

—No sueñe con que York Park albergue ningún edificio egipcio. Su

esposa ha sido más que clara en ese asunto.

—Ah, bribón —York le guiñó un ojo—, pero ambos sabemos que hay muchas maneras de convencer a una adorada y amante esposa…

—Con los años que lleva pidiéndole a la duquesa que lo apoye en esa construcción y aún no lo ha logrado, creo que es momento de ser realista y abandonar la esperanza —le recomendó Mason—. Y le agradecería que dejase de hablar de cosas triviales, porque tengo que concentrarme y recordar cómo usar la ballesta. Hace años que no practico el tiro y espero que sea una de esas cosas, como respirar, que no se olvidan.

—Usted y yo sabemos que no bajará las armas del carruaje porque no desea asustar a su futura esposa, y mi sola presencia hará que el jefe de Bedlam nos dé todo lo que le pidamos. —Wilson rodó los ojos. Siempre tan vanidoso…—. Además, la charla le ha servido para evadir la preocupación que tiene por *lady* Restford. Y ha hecho que Darkworth y la condesa estén entretenidos escuchándonos y aún no decidieran dar rienda suelta a lo que desean hacer. Hubiese sido bochornoso verlos retozar en el carruaje o a usted ponerse a llorar.

—¡York! —lo amonestó Aquiles mientras *lady* Wins se reía.

Wilson chasqueó la lengua. Solo su muchacho podría ser tan impertinente, además de vanidoso.

—¿Qué? —Malcom sacudió los hombros—. Yo en su caso, mi querido Wilson, estaría berreando y habría soltado alguna lágrima por mi Isobel. Y en caso de haber sido Darkworth, tal vez hubiese hecho que mis acompañantes viajasen en el pescante del carruaje mientras yo…

—¡Es suficiente! —lo cortó Wilson—. ¿Por qué siempre tengo que verme obligado a disculparme en su nombre, excelencia? —preguntó mortificado.

—¡No sea mojigato como Portman…! Por cierto, ¿dónde has dejado a ese demonio que tiene por heredero? —le preguntó York a Aquiles en alusión a Basil.

—Nos esperará en Bedlam, con su padre y con Phenton. —Le había dado instrucciones a su joven aprendiz para que reclutase al duque de Phenton y a su padre, quienes eran los mejores amigos de York, para la causa que les afectaba. Cuanto más apoyo mejor.

—¿Más refuerzos? —preguntó York satisfecho—. Casi siento pena de mi señor Wilson, no podrá entrar pegando tiros y salir con su dama entre los brazos.

—¿Qué se apuesta a que hago justo eso, excelencia? —Y por la entonación que Wilson le dio a la pregunta retórica, nadie se atrevió a contradecirlo o a reírse de él.

Especialmente porque cuando llegaron a su destino, Phenton ya se había ocupado de hacer temblar a todo el personal médico de Bedlam.

Así que la liberación de *lady* Restford no exigió disparos. Aunque cuando Wilson la tuvo a su alcance, la abrazó con fuerza, la alzó en sus brazos y se juró que jamás la dejaría ir.

Se veía ojerosa, pálida, había perdido peso, el vestido modesto en tono blanco roto le venía holgado, y solo Dios sabía lo que le habrían hecho los malditos matasanos. Se obligó a tragarse una maldición y a no entrar a pegarles un tiro a quienes la hubiesen tratado mal. Ya estaba fuera de peligro, estaba a salvo con él.

—No me preguntes cómo, pero sabía que serías mi salvador —le dijo entre llantos a Mason Wilson.

—Tuve que haberme dado cuenta de que eras tú aquella noche, pero resultaste hábil al ocultar tu tono de voz. Y cuando me desperté habías huido. No volverás a hacerlo.

Ella afirmó.

—¿Qué haremos? —le preguntó ella mientras Wilson la acomodaba en su regazo en el interior del vehículo. El resto de los acompañantes les dejaron intimidad.

—Vivir… —susurró Mason.

Malcom dio órdenes al cochero para que llevase a la pareja de inmediato de regreso a York Park, donde Isobel se ocuparía de recibirlos en condiciones, de prepararles una habitación, disponer un baño y darles paz.

Desde su posición, en el regazo de Mason Wilson, la vizcondesa de Restford vio en el suelo una ballesta enorme y un par de pistolas.

—De verdad ibas a entrar como un salvaje para rescatarme… —afirmó sorprendida. Su difunto esposo la habría dejado allí pudriéndose. Estaba segura de eso.

—Lo que hubiese hecho falta, querida mía.

—¿Qué será de mí, Mason? —Estaba compungida por todo lo que había vivido. Sería complicado olvidar los gritos de los demás pacientes, ese olor nauseabundo, las pastillas que le obligaban a tomarse… Se aferró más al abrazo cálido de su salvador.

—York se ocupará de que tus hijos te dejen en paz. —Estaba seguro de que el duque lo haría así, sin pedirle permiso y sin que Mason le pidiese el favor—. Residiremos, si estás de acuerdo, en York Park con los duques. En la casa principal o en la del guardabosques para tener mayor intimidad, donde desees, porque debes ser consciente, por nuestras muchas conversaciones en Hyde Park, de que el duque y su familia son la mía. No quiero estar lejos. —Agnes afirmó con la cabeza—. Y si no supone una degradación para ti, me gustaría que te convirtieses en mi esposa, porque desde que cortamos nuestra comunicación después de compartir intimidad… —Mason la tenía completamente abrazada. Su corazón latía con fuerza.

—Me trajo aquí —le aclaró—, no pude avisar a la Duquesa X ni a

nadie. Estaba sola y desesperada… Mi propio hijo convenció al doctor de que tenía una enfermedad mental que me hacía comportarme como una promiscua, que mi lascivia se había apoderado de mí… —Comenzó a llorar y Wilson besó cada una de las lágrimas derramadas.

—He vivido lo suficiente para valorar lo que realmente es importante, Agnes. —Ellos conocían sus nombres de pila por las conversaciones en Hyde Park, aunque no los habían usado previamente—. Desafiaré a quien sea por ti si tú me autorizas a hacerlo. Sé mi esposa y nadie tendrá poder sobre ti, porque tu libertad a mi lado será protegida por tu esposo. No será fácil. Viviremos fuera de la sociedad. Tu posición nunca volverá a ser…

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre y me encanta tu idea —lo cortó—. Sí, M, he vivido sin vivir hasta el momento y sé que la dicha a tu lado será grande. Así que no pienso separarme de ti. Estaremos juntos le pese a quien le pese, porque soy incapaz de dejar de pensar en ti, de vivir sin ti, de alejarme de ti. Me has hecho tanto bien… que no renunciaré a ti. No puedo hacerlo. No lo haré.

Mason Wilson sintió el orgullo inundar su interior, posiblemente ni el duque de York lo igualase en vanidad en ese preciso instante.

—Entonces está todo dicho.

—¿Cómo supiste dónde estaba? Dios sabía lo que rezaba para que me encontrases. Mi hijo… Él en verdad creía que estaba haciéndolo por mi bien. Encontró la carta que la Duquesa X me envió para decirme que me ayudaría a encontrar un amante y… Ya puedes imaginar el resto.

—La historia es más rocambolesca de lo que imaginas. Te la contaré cuando hayamos descansado, Agnes. Ahora no quiero perturbarte más. Piensa en todo lo que tenemos por delante.

—¿Un baño? —preguntó con picardía.

—Lo que me pidas, querida mía. Lo que desees tendrás. Te haré olvidar la pesadilla.

—Ha sido horrible, Mason… —Había estado sola, recluida sin su autorización.

—Borraré todo el mal recuerdo, aunque me cueste la vida —se juró y ella lo creyó.

La vizcondesa cerró los ojos mientras seguía recostada en su pecho y disfrutó de su calor, de su protección. Cuando lo había divisado entre el nutrido grupo de sus rescatadores… Su fiero señor Wilson parecía tan dispuesto a asesinar a quien fuese en su nombre… Nunca se había visto tan reconocida, tan deseada. Como si fuese la persona más preciosa y única de la Tierra. Era delicioso sentirse así por primera vez en su vida.

No desperdiciaría la segunda oportunidad que le había dado el destino y la propia Duquesa X, fuese quien fuese.

—Eres mi campeón. Siempre lo he sabido —susurró con una sonrisa en los labios.

***

—Bien —dijo York mientras veía el carruaje de Wilson y *lady* Restford partir desde la puerta de Bedlam—. No son las mejores circunstancias para juntarnos, pero hemos visto un final de lo más feliz para mi querido señor Wilson. Supongo que podré contar contigo —dijo mirando a Lucien Maldith, duque de Phenton— y con vosotros —miró a Portman, a Rothgar y a Basil— para hacerle una visita al hijo menor de *lady* Restford, y aconsejarle que salga del reino si no quiere acabar pudriéndose en una zanja. De paso iremos a ver también al mayor y dejarle las cosas claras, porque si estaba al tanto de los planes de su hermano, lamentará haberse entrometido en la vida de mi familia.

—¿Cómo harás que embarque el menor? —se interesó Aquiles—. La dama no te perdonará si matas a su vástago. Así son las madres, capaces de mirar a otro lado por sus niños aunque sean demonios.

—Con dinero —apuntó York—. Le daré lo suficiente para que la tentación de marcharse a Estados Unidos o donde desee y no regresar, bajo pena de muerte si lo hace, sea una opción atractiva. La única de hecho. Por descontado, Phenton obrará esa magia que empleó en el pasado en su juego de espías que tan bien sabe hacer. —Lucien gimió. Para York su trabajo pasado para la Corona siempre sería un juego—. Y luego lo dejaremos lo suficientemente magullado para que entienda que nuestra amenaza es una sentencia inapelable, cosa que *lady* Restford no tiene por qué enterarse. ¿Sabemos el nombre del maldito y dónde encontrarlo? —preguntó Malcom a quienes iban a acompañarlo.

—Lo tengo todo —apuntó Basil. Aquiles le hizo un gesto para reconocer su arduo trabajo.

—Perfecto —apostilló York—. Nos llevaremos el carruaje de Phenton y el de Portman se quedará para el uso de Darkworth y de la condesa de Wins.

—¿Deseas ir? —le preguntó con discreción Althea a Aquiles.

—Ellos no precisan más ayuda de la que ya tienen, y yo necesito llevarte a casa y que compruebes que tu querida amiga está realmente fuera de peligro.

—Ah, puesto que esto es todo —apuntó York tras las palabras de Aquiles—, caballeros, marchémonos y prosigamos con el segundo punto de la misión de rescate. —Luego se giró hacia Althea, le tomó la mano y se la besó mientras le hacía una reverencia—. *Lady* Wins, una vez más estoy en deuda con usted por hacer posible que un miembro de mi familia obtenga al fin lo que la vida le debía —le dijo con

excesiva formalidad porque la ocasión ameritaba.

—¿A qué te refieres?

—Al amor. Wilson está perdidamente enamorado y he comprobado que la vizcondesa le corresponde en igual o mayor medida. Si vuelves a necesitar algo de mí, estaré encantado de ofrecerte mi ayuda. Si te cansas de Darkworth, puedo pedirle a uno de mis muchos amigos que lo hagan desaparecer. —El duque le guiñó un ojo y Aquiles jadeó con desagrado.

—Gracias, York —le agradeció con humildad, no por burlarse del hombre que amaba, sino porque sabía que el vanidoso duque le daría su apoyo o lo que necesitase siempre.

—A ti, querida, a ti —insistió con la gratitud bailando en su mirada. Ver así de ilusionado a Mason era un sueño para York—. Por cierto, no ensuciéis demasiado el carruaje de Portman, hay manchas que son muy costosas de hacer desaparecer —añadió sin pudor Malcom W. Banstorn, mientras dejaba a *lady* Wins y a Darkworth atrás gimiendo de indignación.

El vizconde Portman, el esposo de la hermana de Aquiles y padre de Basil, se acercó a la pareja un momento.

—¿Cómo está Robin? —Aquiles lo echaba de menos, pero sabía que su hijo amaba a la esposa de Portman, a su tía Aura, igual o más que Basil, así que estaba bien atendido.

—En perfecto estado. Por favor, no le hagáis caso a York, él ve placer y desenfreno en todas partes… —Portman se quedó pensativo y luego añadió—: Pero en caso de que… de *eso*… no causéis un estropicio —les dijo por si acaso las bajas pasiones se apoderaban de ambos durante el trayecto de regreso a casa.

—Portman, te rogaría que… —comenzó a decir Aquiles.

—Sí, sí… —lo cortó, haciéndole saber que no necesitaba ninguna aclaración sobre el asunto—. Tu hermana está disgustada contigo porque todas las noticias que tiene sobre ti, sobre el compromiso, se las ha dado Basil. Cuando Aura se ha enterado de que te vería hoy me ha ordenado que te informase de que la boda será en la capilla de Darkworth Park, lugar al que el resto de la familia partirá mañana mismo para comenzar con los preparativos. Te matará si no le haces caso. Además, Robin está deseando conocerla, *lady* Wins —le dijo Portman mientras miraba a Althea—. Me alegra decir que el niño ya la adora y la acepta. El hijo de Aquiles está considerado uno más de mi familia y verá que aunque habla más bien poco, dice mucho. —No mentía. Robin había tardado en comenzar a decir sus primeras palabras y era de naturaleza callada, pero no precisaba ser parlanchín para explicar lo que deseaba.

Aquiles sonrió.

—Iremos lo antes posible a la finca y haremos lo que mi hermana

disponga. ¿Estás de acuerdo, Althea? —preguntó al darse cuenta de que deseaba saber su opinión sobre lo dispuesto.

—Por supuesto que sí. Estoy deseando conocer al resto de la familia, en especial a tu hijo, ya lo quiero solo por ser tuyo, y me parece que tu hermana y yo congeniaremos muy bien si le ha hecho dar semejante mensaje a su esposo. Una mujer con agallas.

—Ni se lo imagina —dijo Portman, para regresar luego la mirada hacia Aquiles—. Veo que mi hijo sigue sin un solo rasguño y que ni él te ha matado a ti ni tú a él. Cuando Aura sugirió que te lo llevases. Tenía mis dudas, pero él llegó a mi casa hablando de ti con adoración, así que cuida a mi muchacho, Aquiles, y haz que olvide sus deseos sobre trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Haré lo que pueda. Tu hijo es… me ayuda mucho y vale su peso en oro.

—Lo sé —señaló el orgulloso padre, antes de darse la vuelta e ir con el resto de sus amigos a ajustar la última de las cuentas.

Aquiles y Althea se metieron en el carruaje. El duque la había ayudado a entrar, y cuando él accedió al interior, se sentó cómodamente, le dio un pequeño tirón y la colocó en su regazo. Comenzó a besarla sin contención.

—No puedo estar a tu lado y no besarte. ¿Alguna vez se me pasará? —preguntó entre beso y beso.

—Espero que no. —Althea movió las manos y buscó la presilla de los pantalones.

—No, esperemos. Te quiero en la cama y darte lo que me solicitaste la última vez. Caricias, hermosas palabras, gestos dulces… —le susurró, mientras sostenía las manos de ella para evitar que hiciera lo que se proponía.

—Allí también me tendrás. Pero te necesito ahora, Aquiles. Algo rápido, algo saciante… Por primera vez después de tantos días he recuperado el humor y la cordura. Llegaremos y Morgan estará perfectamente. Lo sé. Así que necesito poseerte o que me poseas, como lo quieras ver. No me hagas suplicar.

—Tirana… Nunca dejarás de ser la Duquesa X.

El miembro completamente erecto de Aquiles había saltado al aire. Las ventanas estaban protegidas por las correspondientes cortinas, por lo que nadie vería lo que allí se cocía. La ebullición con aroma a pasión de una pareja que precisaba saciarse después de que el rescate de *lady* Restford hubiese salido bien.

El duque estaba ayudando a su inminente esposa a subirse la falda y a desplazar la enagua. No había planeado que ese ardor saliese a flote, pero le daría siempre a Althea lo que demandase, pues esa era la maldición de cualquier hombre enamorado.

Cuando la virilidad de Aquiles estuvo dispuesta en el lugar

adecuado, Althea se dejó caer sobre el eje, lo que hizo que ambos gimiesen de puro gozo. Las caderas de la condesa comenzaron a balancearse mientras él se dejaba llevar por ella.

Althea se agarró a los hombros de su duque, buscó su boca y lo besó con frenesí, mientras lo montaba con movimientos certeros para catapultarlos a ambos a la gloria.

—Me matarás… me matarás de placer y será la mejor de las muertes. ¡Dios, amor! Tan estrecha y caliente…

—Aquiles, estoy necesitada de ti. Termina conmigo lo que hemos empezado. Dime que estás cerca de dejarte ir… No podré contenerme. El deseo me consume.

—Imprime más ritmo, un poco más rápido. Llévame más profundo —le sugirió.

—Ayúdame —demandó.

La respuesta del duque a su súplica fue poner las manos en las caderas de Althea, moverla del modo en el que necesitaba para poder alcanzar junto a ella la liberación más rápida y extrema.

—¿Comprendes que esto es solo el principio de lo que está por venir? Un pequeño refrigerio… Porque cuando lleguemos a casa, te mantendré cautiva en la habitación. Saldremos cuando sea hora de ir a la finca campestre para recitar nuestros votos.

—Lo que desees, lo que demandes, pero terminaaaaaaaaaa… —Althea sintió la liberación de un modo tan agudo que se asustó de sus propias sensaciones. Maravilloso. Excepcional. Rápido. Único. Irrepetible.

—Sííííí —cantó Aquiles, mientras compartía el momento con su futura duquesa.

Los encuentros rápidos también tenían su punto de lubricidad y pasión. Más si el amor tierno que causaba devoción estaba implicado.

Aquiles y Althea no fueron capaces de resistirse a sus impulsos. Tal vez fuese porque York les había metido un par de ideas sobre el uso que se le podía dar al carruaje, o tal vez fuera porque el viaje hasta casa no era demasiado largo y necesitaban aprovechar el tiempo con urgencia, pero nunca un interludio tan breve dejó tan saciada a una pareja tan destinada a reencontrarse.

Cuando llegaron a su destino, tal y como era de esperar, Brendan, quien no se había separado del lado de Morgan, confirmó que ella estaba bien y que acababa de dormirse de nuevo, después de haber estado de lo más parlanchina explicando la aventura que vivió junto con Greyson Amery.

La tranquilidad había llegado de nuevo a la vida de Althea. Todos disfrutarían de un poco de paz mientras fuese posible, porque Aquiles se temía que la Duquesa X no tardaría demasiado en retomar su labor como casamentera carnal, o convencional… o como fuese.

No obstante, esperaba hacerla cumplir su promesa de tener una larga luna de miel en compañía de Robin. Y dado que Morgan había asegurado que se haría cargo de su trabajo como Duquesa X —y parecía disfrutar con la idea de convertirse en ella cuando hiciese falta —, contaba con que Althea acabase delegando cada vez más esas funciones.

La deseaba para él. Solo para él. Dedicándose a su esposo por completo, porque Aquiles se había dado cuenta de que era el hombre más enamorado de la faz de la Tierra y deseaba retenerla para él. Solo para él. Suya. Suya para siempre. Suya mientras le quedase un resquicio de vida.

Amor. Así era el amor. Parejas. Así se formaban cuando tenían que nacer. Lubricidad. Era indispensable para saciar el cuerpo. Esencial cuando se necesitaba hablar con algo más que con las palabras.

Epílogo

Un comienzo perfecto

Un mes más tarde.

El vicario que se ocupaba de los feligreses de Darkworth Park estaba posicionado delante del altar de la pequeña iglesia que Darkworth poseía junto al cementerio familiar. Era costumbre que el duque se casase en ese lugar y por supuesto la hermana de Aquiles, Aura, se había ocupado de que se cumpliese la tradición.

La casa principal era un claro ejemplo de fortaleza, dado que la edificación había sobrevivido a dos incendios y seguía en pie. Las obras de restauración habían terminado hacía relativamente poco, y Aquiles se sentía satisfecho por haber retornado la grandiosidad al que en breve sería un feliz hogar para Althea, Robin, para los hijos que llegasen y para él mismo.

Aquiles miró desde su posición a los distinguidos invitados que habían acudido a la boda. Se trataba de una celebración privada en la que estaba invitada solo la familia. Eso incluía a Morgan y al gorila, y sin embargo el perro rabioso declinó la invitación. Aquiles sabía demasiado bien sus motivos. En realidad todos suponían el porqué. Todos salvo Althea, que no comprendía lo que en verdad le dolía a Greyson Amery.

Y pese a ser una ceremonia privada, eso no fue impedimento para el duque de Rothgar, quien se autoinvitó alegando que él había sido parte activa en el compromiso y a que a él le debía Aquiles su unión. Cuando el futuro esposo de Althea le preguntó a qué se debía esa reflexión y Rothgar le dijo que él había tratado de casarse en el pasado con Althea… Tuvo la tentación de echarlo a patadas. Lo soltó del cuello cuando le confirmó que no la veía como más que a una amiga, y que no se casaría jamás con una mujer que no lo impulsase a volverse loco, tal y como el mismo Aquiles se comportaba en aquel momento en el que le plantaba cara.

James Salsbury estaba hasta las narices de los ingratos amigos que no reconocían el valor de su amistad. Años atrás, uno llamado Paul Badel, el que llegó a ser su mejor amigo, lo dejó de lado por haber tratado de robarle a su prometida, la actual baronesa Rosings, de nombre Lena. ¡Desagradecido! ¿Qué culpa había tenido Rothgar de

que la que fuese por aquel entonces una joven imprudente desease cazarlo? Al final aquella historia entre Lena y Paul había salido la mar de bien, gracias, por supuesto, a la intervención de Rothgar.

Los hombres se volvían tontos cuando el amor les golpeaba en la cabeza. Rothgar lo veía así, y aunque no estaba seguro de poder llegar a caer rendido ante una mujer, porque estaba hastiado de ellas —como la gran mayoría de nobles que tenían que casarse por deber—, sentía unos celos que no reconocería ante nadie, al verse rodeado de tantas parejas adorables. Eso debería causarle urticaria, no unos malditos celos. Y James comenzó a maldecirse a sí mismo por pensar en cosas tan estúpidas como el amor. Gimió en alto.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Portman, que estaba a su lado.

—¿No hay alguna ley que prohíba decir una herejía como la que acabas de soltar en un lugar santo?

—Estás refunfuñando demasiado y me molestas. Dios lo entenderá —le señaló Portman a Rothgar.

—Me estoy poniendo nervioso, igual que lo está el novio, porque fíjate en Darkworth, ahí delante de todos, temblando porque su prometida no aparece. Lleva media hora de retraso.

—Darkworth no está temblando —rebatió—. Además, las mujeres hacen eso. Les gusta hacernos esperar hasta el final para que entendamos que nunca más vamos a tener el poder en nuestra propia casa. —Portman ladeó el rostro para mirar a su esposa, quien figuraba a su otro lado en el banco derecho de la capilla y no estaba escuchando el intercambio entre los dos hombres.

—¿Cómo sabes si estás enamorado? —se interesó Rothgar al ver el modo tan… tan… No sabía cómo definir la mirada que Portman le estaba echando a la hermana de Aquiles.

—El corazón te lo grita. La mente se nubla y solo está ella. Nada más importa. Solo ella. —Portman suspiró mientras miraba con más adoración a Aura, quien había comenzado a conversar con Robin mientras él seguía haciéndolo con James.

—Tonterías… —masculló—. Vaya… creo que esto es más que un retraso —apuntó Rothgar, cuando vio que la amiga de la que se esperaba que se convirtiese en la duquesa de Darkworth se acercaba al altar para susurrarle unas palabras a Aquiles en el oído. Un segundo después el duque abandonó el lugar a toda prisa seguido de Morgan.

—¿Qué estará pasando? —se preguntó en voz alta Portman.

—Tal vez Althea se lo haya pensado mejor… —dijo Rothgar mientras sonreía.

—No tiene gracia.

—Lo sé. No entiendo qué hombre podría pasar por el infierno de casarse… Todo son impedimentos. He visto volverse blanco a Aquiles

mientras escuchaba lo que Pusset le haya podido decir. Imaginarme a mí en semejante tesitura…

—Algún día te comerás las palabras que acabas de decir, Rothgar.

—No te digo que no, pero para casarme antes tengo que volverme estúpido e inútil.

—¿Más aún? —se mofó de él Portman.

—No eres gracioso. Me refería a que no me casaría si la mujer que eligiese para ser mi duquesa no me hiciese postrarme de rodillas muerto de amor, o suspirar embelesado. Lo que suceda antes.

—Ten cuidado con lo que deseas.

—No me asusta caer preso del enamoramiento —dijo despreocupado—. Lo que más aborrecería sería casarme sin estar loco por la dama —reconoció con sencillez.

—Entonces ten cuidado con a quién besas, porque los besos los carga el amor. Te lo digo por mi propia experiencia —observó, volviendo a mirar a Aura con adoración. Esa vez su esposa se giró y le devolvió la mirada con una sonrisa llena de placer.

—Sí, eso me han dicho. —James zanjó el tema dubitativo sobre si en verdad deseaba casarse, o no, pronto.

***

Aquiles usó los nudillos para llamar con suavidad sobre la madera maciza de la puerta que había cerca de la sacristía, que confería privacidad para prepararse a las futuras duquesas de Darkworth. Era una pequeña sala donde acababan de acicalarse para la boda.

—Althea, ¿puedo pasar?

—Sí.

—Ve dentro —lo animó Morgan, quien hacía semanas que había prescindido de la formalidad para dirigirse al hombre que su mejor amiga amaba—. Yo esperaré aquí.

Aquiles entró y la vio con un precioso vestido de muselina rosado con encaje en el pecho, sujeto por un lazo fucsia, y decidió que era un ángel. Su pelo no estaba tan estirado como cuando lo peinaba para parecer un viejo dragón como deseaba simular ser la condesa de Wins. Ricos tirabuzones cobrizos de aspecto juvenil adornaban su bonita cara en forma de óvalo. Los ojos color avellana le mostraban todo el amor que sentía por él.

—Aquiles… —musitó sin saber qué más decir.

El duque se acercó a ella y, con cuidado de no despeinarla o arrugarle el vestido más de lo necesario, la cobijó entre sus brazos.

—No tienes que hacer esto si no lo deseas, amor. Te tendré del modo que me permitas. Siendo mi esposa o mi amante —precisó—. Si no quieres casarte, no pasa nada. No imaginé que volver a convertirte en una mujer prometida te haría recordar lo duro que fue el pasado al

lado de un desgraciado. —Morgan le había dicho que ella no se sentía bien y que necesitaba verlo. Él se dio cuenta de cuál podría ser el problema.

—Sé que no eres como él. No te pareces a Wins ni en el blanco de los ojos, pero…

—¿Qué te aflige, amor? Dime lo que es para que pueda remediarlo y vuelva a verte feliz.

—Eres tú el que tenía que llegar a mí. Lo sé. Estoy convencida de eso, y sin embargo no puedo sentirme más que insegura… Wins me engañó tan bien… —El matrimonio no tenía vuelta de hoja. Pasaría a ser una posesión más de Aquiles.

El duque le besó el pelo e imprimió un poco más de fuerza al abrazo.

—Eras joven y poco juiciosa. Ahora eres una mujer segura de sí misma que sabe juzgar bien las circunstancias. Londres pretendía quemarte en la hoguera y le diste la vuelta a toda la situación. En aquel momento tenías solo a Morgan y a Brendan para protegerte de un maldito indeseable. No es así en estos instantes. Cuentas entre tus amistades con una legión que te protegerá en caso de que a mí me sucediese algo. Incluso me harían frente si no estoy a la altura.

—No digas eso. No quiero vivir en un mundo en el que tú no estés. Además, sé que eres honorable y leal.

Aquiles la separó de su cuerpo y le tomó ambas manos entre las suyas, se las besó y las sujetó sobre su pecho.

—No puedo mentirte y decirte que no tengo maldad, amor. Mi naturaleza más virulenta despierta cuando se trata de proteger a los que quiero. No soy un santo, tú misma me viste disparar a un hombre sin titubear. No tengo las manos limpias, hay sangre en ellas. Del mismo modo en el que reconozco que soy un pecador, te aseguro que nadie va a quererte más que yo. Nunca. Jamás. Estoy tan seguro de lo que siento por ti, que si me lo pides, nos escaparemos ahora mismo por esa diminuta ventana —señaló el lugar—, cogeremos a Robin y disfrutaremos de nuestra luna de miel sin habernos casado. No he querido preguntarte exactamente lo que sucedió entre Wins y tú, no porque no me interese, sino porque él es tu pasado y yo tu futuro. Lo sospecho y lo mataría una y mil veces. Lograré hacer que su recuerdo sea una minúscula viruta. Te escucharé cuando desees desahogarte y siempre, siempre, siempre… ¿me oyes, amor?, siempre estaré aquí para ti.

Ella suspiró llena de amor y colocó las manos para sostenerle el rostro y lo besó. Él respondió al gesto. Althea se separó y Aquiles aguardó para ver su reacción.

—Solo contigo a mi lado me siento completa y segura. Estuve aquí en compañía de Morgan pensando en la locura que iba a cometer si

salía y aceptaba ser tu propiedad.

—Eres mi igual, amor —le aclaró. Ella afirmó con la cabeza.

—Estaba hecha un lío. Wins regresó a mi mente para atormentarme. Ha sido verte y mis dudas se han despejado como si todo hubiese sido una niebla espesa. No creo que pueda estar lejos de ti. Más te vale acostumbrarte a que me convierta en tu sombra, porque iremos juntos hasta el fin del mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Lo supe la primera vez que vi a una experta amazona azuzando a una inmensa bestia para tratar de huir de dos bastardos.

—¿Entonces a qué estás esperando, Darkworth? ¡Llévame al altar! —le sugirió con seguridad y llena de gozo.

—Será como tú dispongas, amor. Siempre será así —le juró. Y Althea sabía que cumpliría su promesa hasta el fin de sus días.

Aquiles colocó la mano de su inminente y flamante esposa sobre su manga, y ambos caminaron hasta donde el ministro de Dios les esperaba con poca paciencia.

La ceremonia fue perfecta. La novia mostró una sonrisa deslumbrante de principio a fin. Nunca unos votos fueron recitados con tanta vehemencia. Un ímpetu que hizo suspirar al duque de Rothgar. Todos los invitados lo escucharon y James no se escondió por su reacción tan ensoñadora.

¿Cómo sería caer en el embrujo del amor? James Salsbury, con una edad más cercana a los cuarenta que a los treinta, sintió como si acabase de convertirse en uno de los últimos duques solteros de Inglaterra. La mayor parte de sus amigos estaban felizmente casados. La soledad que le inundó el pecho fue tan pesada… como si le acabasen de lanzar una gran roca que no podía sostener.

¿Sería descabellado si el duque de Rothgar pensase en el matrimonio? ¿Qué habría de malo en buscar el amor? ¿Podría encontrarlo? Porque hasta la fecha él había tenido aventuras, pero… ¿amor? ¿Eso existiría en verdad? Sí, tenía que ser cierto que hombres y mujeres se enamoraban, porque la pareja que se besaba con sumo descaro, frente a un vicario indignado después de sellar sus votos, daba muestras de haber caído en ese estado.

Así que la pregunta que más asustaba a James, y que no se atrevía a formularse a sí mismo, era si existía la posibilidad de que él descubriese el amor.

Pero esa era una historia para otro momento. ¡Ah, pero sería una hazaña épica! Otro duque buscando el amor… ¡Se masca la tragedia!… ¿o no?

Fin.

Aclaración sobre la serie

La nueva serie que acaba de arrancar estará compuesta como siempre por libros independientes, y contará las historias de secundarios que han aparecido en otros libros, pues me apasiona cuando me exigís un libro porque os ha encantado tal o cual. Así que como os conozco, ya vamos con todo en este inicio.

Tenía pendiente darle un final feliz a Mason Wilson, y para mostrar a la perfección lo que Althea hacía, me pareció que el querido Wilson era el indicado. York no podía estar separado de su amado tío/niñera, así que me lo traje también para vuestro único deleite.

Seguiremos con el dos que ya está en preventa.

Sé que me dejo cabos sueltos con Morgan, con Brendan, con Venus, con Digory, con Greyson, con varias damas de la alta nobleza que son viudas y otras solteronas que han sido nombradas. Paciencia, que esto solo acaba de comenzar.

La serie *Reinas de Corazones* (inicialmente) tiene estos títulos:

1) A un suspiro de ti

Althea Marriott y Aquiles Darkworth (Duque de Darkworth)

2) A un beso de ti

Rothgar y… ¿?

Nota de la autora

Mi queridísima lectora, en un momento en el que está casi todo está inventado dentro de la novela romántica, la Duquesa X me llegó como un soplo de aire fresco… y también dulcemente perverso, así que tuve que materializarla de inmediato. Althea Marriott creció con fuerza en mi mente y, como me gusta rizar el rizo, la vi haciendo algo «escandaloso» como sería juntar parejas que disfrutan de la carnalidad, en especial damas viudas que no deberían morirse sin saber lo que es el placer, la ternura, la compañía o la cordialidad. Siempre he despreciado la creencia de esa época de: «Las esposas son para alumbrar a los hijos y las amantes para complacer». ¡No! Así que pensé que la Duquesa X podría derribar ese mal paradigma con fuerza.

Como algunas imaginaréis después de haber leído su historia, Althea va a convertirse en una especie de casamentera, pero una poco convencional —porque mis chicas jamás podrían ser corrientes—, a lo largo de toda la serie.

Me considero una mujer poco pudorosa y muy segura de mí misma, así que mis personajes femeninos desafían las normas o las retuercen a placer para hacerlas casar con su situación. También lo hago en mis propias historias, porque como soy yo la que escribo hago que la narración fluya hacia donde yo quiero que vaya.

Tengo muchas lectoras maravillosas que me siguen porque disfrutan de mi mente fantasiosa, pero también hay unas pocas que, pese a saber lo que escribo y no gustarles, siguen leyendo para sacarle punta al lápiz. Tengo sentimientos encontrados respecto a esto. Pero, por favor, dejemos de ponernos las unas a las otras palos en el camino. No soy novata, soy inconformista y escribo para sacudir la normalidad. Atención, porque soy una fan del dicho: «Me gusta leerlo, pero tal vez no quisiera vivirlo». Así que estos libros que hago son fruto de la imaginación y, como jamás subestimaré a una lectora, confío en que son lo suficientemente maduras para tomar mis historias como lo que son: un producto para entretener, reír, suspirar y hacer que el corazón se estremezca. No son una lección de vida.

Dicha esta reivindicación, os recuerdo lo que siempre digo y es que me gusta arriesgarme en mis historias y escribo solo aquello que me gustaría leer.

Y sobre el próximo protagonista, las maravillosas lectoras que

habéis leído la saga de los Manchester, que ha sido reeditada y relanzada, me preguntabais por el duque de Rothgar a todas horas. Aquí va mi tributo para vosotras, porque él será el capitán en el siguiente viaje al romance histórico de Mengual.

Os adoro, liVertinas mías.

El resto de mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Disolutos sin Corazón

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline 3) Una institutriz para el vizconde Portman 4) Una Navidad para los duques de York 5) Una prometida para el duque de Phenton 6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor: 1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada) 1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía) 2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse 3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices

1) Rosemary, una institutriz soñadora 2) Philomena, una institutriz desdichada 3) Marianne, una institutriz realista 4) El diablo pelirrojo

quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A.S. Lefebre) 1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano) 1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Una segunda oportunidad para amar

Novela Contemporánea
Club Inhibiciones (Romance erótico)
¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

No te pierdas la siguiente historia de la serie

«A un beso de ti»

Link: https://pge.me/KftPQX



James Salsbury, duque de Rothgar, pretende casarse. No es la primera vez que piensa en el matrimonio y no aspira a que sea un acto obligatorio, es decir, solo por el sencillo hecho de procrear y traer al mundo a su heredero. ¡No! Tiene que ser mucho más. ¡Ha de serlo!

Desea que su unión sea por amor y por ello necesita encontrar a una dama que le haga suspirar embelesado. Ella tiene que ser diferente. Debe tolerar sus fuertes apetitos carnales, pues está decidido a serle fiel hasta que la muerte llame a su puerta, porque cuando empeña su palabra lo hace hasta el final. Eso es lo que distingue a un duque de los demás simples mortales.

La seducción es muy fácil de practicar, pero el amor lo rehúye como si fuese aceite vertido en el agua. Imposible mezclar ambos elementos. Imposible encontrar a la mujer de sus sueños. ¿Por qué tiene que ser tan complicado enamorarse? Hay quien sostiene que con

solo un beso la chispa prende. Parece una cosa del todo sencilla. Besar, y casarse. Y sin embargo no lo es en absoluto.

Desesperado, James se verá en la necesidad de pedir ayuda a la conocida Duquesa Infame y le exigirá su cooperación en un asunto que es del todo urgente.

Bienvenidas una vez más al hogar del amor, el humor, los giros y la pasión de Mengual. Gracias por regresar, preciosas. ¿Leemos?

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1

VERÓNICA MENGUAL

A un BESO de TI

Reinas de Corazones 2

A UN BESO DE TI

ASIN: B0C2QK2CNT
Sello: Independently published Primera edición, diciembre de 2023.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Corrección: Ainhoa González.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

A UN BESO

DE TI

Serie Reinas de corazones 2

Verónica Mengual

Buscar el amor y encontrarlo son dos cosas muy diferentes.

Cuando se pone empeño y se demuestra que se es merecedor, entonces y solo entonces, uno debe aspirar a lo más grande.

Esta historia está dedicada a quienes

encontraron lo que tanto ansiaban
y no fueron capaces de darse cuenta
hasta que casi fue demasiado tarde.

Sinopsis

James Salsbury, duque de Rothgar, pretende casarse. No es la primera vez que piensa en el matrimonio y no aspira a que sea un acto obligatorio, es decir, solo por el sencillo hecho de procrear y traer al mundo a su heredero. ¡No! Tiene que ser mucho más. ¡Ha de serlo!

Desea que su unión sea por amor y por ello necesita encontrar a una dama que le haga suspirar embelesado. Ella tiene que ser diferente. Debe tolerar sus fuertes apetitos carnales, pues está decidido a serle fiel hasta que la muerte llame a su puerta, porque cuando empeña su palabra lo hace hasta el final. Eso es lo que distingue a un duque de los demás simples mortales.

La seducción es muy fácil de practicar, pero el amor lo rehúye como si fuese aceite vertido en el agua. Imposible mezclar ambos elementos. Imposible encontrar a la mujer de sus sueños. ¿Por qué tiene que ser tan complicado enamorarse? Hay quien sostiene que con solo un beso la chispa prende. Parece una cosa del todo sencilla. Besar, y casarse. Y, sin embargo, no lo es en absoluto.

Desesperado, James se verá en la necesidad de pedir ayuda a la conocida Duquesa Infame y le exigirá su cooperación en un asunto que es del todo urgente.

Bienvenidas una vez más al hogar del amor, el humor, los giros y la pasión de Mengual. Gracias por regresar, preciosas. ¿Leemos?

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Cerca de Folkestone, condado de Kent, Inglaterra, 1818.

Le habían dicho que estaba enferma. Cada vez que se quejaba de que no podía hacer algo, se lo recordaban. Cierto que no se sentía bien, hacía semanas —o tal vez fuesen meses, porque no tenía un claro sentido temporal— que tenía pesadillas, que escuchaba lloros y lamentos, pero no era capaz de permanecer lúcida durante mucho tiempo.

Le pesaban los párpados, las piernas no la obedecían como deberían. Su padre la sostenía para que no se cayese al suelo. La tenía cogida por un brazo y la cintura. La muchacha no podía concentrarse en lo que escuchaba, alguien hablaba frente a ella, posiblemente su madre, pero no era capaz de comprender lo que estaba sucediendo. Únicamente necesitaba dormir. Estar en la cama era lo que había estado haciendo desde hacía algún tiempo, no podría decir cuánto, pero echaba de menos esa paz.

Le molestaba la luz que ofrecían los candelabros de la sala principal de la casa. La noche había caído, ¿por qué la sacaban de la cama entonces? ¿Cuál era el motivo por el que le habían colocado su mejor vestido de seda color crema? Y lo más importante de todo, ¿nadie escuchaba esos incesantes gritos, la llamada de auxilio de una joven que estaba sufriendo a mares?

La mirada de la muchacha descendió sobre su propio cuerpo, reconocía los pespuntes dorados que tanto le gustaban y adornaban las puntillas del cuello. Era un vestido de gala, ese que llevaba, uno que

debería utilizar en la temporada. Su madre le prometió ir a Londres para disfrutar de los elegantes bailes, el teatro o la ópera.

—Padre… —llamó al señor Morand, porque escuchaba a lo lejos a una mujer gritando, incluso rezando. Como si estuviese muriéndose.

—Sí, hija, lo estás haciendo muy bien. Sonríe un poco.

La joven de diecisiete años, obediente, hizo lo que su progenitor le ordenó. No era sensato contrariarlo.

—Si el vicario llega y la ve así… —Escuchó la muchacha que hablaba su madre—. Se negará a oficiar la ceremonia.

—Te dije que era menester prepararle una dosis inferior —regañó el señor Morand a su esposa.

—¿Y arriesgarme a que recordase lo otro? —preguntó con enfado la señora de la casa—. La conoces bien. Seguiría preguntando y no se detendría ante nada. Y entonces estaría todo perdido. ¡Nunca nada debe saberse o estaremos perdidos! —repitió.

—¡Vergüenza! Eso es lo que has traído a mi casa al parir a dos hembras y no darme dos hijos —le gritó el padre de una muchacha que se esforzaba por seguir la conversación, pero que no era capaz más que de escuchar el sufrimiento de otra joven que seguía gritando y sollozando.

—¿Te quejarás del trato tan ventajoso que estás a punto de conseguir, Alfred Morand? Ha sido una de las hijas que traje al mundo la que te hará emparentar con un duque. Y la otra logró cerrar el trato. Creo que no tienes derecho a reprocharme nada —alegó con altivez la aludida.

—Hemos aprovechado la desgracia al darle la vuelta a la situación, lo reconozco, pero eso no quita que lo que ha sucedido es muy grave y vergonzoso. Debiste vigilar mejor a tu progenie, mujer. Tu otra hija nos arruinó los planes iniciales. —En el rostro del hombre apareció una sonrisa torcida con un recuerdo que surcaba su mente—. Lionstar se relamió los labios en cuanto la vio —dijo el padre, en

alusión a la obsesión que ese alto noble había desarrollado por una de sus dos hijas—. Ese viejo estúpido nos habría dado cualquier cosa por ella, incluso su brazo derecho, pero no, la muy miserable tuvo que arruinarlo todo.

—Nos costó convencerle y has empeñado una dote demasiado alta.

—Eso fue porque pariste hembras estúpidas —expuso con rabia.

—No olvides que los investigadores que nos colocó Lionstar nos hicieron sospechar que lo peor podría ocurrir. Por un momento creí que nuestras esperanzas se irían al traste por el egoísmo. Esa muchacha terca… —siseó la esposa de Alfred Morand.

—¿A cuál de tus dos hijas te refieres?, porque las dos nos lo han puesto muy difícil. Esto, con un par de varones no nos hubiese sucedido —refunfuñó el hombre.

—La suerte es un factor imposible de prever. —La señora Morand suspiró y se llevó una mano al corazón—. Al final todo se arregló bastante bien. Las dos muchachas han cumplido su papel a la perfección. Y el ducado de Lionstar será todavía más poderoso gracias al dinero de un comerciante. Al tuyo. Has podido comprarle un título a una de tus hijas, tal y como querías desde el principio. Así que algo bien sí he hecho al darte a las dos chicas —terminó de aclarar la señora Morand—. Lo que es muy arriesgado es haberle dado al duque lo otro que demandó. No me gusta el trato al que llegaste. Y si el escándalo llega a saberse… ¿Qué haremos?

—Lionstar no lo hubiese aceptado de otro modo. Nadie sabrá que una de mis hijas cayó en la ruina. El acuerdo es ventajoso tanto para el duque de Lionstar como para nosotros. Nos va a quitar dos problemas de encima.

—Olvidas que hay otro inconveniente —lo interrumpió su esposa —. ¿Qué haremos con respecto a nuestra otra hija, Alfred?

—No hay nada que se pueda arreglar ya. Lo hecho, hecho está —

zanjó el hombre.

La señora Morand chasqueó la lengua para después decir:

—La lujuria es un mal terrible.

—Un mal del que tú no adoleces, esposa —le echó en cara con fastidio a ese bloque de hielo con el que se había acostado muy pocas veces durante su matrimonio.

Para Alfred Morand, un rico comerciante de opio, el matrimonio era una vía para encontrar más dinero o contactos, casarse con la madre de sus dos decepcionantes hijas fue un auténtico suplicio. Priscila, su esposa, era lo que se esperaba de ella. Una mujer educada para servir en cuerpo y alma a su esposo. Tan altiva y fría, que ella misma pudo haber llegado a ostentar el cargo que tendría una de sus dos hijas: duquesa.

Pero la inversión que hizo con Priscila no salió tan bien como pensaba, dado que, pese a que la actual señora Morand llegó con una fortuna bajo el brazo en forma de dote, no había sido capaz de alumbrar más que a dos hijas. Había tratado de hacerle cumplir con su deber de engendrar a un heredero, pero la hazaña fue imposible para ambos. Su esposa se tumbaba de espaldas en la cama y parecía un cadáver al que él detestaba con todas sus fuerzas. Si bien había resultado ser de utilidad después de todo porque iba a conseguir emparentar con la alta sociedad gracias a una pequeña fortuna, hubiese preferido un par de niños y no dos estúpidas hembras. Priscila Morand era muy diferente de su amante. La exactriz mediocre que había instalado en una conocida calle de Londres, y a la que visitaba con frecuencia, sí sabía cómo complacer a un hombre. Era tan viciosa que Alfred no lamentaba ni un solo penique que destinaba a mantenerla.

Mientras, la joven hija de los Morand, escuchaba la conversación, pero no era consciente de nada de lo que sucedía. Tenía un asunto más importante que atender. Una obligación, pero no lograba recordar de lo que se trataba. Afinó el oído. Escuchó un nuevo

grito agónico, tan lleno de desesperación que sintió su corazón partirse en dos. Podía oír su propio nombre surcando el aire, pero pronunciado a lo lejos, mas lo percibía con una claridad notoria. Tenía que llegar hasta la mujer que sufría. Sufría mucho. Su llanto la destrozaba por dentro. Tenía unas ganas terribles de echarse a llorar, de sollozar como la joven que la llamaba lo hacía.

—Mi hermana… Es mi hermana. Ella me necesita. Tengo que ir —le dijo a su padre, mientras trataba de desembarazarse del agarre de él.

—Tu hermana no está en casa. No hables más de ella. ¡Nunca! —le exigió el señor Morand.

Ella quería decirle a su padre que estaba escuchando a su hermana, agonizando, que nadie la estaba ayudando, y que la llamaba una y otra vez. Así que tenían que dejarla ir a ver a su hermana, pero era incapaz de anteponer sus propios deseos por encima de los de su padre. ¿Por qué? ¿Por qué ella no hacía lo que tenía que hacer para buscar a su hermana? Algo se lo impedía, pero no sabía qué o quién. Sentía como si fuese inútil seguir luchando.

¿Por qué?

¿Por qué?

La muchacha volvió a escuchar un grito todavía más potente que el anterior. Uno. Solo uno. Ya no hubo más.

Entonces, la aldaba de la puerta principal sonó. Un sonido estridente e imparable que no cesaba de zumbarle las orejas a la muchacha. Por lo menos, los gritos que había estado oyendo, los que creía que estaban siendo producidos por su hermana, no volvieron a inquietarla.

—Ve a ocuparte, señora Morand —le ordenó el padre de la joven, quien no iba a soltarla bajo ningún concepto.

—¿Pretendes que abra la puerta? —preguntó con enfado, dado que esa no era la función de la señora.

—No hay nadie más en casa, así que ve —le ordenó.

La señora Morand frunció los labios e hizo lo que le pidió. Los secretos debían ser conocidos por el menor número de gente, así que el servicio había sido despedido por entero. Esa residencia donde estaban iban a venderla y a trasladarse a Londres, así que nada importaba porque solo estaban ellos.

—Necesito sentarme, padre.

—No, hija, tienes que aguantar un poco más. Pronto todo pasará y serás duquesa. Una gran duquesa. ¿Estás contenta?

—Mi hermana… ella me necesita. —Aunque los gritos habían cesado, la voz que susurraba su propio nombre cerca de su oreja no la dejaba concentrarse en lo que tenía a su alrededor.

La joven se sentía como si estuviese viviendo un sueño, una sensación extraña. Lo veía todo, lo escuchaba todo, pero era incapaz de comprender lo que sucedía. Solo tenía una meta, una que olvidaba cada vez que dejaba de pensar en lo que tenía que hacer. Estaba taaaan cansada… tan abatida, tan harta de luchar, que no podía seguir siendo fuerte. Y debía serlo, pero no estaba segura de poder conseguirlo.

—¡Piensa en tu futuro, tienes que olvidar el resto! —La exclamación dicha por su padre, con un tono rígido y malhumorado, la hizo ponerse en alerta.

Cuando el señor Morand perdía los estribos, lo siguiente que venía era un castigo físico. La joven decidió callar para centrarse en eso tan importante que había olvidado y que era necesario recordar. Pero su mente estaba débil, como si alguien la manipulase, como si todo tuviese que ser silenciado y olvidado.

Lo siguiente que ocurrió fue que un caballero, alto, muy alto, comenzó a zarandear a su padre, para después darle un puñetazo. El padre de ella cayó al suelo.

La joven miró con atención al recién llegado que se había

atrevido a agredir a su progenitor. Era tan apuesto que la dejó sin respiración. Morand lo mataría en el acto. Ella se preparó para lo peor, se tapó los ojos para no ver lo que sería una masacre. El joven se acercó a ella en dos zancadas y le apartó las manos de la cara para inspeccionarla bien.

—Por favor… ¡no! —susurró, creyendo que iba a recibir lo mismo que su padre.

No le pegó. Tampoco le habló. Se giró una vez más para enfrentarse al padre de la joven.

Morand ya se había puesto de pie y estaba limpiándose el hilo de sangre que le caía por la parte derecha de la boca. La mirada de su padre era significativa. Iba a vengarse por la afrenta. La violencia del señor Morand no conocía límites.

—¿¡Dónde está, maldito bastardo!? —bramó el hombre.

Un grito tan alto, que la muchacha tuvo que taparse las orejas. Alguien llegó a su lado para sujetarla, justo cuando creyó que sus piernas no lograrían sostenerla.

—Madre… —susurró.

—Calla —le ordenó, mientras se la llevaba para ponerla a salvo de la gran trifulca que se estaba gestando entre los dos caballeros.

—¿¡Hablas tú de bastardos, cuando eres el que los engendra!? —rebatió el padre de la joven, al tiempo que trataba de golpear con todas sus fuerzas al maldito que se había atrevido a ponerle la mano encima.

El otro no se acobardó. Ni cuando la furia del señor Morand fue más que palpable reculó, pues el derechazo que le atizó por poco lo tumba en el suelo. El desconocido se recuperó de inmediato. Cargó contra el padre de la muchacha con toda su rabia.

—¡Dime dónde está! —exigió, tras darle un revés a su oponente.

La pelea era extremadamente violenta, ninguno de los dos se

daba por vencido. Pero el más joven de los dos rivales era más intrépido, más rápido, así que no tardó en tener al padre de la joven acorralado contra la pared mientras le apretaba el cuello sin compasión.

—¡Mu…ert…a! —gritó el señor Morand a duras penas, debido a la presión que soportaba su garganta.

La aseveración hizo que el desconocido soltase a su presa y comenzase a sentir pánico.

—No, no… ¡No! ¡No! —negaba una y otra vez, con palabras y moviendo la cabeza, sin dar crédito a lo escuchado.

El señor Morand comenzó a toser a la vez que se masajeaba su maltrecha garganta.

—¡Tú y solo tú la has matado! ¿Qué crees que sucedió cuando se dio cuenta de lo que ocurría? ¡Se quitó la vida! Mi hija mayor se quitó la vida y no hay nada que puedas hacer —le escupió con rabia.

Los ojos del hombre que había atacado a su padre sin compasión se movieron para buscar los de su madre.

—Di que miente… —susurró el desconocido.

A la joven le pareció estar escuchando una plegaria. El dolor que veía en los ojos de él los había visto en otro lado, pero ella no era capaz de recordar dónde. Su mente estaba como su cuerpo: débil.

—Es la verdad —confirmó la señora Morand.

—Me has hecho perder a una hija de la que iba a dar buena cuenta… Me has costado una fortuna. ¡Sal de mi casa antes de que te mate y no vuelvas jamás! —El señor Morand estaba apuntando al intruso con una pistola de pequeñas dimensiones, pero que podría ser mortal.

La joven, que seguía aferrada a su madre observando algo que no entendía y escuchando palabras a las que no lograba dar sentido, vio al desconocido balancearse de lado a lado. Parecía como si su

padre le hubiese disparado, pero ella juraría que no había escuchado el chasquido.

—Maldito, tú eres el responsable de todo lo que ha sucedido —maldijo el desconocido.

La joven observó al caballero marcharse compungido y lleno de dolor.

No comprendía nada. Ni tan siquiera recordaba qué era eso tan importante que había olvidado y que tenía que retener en su mente. Todo era un caos.

Lo siguiente que ocurrió a partir de ahí fue que, una media hora después, otro desconocido llegó a casa, esa vez sin golpes o recriminaciones. Se presentó con suma formalidad, acompañado de una pareja, un hombre y su esposa. Una mujer preciosa, consideró la joven.

Pasados cinco minutos, amaneció el vicario del pueblo. Y un par más tarde, ella estaba repitiendo una serie de palabras junto a un hombre de avanzada edad cuya mirada ella recordaba, porque era la de la codicia misma. La de un lobo que había logrado cazar a la gallina.

O tal vez fuese la de un duque que había vuelto a casarse… porque a partir de entonces toda la vida de la joven cambió para siempre.

Ella se había convertido en la duquesa de Lionstar.

Capítulo 1
Una sorpresa desagradable

Londres, 1831.

Otra fiesta más en la alta sociedad. Y posiblemente una nueva decepción. James Salsbury, actual duque de Rothgar, estaría mejor enclaustrado en Roth Rote, su finca campestre en Dover. Estaba cansado de buscar y no encontrar a la mujer adecuada. Eso de desear casarse no resultaba sencillo. Pretendía lograr la perfección y la dama perfecta no parecía estar a su alcance.

La opulencia de las lámparas de araña, las fastuosas cortinas de terciopelo rojo del salón de baile, las elegantes paredes doradas rematadas con adornos de marfil y un montón de puñeteras tonterías más, no lo estaban impresionando en absoluto. Aunque sí que reconocería que la orquesta que amenizaba la velada de los condes de Swen era brillante.

Esos músicos tenían mucho talento. Aunque James no había sabido apreciar la buena música, en esos momentos en los que quería que el mundo desapareciese, la música se le antojaba exquisita, formidable en realidad.

—¿Qué hacemos escondidos detrás de un par de plantas enormes, Rothgar? —El que hizo la pregunta fue el abogado y amigo del duque, Ethan Digory, quien sin haberlo querido se había convertido en un acompañante para disfrutar de la temporada.

—No estamos escondidos, pretendemos pasar desapercibidos.

—Entonces, ¿qué hacemos pasando desapercibidos? —cambió la

pregunta Ethan Digory.

—Observar la mercancía —alegó James, mientras miraba a las muchachas que campaban embelesadas por el salón de baile.

Las jóvenes damas casaderas batían sus pestañas con gracia y elegancia al ritmo de sus suntuosos abanicos, unos artilugios diabólicos que algunas utilizaban a modo de arma… de seducción.

Las tarjetas donde las muchachas apuntaban los nombres de los caballeros que se atrevían a solicitarles un baile también se sacudían con fervor. Había tres o cuatro diamantes que todos los hombres que deseaban casarse ese año acabarían conquistando, y lo harían gracias a sus títulos, fortuna y contactos, dado que la apariencia del novio no era demasiado importante para la cuestión matrimonial.

Un contrato. Eso era lo primordial. Eso suponía el hecho de casarse para cualquiera que formase parte de la alta sociedad. Uniones carentes de sentimiento o afinidad. No estaba de moda que una pareja recién casada se enamorase, incluso se consideraba de mal gusto que mediase el amor entre hombre y mujer.

James había jugado al truhan durante demasiado tiempo como para desconocer los secretos que aseguraban la felicidad conyugal. Desde bien joven se había dado cuenta de que el amor era algo secundario. Lo importante para tolerar a un esposo o esposa radicaba en la elección de una tercera y cuarta persona que hiciese más llevadera la situación. Amantes. Ahí estaba el resquicio de la cuestión. Si una esposa buscaba bien y era discreta, podía encontrar la felicidad fuera de un matrimonio aburrido y frío. Lo mismo ocurría en los hombres. Los caballeros tenían a su alcance a una basta cantidad de damas —que podían ser cantantes, actrices o caras cortesanas— deseosas de ayudarles a soportar la desdicha del matrimonio. Si bien era cierto que era menos escandaloso que un caballero casado mantuviese a su amante con el fin de que le calentase la cama por un módico precio, que iba desde otorgar una casita, joyas, un carruaje y caros vestidos, sí era bastante cuestionable que lo hiciese una dama casada. No estaba demasiado bien visto que una esposa fuese adúltera,

pero había muchas que lo eran. Él mismo había consolado a lo largo de los años a muchas damas cuyos maridos las hicieron terriblemente infelices.

Pero la moda de tener un matrimonio donde cada uno de los cónyuges buscase la felicidad fuera de ese sagrado vínculo, se había visto alterada por el gran número de íntimos amigos que el duque de Rothgar había visto desfilar por la quilla que suponía era el pasillo de la catedral de San Jorge. Muchos de ellos no habían ni podido aguardar a la lectura de las amonestaciones y recitaron sus votos con una rápida licencia especial.

Matrimonios llenos de amor. A ello aspiraba Rothgar a causa de sus muchos amigos casados.

Así que después de toda una vida llena de un libertinaje adecuado para un caballero soltero de su posición y mucha acción, debido a su trabajo para la Corona, el duque de Rothgar estaba más que dispuesto a convertirse en un fiel esposo. Para eso, debía encontrar a una dama que supiera apreciarlo.

Desde hacía poco más de un año, Rothgar se había enfrascado en la búsqueda del amor romántico. Algo que no tenía la menor idea de lo que era y de si en verdad existía, pero tenía que estar ahí, porque sus amigos proclamaban a los cuatro vientos el mal del que adolecían los hombres felizmente casados, una enfermedad que no era otra que la de estar enamorado.

No le apetecía tener a su lado a una muchacha de dieciocho años, porque él rozaba ya los treinta y ocho, y le parecía algo… poco natural.

Era habitual que los caballeros sentasen la cabeza después de haber disfrutado de los placeres que se les presentaban: mujeres y juegos en su gran mayoría, así que solían casarse a una edad más avanzada que prematura. Y, sin embargo, James no se veía cortejando a una muchacha recién salida del cascarón que fuese más que probable que acabase desmayándose cuando lo viese desnudo. Y eso

sería en el mejor de los casos, porque la educación de las muchachas de alta alcurnia las preparaba para, incluso, no quitarse ni el camisón a fin de soportar las necesidades de sus esposos en el lecho. Las relaciones íntimas en un matrimonio estaban pensadas para procrear, no para el disfrute de los esposos. Esa era la tónica general que primaba en las creencias de gran parte de la sociedad, y hubiese estado de acuerdo en caso de no haber estado al lado de tantas estúpidas parejas enamoradas a las que él no creyó que acabaría envidiando.

Sus ojos se movieron por el salón de baile. Las matronas lo observaban muchísimo más que las propias hijas a las que custodiaban. La temporada de Londres era, para un hombre soltero con fortuna y título, como una gran selva donde se convertía en una presa a la que las orgullosas mamás se sentían con el deber de atar a sus pequeñuelas.

—En cualquier momento alguien sacará una cuerda y me la pondrá alrededor de la garganta. O peor, temo dar un paso y acabar anclado a una trampa de esas para zorros.

—¿Hablas de un cepo? —se interesó el caballero que lo acompañaba en aquella velada.

—Siento como si no fuese más que un animal salvaje al que todas tratan de cazar. —Rothgar habló con libertad de lo que le hacían sentir las madres ansiosas de lograr un yerno como él. Al duque le preocupaba más la temeridad de una progenitora que las ocurrencias de las muchachas.

—¿Y no deberías sentirte alabado con ese pensamiento tan… extraño que has tenido? Creo que es buena señal que las damas te codicien —refutó su compañero, quien se había dado cuenta de la censura que se leía entre líneas del duque—. Eso sin contar que te has referido a las damas como… ¿mercancía, dijiste? Con esas palabras y esos pensamientos tan poco elegantes, creo que no lograrás la meta que te has propuesto, Rothgar.

El duque de Rothgar se quedó mirando a su abogado. El señor Ethan Digory era el nieto de un vizconde. Más allá de un linaje más que aceptable, Digory se había hecho a sí mismo, estaba considerado un abogado brillante, digno sucesor de otro hombre de leyes que lo instruyó, Leopold Pharma, si Rothgar no recordaba mal el nombre de su mentor.

Lo malo de ser el último en casarse, era que los amigos que lo podían acompañar y asesorar en la búsqueda de su duquesa, tenían otras cosas más importantes que hacer. Como permanecer en casa adorando a sus esposas y malcriando a sus vástagos. Aunque Digory era unos diez años más joven que Rothgar, hizo buenas migas con el caballero en cuanto lo conoció. No fue fácil hacerle comprender al letrado que los asuntos de él iban a requerir toda su atención, así que cuando el hombre le preguntó al duque qué era lo que se esperaba de su trabajo, James le respondió que lo esperaba todo.

La siguiente petición que hizo Rothgar fue que el abogado se trasladase de Bristol, donde se había ido a vivir hacía un tiempo, a Londres. Digory no vio con buenos ojos la propuesta, pero acabó aceptando. Lo malo de ser un duque era que los nobles de dicho rango estaban habituados a imponer su santa voluntad al resto. Bueno… eso no era malo para Rothgar, pero sí para quienes tenía alrededor, dado que lo siguiente que le sugirió a Digory fue que lo acompañase a los actos sociales que se darían en la temporada ese año.

De acuerdo. No fue una sugerencia, fue más bien otra petición que se aseguró de que el abogado no pudiese rechazar. ¿Cómo logró hacer que su hombre de leyes aceptase, más cuando tenía una buena fortuna y no se le podía tentar con dinero? Con facilidad, dado que solo tuvo que levantar su ducal ceja tras emitir la sugerencia y mirarlo con su monóculo en mano.

La de la ceja alzada y un monóculo en mano era una técnica muy socorrida que cualquier duque inteligente usaba a discreción. Bien, bien… A discreción no, se abusaba de ella, lo tenía que reconocer, pero era efectiva y ahorraba mucho tiempo y esfuerzo a los

grandes duques como él.

En resumidas cuentas, Digory y Rothgar se habían convertido en grandes amigos, especialmente porque se tenían tomada la medida el uno al otro. La formalidad no mediaba entre ambos, porque ese creativo levantamiento de ceja usado con el abogado ya no daba resultado, lo que se traducía en que habían alcanzado una confianza bastante plena el uno con el otro, tanto como para considerarse contrapartes.

—¿De qué estabas hablando? —se interesó Rothgar.

Digory suspiró.

—¡No has escuchado ni una sola palabra de las que llevo más de cinco minutos diciendo! —se quejó.

—Lo cierto es que estaba pensando en nuestra relación.

—¿Esa en la que me recuerdas cuando te conviene que eres un duque y que estás por encima de mí? —dijo con suavidad.

—No. Esa en la que he llenado tu triste vida de alegría.

—No debí contarte mis penas. En mi defensa diré que tus bodegas están bien surtidas y que la falta de hábito con el licor permite que mi lengua se suelte con facilidad —se escudó el letrado.

—No te aflijas, yo también perdí a una mujer con la que estaba dispuesto a casarme sin importar ni la descendencia que se esperaba que tuviese para que mi título no se perdiese.

—Lo recuerdo. —Habían intercambiado muchas confidencias al calor del licor.

—Tenemos que hacer algo para dejar el pasado atrás. Tú tienes que olvidar a esa dama… ¿Cómo dijiste que se llamaba? —se interesó el duque.

—Tu alcohol me hizo hablar, sí, pero mi caballerosidad me impidió decirte su nombre, algo que seguirá siendo un secreto. —

Ethan Digory había perdido a una gran mujer con la que había soñado casarse. Liberty Pharma. La hija de su antiguo tutor de leyes. Una ilusión a la que tuvo que dejar ir porque ella estaba perdidamente enamorada de otro caballero y él no logró conquistarla.

—Es cierto, no compartiste su identidad conmigo. No importa. Pero la amaste. Eso sí que lo dijiste.

—Con toda mi alma —reconoció con sinceridad.

—¿Y cómo se sabe si uno está enamorado? Una vez Portman me dijo que… —comenzó a explicarle Rothgar.

—¿Quién es Portman?

—Un vizconde que conozco. No es relevante para lo que quiero decirte.

—Ah. ¿Qué te dijo el vizconde?

—Que el amor es algo así como… —No supo continuar—. Bueno, me dijo que el corazón me gritaría cuando me enamorase y que mi mente se nublaría para que el resto de mis asuntos importantes desapareciesen y solo estuviese ella —concluyó James.

—Con tantas damas con las que te has relacionado… ¿nunca has estado enamorado? —preguntó incrédulo Ethan.

—Creía que sí, pero después de ver las idioteces que se pueden llegar a hacer en nombre del amor… digamos que no creo que yo me dejase fustigar por una dama desnuda o…

—¿Por qué te dejarías fustigar por una dama? —inquirió con la boca abierta. ¿Qué clase de encuentros perversos había mantenido Rothgar con sus amantes? Digory estaba escandalizado.

—¡Mira, pregúntaselo a ese que viene por ahí! —dijo, con el dedo señalando hacia un caballero que estaba muy cerca de su posición y que podía escuchar lo que había apuntado Rothgar.

—¿Qué me tiene que preguntar tu amigo? —Acababa de llegar

Patrick Manchester, duque de Ascot, un gran amigo de Rothgar. Se trataba de un hombre muy peligroso que se había *domesticado* gracias al matrimonio. Estaba completamente amansado y se le veía muy feliz y satisfecho. ¿Le ocurriría lo mismo a él cuando encontrase a la mujer adecuada?, se preguntó Rothgar en silencio.

—Señor Digory, le presento al duque de Ascot. —Los dos caballeros hicieron una breve reverencia con la cabeza. Pese a que Patrick Manchester no estaba obligado a hacerla, le parecía correcto responder con la misma cortesía que se le ofrecía—. Ahora que el protocolo ha sido atendido —prosiguió Rothgar— y los dos estáis al corriente de vuestra identidad, y por la confianza que os tengo a ambos, no me sentiré violento al pedirle a mi amigo —James señaló a Digory—, que le pregunte a mi otro amigo —el dedo apuntó en esa ocasión a Patrick—, sobre lo que lleva a un hombre a dejarse fustigar por una dama.

El abogado de Rothgar no sabía dónde esconderse. La mirada que le echó el llamado duque de Ascot a James Salsbury parecía indicar que iba a ser destripado. Si alguien sacaba un puñal, Digory no se sorprendería. Y si Rothgar acabase muerto y desangrado tampoco.

—Caballeros… —intervino un cuarto hombre que había llegado hasta donde estaba el trío.

El ambiente era bastante tenso.

—Ah, perfecto, aquí tenemos a otro de mis buenos amigos, el barón Rosings. Dado que Ascot ya lo conoce de sobra, te lo presentaré, Digory. —Los ojos de Rothgar se movieron hasta los del recién llegado —. Rosings, tengo el placer de presentarte a mi abogado y buen amigo, el señor Ethan Digory.

—Encantado —dijo el barón Rosings, quien había sido un amigo muy íntimo de Rothgar hasta que una joven dama casi les costó la amistad debido a un gran malentendido. Pero esa era otra historia que no veía al caso. Lo importante era que volvían a ser buenos amigos—. ¿Por qué tengo la sensación de que alguien ha muerto? —preguntó

Paul Bail, el barón, mientras percibía el ambiente tan tirante que se había instaurado en el grupo.

—Porque acabo de sacar el tema de las fustas —dijo con alegría Rothgar—. El señor Digory estaba preguntándome sobre las locuras del amor y yo he comentado que bajo ningún concepto me dejaría azotar el trasero con una fusta por mucho que adorase a mi futura esposa. Luego ha llegado Patrick y… te imaginarás el resto, Rosings.

—En realidad —tomó la palabra Digory—, yo no había preguntado nada sobre lo demencial que se torna el amor para un caballero, ni tampoco he sacado a relucir el asunto de las fustas… Solo estoy aquí porque Rothgar desea encontrar esposa y parece ser que soy lo único que tiene a mano. —El letrado tenía suficiente experiencia como para saber que estaba ante tres hombres con títulos, dos de alto rango y uno menor, como era la baronía, y que en caso de que la cosa se pusiera compleja, el que terminaría en graves problemas sería él, así que exculparse de cualquier cargo le pareció una buena idea.

—Chesterfield nos pidió que no se lo contásemos a nadie —saltó el recién llegado, lord Rosings—. ¿Por qué tienes que poner a Ascot en un serio aprieto, Rothgar? —indagó Paul mientras trataba de calmar la tempestad—. Además, sabes que Ascot la lio tanto que la única manera de redimirse fue permitir que su duquesa emplease la fusta sobre… —No pudo terminar la frase. Rothgar y lord Rosings estaban riéndose a carcajadas.

Ethan Digory permanecía serio, pero no tanto como el duque de Ascot.

—¿Habéis terminado ya de ser unos mequetrefes? —Ascot estaba enfadado. Un hombre con menos seguridad en sí mismo estaría molesto y tal vez avergonzado al descubrir que uno de sus secretos íntimos había salido a la luz. Pero de todas formas se estaban burlando de él dos amigos muy íntimos, y si el maldito Rothgar había hecho participe al denominado Digory, debía de ser porque era de absoluta confianza. Tomó nota mental de darle su merecido al

hermano de su duquesa, ese era el conde de Chesterfield, por haberse mofado del regalo de boda que le otorgó a su esposa en su momento. ¡Maldita fusta!

—No te irrites —volvió a hablar Rosings mirando a Ascot—. Recuerda que hemos venido aquí precisamente para reírnos de nuestro amigo Rothgar y ver cómo se pone de rodillas. ¿Qué crees que hará nuestro querido amigo cuando su duquesa se presente con…? Bueno, no se me ocurre algo que supere a la fusta que Chesterfield le regaló a tu esposa —le dijo a Ascot—, pero te garantizo que conozco bien a Rothgar y cuando sea la hora de la verdad hará cualquier estúpida cosa que su duquesa le pida, como por ejemplo tratar de bajarle la luna.

—¿Bajarle la luna? —se interesó Rothgar—. Es más factible que acabe sometiéndome a alguna picardía que a mi dama se le ocurra, porque bajarle la luna es algo imposible.

—¡Y ahí va un hombre que no tiene la menor idea de lo que es el amor! —se mofó el barón Rosings una vez más.

—¿Vas a dejar de mirarme como si me fueses a atravesar con la mirada? —le preguntó Rothgar a Ascot—. Tal vez haya violado tu confianza al sacar un tema jocoso que te incluye a ti y a una fusta, pero después de escuchar a Rosings decir que los dos estáis aquí para burlaros de mí… No me siento en absoluto culpable por haberlo hecho yo antes que tú. Te ha salido mal la jugada. Y si lo que te preocupa es que Digory no sea de confianza, déjame decirte que es un abogado magnífico que sabe ser una tumba con respecto a ciertos temas.

—Por supuesto que sí. Y también soy muy ducho en cuestiones como olvidar conversaciones que no deberían de haberse producido —sentenció el aludido.

El duque de Ascot miró a Rothgar con absoluta reprobación.

—Tienes suerte de que no te haya matado aún, Rothgar —afirmó Ascot.

—¿Vas a matarme por una burla? Te creía más juicioso y también te tenía por un hombre enamorado al que no le importaba nada más que las cuestiones que conciernen a su duquesa. Solo ha sido una broma entre amigos… —razonó con el ceño fruncido Rothgar—. Paul, tú y yo hemos mantenido una relación… peculiar en el pasado. —*Complicada* era la mejor palabra para elegir, pero James no quiso usarla—. Nos hemos ganado el derecho de decirnos todo lo que sea sin necesidad de preocuparnos por alguna ofensa.

Rothgar comenzó a sentirse afligido, mientras que Ascot no dejaba de mirarlo con desaprobación. Tal vez se había pasado de la raya… Bah, ¡seguro que no!, se dijo a sí mismo.

—No te mataré, la venganza es un plato que se sirve frío. No creas que me he olvidado de que tuviste un *affaire* con mi tía Elvina, la mujer que fue a todas luces como una madre para mí. —Era verdad, puesto que Patrick fue huérfano a una temprana edad y esa mujer lo había criado—. Así que cuando te cases, si es que lo logras, ten por seguro que tu duquesa recibirá una fusta como regalo, e irá acompañada de una precisa nota que haré que mi esposa redacte para darle instrucciones de cómo utilizar el artilugio en el lecho o fuera de él. —A continuación, el duque de Ascot se dio la vuelta y, mientras lo hacía, ocultó la pequeña sonrisa que se asomó en su rostro al ver la cara de pánico que puso Rothgar ante la revelación. ¡A él con jueguecitos, cuando él era el rey de las trampas!

—Se ha disgustado —dijo Rothgar cuando Ascot desapareció de su vista—. No sabía que fuese tan sensible…

Los tres habían tenido sus más y sus menos años atrás. Una relación complicada mediaba entre el grupo, exceptuando a Digory, pero la adversidad había dado paso a una confianza fraternal. Tal y como le había dicho Rothgar a Ascot, habían pasado por tanto que se sentían libres de hablar de cualquier asunto. A Ascot le pasaba algo más, tal vez una riña conyugal que acabaría solventando en el lecho con su esposa… o tal vez no le hubiese perdonado lo que sucedió con su tía Elvina. ¡Qué mujer!

Del mismo modo, su relación con el barón Rosings también tuvo un buen altibajo en el pasado. Aunque todo había quedado en el olvido. ¿No? Sí, seguro que sí.

—Rothgar…, es que has hablado de un asunto íntimo con un hombre muy peligroso —aludió Digory. No conocía personalmente al duque de Ascot, pero cuando hizo memoria se dio cuenta de que había escuchado cosas temibles sobre él.

—No le des importancia —terció el barón—. Él cree que nadie lo ha visto, pero se ha marchado de aquí con una sonrisa, he sido testigo. Ha querido enfadarte también. Lo malo es que nunca olvida nada y te aseguro que tu duquesa tendrá una fusta como regalo de boda tal y como ha prometido que sucedería. Además, ha sido una suerte que se fuese, porque yo iba a aludir al asunto de su tía antes de que lo hiciese él y creo que mi mujer hubiese recibido otra fusta por nuestro aniversario.

—¿Ibas a mencionar a Elvina? —A Rothgar todavía le temblaban las rodillas cuando salía a colación el nombre de la tía de su amigo. ¡Qué mujer! Estaba felizmente casada con un tonto que él detestaba y tenía que alegrarse de su suerte, pero… ¡Qué mujer! Y no fue suya. Ni la diferencia de edad entre ambos había hecho que él no luchase por la dama. ¡Qué mujer!

—Iba a decirte que allí —movió la cabeza hacia el lugar donde estaba mirando— hay alguien que viste de negro y con un moño severamente recogido. La dama me ha recordado a la tía de Ascot, al menos cuando se empeñó en no dejar ver que era una mujer madura pero muy bonita. Así que iba a recomendarte que probases suerte, porque sé cuánto te gusta que…

—¿Entiendes que Ascot te hubiese dado un puñetazo? —lo interrumpió Rothgar.

Rosings agitó los hombros en señal de despreocupación.

—Yo creo que te lo hubiese dado a ti y no a mí, porque después de todo, no he sido yo el que ha sacado a colación lo de la fusta, ni fui

yo quien tuvo las agallas de llevarse a la cama a la mujer a la que Ascot considera como su propia madre. —Después de decir esa retahíla en alto, Rosings le sonrió a Rothgar—: Da gracias de que se haya marchado y no te haya roto la nariz.

—¿No tienes nada mejor que hacer que venir a incordiarme, Rosings? ¿Tal vez una esposa a la que adular y ante la que ponerte de rodillas?

—Mi adorada Lena… Nunca podré olvidar que también trataste de arrebatármela y aquí estoy bromeando contigo como si eso no hubiera sucedido nunca. Deberías darme las gracias también, Rothgar.

James Salsbury gimió en alto. Igual los tres no eran tan amigos como supuso después de todo, porque el pasado entre ellos pesaba mucho…

—¡Yo no estaba interesado en tu esposa! —saltó indignado al ver que su amigo no había olvidado el pasado—. Solo te hice creer que me casaría con ella porque fuiste un estúpido cuando la dejaste atrás sin medir las consecuencias.

Rosings le sonrió. A continuación, le dio un par de palmadas en la espalda.

—Ya veremos qué clase de estúpido resultas ser tú cuando al fin conozcas a la mujer perfecta. Pensaré en qué irá a conjunto con la fusta que Ascot te hará llegar… Te aseguro que será un regalo que te hará estremecer, y no sé si será de placer. Ya se me ocurrirá algo.

Rosings miró a Ethan Digory, le hizo un pequeño gesto con la cabeza a modo de despedida y luego se marchó de allí.

Rothgar escuchó un bufido producido por su abogado. Se ladeó para mirarlo.

—¿Qué te pasa? ¿Vas a ponerme en evidencia recordando un suceso turbio de mi pasado? ¿O estás pensando en la clase de regalo malvado que me otorgarás cuando al fin me case?

—¿Y vosotros tres sois amigos? —preguntó incrédulo.

—Sí, lo somos, grandes amigos además —sentenció con orgullo desmedido. Todo lo que habían vivido así lo demostraba, aunque se tratasen a veces como enemigos—. Lo suficientemente íntimos para no acabar dándonos puñetazos cuando… Bueno, cuando se habla de una tía a la que seduje, o rememoro una indiscreción como el regalo que los duques de Ascot recibieron cuando se casaron, o cuando me recuerdan que tuve que convertir en mi prometida a la dama por la que uno de mis mejores amigos suspiraba lleno de amor.

—La amistad tiene otro tipo de significado para mí, porque yo no sería capaz de ofender tanto a mis amigos —expuso con convencimiento.

—¡Tonterías, Digory! Los mejores amigos se relacionan de ese modo, sin medir las consecuencias de sus conversaciones o acciones, porque dan por hecho que están actuando por el bien de su camarada. —En verdad él lo creía así.

Pese a lo que pudiesen pensar los demás con respecto a la relación que los unía a Ascot, Rosings y él, Rothgar tenía una cosa clara: los tres se confiarían la vida, y eso equivalía a una amistad sincera y perdurable. El juego que solían llevar cuando coincidían era el de molestarse los unos a los otros. ¡Pero no eran como niños! ¡Solo tres hombres duros! Aunque… sí podrían ser como niños…

—Pues entonces no he tenido el privilegio de poder decir que tengo un mejor amigo. —Trató de que la ironía no fuese demasiado patente en la afirmación dicha.

—¡Eso lo vamos a solucionar! —exclamó alegremente Rothgar—. Puedes afirmar categóricamente que soy tu mejor amigo. Sospecho que después de lo que vamos a vivir durante esta temporada seremos uña y carne. —Se quedó un momento pensativo y luego añadió—: Aunque también es cierto que tal vez me case en un par de días y no lleguemos a ser tan íntimos como lo somos Ascot, Rosings y yo… —Si el duque hubiese estado atento al rostro de su abogado lo habría visto

con la esperanza reflejada en los ojos. Y no por unas inminentes nupcias, sino por no tener que lidiar con ese tipo de amistad tan extraña que había presenciado. Justo cuando Digory comenzó a pensar algún tipo de plan para que Rothgar acabase casado en un pestañeo, su patrón volvió a hablar para informarle de que—: Pero si lo pienso con detenimiento, uno no cae fulminado por el amor en el acto, me costará trabajo enamorarme, así que pasaremos mucho tiempo juntos este año. No me casaré hasta que esté enamorado hasta las cejas, eso nos permitirá conocernos mucho mejor de lo que ya lo hacemos. ¡Sí, Digory! Tú y yo seremos grandes y formidables amigos, tanto como Ascot, Rosings y yo —repitió.

Digory sintió pavor con la aseveración. No podía imaginarse en un futuro no muy lejano teniendo que sortear los dardos envenenados que podrían llegar a lanzarse Rothgar y él.

—Lo estoy deseando —indicó, logrando que la voz no le fallase. ¿Qué más podía decir ante tal vaticinio?

—Ahora… si me disculpas, siento curiosidad por la dama que me ha señalado Rosings antes de marcharse. Tal vez no me case de repente, pero sí que puedo divertirme un poco, si es que sabes a lo que me refiero. La mujer me resulta familiar, y no lo digo porque me recuerde a la tía de Ascot por su severidad y su vestido negro, sino porque… Bueno, veré si la conozco.

—¡Suerte! —le deseó Digory en cuanto lo vio marcharse.

¿Todos los duques estaban locos?, se preguntó el abogado.

***

Zelina Myers, duquesa viuda de Lionstar, se había fijado en él nada más lo vio entrar por la puerta. No por su título de alto rango, tampoco por su excelente físico, pues el duque de Rothgar era un hombre con un porte espléndido, unos increíbles ojos negros, el mismo color que su cabello, y unos labios gruesos muy pecaminosos. Alto, le sacaría una cabeza, una espalda ancha y cintura estrecha. Se podría decir que era el epítome de la masculinidad. Se veía oscuro,

elegante y muy, pero que muy, peligroso.

Lo que la duquesa viuda veía era a un noble que haría ponerse de rodillas a cualquier mujer. Pero más allá de eso, ella recordaba a un bárbaro que la había humillado en el pasado.

Si bien el carácter de Zelina no brillaba por una extrema seguridad en sí misma, sino todo lo contrario, por ser algo tímida, toda mujer tenía su pizca de orgullo y, dicha pizca, Rothgar la había destrozado no hacía demasiado.

Zelina no era una belleza, nunca lo fue, ni tampoco audaz. Esa última faceta siempre había sido la de su hermana Zelda, quien aunque no era una beldad, había sabido hacerse notar debido a su jovialidad y su coraje.

A sus treinta años, la duquesa viuda de Lionstar no esperaba demasiado de la vida. Se había pasado gran parte de su existencia luchando por averiguar varias verdades que se resistían a ser descubiertas. Su fuerza de voluntad era su mayor engreimiento. Porque aunque se consideraba tierna, justa, no fue como esas mujeres que no se amedrentan ante la adversidad, porque ella no tenía una valentía como la que había poseído su hermana.

Sobre su aspecto físico, Zelina presentaba los ojos de color caramelo, el pelo castaño y su rostro no tenía nada fuera de lo común. Podría decirse que era una mujer como cualquier otra. Su figura era acorde a la moda, más bien delgada y con poco pecho, algo que muchos caballeros no encontraban de su agrado. Especialmente Rothgar.

La muerte rondaba a Zelina, de quien habían dicho que era extraña y lúgubre. Primero falleció su recién estrenado esposo, una noche nada memorable que ella preferiría olvidar, pero que resultaba imposible dejar atrás. Luego su madre cayó gravemente enferma. La hermana de su difunto esposo también sucumbió a las tinieblas y se marchó a un mundo mejor… Eso decían los vicarios cada vez que ella acudía a un funeral.

Y luego estaba su hermana. Zelda. Su otra mitad, de quien no sabía qué suerte había corrido. Un recuerdo tan doloroso que había regido buena parte de la vida de la duquesa viuda de Lionstar.

Su padre, Alfred Morand, parecía haberla dejado en paz. Se había vuelto a casar poco después de que su madre falleciese. Escapar de la influencia del señor Morand no fue algo sencillo, pero el esposo de la hermana de Lionstar la había rescatado de un problema serio.

Cuando el duque de Lionstar murió, su único hijo, procedente de un matrimonio anterior, tomó posesión del título y de toda la herencia que su padre le legó. A Zelina se le asignó un generoso estipendio, aunque su dote fue a parar inmediatamente a las manos del nuevo duque.

Mercer, así se llamaba el hijo del difunto esposo de Zelina, no tardó demasiado en fallecer, debido a una vida plagada de vicios que le habían hecho contraer sífilis.

Con el título en tierra de nadie, pues no quedaban más herederos varones, la duquesa viuda de Lionstar fue rescatada de un futuro incierto, dado que la Corona podría hacer disposición del ducado a su antojo al no quedar ningún descendiente masculino con vida. El caballero que le tendió una mano y la salvó de tener que regresar junto a su padre fue Niall Mackenzie, esposo de la hermana del difunto Lionstar. Se trataba de un escocés que tuvo que hacerse cargo de una niña que iba camino de los quince años. Se llama Bonnie y ese milagro había sido la calma en un día de tempestad, porque Zelina la amaba muchísimo. Bonnie Mackenzie era el sol que salía todas las mañanas, la esperanza que ahuyentaba la oscuridad en los días más sombríos de la duquesa viuda de Lionstar. Y había muchos días terribles en la vida de Zelina.

Demasiados.

Como el señor Mackenzie había enviudado cuando Bonnie era un bebé, el caballero necesitaba ayuda, pues la madre de este era algo mayor para poder batallar con una niña pequeña. Y fue idea de la

señora Mackenzie que ella se uniese al grupo familiar. Así que tanto Zelina como Niall y la madre de este habían llegado a un acuerdo muy ventajoso para los tres. Uno en el que incluía que él velaba por los intereses financieros de ella, dado que no tenía la menor idea de administrar ese estipendio que se le legó como viuda de un duque, a cambio de ayudar a Bonnie y a su madre.

No conocía otra vida más que la que la señora Mackenzie, la madre de Niall, le había ofrecido en su hogar, una al fin pacífica, custodiando a la pequeña Bonnie —que cada día crecía sana, feliz y hermosa—, en compañía de la abuela de la joven. La señora Mackenzie era exigente, pero afable y muy buena, una escocesa en toda regla con un temperamento elevado. La escocesa hacía gala de ser una orgullosa madre de un prestigioso hombre de negocios que disfrutaba de una posición cómoda por haberse casado con la hija de un duque, hermana de otro.

Mientras, Niall Mackenzie era un hombre algo tosco, bastante corpulento, con el pelo cobrizo y los ojos azules, muy bonitos. Contaba con cuarenta primaveras a sus espaldas. No era especialmente guapo, pero sí llamativo debido a la fortaleza que se apreciaba cuando una dama clavaba la vista en su torso.

Zelina no tenía pensamientos inadecuados con respecto al señor Mackenzie, solo la embargaba la gratitud más pura cuando pensaba en él, porque un desconocido la había ayudado, gracias a la intervención de su madre, y le había dado una familia. Bonnie era esa hija que jamás tendría, y la abuela de la niña acabó siendo más una madre que otra cosa. Zelina apenas tenía diecisiete años cuando conoció a la señora Mackenzie en el bautizo de Bonnie. Y cuando la esposa de Niall falleció, la escocesa decidió su futuro. Bendita fuese por ello.

Cualquiera podía haber supuesto que entre Zelina y Niall Mackenzie hubiera saltado alguna chispa. Nada más lejos de la realidad, puesto que el caballero no estaba apenas en casa y tenía a un buen número de conquistas al alcance de la mano, si es que se le daba crédito a lo que exponían las columnas de escándalos de los periódicos

cuando llegaba a Londres. De hecho, un día, buscando papel en el despacho, ella descubrió una nota subida de tono que provenía de la que a todas luces debía ser su amante. Así que, aunque Zelina había fantaseado con que Niall pudiese convertirla en su esposa, debido a que de ese modo nadie podría apartarla de Bonnie, tenía más que asumido que eso no iba a ocurrir. Ella no sabía relacionarse con los caballeros ni deseaba aprender a hacerlo.

Tantos años después y ni tan siquiera había conseguido tratar a Niall Mackenzie con informalidad. No eran tan cercanos como para eso, entre ellos mediaba una relación un tanto extraña. Él no estaba mucho en casa, prefería Escocia, y secretamente Zelina lo agradecía, porque codearse con el género opuesto al suyo le daba pavor. De hecho, no se atrevía a confraternizar con ningún hombre más allá de un saludo cordial. Su timidez no se lo permitía. Además, el señor Mackenzie la intimidaba. En realidad, todos los caballeros lo hacían, pero uno al que ella le debía su extrema gratitud todavía más.

Y si a la duquesa viuda de Lionstar le tuviesen que dar a elegir entre Niall —quien no sabía ni que ella existía más allá de que era la que se ocupaba de su hija— o el duque que se acercaba a su posición a grandes zancadas con la mirada clavada en la suya propia, Zelina lo tenía muy fácil. Ninguno. Si ya era complicado no sonrojarse delante de Niall Mackenzie, no quería imaginar lo que sería tener que enfrentarse a alguien como ese poderoso duque que cada vez estaba más cerca de ella.

La duquesa viuda de Lionstar miró a la izquierda y vio que la madre de Niall estaba hablando con la condesa de Jersey, quien era una de las damas de la alta sociedad que dictaban las normas en Almack's. Este club tan selecto era donde las mejores muchachas casaderas podían brillar, por lo que Zelina estaba segura de que la señora Mackenzie estaba asentando las bases para cuando Bonnie fuese presentada en sociedad y tuviera que lucir soberbia en Almack's. Y este club en el que se permitía la asistencia tanto de caballeros como de damas, le había negado la entrada al duque de Wellington, el gran héroe de guerra, por no cumplir con el código de vestimenta

demandado por las patronas.

Justo cuando el duque de Rothgar se disponía a llegar frente a Zelina, ella ladeó el cuerpo y comenzó a caminar hasta donde se encontraba la madre de Niall. La meta era alejarse de él lo más rápidamente posible.

Por descontado que, cuando Rothgar presenció la acción se quedó anclado al suelo. ¿Qué acababa de suceder? La siguió con la mirada y la muy ladina no tuvo ni el detalle de girarse para darle una mirada y ofrecerle una pequeña sonrisa. Esa era la señal de que una dama estaba coqueteando y deseaba ser perseguida.

Y pese al desplante que la dama le acababa de hacer, Rothgar no pudo más que sostener una pequeña sonrisa y seguir mirando con admiración a la única mujer que se había atrevido a airear a un duque. ¿No sabría ella quién era él? ¿No sabría la austera mujer que no estaba bien hacer que un hombre dudase de su propio aspecto?

Justo cuando iba a seguir el camino para plantarse de nuevo frente a la misteriosa dama vestida de negro, alguien le palmeó la espalda.

Se giró para ver al duque de Ascot.

—Parece ser que no todas las damas caen embelesadas frente a tu encanto e ingenio. No sé lo que le habrás hecho a la mujer que ha huido de ti, pero te aseguro que todavía tengo una percepción clara de las personas y te aseguro que si ella hubiese tenido una fusta en su poder, la habría usado sobre ti sin dudar, y no con fines… placenteros.

Rothgar no tuvo tiempo para elaborar una ofensiva elocuente, porque Patrick Manchester, duque de Ascot, ya se estaba marchando.

Sintió una presencia llegando por su lado izquierdo. Ethan Digory acababa de situarse junto a él.

—¿Qué demonios ha sucedido?

—Que Ascot es un estúpido.

—No me refiero a eso. —Ethan había visto al amigo de Rothgar decirle algo que seguro que había sido ofensivo—. Sino a que… ¿cómo la has ahuyentado sin hablar? Por amor de Dios, la dama te ha fulminado con la mirada. ¿Qué le has hecho?

—¿No tienes nada mejor que hacer, Digory? —indagó con irritación.

Desde que Rothgar se planteó buscar esposa, llevaba un año siendo todo un dechado de virtudes, con sonrisas, palabras adecuadas y haciendo gala de una educación que haría que su vieja niñera aplaudiese con efusividad. ¡Una vez que iba a distraerse de su cometido y la dama que había captado su atención lo relegaba a la nada! Tal vez era una señal para que no fuese perverso…

—Me has obligado a ser tu acompañante. Sí, Rothgar, tengo cosas mejores que atender, pero puesto que no me lo has permitido esta noche y supongo que tampoco las sucesivas que vendrán, siento curiosidad por lo que ha sucedido.

—¿Qué pretendes que diga? —No sabía qué había hecho mal.

—Dame una explicación.

—¡No tengo la menor idea de lo que ha sucedido! —exclamó demasiado alto, lo que provocó que quienes estaban cerca del duque y del abogado los mirasen con interés. Rothgar se obligó a recuperar la compostura y después dijo—: Antes de que acabe la noche esa arpía me ofrecerá una aclaración.

Oh, sí. El orgullo de un hombre, de uno como él que había tenido a todas las mujeres que había deseado suspirando por sus huesos, había sido claramente vapuleado.

La afrenta no iba a quedarse sin respuesta.

La dama había iniciado un juego de lo más excitante.

No había nada mejor que una viuda experimentada que dominaba las reglas de la seducción.

Capítulo 2

Una duquesa interesante

Desde el otro lado del salón de los condes de Swen, Althea Marriott, actual duquesa de Darkworth, había sido testigo, junto con su ayudante, la señorita Morgan Pusset, de un acontecimiento inesperado.

—¿Acabas de ver eso? —interpeló Althea.

—Rothgar estará imposible durante mucho tiempo. Los duques llegan a este mundo provistos de toneladas de vanidad. Tú lo sabes bien, estás casada con uno —bromeó Morgan.

Althea no le hizo caso. Su esposo, Aquiles, era un tesoro. El hombre más maravilloso de la faz de la Tierra y más allá. Hacía algo más de un año que se había casado con él y todo era perfecto. El hijo que Aquiles aportó al matrimonio, llamado Robin, acababa de cumplir diez años y había demostrado ser un hermano mayor de lo más competente para la pequeña *lady* Summer. Althea y Aquiles se habían convertido en padres hacía unos meses de una hermosa niña que tenía unos pulmones muy sanos, en especial cuando se enfadaba por la falta de sueño, sustento o atención.

La ocupación que tenía Althea antes de haberse convertido en esposa y madre era bastante singular. Ella era la Duquesa X, a quien los periódicos habían apodado la Duquesa Infame. Tanto Althea como Morgan se dedicaban a atender las peticiones más ardientes que deseaban experimentar las viudas que no conocieron el placer durante su matrimonio, o mujeres solteras que habían aceptado que no se casarían y no deseaban morirse sin saber lo que era unir su cuerpo al

de un hombre.

El anterior matrimonio de Althea fue un calvario, así que cuando su primer esposo tuvo la decencia de fallecer, ella pudo atender a esas mujeres que merecían más de la vida, mucho más de lo que se les ofrecía, porque la pasión no solo debía ser probada por los hombres.

Antes de conocer al amor de su vida, Althea tenía una doble personalidad, por decirlo de alguna manera. Como condesa viuda de Wins, ella se mostraba rígida y correcta ante la sociedad, pero para desarrollar a su *alter ego*, era decir, a la Duquesa X, Althea había echado mano de maquillaje, una buena dosis de kohl para ensombrecer sus ojos, una vistosa pero elegante peluca rubia y vestidos rojos de lo más llamativos.

Supo que Aquiles era el adecuado porque pese a esconderse tras un disfraz, su esposo la reconoció de inmediato.

No obstante, esa noche Althea no llevaba el atuendo que utilizaba para mostrarse en público como la Duquesa X, sino que simplemente era la duquesa de Darkworth. La que sí lucía un despampanante vestido rojo, la habitual peluca rubia y el resto de los complementos era Morgan Pusset. La que fue su ayudante y a la que consideraba su mejor amiga, como una hermana.

El año anterior, el secreto de Althea saltó a la luz, se reveló su identidad, sin embargo, dado que Morgan y ella compartían un físico algo parecido, a la duquesa de Darkworth se le ocurrió que la que había sido su secretaria podría ponerse su indumentaria y ella acudiría como una respetable viuda, dado que en aquel momento Althea no estaba casada con Aquiles. Así que cuando la sociedad vislumbró a la Duquesa X y a Althea en el mismo salón de baile, el anonimato de su verdadera identidad volvió a quedar salvaguardado.

Además, por azares del destino y debido a algunos apoyos que se habían mostrado en público por aristócratas importantes como el duque de York y su hermano, lord Liam, la Duquesa X se había convertido, a ojos de la sociedad, en una respetable casamentera que

unía parejas para que recitasen sus votos en sagrado matrimonio. Aunque quienes habían sido agraciados con los servicios de Althea y Morgan, sabían que la auténtica finalidad de la Duquesa X no era el matrimonio, sino que las mujeres conociesen el placer.

Su dedicación no era algo vulgar, no se trataba de una proxeneta que regentaba un prostíbulo. Lo que se ofrecía era un derecho que merecían obtener tanto hombres como mujeres, pues el placer, la pasión o la lujuria consensuada debía ser vivida al menos una vez en la vida por cualquier ser humano. Ese era el credo en el que tanto Althea como Morgan creían. Althea había sido una de esas viudas que sufrieron a manos de sus esposos, así que había estado en los mismos zapatos de las damas que acudían a ella o a las que ella decidía prestar su ayuda.

Lo cierto era que Morgan había ejercido como Duquesa X con gran maestría mientras ella se dedicaba a gestar a la pequeña Summer. Pero en cuanto su hija creció un poco, ella le pidió a Aquiles cierto margen para echarle una mano a su querida señorita Pusset, dado que echaba de menos organizar esas citas secretas que se hacían en una gran mansión a las afueras de Londres y que era propiedad de Althea.

Zelina Myers, duquesa viuda de Lionstar, era justo una de esas damas que había llamado la atención de Althea el año pasado. Tras reunirse con la mujer y explicarle lo que ella hacía, pareció que sí que estaba interesada en experimentar lo que Althea prometía: conocer de primera mano lo que era ser tocada, excitada, lamida y saciada por un hombre que sabía lo que se hacía. Todo ello con la garantía de que el matrimonio no sería la finalidad del encuentro y con la máxima discreción. En honor a la verdad, de la clandestinidad de las citas que Althea había organizado a lo largo de los años, no eran pocas las parejas que se habían amado con intensidad en su casa y luego habían formalizado su amor bajo la bendición del Creador. También había otras parejas que, por diversas circunstancias, como por ejemplo la gran diferencia de clases, no habían podido casarse, pero que vivían juntas manteniendo puestos como una patrona y su sirviente, por ejemplo.

En opinión de Althea, cada cual era libre de vivir la dura vida como le placiese y ella no había sido enviada a este mundo para juzgar a nadie, aunque sí tal vez para erguirse en favor de la auténtica pasión que un hombre y una mujer podían llegar a alcanzar.

Althea y Morgan se tomaron muy en serio la labor de encontrar al caballero perfecto para introducir en las dulces fauces de la fogosidad a la duquesa viuda de Lionstar, entre otras cosas porque la mujer se lo merecía, dado que Londres había bautizado a Zelina como la Demente de Lionstar. Eso, y que se especulaba con que el difunto esposo de Zelina había fallecido justo en su noche de bodas mientras consumaba el matrimonio.

Pronto la Duquesa X y Morgan se dieron cuenta de que Zelina era una mujer muy especial, pues todos los caballeros que consideraron que podían ser del agrado de la dama, esta los desechaba. Morgan tenía la teoría de que la viuda a la que todavía no habían podido ayudar no buscaba pasión, sino amor. Althea no lo veía del mismo modo.

Los ojos de la duquesa de Darkworth se movieron de Zelina a Rothgar. El duque estaba en compañía de su abogado. Tanto Althea como Morgan conocían al señor Ethan Digory.

—¿Crees que puede haber algo entre ambos? ¿Entre Zelina y James? Algo que se nos haya escapado. —Althea sentía mucha curiosidad.

—Una de las últimas veces que vi a la duquesa viuda fue en un baile el año pasado, y me pidió expresamente que no la emparejase con Rothgar. Fue tajante al respecto, y dos minutos después de que ella exigiese eso que te acabo de decir, se presentó ante mí precisamente Rothgar para preguntarme qué sabía acerca de Zelina.

Althea suspiró y se tocó la frente.

—No quiere a Rothgar ni a ningún otro. Le planteamos incluso planear una cita en la que tanto ella como su amante tuviesen los ojos vendados y tampoco quiso. Tal vez me equivoqué con Zelina y no esté

buscando conocer lo que se siente con un excelente encuentro carnal.

—No lo sé, Althea, porque cada vez que nos hemos acercado a ella parecía incómoda. Por eso creí conveniente dejarla un poco de lado, para que se aclarase.

—Cuando nos entrevistamos, me vi a mí misma reflejada en sus ojos, Morgan.

—Sois muy diferentes, ella es más dócil, más introvertida, bastante insegura, mientras que tú…

—Sé cómo soy yo, no hace falta que me lo digas. A lo que me refería es que está vacía, es como si hubiese dejado de luchar, como si se limitase a ver la vida pasar.

—Le falta entusiasmo.

—Y creí que con la seducción lo podría encontrar. Está claro que no desea que le organicemos un arreglo, y luego está el asunto de ese luto permanente que ha adoptado y por el que la censuran cada vez que se presenta en una fiesta.

—Es verdad que algunos la critican por su atuendo, pero otros la alaban por la devoción que sentía hacia su esposo… Pero también es cierto que hay quien opina que Zelina lo mató en el lecho de pura lujuria. —Morgan se quedó pensativa y mientras sonreía dijo—: Tal vez el vejestorio sí murió de puro placer mientras le hizo el amor.

—¡Querida, no puedes decir esas cosas! —la regañó.

—No te muestres obtusa, Althea. Nadie nos oye. Así que diré que te apuesto lo que quieras a que a ella le gusta Rothgar —opinó Morgan.

—No, nada de eso. Lo ha visto y ha salido huyendo, es evidente que quiere que la deje tranquila. Tú y yo hemos sido testigos directos. Lo detesta.

—¿Tú crees? —preguntó con retintín Morgan.

—Yo diría que sí, porque cuando una dama se dirige hacia un caballero él se piensa que la tiene y…

—Y cuando ella huye, cree que debe ser perseguida —finalizó Morgan por Althea.

—No, cuando se da media vuelta, tal y como ha hecho Zelina, le está diciendo claramente que no quiere saber nada de él —opinó la duquesa de Darkworth.

—Pero olvidas los factores atenuantes. Se nota que llevas fuera de juego mucho tiempo.

Althea la miró con sorpresa.

—¿Tú crees? —le tocó a ella ironizar.

—Sí, porque Zelina lo ha estado observando desde que él entró por la puerta principal. Te aseguro que lo ha examinado a conciencia.

—Estoy convencida de que la mirada que le ha ofrecido mientras él se dirigía hacia ella ha sido de desprecio.

—¿Y puedes condenarla por ello? Todo el mundo que conoce a Rothgar sabe que ha cambiado en los últimos años, pues ahora es más divertido y alegre, pero sigue siendo impetuoso. No son pocas las mujeres que le guardan algún rencor.

—Estás dando por hecho que ambos se conocen previamente y a mí no me lo ha parecido, Morgan.

—¿Entonces por qué insistió en que no deseaba que la emparejase con Rothgar? Media entre ambos algún asunto que desconocemos, te lo aseguro. Además, si te fijas bien, duquesa, verás que tu querido amigo Rothgar no para de seguirla por todo el salón y que ella continúa rehuyéndolo.

Althea ya se había fijado en esa circunstancia. El duque tenía intención de acorralarla e iba tras ella con esmero, pero la dama era hábil y lograba eludirlo a cada rato. James y Zelina estaban jugando al ratón y al gato.

—Razón de más para que yo afirme que eres tú la que se equivoca con Zelina. Ella lo detesta. Es tímida y él es demasiado para una mujer tan falta de experiencia como ella. Está aterrada.

—¿Recuerdas cuánto detestaste tú a Darkworth cuando lo conociste? Porque tengo que señalar que trataste por todos los medios mantenerlo fuera de tu vida. ¿O vas a negarlo, Althea? —la desafió.

Era cierto. Althea luchó contra lo que Aquiles le inspiraba con todas sus fuerzas, pero cuando el destino tomaba una decisión, los mortales no podían escapar de sus garras. Ella se dejó atrapar y no podía más que congratularse por lo sucedido, porque su esposo siempre sería lo mejor que le sucedería jamás.

—Te concederé que cada caso es único —refunfuñó—. Ahora dime, querida Duquesa X, ¿qué planes tienes para Zelina?

—Ninguno. Mientras no regrese para hablar conmigo daré por hecho que sabe lo que quiere y no interferiré.

—¿Te gusta hacer mi papel, Morgan? —le preguntó al ser consciente de que había dejado en las manos de su amiga todo lo referente a lo que había hecho antes de casarse: ser la Duquesa X.

—Brendan me ayuda y Greyson… —Morgan se ladeó para fijarse en el señor Greyson Amery, el guardaespaldas que la acompañaba a todas las fiestas elegantes a las que la invitaban. Su otro guardián, Brendan Sallow, detestaba codearse con las altas esferas.

—Yo te protejo —indicó el señor Amery, quien había estado tras las damas escuchando lo que ambas decían. Él solía hacer eso mismo, escuchar y callar, solo hablaba cuando le preguntaban.

Brendan Sallow, Althea y la propia Morgan habían sido, desde muchos años atrás, inseparables. Estaban unidos como una piña, a esa peculiar familia suya se les unió Greyson Amery, quien en el último año había estado enfadado con Brendan porque este dudó de la lealtad de Amery cuando se presentaron problemas. Amery era de fiar y lo había demostrado con creces, pero como era muy rencoroso, no había

perdonado a Brendan todavía.

—Bueno —tomó la palabra Althea—, ¿me necesitas para algo esta noche?

—No, porque he hablado discretamente con la dama a la que venía a ver y está todo solucionado.

—Pues entonces, dado que veo que Aquiles ha terminado de jugar la partida de cartas y tú parece que no me necesitas para absolutamente nada…

—Lo dices como si fuese un reproche —observó Morgan.

—Es solo que echo de menos estar en tu papel —reconoció—. Me gustaba ser parte de la acción, ver a las mujeres que acuden a nuestro templo de la seducción salir satisfechas y agradecidas…

—Además de resplandecientes —intervino Morgan.

—Sí. Mi vida es completa con mis hijos y con mi duque, pero siempre querré seguir siendo la Duquesa X. Y creo que esos tiempos han pasado y, aunque confiaba en que tú fueses brillante siendo mi sustituta, en el fondo esperaba que necesitases… ya sabes, un poco de ayuda o guía.

—Althea…

—Lo sé, lo sé. Estoy siendo tonta.

—No —la frenó Morgan—. Iba a decir que el puesto es tuyo si lo quieres. En mi benevolencia te dejaré ser la Duquesa X y yo seré la duquesa de Darkworth.

—Tú odias a los duques.

—Por eso deberás valorar doblemente el esfuerzo que trato de hacer.

—Acabarías matando a Aquiles el primer día.

—¿Así que estás barajando la posibilidad de intercambiar

nuestros lugares? —preguntó con diversión Morgan.

—Por supuesto que no. Yo te quiero y tendría que matarte si mirases más de la cuenta a mi esposo. Aquiles me pertenece.

—¿Te pertenezco? —El duque de Darkworth había llegado hasta su esposa. Le dio un breve beso en los labios.

—¡Aquiles! —lo regañó Althea por el gesto tan íntimo e inapropiado que acababa de protagonizar.

—¿Te pertenezco y no puedo darte un beso en público, mi amor?

—Va a sonar un vals, llévame a la pista de baile, hagamos que el periódico de mañana hable del mal gusto que supone que una pareja casada alardee de su amor durante una velada de lo más pública.

—Como siempre, tus deseos son órdenes, Althea… —comentó, al tiempo que le ofrecía la mano para que su mujer se la cogiese—. Morgan, señor Amery —se despidió de los amigos de su duquesa con una breve inclinación de cabeza que ambos correspondieron, y a continuación Aquiles, con la cabeza bien alta y lleno de la satisfacción que le daba el hecho de tener a una mujer como Althea colgada de su brazo, se marchó para bailar.

Greyson Amery se acercó a Morgan.

—¿Hemos acabado aquí? —El protector de Althea deseaba marcharse a toda prisa.

Greyson Amery no soportaba codearse con la clase alta tampoco, pero en el reparto de tareas le tocó a él servir de guardián en las fiestas elegantes. Y tenía que hacerlo porque muchas damas atrevidas, y otras no tanto, demandaban los servicios de Morgan como Duquesa X. Incluso algunas habían acudido a ella para pedirle ayuda a fin de encontrar un esposo adecuado, así que no solo se entrevistaban con Morgan las que deseaban un encuentro carnal. La agenda social de la señorita Pusset se había incrementado considerablemente, dado que una parte de la sociedad creía que era una sencilla y honrada casamentera, y la otra mitad estaba al tanto de que podía organizar

encuentros ilícitos entre amantes. En la última cuestión, sobra decir que solo ayudaba a mujeres que no habían sido felices en su vida, porque las que eran dichosas no precisaban de su intervención.

—Creo que sí. —Morgan no dejaba de mirar a Zelina, seguía huyendo de Rothgar. Por muchas ganas que tuviese de intervenir, no lo haría si la dama no solicitaba su ayuda.

—Entonces vámonos.

—¿Puedo preguntarte algo, Greyson?

—Siempre lo haces, aunque yo me niegue.

—¿Sigues amándola? —La cabeza de Morgan se dirigió con sutilidad hacia donde estaba Althea preparándose para iniciar la danza con Aquiles.

Él sabía sin necesidad de presenciar ningún gesto de Morgan que ella se estaba refiriendo a Althea.

—No.

—Estamos preocupados por ti, Greyson, ha pasado más de un año y…

—No he amado a nadie, Morgan, en toda mi vida. No del modo que insinúas —mintió. Su amiga sabía demasiado bien que él estaba faltando a la verdad, pero los hombres eran más complicados que las damas en cuestiones del corazón.

Todo el mundo, incluido el esposo de Althea, y tal vez a excepción de la propia duquesa de Darkworth, estaba al tanto de que Greyson Amery sentía —o había sentido— fuertes sentimientos por la mujer a la que había custodiado, junto con Brendan Sallow, durante tantos años.

—No voy a insistir en el asunto…

—No lo hagas, Morgan —le ordenó.

—Solo diré que estoy aquí para ti. Para charlar o para que

utilices mis servicios como casamentera… de una clase más sentimental o de la otra más picante, ya me entiendes. Podría conseguirte una esposa en…

—¿Nos vamos, Morgan? —la interrumpió.

La dama inhaló. Greyson era un tipo duro que provenía de los bajos fondos de Londres y actuaba siempre como tal. Podría estar vestido como el más fino y elegante de los caballeros, pero siempre habitaría en él esa dureza que solo tocaba a los que habían pasado penurias, hambre, frío y soledad por no tener nada. Morgan sabía bien de lo que hablaba, dado que ella misma había estado también en los zapatos de su protector cuando fue más joven.

—Sí. Regresemos a casa.

Greyson le ofreció su brazo y ella lo tomó. Comenzaron a caminar hacia la puerta de salida, pero de pronto la música cesó y hubo un estruendo de exclamaciones y mucha sorpresa.

Morgan buscó la fuente de dicha contrariedad. Lo que vio fue al duque de Rothgar portando en sus brazos a la duquesa viuda de Lionstar.

Zelina Myers acababa de desmayarse.

—Interesante… —susurró Morgan al ver la escena. Rothgar miraba a Zelina de un modo… interesantísimo, mientras caminaba a toda prisa con ella en brazos para llevarla a un lugar más privado.

—Creo que tú tienes razón, Morgan —señaló Greyson—. A la dama ese *tonto* duque le gusta. Y le gusta muchísimo.

—Lo sé.

Morgan no se sorprendió por el modo tan malicioso con el que se había referido a Rothgar. Tanto Greyson como Brendan Sallow y ella misma odiaban a los duques en general, pero toleraban en particular a dos de ellos: el propio Rothgar y a Darkworth. Y no siempre ocurría así, como se podía desprender por el adjetivo que el señor Amery le

otorgó a Rothgar.

—La viuda ha despertado los instintos de Rothgar —afirmó Greyson.

—También lo he percibido, pero lo que me quedó claro cuando Zelina Myers vino a vernos fue que no se casaría nunca, y nuestro amigo Rothgar busca activamente una esposa. Amor, desea encontrar el amor y dudo mucho que la duquesa viuda de Lionstar pueda ofrecérselo. Aunque cosas más sorprendentes se han visto —dijo mientras miraba a Althea y a Aquiles desde su posición.

—El tiempo lo dirá.

—Sí… el tiempo… —dijo Morgan con una sonrisa que exhibía en el rostro y de la que no se había percatado de estar ofreciendo.

—Tramas algo, te conozco bien y sé que estás pensando en cosas que no deberías.

—Ya veremos… —apuntó enigmática.

Morgan Pusset y Greyson Amery se marcharon de allí porque Zelina Myers ya tenía toda la ayuda que precisaba.

***

Antes de que Zelina lo viese todo oscuro y terminase en los brazos del duque de Rothgar, la situación había sido realmente alarmante. Como si ella y Rothgar estuviesen jugando a perseguirse. Bueno, él la perseguía.

Cada paso que ella daba para huir… y era como si él no se diese cuenta de que lo rehuía. O si lo hacía le traía sin cuidado. Estaba desesperada. No le gustaba despertar interés, prefería pasar desapercibida. Bastante tenía ya con todo lo que debía soportar. Un duque como Rothgar solo le traería problemas.

¿Cómo podría deshacerse de él? Enfrentarlo, no. Porque la mera idea de tener que hablar con el duque le daba pavor. Un hombre como él se la comería y tardaría un solo segundo en escupir sus restos.

Así que lo mejor que se le ocurrió fue escapar de una situación incómoda a la que no sabía cómo enfrentarse. Después de decirle a la señora Mackenzie que iba a retirarse a una de las habitaciones en las que la habían acomodado los anfitriones de la fiesta, los condes de Swen, se disponía a marcharse del salón principal. Podría estar a salvo de él. Era una suerte que tanto la señora Mackenzie como Bonnie y ella misma fuesen invitadas en esa casa.

Zelina se dirigió hacia la salida del salón de baile con premura. Ya saboreaba la libertad que le otorgaba el escape cuando sintió una mano rodearle la muñeca derecha. Respingó asustada. Al ladear el rostro se topó con el duque de Rothgar.

—Creo que no va a marcharse a ningún lado, *milady*.

La osadía de ese arrogante la hizo apretar los dientes. Llevada por una especie de… ¿furia? No lo sabía bien, porque Zelina no era dada a perder los nervios, aunque sí que estaba bastante enfadada en esos instantes.

—En realidad, mi título iguala al suyo en rango, excelencia. —El tratamiento para dirigirse a ella no era el que él había usado, sino otro más elevado como el de excelencia o Su Gracia.

La sonrisa perezosa que comenzó a dibujarse en el rostro de ese odioso duque le dejó bien claro a Zelina que no estaba impresionado ante la corrección.

—Ah, pero yo soy un hombre y usted una mujer. Nuestras posiciones nunca serán iguales. Usted bien podría estar… debajo de mí —añadió con picardía.

Oh, si ella hubiese tenido la valentía necesaria para borrarle toda esa arrogancia que reflejaba su mirada, la hubiese empleado sin titubear. No importaba demasiado que Rothgar tuviese razón sobre que él siempre estaría muy por encima de ella solo por el hecho de haber nacido hombre. Y si la dama hubiera sido más mundana y estuviese acostumbrada al coqueteo, habría entendido con mayor acierto la insinuación pecaminosa del duque, pero Zelina no estaba

habituada a captar la atención de nadie. Llevaba muchos años tratando de pasar desapercibida, se había esforzado mucho en que así fuese. Tanto que parecía que ni el mismo Rothgar la recordase. Debería estar aliviada, pero no era así, dado que el modo en el que él todavía la seguía sujetando por la mano la hacía sentir inquieta.

—¿Le importaría soltarme, excelencia?

—Estoy en clara desventaja, dado que usted se encuentra al tanto de mi identidad y yo desconozco la suya.

Zelina miró de nuevo la mano por donde él seguía sujetándola. Si alguien se daba cuenta de la escena, los dos estarían en serios problemas. Esas confianzas no se mostraban en público.

—No está bien que me mantenga sujeta. Debe dejarme ir —le dijo.

—Lo haré en un segundo, cuando me explique un par de cosas. Puede empezar por aclararme quién es usted.

—Se lo diré si me suelta.

—No me apetece echar a correr detrás de usted, querida. —Tenía la percepción de que en cuanto la dejase libre ella se marcharía a toda prisa.

—No me llame así —lo enfrentó. Le hubiese gustado que su voz hubiera sonado un poco más sofisticada, con mayor seguridad.

—Dígame su título y su nombre, y no volveré a usar dicho término —le recomendó.

Ella suspiró. Tal vez si se lo decía se olvidaría de ella. ¿Qué otra opción tenía?

—Duquesa de Lionstar, Zelina Myers —le informó.

—Uhm… Lionstar… —Rothgar se quedó pensativo y cayó en la cuenta de un detalle importante. Así que observó—: Ha omitido usted una parte interesante.

—No lo creo, no hay nada interesante en mí —le dijo con la impaciencia de que la dejase libre de su agarre al fin.

—Es usted viuda. ¡Y ya la recuerdo! —exclamó Rothgar tras hacer la conexión mental.

Zelina entró en pánico. No deseaba rememorar aquella humillación del pasado. Debió haber intentado marcharse del salón principal nada más lo vio entrar. Pero no pudo. ¿Por qué no pudo? En verdad había considerado que alguien tan anodina como ella no le causaría interés a un duque tan apuesto como él. Aunque el hecho de que fuese un hombre muy elegible no exceptuaba que ella lo considerase un imbécil. Se regañó a sí misma por tener un pensamiento tan atroz sobre Rothgar. Zelina no era dura en la emisión de juicios, ni en los mentales ni en los verbales, pero…

—¿Puede soltarme, por favor? —pidió de nuevo.

—¿Va a escapar de mí? Porque, aunque ha sido encantador ir tras sus pasos en este salón, mi paciencia no es ilimitada. He tenido la cortesía de aguardar hasta este preciso instante para abordarla porque estamos en un lugar un poco más privado, pero es mi obligación advertirle que, como salga corriendo, la única dirección que tomará será la de un pasillo en el que habrá poca gente, tal vez incluso esté desértico, y entonces… —Dejó la frase en suspenso para que ella le diese el sentido que quisiera. Todo el mundo sabía que una viuda tenía mucha ventaja sobre las damas solteras, estaba al tanto de juegos más… divertidos que podían darse entre un hombre y una mujer.

Además, Rothgar recordaba bien a esa dama que tenía frente a él, porque el año pasado coincidió con ella en una fiesta y ya entonces le hizo algo prácticamente parecido a lo que acababa de hacer, dado que la duquesa viuda de Lionstar lo tuvo persiguiéndola durante aquella fiesta y se le acabó escapando. No volvería a suceder. La había olvidado por completo, pero al saber que se trataba de una presa que deseaba ser perseguida… ¿Quién era él para no darle a la viuda lo que deseaba? Por lo menos tenía que admitir que había despertado su

curiosidad. Pues ni ese vestido negro ni el moño peinado con severidad hacia atrás lo frenarían, porque eran dos cuestiones que a él le encendían.

Rothgar se las daba de ser inteligente y aprendía del pasado. La apariencia de una mujer no podía medirse solo por su vestido o el modo en que se peinaba, bien sabía él que existían beldades que sin una puntada de ropa y con el cabello suelto podían eclipsar a cualquier Afrodita bien vestida. Le daba en la nariz que esa viuda que trataba de escapar de él pertenecía a esa categoría.

—Le he dicho mi nombre y título, cumpla su palabra y déjeme ir.

—¿Por qué huye de mí cuando nos encontramos? —preguntó, dado que dicha cuestión le interesaba más que la que ella había planteado.

—No huyo.

—La acusaré de mentirosa y no podrá reprochármelo —le advirtió—. Es la segunda vez que coincidimos y usted me ha vuelto a poner a correr tras sus pasos. Admito que me ha costado un poco situarla, pero la recuerdo bien. Fue hace poco más de un año cuando usted y yo recreamos este pequeño juego que hoy nos ocupa, con la salvedad de que hoy la he pescado —indicó, mientras ponía la mirada en la mano que todavía la tenía agarrada.

Zelina suspiró. Ella no era rival para un duque como Rothgar.

—No era mi intención jugar con usted, se lo aseguro —le informó en un tono de disculpa.

—Lo dudo mucho. Tiene lo que quería. Ha llamado mi atención y la tiene por completo… ¿Cómo procedemos a partir de aquí, excelencia?

—Veo que no entiende que solo me he limitado a seguir mi camino con la única esperanza de que comprendiese que no deseaba su atención.

—He sido *cazador* —le dio mucho énfasis a la palabra— durante demasiado tiempo como para dejarme engañar.

Ella gimió en alto. ¿Qué decirle para que la creyese?

—Le juro por mi vida que lo último que desearía es convertirme en su presa. —Zelina esperaba haber hecho la similitud correctamente. Pues el tono que él usó cuando habló de ser un cazador, tenía que implicar que ella era una presa. ¿Cómo en nombre del Creador se había metido en un problema así?

—Uhm… No lo sé. No lo tengo muy claro.

—Por favor… le ruego con humildad que me deje ir —le pidió con esperanza.

—¡Un baile! Sí, eso creo que podría sacarme de dudas. A lo largo de los años también he podido comprobar que las mujeres dicen una cosa cuando pretenden decir todo lo contrario. Imagino que si bailamos, ambos podríamos salir de dudas.

—Yo no tengo ninguna duda sobre lo que le estoy pidiendo.

—Sí, la tiene, preciosa…

—No me llame así —dijo con irritación. Ella no era bonita.

—Sí la tiene, excelencia —enmendó él la frase inicial—, porque no le sujeto más que la mano, así que solo hubiera tenido que sacudir mi agarre del suyo con un movimiento enérgico que yo, como el caballero honorable que soy, no hubiera repetido. Pero en cambio se ha quedado aquí hablando conmigo porque no quiere escapar —conjeturó con seguridad.

Vio que ella volvía a separar esos ojos que parecían muy inocentes de los suyos para mirar el lugar por donde él la tenía agarrada.

—Está bien… —alegó Zelina.

Rothgar se dio cuenta de que ella iba a hacer precisamente lo

que él le había dicho que no había hecho, así que se movió raudo, se colocó a su lado, le soltó la mano y la tomó por la cintura. El gemido de indignación ante un gesto todavía más íntimo y censurable la dejó sin opciones. ¡No tenía la menor idea de qué hacer!

—No lo haga… —susurró la dama, cuando vio que él la llevaba hacia la pista de baile.

Iba a sonar un vals.

—Debo hacerlo, porque es lo que desea —le susurró junto a la oreja.

—Nos pondrá en un aprieto a los dos. —La gran mano masculina que se cernía sobre su cintura la sentía ardiente incluso con tantas piezas de ropa encima.

—Yo soy un pícaro, usted viuda, nos darán un poco de margen —alegó convencido.

Los ojos de Zelina se movieron por el salón del que había tratado de huir. Se topó con la mirada inquisidora de la señora Mackenzie. Sabía lo que se estaría preguntando la abuela de Bonnie. Ella no bailaba. No lo había hecho durante muchos años. Solo había danzado con el padre de Bonnie en alguna ocasión muy puntual, pues no era común que él las acompañase durante la temporada, pero siempre hubo algún evento social al que se vio obligado a acudir por negocios.

Zelina se dio cuenta de que su cuerpo comenzaba a transpirar con impaciencia. Un hormigueo muy característico en la nuca comenzó a advertirle de que estaba teniendo un ataque de nervios. Las palmas de las manos las sentía húmedas. Su estómago lo tenía del revés. No podía respirar, apenas era capaz de que sus piernas siguieran sosteniéndola.

—Ayúdeme… —logró susurrar, antes de desvanecerse.

Tenerla asegurada por la cintura hizo posible que Rothgar evitase que la duquesa viuda de Lionstar acabase tendida en el suelo.

Tal y como si fuese un caballero dispuesto a acudir al rescate de una dama, la sostuvo con elegancia entre sus poderosos brazos y se sonrió. Ah. Ella era más intrigante de lo que había supuesto. Hacía años que no se enfrentaba a tan dura adversaria. Fingir un desmayo…

En un segundo, una dama mayor se colocó frente a él, los anfitriones de la fiesta también. Rothgar gruñó cuando lord Swen trató de quitarle a la viuda de las manos.

Lo siguiente que ocurrió fue que todos se desplazaron hasta la planta de arriba de la mansión, pues Rothgar se enteró de que la dama era una de las invitadas de los condes. Por descontado que Rothgar insistió en quedarse a pasar la noche en el lugar con el fin de permanecer más tranquilo y serle de ayuda a la duquesa. También fue en busca de un médico, iba a reírse mucho cuando el galeno la desenmascarase.

La duquesa viuda de Lionstar había provocado un interesante altercado. Rothgar dejaría apartado el asunto de la búsqueda de esposa durante un breve tiempo, pues encontrarse con una mujer tan inteligente había despertado su curiosidad y sus… instintos de cazador.

Mientras todo eso sucedía, Althea y Aquiles, quienes habían visto todo lo ocurrido, se dieron cuenta de que algo acababa de comenzar…

—¿Has tenido algo que ver en esto, Althea? —inquirió Aquiles justo cuando el duque de Rothgar se marchó a toda prisa con la dama entre sus brazos.

La orquesta había reiniciado el vals y ambos estaban bailando de nuevo.

—No, y estoy muy sorprendida. Veremos lo que le depara a Rothgar el futuro.

Morgan había tenido razón en su suposición. Después de todo, no debería sorprenderse, la que fuese su secretaria durante tantos años

se había convertido en la nueva y grandiosa Duquesa X, y era formidable, pues acababa de darle una gran lección.

—Algo bueno, estoy seguro. Las viudas bonitas que se ocultan tras un atuendo aburrido son dignas de conquistar. —Él era muy consciente de lo que hablaba. Su esposa había sido algo muy parecido a la duquesa de Lionstar. Toda una gran reina de corazones a la que él le ganó la mano.

—Morgan puede apañárselas sin mí, lo he visto.

—¿Habías esperado todo lo contrario?

—Un poco sí. Robin y nuestra hija me necesitan, y he podido comprobar que mi… legado, por decirlo de alguna manera, está en buenas manos, así que regresemos a casa, olvidémonos de la temporada y seamos una familia.

—¿Así de fácil, amor? ¿Solo necesitabas comprobar por ti misma que todo iba bien para hacerme caso y ser mi esposa y la madre de mis hijos?

Aquiles estaba gratamente sorprendido porque su mujer hubiera optado por hacerle caso al fin. Él llevaba tiempo suplicándole que lo dejase todo en manos de la señorita Pusset, de Brendan Sallow y Greyson Amery, pero Althea era testaruda. Así que después de unos meses prudenciales, tres en concreto desde que se convirtió en madre, ella se empeñó en regresar a Londres y ver lo que él ya sabía: que no era imprescindible para el resto de esa particular familia que formaban los tres mencionados y Althea.

—Debes comprenderlo, con el embarazo poco podía haber hecho, pero dado que Summer ya tiene tres meses, tuve que venir a la ciudad para…

—Lo sé, lo sé. Has visto que Morgan se ha convertido en una alumna aventajada que incluso ha podido superar a su mentora.

—Sí. Eso es justo lo que ha sucedido. Además, si hay algún problema, sé que ella me pedirá ayuda.

—Entonces, mañana nos trasladaremos de nuevo a Darkworth Park y te ataré a la cama… lo sabes, ¿verdad?

—Cuento con ello —respondió Althea, al tiempo que le guiñaba un ojo.

Capítulo 3

Una negativa desquiciante

Zelina se incorporó un poco en la cama para ver la mancha que había quedado en la preciosa alfombra Aubusson. Se avergonzó de inmediato. Los condes de Swen no estarían contentos por la atrocidad, tendría que enviarle una carta al señor Mackenzie para que abonase el desperfecto ocurrido.

Zelina volvió a recostarse en la cama. Estaba terriblemente cansada, como si hubiese andado una larga distancia. Suspiró. El médico que había llegado para atenderla la examinó y determinó que solo necesitaba descansar. El galeno sacó el láudano para dárselo con el fin de tranquilizarla porque ella estaba temblando cuando recobró el conocimiento. Unas gotas habían logrado llegar a su boca, y aunque las escupió con fuerza, no sabía cuánto habría ingerido.

El manotazo que le dio hizo que la botella de cristal con el medicamento acabase hecha añicos en el suelo, con tan mala suerte que el láudano había alcanzado la preciosa alfombra, dejándola con una mancha horrorosa.

Ni alcohol ni bebidas que le nublasen la mente. Ella había tenido bastante de esas malas cosas mientras vivía bajo el techo de sus padres.

La habían atiborrado tanto a láudano, que cuando llegó a la casa de Mackenzie le costó muchísimo lidiar con la necesidad que le producía no ingerir ese tipo de supuestas medicinas.

Tras la muerte de Lionstar ella vivió un infierno, pero salió de

allí gracias a su fuerza de voluntad. Porque si bien no era valiente para afrontar algunas cuestiones, sí tenía una gran determinación que le hacía cumplir todo lo que se proponía.

La culpa de que no lograse recordar aquellos años importantes en los que su hermana Zelda la había necesitado tanto era de sus padres. La habían amansado con derivados de opio. El láudano era dispensado a granel, con la única finalidad de hacerla maleable, sumisa. La peor consecuencia de todo era que era incapaz de saber lo que había ocurrido con Zelda. Los gritos de su hermana, junto con el llanto de un bebé, la atormentaban en plena noche, incluso despierta, cuando un sonido, un aroma o algún otro detonante encendía la chispa de los recuerdos y la dejaba inmóvil, pálida e ida en medio de una reunión social. Pero los recuerdos no tenían sentido, veía retales a los que no lograba darles sentido. Su mente estaba rota, partida en mil fragmentos y ella no era capaz de pegar los trozos correctamente para comprender lo que tenía que hacer o buscar.

Su comportamiento extraño, uno inconveniente cuando se producía en público, le había valido para que la apodasen como la Demente de Lionstar. Bueno. Al menos esa noche había sufrido un vahído involuntario que nada tenía que ver con su mala cabeza. Y gracias a Dios, se había deshecho del duque de Rothgar justo a tiempo. No volvería a verlo nunca. No sabía cómo, pero se aseguraría de que así fuese. Zelina ya tenía suficientes problemas como para enredarse en asuntos complicados con un libertino al que no sabría enfrentar.

La puerta de madera de su alcoba se abrió con delicadez y se cerró con un pequeño clic. ¿Estaba despierta o soñando?, se preguntó Zelina.

La oscuridad de la noche y la falta de una vela alumbrando la habitación le impedían ver quién había entrado. No era Bonnie, dado que la figura era la de una persona alta. Aunque estaba muerta de miedo, porque recordaba muy bien haberle pedido a la doncella de los condes de Swen que la había atendido que cerrase con llave, se

incorporó en la cama decidida a presentar batalla. La señora Mackenzie no podía ser tampoco, porque la buena mujer se había asegurado de que ella no tenía nada malo y luego se marchó a dormir.

—Sea quien sea, le aviso que no hay joyas caras ni nada de valor en esta habitación. —Sorprendentemente la voz no le tembló ni un poco. Al fin un ápice de valentía.

—Pero está usted y vale más que cualquier artículo que alguien pueda codiciar.

Ella frunció el ceño ante ese tono de voz dulce, cargado con una pizca de arrogancia y lleno de sensualidad.

—¿Rothgar? —preguntó con un graznido.

El caballero sacó un fósforo de la chaqueta y pendió la vela que figuraba junto a la mesita de noche de Zelina. Cuando la tenue luz inundó el pequeño espacio que la separaba del intruso, la viuda se dio cuenta de que no había errado en su suposición.

—Ha sido usted muy hábil al fingir un desmayo. Una excentricidad muy elocuente que no ha dejado duda sobre lo que se proponía —le dijo James Salsbury.

—¿Fingir? No he fingido nada. Usted me alteró tanto que acabé con los nervios hechos papilla —explicó con sinceridad.

—No se ponga a la defensiva, pues no voy a censurarla por ser… imaginativa en sus maquinaciones. Conmigo no tiene que excusarse, estoy aquí, tal y como deseaba. Somos un buen equipo usted y yo. Solo con verla supe lo que anhelaba de mí. Me costó un poco convencer a los anfitriones de que me permitiesen quedarme… ya se imaginará que tuve que mostrarme muy preocupado por su salud, un caballero del todo responsable que exigió permanecer en la casa con la única finalidad de asegurarse de que usted no adoleciese de nada grave. Mañana podremos seguir cada uno nuestro camino y nadie sospechará nada sobre lo que acontecerá esta noche en esta cama —expuso, mientras tomaba asiento junto a Zelina.

—Esto no está sucediendo —comenzó a decirse para sí misma—. El médico al final se salió con la suya y me dio láudano. Tengo que estar soñando. Una nueva pesadilla, estoy segura de que eso es lo que es. Sí, todo el mundo sabe que el duque de Rothgar es un caballero apuesto, elegante, oscuro y que hace que las damas acaben suspirando a su paso. Es eso. —La mirada de Zelina se posó en la de James—. Usted no está aquí. Es solo el maldito láudano haciendo de las suyas. —Era cierto que las pesadillas que tenía no eran de esa índole, pero podían haber mutado debido a lo que había vivido esa misma noche en el salón. Un hombre como él no estaría sentado en su cama. Había mujeres más bellas a las que perseguir. Era el láudano, se repitió a sí misma.

—¿No estoy aquí? ¿Uhm? —preguntó con media sonrisa, al tiempo que, sentado como estaba, se acercaba cada vez más hacia Zelina.

—No. Es solo un sueño —alegó, convencida de que su mente había sido burlada una vez más por un tónico que no debió haber bebido.

—¿Y suele usted soñar mucho conmigo, excelencia? Porque resulta halagador, muy halagador.

Ella se quedó un momento pensativa. Luego valoró la pregunta con atención.

—Lo cierto es que sí —reconoció—. Desde que usted me abordó en aquella fiesta ha estado presente en mis pensamientos. Pero la mayoría de las veces solo era porque… —Se detuvo. Aunque él fuese un producto inventado a consecuencia del láudano tal vez no debería ser sincera.

—¿Va a ponerse tímida ahora, excelencia? Ya ha demostrado que es usted una intrigante de primera. No tiene motivos para creer que la condenaré por pensar que soy fantástico y que me desea desde que me vio. Todo lo contrario, me honra su reconocimiento.

—Está bien, se lo diré. La mayoría de las veces en las que se

cuela en mis sueños, acabo atizándole con una sartén. Y no siento remordimiento alguno cuando lo veo tendido en el suelo. —Nunca sabría de dónde había salido tal audacia. Ella no hablaba con caballeros, menos usaba ese tono. No importaba, era un sueño…

Rothgar no pudo evitarlo. Se rio con franqueza, no solo por las palabras, sino por el tono tan concienzudo que la dama empleó. Como si estuviese diciendo una gran verdad y creyese que él mereciera un castigo como el que decía.

—Supongo que me agrede porque no estoy a la altura de las circunstancias mientras le doy placer. Es comprensible. Pero no se preocupe, hoy seré excepcional, no la dejaré a medias, tal y como hace el Rothgar con el que sueña.

—No —negó con efusividad—. No lo dejo seco con un gran golpe porque usted no sea competente en asuntos prohibidos. —Si no fuera porque era algo imposible, Rothgar juraría que la dama se había sonrojado por completo al emitir esa frase. ¿Qué viuda de treinta años era capaz de ponerse tímida con una conversación ligeramente indecorosa?

—¿Entonces? —preguntó motivado por la curiosidad.

—Le atizo porque usted me humilló.

James se quedó asombrado.

—Seguro que también lo soñó. No diría una mala palabra contra una dama que me interesa tanto —le explicó.

—Lo que sucedió no fue un sueño como esto. Lo recuerdo bien, porque en aquel tiempo no había láudano para secuestrar mi mente o mis acciones. Yo estaba muy lúcida.

—¿Ha tenido problemas con el láudano? —sospechó.

—Ya no… bueno, esta noche el médico me debe de haber obligado a tomarlo, no entiendo cómo lo hizo, porque le tiré la botellita al suelo, pero seguro que eso fue después de que lograse su

cometido.

—¡Oh, mi pequeña duquesa…! No se debe abusar ni del alcohol ni del opio —observó, tras comprender lo que ella había señalado.

—Lo sé bien, por eso me cuido mucho de que no suceda de nuevo. Me nubla la mente, no logro recordar lo que ocurre a mi alrededor, pierdo mis recuerdos, olvido cosas importantes que son vitales… E incluso posibilitan que usted esté aquí ante mí. Como un sueño imposible que me gustaría vivir.

—Pero yo estoy aquí, preciosa.

—Lo sé, y lo que lamento es que esta vez no tengo una sartén a mi alcance.

—¿De verdad, cree que yo la humillaría? Jamás lo haría.

—Pero lo hizo. Un caballero comenzó a conversar de mi hermana con usted, para luego terminar hablando de mí. Recuerdo bien sus palabras. Yo le resultaba insignificante, tenía paja en vez de un pelo sedoso como se esperaría, los ojos muy juntos, la mirada perdida, los labios poco deseables. En conjunto mi rostro era repulsivo. Y luego estaba el hecho de que era tan delgada que no tenía unos senos capaces de atraer la atención de un hombre.

Rothgar frunció el ceño.

—Palabras muy duras que estoy seguro de que usted soñó. Jamás diría nada tan cruel contra una mujer, más si esa hubiera sido de mi agrado, y es evidente que me interesa, excelencia, porque he desafiado todas las normas sociales con tal de tenerla esta noche conmigo. Es usted una dama madura y exquisita, así que siendo joven tuvo que haber sido la tentación hecha carne. Estoy convencido de mis palabras. Es imposible que yo la hubiera calumniado.

—Oh, pero sí que las dijo. Yo estaba oculta tras la cortina cuando usted y el otro caballero entraron en la biblioteca. Y fue muy convincente, porque su amigo acabó coincidiendo con sus suposiciones sobre mí y afirmó que dos hermanas no podían ser tan

diferentes entre sí.

—¿Quién es su hermana? —Ella parecía muy segura de sus aseveraciones. Él comenzaba a dudar. James había sido un patán en su juventud, pero tanto… ¡imposible!

—Tengo prohibido hablar de ella. No me lo permiten. Si la nombro… Él vendrá y me hará daño. No debo decir su nombre, tampoco debía haber hablado de ella. ¡Dios, vendrá y…! —Zelina comenzó a temblar.

Rothgar la cobijó entre sus brazos. Ella se dejó consolar por él. Se apretó contra su duro pecho. Le permitió acariciarle el cabello.

—Tengo que olvidar la formalidad en nuestra conversación, Zelina —le dijo James—. ¿Me permites usar tu nombre?

—Eres un sueño tan cálido, y tus palabras y gestos son tan amables… Casi me siento tentada a cerrar los ojos y olvidar lo que supuso aquello. —Ella había dejado atrás la etiqueta.

—¿El qué, Zelina?

—Lionstar. Fue terrible. Nunca podré olvidar cómo me sentí. Hay tantas cosas olvidadas que quisiera recordar… y, sin embargo, la única de la que encantada querría dejar atrás enterrada en el pasado se resiste a abandonarme. No estoy loca, ¿sabes? Tú eres una excepción bienvenida esta noche. Un sueño inesperado. Lo que ocurre es que mi mente es un poco… Hay veces en las que no distingo lo que es verdad de lo que es un recuerdo, y luego están los sueños. Tan tenebrosos, cargados de dolor, con gritos, llantos. Tengo que buscar a un niño, pero no sé quién es, o el motivo por el que es tan importante. Atisbo la verdad en el fondo de mi mente, pero cuando casi logro acariciarla y comprenderla, regreso al presente para seguir en la penumbra. Y duele, duele no saber qué es lo que ella quiere de mí y yo no logro recordar.

—¿Quién necesita algo de ti, Zelina? —preguntó Rothgar con suavidad.

—Mi hermana. Ella llora, grita, me llama a todas horas, un sueño tan real como tú ahora mismo. Y Bonnie…, ella sufre como yo, porque ve mi dolor y pena. No quería conectarla a mí de ese modo, pero no sé cómo romper ese hilo invisible que nos une. Ella sufre y no sé cómo aliviarla tampoco. No logro ser de utilidad para quienes me rodean.

—¿Quién es Bonnie, Zelina?

—La hija de la difunta hermana de mi difunto esposo. Todos muertos. Él dice que solo traigo la ruina.

—¿Quién? ¿Tu esposo? ¿Lionstar?

—No. Mi padre. Mi padre considera que soy malvada y que todos los que están a mi lado acaban falleciendo. Dice que estoy maldita y por eso me quiere lejos. Una suerte, si quieres que te diga la verdad, porque no es cristiano que una hija sienta aversión por su progenitor, pero él es… No es bueno.

—Tú no estás maldita —apuntó, con el corazón compungido.

Zelina se separó de su abrazo en ese momento. Lo miró a los ojos y le acarició la mejilla.

—Vete, no me perturbes más —le rogó, usando el mismo tono íntimo.

—Esto no es un sueño, Zelina. Estoy aquí porque te deseo —reconoció con humildad.

—¿Cómo puedo estar segura de que dices la verdad? Tu presencia me hace dudar de mi mente otra vez y no me gusta cuando eso se sucede. No estás aquí, no puedes estarlo. Eres un descanso de las pesadillas tenebrosas, solo eso.

—Estoy aquí porque eres una mujer fascinante y hacía tiempo que no me excitaba la persecución de atrapar a una dama como tú.

—Yo no soy lo que dices —desechó su confesión de inmediato—. Pero estoy más preocupada por saber el modo con el que diferenciaré

lo que es real y un sueño. Tú te sientes real y en cambio sé que no estás aquí. Mi mente vuelve a estar enferma —alegó en un susurro.

—Hay quien se pellizca el brazo.

—Es cierto. Yo suelo hacerlo a menudo para huir de las pesadillas que me absorben.

—Entonces hazlo ahora —le recomendó.

Zelina se llevó la mano hasta el lugar y se dio un buen pellizco.

—¡Aaaaah! —exclamó motivada por el dolor—. Estoy empezando a pensar que no eres producto de un sueño —señaló algo alarmada.

Él le sonrió.

—Es que estoy aquí, Zelina, en tu habitación.

La duquesa viuda apartó las sábanas con un movimiento rápido y saltó de la cama. Rothgar no pudo hacer nada para evitar que ella escapase de sus redes.

La dama comenzó a caminar por la habitación con inquietud mientras decía cosas inconexas en voz baja. Al pasar cerca del borde de la alfombra que se había manchado, y dado que iba descalza, un pequeño vidrio se incrustó en su pie.

—¡Aaaah! —gritó, mientras se ponía a la pata coja. Se sentó en la silla más cercana y vio que en la planta del pie tenía un hilo de sangre. Sacó el cristal y lo dejó en la mesilla.

—¿Estás bien? —cuestionó, al tiempo que llegaba hasta su posición. Se acuclilló, le cogió el pie y se lo examinó. Se trataba de un corte minúsculo que no debería darle problemas.

—¡Dios santo! Estás aquí de verdad —dijo con terror. Apartó el pie para no sentir las manos masculinas sobre su cuerpo.

—Te lo he estado diciendo todo el rato. Eres una de las mujeres más intrigantes que he conocido, y te aseguro que a lo largo de los

años me he cruzado con damas del todo creativas, pero tu teatro me ha dejado sorprendido por completo. Un desmayo y luego inventarte todo eso del sueño…

—¿Teatro? ¿Un invento? —inquirió incrédula.

—Vamos, primero el desmayo, luego todas esas cosas que me contabas en confidencia y que tenían como finalidad despertar mi ternura. ¿Por qué quieres que me sienta tierno contigo? Es costumbre que mis amantes busquen que me vuelva loco, que las haga inflamarse mientras yo me consumo con ellas, pero tú tienes otra táctica que me resulta… peculiar. —No sabía cómo definir a Zelina.

—¡Yo no deseo intimar contigo! —le escupió a la cara. Luego se llevó una mano a la frente—. ¡Oh, por amor del cielo! ¡Todo lo que te he contado! —La vergüenza al ser consciente de que había hablado de más porque creía que estaba de nuevo bajo los potentes efectos del láudano… ¿Se recuperaría alguna vez de esa dependencia insana que le produjo el abuso al que sus padres la sometieron a dicha sustancia?

—Tus secretos están a salvo conmigo. Ahora… ¿Vamos a la cama? —sugirió con alegría. La deseaba muchísimo. Hacía tiempo que no sentía ese apetito tan fuerte por una dama.

—¿A la cama? —preguntó con la boca abierta.

—Has hecho un gran esfuerzo para calentar mi sangre, cosa innecesaria del todo. Te prometo que solo me bastó verte con ese vestido negro y el moño estirado para que la temperatura de mi cuerpo se elevase. Y sin embargo… —le dio una mirada tan ardiente que ella se sintió desnuda—, estás excepcional con el cabello cayendo en cascada por tu espalda y ese liviano y modesto camisón. La sencillez en una mujer siempre me ha vuelto loco. Tú me has vuelto loco —repitió— nada más has tratado de huir de mí. Eres hábil, Zelina Myers. Habita en ti una seductora nata, una que sabe manejar muy bien sus armas de mujer, dado que la inocencia que aparentas, como si no fueses una ardiente viuda de treinta años, haría que el hombre más virtuoso se convirtiese en un licencioso impenitente. Lo cual es una

suerte porque siempre fui un pícaro.

—¡No soy nada de lo que usted dice!

—Ah, volvemos al uso de la formalidad… —observó divertido. Ella era muy refrescante. Lo tenía al borde de la desesperación y ni tan siquiera la había besado aún.

Zelina le dio un pequeño empujón que lo dejó sentado sobre sus posaderas en la alfombra y se puso de pie.

—Si se entera de esto apartará a Bonnie de mí. Y lo hará con razón. El señor Mackenzie confía en mi integridad, no dejará que su hija esté criándose con una dama de moral laxa que la podría llevar por mal camino. Y luego está la señora Mackenzie… es buena y paciente, pero esto no me lo perdonará jamás. —Zelina se detuvo y lo buscó con la mirada—. Tiene que marcharse de mis aposentos y hacerlo con la seguridad de que nadie lo descubra. Estoy convencida de que a lo largo de los años habrá perfeccionado una técnica formidable para huir de las dependencias de sus amantes, así que póngalas en marcha y salga de aquí de inmediato.

—¿Estás celosa? Porque me parece que es así —aseguró mientras se acercaba a ella.

Zelina se escabulló de sus brazos justo cuando él estaba a punto de atraparla.

—No soy la mujer que cree, Rothgar. Le aseguro que no hay ni un poco de intriga en mí. No sabría ni por dónde empezar en caso de desear llamar la atención de un caballero.

La mirada incrédula que le dio le dejó bien claro que él la consideraba una absoluta mentirosa. Y antes de que ella pudiese decirle algo, el duque la tuvo retenida contra la pared más cercana. Apresada y sin escape alguno.

Zelina sintió su corazón martillear con fuerza. Una emoción desconocida mezclada con el pánico que tan bien conocía. Tenía miedo, pero había expectativas también. ¿Por qué? ¿Cuál era el

motivo por el que se sentía nadar entre la emoción y el pánico?

—Sí, he escuchado eso muchas veces —comenzó a susurrar James cerca de su oreja—, pero en unos pocos minutos te delatarás. Justo cuando mis dedos estén sobre tu húmedo sexo comenzarás a demostrar tu verdadera esencia, una que te ayudaré a dejarme ver. Mis besos te amansarán. Comenzaré por tu boca —le colocó dos dedos sobre los labios—, porque necesito saber si eres tan picante como pareces, aunque imagino que habrá un regusto dulce en tu lengua que me hará darte las gracias por haberme atraído hasta tu cama. Seguiré bajando por tu cuello —los dedos comenzaron a acariciarle esa parte—, aquí no depositaré besos, sentirás mi lengua deslizarse por esta zona tan sensible. Acabaré aquí —llevó el dedo hasta el lóbulo de la oreja y le dio un pequeño masaje en ese lugar—. Envolveré mi boca en ese pequeño pedazo de carne y para entonces estarás completamente a mi merced, imaginando lo que será tener mi lengua saboreando tu intimidad, azotando con intensidad ese pequeño nódulo que escondes entre las piernas y que te da tanto placer cuando llevas tus dedos allí para complacerte tú misma. Tus jadeos serán mi premio, tus gemidos, mi gozo, porque seré yo quien te llevará al éxtasis mientras pides más y más, aunque ansíes un poco de clemencia por mi parte. Y no pienso olvidar tus senos. Unos deliciosos que, aunque no son exagerados, coparán la palma de mi mano. Estoy deseando torturar ambos pezones, mamar de ellos mientras mis manos se deleitan agarrándolos, amasándolos solo porque me gustará tocarlos y verte deshacerte con mi toque. Así, que dime, Zelina… ¿Qué quieres primero? ¿Mis besos o la necesidad que he creado en ti con mis palabras inmorales te tienen ya más que lista para que me arrodille bajo tu delicado camisón? Puedo empezar por donde quieras, pero te aseguro que el final será el que yo deseo, y eso es a ti contra esa misma pared sobre la que estás, agarrada de mi espalda, gimiendo sin freno, mientras yo empujo dentro de ti sin contención, solo para mi deleite. Será un final algo rudo, pero te juro por la lujuria que ahora mismo recorre mis venas, que lo agradecerás tanto o más que yo, porque volverás a gritar mi nombre una segunda vez después de darte una deliciosa satisfacción. Y me tendrás, me tendrás corriendo por tus entrañas, mi simiente en tu

interior marcándote a fuego. Entonces descansaremos y volveremos a comenzar, pero la segunda vez será en la cama, de un modo más pausado, más tranquilo. Daré buen uso de tu boca, porque serás generosa y me devolverás lo que yo te he dado. ¿Empezamos, amor? —le preguntó, sabiendo que ella no podría negarse a sus peticiones. En todos los años que llevaba complaciendo a las mujeres, nunca le habían fallado las palabras lujuriosas.

Se fijó en los ojos de la mujer que sostenía contra la pared. Ella los tenía completamente abiertos. Rothgar veía el deseo reflejado en ellos, la curiosidad y algo más que no lograba identificar. Sonrió con complacencia. Sus armas varoniles todavía le servían como el primer día en el que las puso en práctica.

Se acercó a ella, sacó la lengua y le lamió los labios femeninos. Un gesto lleno de depravación, pensado para darle un anticipo de lo que pronto llegaría. Estaba seguro de que si deslizaba la mano bajo ese camisón virginal que ella llevaba, la encontraría empapada debido a la anticipación, a las promesas de lo que acontecería esa noche. Se resistió a palpar su humedad, porque de lo contrario la obligaría a rodearlo con las piernas y la profanaría en primera instancia. La deseaba tanto que su virilidad presionaba contra sus estúpidos pantalones causándole un dolor horroroso.

Se pegó al cuerpo femenino para que su hombría tuviese algo contra lo que friccionar. Estaba tan necesitado que no sabía si lograría no acabar deshonrándose por completo antes de comenzar.

—Por… —comenzó ella a rogar, pero él no le dio opción, pues, cuando abrió la boca, la lengua del duque se metió en la boca de Zelina para poder darle un beso tan intenso, húmedo y carnal que acabaría por dejarlos a los dos con un gran vacío cuando le pusiera fin.

El duque cerró los ojos, deseaba concentrarse y no perderse ninguna de las sensaciones que ella le despertaba. Quería sentir cada gesto de Zelina, por pequeño que fuese, embeberse de cada respuesta que él le provocase.

La sentía moverse inquieta, los besos que le devolvía también eran… ¿extraños? Parecía como si quisiera escapar de su agarre, de la presión que ejercía su boca en la de ella. Sintió una humedad en la mejilla derecha. ¿Lágrimas? Esa pregunta formada en su mente hizo que se separase y abriese los ojos de inmediato.

Se fijó en ella. Tenía los ojos apretados, su posición era defensiva y… ¡por Dios!, ella estaba llorando en silencio. La soltó como si quemase y dio un largo paso atrás.

—Dime que todo esto forma parte de tu juego. Que te gusta ser una de esas damas que simulan que un caballero las fuerza… —Rothgar se sintió estúpido tras formular la orden, porque la vio deslizarse por la pared, con los ojos todavía fuertemente apretados, para terminar sentada en el suelo mientras se agarraba las piernas y se hacía una especie de pequeño ovillo.

Rothgar se mesó el cabello. Ninguna mujer era tan buena actriz. ¡Dios santo! Se había equivocado por completo con esa dama. La duquesa viuda de Lionstar no estaba jugando a nada. ¡Dios!

Se acercó y se puso de rodillas ante ella. Llevó una mano para apartarle los mechones de pelo del rostro, pero Zelina saltó cuando lo sintió y ladeó el rostro para evitar que la tocase.

—Te lo suplico, tienes que entender que yo… Yo… —Por primera vez en sus treinta y ocho años al duque le fallaron las palabras.

Ella estaba completamente aterrorizada y él no tenía la menor idea de cómo comportarse frente a esa situación que se estaba produciendo y había sido insospechada por completo. Descubrió que la duquesa viuda de Lionstar no había estado bien dispuesta a su seducción y que su instinto como depredador había fallado estrepitosamente.

¡Santo Dios bendito! Casi la había violado, a una dama que estaba llorando en silencio, en el suelo y con los ojos fuertemente apretados. ¿Cómo, en nombre del Creador, él había creído que ella…?

Se pasó las manos por el rostro.

—Lo siento, de verdad que lo lamento. Yo… te lo suplico, no llores, te juro que no pensaba que tú no estuvieses… Yo… —Quería morirse.

James Salsbury deseaba que la muerte lo atravesase de inmediato, porque él había trabajado para la Corona como diplomático, tan bueno era en los asuntos del reino que había desarticulado incluso una gran conspiración que amenazaba la vida del rey George. Eso le valió para que lo recompensaran con un título, con el ducado de Rothgar, incluso el monarca le permitió presentar ante el Parlamento la petición para legar el título de conde de Essex, que le tocaba recibir por derecho de nacimiento, a su hermano menor, Aaron Salsbury. Había logrado un imposible. Dos en realidad, y su estupidez y bravuconería le habían impedido darse cuenta de que la duquesa viuda no era para nada una mujer mundana. Su engreimiento le había hecho posicionarse como ganador en un juego al que solo él sabía cómo jugar.

¡Dios del cielo! Iría al infierno por lo que había hecho. Sus manos estaban manchadas de sangre, había matado a hombres en defensa propia, pero jamás le había hecho daño a ninguna mujer, y la que tenía frente a él estaba destrozada por su causa y no tenía la menor idea de cómo remediar la situación, porque quería abrazarla, consolarla y explicarle que… ¿qué le explicaría? ¿Que era un imbécil absoluto que había creído que ella…? ¡Dios! Ella misma se lo había dicho, que no quería sus atenciones y él, vanidoso, cruel y libertino, no le había hecho ningún caso.

—Por favor… Zelina… Tienes que comprender que no quería… Yo no pensé que tú…

—Vete —susurró, con un hilo tan fino de voz que él no la llegó a entender.

—¿Qué has dicho? —le preguntó con suavidad, con dulzura.

—¡Vete…! —repitió ella un poco más alto.

—Pero no quiero dejarte así. He sido un completo patán, te juro que no era mi intención hacerte daño. Yo no… No hago daño a las mujeres, no sabía que tú…

Ella levantó el rostro que había tenido enterrado entre las rodillas y lo miró. La dama se obligó a mantener la poca cordura que le quedaba, a mostrarse firme y eso iba a ser un esfuerzo hercúleo debido a su carácter poco temperamental.

—Ya me has demostrado que no sirvo para nada, te dije que yo no era ninguna intrigante, pero no me creíste y…

—Pero lo hago ahora —la cortó—. Te resarciré del modo en el que sea, te lo juro. Yo… te lo suplico, no llores, tienes que perdonarme. —A Rothgar se le estaba rompiendo el corazón. Le parecía sensato ofrecerle matrimonio para suplir la afrenta, pero no se atrevía. Ella no lo vería con buenos ojos, dado que él se había aprovechado de ella. No tenía ante sí a una mujer adulta, sino a una niña temerosa, a una muchacha que gritaba por su ayuda, por su consuelo, y él no sabía ofrecer otro tipo de alivio que no fuese el que se otorgaba en la cama.

—¡Vete…! —le dijo nuevamente. Esa vez con más energía.

—No puedo dejarte así. Por favor, Zelina, te lo juro, ha sido una confusión imperdonable. Deja que te lleve a la cama, te prometo que no… —Le tendió una mano y ella se apartó de inmediato. James desistió del intento de tratar de llevarla al lecho solo con la finalidad de tranquilizarla, sin que mediase ningún subterfugio oculto. Comprendía que no desease su contacto. ¡Maldito patán insensible estaba hecho! ¿Cómo iba a saber él que todavía quedaba una dama como Zelina en todo el reino? Una mujer que temblaba con el contacto de un hombre, que se echaba a llorar cuando se le insinuaban los placeres carnales más prohibidos… ¡Por amor de Dios, ella era viuda! ¿Qué clase de maldito estúpido había sido Lionstar? Al hacerse esa pregunta mental se puso todavía más pálido. Solo podía haber una explicación posible para lo que ella estaba sufriendo debido a lo que había sido un ataque que él no hubiera deseado llevar a cabo. Ella

había sufrido malos tratos por parte de su esposo.

Era definitivo. No podía haber hecho nada peor para hacerle daño a la dama.

—Déjame con mi miseria, vete… —Las palabras, se dio cuenta el duque, fueron un ruego tan crudo que no le quedó otra que ponerse de pie para obedecer.

La observó desde la altura. Ella tenía la vista fija en un punto, no lo miraba a él.

—Lo siento. Te juro por mi honor que creía que estábamos jugando. Te consideré una mujer mundana, una viuda experimentada. No sabes cuánto siento haber llegado tan lejos. Acepta mis más sinceras disculpas y… yo… me pongo a tu disposición en todo lo que necesites, aunque comprenderé que no quieras verme en tu vida. Lo siento muchísimo. Te aseguro que no volverás a tener que soportar mi presencia nunca más. —Al duque le tembló la voz.

Con el corazón destrozado y sintiéndose el más miserable de los hombres, abandonó la habitación con la cabeza baja. Salió de la casa de los condes de Swen sabiendo que su prepotencia había puesto a una mujer en una situación en la que nunca debió ponerla.

Había estado tan equivocado con ella… Se despreciaba por el error cometido.

Y mientras un hombre hacía balance de lo que había sucedido, una mujer se echó sobre la cama para llorar sin timidez. Lloró por no ser como el resto, por tener miedo de lo que su propio cuerpo le había transmitido mientras escuchaba las palabras ardientes que él le decía, por no saber comportarse mientras él le acariciaba los labios y el cuello, y por temer lo que Rothgar había despertado en ella. Por ese fuego tan brutal e impactante que se prendió en sus entrañas, que la había hecho temblar, que no fue capaz de controlar y que le hizo sentirse todavía más débil de lo que ya era. Porque el temor de la magnificencia de lo que él había hecho nacer de la nada la aterró y no supo cómo canalizar todo lo que confluyó en su interior: salvaje,

poderoso, inesperado y desquiciante.

Rothgar la había abrumado, tanto que se sintió desprotegida, débil, así que hizo lo que había hecho durante toda su vida: llorar y resistirse a lo desconocido. Protegerse de algo tan poderoso que la hubiera hecho añicos en caso de no haberlo detenido. Zelina le había conferido un poderoso poder a Rothgar sin saberlo. Pues él sería capaz de sacudir todo su mundo, uno que ya había estado en ruinas y que le costó muchísimo reconstruir. Así que dejarlo marchar sabiendo que él se sentía culpable, aunque no lo era en absoluto, había sido lo mejor.

No podía arriesgarse a permitirle la entrada en su vida. Él era peligroso. Ella solo necesitaba a Bonnie y a la señora Mackenzie para sostener los pilares de esa frágil seguridad que había estado a punto de derrumbar un duque seguro de sí mismo, apuesto como el pecado y tan varonil que la había hecho temblar desde la cabeza hasta la punta de los dedos del pie.

Al día siguiente volvería a salir el sol, pero esa noche se permitiría el consuelo de llorar, de maldecir por sentirse poca mujer y no ser más fuerte y atrevida.

Capítulo 4

Las pesadillas se intensifican

Esa tarde, mientras Bonnie se echaba su obligada siesta y la señora Mackenzie hacía lo propio, Zelina se había sentado en un cómodo *chaise longue* de la biblioteca con un ejemplar de la señora Radcliffe en las manos. Uno peligroso que tal vez no debería leer, pues *Los misterios de Udolfo* la sobreexcitarían todavía más, dado que esa famosa novela gótica tenía bastante parecido con su propia vida, salvo que no había ningún castillo excéntrico y oscuro donde vivir aventuras aparentemente sobrenaturales.

Había pasado los primeros pasajes de la novela y estaba aterrada, pero llena de esperanza por encontrar un final feliz. Los problemas a los que se enfrentaba la heroína la tenían aferrada a la lectura.

Los ojos de Zelina estaban cerrándose poco a poco. Imaginando lo que sería vivir una gran historia de amor. El libro quedó apoyado sobre su pecho y ella emitió un leve suspiro.

Habían pasado dos semanas desde que compartiese ese esperpéntico suceso con el duque de Rothgar. Dos semanas en las que sus sueños habían pasado de ser excesivamente oscuros a un gris más claro, incluso se atrevería a opinar que estaban resultado demasiado subidos de tono.

Estaba contrariada.

Cada vez que sus ojos se cerraban y se ponía a pensar cómo sería la historia de su vida si alguna escritora como la señora Radcliffe la

plasmase en un papel, el protagonista masculino sería él.

Rothgar.

Un duque que la había perturbado tanto que, en vez de estar furiosa o enfadada por las confianzas que se había tomado sin su consentimiento, la había hecho desear conocer más, saber qué había tras ese beso increíble que la había hecho ponerse a llorar sin sentido. ¿Por qué se comportó de esa forma, si después del suceso no había podido olvidar lo que fue, las palabras cargadas de emoción y promesas con las que él la había deleitado?

Su inexperiencia y temple tenían la culpa de todo. Aunque en honor a la verdad, sí estaba disgustada con Rothgar, porque a sus años ella ya se había conformado con lo que tenía, no aspiraba a nada más, menos con respecto a asuntos carnales y prohibidos. Y de pronto, él le había hecho soñar con caricias, con besos imposibles e increíbles, con lo que sería ser tocada y poseída por un hombre que supiera lo que se hacía.

Tiempo atrás había valorado una extraña oferta que le hizo una dama llamada Duquesa X, donde le había explicado, a grandes rasgos y sin entrar en demasiadas explicaciones, que la tristeza de los ojos de una mujer podía mitigarse con la lujuria. Esa apreciación la dejó escandalizada, pero muy curiosa, por eso había accedido a que la desconocida le permitiese adentrarse en ese mundo cálido que tenía tantos secretos para Zelina. No obstante, cuanto más lo pensaba, más trabas le había puesto a lo que la Duquesa X le había planteado. Una cosa era tener al hombre indicado para inmiscuirse en los placeres a los que ella no había tenido acceso, y otra muy diferente confiar en un auténtico desconocido al que tenía que otorgarle total libertad sobre su cuerpo.

Ah, pero Rothgar no era ningún desconocido para ella. Era el ejemplar masculino que cualquier mujer elegiría para el placer o la procreación, una cuestión que se daría si el mundo real fuese la selva y se midiese en belleza y protección. Y no solo eso, el hombre que una vez la humilló la había convertido en el centro de una seducción

demasiado agresiva para la que ella no había sido preparada. La deseaba. James Salsbury, duque de Rothgar, le había dicho sin tapujos que quería tenerla en su cama, para que ambos disfrutasen.

Zelina se llevó la mano a los labios y se los tocó. Tantos días después, y todavía era capaz de sentir la impúdica lengua del duque lamiéndole los labios, forzándola a responder a sus demandas con el mismo ímpetu con el que él las otorgaba.

La duquesa viuda de Lionstar se sentía como una estúpida por tener esos deseos en esos precisos momentos, era decir, después de haberlo echado a patadas de su habitación y tras haberle hecho comprender que no deseaba nada de él. Oh, Dios, ¡y él le había jurado que nunca más le impondría su presencia!

No. Zelina no estaba contenta ni por cómo habían transcurrido las cosas, ni del resultado de ese nefasto encuentro. ¡No podía dejar de pensar en él a todas horas! Era incapaz de no rememorar la presión de su duro, musculoso y fuerte cuerpo sobre el suyo.

Sentía un poderoso deseo que resultaba del todo descorazonador. Una necesidad que la hacía inflamarse por dentro. Tan poco sofisticada como era, y Zelina entendía que había desperdiciado la única oportunidad que se le había presentado para descubrir lo que ocurría entre dos apasionados amantes.

Recostada en el cómodo sofá, con la mente puesta en aquella noche tan intensa, la respiración se le fue ralentizando todavía más. El sueño la venció. Rothgar protagonizó ese inicio somnoliento, su apasionada boca comenzaba a tentarla, escuchaba los susurros vergonzosos que le advertían lo que le esperaba. Zelina estaba maravillada con el poder que tenía el duque incluso siendo solo un verdadero sueño picante cargado de promesas.

Se removió en el sofá. El sueño estaba cambiando su curso. Una figura femenina, oscura, se plantaba ante ella para regañarla y gritarle con todas sus fuerzas. Le recriminaba su dejadez. La mujer a la que nunca lograba ponerle rostro era una mancha negra, pero gritaba,

lloraba y luego le hablaba de modo inconexo. Zelina le preguntaba qué era lo que deseaba de ella, le suplicaba que no angustiase su descanso, que le hablase de un modo que pudiese entender sus peticiones, pero esa figura no atendía a razones.

Quería despertarse. Cuando aparecía esa oscuridad en sus sueños, ella sabía que era hora de despertarse, pero tenía tanta curiosidad, escuchaba tanta lástima en las palabras espetadas por la desconocida que le era imposible regresar al mundo real.

Se sacudió con más intensidad en el *chaise longue* donde reposaba. La mujer que perturbaba sus sueños estaba zarandeándola, Zelina sentía miedo.

Abrió los ojos de golpe. Un grito desesperado se escuchó, provenía del piso superior.

—¡Bonnie! —chilló la duquesa viuda, al tiempo que se ponía de pie y se disponía a ir a toda carrera a fin de tranquilizar a la niña.

Compartían ese desasosiego, las dos soportaban pesadillas tenebrosas. Zelina se maldecía porque el vínculo que había desarrollado con la pequeña era tan fuerte que la hacía partícipe de sus inquietudes más oscuras. Zelina había sido como una madre para la niña, y cuando una tenía esos aterradores sueños, la otra parecía sentirlos.

La duquesa viuda llegó hasta la habitación de Bonnie y se lanzó hacia la cama para sostener a la niña, quien lloraba intensamente. La cobijó entre sus brazos y comenzó a susurrarle palabras tranquilizadoras.

—Es horrible, tía Zelina. Ella está sufriendo. La veo y quiere llevarme a algún lugar, y entonces lucho, y ella se enfada y me grita.

Zelina cerró los ojos. En esas dos semanas en las que Rothgar había copado sus pensamientos, ni la otra joven ni ella misma habían tenido un mal sueño. Esas pesadillas se producían a rachas, pero nunca habían tenido un descanso tan largo como hasta ese momento.

—Solo son sueños, tesoro. Nadie puede hacerte daño.

—Pero siento su dolor y no entiendo sus peticiones. No quiero seguir así. Tengo miedo de acostarme a descansar. Es como un fantasma que me acecha entre las sombras.

—Es un sueño —insistió—. Estás a salvo, tesoro mío.

—No lo creo, su rabia aumenta cada día. ¿Por qué me sucede esto? ¿Qué he hecho para enfadar a un espectro?

—No has hecho nada malo, Bonnie. Todo esto es culpa mía.

—¿Enfadaste tú al fantasma? ¿Es por eso por lo que estamos malditas?

Zelina suspiró. Dado que la muchacha era muy astuta e inteligente, había demostrado en más de una ocasión que tenía la madurez suficiente, pese a sus catorce años, para comprender asuntos complicados. De tal modo que hacía un par de años, Zelina le había confesado que ella también sufría pesadillas, y a medida que compartían esas escalofriantes visiones, las dos comprendieron que se trataba de una figura oscura que se asemejaba a una mujer. De alguna manera Zelina, debido a esa cercanía que había compartido con Bonnie desde que era un bebé, la había hecho partícipe de esa locura que tenía lugar casi siempre por la noche. Aunque la niña tenía razón, a medida que el tiempo pasaba, los sueños perturbadores se intensificaban y ya tenían visiones incluso a la hora de la siesta.

La duquesa no tenía la menor idea de cómo acabar con todo lo que las atormentaba. Ella era muy capaz de enfrentar a los demonios mismos, esos que el láudano le había metido en la cabeza y que le habían hecho olvidar tantas cosas del pasado. Zelina creía que si trataba de olvidar los años más duros, los que acontecieron antes de que Bonnie llegase a su vida, todo iría bien. Y en verdad parecía que alguien del otro mundo quisiera atormentarla, y lo que más daño le causaba era que la niña había acabado en el medio de una situación que no tenía la menor idea de cómo remediar.

En su desesperación, Zelina había consultado con un par de médiums que estaban causando sensación en Londres, dado que el esoterismo iba en auge, en especial en algunas fiestas donde se decía que se invocaban a los muertos. Resultó una patraña todavía peor, dado que, según aquellas farsantes, ella tenía a tres pretendientes enamorados que la harían feliz. Aquello fue hacía cinco años y no hubo ni uno solo. Además, que la duquesa no necesitaba a ningún hombre enamorado, sino conocer la razón de esas pesadillas.

—No estás maldita, Bonnie. Tú eres luz pura y ni la sombra de las pesadillas conseguirá apagarte. ¿Me oyes? Eres fuerte, mucho más fuerte que yo, tienes la fuerza de tu padre, por tus venas corre sangre escocesa, así que no tienes nada que temer, ni despierta ni dormida.

—Pero esto tiene que parar… No quiero seguir gritando en medio de la noche. Los sirvientes hablan, ya sabes…

—Sí, sí que lo sé. —A ella la habían apodado la Demente de Lionstar y si no encontraba una solución para el problema, Bonnie acabaría siendo también estigmatizada por su culpa. ¿Cómo podría ayudar a la desconocida que se colaba en sus sueños si no la entendía? Ni tan siquiera Bonnie había sido capaz de comprender lo que deseaba. Cuando la figura oscura se colocaba en los sueños de su preciosa niña, solo lo hacía para agarrarla y tratar de llevársela lejos de Zelina. Eso le había dicho la pequeña desde que intuyó lo que sucedía mientras dormía.

—¡Oh, mi niña!, oh, ya está aquí tu abuela.

La señora Mackenzie entró en tromba en la habitación. Zelina estaba segura de que la mujer había escuchado el grito de su nieta de inmediato, pero había necesitado tiempo para adecentarse y salir perfectamente vestida y peinada de la habitación donde se había retirado para dormir una pequeña siesta también.

—Estoy bien, abuela —le dijo la niña, pues cuando tenía una pesadilla era Bonnie quien terminaba consolando a la señora Mackenzie.

La anciana se sentó en la cama y le tomó la mano a Bonnie. Le dio un par de golpecitos. La niña seguía atrincherada en el lecho.

—Oh, mis pobres nervios. Esos gritos me llevarán a la tumba. ¡Oh, cielos! Me he levantado tan rápido que me he mareado y luego la doncella ha tardado una eternidad en venir a asistirme. ¡No pasaré de este año, lo sé! Y la ceremonia fúnebre será un desastre. Debería dejar las anotaciones para que sepáis cómo debéis proceder, y de quién os tenéis que asegurar que esté presente mientras me sepultan bajo tierra.

—No va a pasarte nada, abuela. Eres tan fuerte como un roble.

—Algún día me moriré. Y esa hurraca de Madison Stirling bailará sobre mi tumba. No debéis dejar que lo haga. Siempre estuvo celosa de mí. Siendo escocesa como soy, me vio como el rival más fuerte. No había ni un gramo de vulgaridad en mí. Llegué a Londres y deslumbré. Esa envidiosa no logró desprestigiarme. ¡Y vaya si lo intentó! ¡Criadora de ovejas!, así me llamaba: Lyla Mackenzie la criadora de ovejas. Cierto que mi padre era un hombre influyente que hizo del pastoreo una fortuna, pero… ¡No le salió bien a esa víbora deslenguada! Un diamante. Esa fui yo en mi presentación en sociedad. Debéis tener cuidado con Madison Stirling, si me sobrevive tratará de hacer alguna de las suyas. Tal vez se las ingenie para escribir en mi lápida que yo era una criadora de ovejas… Una mentirosa, eso es ella. Y una envidiosa de primer orden. No la dejéis presenciar mi entierro, escupiría sobre mi tumba.

—Abuela, tienes mi más solemne palabra de que Madison Stirling no estará presente cuando te demos tu último adiós —sentenció rigurosa la joven.

—¿Quién es Madison Stirling? —preguntó por lo bajo Zelina, pues la anciana acusaba un poco de sordera... pero solo cuando le convenía.

—Una nueva enemiga de su juventud que deberemos incorporar a la larga lista que ya tiene —respondió en el mismo tono escueto

Bonnie—. No vas a morirte, por lo menos hasta dentro de cien años —le indicó a la mujer, lo suficientemente alto para que la escuchase.

La anciana se quedó mirando a Bonnie con una sonrisa amorosa. Le volvió a dar un par de toquecitos en la mano.

—No viviré para siempre, Bonnie, pero esta impetuosa escocesa te promete que estará aquí para verte debutar… de un modo u otro —dijo por lo bajo—. Serás magnífica. Otro diamante. Todo el mundo dirá que la nieta de Lyla Mackenzie es igual de insuperable que su abuela. Todos los caballeros ingleses harán cola para poder cortejarte. A tu padre le saldrán canas verdes cuando tenga que enfrentarse a un ejército de pretendientes. Tienes que elegir bien. Es importante decantarse por un buen hombre —le explicó la anciana en tono de confidencia—. Los ingleses son los caballeros más cotizados, especialmente uno con título y fortuna.

—Pero, abuela, tú te casaste con un escocés —le recordó.

La anciana se rio con ligereza.

—¡No había ningún otro capaz de domarme! Solo tu abuelo —exclamó con orgullo—. Criadora de ovejas… Esa Madison Stirling se enfrentará al fuego eterno por sus palabras. Yo era como una potranca fogosa y llena de vida, capaz de correr al viento sin ninguna preocupación. Solo un escocés logró refrenarme. Oh, tu abuelo… Si lo hubieses conocido —le dijo con ternura—. Niall se parece a él. Todo un granuja apuesto que no quiere sentar la cabeza. Cuando tu madre lo encontró lo quiso con locura. Era el más guapo. Mi hijo no quería venir a Londres a buscar esposa, tu tío, el difunto esposo de Zelina, trató de apartar a Cristhel —ese era el nombre de la hermana de Lionstar— del camino de Niall… Al revés, Lionstar no sabía cómo librarse de Niall, y se topó con un escocés todavía más intempestivo que el padre y la madre que lo engendraron. Fue por orgullo, lo sé. Se quedó con ella porque el duque de Lionstar censuró el matrimonio. —La anciana permaneció un momento en silencio. Zelina supuso que la señora Mackenzie estaba rememorando el pasado. Hasta donde ella tenía entendido, el matrimonio entre Niall y la hermana del duque fue

algo turbio, debido a la fuerte oposición de Lionstar al escocés—. Y llegaste tú. Al fin me dieron una nieta. Una escocesa tan brillante como su abuela.

—Soy medio escocesa, abuela —le recordó la niña.

—¡Tonterías! —dijo la mujer haciendo un aspaviento—. Tu padre es tan testarudo como yo, así que cuando te engendró se aseguró de que Escocia fluyese entera por tus venas, estoy segura. Y tus hijos serán descendientes de los *highlanders* robustos y guapos como mi Niall.

—Dirán que estoy demente como tía… —Se silenció en cuanto se dio cuenta de lo que casi estuvo a punto de decir—. Lo siento —le ofreció una disculpa a Zelina.

La duquesa le sonrió. Era imposible enfadarse con Bonnie. Además, la niña no había dicho ninguna mentira.

—¿Por dar unos pocos gritos? —intervino la abuela—. Eres descendiente de escoceses, querida mía. La energía que tienes en tu interior te hace imprevisible. Hay energía fluyendo en tu ser, como un rayo que necesita salir por algún lugar. Solo es la fuerza incontrolable que precisa fluir.

—Es más que eso, abuela. Lo sabes. Las pesadillas cada vez son peores. Y no creas por un momento que no sé que con toda esta historia sobre tu pasado tratas de hacerme olvidar lo que he soñado.

La mujer le sonrió.

—Y tan inteligente que a cada paso tendrás que sacudirte a uno o dos caballeros para poder avanzar. Te convertirás en una dama elegante, una esposa fantástica y una madre amorosa. Te presentarás en Londres, tu tía te patrocinará, para eso sigue siendo una duquesa, y luego iremos a Escocia para que elijas al mejor campeón.

—Abuela… ¿Para qué quiero ser presentada cuando cumpla los dieciocho años si luego pretendes que elija a un escocés?

—Porque ningún inglés enclenque logrará traerte felicidad —alegó con convicción la señora Mackenzie—. ¿Vas a comparar a tu padre con un caballero delicado y ocioso? Sería un sacrilegio siquiera intentarlo. Tu tía Zelina lo sabe bien. Ni ese joven duque que la persiguió como un perro baboso en nuestra última fiesta puede equipararse a mi Niall.

Zelina gimió. ¡Tenía que hablar de ese suceso en esos momentos! Sin lugar a duda, la señora Mackenzie contaba con el don de la oportunidad.

—¿Te persiguió un hombre? —preguntó la niña con los ojos abiertos.

—Vaya que sí —afirmó la abuela. Zelina vio a la mujer apretar los labios con fuerza—. Uno irritante, si quieres mi opinión. Tu tía recorrió todo el salón huyendo y el bribón no se desanimó. Los ingleses no entienden de sutilidades.

—Abuela, te negaste a casarte con el abuelo tres veces —tuvo que recordarle Bonnie.

La anciana le sonrió.

—El señor Mackenzie tenía que demostrarme que era constante en sus afectos. Una dama no merece más que la devoción de su esposo. Hay que martirizar un poco a los pretendientes para estar segura de que son la elección correcta —susurró, como si estuviese aludiendo a un gran secreto.

—¿Podemos retornar a lo del duque que estaba persiguiendo a tía Zelina? —preguntó curiosa Bonnie.

—Sí, claro —indicó la anciana—. Pero eso no es tan increíble como que él tuvo la desfachatez de cargarla en sus brazos en medio del salón… —dijo en tono censurador.

Zelina gimió. ¿Por qué rememoraba la mujer ese suceso después de tantos días?

—¿Te abrazó en público? ¿Te llevó en volandas? ¡Cuánto romance! —alegó la niña mientras suspiraba.

—Tu abuela ha olvidado mencionar que me desvanecí y el caballero tuvo la gentileza de evitar que cayese al suelo.

—¿Por qué no he sabido nada de esto hasta ahora? —se quejó la niña.

—Porque esperaba que tu tía mencionase algo al respecto, pero como veo que trata de ser una tumba, me ha parecido el momento indicado para analizar el asunto.

—¿Frente a su nieta, señora Mackenzie? —la reprobó con suavidad.

—A su edad yo estaba levantando ovejas para facilitar la reproducción del ganado. Por mucho que Niall se empeñe en que Bonnie sea una jovencita de buena crianza, ella es escocesa. Lo suficientemente fuerte para no tener que proteger su sensibilidad en extremo.

Zelina suspiró. La mujer era un amor, una maravilla, pero tenía unas cosas que… ¡Escocesa temperamental e imprevisible hasta la médula!

—¿Te ha pedido que te cases con él? —siguió con el interrogatorio Bonnie.

—El duque de Rothgar no está interesado en mí más de lo que pudiese estar en las ovejas que criaba tu abuela —le dijo en tono jocoso Zelina.

Las tres se conocían muy bien y eran cómplices. Gozaban de una relación llena de confianza, dado que los negocios del señor Niall lo mantenían alejado durante buena parte del año y se tenían las tres para relacionarse y tener confidencias.

—Eso me recuerda que otro motivo por el que he sacado el asunto tan desagradable a colación es porque se sigue especulando

sobre una posible relación clandestina entre ese calavera y tu tía —le explicó a Bonnie.

—¿Tienes un *affaire*? —inquirió la niña.

—¿De dónde has sacado esa palabra? —se interesó Zelina.

—La abuela me dijo el otro día que antes de comprometerme debería tener un apasionado *affaire* para asegurarme de que…

—¿Señora Mackenzie? —El apellido utilizado en forma de pregunta venía a servir para regañarla.

La anciana hizo un aspaviento con la mano para restar importancia a lo apuntado por Bonnie.

—Nos estamos desviando del asunto. El asunto del duque persiguiéndote, querida Zelina, es lo fundamental porque ha venido a perturbar nuestra paz.

—¿Nadie va a explicarme lo de dicha persecución? —intervino Bonnie.

—No hay nada interesante que comentar. Las cosas se han exagerado en extremo.

—No lo creo, por eso le he enviado una carta a Niall. Debemos esperarlo para mañana, él sabrá qué hacer con respecto a este desagradable suceso.

—¿Ha molestado a su hijo por una minucia, algo que carece de fundamento e importancia? —La duquesa estaba mortificada.

—Es un jugoso cotilleo en el periódico, Zelina. —La anciana chasqueó la lengua—. Había esperado que toda esa persecución incesante…

—¡No hubo nada de eso a lo que alude, señora Mackenzie! —exclamó azorada la duquesa viuda.

—… hubiese pasado desapercibida, pero no hemos tenido suerte —siguió la anciana sin hacerle caso a Zelina—. Creí que si nos

recluíamos en casa el temporal amainaría, y no ha sido así. El muy bandido también ha desaparecido de la vida social —apuntó en alusión a Rothgar— y hemos dado pie, sin querer, a más especulaciones. Niall tiene que arreglar toda esa situación antes de que sea tarde. Tu nombre y título no estarán en boca de las malas lenguas.

—Esto es una tontería sin sentido. No sucedió nada. Pronto estallará otro escándalo y…

—¿Así que afirmas que lo tuyo es un escándalo? —le preguntó la anciana a Zelina con una ceja levantada.

—Por supuesto que no. A lo que me refería era que…

—No discutas conmigo, Zelina. He vivido más años que tú, sé que se avecinan problemas. Lo supe en cuanto recibí una nota de tu padre.

El rostro de la duquesa de Lionstar se tornó ceniciento. Después de tantos años, ¿qué quería el señor Morand de ella? Las pesadillas no le daban tanto miedo como la sola mención de su padre.

—¿Qué quiere Morand? —preguntó temerosa.

Con su progenitor todo podía suceder. Todo malo, por supuesto. Le habría costado horrores regresar a su lado tras la muerte de Lionstar, Niall Mackenzie la había salvado de un futuro macabro al darle cobijo en su hogar, porque, aunque la idea partió de la madre del escocés, fue él al final quien tuvo que ofrecerle su ayuda. Habían sorteado un montón de rumores sobre lo poco adecuado que era que una viuda viviese bajo el techo de otro viudo, ni la presencia de la madre de Niall consiguió darles respetabilidad durante un tiempo, y eso que su hijo las visitaba bien poco debido a su trabajo. Pero no había tormentas eternas y la sociedad se habituó a su situación y pasó a chismes más jugosos cuando el de ambos se agotó.

—El interés que has suscitado en el duque de Rothgar es más peligroso de lo que crees. Muchos caballeros han comenzado a

considerar que hay algo encantador bajo ese atuendo de viuda triste que te empeñas en seguir llevando. Ni yo misma llevé luto por mi bruto escocés más de veinticuatro meses. Lionstar no merecía que te enterrases en vida, y si en un principio consideré que sería una ventaja para que alejases a todos esos moscardones ingleses que no saben diferenciar lo que es una flor de una boñiga de oveja…

—¡Abuela! —la regañó Bonnie.

—… todo ha cambiado ahora que la sociedad se pregunta el motivo por el que un caballero del que se sabe que busca esposa, ha puesto los ojos en ti. Esto no es pasajero. Y tu padre querrá sacar tajada —le expuso, mientras la miraba a los ojos con verdadera preocupación.

—Pero Zelina puede casarse con ese duque que la perseguía —opinó Bonnie.

—Tu tía ya ha tenido una buena cuota de duques y no creo que desee probar suerte. ¿Me equivoco, querida? —le preguntó a la aludida.

—No. Está usted en lo cierto —se sinceró Zelina.

—Lo que necesitas para que tu padre no vuelva a husmear en tus asuntos es asegurar tu posición y eso es lo que haremos en cuanto Niall llegue a casa.

La piel de Zelina se erizó de inmediato.

—¿A qué te refieres, abuela? —preguntó ceñuda Bonnie.

—Al matrimonio. Tu tía tiene que casarse. Es la única manera de tener estabilidad. Un hombre, uno magnífico es lo que Zelina necesita.

—Pero tú no te volviste a casar, abuela. Siempre dices que el abuelo fue el único amor de tu vida y que nadie se le puede comparar. Tal vez a tía Zelina le ocurra lo mismo. No podemos obligarla a casarse. No cuando eso implicaría que tendría que abandonarnos —susurró la niña mientras se abrazaba con más fuerza a la duquesa

viuda.

—No pienso irme a ninguna parte, Bonnie —le dijo con seguridad Zelina.

—Desde luego que no. Te casarás con Niall, tal y como tuvisteis que haber hecho hace diez años. Un luto por la muerte de tu esposo de veinticuatro meses era todo lo que se necesitaba. Incluso menos, si quieres saber mi opinión —mascculló la anciana.

Pese a que la sociedad establecía un periodo de doce meses para honrar la memoria de un fallecido como mínimo, la escocesa consideraba que ese tiempo debería medirse únicamente en consecuencia por los sentimientos que se sentían. Ella misma hubiese llevado luto por el señor Mackenzie toda la vida, porque se amaban con profundidad, pero sospechaba que Zelina no podía haberse enamorado de un ser tan arrugado, egocéntrico y tirano como era el duque de Lionstar. El hecho de que él tuviese el buen gusto de morirse el mismo día en el que se había casado, tal y como le contó Niall que ocurrió, fue una bendición para Zelina. La señora Mackenzie la consideraba como una hija más, y aunque llevaba años manteniendo sus pensamientos sobre la buena pareja que harían Niall y Zelina para sí misma, todo había cambiado. Era hora de hacerlo público.

Lyla Mackenzie se había tenido que ocupar de la pobre muchacha años atrás, cuando Niall se quedó viudo y decidieron darle cobijo a Zelina. Había tenido que encerrar a la duquesa viuda de Lionstar en una habitación mientras escuchaba los gritos desgarradores emitidos para que le diesen láudano.

Niall le había explicado sus sospechas a Lyla sobre lo que el miserable padre de Zelina había hecho para tener a su hija bajo su absoluto control. Antes se amputaría la mano derecha que ver cómo el señor Morand volvía a manejar a la duquesa de Lionstar a su antojo.

—¡Por Dios! —exclamó Zelina, al dar sentido a las palabras que acababa de pronunciar la señora Mackenzie sobre una boda.

—¡Sí, sí! ¿Cómo no lo he pensado antes? —saltó Bonnie llena de

ilusión—. Seremos una familia. Una de verdad, papá deberá dejar de visitar a su amante en St James's Street, por supuesto, pero…

—¡Dios del cielo! —exclamó Zelina abochornada—. ¿Qué sabes tú de eso?

—Escuché a la abuela decir que papá necesitaba una esposa y no una sucia aprovechada que…

—¡Suficiente! —la cortó Zelina—. ¿Podemos olvidarnos de esta conversación y prepararnos para el té de las cinco? —propuso.

—Oh, cielos, sí. Por supuesto. Es la hora de los pasteles. Mis pobres nervios necesitan calmarse con un poco de azúcar… ¡Vamos, vamos! —La anciana se puso de pie—. Nos veremos abajo. Seguiremos hablando de los preparativos. Hay mucho que hacer.

—Señora Mackenzie —la llamó Zelina, justo cuando la abuela de Bonnie se disponía a salir por la puerta.

—¿Sí, querida?

—No cuente con que haya una boda. Así que no hablaremos de ningún preparativo.

—Oh, Zelina —le dijo con una mueca—. Habrá una boda, pero los preparativos de lo que hablaremos durante el té de hoy serán los de mi funeral. Madison Stirling no debe bailar sobre mi tumba, ni la miope de Erika Salas tampoco.

—¿Quién es Erika Salas, abuela?

—Te contaré esa historia durante nuestra merienda si no me haces esperar demasiado. Os doy un par de minutos a ambas para presentaros en la salita rosa. Si sois puntuales os narraré una historia suculenta. El señor Salas me imploró, llorando, que me casase con él, así que Erika debería traer a mi despedida un gran ramo de rosas rojas, porque fue gracias a mí que él se casó con ella.

***

La determinación de Zelina solo rivalizaba con la de la señora Mackenzie. Esa escocesa testaruda de gran corazón movería una montaña en caso de proponérselo.

Zelina había reunido todo su coraje para ir a ver a su padre. Cuando se presentó en la puerta de la casa que el señor Morand tenía cerca de Rown Street le llamó la atención ver lo abandonado que se veía el pequeño jardín frontal.

En el momento en el que abrió el mayordomo y vio el interior del lugar… ¿Qué había pasado? La casa estaba desprovista de muebles.

—Si es una rata que viene a exigir que haga efectivos mis pagarés… ¡Despacha al acreedor, Germanius! Que vuelva dentro de un mes y se le pagará lo que le debo. —El señor Morand estaba dando gritos desde su despacho, supuso Zelina, dado que no lo veía cerca, pero se le escuchaba a la perfección.

—Es una dama, señor —respondió el mayordomo.

—Deshazte de ella, tengo más amantes de las que ahora mismo puedo mantener, y una esposa que gasta más que las dos juntas —le ordenó al sirviente Morand.

—Ya ha oído a mi patrón, *milady*…

—¡Padre, soy yo! —le gritó Zelina.

—¿Ahora toca una bastarda? Germanius, dile que llega tarde, se han presentado cuatro en los últimos cuatro años. No rascará ni un penique porque no queda nada. ¡Échala de mi casa! Que pruebe suerte en la puerta de al lado. Lucius es más libertino que yo, estoy convencido de que ha engendrado al noventa y cinco por ciento de los bastardos que mendigan en el East End.

Zelina suspiró. Supuso que su padre estaba hablando de su vecino.

—Soy la duquesa viuda de Lionstar, padre —dijo con voz

enérgica para que Morand la escuchase. El uso de su título tuvo el efecto deseado, porque su progenitor se presentó ante ella rápidamente.

—¿Zelina? ¿Qué demonios llevas puesto? —preguntó cuando la examinó de arriba abajo—. Estás horrible —señaló con desprecio.

Ella lo miró también con atención. Su padre era la sombra de lo que fue antaño. Estaba como… ¿había encogido? Y esas ojeras bajo sus ojos lo hacían todavía más malvado de lo que en verdad era. Reflejaba la maldad pura. ¿Tendría él pesadillas más inquietantes que las que ella misma sufría? Si Dios existía, sí debería impedirle conciliar el sueño plácidamente.

—Mandó una nota a casa del señor Mackenzie. Es por eso por lo que he venido a verle. —La abuela de Bonnie no había querido decirle nada más al respecto, pero ella no estaría tranquila hasta que descubriese lo que tramaba su padre.

—Cierto, es curioso que incluso siendo la concubina del escocés hayas despertado tanto revuelo. —Se quedó un momento pensativo—. Aunque eres viuda, y seguramente el tosco de Mackenzie te haya enseñado a balancear adecuadamente las caderas. Entiende que él no se ve como un amante galante y paciente, más bien todo lo contrario. Imagino que te monta con fuerza y por eso estás atrayendo tanta atención.

Zelina lo miró con frialdad. Luego deslizó la mirada de su padre al mayordomo. El sirviente carraspeó y se marchó de inmediato. Se quedaron solos en la entrada de la casa.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —No iba a entrar en los descalificativos ni en replicas insustanciales. Cuanto antes supiera el motivo por el que le había escrito después de tantos años de paz, antes podría marcharse de allí.

—Es momento de que me devuelvas todo lo que hice por ti.

—¿Disculpe? —Ella se imaginaba abriéndole la boca y

metiéndole láudano a raudales.

—Cuando te casaste tuve que emplear buena parte de mi fortuna contigo. Convertirte en duquesa supuso demasiado esfuerzo, una dote escandalosa, y no pude sacarle partido. El maldito se murió demasiado pronto. Después de aquello, los negocios no fueron como esperaba y no pude recuperar la inversión que hice contigo. ¿Quién iba a pensar que Lionstar moriría mientras le dabas placer? Se comentó que casi moriste aplastada, que fue el escocés quien tuvo que ir a mover el cadáver del duque para sacártelo de encima tuya. —Sonrió como el lobo ruin que era para después decir—: Por lo menos murió con una sonrisa en el rostro y haciendo lo que más le gustaba. Estaba obsesionado con tu hermana… Fue complicado hacerle cambiar de parecer, pero tú siempre diste menos problemas que ella y gracias a eso lo convencí de que salía ganado con el cambio. Pero es cierto que por Zelda estaba dispuesto a pagar y por ti lo tuve que hacer yo. ¡Lástima!

—¿Se atreve a nombrar a Zelda después de todos estos años? —preguntó con rabia. Nunca sabría de dónde salió toda esa valentía, pero la supo sacar en un buen momento, porque el arrebato hizo que Morand le prestase toda su atención.

—Veo que el escocés te ha pasado un poco de su temperamento. Te prefería dócil.

—Usaba el láudano para que no le diese problemas.

—Y bien que te gustaba. ¿No recuerdas las súplicas que le hacías a tu madre para que te diese un poco a todas horas?

—Dependí de esa sustancia como del aire para respirar. Usted me hizo un daño que casi no logro reparar. He venido aquí para decirle que no vuelva a molestarme y que se aparte de mi camino.

—¡Vaya, vaya… vaya! Eres toda una gatita que saca las uñas. Ya veo. Ese Rothgar no es tonto.

—Le desearía buenos días, padre, pero no lo haré porque no se

lo merece. —Tras esa frase, la duquesa viuda se dio la vuelta decidida a salir de allí antes de perder fuelle en su demostración de dignidad.

—Tengo un trato para ti, Zelina. Uno que no vas a poder rechazar.

—No me interesa —dijo sin darse la vuelta, mientras agarraba el pomo de la puerta.

—Te daré información de tu hermana.

Zelina se detuvo de inmediato. Si lo hubiese visto, se habría dado cuenta de que Morand se relamía los labios, victorioso.

Se giró para enfrentarlo.

—¿Por qué habría de creerle, cuando en trece años no se ha dignado a contestar a mis preguntas?

—Porque la necesidad es una virtud. Ya has visto cómo vivo. —Abrió los brazos para mostrar el pasillo desértico—. Estoy al borde de la indigencia y los acreedores llaman a mi puerta cada día para exigir lo que se les debe.

—¿Qué tengo yo que ver con su situación?

—Tu dote dejó mis arcas seriamente afectadas y te corresponde a ti ayudarme, al igual que yo lo hice en el pasado.

Ella se giró llena de odio.

—Lo único que hizo por mí fue hundirme en la miseria y ocultarme el paradero de mi hermana.

—¡Te hice duquesa! —le gritó, mientras se acercaba peligrosamente hasta Zelina con el puño en alto.

Ella ya sabía lo que se avecinaba.

—¿Qué cree que le hará el señor Mackenzie si se entera de que me ha puesto un dedo encima? —Era un farol. Uno que esperaba que su progenitor se creyese, porque cuando insinuó que ella era la

amante del padre de Bonnie, le dio la excusa perfecta para usar a Niall como arma arrojadiza.

Y funcionó.

Morand se detuvo de inmediato y bajó la mano. Gruñó y recuperó la compostura a regañadientes. Se aclaró la voz y se arregló el destartalado nudo de la corbata que tenía torcido.

—He estado leyendo los periódicos, eres la sensación de la temporada, alguien a quien todos habían pasado por alto y en quien solo el duque de Rothgar se percató.

—Dígame dónde está mi hermana —le ordenó.

—El trato que te ofrezco es este: te casarás con el hombre que he elegido para ti, y a cambio te entregaré los diarios de Zelda. Allí obtendrás todas las respuestas que necesitas.

—Se ha vuelto loco… —susurró Zelina—. ¿De verdad considera que me tragaré esa mentira? ¿No le bastó con hundir mi vida la primera vez, que espera hacerlo una de nuevo y que yo se lo consienta? En esta ocasión no hay láudano para forzarme.

—Lo harás porque te dejaré leer los pensamientos íntimos de Zelda, conocerás la identidad del malnacido que la dejó embarazada.

Zelina sintió su corazón saltarse un par de latidos. Lo cual era imposible.

—¿Embarazada? —preguntó con un hilo de voz.

—Una criatura. Hubo una criatura. ¿Por qué crees que tuve que reemplazarla y entregarte a Lionstar?

La duquesa cerró los ojos. Revivió un pasado extraño. Gritos de una mujer. El llanto de un niño. Una tormenta asolando la casa de sus padres. Ella escuchando a Zelda llamarla sin descanso. Estaba todo inconexo. Su padre le prohibió hablar de ella y no logró nunca averiguar la suerte que corrió su hermana. Sin una pista que seguir le había sido imposible comenzar a buscarla.

Trece años con el corazón dolido, con la incertidumbre de saber si estaba viva o muerta. Abrió los ojos y se enfrentó al hombre porque era momento de hacerlo, de plantarle cara por Zelda.

Le había fallado a su hermana estrepitosamente en el pasado. No podía flaquear en ese instante. Era crucial que ella se tragase el miedo que le producía el señor Morand.

—¿Dónde está mi hermana, padre?

—Para saberlo, vas a tener que cumplir tu parte, Zelina. Una boda y descubrirás el secreto mejor guardado de esta familia. Llevas años esperando tu momento, pues bien, esto está pasando ahora. La decisión es tuya.

—¿Qué saca con que me vuelva a casar? —No lo entendía.

—Has deslumbrado al señor George Ferguson, tanto como lo hizo Zelda en su día con Lionstar, pero esta vez, el caballero está dispuesto a pagar una fortuna por ti, y no a recibirla. Ferguson se presentó en mi puerta con un acuerdo jugoso. Necesito el dinero que promete. Lo he investigado y es rico como Creso. Yo obtengo mi parte y tú la tuya. Sabrás la verdad sobre tu hermana.

—Le conozco bien, padre. No me fiaré. Para que yo acepte tendrá que darme una garantía. ¿Cómo sé que no es un diario que alguna de sus mujeres ha escrito? ¿Cómo puedo estar segura de la autenticidad a la que alude?

—Cuando lo leas, todo lo que tienes en esa mente enferma tuya…

—Una que usted trató de romper. Así que felicítese por su obra.

Él sonrió de lado.

—Me gustabas más cuando hacías uso del láudano. Te has vuelto belicosa, Zelina. No es una cualidad que un esposo admire en su mujer.

—Nunca estuve orgullosa de ser su hija.

—Ni yo de ser vuestro padre. La inútil de tu madre no supo parir un par de varones para ayudarme a gestionar mis negocios. Casi te puse una corona sobre la cabeza y tú mataste a tu esposo la misma noche de bodas. ¿Eso es ser una buena hija? ¿No pudiste esperar al menos un par de años a que yo sacase tajada de las conexiones de Lionstar? Y luego estaba Zelda… Se abrió de piernas tan rápido que el vientre le creció para delatar su pecado.

—Pagará por lo que nos hizo a mi hermana y a mí. Si Dios es justo y bueno, usted arderá en el infierno y…

—Sí, sí… me preocuparé de la otra vida cuando llegue allí. Ahora… sobre nuestros asuntos, Zelina, te daré el primer libro para que vayas haciéndote una idea de lo interesante que es el segundo. Los pasajes son un poco picantes, así que creo que Zelda sí era hija mía. No sabía que una mujer pudiese tener esa lascivia en su interior… Un descubrimiento perturbador. Iré al despacho a buscarlo. Para tener acceso al segundo libro, el que desvela el paradero de tu hermana, tendrás que ofrecerte al señor Ferguson. Considera el segundo diario de tu hermana como mi regalo de bodas.

—Es usted tan despreciable que El Maligno palidece en comparación —dispuso con la bilis subiéndole por la garganta.

Su padre le repugnaba.

—Me ocuparé de redactar los documentos. De aquí a tres semanas te casarás, justo el tiempo que se necesita para que se publiquen las amonestaciones. Ferguson me ha dicho que se encargará de todo.

Tras lo sentenciado, Morand se dio media vuelta para ir al despacho, regresó y le tendió un libro de cuero negro que tenía en la tapa la incrustación dorada de una paloma.

No hubo más palabras.

Zelina se marchó de allí con el objeto entre los guantes. Nada más salió, abrió el diario y reconoció la perfecta y elegante caligrafía

de Zelda.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró—. Eres tú, hermana, eres tú y regresas a mí en forma de palabra después de tantos años. Mi amada y querida Zelda… Nunca, nunca te he olvidado. No descansaré hasta que te encuentre y si padre no ha mentido y hay un niño, te juro que dedicaré hasta el último aliento en encontrarlo.

Sin preocuparse por el aspecto tan lamentable que presentaba, con los ojos llenos de lágrimas y los sollozos pugnando por salir, Zelina puso rumbo a casa.

Necesitaba comenzar a leer lo antes posible.

Corrió a toda prisa como una loca, no importaba. Después de todo, ella ya era conocida como la Demente de Lionstar.

Capítulo 5

Las amistades peligrosas

La señora Mackenzie no podía quejarse de la vida que le había tocado vivir. Se casó con apenas dieciocho años con un hombre formidable al que la muerte le llegó demasiado pronto. Le dio tres hijos, y solo Niall, el menor, había sobrevivido a la enfermedad.

Poco después, llegó Bonnie para hacerla disfrutar de las mieles de convertirse en abuela. Una pequeña tan encantadora que desde bien joven había demostrado tener una audacia sin igual. ¡Escocesa hasta la médula! Digna imagen del ingenio, tal y como ella misma fue en el pasado. La muerte volvió a llamar a la puerta y se llevó a la madre de Bonnie cuando era solo un pequeño y gracioso bulto enrollado entre mantitas. La suerte había hecho que una joven fascinante, Zelina Myers, acabase bajo el ala de Lyla, quien sabía que el destino no le había dado todo lo que se le debía.

Zelina era retraída y muy tranquila. Solo Dios sabía lo que había sufrido, y pese a la pesada carga que sostenía sobre sus hombres no se había echado a perder. Era una mujer buena a la que consideraba como una hija.

Oh, pero Niall no veía la suerte que había corrido cuando Zelina llegó a la familia. Así eran los hombres. Tan brillantes para hacer fortuna y tan necios para atender a los asuntos del corazón.

Comprendía a su hijo. Niall se había encaprichado con la hermana de un duque y obtuvo lo que deseaba, pero Lyla era consciente de que el matrimonio no había sido como el que ella vivió. Pocas personas tenían la gran suerte de poder compartir su existencia

con la persona ideal, llegar a ser un solo corazón latiendo al unísono, sentir, respirar y vivir al compás de su otra mitad.

Con sesenta años, Lyla Mackenzie se consideraba una mujer que había apreciado la felicidad tal y como se le presentaba. Había sufrido lo indecible con la pérdida del amor de su vida y dos de sus hijos, pero era fuerte, dura, robusta, así que había seguido hacia delante como buenamente pudo, por el bien de Niall y de Bonnie. No era una mujer demasiado entrometida, pero todo tenía un límite y un tiempo de acción. Había llegado el momento de intervenir en una situación que se le podría ir de las manos si no tomaba cartas en el asunto.

—¡Madre, madre! ¡Ya estoy aquí! —La puerta de la habitación de la señora Mackenzie se abrió sin florituras para dar paso a un angustioso Niall Mackenzie.

Lyla lo miró con orgullo. Alto, fornido, no de una belleza evidente, pero sí vistoso, con unos ojos azules gélidos como los suyos propios. Niall había disfrutado ya demasiado de los placeres a los que tenía acceso un hombre sin ataduras. Un viudo con apetitos sanos que necesitaba *contentarse* con una mujer a falta de una cálida y amorosa esposa.

Su hijo llegó hasta donde ella figuraba. Lyla dejó a un lado la pluma y el papel, terminaría la misiva más tarde.

—Seis meses despreocupándote de tu hija y de tu madre… —lo regañó—. Hay un nombre para lo que haces, se llama ser desagradecido.

—¿Qué haces levantada de la cama? ¿Dónde está el médico? —preguntó el escocés alarmado, mientras daba un largo vistazo por la habitación.

—Haz el favor de tranquilizarte, Niall. El matasanos tiene asuntos más importantes que atender que a tu vieja madre, pero un hijo no. Yo debería ser lo primero para ti. Bueno… Bonnie y yo —lo volvió a reprender.

Niall tomo una larga bocanada de aire para tratar de amarrar su temperamento.

—Me enviaste una nota en la que asegurabas que tu salud era delicada. «Extremadamente delicada, al borde de la muerte», escribiste. Tú, una mujer que no se ha enfermado desde… Creo que no te he visto enferma nunca, así que me aterré. Vine a la carrera desde Escocia, a caballo, madre…, sin apenas descanso, solo paré lo justo para cambiar de montura y no reventar a los animales…

—Oh, eso explica tu aspecto. —Se veía feroz, cubierto de polvo y barro. La anciana arrugó la nariz—. También explica tu olor. Deberías ir a darte un baño y descansar —le recomendó.

—Madre, me convertiste en un hijo preocupado, estuve aterrado durante todo el camino por si no llegaba a tiempo para darte mi último adiós. Pero no, entro en lo que creí que era tu lecho de muerte y te encuentro… ¿escribiendo?

—Sí, estoy poniendo en orden mis asuntos. Soy una mujer de avanzada edad, Dios no tardará demasiado en llamarme a su lado y tu padre me aguarda, así que he creído necesario ultimar los detalles sobre cómo deseo que sea mi servicio fúnebre. ¿Crees que un coro de voces infantiles sería demasiado ostentoso? Quisiera algo memorable, eso sí, me darán sepultura en Escocia, pero quiero que se oficie una misa también aquí en Londres. Mis amistades me llorarán abatidas. Bueno… Viola Harris podría acudir a mi sepelio vestida de rojo. Hay cuestiones que una mujer no olvida, más si se producen en la temporada en que debuta. —Se rio con ligereza—. Hice grandes amistades cuando llegué a la ciudad para cautivar a todo el mundo, pero también levanté muchas envidias y las damas somos rencorosas por naturaleza. Si ves a una mujer aparecer en mi entierro vestida de rojo debes decirle que ya lo había previsto y que me alegro de que siga teniéndome envidia incluso después de muerta. Sí, Viola Harris vendrá en un tono brillante, rodeada de sedas y encajes, la reconocerás con facilidad. Y luego estará también Martha…

—Madre —la cortó—. No tienes el aspecto de ser una mujer

desvalida a las puertas de la muerte.

Estaba enfadado, pero conocía muy bien a su madre y no sería productivo volcar su frustración con ella. Era evidente que la señora Mackenzie había usado una artimaña para traerlo a Londres y él había caído de pleno. ¡Menos mal que no era una mujer dada a las intrigas!, porque de otro modo su vida hubiese sido del todo miserable. De modo que, como era la primera vez que algo así ocurría, decidió ser paciente y tratar de entender a qué había venido toda esa urgencia sobre su estado de salud.

—Oh, claro que no. Soy escocesa, podría estar padeciendo mi última agonía y me verías impasible y con una sonrisa en el rostro.

—No eres dada a sonreír.

La mujer le otorgó una brillante sonrisa.

—Solo cuando la ocasión lo merece. Una mujer inteligente no va derrochando sonrisas sin sentido. —Ella acompañó su comentario con una nueva y amplia sonrisa dedicada a su hijo—. Pero siempre tendré una para ti, Niall. Eres quien más las merece, junto con Bonnie y Zelina, por supuesto.

—¿Debo seguir de pie, sucio, sudoroso, escuchando tus palabras sobre enemistades y sonrisas, o puedo ir a tomar un baño, pedir un plato de comida caliente y acostarme a descansar, madre? Dado que estoy convencido de que no ha llegado tu hora, y de que me has hecho venir con un motivo, supongo que podrías esperar a que yo…

—No —lo refrenó—. No me hago más joven y no estaré con esta familia para siempre.

—Madre, no te estás muriendo —le tuvo que recordar.

—Marjory Dawson se acostó un día a dormir y no se despertó al día siguiente.

—¿Quién diantres es Marjory Dawson? —inquirió exasperado.

—Otra de mis mayores rivales cuando llegué a Londres para la

temporada. Una buena mujer, si deseas saber mi opinión. Nunca sospeché que me odiaba hasta que me llegó su carta.

—¿Una carta? ¿Te escribió desde el otro lado, madre? —preguntó, un poco más burlón de lo que debería.

Su madre le ofreció una mirada reprobatoria.

—Por supuesto que no. Dejó la correspondencia preparada para que las misivas saliesen cuando falleciese. Una idea fantástica que voy a copiar.

—Y estás contenta porque tu… amiga te odiaba.

—No era mi amiga, sino una rival. Debes prestarle más atención a tu madre, Niall. —Lo escuchó resoplar—. Marjory supo comportarse, no me dio nunca ninguna pista de lo celosa que estuvo de mí. Es halagador.

—¿Todas las amistades que has tenido han estado celosas de ti, madre? —inquirió con el ceño fruncido.

—Oh, sí. Yo era muy audaz, ya sabes, por todo eso de ser una escocesa con un padre inmensamente rico. Tenía fuego no solo en el pelo, sino en mi interior. La buena sociedad me amó y me odió a partes iguales.

—Sí, recuerdo al abuelo diciendo que te tuvo que llevar de vuelta a Escocia porque te pescó cometiendo una imprudencia con un caballero que…

—¡Oh, Niall! Estás cansado, sudoroso y hambriento, deberías dejar de hablar del pasado y escuchar lo que tengo que decir.

El aludido rodó los ojos.

Su madre era única cambiando el curso de una conversación, especialmente cuando la perjudicaba a ella.

—Te escucho, madre.

—Es Zelina —dijo, como si con esa explicación bastase.

—¿Qué sucede con la duquesa viuda? ¿Acaso está enferma? —Se preocupó.

—Está perfectamente bien. Una mujer sana, hermosa cuando le quitemos esos vestidos negros y le hagamos un peinado más… menos… Es hermosa.

—¿Uhm? —No seguía la explicación de su progenitora.

—Zelina tiene que casarse.

—Ah —dijo escuetamente.

—Es imperativo que se case de inmediato. Urgente. A toda prisa.

—¡Dios! —exclamó muy preocupado—. ¿Ha cometido una…? ¿Ella… tiene…? ¿Está…? —No sabía cómo hacer la pregunta correcta. Pues cuando una dama tenía que casarse de inmediato significaba que estaba *engordando*… Y no por haber comido demasiados dulces.

—Sí, Niall. Ella está en problemas. Serios problemas y tiene que ser rescatada.

—¡Los huesos de Cristo, madre! ¿Zelina? ¿La duquesa viuda…? ¿Estás segura de que ella…? —No se atrevía a terminar la frase. Tantos años ausente en su hogar, visitándolas poco, le estaban pasando factura. Aunque en honor a la verdad, él viajaba tanto que tampoco era por eso por lo que tenían una relación tan cercana. ¡Pero era Zelina! Una dama lúgubre, asustadiza. Incluso no había hablado más que unas pocas veces con él porque la sentía temblar en su presencia.

—Completamente. Estoy segura de que ella tiene que casarse.

—¿Y quién es el…? Bueno, el que ha… El hombre que… —Al escocés le faltaban las palabras.

Era complicado imaginar que su madre hubiese permitido que Zelina se descarriase bajo su techo, pero también era cierto que la señora Mackenzie no era una mujer corriente. ¡Por Dios, si estaba sana y ya pensaba en organizar su funeral!

—Tú. Niall. Tú.

—¿Yo? —graznó.

—Sí.

—¿Yo…? ¿Yo…? —volvió a preguntar con los ojos como platos.

—Tú te casarás con ella.

—¡Por los clavos de Cristo, madre! —Se pasó las manos por el pelo—. ¿Quieres endosarme una esposa a traición? —habló sin medir sus palabras. Lo que le valió para que la señora Mackenzie frunciese los labios en señal de disgusto y alzase el mentón. Oooooh, cuando ella se quedaba callada era una arpía todavía más formidable que cuando reprendía a viva voz—. Lo siento —se tuvo que disculpar—. ¿Por qué tengo que casarme yo con Zelina? Estoy seguro de que una visita mía al caballero en cuestión haría que entrase en razón y…

—No lo hará.

—¿Cómo estás tan segura? Puedo ser tan aterrador como tú, madre, más si contamos con que te saco dos cabezas y tengo tres veces tu tamaño—alegó orgulloso.

—Ya he ido yo a visitarlo y no he conseguido nada.

—¿Has ido a pedirle explicaciones al… al… de… de… Zelina? —No podía decir la palabra amante para referirse a alguien asociado a la que fuese la esposa del hermano de su mujer. Le parecía un deshonor, y, sin embargo, la dama en cuestión había sido una gran pícara. Incauta, además, si había acabado embarazada.

—Fui. El señor Morand tuvo la desfachatez de enviarle una carta a su hija.

—¿Morand? ¿Qué tiene que ver el padre de Zelina en esto? ¿Al fin se preocupa por su hija y exige satisfacción? —Estaba un poco perdido.

—No. Cuando vi el remitente, tuve que leer la nota. Morand

solicitaba la presencia de su hija en su casa de inmediato para un asunto de suma urgencia al que ella le daría la bienvenida.

—Y te ofendiste en su nombre. En el de Zelina, quiero decir.

—Sí.

—Y fuiste a verlo en su nombre.

—Sí.

—Y averiguaste lo que quería ese maldito Morand de ella.

—Sí. No me costó demasiado averiguarlo. Morand es uno de esos hombres que siempre subestima a las mujeres, de tal modo que en cuanto me vio supuso que yo no era ninguna amenaza y me explicó su plan.

—Ahora es cuando lo compartes conmigo, madre… Te escucho —le dijo, cuando ella se quedó callada y pensativa.

—Zelina es como una flor silvestre que está esperando a que llegue un caballero, el indicado, para podarla, para regarla, mimarla, protegerla y cuidarla, porque ha crecido en la adversidad y necesita experimentar todos esos sentimientos.

—¿Vas a componer un poema? —preguntó bufón.

—Ella merecería que le enviasen un poema al día alabando su belleza, una oculta que acabará saliendo a flote cuando encuentre al jardinero adecuado que… atienda su jardín.

Él levantó una ceja.

—¿Crees que esta conversación es apropiada para tener con tu hijo?

—Estamos hablando de flores y jardines, no hay nada malo en ello.

—Yo creo que sí —rebatió. Al menos ella no había empezado a hablar de abejas, polen y germinaciones tal y como recordaba que le

ocurrió a un amigo de juventud cuando se le ocurrió preguntarle a su padre cómo se reproducían hombres y mujeres. Aunque sí era extraño que su madre no hubiese hablado de ovejas apareándose y sí de jardineros.

—Retomando el asunto de Morand, me dijo sin amagos que estaba planeando la boda de Zelina.

—¿Qué?

—Eso me dijo. Pretende casarla con un caballero que se ha fijado en ella y que por lo visto va a ser muy generoso con Morand cuando la consiga como esposa. Y ese diablo necesita el dinero desesperadamente, porque después de ver su casa… Está en la ruina, y si ese hombre ya era peligroso mientras tenía dinero, puedes imaginarte cómo es ahora mismo.

—No puede obligarla a casarse —observó Niall. Si el caballero en cuestión no era el padre de la criatura, por supuesto.

—Eso mismo le dije yo, entre otras cosas porque Zelina está bajo tu protección. —La anciana hizo un aspaviento—. No te diré el mal gusto que tuvo Morand al aludir a la relación que Zelina y tú tenéis.

—Puedo imaginarlo —expresó con rabia y por lo bajo.

—El padre de Zelina me dijo que no había nada que hacer, porque él tiene algo que su hija desea con desespero y que lograría su objetivo.

—¿Por qué se ha fijado Morand en ella después de tantos años? No lo entiendo. Sí, bueno, está el asunto de que sospechas de que necesita dinero, pero…

—Hay algo más —dijo Lyla.

—¿Es sobre el embarazo de Zelina?

—¡Oh, Dios de todos los feligreses, Niall! Zelina no está esperando un hijo.

—Ah. —Bueno, algo se le escapaba.

—Lo que sucede es que ella despertó la atención de Rothgar.

—¿De quién?

—El duque de Rothgar.

—¿Lo conozco?

—Lo harías si pasases más tiempo en Londres. Más tiempo con tu familia.

—Y ahí está una nueva recriminación. Sospecho que me has hecho venir a toda prisa para que solucione el asunto de Zelina con Morand y, ya puestos, que tenga unas palabras con ese duque… Rothgar. Con el padre de ella será fácil. Le daré dinero y ahí acabará todo. Con el segundo… no es bueno enemistarse con un hombre que tiene un título tan elevado, pero… —Se le formó una sonrisa torcida en el rostro—. No sería la primera vez que oso contrariar a un duque. Fui una piedra en el zapato de Lionstar y puedo ser otra para este nuevo jugador que ha aparecido en el tablero.

—No, Niall. No le darás ni un solo penique a Morand. Antes le pegaría un tiro que verlo salirse con la suya. Y sobre Rothgar, también tengo la solución a ese imprevisto sin que tengas que arriesgarte a una pelea.

—¿Qué has pensado? —indagó con curiosidad.

—Vas a casarte con Zelina, Niall. Creía que eso había quedado más que claro al inicio de nuestra conversación —señaló, como si acabase de decir que el sol estaba saliendo.

—¿Yo? ¿Casarme con Zelina? —preguntó confundido.

—Es la solución para todos nuestros problemas.

—Ah, ¿sí?

—Deberías estar dando saltos de alegría, Niall, no cuestionándome. Dando palmas y todo, si quieres mi opinión. De

hecho, deberías haberla convertido en tu esposa hace una eternidad. Dios sabe que yo la quiero como una hija, y que Bonnie la adora como si se tratase de una hermana, una madre tal vez, solo por eso tú hubieses tenido que hacer algo al respecto. Lo harás ahora —sentenció.

—Pero yo no siento nada por Zelina, madre —observó con suavidad.

—Eso es porque no has pasado con ella el tiempo necesario para descubrir quién es en verdad. Caerás rendido en cuanto la cortejes apropiadamente. —Pareció un decreto.

Niall suspiró.

—No lo entiendes.

—El que no comprende la oportunidad que se le está dando eres tú, Niall. ¿Qué inconveniente podrías ponerle a Zelina? Ella es de la familia, solo tienes que formalizar el vínculo a través del matrimonio. Es cierto que no os habéis tratado en exceso. Tú nunca estás en casa y ella es demasiado tímida, pero eso tiene arreglo.

Vio a Niall comenzar a dar pasos por la habitación mientras se mesaba el pelo. Lyla lo percibía ansioso.

—Verás, madre…

—¿Qué? —preguntó curiosa, al ver que su hijo había detenido su explicación.

—Madre… —repitió. Se acercó hasta la señora Mackenzie y le agarró la mano—. Hay alguien.

—¿Alguien? ¿Alguien dónde? ¿Alguien quién? —interrogó.

—No paso tanto tiempo en Escocia solo por mis negocios, madre. Hay una mujer allí.

—¿Cómo? —Eso sí que no se lo había esperado.

—Hace años que la conozco, pero ha sido seis meses atrás

cuando decidí cortejarla formalmente. Una escocesa muy dura, más que tú, te lo garantizo. Se llama Isla McDonald, vive en Edimburgo y… No había querido que te enterases así, te lo juro. Estaba esperando a que ella finalmente accediese a ser mi esposa para poder presentártela, también a Bonnie.

La señora Mackenzie se recostó en la silla, soltó la mano de su hijo y se tocó la frente.

—¡Cielos! Ciertamente es un gran imprevisto que no vi venir… —susurró.

Niall se acuclilló junto a su madre y le agarró la mano otra vez.

—Nunca he visto en Zelina como algo más que una mujer que necesitaba ayuda. Si Isla no hubiese aparecido me habría conformado con no encontrar el amor de nuevo. Me hubiera casado con Zelina. Dios sabe que estuve enamorado de mi primera esposa, pero no duró mucho nuestra unión, madre. La muerte me la arrebató y luego estaba Lionstar… Ya sabes cómo era él. Interfiriendo porque sabía qué era lo mejor para ella. Ahora todo es diferente. La amo. Es temperamental como una potranca, arrogante, preciosa y buena. No me teme, ha sabido ponerme en mi lugar desde que nos conocimos. Ella es…

La señora Mackenzie vio a su hijo sonreír. Una sonrisa tan brillante y sincera que se le estremeció el corazón.

—La amas. —No fue una pregunta.

—Sí —se reafirmó de todos modos.

—Y es escocesa… Es un gran punto a su favor, porque si existiese una mujer que superase a Zelina, sería una escocesa que ha logrado que mi muchacho volviese a entregar su corazón. —La anciana le dio un par de golpecitos en la mano, de modo que ambos tenían los dedos entrelazados.

—Me ocuparé de Morand. La solución es superar la oferta del caballero que quiere casarse con Zelina, y luego hablaré con el duque de Roden.

—Rothgar… —lo corrigió en un susurro pensativo.

—¿Madre?

—¿Sí? —Lyla salió de sus pensamientos.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás tramando algo?

Ella le sonrió con complicidad.

—No me queda más que darte la enhorabuena por haber encontrado a tu escocesa. Mujer afortunada, en mi opinión. En cuanto a Zelina, no quiero que hagas nada. Morand no disfrutará de tu dinero. Déjame el asunto de ella a mí, sé lo que podría hacer.

Él levantó una ceja sardónica.

—¿Debo preocuparme?

—¿Te he causado problemas durante los últimos catorce años, Niall? —preguntó con irritación.

Él no se atrevió a responder. Porque si tenía que hacerlo con sinceridad debería decir que no, aunque le daba en la nariz que su madre provocaría muchos imprevistos en poco tiempo, seguramente todos los que no protagonizó en esos catorce años a los que ella aludió.

***

Morgan Pusset había visto muchas cosas a lo largo de su vida. Pocas la sorprendían, pero lo que tenía frente a sus ojos…

—¿En qué puedo ayudarla, señora Mackenzie? —preguntó con suavidad la señorita Pusset.

—Oh, no, no. A mí no, yo ya estoy en una edad en la que no tengo nada más que exigir a la vida, pero mi querida Zelina —explicó, al tiempo que se ladeaba para mirar a la aludida y ofrecerle una cariñosa sonrisa— tiene todavía muchos años por delante y no quiero que los siga desperdiciando.

La estampa no tenía precio, pues Morgan estaba disfrazada con el atuendo que la hacía ser la Duquesa X, con la gran peluca rubia, los ojos delineados con kohl y luciendo un impecable vestido rojo.

Al lado de la señora Mackenzie figuraba la duquesa viuda de Lionstar, a quien Morgan había saludado como si fuese una total desconocida.

Las tres mujeres estaban sentadas en la salita donde la Duquesa X solía recibir las visitas de esas mujeres que iban a demandarle ayuda para asuntos… interesantes. Un té había sido servido y al líquido caliente le acompañaban unas tartaletas de nata.

Lo cierto era que Morgan Pusset estaba muy intrigada con la visita inesperada, dado que la señora Mackenzie se había plantado en su puerta y había exigido una entrevista. Una mujer enérgica a la que Morgan no pudo negarse a ver, y en especial porque estaba acompañada por Zelina.

—Muy bien, soy toda oídos —apuntó expectante Morgan.

La señora Mackenzie no se caracterizaba por ser una mujer dada a andarse por las ramas, así que tomó una gran bocanada de aire y comenzó con su exposición:

—Creo que será mucho mejor si nos desprendemos de los velos de los secretos o pequeños engaños. Ha sido usted —añadió mirando con fijación a Morgan— muy leal a Zelina cuando la ha visto y ha simulado que no la conocía.

La duquesa viuda de Lionstar gimió en alto y se llevó las manos a la cabeza. Cuando la madre de Niall la invitó esa mañana a acompañarla a ir de compras porque necesitaba unos guantes nuevos y vio que el carruaje se alejaba significativamente de Bond Street… Pero lo que no imaginó fue que acabarían en la guarida de la Duquesa X. Y tan nerviosa había estado, que no se había atrevido a abrir la boca a fin de ver qué resultaba de toda esa insospechada expedición.

Por su parte, Morgan se limitó a sonreír sin afirmar o negar, a la

espera de más información.

—La sigo escuchando, señora —la animó Morgan. Desde que la había visto en la entrada de la mansión, con su estatura baja, delgada, con el pelo canoso que todavía conservaba hebras como del color del fuego, y emanando un poder que se reflejaba en los ojos grisáceos, sospechó que la escocesa iba a ser alguien a quien valía la pena atender, aunque no tuviese concertada una cita de antemano. Su dicción no podía evitar delatar su procedencia. Morgan había escuchado que los escoceses eran duros, aguerridos, pero que sus mujeres no se quedaban atrás. Lo estaba comprobando.

—Yo estaba el año pasado en la fiesta que ofreció la duquesa de Gales. Fue una gran rival, dado que Elvina llegó de Irlanda un poco después de mi presentación en sociedad. Una gran mujer, si quiere mi opinión, demasiado testaruda, mucho más que yo. A lo que voy es que fui testigo de cómo Zelina se acercaba a usted para hablar. Fue algo breve, pero aconteció justo después de que el duque de Rothgar estuviese importunándola.

—Señora Mackenzie, yo… —comenzó a decirle Zelina mortificada. Su interlocutora le cogió la mano y le dio un par de golpecitos en ella.

—Lo sé, querida. Las mujeres no solemos hacer nada para despertar la curiosidad de los caballeros, pero sí podemos decidir qué hacer al respecto. —Lyla se giró para centrarse en la Duquesa X—. Bien, en aquel momento, cuando Zelina fue a hablar con usted, yo ya conocía su… mediación en asuntos… en cuestiones de índole íntima —expuso, creyendo que había sido muy diplomática—. No es que su secreto sobre sus actividades fuese conocido por muchas, pero entre nosotras, ya sabe, las mujeres de cierta edad, en especial si son viudas que han sido un poco malvadas y poseen ciertos conocimientos, hablamos, y hablamos mucho. Una dama, no diré su nombre para no delatarla, fue asistida por usted y los resultados… digamos que me sorprendieron. Por supuesto que censuré su actuación… Oh, a sus años… y ella quiso… ya sabe lo que ella deseó de usted, pero admitiré

que la vi muy feliz y dichosa después de vivir… aquella experiencia. Todo el mundo, hombre o mujer, debería poder disfrutar de un buen revolcón. Y eso no es mi opinión, debería ser una verdad universal —apostilló sin tapujos.

—Dios del cielo… —susurró Zelina.

—Siga, siga, señora. Estoy muy intrigada con lo que va a pedirme —la animó Morgan, cada vez más entusiasta.

—Yo no he necesitado ese tipo de… averiguaciones, porque mi amado Carlisle cumplió con su labor y me dejó bien servida —alegó con la cabeza bien alta.

—Por eso, usted en mi casa nunca se topará con una fémina que haya sido feliz en su matrimonio o que haya disfrutado en su soltería de… *sanas* maldades. Personalmente coincido con usted, una de mis creencias personales es que los caballeros tienen una serie de privilegios que nosotras también deberíamos poder gozar. Es injusto que la sociedad nos mida con otra vara y nos sancione y lapide por buscar un poco de pasión, de disfrute, más, cuando nos la hemos ganado con creces. ¿A qué venimos a este mundo? ¿A parir hijos? No, nacemos de igual modo que ellos, con el dolor inmenso de nuestras madres al alumbrarnos, si nacemos del pecado, los caballeros también. Y en cambio se nos dice que tenemos que soportarlo todo, incluidos los males que escaparon de la caja de Pandora, con una sonrisa en los labios. Pues no, aunque sea en la clandestinidad, y confiando en que el secreto de lo que ocurre en mi casa no caerá en malas manos, siento que sería un desperdicio no acercarme a mujeres que se han ganado el derecho de disfrutar de un buen revolcón como usted misma, y muy acertadamente, ha dicho. Consideré en su momento que la duquesa viuda de Lionstar —los ojos de Morgan se posaron en Zelina y le sonrió— merecía ese privilegio, pero hasta el momento no se ha decidido.

—Oh, yo sé que ella es una mujer de moral recta. —Le volvió a dar una palmadita en la mano a la aludida—. Y como siempre ha necesitado un empujón, estoy dispuesta a lanzarla al agua sin chaleco

salvavidas, aunque no dejaré que se ahogue. Por descontado que no.

—¿Qué quiere que haga? —se interesó Morgan, mientras Zelina tenía los mofletes completamente colorados.

La aludida no se atrevía a intervenir.

—Retomando mi conversación inicial, en aquella fiesta en la que usted anunció que la condesa viuda de Wins haría una excelente pareja con el duque de Darkworth, lo cual yo también consideraba juicioso al igual que usted, escuché a mi buena rival Elvina, la duquesa de Gales, decir que si ella se pusiese una peluca rubia y se maquillase, también podría tratar de hacerse pasar por la Duquesa X. Recordará que por aquel entonces, los periódicos afirmaron que *lady* Wins era en verdad esa dama infame que fomentaba los encuentros íntimos e ilícitos que hacían que damas respetables a las que tentaba mancillasen su alma. —Morgan le sonrió. No dijo ni una palabra, pero Lyla entendió que no iba mal encaminada en sus conjeturas—. No me importa su identidad, Duquesa X, ni tampoco si la actual duquesa de Darkworth obra maravillas, según afirmaban las damas que pedían su intervención. Estoy aquí porque quiero ver a mi querida Zelina casada, feliz y contenta, y dado que se ha extendido la creencia de que es usted una simple casamentera, quiero pedir ese servicio en nombre de Zelina. —Ya estaba, al fin expuso lo que iba a demandar.

—¡Cielo santo! —exclamó la duquesa viuda de Lionstar. Zelina se puso de pie y comenzó a caminar y negar con la cabeza. Pasado un minuto exacto se paró y miró a la madre de Niall—. ¿Por qué me hace esto? Y sin tan siquiera avisarme… Primero insinuó que me iba a casar con su hijo… —Se quedó parada y con la boca abierta—. Oh, por amor de Dios, la conozco bien, señora Mackenzie, usted le ha hablado sin tapujos al señor Mackenzie sobre esa idea y él se ha negado a ser cómplice de esa descabellada sugerencia…

—No, querida —la interrumpió—. Niall se ha enamorado de una mujer con la que pretende casarse y dado que eres para mí como la hija que nunca tuve, es mi obligación protegerte de todo mal. No voy a durar toda la vida, yo sola me basto para enfrentar a lo que te

aceche, pero nuestra existencia es limitada. No descansaré hasta verte asentada, feliz, sonriente y protegida.

—Usted no va a morirse hasta que tenga cien años o más. Es demasiado obstinada para partir si considera que no ha llegado todavía su hora. Además, ¿a qué mal se refiere? —preguntó con el ceño fruncido Zelina.

—Ya te dije que tu padre había enviado una nota y…

—¿Fue a verlo? —la cortó.

—Desde luego que fui —le dijo, como si ocultarle el contenido de la misiva e ir a entrevistarse con él a sus espaldas fuese lo más natural del mundo.

—¡Así que todo esto es por eso! Morand le ha dicho lo que pretende que yo haga.

—¿Fuiste tú a verlo? —indagó, al fin, sorprendida.

—Por descontado que fui a averiguar qué deseaba. Yo sabía que no era nada bueno, pero… ¡Señora Mackenzie! Me ha traído frente a la Duquesa X sin informarme de sus planes.

—Desde luego que sí —insistió—. Te habrías negado a acompañarme en caso de haberte hecho partícipe de mi propósito.

—Sé que tengo que hacer algo para escapar de mi padre, pero esto es… ¿Quién querría casarse conmigo cuando todavía recuerdan que maté a Lionstar en mi noche de bodas?

—En realidad… —intervino Morgan—, ese es un aliciente escandaloso que la haría popular. Ya se imaginará que los caballeros son peculiares y habrá muchos que quieran saber… si me permite la osadía, si es usted tan ardiente como para llevar a un hombre a la tumba mientras le da placer.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Zelina, quien se puso a dar vueltas por la habitación.

—Estoy pensando en el duque de Rothgar —saltó la señora Mackenzie.

—¡Esto no puede estar pasándome! —gritó Zelina mortificada.

—Tiene usted buen ojo, señora —le dijo Morgan—. Yo creo que también podría ser una pareja idónea para Zelina. Tanto para casarse, ya que él busca esposa, como para que le dé ese revolcón… —Morgan le guiñó un ojo a la anciana, quien sonrió complacida al ver que el pensamiento de la Duquesa X era el mismo que el de ella—. Además, también he seguido la columna de cotilleos sobre la especulación de que Rothgar pudiese estar muy interesado en la duquesa de Lionstar, y estuve presente en aquel baile de los condes de Swen, así que vi de primera mano que él era como un perro corriendo tras un buen chuletón.

—¿Ahora soy un chuletón? —se quejó Zelina.

—Muy bien —continuó Lyla sin hacerle caso a la viuda—, creo que entonces está todo decidido. Nos ponemos en sus manos para que antes del revolcón, se celebre una boda. —Zelina gimió en alto. ¿Cómo era posible que la señora Mackenzie no se estuviese escuchando?

—Me ocuparé de todo si Zelina da su bendición. Me consta que el duque de Rothgar se ha atrincherado en Roth Rote, su casa de campo en Dover, así que intuyo que eso es debido a… ¿un revés emocional? —Miró a Zelina con atención.

Morgan conocía muy bien al duque de Rothgar, si James había huido de Londres en plena temporada era por un asunto importante, y ella apostaría toda su fortuna a que la duquesa viuda de Lionstar tenía algo que ver.

La aludida suspiró. ¿Qué sentido tenía quedarse callada cuando todos sus secretos habían salido a la luz? Además, no tenía la menor duda de que la madre de Niall tenía buenas intenciones, y buen corazón… La duquesa de Lionstar deseaba un poco más de la vida. Si su hijo había encontrado el amor, pronto estaría sola, porque ninguna

mujer querría a otra soltera rondando a su esposo. Cerró los ojos y pensó en Bonnie. Lo único que importaba era que el señor Mackenzie fuese razonable y que le permitiese tener contacto con ella. Entendía que cuando Niall se casase las cosas no podrían volver a ser como antes, pero encontraría el modo de pasar largas temporadas con Bonnie, no sabía cómo, pero algo se le tendría que ocurrir. Así que, si se quedaba desamparada, no estaría nada mal poder encontrar a un buen hombre, cariñoso, amable, paciente, para quien ella lo significase todo. Sí. Ella quería un compañero. La vida le estaba dando un empujón a través de la señora Mackenzie, tal y como ella misma había dicho, de tal modo que, por una vez, sería valiente y se dejaría llevar. Zelina abrió los ojos, respiró con profundidad y miró a la Duquesa X.

—Sí.

—Muy bien —exclamó Lyla al tiempo que daba un par de aplausos debido a la emoción.

—Pero no podrá ser el duque de Rothgar —sentenció.

—¿Por qué no? —preguntó la señora Mackenzie.

—Pues porque… porque… Bueno… él… no es… Yo…

—Zelina… —tomó la palabra Morgan con mucha suavidad—. Estamos entre amigas, confidentes. Después de todo lo que aquí se ha dicho, no hay lugar para el temor o nerviosismo. Sea lo que sea, creo que puedes decirlo con confianza. Yo no te censuraré jamás. Nunca se me ocurriría poner en tela de juicio el proceder de otra mujer, porque siempre he considerado que nosotras mismas deberíamos apoyarnos más y no ponernos palos en las ruedas. En cuanto a la señora Mackenzie, he visto que solo desea ayudarte y que está dispuesta a todo.

—Desde luego, y estoy convencida de que el duque de Rothgar es el adecuado. —Chasqueó la lengua—. En verdad hubiese esperado que Niall te desposase, porque no consideré que hubiese otro que te mereciese más. Y me molestó mucho que te desmayases y él se

apropiase de ti de ese modo tan posesivo… Si hubieses visto la mirada que le dio a lord Swen cuando trató de quitarte de sus brazos. Peligroso. Un hombre que te miraba con tanta pasión… No me gustó, pero si Niall tiene sus propios planes, no me veo con fuerza para alejarlo del amor, así que Rothgar es mi segunda opción para ti. Y confío en que sea una buena, pero eso habrás de averiguarlo por ti misma.

—No puede ser él porque yo lo rechacé. Además, lo rechacé de tal modo que Rothgar no tiene dudas de que yo… de que yo… De que él…

—Oh, mi querida niña —terció Lyla—. No hay nada más excitante para un caballero que perseguir a una dama que le da calabazas. ¡Las que le di yo a mi Carlisle!, y él cada vez estaba más y más enamorado de mí.

Zelina miró a Morgan a los ojos.

—Lo eché sin contemplaciones de mi habitación aquella noche en la que me desmallé.

—¡Oh! —exclamó la señora Mackenzie.

—Me puse a llorar como una chiquilla cuando él trató de besarme, así que me querrá ver en Japón, o en algún lugar más lejano, antes que plantearse la opción de que suceda algo entre nosotros.

—Lo sabía —dijo Lyla cuando le dio sentido a lo que acababa de escuchar—. Él te deseaba y tú le paraste los pies. En cuanto dijo que se iba a quedar a dormir en casa de Swen para asegurarse de que tu salud fuese fuerte… ¡Caballeroso! ¡Honorable! Eso alegó para que lord Swen le permitiese el capricho, pero no creí que él se atreviese a… ¿Te hizo daño, Zelina? —se preocupó.

—No, no. Él se disculpó y se marchó.

—¿Te gustó cuando te besó? —interrogó Morgan con suavidad.

—En aquel momento no, pero…

—No has podido dejar de pensar en él —conjeturó Morgan sabiendo de antemano la respuesta que ella iba a ofrecer.

—Así es —confirmó Zelina, con las mejillas encendidas.

—Creo que tengo un plan. ¿Debo incluirla a usted, señora Mackenzie, en la aventura que podría idear? ¿Nos acompañará a Roth Rote?

La ludida se levantó de la cómoda silla tapizada en la que había estado sentada y se movió hasta Zelina, quien seguía de pie, le tomó las manos y le sonrió.

—Es tiempo de dejarte volar, mi niña. Eres más fuerte de lo que crees. Niall quiere llevarnos a Escocia para que conozcamos a su enamorada. Es un buen momento para que averigües lo que deseas y ver si el duque es un hombre que pueda hacerte feliz. Confío en tu capacidad, en tu fuerza, estás lista para estar sola en esta… —se giró para mirar a la Duquesa X— aventura.

Zelina afirmó con la cabeza.

No hubo tiempo para más charlas. Un gran estruendo, causado por muebles cayéndose en la parte de fuera de la salita de recibir visitas, interrumpió la reunión.

La Duquesa X se levantó a toda prisa para ver si en verdad estaban asaltando la mansión, porque parecía que había una guerra sucediéndose…

Capítulo 6

Contrariedades solventables

A Brendan Sallow le habían llamado muchas cosas. Malas, muy malas, la mayoría de las veces. Y le gustaba. Le gustaba ser un hombre de gran tamaño, con una salud de hierro que se recuperaba de puñaladas, incrustaciones de balas o peleas con gran rapidez. Ser el matón de Althea, la ya duquesa de Darkworth, le había gustado especialmente. Sobre todo, cuando ella iba disfrazada de Duquesa X y él tenía que imponerse para protegerla. Con Morgan, la situación era más relajada, porque como con Althea, tanto Greyson Amery como él, se turnaban para custodiarla, pero la señorita Pusset era una luchadora nata, había crecido en las calles más oscuras de Londres, al igual que él, y por mucho que Brendan había aleccionado a Althea para que supiera defenderse, ella no sabía pelear como Morgan. De tal modo que pareció que con Morgan tendría más tiempo libre. Así fue. Y esos pequeños descansos lo llevaron a comenzar a dar paseos bien temprano, a las seis de la mañana, a veces a las cinco.

En una de esas agradables salidas de madrugada, se dio de bruces con una pequeña pícara que sabía que era del todo problemática. Entre otras cosas porque fue un dolor para su trasero desde que la conoció el año pasado. Bien. Durante uno de sus paseos descubrió que la hermana del duque de Hardcastle, *lady* Venus Culpepper, estaba accediendo a lo que Brendan intuía que era su habitación trepando por un árbol y vestida en pantalones. Esa melena caoba suya se había desparramado cuando se le cayó el gorro bajo el que la trataba de ocultar.

Temeraria y estúpida. Ella era problemática, temeraria y

estúpida por ir correteando en plena noche por la calle. Ah, y carecía del sentido de la autoconservación. Y si él fuese otra clase de hombre se habría olvidado de lo sucedido, porque la hermana de Hardcastle no era asunto suyo.

Pero no, a partir de esos momentos podrían decir que además de guardaespaldas también era una niñera, porque se había quedado varias noches bajo la ventana de la pícara desvergonzada para pescarla y darle un escarmiento. Con tan mala suerte que, en vez de sorprenderla a ella, había sido su hermano quien encontró a Brendan cuatro noches seguidas en el mismo lugar.

Prefería que lo llamasen gorila con malas pulgas, un hábito que había adquirido el esposo de su querida Althea, o incluso mastodonte, como hacía Morgan, pero no niñera, y más cuando ese papel le iba a traer muchos inconvenientes como el que estaba a punto de enfrentarse.

Y era debido al tipo de hombre que era, uno demasiado protector con las mujeres, por lo que Hardcastle —quien era vecino de la casa en la que Morgan, Greyson y él mismo residían en Mayfair—, posiblemente lo había seguido hasta la mansión en la que operaba la Duquesa X a las afueras de Londres. Porque tenía al hermano de *lady* Venus Culpepper frente a él y lo miraba como si fuese a asesinarlo.

—¿¡Qué se siente cuando los papeles se invierten y el agresor se convierte en víctima, maldito bastardo!? —ladró el duque en medio del pasillo.

La mirada de Brendan se desplazó por la zona. Había varios sirvientes que se habían acercado hasta el lugar donde los gritos estaban a la orden del día.

—Debería vigilar mejor a su hermana, *excelencia*. —Brendan arrastró el título y lo dijo con desprecio.

—Por supuesto que sí, una dama de alta alcurnia no debería verse asediada ni espiada por ti. —Hardcastle se negaba a tratarlo con formalidad. No lo merecía.

Brendan vio que Greyson Amery acababa de aparecer por la esquina. Sonrió de lado.

—¿Has venido a ayudar o a terminar el trabajo si él —dijo moviendo la cabeza hacia el hermano de Venus— falla?

Amery también sonrió de lado, tal y como había hecho Brendan momentos antes. Ambos habían sido uña y carne en el pasado, pero dado que Amery no le había perdonado que cuestionase su lealtad el año pasado cuando Morgan fue agredida por un verdadero bastardo, la pregunta estaba más que justificada.

—No lo he decidido todavía —apuntó, sardónico—. Te lo hago saber de antemano así, para que después dudes de mi lealtad con motivo.

—Ya… no vas a olvidarlo nunca, ¿verdad? —preguntó Brendan.

—Bueno… tal vez si te dejas magullar un poco por un duque… Noooo, ni aun así. Vas a tener que volver a ganarte mi confianza, Sallow.

—Lo suponía.

—Como veo que no voy a sacar nada en claro —intervino Hardcastle colérico—, será mejor que demuestre mi punto.

El duque se lanzó en avalancha contra Brendan, y debía reconocerle el mérito, porque le doblaba en tamaño y el rostro del señor Sallow resultaba más aterrador que su físico.

El duque trató de darle varios puñetazos, Brendan lo esquivó. No deseaba causarle daño alguno al tipo. Enfrentarse a un duque era bastante espinoso, y la cosa se pondría muy fea si encima le atizaba. Así que estaba en una encrucijada, porque él no había hecho nada malo, más que tratar de proteger a *lady* Venus de sí misma, y tampoco le parecía justo dejarse golpear.

Forcejearon durante un buen rato. Las sillas, jarrones y pequeñas mesas que adornaban el pasillo fueron recibiendo su merecido.

Brendan confiaba en poder aguantar y esquivar los golpes de Hardcastle hasta que el duque se agotase. No parecía que se diese por vencido. Lo admiró un poco por entregarse tanto en favor de su hermana.

—¿Qué diantres está pasando aquí? —inquirió Morgan. Debido a la energía que usó para hacer la pregunta, la peluca rubia se zarandeó de lado a lado.

Por descontado que ambos contrincantes no le hicieron caso.

Tras Morgan, sin salir de la habitación en la que habían estado por precaución, pero sí sacando las cabezas por el marco para ver qué ocurría, amanecieron Zelina y la señora Mackenzie.

—¡Oh! Esto sí que es una sorpresa —dijo Lyla—. No me extraña que ese lugar sea tan popular… Peleas entre caballeros y no unos cualquiera, ¡qué dos ejemplares! ¡Magníficos! Espero que sea una de esas luchas donde acaban desnudos…

—¡Señora Mackenzie! —la regañó Zelina.

—Está bien, está bien. Desnudos es algo un poco inquietante, más si ambos están pelando, a los caballeros no les gustaría tener que soportar ciertos roces que serían incómodos. —Se imaginaba dos apéndices masculinos chocando contra la piel del otro—. Pero sí que recomendaría que luchasen con menos ropa, tal vez como un par de gladiadores romanos. Sí, yo misma pagaría una pequeña fortuna para ver ese desafío y más si fuesen dos ejemplares como los que estamos viendo. Vestidos se ven formidables, con el pecho descubierto sería un espectáculo soberbio.

—Señora Mackenzie, no están luchando para entretener a las damas…

La escocesa se encogió de hombros.

—A mí me están ofreciendo un excelente entretenimiento… incluso vestidos.

—Por Dios… —susurró Zelina.

Morgan avanzó hasta Greyson Amery y se puso las manos sobre la cintura para evidenciar su enfado. Los otros dos seguían enzarzados en una disputa que parecía épica. Dando tumbos, y destrozándolo todo a su paso.

—¡Detenlos ahora mismo! —le ordenó a su otro protector.

—Nooo. Sallow se está divirtiendo.

—No, tú te estás divirtiendo —replicó ella.

—Es lo mismo —respondió perezoso el señor Amery.

—Como siempre, me tendré que ocupar yo misma de vuestras tonterías. —Morgan se puso los dedos en la boca y emitió un sonoro silbido para después decir—: ¡Brendan Sallow, te ordeno de inmediato que lo frenes!

—Siempre arruinando toda la diversión —apuntó Greyson.

—Pero si yo solo me estoy defendiendo —saltó el señor Sallow—. ¿Quieres que él se haga daño y que sea peor…? No creo que tarde mucho en cansarse. —Mientras que el protector de Morgan estaba fresco como una rosa, su oponente sudaba y le faltaba el aire. Brendan estaba seguro de que mientras que en su niñez Hardcastle se dedicaba a no hacer nada, tal vez mamar de la teta de su nodriza hasta los diez años, tanto Morgan como él mismo habían tenido que sortear a la muerte en las duras calles de un Londres muy oscuro que nada tenía que ver con Mayfair.

—Puedes pararlo sin causarle mal alguno, así que ¡hazlo! —le gritó.

Brendan esquivó el último derechazo, se colocó detrás de Hardcastle con un movimientos certero y rápido y lo sostuvo desde atrás, de forma que la espalda del duque se quedó anclada sobre su pecho. Lo había inmovilizado.

—¡Suéltame, bestia inmunda! —replicaba Hardcastle sin parar.

—¿Y ahora qué? No parece que se dé por vencido —le dijo Brendan a Morgan.

—¿Lo tienes bien sujeto? —indagó ella.

—Me estás ofendiendo. Podría soltar mi mano derecha y todavía estaría agarrado como en un cepo —refunfuñó él.

—Muy bien. —Ella se acercó hasta el duque y se puso delante. Chasqueó los dedos para llamar su atención sobre ella—. ¿Puede explicarme por qué alguien de su posición y educación se comporta como un bárbaro, Hardcastle? Porque si esto es debido a que su hermana me ha pedido ayuda para hacer de casamentera con usted, me quedó muy clara su posición al respecto y no pienso hacer nada en ese sentido.

—¡Esto es porque esta bestia está acosando a mi hermana! ¡No lo quiero cerca de ella! —ladró el duque.

Los ojos de Morgan se abrieron con sorpresa y despegó la mirada del duque para centrarse en Brendan, haciendo así una muda pregunta.

—No es así. La he visto subir trepando por un árbol cuando salía a pasear antes de que amaneciese. Ella se escabulle de su casa por la noche y quería explicarle que…

—¡Sucio mentiroso! ¿Se atreve a calumniar a una dama? ¡Venus trepando por un árbol! Estupideces para justificar que la desea, que ha puesto sus ojos en ella y está esperando la ocasión perfecta para raptarla. ¡Pues la repudiaré! ¿Me oye, maldito? No verá ni un solo penique de su dote. ¡No! ¡No la tendrá, ni tampoco su fortuna! —siguió gruñendo el duque.

Brendan suspiró. Dios lo librase de los caballeros que protegían a sus hermanas, él sabía bien lo que era eso, porque, aunque el esposo de Althea, Aquiles, estaba al tanto de la relación que mediaba entre él y la duquesa, ella no sabía que Brendan en realidad era su medio hermano y ese secreto se lo llevarían a la tumba los implicados. Y

puesto que Althea le dio mucho trabajo a la hora de tener que vigilarla y protegerla, podía entender la angustia de Hardcastle con respecto a Venus Culpepper. Hacerle comprender que él no estaba mintiendo era harina de otro costal.

—Mire, yo no quiero tener nada que ver con su hermana. Es más, cuanto más lejos esté de mí… mucho mejor. Solo hace que jurar por los sombreros de su tía…

—¡Son los guantes de su abuela! —replicó el duque. Pues esa era la frase preferida de su hermana Venus. Ardió lleno de furia y comenzó a removerse con mayor esfuerzo para huir del agarre de su opresor—. ¿¡Cómo sabe usted eso sino es porque la acosa con fines perversos!?

Morgan puso una mano sobre un brazo de Brendan y lo miró con pasión.

—Cariño, imagino que Hardcastle no te cree porque no le has explicado que tienes a una verdadera mujer a tu lado. ¿Cuál sería el motivo por el que irías a buscar a una dama de alta alcurnia si tú ya tienes más dinero del que podrías gastar en esta vida y a una ardiente amante en tu cama? —Morgan le lanzó un beso al aire a Brendan y este rodó los ojos debido a su atrevimiento. Luego la señorita Pusset se centró en Hardcastle, quien había parado de removerse sobre el pecho del señor Sallow, y le dijo—: Mi hombre no tiene motivos para… cazar en otro lado, excelencia, si él dice que su hermana está haciendo alguna que otra fechoría es porque…

—¡Miente! Mi hermana puede ser alocada, pero no se pondría en peligro de ese modo. Yo sé eso —se reafirmó.

—Muy bien —consideró Morgan—. Tal y como yo lo veo, la solución a su problema es de lo más fácil.

—¿Matarlo? —Sorpresivamente la pregunta no la hizo Hardcastle, sino que fue Greyson Amery el que la formuló desde su posición—. Yo podría ayudar.

—¡No estás siendo de ayuda! —le recriminó Morgan. Luego se centró en el duque y se dio cuenta de que posiblemente estaba valorando el asunto—. Usted no se ensuciaría las manos, contrataría a un par de secuaces, y le aseguro que mi hombre conoce a todos los que podrían estar interesados en obtener la recompensa que les ofrecería por eliminarlo. No logrará asesinarlo porque ya ha visto que es un tipo duro, fuerte y que solo me obedece a mí. Es mío, se lo estoy diciendo. ¿De verdad cree que alguien elegiría a su hermana cuando yo soy el otro premio sobre la balanza? Ni usted es tan ingenuo… Así que hágame caso, lo mejor es que se lleve a su hermana de viaje, le vendrá bien estar una larga temporada fuera de Londres, porque conozco a mi hombre y no miente. Y así, con un viaje, mataría dos pájaros de un tiro. *Lady* Venus estaría fuera del alcance de mi amante, si es que todavía cree que él está interesado en ella, y, por otro lado, se aseguraría de que ella no se escapase de su hogar por la noche, si es que en verdad está haciendo algo como eso. Le he dado la solución perfecta a sus dos posibles problemas. Un largo *tour* donde pueda controlar a su hermana es lo más conveniente… ¿sí? —Morgan vio al duque comenzar a darle vueltas al asunto. Ella juraría que lo había convencido, así que le dijo a Brendan—: Puedes soltarlo. Su Gracia no será un problema ahora. —Sallow no se lo pensó ni un instante. Lo dejó libre al punto. El duque lo miró con extrañeza, ella entendió lo que estaba pensando y se apresuró a añadir—: Se lo he dicho, es por entero mío —apuntó, al tiempo que se abrazaba a él por la cintura para dar más énfasis a sus afirmaciones. El señor Sallow le pasó una mano por encima del hombro.

Hardcastle se peinó el cabello hacia atrás, le dio un tirón a la chaqueta y luego a las mangas, tras lo cual se marchó de allí sin decir nada más.

Cuando el duque desapareció, Morgan levantó la cabeza para mirar a Brendan. Él la observaba con enfado.

—No tenías derecho a hacer eso —le dijo apretando los dientes.

—Lo he hecho porque sabes que es lo mejor. Cuanto antes ella

desaparezca del mapa, mejor nos irá a todos.

—Eres ridícula, excelencia, por insinuar lo que insinúas y lo sabes. —Y ella no supo si se refería a lo relativo a Venus o al hecho de haber dicho que era su amante… No tuvo opción a preguntarle, porque Sallow se dio la vuelta y se marchó hacia el lado contrario por el que se había ido el hermano de Venus Culpepper.

Morgan suspiró. No sabía qué ocurría entre Venus y Brendan, pero ella no dejaría que el mastodonte se cavase su propia tumba. Lo amaba demasiado para que algo así pudiese ocurrir.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó burlona a Greyson, quien seguía parado en el mismo lugar que cuando comenzó la pelea entre Brendan y Hardcastle.

—¿Si hubiese sido yo el que hubiera estado en problemas, también hubieras venido a mi rescate, Duquesa X? —Usó su identidad secreta porque sabía que había dos damas presentes, invitadas de Morgan, y que las formas debían ser guardadas. También el secreto sobre su nombre de pila.

—Sabes bien que sí. No olvido jamás mis deudas, y tú me salvaste la vida el año pasado.

—Bien. Recuérdaselo a tu… amante, cada noche, porque la traición que sentí de alguien a quien yo consideraba mi propio hermano, sigue en carne viva. —Ella sabía que se estaba refiriendo a cuando Brendan acusó a Greyson de estar detrás de los atentados que se dieron contra Althea el año anterior, y en cuya trifulca ella acabó herida a causa de un disparo. Morgan le debía la vida a Greyson Amery, porque él había sido todo el refuerzo que tuvo cuando el villano la secuestró creyendo que estaba apresando a Althea.

—Lo sé, y si te sirve de consuelo, ni él mismo podrá perdonarse el hecho de haber dudado de ti. El rencor no conduce más que a la soledad y tú formas parte de nuestras vidas. Es fácil acusar, complicado pedir perdón, pero es de sabios concederlo. Es hora de que entierres el hacha de guerra. Somos tu familia. Tú eres nuestra familia

—repitió.

Greyson asintió con reconocimiento y se marchó también de allí.

—¡Qué entretenido es todo esto! —exclamó Lyla, fascinada—, pero lo sería mucho más si el espectáculo lo protagonizasen con el torso desnudo, como si fuesen piratas. Sí. Eso atraería la atención de muchas damas… incluida la mía. —La anciana estaba malhumorada por no haberles visto un poco más de piel.

—Señora Mackenzie, esto no ha sido un teatro —le advirtió Zelina.

—Lo sé, lo sé, pero si se pensase en organizar un tipo de entretenimiento donde los caballeros actuasen ligeros de ropa… La organización de una actividad así se llevaría un buen pellizco —observó Lyla.

Mientras tanto, Morgan se acercó a ambas y las miró con cara de mortificación. Las dos damas seguían en el marco de la puerta de la salita de recibir visitas.

—Siento que hayan tenido que ser testigos de nuestras miserias. Ahora las dos se pueden hacer una idea de lo que supone mi existencia. Iré al cielo y no al infierno porque quien me condena por lo que hago no está al tanto de la caridad que ofrezco al no matar a tiros a los supuestos caballeros que me rodean. Tengo que proteger a hombres que deberían velar por mi seguridad y combatir contra duques… difíciles. Y ni se imaginan lo que sucede cuando cierto hijo de un vizconde aparece en mi puerta… —murmuró, mientras pensaba en que en la escena solo había faltado que apareciese el honorable Basil Foster, hijo de lord Portman, quien se había acostumbrado más de la cuenta a ofrecerse para… entretener a las damas a las que ella, como Duquesa X, ayudaba… ¡Cachorro impertinente! Vaya que Basil lo era, tal y como decía el duque de Darkworth. Un cachorro muy insolente e impertinente.

—Ya quisiera yo su trabajo durante un tiempo… Todo el día enfrentándose a hombres con ese aspecto tan… salvaje… —murmuró

Lyla.

—¡Señora Mackenzie! —la volvió a llamar al orden Zelina.

—Como si tú no lo estuvieses pensando… —razonó mordaz la escocesa.

***

James Salsbury podría considerarse afortunado. Tenía una hermana asentada, madre de tres hijos, aunque Elena estaba casada con el vizconde Maine, un hombre que era… bueno, era el hermano de su mejor amigo, pero Joseph Bail tenía una mente relajada. Bien pensado podría ser el más listo de los mortales, porque se agenció a su hermana sin casi esfuerzo. Y James jamás olvidaría aquella noche en la que lo pescó en el lecho de Elena y lord Maine se atrevió a decirle que no era lo que parecía…

Luego estaba Aaron, el conde de Essex. A su hermano le consiguió un título, le costó una fortuna y usar muchos secretos y contactos para que, tras haber sido nombrado James duque, el título de la familia recayese en su hermano. Él estaba acostumbrado a hacer cosas sucias, oscuras, de dudosa legalidad, por decirlo de alguna manera. Le dio el condado creyendo que Aaron se reformaría, pero eso no ocurrió. Fue cayendo en picado hasta que se marchó a los Estados Unidos de América, un lugar en el que esperaba que hubiese logrado la estabilidad y también la felicidad. No sabía nada de él. Ni una sola vez Aaron le mandó una carta.

Salvó la vida de su hermano de milagro, ya que Aaron era un verdadero pícaro y se fijó en la prima del duque de Ascot, una joven peculiar llamada Valerie, de apellido de soltera Manchester, actual duquesa de Lennox. Ascot, ese era Patrick, quería ver fuera de juego a Aaron cuando engañó a su prima, pero James había logrado darle una segunda oportunidad al que era la oveja negra de la familia. Aaron siempre había resultado imprevisible: juegos, carreras de landó, mujeres… muchas mujeres a las que usaba sin miramientos y deudas.

Tantas cosas malvadas como había hecho su hermano menor y

nunca creyó ganarlo en tonterías, porque lo que había sucedido con Zelina… Corrección, ella no era Zelina, no. Él debía referirse a la dama como la duquesa viuda de Lionstar. Eso era. Así que, tantas estupideces como había llevado a cabo Aaron, y James lo había superado en todo por el simple hecho de no haberse dado cuenta de que la duquesa viuda de Lionstar no estaba jugando a nada con él.

¡Dios, cómo la había deseado! Todavía la deseaba. Se le había hecho la boca agua con solo oler ese perfume recatado con base de lirios blancos. Tal vez con un toque afrutado, ¿fresas? No tenía ni idea, solo sabía que su hombría rugía contra sus estrechos pantalones y que deseaba poseerla como si no hubiese ningún mañana.

Y luego estaba ese beso. Un beso al que él juraría que ella había respondido, al menos al principio… No podía olvidar ese beso frenético, un beso profundo, anhelante, maravilloso que se convirtió en la pesadilla de la dama.

¡Por Dios, la había hecho llorar! ¿Acaso había disfrutado él de ese beso tan formidable porque ella no había cooperado después? En caso afirmativo, ¿en qué clase de monstruo lo convertía a él ese hecho? ¿Era por eso por lo que Aaron había violado a una mujer que se negó a compartir su cama, por el placer de no tenerla bien dispuesta y forzarla? Ese pensamiento tan vomitivo le hizo precisamente eso, darle ganas de vomitar. ¡Él no era así! James no forzaba a las mujeres porque eso solo lo hacían los cobardes, aquellos hombres que no tenían ni un hueso honorable en el cuerpo.

¿Por qué le llamaba tanto la atención Zelina? No, Zelina no, volvió a regañarse mentalmente por referirse a ella de ese modo tan personal. La duquesa viuda de Lionstar no lo había seducido solo porque tenía cierta similitud con Elvina, porque lo único parecido entre ambas era el vestido negro y el moño echado hacia atrás. La duquesa de Gales siempre había sido ardiente, pasional, con un apetito que casi lo dejaba a él como un colegial. Era una valquiria experimentada, siempre rodeada por un halo de misticismo excitante.

Zelina no era así. ¡Dios! No era Zelina… La duquesa viuda de

Lionstar no era así. A ella la había catalogado como una integrante consumada, pero se dio cuenta de que se escondía, bajo esa capa de seriedad, una mujer desolada, frágil, necesitada. ¡Y él había deseado convertirse en su paladín, luchar todas las batallas por ella, no verla en ningún estado de ánimo diferente al de la alegría! Pero no, él había sido el mayor antihéroe.

—¡Santos demonios del Hades! —exclamó, al darse cuenta de que él mismo se había convertido en el villano de la dama a la que hubiese deseado rescatar de las tinieblas.

Había tanto temor en esos ojos que resplandecieron llenos de lágrimas al amparo de esa tenue luz de una vela… ¡Y no pudo ayudarla! Una disculpa y se marchó sintiéndose un botarate. De pronto toda su experiencia y su seguridad desaparecieron al ver lo que casi le hizo… ¿Qué hubiera pasado si él no se hubiese dado cuenta de que ella no toleraba sus intenciones y hubiera seguido adelante?

No quería ni pensar en ese hipotético caso porque la bilis le volvía a subir por la garganta. Lo peor de toda esa inaceptable situación era que no había podido dejar de pensar en ella. Zelina… Ella sí era Zelina en sus sueños, unos en los que la besaba, en los que ella se aferraba a su espalda y lo arañaba mientras él empujaba fuerte y seguido hasta el fondo de su feminidad, en los que ella gritaba su nombre y declaraba que lo amaba.

—Demonios y más demonios… —se quejó en voz alta—. No puedo haberme enamorado de la única mujer que saldría corriendo en caso de que me volviese a ver. No es amor, solo es… obsesión. Sí. Eso es, mi orgullo ha quedado tan vapuleado que es por eso por lo que ella no sale de mi mente, ni de mis pensamientos ni de mi… ¿En serio estoy pensando en decir corazón ahora? ¡Dios! ¿De verdad, estoy hablando solo? Acabaré en Bedlam, encerrado y con una camisa de fuerza.

James había visto cómo se usaban las camisas de fuerza en Francia, pues desde el siglo XVIII se habían puesto de moda en París por considerarlas más compasivas a la hora de tratar a los pacientes en

comparación a las cadenas y grilletes. Él mismo había usado las camisas de fuerza, las cadenas y los grilletes mientras ayudaba a la Corona a luchar contra los que todavía eran seguidores de Napoleón en la clandestinidad. Él debería llevar una camisa de fuerza por la locura que era no poder dejar de pensar en ella.

No era amor. No. Se trataba solo de… Pues que la duquesa lo había hecho sentirse como una diminuta mota de polvo. De eso se trataba.

Sí. No era por ese beso perturbador que habían compartido. Tampoco por la conexión que sintió cuando la apresó contra la pared más próxima.

No. El cuerpo femenino no se había pegado al de él tal y como notó en un primer momento. Solo ocurrió que la arrinconó sin remilgos porque la consideraba muy, pero que muy experimentada. Tampoco sintió las manos de ella acariciarle el cabello. ¡Era imposible que eso hubiese ocurrido, dado que ella estaba muerta de miedo! Y, sin embargo, estaba completamente seguro de haberlo sentido… ¡Qué horror! Lo meterían en un sanatorio mental y echarían la llave por la ventana.

Sentado en la silla tras su escritorio, al fijar la vista en la ventana, vislumbró un rayo surcando el cielo. Violeta, furioso, rápido, un aviso del estruendo que iba a producirse en breve. Y sonó. Un gran y profundo trueno resonó en lo que pareció ser los confines del infierno.

Se avecinaba una gran tormenta.

James se levantó y se movió hasta la ventana. Confirmó que se avecinaba una gran tormenta. El cielo estaba gris, tan oscuro que parecía que acabaría cayendo el gran diluvio. Era como si el fin del mundo se acercase.

El duque se colocó las manos a la espalda. No caía todavía ni una sola gota, pero pronto llovería sin contención. Sería una buena tempestad, estaba seguro.

—Ahora no podremos marcharnos de aquí hasta que amaine. Y nos costará una semana o dos que los caminos estén secos y sean seguros. No debí haberte acompañado, Rothgar. —Su abogado y amigo, Ethan Digory, había entrado en el despacho y estaba a su lado contemplando los rayos que estaban surcando el cielo. También había truenos de fondo.

—No te obligué a venir conmigo, Digory —le recriminó.

—Parecías un conejito asustado… No me puedo creer que la duquesa viuda de Lionstar te comiese y luego escupiese tus restos… ¡Si parecía… ella se veía… la dama era como…! —Su exclamación fue perdiendo fuelle, no se le ocurría con qué compararla—. En fin, no se veía como si fuese a dejarte tan hundido.

—No estoy hundido —refunfuñó.

—¡Claro que no! ¡Esa es la actitud! —lo animó Digory, al tiempo que le daba una palmada amistosa en la espalda. Ante lo que James gruñó—. Vamos a estar aquí atrapados sin hacer nada durante una semana como mínimo, dos si toda el agua que se avecina descarga. Así que… ¿quieres contarme tus penas, Rothgar? Tal vez pueda echarte una mano, bueno, yo también sufrí un mal de desamor catastrófico, nos podemos consolar el uno al otro… —sugirió.

—Antes me amputaría las dos manos —dijo con desdén.

—¡Lo he intentado! Te dejaré con tus pensamientos y trataré de avanzar trabajo. Fue una suerte que me trajese la documentación sobre el caso… ¿Qué es eso? —La mirada de Ethan estaba fijada en la entrada principal de la finca.

—Es un carruaje que acaba de pararse.

—Sí… Y un hombre inmenso ha descendido de él…

—Me resulta familiar… —Aunque los recién llegados estaban a cierta distancia, James los podía distinguir con relativa facilidad.

—¡Es enorme! —insistió Digory sobre el aspecto del caballero

que veía a un lado del carruaje—. No me gustaría toparme con él en una noche oscura… Ni por el día tampoco. ¿Qué demonios está haciendo? —preguntó incrédulo, debido a la acción que el inmenso caballero estaba llevando a cabo.

—Fácil. Está pateando la rueda para romper el carruaje. Vamos, cojamos un par de pistolas y vayamos a ver qué ocurre. Si vienen a asaltarnos se han equivocado de objetivo.

—¿Pistolas? ¡Dios! Yo soy un hombre de letras, no de acción.

—¿Acaso no tienes sangre en las venas?

—Mucha, y me gustaría que siguiese estando ahí y no fuera de ellas.

—Coge las malditas pistolas y vamos a ver quién osa romper un carruaje delante de mi puerta, y más vale que sepan nadar, porque no les daré cobijo, solo Dios sabe las intenciones que tendrán al presentarse de esa forma ante mí. Así que los pillaremos desprevenidos y en vez de esperarlos iremos a por ellos.

—¿Eres consciente de que eres un duque sin descendencia?

—Sí, sé que no tengo hijos, Digory —dijo con irritación.

—A lo que me refiero es que si tú, que tienes tanto que proteger: el linaje, el título, la fortuna y todo eso, no tienes miedo de lo que pueda venirnos encima, supongo que yo debería estar menos aterrado. Dame un par de pistolas, un poco de emoción me vendrá bien, porque aquí moriré de aburrimiento mientras te veo languidecer.

—Eres odioso, Digory.

—Bueno… tú tampoco te quedas atrás… —murmuró.

En un par de minutos, y con dos pistolas cada uno en la mano, se dirigieron a toda prisa hasta el carruaje. En cuanto Rothgar se dio cuenta de que el grandullón que había roto el eje de la rueda era precisamente Brendan Sallow y que a su espalda estaba Morgan Pusset sin esa ridícula peluca, bajó las armas y le ordenó a Ethan hacer lo

mismo.

—Son amigos —le aclaró tras la petición.

—¿Con ese también tienes cuentas pendientes como con los otros dos con los que nos topamos en la fiesta de lord y *lady* Swen? Lo pregunto porque esa enorme mole nos haría papilla solo con levantar una mano.

—No eres tan gracioso como te crees, Digory.

—No pretendía serlo —volvió a susurrar.

—Señorita Pusset, Sallow —los saludó el duque.

—¿Un recibimiento con pistolas? —indagó con el ceño fruncido Sallow. Con desconfianza también.

—Te he visto romper el eje desde la ventana de mi despacho. No te he reconocido hasta que te he tenido más cerca, así que supuse que… ¿Por qué has saboteado tu carruaje? —De pronto no entendía nada.

Brendan Sallow miró a Morgan con una ceja levantada.

—¡Vaya, no es así como tenía que ocurrir! —razonó Morgan.

—¿El qué? —preguntó el abogado, motivado por la curiosidad.

La vista de la señorita Pusset se quedó fijada en Ethan en ese momento.

—Usted no debería estar aquí —dijo sin pensar.

¡Oh, Dios!, Morgan recordaba a ese caballero de manera especial, dado que una mujer no olvidaba nunca a un hombre cuando lo veía en cueros. Y eso fue precisamente lo que ocurrió el año anterior, durante una mascarada que ofreció Rothgar. Ella entró en una habitación, se había desnudado en la zona del vestidor, él había entrado con sigilo, también se había desprendido de su ropa y cuando se chocó, literalmente con él, no tuvo mejor idea que amenazarlo con un cuchillo, para luego gritarle mil y un descalificativos sobre que era

un hombre indecente o algo así. Ah, sí. Morgan, previamente, le había lanzado a la cabeza una figura de cristal. ¿Lo malo de todo ese suceso? Pues que ella creía que aquella era su habitación y en verdad era la de él.

—¿Nos conocemos? —preguntó el señor Digory, mientras la examinaba con interés.

—No —intervino Rothgar.

Aunque Brendan ya había visto al abogado, de quien sabía que iba a todas partes con Rothgar, comenzar a examinar con demasiado interés a Morgan.

Un abogado era mejor que un duque para emparejarla, pero pensar en ella junto a un hombre… Brendan no estaba preparado para algo así por el momento. No le gustó ni un pelo que él tratase de sortear su figura para centrarse en inspeccionar mejor a Morgan. Y todavía le causaba mayor desazón el hecho de que ella no se hubiese vestido para interpretar a la Duquesa X. No le gustaba que más gente supiese el secreto que Morgan guardaba, dado que ser la sustituta de Althea en un puesto así era peligroso si alguien consideraba que debía tomar represalias contra ella.

—¿Algún voluntario para explicarme por qué Sallow ha roto la rueda de su propio transporte?

—Pues es sencillo —respondió Morgan.

—Seguro que lo será. —Rothgar lo dudaba.

—Necesitábamos una excusa creíble para poder presentarnos en tu casa, podrás imaginártelo, algo que fuese posible —continuó ella—. Me has fastidiado la idea. Eres un duque desconsiderado, Rothgar.

Él la miró acusador.

—¿Por qué ibas a necesitar un plan para alojarte en mi casa cuando ya has sido anteriormente mi invitada?

—Por mí —dijo una voz femenina, mientras se asomaba por la

portezuela del carruaje que todavía estaba abierta.

Rothgar ladeó el rostro para ver quién estaba con Pusset, Sallow y el cochero.

El duque de Rothgar no se lo pensó dos veces. Se llevó una mano al brazo y se dio un gran pellizco, lo suficientemente fuerte como para poder sentirlo tras las capas de ropa.

Morgan, que había visto la acción, habló por todos al preguntar:

—¿Qué hace?

—Asegurarse de estar despierto —respondió Zelina, mientras Sallow le tendía la mano para ayudarla a bajar del carruaje.

El duque de Rothgar, James Salsbury, estaba frente a frente con Zelina Myers, duquesa viuda de Lionstar, y pese a saber que no se trataba de un sueño, sí era consciente de que iba a vivir una pesadilla. Las ganas que sintió de agarrarla por la nuca y besarla… Mal asunto. Muy mal asunto.

Para mayor dramatismo, una lluvia de rayos y truenos incesantes anunció que la tormenta estaba directamente sobre sus cabezas. El aguacero no tardó más que un par de segundos en comenzar a producirse. Rothgar estaba perplejo. ¿Qué hacía ella en Roth Rote? ¿Sabía que era su casa? ¿Qué hacía Morgan sin su atuendo de Duquesa X? ¿Sabía Zelina que Morgan era la Duquesa X? ¿Por qué Brendan Sallow miraba a Ethan Digory como si quisiera asesinarlo? ¿Por qué su abogado no dejaba de observar a Morgan como si fuese un secreto que él quería desvelar?

Dios, sintió que todo se volvía negro.

Sería terriblemente embarazoso si cayese desmayado en el suelo…

Capítulo 7

Las cartas sobre la mesa

James Salsbury era un hombre hecho y derecho. No un colegial susceptible que se dejase impresionar por el devenir del destino. Y pese a ser duro, haberse enfrentado a la muerte cuando correteaba por Francia haciendo misiones diplomáticas para el reino, jugándose la vida día sí y día también, había acabado tumbado en el sofá de su propia casa.

Estaba oliendo algo horrible que alguien le había colocado bajo la nariz. Dio un manotazo para apartar esa calamidad y abrió los ojos.

Inclinada sobre él y con cara de picardía tenía a Morgan Pusset.

—Las sales son maravillosas, suerte que siempre llevo un frasco en mi bolso. Una nunca sabe cuándo una dama va a necesitarlas… Te puedes imaginar que mis… amigas —ella se refería a las damas que solicitaban su ayuda para asuntos carnales— a veces se descomponen cuando descubren a sus… increíbles compañeros —a los amantes que les abrirían los ojos en el lecho— en mi casa. Acabo de descubrir que estas sales —le dio un par de golpecitos a la botellita de cristal— también son fantásticas para traer de vuelta a un caballero.

Rothgar se sentó en el sillón donde lo habían dejado. Y se agarró la cabeza con ambas manos.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó el duque.

—Te has desmayado —le informó Morgan.

—Por el infierno más sangriento, yo no me desmayo…

Ethan Digory carraspeó y luego dijo:

—Les estaba comentando a tus invitados, Rothgar, que llevas varias semanas comiendo poco, durmiendo todavía menos y…

—¿Has estado llorando también? —intervino Brendan desde su posición, sentado en una silla junto al duque, en tono muy burlón.

—¿Quieres que te haga llorar a ti, Sallow? No hagas que me arrepienta de haberte ayudado el año pasado cuando llegaste a mi puerta con tres balas en el cuerpo —lo sermoneó.

—¿Qué más le ha sucedido a nuestro querido duque? —se interesó Morgan, mientras miraba a Ethan Digory.

—Esta misma mañana se quejaba de dolor de cabeza y ha tenido un poco de fiebre.

—¡Nada serio! —rugió Rothgar.

—¿Debemos llamar al médico? —indagó Brendan con preocupación simulada.

—No lo creo —intervino Morgan—. Estoy segura de que con la… medicación oportuna Rothgar mejorará pronto. Es del todo natural que se haya desmayado, más si ha estado comiendo poco, durmiendo todavía menos… —La señorita Pusset se hizo eco de las palabras espetadas con anterioridad por Ethan Digory—. Supongo que la tristeza y el desánimo son producto de… Brendan, ¿qué dirías tú?

El señor Sallow torció una sonrisa. No había nada mejor en el mundo que hacer rabiar a un duque.

—Yo estoy convencido de que los síntomas que presenta Rothgar están motivados por el desamor… Más, si tenemos en cuenta que él se ha desmayado cuando Ze…

—¿Acaso eres tú médico? —ladró James—. Por supuesto que no, eres un bufón de la corte… o mejor de un circo.

Sallow emitió una larga carcajada al verlo tan malhumorado y

luego dijo:

—Sigo pensando que estás sufriendo del corazón, pero no será nada que te mate. Ahora… me despido, me retiraré a la habitación aquella en la que me acomodaste cuando me hirieron. Estaba cansado por el viaje, pero romper esa rueda me ha agotado significativamente.

Brendan Sallow se levantó y salió de la sala. Se marchó de allí riendo, pues James había gruñido de nuevo.

—Ese esbirro tuyo es más patán de lo que imaginaba —le dijo el duque a Morgan.

—Te has desmayado, Rothgar. La impresión que te ha dado…

—Al próximo que insinúe que me he desmayado, le corto la lengua. Me importa poco si es hombre o mujer.

—Está bien, no recordaremos más el suceso —claudicó Morgan ante el duque.

Cerró un momento los ojos y James trató de acordarse de lo sucedido fuera de la casa. En esos momentos la tormenta estaba descargando con fuerza. Llovía a mares, tanto que el agua resonaba furiosa contra el cristal de la ventana. Lo último que recordaba era haberla visto. Zelina. Señorial, tranquila, con la cabeza alta, dispuesta a presentar batalla… Ah, pero él había estado muy atento cuando la identificó y sus manos habían temblado tras descender del carruaje, antes de que ella decidiese sujetárselas frente al regazo.

Despegó los párpados y miró a Morgan con seriedad. Ella lo observaba con una mirada muy divertida. James odiaba ser el centro de la diversión de los demás.

—¿Dónde está? —El duque había barrido la habitación en busca de lo que empezaba a pensar que solo fue una visión.

—¿Quién? —preguntó Morgan, falsamente sorprendida por la cuestión.

—No juegues conmigo, señorita Pusset.

—¡Estás muy susceptible! Desagradable más bien. Cualquiera hubiera pensado que nos hubieses recibido con una alfombra roja, flores a ambos lados de ese improvisado pasillo, porque es evidente que…

—¿Dón—de es—tá? —preguntó con cara de pocos amigos y una voz muy amenazadora.

Los ojos de la señorita Pusset se movieron de los del duque hasta un punto detrás de él.

—¿Te queda alguna duda de que él no te daría la bienvenida, querida? —Escuchó Rothgar que le decía Morgan a alguien que de pronto suspiró.

James se giró de súbito y se topó con la visión de Zelina Myers. Estaba sentada sobre una cómoda silla, justo detrás de él. Ella se veía adorablemente sonrojada. La dama vestía un vestido de color verde manzana, con pequeños pájaros blancos, se había peinado el cabello de modo muy diferente a la última vez que la vio. Un nudo de tirabuzones caía con gracia sobre sus hombros. Su mirada lo rehuía… ¿Cómo no se dio cuenta de que ella era tan tímida? No era una intrigante en absoluto, solo que no sabía cómo jugar a la seducción.

—¡Fuera! —alzó la voz Rothgar, sin quitarle los ojos de encima a Zelina.

—Desagradecido… —susurró Morgan, mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Si es así como piensa conquistarla… —murmuró Digory, tras la estela de la señorita Pusset.

Zelina, quien se había sobresaltado por la orden, también se había levantado. Rothgar llegó de inmediato para ponerse delante de ella.

—Usted no… —le dijo con suavidad—. No, a menos que tenga miedo de… —Carraspeó. Recordar aquella noche en la habitación de la duquesa viuda era duro—. Quiero decir, a menos que desee

marcharse, pero le rogaría que se quedase un momento.

Los ojos de Zelina se encontraron con los de James. Se veía que era un hombre duro, fuerte, acostumbrado a mandar sobre el resto. Así se lo indicaban esos ojos negros que no mostraban dulzura, pero sí que se habían suavizado justo cuando centró su atención en ella. Era muy consciente de que Rothgar estaba tratando de ser correcto y caballeroso.

—Por supuesto —indicó, para luego retroceder y regresar a la silla donde había estado. No llegó a moverse demasiado. El duque le agarró la mano para detenerla. Al ver que ella miraba ese punto por el que estaban unidos, la soltó de inmediato como si hubiese agarrado una brasa ardiendo.

—Lo siento —se disculpó.

—No es necesario una disculpa.

—Sí lo es. Varias de hecho. Por favor, siéntese a mi lado, le prometo que yo… me comportaré con arreglo a mi posición y educación. —Necesitaba que ella comprendiese que estaba a salvo con él. Que no le haría nada malo.

Movió la mano para indicarle el lugar donde podía sentarse y ella lo hizo. A continuación, él se sentó a su lado, a una distancia prudencial.

Si James hubiese podido leerle la mente, se hubiera dado cuenta de que ella estaba hecha un budín. La última semana había sido un caos para Zelina. Los Mackenzie se habían ido al norte y la madre de Niall la había convencido para que ella los esperase en Londres.

Morgan Pusset había ido a su casa muchas tardes para que ambas se conociesen más. Ella le había dado su nombre y su apellido, y se había desprovisto de su peluca rubia, el vestido rojo y el maquillaje que solía portar, era decir, que no había ni rastro de kohl ni polvo de arroz. La duquesa viuda de Lionstar lo había identificado como un gesto de confianza, así que ella respondió también

entregando la suya.

Zelina se había dado cuenta de que Morgan era una mujer muy mundana, sabía muchas cosas sobre las relaciones entre hombres y mujeres, y en especial parecía una experta en lo referente al duque de Rothgar. Según le dijo, él había sido muy amigo de una muy amiga suya y de ahí que lo conociese tanto. Las charlas con la señorita Pusset resultaron reveladoras en su totalidad y esperaba haber aprendido lo necesario para dejar atrás la timidez, pero… ¡No era tarea fácil lograrlo!

Zelina comenzó a retorcerse las manos. Tenía la mirada baja. James lo había notado, así que le puso una mano sobre las suyas y luego le levantó el rostro apoyando un dedo de la otra mano bajo la barbilla femenina. La obligó a alzar la mirada y buscar sus ojos.

—¿Me tiene miedo?

—No. —Esperaba haber usado un tono que no dejase opción a duda.

—Bien. —Dejó de tocarla en ese momento—. Cuando me colé en su habitación… —No supo cómo continuar con la explicación. Ese inicio sonaba demasiado condenatorio—. Verá, la juzgué muy mal. Di por supuesto que siendo una viuda y debido a que no era usted una muchacha recién sacada del cascarón, sabía jugar al juego que yo planteaba. Me equivoqué y quiero pedirle mis más sinceras disculpas.

—No tengo experiencia en coqueteos o asuntos… de intimidad, excelencia.

—¡Cielos! Había previsto que nos tratásemos con cortesía, a fin de cuentas, usted tiene mi mismo rango, como tuvo el buen juicio de recordarme una vez. —Él le sonrió. Ella lo hizo con cautela. Estaba taaaan nerviosa…—. Así que, quisiera pedirle permiso para tratarnos sin tanto formalismo, dado que la conversación que tengo pendiente es bastante lamentable debido a mis acciones y creo que sería más adecuado si la llamo Zelina. Me gusta mucho su nombre, por cierto. El mío es James, pero comprenderé que se dirija a mí como Rothgar,

todos lo hacen. Mis amigos quiero decir. Así que yo podría ser Rothgar y tú, Zelina, si me autorizas a ello. Y no me gustaría que te sintieses obligada a tomar en cuenta mi sugerencia.

—Rothgar estará bien. En cuanto a tus disculpas… ¿podríamos olvidar lo ocurrido en el pasado y empezar de nuevo?

—Nada me placería más, pero ocurre que necesito estar al tanto de todo lo que me rodea, no me gustan las sorpresas, y todavía menos tener información sesgada. ¿Por qué estás aquí, Zelina? Había estado seguro de que hubieses huido con solo verme por el rabillo del ojo, pero no. Te tengo sentada a mi lado, y no puedo olvidar que Sallow ha roto la rueda para, según palabras de la señorita Pusset, tener una excusa a fin de pedir mi asistencia y daros cobijo…

—Lo entiendo. —Ella lo miraba a los ojos. No estaba ya tan nerviosa, dado que él parecía muy paciente y comprensivo. Atento, además—. Yo quería estar aquí.

—¿Por qué? —preguntó ansioso por conocer su respuesta.

—Yo… —No se atrevía a ser valiente y confesar que…

—¿Sí?

—Yo…

Rothgar se acercó un poco más a ella. Vio que Zelina no se retrajo, que le permitió el acercamiento. ¡Un gran avance!

—Dímelo… —susurró.

—No he logrado dejar de pensar en ti —confesó, en un hilo de voz, pero manteniendo clavada la vista en los ojos de él. Era lo más valiente que había hecho en toda su vida.

—Son grandes noticias, porque… yo tampoco —confesó él con complicidad.

—No estoy acostumbrada a que nadie se fije en mí, y mi experiencia como esposa… —Ella tomó una gran bocanada de aire—.

Es complicado. Habrás escuchado que Lionstar falleció precisamente la noche de bodas. Y que yo… En fin, hay rumores de todo tipo sobre lo que pudo haberle causado la muerte. Yo no tengo un claro recuerdo de aquello porque… Te hablé aquella noche en la que tú… en la que… Te hablé del láudano, creo…, ¿cierto?

—Sí. Entendí que tenías problemas por haberlo usado demasiado. Lo he visto antes, enfermos que no pueden soportar el dolor y acaban dependiendo de ese derivado del opio…

—No. No. Mis padres lo usaban para mantenerme, digamos, tranquila, más bien dócil. Como supondrás no es el deseo de una joven de diecisiete años acabar casada con un hombre de casi setenta, por más que él fuese un duque.

—¿Te obligaron a contraer nupcias? ¿Tus padres?

—Sí. Y aquella noche, Lionstar falleció. Así que esa es toda la experiencia como esposa que poseo.

—Siento que hayas tenido que vivir algo tan doloroso. Uno espera que los padres nos protejan, pero me he dado cuenta de que no siempre es así, bien porque se convierten en villanos o porque los hijos mismos no desean su ayuda o protección.

Ella afirmó con la cabeza ante sus palabras.

—Como habrás supuesto, no tengo ni una pizca de audacia en mi ser. Y si supieras lo difícil que me está resultando estar aquí contigo…

—¿Por lo que pasó? ¿No crees poder perdonarme? —preguntó con desespero.

—No, no. Yo quería estar aquí, contigo. Ya te lo he dicho, pero nunca fui como mi hermana.

—Recuerdo que la mencionaste.

—Zelda era alegre, no se sentía cohibida y era tan inteligente, tan magnífica...

—¿Dónde está ella?

—No lo sé. El láudano no me deja recordar cosas que sé que son importantes y que no debía haber olvidado, pero estoy tratando de solventarlo. —No le hablaría del cuaderno que le había dado su padre. Había comenzado a leer el diario con atención.

—Yo creo que eres valiente, Zelina. No me porté nada bien contigo y pese a ello has decidido venir.

—Vas a preguntar por la finalidad de esta visita, ¿cierto? —intuyó.

Él le sonrió en respuesta.

—Es la primera cuestión que había querido formular, incluso antes de ofrecerte mis disculpas por mi comportamiento tan atroz.

—Supongo que conoces bien a Morgan Pusset.

—Sí.

—Sospecho que estás al corriente de que es…

—La Duquesa X —la ayudó.

—E imagino que sabes el papel que desempeña cuando una dama se dirige a ella.

—Sí —confirmó el duque.

—Y…, ¿necesitas mayor explicación?

Le volvió a sonreír.

—No me gustaría volver a equivocarme. Mi error contigo fue lamentable y no quiero ser de nuevo un patán.

—¿Eso es que necesitas escucharlo? —tanteó, sabiendo de antemano la respuesta.

—Me temo que sí, Zelina.

Las dos manos de Rothgar estuvieron sobre las de la viuda para

ayudarla a tranquilizarse. El corazón de ella bombeaba a toda prisa, lo sabía porque veía el punto donde el pulso latía, en su cuello, ir a toda velocidad.

Ella suspiró. Se armó de valor.

—James —le pareció bien usar su nombre de pila—, quisiera que fueses el hombre que me enseñase lo que es la pasión, el delirio que se produce cuando un amante seduce y juega con el cuerpo del otro. El caballero que me mostrase otra vez la increíble dicha que produce un beso, y que me guiases entre las brumas del placer.

Y él encontró esa declaración tan vulnerable, tan sincera, hecha de un modo tan desinteresado… que no pudo hacer otra cosa más que la de levantarse, arrodillarse frente a Zelina, y mientras sostenía las manos entre las suyas, se las besó. Luego se separó, levantó un poco el rostro y la miró con dulzura.

—Me siento honrado y dichoso. Y como has sido sincera, premiaré tu paso diciéndote sin vergüenza que te deseo, Zelina.

—Yo también te deseo —se atrevió a decirle en un murmullo.

Rothgar le soltó las manos y le pasó la derecha por la mejilla. Estaba sonrojada. Tan bellamente coloreada que su ingenuidad lo cautivaba, y su valentía lo seducía como ninguna otra había hecho antes. ¿Alguna vez había tenido en sus manos una mujer poco experimentada? No. Definitivamente, no. Y la perspectiva de introducirla en ese mundo secreto e íntimo se le antojaba correcta, como si hubiese estado esperando toda su vida a recibir ese cometido.

El duque se movió hacia ella, dado que consideraba que esa conversación debería sellarse con un beso. Ella también comenzó a moverse para salir a su encuentro.

Era un hombre experimentado, sabía que debería ir poco a poco con ella. No espantarla, ni hacerla sentir violenta debido al fuerte deseo que Zelina le inspiraba. Tenía que dominarse, no dejarse llevar. Se juró que controlaría sus impulsos cuando estuviese con ella. Se

merecía su generosidad, su dedicación cuando estuviesen juntos.

Los labios de Zelina se posaron sobre los de Rothgar y la lengua femenina salió disparada de su boca para acabar lamiendo los labios del duque. Ese gesto hizo que él se olvidase de todo. Le chupó la lengua, jugó con ella dentro de su boca y en la de ella. Un beso húmedo, profundo. Uno que se iba volviendo cada vez más carnal, más osado y peligroso.

Rothgar se obligó a retirarse y, de rodillas como estaba, se levantó y se sentó al lado de ella. La abrazó y la colocó sobre su pecho. Ella se dejó hacer. No se le escapó que las mejillas de Zelina estaban tremendamente rojas.

—No debemos correr. Sospecho que Morgan te habrá dado un par de consejos, porque la conozco bien y la he oído hablar con alguna que otra dama sobre lo que debería hacer una mujer para tratar de seducir a su amante, pero confiarás en mí y no tratarás de correr antes de saber cómo caminar. Si bien quiero que te sientas cómoda y segura, si hay algo que no te agrada o te disgusta lo compartirás conmigo. Y si lo que te apetece hacer cuando nos encontremos en la cama es quedarte quieta y no hacer nada, me parecerá bien. Si por el contrario lo que te gustaría es que yo me quedase quieto y tú tomases el control, también lo haremos así. En definitiva, quiero ser tu amante para empezar, Zelina, pero no me contentaré solo con eso, lo querré todo. Todo de ti, y es por eso por lo que te daré tiempo para conocer a esta nueva mujer que nace hoy aquí. Pero será poco a poco, sin precipitar las cosas. —Rothgar finalizó su exposición besándole el pelo. No la soltó. Necesitaba un poco más de tiempo con Zelina a su lado, cerrada en su abrazo, correspondiéndole al gesto entusiasmada, valiente y segura de sí misma.

¡Qué bien se sentía tenerla de ese modo! Podría acostumbrarse a vivir así hasta el fin de sus días. Con ella junto a él.

Ese pensamiento le hizo dudar. La perspectiva de convertirla en su amante no le pareció tan buena idea…

***

La habitación que le habían asignado era preciosa. Decorada en tonos pastel, con cortinas florales. Tan amplia que parecía que fuese la de la duquesa.

Zelina se acostó con la ropa todavía puesta. Estaba abrazada al diario de su hermana. No tardaría en llegar la doncella que el duque les había proporcionado a Morgan y a ella para ayudarlas a desvestirse y despeinarse.

El recuerdo de una velada mágica le venía a la mente. Esa había sido su noche. Pues durante la cena, Rothgar había estado pendiente de ella y solo de ella. La había sentado a su lado derecho, él estuvo en la cabecera de la mesa y solo habló con ella. Por lo que el resto se entretuvo manteniendo pequeñas conversaciones entre ellos.

¡Dios del cielo! La reunión era tan informal que no importaba que el número de caballeros ganase por uno al de las damas. Y sobre lo que habían hablado… Ella había estado tan nerviosa que apenas fue capaz de balbucear un par de palabras. La franqueza con la que le había hablado sobre iniciar un idilio y luego se mostraba casi muda…

¡Oh, cielos!

¡Qué desastre todo!

Pero él había sonreído al verla tan retraída. Tenía que ganar confianza en sí misma. Tal vez los pensamientos de Zelda la ayudasen a mostrarse más fuerte, porque la señorita Pusset le había asegurado que seguiría echándole una mano a fin de convertirla en una dama más mundana.

Abrió el libro que Zelda había escrito. Desde que su padre se lo dio ella había avanzado poco a poco. Había disfrutado con los primeros pasajes, porque hablaba de la excelente relación que mediaba entre ambas y Zelda siempre tenía buenas palabras para calificarla. No quería que se acabase la lectura, entre otras cosas porque la descabellada idea de Morand sobre volver a casarla no iba a

ser posible. Encontraría las respuestas en el primer volumen, porque no pensaba regresar a Londres para caer de nuevo en las fauces de su progenitor. Se quitaría la vida antes de pasar por otro calvario similar.

Ya vería cómo lo arreglaría todo, porque había puesto todas sus esperanzas en Rothgar. La señorita Pusset le había advertido que él estaba en busca de esposa. ¿Podría ser ella la elegida? Haría un gran esfuerzo, porque, que Dios la perdonase, pero aquel beso no salía de su mente. Y el que le había dado esa misma tarde…

¡Dios bendito!

Qué bien besaba ese hombre, por supuesto que habría tenido mucha práctica. De pronto los celos comenzaron a rugir en su interior.

—Habrá tenido muchas damas en su lecho, pero te ha dicho cosas que tal vez no se las haya dicho a nadie —se dijo a sí misma en voz alta—. Mejor que ser la primera es ser la última. Pero es tan apuesto, tan fascinante… ¡Y yo lo eché de mi habitación sin pestañear! —Se avergonzó y decidió leer el diario y dejar de pensar en ese duque tan formidable.

Querido diario:

¡Al fin un poco de suerte! Es el indicado para mí. Una mirada es todo lo que se necesita para que dos personas sepan que están destinadas la una a la otra. Y un beso robado certifica el amor.

Me ha pedido que sea cauta, por eso no he podido escribir antes. Aprovecho cada segundo para verlo, para estar con él. Instantes robados, mentiras piadosas para poder encontrarnos a solas. Es un secreto maravilloso que ninguno de los dos debe desvelar. Especialmente él, porque si Morand llega a enterarse todo estará perdido. Es la solución a mis problemas, Zelina y yo podremos escapar. Hoy he sido valiente al fin y le he hablado de mi familia. Lo único bueno que hay en ella es mi hermana gemela. Dice que ya la quiere como a mí. Le he hablado de lo que deseo, quiero ser libre de mis padres, él también está cansado de vivir como lo

hace. Me ha prometido que mi hermana podrá venir a vivir con nosotros. Necesita tiempo para ponerlo todo en orden. Confío en él. Ha tenido una vida difícil, me ha confesado que habita oscuridad en él. La misma que hay en mí, porque he descubierto que no soy buena. No puedo serlo del modo en el que el vicario lo exige en el servicio dominical.

Quiero pecar. Deseo pecar con él. Lo deseo con fuerza. ¿Por qué debo reprimirme cuando tengo tan claro lo que ansío? Él me besa y me pierdo, y hay más. Mucho más, pero él está yendo despacio. Dice que lleva demasiado tiempo esperando a alguien que lo haga sentir bueno y dichoso.

Mi A. es tan diferente al otro… No pienso casarme con un viejo lascivo por muy duque que sea. Mi padre me lo señala a todas horas y yo no deseo ni conocerlo. Me devora con la mirada y me hace sentir enferma. No es como cuando A. me observa. La mirada de mi amado es cálida, pero también con un elevado tono de picardía. Es excitante.

Me ha dicho que pronto seré suya y ardo en deseos de serlo por completo.

El último pasaje estaba incompleto, con un trozo de hoja cortado por la mitad. Las siguientes páginas que seguían a esa narración estaban cortadas también.

Zelina chasqueó la lengua. ¡Incompleto! Su padre le había dado el diario incompleto.

—Debí suponer que haría algo como esto. No puedo fiarme de Morand bajo ningún concepto —se dijo en alto.

—¿Tienes por costumbre hablar contigo misma? —Se escuchó una voz potente masculina.

Zelina dejó a un lado el diario y se puso de pie de inmediato. Tenía frente a ella al duque de sus sueños. En su habitación. Con la puerta cerrada. Sí, sí, cerrada porque sus ojos era lo primero que habían comprobado.

—¡Oh! —Y su boca se quedó en una perfecta O.

—He llamado un par de veces a la puerta, pero no obtuve respuesta. —Aunque era una frase usada a modo de disculpa, ella sospechaba que no lo era en absoluto.

—Lo siento, estaba leyendo. —Eso sí fue una disculpa, incluso con el tono oportuno.

Él le sonrió.

—¿Un libro de amor? —preguntó con evidente tono de picardía.

Ah. Él era peligroso.

—Podría decirse que sí —dijo ella.

Hubo un silencio incómodo. Rothgar no había dejado de mirarla, pero ella parecía estar interesada en las cortinas o lo que estuviese mirando tras él.

—¿Quieres que me marche? —se le ocurrió preguntar al duque.

—¡No! —gritó más de lo que debió. Él sonrió todavía más ampliamente. Zelina carraspeó—. Es decir, no, si no quieres.

—No quiero irme si tú no deseas que lo haga, por supuesto.

Ella frunció el ceño. No había entendido bien lo que acababa de decir, pero intuyó lo que estaba haciendo en sus aposentos en medio de la noche.

—Imagino que tenemos que estar juntos si vamos a… —Su explicación no llegó hasta el final.

—No estoy aquí por eso. —Él entendió que ella creía que había ido a seducirla—. Aunque nada me gustaría más, te lo aseguro.

—¡Oh! —dijo sorprendida.

—Te quedas sin palabras con mucha facilidad.

—Lo hago cuando me pongo nerviosa.

—¿Así que yo te pongo nerviosa? —indagó.

—Mucho.

—No me pareció estar frente a una mujer frágil esta tarde cuando hablamos de nuestro… deseo.

—Eso tiene una explicación muy sencilla.

—¿Cuál?

—Practiqué conmigo misma. Me obligué a dejar de ser… frágil.

—No me pareces nada débil, sí encantadora. Quiero besarte —susurró James. No podía seguir resistiéndose a sus suaves labios.

Ella le sonrió tímidamente.

—Me gustaría mucho que lo hicieras.

—No debería hacerlo, entiende que acabo de decirte que no estaba aquí para seducirte. No mentía, te lo aseguro, pero cada vez que te tengo delante… Me haces sentirme como un colegial inexperto.

—¿Tú, inexperto? —interpeló atónita.

—Sí, porque… ¿Quieres que nos sentemos? —Movió la mano hacia un pequeño sofá que había cerca. Le pareció mejor para seguir hablando.

—Yo… creía que… —Se silenció.

—¿Qué? —la animó a seguir.

—Hablaste de un beso —dijo, mientras se mordía el labio inferior y se retorcía las manos.

James le colocó las manos sobre las suyas y eso pareció tranquilizarla.

—No pienso hacer nunca nada que te incomode. Tienes mi promesa.

—¿Y si yo quisiera sentirme un poco incómoda ahora mismo? —preguntó, reuniendo toda su audacia.

—Supongo que un caballero sería negligente si despreciase una invitación tan sincera como esa. O un estúpido. Voy a besarte, Zelina —la avisó por si quería echarse atrás.

Rothgar había estado con muchas mujeres, todas magníficas, pero demasiado experimentadas. La idea de relacionarse con una mujer tan poco habituada a flirtear, le hacía la boca agua. Deseaba mostrarle todas las cosas que se podían hacer con la persona correcta, pero al mismo tiempo no quería correr. Debía ser paciente, se recordó.

Por su parte, Zelina, al ver que él no se movía, a pesar de haberle advertido que iba a besarla, decidió tomar el mando de la situación. Se puso de puntillas y lo besó. Fue únicamente un roce de labios, un aleteo, pero al separarse para comprobar la reacción de él y verlo sonriente, se sintió satisfecha consigo misma.

—¿Qué diantres ha sido eso, Zelina? —le preguntó burlón.

Su orgullo femenino se deshinchó, pero se obligó a permanecer serena. Por lo visto no había estado tan brillante como supuso. ¡No era culpa suya! La cosa se ponía más fácil cuando era James quien iniciaba la acción y ella solo se tenía que dejar llevar.

Levantó el mentón.

—Un beso. Te he besado.

—No, Zelina —negó él, lo que hizo que ella descendiera la mirada hasta concentrarse en la alfombra—. Esto es un beso.

La atrajo hacia su pecho, le levantó el rostro con el dedo índice y apretó la boca contra la de ella. Sin gentileza, pero dado que la dama había estado esperando a que él la besase, no le importó. Zelina se dejó llevar, se entregó a él y le permitió que lo hiciera a su manera, una que era excitante y maravillosa.

La intensidad e intimidad de ese increíble beso que estaban compartiendo le aflojó las rodillas. De tal modo que Zelina tuvo que aferrarse a los poderosos hombros de James para sostenerse. Suspiró complacida y lo escuchó gemir. O tal vez fuese al revés. Ella ya no lo

sabía, porque en el momento en el que el duque le introdujo la lengua en su boca, ella había olvidado incluso su propio nombre.

Era la reacción que había esperado de ella, de sumisión, de confianza, de abandono. Rothgar le apretó la espalda y la levantó contra su torso, de tal modo que su virilidad se quedó alojada en esa zona tan exquisita que ella escondía entre sus muslos. Él empujaba, ella también. Buscando un roce encantador, eufórico.

Estaban bailando, un movimiento que no necesitaba música de acompañamiento y que resultaba muy erótico, excitante. Y cuando las manos de Zelina llegaron a su cabello para tirar de las hebras, agradeció el gesto, porque no quería llegar más lejos.

La deseaba. Ella podía ser suya esa misma noche. Habían hablado de ser amantes, pero James se dio cuenta de que no era eso lo que quería conseguir. Había tenido demasiadas compañeras de cama. Ella merecía mucho más de él. Merecía que fuese paciente y pudiese valorarla en toda su grandiosidad, sin caer en las garras de la lujuria hasta el momento oportuno.

Se separó de su boca y se sonrió cuando ella lo sujetó con más fuerza para evitar que se alejase.

—Zelina —susurró su nombre y fue como terciopelo.

—Más… —rogó ella, mientras trataba de regresar a su boca.

Rothgar enmarcó su rostro con las manos. Ella abrió los ojos.

—No te gusta besarme. —No fue una pregunta.

—Me encanta besarte, Zelina.

—¿Por qué te detienes? —Esperaba no haber sonado tan miserable como se sentía.

—Hablemos un rato. Hay mucho tiempo para acariciarnos y besarnos. Dijimos que iríamos poco a poco.

—Cierto, cierto. —Intentó parecer una mujer sofisticada

aceptando una negativa.

La mujer trató de separarse del duque. Él no se lo permitió.

—No te estoy rechazando en absoluto —le aseguró, sospechando por dónde podrían ir los pensamientos de ella. Había conocido a demasiadas damas como para no anticiparse al funcionamiento de su mente—. Quiero hacer las cosas bien por una vez. Tú eres especial para mí.

—¿Tanto como para haber hecho que te desmayases? —tanteó.

Él rodó los ojos.

—No me desmayé —dijo más irritado de lo que pretendió.

—Oh —expuso abatida.

—Solo… me impresionó verte ante mí y me caí al suelo. —Decidió concederle esa pequeña victoria.

—¡Ah! —exclamó más animada.

—Ven, vamos a ese sofá y háblame de lo que esperas del futuro. De lo que te gustaría hacer. De los lugares que te gustaría conocer.

La pareja se sentó frente al fuego y estuvo disfrutando de la charla. De una hermosa intimidad destinada a conocerse. Compartieron confidencias, las que Zelina consideró que eran más seguras. Por el momento prefería no desvelar nada comprometedor de sí misma.

Cabe decir que Zelina acabó dormida sobre el pecho de Rothgar y que él nunca se había sentido tan bien como en ese momento. Y fue sublime ayudarla a desvestirse mientras ella estaba adormilada y dejarla cómodamente establecida en la cama.

Arropada y segura.

Hizo bien en decirle a la doncella que la duquesa viuda de Lionstar no iba a necesitar su ayuda. Aunque fue un calvario verla tan ligera de ropa. Estaba orgulloso de respetarla y no sucumbir a sus más

bajas pasiones. Haría las cosas bien.

Le dio un beso en los labios y decidió que cada noche haría eso mismo. Besarla sin falta.

¿Sería muy reacia a convertirse en su duquesa?

Esperaba que no, porque estaba convencido de que la espera había llegado a su fin. Tenía que ser ella la que llevaba tanto tiempo aguardando.

Zelina.

Zelina sería suya.

Capítulo 8

Un pretendiente

Un par de días más tarde, considerando que ya se había ganado la confianza de Zelina con creces, y dado que la tormenta había dado una pequeña tregua, se metió en la habitación de su dama por la mañana. Lo cual era otro avance, pues solo lo había hecho de noche.

Así que Rothgar no se lo pensó dos veces. Se vistió con la ayuda de su *valet* y ni corto ni perezoso abrió la puerta, se acercó y se sentó en el lecho.

Ella seguía durmiendo. Se veía celestial, tan relajada… con esos labios tan llenos y jugosos. ¿Qué tenían esos labios para llamarlo a todas horas? Porque si bien tenía la suficiente disciplina para no ir demasiado lejos con ella, era imposible no desear besarla a cada instante.

Podría ser cierto eso de que solo bastaba con besar para casarse. Y pensar que había perdido todo un año en bailes, acudiendo a Almack's para ver lo mejorcito del mercado matrimonial…

Había tenido un pálpito con ella cuando la divisó en casa de la duquesa de Gales. La dejó escapar y si hubiese seguido su instinto llevarían un año de feliz matrimonio. Ella era diferente, especial. Estaba convencido de que podía serle fiel a la mujer adecuada, porque un duque debía tener palabra, cumplir sus votos hasta el día de su muerte. Eso diferenciaba a un hombre de alto rango con el resto. Ella ya había sido duquesa, pero no la que estaba destinada a ser. La suya.

Necesitó besarla una sola vez para sentir esa chispa

prendiéndose en su interior, incandescente y que posiblemente nunca se llegase a apagar.

La seducción era tan fácil de practicar, que con Zelina quería descubrir cómo de grande podía ser ese amor que comenzaba a gestarse en él.

Rothgar llevó una mano para acariciar uno de los mechones que habían escapado de la trenza que usaba para dormir. Suspiró lleno de dicha. Estaba embelesado. ¿Así de fácil era? Se había reído de muchos de sus amigos casados porque le dijeron que enamorarse era del todo sencillo. Hasta ese instante no les había creído ni media palabra.

Era cierto.

Se acostaba pensando en ella, soñaba con ella y en cuanto abría los ojos deseaba tenerla cerca. Llevaba así desde aquella noche en la que la arrinconó a traición. Pero ella, tímida como era, había ido a buscarlo, a enfrentarlo a su casa y le había hablado con honestidad. ¿Qué clase de tonto se resistiría a ella? ¿Qué botarate no lucharía por una mujer así? Un diamante que él se encargaría de pulir, pues, aunque su inocencia lo volvía loco, tenía que ayudarla a tolerar sus fuertes apetitos carnales. Era un hombre al que le gustaba disfrutar de su cuerpo, del cuerpo de su amante. Si a un apareamiento placentero se le unía el amor, el resultado sería como poco apoteósico.

Estaba ansioso por descubrir cómo se conjugaría esa combinación.

Amor y placer.

Matrimonio.

Había estado listo hacía tiempo para dar el paso, pero mientras la contemplaba se dio cuenta de que deseaba darlo con ella.

La sintió removerse inquieta bajo su caricia, pues seguía acariciándole el pelo.

—Shhhh, ya, Zelina —le susurró para tranquilizarla. No quería

despertarla todavía. Le gustaba verla dormir. Pronto lo haría junto a él. Muy pronto.

Ella pareció apaciguarse con su murmullo y sus caricias un poco más profundas.

—James… —dijo ella en alto, mientras soñaba.

El duque sonrió. Uhm. Interesante haberse colado así en sus sueños.

—¿Sí, Zelina? —preguntó junto a su oreja.

—Bésame —pidió ella con media sonrisa.

—Ah, mi pícara no duerme.

—Sííí —afirmó ella todavía con los ojos cerrados.

—¿Cuánto hace que sabes que estoy aquí?

—Desde que has abierto la puerta.

—¿Vas a seguir con los ojos cerrados, picaruela? —inquirió el duque.

—Creo que sí. Al menos hasta que te marches.

—No he hecho más que entrar y ¿ya me echas de tus aposentos? —preguntó falsamente ofendido.

—Debo de estar horrorosa. Si sigo con los ojos cerrados, será como si no me hubieses visto.

—Me temo que eso no funciona así. Además, no te encuentro horrorosa, más bien todo lo contrario. —La vista se movió hacia abajo y se dio cuenta de que uno de sus pechos estaba muy a la vista, podía incluso vislumbrar la sombra oscura del nacimiento de su pezón.

Su virilidad se tensó. Malditos pantalones estrechos. Levantó la colcha lo suficiente para tapar esa tentación gloriosa. Cuando finalmente se casase con ella, alguien debería darle un premio por no haber sucumbido al encanto de esa mujer increíble que desconocía el

poder seductor que emanaba a cada paso. Solo con escucharla respirar, él ya tenía serios problemas para mantener su integridad.

Zelina, que había estado acostada sobre su espalda hasta ese momento, se ladeó y despegó los párpados para observarlo.

—Te odio —dijo ella con la nariz arrugada.

—¿Me odias? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí. Por supuesto que lo hago. Me tenías que haber avisado de que ibas a venir a despertarme para poder estar como tú.

—¿Como yo? —Él se estaba perdiendo algo.

—Sí, perfecto. ¿Es cosa de tu título que siempre estés tan… tan… tan…? —No le venía ninguna palabra a la mente para definirlo, porque eso era lo que tenía la perfección: que era invaluable.

—¿Tan ducal? —indagó él con una sonrisa.

—Eres el hombre más apuesto que alguna vez vi.

Él hinchó pecho y levantó el mentón.

—Sí, bueno. Me gusta pensar que soy notable como mínimo.

—No lo eres. Eres sobresaliente —opinó ella.

—Lo que más me gusta de ti es lo honesta que te muestras, Zelina. Ahora, si te das prisa y te vistes pronto, podríamos dar una vuelta por la finca, quisiera mostrarte mis ducales dominios. Son igual de perfectos que yo.

—Eres arrogante también.

—Por supuesto, va con el título. No hay ni un solo duque que no lo sea —le dijo en tono solemne.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te ofendas?

—Lo que desees.

—¿Te gusta besarme?

—¿Esa cuestión me debería ofender? —preguntó ceñudo. Tal vez los besos que compartían no fueran tan espectaculares como él consideró.

—Tú eres un hombre con mucha experiencia mientras que yo… Como habrás podido deducir, no soy muy ducha en cuestiones íntimas —alegó con cierta timidez.

Él a veces olvidaba que ella había estado casada. Dado que no hablaba más que del presente y del futuro, no quería presionarla para que le explicase algunas cuestiones que desearía conocer. Lo haría cuando estuviese preparada.

—¿Qué te preocupa exactamente?

—Creo que no sé besar —confesó, para después morderse el labio inferior de lado.

—¿Por qué piensas eso?

Deslizó sus manos hacia los lados de la cama, de tal modo que Zelina volvió a quedarse bocarriba y estaba atrapada.

¡Dios, cuánto le gustaba estar cerca de él en esa actitud íntima!

El rostro de ella estaba a escasos centímetros de él.

—Me gusta besarte, ¿verdad, Zelina?

Ella no entendió la pregunta.

—¿Me estás preguntando si a ti te gusta besarme a mí?

—Sí.

—¿Y cómo se supone que lo sé?

—Es fácil, ¿me oyes suspirar, gemir y jadear cuando poso mis labios sobre los tuyos?

—Sí.

—¿Me oyes suspirar, gemir y jadear cuando te chupo la lengua?

Ella tragó saliva. Él intuía que estaba comenzando a gestarse el deseo en su interior por las preguntas tan indecentes que le estaba haciendo.

—Sí —susurró.

—¿Y a ti te gusta besarme? —siguió insistiendo.

—S-sí —tartamudeó.

—¿Suspiras, gimes y jadeas cuando te beso?

—Sí —dijo más segura.

—¿Suspiras, gimes y jadeas cuando te chupo la lengua?

—Lo hago, mucho.

—Bien. Creo que podemos decir que tú sabes besar muy bien, y que yo no me quedo atrás. ¿No te parece?

—Sí —concedió Zelina—. Lo cierto es que tu lógica no admite discusión. Me gusta que me beses. Me gusta muchísimo que lo hagas.

—Y supongo que estás esperando a que dé el paso… —se aventuró a conjeturar.

—Me gustaría mucho, sí. Muchísimo… —Eso ya lo había dicho antes, ¿cierto? La aturdía de tal modo que era complicado seguir la conversación.

—Pídeme que te bese, Zelina.

—Creo que ya lo he hecho.

—No.

—Sí, nada más has entrado lo hice. Eso sí que lo recuerdo porque me ha irritado que no lo hicieras.

—¿Qué más te irrita que no haga, Zelina? —Le encantaba pronunciar su nombre de pila. Ella adoraba escuchar cómo él lo decía, con ese tono tan seductor, interesante y mortalmente peligroso.

—Quisiera descubrirlo todo contigo.

—¿Qué es todo? —siguió él con el interrogatorio.

Le gustaba que ella estuviese contemplando sus labios. La veía tan ansiosa por recibir un beso… Rothgar sabía que estaba jugando con fuego, y pese a ello era incapaz de romper el juego.

James optó por ser un poco más malvado. Se inclinó y la besó en la frente, luego en la nariz.

—¿Qué me has preguntado? —inquirió ella.

—¿Qué quieres descubrir conmigo, Zelina?

—Todo. —Eso ya lo había dicho también, ¿no?

—¿Qué es todo? —volvió a interrogar, dado que él sabía que ella no estaba pensando con claridad y se perdía algunas partes de la conversación.

—¿Qué? —Era definitivo. Zelina no sabía quién era, dónde estaba o sobre qué estaban hablando.

Lo único que deseaba era ser besada por él. Puesto que su duque estaba tratando de convertirla en budín, o lo que era lo mismo, en una masa viscosa sin capacidad para pensar, ella lo agarró por las solapas de la chaqueta y trató de acercarlo a sus labios. Él frenó la acción. Le sonrió condescendiente.

—Comenzar esto en la cama, mientras tú estás ataviada solo con un sencillo camisón blanco no ha sido mi mejor movimiento. —El hambre lo consumía. Hambre por ella. Deseo. Crudo deseo.

—Bésame —rogó.

—Y no poder negarte nada será mi condena.

Y la besó. Suspiró contra su boca y lentamente le fue acariciando las mejillas con los pulgares, pues él seguía manteniendo a Zelina cautiva con ese abrazo. La estampa era curiosa. La dama tendida, boca arriba, él sentado todavía en el lecho, con medio cuerpo echado sobre

ella.

Cuando James introdujo su lengua para tocar la de ella, supo que no tendría nunca bastante de sus besos.

Nunca.

Lo había conquistado con un beso en la fiesta de los Swen, incluso siendo pasiva lo tuvo al filo, así que mientras ella se mostraba como una parte activa de la seducción, él sabía que no habría otra nunca más.

Zelina.

Su Zelina.

De pronto, se acercó más a él y le colocó los brazos alrededor del cuello. El suspiro de placer se mezcló con el gemido de James cuando él claudicó y la besó con toda la fuerza de la que era capaz.

Autoritario. Pícaro. Bruto. Él no abandonó su ataque. El beso fue intenso, constante, apasionado, interminable, picante. La dama iba ganando confianza de tal modo que cuando él la besaba y la tocaba, olvidaba su timidez, su reticencia.

No podía tenerla todavía. James sabía que debía contenerse. Eso no le impidió prolongar todavía más el beso. Continuaba besándola, pero no era suficiente. Ni para el uno ni para el otro.

Rothgar se quedó sorprendido consigo mismo al darse cuenta de lo mucho que deseaba complacerla, pero no solo en ese aspecto íntimo. En todos. Deseaba cuidar de ella, ser su compañero, hablar cada noche con Zelina, coquetear, besarla, y sí, por supuesto que sí ardía de ganas por hacerle el amor, pero quería una vida en común. Juntos. Siendo uno solo.

Primero tendría que conquistarla. Demostrarle lo que él podía ofrecerle. No solo pretendía mostrarle el placer, quería ser amado. Amado por ella. No era suficiente con el arreglo del que hablaron cuando ella llegó a Roth Rote. Ser su amante no le bastaba al duque.

¿Estaba ella preparada? No lo tenía claro. Era muy pronto aún.

—James… yo… —Ella quería más que besos. Él lo sabía porque estaba en la misma tesitura.

Se separó de ella.

—Zelina, no soy un hombre muy paciente cuando deseo algo tanto como te deseo a ti. Supongo que no hay ni un solo caballero que sea un santo, pero tengo que detenernos.

—Noooo —murmuró ella llena de deseo.

—No estás lista todavía.

—Lo estoy —expresó, sin pensar demasiado lo que estaba diciendo. Pues quería más besos, más caricias, más intimidad, pero no era del todo consciente de lo que vendría tras eso.

—Lo quiero todo de ti y me lo darás cuando yo sepa que estás preparada. Y creo que…

No lo dejó seguir hablando. Zelina se incorporó, puesto que él había retrocedido, y logró meterle la lengua en el interior. El duque reaccionó a la supuesta agresión con un gemido. La dama consideró que ese sonido venía a explicar que estaba contento con su muestra de brío y no tardó en volverse más desenfrenada.

El beso se tornó crudo de nuevo. Y los sonidos que ella emitía dejaban bien claro que lo necesitaba y, por todos los infiernos, que lo que más deseaba era sentir su calor rodeando su virilidad.

La bruma de la pasión se disipó un instante. En el momento preciso. No quería hacerla suya hasta que realmente lo fuese. Había tenido demasiadas amantes sin tenerlas en realidad.

Zelina merecía la espera, su respeto, su paciencia.

Con toda la fuerza de voluntad que fue capaz de reunir, se separó de ella. Se levantó de la cama y dejó que ella viese con claridad la prueba de su deseo.

Zelina divisó que sus pantalones dejaban en evidencia la forma exacta de su dureza.

—No te atrevas a pensar que no te deseo, o que no me tientas lo suficiente. Te lo he dicho antes. Serás mía cuando debas serlo. Ni un solo segundo antes —sonó a promesa.

Ella se estremeció por el modo en el que la observó antes de salir de la habitación. El deseo estaba muy patente en sus ojos...

Ella se dejó caer de nuevo en la cama y cinco minutos después se obligó a levantarse. La volvía loca. A ese paso se convertiría con facilidad en la Demente de Rothgar, si es que no lo era ya…

Cuando estuvo vestida y a punto para recorrer los terrenos de la propiedad, comenzó a llover de nuevo con fuerza.

¡Lástima que no se hubiesen quedado en la cama, calientes y listos para…! ¡Para lo que fuese!

Aunque tenía que reconocer que era como si él la estuviese cortejando en verdad.

¡Qué tontería!

Si ella ya había accedido a darle todo, absolutamente todo lo que él desease tomar… y más.

***

Seguía lloviendo a mares. El tiempo llevaba varios días sin dar tregua. Lo que hacía que salir al aire libre fuese imposible, por lo que las actividades estaban bastante limitadas.

Lo que Zelina no había imaginado nunca era que James tuviese tanta imaginación. Ni tampoco que llegase a ser tan paciente y respetuoso. No había ni rastro de aquel impulsivo *cazador* que la asedió sin descanso cuando se conocieron. Sabía refrenarse en el momento adecuado. Y ella comenzaba a estar desesperada.

El día anterior había organizado un pícnic en el ático de la

mansión. Uno muy íntimo en el que solo estuvo ella invitada. Charlaron en un ambiente bastante distendido. Él le explicó algunas cosas sobre su familia y ella otras sobre los Mackenzie. Zelina no dejó de hablar de Bonnie ni un solo instante y le confesó de quién había sido la idea de esa escapada tan loca que la había llevado a ella a su puerta. A Rothgar, lógicamente, le agradó de inmediato la señora Mackenzie, aunque frunció los labios cuando ella le explicó que había tratado de casarla con su hijo. Le gustó verlo… ¿celoso? ¿Ella era capaz de despertar celos en un hombre como Rothgar? Su vanidad femenina, una que no pensó que tuviese, se elevó como la espuma del mar en un día de mucho viento.

Y cada día la misma deliciosa rutina. Compartían la comida junto con los demás invitados, pero él la sentaba a su lado derecho y siempre acababan hablando como si no hubiese nadie más en el fastuoso comedor. Los otros tres comensales que los acompañaban no parecían enfadados, y si bien el número de damas seguía sin coincidir con el de caballeros, todos en Roth Rote sabían lo que estaban presenciando. Y eso era el nacimiento de una pareja sólida.

Zelina se estaba enamorando de él. Era apuesto, mucho, pero más allá de eso siempre se mostraba atento con ella. Era como si todo el mundo hubiese desaparecido para él, salvo ella. Zelina tenía la sensación de que se había convertido en lo más importante para James. Era el regalo más maravilloso que un hombre podría entregarle a su dama. Por supuesto, ella solo tenía ojos para él.

Ni Rothgar ni ella eran jóvenes. Los años de carabinas, de mantener las apariencias o hacer tonterías habían quedado muy atrás. Eran un hombre y una mujer que habían pasado por mucho en la vida, que se estaban dando una oportunidad.

James no lo sabía, pero estaba haciendo mucho más por ella de lo que creía, porque cada día la seguridad de Zelina iba en aumento. Estar entre amigos, entre gente que se sentía fraternal, amigable y a la que no había que impresionar con títulos o fortunas era revelador, muy agradable.

Las charlas con Morgan Pusset se sucedían también. Había respondido a muchas preguntas íntimas que ella había tenido, pues al principio, Zelina no se atrevió a dejarse llevar por la confidencialidad, por la amistad que había encontrado en la señorita Pusset. Echaba terriblemente de menos a Bonnie, pero sus días eran increíbles. En especial cuando Rothgar se las ingeniaba para pescarla a solas y robarle unos besos devastadores que los dejaban sudorosos, mareados y con ganas de más. De mucho más. No obstante, él había prometido ir poco a poco y lo estaba cumpliendo. No así ella, que solo le faltaba ponerse de rodillas para suplicarle que le hiciese el amor.

El vínculo que estaba desarrollando con James lo sentía fuerte, inquebrantable, como si los dos tuviesen muy claro lo que esperaban el uno del otro. Aunque no habían hablado abiertamente sobre el futuro, era mejor dejar que las cosas se desenvolviesen a su propio ritmo. Sin prisas, con pasos seguros.

Zelina se acurrucó en la cama esa noche y miró las rosas que él mismo cortó esa mañana, bajo la lluvia incesante, para ella.

—Está loco, él está demente, tanto o más que yo, Zelda. Si lo conocieses te encantaría —dijo en alto, mientras sostenía el diario de su hermana entre sus manos.

Desde que Morand le entregase ese libreto, ella sentía como si la conexión de su hermana se hubiese restaurado, como si estuviese a su lado a cada momento. Era una sensación única, casi podía escuchar los pasos de Zelda junto a ella, como si la llevase de la mano tal y como hacían de pequeñas. Tal y como habían hecho siendo ya mayores también. La relación entre ellas era muy fuerte. Siempre había sido así. Como si fuesen solo una. Y las pesadillas no habían reaparecido desde que llegó a casa de Rothgar. La compañía de él, junto con el hecho de tener los pensamientos privados de Zelda para leer y conversar con ella antes de acostarse tenían un efecto muy calmante en su estado de ánimo.

Ese diario había vuelto a traer a Zelda a su vida y conversaba frente al cuaderno como si ciertamente ella estuviese ahí para

escucharla, para darle su consejo.

—No ha sido fácil, Zelda. Estar sin ti no fue tarea sencilla. A veces creo que has estado manejando mis pasos, llevándome hasta este dulce momento. Soy feliz. Soy muy feliz ahora. No sé dónde te encuentras y si la clave está en tus diarios te prometo que leeré con cuidado hasta la última letra de tus apuntes. Daré contigo y si en verdad hay un niño como dijo padre, no descansaré hasta encontrarlo. —Las dos últimas cuestiones de sus reflexiones las solía decir cada vez que se acostaba para leer. Era como si fuese una oración, una promesa que no tenía que olvidar.

Zelina se sentó en una posición más cómoda en la cama, se acercó la vela que reposaba sobre la mesilla, ahuecó los cojines de su espalda y abrió el cuaderno por las últimas páginas de ese volumen.

Querido diario:

Si las mujeres solteras descubriesen los secretos que hay tras los besos… La sociedad se pondría patas arriba, estoy convencida de que protagonizaríamos una revuelta social, porque él hace que todo sea maravilloso y único cuando me toca, cuando me acaricia. ¿Cómo alguien puede vivir sin lo que A. ha despertado en mí?

Me ha dicho que me ama. Me ha jurado fidelidad y su amor eterno, así que esta vez no le he pedido que se detuviese. Hoy soy más mujer de lo que lo era ayer. El vicario sermonea en la iglesia sobre los pecados de la carne. Cuando acudí al servicio dominical temí entrar por la puerta de la iglesia y comenzar a arder en llamas. A. me asegura que no hay nada malo en que dos almas que se encuentran se amen con el corazón y con el cuerpo.

Me ha pedido que me case con él después de hacer el amor. Quiero compartir mi felicidad con Zelina, pero ella no entendería la motivación que tengo para ser incauta y lanzar las preocupaciones al viento. Mi hermana es demasiado seria y correcta. Tengo que esperar para revelarle lo que sucede. Pero ella siente mi cambio. Siempre ha sido así, la una ha sabido cuando la otra tenía un problema o cuando estaba contenta. Es

como si fuésemos una y tengo miedo de que descubra lo que hago cuando voy a Dover, porque mi padre la somete mucho más que a mí. Zelina no tiene mi fuerza.

La duquesa viuda de Lionstar detuvo la lectura y se sonrió.

—Si me vieses ahora mismo, Zelda… He venido a casa de un hombre con la firme convicción de acostarme con él, de dormir abrazada a él en la cama. No soy ya tan seria y correcta, y estoy segura de que te agrada el pequeño cambio que he dado gracias a ese empujón que la señora Mackenzie me ha dado. Pero es cierto que nunca tendré tu fortaleza —reconoció en alto. Volvió los ojos al cuaderno para seguir con la lectura. Se dio cuenta de que había un salto en el tiempo muy grande. Como de varios meses.

Querido diario:

Estoy cautiva, mis opresores no me dejan llamar a mi enamorado. Mi vientre se hincha y mi madre solo viene a la habitación donde me ha encerrado para cuestionar mi proceder, para llamarme palabras que no me atrevo ni a volcar. Desde que mi doncella reveló mi secreto, mi vida es gris. Le he jurado a madre que no volvería a tratar de escapar y por eso me ha devuelto mi diario. Estoy atrapada, no tengo cómo marcharme y mi cabeza cada día da vueltas y más vueltas sobre mi futuro incierto. Mi hijo, mi precioso bebé será un bastardo. No me dejan ir a ti … ¿Leerás alguna vez estas letras, mi amor? ¿Podrá Zelina venir en mi ayuda?

La llamo, la llamo a todas horas, ella tiene que escucharme, el vínculo entre gemelas es fuerte, y el nuestro siempre ha sido como el acero más duro. Cierro los ojos y pienso en ella… ¿Por qué no me escuchas, hermana? Me prometiste que encontrarías el modo de salvarme cuando padre me sacó de casa delante de ti y me arrastró hasta este lugar. Un sitio en el que no sé dónde estoy. ¡Oh, Zelina! Ven a mí, escucha tu corazón, siente como tu hermana sufre. No me olvides, por Dios, me lo prometiste. Cuidarías a mi hijo. ¡Lo gritaste cuando padre me dijo que yo era una vulgar y asquerosa gestadora de bastardos!

No sé qué me espera aquí. Le he pedido piedad a madre, le he rogado

que me deje ir, porque sé que él me busca, quiero estar casada cuando llegue el niño, pero no me escucha. Estoy aterrada por si me separa de mi hijo… No podré vivir sin él. Zelina, por favor, recuerda, recuerda… esto es importante, recuerda que tienes que venir a salvarme, solo tú puedes escuchar mi voz, mi llanto, mis gritos… Ven, Zelina, porque él no sabrá dónde encontrarme y padre no le permitirá salvarme. Solo estás tú. Ven, ven… ven a mí…

Las lágrimas que caían por las mejillas de Zelina habían manchado el papel amarillento.

—Me lo dijiste, te escuché. Era de noche, estábamos cenando. Un carruaje aguardaba parado en la puerta de casa. Padre estaba gritándote cosas horribles, señalaba tu vientre y tú gritabas mi nombre, solo mi nombre, pero Morand me atrapó mientras dos lacayos te arrancaban de mi lado. Lo recuerdo, Zelda, yo lo recuerdo. Tu hijo, querías salvar a tu hijo, lo demás no importaba. Y me hiciste jurar, mientras te llevaban contra tu voluntad con madre capitaneando la maldad, que lo haría, que iría a buscarte costase lo que costase. Y no lo hice… No lo hice…Te fallé. Padre se aseguró de usar el láudano con más firmeza la segunda vez que me escapé para buscarte por mi cuenta. Y ya no pude recordar nada. Te fuiste meses antes y me casaron con Lionstar. Y yo sabía que tú llorabas y se lo decía a padre, pero él me decía que no estabas en casa, que tenía que olvidarte y… Haré cualquier cosa por encontrar a tu hijo, te lo juro. Se aseguraron de la única forma que podían de que no pudiese llegar a ti, nublaron mi mente y trataron de borrar tu recuerdo. No, Zelda. Eras mi mitad, y encontraré a tu hijo…

Zelina comenzó a sollozar. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Miró a la luna. Un grito lleno de dolor surcó la habitación, tan fuerte y visceral que incluso se hubiese escuchado al otro lado del reino.

Su corazón dolía. Sangraba.

¿Dónde estaba su hermana? ¿Qué había hecho su padre con ella? ¿Habría muerto durante el parto? ¿Sobrevivió el bebé? ¿Dónde habían

mandado a su pequeño?

Volvió a gritar con todas sus fuerzas. La rabia saliendo en cascada.

—Zelina… —Una voz muy suave le llegó desde la espalda. Una mano descansaba sobre su hombro.

Rothgar.

—Le fallé, le fallé… Mi hermana… No pude recordar que tenía que salvarla de mis padres. No estuve con ella…

El duque la agarró con delicadeza por los hombros, le dio la vuelta y la envolvió en un abrazo lleno de consuelo, de cariño.

La vista del duque se movió hacia la puerta. Ethan, Morgan y Brendan estaban en el umbral, pues los gritos tan desgarradores los habían hecho ir a toda prisa en auxilio de Zelina. El duque les hizo un pequeño gesto con la cabeza y ellos entendieron que tenían que marcharse porque ella estaba en buenas manos. La forma en la que se abrazaba a Rothgar, el modo en el que buscaba alivio entre sus brazos evidenciaba que ella no necesitaba nada más.

—Todo va a salir bien, te lo juro, Zelina. Lo arreglaré. No dejaré que nadie te haga daño, ni que nadie te atormente. Alejaré los pesares de tu corazón, sanaré tu herida si me lo permites. Estoy aquí, cariño. Me tienes contigo, deja que te cuide… Permite que sea yo quien te saque a flote si naufragas.

—James… James… Ella estaba embarazada, un niño. Había un niño y no sé dónde están. No sé lo que hizo mi padre con ellos. Nunca me lo ha querido decir, él sabe lo que pasó y me tiene en ascuas por simple placer, para manipularme. Quiere casarme, quiere que me entregue a un hombre que será igual de despreciable que Lionstar y solo así me dirá lo que quiero saber. Lo odio, lo odio por lo que le hizo a Zelda, por lo que me ha hecho a mí. Es un hombre ruin, un demonio que merece un castigo sin igual.

—Ya, cariño… Ya está. Tu padre no tiene poder sobre ti. No le

permitiré salirse con la suya.

Ella se separó de él para mirarlo a los ojos.

—Nadie gana a Morand. Siempre encuentra algo que el otro necesita, es astuto. No lograrás…

Él le limpió las lágrimas del rostro con una ternura que a la mujer le calentó el corazón. Los ojos de uno sobre los del otro.

—Solo tú tienes la potestad de apartarte de mí por tu propio pie, Zelina. Y a no ser que me digas que no me quieres a tu lado, no estoy dispuesto a dejarte escapar. Tu padre no tiene ni una sola oportunidad contra mí. Si quiere luchar lo haremos tú y yo juntos. Solo si quieres. Juntos —repitió—. Los dos unidos para siempre.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás…?

—Sí, cariño —la interrumpió—. Tengo treinta y ocho años, no estoy para perder más tiempo, si no hago esto ahora me arrepentiré toda la vida. No quiero dejarte escapar. Pensaba darte más tiempo, porque quería ir…

—Poco a poco —terminó ella por él.

—Así era, pero si estás en peligro de que tu padre pueda tratar de apartarte de mí, me veo obligado a mostrarme intempestivo y… —Rothgar se arrodilló sobre la rodilla derecha y le sostuvo una mano entre las suyas—. Había planeado que esto fuese más romántico. Estaba escribiendo un florido discurso, Digory me estaba ayudando, es un prodigio con las letras. Había pensado llevarte de nuevo al ático. Todo estaría lleno de flores, una botella de champán esperaría a ser descorchada tras tu respuesta…

—Sí, James.

—Aún no te he hecho la pregunta… —argumentó con simpatía.

—Y no necesitas hacerla porque quiero lo que me ofrecerás cada

día de mi vida.

—Tendrás la protección de mi título, el amparo de mi apellido y el amor de un marido que será devoto y que averiguará el modo de serlo hasta el fin de sus días. ¡Oh, Zelina! —Él se puso de pie y la abrazó—. Llevo un año buscando el amor sin descanso, buscándote a ti. Sintiéndome como un príncipe que besa a ranas que no se convierten en princesas, porque con un beso todo despierta. Y tú eres la única mujer por la que empeñaría mi palabra de honor por fidelidad eterna. La que me hace suspirar, hasta el punto de causarme un desmayo… —dijo con reconocimiento—. Aquella noche me quedé a un beso de ti, y solo un beso me bastó para saber que eras diferente a todas las mujeres que he conocido. ¡Y cuánta razón tenían los que afirmaban que con un solo beso bastaba para saber si el corazón palpitaba al mismo ritmo que el de la mujer que elige! Mi corazón… Mi corazón es tuyo por entero, Zelina. Es mi promesa para ti. Siempre seré tuyo.

Capítulo 9

Cosas bien hechas

Si a James Edward Charles Salsbury, duque de Rothgar, le hubiesen dicho a los veinte años que haría las cosas bien hechas con una mujer a la que deseaba con todas sus fuerzas, se hubiese reído sin contención. Él se conocía a sí mismo y cuando anhelaba a una dama, nada lo frenaba, pero había encontrado el modo de comportarse como el perfecto caballero por ella. Porque Zelina valía el esfuerzo.

La noche en la que decidieron que se casarían, durmieron juntos. Por fin se abrió a él y le explicó todo sobre su pasado. Todo lo que era capaz de recordar. Se acurrucaron en la cama, abrazados, unidos, con amor, con ternura. Ella le contó todo lo que había averiguado de su hermana a través del diario. Le narró las cosas que recordaba del día que se casó con Lionstar, lo que el láudano le dejaba recordar, que eran escasas. En especial cuando a él se le ocurrió morirse. Le dijo que se había quedado atrapada bajo el cuerpo de él y que fue Niall Mackenzie el que escuchó los gritos y fue a ayudarla. Fue a ese escocés y a su madre a quienes Rothgar tendría que agradecerles su intervención, por haberla ayudado desde aquel momento. Niall Mackenzie y su familia.

Y mientras la escuchaba hablar, mientras la sentía cálida junto a él, mostrándole su confianza, supo que haría cualquier cosa por Zelina. Desde hacer destruir el mundo a salvarlo. Una sola orden de ella bastaría para que James cumpliese su santa voluntad.

No había sido nunca tan feliz en toda su vida. Y a medida que el ministro de Dios oficiaba la boda gracias a una licencia que James

había conseguido cuando viajó a la ciudad a toda prisa, cuando la lluvia amainó, se daba cuenta de que estaba tomando la decisión correcta. Sería una esposa fantástica, pues allí donde él era duro e impetuoso, ella era dulce y comedida. Se complementarían a las mil maravillas. Tenían por delante un destino prometedor.

Lo había conseguido. Rothgar había ido dando tumbos de aquí allá con las mujeres, sin importar nada más que encontrar la satisfacción. No creía en el amor, pero al ver que las parejas enamoradas lo rodeaban, se enfrascó en una búsqueda épica que por fin había dado resultados. Años atrás había creído que casarse solo era fruto de una conveniencia entre un caballero y su dama. Eso no era así en absoluto.

Zelina lo impulsaba a ser mejor, a estar alerta, a vivir por ella y para ella. Si eso no era amor, se le parecía bastante, porque durante esas largas semanas que había estado a su lado se había dado cuenta de que no podría volver a vivir sin ella.

Era su mundo. Su mitad.

La mujer que esperaba, la que el destino le había reservado y por fin era suya. Solo suya. Nadie más la tendría.

Cuando la ceremonia de bodas terminó, Morgan, Ethan y Brendan se acercaron a darles la enhorabuena.

—Me alegra ver que eres feliz, Zelina —le dijo Morgan—. Me has dado la excusa perfecta para descansar unas semanas y alejarme de mi vida y mis problemas… —señaló a la vez que miraba con fijación a Brendan Sallow, quien a su vez estaba observando con igual fijación a Ethan Digory—. Ahora ya puedo regresar y seguir con fuerza. Me ha gustado mucho ser parte de esto, ¿sabes? Porque es muy satisfactorio ver nacer a una pareja y ser testigo de su unión ante el Creador. —Morgan se acercó a Zelina para decirle en confidencia—: No es como si Dios me hubiese escuchado a menudo, pero no estoy enfadada con él porque me guía en mi infame cometido. —Terminó la frase guiñándole el ojo.

—Gracias por animarme y ser mi amiga, Morgan. No olvidaré jamás lo que has hecho por mí.

—Aplica bien mis consejos esta noche —siguió diciéndole en confidencia. Se escucharon un par de palabras altas y Morgan se giró para ver a Brendan y a Ethan discutiendo—. Si me disculpas, tengo que ir a arreglar una situación. —Se fue hasta donde los dos hombres parecía que estaban a punto de enzarzarse en una pelea monumental.

Rothgar, que se había separado de Sallow y Digory cuando los escuchó comenzar a discutir, se acercó enseguida a Zelina y vio cómo Morgan mediaba entre ambos caballeros.

—¿Qué sucede con esos? —se interesó James, mientras sostenía a su mujer por la cintura.

—¿No te lo imaginas? —preguntó con humor Zelina.

—No. Solo sé que Digory vio a Sallow cuando llegasteis a mi casa y se echó a temblar debido a que es una gran mole, y ahora parece dispuesto a saltarle a la yugular.

—Soy nueva en esto de las relaciones entre hombres y mujeres, pero como me has enseñado bien, cariño, soy capaz de asegurar que un caballero se envalentona cuando tiene a una dama interesante a su alcance y debe luchar por ganarse su admiración.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. ¿Insinúas que puede haber algo entre ella y Digory? —Los ojos del duque se movieron hacia donde Morgan estaba entre los dos, simulando ser una barrera de contención.

—Si quieres saber mi opinión, pero debes valorarla con cautela porque insisto en que soy muy nueva en todo esto de los arrebatos y la seducción, creo que Morgan está enamorada del señor Sallow y que ha despertado la atención del señor Digory y ahí hay un verdadero polvorín cargado de celos.

Rothgar se rio sin moderación.

—¡Imposible! Digory sufrió un buen revés en cuestiones de amor, me aseguró que no quería ver a una mujer ni pintada sobre óleo. En cuanto a Sallow… esa monstruosidad de hombre es incapaz de pensar en una dama más allá de protegerla. Y sobre Pusset… Digamos que disfruta siendo la Duquesa Infame y que no cambiará ese título por una cosa tan insignificante como el amor. No conozco bien la historia de esa mujer, pero puedo asegurarte que también cauterizó su corazón en su momento. Si ves amor allí donde miras, Zelina, es porque tú misma estás enamorada y eres tan feliz que deseas que los demás, en especial por los que sientes gran admiración, encuentren lo que tú has hallado.

—¿No te hace parecer presuntuoso la última de tus conjeturas, duque? —preguntó con humor.

—En absoluto. Hablo con conocimiento de causa porque yo me encuentro en el mismo estado que tú. Enamorado de la cabeza a los pies, pero como conozco mejor que tú a esos tres de ahí —los señaló con el dedo—, te puedo garantizar que la desavenencia entre Sallow y Digory vendrá producida por una apuesta que uno de los dos haya perdido, o algo similar.

—¡Es suficiente! —gritó de pronto Morgan—. Sois ridículos ambos, como dos perros a punto de pelearos por un hueso y no me agrada la situación. —Ella seguía en medio de los caballeros y tenía las manos estiradas, casi les tocaba el pecho. Estaba tratando de frenar lo que se veía como una gran pelea.

En opinión de Rothgar, Digory tenía mucho valor, porque Sallow, además de ser un hombre muy grande sabía pelear muy bien. Frunció el ceño. No tenía pinta de ser una riña por una apuesta, porque el modo en el que ambos se miraban… Como si se considerasen propietarios de la señorita Pusset y tuviesen que proteger su posesión a toda costa.

—¿Y tú puedes usar tus artimañas cuando te conviene sobre mí y yo no sobre ti? —inquirió Brendan sin dejar de mirar a Digory.

Morgan se dio cuenta de que él se estaba refiriendo a lo sucedido con Hardcastle en la mansión de la Duquesa X.

—No es lo mismo y lo sabes —le dijo con suavidad Morgan a Brendan.

—Yo creo que es exactamente lo mismo —rebatió Sallow.

—¿Tiene miedo de un poco de competencia, Sallow? —se burló Digory, quien estaba más que preparado para liarse a puñetazos con el mastodonte.

—¡No lo provoque, Digory! —saltó desesperada Morgan. Brendan no era de los que pensaban antes de actuar.

—Le dejaré un bonito recuerdo de nuestro encuentro, Digory. Un ojo morado, ¿qué le parece eso? —Brendan avanzó medio paso en dirección a su rival.

—¡Suficiente! —gritó con energía Morgan—. No vas a agredir a nadie hoy, Brendan Sallow, yo te lo prohíbo —añadió con el mentón levantado y colocándose completamente frente a Brendan.

Las palabras de Morgan lo sacaron de su espiral de furia. Miró a la señorita Pusset a los ojos.

—No saldrá nada bueno de esto, Morgan.

—No hay nada de nada, Brendan —le dijo con suavidad. Tenía que tranquilizarlo como fuese.

—Ah, ¿no? —preguntó Sallow al tiempo que fijaba la mirada en un punto en concreto de ella.

Morgan, que había visto la acción de él, bajó la mirada y encontró que Ethan Digory la estaba sujetando por la cintura con la mano derecha, la tenía completamente agarrada.

—¿Qué hace? —Ladeó el rostro para buscar a Ethan y se encontró a escasos centímetros de su boca. ¡Oh, oh!

—No pienso permitir que ese monstruo de hombre le haga daño.

Estoy listo para intervenir.

—¡Él no me haría daño jamás! —exclamó exasperada.

—El que va a quedarse sin manos será usted, Digory, porque como no la suelte de inmediato…

—¡Brendan! —volvió a gritar al ver que Sallow tenía un puño en alto—. No lo hagas. No hay nada, te lo juro —susurró.

—O te suelta de inmediato o lo mato —amenazó de nuevo.

—Señor Digory…, por favor, váyase —murmuró Morgan.

Ethan se quedó asombrado. Esos días pasados, mientras la veía supervisar lo que a todas luces fue el cortejo de Rothgar con la duquesa viuda de Lionstar, la señorita Pusset había sido todo sonrisas, buenas palabras, gestos un poco… Sentía que habían compartido… algo. ¿Lo había malinterpretado todo él? No sería la primera vez que Ethan Digory se enamoraba de una mujer que ya pertenecía a otro.

Cierto que no habían hecho más que hablar, pero esas miradas que había visto en los ojos de la mujer… Y luego estaba el modo en que… Suspiró. La culpa era suya por creer que… Digory la soltó de inmediato y dio un paso atrás.

—Le pido disculpas por la confusión, señorita Pusset —indicó, para después darse media vuelta y salir a grandes zancadas de allí.

Morgan lo vio marcharse y suspiró también.

—¿Satisfecho? —le preguntó ella a Brendan.

—La has casado —dijo en alusión a Zelina, como si todo hubiese sido obra de Morgan—, es el momento de regresar a Londres. Tenemos cosas que hacer. Te doy media hora para preparar tus baúles, Morgan. Más vale que estés lista porque con equipaje o sin él, regresarás conmigo de inmediato.

Sallow se dio media vuelta y se fue en la dirección contraria a la de Digory.

Morgan se quedó mirando su estela.

—Eres tan complicado, Brendan Sallow… —susurró. Luego, giró sobre sus talones y se topó con el escrutinio de los duques de Rothgar.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Zelina con lástima.

—Oh, no —dijo Morgan despreocupada—. Es mi sino vivir de ese modo, entre patanes que tratan de solucionarlo todo con los puños. Como habéis escuchado, Brendan quiere salir de inmediato y dado que sois recién casados agradeceréis tener menos invitados por aquí, por lo que supone que va a llegar en breve. —Ella se estaba refiriendo al sexo—. Mi labor como casamentera ha finalizado, aunque es verdad que solo me limité a traerte hasta su puerta y tú has hecho el resto. No obstante, nutriré mi ego y me apuntaré tu triunfo como si fuese el mío propio, porque sé que estoy ante una pareja nacida del amor y eso me llena de alegría. —Morgan se acercó a Zelina y le dio un beso en la mejilla—. Sé feliz. —Se giró hacia Rothgar—. Hazla feliz —ordenó.

Entonces la señorita Pusset se dio la vuelta y se marchó para dejarlo solos.

—¿Tenías alguna duda de lo que pasaba entre los tres, esposo? —inquirió pagadísima de sí misma Zelina.

—Supongo que en verdad hay algo entre ellos. No he tenido demasiado tiempo de fijarme, pues tú resultabas más interesante.

Ella se rio con ligereza.

—Yo tampoco me había dado cuenta hasta este mismo momento, supongo que también te encontraba a ti más… estimulante.

—Ahora… —Rothgar la sostuvo entre los brazos y la alzó como solo un esposo tenía derecho a llevar en volandas a su recién estrenada mujer—, puesto que solo seremos dos para celebrar nuestras nupcias, dado que Morgan y Brendan se marchan y Digory no saldrá de sus dependencias hasta que se le pase el enfado y eso le llevará… mucho tiempo —alegó, porque conocía a su amigo y le solía dar

vueltas y más vueltas a las cosas. Así que se quedaría en su habitación hasta el día siguiente como poco—, mandaré que nos suban un par de bandejas a nuestras habitaciones y… —Movió las cejas con picardía.

—Hay algo que debería decirte —apuntó con voz trémula.

La pareja ya estaba andando en dirección a las estancias del duque y la duquesa de Rothgar.

—Dímelo.

—Te hablé de la noche en la que Lionstar falleció.

—Sí.

—Bueno… lo que no te dije fue que no he sido capaz de recordar si él… se salió con la suya.

—¡Oh! —exclamó tras unos pocos segundos, cuando logró darles sentido a las palabras de Zelina.

—Mis padres me dieron láudano, como solían hacer a menudo, pero creo que la dosis no fue tan elevada como las otras veces, así que hay retales que recuerdo con precisión, como cuando vi a Niall venir a socorrerme y arreglarlo todo para que pareciese que Lionstar falleció en su cama después de… Ya sabes, pero supongo que el servicio debió haberse enterado de algo y los rumores se esparcieron como la pólvora. Los hubo de todo tipo y yo…

—¿Zelina?

—¿Sí?

—Hoy borraré cada recuerdo que pudiese dejarte Lionstar. ¿Confías en mí?

—Con mi vida —le dijo.

—Bien.

Rothgar se las arregló para abrir la puerta y entró con su esposa a la habitación que le correspondía como dueño de Roth Rote. Las

cosas de su duquesa ya habían sido trasladadas a la alcoba de al lado. Ambas habitaciones estaban conectadas por una puerta interior, pero el duque tenía la intención de que su esposa durmiese en su lecho cada una de las noches.

James la dejó en el suelo y comenzó a besarla.

—Me gusta mucho cuando haces eso —le indicó entre beso y beso.

—Me encanta besarte, Zelina.

—Tenía entendido que íbamos a comer antes de…

—Luego —rugió.

Ella se sonrió. Morgan le había dicho que cuando los caballeros se entretenían con el cuerpo de una mujer no tenían otra cosa en la que pensar más que en el placer.

—Te amo —le susurró mientras volvía a besarlo.

—Te amo más.

—No es una competición, James.

—Y si lo fuese yo te ganaría.

Zelina se movió hacia atrás para escapar del agarre de su marido. James no pudo seguir besándola, aunque ella no logró escapar porque la tenía bien envuelta en sus brazos.

—Hay algo más que quiero decirte.

—Después… —dijo, acercándose para volver a besarla.

—En realidad ha de ser ahora.

Las cortinas estaban abiertas y la luz del día se filtraba con fuerza. Su petición debería ser atendida porque las condiciones eran idóneas.

—Está bien —claudicó, pero sin soltarla.

—No lo creí posible, pero, yo… quiero… —Ella carraspeó—. Me gustaría ver a un hombre desnudo —comentó con decisión, pero con las mejillas encendidas.

Los ojos negros de James dejaron de tener ese color para transformarse en pura pasión porque ella juraría que ahí ardía el fuego mismo. Su mirada era vidriosa, llena de… lujuria.

—¿Eso es una orden, duquesa? —preguntó él, con voz tan grave que era casi un siniestro ronroneo.

Había esperado muchas cosas, pero no que ella le pidiese eso. Era más, había previsto que le pediría echar las cortinas, y que la timidez la haría retraerse, pero tenía delante a una mujer que emanaba mucha curiosidad y de pronto se encontró encendido. Más encendido que nunca.

En esa habitación hacía demasiado calor. ¿O solo era su cuerpo entrando en combustión?

—No —susurró—. Es… una petición.

—Ya veo…

—¿Te he molestado?

—Lo que me ha contrariado ha sido que hayas dicho: quiero ver a un hombre; y no algo así como: quiero verte desnudo.

—¡Oh! Creía que eso estaba implícito.

—Ahora lo está. Dame tus razones para querer verme desnudo y tal vez…

Ella sabía que él estaba jugando. No obstante, le pareció divertido entrar en el juego.

—Está bien. ¿Lo quieres por escrito o…?

—Dímelo a viva voz.

—Quiero verte quitándote la camisa.

—¿La chaqueta y el chaleco no?

—De acuerdo. Deseo verte sin ropa, porque quiero ver cómo son tus hombros desnudos, tu vientre sin nada que lo cubra. Me gustaría averiguar si realmente tienes rizos salpicando tu torso. Quiero verte desprendiéndote de los pantalones con calma para revelar ante mis ojos esa parte secreta tuya.

Cuando terminó de explicarle sus deseos, ella inspiró y apretó las piernas porque algo en su interior así se lo había demandado. Necesitaba presión *ahí*.

—¿Qué más quieres, Zelina? —Ella sabía que la estaba ayudando a tener confianza en lo que hacían, que él aprobaba lo que su esposa pretendía, y eso la permitía ser más audaz.

—Te quiero a ti.

Él se inclinó más hacia ella, Zelina no lo rehuyó. La lengua de James le lamía la oreja.

—¿A mí? ¿Para qué? —siguió jugando con ella.

Zelina ahogó un grito. ¡El muy desgraciado! Iba a obligarla a… Pero el deseo crecía cada vez más en ella. Fruto de las expectativas, de esa lengua pecaminosa que la seguía lamiendo de un modo indecente que hacía que la piel se le erizase.

—Quiero… Deseo… Necesito…

—¿Sí, Su Gracia? —preguntó con suma formalidad.

—Quiero que me beses con fuerza, quiero verte sin una puntada de ropa, quiero que me veas desnuda. Lo quiero todo y lo quiero contigo.

James se estremeció. Y no se le ocurrió otra cosa que emitir una suave risa muy cerca de su oreja.

—Quiere muchas cosas, excelencia —apuntó sin abandonar la etiqueta, con suma sensualidad. Como un suave ronroneo destinado a

desquiciarla.

—Uhm… —Zelina tragó saliva al tiempo que se le ocurría otra idea—. Y pienso que este momento no es el adecuado para que uses mi título. Nunca me ha gustado ser duquesa… —alegó, mientras seguía disfrutando de esa lengua malvada que le lamía tan certeramente en esos momentos el cuello. Justo el lugar donde le latía el pulso.

—Ah, pero ahora Su Gracia es la duquesa de Rothgar, mi duquesa. ¿Y cómo no usar su título, si está dándome las órdenes de un modo del todo formidable…? Magistral más bien. —Regresó a la oreja de Zelina y capturó el lóbulo para apresarlo entre los dientes. Mordió, tironeó y luego se lo chupó. Emitiendo un sonido indecoroso mientras lo hacía.

Zelina tuvo que apretar las rodillas una vez más porque su cuerpo estaba inflamado.

—Soy tu mujer, no tu duquesa ahora mismo —objetó.

—Quizá debería referirme a ti en este momento de un modo más privado… ¿Cariño? —A James le había gustado mucho cuando ella había usado ese término mientras observaban lo que sucedía entre Digory, Pusset y Sallow.

—Esa palabra me gusta. —Era un milagro que se pudiese estar concentrando en la conversación. James había soltado su oreja derecha para ir a buscar la izquierda, y el asalto estaba comenzando otra vez. Morder, tironear y chupar… Era delicioso.

—Bien… Cariño será.

Le rozó el pezón con el pulgar mientras seguía jugueteando con la oreja.

Zelina se olvidó de respirar.

¡Cielos!

Una caricia tan pequeña y casi la hace perder el sentido. Los

dedos de él estaban investigando la textura del pezón bajo la tela de su vestido rosa pastel. Se caería al suelo si no fuese porque estaba bien sujeta, apoyada sobre sus amplios hombros.

Entonces, la mano entera del duque le rodeó el seno a través de la tela de su vestido. ¡Dios! Sentir su mano amasando su pecho… Delicioso… Y más cuando le pellizcó el pezón y ella sintió que la descarga le llegaba hasta el centro de su ser.

Gimió indefensa.

Mareada y deseosa.

—James… —jadeó.

—¿Estás bien? —Había burla en sus palabras. La estaba mirando a los ojos.

—Yo… no lo sé… —Zelina no había detectado la sutil mofa.

—Mejor… —Pues deseaba hacer que se olvidase de todo y parecía que estaba a medio camino ya.

James bajó la cabeza y su boca cubrió la suya antes de que ella pudiera seguir hablando. Mordiendo, lamiendo, chupando sus labios y la lengua.

El duque se apoderó de todos sus sentidos.

Zelina hundió los dedos en su sedoso cabello y tiró de las hebras sin ser consciente de lo que hacía. Su esposo emitió un gruñido. Era un sonoro gruñido. Primitivo. A continuación, James puso la otra mano en su nalga, pellizcó primero para después hacer que se pegase por completo a él, a fin de que ella sintiese la dureza de su excitación sobre su vientre.

Se las arregló para meter una rodilla entre las piernas femeninas y ese primer contacto contra su núcleo la hizo gemir con fuerza. ¿O era su esposo el que suspiraba? Tal vez eran ambos.

Solo importaba esa dulce presión que sentía en su ser, ese roce

impúdico que la llenaba de gloria. Rothgar sabía que la estaba volviendo loca con su fricción, porque se tragaba sus gemidos con cada beso.

Estaba desesperada. Llena de deseo y necesidad. También un poco frustrada porque quería más, mucho más de lo que estaba recibiendo. Zelina le tiró del pelo hasta que los labios de su esposo abandonaron los femeninos. No obstante, esa rodilla divina no se detenía. Lo miró a los ojos, con exigencia.

—¿Debo parar, Su Gracia? —James encontraba que ser el sirviente complaciente de su duquesa era enloquecedor.

—Quiero verte —recordó ella. Esa era su mayor ilusión. Ver lo que escondía el cuerpo de James.

El duque la soltó, dio un paso atrás y abrió los brazos por completo.

—Me tiene aquí, Su Gracia.

—Desnudo… —murmuró, tratando de parecer segura en su petición.

James le sonrió.

—¿Es una orden?

—¿Debe serla? —se atrevió a desafiarlo.

—Supongo que un hombre no le negaría nada a su duquesa… Así que… Sigo a sus órdenes. —Se quedó quieto. Ella entendió que él no pensaba quitarse la ropa por su propia mano.

¡Maldito! Le estaba echando una especie de pulso, sí, eso era, como cuando los hombres se medían sus fuerzas mientras se agarraban la mano para ver quién resultaba vencedor. Seguro que esperaba que ella acabase reconociendo que no podía seguir con el juego…

—De acuerdo. Siéntate en ese sillón —le ordenó, mientras

señalaba el mueble que estaba junto al fuego.

Su esposo la obedeció de inmediato. Ella juraría que la situación lo tenía divertido. ¡Qué injusticia que ella estuviese azorada mientras él se observaba tan jovial!

Vio a James ir hacia allí. Bien, al menos él se había desprendido de la chaqueta y del chaleco antes de sentarse.

Zelina se colocó delante de él.

—Soy suyo para que haga conmigo lo que se le antoje, Su Gracia —dijo James.

Y a Zelina esas palabras le sonaron a promesa.

La duquesa de Rothgar se arrodilló y comenzó a desabotonarle la camisa. Su esposo tenía las manos apoyadas en el reposabrazos e hizo pocos movimientos para ayudarla. Cuando llegó hasta el último botón, Zelina le abrió la camisa sin ceremonias. Se moría por descubrir su piel. La forma de su torso, ver cómo serían sus pezones…

—Quiero tocarte… —susurró, para después morderse el labio inferior.

—Soy tuyo, ya te lo he dicho.

Las manos de Zelina sintieron el calor de esa piel oscura tan magnífica. Todo él era oscuro, desde sus ojos, su pelo y por descontado su piel. Le había maravillado ver el contraste de las pieles de uno y otro. Porque Zelina se veía pálida mientras que él siempre lucía un tono más alegre, más sano. Oscuro.

Recorrió los músculos de su cuello para llegar a sus hombros. Los masajeó. Era duro en todas partes. A continuación, buscó acariciar los pezones, eran más pequeños que los suyos. Pasó la yema de un dedo sobre la punta. Los tenía fruncidos, duros. Le tocó toda la extensión. Se centró en los rizos que cubrían su pecho. Con la otra mano, sin dejar de juguetear con su pezón, probó la suavidad del vello.

James gimió. Algo mitad agonía mitad deleite. Los ojos de Zelina lo buscaron de inmediato. La observaba con atención. Permanecía quieto, pero respiraba con dificultad. Al igual que ella. Centró su atención en ese poderoso torso desnudo que la tenía obnubilada. Vio que en el centro había una hilera de vello que desaparecía bajo los pantalones. Sus dedos trazaron el rastro, sobre su vientre, dibujó la circunferencia de su ombligo también.

Levantó la mirada de nuevo para observarlo.

—¡No te detengas ahora! —Él sabía que le estaba pidiendo permiso para quitarle los pantalones.

Buscó la presilla de la prenda. El bulto que escondía era más que evidente. Comenzó a desenvolver lo que se percibía como un regalo. Su regalo. Sentía que la respiración de James se hacía pesada, cada vez más dificultosa. Abrió sin prisas el pantalón y descubrió su virilidad. Se alzaba furiosa, sobresalía por debajo de sus calzones. Grande. Muy grande…

¿Tenía que albergar todo eso en su interior? No, seguramente solo una porción… Debió haberle preguntado cosas mucho más concretas a Morgan. Si la tuviese allí no pararía de hacerle un montón de cuestiones.

—¿Todo bien?

—Sí, creo que sí… —dijo tentativa, pero sabiendo que mentía.

La hombría de James era algo muy extraño. Las venas parecían estar latiendo al ritmo de su corazón. La cabeza era más grande que el resto de su longitud, se apreciaba más roja, un poco brillante. Y el aroma de su esposo era delicioso, un toque de jabón condimentado con almizcle puro, masculino y embriagador. Así era su duque. Embriagador y muy masculino.

Se envalentonó y tocó el órgano con las dos manos. Lo envolvió en ellas con precaución, de modo que, ante el contacto, James gimió. Ella lo vio echar la cabeza hacia atrás para luego cerrar los ojos.

Era sedoso al tacto, pero si lo apretaba era como el acero. ¡Qué combinación más extraña!

En la punta vio una pequeña abertura que parecía estar llorando, pues una especie de lágrima figuraba ahí. Era su simiente, la fuente que la regaría y crearía vida en su interior.

Subió y bajó la piel sedosa. Lo hizo un par de veces, porque Zelina se dio cuenta de que cada vez que repetía el movimiento él gemía con más fuerza. Interesante.

No le permitió seguir investigando más. La agarró y la sentó sobre su regazo.

—Podría matarme de placer así, Su Gracia.

—¿Y te dejarías matar por mí? —coqueteó ella.

—¿Necesita preguntarlo, duquesa? —inquirió, mientras luchaba contra los corchetes, botones o lo que fuese que ella tuviese a su espalda para cerrar el vestido.

—¡Romperás el vestido y todavía quiero ver lo que…!

La silenció con un beso.

—Más tarde. Te prometo que te dejaré verme tanto como quieras, pero si no te veo de inmediato sí que me moriré.

La parte delantera cayó hacia delante y la manejó para sacarle el resto del vestido por encima de la cabeza. Le rasgó la camisola, haciendo que ella se quedase asombrada por la violencia empleada, pero complacida por verlo tan ansioso. Zelina permaneció con las medias, las ligas y los zapatos puestos. Todo lo demás ya no estaba. James se movió hacia sus senos. Se metió el pezón, y toda la cantidad de esa tersa carne que pudo apresar, en la boca.

Fue sublime lo que le hizo sentir. Ella gimió y él se volvió todavía más loco. Besó y lamió de uno a otro, los dos pechos debían ser adorados.

Cuando el duque se cansó, y eso fue mucho más tarde, decidió que debía echarle un vistazo a Zelina. Estaba gloriosamente desnuda sobre su cuerpo.

—Tan hermosa, y toda mía… —La voz de James era gutural y muy, pero que muy, áspera—. Esto —tocó sus pezones hinchados y húmedos por su saliva— es mío. Esto otro —pasó la mano con suavidad por la curva de su vientre— cargará con mis vástagos. Se hinchará porque eres mía. Esto… —llevó su mano hasta sus rizos húmedos— me dará y sentirá placer.

Sorteó sus delicados pliegues y buscó ese nudo de nervios para acariciarlo.

—Dime, cariño… ¿lo quieres así? —la rozó con suavidad—. ¿O lo prefieres así? —le dio mayor velocidad.

—¡Oh, Dios! —gritó ella cuando comenzó a despertar la crudeza en su ser.

—Fuerte… lo quieres fuerte… —susurró él satisfecho.

—Bésame, James —le rogó. El duque buscó sus labios y la complació.

Uno a uno, su esposo se fue tragando sus sollozos de placer, sus gemidos ansiosos. No dejó de masajearla con atención y adoración. Hasta el punto de que supo que ella no lo resistiría más, porque el tirón de pelo que le dio…

—¡Síííííí! —comenzó a gritar su liberación.

En ese momento le insertó un dedo en el interior. Uhm, apretada, ella estaba muy prieta. Sin tiempo para dejarla reaccionar, la cogió entre sus poderosos brazos, se levantó y caminó hacia la cama. Después, James se dio prisa en quitarse la ropa que le quedaba y se unió a ella en el lecho.

—Quizá te duela, Zelina. —No sabía si ella sería pura o no. No importaba tampoco mucho. Sería gentil de todos modos.

—Estoy lista.

Sus labios se encontraron con los femeninos y él le abrió las piernas con las suyas. Zelina lo sintió en su entrada.

—Iré poco a poco…

—Poséeme, James. Llevo toda la vida esperando este momento. No ha habido otro más que tú y solo tú estarás para mí.

El duque fue ganando terreno con la paciencia de un santo varón. Con tranquilidad, con mucha ternura, susurrándole palabras tiernas de amor en la oreja… Y por fin llegó al paraíso. Estaba enterrado en su esposa. Satisfecho, lleno de admiración. Había sentido romperse su barrera. El maldito Lionstar no la tuvo. Él era el primero.

—¿Estás bien? —le preguntó, mientras se separaba de su cuello para buscar sus ojos. Tras emitir la pregunta se dio cuenta de que tenía la mirada aguada—. ¿Has sentido mucho dolor?

—Eres demasiado grande y hubo un momento en que… —Dolía. Molestaba. Quemaba, quiso decirle, pero se calló. Se sentía tan llena, tan reclamada…

—Te dolió mucho, pero lo soportaste sin advertírmelo —supuso él.

—Quiero que esto sea perfecto.

—Lo es, mi gran duquesa valiente… —La besó y comenzó a balancear con delicadeza las caderas.

Zelina sentía la fricción, dentro y fuera de ella, en algún lugar muy interesante. Era mucho más que agradable. Se sujetó a su espalda cuando él comenzó a darle mayor vigor a los envites. Su marido la penetraba una y otra vez. La sensación de su virilidad deslizándose, entrando y saliendo de ella, reclamando su derecho como esposo, haciendo que su cuerpo se adaptase a él, que le correspondiese en la necesidad… Todo era delicioso.

Y… oh, Dios de los cielos… La fricción era precisa en ese punto.

Era como si él supiera dónde debía rozar cada vez que entraba y salía.

Majestuoso, formidable, excelente.

Con un ritmo trepidante que la impulsaba a subir más y más arriba, a rozar la grandeza una vez más. Como si fuese de noche y pudiese vislumbrar las estrellas. Y las vio, en todo su esplendor. Gimiendo sin control. Cantando su liberación para él.

De pronto lo sintió tensarse, lo vio echar la cabeza hacia atrás, y lo escuchó gritar. Algo cálido le inundó las entrañas.

—Eres mía, Zelina. Mía —le declaró.

Su posesividad la abrumó, pero no la asustó.

Zelina Salsbury, duquesa de Rothgar, comprendió que acababa de vivir la cosa más maravillosa del mundo.

Capítulo 10

Una vida en común

El día anterior había sido glorioso. Se habían encerrado en la habitación y el mundo pudo irse al infierno y no les hubiese inquietado, porque ellos dos tenían asuntos más importantes que resolver. Tanto era así que ni se despidieron de la señorita Pusset ni del señor Sallow.

Fue un día memorable, digno para recordar hasta el fin de los tiempos, y la noche no desmereció nada en absoluto.

Aquella mañana, James se despertó cuando todavía no había salido el sol. Y le volvió a hacer el amor a su esposa. Ella, tan encantadora y ávida por aprender todos los secretos, se dejó llevar con una pasión inocente que a Rothgar lo encendía como el elixir más potente para rugir lleno de lujuria.

La dejó durmiendo, cálida y envuelta en las sábanas, con un fuego caliente crepitando. James tenía asuntos que atender con Digory y sospechaba que su abogado no tardaría demasiado en marcharse de Roth Rote.

El duque se metió en su despacho y esperó paciente a que Ethan lo fuese a buscar. Una hora más tarde, James escuchó que alguien llamaba a la puerta.

—Adelante —dio permiso para acceder.

—He visto la puerta cerrada y creí que sería porque te dejaste una ventana abierta o algo así. ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Digory.

El duque lo miró con seriedad.

—¿Quieres que me acusen de matar a mi esposa… a golpe de placer, Digory? Mi duquesa necesita descansar.

—Eres osado por atreverte a hacer una broma tan…

—¿Por qué? —lo interrumpió—. ¿Porque la alta sociedad especula que ella mató a Lionstar de ese modo? —James agitó los hombros—. Zelina no ha sido de nadie más antes de venir a mi cama, y como esta información salga de estas cuatro paredes, te rebanaré los sesos. ¿Entendido? —Compartir esa revelación con alguien le hizo sentirse… No sabía cómo, pero le había gustado decírselo a su amigo.

—Veo que el matrimonio no ha conseguido amansarte. Te felicito pues por la doble dicha, la de casarte con la dama que te hace feliz y por… ya sabes, por lo otro que olvidaré que has compartido conmigo en este preciso instante.

—Ya veo el motivo por el que eres un gran abogado.

—La discreción y el secretismo van con mi dedicación. Bien, como supongo que ya no necesitas compañía porque toda esa languidez que manifestaste tiempo atrás no va a volver, creo que me marcharé y te dejaré disfrutar de las mieles del matrimonio. He oído decir que los primeros meses son los mejores y que luego todo se normaliza y la euforia inicial se pierde. Así que disfruta todo lo que puedas y más —le recomendó al duque.

—Te aseguro que pretendo que ella viva entre algodones hasta el fin de nuestros días. Y si bien lo que has dicho es la tónica para muchos enlaces, yo considero que una esposa feliz es la que le otorga la dicha eterna al marido, de tal modo que aplicaré esa otra máxima, pues he visto que se cumple en los matrimonios de mis mejores amigos.

—Ah, eso me recuerda que entre tu correspondencia ha llegado un paquete delicadamente envuelto. Tengo la sensación de que es un regalo de bodas.

Rothgar frunció el ceño. Se figuraba que nadie se habría enterado de sus recientes nupcias.

—¿Quién lo envía?

—La duquesa de Ascot lo firma.

—¿La esposa de Patrick? —Rothgar comenzó a sonreír. Los tentáculos de su amigo eran largos, porque no tenía la menor idea de cómo se habría enterado de que él se había casado, pero para Ascot el acceso a la información nunca fue un problema. Lo que necesitase saber lo averiguaba y punto.

—Si el duque de Ascot es Patrick Manchester, imagino que…

—Sé lo que ha enviado la mujer de Patrick y también sé que su esposa lo ha hecho solo por hacer feliz a su marido. —La duquesa de Ascot no tenía maldad, y seguramente Patrick le habría contado a la dama el modo en el que James se rio del asunto de la fusta durante su último encuentro.

—Ah. —Digory no supo qué más decir.

—¿Qué ocurre? —James observaba a Digory… ¿inquieto?

—Siento curiosidad por saber qué es en verdad el regalo, pero más interés tengo por averiguar si de verdad estás al tanto de lo que contiene el embalaje. Aunque puedo quedarme con la duda, al fin y al cabo, soy abogado y estoy acostumbrado a que mis clientes no me cuenten todos sus asuntos.

—No trates de engañarme, tú también estás intuyendo lo que trae ese paquete.

—¿Yo? —preguntó sorprendido.

—Es una maldita fusta, Digory. Tienes una memoria excelente y sé bien que recuerdas aquella conversación producida meses atrás en el baile de *lady* Swen.

Digory le sonrió.

—No confirmaré ni desmentiré lo que has señalado.

—No importa, yo lo tengo muy claro. Le conozco bien y sé que es una fusta.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes unos amigos muy extraños?

—Sí, lo has hecho. Y si estuvieses al tanto de lo que yo he compartido con el duque de Ascot y con el barón Rosings, te aseguro que entenderías a la perfección nuestra relación. —Habían pasado por demasiado como para ser solo correctos. Eran mucho más que amigos y eso les otorgaba el privilegio de molestarse los unos a los otros cuándo y cómo quisieran.

—Bueno, entonces… ¿le doy la supuesta fusta a tu duquesa?

Rothgar comenzó a carcajearse.

—Voy a tener que hablarle de ese regalo, porque Patrick se asegurará de que Zelina tarde o temprano se entere de lo que tanto él como su esposa le mandaron como regalo de boda, y si no se la doy me acusará de ser un cobarde. Yo mismo se la entregaré. ¿Dónde la has dejado?

—Está en el último cajón de tu escritorio. —Digory tenía asignado un lugar de trabajo en casa de Rothgar, pero le pareció mejor dejar ese paquete escondido. El abogado no le daría nunca una fusta a su esposa.

—Muy bien, se la entregaré luego y le explicaré a Zelina que… —Rothgar se quedó callado, iba a ser una conversación bastante embarazosa para tratar de explicarle a su mujer… ¡Cielos! La idea de ponerse a merced de Zelina y dejarla empuñar una vara mientras ella solo vestía las medias de seda, con las ligas y los zapatos…

James se movió con discreción para acomodar su virilidad, porque estaba tan duro que la presión de los pantalones le dolía. ¿No podían hacerlos más anchos? Malditos sastres que no contaban con la inflamación de los hombres deseosos de copular.

—¿Sí? —preguntó con burla el abogado al ver que el duque había detenido su explicación.

—Tengo un trabajo que darte. —James decidió que cambiar de tema era más seguro.

—Espero que sea uno que *no* —arrastró la palabra— incluya el uso de una fusta.

—Muy gracioso… Ahora atiende, Digory. Necesito información sobre la familia de Zelina. De su padre y de una hermana.

—¿Contrato a un agente de Bow Street?

—Lo que sea necesario, no escatimes en gastos. Es preciso que busques todos los secretos y enredos de su familia.

—¿Te preocupa que ella sea…, es decir que ella… no…? Uno no investiga a la mujer con la que se ha casado después de casarse, Rothgar. Eso se hace antes.

—Tonterías, Digory. Zelina podría resultar ser la hija bastarda de una mujer caída en desgracia y me importaría poco. La sociedad solo tiene poder para hacer la vida del otro miserable cuando se le concede. No es mi caso. No tienen nada con lo que poder herirme. Yo estoy muy bien rodeado por esos amigos a los que tú consideras que son más peculiares que otra cosa, y ellos no me darían la espalda jamás. Tengo dinero, un título de alto rango y…

—Sí, sí, nada puede afectarte. Me queda claro lo que ibas a esclarecer. Dime qué tengo que buscar sobre tu duquesa.

—Morand. Busca lo que sea sobre él. Mi esposa no sabe dónde está su hermana, se llama Zelda, y quiero averiguarlo.

—De acuerdo. No me resultará complicado dar con el padre de la duquesa viuda de Lions…

—Duquesa de Rothgar —lo corrigió con irritación—. Eso me recuerda otro asunto importante. Lo primero que harás cuando llegues a la ciudad será enviar un anuncio a *The Times*. Quiero que todo el

mundo, además de Ascot, sepa que ya no es la duquesa viuda de… —No quería ni repetir el antiguo título de Zelina—. En fin, que ella es mía.

—Vaya… No te creía por un hombre posesivo.

—Cuando encuentres a la mujer adecuada, hablamos. —Se quedó un momento pensativo—. ¿Qué diantres ocurrió con Morgan Pusset?

—Nada —respondió con tranquilidad, como si Rothgar estuviese hablando de un asunto inventado—. ¿No sé a qué te refieres?

Rothgar levantó una ceja al más puro estilo ducal.

—Vi tu enfrentamiento con Sallow. No me gusta que me tomen por estúpido, Digory.

—¿Qué enfrentamiento? —dijo como si Rothgar lo hubiese soñado.

—Conque esas tenemos… —Se dio cuenta de que el abogado no diría nada más al respecto—. De acuerdo, eres mayorcito y sabes lo que te haces.

El duque iba a explicarle que la señorita Pusset era una mujer más peligrosa de lo que él creía, incluso tal vez hubiese compartido la información sobre que ella era la que la prensa había apodado como Duquesa Infame, aunque en verdad la cosa se había suavizado y la consideraban solo una honorable casamentera, dado que no estaban al tanto de los encuentros carnales que ella organizaba, pero no lo haría. No le diría nada más a Digory sobre Morgan Pusset.

—¿Algo más, Rothgar?

—Esto que te he pedido es muy importante para mí.

—Sea lo que sea que encuentre te lo traeré, cuenta con ello.

—Hay algo más.

—Supongo que, por la cara que estás poniendo, es un asunto

delicado —conjeturó el abogado.

—Sí. La hermana de Zelina parece que dio a luz a un niño sin estar casada. El padre, Morand, podría saber lo que ocurrió tanto con su hija como con su nieto.

—¿Puedo hacerte una pregunta delicada, Rothgar?

—¿Ahora pides permiso para hacerlas, Digory? —preguntó con condescendencia.

—¿Por qué no te ocupas tú mismo de eso? Estoy al tanto de tu… digamos carrera como diplomático para el Ministerio de Guerra. Creo con seguridad que sería más efectivo que te presentases frente al padre de tu duquesa y le hicieses un par de preguntas… muy persuasivas, con tu ingenio estoy seguro de que encontrarías el modo para hacerle hablar. Tu intervención sería más limpia, en cuanto a que no tendría que implicar a nadie que también pudiese averiguar cosas que son privadas de la vida de tu esposa, ¿me entiendes?

—Sí. Sé lo que dices, y he valorado con mucho cuidado esa sugerencia tuya, pero es imposible que yo me ocupe del asunto, porque en todos los escenarios en los que me presento frente a su padre, él muere antes de poder ni tan quisiera emitir un saludo cortés.

—Oh. Eso sí que sería un problema —observó Digory.

—Morand es un diablo, y pagará por sus pecados cuando yo tenga la información que deseo. Si él cree que está a salvo de mí… Supongo que más pronto que tarde se dará cuenta de que su paz se ha terminado. Soy el esposo de Zelina y por ella me convertiré en su ángel vengador por última vez. Así que no tardes demasiado en dar con lo que preciso, porque no sé cuánto podré contenerme hasta ir a por él.

Digory supo, por el tono de voz gélido y cortante de Rothgar, que el denominado Morand estaba metido en un buen aprieto y que cuando se diese cuenta, sería demasiado tarde para salir ileso.

—Entonces, que Dios se apiade de su alma… O Lucifer, en este

caso. Te dejaré ya, Rothgar, y me prepararé para partir. Lo que menos quiere un recién casado es tener invitados en su nido de amor. Me hubiese marchado ayer mismo, pero no quería irme sin despedirme.

Digory se puso de pie y el duque hizo lo mismo. Ambos caballeros se dieron la mano y se despidieron con cordialidad.

James regresó a la cama, donde Zelina seguía plácidamente dormida. No le extrañaba, la había agotado por completo. Su pecho se hinchó con orgullo.

Se veía cansada, y mientras pensaba en que debería dejarla dormir y pedir que le subieran una bandeja con comida para reponer fuerzas, se dio cuenta de que él era un esposo terrible, porque no le importó en absoluto despertarla con un beso ardiente y volver a extenuarla de nuevo.

Ya dormirían y comerían luego…

***

Las semanas pasaban y tanto Zelina como James tenían la sensación de que su maravilloso matrimonio había sido todo un acierto. Si bien todo era idílico, la duquesa de Rothgar no podía olvidarse de Bonnie. La echaba terriblemente de menos. La niña había sido siempre luz en su oscuridad y le había pedido a Rothgar que invitasen a Bonnie y a la señora Mackenzie en cuanto fuese posible.

Para que su felicidad fuese completa, le faltaban las otras dos personas que habían sido importantes en su vida.

Esa noche, después de hacer el amor, Zelina se acostó con una brillante sonrisa en el rostro. Había encontrado su lugar en el mundo, como si todo la hubiese conducido hasta ahí. Su esposo le traería a Bonnie y a la madre de Niall, y además le había prometido desvelar las incógnitas que versaban sobre Zelda y su hijo.

Se avecinaban todavía muchos cambios, la duquesa de Rothgar lo percibía. Y todos serían buenos y excelentes.

Mientras cerraba los ojos vencida por el cansancio sintió una calidez maravillosa en su corazón. Su respiración se fue ralentizando. Estaba protegida y caliente porque el fuego crepitaba en la alcoba y contra su espalda se amoldaba el torso de James. No obstante, pronto se dio cuenta de que tenía frío y de que su interior se agitaba con fuerza. Estaba desesperada.

La mujer que la visitaba en sus sueños estaba frente a ella, esa vez no gritaba. Tampoco estaba cubierta de un manto negro por completo. Era más bien gris. Ah, pero el dolor que Zelina sentía en su ser la hacía volverse loca. La mujer que la atormentaba en sus sueños sufría de un modo incomparable, un dolor tan intenso que Zelina deseaba morir para aplacar todo ese daño interno que se transformaba en una herida más mortal que la producida por un estoque o una pistola. Dolía. Ardía. Como una llama que quemaba su propia piel.

—Dime, ¿por qué vienes a mí? Dime quién eres —le pedía una y otra vez Zelina, tal y como solía hacer cada vez que soñaba con ella.

El espectro gris se acercó y le tendió la mano. Zelina rehuyó su contacto, estaba aterrada, pero lo que más ansiaba era que el dolor que sentía en cada fibra de su ser se aplacase. Pero la duquesa recordó que ya no estaba sola. James. Él estaba con ella. Se dio la vuelta en ese espeluznante sueño y lo divisó a su espalda. Protector y seguro, diciéndole que se enfrentase a los demonios sin miedo, porque él la acompañaría hasta el mismo infierno si hiciese falta. Tras James divisó otra figura oscura. Otro hombre tal vez. Tenía la mano sobre el hombro de su marido, Rothgar no parecía darse cuenta de que estaba acompañado. Zelina regresó la vista al frente y vio la mano tendida del espectro. Respiró profundamente y confió en su propia seguridad y, en especial, la que le otorgaba su marido, quien seguía detrás de ella. Zelina podía sentirlo con facilidad. Así que levantó su mano y agarró la que se le ofrecía. El espectro gris comenzó a caminar y ella lo siguió para ver qué se proponía.

Estaban atravesando un pasillo. Zelina conocía el lugar. Se trataba de la casa cerca del pueblo marinero de Folkestone, en Kent, donde había vivido. El lugar estaba cerca de Dover, de Roth Rote, a una hora de

camino.

—¿Por qué estamos en mi casa? —preguntó Zelina, pero el espectro no decía nada. Solo la llevaba de la mano.

Pasaron el pasillo y se metieron en la habitación que había sido de Zelda. La reconoció de inmediato.

—¿Atormentas también los sueños de mi hermana? —volvió a interrogar, pero tampoco recibió respuesta.

El fantasma se quedó quieto. Estaba delante de la cama de Zelda, donde ella se retorcía llena de dolor, gritaba y llamaba a Zelina con todas sus fuerzas. Pero de pronto el lugar se transformó. No estaban en la alcoba que perteneció a su hermana, era otra más adusta, más pequeña. Zelina vio una ventana junto al cabecero de la cama donde su hermana lloraba y gritaba sin descanso. El mar. Se veía el mar desde ahí. Zelina quiso soltarse de la mano del espectro para ir a abrazar y consolar a su hermana.

—¡Zelina!, ¿cómo has llegado aquí? —le chilló de pronto su madre. La señora Morand estaba al lado de Zelda y su hermana la descubrió de pronto.

—¡Hermana, mi hijo! Hermana, cuida de mi hijo… —sollozaba Zelda, mientras sus ojos estaban sobre los de Zelina.

—¡Sacadla de aquí! —les gritó la señora Morand a un par de lacayos de su padre, quienes rápidamente fueron a apresarla—. Dadle láudano. No debe recordar nada de esto —les ordenó, mientras ellos forcejeaban con Zelina.

En ese sueño malvado ella peleaba contra todos, contra los lacayos, contra el espectro que no le soltaba la mano, tenía que ir junto a su hermana. Zelda sufría y ella era su única opción. Y no podía lograrlo. No conseguía superar todos los obstáculos. Su corazón sollozaba al igual que el de Zelda, Zelina sentía cada brizna de dolor que su hermana soportaba. Pero en menos de un segundo, el sufrimiento desapareció. El llanto de un bebé apagó todas las voces. Un llanto fuerte, enérgico como la vida misma.

—Zelina…, salva a mi hijo… —le dijo Zelda antes de cerrar los ojos,

agotada por el trabajo de parto.

—Soltadme, soltadme… ¡Soltadme todos! —vociferaba sin descanso Zelina, sin dejar de luchar contra el espectro, contra los dos lacayos, y con alguien más que tenía detrás y que también la aferraba. Ladeó el rostro y se topó con la visión de Rothgar. La estaba abrazando con fuerza.

—Cariño, tienes que despertar. Cariño, vuelve a mí. Zelina… Por Dios, abre los ojos o moriremos los dos. ¡Despiertaaaaaa! —El grito que dio James fue tan real que ella despegó los párpados para ver que estaba en el ático de Roth Rote. Había salido por una de las pequeñas ventanas y estaba precisamente en la cornisa. Si se caía, el descenso hasta el suelo sería mortal. Había cuatro pisos de altura como poco.

—James… ¿qué ocurre? —preguntó alarmada, al tiempo que se abrazaba a su marido.

El viento gélido golpeaba con fuerza.

—Cariño, todo saldrá bien. Te tengo, ya te tengo… —Poco a poco la fue llevando por el tejado hasta la ventana por la que habían salido.

Una vez dentro, James comenzó a revisarla para comprobar que no había sufrido ningún daño.

Zelina se dejó hacer, pero como no se fiaba de que en verdad hubiese despertado de ese sueño, se dio un pellizco en el brazo para comprobar que había vuelto al mundo de los despiertos.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, a la vez que su marido volvía a cobijarla en sus brazos.

—Me desperté y no estabas a mi lado. Salí de la cama y escuché un ruido arriba. Te seguí y… ¡Por Dios! ¿Qué te proponías, cariño? Casi me matas de un susto.

—Pero solo era un sueño… Un sueño que… —Le vino todo a la mente—. ¡James! Mi hermana, ella fue madre y el niño sobrevivió al parto. ¡Tengo que encontrarlo! Ella necesita que lo encuentre. Tiene

que venir a mí.

—Cálmate, cariño —le recomendó al verla tan abatida—. Será mejor que regresemos a nuestra habitación, estás helada y muy nerviosa. Cerraré con llave la puerta, para que no puedas volver a huir —musitó la última parte en un susurro más para él que parar ella.

La cargó entre sus brazos y comenzó el camino hasta el lugar señalado.

—No lo entiendes, esposo. Mi hermana se cuela en mis sueños, todo este tiempo ha sido ella. Por fin los retales inconexos de mi mente tienen cierto sentido. Yo encontré a Zelda, mis padres la trasladaron a una casita en Folkestone para que diese a luz. Pero yo logré llegar a ella, la vi en la cama. ¡Lo recuerdo! Ella me lo ha mostrado. Lo he visto, tienes que creerme. Incluso con el láudano corriendo dentro de mí, seguí mi corazón hasta mi hermana gemela. Éramos dos, pero siempre fuimos una. La encontré, se lo prometí y la encontré, pero mi madre… ¡Oh, Dios, James! Mi madre la tenía atada a la cama y le quitó el bebé de los brazos, se lo entregó a otra mujer y se lo llevó de la casa de inmediato. Ese niño es mío, es mío y tengo que encontrarlo. Se lo juré, se lo juré a Zelda.

Rothgar dejó sobre la cama a su mujer y la abrigó con las sábanas y la colcha. Le tendió un vaso de agua que ella bebió. Había escuchado todo lo que ella decía con atención. Comprendía lo que le contaba, pero era complicado creer que un sueño desvelase tanto.

Cuando el duque llegó a la azotea y la vio caminando por la cornisa… ¡Casi se muere del susto! Pero la tenía, la había salvado.

Arribó justo a tiempo.

—Todo lo que me importa es que estás bien, cariño. No vuelvas a salir a hurtadillas de la cama. Pensé que… —Zelina se dio cuenta de que su esposo tenía el rostro ceniciento.

Se levantó del lecho, rellenó el vaso de agua y se lo ofreció. Se lo dio con una sonrisa tranquilizadora.

—Tal vez olvidé decirte que sufro unas tremendas pesadillas cuando duermo… —dijo a modo de disculpa—. ¡Oh, cielos! Bonnie… ¿Habrá sentido ella esto, o al estar tan lejos de mí no sabrá nada?

—Para un poco, Zelina —le recomendó James, al tiempo que la volvía a meter en la cama. Se acurrucó junto a ella y le pasó los brazos por encima para asegurarse de que no volvía a escaparse.

—Supongo que ya has descubierto el motivo por el que me apodaban la Demente de Lionstar. Como has podido comprobar, las pesadillas son más fuertes cuando estoy dormida, pero a veces suceden cuando estoy despierta. En un baile, no recuerdo quién lo ofrecía, escuché una copa caer al suelo y… Me quedé en blanco, mi mente regresó a mi antigua habitación, donde estaba yo dándole un manotazo a la botella de láudano que mi madre llevaba en la mano. Acabé tirando una bandeja de copas que portaba uno de los sirvientes y la señora Mackenzie no lograba hacer que mi mente retornase. Hay muchos episodios así… De tal modo que, supongo que ahora seré la Demente de Rothgar, tal y como acabas de comprobar. Siento no habértelo dicho antes.

James estaba saturado. En cambio, ella parecía más liviana, más alegre, como si lo que acababa de vivir fuese una gran revelación o algo similar. El duque no se había recuperado de la impresión por haberla visto con el camisón blanco hondeando mientras ella correteaba por la cornisa. Un paso en falso y no la tendría a su lado. La apretó más contra él.

—Zelina… —susurró su nombre para… No sabía el motivo, pero necesitaba saber que ese espanto había terminado, que de verdad estaban los dos metidos en la cama de nuevo.

—¿Estás enfadado porque no te conté lo de mi demencia…? —indagó con cautela.

—Tú no estás loca, cariño. Los villanos de tu historia son tus padres. ¿Zelda era tu hermana gemela?

—Sí. Creía habértelo dicho. Entre nosotras siempre ha habido

una conexión fuerte. Tenemos que encontrarla. Tanto a ella como a su bebé. Mi hermana está viva, lo sé —aludió con convicción.

—Había escuchado que entre gemelos hay un vínculo que no es comprensible para el resto. Ahora creo que lo comprendo, pero debemos tener cuidado. Esta noche… ¿qué hubiese sucedido si no hubiera llegado a ti a tiempo? ¡Dios, Zelina! He tardado treinta y ocho años en encontrarte y no quiero vivir sin ti. No vuelvas a ponerte en un peligro similar. Localizaremos a tu hermana y a su hijo, te lo juro, pero tu seguridad no está en juego. ¿Entendido?

—Yo sabía que tú venías tras de mí —le dijo con orgullo—. Estabas allí, en mi sueño. A mi espalda. Alguien más te acompañaba a ti, como si fuese un protector para ti. Un hombre… ¿Tu padre tal vez?

—Lo dudo mucho. Mi padre era un buen hombre, pero no era de los que se quedaría en la tierra a proteger a su progenie.

—¿Y un hermano? —indagó Zelina.

—El único hermano que tengo no sé ni dónde está. Ni si está vivo todavía. Se marchó años atrás a América y no he vuelto a saber nada de él. —Evitó decirle que conociendo a Aaron tal y como lo conocía, seguramente habría pasado a una vida mejor, porque era un verdadero desastre—. Solo me queda mi hermana Elena, ella sigue viva, por supuesto, y tiene bastante con preocuparse de su familia. No creo que mande a su espíritu a velar por mí.

—Había alguien junto a ti. Era un hombre. Y la mujer con la que suelo soñar había cambiado. Antes la veía rodeada de un halo negro, tan intenso que no me dejaba distinguirle el rostro. Eso era en mis sueños anteriores, ya se ha vuelto gris, y ella ya no me grita. He leído los diarios de Zelda y por eso debe de ser ese cambio. Estoy descubriendo cosas importantes. Todo va a salir bien. Eras tú el que tenía que llegar a mi vida para ayudarme en lo que sé que es el final del camino. Sí.

Su esposa iba demasiado rápido. No entendía lo de una mujer que veía en negro y luego se había tornado gris, pero lo que sí que le

quedaba claro era que Zelina había depositado todas sus esperanzas en él. Y aunque tuviese que torturar a Morand con sus viejas tácticas, lo haría. No había estado en el ejército, pero tenía conocimientos más que suficientes para hacer hablar a un muerto en caso de ser necesario.

Era primordial que su duquesa descubriese todo lo que le había sucedido a su hermana gemela, porque solo Dios sabía lo que podría ocurrirle la próxima vez que ella volviese a soñar y comenzase a caminar dormida por la oscuridad.

Perderla se le antojaba una auténtica pesadilla y, mientras ella seguía parloteando sobre ese dichoso sueño, él decidió que tal vez la encadenaría a la cama para que no volviese a ponerse en peligro ni en sueños.

Rothgar no quería pasar nunca más por el infierno de verla en peligro. Convocaría de inmediato a Ethan Digory para que le trasladase las novedades sobre sus avances en la investigación y, hasta que llegase, entretendría a su mujer con paseos a caballo por el jardín, tenía que cansarla lo suficiente para que el sueño la venciese y la dejase exhausta. Y en caso de que volviese a repetirse un episodio tan inquietante ya decidiría la conveniencia de atarla a él mismo o a la cama, porque…

¡Qué susto, Dios!

Capítulo 11

La complicada realidad

Pasaron dos días desde aquella infernal noche. Mientras que Rothgar seguía preocupado, Zelina estaba tranquila, alegre y muy satisfecha. Cada noche se acostaba con el diario de su hermana y lo leía hasta acabar dormida. Parecía que más que un diario fuesen las Sagradas Escrituras.

Eran poco más de las diez de la mañana cuando por fin llegó Ethan Digory a Roth Rote. James lo recibió en su despacho. Figuraban el uno frente al otro, con el escritorio de Rothgar separándolos a ambos.

—Necesito que me traigas buenas noticias, Digory —le dijo James, al ver que el abogado no comenzaba a hablar.

—No son buenas del todo, lo siento.

—Dime lo que has logrado averiguar.

—El agente de Bow Street siguió una pista sobre la hermana de tu duquesa. La señorita Zelda Morand era la hija mayor del señor Morand. Las dos eran gemelas, muy diferentes la una de la otra en cuanto a carácter, no así en belleza.

—Eso lo sé, ve al grano —demandó.

—Morand mantenía una finca familiar cerca de un pueblo en Kent.

—Sí, sí, en Folkestone. Sigue —le indicó con ansiedad.

—Según ha averiguado el investigador, la hermana de tu esposa habría conocido a un caballero distinguido de Dover y se veían a escondidas, pero no eran demasiado discretos y la gente comenzó a rumorear. Ya sabes que, en todas partes, cuando se ve a una joven dama casadera con un caballero y no van con la debida carabina…

—Sé lo que implica eso.

—El investigador tiene la certeza de que eran amantes y de que la muchacha se quedó embarazada. Ella tenía poco más de diecisiete años cuando posiblemente alumbró a una criatura.

—¿Quién era el padre?

—No va a gustarte —lo avisó—. Te recomendaría que te olvidases de todo este asunto, Rothgar —le dijo con seriedad y mucha humildad.

—No lo entiendes, es primordial conocer la ubicación de su hermana y del niño que dio a luz.

—Te has casado con una mujer a la que amas, el pasado no trae nada bueno cuando se remueve. Te lo repito: por favor, sigue adelante y…

—Mi esposa no descansará hasta que encuentre a su familia, Digory —lo cortó—. Te aseguro que todo este asunto es más complicado de lo que te imaginas. —Las pesadillas de ella eran algo muy serio, en especial cuando implicaban que deambulase dormida por la azotea de la casa, pero no le contaría a nadie sus problemas más personales.

—Está bien. El investigador sostiene que el caballero que mantenía una relación con la señorita Zelda Morand podría haber vivido en Dover, como ya te he dicho antes. Así que la investigación llevó al agente a elaborar las pesquisas necesarias para determinar quién sería un sujeto factible para relacionarse con una rica heredera. Quienes vieron a la pareja años atrás, le dijeron al investigador que él era un hombre acaudalado, vestía trajes caros, modales de alto rango,

y era joven.

—¿A dónde quieres llegar a parar, Digory? —preguntó impaciente sin saber lo que el abogado le estaba descubriendo.

—¿Conociste a la señorita Morand, Rothgar?

—¿Disculpa? —Definitivamente se había perdido.

—En Dover había pocos caballeros jóvenes que pudieran haberse relacionado con la hermana de tu esposa.

—¿Estás insinuando que yo tuve algo que ver con la gemela de Zelina? ¡Demonios y más demonios, Digory! Eran gemelas, tú mismo lo has dicho, en caso de haberme acostado con la hermana de mi duquesa, creo que lo recordaría. ¿No te parece? —preguntó con irritación.

—Supongo que sí, pero olvidas a alguien que también pudo haber tenido contacto con la señorita Morand.

—¿Quién? —No caía.

—Tu hermano, Rothgar. Tu hermano… Tú mismo me has contado que tenía predilección por las mujeres, por todas y cada una de ellas, que podían llamar la atención.

—Aaron… —susurró James, mientras se sostenía el puente de la nariz con un par de dedos.

—El investigador ha sido muy meticuloso, le ha seguido la pista a cada uno de los varones pudientes que vivían cerca de Folkestone, porque mientras que Morand tenía una casa en Londres, una en la que tenía instalada a una amante, nunca llevaba a la ciudad a su familia. Morand compró otra propiedad cuando se mudó con su esposa en la ciudad, después de casar a tu duquesa con Lionstar. Así que el caballero con el que se entendía Zelda Morand pertenecía a Dover y…

—No digas más. Tu agente está convencido de que es mi hermano quien… —No se atrevió a seguir.

—Las opciones del *runner* eran escasas, o bien era tu hermano o eras tú.

—Yo no tuve nada que ver con la señorita Morand. Es más, no sabía de ella hasta que Zelina me habló de su hermana. Y bien podría ser Aaron el culpable de la caída en desgracia de Zelda. El mal del que adolecía mi hermano era que todas las mujeres le gustaban, sin excepción. —Se quedó un momento pensativo y luego siguió hablando para recordar que—: Mi hermano era un truhan y tuvo algunos problemas cuando las damas se… resistían a sus encantos, ¿me entiendes?

—Comprendo —dijo Digory, sabiendo que se refería a que avanzaba con las mujeres, aunque ellas no estuviesen predispuestas.

—Cuando conocí a mi duquesa, ella me dijo que había escuchado una conversación donde yo no fui nada amable con ella. Eso implicaba que yo dijese que era sencilla, o que su figura fuese poco agraciada, o que tuviese los ojos muy juntos o el pelo de un color espantoso.

—¿Por qué dirías eso de tu duquesa, si quedó patente que te impresionó de primera hora?

—Debes saber una cosa. Cuando mi hermano ponía los ojos en una mujer y me hablaba de ella, yo hacía todo lo posible para que se olvidase de ella calumniando su físico. Es decir, que pude haber dicho cosas horribles sobre más de cien mujeres con la idea de que mi hermano no las encontrase… interesantes, por decirlo de alguna manera. Aaron no estaba bien. En algún momento del camino él tropezó y no supo levantarse.

—¿Esa era tu manera de protegerlas de lo que empiezo a pensar que era un depredador?

—Esa fue la manera que se me ocurrió para que mi hermano no se encamase con todas las damas que consideraba que deberían tener el privilegio de complacerlo en el lecho.

—Pero has aludido antes a que él… Bueno, entendí que tu hermano era capaz de imponerse a una mujer que no desease sus avances.

—Hubo un caso, una criada. La dejó embarazada y la familia del duque de Ascot se hizo cargo de la muchacha y del niño. Aaron me juró que no la forzó, pero… ¡Maldita sea! Debes comprender que es mi hermano, y que yo no sabía ya si él… Le conseguí el título de mi familia, creo que ya te lo conté. Era vizconde y luego fue conde de Essex, porque mis habilidades me adjudicaron un ducado como recompensa por todo lo que hice por la Corona, por mi reino. Creí que dándole más responsabilidad… No fue así. Él siempre fue muy apuesto, con unas maneras seductoras que hacían que todas cayesen de rodillas con un guiño. Darle un título propio y fortuna… digamos que no fue una buena jugada por mi parte. Podía tener a la dama que desease con solo chasquear los dedos.

—El investigador me dijo que tu hermano se embarcó hacia los Estados Unidos de América hace años.

—Así fue, Ascot lo tenía en su punto de mira y si yo no lo alejaba de él, Aaron hubiese acabado muerto, porque enfadó a su prima, Valerie, creo recordar que se llamaba. Así que lo envié lejos con lo justo, esperando que un cambio de aires…

—¿Dónde está? —lo interrogó.

—No lo sé. No he sabido nada de él desde que se marchó. Podría seguir vivo o estar muerto ya. No tengo la menor idea ni sabría cómo averiguar su situación —reconoció.

—¿Entonces crees que la información que baraja el investigador es factible? ¿Podría ser tu hermano el amante de la señorita Morand?

—Sí. Es muy posible. ¿Dónde está ella, Digory?

—Los testimonios que ha recogido el investigador no son concluyentes. Hay quien dice que murió en el parto, otros, que los padres la mandaron lejos con el niño para no sufrir la vergüenza, y

hay quien jura que la vio saltar de un acantilado. Hay más especulaciones, pero no es posible comprobar la veracidad de las habladurías sin una pista sólida que el *runner* no ha conseguido establecer.

—Maldita sea… —susurró el duque.

—Hay más —dijo Digory.

—Sigue.

—Publiqué el anuncio de tus nupcias, y la comidilla en Londres es que un tal… Espera… —Digory sacó una pequeña libreta para consultar un nombre—. Eso es, un tal señor George Ferguson había llegado a un trato con el padre de tu esposa para casarla con él por una pequeña fortuna.

—¿Ferguson?

—Sí. Las amonestaciones llegaron a leerse, y fue un espectáculo cuando la novia no se presentó el día de la boda, tal y como le juró que ocurriría el señor Morand al novio. Podrás imaginarte lo que sucedió cuando se leyó el anuncio de tus nupcias. En definitiva, es mejor que sigáis los dos en el campo hasta que un nuevo escándalo estalle y esto se olvide.

—Conozco a Ferguson… Es un tipo con la nariz muy muy grande, ¿verdad?

—Sí.

—Nariz inmensa y cejas muy pobladas. —Digory asintió.

Rothgar sonrió.

—Veo que lo conoces —habló Ethan.

—Le quité una amante en su momento, y según me explicó la señorita Pusset cuando estuvo en mi casa, se armó un gran revuelo en sociedad cuando, en el baile de Swen, todos me vieron corriendo tras las faldas de Zelina. Puedo imaginar el motivo por el que Ferguson

estaba tan dispuesto a aflojar un buen dinero al padre de Zelina. Hay caballeros que no se toman con diplomacia las pérdidas. Yo soy uno de ellos, lo reconozco… —confesó—. Bien. Has hablado con el padre de mi esposa, supongo…

—Las deudas de Morand eran astronómicas, tanto que cuando vio que su única vía no estaba a su alcance, abandonó Inglaterra y puso rumbo hacia la India con la esperanza de poder recuperarse allí. Tenía un pie en la cárcel de deudores, y se ha marchado dejando en tierra a dos amantes y una esposa que parecía aliviada con la marcha.

—¿Ha escapado?

—Tan pronto como tu duquesa no se presentó en la iglesia, lo hizo. Sin fondos para seguir con el negocio que tenía de importación de opio, no le quedaba otra opción más que la de partir sin mirar atrás.

—¿No hay nada que hacer? Es el único que puede saber el paradero de la hermana de Zelina y del niño —alegó consternado y muy furioso.

—El investigador estuvo en casa de Morand. El aspecto de lo que quedaba… Lamentable, te lo aseguro. La casa había sido completamente desvalijada por los acreedores. Consiguió esto. —El abogado se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó una misiva sellada que le tendió al duque.

—¿Qué es?

—Morand, pese a que no tenía ni un penique a su nombre, le pagó una buena recompensa a un sirviente… —El abogado volvió a consultar su libretita—. Germanius, ese era el nombre, le pagó para que se asegurase de que tu esposa recibiese esa nota.

Rothgar dejó la carta sobre su mesa. Y la miró como si fuese cicuta en forma de papel.

—Estoy peor que al principio. Mi hermano pudo ser el detonante de todo y no puedo seguir ninguna pista más… ¡Maldita sea! —rugió.

—De ahí que, como amigo tuyo, yo hubiese insistido en que te olvidases de todo. ¿Qué piensas hacer?

—Necesito averiguar el paradero de su hermana y del niño, ahora más que nunca… —murmuró.

—¿Viajarás a la India?

—Si supiera con certeza que ha ido allí no me quedaría más remedio, porque mi esposa me recuerda cada día que ella tiene una misión en la vida y que no descansará hasta que la cumpla.

—Y es la de encontrar a su familia.

—Eso me temo. Tuve que haber ido a buscar a Morand de inmediato yo mismo…

—Siento no poder ser de más ayuda. ¿Qué harás con la nota? —El abogado señaló el lugar donde todavía estaba la misiva.

—Debería quemarla. Solo Dios sabe la maldad que contendrá.

—¿Sin leerla?

—No quiero tener secretos, no cuando en mi vida no ha habido más que montones de ellos debido al servicio que presenté a mi rey, pero si no le cuento esto a Zelina se abrirá una brecha entre nosotros. Estoy en una encrucijada y no sé lo que debería hacer.

—Y yo lamento que estés en esta situación, porque no me veo capacitado ni con ánimo para darte alguna recomendación. Pero dado que soy tu amigo, te diré que la verdad es más poderosa que cualquier mentira.

—Decirle lo que has averiguado a mi esposa será… —No se atrevió a continuar—. ¿De todos los hombres que pudieron haber corrompido a la señorita Morand, y tuvo que ser precisamente mi hermano? —inquirió derrotado, mientras se echaba hacia atrás en la silla.

—Siempre he considerado que el destino es muy curioso, que

tiene sus propios planes, por decirlo de alguna manera. Al final todos estamos conectados de un modo u otro. Tal vez fue tu hermano el que en realidad tuvo un *affaire* con la muchacha, aunque también podría ser que no, solo los implicados podrían confirmarlo por completo. Pero verás, lo extraño en la situación, tal y como yo la veo, es que al final eres tú quien va a resarcir a tu esposa. ¿Comprendes por dónde voy?

—No, Digory. Porque mi mujer no entenderá tu razonamiento. No verá que mientras que fue Aaron el que causó mal, yo fui enviado a la vida de Zelina para traer paz y enmendar el error de mi hermano. Lo que ocurrirá es que mi mujer me acabará culpando de todo.

—Si los errores de los padres no deberían ser heredados por sus hijos, tampoco las desgracias que causen los hermanos deberían serlo.

—Pero lo hará. Yo sé que lo hará.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó intrigado.

—Porque es lo que yo haría en caso de estar en sus mismos zapatos —zanjó.

***

Lo primero que hizo Rothgar, en cuanto Digory se marchó, fue ir a buscar a su duquesa al jardín, levantarla en volandas y subir a su habitación para hacerle el amor. Más que nunca necesitaba que ella comprendiese el alcance de sus sentimientos, y había gestos que decían mucho más que las propias palabras.

Y se amaron. Se hicieron el amor el uno al otro. Con caricias, con susurros, con pasión y una increíble devoción.

—No sé qué he hecho para merecer tan excelentes atenciones, pero no pienso quejarme —dijo juguetona Zelina, al tiempo que salía de la cama después de haber retozado con él.

Rothgar le cogió la mano y le dio un tirón para devolverla al lecho. Se incorporó y la mantuvo abrazada.

—Zelina, eres lo más importante para mí, lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y desearía que nunca lo olvidases.

—Es imposible hacerlo, porque a mí me sucede lo mismo. —Después de confesarle lo que sentía, le dio un ligero beso en los labios.

Él le sonrió.

—Me gustaría enseñarte algo.

—¿Es algo de índole pecaminosa? Porque creo que no puede haber mucho más que te quede por mostrarme —añadió sintiéndose bastante mundana.

—Ah, estás a punto de superar al maestro y con eso me daré por satisfecho por el momento. Pero no, se trata de otro asunto. Quisiera contarte un poco mi historia familiar. ¿Te gustaría venir a la sala de mis antepasados y escucharme hablar y hablar y más hablar? —le preguntó, mientras le sonreía.

—Me encanta escucharte hablar, esposo, pero lo que más disfruto es cuando te hago gemir. —Zelina se echó a reír—. Si alguna vez me hubiesen dicho que yo diría en alto semejante frase… Me has convertido en una mujer diferente, ya no me sonrojo cuando me llevas a la cama y no sé si eso es bueno o malo, porque me doy cuenta de que me encontrabas encantadora.

—Eres encantadora con o sin sonrojos, cariño. Te dejaré para que te arregles porque yo necesito menos tiempo que tú para volver a ponerme los pantalones y la camisa, y te esperaré en el ala norte. Daremos un paseo y te contaré de dónde vengo. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo ella, mientras lo veía ponerse en pie para salir de la cama y recoger la ropa que estaba esparcida por el suelo. Se metió en el vestidor y la dejó sola.

En pocos minutos llegó la doncella para asistirla, seguramente él se la habría enviado. Un poco más tarde, Zelina estaba en el lugar acordado, con su esposo llevándola del brazo, transitando por delante de los retratos familiares.

—Este era mi padre. —Señaló un retrato de un hombre de unos cuarenta años, con aspecto jovial—. Yo no nací duque, era el hijo primogénito de un conde, pero supe llegar alto debido a algunos encargos que hice para la Corona.

Zelina supuso, por alguna conversación que habían tenido, que se refería a un trabajo peculiar.

—¿Un espía? —indagó.

—No era un espía propiamente dicho, más bien un caballero que escuchaba con atención ciertas noticias para luego investigar su veracidad.

—No había oído nunca que un rey estuviese tan agradecido como para permitir que el Parlamento aceptase otorgar un ducado. Debiste de ser excelente en lo que hacías.

Rothgar le sonrió.

—No puedo hablarte demasiado de esas cosas, o tendría que matarte para proteger los secretos.

—Si es a besos, yo podría considerar el castigo —replicó pícara.

El duque la cogió por la cintura y le dio un beso profundo.

—No importa las veces que te posea, siempre quiero más y más de ti, cariño.

—Entonces toma lo que desees —le dijo con humildad.

—Tú aún no lo sabes, Zelina, pero estamos a punto de probar la fortaleza de nuestra unión. Tengo miedo de perderte, un terror que no creí que podría sentir por una mujer, y aquí estoy, yéndome por las ramas porque hay un asunto urgente que necesito decirte y creo que te perderé cuando te lo explique. ¿Por qué no podemos escapar del pasado? ¿Por qué el futuro nos premia con alegría y en cuanto nos damos la vuelta nos manda pruebas de fuego que debemos superar?

—Estás divagando, esposo. Sea lo que sea que tengas que

compartir conmigo, puedes hacerlo con confianza. Estamos juntos para siempre. ¿O me equivoco?

—Para siempre y tal vez más lejos que eso, cariño. Verás. En todas las familias siempre hay alguien que necesita más ayuda. Mi hermana Elena, te hablé de ella un poco la otra noche, era bastante… autosuficiente, por decirlo de alguna manera. En cambio, mi hermano pequeño, Aaron se llama, era complejo y demasiado apuesto. Sí, creo que su maldición fue su aspecto y su seguridad en sí mismo. Míralo. —La movió un poco y la colocó frente a otro retrato donde figuraban sus dos hermanos en compañía de él.

Zelina inspeccionó el cuadro al óleo.

—Es apuesto, pero no te hace sombra. Yo me quedaría contigo siempre.

—Puede que tú sí, pero Aaron era como una serpiente enviada al Edén para hechizar a todas y cada una de las mujeres que se ponían en su camino. Y todas acababan enamorándose de él.

—Oh, un libertino.

—Creo que él necesitaba esa admiración por parte de las damas para sentirse bien consigo mismo. Le di todo lo que debía ser mío, pues cuando el rey valoró el hecho de premiarme con un ducado, pedí una prerrogativa a la Corona y al Parlamento para que fuese mi hermano el que heredase lo ligado al título de mi padre. Algo imposible según la ley, pero las reglas están hechas para saltárselas y con los contactos adecuados, con el dinero suficiente y custodiando los secretos oportunos, uno puede obrar milagros.

—¿Así que eres uno de esos hombres que todo lo consigue?

—Podría decirse que sí. Tengo determinación, una de hierro si me lo preguntas, y también sé anticiparme a mi rival.

—Y por eso sé que hice bien en confiarte mis secretos, incluso hablarte de mis pesadillas. Yo creo que tenía que llegar hasta ti para poder encontrar a mi hermana.

—Es sobre tu hermana de lo que tenemos que hablar, cariño. Y no son buenas noticias.

Zelina abrió los ojos de repente.

—¿Todo esto es porque has averiguado dónde está?

—Todo esto, como tú acabas de decir, es porque he descubierto que previsiblemente, el padre del bebé que tuvo tu hermana, podría ser mi hermano.

—¿Qué? —La explicación no estaba clara.

—Verás, el señor Digory se marchó a Londres con el encargo de averiguar cuanto pudiese sobre tu familia. Contrató a un investigador y las pesquisas apuntan a que Zelda y Aaron pudieron ser amantes.

—No… —susurró—. Lo que dices es imposible.

—¿Lo es? —rebatió Rothgar—. La casa en la que vivías está cerca de Roth Rote y según las informaciones…

—Pero… pero… ¡No puede ser! —Zelina se pasó una mano por el pelo—. Ella… —se quedó un momento pensativa—: Tu hermano, ¿cómo se llamaba? —Zelina lo recordaba, pero necesita escucharlo.

—Aaron.

—Zelda lo nombra en su diario como A. Pero no pone su nombre en ningún lugar, seguramente porque conocía bien a mi padre y deseaba proteger su identidad. ¡No puede ser tu hermano! No, si en verdad era la oveja negra de la familia.

Zelina se acercó al retrato para observar mejor al hermano de su esposo. No lo ubicaba de ninguna manera.

—Mi hermano creía que había nacido con el fin de satisfacer a las mujeres, cariño. Si tuvo una aventura con tu hermana, él solo… —No pudo terminar la frase.

—No, no… Estás equivocado. No es tu hermano, en su diario Zelda lo dice bien claro. El padre del niño la ama con todas sus

fuerzas. No se habría dejado engañar por menos. Si se entregó a él, fue porque lo amaba y ese amor entre ambos era fuerte. Se trata de otra persona… ¡El diario! Mi padre tiene en su poder el segundo volumen del diario de mi hermana. Tenemos que ir… Sí. Eso es —razonó rauda —. Yo no soy una digna oponente para él, pero tú sí. Vamos a Londres y haz que te diga…

—Cariño… —La acalló con un susurro que pareció muy doloroso.

—¿Qué?

—Tu padre creo que es un hombre bastante inteligente, ¿me equivoco?

—Mi padre no tiene escrúpulos, así que eso lo hace astuto y peligroso.

—Dado que tú no te presentaste para la boda que él había acordado con un caballero, no ha tenido más remedio que huir para no terminar en la prisión de deudores. Uno puede vivir cómodamente allí si cuenta con recursos económicos, bien porque otro noble se asegure de hacer llegar los sobornos oportunos, o bien porque disponga de dinero oculto. En cualquier otro caso, las condiciones allí dentro son complicadas.

A ella no le sorprendió saber que Morand siguió adelante con aquella boda de la que le habló, pero dicha cuestión era agua pasada, lo importante era Zelda.

—¿Dónde está mi padre, James?

—Dado que lo consideramos inteligente, si me han dicho que ha viajado a la India, me inclino a pensar que se habrá ido en otra dirección. Al menos es lo que yo haría si hubiese tenido a tantos acreedores pisándome los talones. En caso de que se ofrezca una recompensa por su hallazgo, querrá estar lejos y que nadie sepa dónde.

—¿Me estás diciendo que no sabes dónde está?

Ella se dio cuenta de que tuvo que haberle hablado mucho antes de su bagaje familiar, pero no quiso arruinarlo todo porque estaba viviendo un sueño. Uno bueno, tan bueno que las pesadillas habían disminuido. En esos momentos, estaba pagando el precio por no haber sido completamente honesta con él. No se sorprendía de que su esposo la hubiese investigado por su cuenta, pues era natural hacerlo para dar con Zelda, y él le prometió que la localizaría. Imaginaba que la llegada del señor Digory tenía que ver con la conversación que estaban manteniendo.

—No, Zelina, no sé dónde puede haberse marchado, solo que ha dejado atrás a un par de amantes y a su propia esposa. —No mentía. Si Digory le había dicho que partió a la India, seguramente lo debió haber hecho en una dirección diferente. Estaba convencido de ello.

Zelina comenzó a caminar de un lado a otro.

—No… no… esto no está pasando. No. Yo no puedo volver a fallarle a mi hermana de nuevo —expuso con las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—¡Zelina! —la llamó—. ¿Confías en mí? —preguntó con angustia.

Ella dejó de caminar y lo miró a los ojos. Vio que ella estaba llorando.

—Esto va más allá de ti o de mí. Tengo una deuda con mi hermana. Una que no he conseguido saldar, James. Yo te quiero, estoy enamorada de ti, pero Zelda sufre y tengo que hacer todo lo que esté en mi mano. ¿Sabes lo que es llevar desde los diecisiete años escuchando su llanto, sintiendo su dolor y no poder mitigarlo? ¿Cómo podré vivir con este peso? Una vez más, justo cuando ella me volvía a necesitar, puse mis deseos por encima de mi deber como hermana, y la he perdido de nuevo. ¿Cómo podré vivir con este peso? —Se llevó una mano al corazón—. Me duele. Me duele aquí y no sé cómo hacer para…

Rothgar dio un paso adelante y la abrazó con fuerza. Ella se dejó

consolar por su marido.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—¿Cómo puedes preguntarme una cosa así? —inquirió asombrada.

—¿Si pudieses volver atrás te casarías con el hombre que tu padre eligió por ti?

Ella se quedó con la boca abierta.

—¿De verdad, me estás haciendo esa pregunta?

—Necesito saber si me condenas por lo que ha hecho mi hermano, por lo que ha implicado que te conviertas en mi esposa.

Ella lo abrazó con fuerza.

—A estas horas podría haber descubierto lo que le sucedió a la última familia que me queda. Estoy como al principio, James. O incluso peor, porque el corazón me arde, la culpa me invade y no tengo la menor idea de lo que haré a partir de ahora, pero no, cariño… Si tuviese que elegir te volvería a escoger. Además, no hay ninguna seguridad de que mi padre hubiese confesado lo que sucedió. Es astuto, lo dijimos antes, de tal modo que esa baza no la entregaría con facilidad. Casarme con otro pretendiente de su elección no sé lo que habría supuesto, pero he aprendido con los años que mi padre no es de fiar —dijo estando segura de sus palabras.

—Bien. Entonces tenemos trabajo que hacer. Porque te hice una promesa y no pienso dejar de cumplirla.

—James… —susurró, sin saber qué más decir. Necesitaba un momento para serenarse porque sus pensamientos eran un hervidero.

Rothgar la separó de su cuerpo.

—Hay algo más. Tu padre quería que tuvieses esto. —Sacó el papel y se lo tendió.

Zelina lo cogió con la mano derecha. Respiró con profundidad.

—Intuyo que es una carta de él.

—Creo que sí. No la he abierto, como puedes ver. Así que no tengo la menor idea de lo que puede contener.

—No será agradable —murmuró la duquesa—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que sea.

—¿Podrías dejarme sola? Necesito hacer esto por mí misma.

—No creo que…

—Por favor, James —le pidió con suavidad.

Él cabeceó afirmativamente, le dio un beso en los labios y luego hizo lo que le pidió. La dejó sola. Su esposa era más fuerte de lo que parecía, tenía que confiar en ella, en las palabras que le había dicho.

Zelina vio a su esposo marcharse, y aunque quiso detenerlo, la carta que tenía en las manos le impidió centrarse en algo más. Conocía bien a Morand y no iba a ser algo bonito lo que leyese. Ella había tenido un solo propósito. Encontrar a Zelda y desentrañar el pasado, porque si había algo peor que no haber protegido a su gemela, era no ser capaz de recordar lo que sucedió a causa del láudano. Y para empeorar todavía más la situación, justo cuando podía acariciar el final del misterio, su padre decidía desaparecer del mapa. Y confiaba y amaba a su esposo con toda su alma, pero la culpa era traicionera y pesaba. Pesaba como una tonelada de hierro fundido.

Tuvo la tentación de destruir la carta por la mitad. Nada bueno podía salir de la lectura de esa misiva, y, sin embargo, confiaba en sí misma, en la fortaleza que le transmitía su marido. No estaba sola, ya no lo estaba. No volvería a darle poder a su padre nunca más. No le temería y por descontado no tendría pavor de una carta. Suspiró con fuerza y desplegó el lacre, sabiendo que iba a encontrarse con otra pieza más del rompecabezas, porque si algo era el señor Morand, además de inteligente, eso era retorcido.

Mi querida Zelina:

Ha sucedido lo que no imaginé que fuese a ocurrir. Te has mostrado valiente y me has dejado caer pese a saber cuánto te necesitaba. Lo más sorprendente es ver que lo has hecho a sabiendas de que no lograrías averiguar la verdad sobre lo que tanto tiempo lleva atormentándote. Las pesadillas deben de ser duras, lo he averiguado con facilidad, los sirvientes suelen hablar más de la cuenta. Te despiertas en medio de la noche y lloras y gritas llamando a tu hermana. Ella lo hacía también contigo. Aseguraba que tú la salvarías, pero no lo lograste y de nuevo no podrás ayudarla ahora.

No he sido un buen padre, pero no puedo marcharme sin felicitarte por tus recientes nupcias. Duquesa de nuevo, qué satisfecha debes de estar y más porque dicen que se trata de un matrimonio nacido del amor… Seré bueno esta vez, y te desvelaré que te has casado con el hermano del responsable del sufrimiento de Zelda.

No podía dejarte con esa duda. Pues fue el hermano de tu adorado duque de Rothgar quien sedujo y engañó a nuestra Zelda para después dejarla sola con el fruto de su pecado.

Mi conciencia también me impide irme y no explicarte que tu hermana se quitó la vida. Saltó desde el acantilado más alto que encontró y el mar nunca devolvió su cuerpo a tierra, porque El Maligno debió reclamarlo.

Disfruta de tu matrimonio. Imagino que tus pesadillas serán diferentes a partir de este momento. Confío en que el amor que afirman que sentís el uno por el otro te permita vivir sabiendo lo que la familia de tu esposo nos hizo.

Me voy, con destino incierto, pero con la satisfacción de haber quemado el diario de Zelda que obraba en mi poder. Me marcho de Inglaterra con la tranquilidad de saber que no podrás perdonarte nunca a ti misma por haberle fallado a tu hermana, no una, sino dos veces, porque hubo un bebé, una criatura a la que nunca encontrarás porque decidiste

enfrentarte a mí.

Disfruta de tus logros, hija mía, como yo haré al recordar que nunca lograrás la paz por lo que nos has hecho a Zelda y a mí en la última petición que te hice, dado que Ferguson era un buen tipo, no como Lionstar, y lo habrías tenido todo si no hubieras sido una hija egoísta.

XXX

Alfred Julius Morand

El grito que Zelina emitió fue desgarrador, el llanto que la embargó descorazonador. Y si su esposo no hubiese tenido que salir a tomar el aire a toda prisa para aplacar el dolor que sentía, la habría escuchado y visto estrujando el papel con fuerza, para después lanzarlo al suelo con rabia.

La duquesa de Rothgar se marchó corriendo sin saber a dónde ir.

Solo necesitaba huir.

Capítulo 12

La maldición del olvido

Tres horas más tarde, Rothgar encontró a su esposa sentada en el suelo, con la espalda apoyada sobre un gran olmo, en medio del campo.

—Estaba preocupado —observó, al tiempo que se quitaba la chaqueta.

—Necesitaba pensar —le dijo con una sonrisa triste.

El duque se acuclilló y procedió a ponerle su chaqueta para protegerla del frío. Ella se dejó abrigar.

—Siento mucho todo lo que está pasando.

—No es culpa tuya.

—No, pero sí lo fue de mi hermano —puntualizó—. Es mi familia la que te ha hecho tanto daño. Y estoy aterrado, cariño. Tengo pavor por si nuestro amor no es lo suficientemente fuerte para superar esto.

—Veo que has leído las agradables palabras que mi padre me ha mandado antes de marcharse.

—Encontré el papel en el suelo y no pude resistirme. No quería violar tu intimidad, pero…

—No pasa nada. Yo sabía que iba a ser una dura prueba.

—No sé dónde está Aaron, Zelina. Si supiera el paradero de mi hermano cruzaríamos el océano para preguntarle todo lo que

quisieras, pero no sé cómo puedo ayudarte. No tengo los contactos de los que disponía cuando estaba al servicio de la Corona, y el mundo es un lugar muy grande para encontrar a mi hermano o a tu padre. Puedo hacerlo si tienes paciencia, pero no será rápido. Y por descontado, Ferguson no es un buen tipo —se apresuró a decir.

Ella cabeceó. Tenía la mirada perdida en el horizonte.

—Dice que está muerta… Zelda murió. Dice que se quitó la vida… —Comenzó a llorar una vez más.

—¿Le crees? Podría ser mentira.

—Con Morand cualquier cosa es posible, pero tengo la sensación de que no me ha mentido. En el último sueño que tuve, cuando me encontraste en el ático…

—No era un sueño, cariño, fue una pesadilla muy grande —la interrumpió.

—En esa pesadilla —concedió ella—, vi a Zelda después de dar a luz, cerró los ojos, pero yo sabía que no estaba muerta, sin embargo, justo antes de que me despertases, sentí… No sé cómo explicarlo, fue una sacudida muy grande, como si yo en verdad supiera que ella estaba muerta pero no quisiera reconocerlo. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, Zelina. Se llama esperanza, es como una llama incandescente que, afortunadamente, se niega a apagarse. Eso es lo que siempre has debido sentir con respecto a tu hermana.

—¿Tú crees que tu hermano fue quien…? —No pudo seguir con la pregunta.

—Es más que factible. El investigador ha sido minucioso. Digory me dejó toda la documentación con la investigación y sus teorías. Lo he repasado a fondo y tu padre lo ha confirmado. ¿Me haces responsable de tu dolor, Zelina?

—Yo entiendo que fue tu hermano quien… ¿Cómo sigo? ¿Cómo defino la relación que tuvo con Zelda? No puedo recordar nada de esa

época, lo poco que me viene a la mente sucede cuando sueño, y las visiones no son demasiado claras. Me esfuerzo mucho por recordar, y empiezo a pensar que yo misma bloqueé ciertos recuerdos porque no quería enfrentarme a la muerte de mi hermana. De alguna manera, todos estos años lo he sabido, por el vacío que había en mi interior. Zelda y yo éramos muy diferentes, pero nuestro vínculo era fuerte. Cuando ella se caía y se hacía sangre en una rodilla, por ejemplo, yo podía sentirlo. Es extraño, lo sé, pero era así. Llevo mucho tiempo sabiendo que estaba sola, no podía percibirla, pero me negaba a creer que… Es duro.

—Lo es, cariño, pero no me has respondido. ¿Me consideras culpable de alguna forma por lo que Aaron hizo?

—No podría, James. Pensar algo como lo que dices sería como considerar que soy igual de perversa y malvada que mi padre. ¿Las acciones de Morand recaen sobre mí? La sociedad dirá que sí, pero yo no soy como mi padre, por lo que no puedo ser condenada por algo que él o mi madre hayan hecho en el pasado. Lo mismo sucede contigo. No eres responsable más que de tus actos.

—Pienso averiguar lo que sucedió con el niño. Hay muchas posibilidades, pero estoy decidido a investigar cada uno de los rumores. Tampoco dejaré de buscar a tu hermana.

Ella le sonrió.

—¿James?

—¿Sí, cariño?

—¿Puedes abrazarme?

—Siempre. —Se colocó a su lado, se sentó en el suelo y la acercó a su pecho. La rodeó con los dos brazos.

—Los detalles están en mis pesadillas. Lo que dijo mi padre en su carta tiene cierto sentido. Tengo que aceptar que no fui capaz de ayudar a mi hermana y comenzar a recordar. Todo está dentro de mi cabeza, solo debo ordenar las escenas.

—Pienso que eres capaz de lograrlo, Zelina.

—Soy más fuerte ahora que hace unos meses.

—Siempre lo has sido, solo necesitabas encontrarte a ti misma.

—No, solo precisaba toparme contigo. No puedo creer que tuviésemos un inicio tan extraño. Hablaste tan mal de mí… y luego ¡te colaste en mi habitación! —recordó con humor, tratando de olvidar la infelicidad que le produjo la carta de su padre.

—Zelina, sobre lo de hablar de ti en malos términos… Hay una explicación para eso.

—¿Así que admites finalmente que yo no te agradaba años atrás?

—Escúchame y te lo explicaré. Verás, he hablado de muchas mujeres en términos poco caballerosos, pero siempre con el mismo caballero.

—¿Por qué? —preguntó incrédula.

—Porque mi hermano solía fijarse en muchas damas, demasiadas, y cuando lo veía meterse de lleno en el papel de cazador… Aaron debió haberse fijado en ti en el pasado, y por eso yo le dije que no eras bonita, o que tu pelo era espantoso, o cualquier cosa similar.

—¿En mí? ¿Tu hermano me vio? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No tengo otra explicación posible. Yo no te recuerdo antes del baile de Swen… Bueno, sí nos vimos hacía un año, en la fiesta que ofreció la duquesa de Gales, pero antes, tal vez ni te vi, solo debí de escuchar a Aaron hablar de ti y por eso traté de hacer que él no siguiese adelante.

—Pero si él habló de mí, tal y como sospechas… ¡Tuve que haberle recordado a Zelda! ¿No te dijo nada al respecto?

—Tienes que comprender que las mujeres eran el único motivo por el que mi hermano parecía vivir. Siempre había muchas de las que

parloteaba. Nunca le presté atención, porque no le importaba que estuviesen casadas, fuesen solteras y virtuosas… ¿me comprendes? Solo quería acostarse con una y pasar a la siguiente. Si habló de ti de otra manera diferente o rememoró a tu hermana… Yo no lo recuerdo. Aaron siempre fue muy cerrado, muy celoso de sus asuntos. No teníamos confianza el uno con el otro. Traté de acercarme a él, de guiarlo, pero rechazaba cada palabra o gesto mío. Solo deseaba independencia, supongo.

—Zelda era inteligente. No se dejaría engañar por un discurso elocuente y un caballero muy apuesto.

—Aaron era muy perspicaz, Zelina —observó con suavidad.

—¿Tú te has mantenido célibe hasta que me encontraste?

Él le sonrió.

—Me gustaría decirte que sí, pero no puedo mentirte.

—¿Te meterías en la cama con otra ahora que eres mi esposo?

—¡No! —negó con fuerza.

—Y si alguien cuestionase tu lealtad o amor hacia mí… Si dijesen que tú siempre fuiste un libertino y que es imposible que me ames… ¿podría ser verdad?

—Veo por dónde quieres ir. Tienes la esperanza de que Aaron pudiese haber amado con sinceridad a tu hermana. Ojalá pudiese darte la confirmación, pero como no puedo estar seguro tampoco de que él solo la sedujese, pensaré como tú. Tal vez mi hermano sí encontró el amor junto a Zelda y algo pudo ocurrir para que no estuviese a su lado cuando más lo necesitó.

—Y no te pediré nada más a ese respecto. Pero tenemos que ver cómo recuperamos a nuestro sobrino. Hay un niño que nació del amor de tu hermano y mi hermana, y es nuestro.

—Haré todo lo posible.

James y Zelina se quedaron allí, bajo el cobijo de un gran árbol monumental que había visto pasar lustros y más lustros, abrazados, unidos, haciendo planes de lo que harían una vez que encontraran al niño, porque como había dicho el duque, la esperanza era la llama que mantenía viva la ilusión.

Ella confiaba en su esposo y él sabía que no le fallaría. De una manera o de otra, le daría el consuelo de encontrar esa parte de Zelda que quedaba en el mundo, pues ese bebé que alumbró era lo que su mujer necesitaba para perdonarse a sí misma, por no haber estado al lado de su hermana.

***

Rothgar había dado por supuesto que las cosas irían a mejor. La aceptación de la muerte de Zelda y la esperanza de encontrar al niño no habían hecho que su duquesa conciliase el sueño con tranquilidad. Y aunque fue un alivio cuando Zelina no lo condenó por las acciones de su hermano, la situación no estaba encauzada.

Rothgar se mantenía despierto en la cama. Listo y atento por si de nuevo tuviese que despertarla. Las dos últimas semanas habían sido enloquecedoras. Su duquesa había tenido dos pesadillas muy fuertes, y aunque no llegó a salir del lecho, acabó gritando con fuerza en medio de la noche, para al final despertarse empapada en sudores, llena de terrores nocturnos. Había sufrido otras más suaves, y siempre veía a una mujer que le decía que había vuelto a ser una sombra negra y que de nuevo le gritaba.

Según Zelina, los avances que había logrado con aquel sueño, que la llevó al ático y la hizo caminar por la cornisa, habían retrocedido.

En la cama, el duque le quitó un mechón de pelo que le atravesaba el rostro.

—No sé cómo ayudarte mientras duermes, cariño —susurró, al tiempo que procedía a cobijarla en su abrazo. Ella estaba moviéndose un poco más de la cuenta en el lecho y deseaba tranquilizarla.

Habían acabado de hacer el amor hacía poco más de media hora. Ella se había quedado saciada y exhausta, pero él no podía conciliar el sueño. Le aterraba tener que volver a verla en ese estado de desesperación cuando una fuerte pesadilla ocurría.

Zelina estaba en una vicaría, un lugar santo. No, no era una iglesia, era su casa, pero había un ministro de Dios frente a ella. Ladeó el rostro y vio a Lionstar, la miraba fijamente, como un lobo que iba a devorar a una oveja.

—No me volveré a casar contigo —gritaba ella, pero nadie le hacía caso—. No soy tu esposa, tú estás muerto. Estás muerto. James es mi marido —se repetía todo el tiempo.

El vicario estaba oficiando su boda, miró al otro lado. ¡Niall! Él estaba allí junto a la hermana de Lionstar. La hermana de ese monstruo solo tenía ojos para Bonnie.

—¡Ayúdeme, señor Mackenzie! —le suplicaba, pero Niall no parecía escucharla tampoco. Al otro lado, el señor Morand y su madre sonreían complacidos por la boda que se estaba oficiando—. ¿Por qué me hacéis esto? ¿Por qué me obligáis a casarme con un hombre que desprecio? ¿Por qué no hacéis nada por mi hermana? ¿No la escucháis gritar y llorar? —En su cabeza los gritos y las súplicas de Zelda eran muy claras.

De pronto se hizo un silencio muy evidente. Delante de Zelina, la mujer que la visitaba estaba quieta, envuelta en un halo oscuro, negro, aterrador. Estaban solo las dos en casa de su padre.

—Dime quién eres, dime si eres Zelda. ¡Háblame! Dime lo que quieres que averigüe, si me lo dices lo entenderé.

La figura femenina comenzó a gritar con fuerza. Zelina no lograba entender lo que decía. En ese momento alguien pasó por su lado, un caballero joven. Su padre estaba enfrentándose a él, forcejaban. Dejó a su padre en el suelo después de agredirlo y de pronto se presentó delante de Zelina. Le quitó las manos del rostro y la examinó. Luego volvió a buscar a Morand y comenzó de nuevo la lucha.

La señora Morand se había apresurado a ir en su búsqueda y la mantenía apartada de la pelea. Zelina escuchaba una breve conversación entre el desconocido, su padre y su madre. Tenía que centrarse. Ella se obligó a prestar atención.

El desconocido estaba preguntando por alguien… ¡Su hermana! Tenía que ser el enamorado de Zelda, porque su padre estaba discutiendo con él, diciéndole que era un bastardo que engendraba bastardos, y luego lo escuchó, alto y claro. Su padre confesándole la verdad al desconocido:

—¡Mu…ert…a! —gritó el señor Morand.

Zelina vio al joven caballero retroceder hacia atrás desconsolado mientras también chillaba:

—No, no… ¡No! ¡No! —negaba una y otra vez con palabras y la cabeza, sin dar crédito a lo escuchado.

—Zelina, cariño, Zelina… Despierta, ¡despiertaaaa! —le ordenó James.

Ella abrió los ojos de inmediato. Estaba en la habitación que compartía con su esposo. En la cama, tendida junto a él.

—James… James… —lo llamó mientras le ponía una mano en la mejilla.

—No podemos continuar así, Zelina. Las pesadillas cada vez son más fuertes y no consigo mitigarlas ni siquiera mientras te susurro palabras tiernas y te abrazo. Hay hierbas que…

—No pienso tomar nunca nada que vuelva a nublar mi mente.

—No es láudano, la cocinera me ha dicho que su hermana entiende de hierbas y…

—No —lo interrumpió—. Sé que todo pasará cuando por fin descubra la verdad sobre lo que ocurrió. Ahora, por favor, tengo que ir a ver el retrato de tu familia.

—¿Qué? —El duque se había perdido algo.

—Mi hermana me ha mostrado un retal nuevo. He visto a un joven luchando con mi padre, creo que era tu hermano. Necesito comprobarlo. Por favor, vamos a la sala de las pinturas familiares, tengo que…

—Cariño, estás empapada. —Le acarició la frente, una fría capa de sudor la envolvía—. Hace mucho frío y estás muy nerviosa. —Zelina temblaba.

—Ha de ser ahora, tengo fresco el recuerdo y no quiero perder la oportunidad de comprobar lo que he visto. Vamos…

Rothgar claudicó, la envolvió en la bata de dormir, le pasó una manta sobre los hombros, tomó un candelabro y la guio hasta el lugar dicho.

Alumbró el cuadro en cuestión. Zelina lo miró con mucha atención.

—Es él… Tu hermano estuvo en mi boda, o antes de mi boda, o después… No consigo establecer la cronología, pero sé que vino a buscar a mi hermana y que se peleó con mi padre. La amaba. Tenías que haberlo visto, tan poderoso y fuerte como tú, sin miedo ante Morand, y te aseguro que mi padre era muy violento. Yo misma puedo dar fe.

—¿También te pegaba? —saltó con rabia al darse cuenta de lo último que ella había insinuado.

—Pegaba a todo el mundo cuando no se hacía lo que él ordenaba.

—Dios santo, no te imaginas cuánto me arrepiento de no haber ido a buscar a tu padre cuando tuve la ocasión. Lo habría matado con mis propias manos. —No le diría que no se marchó a buscarlo porque estaba seguro de que no viviría lo suficiente para sacarle la información que Zelina precisaba. Rothgar sabía que lo hubiese matado a golpes. Más, después de haber leído la carta que le envió a su hija.

—No pienses en él, lo importante es que tenía razón. Tu hermano fue a buscarla. Y mi padre le dijo que estaba muerta. No mencionó al niño y por eso seguro que no hizo ningún otro movimiento.

Rothgar la miraba con lástima.

—Zelina, solo son sueños… Horribles pesadillas que…

—No me crees —saltó ella sorprendida.

El duque le acarició la mejilla.

—Solo quiero que esto termine, cariño. Necesito verte feliz y no lo eres. Llevo semanas sin poder dormir porque temo despertarme y que no estés a mi lado. Quiero ayudarte y no sé cómo hacerlo.

—No me crees —repitió sin fuerza, dándose cuenta de que no le daba crédito a lo que le acababa de decir.

—Podríamos visitar a un médico y ver… —comenzó a sugerir.

Zelina se separó de él, dio un paso atrás.

—La solución es que mis sueños me recuerden el pasado. Está ocurriendo precisamente eso, un galeno solo me atiborrará a brebajes y sugerirá el láudano para que me aturda y pueda dormir del tirón toda la noche.

—Zelina… —Usó su nombre para suplicarle algo que ni él mismo sabía que estaba pidiendo.

—Confía en mí. Lo que te digo es cierto. Él —señaló a Aaron en el cuadro— vino a por ella y se enfrentó a mi familia. Lo he visto, lo he tenido frente a mí y en sus ojos había preocupación y desesperación cuando mi padre le ha informado de que estaba muerta. Lo acabo de ver en mi sueño.

—Oh, Zelina… Si pudiese soportar esa carga por ti, me la impondría de inmediato. —La abrazó con fuerza.

Aquella no fue la última noche en la que ella se despertó

empapada y ansiosa. Las pesadillas iban cada vez a peor.

Rothgar estaba perdiendo a su esposa, porque ella no atendía a razones. Se estaban distanciando y no sabía cómo poner remedio a la situación.

Zelina estaba apagada, perdiéndose en la oscuridad, aferrada a unos recuerdos que él no estaba seguro de si eran una verdad, un sueño o una inventiva. Su duquesa vivía sin vivir, como si el día solo sirviese para nada más que para aguardar la noche y soñar. No estaba disfrutando de la vida, se aferraba al pasado, únicamente quería recordar y cuando se despertaba de una pesadilla que no le había aportado nada, lloraba sin descanso.

Su desesperación le había llevado a plantearle ir a consultar con una vidente, con alguien que pudiese ofrecerles luz. Rothgar no creía en supercherías, pero dado que ella se negaba a visitar a un médico, esa opción le parecía factible.

Por descontado que ella se negó. Le dijo que años atrás había optado por esa opción y que no sacó nada en claro. Zelina creía en que la clave para resolver el enigma, para descubrir dónde se llevaron al niño, estaba en sus sueños.

¿Cómo podría ayudarla?

Capítulo 13

La ayuda en camino

La duquesa de Darkworth, de nombre Althea, se encontraba aquella mañana trabajando en un manuscrito muy especial. Una especie de manual que estaría destinado a desvelar secretos a las damas que la sociedad no desearía que conociesen, porque los asuntos íntimos entre amantes debían ser secretos.

Tenía suerte de que su pequeña Summer fuese un bebé de lo más tranquilo, y puesto que Morgan no necesitaba ayuda con los asuntos que llevaba como la Duquesa Infame, tenía tiempo libre para escribir una ambiciosa guía que ya vería cómo la publicaría y bajo qué nombre, pero que era muy necesaria para que las mujeres comprendiesen que, si bien todavía sus derechos no estaban equiparados a los de un hombre, sí que tenían potestad para exigir pasión en sus encuentros íntimos.

—Amor mío, ¿podrías explicarme por qué acabo de recibir una reprimenda por parte del esposo de mi hermana? —Aquiles, el marido de Althea, acababa de entrar en el despacho que ella utilizaba para trabajar en su libro.

El duque de Darkworth se colocó en la silla que Althea tenía a su lado derecho y sacudió una misiva en alto.

—¿El vizconde Portman te está regañando por carta? —preguntó con el ceño fruncido.

—Portman, sí, ese es el caballero con quien mi hermana decidió casarse sin que yo lo aprobase —respondió él—. Y no contento con

imponerme su presencia, me endosó a traición a su hijo. Basil es un dolor de muelas constante. Siento deseos de mandarlo a Júpiter, o mejor, de llamar a mi antiguo director del Ministerio para que le otorgue una misión a fin de que comprenda que ser un diplomático encubierto no es un juego.

Althea le sonrió. La familia de su esposo era adorable. La hermana de Aquiles, la vizcondesa Portman, le había dado la bienvenida con los brazos abiertos. Además, los mellizos Basil y Flavian Foster, que habían cumplido ya dieciocho años, si no le fallaba la memoria, también le dieron una excelente acogida. Incluso Basil, el cachorro insolente, tal y como lo solía llamar su esposo cuando lo desesperaba, había sido de gran ayuda cuando la vida de Althea corrió peligro la temporada pasada. Y después estaba la pequeña Ophelia, que había agradecido que llegase su prima Summer para poder codearse con otra niña, dado que estaba rodeada de hermanos y contaba con un solo primo que además era también varón, ese era Robin, el hijo que Aquiles tuvo con su primera esposa.

En fin, la familia en la que había entrado Althea era numerosa, estaba muy unida y era formidable, de tal modo que no entendía a qué se refería su esposo cuando hablaba de que el vizconde Portman lo había regañado por carta. No eran uña y carne, pero se llevaban bien. Al menos era lo que ella misma había visto durante ese primer año de matrimonio.

—¿Me vas a explicar el problema que tiene lord Portman contigo, mi amor? —Trató de que Aquiles se centrase, porque él estaba despotricando sobre su hermana, su esposo y los hijos de ambos…

—Portman está ofendido.

—¿Qué le has hecho? —preguntó con una ceja alzada.

—Yo nada, esta vez has sido tú y yo me he llevado la que debería haber sido tu reprimenda.

Ella rodó los ojos a la vez que suspiraba.

—Entonces, replantearé la pregunta… ¿Qué se supone que le he hecho?

—Has nombrado padrino de nuestra hija al duque de York.

—Oh. Eso… se me había olvidado comentártelo.

—¿Sí? ¿Un olvido, Althea? ¿Llamas olvido a no informar a tu propio esposo sobre el nombre del que consideras que debe ser el padrino de mi hija?

—Si estás enfadado por eso, creo que no te gustará nada lo próximo que te cuente… —murmuró.

—¿Hay más secretos, mi amor? —Ese apelativo cariñoso no sonó como debió. Althea sabía que él estaba siendo sarcástico.

—Ya conoces a York… —comenzó a decir la duquesa de Darkworth.

—Por eso que lo conocemos, no entiendo la locura que te poseyó cuando decidiste hacerlo padrino de Summer.

—No lo propuse yo, de hecho, creo que no me permitió decir ni una sola palabra… Ya sabes, se puso a parlotear sobre su talento, su impresionante físico, su fortuna… Una lista inagotable de virtudes que me hicieron pensar en otra cosa mientras él movía los labios, de tal modo que cuando acabó de hablar, y te aseguro que fueron horas….

—Estás exagerando.

—No, sentí que llevaba una eternidad hablando sin parar, y lo he resumido a horas. Como te decía, cuando terminó, solo lo vi sonriente mientras decía que sería un honor ser el padrino de nuestra hija.

—Tuviste que haberte negado.

—Por supuesto que sí, porque todo el mundo sabe que cuando al duque de York se le mete algo en la cabeza es fácil hacerlo cambiar de opinión.

—La ironía no te sienta bien, duquesa —la regañó—. ¿Qué es lo otro que decías que no me iba a gustar en absoluto?

—Sería mejor que no te dijese nada. Si te has tomado tan mal el hecho de que se haya denominado padrino de nuestra hija, te aseguro que te dará un ataque de apoplejía si te cuento el resto de sus planes.

—Dime lo que sea, no puede ser tan malo como tenerlo apadrinando a Summer.

—Sí que lo es. De tal modo que te enterarás cuando se produzca el acontecimiento.

—Me estás asustando, Althea. No me mantengas a oscuras, no hay nada que pueda hacer York que me deje sin palabras. De hecho, estoy soportando estoicamente que le hayas permitido ser una pieza importante para nuestra hija.

—¿Qué me dirías si acabases emparentado con York? —tanteó Althea.

—¿Emparentado? Ya me lo has colocado en primera línea. Estará en todos los cumpleaños de nuestra hija, y sospecho que también vendrá a visitarnos por el bautizo.

—Por supuesto que vendrá, es el padrino de Summer.

—Un hecho del que soy consciente gracias a Portman. Ten por seguro que cuando vea al esposo de mi hermana le diré que tú fuiste la culpable.

—¿Por qué está molesto Portman exactamente?

—Él quería ser el padrino de Summer.

—Oh. Yo no lo sabía.

—Yo tampoco, pero al parecer le molesta que York haya sido elegido para el cargo.

—No fue elegido, se autoproclamó, y una no le dice que no a York. Las consecuencias de tenerlo como amigo son curiosas, pero ¿te

imaginas enfadarlo? Además, su esposa Isobel lo mantiene atado en corto. Creo que a Summer le vendrá bien tenerlo como protector.

—¡Yo soy su protector! —exclamó irritado.

—¿Estás celoso de York?

—¿De ese pomposo arrogante que se cree el perfecto ombligo del mundo? Soy veinte veces, como poco, mejor que él.

—Eres infinitamente mejor que él, mi amor —le dijo con una sonrisa sincera Althea.

—Deja de amansarme y de irte por las ramas y explícame eso de emparentar con York más allá de que él sea el padrino de Summer.

—No hay forma de decirlo con delicadeza, así que te lo diré sin paños calientes. —No se atrevió a decírselo.

—Estoy esperando, Althea.

—¿Por qué no aguardas a que llegue York para el bautizo y dejas que sea él quien te lo explique todo? —sugirió.

—Estoy perdiendo la paciencia, Althea —la avisó.

—Está bien, está bien. Verás, conoces a York, siente debilidad por todos cuantos le rodean, y en especial por sus hijos y su esposa, como es natural.

—No estás yendo al grano, mujer —la llamó al orden.

—No quiere que su hija acabe desposándose con alguien que no la merezca.

—¿Su hija cuántos años tiene? No puede tener más de cinco —razonó él mismo—. ¿Y se está preocupando por sus futuras nupcias?

—Oh, sí, y en realidad es muy práctico en su pensamiento. Sostiene que, si pacta un matrimonio desde la cuna, su hija será tremendamente feliz cuando se case, porque York está decidido a vigilar muy de cerca al prometido de su pequeña Gwyneth.

—No sé si compadecerme más del muchacho que acabe siendo llamado hijo por York, o por el padre del joven, porque soportar semejante tortura será duro para ambos. No tengo nada en contra de la niña, seguro que será un primor, pero emparentar con ese duque... —Se quedó callado, mientras veía que su esposa desviaba la mirada para fijarse en un cuadro aburrido que había a la derecha—. ¡Oh, no! No, no, no y mil veces no… ¡Qué digo mil veces! ¡Infinitas veces no, multiplicado por infinitas más! Él tiene muchos amigos, que busque en otra parte. ¿En qué estabas pensando, Althea?

—No olvides que no ha sido idea mía y que me estás acusando como si yo fuese la artífice.

—¡Que la case con el cachorro insolente! Sí, el hijo de Portman es un excelente candidato para la niña. Solo tiene que esperarla unos pocos años más. Eso es, Basil será el esposo de la niña. Que le ponga un cinturón de castidad a Basil y lo vigile para que no se tuerza, a fin de cuentas, Portman es uno de los mejores amigos de York. Será una pareja ideal.

—Cuando la joven cumpla dieciocho años, Basil tendrá unos treinta.

—Doce años no es una diferencia significativa de edad. Es bueno que el hombre sea maduro y que la muchacha esté en edad fértil. Una pareja ideal —repitió.

—Sí, véndele la idea a York de que su hija será una excelente yegua de cría para el hijo de su mejor amigo, veamos cuánto tarda en retarte a duelo —alegó mientras negaba con la cabeza.

—No pienso casar a mi hijo con la primogénita de York. Aunque estoy seguro de que la muchacha será excepcional y su madre habrá hecho todo lo posible para que ella no heredase ni una pizca de todo ese excelso orgullo de su esposo, Robin tendrá que soportar a York durante el resto de sus días…

—Lo que te preocupa es que tú tengas que soportarlo.

Era cierto que Malcom W. Banstorn, duque de York, tenía una vanidad que rivalizaría con la del mismísimo… Creador. Sí. Ese hombre era capaz de equipararse a Dios y dejar a este último en evidencia. Pero todo el mundo sabía que tenía un corazón de oro, sin embargo… Era verdad que estaba muy pesado con respecto a la búsqueda de un esposo para su hija. Una niña que prácticamente había acabado de aprender a caminar.

—Yo ya tendré que soportarlo, querida mía, porque no fuiste capaz de negarte y decirle que no podía ser el padrino de Summer —refutó.

—Hay tiempo para hacer eso, cuando se presente en tu casa, con lo que intuyo que será un regalo extravagante para nuestra hija, tú mismo puedes decirle que no permitirás que sea el padrino de Summer, luego le aclaras que no vas a consentir que su hija se case con Robin, y a continuación… —Althea se silenció.

—¡Ajá! Todavía hay más malas noticias. Conozco esa expresión tuya. Es la misma que pusiste cuando casi me envenenas en aquel baile con polvos de brujas porque no querías compartir un vals conmigo.

Ella resopló. Eso que él acababa de aludir no fue así ni de lejos, Althea únicamente vertió unos polvos para adormecerlo a fin de quitárselo de encima. ¿No entendían los hombres que cuando una mujer decía que no quería bailar, era porque no lo deseaba? La culpa de haber actuado así era solo de Aquiles, por haberla forzado a hacer algo que no deseaba.

—No vas a poder olvidarlo jamás, ¿verdad?

—¿Qué más quiere York, Althea? Dímelo porque sabes que acabaré enterándome y será peor.

Ella suspiró.

—Su hijo Gabriel…

—¡Nooooo! —gritó, antes de que ella pudiese seguir hablando.

—¿Para qué me pides que te lo cuente si parece que ya lo intuías?

—¿Estás loca, mujer? ¿Pretendes que me dé un ataque de apoplejía?

—Te avisé de que era mejor que no supieras nada hasta más adelante, pero tú insististe en averiguar lo que tramaba York. Pues ahora ya lo sabes.

—Me lo endosarás por partida doble.

—Yo no haré tal cosa, porque no ha sido idea mía. York solo está considerando sus opciones y cree que puede vigilar a Robin de cerca para que no se descarrile…

—¡Por Dios! Mi hijo no es un tren.

—Ya me has entendido, así que velará porque Robin sea un hombre grandioso y digno de su pequeño rayo de luz, tal y como York se refiere a su hija. También ha dado su palabra de que hará de Gabriel, su heredero, un gran merecedor de nuestra hija.

—Esto no puede estar pasándome… Con tantos amigos que él tiene, ¿por qué demonios ha tenido que fijarse en mis hijos? —preguntó derrotado.

—Pues porque Robin y Summer son excepcionales y York no se conforma con menos que eso —dijo cantarina.

—Te mofas de la situación y no comprendes la gravedad. York es implacable, cuando toma una decisión nada puede alterarlo.

—En eso discrepo.

—Se nota que no lo conoces tan bien como crees —refunfuñó.

—York hace lo que le place siempre y cuando su esposa esté de acuerdo con él.

—¿Qué estás insinuando?

—Pues que, por el momento, York tendrá que contentarse con ser el padrino de Summer. Cuando lleguen a casa para celebrar el bautizo, informaré a Isobel del descabellado plan de su esposo y ella lo frenará.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Aquiles esperanzado.

—¿Si yo te pidiese algo no lo harías? —inquirió Althea con una ceja alzada.

—No lo sé… ¿por qué no pruebas a pedirme que te haga el amor aquí y ahora y lo compruebas por ti misma? —Su esposo ya estaba levantándose de la silla y quitándose la chaqueta.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un pícaro, amor mío?

—Solo mi esposa me lo dice porque sabe que lo soy. El mejor pícaro del universo. Más perverso que ese Marqués de Sade cuya lectura te resulta perturbadora, pero educativa en cierta medida.

Aquiles, que estaba desabrochándose los botones del cuello de la camisa, escuchó un sonido y se acercó a la ventana.

—¿Qué sucede? —se interesó Althea.

—Un carruaje.

—¿Lleva blasón?

—Por suerte, no es el duque de York porque no tiene su blasón. ¿Esperamos a alguien, Althea?

—Hasta dentro de un par de semanas no. La familia de lord Portman llegaría en compañía de York. Al igual que Morgan, Brendan y Greyson. —Esos tres eran a quien Althea consideraba como de su propia sangre—. Así que no tengo ni idea de quién puede ser. —Se acercó a la ventana para ver quién descendería del carruaje.

—No, no es York, pero es otro duque que trae una cara que… —Aquiles había visto la expresión del recién llegado y no era nada alentadora.

—¿Qué hace aquí Rothgar? —preguntó Althea.

—Aunque Morgan te haya suplido en tu antiguo cometido, sigues siendo la Duquesa X, así que no me sorprendería que viniese a pedirte consejo sobre aspectos carnales. Se ha casado, ya lo leímos en el periódico tiempo atrás, y tal vez no tenga la menor idea de cómo complacer a su duquesa. Dale un libro de Sade y que se marche —le recomendó.

—¿Olvidas que fue amante de la actual duquesa de Gales? Todo el mundo sabe que Elvina no se metería en la cama con un tonto que no supiera qué hacer. Lo que dices no tiene ningún sentido.

—Lo que no tiene ningún sentido es que Rothgar haya interrumpido lo que iba a ser una mañana muy satisfactoria para ti y para mí.

—Vayamos a ver lo que le ocurre. No ha llegado con su duquesa y también he visto que no tiene buen aspecto. Esta noche seremos perversos.

—¿Cuánto?

—Tanto como deseemos, mi amor.

—Uhm… Te haré cumplir tu promesa, Althea.

—Y te aseguro que la cumpliré sin necesidad de obligarme. Ahora, veamos qué le preocupa a Rothgar.

***

Diez minutos después, el duque de Rothgar estaba sentado frente a Althea, lo cual era bueno, pero también estaba junto a ella su esposo, y eso le disgustaba.

James necesitaba una opinión experta, y si bien contaba con pedirle ayuda a Aquiles con respecto a la búsqueda del padre de Zelina, le urgía más contarle los problemas que tenía con su mujer a Althea.

Sirvieron el oportuno té con un par de galletas o dulces, lo que fuese eso que figuraba junto a las tazas y la tetera.

—Tienes aspecto de necesitar algo más fuerte —le dijo Aquiles —. ¿*Whisky*? —le sugirió.

—No. Tomaré té —dijo James.

—¿Y bien? —lo interrogó el esposo de Althea.

—¿Sigues teniendo contactos en el Ministerio? —se interesó Rothgar, pues el duque de Darkworth había sido espía.

—¿Qué necesitas? —James interpretó que eso era un sí.

—Debo dar con el padre de mi esposa.

—Algo he escuchado sobre Morand. Parece ser que escapó por los pelos de acabar en la cárcel de acreedores. Ferguson no estuvo contento cuando su hija lo dejó plantado en el altar. Me consta que también está haciendo todo lo posible por localizarlo. ¿Te debe dinero? —quiso saber Aquiles.

—Veo que las noticias vuelan. Estás al tanto de todo…

Althea le sonrió.

—Los periódicos llegan al campo también, Rothgar —apuntó la dama.

—No me debe dinero —retomó la palabra James—, pero tendrá suerte si no acaba muerto en una zanja. Hay mucho por lo que pagar.

—Tiene que ver con el trato que le propinó a tu esposa, ¿verdad? —preguntó con suavidad Althea.

—Es un demonio. Necesito encontrarlo para averiguar cosas que son fundamentales para mi duquesa, después de eso, pienso acabar con él y os aseguro que tras hacerlo dormiré plácidamente —sentenció Rothgar.

—Yo lo sabía —intervino Althea—. Creí que sufrió a manos de

Lionstar, porque sus ojos… La mirada y el estado de alerta de una mujer que ha padecido violencia por parte de alguien que debía cuidarla y protegerla es…

James vio que Aquiles se levantaba para acercarse al sillón donde se había sentado su mujer. Le colocó una mano sobre el hombro y ella llevó la suya sobre la de Aquiles.

—No pienses en eso —le pidió Darkworth.

Althea se casó en primeras nupcias con un salvaje que entendía de disciplina a base de golpes. Eso la obligó a tener que huir hacia Europa porque quedarse hubiese supuesto acabar muerta. El conde de Wins, su primer esposo, murió hacía años y ella regresó a Londres cuando fue seguro hacerlo.

—La maldad puede venir de cualquiera, un esposo, un padre, un hermano… Incluso un pretendiente que ya se cree con derecho. Cuando vi a Zelina…, fue como verme a mí en un espejo. Sé que nos parecemos poco en cuanto a carácter, pero ella sufría de algún modo y lo vi enseguida, fue por eso por lo que quise darle consuelo.

—¿Darle consuelo, Althea? —preguntó James rígido.

—Sí, Rothgar. La invité a mi casa en repetidas ocasiones porque merecía saber que un hombre era capaz de obrar cosas buenas. Dar placer, ofrecer caricias, besos incendiarios.

—Pero te rechazó —dijo Rothgar sabiendo que su esposa llegó a su cama pura.

—Aceptó mi propuesta inicial, pero no llegó a materializarla. Morgan siempre tuvo la teoría de que Zelina no buscaba la pasión, precisaba de amor y por lo visto es lo que ha conseguido contigo.

—Te lo ha contado todo esa ayudante que tienes, ¿cierto? —la interrogó James en alusión a Morgan Pusset.

—Mantengo una nutrida correspondencia con ella. Y cuando tú, mi querido amigo, comenzaste a acosar a tu ya esposa en un baile del

todo público, fue evidente que la dama había captado tu atención por completo.

—Ella me rechazó sin pestañear —alegó James, con una sonrisa evocada por el recuerdo de ella huyendo por todo el salón de baile.

—Y yo creí de verdad que no tenías posibilidades con ella. Supongo que mi matrimonio me tiene tan absorta que me ha hecho perder facultades. Fue Morgan quien se dio cuenta de que había una hermosa pareja que podría estar comenzando a gestarse. Y no erró en absoluto. Así que elegí bien a la nueva Duquesa X.

—La señorita Pusset prefiere que se la llame Duquesa Infame —puntualizó James.

—Sí, lo sé. —Althea arrugó la nariz—. A mí me disgusta ese término, así que no lo aplico.

Se hizo un silencio un poco denso. El duque de Rothgar carraspeó para luego preguntar:

—¿Puedo hablar contigo a solas, Althea?

—Si vienes a pedirle consejo sobre cómo satisfacer a tu duquesa, ya puedes volver por donde has venido. Descúbrelo tú solito —sugirió Aquiles.

—¿Qué? ¡No! Yo no tengo ningún problema a la hora de brindarle placer a una dama —refutó de inmediato.

—Entonces habla, porque cuando escuche tu problema yo también te ofreceré consejo, así que tendrás el punto de Althea y mi visión. Todo son ventajas.

—¿Althea? —Usó el nombre de la dama a modo de pregunta y súplica.

Aquiles gruñó. Entendía que su esposa y Rothgar habían sido amigos desde la infancia, pero le desagradaba que otros caballeros se tomasen tantas confianzas, en especial cuando estaba empleando su nombre de pila para que su mujer lo echase de la salita de recibir

visitas.

—¿Es grave? —interrogó con suavidad ella. Rothgar afirmó con la cabeza.

La duquesa de Darkworth suspiró y luego levantó el rostro para mirar a su esposo que todavía estaba de pie a su lado sujetándole el hombro.

—Sé lo que vas a pedirme y no me agrada dejarte a solas con nadie, aunque sé que Rothgar no te haría daño.

—Es complicado para una mujer compartir confidencias con otra que es de su mismo sexo. ¿Te imaginas lo que significa para un hombre, para alguien como él? —dijo en alusión a Rothgar.

Los allí presentes se daban cuenta de todo lo que esa pregunta implicaba, pues James era un duque, uno acostumbrado a arreglar sus propios problemas sin buscar la intervención de nadie. Orgulloso, seguro de sí mismo, así que Althea sabía sin duda alguna que le habría costado mucho dar el paso para ir a buscar su opinión sobre un asunto que sería íntimo.

—Un caballero enamorado es un hombre condenado. Sí, condenado a dejar de lado sus propios propósitos para hacer cumplir los de su mujer. Te dejaré, mi amor, pero como él —señaló a Rothgar— te pida algún tipo de consejo de índole carnal, le dejarás un volumen de esos libros pecaminosos tuyos y lo invitarás a marcharse.

—Soy más competente que tú en la cama —saltó Rothgar irritado.

—¿Quieres apostar algo?

—¡Cuando quieras, Darkworth! —ladró el otro.

—¡Hecho! —apuntó Aquiles.

—Será interesante que lo hagáis —intervino paciente Althea—. Imagino que Zelina y yo compararemos notas después de que juzguemos quién es mejor en el lecho.

—¡Jamás te compartiré con nadie!

—¡No compartiré a mi esposa! —exclamó James al mismo tiempo que Aquiles.

—Ya… ¿Entonces buscaréis a otra dama para que juzgue vuestras… proezas?

—¡Estás siendo ridícula, Althea! —apuntó Aquiles.

—¡Como si yo pudiese traicionar a mi duquesa! —dijo James casi al unísono.

—Ya… —repitió la mujer—. Entonces doy por supuesto que no habrá ninguna apuesta para demostrar vuestra gran… masculinidad, ¿me equivoco? —preguntó para ver si los dos se daban cuenta de la tontería que habían dicho.

—Iré a ver qué hacen nuestros hijos —apuntó Aquiles.

—Sí, yo… bueno, te contaré el asunto —recapacitó con humildad James.

—Eso está mucho mejor —opinó la dama.

—¡Rothgar! —lo llamó Aquiles cuando estaba llegando a la puerta para salir.

—¿Sí?

—Haré cuanto pueda para ver qué averiguo sobre el paradero del padre de tu esposa.

—Gracias.

El marido de Althea se marchó de la salita y la duquesa vio que Rothgar se ponía de pie y se disponía a ir hacia la ventana.

Ella no lo presionó. Entendía que necesitaba tiempo para organizar sus pensamientos.

—No soy un hombre especialmente sentimental —comenzó a relatar sin dejar de mirar el paisaje campestre—. De todos modos, no

está bien que un duque lo sea, pero Zelina me impulsa a demostrarle lo que me hace sentir. Fui criado y educado para proteger a quienes me rodean. He hecho eso durante toda mi vida.

—Lo sé, has cuidado bien de tus hermanos, de tus amigos más queridos y sospecho que incluso te has preocupado por personas a las que ni conocías cuando has visto que te han necesitado. Eres de esos hombres que no pueden quedarse al margen. En ese aspecto te pareces mucho a Aquiles. Dios os dio fuerza y habilidades para hacer el bien y las empleáis tal y como se espera que hagáis.

—Mi esposa sufre, Althea. Zelina no es feliz, sufre muchísimo y no sé cómo ayudarla. La impotencia que siento es tan grande que mi corazón se derrumba. Todo lo que soy, y no logro alejar su tristeza, que olvide su obsesión y viva a mi lado, alegre, dichosa y tranquila.

—¿De qué se trata? Yo tardé mucho en poder olvidar las palizas de Wins —se sinceró.

Rothgar ya conocía la historia que ella había tenido que vivir a manos de su primer esposo, así que no se extrañó.

—Mi esposa padece unas terribles pesadillas. Cuando no era poco más que una niña, diecisiete años tenía en aquel momento, vio cómo su padre alejaba a su hermana gemela de su lado, quien estaba embarazada de mi hermano. Fue la última vez que la vio.

—¡Oh, Dios! —exclamó.

—Eso es. Mi hermano me causa problemas incluso sin estar presente. Yo no supe toda la historia completa hasta hace relativamente poco. No sé ni en qué día de la semana estoy porque conciliar el sueño es complicado cuando te has despertado en medio de la noche para comprobar que tu esposa decidió deambular dormida por la cornisa de tu casa.

Althea cerró los ojos. Podía imaginar lo que él estaba sufriendo. Alguien acostumbrado a atajar todos los problemas estaba luchando contra un dragón invisible. El duque no se detuvo en su historia, le

contó con todo lujo de detalles lo que había descubierto sobre Morand, Zelda y el niño desaparecido. Incluido el uso que sus padres hacían del láudano para controlarla.

La duquesa de Darkworth no lo interrumpió. Cuando él llegó al final, fue cuando se dio la vuelta para mirar con atención a Althea.

—Siento mucho todo lo que estáis viviendo —dijo la dama.

—Necesito orientación. No conozco a otra persona acostumbrada a tratar con mujeres que… —No supo cómo continuar la frase.

—… que han sobrevivido a la maldad más cruda —terminó por él. Rothgar asintió.

—No sabes lo que es. No puedo ni consolarla mientras le hago el amor. No deja de pensar en su hermana. Vive con culpa y si no encontramos a ese niño… La estoy perdiendo, Althea. No puedo llegar a ella. Solo desea acostarse para poder recuperar sus recuerdos. ¿Y lo está haciendo? —se preguntó a sí mismo—. Yo no lo sé, porque Morand ha jugado con ella, y no hay forma de averiguar si lo que vive en sueños es la verdad o ella misma está recreando una realidad para tratar de componer el rompecabezas. Estoy desesperado.

—Tal vez la haya, Rothgar. Creo que podría haber un modo para ayudarla a recordar.

—¿Qué estás pensando?

—Lo primero que harás es ir a Escocia a buscar a la muchacha… ¿Cuál era su nombre? ¿Bonnie?

—Sí, así se llama su sobrina por matrimonio con Lionstar.

—Tu esposa necesita recordar lo que hay bueno en su vida. Te tiene a ti, que no vas a dejar de luchar…

—Ni un instante —corroboró.

—… Luego está Bonnie, la señora Mackenzie y su hijo. Por tu relato puedo afirmar que los cuatro sois su familia.

—Sí —confirmó el duque.

—En los tiempos más oscuros es cuando se necesita tener a quien siempre te ha protegido. Morgan y Brendan fueron para mí fundamentales para seguir adelante. Ella precisa que le recuerden que no está sola. Que hay mucha gente luchando por ella, amándola y dispuesta a todo por ayudarla.

—Entonces iré allí… —Se quedó en silencio y chasqueó la lengua—. No puedo dejarla sola mientras voy a Escocia. Zelina me necesita.

—No te he hablado todavía de la segunda parte de mi plan.

—Lo que sea, lo haremos.

Ella le sonrió.

—Cuando hui de Inglaterra para recalar en Sicilia, estuve un tiempo viviendo en Francia, no fue casualidad ir allí. Había escuchado hablar de un método… algunos hablan de que es sobrenatural.

—Mi esposa sueña con espectros, Althea. Ya nada puede sorprenderme.

—Verás, Franz Anton Mesmer era un médico alemán, filósofo también, que había descubierto lo que él definió como magnetismo animal. Los médicos más modernos comienzan a llamarlo hipnosis, aunque no es un término tan común como el mesmerismo.

—¿En qué consiste?

—Yo misma lo experimenté allí, y sabes lo curiosa que he sido siempre. Así que me interesé por la técnica. Me ayudó a enfrentarme a mis miedos, a combatir contra Wins desde una posición de seguridad, pues en mi mente él estaba frente a mí, pero estaba a salvo en ese mundo al que los especialistas me llevaron. Todo se basa en la concentración, en la sugestión, en desarrollar el poder que tiene nuestra mente para hacer frente a cuestiones que parecen imposibles. Es algo que no es tan nuevo, y que un sucesor de Mesmer, otro médico

llamado James Braid, está comenzando a valorar positivamente.

—Veo que sigues esos avances de cerca.

—Sí, imposible no hacerlo cuando he visto lo útil que es para superar, recordar o enfrentar asuntos que no tienen salida. Hay un doctor en Londres que usa estas terapias para ayudar a los soldados. Voy a escribirle una misiva y le diré que acuda a Roth Rote. No será barato, pero la generosa donación que le harás, le permitirá seguir investigando.

—¿Es peligroso para ella?

—No, Rothgar. He enviado a varias damas a visitar al doctor Callaghan, así se llama el especialista, mujeres que tuvieron un matrimonio muy cruel y, aunque fueron al principio muy desconfiadas, han acabado por agradecerme la sugerencia.

—No hemos solucionado todavía cómo podré ir a Escocia para traer a su familia a mi casa.

Ella le sonrió una vez más.

—Yo iré a tu finca y me quedaré con ella hasta que regreses.

—Calculo que serán unos seis o siete días de viaje. Depende de los cambios que podamos hacer del tiro de caballos. ¿Darkworth te permitirá ir a mi casa?

—Mi esposo aceptó que yo siguiese involucrándome en asuntos delicados para ayudar a mujeres que lo necesitasen. Sí, Rothgar. Aquiles lo entenderá.

James, que había estado todo el tiempo de pie, se acercó a su amiga, le dio un tirón para levantarla y después la abrazó lleno de gratitud y fraternidad.

—Estaré en deuda siempre contigo. —Se separó tras decirle esas palabras y los dos se miraron con una sonrisa.

—Espero que todo salga bien. Zelina es fuerte y encontrará el

modo de llegar a la verdad y de superar todo este asunto.

—Lo hará —dijo con seguridad James—. Ella no se rendirá y yo tampoco.

Capítulo 14

La mente sana

La había abandonado.

James se había marchado de su cama a primera hora de la mañana. La había dejado sola en el lecho, y ni tan siquiera tuvo la cortesía de avisarla sobre dónde pensaba ir.

Le preguntó, con discreción, al mayordomo sobre el paradero de su marido, pero nadie supo decirle nada al respecto.

Las horas pasaban y su esposo no regresaba a casa. No la había dejado sola antes. ¿Se habría cansado ya de ella? Zelina se acurrucó en el sofá de la biblioteca donde estaba acostada y pensó en su vida.

No podía recriminarle nada a James. Él había tenido demasiada paciencia con ella. Había encontrado el amor a su lado. Él lo tenía todo, todo lo que una mujer debería pedir en un hombre: era amable, paciente, protector, maravilloso.

Había esperado que comprendiese la unión que Zelina tenía con su hermana, la deuda que contrajo con Zelda. Llevaba tantos años aferrándose al pasado, luchando por recordar, por averiguar lo que sucedió con su hermana gemela, que se había olvidado de vivir. Zelina había encontrado por fin su lugar en el mundo. Estaba donde pertenecía, pero el pasado pesaba demasiado. Su corazón no era del todo libre. Zelda ocupaba una gran parte de él.

Y aunque estaba completamente enamorada de James, no era capaz de poder olvidar y seguir adelante. Zelda no se lo merecía, su hermana no hubiese descansado si la situación hubiera sido a la

inversa.

Ah, pero ella no quería perder a Rothgar. Tampoco olvidar el juramento que le hizo a su hermana. Entonces, ¿cómo poder seguir?

La duquesa de Rothgar sentía que estaba a un paso de llegar a la verdad. Le faltaba poco, pero las piezas no lograban encajar todavía.

La había abandonado.

Harto de sus pesadillas y de su obsesión, su marido tal vez había huido para descansar de ella. Lo entendía, pero dolía.

La única manera de escapar de todo era llegar a la verdad. El proceso estaba siendo difícil y las últimas noches sus sueños fueron todavía más oscuros. Más lúgubres.

Llamaron a la puerta y ella dio permiso para acceder, después de sentarse correctamente en el sofá.

—Excelencia —la saludó el mayordomo, para después entregarle la tarjeta que reposaba en la pequeña bandeja de plata que tenía enfrente.

Zelina la cogió y vio que se estaba anunciando a la Duquesa de Darkworth. Ese era el título que había impreso en letras doradas en la fina tarjeta de papel brillante blanco.

—¿Viene a ver a mi esposo? —preguntó, dado que ella no conocía a la dama que se le estaba anunciando. Aunque sí recordaba vagamente que la señora Mackenzie habló de ella durante la entrevista con Morgan Pusset.

—Ha preguntado por usted, excelencia.

—Oh, muy bien, por favor, hágala pasar y ordene que nos sirvan un té caliente y un trozo de pastel de manzana. Creo que todavía quedaba de anoche.

—Por supuesto, excelencia.

El sirviente se marchó, ella se puso de pie y entonces entró la

denominada duquesa de Darkworth.

—Su Gracia…

—Excelencia —saludó Althea con una gran sonrisa.

—Por favor, tome asiento. —Movió la mano para señalarle el sofá que figuraba a la derecha de ella.

Las dos se sentaron.

—Imagino que será una sorpresa para usted que me haya presentado en su casa tan de repente. Me manda su esposo.

—¡Oh! —exclamó Zelina sin saber qué más decir.

—Rothgar y yo nos conocemos desde hace muchos años, tantos que creo que son un milenio como poco. Tú y yo también nos conocemos, Zelina. —Decidió abandonar la formalidad.

—No logro recordar… —comenzó a decir ella, un poco violenta por mentir, y a fin de no revelarle que había escuchado que ella podía ser la que ejercía como Duquesa X antes que Morgan.

—Sí, cuando nos vimos yo llevaba una peluca rubia, vestía de rojo y una capa de maquillaje, sin olvidar el kohl, adornaba mi rostro.

Zelina frunció el ceño. Era honesta. La dama que tenía enfrente se veía muy sincera. Le agradó porque bien pudo no haber mencionado el asunto en absoluto.

—Bueno… —Se silenció. Ella sabía que acababa de describir a la Duquesa X.

Althea le sonrió.

—Entiendo tu confusión, querida. Estoy al tanto de que Morgan te ha estado ayudando, pero antes de que ella tomase mi lugar como la Duquesa X, fui yo la que habló contigo para tentarte a fin de que visitases mi casa para descubrir que había mucho por descubrir. —Althea le guiñó un ojo.

—Debo confesarle que cuando estuve en casa de la Duquesa X, con la señorita Pusset, escuché a una buena amiga —dijo en referencia a la señora Mackenzie— hacer una alusión a un rumor sobre usted —reveló al fin.

Althea le sonrió porque intuía a lo que ella se refería.

—La identidad de la Duquesa X debe estar a buen recaudo, cuando el año pasado se especuló con que yo fuese esa dama, nos las ingeniamos para aparecer las dos al mismo tiempo en una fiesta. Como yo me he casado, y Morgan era mi ayudante… podrás imaginarte el resto. —Acababa de relatar lo que hicieron ambas en la fiesta de la duquesa de Gales la temporada pasada.

—¡Es cierto! La señorita Pusset era la dama que sostenía una libretita y tomaba apuntes. Ahora lo recuerdo. —Había hecho la asociación a una pieza del tablero. No se acordó de ese detalle hasta que Althea lo había dicho.

—Así es. Como habrás comprobado, un esposo es peor que un niño, demanda atención todo el tiempo. Así que como mi querida Morgan parece adorar el papel que le ofrecí, ya estoy un poco más apartada y me dedico a mi familia. No obstante, cuando alguien me pide ayuda, no puedo desentenderme.

—¿Y quién le ha pedido ayuda, excelencia? —preguntó suspicaz.

Althea se movió de su asiento y le tomó la mano en confianza.

—Hablemos como dos amigas, Zelina. Lo hemos hecho antes, cuando yo era la Duquesa X. No es necesaria la etiqueta, te lo ruego. —Ella asintió—. Verás, tu esposo vino a verme.

—Comprendo. —Mentira, no entendía nada.

—Está muy preocupado por ti.

Zelina se removió en su asiento inquieta.

—¿Qué te ha contado?

—Que sufres y que entre todos tenemos que encontrar una solución.

—Es complicado —dijo mortificada.

Zelina se levantó del sofá en ese momento y caminó hasta la ventana más próxima. Una doncella acababa de llegar para dejar el servicio de té y dos pedazos de pastel.

—Perfecto, adoro los dulces. Desde que alumbré a mi hija, tengo predilección por el pastel de manzana —apuntó despreocupada.

Althea se tomó la libertad de despachar a la doncella y comenzó a servir el té. Se metió una cucharada de pastel en la boca y le supo a gloria.

—Está delicioso, ven a tomar un pedazo, Zelina.

—¿Dónde está mi marido? —La pregunta la mortificó.

Una esposa que no sabía dónde estaba su duque… Vergonzoso.

—Ah, sí, él tenía asuntos importantes que tratar.

—No va a volver… —dijo consternada. No se dio cuenta de que lo había dicho en alto.

—Por supuesto que sí. Un hombre tendría que ser un pescado frío para dejarte atrás, querida. ¡Mírate! Ya con los vestidos negros te veías única y elegante. Con ese vestido azul cielo estás impresionante. Rothgar siempre ha tenido buen ojo para valorar lo excepcional. Y pecaré de soberbia, pero tengo que decir que yo también lo hago, porque cuando te vi supe que había una auténtica reina de corazones en ti. Me recordaste a mí. Esos ojos tan tristes, tan llenos de lástima, apagados… —Althea chasqueó la lengua—. Supuse que fue tu difunto esposo quien hizo de tu vida un infierno, pero no. Tu padre… Supongo que la maldad de los hombres no entiende de parentesco.

Zelina regresó a su lugar y se hundió en el sofá.

—Veo que mi esposo no ha escatimado en detalles —observó

avergonzada.

—¡Oh!, no se lo tengas en cuenta. Está tremendamente preocupado por ti. No hace falta que te diga quién es Rothgar, porque ya le habrás tomado la medida, pero si hay un rasgo que lo defina a la perfección, ese es el de que no puede quedarse quieto mientras hay alguien que sufre. Te ama. Te ama muchísimo —recalcó—. Y vino a pedirme consejo a mi casa.

—Yo… siento que… —No supo cómo seguir.

—No sientas nada. Las mujeres deberíamos aliarnos las unas con las otras. A lo largo de los años he visto que nos juzgamos entre nosotras peor que los propios hombres. Estoy aquí para ayudarte, si me aceptas, por supuesto. Lo último que querría sería imponerme.

—No hay nada que pueda ayudarme. Tu intención es buena, pero te aseguro que todo está en mi cabeza y que es complicado desentrañar el misterio. Y los sueños… Imagino que estás al tanto de absolutamente todo —supuso.

—Las soluciones a los grandes problemas no son fáciles, pero existen. Tu marido ha ido a Escocia.

—¿A dónde? —la interrumpió.

—Tenemos un plan. Verás. Estoy aquí para servirte de dama de compañía o como lo quieras ver, pero me gustaría que me considerases como una buena amiga, una que ha venido con la mejor de las intenciones. Rothgar ha ido a buscar a tu familia y pronto te los traerá a todos aquí. Por mi parte, me he puesto en contacto con un médico que…

—No quiero tratar con un galeno —la frenó.

¡Había ido a buscar a su familia! No la había abandonado. Se sentía culpable por todo el trabajo que le estaba dando a su marido. Se suponía que una mujer debía hacerle la vida más fácil a su esposo, pero no, ella había llegado a él para complicárselo todo.

—Este especialista no es un simple doctor. Está especializado en guiar a sus pacientes, en hacer que la mente se centre y logre descifrar los enigmas que conscientemente no vemos.

—¿Cómo lo hace? —inquirió curiosa—. Porque no puedo usar láudano ni ningún otro brebaje que me nuble la mente. Ya pasé por eso y no deseo volver a vivir un infierno igual.

—No, no. Ya lo verás cuando llegue, supongo que no tardará mucho en venir. Confió en que estéis todos reunidos cuando el médico se presente. La técnica es la de la concentración. Y siempre es mejor usar un entorno cordial. Los sentimientos son muy importantes. Estarás con el médico y te rodeará tu familia. La protección que te ofrecerán te hará invencible, te lo garantizo. Yo misma me sometí a esa técnica que se te aplicará y logré vencer mis miedos. No tuve un padre cruel, pero mi esposo era un demonio. Para dejar de vivir con miedo, tuve que vencerlo en mi mente.

—Solo le he traído problemas a mi esposo. Estoy segura de que en caso de haber sabido todo lo que conllevaría casarse conmigo, hubiese tomado otra decisión. ¿Por qué tengo que estar rota? ¿Por qué no puedo ser normal? —Zelina se limpió una lágrima rebelde que había escapado de su ojo derecho.

—Las adversidades nos hacen más fuertes todavía. Rothgar lleva una vida esperándote. ¿Crees que se rendiría con el primer obstáculo? Por supuesto que no. El amor es devoción, es sacrificio, es anteponer el bienestar de la persona amada al de uno mismo. Tu esposo no es de los que se rinden. No lo hará jamás. ¿Vas a rendirte tú?

—No —dijo con seguridad.

—Entonces no vuelvas a decir que no te elegiría por encima de todo. Es lo que hacen. Los hombres que valen la pena lo sacrifican todo por nosotras. Sé de lo que hablo. ¿Piensas que no he tenido problemas con mi duque? ¿Que no los tendré en el futuro? Las relaciones son así. Lo importante es no darse por vencido nunca. Hay que levantarse cada mañana agradeciendo lo que se ha logrado, pero

sin olvidar que la pareja debe cuidarse, no dejar que se apague la llama que ha nacido. ¿Entiendes lo que te digo, Zelina?

—Sí, pero no puedo evitar pensar que no merezco a James.

—Lo entiendo, Zelina, más de lo que imaginas.

—¿Sí? —preguntó incrédula.

—Sí, porque yo tampoco creo merecer a Aquiles. Así se llama mi esposo. Dios lo puso en mi camino, y antes que devolverlo me arrancaría el alma.

Zelina le sonrió.

Althea le tendió el plato con el pedazo de pastel que ella aceptó de buena gana.

La duquesa de Rothgar tenía que admitir que el refuerzo que su esposo le había enviado era más que bienvenido.

***

Zelina había encontrado a una buena amiga en Althea. Esos días en los que estuvieron juntas compartieron muchas confidencias y el modo en el que ella le hablaba, podría decirse que contribuía a darle fortaleza.

La duquesa de Darkworth no había llevado una existencia fácil, pero sí muy interesante y ajetreada. Su compañía le sentaba bien. Y desde que Althea llegó, Zelina solo había tenido una pesadilla que la llevó a gritar con fuerza en medio de la noche. Su amiga se había instalado en la habitación de enfrente y velaba por ella, de tal modo que cuando se despertó, Althea estuvo allí de inmediato.

Al sexto día, ambas divisaron un par de carruajes enfilando el camino central de la entrada a Roth Rote.

—Y ahí está tu enamorado con tu familia. Mi tiempo aquí ha terminado, Zelina. Te dejo en buenas manos, si alguna vez necesitas algo, sabes dónde encontrarme.

Las dos se abrazaron y Althea se fue a preparar sus baúles para regresar junto a su familia.

Por su parte, Zelina salió a toda prisa para recibirlos en el porche de la gran finca.

Su esposo fue el primero en bajar, ella corrió a sus brazos, pues James los tenía abiertos para recibirla. La dama dio un pequeño salto y él la atrapó al aire. La abrazó y a continuación le dio un beso del todo incendiario.

—Te amo —susurró ella sobre sus labios—. Tenía tanto miedo de que no regresases a mí —confesó.

—Siempre, Zelina. Siempre volveré a tus brazos. No puedes escapar de tu devoto esposo —bromeó él.

—¡Zelina! —Escuchó a Bonnie llamarla.

Rothgar la soltó y ella corrió hacia la niña para abrazarla con fuerza.

—Mi pequeña, mi pequeña… Te he echado tanto de menos… ¡Oh, Bonnie! Te he necesitado muchísimo —dijo, al tiempo que se aferraba a ella.

La niña no hacía otra cosa más que llorar mientras se abrazaba a su tía.

—No vuelvas a dejarme, tía Zelina. Nunca más… —susurraba una y otra vez.

El rostro de Zelina se movió para buscar al resto de su familia. Al primero que vio fue al señor Mackenzie. Niall permanecía cerca de Rothgar, junto al segundo carruaje.

—¿Dónde está la señora Mackenzie? —interpeló la duquesa, sin soltar a Bonnie.

Vio que Niall tragaba saliva con fuerza. Dejó de observarlo y se centró en Rothgar. Su esposo se veía apenado.

—Fui a Escocia para traerte alegría, cariño, y me temo que no lo he logrado del todo —aludió Rothgar.

La mirada de Zelina regresó al señor Mackenzie.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está? —comenzó a preguntar con lágrimas en los ojos.

—Será mejor que entremos —apuntó Niall consternado.

Lo supo. Zelina lo supo de inmediato.

—No, no, no, no, no… ¡Nooooo! —gritó Zelina con fuerza.

—Se ha ido, se ha ido, tía Zelina. ¡La abuela nos ha dejado! —exclamó Bonnie mientras lloraba.

La duquesa de Rothgar cerró los ojos. El corazón le dolía. Las lágrimas la cegaban. El desconsuelo la volvía a embargar y tal vez no la soltaría nunca.

Su marido se las arregló para guiar a Zelina y a la niña, que se negaba a soltarse de su tía, hasta el interior.

Niall Mackenzie seguía al grupo de cerca.

Entraron en la salita y se sentaron. Por descontado, Zelina tenía prácticamente encima a Bonnie.

—¿Cuándo? —le preguntó la esposa de Rothgar a Niall.

—Hace poco más de dos semanas. Estaba muy enferma. Sufrió un vahído que la hizo caer al suelo, llamé a un médico y… Lo descubrí. No quiso que se lo contase a Bonnie, a nadie en realidad. Te tuvo presente hasta el último minuto. Deseaba que fueses feliz y me prohibió mandarte llamar, pues sabíamos que te habías casado y no quería importunarte. Ya la conocías, era imposible no seguir sus deseos.

Zelina comenzó a entender esa manía que los últimos meses le sobrevino a la señora Mackenzie de hablar sobre la muerte y disponer su voluntad al respecto.

—Tuve que haberme dado cuenta —razonó Zelina, con lágrimas en los ojos.

—No te fustigues, Zelina —recomendó el escocés—. Mi madre no querría verte triste. Ella está con mi padre ahora, y con mis hermanos. Murió en su tierra, la hemos enterrado junto a su esposo. Oficiaremos un servicio religioso en Londres, tal y como eran sus deseos.

—La abuela me dio una carta para ti —intervino Bonnie, quien se había calmado ya—. Dejó muchas misivas para mucha gente. A mí también me dio una.

—Dios santo… —sollozó Zelina, sin poder creerse que la mujer que hacía tanto tiempo que cuidaba de ella ya no estuviese en el mundo de los vivos—. Disculpadme, yo… no puedo… No puedo… —La duquesa se levantó del sofá, con Bonnie todavía agarrada a ella.

—No pienso separarme de ti —le dijo la niña.

—No quiero soltarte. —Zelina miró a su esposo—. Necesito un momento. Estaré en mi habitación con Bonnie. La duquesa de Darkworth está preparándose para marcharse, por favor, agradécele en mi nombre todo lo que ha hecho. —Se giró para mirar a Niall—. Señor Mackenzie, era su madre, pero también era la mía, aunque no me diese la vida, y preciso de unos momentos para…

—Ve, Zelina —le dijo el escocés.

Con eso, la esposa de James salió de la salita para encerrarse en su habitación con Bonnie. Subieron al primer piso y la pequeña sacó el papel que llevaba en su retículo. Se lo tendió.

Las dos se acurrucaron en la cama de la duquesa preparadas para leer.

Mi querida niña:

Si estás leyendo esto, significa que al fin me he reunido con el resto de mi familia. Soy dichosa, mi Zelina, porque habré partido de este mundo

sabiendo que dejo a mi familia feliz. Mi hijo se ha casado también, su esposa está esperando un bebé que nacerá antes de tiempo, si es que entiendes lo que quiero decir.

—¿Por qué nacen los niños antes de tiempo? —la interrumpió Bonnie. Zelina estaba leyendo en voz alta la carta.

—Tu abuela se refiere a que el niño nacerá y ella ya no estará para verlo —improvisó. Demasiado bien sabía ella que Niall y su reciente esposa habrían adelantado sus votos, y de ahí que el bebé naciese antes de los nueve meses de rigor tras celebrarse la boda.

—Ah, sigue, tía Zelina.

Los montañeses son así. Ansiosos cuando tienen claro lo que desean. Mi bruto escocés era igual. He estado pendiente de ti en todo momento. Los periódicos llegan tarde, pero he visto el anuncio de tu matrimonio publicado. No me gustaba el duque de Rothgar. No cuando era posible que te pudieses desposar con mi hijo. Ya ves, mi querida Zelina, que el destino tenía otros planes para ti. La vida te debe tanto, mi pequeña. Te he querido como si fueses mi propia hija.

—Yo también, señora Mackenzie —dijo Zelina en alto.

—Padre dice que ella está en un lugar mejor, que no debo estar triste, pero la echo de menos, tía Zelina.

—Lo sé, tesoro. Tu abuela era una mujer excepcional. Única.

—No la vere…mos má…s —sollozó la muchacha.

—Siempre estará para nosotras. En nuestro pensamiento, Bonnie. Mientras la recordemos, ella estará con nosotras —repitió. Y lo creía, porque era por eso por lo que no se permitía que Zelda saliese de su mente.

—Sigue leyendo.

Estamos de paso en esta vida, mi Zelina. Es la grandiosidad de nuestra corta existencia. Los días pasan y la vida se va en un suspiro. No pierdas ni un minuto, disfruta de lo que has conseguido, mi niña. Eres

duquesa de nuevo, pero esta vez lo serás con un buen hombre a tu lado. No creerás que no investigué a Rothgar en su momento. Un pícaro, si quieres saber mi opinión, pero ¿qué hombre no lo es? Te dará hijos, te hará feliz y logrará que olvides todo lo triste que viviste. No mires atrás, mi dulce Zelina. El presente es efímero, vive como yo lo he hecho, como si cada día fuese el último de tu vida. Arrepiéntete de lo que no has hecho, no de lo que te hubiese gustado hacer.

Y mi Bonnie… Mi Bonnie es mi pesar, Zelina. No la veré convertida en mujer, casada y alumbrando a mis bisnietos, pero te tiene a ti para velar por ella. Mi nieta está preocupada porque su padre tiene otra familia.

—Es verdad, Isla, así se llama la esposa de padre, no es mala, pero ella no es mi madre, y…

—Oh, tesoro. El amor es infinito, hay suficiente para todos. Tu padre no te daría nunca la espalda.

—Me dejó, Zelina.

—¿A qué te refieres?

—Siempre está viajando, trabajando dice, pero ¿cuánto tiempo ha estado en verdad a mi lado? Si no fuese por la abuela y por ti, yo me hubiese criado con institutrices, como Cristine Lowell.

—La situación de la señorita Lowell es diferente, tesoro. —Zelina sabía a quién se refería su sobrina. Esa muchacha no tenía a mano a nadie de su familia.

—¿Lo es? Yo creo que no. Su padre trabaja tanto como el mío, y como no tiene madre, ella solo cuenta con su fría institutriz.

Zelina no supo qué decir al respecto.

—Será mejor que siga leyendo —dijo la duquesa de Rothgar.

Recuérdale a mi nieta que tú y yo no compartíamos la misma sangre y que eso no nos impidió querernos como una madre y su hija. La esposa de Niall es una buena escocesa, fuerte, temperamental y dura, justo lo que necesitaba mi hijo, sin embargo, Bonnie es una señorita inglesa. Debí

haberla curtido mejor, pero Londres ablanda hasta al cardo escocés más salvaje. Mi nieta es mi tesoro más grande, Zelina. La dejo en tus capaces manos para que la guíes. Haz que ella sea feliz, usa todos los recursos de los que dispongas para que consiga todo aquello que se proponga. Incluso si eso te lleva a visitar a la Duquesa X, tal y como yo hice por ti.

—¿Quién es la Duquesa X? —intervino Bonnie.

—Una casamentera. —No mentía. Tal vez fuese algo más escandaloso que lo afirmado, pero para Zelina había sido justo lo que acababa de decir, pues Morgan Pusset la llevó hasta un matrimonio que había sido todo un acierto.

Zelina comenzaba a entender al fin la motivación que llevó a la señora Mackenzie a llevarla al hogar de la que era conocida como la Duquesa Infame. Lo tenía todo previsto. La anciana era conocedora de que su salud era débil y por eso usó su último cartucho con el fin de dejarla asentada con Rothgar. Le debía tanto a esa mujer…

El corazón se le encogió.

No podría darle las gracias ya.

—La visitaremos si no soy capaz de elegir a un buen pretendiente.

—Lo haremos —convino Zelina.

—Sigue leyendo, tía Zelina.

Llora mi muerte, querida niña, porque es lo que hacemos cuando alguien importante se va, pero no más de lo necesario. La vida es un regalo, ya te lo he dicho unas líneas atrás, así que no pierdas el tiempo, sigue adelante. Vive, lucha por tu felicidad. Confía en ti misma, porque eres mucho más fuerte de lo que pareces. Te dejé sola para que averiguases si tu duque era lo que precisabas y lo hiciste muy bien por tu cuenta.

Mereces todo lo bueno que te suceda.

XXX

La abuela Mackenzie

Posdata: No dejes que Bonnie se case con un enclenque inglés. Búscale un escocés robusto y apuesto, o al menos con ascendencia escocesa.

—No está. Ya no la veremos más, tía Zelina —recordó la niña, mientras se abrazaba con más fuerza a la duquesa.

—Tu abuela es posiblemente la mujer más sabia que conoceremos nunca.

—¿Fue así? ¿Ella te llevó hasta tu esposo?

—Sí, tesoro.

—Es el que te persiguió en el baile de los Swen, ¿verdad?

—Sí, fue él.

—Cuando lo vi llegar a casa, supe que era tu duque. Es apuesto, pero tan oscuro que da miedo. Le exigió a mi padre que lo acompañásemos porque nos necesitabas aquí. No se lo pidió, fue como te lo digo.

—Estoy segura de que James fue cordial.

—No lo fue. En absoluto. Y sabes bien que mi padre tiene ese aspecto tan feroz, pero tu esposo no se acobardó. Sin conocerlo le dijo que respetaba su luto, pero que no había tiempo que perder.

—¿Cómo sabes todo eso, Bonnie? —preguntó acusadora, pues era una conversación que seguramente ambos caballeros habrían tenido sin que la niña estuviese presente.

—Porque los espié.

—Me lo imaginaba… —susurró Zelina.

—Lo escuché todo.

—¿Qué oíste exactamente?

—Sé que ya sabes que tu hermana gemela está en el mismo lugar que la abuela. Y también que las pesadillas van a peor.

—Veo que los espiaste a conciencia.

—Tenía que saber sobre ti y ellos no iban a contarme nada. Así que pegué la oreja a la puerta.

—Dudo mucho que lograses escuchar algo de ese modo. Las puertas son macizas.

—La abrí con discreción —reconoció.

—¿Qué es lo que quieres preguntarme, Bonnie? —La sentía moverse inquieta en su abrazo.

—Tendrás bebés y un nuevo sobrino en cuanto logres encontrar al hijo que tu hermana dio a luz.

—Ya veo que mi esposo se lo contó todo con gran detalle a tu padre y que tu oreja escuchó perfectamente la conversación.

—Lo peor de todo es que lo volvería a hacer, tía Zelina. Es un secreto familiar que me llevaré a la tumba. Te lo juro, pero no me arrepiento de haberlos espiado.

—¿Has tenido tú pesadillas?

—No. Ni una sola desde que me fui a Escocia.

Le tocó el turno de inquietarse a Zelina. Si Bonnie había estado separada de ella y no había sufrido ninguna oscura pesadilla, eso significaba que todo era por su culpa. Seguramente la distancia había roto el vínculo que habían compartido desde que la niña era un bebé.

La duquesa de Rothgar se lamentó por ser la causa del sufrimiento de su sobrina.

—Tal vez tienes esos sueños por mi culpa, Bonnie —dijo en un susurro.

—La abuela decía que era porque estábamos muy unidas.

—Lo sé.

—Pero ahora no viviremos juntas…

—Estoy segura de que tu padre nos permitirá llegar a algún acuerdo sobre largas estancias en casa de tu querida tía y que…

—No será lo mismo. Mi vida ha cambiado de repente. Mi padre vive con una mujer a la que no conozco y a la que no sé si le agrado, mi abuela no está y tú le perteneces a él. Creo que el duque de Rothgar no me gusta. No, no me gusta.

—Estás exagerando, tesoro.

—No. Y no sé si quiero que venga ese médico que va a ayudarte a recordar tu pasado, porque encontrarás a tu sobrino y yo dejaré de ser tu sobrina favorita —apuntó enfurruñada.

Zelina le acarició el cabello. Definitivamente Bonnie escuchó toda la explicación que Rothgar le ofreció al señor Mackenzie.

—Eres fundamental para mí, Bonnie. No importa si la distancia o el tiempo nos separa, yo nunca podría olvidarte. Eres como una hija para mí, como yo lo fui para tu abuela. Eso no puede romperse. Ahora háblame de la carta que te dejó tu abuela.

La niña sacó el papel y comenzó a leer el texto. La anciana le había dado muchos consejos sobre la idoneidad de elegir a un buen hombre escocés para casarse. Le decía que no se dejase embaucar por ningún truhan. Y más o menos le pedía que viviese con intensidad el resto de su vida, tal y como le había recomendado a Zelina.

El resto del día lo pasaron juntas, encerradas en la habitación de la duquesa, recordando anécdotas que protagonizó la señora Mackenzie. Fue una buena conversación para honrar su memoria.

Por descontado que hubo lágrimas, pero sobre todo quedaba el amor de una gran escocesa desinteresada, que incluso desde la tumba era más que capaz de darles a ambas una lección sobre cómo vivir y qué esperar de la vida misma.

Capítulo 15

Despertar y vivir

Aquella noche, Zelina decidió poner en práctica el consejo que la abuela Mackenzie le había dado. La existencia era efímera. No había un segundo más que perder.

Después de dejar acostada y arropada a Bonnie en una cómoda habitación cercana a la suya, junto a la que su esposo le había dado a su padre, ella se encaminó hacia la habitación de James ataviada con un sencillo camisón de lino blanco. Se había peinado el pelo con atención, su lustrosa cabellera castaña le caía por los hombros, quería ofrecer su mejor aspecto, aunque seguramente no lo lograría, dado que sus ojos estaban terriblemente irritados.

Entró y vio a su marido sentado frente al pequeño escritorio que tenía en sus habitaciones.

—Sigues despierto —observó Zelina sintiéndose tonta.

—Tenía mucha correspondencia que leer.

Su esposa se acercó a él.

Los ojos de Rothgar se posaron en los de Zelina. Lo observó apartar la mirada de inmediato. Ella se temió lo peor.

—No me gusta verte llorar.

—Ahora no estoy llorando —le dijo ella.

—Pero lo has estado haciendo durante todo el día.

—Lo siento.

—No te disculpes, por amor de Dios, Zelina.

—Tengo que hacerlo, James.

—No conmigo.

—Especialmente contigo —rebatió ella.

—No me interrumpas, Zelina. —Se puso muy serio. Ella tragó con fuerza—. Presta atención. Moveré montañas, realizaré milagros si hace falta, y pese a hacer todo eso y más por ti, no quiero ni tu gratitud ni tus disculpas. Solo deseo que me ames. ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió.

—¿Cómo no hacerlo, James, si eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida? —le aseguró—. Y, sin embargo, no he podido dejar de pensar en… —Se silenció.

—¿En qué?

—Tengo miedo, James.

—¿De qué?

—Te marchaste y creí que…

—¿Qué? —la azuzó.

—No lo sé, Althea me explicó lo que pretendías hacer, pero no podía dejar de pensar en que tal vez fuiste a Londres a… —Volvió a silenciarse.

—¿A qué tendría que haber ido a Londres? Althea se ha marchado, por cierto, y espera que todo salga bien.

—Siento no haber podido despedirla.

—Háblame sobre los asuntos que podrían haberme llevado a Londres —decidió retomar el hilo principal de la conversación.

—No me sorprendería que quisieras…

—Habla, Zelina —le dijo con impaciencia.

—Divorciarte de mí —murmuró.

Se puso de pie tan rápido que la silla se volcó.

—No, por supuesto que no. ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante idea? ¿Acaso quieres tú el divorcio? —le preguntó tenso.

Ella negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no —repitió al igual que él.

—Hablas de divorcio, esposa. ¿En qué otra cosa puedo pensar más que en que desearías librarte de mí?

—No quiero divorciarme —susurró ella—. Es lo último que desearía. —Además, era tremendamente caro y supondría todo un gran escándalo. Era casi imposible lograr el divorcio. Eso sin olvidar que estaba completamente enamorada de él.

—Y no vas a hacerlo —zanjó.

—Te fuiste sin mí, James.

—Dices que Althea te lo ha explicado.

—Y lo hizo, pero me dejaste atrás. Entiendo que pudieses necesitar un descanso de mí… No paraba de pensar en los motivos por los que un hombre como tú, alguien que podría tener a la mujer que quisiera con solo chasquear los dedos, podría quedarse conmigo. No funciono bien, James. Soy como un reloj al que se le da cuerda y no logra ponerse en hora.

El duque le colocó el dedo índice debajo de la barbilla y la obligó a mirarlo porque ella mantenía la mirada gacha.

—¿Eso creíste? ¿Que me fui de tu lado porque necesitaba descansar de ti, Zelina?

—Este es tu hogar, y llegué aquí para ponerlo todo patas arriba. Te he robado tantas cosas… y te he dado tan poco a cambio. Puedes decirlo, te he arruinado la vida y es por tu honor por lo que no estás dispuesto a darte por vencido. Eres un hombre excepcional, James. Lo

vi aquella noche en la que te disculpaste una y otra vez. Hubiese sido fácil forzarme, pero tu honor no te lo permitió.

Él sabía de qué recuerdo estaba hablando. Fue cuando la siguió a su habitación.

—Me disculpé porque me equivoqué al juzgarte como una viuda mundana. No vuelvas a decir que me has arruinado la vida, Zelina. Ni tan siquiera lo pienses. Estoy contigo porque eres la esposa a la que estaba destinado. Yo te amo.

—Mírame, James. ¿Cómo puedes amarme con todo lo que llevo detrás? Mi carga es pesada. No logro avanzar. Y sé que me he convertido en un lastre para ti.

Rothgar la envolvió en un abrazo protector. Ella descansó la mejilla sobre su pecho.

—Si eres un lastre, no me imagino lo que será sentirme dichoso, cariño. Porque no hay nadie más importante que tú.

—Te prometo que lo haré mejor. Por favor, solo… Confía en que lograré salir de esta. Lo conseguiré. Aunque tenga que enterrar mi pasado, lo haré. No quiero perderte, James. No me abandones —le rogó.

—Escucha.

—¿El qué? —preguntó ella cuando él se quedó callado.

—¿Oyes el latido de mi corazón?

—Sí.

—Late por ti. Solo por ti, Zelina.

—Te amo muchísimo.

—Lo sé.

—Tengo miedo de que un día te levantes y…

—Eso no va a pasar, cariño. ¿Tan voluble me crees? —inquirió,

intuyendo lo que ella no había terminado de apuntar—. Tienes mi corazón y no me daré por vencido contigo. Estamos teniendo un inicio complicado, eso es todo. El médico que Althea nos ha mandado lo arreglará en cuanto llegue. Eres fuerte, cariño. Con un poco de ayuda estoy convencido de que lo lograrás. Solo piensa que serás capaz de encontrar las pistas que necesitas sobre el niño y lo conseguirás. Enfrentaremos esto juntos, porque somos más fuertes cuando estamos unidos.

El uno sabía que poseía al otro por completo.

Zelina había visto la grandeza que había dentro de James. El duque se hacía una clara idea de la mujer que había elegido. Ella era fuerte, no descansaba ni se rendía por los suyos. La lucha que mantenía en nombre de su hermana era la prueba más palpable. Se enorgullecía de Zelina. Rothgar se juró que no la dejaría escapar. La haría feliz, le daría todo lo que Zelina necesitara o deseara. Al precio que fuese. Tenían un futuro juntos, un presente que acabaría asentándose.

El duque apoyó la mano en la nuca de su esposa y se inclinó para rozarle los labios con los suyos. Eran tan dulces, plenos y suaves… No pudo evitarlo y pronto su lengua buscó la de Zelina.

—Has comido tarta de manzana —observó él.

—Me encanta la tarta de manzana.

—A mí también, en especial si la saboreo de ti. —Se abalanzó de nuevo para besarla.

Y con ese beso Zelina se dio cuenta de que deseaba su contacto. De que ansiaba sus caricias, su toque. Habían sido unos días interminables sin su cercanía. Lo deseaba. Necesitaba que la hiciese despertar, que le demostrase la grandeza de la vida. ¡Por Dios, cuánto lo amaba!

Ella levantó una mano para acariciarle la mejilla. Notó que tenía una barba incipiente.

—Hoy no estás suave —murmuró contra los labios de su marido.

—No creía que tendría motivos para afeitarme esta noche. Te pido disculpas —le dijo por no haberse preparado mejor.

—No era una queja.

—Mejor, porque no deseo parar para rasurarme ahora.

—¿James?

—¿Sí, cariño?

—Llévame a nuestra cama.

La invitación hizo que su duro eje se tensase todavía más, si era eso posible.

La necesitaba.

No había previsto que esa noche ella acudiría a él. Por más que luchó contra el impulso de ir a buscarla cuando se encerró en su habitación, se había prometido ser paciente, dejarla con su duelo, con esa niña que le había iluminado la mirada. Ah, pero su esposa estaba frente a él. Lo había buscado. Lo necesitaba también y ese sentimiento lo embargó de un modo indescriptible. Estaba frenético, ansioso por verse envuelto en el calor de su feminidad. Era preciso estar dentro de ella, demostrarle lo mucho que la amaba.

James colocó de nuevo su boca en la de ella y le introdujo la lengua mientras le acariciaba los hombros, la espalda. La apretó para que ella sintiese su virilidad.

—Eso es lo que me haces. Apenas te he visto y ya estaba listo para ti, cariño.

Zelina se envalentonó y comenzó a besarlo para tornar el gesto en una cruda necesidad. Ambos estaban gimiendo. James sabía que estaba perdiendo el control. De tal modo que no tardó más que unos pocos segundos en separarse de su esposa y la alzó en brazos, con intención de llevarla al lecho. Le haría el amor con devoción. Ambos

lo precisaban y se aseguraría de que ella alcanzase la liberación antes que él. Aunque fuese un trabajo hercúleo, lo lograría.

La depositó en la cama y luego apagó las velas de la habitación.

—Hoy serás mía en la más estricta oscuridad, cariño. Porque quiero que sepas que cuando la luz desaparece, yo siempre estoy ahí para ti. Deja que sea tu sueño hoy, permite que te haga olvidar tus pesadillas. Yo reemplazaré el temor por amor, Zelina.

—Ven a mí, James. Porque te he echado terriblemente de menos. Hasta que no has vuelto y me has confirmado que no me dejarás, no he podido estar tranquila.

—Tuyo y mía. No hay más, cariño.

Él ya se había quitado toda la ropa. Ella se había sacudido el camisón en cuanto la dejó sobre la cama.

James se tendió a su lado, sobre la cadera derecha, y empezó a acariciarle la cara interior del muslo. En respuesta su esposa abrió las piernas en una invitación muy clara. Los dedos de James no tardaron demasiado en rozar ese dulce nudo que palpitaba con fuerza.

Masajeaba sabiendo bien el ritmo que darle, el lugar exacto donde rozar con mayor fricción. Era desquiciante, y a la vez dulce.

Zelina, tumbada sobre el lecho, tal y como estaba, dejó caer la cabeza atrás, con los ojos cerrados, y emitió un gemido que su esposo encontró incendiario. El placer que ella estaba recibiendo era casi insoportable. Él también estaba disfrutando al verla tan lasciva, tan hambrienta. Sin dejar de acariciar su punto más sensible, se sirvió de la otra mano para penetra lentamente su vaina, el cuerpo femenino reaccionó por instinto, moviendo lentamente las caderas al ritmo que los dedos de él marcaban en su interior.

Era delicioso.

—Estoy en casa —lo escuchó ella—. Estoy al fin en mi hogar y quiero verte alcanzar el éxtasis, cariño. Mírame —le ordenó.

Zelina se obligó a enfocar su vista en la de él. La oscuridad no le permitía ver demasiado, pero él se acercó para poner su boca sobre la de ella.

—James… James… —No tardaría mucho en abandonarse a sus caricias. A la lujuria que le proporcionaba.

—Dámelo, Zelina. Dame lo que me pertenece.

Ella gimió sin contención. Él se tragó el aullido cuando la besó con fuerza. Satisfecho por haber cumplido su promesa de darle placer a su esposa primero, la cubrió con su cuerpo.

Una vez sobre ella la besó. Otro beso largo, pasional y ansioso mientras sus manos le acariciaban los pechos antes de caer hacia la curva de las caderas.

Zelina se obligó a no permanecer pasiva. Le colocó una mano en el torso y poco a poco fue bajando, para buscar su virilidad. Lo rodeó y comenzó a moverlo tal y como él mismo le había enseñado a hacerlo. Caricias certeras, con una buena presión.

Supo que lo estaba haciendo bien cuando se dio cuenta de que la respiración de James se aceleraba y sus gemidos eran más profundos. El gemido que él dio, más bien fue un áspero gruñido lleno de lujuria y tan intenso que hizo que ella se mostrase más audaz. Comenzó a frotarlo con mayor ahínco. Pero él no le permitió que la hazaña durase mucho más. Le sujetó la mano y la detuvo.

—Estoy a punto de perder el control y cuando eso llegue quiero estar enterrado en lo más profundo de tu ser.

La volvió a besar para acallar lo que sabía que iba a ser una réplica.

Mientras la besaba otra vez, introdujo la rodilla entre sus piernas para hacer que ella se abriese todavía más. Zelina comenzó a frotarse contra la punta de su virilidad, lo que provocó que él estuviese a punto de deshonrarse de nuevo.

—Deja que entre en ti, Zelina. No me pongas en evidencia —le rogó.

Ella se sonrió, encantada porque podía ser igual de audaz que su marido.

Apoyó su miembro en la entrada y se deslizó poco a poco, pero la pícara desvergonzada subió las piernas sobre sus glúteos y lo obligó a penetrarla de un modo rápido.

—¡Diooooos! —gruñó James, cuando se encontró hundido hasta la empuñadura.

Su ardiente nudo de placer volvía a palpitar.

—No te detengas, cariño —le pidió Zelina.

James le hizo caso y empezó a moverse con un buen ritmo.

El placer que se daban el uno al otro, en esa suave danza de acoplamiento, no tardó en tornarse insoportable.

Ninguno de los dos pudo contenerse.

El duque no quería retrasar más su liberación, así que fue el primero en culminar. Se arqueó, echó la cabeza hacia atrás y cuando estaba a punto de gemir con fuerza, sintió que ella lo apresaba para tragarse su placer con un beso, tal y como había hecho él mismo.

La intensidad con la que comenzó a derramar su simiente en su interior fue sublime. Tanto, que Zelina se dejó ir a la misma vez que él. Juntos llegaron al clímax.

Todavía con su esposo en su interior, pues uno y otro eran reacios a separarse, ella lo abrazó e hizo que James se derrumbase sobre su cuerpo.

—Te aplastaré, cariño.

—No me importa. Te necesito así, pegado a mí. No vuelvas a separarte de nosotros.

—Nunca… —James colocó los codos sobre el lecho para incorporarse un poco y quedarse frente a su rostro—. ¿Has dicho nosotros, Zelina?

—Sí, esposo. Ya no somos solo tú y yo.

—¿Estás diciendo lo que creo?

—Sí, vamos a tener un bebé. Un precioso bebé nacido del amor.

—¡Dios! Cuando no creía que podrías hacerme más feliz… Vas y lo logras. Eres formidable, Zelina. La mejor esposa que un hombre pudo haber escogido —afirmó con lágrimas en los ojos. Era una suerte que la oscuridad los estuviese envolviendo porque un hombre no debería mostrarse tan vulnerable.

¡Un hijo! Iban a tener un hijo…

James no se lo podía creer.

Nada iba a detenerlos ya.

Salvo que esa noche, horas más tarde, Zelina no fue la única que gritó en medio de la noche. Se unió a la acción Bonnie.

Fue curioso ver al señor Mackenzie en calzones en medio del pasillo. El mismo estado presentaba James, pues se los puso de inmediato cuando llegó el chillido desde el otro lado de la puerta.

Y el duque tuvo los suficientes reflejos para calzarle a su esposa el camisón, antes de que saliese a toda prisa en busca de la niña.

—¿Cuándo llegará ese médico del que hablaste? —preguntó Niall, sin formalidad, mientras Zelina abrazaba a Bonnie y la una y la otra se consolaban.

—Confío en que lo haga en un par de días. La duquesa de Darkworth, la dama con la que te topaste antes de que se marchase —le aclaró—, le informó de que yo le ofrecería un buen incentivo para que no se retrasase demasiado. ¿Tu hija tiene pesadillas a menudo? —se interesó.

—Las ha tenido desde pequeña —le informó el escocés.

—Ya veo… —Rothgar deslizó los ojos de Niall hasta centrarse en su esposa. Las dos se veían igual de agitadas. Como si… como si hubiesen estado soñando lo mismo. ¿Qué misterio sería ese?

Zelina se veía muy afectada.

Si el galeno ese que tenía que obrar un gran milagro no llegaba al día siguiente, él mismo iría a la ciudad a buscarlo.

Capítulo 16

La hora de la verdad

Aquella mañana, habían sacado un par de monturas de las cuadras. Bonnie no había tenido nunca un caballo y quería aprender a montar.

Niall y Zelina figuraban en un lateral, mientras que James se había ofrecido a darle un par de lecciones a Bonnie y era eso precisamente lo que estaba haciendo el duque bajo la atenta mirada del padre y de la tía de la niña.

—Tu esposo es muy insistente —observó el escocés.

Zelina le sonrió.

—Lo sé, señor Mackenzie.

—Tantos años y sigues tratándome con la mayor de las formalidades, Zelina. Aunque es comprensible, he estado demasiado volcado en mi trabajo, en las granjas de ovejas de Escocia, y os descuidé a las tres. Di por supuesto que al estar con mi madre no precisaríais nada más.

—No, señor Mackenzie. Si le he hablado siempre con la debida etiqueta es simplemente porque no sé mostrarle gratitud de otro modo. Usted hizo mucho más por mí de lo que se imagina. Estaré siempre en deuda con usted. En cuanto a su madre, sí. Ella fue todo cuanto Bonnie y yo necesitamos. Su partida ha sido un duro golpe —reconoció apenada.

—Lo ha sido —estuvo de acuerdo—. No estoy satisfecho con las

atenciones que le dispensé a mi madre. Solo se sabe lo que se pierde cuando ya no está.

—Es cierto, pero debe saber que su madre le adoraba a usted. Estaba muy orgullosa de su hijo. Allí donde fuese, siempre presumía de su gran y formidable escocés. Su Niall.

—Lo hacía, ¿verdad? —inquirió con una sonrisa.

—A todas horas. No había una conversación en la que no sacase a colación que su hijo esto o aquello o lo otro. Ella entendía que usted se debía a sus obligaciones. Tanto ella como su hija, y yo misma, tuvimos suerte de que se hiciese cargo de nosotras.

—Gratitud.

—Eso.

—Tu esposo también habló de gratitud cuando llegó a mi casa. Se deshizo en halagos sobre la forma en la que me había ocupado de ti, aunque eso ciertamente fue obra de mi madre —reconoció— para luego exigirme que lo acompañase junto con Bonnie por un asunto urgente.

Zelina le sonrió.

—El duque es un hombre magnífico, aunque supongo que sus formas no debieron de ser las adecuadas —sospechó.

—Puede ser más rudo que yo mismo. En cuanto a que es magnífico, eso me dijo mi madre. Imagino que la señora Mackenzie tuvo algo que ver en… bueno, hizo de casamentera o algo así, ¿no?

—Sí, intuyo que la señora Mackenzie sabía desde hacía tiempo que su salud no era buena y se aseguró de dejarme asentada.

—Pretendía que tú y yo nos casásemos. Te lo dijo también, ¿verdad?

Ella se sonrojó.

—Algo comentó en su momento.

—Nunca te vi como algo más que una… —No supo cómo terminar la frase y se silenció.

—¿Una amiga? —lo ayudó ella.

—Sí, podría decirse que sí, porque, aunque te dejó su título, nunca me gustó pensar en ti como la esposa de Lionstar.

—A mí tampoco —apuntó con sinceridad.

—Me he casado, por cierto.

—Lo sé. Su madre me lo explicaba en la carta que me dejó.

—Voy a ser padre.

—Enhorabuena. Le ofrezco mis más sinceras felicitaciones. Es una gran noticia.

Niall la miró durante un breve espacio de tiempo.

—Te lo contó en la misiva. Mi madre te lo ha debido decir por carta. Estoy seguro de que incluso te advirtió de que yo y mi esposa… Bueno que los dos… —No quería decir que adelantaron sus votos, aunque sospechaba que Zelina lo sabía.

—La llegada de un niño siempre es un motivo de alegría. Imagino que Rothgar le explicó lo referente a mi hermana.

—Sí. Tuvo un niño. Yo no estaba al tanto de ese detalle.

—Casada o no, su pequeño era inocente de todo pecado.

—Verás, si te soy sincero no pensaba venir, no porque no quisiera ayudarte, sino porque he dejado a mi mujer atrás y lleva a mi hijo, te imaginarás lo que me ha costado tener que partir sin ella. Isla, así se llama mi mujer, está teniendo un embarazo complicado y espero estar pronto de regreso. Tu marido es persuasivo, pero a un hombre nadie es capaz de obligarlo a hacer algo que no desee. Después de hablar con Isla y explicarle un par de cuestiones, ella me animó a hacer lo correcto, porque tenía que hablar contigo de un asunto urgente.

—¿De qué se trata?

La mirada del escocés se movió hasta donde su hija estaba con el duque. Bonnie montaba a caballo, con James guiando la montura con una cuerna. La niña cabalgaba en círculos.

—¿Es seguro dejar a mi hija con tu esposo?

—Completamente, no permitirá que se caiga del caballo.

Él asintió.

—Demos un paseo, Zelina. —Niall le ofreció el brazo y ella lo tomó. De pronto lo sentía muy rígido.

—Si es algo referente a su madre, yo… —comenzó a decir Zelina cuando él se puso a mirar al frente y a caminar más rápido de lo que ella había imaginado.

—No —dijo escuetamente.

La duquesa de Rothgar lo veía muy serio, como si estuviese ordenando sus pensamientos.

—Verás, Zelina... —Ella lo escuchó suspirar. Se tomó un momento y continuó unos minutos más tarde para decir—: Mi primera esposa, Cristhel, era una belleza sin parangón.

—Lo recuerdo. La señora Mackenzie solía contarnos que la hermana de Lionstar lo vio a usted y se quedó prendada también.

—Así fue. Llegué a Londres, porque era el lugar al que todos los caballeros debían peregrinar para ver a lo mejor del mercado matrimonial. Mi madre me obligó a venir, lo cual es curioso porque siempre decía que tenía que haberme casado con una escocesa, pero todos sabemos que la mente de Lyla funcionaba de una forma diferente al resto.

—Yo creo que lo trajo a Inglaterra para presumir de usted.

—Sí, eso podría ser cierto. Supongo que no imaginó que pudiese enamorarme tan rápido. Vi a Cristhel y solo… ocurrió. Lionstar se

volvió loco cuando su hermana le dijo que si no se casaba conmigo no lo haría con nadie. Te imaginarás que no fue bonito ni agradable lo que sucedió a continuación.

—No recuerdo haber conocido a Lionstar antes de mi boda, y los efectos del láudano que me dieron para que accediese a casarme con él duraron lo justo para que, aquella fatídica noche, yo comprendiese el embrollo tan grande en el que mis padres me metieron —dijo con sinceridad, pues él sabía toda su historia.

—Lo sé, lo sé. Atiende, Lionstar creo que solo tenía una cosa buena.

—Lo dudo mucho. —La persiguió por toda la habitación, la abofeteó y la dejó sobre la cama con el fin de que ella cediese. Morand era el demonio, pero Lionstar era su hermano menor.

—Sí, lo único bueno que él tenía era la devoción que sentía por su hermana. No sé si fue por la diferencia de edad tan grande que había entre ambos, o porque… Lo cierto era que mi esposa era muy fácil de amar. Lo difícil era seguir queriéndola, pues sus cambios de humor, sus caprichos… Me puso a prueba muchas veces. No me di cuenta de la naturaleza de ella hasta más tarde. Eso no quiere decir que hubiese podido dejar de amarla, porque yo la quería muchísimo. Es un amor distinto al que siento por Isla. Soy ahora más maduro, no tan joven y temperamental. Posiblemente en estos momentos me lo pensaría mejor a la hora de enfrentarme a un duque, más a uno como el que era Lionstar.

—¿Soy una mala persona por no haber sentido ni una pizca de lástima cuando Lionstar falleció?

—No. Sé en las condiciones que te encontré y no sospeché ni por un instante las causas que te llevaron a casarte con él. Ninguna mujer tendría que pasar por eso nunca. Te juro, Zelina, que, si hubiese sabido que no estabas en plena posesión de tu mente habría intervenido, pero tu padre…

—Lo sé. Me lo ha dicho usted muchas veces. Créame cuando le

digo que Morand sería capaz de venderle su propio ron a un pirata. No podría hacerle a usted o a su difunta esposa responsables de lo que me ocurrió.

Él afirmó con la cabeza.

—Como te estaba diciendo, Lionstar solo amaba a su hermana y por ella lo hubiese dado todo. Y ahí tienes la razón por la que se me permitió casarme con ella. Cristhel amenazó con salir de su vida y él recapacitó. Si cuando el día que lo conocí él deseaba matarme, después se mostró cordial y atento. La adoraba, creo que es lo único que Lionstar ha amado en su vida, a su hermana pequeña. Creo que no te lo he dicho nunca, pero la madre de él solo tenía catorce años cuando lo alumbró. Su padre era significativamente más mayor que esa cifra, no recuerdo con exactitud cuánto, pero imagino que él desarrolló una fijación por las muchachas jóvenes debido a eso. O tal vez no fuese por eso, pero siempre lo he visto prendado de damas no mayores de veinte años. De hecho, su primera esposa era tan pequeña, tan hermosa, que parecía una niña pese a tener una edad adecuada. Tú eras preciosa también, Zelina, así que no fue de extrañar que le llamases la atención.

—Se lo agradezco —dijo cohibida.

—Bueno, me he desviado de la conversación. Retomando el hilo, seguiré explicándote que, tras los primeros años de mi matrimonio Cristhel cambió muchísimo. Se le agrió el carácter porque los niños no llegaban. Y en verdad no creo que hubiesen podido llegar nunca —dijo, para después suspirar.

—Así que Bonnie fue el milagro siempre tan esperado —apuntó llena de ternura.

—Sí. Bonnie fue un milagro más que bienvenido y esperado. Pero ella no es hija mía, Zelina.

Al decirle esa frase, la duquesa de Rothgar frenó en seco y dejó de caminar. Niall tuvo que pararse también. La observó soltar su brazo y separarse de él.

—¿Por qué me está confesando un secreto que es suyo y solo suyo, señor Mackenzie? —Zelina tenía la piel erizada. No sabía exactamente a qué atenerse con dicha revelación, pero no estaba cómoda con la conversación.

—Porque tu esposo habló de tu hermana. Una muchacha embarazada que desapareció, de cuyo hijo tampoco se sabe su paradero. ¿Y si no dio a luz a un niño, Zelina?

—Hable claro, señor —dijo con autoridad.

Si él estaba insinuando lo que ella creía… No podría enfrentar algo así.

Niall la vio dar un paso atrás. Como si ella pensase salir huyendo de inmediato. No se atrevió a moverse de su lugar ni a tomarle la mano para evitar que echase a correr.

—Escucha la historia hasta al final y luego juzga como creas conveniente.

—No sé si quiero… —murmuró.

—No estoy diciendo que Bonnie sea hija de tu hermana, pero sí que hay muchos indicios para considerar que pudiese ser así.

Zelina se llevó una mano a la boca para amortiguar el grito que salió.

—¿Por qué me cuenta esto ahora? —preguntó sintiéndose mareada.

—Escúchame y lo entenderás. —Ella se obligó a quedarse en su lugar, a no echarse a llorar y a oírlo con paciencia. No fue tarea fácil —. Cuando Cristhel tenía un problema no acudía a mí, ella iba a buscar a su hermano porque era Lionstar quien solucionaba cualquier asunto, por imposible que pareciese. Una noche, no recuerdo ni cuándo fue, tuve una discusión muy fea con mi esposa. Ella estaba abatida, no estaba bien. Se culpaba por no poder darme hijos. Traté de hacerle comprender que yo no tenía un título que legar y que, aunque

me dolería no conocer la dicha de ser padre, podía vivir con ello. Pero Cristhel no lo veía así. La ilusión de toda mujer supongo que es la de traer vida a este mundo. Deseaba con todas sus fuerzas convertirse en madre. Aquella noche, ella gritó, yo tal vez grité más porque la veía enfadada y no entendía el motivo, pues yo trataba de hacerle ver que podía conformarme. Ella se acostó en su habitación y yo en la mía. No pude conciliar el sueño y me levanté dispuesto a hacer las paces, la encontré en la cama y no conseguía despertarla. Hice venir a un médico y ella había ingerido algo que ni el doctor fue capaz de averiguar. Cuando Lionstar llegó… Por supuesto me hizo responsable a mí, así que tuve que contarle la verdad sobre lo ocurrido. Después de asegurarse de que ella estaba fuera de peligro, cuando Cristhel se despertó, Lionstar solo le dijo que él se ocuparía de todo.

—No, no siga, por favor… Se lo suplico… —rogó Zelina, imaginando por dónde iba a seguir el relato.

Niall la vio dar dos pasos atrás. La cara de pánico de ella lo corroía. Tuvo que sostenerla por la muñeca para que no se marchase.

—Espera a que acabe. No es tan sencillo como lo que estás imaginando.

—Sí, sí lo es. Lionstar le robó el bebé a mi hermana. Pactó con Morand para tenernos a las dos, a Bonnie y a mí —le escupió—. Y usted lo consintió. Le permitió que se saliese con la suya.

—No, Zelina. No es así. Te lo suplico, deja que acabe de hablar.

—No necesito escuchar más.

—Sí, Zelina. Ten un poco más de paciencia. No pasó demasiado tiempo —siguió con la narración— hasta que el duque se presentó en casa con una preciosa niña bajo el brazo. Por descontado, se hizo una partida de nacimiento en la que figuraba su fecha de nacimiento, y donde como padres estábamos Cristhel y yo. Cuando vino a mi casa, todo, absolutamente todo estaba hecho. Mi esposa me rogó que aceptase a la niña como nuestra. Era tan pequeña, tan preciosa… Lionstar dijo que su madre había muerto y que era huérfana. Dijo que

Bonnie prevenía de una familia que no deseaba hacerse cargo de la niña. No ofreció demasiados detalles, solo que, si no nos hacíamos cargo de ella, acabaría en un hospicio o un lugar peor, porque era fruto del pecado. Meses más tarde, Lionstar quería casarse de nuevo y nos informó de que había encontrado a una buena muchacha que tenía una dote escandalosa. Yo no había visto la posible relación de ambos sucesos hasta que tu esposo aludió a que tu hermana dio a luz. Rothgar no se quedó solo ahí. Me contó lo de las pesadillas, unos sueños que hasta ese momento no relacioné con Bonnie y contigo, y habló de un médico que puede ayudarte a recordar lo que viviste antes de la boda con Lionstar. Entiende el sacrificio que hago, Zelina, porque hubiese sido más fácil llevarme la verdad a la tumba, pero no puedo hacerte eso. Si Bonnie es tu sobrina carnal, no lo sospeché hasta que tu esposo vino a verme. Tienes mi palabra de honor y si de algo puedo presumir es de ser honorable.

—¿Lo sabía la señora Mackenzie? —preguntó con un hilo de voz.

—No. Nadie más que Cristhel, Lionstar y yo sabíamos la verdad sobre Bonnie. Nos mandó a Escocia un largo tiempo antes de presentarse con el bebé porque consideró que su hermana necesitaba un cambio de aires, así que cuando nos hizo regresar aludiendo a alguna cuestión de negocios o familiar, no lo recuerdo con exactitud, se aseguró de que nadie nos viese llegar, se ocupó de que ni el servicio estuviese al tanto de lo que tramaba. Lo planeó todo con exactitud. Vine y ahí estaba la niña… ¿Cómo iba a poder dejarla a su suerte, Zelina? Su familia no la quería. La amé en cuanto la sostuve en mis brazos.

—Pero yo sí, yo sí la quería.

—Y si en verdad resulta que es la hija de tu hermana, ha crecido a tu lado, la has guiado y te has asegurado de hacerla feliz. El destino te la arrebató, pero luego te la devolvió. A mí me hace feliz ser su padre, Cristhel, antes de caer enferma, fue tremendamente feliz. Piénsalo, ¿qué hubiese hecho Morand con la pequeña si Lionstar no la hubiese reclamado? Sabes bien que no te la hubiese entregado. Ella

era una mancha para él. Y tu hermana no contaba con un marido para protegerla.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! James, mi esposo es su tío… ¡Ay, Dios del cielo!

—¿Qué quieres decir? —Ella estaba muy nerviosa. Se había puesto a temblar y susurraba muchas cosas que Niall no era capaz de entender. La sostuvo por los hombros y la zarandeó con cierta suavidad para hacer que ella centrase su atención en él—. ¿A qué te refieres, Zelina? —le repitió la pregunta.

—El hombre que dejó embarazada a mi hermana era precisamente el hermano de Rothgar. ¿No te lo dijo?

—No, Zelina. Tu esposo no mencionó nada de eso. ¿Cómo, en nombre de Dios, te has casado con él sabiendo que fue su hermano el que le causó tanto daño a tu hermana? —inquirió incrédulo, pero Zelina no lo escuchaba. Tenía sus propios pensamientos.

—Bonnie, ella podría ser… ella es… Mi Bonnie, es mía…

Niall vio que ella volvía a encerrarse en sus propias cuestiones. Estaba temblando de nuevo, sollozaba y las lágrimas habían escapado de sus ojos.

—Zelina, tienes que tranquilizarte… ¡Zelina! —gritó, cuando la observó cerrar los ojos.

Fue una suerte estar pegado a ella, porque Niall logró atraparla antes de que acabase desmayada en el suelo. La sostuvo entre los brazos y comenzó a correr hacia la casa. Si a ella le ocurría algo, jamás podría perdonárselo.

—¡Rothgar! —gritó cuando lo divisó.

El duque se giró. Y en cuanto vio al escocés corriendo hacia él con su esposa inconsciente… El pánico que sintió lo dominó. Se obligó a sobreponerse para no perder los estribos y se apresuró a bajar del caballo a Bonnie.

—Tía Zelina, tía Zelina —la llamaba Bonnie.

El duque se colocó delante de Niall dispuesto a sostener a su mujer. El otro se la tendió de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —lo interrogó—. Me he dado la vuelta y ya no os he visto.

—Se ha desmayado.

El cuarteto ya estaba yendo hacia el interior de la casa a toda prisa para acomodar a la duquesa.

—Eso puedo verlo. ¿Por qué ha ocurrido?

—Es una larga historia.

—Una que vas a contarme de inmediato.

Niall vio a su hija al otro lado de Rothgar, Bonnie estaba sujetándole la mano a su tía.

—Luego —dijo el escocés.

—Vamos a mi despacho. —Entraron por la entrada principal y se dispusieron a dejar a Zelina en un cómodo *chaise longue*—. En el primer cajón del escritorio hay sales. Tráelas —le ordenó a Niall.

Él lo hizo de inmediato.

—¿Tienes sales en tu despacho? —preguntó extrañado el escocés, mientras las sostenía en su mano. Era un producto que solían usar las damas propensas a desmayarse. ¿Era Zelina una de esas damas que perdían los nervios con facilidad? Niall se daba cuenta de que no la conocía en absoluto.

—Es una larga historia —le tocó decir al duque. No le contaría a nadie que se desmayó y que Morgan le regaló las sales con las que lo despertó para que él no olvidase jamás que fue tocado por una certera flecha de Cupido en cuanto vio al amor de su vida en su puerta.

—Tía Zelina, no puedes irte tú también. No me dejes sola, te lo

suplico. Me he quedado sin la abuela, pero contigo puedo soportarlo. Sin ti y sin la abuela, no. —Bonnie no se había despegado del lado de Zelina.

Al escuchar a su hija decir esas palabras el corazón se le encogió. Definitivamente había descuidado a su familia demasiado. La niña no lo consideraba bastante para sobrevivir a la posible pérdida de las dos mujeres que la habían criado. Niall no se preocupó lo suficiente por su madre, quien le había ocultado su enfermedad incluso a su propio hijo. Después estaba Zelina, a quien le había causado un perjuicio fatal sin él saberlo. Tal vez si hubiese estado más en casa, con ellas, hubiera sido capaz de darse cuenta de la relación entre la aparición de Bonnie y la boda que luego aconteció.

—Tu tía está esperando un bebé. Es natural que las damas en su estado se indispongan con facilidad. De todos modos, mandaré llamar a un médico —trató de tranquilizar a la niña el duque.

Al acercarle las sales, Zelina se despertó al instante. Y de inmediato lo que hizo fue abrazarse a Bonnie y comenzar a llorar sin poder soltarla.

La mirada de Rothgar se movió hasta la de Niall. El escocés contemplaba la escena con cara de suma culpabilidad.

¿Qué habría sucedido?

***

A la mañana siguiente llegó el primer galeno. El duque se había asegurado de que el médico del pueblo evaluase el estado de su mujer y certificase que su salud estaba perfecta. Lo hizo, tranquilizó a James y le aseguró que tanto la madre como la criatura que crecía en su vientre estaban perfectamente.

Después de eso el duque se encerró en su despacho en compañía de Niall, quien le confesó la información que había compartido con Zelina. Uno y otro discutieron sobre ese punto. El escocés, por no haberle advertido de que fue su hermano el que trajo la ruina sobre la

señorita Zelda Morand. Y el duque le afeó que no le hubiera contado todas sus sospechas sobre el nacimiento de Bonnie en cuanto estableció la relación. El momento fue muy tenso, una conversación elevada de tono, con palabras malsonantes de por medio y varias amenazas, pero decidieron que la sangre no llegase al río por el bien de Zelina y de Bonnie.

Por la tarde, el médico que le recomendó Althea, el señor Callaghan, por fin se presentó ante ellos.

De nuevo su despacho fue testigo de una reunión importante, pues tanto Rothgar como Niall le contaron al especialista toda la historia sin ocultarle nada.

El médico consideró que al saber la cronología y los sucesos que habían ocurrido en la vida de Zelina, le sería más fácil guiarla para que ella pudiese tratar de recuperar sus propios recuerdos.

Callaghan también recomendó que ella se acabase enfrentando a su padre durante el trance —esa fue la palabra usada por el médico y que a Rothgar no le agradó— en el que ella iba a estar junto al especialista y su familia. Se decidió que esa noche se llevaría a cabo una sesión para tantear la fortaleza de la duquesa de Rothgar.

Y ahí estaba todo dispuesto para comenzar con el tratamiento. La estancia, una de las salitas de la planta de abajo, estaba prácticamente a oscuras, un candelabro con cinco velas, y otro junto a la mesa en la que estaba Zelina situada frente al médico, eran la única fuente de luz que había.

Habían cenado, conversado y era el momento de seguir adelante.

Zelina encontraba al médico encantador, no era un caballero joven, pero sí muy amable. Ella intuía que se había pasado toda la cena hablando con el fin de que pudiese conocerlo un poco mejor. La duquesa tenía sus reticencias, especialmente con respecto a Niall, con quien no había vuelto a intercambiar una palabra desde que hablaron, pero sentía tanta curiosidad que había aceptado enfrentarse a lo que fuese que el galeno tuviese en mente.

La única que había quedado excluida de la sesión nocturna que iba a celebrarse fue Bonnie, dado que tenían que ver qué recordaba Zelina para después explicarle la situación. Así lo había solicitado el señor Mackenzie, puesto que el escocés no quería precipitar las cosas con respecto a su hija.

—Bien, excelencia, llegados a este punto —le estaba diciendo el galeno a Zelina—, y como estoy al corriente de la situación —el médico miró a Niall y a Rothgar y estos asintieron— lo que voy a pedirle es muy sencillo. Solo necesito que se relaje y que no tenga miedo. Está en su hogar, su esposo va a colocarse a su espalda y le pondrá una mano sobre el hombro derecho. —El duque se dispuso a hacer lo indicado—. El señor Mackenzie se colocará a su otro lado y procederá a hacer lo mismo.

Ella se tensó con la sugerencia. Sintió al escocés a su espalda.

—¿Zelina? —preguntó Niall, antes de proceder a hacer lo que el especialista le había indicado.

—Es importante —intervino el galeno al ver la reticencia de la dama— que recuerde que, por todo lo que me han confiado sobre su propia historia, excelencia, el señor Mackenzie ha estado cuidándola durante muchos años. Si bien la confianza puede estar un poco desgastada a la luz de las últimas revelaciones, usted sabe, en su interior, que puede confiar en él. Tanto el señor Mackenzie como su madre la han arropado, y dado que la dama no puede estar aquí debido a su partida a una mejor vida, es crucial que cuente con el apoyo de su hijo. Aunque no lo crea, excelencia, su mente es mucho más poderosa de lo que imagina. Ese gesto tan sencillo, como es el de ponerle la mano sobre el hombro a usted, le está diciendo mucho más a su mente y a su cuerpo de lo que pueda figurarse.

Zelina entendió lo que el señor Callaghan le estaba explicando. Niall era el hijo de Lyla, había mucho de esa brillante anciana en él, y lo quisiera admitir o no, el escocés se había preocupado de ella cuando nadie más lo hizo. Además, si la historia que le había contado era cierta, Niall Mackenzie no podía haber sabido de dónde salió su

querida Bonnie. Y su hija creció en un entorno bueno, con su abuela y ella misma cerca. Morand le hubiese podido dar otro uso mucho peor. La maldad de su padre no conocía límites.

Zelina miró a los ojos a Niall y le dijo:

—Sí —afirmó ella, dando su consentimiento para que se posicionase del mismo modo que estaba su esposo, pero al otro lado. Sintió que James le daba un pequeño apretón en el hombro derecho. Ella llevó su propia mano hasta la de él y le devolvió el gesto.

—Te amo —le susurró a su esposo mientras lo contemplaba.

—Te amo y te protejo, esposa —alegó el duque.

—Lo sé —corroboró ella asintiendo.

—Bien, vamos a proceder con la sesión. Aunque pueda parecer que esto es algo sobrenatural —dijo el médico en tono jocoso—, solo vamos a sumergirnos en los recuerdos que la duquesa mantiene bloqueados en su mente. Están ahí y mi trabajo será servirle de guía mientras ella revive lo que debe ver para poder seguir adelante.

—De acuerdo —apuntó Zelina.

—Ponga las manos sobre la mesa, excelencia —le pidió.

El médico le colocó más cerca de los ojos la vela que estaba encendida en el centro de la mesa, para que ella pudiese verla sin distracción. A continuación, Callaghan se movió para sacar un metrónomo de dentro de su maletín médico.

—¿Para qué necesita ese instrumento? —se interesó el duque.

El médico levantó el objeto para que James lo examinase mejor con la vista.

—Verá, excelencia, todo mi trabajo se basa en la concentración. Esto se llama metrónomo, la ciencia avanza a grandes zancadas. Debemos agradecerle al alemán Johann Maelzel esta invención, pues emite un sonido que permitirá que su esposa esté pendiente de ese

ligero chasquido, de la llama de la vela y de mi voz. Ella se convertirá en el piano que siga las instrucciones de un director de orquesta, ese seré yo, para medir el *tempo.* —Le sonrió a Zelina—. Usted va a tener que hacer todo el trabajo. Se mostrará fuerte, segura y los dos caballeros que la custodian a su espalda le recordarán, en los momentos en los que su valentía flaquee, que puede servirse también de su fuerza. Porque ambos la protegen y la custodian. No estará sola, excelencia. Todos estamos con usted.

—Estoy lista para comenzar.

—Vamos allá. Quiero que se fije en la llama de la vela, Zelina. Sí. Me dirigiré a usted por su nombre de pila, porque ahora voy a convertirme en su guía. Mire con atención la llama. La fuerza de la luz sube y baja, es fuerte, se mueve con el viento, pero no se apaga hasta que se consume. La oscuridad no puede vencerla. Como a usted, Zelina. Usted es esa llama en medio de las tinieblas. Ahora, escuche el compás del metrónomo. —El médico le dio un ligero toque a la varilla metálica. Se escuchaba con claridad el chasquido, con una velocidad media, que no era ni larga ni corta—. Las manos, querida Zelina. Tiéndame las manos y démelas —le pidió. Ella lo hizo de inmediato. El médico se las agarró con seguridad—. Tic, tac, tic, tac, escuche como el tiempo retrocede, iremos a donde usted necesite, porque el reloj gira a la inversa. Todo es posible en su mente. Su respiración se ralentiza, se calma, escuche también su propia respiración, el latido de su corazón. Mire la llama fijamente, céntrese en el susurro de mi voz, en el leve chasquido de las agujas del reloj que están retrocediendo el tiempo. Sus párpados le pesan, ciérrelos cuando esté lista para viajar, Zelina. Observe la luz de la vela. La oscuridad se iluminará porque mientras observa la luz, su cuerpo va absorbiendo la llama y la usará cuando necesite verter el sol sobre la noche. Siga mi voz, soy su guía esta noche, estoy aquí para acompañarla. —El médico la vio cerrar los párpados. La respiración de ella era tranquila—. ¿Dónde está, Zelina? ¿Qué está viendo?

—Estoy en mi habitación, en Folkestone —dijo ella mientras mantenía los ojos cerrados—. Madre me ha encerrado, pero puedo ver

a Zelda en el jardín. Está corriendo y me sonríe. Está con mi padre.

—¿Qué edad tiene usted? —le preguntó el galeno.

—Diecisiete. Lo sé porque hemos recibido un vestido nuevo cada una, el mío es verde acuoso y el de mi hermana es azul muy claro. Ella lo lleva puesto, el mío está colocado sobre una silla.

—Muy bien. ¿Qué sucede? ¿Qué está viendo ahora?

—Morand está esperando la visita de alguien y confía en que el caballero vea a Zelda y llame su atención. Somos muy parecidas, pero mi gemela brilla con más fuerza. Es su temperamento. Mi hermana no tiene miedo a nada, a mi padre no le gusta que ella lo desafíe, aunque asegura que la admira porque es su versión femenina. Morand lamenta que solo sea una estúpida mujer y no su primogénito.

El galeno repasó rápidamente su pequeño esquema y vio que Morand era el nombre del cabeza de familia.

—¿Qué opinión tiene su padre de usted?

—Soy solo otra estúpida mujer en su vida. De mí sacará mejor tajada, porque soy más mansa que Zelda, aunque no sea tan hermosa como ella. Morand no comprende que es la rebeldía de Zelda lo que la hace formidable. Su mirada... mi hermana está triste y le duele el corazón. La veo en el jardín y ella… —El médico observó que Zelina se ponía nerviosa.

—¿Qué ha cambiado, Zelina?

—Tengo que meterme en la cama, mi madre viene.

—Vaya a la cama pues.

—Es importante que no me vea curiosear. A madre le incomoda que Zelda y yo sepamos lo que le ocurre la una a la otra sin que estemos cerca, que nos entendamos sin apenas hablar. Dice que somos engendros extraños. Asegura que la sangre del diablo de Morand está en nosotras.

—¿Qué hace su madre en su habitación, Zelina?

—Viene a asegurarse de que sigo aquí y que no interferiré en la visita que Morand recibirá hoy. Lionstar tiene negocios con él y quiere que se fije en Zelda. ¡Está enamorada! —exclamó Zelina con sorpresa.

—¿Quién está enamorada?

—Zelda, mi hermana me ha hablado de un joven muy apuesto que reside en Dover. ¡Lo recuerdo! Ha sido esta mañana. Ella se ha escabullido hasta mi habitación y me ha dicho que no hay nada mejor que el amor. Lo ama y él ha jurado casarse con ella en cuanto pueda. Me ha dicho que él tiene que irse a Francia por una cuestión urgente y que no lo verá durante un tiempo, pero él volverá lo antes posible para llevarnos a las dos lejos. ¡Lo recuerdo! Me lo ha dicho esta mañana —repitió Zelina con convicción.

La mirada del galeno se movió hasta el duque, quien asintió con la cabeza.

—Mi hermano Aaron estuvo en dos ocasiones en Francia para un asunto especial. Las fechas podrían concordar con facilidad.

—¿Qué está haciendo usted ahora, Zelina?

—Sigo en mi habitación. Ahí viene mi madre con el láudano. Lo detesto, detesto quedarme sin saber lo que hago ni lo que pienso. Lo he escupido un par de veces cuando ella se ha marchado, pero lo sabe. Sabe que lo hago y me obliga a tragármelo y abrir la boca para ver que no lo puedo escupir luego. No quiero que me lo dé, si lo hace no podré saber a dónde se la llevan. ¡Gritos! Hay gritos en la parte de abajo.

—Muy bien, Zelina, es libre de dejar atrás a su madre en la habitación. Siga hacia donde desee ir. Nadie puede detenerla. Recuerde que la luz la acompaña. Su esposo y el señor Mackenzie están detrás de usted, la siguen. ¿Los ve? Ellos están ahí a su lado. No tenga miedo de ir hacia donde deba.

—Es mi hermana. Ella está gritando y me llama, pero me veo en

la cama. Mi madre ha conseguido darme el láudano a la fuerza. No puedo moverme. No lograré ir hasta ella… —comenzó a decir con tristeza y al borde del llanto.

—Sí, puede ir, Zelina. Vaya con su hermana. Vaya a su lado. Es usted fuerte, su mente es libre de ir a donde quiera. Vaya tras Zelda —le ordenó el galeno con voz firme.

—Sí, sí puedo. James, él está aquí, lo veo. Al otro lado está el señor Mackenzie.

—Así, es. Ambos la protegerán.

—Estoy bajando por las escaleras principales. En la puerta está el carruaje de Lionstar. El duque se marcha. Zelda grita con más fuerza. Le está contando a nuestro padre la verdad. ¡Está embarazada! Se lo grita. Le confiesa que pertenece a otro hombre. ¡Se la lleva! Morand la ha agarrado del pelo y la sube por las escaleras. Va a encerrarla en su habitación. Mi hermana implora, suplica, le jura que el caballero a quien ama es el hermano de un duque y que los contactos que sacará Morand de dicha unión serán mejores que los de Lionstar. Pero él no razona, la abofetea y la conduce a su habitación. ¡Tengo que ayudarla! Quiero ir hacia ella, pero no lo logro, me pesan las piernas, no puedo caminar. Estoy en la cama de nuevo, la escucho gritar. Mi hermana me llama, me necesita. Pero no puedo salir de la cama, no me siento bien. La escucho una y mil veces, implora piedad, pero las dos sabemos que Morand no la concede.

—Todo está bien, Zelina. Recuerde que no pueden hacerle nada malo. Usted gobierna la situación. Siga adelante, avance. Dígame qué ve ahora.

—¡Estoy fuera de la cama otra vez! La fuerza de Zelda es la mía y consigo llegar hasta su habitación. ¡No, padre, no! ¡No pegue a mi hermana! Me ha visto. Sé lo que me hará. La furia lo hace gritar más y más. Ha dejado de pegarle a Zelda y viene a por mí. ¡James! —gritó eufórica Zelina en esa parte de su relato—. Ayúdame, no dejes que me vuelva a hacer daño. ¡Señor Mackenzie, por favor!

El duque miró al galeno y este asintió. Le estaba diciendo a James que interviniese.

—Estoy aquí, cariño. Tu padre no puede lastimarte. No tiene poder sobre ti. Yo me encargaré de él. Deja que venga a ti, estoy detrás.

La mirada del galeno se movió hasta el escocés.

—También estoy contigo, Zelina. Soy fuerte, sabes que tendrá que pasar sobre mí para llegar a ti. No lo consentiré tampoco—apuntó Niall.

—Ha levantado la mano, sé lo que viene de inmediato. Mi padre está furioso porque he llegado hasta Zelda, quiere darme mi merecido. No le gusta que interfiera en sus asuntos. ¡Va a pegarme! —lamentó la duquesa.

—Lo he parado, cariño —tomó la palabra James—. No ha podido pegarte. Se está enfrentando a mí. Lo tengo sujeto por el cuello. ¿Lo ves? Le grito con todas mis fuerzas, y él sabe que morirá si te vuelve a tocar. Lo mataré con mis propias manos. ¿Lo ves, cariño? No puede tocarte.

—Lo veo… —dijo ella—. Es un cobarde cuando otro hombre es más fuerte que él y tú lo eres muchísimo. Ha desistido. Pero está llamando a mi madre para que venga a sacarme de la habitación. ¡Oh, Dios! No, no, no. Todavía no. Tengo que ayudar a Zelda, pero ella ha venido. Ella está aquí. La veo. Está furiosa. Grita mucho más fuerte que Morand.

—¿Quién es la mujer, Zelina? ¿Se trata de su madre?

—No es madre. No veo a la desconocida. Ella me asusta. Es la que se mete en mis sueños, es una figura vestida de negro. Un espectro que me atormenta más que Morand. No sé lo que quiere de mí, solo la escucho chillar, tan fuerte que no la entiendo. Y tengo miedo. Ella también sufre.

—¿Es su hermana, Zelina?

—No lo sé.

—Acérquese a ella. Recuerde que no puede hacerle daño. Usted es luz, su esposo está detrás, el señor Mackenzie la sigue también. Enfréntela. Es ahora o nunca, Zelina. Levante la cabeza, saque pecho, demuestre su coraje y aplomo. Vaya y plántele cara. Usted es más fuerte. Su familia la custodia.

—Sí, sí. Puedo hacerlo. Lo haré.

—Cuéntenos lo que hace, Zelina —la urgió el galeno.

—Puedo verla. Estoy delante de ella, siento su dolor como si fuese el mío propio. Está desesperada, me duele tanto como a ella. Se siente inútil, desdichada, como si hubiese fallado en su cometido. Está triste y su culpabilidad es abrumadora.

—¿Es su hermana, Zelina?

Ella sacudió la cabeza en ese momento.

—No, no es Zelda.

—Acérquese para verla mejor, recuerde que usted la ilumina con su luz, la mujer de negro pronto aparecerá en su campo de visión. Solo mírela bien y no le tema. Su esposo y el señor Mackenzie no permitirán que nadie le haga daño. Dé un paso y luego otro, Zelina. La tiene ahí. Conozca frente a quien está.

—Ella… ¡Soy yo! Soy yo misma. Estoy frente a mí. La luz es cegadora, tanto que ya no estoy envuelta en la oscuridad. Me veo a mí misma y grito. Me estoy gritando a mí misma —puntualizó—. ¿Cómo puedo ser las dos personas? Estoy gritando y a la vez recibo los gritos. Es… extraño.

—Es su culpa que se materializa, Zelina. La culpa que ha sentido a lo largo de todos estos años se ha materializado en una figura grande, lúgubre y que le produce temor. Lo que cree que fue su pecado, esa culpa, ha ido creciendo y haciéndose cada vez más y más pesada en su interior. Tiene que enfrentar las consecuencias de lo que

pasó. Usted solo era una niña y no tenía contactos ni medios para ayudar a su hermana. Era trabajo de su padre protegerlas a ambas y no lo hizo. Debe explicarle eso a la mujer que le grita. Usted no era responsable, hizo cuanto pudo. Debe perdonarse a sí misma.

—No, no… —Zelina comenzó a llorar—. Tuve que haber hecho más por Zelda. Ella me necesitaba. No fui fuerte. Ella me hubiese salvado a mí. No puedo perdonarme. Mi hermana sufría y no logré ser más inteligente que mis padres, no pude llegar a tiempo.

—Avance, es tiempo de avanzar, Zelina. No puede cambiar el pasado, pero sí descubrir lo que se oculta. Deje atrás su culpa y siga el camino. Siga adelante. ¿Qué ve, Zelina?

—Estoy en la playa, veo a mi hermana desde abajo. Zelda está en la parte alta de un acantilado. Mi madre me lleva de la mano porque padre ha dicho que tengo que salir un poco para que cuando llegue Lionstar para verme no me vea fea. La llamo para que no salte, pero sé que va a hacerlo. Va a tirarse al mar porque lo ha perdido todo. Lo siento en mi corazón. Mi hermana no quiere seguir viviendo sin su hija. ¡Era una niña! Yo la vi. La vi cuando fui a rescatarla, mi madre me la mostró. Dijo que era basura, la niña era el pecado hecho carne. Madre dijo que era igual de monstruosa que nosotras, que las tres teníamos la sangre del diablo de Morand… Le juré que la encontraría aquella noche.

—¿Qué sucede en la playa, Zelina?

—Lloro porque Zelda está sumida en la desesperación. Y ella quiere saltar. Si muere no podré seguir adelante. ¡Zelda, nooooooo! La veo caer y mi corazón se fractura. Se ha ido, ha saltado. No he podido salvarla. Mi hermana ha muerto delante de mí y no puedo llorarla, mi madre me arrastra hasta la casa para volver a darme más láudano. Peleo, peleo cuanto puedo, pero es inútil. Morand me vuelve a pegar para que pare de luchar. Me atiborran con el láudano y lo escupo, pero no puedo luchar. No soy fuerte…

—Sí lo eres, cariño —intervino Rothgar—. Eres la mujer más

buena, fuerte y capaz que he conocido nunca. Has luchado, has peleado incluso sin poder recordar lo que viviste. Has estado cuidando de la hija de tu hermana sin saberlo, porque así es tu grandeza. Llegaste hasta ella porque se lo juraste a tu hermana. Tu padre no ha ganado, Zelina. Zelda es libre, su hija está contigo y has llegado a mí. Tú eres la única ganadora de todo esto. Tu fuerza te trajo a mí, velaste por todos los que tenías que proteger. La señora Mackenzie se marchó tranquila, sabiendo que te dejaba en buenas manos, el señor Mackenzie te ha contado la verdad sobre la hija de tu hermana. Serás la madre de mis hijos. Tú, mi duquesa, eres la mujer más fuerte que he conocido jamás —repitió con orgullo.

—Te veo, mi duque. Iluminas todavía más mi claridad —le dijo ella.

—Sigamos, Zelina —intercedió el especialista—. ¿Qué ve ahora?

—Lo veo a él.

—¿A quién, Zelina? ¿A quién ve?

—Tu hermano, James, tu hermano se acaba de ir. Ha venido a por Zelda y ha peleado contra mi padre. Lo he visto. Él la amaba, sus ojos no mienten. Pero no soy capaz de recordar algo importante que debía decirle. Es sobre su hija, sé que debía decírselo, pero no he podido. En cambio, estoy frente al vicario, con Lionstar a mi lado. Nos acompañan la hermana del duque y el señor Mackenzie. ¡La lleva en los brazos! Es Bonnie, la escucho gorgotear. La hija de mi hermana, mi sobrina carnal. Lo siento en mi corazón. Ella es mía. Es el legado de Zelda, está aquí para que la cuide. ¿Hermana, me oyes? La he cuidado y protegido todos estos años. Es nuestra, nuestra pequeña... Ha sido feliz, está contenta, y sueña con nuestro dolor, porque sufre mis pesadillas y las tuyas, Zelda. Bonnie es mía, está aquí y siente todo lo que hemos perdido. No lo comprendía, creía que yo le hacía mal a la niña, pero no, ella estaba destinada a estar conmigo, a comprender mi dolor a través de nuestros sueños, Zelda. ¡Oh, y es tan fuerte como tú! Tan hermosa... Allí donde estés debes sentirte orgullosa. El señor Mackenzie nos salvó a las dos. La acogió en sus brazos para que

Morand no pudiese hacer nada malo con ella. Lionstar la pidió como pago. Lo recuerdo. Lo escuché tras la puerta. Lionstar le dijo que se casaría conmigo solo si él le daba a la niña. Lo escuchó, el hombre al que padre me prometió te escuchó alto y claro cuando le dijiste que habías sido de otro y que portabas vida en tu interior. ¡Lo recuerdo! Lo veo, lo estoy viendo —apuntó mientras suspiraba llena de alegría —. Mi mente es mía. Estoy mareada y siento los efectos del láudano, pero al fin veo lo que estaba oculto. Está ahí. Todo está ahí. Me casé con Lionstar y aquella noche murió. El señor Mackenzie vino para protegerme. No se lo diremos a nadie. No le contaremos que cuando el duque me pegó, yo grité con todas mis fuerzas para pedir ayuda. El señor Mackenzie vino a mí. Él le devolvió el puñetazo, se dio un golpe en la cabeza y acabó sobre mí. Tan pesado y arrugado… Un baboso libidinoso al que odio… ¡Oh, cielos! Mañana lo enterraré y seré libre. Niall Mackenzie me lo está diciendo y le creo. Le creo porque es un ángel escocés llegado para salvarme… Estoy segura de que Zelda me lo ha enviado. Tan grande y robusto… Lionstar no era rival para él. Y no es culpa del señor Mackenzie lo que ha ocurrido, él se lo había avisado, le había dicho al duque que si me volvía a poner una mano encima lo pagaría caro, y la respuesta de Lionstar fue darme otra bofetada… Pero no importa. ¡Soy libre!

—Así es, Zelina. Su mente la ha hecho libre. Usted recuerda, y los recuerdos, por dolorosos que sean, no pueden volver a hacerle daño. Debe aceptar su pasado para poder continuar con su futuro. Perdónese y despídase de su hermana. Su vida no ha hecho más que comenzar y es preciso despojarse de la culpa, dejar a un lado las pesadillas para que los sueños llenos de felicidad lleguen por la noche.

—Sí. Sí. He encontrado a su hija. He podido recordar mi pasado. Debo dejarla ir en paz. Zelda tiene que perdonarme. Yo misma debo hacerlo, tengo que ayudar a Bonnie. Es lo que la señora Mackenzie quería, es lo que mi hermana quería. Es lo que pienso hacer.

—Sabias palabras, Zelina. El pasado ya no pesa, es liviano. El misterio ha quedado al descubierto y lo ha podido recordar por fin. La mujer que la visitaba mientras dormía, esa que era usted misma,

puede marcharse ya. No hay culpa en su interior, la liberación ha llegado. Es libre para seguir adelante. Contaré hasta tres y cuando chasquee los dedos despertará. Recordará todo lo que nos ha contado, se sentirá en paz consigo misma. Zelina, ¿me ha oído? —quiso cerciorarse el galeno.

—Sí.

—Entonces, tres, dos, uno... —Chasqueó los dedos—. Despierte, Zelina. Está en casa.

La duquesa de Rothgar abrió los ojos y lo recordó todo. Tan nítido como un sueño sin tonos grises, sin gritos. Se puso de pie y miró a Mackenzie primero.

—Creo que he hablado de más —dijo al ser consciente de que había desvelado un secreto que ambos decidieron guardar—. Aunque en honor a la verdad, no lo recordaba así. ¿Lo de Lionstar sucedió como lo he contado?

—Sí, ocurrió así. No entendía el motivo por el que al día siguiente no recordabas lo que hice, creí que en verdad estabas siguiendo el plan, pero… —le indicó el escocés.

—El láudano —murmuró ella.

—Lo sé. Cuando mi madre, tras la muerte de Cristhel, me comentó que tenías un serio problema que debía atajarse con mano dura, le dije que hiciese lo que considerase oportuno.

—Y me salvó. Me encerró en una habitación y se aseguró de que pudiese superar el infierno. Dios sabe que su madre era única y excepcional, porque cuando las súplicas no dieron resultados, la ataqué sin descanso, porque lo necesitaba para dormir, para ser yo misma. No sé cuánto tiempo lo estuvo usando mi padre, pero la señora Mackenzie logró romper la primera de las cadenas.

—Lionstar no era un buen hombre, Zelina. Si tuviese que volver a actuar del modo en el que lo hice, lo haría sin pensar. Una mujer no puede ser agredida por un hombre, más por uno que había jurado

protegerla ante Dios —sentenció el escocés.

—Pero él no quería protegerme, él deseaba mi cuerpo.

—Y no lo tuvo —indicó el escocés mientras le sonreía con cariño.

—No. —Ella se ladeó para observar a James, quien estaba junto a ella. La sostenía por la cintura—. Yo estaba reservada para un hombre de verdad, uno que me amaría sin importar los problemas que pudiera causarle.

—Uno que solo tuvo que besarte para comprender lo que podrías ser para él —dijo el duque, mientras la acercaba a su cuerpo.

—Te amo.

—Te amo, te protejo y te haré justicia, Zelina. No importa cuánto tarde, me encontraré con Morand en esta vida o la próxima, pero pagará por lo que te hizo de un modo u otro. ¿Me crees?

—Sí, sé que lo harás.

—Inicié las averiguaciones pertinentes ya. Si mi hermano está vivo, daré con él también.

—Sé que lo cumplirás. —Zelina le dio un beso a su esposo y luego se separó de su abrazo. Caminó hasta ponerse frente al especialista—. Muchos dirán que ha hecho magia, doctor Callaghan, para mí ha sido un milagro.

—No he hecho nada tan complicado. Todo lo que necesitaba saber estaba en su mente, excelencia. Solo me limité a aprender bien la historia que su esposo y el señor Mackenzie me contaron y la ayudé a explorar su propia capacidad. La mente es compleja y nos queda muchísimo todavía por explorar. Me siento honrado de haber ayudado con el problema.

—Y será recompensado por su labor —añadió Rothgar.

—Doblemente además, a fin de que pueda seguir investigando y

sea discreto en todo lo que aquí ha acontecido —intervino Mackenzie.

—Su contribución me ayudará a seguir con mis teorías. Soy médico, uno poco ortodoxo que ha encontrado un campo de estudio apasionante en el que adentrarse. Me debo a mis pacientes y la discreción está más que asegurada —les dijo con honestidad—. No considero que sea necesaria una segunda sesión para el trance. Por lo que a mí respecta, la duquesa ha recuperado los detalles y no hace falta que vuelva a pasar por más.

—Bien, entonces ha sido una noche larga —intervino James—. Será mejor que todos nos retiremos y… ¿Bonnie? —inquirió, al ver una figura menuda que se adentraba en la salita.

Los allí presentes se volvieron para toparse con lo que podría ser un cabo suelto. Había llegado la hora de enfrentarse a la verdad.

Bonnie Mackenzie los miraba atónita y Zelina sabía que la niña había sido una espectadora de toda la improvisada función.

La cara de pánico del escocés era única.

Capítulo 17

Más respuestas

—¿Soy tu hija? —le preguntó Bonnie a Niall sin amagos.

Todo supieron que había estado espiándolos desde el inicio de la sesión.

—Bonnie —habló Zelina—, tienes que comprender…

—No, tía Zelina. No estoy hablando contigo —la cortó—. Se lo pregunto a él. —Miró a su padre con rabia.

El escocés dio un paso al frente. Bonnie dio otro hacia atrás.

—¿Te engendré yo? No. ¿Eres mi hija? Sí.

Vieron las lágrimas brillando en la mejilla de la joven.

—Y por eso no has podido quererme. Porque no llevo tu sangre. No entendía lo que estaba mal conmigo, pero al fin lo he descubierto. Era imposible que me amases, que te quedases a mi lado… —señaló mientras lloraba.

—Te he amado desde el primer momento en el que llegaste a mi vida, Bonnie —se apresuró a decirle Niall.

—No. No estabas para mí. Te he visto comportarte con tu nueva esposa, con el niño que nacerá. Ellos sí son tu familia, yo no. No era lo suficientemente buena para que te quedases a mi lado. Pero sí lo haces con Isla. La abrazas, le tocas el vientre a todas horas porque ese niño sí será tuyo.

—Te juro por lo más sagrado que las cosas no son como dices,

hija mía. —El escocés dio otro paso más hacia la niña, pero ella volvió a retroceder.

—La abuela murió y supe que iba a quedarme sola porque tía Zelina también iba a tener una nueva familia. ¿Por qué nadie más me quiere, aparte de mi abuela? —preguntó con un sollozo.

Zelina se acercó a ella al mismo tiempo que Niall, la muchacha comenzó a luchar contra ellos mientras sollozaba más y más fuerte. Pero el abrazo que le dieron ambos fue tan abrumador que pronto dejó de luchar y se dejó consolar.

—Mi niña, mi dulce niña, eres el más preciado de los tesoros, Bonnie. Eres lo único bueno que encontré, la luz que disipó las tinieblas que había en mí. Oh, Bonnie, tu padre y yo no podemos dejar de quererte, porque siempre te hemos adorado con todas nuestras fuerzas —le revelaba Zelina llena de esperanza.

—Llegaste a mi vida para darme felicidad, Bonnie. Tu tía no miente. Mi esposa terminó sus días llena de gloria, Cristhel te amaba tanto como yo. Eras un bebé chiquitín, estabas tan llena de energía, con esos ojos grandes y preciosos… Siempre, siempre, Bonnie, ¿me oyes? Siempre te he amado con todas mis fuerzas. Me doy cuenta de que no he sido un buen padre para ti, no he estado a tu lado. El trabajo, las relaciones… Yo te encomendé a tu abuela y a tu tía porque sabía que ellas te lo darían todo. Me equivoqué al dejarte tan relegada, porque eres lo más importante para mí. No lo sabía, no sabía que te sentías así, mi pequeña Bonnie. Pero nunca dudes de mi amor. Movería una montaña por ti si hiciera falta.

—No soy tu hija… No llevo tu sangre —gimió ella llena de desesperación.

—Eres mía por entero. Eres de tu tía Zelina. El duque de Rothgar es tu tío, hija mía. Has sido deseada y amada desde que llegaste a este mundo. Incluso tu verdadera madre te amó con toda su alma. Eso nadie puede cambiarlo.

—Eres mi familia —confirmó James.

Bonnie levantó la cabeza para mirar a su padre. Vio que él tenía los ojos brillantes, fruto de la emoción.

—¿Me quieres? ¿Tú me quieres? —le preguntó llena de esperanza.

—Más que a mi vida, si tuviese que sacrificarme por ti no lo dudaría un solo instante. Esa es la forma que tengo para medir mi amor por los demás. Daría mi vida en un pestañeo para salvar la tuya.

La niña le sonrió.

—Eso es lo que haría un escocés —dijo en un susurro—. Es lo que hace un escocés cuando entrega su corazón. La abuela me lo dijo, por eso quiere que me case con alguien como tú.

—Serás esposa, Bonnie. Un buen hombre te amará con devoción, pero el amor que él te dispensará solo será un pobre reflejo de lo que un padre siente por su hija. Ya lo verás cuando te conviertas en madre. Amarás a tu esposo con todas tus fuerzas, pero lo primero para ti serán tus hijos. Así de fuerte es mi devoción por ti, hija mía.

—Te quiero, papá. Te quiero muchísimo —observó ella sollozando aún.

Zelina se apartó para dejar que Bonnie y Niall cerrasen esa herida. La duquesa de Rothgar tuvo que haber previsto que la niña no se quedaría en la cama siguiendo las órdenes que le dieron. Ella era como Zelda y por sus venas también corría la sangre de Zelina, así que siempre estaría pendiente de quienes amase, curiosa e intrépida. Bonnie era digna hija de Zelda. Sería el orgullo de su difunta hermana si pudiese verla.

Zelina suspiró.

—Seguro que la estás viendo ahora, Zelda —murmuró. Su esposo le pasó el brazo por los hombros y la acercó a su pecho.

—Lo has conseguido, cariño. Has reunido a tu familia en una misma habitación. Un padre se reconcilia con una hija que no sabía

que lo echaba de menos. El legado de tu hermana y de mi hermano está a salvo. Bonnie es nuestra, como ha dicho el señor Mackenzie. La cuidaremos, la seguiremos viendo crecer y la entregaremos a un hombre que la merezca cuando llegue la hora.

La niña se separó del abrazo de su padre y miró a su tía.

—¿Mi madre me quería? Tu hermana, digo.

—Eras fruto del amor sincero. Tu padre, el hombre que amaba a Zelda —precisó— vino a buscaros, pero mi padre, Morand, se había ocupado de que no pudiésemos saber nada sobre tu existencia. Estoy segura de que has escuchado mi relato. —Bonnie asintió.

—Sí. —Movió los ojos hasta los de Rothgar—. Eres el hermano del hombre que me engendró, ¿verdad?

—Lo soy. Aaron es mi hermano pequeño.

—Y tú eres la hermana de mi madre —expuso Bonnie. No era una pregunta.

—Sí —afirmó Zelda, aunque no era necesario.

—Y el destino os ha hecho encontraros a los dos para que estemos todos juntos —sentenció Bonnie, cuya cabeza era un hervidero.

La narración de su tía Zelina mientras estaba soñando despierta, o lo que hubiera sucedido mientras el médico le hablaba, la había sorprendido por completo. Y fue cuando comprendió la conexión que había con su tía con respecto a sus pesadillas, cuando todo el rompecabezas se fue colocando en su lugar.

—Tienes que saberlo, Bonnie —tomó la palabra Zelina—. Mi padre era malvado. Las mujeres que había en su vida éramos un estorbo, incluso lo fue mi madre porque no le dio un varón. Lionstar, mi primer marido, no creo que fuese mucho mejor, pero amaba mucho a la esposa de tu padre y cuando vio que ellos no podían tener hijos, y como tu madre deseaba tener una criatura, lo arregló todo para que

yo me casase con él. Mi padre nos intercambió a ti y a mí para sus propios fines, pero los dos hombres crueles nos estaban haciendo un gran favor sin saberlo. Cuando tu padre me acogió porque no tenía a dónde ir, me quedé al cargo del bebé de mi hermana sin yo saberlo en verdad. Un bebé que yo había jurado encontrar, aunque no lo recordase. Mi padre me obligaba a tomar láudano para que yo no pudiese darle guerra, por decirlo de alguna manera. Morand necesitaba que me olvidase de Zelda y de su hija. Logré no retener mi deber en mis pesadillas y estoy convencida de que mi hermana nos reunió y se aseguró de que estuviésemos juntas antes de partir hacia un lugar mejor.

Aunque era una historia rocambolesca, la niña parecía entenderla.

—¿Me lo contarás todo sobre mi verdadera madre, tía Zelina?

—Todo. Absolutamente todo. —Le daría el diario en cuanto Bonnie fuese un poco más mayor, porque había pasajes que eran escandalosos y quería proteger su pudor unos años más.

—¿Y tú? —Miró a Rothgar—. ¿Me explicarás quién era mi otro padre?

—Te lo contaré todo. Pero lo que debes saber es que, aunque yo era muy reacio a creer que él ciertamente hubiese amado a tu madre, comienzo a pensar que Zelda Morand pudo haber sido la única persona a quien él amó de verdad, y que perderla lo hizo perderse a sí mismo.

—¿Lo piensas de verdad? —le preguntó Zelina a su esposo.

—Sí, cariño. Siempre me he preguntado por qué él cambió tanto, la única explicación que se me ocurre es que antes de ser un pícaro, él perdiese al amor de su vida. Es factible que hubiera entregado su corazón y ya nunca se recuperase. A mí me habría sucedido. Y tanto Aaron como yo mismo siempre fuimos muy reservados en cuanto a nuestros asuntos. No nos hubiésemos pedido ayuda el uno al otro. Ya sabes, por todo eso de la debilidad que los hombres no deben

aparentar.

—Espero que si tienes un problema —comenzó a decirle Zelina a su esposo—, sea el que sea, cuentes conmigo, porque pienso enseñarle a nuestro hijo que debe apoyarse en su familia para solucionar cualquier situación imposible y que no por eso será menos hombre. Lo mismo sucederá si tenemos una niña. Si alguien la molesta ella sabrá que la lealtad familiar la ampara frente a cualquier imprevisto. No será juzgada ni condenada si un hombre le hace daño, porque una víctima no es nunca la instigadora del mal.

—Si alguien les hace daño a nuestros hijos, cariño, ten por seguro que me convertiré en juez, jurado y verdugo. Y si cualquiera se atreve a volver a hacerte daño, seré verdugo en primera instancia. —Rothgar le sonrió a Bonnie—. Lo mismo sucede contigo. Eres mi sobrina por sangre, te trataré como lo ha hecho tu tía Zelina hasta el momento, así que espero que no te importe tener un padre más. El señor Mackenzie velará por ti, no me cabe la menor duda, pero yo le iré a la zaga. Es hora de que comencemos a instaurar un nuevo régimen en esta familia.

—¿A qué te refieres? —preguntó curioso el escocés.

—Lealtad. Daremos por supuesto que en nuestra familia todos nos vamos a amar con desesperación, así que la máxima por la que nos regiremos será la lealtad fehaciente entre los unos y los otros. Pueden encontrarnos con un cadáver frente a nosotros, sosteniendo un cuchillo ensangrentado, pero si al ser preguntados decimos que no hemos asesinado a nadie, no dudaremos de la palabra dada. Eso es la lealtad.

—¿Pero tenías que ser tan gráfico con tu ejemplo, James? —indagó Zelina—. No es buena señal que tu sobrina nos esté imaginando en esa tesitura. Con un muerto y sangre… —Zelina arrugó la nariz en un claro gesto de disgusto.

—Ha sido el caso más certero que se me ha ocurrido —se excusó James.

—Yo no usaría un cuchillo para matar a nadie —saltó Niall—. Me basta con la fuerza de mis manos —presumió, para luego mirar a Bonnie—. Deberías decirle eso a tus pretendientes. Recuérdales que tu padre es un bruto escocés con una fuerza descomunal.

—Sí, y luego alude a que tu tío es un duque y que conoce técnicas secretas para privar a un hombre de su vida infligiendo un gran dolor.

—¿Habéis acabado ya? —intervino Zelina—. Estáis asustando a Bonnie —los regañó.

—No, no —saltó la niña—. En absoluto. Solo estaba pensando en que sería interesante ampliar mis conocimientos. No digo que quiera asesinar con mis propias manos a nadie, ni conocer técnicas para causar dolor, pero creo que estaría bien saber un par de trucos para poder defenderme de un bandido, por ejemplo.

—¡Eso está hecho! —exclamó con orgullo el escocés.

—Desde luego que sí —intervino Rothgar, quien a las clases de montar ya estaba pensando en introducir un par de movimientos que implicasen la rodilla femenina chocando con las *joyas reales* de un caballero.

—Bueno, todo aclarado. Señor Callaghan, confiamos en que… —comenzó a decir Zelina, al tiempo que se giraba para buscar al galeno.

—Se ha marchado de la sala en cuanto Bonnie ha aparecido —dijo Niall—. Supongo que consideró que ya había tenido una buena ración de nuestro drama familiar y que no deseaba más.

—Pues debo alabar su discreción —apuntó Zelina—. Démonos un abrazo sanador los cuatro y retirémonos.

—Pero no voy a poder dormir. Tengo muchas cosas en la cabeza —observó Bonnie.

—Iremos a la cama y te leeré un par de pasajes del diario de tu madre —propuso la duquesa de Rothgar.

—¿Hay un diario? —interrogó emocionada la niña.

—Uno que no es del todo apto aún para ti. Así que hasta que seas más mayor yo decidiré lo que leemos. Pero te prometo que tendrás su diario porque nadie más que tú tiene ese derecho.

—¿Ella era como tú? —preguntó Bonnie.

—Zelda era mucho más fuerte que yo, más apasionada y mejor en muchos sentidos, pero me amaba tanto como yo a ti. Lo mismo que yo a ella. La conexión que teníamos era fuerte y especial, tanto como la que forjé contigo.

—¿Se habrán terminado las pesadillas, tía Zelina?

—Yo creo que sí. Y si alguna vez soñamos cosas malas, somos lo suficientemente fuertes como para vencer todo mal.

—Sí —estuvo de acuerdo Bonnie—. Y si todo falla podemos darnos un pellizco para despertarnos. Eso siempre me ha ayudado.

—Y a mí también.

Zelina agarró por los hombros a Bonnie y comenzó a caminar hacia la salida. Antes de salir por la puerta para subir a la habitación y leer el diario, se giró para mirar a su esposo.

—Ve con ella —le permitió James, sabiendo que su esposa le estaba pidiendo permiso para hacer lo que había sugerido—. Mackenzie y yo tomaremos una copa. ¿Estás de acuerdo? —le preguntó al escocés mientras lo miraba.

—Desde luego me vendría bien algo fuerte. Ha sido un día…

—Infernal pero esclarecedor —opinó James cuando el escocés se quedó callado.

—No lo habría dicho mejor.

—Te amo —le aseguró Zelina a James.

—Yo también te amo.

—Te quiero, papá —le declaró Bonnie al escocés.

Mackenzie se colocó delante de su hija y la abrazó.

—Mi tesoro más brillante y precioso. Eso eres tú, Bonnie.

Tras esas nuevas muestras de cariño, las damas salieron de la salita y los caballeros se metieron en el despacho de Rothgar para tomarse una copa. Aprovecharon para fumarse un cigarro puro, ya que ninguno de los dos disfrutaba del rapé.

***

Aquella mañana, y casi una semana desde que la familia estableciera que la lealtad sería la base de su relación, Zelina entró en el despacho de su esposo para buscar papel secante.

El señor Mackenzie y Bonnie se habían marchado a Escocia hacía un par de días. El escocés y su hija determinaron que necesitaban tiempo para solidificar su relación y la sobrina de Zelina prometió regresar a Roth Rote en un par de meses, pues quería además darle una oportunidad a la esposa de Niall.

Zelina sentía que todo estaba colocándose en su lugar.

—¿Dónde está el papel secante? —se preguntó, mientras comenzaba a abrir los cajones del escritorio de su esposo.

En el último cajón de la izquierda, que era más alto que el resto, encontró una caja bellamente empaquetada con papel de seda y un lazo.

—¿Qué escondes aquí, esposo? —Se mordió el labio y sujetó el paquete para darle un par de sacudidas a fin de adivinar qué podría contener.

Un papel cayó al suelo y ella se afanó en recogerlo. Estaba plegado por la mitad.

Querida duquesa de Rothgar:

Todavía no nos conocemos, me llamo Gertrude y estoy casada con otro duque terco, una cualidad con la que suelen nacer los hombres con dicho título. Dada la naturaleza de mi regalo por tus recientes nupcias y la misiva que estoy escribiendo, te ruego que me permitas la confianza para hablarte sin la debida cortesía. Mi esposo, el duque de Ascot, insiste en que te haga llegar este paquete con una fusta dorada con el mango rosa. Ascot es uno de los mejores amigos de Rothgar y te ruego que no te sulfures por la confianza que me tomo y las líneas que siguen a continuación.

Mi regalo está pensado para que lo uses de un modo sensual sobre la piel desnuda de tu marido. Sí, lo estás leyendo bien y no sabes lo que me está costando escribir estas líneas, pero mi esposo es muy insistente y dice que el tuyo merece que yo te explique lo que sigue. (Debe tratarse de rencillas varoniles, algún agravio tonto del que Ascot no me quiere hacer partícipe). Verás, la combinación de un dolor muy suave con besos, caricias y demás cuestiones puede resultar excitante. No creo que deba escribir nada más al respecto, solo te pido que le muestres la fusta que te hago llegar con las mejores de mis intenciones (aunque sea a petición de mi marido), y que sea Rothgar quien termine tu formación con respecto al presente objeto. Eso sí, no permitas que te engañe, la fusta está pensada para que tú la uses sobre él, al menos al principio, luego la decisión sobre el intercambio de lugares es tuya.

Estoy deseando que nos conozcamos en persona, y si he ofendido tu pudor, te ruego que me perdones, pero ya puedes imaginarte que una mujer enamorada es capaz de prestarse a cuestiones increíbles, como regalarle a otra una fusta y explicarle un par de cosas que rebasan la línea de lo apropiado.

Me despido pues, deseándote la más grande dicha en tu reciente matrimonio.

XXX

Gertrude Manchester

Duquesa de Ascot

Posdata: Aunque los duques son seres arrogantes y no parecen darse cuenta de que no están por encima de todo, te aseguro que los dos que nos han tocado por esposos son buenos, protectores y amorosos. Hasta pronto, querida Zelina.

Puesto que la duquesa de Ascot decía que se trataba de un regalo de boda para ella, procedió a desenvolverlo y tuvo en su mano una preciosa fusta con la base dorada y la empuñadura de color rosa.

Escuchó pasos en el pasillo y colocó la nota y la caja dentro del cajón donde habían estado. La fusta la retuvo en su regazo.

En pocos segundos vio a James frente a ella.

—Ah, cariño ¿vienes a darme una nueva sorpresa como la de ayer? Supuse que estarías cansada porque esta mañana hemos disfrutado mucho —argumentó con picardía.

James recordaba perfectamente la última visita que su esposa le hizo en el despacho. Había aparecido frente a él muy seductora y se había colocado frente al escritorio para después dejar al descubierto que no llevaba nada bajo la falda. La subió sobre la mesa sin dilación y la lamió hasta que ella no supo ni cómo se llamaba. Gritó su nombre y, antes de que Zelina pudiese recuperar el sentido, él la penetró con un movimiento certero que los hizo suspirar a los dos de puro placer.

Y no menos placentero había sido el deporte de cama que habían practicado hacía un par de horas, antes de que saliese el sol, en su habitación. James no se cansaba de poseerla y ella no parecía disgustada por darle placer cada vez que lo demandaba.

Definitivamente era un matrimonio idílico donde la pasión los tenía al borde a cada segundo.

—Supongo que si no tienes demasiado trabajo, podríamos… —apuntó ella coqueta sin terminar la frase porque no hacía falta.

El duque le dio una patada a la puerta, cerró con llave y

comenzó a desanudarse el pañuelo de la corbata. En un pestañeo, James estuvo desnudo de cintura para arriba.

—¿No te quitas nada? ¿Deseas que te haga de doncella? —preguntó al verla quieta y sentada todavía en su silla.

Zelina levantó entonces la fusta en alto.

—Acabo de encontrar esto en uno de tus cajones.

—Ah. —Vaya, se había olvidado por completo de la maldita fusta que Patrick le envió. Bueno, su esposa a Zelina, pero Rothgar sabía que era todo idea del maldito Patrick Manchester.

—¿Qué utilidad tiene?

—¿No había alguna nota? —James recordaba que Digory habló de un papel escrito. Él no había tenido ocasión de leerlo.

—Prefiero que me lo expliques tú.

—Pues como ves es una fusta.

—Sí. Eso es evidente —dijo mordaz.

—Y una fusta sirve para…. para… para… montar a caballo. Sí, eso es —improvisó—. Es una hermosa fusta dorada y rosa para que la uses cuando montes.

—¿Seguro? —Ella levantó una ceja y él supo que no se creía nada.

—Has leído la nota. —No era una pregunta.

—Sí que he leído las palabras de la duquesa de Ascot, pero ella ha insistido en que seas tú quien me muestre su uso.

—Ah, sí. Perfecto. Si te desnudas, te mostraré cómo utilizarla. Es fácil. Muy placentero si se sabe usar de la manera adecuada. Ahora lo descubrirás.

—¿Cuál es el sistema exactamente? —se interesó dócil.

—Te desnudas, me termino de desnudar, te pones encima de la mesa, sobre tu vientre, con las posaderas a mi alcance y verás lo bien que te lo hago pasar.

—¿Cómo exactamente? —siguió ella preguntando, mientras se desabotonaba el vestido por la parte frontal.

James supo que iba a pasar un rato de lo más agradable con su duquesa. Cuando viese a Ascot le agradecería el detalle y le informaría de que su pequeña venganza no había salido como Patrick previó. Rothgar iba a reírse de él durante una buena temporada. Estúpido Patrick…

—Verás, te daré unos pequeños azotes en tus blancas posaderas.

—Eso no suena bien… —dijo ella con el ceño fruncido.

—Lo vas a disfrutar muchísimo, porque recibirás una especie de castigo de unos cinco azotes en la nalga derecha, luego me detendré, me arrodillaré frente a ti, y jugaré con tu sexo, con mi lengua y los dedos. Te haré llegar al clímax y luego recibirás cinco azotes más en la otra nalga. Me detendré de nuevo, me arrodillaré y haré que grites mi nombre tras una nueva liberación. Luego me meteré en tu interior y te haré mía para que otra vez beses el cielo.

—Interesante… —Ella ya estaba desnuda, al igual que él.

Zelina cogió la fusta que había permanecido sobre el escritorio y la movió por el aire para probar cómo debía agitarla.

—No es así, cariño. —El duque le sostuvo la muñeca y le mostró el modo correcto de usarla. Utilizó la mesa para dar un pequeño azote con el fin de demostrarle la fuerza exacta que debería emplear. Ni mucha, ni poca.

—Parece fácil.

—Y te aseguro que es muy placentero —insistió James.

—Supongo que lo has puesto en práctica antes… —dijo ella, tragándose los celos que sentía al imaginarlo con otra mujer.

—Ah… Bueno… —James se dio cuenta de que acababa de meterse en un buen enredo—. Ciertamente ninguna otra era como tú. A ti te amo —trató de arreglarlo.

—Ya… —señaló ella—. Dime una cosa, cariño —alegó melosa.

—¿Qué? —preguntó con cautela al ver el modo en el que ella sonreía con suma inocencia.

—Digamos que tienes experiencia usando una fusta.

—Poca, muy poca —aseguró para restar importancia al asunto. ¡Cielos! Estaba seguro de que iba a ser complicado salir del enredo en el que él solito se había metido. Maldito Patrick…

—¿Y tienes experiencia como hombre azotado?

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—Sí, te estoy preguntando si alguna mujer te ha azotado a ti en las… posaderas… —Ella lo miró en ese lugar y luego se mordió el labio.

—Bueno… es que… Esto… Lo cierto es que… —Decidió tranquilizarse. Carraspeó—. ¿Qué te explicaba en la nota la duquesa de Ascot? —Regresó a la misiva porque sospechaba que había caído en una trampa.

—No mucho, ya te lo he dicho. Insistía en que tú me aleccionases, pero sí me advertía que debía ser yo quien empuñase la fusta la primera vez al menos, dado que este —alzó la herramienta de placer— es un regalo para mí.

Rothgar masculló una colorida maldición por lo bajo.

—Así que quieres estar al mando —indagó.

—Creo que podría hacerte lo que tú planeabas para mí. Ya sabes, cinco azotes y tomarte en mi boca. Cinco más y repetirlo, para luego terminar contigo sobre la madera y yo encima de ti. Te poseeré a mi antojo —apuntó audaz.

—¡Dios! —exclamó al imaginar la escena. Su esposa se dio cuenta de que su erección se alzaba todavía más furiosa que hacía unos instantes. Al parecer a él le gustaba que ella fuese… perversa.

—¿Eso es un sí?

—¿Dónde y cómo me quieres, Zelina? —respondió manso y más que dispuesto.

—Sobre tu vientre, en la madera, con las posaderas bien dispuestas y a mi alcance —repitió tal y como había dicho él.

Lo prometido se cumplió. Una nueva duquesa se había convertido en una perversa ama mientras su siervo le rogaba que no se detuviese. Y como Zelina era una amante complaciente, cuando terminó de azotar a su marido, intercambió la posición con él para ver si era tan excitante impartir un castigo como recibirlo.

¡Y vaya si lo fue!

La hizo extasiarse dos veces con la lengua y los dedos, tal y como dijo que haría. Ella también le dio placer, pero lo privó de descargar su simiente, porque Zelina lo deseaba en su interior. Y lo tuvo, pues cuando él terminó de adorarla, ella lo obligó a tumbarse sobre su espalda, en el escritorio, y se colocó como una auténtica amazona para cabalgarlo hasta que él perdió el sentido y la dejó satisfecha, plena y feliz.

Perversamente feliz.

La pareja acababa de introducir en sus juegos de alcoba un elemento de lo más interesante.

Epílogo
La hora del juicio

Cinco años después.

A Zelina no le gustaba separarse de sus hijos. En especial porque el más joven, Edgar Julius, acababa de cumplir dos años y su hermano mayor, Benjamin Alan, contaba con casi cuatro. Eran todavía muy pequeños y estaban muy aferrados a su madre y a su prima Bonnie. Por descontado que adoraban el suelo que James pisaba, porque era un padre fabuloso, atento y muy amoroso.

Los duques de Rothgar habían construido una gran familia. Bonnie alternaba sus estancias en Roth Rote con las de Escocia, dado que Niall se había asentado en Edimburgo definitivamente. La muchacha, que iba a cumplir los diecinueve años, le había hablado a Zelina de un prometedor escocés que hubiese fascinado a su abuela. De hecho, a la propia Bonnie la tenía muy encandilada.

Todo parecía ir muy bien. Se avecinaban muchos años de paz, de tranquilidad, donde la familia sería lo primero. Zelina había pasado de tener pesadillas a vivir una realidad que más se asemejaba a un dulce sueño que a otra cosa.

Sin embargo, había llegado a la finca campestre una carta de parte del duque de Darkworth. No se trataba de nada curioso u obsceno, eran noticias muy serias que habían inquietado a James desde que sostuvo el papel en sus manos.

Zelina había notado que algo grave sucedía en cuanto vio el

rostro severo de su marido. No era la primera vez que llegaban a casa noticias tristes, pues hacía un par de años, los investigadores que mandó James a los Estados Unidos de América, le confirmaron que su hermano Aaron había perdido la vida en un altercado producido en la frontera con Méjico. Tuvo un desencuentro con unos bandoleros y no pudo salir bien parado. Había fallecido el conde de Essex sin haberse casado ni haber tenido más hijos. Informaron a Bonnie y ella asumió la noticia con estoicismo, aunque confesó que le hubiese gustado conocer al hombre que le dio la vida.

Y era por esa segunda misiva, que había llegado recientemente a su hogar, por la que los duques de Rothgar se habían embarcado en un viaje a Francia con urgencia.

Dejaron a los niños al cuidado de Bonnie y de una niñera, y se marcharon con cierta ansiedad.

Estuvieron varios días viajando por Francia hasta arribar a su destino. James la había llevado hasta una zona de muy dudosa reputación, donde las calles apestaban y la pobreza abundaba. En esos momentos se encontraba frente a un edificio, el más ruinoso de un pueblo a las afueras de París, Zelina se fijó en que en la puerta había dos figuras masculinas que ella identificó de inmediato.

El duque de Ascot, que le fue presentado años atrás y pareció jactarse de cierta fusta, estaba en compañía del barón Rosings, otro gran amigo de James.

—¿Está ahí dentro? —preguntó James.

Zelina estaba justo a su espalda, él la llevaba de la mano.

La noche era fría y tan tenebrosa como las peores pesadillas de las que ella no escapó durante largos años.

—Segundo piso, tercera puerta a la izquierda. Las pistas que nos aportó Darkworth nos ayudaron, pero ya sabes que no sería quien soy, ni haría lo que hago, si no fuese capaz de encontrar una aguja en un pajar. Sigo siendo el todopoderoso Patrick —añadió pagado de sí

mismo el duque de Ascot.

—Lo que sigues siendo es un arrogante —bufó el barón Rosings.

—Sí, sí, pero he sido yo el que ha dado con él, y no ha sido nada fácil, así que dadme un poco de crédito —refunfuñó Patrick.

—Está bien, recompensaré a tu esposa regalándole una nueva fusta. Seguro que le ha dado demasiado uso a la que ya tenía y necesitará renovarla —soltó James de súbito.

Patrick gruñó.

Zelina gimió mortificada.

Rosings se rio a carcajadas.

—¿Podemos proceder, por favor? —intervino la duquesa de Rothgar.

—No va a ser agradable —le advirtió Rosings a la pareja—. Sería mejor no…

—No —lo cortó Zelina—. Es algo que tengo que zanjar de una vez. Solo me queda este asunto pendiente.

—Estaré a tu lado, cariño —le dijo James.

—Eres mi fuerza —le susurró a su esposo, quien la tomó por la cintura.

—Estaremos cerca —indicó Patrick y Rosings asintió.

—No tienes que hacer esto si no quieres —le susurró James a Zelina cerca del oído.

—Debo hacerlo —insistió—. Sé que tienes miedo de que reaparezcan viejas heridas, pero ahora soy mucho más fuerte.

—Lo sé. Lo has dicho antes, yo soy tu fuerza.

—Mis hijos, Bonnie y tú. De ahí saco todo lo que soy, y lo que he logrado ser es gracias a vosotros. Estoy lista para enfrentarlo.

Rothgar abrió la puerta y la pareja subió hasta el segundo piso y estuvo frente a la puerta que Patrick les había señalado.

—¿Lista?

—No, pero no importa.

James cabeceó, le dio un beso en los labios y procedió a abrir la última puerta.

El hedor era insoportable, hasta el punto de que Rothgar se sacó un pañuelo de la levita y se lo tendió a su esposa para que se lo pusiera en la nariz y la boca.

—¿Dónde está mi dinero? —preguntó una mujer de unos cincuenta años que tenía un aspecto muy desaliñado. Zelina vio a Rothgar sacar unas monedas y dárselas a la desconocida—. Está allí. —Señaló un catre junto a la ventana.

La duquesa se acercó hasta el lugar y lo vio. Morand estaba tumbado sobre su lado derecho. Se acercó a él con la cabeza bien alta. No le debía nada a ese hombre. Su padre alzó la vista y la centró en Zelina.

—¿Zelda? ¿Has venido del infierno a recogerme? —preguntó su padre—. Seguro que sí. Lucifer te ha debido hacer su amante y por eso llegas con ese aspecto elegante. Sí, eres una concubina en el infierno, lo cual no te habrá costado demasiado, porque ya en la tierra fuiste una meretriz.

—No soy Zelda, padre. Soy Zelina.

El hombre se incorporó en la cama a duras penas y tosió con fuerza. Afinó la vista y trató de enfocarla mejor.

—Cierto. La gran duquesa y por partida doble. ¿Vienes a implorar? Esas pesadillas deben haberte dado muchos dolores de cabeza. Y la culpabilidad también. ¿Cómo puedes vivir sabiendo que le fallaste a tu hermana? —se burló.

—No, padre. He venido a verlo en sus últimos momentos para

que se vaya al infierno sabiendo que encontré a la hija de mi hermana. A la que usted regaló y que me fue devuelta gracias al señor Mackenzie. Ya lo ve, usted trató de causarme mal, pero el destino obró su magia y me la devolvió sin yo saberlo.

—Ese estúpido escocés… —Volvió a toser—. Le dije a Lionstar que él no sabría guardar el secreto y por lo que veo ha debido atar cabos —supuso.

—Y no solo eso. Yo ayudé a mi hermana. Lo recuerdo todo. Traté de hacer cuanto pude por Zelda, pero usted me lo impidió sin descanso. ¿Qué clase de padre le pondría la mano encima a sus hijas? ¿Qué clase de padre apartaría a una criatura de su madre para sumir en la infelicidad a su propia hija? Yo no le fallé a mi hermana, usted hizo que ella se quitase la vida y merece arder en el infierno. Si hay un Dios justo, se enfrentará a todos sus pecados.

—Debe ser gratificante obtener tu venganza, ¿cierto, Zelina? No eres tan diferente a mí. Vienes a mi lecho de muerte para desearme la amargura. No eres buena, nunca lo has sido.

—Usted separó a mi hermana de un hombre que la amaba, que estaba dispuesto a casarse con ella, que vino a buscarla e incluso le pegó. Lo recuerdo, me ha costado casi una vida, pero mi mente despertó y recuperé los recuerdos que pretendió arrancarme con el láudano. Sé que el hermano de mi esposo estuvo momentos antes de esa infame boda que usted orquestó con Lionstar. Mi hermana ha obtenido justicia y su hija goza de una familia que la ama y la protege. Bonnie volvió a mí y usted dejará este mundo con miseria, pobre y enfermo. —Zelina escupió en el suelo, junto a la cama de Morand—. Le maldigo por todo el mal que nos ha causado a mi hermana y a mí, incluso a mi madre, a quien no eximo de culpa, pero condeno menos. Muérase sabiendo que soy feliz, que tengo dos hijos preciosos y un esposo que me ama y me cuida. Quiso destruirme, pero no lo logró. Púdrase en el infierno, Morand, que es donde merece estar —le dijo serena, pero con la rabia bailando en sus palabras.

Zelina se apartó y salió de allí. De inmediato estuvieron con ella

Ascot y Rosings, que habían subido por si la cosa se ponía fea. Conocían el carácter de Rothgar y si el hombre al que habían encontrado para él había hecho daño a su esposa, tal y como acababan de escuchar, cualquier cosa podría suceder.

James se colocó delante del moribundo y lo miró con desprecio.

—Mi duquesa es sabia incluso a la hora de maldecir. Yo no lo hubiese dicho mejor. Vine aquí para darte la paliza que mereces, sucia rata. Traje mi mejor cuchillo. —El duque se sacó de la funda que tenía en la bota derecha el objeto afilado. Se lo mostró.

—Mátame. ¡Hazlo! —lo tentó Morand, para después comenzar a toser.

—¿Y privarte del sufrimiento que mereces? Matarte sería un gesto compasivo. No, no lo haré. No te pondré una sola mano encima. —Guardó el metal en su lugar—. Sífilis, la peste francesa, y tal vez alguna infección pulmonar más. Acabarás loco. Vas a sufrir mucho y no me pesará en la conciencia saber que tus últimos días en esta vida son la recompensa por todo el mal que has hecho. Tu hija me ama y es amada. Me ha dado dos muchachos sanos y fuertes. Tengo una sobrina cuya sangre es la mía. La suerte que has tenido es que no me topase contigo antes. La reserva de mi hermano a la hora de hablar de sus asuntos fue tu salvación. Me contentaré con la imagen que tengo ante mí. Estás solo, sufres y vives en la inmundicia. Mi esposa se ha dado el gusto de hacerte saber que no queda ningún secreto que resolver. Y tú sentirás la rabia de la felicidad que Zelina ha alcanzado por derecho propio.

Rothgar se dio media vuelta y se marchó en busca de su esposa, quien había visto que estaba custodiada por sus dos amigos.

—¡Malditos! ¡Malditos seáis los dos! —gritó a duras penas—. ¡Eres una estúpida! ¿Me oyes, Zelina? Volveré para atormentarte en tus sueños. ¡Eres una hija cruel! ¡Yo te di la vida! ¡Te hice duquesa! ¿Así me lo agradeces?

El cuarteto se marchó del edificio en silencio mientras los gritos

de Morand todavía resonaban a lo lejos. Los duques de Rothgar se despidieron de Ascot y Rosings, y subieron al mismo carruaje que los había llevado hasta ese penoso lugar.

—¿Estás bien? —se interesó su esposo una vez dentro del vehículo.

—Sí. Tengo la sensación de haber vengado la injusticia que vivió mi hermana. ¿Soy mala persona por no sentir lástima por un pobre viejo que agoniza?

—No, cuando ese bastardo te ha causado tanto mal —razonó su esposo.

—Llévame a casa, cariño. He saldado una deuda. Mi hermana no está en el infierno. Sé lo que dicen las Sagradas Escrituras sobre las personas que se quitan la vida, pero ella merece estar en el cielo, disfrutando de la paz que no obtuvo en vida. Tu hermano se ha encontrado con ella y desde allí nos sonríen y siguen amándose. Deseo ver a nuestros hijos y abrazarlos. Lo necesito.

—Regresaremos mañana mismo. Ven, abrázate a mí. —Tal y como estaban en el interior del carruaje uno sentado junto al otro, Rothgar la apoyó sobre su pecho y ella lo abrazó, de tal modo que su mejilla quedó colocada sobre su torso—. Has sido fuerte, Zelina. Lo has mirado a los ojos y le has devuelto uno de los tantos golpes que te dio.

—Lo odio y lo odiaré toda mi vida, pero siento como si hoy se hubiese aligerado un gran peso dentro de mí.

—Olvida el pasado al fin. Hemos construido una vida feliz, con unos hijos maravillosos y una muchacha generosa que nos aporta luz. —Él hablaba de Bonnie—. En Francia se quedará el recuerdo de Morand y aquí es donde lo enterraremos pese a que todavía siga vivo. No merece que hablemos más de él y no lo haremos. ¿Te parece bien, cariño?

—Eres tan sabio, además de apuesto…

Él le sonrió encantado por su apreciación.

—Nací apuesto, pero puedes considerar que me haces cada día un poco más feliz.

Ella se rio con ligereza porque sabía que él había pretendido arrancarle una sonrisa.

—Te amo.

—Lo único bueno que hizo ese bastardo está sentado junto a mí.

—No te olvides de Zelda.

—Por supuesto que no. Trajo a dos hermanas fascinantes a este mundo. Ahí acabó su buena obra y comenzó a reinar el terror.

Ella se aferró todavía más a James y le rezó una oración a Dios por haberlo puesto en su camino.

Zelina era completamente libre del yugo de su padre. Vería pronto casarse a Bonnie, sus hijos crecerían para encontrar su propio lugar y tanto Benjamin como Edgar siempre sabrían que eran amados y que contaban con la protección de sus dos padres.

Por su parte, James estaba haciendo lo mismo. Daba gracias a Dios por haber encontrado a una mujer buena que logró hacerle creer en el poder del amor. Un beso fue suficiente para saber que ella sería la única, la indicada.

Su duquesa. Su esposa. El amor de su vida.

Fin.

Aclaración sobre la serie

Debo recordaros que la nueva serie Reinas de Corazones que comenzó Althea, como siempre, está compuesta por libros independientes y contará las historias de secundarios que han aparecido en otros libros.

Desde que Rothgar salió en el libro de *Lady Lena y el amor*, tenía muy pendiente su historia. Así que como me dio un poco de nostalgia mientras reeditaba toda aquella serie, tuve que hacer algo para que estuviese conectado como Althea.

Ya tengo muy claras las cinco primeras historias de esta aventura que sigue, espero que no me soltéis de la mano y me privéis de vuestro apoyo, porque como he dicho antes, soy una autora que a veces es superventas y otras muchas no, pero siempre, siempre entretengo… O eso intento.

Como esto prácticamente acaba de comenzar solo puede ir hacia arriba, así que el libro tres ya está a puntito de caramelo con la historia de Morgan. ¿Quién será su contraparte? Pronto lo sabréis.

Serie Reinas de Corazones (inicialmente) tiene estos títulos:

1) A un suspiro de ti

Althea Marriott y Aquiles Darkworth (Duque de Darkworth)

2) A un beso de ti

Zelina Myers y James Salsbury (Duque de Rothgar)

3) A una caricia de ti

Morgan y… ¿? (Os encantará esta sorpresa)

Nota de la autora

Mi queridísima lector@, los problemas de Zelina no eran pocos. Primero con esa adicción al láudano, después tratando de recordar lo que sabía que había vivido, pero veía como un sueño, sin saber la cronología exacta.

Como desde primera hora a Althea os la he presentado como una mujer erudita, me pareció interesante investigar el asunto de la hipnosis. Si bien ese término no se acuñó hasta 1842 por el neurocirujano escocés James Braid, me pareció oportuno introducir el concepto en la conversación entre Althea y Rothgar, porque, aunque en el momento histórico donde se desarrolla mi historia, lo suyo hubiese sido hablar sobre el magnetismo animal (que es, para simplificarlo mucho, el equivalente al poder de la mente), no sabía si captaríais de qué palo iba yo.

Aunque esto de la hipnosis fue usado por charlatanes para ofrecer funciones místicas, sí es cierto que muchos médicos comenzaron a entender que la mente es tan fuerte como para llegar a hacer cosas imposibles solo con la sugestión adecuada.

James Braid es por lo tanto el padre de lo que se llama hoy en día hipnosis. En 1843 publicó *Neurypnology: or the Rationale of Nervous Sleep*, su primer y único libro, donde expuso sus ideas al respecto. En él acuñaba los términos hipnosis, hipnotizar e hipnotizador. Braid definió la hipnosis como un sueño nervioso sustancialmente diferente al sueño corriente. El método más eficiente para inducirlo era fijando la mirada en un objeto brillante en movimiento a pocos centímetros de los ojos. Braid observó que la reacción fisiológica que propiciaba el estado de hipnosis era una sobrexcitación de los músculos del ojo

lograda mediante una fuerte concentración de la atención.

El médico que me he sacado de la chistera, el señor Callaghan, sería el equivalente a un psicólogo moderno que sabe usar la hipnosis. Aunque faltan unos años para que nazca el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, es razonable pensar que hubiese otros neurólogos interesados en estudiar el pensamiento humano. Pues cabe señalar que mis hallazgos me han llevado hasta Baruch Spinoza (1632-1677) y este filósofo nacido en Ámsterdam desarrolló interesantes teorías sobre la filosofía de la mente, es decir las percepciones, sensaciones, emociones, fantasías, sueños, pensamientos y creencias de nuestra psique. En mi mente lo he visto factible, me refiero al hecho de que pudiese darse una situación así entre Callaghan y Zelina en 1831. Estamos en un momento de muchos avances. A veces pensamos que por estar en siglos pasados no había ningún adelanto, y os aseguro que los había y muchos, ya los griegos nos dieron muchas lecciones, así que hablar de mil ochocientos y algo no implica que estemos en la Edad de Piedra. Lo digo porque lo he visto con críticas que señalan que mis protagonistas femeninas eran adelantadas a su tiempo. No olvidemos que mujeres adelantadas ha habido siempre y si hay que comer el ingenio se agudiza. Ya la Biblia nos habla de Eva, y más adelantada que ella… pocas.

Ahora ya nos podemos centrar en Morgan. Esta mujer tiene muchos secretos tras su fachada. En poco tiempo leemos su historia completa.

Os adoro, liVertinas mías.

El resto de mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Disolutos sin Corazón

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline 3) Una institutriz para el vizconde Portman 4) Una Navidad para los duques de York.

5) Una prometida para el duque de Phenton 6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada)

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía) 2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse 3) Gabriel,

el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada 3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A.S. Lefebre) 1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano)

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Serie de Amores y Matrimonios

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Novela Contemporánea

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada… Os adoro, queridas y bellas damas.

No te pierdas la siguiente historia de la serie

«A una caricia de ti»

Link: https://pge.me/6IntRf



Morgan Pusset está viviendo en el paraíso. Tiene libertad y está al mando de lo que ella considera un imperio algo caótico, un poco secreto y muy estimulante.

Hace un par de años aceptó asumir la posición de una persona a la que admira y quiere, por lo que después de que su amiga y patrona, Althea, le ceda de forma permanente el honor de convertirse en la Duquesa Infame, la señorita Pusset quiere imprimir su propio sello a la nueva aventura que se le presenta. Ha cambiado su atuendo rojo por el verde, pues aunque la pasión es ardiente, ella prefiere usar el color de la esperanza, pues es lo que cree que todo el mundo necesita.

No obstante, el pasado nunca se queda atrás ni permite el olvido, por lo que cuando un viejo enemigo se presente para pedirle la revancha, Morgan acudirá al único hombre que jamás le ha fallado. Su vida dependerá en buena parte de que su protector, Brendan Sallow, vuelva a rescatarla.

La organizada y audaz Morgan Pusset está a punto de llevarse una gran sorpresa, porque una sola caricia desatará esa temida unión que viene cuando la pasión y la esperanza se unen para dar paso a un futuro maravilloso.

Una mujer versada en la supervivencia, secretos que salen a la luz, un caballero de lo más tenaz dispuesto a ponerse una brillante armadura… Todo está listo para descubrir la tercera historia de una serie que tiene enamoradas a miles de fantásticas románticas, ¿vosotras estáis preparadas?

Tampoco te pierdas la siguiente historia de la serie

«A un abrazo de ti»

Link: https://pge.me/xINw82



Helmer Culpepper es el déspota duque de Hardcastle. Ese es el adjetivo más significativo que su hermana pequeña usaría para referirse a él. El noble de alta alcurnia tiene un insignificante y vergonzoso secreto que lo incomoda muchísimo. No son marcas de viruela en el rostro o en cualquier otro lugar como tiene un amigo suyo, eso sería más fácil de sobrellevar. Tampoco tiene que ver con su entrometida hermana, lady Venus, aunque ella es molesta hasta decir basta. Es algo más serio que le impide llevar una vida normal.

Comprende que debe casarse, pues el título lo exige. Desde que escuchó a Venus hablar con la casamentera más famosa de todo Londres, no solo por sus habilidades para unir matrimonios estables, sino porque esa Duquesa Infame es un escándalo andante, Hardcastle sabía que se encontraba en un gran y serio aprieto. Venus es obstinada y suele salirse con la suya con facilidad...

Viudas y solteronas, la especialidad de la Duquesa Infame, están fuera del camino de Helmer. Descartadas. Así que tiene que convencer a Venus de que lo deje ir a su aire y confíe en que sea capaz de encontrar en Almack's a una esposa decente, a alguien que no se ría de él cuando descubra su problema. Una muchacha insegura e inexperta, recién salida del nido, le parece la mejor opción, la más segura.

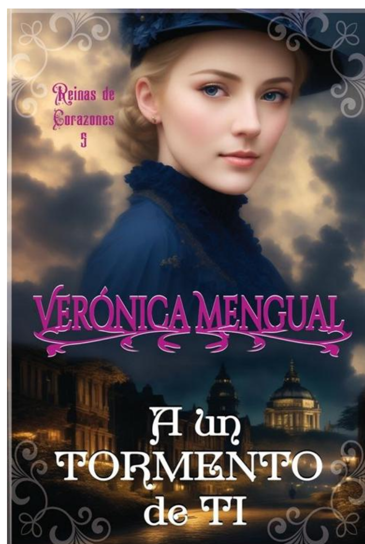
El inconveniente llegará cuando Venus se dé cuenta de que ella sabe mejor que nadie lo que le conviene al cabezota de su hermano, y entonces… ¡pum! Todo puede saltar por los aires.

Con Hardcastle llega la cuarta entrega de la serie que ha vuelto a colocar a Verónica Mengual en el centro del panorama del romanticismo de época. Todo gracias a sus fieles y amadas lectoras. ¡Vosotras! ¿Seguimos disfrutando de los duques autócratas? ¡A por ellos!

Ni te pierdas la siguiente historia de la serie

«A un tormento de ti»

Link: https://pge.me/aLtiRS



A lady Venus Culpepper le gusta adaptar la realidad a su propia conveniencia. No es ninguna mentirosa, lo que sucede es que las circunstancias la obligan a decir una cosa u otra en favor de sus propios intereses. Ella, por sí sola, constituye las dos caras de una misma moneda.

Durante la mayor parte del tiempo es la correcta hermana de un duque importante que al fin está asentado y es feliz. De hecho, en estos momentos en los que Hardcastle no la tiene atada en corto, Venus puede moverse con mayor facilidad por las peligrosas calles de Londres. Sus aventuras nocturnas no son ningún juego, sino asuntos serios que merecen toda su atención. Está inmersa en una gran misión de rescate en un barrio muy peculiar y peligroso donde las féminas tienen mucho que decir, y esa gran interferencia que se interpone en su camino no va a ser más que un enorme tormento que está decidida a esquivar con facilidad.

Ella es hábil, una insensata que habla demasiado, extremadamente temeraria y, en definitiva, podría decirse que es un problema con patas. Su contraparte es duro, está forjado en el dolor, no cree en el honor y le gusta ser un villano, aunque tiene alma de campeón y está dispuesto a participar en una justa donde la dama será su mayor rival y, a la vez, el premio que desea lograr.

¿Cómo de difícil resultará centrarse en lo que de verdad importa y no pensar en miradas, besos, abrazos y… placer?

Vamos a por la quinta historia, en la que Venus demostrará que es en verdad una auténtica Reina de Corazones capaz de someter al más incrédulo de los hombres.

Posdata: Hasta aquí las que están ya en preventa, pero vienen más historias tras la de Venus.

Te recuerdo que iniciamos con esta historia

«A suspiro de ti»

Link: https://pge.me/fQPvTN



Althea Marriott es una mujer noble a la que verdaderamente pocos conocen, y a sus treinta y dos años se enfrenta a la muerte. No se trata de ninguna enfermedad o un asunto que le produzca una tristeza inmensa como para hacerla morir de pena. En absoluto. Es algo más complicado que eso, porque alguien la quiere ver enterrada bajo tierra.

Su mayor secreto puede haber salido a la luz, lo que implicaría haber molestado a algunos hombres que consideran que las damas no merecen disfrutar de los privilegios que únicamente les están destinados a ellos.

Más que nunca, Althea necesita a un aliado, a alguien que entienda de enemigos y que la ayude a averiguar la identidad del villano. Él es el único en quien puede confiar, el problema es que años atrás no lo valoró lo suficiente y tal vez la mande a paseo cuando le pida su ayuda, especialmente porque a ese apuesto duque lo dejaron plantado en el altar.

Una nueva serie está a punto de empezar de la mano de Verónica Mengual. Una autora a la que le gusta arriesgarse con sus historias de Regencia. Althea será el eje transversal en Reinas de corazones, con ella llegan más aventuras que no sospecháis, que os harán estremecer el corazón y suspirar de emoción.

Bienvenidas una vez más al hogar del amor, el humor, los giros y la pasión de Mengual. ¿Comenzamos?

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera —CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1

Reinas de Corazones 3

VERÓNICA MENGUAL

A una CARICIA de TI

A UNA CARICIA DE TI

ASIN: B0CG2M5SYG
Sello: Independently published Primera edición, febrero de 2024.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Corrección: Ainhoa González.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

A UNA CARICIA

DE TI

Serie Reinas de corazones 3

Verónica Mengual

Sacrificio, una palabra que cuando se une al amor
adquiere su mayor significado.
Aunque a veces el pago es excesivo.
Las nuevas oportunidades también son increíbles.
Dedicado a las parejas que triunfaron en la adversidad,
pues el amor siempre es comprensión y aceptación.

Sinopsis

Morgan Pusset está viviendo en el paraíso. Tiene libertad y está al mando de lo que ella considera un imperio algo caótico, un poco secreto y muy estimulante.

Hace un par de años aceptó asumir la posición de una persona a la que admira y quiere, por lo que después de que su amiga y patrona, Althea, le ceda de forma permanente el honor de convertirse en la Duquesa Infame, la señorita Pusset quiere imprimir su propio sello a la nueva aventura que se le presenta. Ha cambiado su atuendo rojo por el verde, aunque la pasión es ardiente, ella prefiere usar el color de la esperanza, pues es lo que cree que todo el mundo necesita.

No obstante, el pasado nunca se queda atrás ni permite el olvido, por lo que cuando un viejo enemigo se presente para pedirle la revancha, Morgan acudirá al único hombre que jamás le ha fallado. Su vida dependerá en buena parte de que su protector, Brendan Sallow, vuelva a rescatarla.

La organizada y audaz Morgan Pusset está a punto de llevarse una gran sorpresa, porque una sola caricia desatará esa temida unión que viene cuando la pasión y la esperanza se unen para dar paso a un futuro maravilloso.

Una mujer versada en la supervivencia, secretos que salen a la luz, un caballero de lo más tenaz dispuesto a ponerse una brillante armadura… Todo está listo para descubrir la tercera historia de una serie que tiene enamoradas a miles de fantásticas románticas, ¿vosotras estáis preparadas?

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Suburbios de Londres, 1816.

No era correcto enamorarse de alguien que estaba por encima en la escala social. Ni aunque dicha escala tuviese tan solo un par de peldaños.

Poco importaban las normas o las correcciones cuando el corazón se involucraba. Y el suyo estaba terriblemente implicado.

Él era la mano derecha de Alan Pherson. Nadie sabía su nombre, todo el mundo lo llamaba Knife y llevaba los negocios turbios del señor Pherson. Y eran turbios porque en el East End todo resultaba oscuro y peligroso. No era complicado imaginar el motivo por el que lo habían apodado de ese modo. Era único manejando los cuchillos.

Una mirada era lo único que se necesitaba para conectar a una mujer con un hombre. Y ella lo había sentido. Sin coquetería, con sencillez. Sus ojos avellana se habían posado en unos tan negros como el mismo carbón. Y ese pelo… ¡Oh, divino cielo!, si ella hubiese creído que Dios se preocupaba por sus intereses hubiera aceptado que el Creador se lo había enviado para tentarla, porque ese pelo dorado no era de este mundo.

Knife era guapo. No de un modo evidente, sino de uno todavía peor. La protección que él irradiaba en un lugar tan peligroso como el East End cautivaba más allá que toda la hermosura del firmamento. Lo que una mujer que había llegado a ser considerada la carterista más habilidosa de Londres necesitaba era protección, y él se la ofrecía junto con unos besos ardientes, un toque enloquecedor y un delirio desquiciante.

No era la primera vez que ella buscaba protección. Ciertamente no la necesitaba del todo, porque su triste destino propició que caminase junto a otro hombre duro como una piedra, fuerte como un toro español. Allá donde su mastodonte —era como llamaba a Berel Iron debido a su gran tamaño— se bastaba para ser su guardián, aunque no

tenía demasiada paciencia especialmente con ella, Knife era eso y muchísimo más.

Su posesividad, su pasión, la envolvían en un cálido manto de locura.

Cuando una no tenía nada más que su ingenio para sobrevivir, el acto carnal significaba una puerta para escapar del presente, y si a esa cópula celestial se le unía el amor, la unión podía ser sencillamente perfecta.

Única.

Era una ladrona que vivía en un burdel, bastante era que no había optado por vender su cuerpo para poder comer. Berel Iron no lo habría permitido nunca, y no fueron pocas las ocasiones en las que el estómago de ambos rugió y ella se ofreció a abrir las piernas para no perecer. Pero su compañero fue hábil, su fuerza y tamaño los proveyó a ambos de un techo sobre la cabeza y comida en la mesa.

Ella no sabría lo que era entregarse a un hombre que no le gustaba para poder cobrar unas pocas monedas y comer. Su guardián la había salvado cuando la llevó al Secreto de las Delicias.

Tenía poco más de diecinueve años y sabía más de la vida que una ricachona de cincuenta. Durante el día trabajaba en las calles sustrayendo riqueza para pagar su estadía en el burdel, y por la noche le habían dado un puesto como vendedora de rapé, para seguir pagando por mantenerla en el interior.

Ella era bonita. Su pelo era dorado, un poco más oscuro de lo que dictaba la moda para ser una beldad, pero sus ojos avellana, en combinación con el hoyuelo de su barbilla, le conferían un aspecto único. Su figura también era envidiable, producto del hambre que había pasado, aunque en verdad su pecho era bastante atrayente, grande.

Era por eso por lo que el señor Pherson la miraba como si quisiera comérsela. Por algún extraño motivo no la había abordado, ella se imaginaba que por lealtad hacia su mano derecha, hacia Knife. Y a Dios gracias, pues Berel Iron poco podría hacer para exigirle nada a quien era el Dios en su mundo en caso de que el dueño del club le pidiera a ella más *cortesía* hacia él.

El hombre del que se había enamorado la miraba desde el otro lado del salón principal del burdel, donde los caballeros jugaban a las cartas mientras las damas buscaban tentarlos para llevárselos a las habitaciones de arriba.

Su mirada la estremecía. Su posesividad era brutal y la hacía sentirse adorada, querida, venerada. La noche anterior le había dado

un puñetazo a un borracho porque se atrevió a tocarle la nalga derecha. Y no era un caballero cualquiera, se enfrentó a un vizconde por ella. Incluso ella había tenido que poner cierta distancia con Berel Iron para que Knife no lo retase a duelo. Lo hacía por prudencia.

¿Qué mujer no sentiría mariposas en el estómago con un hombre tan varonil, peligroso y ardiente como Knife? Ella estaba a su merced. Haría cualquier cosa por él y sabía que su amado se encontraba en las mismas condiciones.

Estaba viviendo un sueño. Uno que esperaba que no se convirtiese en pesadilla, porque cuando se rindió a la persecución de Knife no solo le entregó su cuerpo, sino también su alma.

Iba a convertirla en su esposa. Se lo había jurado. Ella no le había pedido nada cuando se dejó seducir, fue él quien habló de un futuro juntos. Tenía dinero y un plan para tener sus propios negocios lejos de la mirada del señor Pherson, y la había incluido para establecer ese futuro juntos.

No en vano, ella había estado el último año preparándose bien a fondo para serle de utilidad. Necesitaba modales, pues iba a ser la esposa de un caballero importante. Había terminado de formarse en algunas cuestiones de etiqueta, porque una de las chicas del burdel fue una dama cultivada antes de perderlo todo y la había instruido bien.

La cabeza de ella no estaba hueca. No era una mujer estúpida. Era brillante, por eso se hacía llamar Barby Bright.

Knife hablaba de crear un imperio todavía más grandioso que el que había montado Alan Pherson. Confiaba en ella para hacerlo y lo lograrían.

No era un tipo pulido en sus formas. Su origen de baja alcurnia corría por su sangre. Era un hijo del East End, pero el dinero que había ganado trabajando para Pherson le permitía vestir como un príncipe, sin embargo, debido a su aspecto y nacimiento no sería nunca un caballero. Su rudeza y formas, pese a que su dicción no era tan cerrada, tan *cockney* como la de otros menos afortunados que malvivían haciendo oficios miserables y sin haber aprendido ni tan siquiera a hablar correctamente, le abría las puertas correctas.

Tanto Knife como ella misma, incluso Berel Iron, tuvieron la suerte de rodearse de las personas adecuadas y así poder ascender ese par de peldaños de la sociedad más humilde del East End.

Y eso también era porque años atrás, Berel y ella, habían estado viviendo con una compañía ambulante de teatro, personas amantes del maestro Shakespeare que les habían enseñado un par de cosas de lo más útiles. Leer y escribir eran un par de ellas. La audacia otra más.

Siguió repartiendo rapé y cigarros puros. Avanzando con coquetería solo para los ojos de Knife, quien no había dejado de mirarla desde su posición.

En menos de cinco minutos, él desapareció del lugar en el que estaba. La conexión que mantenían era tal, que ella no necesitaba escucharlo para saber lo que deseaba.

¿Se enfadaría él si descubriese que llevaba esponjas empapadas en vinagre para prevenir un embarazo? La vida era demasiado cruel para traer a un niño al mundo sin tener seguridad y, aunque los planes estaban hechos y sonaban muy bien, la señorita Bright sabía que todo podía fallar.

Se humedeció entre las piernas de inmediato, presa de la anticipación. Sabía cómo funcionaban las cosas cuando él aparecía después de haber hecho un recado para Pherson. Era el deber de ella calmarlo y darle un poco de paz. Nunca le hablaba de su trabajo, pero comprendía que no eran cosas fáciles de llevar a cabo.

La maldad campaba a sus anchas en el East End y la supervivencia era lo único que motivaba a los moradores de ese barrio bajo de Londres.

Ella miró a la derecha y vio a Sarah Adeston. Era una de las amantes de Pherson, su favorita, y por ello disfrutaba de cierto poder. Iba ataviada con un caro vestido de seda morada. Seguramente había ido al Secreto de las Delicias para encontrarse con el jefe. Una podría pensar que era la reina del burdel, y poco le faltaba para que Pherson le pusiera una corona. Y dado que Barby Bright era muy audaz, se había hecho muy amiga de la mujer. Así que no le tembló el pulso cuando se acercó para decirle:

—¿Podrías suplirme diez minutos, por favor, Sarah?

La mujer levantó una ceja y le sonrió. Tendría unos cinco años más que ella, pero su belleza era deslumbrante. Lo cual demostraba que el jefe tenía un gusto impecable a la hora de elegir a sus mujeres, porque si bien el dueño del lugar tenía a su favorita, no eran pocas mujeres las que solían entretenerlo. Incluso a veces se acostaba con dos a la vez.

—¿Diez? Conozco a caballeros a los que les sobrarían nueve. No entiendo el motivo por el que sigues viviendo de ese modo. Serías famosa en todo el East End, tu físico te permitiría elegir a los clientes y me consta que Pherson te envolvería en seda, encaje y joyas. Si quisieras, ganarías mucho más dinero y solo por soportar las embestidas de un patán que tarda menos de un minuto en terminar el trabajo. Treinta segundos si está ebrio, y a veces incluso están tan

aturdidos que no tienes ni que abrir las piernas.

Barby emitió una risa ligera.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le preguntó a Sarah Adeston.

—Muchas. Cada vez que un hombre atractivo posa sus ojos en mí, me enamoro. Y cuando se centra en darme placer, podría dejarlo todo y huir con él. Hay lenguas que te agitan tanto que llegas a tocar el cielo. —La mujer le guiñó un ojo.

Ella le dio un pequeño manotazo porque era consciente de que le estaba tomando el pelo.

—Sabes a lo que me refiero. No solo el placer físico, hablo de una conexión especial y única.

La señorita Bright escuchó suspirar a Sarah.

—No esperaba que el amor me alcanzase. Todavía no se lo he dicho a él, pero yo lo amo con fuerza, una gran obsesión ha nacido en mí desde que lo conocí. Lo amo tanto que haría cualquier cosa por él. ¿Harías eso por Knife?

Barby se quedó con la boca abierta. No solo por la vehemencia de las palabras de Sarah, pues no creyó que estuviese tan enamorada del viejo Pherson. Lo que la dejó perpleja fue la última pregunta de su amiga. Era un secreto que ambos compartían. Nadie más sabía nada acerca de su relación. Eran cuidadosos, y pese a que Knife no podía disimular sus miradas, ella creía haber logrado dejar patente ante el resto que él no le interesaba. Una gran mentira que, al parecer, no estaba funcionando.

—¿Cómo sabes que…? —comenzó a preguntar.

—¿Crees que no he estado en tus zapatos? ¿Que no he suspirado por un hombre y mis ojos brillaban cada vez que lo veía? Todas hemos pasado por ahí, incluso la prostituta más barata ha tenido un anhelo.

En ese momento, entró en el salón principal el dios del Secreto de las Delicias. Sabían que era Alan Pherson porque se hizo un silencio tras el que todo el mundo comenzó a murmurar.

Sarah se giró para buscarlo con la mirada. Al igual que Barby. Él iba con dos preciosidades colgadas de su brazo. Dos mujeres tan deslumbrantes que hacían que las dos amigas se sintiesen como las feas de un baile de la alta sociedad.

—¿Cómo lo soportas? —murmuró la señorita Bright. Si ella viese a Knife con otra mujer… No sabía de lo que sería capaz, pero el dolor que le infligiría sería insoportable.

Sarah regresó los ojos hacia Barby y le ofreció una mirada triste.

—El secreto es compartimentar el corazón. Cada momento tiene su emoción. Es supervivencia, pero no soy dócil ni paciente, creo que en

eso nos parecemos tú y yo. Lo que hago para soportar la afrenta que me causa cuando busca a otras, porque pese a que él es un hombre libre y yo no puedo aspirar a nada más debido a la vida que elegí, es tener mis propios sueños. Unas ilusiones imprevistas que me dan alas y me hacen suspirar.

—¿Qué me estás diciendo?

—Cierto, estamos hablando de ti. Escúchame: entrega tu cuerpo, dale tu corazón si quieres, pero no por completo, y jamás, escúchame bien, nunca —repitió con vehemencia— le muestres tu alma, porque si te tiene, conocerá tus puntos débiles y serás su prisionera. Has demostrado ser inteligente hasta el momento, te admiro por ello, Barby, pero si te abandonas en favor de él, estarás condenada.

—Knife me ama —saltó a la defensiva.

Una sonrisa triste se volvió a dibujar en el rostro de su amiga.

—Alan también me quiere, y eso no le impide usarme a su antojo y serme infiel. Son hombres, querida, estamos en este mundo para ser gobernadas por ellos. Toma en cuenta mis consejos y sufrirás un poco menos cuando llegue la primera decepción.

Barby se obligó a afirmar con la cabeza, pero ella sabía que su amado no le fallaría.

No lo haría.

En ese momento, una de las muchachas que solía atender las cocinas pasó por delante de ambas y Sarah la llamó.

—Sustituye a Barby hasta que regrese —le ordenó la mujer a la chica.

La joven frunció los labios ante el mandato, pero sabía la posición que ocupaba la señorita Adeston en esa pequeña escala social que había en el burdel del East End, y se limitó a coger las correas de la bandeja donde Barby llevaba el surtido de rapé y cigarros puros, para después pasárselo por la cabeza.

—Gracias —le dijo con amabilidad la señorita Bright a Sarah, para después repetir la misma palabra mirando a la muchacha que iba a sustituirla en su cometido.

Barby comenzó a ir hacia el lugar donde sabía que Knife la esperaría. Era una pequeña habitación que Pherson le había concedido para que se aislase del mundo. Allí no lo molestaba nadie y ella se escabullía para mantener los apasionados encuentros con él.

Cuando estaba a punto de tomar el primer pasillo en dirección hacia el lugar, una gran mano se posó en el brazo de Barby. El sobresalto la hizo gritar.

—¡Berel! —exclamó al ver que era su guardián quien la había

asustado—. ¿Sabes lo que ha faltado para que te apuñalase? —preguntó con enfado.

El señor Iron le cogió la otra mano y se dio cuenta de que ella tenía un pequeño puñal que habría deslizado por su antebrazo.

—Un cuchillo… —murmuró Berel—. ¿No te parece demasiado evidente?

Ella se negó a ponerse nerviosa ante lo que su protector acababa de decir. ¿Todo el mundo estaría al corriente de su *affaire*? Seguro que no. Solo Sarah porque era su amiga y la conocía bien.

—Es evidente que uso un cuchillo para defenderme de mis agresores.

—Estás jugando con fuego, Barby —la avisó.

Algo en el tono de él y su mirada de reproche la hizo ponerse en alerta.

—No tengo ni idea de a lo que te refieres —dijo mirándolo a los ojos.

—Sí, sí lo sabes. Nos conocemos demasiado como para no reconocer una mentira de tus labios o tú en los míos. Él no es bueno para ti —sentenció.

Y no hizo falta que su guardián dijese ningún nombre. Definitivamente, su secreto estaba en boca de todos.

—Estoy segura de que no existe ni un solo hombre que sería bueno para mí a tus ojos.

—Knife no es bueno —repitió con firmeza.

—Es el que he elegido —se atrevió a desafiarlo.

Hubo un momento de mucha tensión. El silencio de ambos era interrumpido por el jolgorio de la sala que figuraba a la espalda de Iron.

—Recoge tus cosas, en media hora tenemos que estar fuera de aquí.

—No —se negó, mientras levantaba el mentón en un claro desafío.

—¿Te atreves a ponerlo por delante de mí después de todo lo que hemos pasado? —preguntó incrédulo.

—Lo amo.

—Es un capricho. Es el segundo hombre más fuerte del lugar y te ha deslumbrado.

Ella bufó.

—¿Debo suponer que tú eres el primero?

—No. No me refería a la fuerza bruta, sino al poder que ejerce en buena parte del East End. Aquí yo soy el que más impongo debido a mi altura y tamaño —señaló con media sonrisa de autosuficiencia. Luego se fijó en la mujer que tenía enfrente y la miró compasivo—. Se

te pasará en un par de semanas, en cuanto te alejes de él.

—No es un capricho —murmuró ella, un poco menos tensa por el cambio que percibió en él. Su guardián estaba preocupado por la situación.

—Es un gran problema, Barby. Tenemos que largarnos de inmediato —insistió.

—No lo dejaré atrás. No puedo hacerlo.

Los hombros del señor Iron se cuadraron ante la tozudez de ella.

—¿Me obligarás a hacerte elegir? Porque lo haré si con eso salimos indemnes de aquí.

—No lo hagas —le suplicó.

—¿Él o yo? —siguió feroz.

Y ahí estaba la pregunta que jamás pensó que tendría que ser respondida. Sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Por favor… —le rogó de nuevo.

—Vas a tener que darme una respuesta.

—Lo amo —repitió.

—Él no te amará nunca. Los hombres como él no pueden tener debilidades. No con esta vida. No en el East End. No siendo quien él es.

—Me ama —le confesó, mientras sus mejillas se mojaban debido al torrente de lágrimas que estaba derramando.

—No pienso discutir más. Respóndeme.

Ella se tapó la boca para evitar que un sollozo escapase. Él esperó paciente una respuesta que llegó pasados unos pocos minutos.

—No necesito responderte, porque sabes lo que pienso al respecto. Nunca te abandonaré y dudo mucho que me hubieras permitido quedarme.

Él le acarició la mejilla. Un gesto insólito. Su mastodonte no era sentimental. No acostumbraba a mostrar emoción alguna.

—Es bueno que me elijas. En cuanto a lo otro que has dicho, sabes leerme como uno de esos tontos libros que atesoras. Mientras tu seguridad esté en mis manos, haré lo que sea necesario para mantenerte con vida, aunque ello suponga sembrar tu odio.

—Por más que desee odiarte, nunca podré hacerlo.

—Lo sé —dijo él antes de darse la vuelta—. Tienes media hora, ni un segundo más. Despídete.

—¿Adónde vas? —le preguntó a él, al ver que se dirigía en la dirección contraria de donde figuraban las habitaciones de los empleados del burdel.

—Tengo que despedirme también —le dijo sin volverse a mirarla.

Barby Bright se quedó sorprendida por primera vez en su vida.

¿De quién?

La pregunta se formó en su mente, pero no fue dicha en alto. Su guardián no se lo diría nunca y ella no tenía ni un solo minuto que perder.

¡Injusticia!

Tremenda injusticia esa de unir amantes para luego tener que separarlos.

No era mansa, ni dócil, tal y como había dicho su amiga Sarah hacía unos minutos, pero solo con Berel Iron se mostraba de ese modo. Lo conocía demasiado bien como para no saber que las preguntas habían sido una mera formalidad. Él se la habría cargado al hombro y la habría sacado del burdel sin su cooperación.

Bruto.

¿Los dos hombres más importantes de su vida tenían que ser duros, brutos y no tener sentimientos?

Se apoyó en la pared que tenía a su espalda y respiró un par de veces para calmar su maltrecho corazón.

Algo grave debía ocurrir para que Berel la instase a correr. ¿O era simplemente su deseo de separarla de Knife? No lo sabía, lo único que entendía era que su alma se acababa de resquebrajar en mil pedazos.

Ella había hecho un pacto con Berel, siempre estarían juntos porque era la única persona que nunca le había fallado, en la que confiaba con su propia vida. No podía huir de su juramento, al igual que el señor Iron tampoco podría hacerlo.

Era un pacto de corazón.

Siempre juntos, siempre protegiéndose en la adversidad.

Berel no la dejaría nunca atrás. Así que aunque lo hubiese desafiado no hubiese servido de nada. Vio la determinación en sus ojos y lo conocía demasiado como para saber que no podría hacerle cambiar de opinión.

De nuevo tendrían que marcharse de un lugar para iniciar una nueva vida en otro.

Tomó aire, se limpió las lágrimas que cubrían sus mejillas, cerró los ojos y se lamentó por la vida que le había tocado vivir.

Pasados unos minutos, que usó para recomponerse, se dirigió a esa pequeña habitación que Knife tenía destinada para que fuese su pequeño Edén de descanso. Era momento de despedirse sin decirle adiós, pues nadie debía saber que se proponía marcharse con Berel.

Entró sin llamar y nada más accedió se vio asaltada por una figura alta y delgada que la agarró del brazo para hacerla entrar en la

estancia. Lo siguiente que supo Barby fue que estaba atrapada entre Knife y la pared a su espalda.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó, mientras colocaba su boca en el lugar justo donde latía su pulso.

—No es fácil escabullirse —respondió ella.

—Agárrate a mi espalda, me tienes en el borde. ¿Por qué no me sacio de ti? Estoy más que preparado para llenarte, es verte y ponerme duro. ¿Estás lista para mí?

—Siempre… —susurró, mientras se remangaba la falda para proceder a usar su espalda como punto de apoyo.

Así la poseía Knife. Con todo lo que era. Directo, pasional y ardiente. Era el modo en el que le gustaba abordarla cuando se producían sus encuentros clandestinos. No había tiempo de ser tiernos y pacientes, la necesidad apremiaba y el tiempo era escaso.

Y Barby lo disfrutaba. Knife era un hombre que le demostraba su furor sin amagos.

Cuando el amante llevó una mano hasta su feminidad y la encontró empapada dio un gruñido para nada civilizado.

¡Y cómo le agradó a ella escuchar su ansiedad!

Se había acostumbrado a prescindir de la ropa interior porque él así se lo había exigido. Vivía para ese hombre que la poseía como si fuese una bestia hambrienta de ella.

¿Sería capaz de dejarlo atrás?

No quería.

No quería desprenderse de lo que tenían. De un presente perfecto y de un futuro lleno de sueños y promesas.

En cuanto sintió la virilidad de Knife en su entrada, ella cerró los ojos. No deseaba pensar más que en lo que él le hacía sentir. En lo que le inspiraba.

Con la primera intrusión, la joven gimió. Se aferró a su espalda con más fuerza mientras las manos de su amante la sostenían por las nalgas, moviéndola a su antojo.

Arriba.

Abajo.

Dulcemente empalada y llena.

Escuchando el deleite de él. Oyendo sus propios gemidos de placer. Jadeos que evidenciaban que dos personas disfrutaban cuando se apareaban, cuando la crudeza entraba en juego para ser solo uno, para buscar el gozo que solo una mujer podía darle a su amante.

—El cielo en mi infierno, eso es lo que eres para mí, mi pequeña Barby. Mi luz en medio de la oscuridad —apuntó él, antes de dar un

gran gruñido para dejar en evidencia que había alcanzado el éxtasis.

Ahí estaban. Las frases que a ella tanto le gustaba escuchar mientras la marcaba a fuego con su semilla derramándose en su interior. Utilizar las esponjas había sido una sabia decisión.

Sin despegar los párpados, lo sintió salir de su interior.

—Abre los ojos —le ordenó de esa forma ruda tan suya que a ella la enloquecía.

Hizo lo que él le dijo.

—Te quiero —le confesó Barby. Las lágrimas habían regresado y ella no se había dado cuenta del momento en el que comenzó a llorar.

Knife le enmarcó el rostro y le pasó los pulgares delicadamente.

—¿Afirmas que me amas y en cambio lloras cuando te poseo? —inquirió desconcertado y algo enfurecido.

Ella se obligó a sonreírle.

—Ten por seguro que nadie te amará nunca más que yo. Ten por seguro —repitió— que no amaré a nadie más que a ti —apuntó con el corazón en la mano.

Las palabras sonaron a profecía. Hicieron que Knife se tensase. No le gustaba verla llorar, ni tampoco que colocase ideas en su cabeza. Solo imaginarla siendo tocada por otro lo hacía sentir tremendamente violento.

Era por naturaleza celoso. Muy celoso.

—Dios proteja al otro hombre sobre el que puedas versar tus afectos, porque estará muerto antes de saber quién lo atacó —la avisó él.

Esa posesividad hizo que su corazón bailase. Era magnífico sentirse tan amada, deseada y protegida.

¿Qué jovencita se resistiría a un amor de ese tipo? Excitante, vibrante, único.

Knife era uno de los hombres más temidos del East End y ella lo había logrado domesticar. Lo tenía a su merced. Encandilado. Su amante pudo haber tenido a la mujer que desease y la había elegido a ella. No miraba a otra. Nunca había sentido celos de nadie porque solo tenía ojos para ella.

Duro y bruto, pero era a quien su corazón había elegido.

—Bésame, amor —susurró ella, a la vez que suspiraba.

—¿Amor? —inquirió asombrado, dado que era la primera vez que ella usaba una palabra tan sentimental—. Podría acostumbrarme a que me llamases así, pero solo cuando estemos solos. No puedo mostrar debilidad.

Al ver que él se resistía a darle un beso, decidió tomar la iniciativa,

pues no era un amante cariñoso o tierno, así que los besos no eran algo importante para él.

Se había acostumbrado a la forma que él tenía de amarla, pero de vez en cuando necesitaba robarle un beso. Lo comprendía. Knife no podía ser menos duro que una roca, su posición lo exigía, pero ella necesitaba ser besada de inmediato o se moriría.

Barby se abalanzó sobre sus labios. No fue ternura. No había nunca lugar para la ternura con Knife. El beso se transformó en pocos segundos en más posesión, en necesidad.

No era eso lo que ella requería en esos momentos. Se apartó con suavidad de él, dado que no deseaba ofenderlo.

—¿Vas a decirme el motivo de tus lágrimas? Tú nunca lloras, Barby. Hoy te siento diferente. ¿No te ha gustado que te poseyera?

Ella se sonrió. Se mostraba tan preocupado… Era perfecto y tendría que dejarlo atrás.

No hubo tiempo para más palabras. La puerta que tenían a la derecha sonó.

—¿Quién demonios es?

—Soy Boy —dijo una voz temblorosa tras la madera. Todo el mundo sabía que cuando él estaba en su estancia privada nadie debía molestarlo.

—Será mejor que alguien haya muerto —farfulló, al tiempo que acababa de colocarse la camisa y los pantalones correctamente.

La joven se sacó un pañuelo de un bolsillo escondido en el vestido y se adecentó entre los muslos. Cuando estuvieron listos, Knife la movió a un lateral para que nadie la pudiese ver. Fue entonces cuando abrió un poco la puerta para ver qué sucedía.

—El jefe quiere verte.

—¿Por qué tanta prisa?

—No me lo ha dicho, solo desea que vayas a su despacho y que la chica te acompañe. —Ante las palabras que le dijo el muchacho de los recados de Pherson, los ojos de Knife se posaron en los de Barby, quien también se mostraba asombrada.

La pareja había tenido muchísimo cuidado de que nadie se enterase de su relación. Esa noche todo se había descontrolado. Primero Sarah, luego su guardián Berel, y en esos momentos el hombre que dirigía el mundo de todos ellos: Alan Pherson.

Knife le cerró la puerta en las narices y se concentró en Barby.

—En algún punto lo nuestro acabaría saliendo a la luz. El viejo estará enfadado porque no lo ha sabido por mí. Casi me alegra que nos hayan descubierto. Será todo más fácil a partir de ahora.

Ella no lo veía tan claro. Si bien Knife era posesivo con ella, el tipo al que todos sus hombres llamaban «jefe» lo era con todos los que tenía a sueldo.

—¡Vayámonos, Knife! —exclamó en un alarde de valentía sin medir las consecuencias—. Solos tú y yo. Lejos. Dejemos todo lo que conocemos y empecemos de nuevo en otra parte, por favor.

El corazón se le estremeció al darse cuenta de lo que planteaba, cuando fue consciente de lo que acababa de decir. La traición hacia Berel era descomunal, pero no le importaba nada más que el amor que sentía por el hombre que la miraba expectante y sorprendido.

El amor tenía ese efecto cuando irrumpía con violencia en el corazón de una mujer enamorada. No veía más allá de Knife, de un futuro juntos.

—¿Acaso tienes miedo del viejo? ¿Crees que no soy lo suficientemente fuerte y astuto para proteger lo que es mío? Cualquiera que te ponga una mano encima morirá antes de pestañear, ya te lo he dicho antes. Poco importa que sea un secuaz o el maldito viejo —apuntó en alusión a Pherson—. A mi lado jamás tendrás nada que temer —terminó de sentenciar en tono duro y satisfecho.

—No dudo de tu valía, pero siento como si algo malo fuese a suceder y tengo miedo de que…

—¿No me escuchas cuando te hablo, Barby? No tengas miedo. Yo siempre te protegeré. Te lo juré la primera vez que te entregaste a mí y pienso mantenerlo hasta el fin de mis días.

Ella cabeceó afirmativamente. ¡Dios santo! ¿¡Cómo iba a dejar a este hombre atrás!?

Los dos salieron del pequeño santuario de Knife, esta vez sin que él tuviese que sacar la cabeza por la puerta y comprobar que no había nadie en el pasillo. Era más, la llevaba cogida de la mano y caminaba con la cabeza bien alta. Incluso sonreía cuando se cruzaban con una doncella o un lacayo del burdel que los miraba con extrañeza. ¡Pero si él no sonreía nunca!

Barby estaba en un lío tremendo y no sabía cómo podría salir, porque no iba a dejar atrás a Knife mientras le quedase un aliento en su cuerpo. Berel tendría que marcharse solo o aceptar quedarse.

Cuando entraron al despacho de Pherson el infierno se desató. Incluso Knife, que no perdía la compostura nunca, se quedó con la boca abierta.

Sarah Adeston estaba sentada en una silla, atada y amordazada, con la cara terriblemente morada. Un hilo de sangre le caía por el labio inferior. A su derecha, sujetado por tres hombres, los más grandes que

había en el burdel —y eso que Berel Iron era todavía más imponente que el trío junto—, tenían a su guardián bien inmovilizado mientras él trataba, inútilmente, de liberarse. También llevaba una mordaza en la boca.

Sobra decir que ante la escena, Knife colocó a Barby a su espalda, motivado por un gesto de total protección. El agarre de su amante le imposibilitó salir corriendo en dirección al señor Iron.

Tenía que ser cauta. Ver qué diantres había sucedido para que se diese esa situación tan terrorífica.

—Ahora sí que ya estamos todos —apuntó el jefe mientras sonreía —. Te avisé de mis planes para ella, te dije que era una zorra —decía en dirección a su segundo al mando y en referencia a Barby— y que nos haría ganar mucho dinero si la poníamos a joder. Te negaste.

La palabra tan cruda hizo que Barby se estremeciese, que Berel comenzase a luchar con mayor fuerza y que Knife sacase un cuchillo de su manga.

No era la primera vez que el dios que dirigía gran parte del East End usaba un vocabulario soez, a él le gustaba ser impertinente, crudo y blasfemo, especialmente cuando estaba enfadado. Barby no tenía duda alguna de que el viejo estaba colérico, pues la cara que vio al entrar… Si él hubiese podido, estaba segura de que la habría hecho azotar y la hubiese dejado peor que a la pobre Sarah. ¿Eso era amor? ¿Así demostraba un hombre lo que sentía por la mujer que era su favorita entre todas?

Barby sintió náuseas.

—Hablas de mi mujer, viejo —lo avisó Knife.

—¡Me amenazas! —exclamó incrédulo—. Tienes las pelotas de hacerlo, pese a que te estoy salvando del mayor error de tu vida. ¡Maldito desagradecido! Debería haberte dejado a tu suerte. Tu zorra pensaba marcharse de inmediato con su otro amante. —La cabeza de Pherson se movió para señalar a Berel Iron.

La acusación hizo que Knife sonriese.

—Todo el mundo aquí sabe que es tu zorra —dijo en alusión a Sarah— la que se acuesta a tus espaldas con Berel Iron. Aunque el secreto ha salido al fin a la luz.

Alan Pherson, que había estado sentado tras el escritorio, se levantó con violencia de la silla y dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¿Lo sabías y no me lo dijiste? —lo acusó Pherson.

—Un día me recomendaste no meterme en líos de faldas entre un hombre y su mujer. Será mejor que no metas a la mía en esto. Sea lo que sea lo que suceda entre Iron, tu amante y tú es cosa vuestra, y yo

me quedaré al margen.

—Dudas de mi palabra… —Pherson no daba crédito a la rebelión que estaba observando—. Debería decirles a mis hombres que te metiesen una bala en la cabeza y otra en el corazón. —Se quedó un momento pensativo. Esa distracción mientras concebía una idea no le permitió ver que Knife tenía en la otra mano un par de cuchillos más. No dudaría en usarlos contra su dios, el hombre que le había enseñado todo lo que sabía. Barby bien valía la pena.

—Mi mujer y yo saldremos de aquí ahora —dijo con seguridad Knife.

Los ojos de Pherson se posaron en él.

—Te permitiré irte si es tu deseo, pero antes haremos una prueba… Jacky, Sam —llamó a dos de sus esbirros que estaban viendo el espectáculo tan peculiar que se desarrollaba en el despacho del jefe.

Los dos aludidos se posicionaron de inmediato ante su patrón.

—Usted manda, jefe —señaló el denominado Jacky.

—A sus órdenes —apuntó Sam casi al mismo tiempo.

—Sacad vuestras pistolas y apuntad a Berel y a Knife. —Los dos secuaces se pusieron lívidos. Habían esperado muchas cosas, pero no una orden así. Pherson los vio mirar a Knife—. ¿¡Tengo que repetir la maldita orden de nuevo!?

Así que en una fracción de segundos los dos tipos estaban encañonando a Knife y a Berel.

—¿Qué te propones, viejo? —lo retó el amante de Barby—. Porque sea lo que sea, te recomiendo que la jugada te salga bien, pues como no acabes conmigo, el que terminará muerto serás tú.

—Ahí está el lobo que hay en ti, no un manso cordero. Ella no te hace bien —aludió a Barby—. Te ha amansado y no te necesito así. La confesión de Sarah sobre tu aventura con la zorra y los planes de Berel de huir me han venido bien. Te garantizo que después de esta noche me agradecerás mi intervención.

—¡Te mataré por eso! —gruñó Knife.

Tras lo dicho, Pherson vio que Knife avanzaba un par de pasos hacia él, por lo que cogió su propia pistola del lado derecho de su escritorio. El viejo levantó el arma raudo.

—¡Apartaos, chicos! —les ordenó a Jacky y a Sam. De tal modo que Pherson se quedó frente a Knife—. Presumo que tienes la mano de tu zorra bien sujeta, suéltala si no quieres morir antes de que comience mi demostración.

De nuevo, la crudeza de las palabras malsonantes hizo que Barby se agitase. Se obligó a tranquilizarse. El vocabulario ruin de un

malnacido era el menor de sus problemas en esos instantes.

Knife se resistió a seguir el mandato, así que fue la propia Barby la que dejó de esconderse tras su espalda, lo obligó a soltarla y se posicionó frente a Pherson con la cabeza alta. Al moverse, se quedó en medio de Knife y de Berel.

—Lo veo más claro ahora, sí, ya sé lo que voy a hacer… —dijo con diversión el villano del momento, para, a continuación, martillear la pistola y disparar.

Se escuchó un disparo en medio del silencio tenso y agónico que imperaba en el despacho.

Lo siguiente que ocurrió fue que Barby Bright corrió para acabar abrazada frente a Berel Iron, a fin de protegerlo pese a tener que sacrificar su propia existencia.

Tras ver que no sonaba otro disparo y que no había en su cuerpo ninguna bala, Barby levantó la cabeza que tenía alojada en el cuerpo de su guardián.

—Mi rosa con espinas —murmuró Berel sobre el cabello de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó inquieta.

—¡Te lo dije! —exclamó Pherson al mismo tiempo que ella. De tal modo que Barby no esperó la respuesta de Berel, giró el rostro y vio a Knife observándola de un modo indescriptible.

Se había olvidado de Knife por completo cuando creyó que su mastodonte estaba en peligro. Ella sabía que le acababa de romper el corazón en mil pedazos. No había pensado cuando escuchó la bala, ella solo supo que debía proteger a Berel y lo hizo sin más, de un modo completamente natural.

—¡Llévatela de aquí! —gruñó Knife en dirección a Berel, quien se había sacudido a los tres hombres de encima en cuanto creyó que ella estaría en peligro.

La preocupación del hombre al que Barby seguía aferrada todavía, le hizo sacar una fuerza descomunal que no sabía que poseía. Iron estuvo fuera de sí. Había creído que la perdería, que se quedaría solo en el mundo. Se desentendió con facilidad de sus captores para ir a rescatarla. Ella llegó primero a él.

Los gritos comenzaron de nuevo, los cuchillos de Knife volaban por la habitación, más disparos resonaban en medio del caos. Y mientras ella estaba cargada al hombro de su guardián, solo podía llorar y llamar a su amado a pleno pulmón.

—No, no, no… ¡Noooo! —gritó Barby cuando el señor Iron la subió contra su voluntad en el carruaje que los esperaba en la esquina de la calle—. ¡Te lo suplico, no podemos dejarlo atrás! —Trataba de librarse

de su agarre, pero Berel era muchísimo más fuerte que ella.

—Está hecho, mi rosa con espinas. —Siempre la llamaba de ese modo cuando deseaba ser cariñoso con ella—. No hay nada para nosotros aquí. Es momento de empezar de nuevo.

—¿Por qué? ¿¡Por qué me lo arrebatas todo otra vez!? ¡Lo amo, lo amo…! —gritaba ella entre llantos.

—Se ha sacrificado por ti, honra su acción sobreviviendo.

No se dijeron ninguna otra palabra. Ella sabía que había muerto por dentro. No volvería a ser la misma. También era consciente de que su guardián acababa de perder lo mismo. Tan ocupada había estado con Knife, que no se había dado cuenta de que Berel se había enamorado también de Sarah Adeston y de que ella lo amaba con la misma intensidad.

Los dos habían sacrificado todo lo que tenían para salir vivos de allí, pues eran muy conscientes de que Pherson habría matado a Berel por atreverse a tocar una de sus propiedades, porque eso era Sarah para el viejo jefe. De igual modo, ella era consciente de que también hubiese acabado muerta, pues a los ojos del viejo bastardo, Barby hacía débil a Knife y el villano había perdido la lealtad de su mejor hombre en favor de ella.

Unos días más tarde, por mediación de un amigo del señor Iron, un hombre llamado Greyson Amery, ella y Berel llegaron hasta la casa de campo del conde de Wins para trabajar para él. Lord Wins resultó ser un bastardo igual de arrogante y cruel que Pherson. Disfrutaba pegando a su mujer y torturándola.

Allí, en Wins Manor, los dos empezaron de nuevo, solo que en vez de llamarse Berel Iron y Barby Bright, tuvieron que optar por el anonimato.

La vida había hecho que Brendan Sallow y Morgan Pusset —así se habían hecho llamar en la finca campestre— conocieran a Althea Marriott, la condesa de Wins. *Lad*y Wins iba a ser una pieza clave en el futuro de ambos. En especial cuando los tres huyesen del maldito Wins en dirección a Europa, para recalar en Italia y Sicilia.

No fue hasta muchos años más tarde, cuando Wins murió, que los tres regresaron a Inglaterra para forjarse un camino sólido.

El destino estaba a punto de darle a Morgan Pusset lo que antes le había quitado…

Capítulo 1

La Duquesa Infame

Londres, Inglaterra, 1832.

Había mujeres simples y otras más complejas. Y para no pertenecer a la nobleza, la que tenía sentada frente a ella era de lo más quisquillosa. Aunque también podría llegar a sentir admiración por ver a una fémina tan segura de sí misma, de sus aspiraciones y gustos.

Morgan Pusset se movió con cuidado para que su peluca rubia no se desplazase, y mientras se levantaba de su asiento pensó en que necesitaba a una doncella de confianza que la ayudase a disfrazarse con más seguridad.

Desde hacía unos años había usurpado el lugar de la Duquesa X, aunque ella se había ocupado de que todo el mundo la llamase Duquesa Infame porque la palabra «infamia» le fascinaba.

¿Qué implicaba exactamente ser la Duquesa Infame?

Muchas cosas, y todas ellas excitantes y necesarias. En primer lugar, tenía un deber hacia las mujeres que no conocían la pasión de primera mano, mujeres maltratadas, solteronas sin ilusiones o solo viudas cuyos inútiles maridos no se habían tomado la molestia de usarlas para algo más que para parir a sus herederos.

¿Cómo llegó Morgan Pusset a convertirse en la Duquesa Infame?

Eso sucedió gracias a la actual duquesa de Darkworth, Althea Darkworth, anterior condesa viuda de Wins, pues fue su querida amiga la que ostentó en primer lugar el ficticio título de Duquesa X cuando regresó a Londres, justo en el momento en el que el monstruo de su anterior esposo decidió morirse. Se podría decir que Althea era una visionaria, pero Morgan sabía que la que fue su patrona hasta que el amor llamó a su puerta y se enamoró perdidamente de Aquiles Darkworth, solo deseaba irritar a esos caballeros que se creían con derecho a todo y sobre todo. Así que Althea, tras ser consciente de su propia historia, de su penoso matrimonio con el difunto conde de Wins, decidió enfundarse un vestido rojo, colocarse una peluca rubia,

delinearse los ojos con kohl negro y convertirse en la Duquesa X, con la única finalidad de proveer de pasión, ardor y lujuria las vidas de mujeres que necesitaban saborear las mieles de la carnalidad.

Pero Althea se había casado y era una orgullosa madre de dos vástagos, así que el puesto quedó libre y Morgan no se lo pensó dos veces. Se enfundó ella misma la seda roja, se colocó la peluca y usó el kohl para convertirse en una mujer que organizaba encuentros placenteros entre mujeres que no habían conocido la dicha de una cópula destinada únicamente al placer con un hombre bien dispuesto a saciarlas, a dejar a un lado su éxtasis hasta que sus compañeras viesen la luz cegadora de la satisfacción.

Esa era la misión de Morgan desde que Althea se había casado. De hecho, el año pasado logró que una dama muy necesitada, como lo era Zelina Myers, duquesa viuda de Lionstar, vislumbrase el placer más sublime al lado del duque de Rothgar, un reconocido calavera que finalmente se reformó tras conocer a Zelina. Y lo que comenzó como un juego entre amantes, acabó con una preciosa boda en la que Morgan había sido una pieza clave.

No había nada mejor para una pareja que iniciarse en el placer para finalizar jurándose amor eterno.

Morgan suspiró con ese último pensamiento. ¿Desde cuándo era ella tan adepta de los cuentos de hadas?

Sacudió la cabeza ligeramente para librarse de unas ideas tan absurdas y su peluca se removió para acabar inclinada de lado. Morgan subió de inmediato las manos para sujetarla, y en vez de tratar de ponerla en su lugar se las arregló para quitársela sin hacerse daño.

—Es definitivo, necesito una ayudante tan buena como lo fui yo en su momento —apuntó en alusión a cuando ella misma ejercía como la doncella, secretaria, amiga, confidente y lo que hiciese falta para Althea.

La mujer que tenía frente a ella, tal y como marcaban las normas de etiqueta, miró hacia otro lado mientras Morgan lidiaba con la tonta peluca que había decidido no quedarse sobre su cabeza, pues la invitada de la Duquesa Infame entendía que el anonimato era un punto importante para su interlocutora.

Unos pocos segundos después, Morgan había dejado la peluca sobre una mesa y se acercaba hacia la otra mujer sonriendo.

—Espero que no le disguste mi aspecto, pero nunca fui buena usando ese trozo de pelo inerte y creo que lo odio tanto que por eso me he saboteado a mí misma esta mañana mientras me colocaba la

dichosa peluca.

—Oh, no se preocupe —observó la invitada, al tiempo que posaba su mirada curiosa sobre la Duquesa Infame.

Morgan le sonrió.

La mujer a la que le acababa de tender una taza de humeante té de menta con una cucharilla de azúcar, según su pedido, era Tabitha Edevane. Una escritora de treinta y dos años a la que tanto Althea como Morgan habían conocido hacía tiempo, pero a la que no habían podido emparejar con ningún caballero porque la dama se mostraba reacia a dejarse llevar.

No había sabido nada de la señorita Edevane hasta que se presentó esa mañana en su puerta. A Morgan no le gustaba presionar a las mujeres que no tenían claro si deseaban vivir una aventura única en la mansión que regentaba junto con Brendan Sallow a las afueras de Londres, así que no intervenía hasta que ellas decidían pedirle ayuda. Althea lo solía hacer al revés cuando estaba en la piel de la Duquesa X, se involucraba aunque las damas no hubieran aceptado sus propios deseos.

Los ojos de Morgan se fijaron en Tabitha Edevane, era a todas luces una solterona muy recatada. Llevaba un vestido de color marrón, con un fichú en un tono más oscuro cubriendo su cuello y escote.

Aburrida.

Ese sería el calificativo que le darían muchos caballeros si se la topasen en una fiesta, por la calle o dando un paseo por Hyde Park.

Falta de atractivo sería otro modo de definirla, pues la escritora tenía el pelo marrón, estirado en un moño, tal y como debía llevarlo una solterona reconocida sin aspiraciones, ojos del mismo color y su piel era pálida. En su favor Morgan diría que la señorita Edevane tenía una sonrisa afectuosa, sin maldad, y que su corazón era tan limpio como ella misma, porque olía a jabón. No una esencia impregnada con flores o algo más delicado, sino que emanaba pulcritud.

Toda ella era demasiado… marrón. Y pese a que no tenía un físico espectacular, Tabitha Edevane la miraba desafiante, con mucha seguridad en sí misma, y hablaba de sus necesidades con naturalidad, sin ruborizarse. Más que una escritora parda, parecía una gran duquesa enjaulada. Con las sugerencias adecuadas, su nueva amiga podría deslumbrar al más exigente de los caballeros de Londres.

—He estado leyendo su último libro, señorita Edevane.

—Espero que la haya hecho suspirar —respondió la aludida.

Morgan le sonrió y decidió probar una teoría que se le había formado en la cabeza.

—Mucho, pero a mí me gusta suspirar de otro modo más… ansioso —le confesó con picardía al tiempo que le guiñaba un ojo.

Observó cómo la mujer desviaba la mirada ante su broma.

Incomodidad.

Una sencilla frase con doble sentido la había hecho sentirse incómoda. Morgan suspiró. Tenía mucho trabajo con esa nueva mujer que había acudido a solicitar sus servicios.

—Una vez habló de vendarme los ojos mientras me dejaba seducir por un caballero que estaría en igualdad de condiciones que yo.

—¿Está sugiriendo que eso es lo que quiere? ¿Que la prepare para meterse de lleno en un encuentro ilícito donde pondrá toda su confianza en un compañero que yo seleccione? —Morgan acababa de desconcertarse por completo.

Los ojos de la escritora regresaron para posarse en los de Morgan.

—Verá, Duquesa Infame —Morgan sonrió. Ese nombre cada vez le gustaba más—, me he hecho un nombre entre las damas que me leen porque en mis historias narro lo que ellas mismas sienten, pudieron sentir o desearían sentir ante la aventura de ser jóvenes damas casaderas. Hablo de mis propias experiencias, pero las adapto para que mi editor no tenga ningún problema a la hora de ser tachado de inmoral por comercializar mi trabajo.

—¿A qué se refiere exactamente? —indagó Morgan con suavidad.

—Una vez fui joven, tuve aspiraciones, el amor me inundó y si bien mi propia vivencia no terminó con un final feliz, les doy a mis protagonistas lo que yo no logré. Ya sabe, un príncipe azul que las conquiste y que esté a la altura de las circunstancias.

—Su último libro, ese del que le hablaba hace unos escasos minutos, me tocó el corazón. Una historia muy dulce, si me permite darle mi opinión.

—Querrá decir que es una historia imposible, porque adivino, después de que se haya quitado la peluca, que no debe ser más joven que yo misma y que…

—Tengo dos años más que usted —la interrumpió—, aunque pronto cumpliré treinta y cinco. Así que lo justo sería decir que tengo treinta y cinco.

—Es decir que tiene treinta y cuatro. Me sorprende que se ponga años de más, cuando cualquier mujer se los quitaría sin pestañear.

—No soy común, tal y como habrá podido imaginarse.

—Por eso estoy aquí. Porque lo que voy a pedirle tampoco es común.

—Si va a solicitarme que le haga vivir un cuento de hadas tan

magnífico como los que manuscribe, me temo que no podré ayudarla —la avisó.

—Precisamente lo que deseo es todo lo contrario. Quiero vivir una infamia.

—¿Una infamia? —preguntó con el ceño fruncido Morgan.

La Duquesa Infame había vivido demasiado como para que algo la sorprendiese. El modo en el que su interlocutora pronunció esa palabra la dejó asombrada, por la seguridad y convicción que usó. No titubeó y no desvió la mirada de los ojos de Morgan como hacía unos minutos. Era obvio que se estaba obligando a ser audaz y valiente.

Interesante.

—Tiene usted toda mi atención, señorita Edevane.

—Quiero escribir sobre la pasión que comparten un hombre y una mujer.

—Entiendo. ¿Se trata de buscar… documentación, por así llamarlo, para su próxima entrega? —tanteó Morgan.

Los inteligentes ojos de Tabitha se abrieron y luego se tomó un momento para pensar su respuesta. Al cabo de unos pocos segundos, en los que Morgan esperó pacientemente, procedió a comentar que:

—Podría verse así. Aunque no deseo mostrarme mezquina frente a usted. Una mujer que desafía todas las normas sociales y divinas merece mi respeto y franqueza. Quiero vivir una historia llena de pasión, que me descubra lo que me he estado perdiendo por haber sido célibe y correcta todos estos años. ¿De qué me ha servido ser casta, honorable y respetable hasta la fecha? Yo se lo diré, Duquesa Infame, de nada. Aunque en verdad, podría decirse que me ha servido para preguntarme cada noche qué me provocaría ser besada con lascivia, tocada con perversión y profanada con libertinaje por un hombre que supiese abrir una ventana hacia la corrupción de mi cuerpo y de mi alma. Deseo sentir, duquesa. Quiero vivir una infamia, y más allá de eso quiero ser versada en las dotes que manejan las concubinas, las cortesanas más expertas, pues me niego a marcharme de esta vida sin yacer con el caballero con el que llevo tanto tiempo soñando.

Morgan se quedó fascinada con el arrebato con el que habló Tabitha.

—A ver si la he entendido bien… Lo que usted desea es: conocer y aprender a la vez, para después poner en práctica los conocimientos adquiridos sobre un hombre con el que ha estado fantaseando, ¿me equivoco?

—Lo ha definido a la perfección. Desde que me topé con usted años

atrás, no me decidía a dar el paso, porque no había sido capaz de examinar mi interior y reconocer mis pensamientos más oscuros, la verdad vergonzosa que en caso de salir de estas cuatro paredes hará que el clero me maldiga a vivir la eternidad en el infierno más sombrío.

—Ni una sola palabra de nuestra conversación se sabrá nunca —le juró Morgan.

Tabitha asintió.

—He pensado mucho en él, porque cuando una mujer se enamora, pueden desfilar frente a ella los ejemplares más viriles y masculinos de la creación, y jamás se convertirán en una tentación. Él. Solo está él. El hombre que despierta el amor y por el que una se sacrificaría sin pensar en todo lo que perdería.

—Muy bien. Entiendo que usted está enamorada de un hombre que no corresponde a sus sentimientos y desea seducirlo. Así que para llegar hasta ese punto, quiere antes convertirse en una experta en las cuestiones de la carnalidad.

—De la cópula. Hablemos sin miedo y con palabras claras —le sugirió a Morgan.

—De acuerdo, solo dígame si la he interpretado correctamente.

—Está usted en lo cierto.

—Necesito saber la finalidad de ese plan que ha concebido —pidió con suavidad.

Vio que la dama dejaba sobre la mesa más cercana la taza de té de menta que había estado sujetando entre las manos.

—Es un libertino de primer orden y si bien lo que más ansío en la vida es hacerlo caer de rodillas, al igual que los caballeros de mis historias se postran ante las protagonistas, tengo una edad y una experiencia que me hacen ser un poco más realista. Así que me conformaré con vivir un idilio con él que jamás pueda olvidar, que sea la base de las próximas novelas que pueda escribir.

—Hay algunos hombres que consideran que la falta de experiencia de una amante resulta una cuestión del todo excitante. Ya sabe, por todo eso de iniciarlas en los excesos de la cópula y mostrarles lo que es la emoción de la lujuria. Allí donde ellos tienen que poseer experiencia ilimitada en las relaciones físicas, se espera de nosotras que no hayamos sido profanadas en absoluto. Virginales y a la espera de ser conquistadas. Los hombres son cazadores y las mujeres sus presas. Los papeles de esta cacería no deben intercambiarse, pues no están preparados para que nos alcemos como espartanas en una sociedad que dominan.

—Uhm… Esparta. Interesante comparación. Es cierto que las mujeres de Esparta tenían más libertad que cualquier otra de la antigua Grecia, pero era solo porque sus esposos estaban lejos, sumidos en la guerra, y no quedaba nadie más que ellas para ocuparse de todo.

Morgan le sonrió.

Ah. Ella era una erudita. Podía ver a Tabitha Edevane hurgando en los polvorientos libros de la biblioteca buscando información sobre sociedades pasadas.

Tal vez ella solo era marrón por fuera, porque en su interior habitaba una mezcla de rojo y verde. Un rojo que mostraba la pasión y un verde que evidenciaba la esperanza.

Muy, pero que muy interesante.

Su nueva amiga iba a ser un reto de lo más excitante.

—Pues como ahora. Yo me he convertido en la Duquesa Infame, mi fortuna y aliados me hacen estar por encima de lo correcto, incluso de algunos hombres. Soy una mujer soltera sin previsión de casarse, pues en mi caso el matrimonio solo me haría ponerme unos hermosos grilletes que no deseo. Usted misma es otro caso similar. Trabaja para ganarse la vida, lo cual es un pecado imperdonable para la clase alta, y estoy segura de que su economía es abundante. Intuyo que ha debido tener alguna que otra ocasión para casarse, pero que no lo hizo porque el pretendiente no era el que usted deseaba. Y aquí estamos ambas, debatiendo sobre los cimientos inamovibles de nuestra sociedad, pero tratando de zarandearlos. Me tiene de su lado, señorita Edevane. Desde que dijo que deseaba vivir una infamia me tuvo de su lado. Solo necesito un nombre, pues me gusta saberlo todo cuando estoy a punto de involucrarme en una maravillosa aventura como la que usted tiene en la cabeza.

Tabitha cabeceó un par de veces.

—Debo retornar nuestra conversación hasta lo virginal. Sé que él no me querrá si sabe que no he sido desflorada. Le ha aterrado el compromiso desde que lo conozco y solo se prestará a una aventura conmigo, en especial porque todo el mundo sabe que está buscando esposa.

Morgan la miró suspicaz.

—Me ha urgido a hablar sin trabas, pero veo que ese plan suyo va más allá de una simple aventura. Puedo dilucidarlo sin esfuerzo porque con la información que me ha dado, es lo que yo haría si estuviese en su lugar.

—¿Qué haría, duquesa, si estuviese en mi lugar para acabar en la

cama con el hombre que siempre deseó?

Un pensamiento se abrió camino en la mente de Morgan. Uno que ella no deseaba atender en ese momento. Un recuerdo que llevaba dormido años y que incluía a su amante, un hombre fuerte al que había amado con intensidad.

Knife.

Ella podría darlo todo para que las cosas no hubiesen sucedido como lo hicieron. Por él. Por ella, más concretamente para que la culpabilidad no interrumpiese algún que otro sueño placentero.

Agitó la cabeza para librarse del pasado. Dado que la peluca no estaba sobre su cabeza, no terminó causando un estropicio.

—Señorita Edevane, yo me considero una mujer muy inteligente y a usted la juzgo de igual manera. Así que sé bien que quiere aprender las técnicas que volverían loco a un libertino para ponerlo a su merced, jugará con sus nuevas y recién aprendidas enseñanzas, y mientras ambos viven una increíble relación sin ataduras, donde solo sus cuerpos estarán implicados, pondrá su cabeza a trabajar para demostrarle que usted será la mejor esposa que él pueda conseguir. Así que le aseguro que llegado a ese punto, el caballero agradecerá, y mucho, que usted no haya sido de otro. Debe confiar en mí.

—Pero… —comenzó a objetar Tabitha.

—No —la cortó tajante Morgan—. He visto casos como el suyo anteriormente y le pido, más bien le exijo que confíe en mi experiencia. Puedo convertirla en una auténtica cortesana sin necesidad de que regale su virtud, algo que por otro lado, estoy convencida de que no cedería con facilidad, pues si le entregó su corazón al caballero que desea seducir y atrapar, su conciencia no le permitirá hacer otro uso de su cuerpo que el que debe.

Morgan vio que su nueva amiga fruncía los labios y esperó para ver si le informaba de lo que no le había parecido bien.

—No me gusta la palabra… atrapar —dijo, un par de segundos después de la intervención de la Duquesa Infame.

—Pero desea casarse con él. Acordamos al inicio de esta conversación ser honestas y es lo que haremos siempre usted y yo. He decidido que seré su aliada en ese juego que pronto se iniciará y para que todo salga bien debemos ser sinceras sin importar las consecuencias. Su caballero es un libertino y usted lo quiere de rodillas, portando un hermoso anillo en su mano.

—Sí. Eso es lo que quiero.

—Y eso es lo que vamos a tratar de que ocurra, pero dado que además de sinceras, somos sensatas y tenemos ciertas experiencias en

cuestiones que no salen bien, mantendremos la esperanza en todo momento, pero si algo se tuerce, lo asumiremos y seguiremos hacia delante.

—Yo no lo hubiese dicho mejor. No tenga miedo por mí, porque sé que estoy quemando mi último cartucho y que la… cacería será complicada, pero si mis deseos no se cumplen, no haré ninguna tontería, miraré al frente con la satisfacción de haber luchado con mis mejores armas hasta el final.

—Palabras muy sabias —la halagó—. Llámeme Morgan cuando estemos a solas, después de todo, creo que vamos a ser grandes amigas.

—Entonces yo seré Tabitha y prescindiremos de la formalidad, ya que esta conspiración nos unirá mucho —alegó complacida la escritora.

Tras lo dicho, la señorita Edevane se levantó del sillón que había estado ocupando desde que se inició la entrevista.

—Tabitha —la llamó Morgan—. Necesito el nombre del caballero —le recordó.

—Sí, por supuesto. Él es Marlon Heast, vizconde Terring.

Morgan tomó una larga bocanada de aire. Había reconocido el título de inmediato. En el último año ese caballero se había convertido en un escándalo andante por sus asuntos financieros y sus… aventuras con damas casadas.

Un tipo de lo más duro, decían que carecía de humanidad.

—No va a ser fácil.

—Lo sé. Es por eso por lo que no mencioné su identidad hasta asegurarme de que estábamos, tú y yo, en el mismo bote.

—Bien jugado —murmuró Morgan, porque en caso de haber conocido el nombre, ella hubiese tratado de persuadirla por todos los medios posibles.

—En cuanto a lo de mi virginidad… ¿Lo comprendes ahora?

—Sí. No es un hombre al que yo vea paciente para iniciarte en los placeres, pero sigo pensando que estará agradecido de que no hayas sido de otro, si tenemos éxito, por supuesto.

—Yo había elegido a otro hombre que podría instruirme para que llegar a la cama de Terring fuese más fácil.

—¿Y hay posibilidad de que tus afectos se trasladasen hacia ese otro caballero que te ha llamado la atención? —preguntó con cautela Morgan.

Tabitha le sonrió.

—No lo creo, porque aunque mi corazón siempre estará con

Terring, cuando vi al señor Brendan Sallow supe que si me viese abocada a desentrañar los secretos más privados que se dan en una pareja, lo hubiese elegido a él, pero ahora que tengo esperanza, no me lo plantearía.

—¿Brendan? —graznó Morgan.

—Tengo entendido que ese es su nombre de pila. Así que sí, el mismo.

—¿Mi Brendan? ¿Brendan Sallow? —preguntó de nuevo incrédula.

—¿Es tuyo? —inquirió sorprendida Tabitha.

—Bueno… es mi protector —alegó de inmediato.

—Ah —señaló Tabitha sin saber qué más decir al respecto.

—Siento si he sonado…

—¿Posesiva? —la ayudó su nueva amiga.

—Sí, eso, pero es que resulta que Sallow… Bueno, él no… Brendan no…

—¿No, qué? ¿No se prestaría a un *affaire* con alguien tan poco interesante como yo?

—No eres poco interesante, no cuando yo obre mi magia contigo, porque lo primero que siempre ve un hombre es el exterior y debemos convertirte en toda una seductora, pero eso lo dejaremos a un lado por ahora. Lo que quería decir es que Brendan… Mi protector no se involucra con damas.

—Pero lo está contigo —le reprobó con suavidad.

—Sí, pero es solo por amistad. Brendan Sallow es… No sé cómo definirlo… Supongo que podríamos considerarlo como un lobo solitario.

—Estoy convencida de que un hombre con su atractivo podría tener a la mujer que se le antojase, incluso creí que tú y él… Ya sabes lo que insinúo, porque las veces que he estado en presencia de ambos lo he visto vigilarte como si fueras lo más importante para él y sentí una gran envidia, aunque también me conmovió.

—Nos preocupamos mucho el uno por el otro, pero no hay nada entre Brendan y yo.

—¿Seguro? —preguntó, antes de marcharse de la habitación y dejar a Morgan con la boca abierta.

La Duquesa Infame masculló una colorida maldición que una verdadera dama jamás diría a viva voz. Ni tan siquiera le daría vida en su mente.

Pensar en Brendan de ese modo era antinatural. Cierto que una vez tuvo que mentir y decir que él era su amante, pero eso solo fue para salvarlo de un hermano celoso que quería ver a Brendan gravemente

herido porque creía que su protector estaba tras las faldas de su hermana. Cosa que esperaba que fuese mentira, porque Sallow sería hombre muerto si tratase de perseguir a *lady* Venus Culpepper —ese era el nombre de la joven implicada—, porque la dama era precisamente la hermana del duque de Hardcastle y a las altas esferas no les gustaba que los arribistas tratasen de quitarles sus posesiones, como a sus hermanas, por ejemplo.

—Blasfemas más que un porteador, duquesa —mencionó el señor Greyson Amery cuando ingresó en la salita de recibir visitas que Morgan usaba habitualmente—. ¡Dios de las infamias, Morgan! —exclamó asombrado cuando la vio sin la peluca. Ella se dio cuenta de lo que Amery echaba en falta.

Cabe señalar que en esos últimos años, Morgan había convivido con el señor Amery mientras ayudaba a Althea a emparejar a damas con amantes y que se conocían muy bien. Además, ella no solo contaba con un guardaespaldas, sino que tenía dos carceleros que la vigilaban sin descanso. Greyson Amery, ese hombre nacido en Saint Giles que llegó al East End y los ayudó a escapar de su vida anterior, era su otro protector. Y era igual de quisquilloso que Brendan Sallow.

Brendan y Greyson habían sido siempre grandes y buenos amigos, aunque hacía un par de años tuvieron un serio encontronazo que llevó a Sallow a cuestionar la lealtad de Amery, y esa pequeña desconfianza valió para que el segundo se enfadase muchísimo con el primero. Dicho distanciamiento entre ambos le había venido bien para darles esquinazo, porque solía decirle al otro que estaba con el uno y ella podía ocuparse de sus asuntos sin ningún tipo de supervisión, pero en los últimos meses los dos titanes parecían haber limado asperezas. Y pese a que se alegraba de que volviesen a ser todos una gran familia unida, esa nueva complicidad entre Amery y Sallow la perjudicaba porque no le permitía escabullirse a su antojo.

—¿Te molesta que me haya quitado la peluca y le haya dado una buena pista a la señorita Edevane sobre mi verdadera identidad como Morgan Pusset?

Jugar a ser la Duquesa Infame era muy peligroso, pues la sociedad no se tomaba a bien que una mujer pudiese actuar en contra de los dictados de los caballeros, y ella, uniendo a mujeres y hombres en el lecho y primando a las primeras sobre los segundos, lo hacía constantemente. Así que salvaguardar esa identidad que hacía más de una década que había creado Althea era lo más acertado.

—Desde luego que no, lo que me ha dejado asombrado es el aspecto tan… —Se tomó un momento para pensar en las siguientes

palabras. Morgan Pusset no tenía demasiada paciencia y podría convertirse en una arpía en un periquete.

—¿Tan qué? —lo azuzó.

—No hay forma de suavizarlo, así que te lo diré: estás horripilante.

—¿Horripilante? ¿Eres ahora una niña de cinco años que juega con muñecas de trapo y que tiene a un duque por padre?

—Como tú misma dirías, duquesa, estás siendo obtusa.

Ah. Esa era la segunda palabra que más le agradaba a Morgan, porque si la primera era infamia, la segunda era obtusa. Le parecía una manera muy diplomática para criticar a cualquier otra persona, independientemente de su género, porque a los hombres se lo decía sin parpadear también.

—Yo jamás podría ser el hijo de un duque.

—El obtuso eres tú, los niños ilegítimos de Saint Giles bien pueden haber sido engendrados por los estúpidos nobles de alto copete que se creen con derecho a cualquier cosa, como poseer a una mujer en medio de la calle solo porque les apetece.

—No he venido a pelear contigo, Morgan, solo a esperar órdenes. ¿Te he dicho ya que me molesta ser tu maldita secretaria?

—¿Secretaria? —preguntó con mofa—. Te verías encantador con un vestido, jugando con tus muñecas de trapo —siguió perturbándolo.

Era temeraria, pues una mujer que tuviese un alto sentimiento de autoconservación como el que ella poseía, no estaría pinchando a Greyson Amery de ese modo. Él era peligroso, no tendría la fuerza y el aspecto aterrador de Sallow, pero era silencioso, muy callado, y también había demostrado que sabía luchar y proteger, no en vano Greyson Amery le había salvado la vida años antes cuando un villano la secuestró.

Morgan suspiró. Les debía demasiado a los hombres que formaban parte de su vida. Incluso el duque de Darkworth —de nombre Aquiles —, el esposo de Althea, había resultado ser muy protector con ella.

Tal vez debería ser más amable con ellos. ¡Tonterías! Los tres: Sallow, Amery y Darkworth eran tipos duros, sabían lidiar con ella. A esas alturas de su relación con el trío, no estaba por la labor de cambiar el trato que les dispensaba.

—Obtusa y una arpía formidable, una combinación del todo curiosa. Me has entendido a la perfección. Todo era más fácil cuando Althea era la Duquesa X, tú eras su secretaria y yo solo me limitaba a evitar que nadie se acercase a ambas más de la cuenta.

—Sé que necesito ayuda femenina, no solo para vestirme y acicalarme como es debido y no perder la peluca en medio de una

conversación. Brendan se pondrá furioso si descubre que he dejado ver tanto de mí, aunque de todas formas Tabitha Edevane no debería considerarse como un obstáculo peligroso. Ella me gusta mucho. Es muy audaz y su conversación resulta gratificante.

—¿Ha mencionado algo de las gortinenses?

—¿Me escuchas cuando hablo? —inquirió gratamente sorprendida.

—Es imposible huir de tu retahíla cuando descubres una cuestión fascinante. Recibí una lección magistral de historia sobre Gortina.

—¡Pruébalo! —lo retó.

—¿No me crees?

—No te desprestigiaré aludiendo a que eres como el resto de los caballeros, pero sí que seré sincera y te diré que no creo que recuerdes una sola palabra más allá del nombre que acabas de decir.

Amery refunfuñó antes de comenzar con su recital:

—Gortina era una ciudad situada en la isla de Creta, de la que se sabe que la mujer tenía una situación diferente, gracias al hallazgo del *Código de Gortina*. De estas leyes se extrae que en la Gortina Arcaica las mujeres gozaban de cierta libertad, puesto que su función principal era la de tener hijos y dirigir el hogar, pero también estaban capacitadas para administrar sus propias propiedades y podían heredar. De hecho, cuando se producía un divorcio la mujer recibía los bienes que había aportado al matrimonio y la mitad de las rentas familiares. Además, si el culpable del divorcio era el marido, este debía pagar una multa… ¿Quieres que siga o ya te he demostrado que encontré tu explicación de lo más interesante y por eso la recuerdo?

—¡Cielos, Amery! —Ella se lanzó a sus brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla—. Podría meterme en tu cama solo por lo que acabas de hacerme sentir. Aunque la señorita Edevane no ha hablado de las gortinenses, sino de las espartanas y ya sabes que son mis preferidas en cuanto a poder social.

—Morgan… ¿entiendes que si Sallow te escuchase decir lo que acabas de compartir conmigo me retaría a duelo o que sencillamente me ahogaría con sus propias manos y volveríamos a enemistarnos? —comenzó a regañarla por la insinuación tan inapropiada—. ¡Tienes que ser más… menos…! —No le salían las palabras—. En fin, que no debes dejarte llevar por lo que sé que les inspiro a las damas. Soy irresistible y tienes que dominarte.

Lo único que le dio tiempo a hacer a Morgan Pusset fue resoplar, porque de pronto apareció en la habitación Brendan Sallow y los encontró demasiado juntos. De hecho, Morgan tenía una mano en la espalda de Greyson y la otra sobre su pecho, mientras que él la

mantenía sujeta por la cintura.

—¿Interrumpo algo? —preguntó suspicaz.

—¿Tú sabes quiénes son las gortinenses, Brendan? —le preguntó, mientras con sutilidad y sin violencia se separaba de Greyson Amery, puesto que ella no había hecho nada malo, aparte de mostrarse demasiado efusiva al ver que Amery la escuchaba cuando ella le contaba cosas interesantes que encontraba en los libros que curioseaba.

—Conociéndote como lo hago, apostaría mi cordura a que serán mujeres que no sucumben a los mandatos de los hombres o alguna fantasía tuya de esas —respondió el aludido.

Morgan gimió en alto.

—No te has ganado un beso —le dijo con enfado a Brendan.

—¿Le has dado un beso a él? —señaló a Greyson con el dedo.

El aludido no se acobardó ante el mastodonte. Se atrevió a sonreírle con suficiencia.

—¿Y qué si lo hubiese hecho? No suelo regalarlos, así que se lo habría ganado con creces —concluyó Morgan con satisfacción al ver a Sallow fruncir los labios—. Él sabe bien quiénes son las gortinenses porque me presta atención cuando hablo.

—¿Y yo no? Dios sabe que me produces unos horripilantes dolores de cabeza.

Morgan lo miró acusadora al escuchar *esa* palabra.

—Me has estado espiando. —No era una pregunta. El término horripilante era el que Greyson Amery había usado.

—Es mi obligación hacerlo.

—Me has espiado y no has tenido la deferencia de responder adecuadamente sobre las mujeres de Gortina. Lo cual es un pecado horrible porque has oído perfectamente lo que Greyson ha dicho sobre ellas. ¡Eres… eres… eres desquiciante! Sí, eso es lo que eres, Brendan Sallow. Irritante, desalmado y…

—No olvides obtuso. Te sale más natural que el resto de los insultos.

Ella gruñó en respuesta.

—Muy bien, creo que sobro aquí —apuntó Amery con incomodidad.

—Nada de eso —le indicó Brendan—. Dado que eres la secretaria de Morgan vas a tener que averiguar todo lo referente sobre el vizconde Terring.

—¡No soy un maldito investigador de Bow Street! —saltó indignado Amery.

—Eres muy bueno indagando, Greyson —le dijo aduladora Morgan.

—Eso no hace que quiera saberlo todo sobre todas las damas que te visitan y sobre sus inminentes amantes. ¡Tienes que encontrar una ayudante tan buena como lo eras tú para Althea! Esta será la última vez que haré de *runner*.

Y tras decir eso, Greyson Amery se retiró de la salita.

Morgan y Brendan se quedaron solos.

—Te has disgustado cuando Tabitha Edevane dijo que yo le gustaba. —La confirmación de que él la había estado espiando con descaro.

—Lo mismo que tú cuando le he dado un beso en la mejilla a Greyson —puntualizó al verlo estrechar los ojos. Sabía que pese a que él había escuchado sus conversaciones no habría podido adivinar el lugar donde posó sus labios, por eso decidió apiadarse y ofrecer dicha información.

—¿Debo preocuparme por Amery? —preguntó sin sutilidad y en tono de irritación.

—Ni por él ni por nadie —razonó ella con seriedad y convencimiento.

—Bien. —Pareció tranquilizarse—. Haz el favor de buscar a una asistente de confianza, capaz y que te sea leal, porque esa peluca no volverá a desaparecer de tu cabeza para dejarte expuesta. Me gusta haberme convertido en Brendan Sallow y estoy convencido de que adoras ser Morgan Pusset, así que haz todo lo que sea para mantener nuestras identidades a buen recaudo o tendremos que volver a salir huyendo.

No le dio opción a réplica.

Brendan se marchó tras la estela de Greyson y la dejó refunfuñando.

Capítulo 2

La estrategia de la tentación

Morgan había recibido una nota esa mañana. Una que no podía ignorar aunque debería hacerlo. Se debatió entre lo que era correcto y lo que resultaba seguro. Ganó lo correcto porque de lo contrario su humanidad hubiese sido escasa.

Se colocó un vestido negro y un sombrero a juego con un velo. Aunque habían pasado muchos años desde la última vez que se inmiscuyó en los bajos fondos de Londres, toda precaución era poca.

Brendan no quería hablar del pasado, pero para ella, algunas de sus raíces eran importantes. Mientras que Sallow despreciaba todo lo que habían vivido, Morgan se sentía agradecida por los pasos que dio hasta llegar al lugar al que estaba destinada.

Salió a hurtadillas de la casa que utilizaba en Mayfair cuando no ejercía como la Duquesa Infame. Tener ambas residencias para separar sus dos vidas era a veces muy útil.

Le había dicho al cochero que preparase el carruaje y la esperase en la siguiente calle. Toda precaución era poca, se repitió para sí misma. Salió por la puerta del servicio. Ya saboreaba el triunfo… cuando una mano la agarró desde atrás, para acabar pasada por su cintura, al tiempo que otra le tapaba la boca. A su espalda sintió un pecho duro.

¿Quién decía que en el mejor barrio de Londres no sucedían los secuestros? Porque con el que estaba a punto de ocurrir, Morgan ya llevaría dos.

Levantó el pie derecho para darle un pisotón a su captor, pero él fue mucho más hábil y se anticipó a su gesto. Morgan llevó la cabeza hacia delante y se preparó para el dolor que sentiría cuando su cráneo se clavase en la nariz del villano. De nuevo no tuvo suerte y el maldito esquivó su defensa.

Solo le quedaba una opción, y esa era gritar a pesar de que tenía la boca tapada. Inhaló por la nariz decidida a hacer el ruido más sonoro que pudiese, cuando escuchó una voz que comenzaba a hablar cerca

de su oreja:

—Al igual que Althea, haces que mi trabajo no sea fácil de cumplir, duquesa.

Greyson Amery. Era Greyson quien la tenía sujeta. Su corazón dejó de sentir pánico y comenzó a tranquilizarse. Se recostó contra su pecho y trató de respirar con naturalidad mientras él le quitaba la mano de la boca.

—Me has dado un susto de muerte —dijo ella sin separarse de su protector.

—¿Qué crees que hubiésemos sentido Brendan y yo si en verdad un malvado caballero, y no yo, hubiese tratado de llevarte por la fuerza? Tienes una posición fuerte en sociedad como la Duquesa Infame, pero eso te hace muy vulnerable y te expone ante quienes quieran hacerte callar.

Cuando Morgan se recuperó del sobresalto, se dio la vuelta para enfrentarlo.

Vaya… estaba colérico. Sus ojos castaños se habían oscurecido debido al enfado. Ella decidió no amedrentarse, porque aunque Amery era de un tamaño medio, también daba pavor cuando perdía la paciencia y a ella le daba en la nariz que había agotado todo su aguante al tratar de huir sin avisar a nadie.

—Me siento como una presa en una cárcel.

—No tienes ni idea de lo que es una cárcel, Morgan. No seas obtusa —la regañó.

—Una jaula dorada entonces, pero encarcelada al fin y al cabo. Tengo que hacer algo importante hoy, y si os lo hubiese dicho me lo habríais prohibido, tanto tú como Brendan. Esto era más fácil cuando Althea estaba aquí, porque ahora los dos estáis demasiado pendientes de mí.

—¿Qué es tan importante? ¿Un amante que no quieres que Brendan descubra?

—El obtuso eres tú ahora. Después de tantos años conmigo, en los que no me has visto prestar atención a ni un solo ejemplar masculino, y me vienes con esas… —masculló.

—Sallow me dijo que cuando ayudaste al duque de Rothgar a casarse, estuviste muy interesada en uno de sus amigos.

Morgan rodó los ojos, sabía a quién se refería Greyson.

—¡Dios santo! Él era un abogado y si me acerqué fue solo para hacer unas pocas averiguaciones.

—¿Averiguaciones lo llamas, Morgan? Veo la mentira incluso tras ese horrible velo negro que cubre tu cara.

—¡Por supuesto que fueron averiguaciones sobre las connotaciones que tendría un asesinato en defensa propia!

La frase dejó a Greyson sorprendido.

—¿Planeas asesinar a alguien? ¿Es eso lo que te propones hacer? ¿Ese es el motivo por el que has tratado de dejarme atrás? —la interrogó implacablemente.

—No. En estos momentos no quiero deshacerme de ningún esposo que vuelca la ira sobre la mujer a la que juró proteger, y que en cambio decide lastimar con golpes y palabras dolientes.

—De acuerdo. He concluido que no vas a ver a ningún amante y que tampoco tratas de asesinar a nadie… por el momento —dijo esa última parte por lo bajo—. ¿Adónde vamos?

—Esto debo hacerlo yo sola. No te necesito.

—Me necesites o no, es mi deber protegerte y no pienso mirar hacia otro lado. Así que, o te acompaño o te meto en casa de nuevo, y me importará poco el espectáculo que armes mientras lo hago.

Morgan y Greyson se midieron las miradas en un duelo silencioso. Ella estaba harta de la determinación de los hombres que la rodeaban y no tenía la fuerza necesaria para defenderse de unos ataques que siempre hacían en pro de su seguridad.

¡Ridículos todos ellos!

—Vas a acompañarme al East End, no le dirás ni una palabra a Brendan sobre nuestro viaje y, como te empeñas en ser mi propia sombra, permanecerás en silencio durante todo el rato que dure mi visita.

—¿Al East End? —preguntó con incredulidad—. Creí que detestabas ese lugar con todas tus fuerzas.

—Lo hago, pero a veces el deber te obliga a dejar de lado tus creencias —aludió enigmática.

Cinco minutos después, Amery y ella estaban sentados en el carruaje aguardando la llegada hasta un lugar concreto que Morgan le había susurrado al cochero.

—¿Vas a contarme el misterio?

—No —respondió ella—. ¿Qué has averiguado de Terring? —Decidió cambiar a otro tema más seguro. Conocer todo lo referente al hombre con el que soñaba Tabitha Edevane era importante.

—Es un auténtico disoluto. La señorita Edevane estaría mejor tratando de conquistar al mismísimo Lucifer.

—Todos los de vuestro género sois una panda de libertinos hasta que la mujer adecuada os inspira a cambiar. Además, conocemos un par de casos que avalan mis palabras.

—Este no es como el duque de York, pues imagino que estás pensando en ese pomposo arrogante o en su hermano lord Liam. No te negaré que Althea hizo un buen trabajo con lord Liam cuando lo emparejó con su esposa Regina… creo recordar que era su nombre, pero Terring se vanagloria de ser un calavera que aspira a casarse para no perder su posición en sociedad, aunque asegura que no cambiará su estilo pecador.

—Pues como todos… —añadió mientras suspiraba—. El vizconde solo necesita el estímulo adecuado para dejar a un lado sus tonterías y asentar la cabeza. Tabitha Edevane puede ser su salvación y no me rendiré con facilidad. ¿A qué fiestas planea ir él en las próximas semanas?

—A una donde ni tan siquiera tú deberías asistir.

Morgan levantó una ceja. Ni en el caso de haber sido realmente una duquesa el gesto le hubiese quedado tan perfecto.

—¿Tan infame es?

—Si digo que sí, querrás ir de todas formas y si digo que no, no encontrarás inconveniente para no acudir. Así que supongo que de nuevo sugerirás que le oculte información a Sallow sobre tus planes.

—Me gusta tu planteamiento. Nos evita a ambos entablar una discusión que sin duda no ganarías —le dijo, mientras le guiñaba un ojo.

—¿Qué haremos cuando todos estemos desnudos en medio de un enorme salón dispuestos a participar en una gran orgía, Morgan?

—No te preocupes por eso todavía. Llegado el punto veremos qué hacer.

—Más te vale no estar equivocada, porque si Sallow llega a enterarse de lo que planeas, no dudaré un instante en echarte la culpa de todo y decirle que me pusiste una pistola en la cabeza para obligarme a cumplir tu santa voluntad, y puesto que te conoce tan bien como yo, estoy seguro de que me creerá.

—Eres un traidor, pero no temas. Sallow no se enterará, al igual que tampoco sabrá que hoy hemos ido al East End a visitar a la mujer a la que le debo tanto —explicó, sumida en sus propios pensamientos.

Un poco más tarde, ambos figuraban frente a una de las que parecía ser de las mejores casas de los suburbios.

Greyson la ayudó a bajar del carruaje y Morgan, antes de poner un pie en el suelo, emitió un largo quejido. Había jurado no regresar jamás a ese lugar donde todo acabó. Sus sueños, el amor, la esperanza… Y ahí estaba de nuevo, para cumplir con su obligación.

—No tienes que hacer esto si no quieres, Morgan, podemos darnos

la vuelta y regresar a casa de inmediato. No le debemos nada a nadie de aquí —le espetó Greyson.

—Sí, se lo debo, porque ella nos cuidó a ambos —volvió a decir enigmática.

Entró en la angosta casa y subió hasta el segundo piso. La opulencia en la que Morgan había vivido los últimos años en comparación con la pobreza del sitio le daba arcadas.

—No tuve que dejarla aquí… —susurró para sí misma.

Cuando entró por la puerta contigua, se topó con una inesperada sorpresa.

—Creo que se nos ha adelantado —apuntó Amery al ver a Brendan Sallow junto a la cama de lo que se intuía como una anciana en su lecho de muerte.

Morgan se quitó el sombrero con el velo y se acercó despacio. Sallow la observaba, poseía una mirada que ni tan siquiera Morgan, que lo conocía de toda la vida, era capaz de descifrar.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó ella.

Amery se quedó en la puerta, pues al ver que Sallow también estaba en ese lugar que sospechaba que era muy importante para Morgan, concluyó que era un asunto íntimo entre ambos.

—¿Creías que eras la única que le mandaba dinero y que se preocupaba por su salud? —le respondió con otra pregunta él.

—No, desde luego que tienes alma después de todos los esfuerzos que haces por ocultarla.

—Es peligroso que hayas venido, Morgan.

Ella se acercó hasta la silla que Brendan acababa de cederle, se sentó y colocó la mano de la anciana entre las suyas.

—Es la única madre que recuerdo, ¿cómo no iba a venir a despedirme de ella? Tú mismo estás aquí y me alegro de que lo hayas hecho, Brendan. ¿Cómo está ella? —inquirió a la vez que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Pienso que no se ha marchado porque te esperaba. Hace diez minutos estaba parloteando animadamente sobre las travesuras que solías hacer. Nuestra rosa con espinas, una flor bella que no teme mostrar sus defensas cuando la ocasión lo exige.

—Rosa con espinas… Sé que se lo copiaste a ella, y cada vez que me llamas así es como si ella misma estuviese frente a mí. Tuvimos que haberla obligado a salir de esta cloaca.

—Siempre fue testaruda, tanto o más que tú.

—¿Cuántos niños acogió, Brendan? ¿Cuántos éramos aquí, malviviendo y pasando hambre mientras ella se partía la espalda para

poner pan en la mesa?

—Demasiados. Demasiadas bocas que alimentar.

—Y lo hacía. Nos proveyó de todo cuanto pudo. No le importó vender su cuerpo para que no desfalleciésemos. Y míranos, solo estamos tú y yo con ella. ¿Dónde están los demás? ¿Esa es la gratitud que mostramos cuando una persona sin nada que ofrecer nos lo da todo? ¿De qué sirve vivir en un mundo tan cruel? Yo misma me maldigo, me injurio por haber tenido tanto y haberla abandonado a su suerte.

—Es hija del East End, Morgan. Traté de llevármela contra su voluntad cuando regresamos de nuestro autoimpuesto destierro, después de llegar a Londres desde Italia, y ella me amenazó con un cuchillo. Dijo que con el dinero que le hacíamos llegar los dos, tenía más de lo que se merecía para rescatar a otros huérfanos.

Así que tanto Morgan como él mismo, a escondidas el uno del otro, la habían provisto de fondos. Eso le habría servido a Martha Clever para dar cobijo a los demás huérfanos que se encontraba en la calle.

—Merece un entierro digno, el de una reina. Sus huesos deben descansar mientras una hermosa lápida de mármol blanco sobresale de la tierra para hacerles saber a todos que en el santo lugar donde repose, habita un ángel.

Brendan asintió e iba a hablar cuando los ojos de la moribunda se abrieron de golpe.

—Mi pequeña rosa con espinas. Sabía que vendrías. —La cansada mirada de una mujer que había visto demasiado mal se movió hasta la figura de Brendan—. Mis dos hijos más queridos, los que consiguieron vivir más allá de la miseria en la que nacisteis. Estoy orgullosa de vosotros.

—Mi Martha, mi querida Martha —dijo Morgan mientras sollozaba—. ¿Qué hubiese sucedido si no llegamos a encontrarte?

—Pero os encontré en aquel sucio hospicio. La carta de mi hermana llegó tarde, aunque logré estar allí a tiempo. Os querían muertos a ambos. Permaneced unidos los dos, es la única manera de seguir con vida. El peligro no desaparecerá mientras él siga vivo. Es un ser cruel, despiadado.

—Está muerto —dijo Brendan.

—¿Quién está muerto? —se interesó Morgan, al darse cuenta de que su guardián sabía más del asunto del que había hablado Martha que ella.

—El hombre que nos quería fuera de este mundo falleció años atrás —respondió él.

—¿Vas a contármelo? —indagó ella. Cierto que no había preguntado antes por el pasado, pero en esos momentos tenía curiosidad.

—No —dijo él con severidad.

—Lo suponía.

—Mi chico valiente es ya un hombre —siguió Martha, mirando con adoración a Brendan—, tan fuerte y robusto como supe que serías. Siempre custodiando a mi rosa con espinas… Guarda los papeles que te entregué y no compartas tu secreto con nadie. Puede que él esté muerto, pero el peligro siempre acecha. Ahora que os he visto por última vez, estoy satisfecha… He luchado tanto que no puedo seguir más… Descansaré un poco ahora.

—Te mereces descansar, Martha. Estaremos aquí hasta que el Creador venga a por ti. Un ángel está a punto de entrar en su reino, otro vendrá a recogerte, estoy segura. Que se te conceda en la otra vida todo lo que te has ganado en esta —rezó Morgan con convicción.

—Te quiero, Martha —expuso Brendan, antes de salir a toda prisa de la habitación.

Morgan juraría que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y que por eso se había escabullido. Un hombre como él no dejaría ver nunca su vulnerabilidad, ni siquiera en presencia de quienes lo amaban con intensidad.

La señorita Pusset se quedó en casa de Martha Clever, la mujer que había evitado que muriesen de hambre, hasta que exhaló su último aliento.

***

Morgan no se recuperaría nunca del duro golpe de ver partir a la mujer a la que tanto le debía. No obstante, mientras siguiese respirando tenía obligaciones que atender.

La enterraron debidamente, y casi una semana después la Duquesa Infame se vio con ánimos de volver a la esfera social, a sus quehaceres cotidianos.

Esa noche había acudido a un baile en compañía de Greyson Amery. No era por placer, sino por trabajo, dado que pese a quejarse de tener que hacer de improvisado investigador, Greyson había encontrado un nexo común con Terring. El descubrimiento no debía concebirse como una buena noticia, porque ese punto de unión entre el hombre que deseaba Tabitha Edevane no era otro que el brillante abogado Ethan Digory. El nieto de un vizconde con fortuna propia a

quien ella había conocido hacía algo más de un año mientras era sencillamente Morgan Pusset y no la Duquesa Infame. Habían sido cordiales y buenos amigos, hasta que su querido Brendan lo espantó sin preámbulos. No era como si ella hubiese deseado que él le hiciese la corte o algo similar, pero sí que tenía que admitir que fue revitalizante tratar con un hombre inteligente que se dirigió a ella como a una igual, no como a una mujer que no tenía cabeza o era incapaz de entender nada. Las discusiones con el señor Digory, mientras hacía de casamentera en casa del duque de Rothgar, fueron muy amenas. La impresionó más allá de su físico, porque aunque no lo encontrase realmente apuesto o deslumbrante, sí era un hombre más que aceptable para cualquier mujer.

Desde el lugar en el que estaba, en el centro de la pista de baile donde las parejas danzaban animadamente, en la fiesta de alguien que la había invitado… —ella no recordaba quiénes eran los anfitriones, ni tenía interés en recordarlo—, se fijó en Ethan Digory.

El abogado figuraba justo al otro lado de su posición, así que lo tenía enfrente, separado únicamente por las parejas que se divertían al son de la música.

Podría decirse que era aburrido y demasiado serio. Su porte así lo indicaba. Bastante alto, demasiado delgado para el gusto de Morgan. El mejor rasgo que tenía Ethan Digory eran sus ojos, de un color caramelo que se mostraban amables y siempre correctos. Morgan se sonrió porque había visto a ese hombre desnudo, sin una pieza de ropa cubriendo su pudor y fue también en casa de Rothgar, pero dos años antes de conocerlo en verdad. Ella se había equivocado de habitación y por azares del destino se vieron en cueros el uno al otro. Él no la había reconocido, al menos no se lo dijo la segunda vez que se vieron en la finca campestre de Rothgar, aunque bien podría ser un acto de caballerosidad. No era correcto rememorar un asunto tan incómodo, y Morgan sabía que Ethan Digory, además de ser un gran erudito y experto en leyes, era todo un caballero de brillante armadura.

Si bien se le podía considerar un hombre más que aceptable, tal y como ella misma había apuntado anteriormente, lo que más llamaba la atención de él era su corrección, parecía incorruptible, pero ella sabía que todos tenían un precio y que él no sería diferente al resto. ¿O sí?

No le gustó que la última pregunta hiciese eco en su mente. Ethan Digory no era más que un medio para un fin. El hombre de confianza del vizconde Terring, y por ello lo convertiría en un aliado en el juego

que estaba a punto de iniciarse entre Tabitha y lord Terring. Después de todo, ella también atesoraba la fama de ser una casamentera excepcional, y unir a parejas que tenían que estar juntas estaba muy bien visto por la sociedad.

Poco importaba que esas uniones se diesen primero en el lecho. ¿Qué iban a hacerle si se enterasen de que para ella antes estaba la pasión y luego el amor? ¿Lapidarla en medio de una plaza? ¿Quemarla en la hoguera?

Brendan Sallow jamás lo consentiría y, si fallaba en su cometido de protegerla, todavía le quedaba Greyson Amery para socorrerla.

Si necesitase la defensa de un brillante abogado, ¿se prestaría Ethan Digory a asistirla y librarla de acabar en la horca?

Sacudió esa tonta pregunta de la cabeza haciendo un gesto negativo.

—Deduzco que es él el abogado del que una vez hablamos. —La voz de Greyson la sacó de sus reflexiones estúpidas sobre Ethan Digory.

—El mismo.

—Y lo observas tanto porque… ¿te gusta?

—Obtuso por completo, Amery.

—Ah, usas mi apellido para regañarme. Así que te agrada muchísimo —conjeturó.

Morgan ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Sabes lo que le pasó al último hombre que me volvió loca de remate?

—¿Que lo volviste loco también? —bromeó.

—Murió.

—¿Piensas matarme?

—No, si te portas bien. El señor Digory —se cuidó bien de no usar su nombre de pila para no provocar más tonterías en Amery— no me conoce en mi faceta de Duquesa Infame y es tan recto que no le gustará ni tenerme delante. Debo pensar bien cómo abordarlo, y me estás molestando, Greyson.

—Lo que estás pensando es en que quieres que Brendan siga sin enterarse de que Digory será tu puerta de acceso a Terring. ¿Por qué actuáis así Sallow y tú? Deberíais casaros.

—Y tú deberías cerrar el pico y no hablar de lo que no te concierne.

—Me concierne porque me pondrás en el ojo de la tormenta cuando sepa que has vuelto a ver a Digory.

—Brendan Sallow no es quien gobierna mi mundo, ¿sabes?

—No, claro que no. Solo te dice qué hacer, a quién ver, a quién no

ver…

—¿Has acabado ya? Porque tengo trabajo y hasta que no averigüe cómo hacerlo estaremos varados aquí. Y he visto a varias damas mirarte con glotonería.

—Esto sería más fácil si hubieses aceptado acudir a la orgía.

Morgan abrió los ojos de pronto.

—¿Acabas de decir lo que creo haber escuchado?

—¿Una orgía frente a tener que confraternizar con Digory, a quien Sallow catalogó como alguien que no debería volver a cruzarse en tu camino? Sí, Morgan, será más flexible si averigua que acudimos a una velada indecente que si se entera de que formé parte de tu…

—Mide bien tus palabras, Greyson —le dijo con seriedad—. Ethan Digory sería el último hombre que querría tener algo que ver conmigo. Un tipo de su posición, y con el trabajo que desempeña, me repudiaría de inmediato, así que deja de decir sandeces. Ahora, si me disculpas, tengo que ver cómo abordarlo…

Tras decir esas palabras, y mostrándose completamente ofendida, Morgan Pusset se dio la vuelta y se movió hasta donde estaba el abogado.

—Seguro que no te gusta… por eso no has dejado de examinarlo desde que él entró en la fiesta… —masculló Greyson, sabiendo que ella no lo escucharía y muy irritado porque dudase de sus habilidades como experto observador.

Mientras que Amery refunfuñaba, ella se acercaba con decisión hacia su objetivo. Era imperativo recordar que estaba metida en el papel de la Duquesa Infame y por lo tanto Digory no la reconocería.

***

Ethan Digory la había visto nada más entrar. En realidad, dudaba de que alguno de los hombres con sangre caliente en las venas no la hubiese examinado con suma atención y deleite mientras se relamía los labios. Él, por su parte, solo le había echado la mirada de rigor, pues una dama como esa estaba totalmente fuera de su alcance.

Ella estaba ataviada con un vestido carmesí, tan rojo que parecía una princesa del todo malvada. Múltiples capas de encaje le caían desde las mangas hasta la altura de los codos. Y ese mismo encaje se concentraba alrededor de su corpiño para tentar, enmarcando ese cremoso pecho abultado que haría a más de uno babear y ponerse de rodillas mientras suplicaba. Él mismo podría verse cometiendo un acto del todo reprochable con tal de echar un vistazo a sus pecaminosos

senos. Incluso mataría si se le permitiese lamer uno solo de sus pezones.

No le gustaba ni un ápice la peluca rubia y sus ojos estaban tan ennegrecidos por la pintura, o lo que fuese que utilizaba para delinearlos, que parecía demasiado… demasiado… demasiado… frívola. Sí, esa era la palabra. Frívola. Un hombre cabal no tomaría en serio a una mujer con semejante aspecto, no al menos si no era para llevársela a la cama. Él podría sostenerla en sus capaces brazos y mostrarle el camino hasta su lecho y después…

Ethan Digory se reprobó a sí mismo por esos pensamientos tan espeluznantes que estaba causándole una mujer que seguramente ni sabría quién era él. Ni lo miraría una segunda vez. Las hembras como ella, porque la dama no era una mujer común, buscaban a otro tipo de hombres, unos más dotados de atractivo, posición y fortuna. Y aunque él era rico, carecía de las dos primeras cualidades.

Una vez había amado con todo su corazón, pero la dama tenía sus afectos en otro lugar y la pérdida le dolió como la muerte, porque aunque Liberty Pharma, así se llamaba ella, no había sido suya, no se rindió ni cuando la dama se casó con otro. La esperanza lo mantuvo lleno de amor y ese fue su peor error. Iba camino de los treinta años y no tenía perspectivas amorosas, ni de ningún otro tipo, con las mujeres.

El trabajo lo mantenía bien ocupado. Y las distracciones por el mero hecho de coquetear no le gustaban. Era un hombre que tenía muy claro lo que deseaba: enamorarse y ser correspondido. Y debía ser una mujer sencilla, tranquila y que supiera el lugar que ocuparía en sociedad al convertirse en la esposa de un brillante abogado.

Y mientras pensaba en lo agradable que sería tener a una mujer a su lado, con quien compartir la vida, pensamientos y caricias, no se dio cuenta de que una fémina despampanante, la misma con cuyos senos había fantaseado con ver y lamer, se había colocado a su lado derecho.

Ethan Digory ladeó el rostro y verla fue como sentir una corriente de aire que le erizó por completo la piel. Sus sentidos se pusieron alerta, pues hacía demasiado tiempo que una mujer no le recordaba que él era un hombre con necesidades.

—Señor Digory —dijo ella con atrevimiento, como si hubiesen sido presentados formalmente. Pero él sabía que no se conocían.

—Milady… ¿o debería llamarla excelencia?

Morgan le tendió la mano a fin de que él pudiese besarle el guante, tal y como marcaba la etiqueta. Lo que Digory hizo fue agarrársela y

darle un pequeño tirón para después soltársela de inmediato. No iba a besarle la mano a una dama que ya tenía demasiado ego.

—Veo que está al corriente de mi identidad.

—Si se refiere a que sé que es usted la Duquesa X…

—Prefiero Infame. Duquesa Infame, si no le molesta —terció, con una sonrisa encantadora dibujada en su rostro.

—Lo que sea, esa peluca y su traje la delatan.

—¿Los ojos negros no? —preguntó inocentemente.

—También. Y como imagino que ese título que le gusta utilizar es del todo ficticio, lo suyo sería llamarla Señorita Infame, puesto que seguramente esté usted soltera.

Morgan no perdió la sonrisa en ningún momento. Ese hombre que tenía frente a ella era uno muy diferente del que había conocido en casa del duque de Rothgar. Se mostraba inflexible, duro y tiránico, pero ella tenía experiencia a la hora de tratar con *intratables*.

—Señorita Infame estará bien. Si le place llamarme así, no seré yo quien acabe con su ilusión —coqueteó.

Morgan se esperaba una sonrisa, pero no llegó más que un ceño fruncido.

—¿A qué debo el honor de su visita? —inquirió él.

—¿Una visita? Tan solo me he acercado a saludarlo, no catalogaría este acercamiento como una visita.

—Entonces, ¿a qué debo el honor de este acercamiento?

—¿No podría haberme acercado simplemente por el placer de conversar con usted?

Él no movió ni un solo músculo de su rostro.

—Puesto que no hemos sido presentados, dudo mucho que haya venido hasta aquí para… gozar de mi charla. —Se enfadó consigo mismo por haber hablado de ese modo. ¡No deseaba flirtear con ella!

—¿Gozar? —Morgan sacudió el abanico que llevaba en la mano y se tapó mínimamente con él—. Cualquiera diría que está coqueteando conmigo, señor Digory.

—No lo haría, señorita, porque no estoy interesado en nada de lo que usted venda.

Morgan no se desanimó ante la agria respuesta. Ya sabía que él iba a ser un hueso duro de roer. Sin embargo, el desaire que le estaba dando… En verdad era el primer hombre que no se mostraba complacido por sus atenciones.

Interesante.

Tal vez Ethan Digory sí fuese incorruptible después de todo.

—He escuchado que ha ganado un caso en la corte.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó con tanta incredulidad que ella supo que estaba dudando de que hubiese estado siguiendo sus hazañas en la cancillería.

—No le tenía por un hombre que menospreciase a una dama, señor Digory.

—No lo soy.

—Yo creo que sí.

—¿Se siente menospreciada?

—Molesta más bien. Muchos caballeros estarían halagados.

—¿Por qué motivo?

—Por el simple hecho de haberme acercado a conversar con ellos, y más cuando no habíamos sido presentados formalmente.

—Entonces pruebe con otro —la animó.

Oh.

Él era despiadado.

Hábil en sus preguntas y respuestas. Un abogado de pura cepa.

Ella emitió una risa ligera que resonó en lo más profundo de Ethan. El agradable, fresco y femenino sonido hizo incluso que su hombría se sacudiese de emoción. Ella era una pícara que conocía muy bien el juego de la seducción. Él a su lado era un aprendiz. Error. Ni tan siquiera un aprendiz, Ethan estaba en pañales en ese asunto.

—¿Y perderme la diversión, señor Digory? Nunca renuncio a un buen…

—¿Un buen qué? —indagó, cuando vio que ella se quedaba callada y le sonreía.

—Un buen juicio —apuntó Morgan.

—¿A qué se refiere?

—Usted me está juzgando y antes de que me condene deberé demostrarle que soy inocente de todos los cargos.

—Se equivoca. No tengo ningún interés en juzgarla.

—Oh, así que ya me ha condenado, después de todo —siguió ella conjeturando.

—En absoluto. Mi trabajo es la defensa, no ejerzo como acusador y por descontado no sabría por dónde empezar a ser juez.

—Es usted como un soplo de aire fresco, ¿se lo han dicho alguna vez, señor Digory?

—Lo cierto es que no —alegó con sinceridad.

—Lo es porque otro en su lugar se habría ofrecido a traerme un refrigerio, quizás una copa de champán, para luego suplicarme un baile.

—Lo lamento.

—¿El qué lamenta en verdad, señor Digory? ¿Que cause sensación entre los de su especie, o que no se la cause a usted? —replicó con simpatía, pese a que la pregunta era bastante violenta.

—Lo que lamento es que una mujer solo pueda limitarse a ser exhibida como una preciosa baratija ante los caballeros que la observan. Debería ser usted más que eso. Tal vez deberían buscar su atención porque es una gran conversadora, por ejemplo.

—¿Y no se lo parezco, señor Digory? Me gustaría pensar que soy lo bastante fuerte como para seguir a su lado aguantando su desdén. Así que, después de todo, quizás yo sí sea algo más que un bonito adorno para ir del brazo de un caballero.

—Lo cierto es que esperaba que saliese huyendo despavorida debido a mi incorrección, señorita.

—Infame. Señorita Infame, no olvide dirigirse a mí como corresponde, señor Digory —dijo con seriedad, pero con una breve sonrisa en los labios.

—Si me dice de una vez lo que desea, posiblemente podamos acabar con esta extraña conversación.

—¿Qué le hace pensar que quiero terminar con nuestra animada charla? —inquirió llena de coquetería.

—Sea lo que sea que quiera de mí, la respuesta es: no. Y antes de que se le ocurra la brillante idea de preguntarme por qué estoy tan seguro de que necesita algo de mí, déjeme decirle un par de cosas. Es usted una casamentera en el mejor de los casos, y en el peor, una dama que se divierte orquestando encuentros ilícitos entre amantes.

—Veo que está al corriente de lo que se especula sobre mí. Me sentiré halagada con sus palabras y su interés, señor Digory.

—No debería. Solo me limito a prestar atención. Así que como casamentera, en caso de que haya venido a entablar una conversación conmigo por el improbable hecho de que una joven dama casadera se haya fijado en mí, la respuesta es: no. En la suposición de que esté junto a mí porque una mujer haya pensado que yo sería un excelente semental en la cama, la respuesta es la misma.

—Me agrada ver que no titubea, señor Digory. Si bien estoy segura de que más de una muchacha se pelearía con una multitud por tenerlo como esposo, ninguna me ha hecho partícipe de sus planes. Sobre el otro referente que plantea, ese en el que dos amantes descubran el ardor, la pasión, la tentación de las caricias prohibidas, de los mordiscos pecaminosos y los lametones infames, tan infames como yo, lamento informarle de que tampoco se da el caso.

—Entonces solo nos queda un supuesto, señorita.

—Infame. Señorita Infame. ¿Tanto miedo tiene de referirse a mí por el nombre que yo misma me otorgué? Aunque Duquesa Infame me agrada más, ya se imaginará que es por todo eso del poder y demás. Llamarme Reina Infame ya me pareció un poco excesivo, así que opté por quedarme en duquesa.

—¿Y si lo hago solo por el placer de molestarla, señorita, y por eso no utilizo la palabra que a usted tanto le gusta repetir?

Volvió a sonreírle coqueta y agradecida. Él seguía igual de serio que al principio, pero ella lo conocía lo bastante como para saber que no era demasiado jovial y amistoso. De hecho, era más bien frío, correcto y a veces arisco, tal y como lo estaba demostrando en esos momentos.

—Me sentiré de nuevo halagada, señor Digory. Me gusta inspirar todo tipo de sentimientos en mis interlocutores, en especial los masculinos.

Él la miró con cautela llegados a ese punto. Decidió no seguirle el juego y pensó que un cambio en el rumbo de la conversación sería apropiado.

—Usted se ha acercado a mí porque desea contratarme como abogado. ¿Se ha metido en problemas por animar a una dama de alta alcurnia a cometer adulterio?

—Jamás aconsejaría a una mujer felizmente casada a que traicionase sus votos. En cambio, si la dama es terriblemente infeliz… Ahí la cosa cambiaría. ¿Por qué estaría bien que un duque que no fuese dichoso en su matrimonio mantuviese a su amante, mientras su esposa alumbra a sus hijos y se consume, y sería incorrecto que ella hiciese lo propio?

—¿Conoce a muchos duques infelices que traicionen sus sagrados votos matrimoniales?

Honorable. Algo en el modo en el que él dijo «sagrados» le confirmó que él tenía más honor en el meñique que el resto de los caballeros que había en el salón. Y Morgan deseó corromperlo. Tentarlo con un beso, abrazarlo para hacerle sentir sus enhiestos pezones sobre el torso… que por otro lado estaban en punta bajo la camisola.

¿Ethan Digory la excitaba?

Se quedó asombrada con el pensamiento porque en casa de Rothgar no sintió nada como eso, solo admiración por un hombre hecho a sí mismo, inteligente y pulcro. No lo había visto como a… a… a un hombre al que desease besar.

¡Cielos!

Ella quería besar a Ethan Digory. Debería darse la vuelta y huir de la tentación de inmediato, lo malo era que no podía hacerlo. Imposible resistirse a ese juego tan extraño que ella misma había empezado.

—Lo cierto es que no. Todos los que me rodean se amputarían una mano encantados si sus esposas lo decretasen. Y le aseguro que conozco a más de un par de duques personalmente.

—Suerte para ellos, supongo, señorita. Pero todavía no me ha dicho qué es lo que quiere de mí, señorita —repitió esa palabra de nuevo.

Ella se negó a molestarse. Por más que le indicase que ella era el título que él quisiera siempre acompañado por la palabra *infame*, no lo diría, así que decidió no caer en la trampa de nuevo.

—¿Será un marido atento, uno enamorado que hará que su dama no busque en otro lado porque se lo dará todo?

—¿Y usted? ¿Puede pensar en el matrimonio? ¿O sería infame hacerlo? —contraatacó.

—Pregúnteme una vez más lo que deseo de usted y se lo diré.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —inquirió en tono cansado.

—Tal vez, señor Digory, mi interés sea bastante personal. —Una pequeña sonrisa jugaba en sus labios, sensual, excesivamente astuta y no demasiado pícara para que él no reconociese el juego. El juego de la seducción.

No se fiaba de ella. Definitivamente sería un necio si bajase la guardia y se mostrase complaciente y atento.

—No se ande más por las ramas, solo suéltelo para que yo pueda negarme y ambos pasemos página.

—Uhm, es usted un hueso duro de roer. Imagino que su trabajo lo hace necesario.

—Otra dama en su lugar se habría marchado aireada hace ya por lo menos…

—Desde que me saludó, señor Digory —lo interrumpió—, pues ha dejado muy patente su poco interés en mis asuntos o en mí. Le desagrado.

—Y aun así, aquí sigue —le recriminó.

—Si sigo aquí es porque usted está en lo cierto y quiero algo.

—Entonces dígalo de una vez, señorita.

—No está equivocado, me he acercado con un propósito, pero después de hablar con usted he cambiado de opinión y deseo otra cosa.

—¿Como qué? —indagó, enervado por tanto juego absurdo.

Ella se dio cuenta de que estaba a un paso de hacerle perder la

paciencia. Los hombres como él, poco habituados a los coqueteos o sin tanta experiencia entreteniendo a las mujeres, solían aborrecer el tipo de conversación que ella le estaba dando.

Morgan Pusset supo entonces que la fachada de Ethan Digory, la que vislumbró en Roth Rote, la casa de campo del duque de Rothgar, era mucho más que eso. El señor Digory era auténtico, brillante, sagaz, comedido, y apostaría su reputación infame a que era virtuoso.

De pronto se le antojó saber cuánta experiencia tendría él en asuntos de pasión. Esa idea la hizo ponerse perversa, así que no pensó en las consecuencias que tendría que asumir cuando abrió la boca para decirle:

—Tal vez, mi querido señor Digory, solo lo desee a usted.

Y funcionó.

Lo dejó sin palabras.

Lo desarmó, así que se apuntó el tanto de la noche, y dado que una gran salida ameritaba con lo ocurrido, le sonrió, le guiñó un ojo y se giró para alejarse de su lado con gracia y elegancia.

Antes de cruzar la puerta que daba acceso a la salida de la casa en la que se encontraba, Morgan se dio la vuelta y lo miró a los ojos, porque tal y como había sospechado, él la había seguido con la mirada. Le ofreció una perfecta sonrisa y le volvió a guiñar un ojo.

Ethan Digory lo interpretó como una señal, así que puso el pie derecho delante del izquierdo para seguirla, pero antes de poder completar el paso, un caballero le susurró a la oreja:

—Si la sigues estás muerto. —Ese fue Greyson Amery, quien se dio prisa en ir tras Morgan, la agarró de la mano y escondió a la dama de su vista sin mayor ceremonia.

Ethan se quedó desolado e hizo lo único que se le ocurrió. Se puso a reírse en alto en medio del salón de baile. Por un instante había creído que ella no iba de farol, pero al final volvía a estar solo y más encendido que una de las velas que prendían los candelabros.

¡Vaya mujer!

Capítulo 3

La revelación de la soledad

—¿Vas a decirme de qué se trata? —inquirió Brendan Sallow.

Tanto el señor Sallow como Morgan Pusset estaban dando un agradable paseo por Hyde Park esa mañana. Ella había sugerido pasar un tiempo juntos… Bueno. Afirmar que lo había sugerido era mucho decir, dado que se lo ordenó.

Era mala costumbre la que había adquirido Brendan a la hora de complacer a Morgan en cualquier asunto. Ella se aprovechaba siempre de su buena voluntad.

Morgan tomó su brazo y se sonrió al ver que una pareja de avanzada edad pasaba por al lado de ambos cuchicheando. Decidió escandalizarlos más, porque seguramente estaban cuestionando que tuviesen una actitud tan íntima en público, así que ella se acercó todavía más a él.

—Te deseo a todas horas —le dijo a Brendan para que la pareja la escuchase.

Y el gemido reprobatorio del hombre, quien se llevó a toda prisa a su mujer, la hizo sonreírse más.

—¿Era preciso hacer eso? Más cuando no llevas hoy tu atuendo de Duquesa Infame. Estamos paseando por Hyde Park a unas horas concurridas, muchos me conocen porque estoy de guardia en la guarida que tenemos a las afueras, esa en la que tú te empeñaste en que fuese un pequeño club de juego y diversión, y de la que no te ocupas más que para atender a tus damas necesitadas de pasión.

—Lo siento —se disculpó de inmediato. Luego emitió un suspiro muy largo que hizo que Brendan detuviese el paso.

—¿Estás bien? Quiero decir, después de que Martha se fuese…

—Mi corazón tardará en sanar, pero no es por Martha por lo que estoy suspirando.

—¿Qué te sucede, Morgan? ¿No eres feliz ya? Amery dice que tus ojos no tienen ese brillo tan potente, cree que desde que Althea se

casó, te sientes triste.

—Sola, Brendan. Me siento sola.

—¿No te basta conmigo? ¿Con Amery? Somos tu familia. Y sabes que puedes ir a visitar a Althea tantas veces como quieras.

Morgan lo conminó a reanudar el paseo y él cedió. Siguieron recorriendo los vastos jardines. Hacía frío ese día, pero el sol ayudaba a mitigar el helor.

—Quiero una ayudante, una amiga, una confidente. Estoy cansada de estar lidiando solo contigo y con Amery.

—Entonces, búscala.

—No es tan fácil.

—Tienes buen juicio. Puedes encontrar a alguien que sea tan confiable como tú.

—¿Echas de menos a Althea?

—Tú, ¿no?

—Sí, por supuesto que sí. Y bien sabes que cuando me enteré de que ella era tu hermana, hice todo lo posible para que no me agradase.

—¿Hiciste qué? —preguntó con los ojos como platos. Esa información era nueva para él.

Morgan ejecutó un aspaviento con la mano para restar importancia al asunto.

—Eso es agua pasada. La adoro y ella a mí. ¿Algún día piensas contarle la verdad sobre quién eres?

—¿Para qué? Ella es feliz con Darkworth y sus pequeños, remover el pasado solo la angustiaría.

—No lo sé. Pienso que si en algún momento Althea se enterase de que tú llevas su sangre, no se lo tomaría bien. No porque seas su hermano, más bien porque se lo has ocultado.

—Cambiemos de tema. ¿Por qué has insistido tanto en que saliésemos a dar un paseo?

—¿No puedo simplemente robar unos minutos de tu tiempo?

—Siempre que lo desees, pero… ¿Hyde Park? No hay ningún otro parque más aristocrático que este y tú odias todo lo que tiene que ver con la alta sociedad.

—Al igual que tú —contraatacó.

—No, yo odio lo ducal específicamente.

—Eso es porque tu padre era un…

—Dime qué te preocupa, Morgan —la cortó—. Amery se ha dado cuenta de que llevas un tiempo sin parecer tú misma. No te involucras tanto como antes con tus damas en busca de lujuria. Parece que te has

aburrido del juego.

—En absoluto, pero me he dado cuenta de que necesito un par de cambios.

—¿Como cuáles?

—Hay una orgía que…

—No —la cortó de pleno—. Y Hyde Park no es el mejor lugar para hablar de una fiesta indecente, ni tan siquiera para ti.

—Deberías darme un poco más de crédito porque bien podría ir con Amery sin tu permiso.

—No vas a ir a ningún lugar en donde acabes desnuda y haya un grupo de malditos libertinos hambrientos deseando hacer Dios sabe qué indecencias contigo.

—Pero…

—Es mi última palabra, Morgan. Y como te empeñes en llevarme la contraria, te juro por mi honor que te encerraré en tu habitación.

—¿Qué soy?, ¿una niña pequeña que necesita una lección? ¿Acaso debo recordarte que fui actriz y que después de subir al escenario estuve robando en el East End para sobrevivir?

—No insistas más, lo que lograrás es hacerme enfadar.

—Muy bien —dijo ella en tono neutro.

—¡Maldita sea! —bramó Brendan, haciendo que demasiada gente se fijase en ambos. Carraspeó y luego se obligó a tranquilizarse—. De acuerdo, haremos un trato, mi rosa con espinas. Te concederé otra cosa a cambio de que te olvides de la estúpida fiesta a la que Terring piensa acudir.

La dama se quedó con la boca abierta.

—¿Greyson Amery ha traicionado mi confianza? —preguntó, aunque ella ya sabía la respuesta a la cuestión.

—Amery te ha protegido porque esa fiesta pecaminosa sería incluso demasiado para él o para mí.

Morgan se tocó la frente.

—Estoy harta. Soy una mujer de treinta y cuatro años que ha…

—Tienes los mismos años que yo —la interrumpió de nuevo—. Así que si vas a hacer una escena, ahórratela. Está decidido, no vas a ir por mucho que me recuerdes que te enseñé a defenderte muy bien, y que tu vida no ha sido la de una joven damisela protegida cuya virtud estaba destinada a su esposo. Sé bien dónde hemos estado durante esos treinta y cuatro años. Así que dime qué otra cosa quieres para que te la conceda.

—¿Lo harás? ¿Me permitirás tener lo que deseo si renuncio a ir a la fiesta en la que Terring estará, aunque eso implique que tal vez le falle

a una de mis damas que buscan la pasión con el hombre que anhela?

—No seas tan dramática, ya no eres actriz. Terring disfruta de la temporada y estará la próxima semana en una fiesta del todo apropiada y podrás abordarlo allí.

—¿También te lo ha dicho Amery?

—Siempre, atiéndeme bien, Morgan, porque siempre, siempre, siempre, voy a cuidar de ti, te guste o no.

—De acuerdo, pues lo que quiero es un amante.

—No.

—Sí.

—He dicho que no. Pide otra cosa.

Le tocó el turno a ella de detener el paseo. Él se paró a su lado.

—Esto no es negociable. Sabes bien los años que hace que no he tenido pensamientos lascivos y…

—¡Por amor de Dios! ¿De verdad, es preciso que hable contigo de orgías y lascivia? ¿Por qué me tienes que pedir permiso para tener un amante? La primera vez no lo hiciste.

Ella frunció los labios.

—La primera vez, como tú lo llamas, fue mucho más que un amante.

—No hablemos del pasado.

—Sí que hace falta sacarlo a colación un momento, Brendan, porque soy una mujer que ha conocido el placer y que lleva demasiados años llorando lo que pudo llegar a ser y no fue. Tengo necesidades.

—¿Necesidades? No las tenías hasta que estuviste en casa de Rothgar.

—Ah, ahí está de nuevo la acusación. Te debe haber estado reconcomiendo el alma no haber hablado de Ethan durante casi un año.

—¿Ahora ya gastas su nombre de pila? ¡Qué íntimo! Mucho te debe haber impactado el reencuentro —la acusó.

—Amery es un bocazas de primera —le echó en cara, imaginando que Greyson le habría contado todo lo que ocurrió en el baile cuando se cruzó con Ethan Digory siendo la Duquesa Infame.

—Amery se preocupa tanto como yo, porque la última vez que te enamoraste, tuvimos que correr.

—Sí, ahora veo que esa acusación te ha debido estar royendo por dentro durante más de una década. ¿Pudiste olvidar con facilidad a Sarah Adeston? Porque yo no dejé de pensar en lo que perdí cuando dejé atrás a Knife. Ni tampoco me quejé cuando me metiste en la vida

de tu hermana sin pedir mi consentimiento.

Cabe señalar que aunque estaban discutiendo, ninguno de los dos levantaba la voz. Pero cansado de tener que mantener la compostura, Brendan le dio un tirón de muñeca y se la llevó a un lugar más privado. Encontró unos arbustos y se situaron allí.

—¿Cuál es el maldito problema, Morgan? ¡Dímelo de una vez para que pueda solucionarlo! —elevó la voz sin querer.

Ella se enfureció todavía más.

—¿Y si me hubiese enamorado de ti, Brendan? —disparó a bocajarro.

Se hizo un silencio del todo incómodo. Los ojos de Brendan no habían abandonado los de ella en ningún momento. Las palabras de Morgan le daban vueltas y más vueltas en la cabeza.

El señor Sallow tomó una larga bocanada de aire, dio un paso al frente, la sujetó por la cintura y luego le dijo:

—Ahora lo veremos.

—¿Qué haces? —preguntó ella, temerosa por lo que intuía que él se disponía a hacer.

—Besarte —apuntó con convicción.

Lo siguiente que ocurrió fue que ella cerró los ojos, al igual que él, y dos bocas se unieron. Puesto que no eran simplemente un hombre y una mujer comunes compartiendo un momento muy serio de intimidad, Brendan abrió la boca a fin de poder buscar la lengua de Morgan. Ella sintió el gesto y se dejó llevar.

Fue un beso intenso, pero corto.

Entonces él, sin soltarla de la cintura se separó de su boca a fin de poder examinarla bien. La vio despegar los párpados con pereza.

—¿Estás enamorada de mí? —preguntó con valentía, pero un poco aterrado por la respuesta.

—No. ¿Y tú de mí?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué locura te ha llevado a besarme? —indagó preocupada.

—No lo sé, sencillamente parecía lo correcto.

—¿Besaste a Althea así?

—¿Y caer en el incesto? Además, Greyson Amery estaba completamente enamorado de ella y hubiese tenido un problema mayor del que tuvimos cuando lo acusé de querer haceros daño a ti y a Althea.

—Yo también soy tu hermana, Brendan. ¡Y quítame las manos de encima! —gritó, mientras le daba palmadas en el torso para apartarlo.

—Eres tú la que has dicho que podrías estar enamorada de mí. ¿Por qué te pones así?

—¡Me has besado, Brendan! —insistió como si no se lo creyese.

Él no entendía su enfado.

—Querías una prueba.

—Probar ¿qué?

—Siempre juntos desde la cuna, Morgan. No importa el nombre que tengamos, somos uno. Necesitabas saber que mientras Althea es mi hermana de sangre, tú lo eres de corazón. ¿Por qué crees que me resultó tan fácil amar a Althea? Porque ella me recordaba a ti, por tus ojos, ese sufrimiento, ese color avellana que compartís. Ella era tan vulnerable como tú, aunque quisiera parecer fuerte. Y luego ese maldito Wins… Si yo hubiese sabido antes que él la maltrataba… Las dos sois las únicas mujeres para mí. Las únicas por las que daría mi vida —se sinceró—. Tanto me impresionas, que no he dudado en besarte para ver si… —Morgan observó que él se erizaba y que comenzaba a sacudirse debido a lo extraño que resultó ese beso entre ambos.

—¡Ha sido asqueroso! —afirmó ella por él, pues sabía que Brendan también lo estaría pensando.

—¡Claro que sí! Lo mismo que cuando vino a enfrentarme el duque de Hardcastle el año pasado y tú le hiciste creer que eras mi amante.

—¡Su hermana te gusta! —lo acusó.

Lo que ocurrió hacía un año, más o menos, fue que Brendan vio a *lady* Venus, la hermana del duque de Hardcastle, salir por la ventana de su habitación, y mientras Brendan la esperaba para pescarla infraganti y darle una lección, el que lo pescó a él bajo la ventana de su hermana fue el duque, y por supuesto le pidió explicaciones. Así que para evitar un conflicto mayor, Morgan se hizo pasar por la amante de Brendan y el duque pareció olvidar el asunto. En realidad fue un poco más rocambolesco, entre otras cosas porque Morgan sospechaba que su guardián se había tomado muy a mal que ella le sugiriese a Hardcastle que se llevase a Venus de *tour* por Europa una temporada, cosa que el duque hizo. Así que habían estado sin saber nada de esa muchacha que se acercó en su momento a Althea —cuando ella ostentaba el rango de Duquesa X— para pedirle que emparejase a su hermano con una dama adecuada.

—Lo niego tajantemente. Esa muchacha es un problema andante con el que no quiero volver a cruzarme.

Ella rodó los ojos ante su respuesta, no sacaría nada de ahí, así que decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Hablemos entonces de mi amante.

—¡Maldita sea! —masculló, seguido de una colorida maldición.

—Veo que no me lo vas a poner fácil, Brendan Sallow.

—Ni tú tampoco. Pide otra cosa.

—Lo otro que voy a solicitar no te va a gustar tampoco.

—¿Hay una orgía por medio?

—No, eso lo he descartado ya.

—¿Un hombre implicado?

—Si accedes a permitir lo que deseo, podría aplazar la idea de llevar a un hombre hasta mi lecho.

—Cuando esta maldita conversación termine, Morgan, la olvidaremos para siempre.

—¿Incluido el beso que me has dado a traición? —preguntó, tratando de ocultar su diversión por verlo tan incómodo.

—Especialmente esa parte que no habría tenido lugar si tú no hubieses insinuado que podrías amarme.

—Oh, pero yo te amo, te amo con todo mi corazón.

—Pero no de una manera que incluye besos y… ¡Por Dios, Morgan! ¿Esta charla no va a terminar nunca?

—Está bien. Te diré lo que quiero en verdad.

—Sabía que lo de la orgía y lo del amante era una estratagema… —murmuró él.

—Me conoces como si fuese tu propia hermana.

—Dilo de una vez, así podremos seguir como si nada de esto hubiese sucedido.

—No quiero llevar la peluca rubia cuando sea la Duquesa Infame.

—¿Te molesta? ¿Acaso te pica o algo así?

—No, solo es que no quiero llevarla más.

—De acuerdo. No te la pongas. —Brendan pensó que su petición era razonable. Respiró tranquilo por primera vez en su salida al parque, desde que salieron de la casa en la que residían en Mayfair cuando ella no era la Duquesa Infame.

—Hay más.

—Me lo temía —musitó, para después suspirar de modo irritado.

—Tampoco quiero vestir de rojo. Me gusta más el verde, es el color de la esperanza. Quiero imprimir mi propio sello. Todo lo que era Althea ha perdurado, pero yo quiero hacer las cosas de un modo diferente.

—Me parece bien. El rojo se va, entra el verde.

—Y no pienso usar ni polvos de arroz sobre mi rostro ni el kohl negro en los ojos.

Él se quedó pensativo un instante.

—¿Y cómo tratarás de ocultar tus rasgos para que no sepan tu nombre?

—De eso se trata. Tengo mi vida hecha, no tengo sangre noble y poseo mi propia fortuna, no quiero ni deseo seguir ocultando quién soy y lo que hago. Comprendo que Althea lo tuviese que hacer porque era la hija de un duque, esposa de un malnacido que era conde y que puso sus ojos en otro duque, pero mi caso es totalmente diferente al suyo. Yo no tengo motivos para ocultarme del mundo.

—No puede ser, Morgan. Habrá mucha gente que querrá hacerte daño y…

—Puede ser, pero ya la hay sin necesidad de que descubran quién soy tras la fachada de la Duquesa Infame. El pasado siempre está ahí, Martha lo dijo, fui un lastre para mi propia familia, un desliz de mi padre. Me hubiesen ahogado como un gatito si tu madre no me llega a encontrar, así que…

—Eres única, Morgan.

—Gracias.

—No lo decía en forma de cumplido. Más bien como si fueses un incordio, porque las opciones que me das son: acudir a una orgía, buscar un amante o dejarte ser la Duquesa Infame sin ningún tipo de velo.

—Así es. Y vas a tener que elegir una, porque sabes que soy más que capaz de llevar a cabo las tres aunque te opongas.

—Vaya que lo sé. Y optaré, como bien sabías antes de que esta conversación tuviese lugar, por dejarte ser la Duquesa Infame sin vestido rojo, peluca y potingues de esos que te pones en el rostro. Solo quiero que entiendas que vas a complicarnos mucho la vida a Amery y a mí.

Ella sonrió complacida y le dio un abrazo.

—Estoy en buenas manos. Sois los mejores protectores que tengo, y me enseñaste bien a defenderme, así que nada malo sucederá, solo dejaré de ocultarme, porque lo que hago no es algo que esté mal.

—Ya… Ahora promete que no harás ninguna de las otras dos cosas que has mencionado.

—¡Pareces mi padre, más que mi hermano!

—Me conviertes en un padre, más que en un hermano, Morgan —puntualizó, pues la culpa era solo de ella.

—Está bien. Te lo prometo. Solo seré la Duquesa Infame. Estoy deseando ponerme mi nuevo vestido verde.

—¿Encargaste un vestido antes de que yo…?

—Tenía fe en que serías razonable.

—No. Tenías fe en que me manipularías como haces siempre.

—Sí, eso también.

Los dos salieron del rincón en el que habían estado. Él, enfurruñado, ella, sonriente y feliz.

Lo malo fue que la cara de plena satisfacción se le borró de un plumazo cuando vio a Ethan Digory a unos pasos por delante, de frente. Y Morgan supo lo que él iba a sospechar que ella y Brendan habían estado haciendo mientras estuvieron escondidos.

Así que cuando pasó por el lado de ambos, el abogado ni los miró. El rostro de Morgan se puso ceniciento y el de Brendan mostró una gran sonrisa.

El señor Sallow pensó que acababa de librarse de un gran problema, porque, desde que estuvieron en casa de Rothgar, el interés de ese bobo había sido más que evidente. Morgan estaba hecha para otra clase de hombre, no para uno de leyes que acabaría haciéndola languidecer en menos que cantase un gallo.

Y si se quedaba soltera toda la vida, Brendan Sallow viviría más y mejor… Solo Dios sabía lo que le costó entregar a su hermana Althea a un hombre, uno que era precisamente lo que él más odiaba: un duque.

***

Ethan Digory sabía lo que era sufrir por amor. Solo se había enamorado una vez y fue precisamente de la hija de su mentor, el señor Leopold Pharma, quien era un prestigioso abogado retirado que logró en su tiempo lo que todavía era una panacea: un divorcio.

Aunque el mundo avanzaba a grandes pasos, romper un matrimonio que Dios había unido era cosa peliaguda, no solo por la fortuna que costaba, sino porque la lacra que se quedaba impresa en la mujer, en la mayoría de los casos, era algo insoportable. Así que muchas mujeres optaban por seguir vinculadas a sus esposos aunque no hubiese nada que salvar en esa unión.

Tontos. Esposos tontos en su opinión. Si a él le concediesen una buena mujer a la que proteger, cuidar y amar —y no necesariamente por ese orden— sería el más afortunado de los hombres.

¡Pero era tan complicado encontrar a alguna dama que lo inspirase! No era que él fuese un pintor buscando a su musa, solo un hombre que necesitaba que su fracturado corazón se recompusiese, dado que haber visto a la mujer que amaba profundamente casándose con otro delante

de sus narices…

¿Quién resistiría un golpe así?

Liberty Pharma, actual condesa de Snow, lo había arruinado para todas. Al menos tenía constancia de que ella disfrutaba de un matrimonio feliz y de que su estúpido marido había entrado al fin en razón, porque… Bueno, esa era otra historia que no venía al caso.

Lo importante era que solo otra fémina había logrado captar su atención desde que *lady* Snow le dejó claro que no sentía lo mismo que él.

Una nueva ilusión. Ocurrió hacía poco más de un año cuando, estando al servicio del duque de Rothgar, conoció a la señorita Morgan Pusset y, aunque no pensó en ella en primera instancia como una mujer tentadora, como alguien de quien podría enamorarse, aquellas charlas que compartieron mientras la mujer hacía las veces de casamentera con su empleador, le hicieron comprender que había mucha inteligencia y audacia en ella. No era una dama convencional, tenía ideas arriesgadas para la época. Y se veía franca. Una cualidad que él apreciaba en lo que valía, porque era algo tan escaso como una veta de oro en una mina abandonada.

Cierto que Morgan Pusset había llegado a la finca de Rothgar acompañada por un hombre, pero se dio cuenta de que se trataba de un guardaespaldas, alguien que tenía la función de protegerla y a quien seguramente ella pagaba por el trabajo. ¡No! Estuvo equivocado. Porque cuando ese gigante comenzó a ladrarle órdenes a la señorita Pusset y mostrarse celoso, se dio cuenta de que mediaba entre ambos algo mucho más poderoso que una relación de trabajo.

Ella favoreció en su momento al denominado Brendan Sallow en favor de él y no la había vuelto a ver hasta precisamente el día anterior.

Los dos habían salido de un apartado en Hyde Park y bien podía imaginarse lo que estuvieron haciendo. ¡Qué inconvenientes fueron los celos que sintió al verla con otro! Tal vez si ese otro no hubiese sido Sallow no le hubiera crujido tanto el corazón… O tal vez sí.

Era definitivo. Lo que necesitaba era una distracción. Esa mujer, la denominada Señorita Infame, se había acercado a él para coquetear, y eso que Ethan no le mostró sus impolutos modales. Y pese a ser imperdonablemente descortés, ella se había quedado a su lado. ¿Por qué le producía conmoción el hecho de que una dama fuera de su alcance hubiese acudido a entablar conversación precisamente con él?

El ego de un hombre era poderoso después de todo.

Se sentía invencible. Y se sintió así hasta que entró en la casa de los

duques de Darkworth y se encontró con Morgan Pusset y ese estúpido gigante que la reclamó en la finca de Rothgar, Brendan Sallow.

Los duques daban una fiesta en su casa de Londres y lo habían invitado en agradecimiento porque Ethan logró que la duquesa, de nombre Althea, recuperase una parte importante de su herencia materna, dinero y una propiedad que no estaban ligados al título de su difunto esposo, el anterior conde de Wins, y que su heredero —más bien la madre de este— se empeñaba en mantener.

Fue bastante fácil probar la acusación en contra del heredero de Wins, un sobrino de la duquesa de Darkworth por matrimonio, y antes de que el caso se presentase ante la autoridad pertinente, el actual lord Wins ya había dispuesto los términos para devolver lo que se le usurpó a su dueña legítima.

Nada más entrar en el salón y ver a los invitados, ella brilló con fuerza entre la multitud: Morgan Pusset.

Era un ángel y tenía su propio demonio cerca, porque ese estúpido de Sallow estaba siempre pululando junto a ella. Iba vestida con un precioso vestido confeccionado de sedas y encajes en tonos verdes. Se sintió incómodo porque él mismo había elegido un traje en un tono similar al de ella. Por un momento pareció que iban a conjunto y fue desconcertante lo que ocurrió cuando los ojos de la señorita Pusset se cruzaron con los suyos, porque pese a que los separaba una distancia considerable, ambos se estaban observando sin remilgos.

Ocurrió entonces, cuando ella le sonrió, que él fue plenamente consciente de que se había quedado examinándola desde que entró en el salón, tras haber saludado a los anfitriones. Estaba anclado, subyugado. Era hermosa, pero no de un modo evidente, lo que más le llamaba la atención era su falta de recato, aunque a fin de cuentas era una mujer que había pasado con creces la edad casadera, además de que cuando charlaron en casa de Rothgar, le quedó claro que su vida había sido muy poco convencional. Pese a que ella no reveló demasiado, él sí se pudo hacer la idea de que sus primeros años fueron muy duros, llenos de pobreza.

Era una dama honesta, que le sacaba poco más de cuatro años y que había logrado despertar su curiosidad por completo… Pero ella había elegido a otro en vez de a él, y dicha mujer justo estaba al lado de Brendan Sallow, así que Ethan no tenía nada que hacer ahí.

Se obligó a mirar hacia otro lado y simular que no la había visto. No deseaba protagonizar un enfrentamiento con Sallow en casa de los duques de Darkworth.

¡Otra mujer que estaba fuera de su alcance!

Mientras Ethan Digory hacía todo lo posible por olvidarse de Morgan Pusset, evitando su mirada y obligándose a no volver a examinarla, ella se limitaba a hacer todo lo contrario.

A la Señorita Infame, tal y como él la había bautizado, no se le había escapado tampoco que ambos vestían de verde.

Un color precioso.

Esperanza.

Ilusión para los enamorados, porque si el rojo era la expresión de la pasión, del arrebato y la lujuria, el verde simbolizaba algo más puro, más necesario. Y Morgan sabía que Ethan Digory tenía un corazón herido, tanto o más que el suyo propio. Él no le contó demasiado sobre su amor perdido, pero esa mirada, el modo de referirse a las mujeres…

Ay… si Morgan no fuese tan egoísta, lo hubiese podido tentar para disfrutar del placer sin límites con una de esas damas que acudían a ella buscando un amante paciente, bueno y atento, pero la señorita Pusset no podía imaginar a Ethan Digory con ninguna otra… que no fuese ella misma. ¡Y le había prometido a Brendan que no tendría un amante! Pero ella era muy lista.

Estaba en una encrucijada. Una muy peligrosa, porque una cosa era disfrutar del acto físico, y otra muy diferente entregar su corazón.

Ella llevaba demasiado tiempo sin hacer ambas cosas. Antes de conocer a Ethan Digory no había sentido interés por un hombre.

Althea y Aquiles, el esposo de esta, se acercaban hasta donde figuraban Brendan y Morgan. Los duques de Darkworth formaban una pareja perfecta. Eran muy felices.

—Deja de observar al señor Digory antes de que todo el mundo en el salón se dé cuenta de que suspiras por él —le dijo tajante Brendan, solo para sus oídos.

—¿Sabes? Eres del todo injusto, con Althea no pusiste tantos impedimentos, y eso que Aquiles era un duque y tú aborreces ese rango —contraatacó.

Brendan no pudo seguir la disputa, pues Althea y su esposo habían llegado hasta ellos.

Aquiles comenzó a charlar de alguna cuestión con Brendan. Dado que a Morgan no le interesaba lo que ambos se dijesen, no se centró en ellos, por el contrario Althea cogió con disimulo a su querida amiga y se la llevó a una zona un poco más apartada de los dos caballeros.

—¿Hay alguna cuestión que quieras contarme a escondidas de tu esposo, Althea? —indagó burlona Morgan.

—No, pero tal vez tú sí que quieras decirme algo a mí sin que

Brendan se entere.

—¿Como qué? —Morgan no sabía a qué se refería su amiga.

—Pues por ejemplo, que estés usando al abogado Ethan Digory para ponerle celoso.

—¿Celoso a quién?

—A Brendan, por supuesto.

—¿Qué? —volvió a preguntar, pero esa vez con la boca abierta.

—Verás, Morgan, a lo largo de todos estos años me he dado cuenta de que eres una mujer única, una amiga infalible, pero también tan reservada, que no he aspirado a conocer más de ti de lo que me has permitido. No creerías que yo no estaba al tanto de tu interés por Brendan, ¿verdad? Porque aunque tú no deseases confesar tus secretos, era evidente que bebías los vientos por él. Creo recordar que incluso confesaste que lo amabas. Sí, aquella vez en la que lo hirieron hace un par de años lo murmuraste. Así que no te atrevas a negarlo.

—Por supuesto que lo niego.

—¿No lo amas? —preguntó Althea desconcertada.

—Sí.

—Sí, ¿a qué, Morgan?

—Sí lo amo, muchísimo además, pero no del modo que una mujer debe amar a un hombre.

—Ahora sí que me he perdido —susurró la duquesa.

—Brendan me besó el otro día —confesó.

—Ah, fantástico. ¡Al fin otra boda para organizar! —exclamó cantarina Althea.

—No lo entiendes, duquesa. Lo hizo para ver si entre él y yo podía haber algo más que una fraternal amistad.

—¡Oh! —alegó la amiga de Morgan sin saber qué más decir.

—Y sé cuál va a ser tu siguiente pregunta. Te responderé sin necesidad de que la emitas. No, Althea, no me agradó.

La duquesa de Darkworth se rio con ligereza. Ella lo veía como a un hermano, pero dudaba de que Morgan estuviese siendo sincera con ella. Presentía que le estaba ocultando algo.

—A mí sí que no me agradaría besar a Sallow.

—¿Piensas en besarte con Sallow, esposa?

En efecto, el duque de Darkworth se había aproximado a ellas con sigilo, junto con Brendan, y mientras el marido de Althea había formulado la pregunta en alto, el señor Sallow había gruñido tras escuchar lo que su propia hermana acababa de decir.

Por su parte, Morgan sintió un tremendo deseo de desvelar uno de los mayores secretos del grupo, uno que Aquiles conocía, pero que

seguramente, y ante las palabras de Althea, no le había descubierto a su esposa. La señorita Pusset quiso decirle a su querida amiga que Brendan era su hermano carnal, pero decidió morderse la lengua, pues no era un asunto que le concerniese a ella desvelar.

—No, porque ha sido Morgan la que ha besado a Brendan. —Althea decidió pasarle el problema a su amiga.

—Traidora… —musitó Morgan por lo bajo.

—¿Hay algo que debamos saber? —indagó Aquiles, mientras su mirada se deslizaba de Brendan a Morgan y así sucesivamente.

—Lo que debéis saber —tomó la palabra Brendan— es que la señorita Pusset está encaprichada con vuestro abogado. ¿Tiene que ser el maldito Digory el abogado de todos los duques que conocemos? —se quejó Brendan.

—¿Estás celoso? —preguntó de inmediato Aquiles.

—¡Desde luego que no! —saltó con indignación Sallow—. Lo que sucede es que… —Se quedó sin palabras que decir, pues exponer que no deseaba que otra de sus hermanas acabase enamorándose de un hombre no sonaba bien.

—Sallow me ha prohibido escoger un amante —dijo Morgan, como si esa frase tan incendiaria fuese algo que discutir con naturalidad en un baile de la alta sociedad.

—¡Cielos! —saltó Aquiles—. Creo que me llaman… esto, sí, me llaman, allí… Debo ir a ver qué… Disculpadme. —El duque de Darkworth consideró que esa no era una discusión en la que él quisiera participar, así que se marchó de inmediato poniendo un pretexto para huir.

Althea, Brendan y Morgan se quedaron a solas.

—Esto era más divertido cuando eras tú la que era asediada por una horda de pretendientes. —Fue Morgan la que rompió el incómodo silencio que se había instaurado entre el grupo.

—No fue una horda —rebatió Althea.

—No, solo un duque, y Brendan no puso ningún impedimento. Yo creo que incluso te colocó un bonito lazo rojo y te sirvió en bandeja para que Aquiles pudiese darse un buen festín contigo. —El tono de reproche de Morgan estaba muy patente.

—¡Yo no hice semejante cosa! —dijo con enfado Brendan—. No recuerdas el pasado con lucidez, Morgan, porque traté de alejar a Darkworth igual que hago con Digory. —Se dio cuenta tarde de que había confesado más de lo que debió. Gruñó y suspiró ante su equivocación.

Morgan lo miró con una ceja alzada. De un modo censurador. Por

su parte, Althea no entendía lo que estaba sucediendo entre ambos. Bien, entre el trío, porque por lo visto Ethan Digory era una pieza clave en el tablero.

—¿Qué tiene de malo el señor Digory, Brendan? Amery me dijo que a Morgan le gustaba bastante, y es por eso por lo que decidí invitarlo esta noche. Deseaba ver por mí misma este pequeño misterio que hay entre los tres.

—No hay ningún misterio —habló Morgan—. Proclamo que las mujeres tenemos derecho a decidir por nosotras mismas, que tenemos más valor que un simple mueble para un esposo, pero luego tengo que replegarme a los deseos de Brendan, porque él sostiene que no merezco el derecho a gozar de lo que ofrezco a las damas que contactan conmigo.

Sallow la miró con recelo.

—Ciertamente no me equivoqué cuando dije que eras una rosa con espinas. Siento que me has tendido una trampa, Morgan. Te concedí tu deseo de dejar de utilizar la peluca rubia, el vestido rojo y demás parafernalia que usaba Althea cuando creó a la Duquesa X, y ahora estás aprovechándote de que ella —señaló a la esposa de Darkworth con el dedo— está aquí para salirte con la tuya y tener un amante.

—¿De verdad que quieres un amante? —Althea no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Es más importante eso, que el hecho de que tu querida amiga haya decidido dejar de ocultar su identidad cuando actúa como la Duquesa Infame? —preguntó todavía más irritado Brendan.

—Volveremos a eso de dejar de usar la peluca y demás cosas que yo me ponía en un momento. Lo que me parece apremiante es que una mujer que lleva más de catorce años sin mencionar a un solo hombre, y han sido muchos con los que se ha cruzado, al fin tenga la intención de dejarse llevar.

—Maldito infierno… —murmuró por lo bajo Brendan, al ver que Morgan había encontrado una poderosa aliada en su intención de encontrar a alguien para…. para… para… ¡Dios! Iba a darle un ataque de apoplejía. Lo mejor sería escabullirse tal y como había hecho sabiamente Aquiles. Si no escuchaba ni veía lo que los dos tormentos de su vida decían y hacían, no tendría que preocuparse tanto. En su mente sería como si Morgan no fuese una tramposa que había utilizado a Althea para salirse con la suya, con respecto a lo de tener un amante.

¡Infierno!

¡Infierno!

¡Y mil veces más infierno sangriento!

¿Cómo lo harían esos tontos nobles que tenían tantas hermanas para casar? ¿Qué haría el propio Hardcastle cuando tuviese que buscarle un esposo a su pícara hermana? ¡Maldición! ¿Por qué tenía que ponerse a pensar en *lady* Venus Culpepper en esos instantes donde lo veía todo rojo?

Brendan cuadró los hombros. Miró a Althea y a Morgan con cara de pocos amigos y se marchó de allí sin decir ni una sola palabra.

—Estará imposible por lo menos un par de semanas —indicó Morgan, al ver a su hermano de corazón marcharse.

—Tal vez un poco más, pero eso no es lo fundamental ahora. ¿Tanto te gusta Ethan Digory? —la interrogó.

—Lo encuentro… interesante. —No se condenaría más, porque ni ella misma sabía a qué atenerse con respecto al abogado.

—Lo adoras —insistió Althea. Y no fue una pregunta, sino una conjetura en toda regla. Una de la que estaba absolutamente segura.

—No veas nada extraño, duquesa —le aconsejó—. Solo se trata de mí. Si tengo que hablar sobre las bondades de la pasión, sobre lo beneficiosa que es a la hora de curar grandes males producidos por un corazón roto, un matrimonio tortuoso o algo peor, creo que necesito más que unos recuerdos borrosos para hablar con conocimiento de causa.

—Deduzco que hubo un hombre en tu pasado.

Morgan le sonrió.

—Siempre hay uno, Althea. Bueno o malo, siempre hay uno —recalcó.

—Bien, entonces haz lo que debas, Duquesa X, y…

—Duquesa Infame, si no te importa —la corrigió.

—Odio ese nombre que te empeñas en usar, pero lo respetaré, Morgan. Al igual que no apruebo el hecho de que el nuevo disfraz que usarás dejará patente tu verdadera identidad, pero ya ves, queridísima amiga, he aprendido a confiar en el criterio de los demás y te valoro demasiado como para tratar de convencerte de que no sería prudente. Así que lo dejo todo, como hice antes, en tus capaces manos. Vive, sueña y sé feliz. Si alguien merece sentirse viva esa eres tú, Morgan.

—Te lo agradezco mucho, Althea.

—Me agrada mucho Ethan Digory, así que tienes mis bendiciones aunque no las necesites para nada.

Morgan le dio un beso en la mejilla y ambas se separaron en ese punto.

Althea siguió saludando a sus conocidos, mientras que Morgan se

dispuso a convertirse en una gata preparada para cazar a un ratón que no deseaba ser atrapado. Aunque ciertamente el señor Digory tenía poco de ratón y sí mucho de león.

El salón de baile se hizo enorme, porque cada vez que Morgan trataba de acercarse al abogado, él se alejaba con suma gracia.

Y lo que comenzó siendo un juego muy divertido, una caza interesante, pronto se transformó en un suplicio. Así que cansada de perseguirlo y de que él la evitase como si fuese la peste, a ella le quedó muy claro que él no tenía ningún interés.

Ahí, parada al otro lado del salón de baile, mientras Brendan la saludaba feliz y contento con una copa de champán alzada, ella suspiró. Al parecer su querido guardián había sido testigo de toda la peripecia y no ocultaba su dicha por verla fracasar con Digory.

Morgan echó una última mirada a donde estaba el hombre que la había hecho sentir poca mujer. El abogado estaba hablando con una muchacha preciosa, junto a ambos figuraba la madre de esta. Parecía muy animado y sonriente.

—Tal vez sea lo mejor —murmuró para sí misma.

Había tenido suerte en el amor una vez… Bueno, aquello no acabó bien, pero al menos había descubierto lo que era amar y ser amada. Breve, pero intenso. Lo que fuese que pretendiera comenzar con Digory no sería más que un gran problema que, según lo visto, no tenía ningún sentido. Él no estaba interesado.

Se dio la vuelta y huyó hacia la biblioteca. Necesitaba un momento a solas.

Comenzó a caminar, y cuando llegó al pasillo escuchó pasos a su espalda. Se giró. Nadie. No había nadie.

—Tonta, en tus ansias has creído que él podría seguirte… —volvió a musitar para sí misma.

Continuó caminando y cuando agarró el pomo de la puerta de la biblioteca, la puerta se abrió de pronto. Un caballero salió de allí dentro a toda prisa.

Morgan se sintió invisible. El muy descortés la había hecho sentir invisible. Pero no fue el primero esa noche. Digory lo logró mucho más. Ella se estiró un poco la falda y trató de entrar en la biblioteca. Una mujer no tardó demasiado en salir a continuación. La desconocida la miró, le sonrió y luego desapareció.

¡Vaya! Una pareja que se había escabullido para tener un poco de… intimidad. Morgan se rio en alto al darse cuenta de que casi los pudo haber atrapado en flagrante delito. Suerte que ella no era ninguna chismosa para acusarlos de una impropiedad… Al menos no eran

jóvenes que no sabían lo que se hacían.

Entró en la biblioteca y descubrió que las velas estaban encendidas. Amantes a los que les gustaba ver lo que les rodeaba. Interesante. Se acercó a la mesa central y vio un libro abierto por la mitad. Lo ojeó.

El Marqués de Sade y su *Filosofía del tocador*.

—Ay, Althea…, eres una mujer casada y sigues igual de infame que siempre. No me extraña que tus invitados vengan a curiosear tus libros y se enciendan.

Lo cerró y procedió a dejarlo en el estante. No era una lectura para mentes volubles. En realidad, ni para una duquesa como Althea sería fácil explicar la procedencia de un libro tan perverso. Aunque siempre podría alegar que era un ejemplar de su esposo. A los hombres se les perdonaba casi todo.

Morgan captó la puerta cerrándose y a continuación la cerradura fue echada. Ladeó el cuello para ver quién se atrevía a encerrarse con ella en la biblioteca.

Y ahí estaba él.

Ethan Digory.

El abogado a quien no pudo *pescar* en el salón de baile la había seguido hasta la biblioteca, había entrado y los había encerrado a ambos en el lugar. No sabía si gritar de enfado o si en verdad estaba entusiasmada.

¿A qué estaba jugando él?

Volvió a centrarse en el libro que acababa de colocar en el estante. Bien podría sacarlo y dejar que él viese el tipo de lectura que había caído en sus manos. ¿Se pondría hecho un basilisco y se marcharía indignado si la descubría con un ejemplar de Sade? ¿Conocería él los escritos de dicho marqués francés? Lo dudaba, pues un hombre tan serio y honorable como Digory seguramente no hubiese desafiado las normas en su vida. Pero ahí estaba, en una biblioteca encerrado con… ella.

—¿Va a seguir haciendo como que no estoy, señorita Pusset? —habló él al fin.

Los ojos de Morgan recorrieron la fila de libros junto al del marqués de Sade, se negaba a reconocer su presencia y le parecía más seguro no mirarlo. Él estaba impresionante. Demasiado apuesto. Pese a que ella no lo había encontrado un hombre terriblemente deseable, desde que él comenzó a huir lo había percibido irresistible. Era curioso el poder de la mente, pues cuando algo se le negaba a una persona, más lo deseaba. Oh, sí. Ella podía verse tranquila, pero en verdad estaba nerviosa, aunque no le daría a él el placer de hacérselo saber.

—Estoy esperando a que se dé cuenta de que se ha equivocado de estancia y abandone la biblioteca, Digory.

—¿Ya quiere que me marche? Después de perseguirme durante buena parte de la noche, habría jurado que se alegraría de que la hubiese seguido.

De acuerdo. Tras escuchar esa sencilla aseveración él ya tenía toda su atención. Morgan se ladeó por completo, por lo que su cuerpo estaba frente a Ethan Digory, aunque les separaba un buen trecho.

—¿Pretende avergonzarme, señor Digory?

—¿Por qué se avergonzaría, señorita Pusset? —contraatacó con otra pregunta.

—Porque no es correcto que una mujer persiga a un hombre, más cuando este ha dejado perfectamente claro cuáles son sus intereses con respecto a ella. Es poco cortés hablar del asunto. ¿No le parece?

—Cierto, pero ambos sabemos, señorita Pusset, que usted no es una mujer al uso.

—Al uso o no, señor Digory, sigo siendo una mujer —respondió con cautela.

Si era cierto que al inicio de la velada ella se había sentido poderosa, una cazadora, en esos momentos, el hombre que se erguía ante ella, seguro y firme, parecía ser un depredador. Uno muy peligroso dispuesto a zampársela.

¿Cuál era el motivo por el que se sentía tan… vulnerable, si él no había mostrado sus cartas aún? Ah, pero ella conocía a los hombres. Los conocía muy bien. Ethan Digory no era inmune a sus encantos, y no lo era, ya que si bien otro en su situación se habría acercado a ella hacía rato, él no lo hizo de inmediato porque aunque sí se sentía tentado no estaba seguro de querer hacer lo que deseaba. Morgan imaginó que finalmente la curiosidad venció a la razón de Ethan Digory.

—¿Por qué me perseguía? —preguntó el abogado con mayor rudeza de la que pretendió.

Morgan le sonrió.

—¿Cuál sería el motivo por el que una mujer perseguiría a un caballero, señor Digory? —La sutileza estaba del todo implícita.

—Dígalo —la desafió.

Por supuesto. Él pretendía que ella le dijese a viva voz lo que quería.

—¿Para que pueda avergonzarme? No, señor Digory, no lo haré —zanjó.

—No creo que un hombre, menos uno como yo, pueda lograr tal

hazaña.

—¿Qué hazaña? ¿Avergonzarme? —tanteó la dama.

—Esa misma.

—Pues ya ve que me ha quedado perfectamente claro que usted y yo no compartimos… los mismos intereses. Me ha estado evitando en el salón de baile y ha dejado patente su postura. Así que si quiere darse la vuelta y seguir su camino… —lo invitó a marcharse.

Morgan estaba quieta, pero todo su interior se sacudía con inquietud. Mantener la compostura era complicado.

Entonces lo vio darse la vuelta y caminar unos pasos hacia la puerta. Ahí supo que nunca podría suceder nada entre Ethan Digory y ella. Eran demasiado diferentes.

Él, un hombre de letras, un abogado importante, honesto, leal, cabal.

Ella, una mujer a la que la vida le había enseñado demasiadas cosas, únicamente protegida por Brendan, quien no se daría por vencido con ella nunca. Pero ahí finalizaba toda la protección que había tenido.

Ethan agarró el pomo, pero se detuvo ahí. No abrió la puerta. Sin darse la vuelta habló:

—¿Qué sucede con el señor Sallow? —se aventuró a preguntar.

—Nada —respondió con suavidad Morgan. Ella entendía lo que le estaba preguntando.

—No me pareció que fuese nada cuando estuvimos en casa del duque de Rothgar. También los vi a ambos en Hyde Park no hace demasiado.

Morgan cerró los ojos. Era consciente de lo que él podría imaginar que sucedía entre Brendan y ella.

—Si Brendan Sallow fuese para mí algo más que un guardián, señor Digory, yo no lo hubiese perseguido esta noche, ni tampoco estaría aquí y ahora con usted. Habría salido de esta habitación a la primera ocasión.

—Y sin embargo, Sallow la reclamó cuando estuvimos en casa de Rothgar y usted le prefirió frente a mí.

Lo que ocurrió allí, fue que hubo una pequeña pelea entre Digory y Sallow y ella se posicionó del lado de Brendan para aplacarlo. Morgan no lo olvidaría nunca. Se arrepintió de lo sucedido.

—Sallow ha comprendido cuáles son mis deseos —afirmó con seguridad.

—¿Y qué me garantiza que no volverá a cambiar de opinión? No me gusta ser el segundo plato, señorita Pusset, y mucho menos tolero

que se rían de mí.

—¿Se quedaría más tranquilo si le dijese que él es mi hermano? —No era mentira del todo. No compartían la misma sangre, pero sí que habían crecido como hermanos. Al fin y al cabo, se habían besado y aquello se sintió antinatural y sórdido.

Muy desagradable.

Fue en ese preciso instante cuando Morgan vio que Ethan Digory despegaba la mirada de la madera de la puerta a la que había estado observando hasta el momento y se centró en ella.

—¿Hermanos? —preguntó incrédulo.

—¿Tan increíble sería? Si lo piensa bien, estoy segura de que nunca lo habrá visto ponerse tierno o cariñoso conmigo, es más, se muestra tirano porque no quiere que nadie me haga sufrir. Usted se acercó a mí y él se comportó tal y como haría un hermano que considera que ningún hombre es lo suficientemente bueno para su hermana: me protegió.

Morgan vio en ese momento sonreír a Ethan Digory y consideró que él debería hacerlo más a menudo. Se veía jovial, despreocupado. Le sentaba muy bien. Tal vez sería mejor que no sonriese constantemente, porque alguna otra mujer podría… ¡Oh, cielos! ¡Estaba celosa!

—Entonces creo que vamos a tener un problema mayor, porque si cuando lo creía su amante ya era malo, saber que es su hermano… será aún peor. —Ethan ya se veía luchando contra ese gigante.

—Le aseguro que no.

Morgan lo observó soltar el pomo de la puerta, darse por completo la vuelta y comenzar a caminar hasta su posición.

Se quedó muy cerca de ella. Los ojos de él miraron sus labios, pero de inmediato abandonaron esa visión, como si él no quisiera tentar tanto a la suerte. Los ojos de uno estaban sobre los del otro.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué no usted? —rebatió ella con sutileza.

—No juegue conmigo, señorita Pusset. Los dos sabemos que una mujer como usted puede tener al hombre que desee con solo chasquear los dedos.

Ella le sonrió paciente. El cumplido era adorable, pero ella no deseaba a nadie más que a él. Y tampoco era tan mundana en la práctica como Digory se creía.

—Supongo que un hombre con su formación necesita las respuestas a todas las preguntas… De acuerdo. Usted es honorable, sensato e inteligente.

—No suenan como cualidades que se busquen en un amante.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—¿Desearía que alabase su apostura, sus anchos hombros, sus hermosos labios tal vez, señor Digory?

—Ni mis hombros son anchos, ni mis labios hermosos, señorita Pusset. Hay ejemplares a su alcance más… tentadores que yo para la idea que le ronda la cabeza. Así que no puedo evitar preguntarme si no esconde algo más.

Le sonrió coqueta.

—Tal vez solo desee corromperle, señor Digory. Despojarlo de esa honorabilidad que le rodea y comprobar si soy capaz de volver loco al más sensato de los hombres que he conocido. Y yo sí encuentro que tiene anchos hombros y que sus labios son hermosos.

—¿Soy un reto? —dijo irritado, echando a un lado el resto.

—Dejemos una cosa clara, señor Digory. Tanto usted como yo tenemos una edad más que suficiente como para no andar con pies de plomo cuando estemos juntos. Yo no soy una joven protegida que busca esposo, y usted no es un muchacho que no entiende de cuestiones carnales.

—Creo, señorita Morgan, que usted tiene mucha experiencia… coqueteando —apuntó con calma—, pero me temo que mi práctica en cuestiones de… coqueteo no es tan amplia como la suya. De hecho es nula —precisó sin vergüenza.

Ella frunció el ceño. ¿Le estaba diciendo que él no…?

—¿Señor Digory…? —comenzó a preguntar sin saber qué más añadir.

Él la miró con curiosidad.

—Ya ve, señorita Pusset, tal vez yo sí sea un muchacho que estuvo esperando demasiado tiempo a que llamase a su puerta la mujer indicada.

—¿Es uno de esos hombres idealistas que esperan el amor? —preguntó sin poder evitarlo.

—¿Qué habría de malo si así fuera?

—Para mis planes: todo, señor Digory. No creo en el amor. Ya no. —Se dio cuenta de que las últimas dos palabras no debió haberlas pronunciado en alto.

Él la miró con sorpresa y ahí supo que se había delatado.

—Ah, así que una vez sí creyó.

—Hace demasiado tiempo. Demasiado para recordarlo y no fue agradable para ninguno de los dos implicados.

—¿Me lo contaría, señorita Pusset? —indagó. Y ella juraría que

parecía muy interesado.

—¿Qué tal si le cuento otras cosas que encontrará más interesantes y que agradecerá saber de antemano?

—¿Por qué no? No puedo negar que toda usted me ha parecido desde el principio interesante.

—Lo mismo le digo.

—Aduladora… —bromeó con esa sonrisa traviesa en la boca.

—Llevo sola mucho tiempo, señor Digory. Le puedo asegurar, incluso se lo juraré con una Biblia en la mano, que es usted el primer hombre que llama mi atención en más de una década. De hecho, lo hizo la primera vez que lo vi… desnudo —añadió llena de picardía.

Él se quedó con la boca abierta.

—¿Ha dicho desnudo?

—¿De qué se sorprende? Le avisé de que iba a decirle un par de cosas interesantes.

—¿Me ha visto desnudo? —insistió.

—Y usted a mí, señor Digory.

—Creo que la recordaría, señorita Pusset. —Mentiría si no confesase que había fantaseado con ella, con verla sin una puntada de ropa, pero ¿verla en realidad…?

—Fue en casa de Rothgar.

—Tal vez lo soñase, señorita Pusset —alegó, complacido consigo mismo.

Ella supo que le había subido su ego.

—No fue la última vez que estuve en casa de Rothgar, es decir, cuando acompañé a mi querida Zelina para que conquistase al duque, sino un año antes.

—La atiendo. Explíquese.

—Yo me metí en una habitación pensando que era la mía, pero no, fue la suya y…

—¡Usted me atacó, me amenazó con una daga! ¡Me llamó cerdo libidinoso cuando lo único que hice fue entrar en mi alcoba! —saltó indignado—. Y encima me dejó desnudo en medio del pasillo, donde pasó una sirvienta y salió corriendo y dando voces. ¿Sabe las explicaciones que tuve que darle al duque de Rothgar cuando su doncella me acusó de…?

—Lo siento —dijo ella, interrumpiéndolo, pero él sabía que no estaba avergonzada en absoluto.

Ethan se tocó la frente. Aquel recuerdo estaba muy presente en su memoria, pero ocurrió todo tan rápido que no recordaba el rostro de la dama, solo que ella era una diosa.

—Bueno, no tiene caso pensar más en aquel incidente.

—Todavía hay más, señor Digory.

—¿Más? —preguntó inquieto.

—Sí. Creo que debo explicarle quién soy realmente, porque si ambos estamos pensando en involucrarnos en una… No sé ni cómo definirlo.

—Una aventura, señorita Pusset. Los amantes tienen aventuras y eso es lo que creo que ambos estamos valorando.

—Está bien. Considero que deberíamos ser francos entre nosotros, por eso le he confesado lo que ocurrió aquella vez en su habitación.

—¿Qué más debo saber, señorita Pusset?

—Yo soy la Duquesa Infame, aunque hay quien cree que debería ser llamada la Señorita Infame —apuntó sin pensarlo demasiado.

Lo mejor era ser honesta con él.

Lo vio abrir los ojos de par en par, para luego dar media vuelta y comenzar a pasear de un lado a otro mientras decía cosas que ella no podía entender.

¡Y él que la creía una mujer honesta!

¡Qué barbaridad!

¡Qué confesión!

Morgan decidió dejar que asimilase la información que le acababa de otorgar. No lo interrumpió y lo esperó pacientemente.

Al cabo de unos minutos, él se quedó quieto y regresó frente a ella. Lo observó levantar la mano derecha para tocarle el hoyuelo de la barbilla.

—Tuve que haberme dado cuenta antes —murmuró.

Morgan entendió que había hecho la conexión en ese momento.

—¿Supone un problema para usted que yo sea la Duquesa Infame? —indagó con cautela.

—Dígame una cosa.

—Le he confesado un secreto, aunque bien pensado, dejará de ser un secreto pronto, puesto que no pienso volver a ponerme la peluca y vestiré de verde y no de rojo, así que…

—¿No se disfrazará? ¿Se ha vuelto loca? —inquirió, al comprender las connotaciones de lo que ella acababa de explicar.

—No, en absoluto. Lo que sucede es que no quiero seguir ocultándome. No hago nada reprochable, no según mi propio código. Así que no tengo intención de esconderme más.

—No es usted espartana, señorita Pusset.

Le tocó a ella el turno de abrir los ojos por completo. Esa similitud fue lo más bonito que él había hecho por ella.

—¿Qué sabe usted sobre Esparta?

—Vamos, señorita Pusset, no me creerá tan ingenuo para no ser consciente de que todas las veces que hablaba en casa de Rothgar… Bueno, la segunda vez que nos encontramos allí, porque la primera no la vamos a contar. En fin, yo la escuchaba con atención, y comprendí que era una luchadora que además siente especial interés por las sociedades pasadas en las que la mujer era mucho más que un apéndice de su esposo. No era difícil imaginar que de haber podido elegir, habría deseado nacer en Esparta.

Y ahí la prueba más evidente de que ella se había fijado en un hombre que le había prestado mucha atención.

—Es curioso como en vez de avanzar, hemos retrocedido tanto. En muchas culturas, las mujeres tenían poder, pero aquí estamos, en Europa, la cuna del refinamiento que establece que las damas deben ser recatadas y que hay que mantener su pudor.

—No me dé una de sus charlas. Me quedó muy claro la clase de mujer que es y si la censurase no hubiera venido tras sus pasos.

—De acuerdo. ¿Entonces, qué es lo que vamos a hacer, señor Digory?

Él suspiró. No tenía la menor idea de cómo asimilar la información recibida. Se tocó la frente y luego la miró con el semblante serio.

—Tengo mucho en lo que pensar. Le daré una respuesta cuando lo decida.

Ethan Digory dejó de acariciarle el rostro, pues tras examinar su hoyuelo había seguido palpando, como si desease que sus dedos mantuviesen en la memoria su piel. Se dio media vuelta y salió de la biblioteca.

Morgan se quedó sola, compadeciéndose de sí misma. La primera vez que se declaraba a un hombre y le acababa de dar calabazas.

Oh, sí.

Ethan Digory era demasiado honorable para rechazarla, así que le había dicho que le daría una respuesta, pero ella ya sabía cuál sería dicha respuesta: una negativa.

Los hombres como Ethan Digory no se enredaban con mujeres sin reputación. Morgan Pusset era la Duquesa Infame, así que…

Capítulo 4

El Placer del Infierno

Ethan Digory no era un calavera. En realidad no sabría ni cómo actuar para parecer uno de ellos, pero había acudido a un lugar donde podría aprender algún que otro truco. Y eso era un club en el East End que en los últimos años se había puesto muy de moda entre la alta sociedad.

¿Cuál era el motivo por el que en esos instantes se encontraba en el Placer del Infierno?

Porque era tan estúpido que estaba valorando la posibilidad de aceptar la descabellada propuesta de la Señorita Infame. Sí, señorita, porque no le daría el trato que ella misma se había inventado.

Todo tenía un límite… y al parecer él iba a rebasarlos todos. ¿Cómo en nombre del Creador, un hombre como él, que no se había salido del camino más que una vez para luchar por una dama casada, que además no le correspondía, estaba barajando la posibilidad de enredarse con una mujer tan experimentada que…? La mente de Digory no supo cómo finalizar la pregunta.

Le gustaba Morgan Pusset. De hecho le había gustado desde la primera ocasión en la que la vio desnuda, pese a desconocer su identidad, aunque, por supuesto, cuando un hombre veía a una mujer en todo su esplendor era extraño que no se emocionase y comenzase a fantasear con casarse con ella. Más cuando el individuo era él, cuya suerte amorosa era un tremendo desastre.

La había conocido en casa de Rothgar, conversó con ella un año después, y le gustó todavía muchísimo más. Al fin entendía muchas cosas sobre ella, pues cuando le confesó que era la Duquesa Infame… ¡El maldito Rothgar seguro que estaba al tanto y no le informó de su verdadera identidad! Así pues, no le sorprendía que Morgan Pusset hubiese ayudado tanto a Zelina a conquistar a Rothgar el año pasado.

¿Quién era en verdad Morgan Pusset? ¿Una casamentera correcta o una mujer insensata que ayudaba a otras a pecar? ¡Qué pregunta tan

tonta se acababa de hacer! A ella le gustaba que la llamasen infame, así que quedaban pocas dudas sobre lo que en realidad hacía y era.

Y él estaba más loco que ella por haber ido al Placer del Infierno, el club que dirigía su medio hermano, un hombre al que todos llamaban Cook. Un hijo ilegítimo de su padre que supo labrarse su propio futuro.

Ethan admiraba a Cook, pues se había puesto al mando de un lugar que era muy lucrativo y era su esposa Helen quien lo ayudaba en la dirección, puesto que el socio principal, llamado Avery Sullivan, había dejado esa vida para dedicarse a su familia.

Si Cook había podido dictar sus propias reglas, Ethan también podría hacerlo. Años atrás, su esposa Helen fue la cantante del lugar en el que se encontraba y ella había elegido a sus compañeros de cama antes de aceptar a Cook, así que había esperanza.

Cierto que había deseado enamorarse de una dama recatada, una mujer sin mácula, la digna imagen de la corrección para un abogado de su posición, no obstante, sus amigos y conocidos —muchos de ellos clientes— tenían un lado oscuro, y él sospechaba que con una mujer corriente hubiese acabado aburrido, al igual que les hubiese sucedido a ellos. Así que tal vez, él mismo tuviese también un poco de oscuridad en su interior.

¡Maldita sea! Morgan Pusset lo tenía bailando al son de su meñique, ya que había ido a un lugar al que juró que no regresaría, dado que el Placer del Infierno le traía muy malos recuerdos, porque fue ahí cuando casi logró conquistar a la dama de la que había estado completamente enamorado hacía años.

Las mesas de juego estaban a rebosar, el canto de una magnífica soprano se oía desde su posición. Todo le recordaba a Liberty, a cuando camparon a sus anchas por el club mientras se divertían, y sin embargo nada era igual. Ella estaba casada y él se sentía tremendamente solo.

—No creí que volvería a verte por aquí, Ethan. —La voz de su medio hermano, el señor Cook, lo sacó de sus pensamientos.

—No creí que tendría que regresar.

Hubo un momento incómodo en el que ambos comenzaron a recordar el pasado. El mismo Cook había sido testigo del cortejo desesperado que empleó Ethan para tratar de conquistar a la actual condesa de Snow cuando la dama ya era de otro hombre.

Su correcto hermano desafió todas las reglas sociales cuando se subió a un escenario a cantar con la dama y acabó declarándose sin medir las consecuencias.

En honor a la verdad, a Cook le fascinó ver que el aburrido y metódico abogado tenía una parte pícara capaz de hacer tambalear los cimientos de la cordura. Aunque era también cierto que perdió su corazón cuando la dama se marchó corriendo por no poder corresponder a su amor.

—¿Hay una mujer involucrada? —tanteó su hermano.

—¿No la hay siempre? —inquirió con nerviosismo.

—Ah, muy interesante. Aquí es donde te despediste de tu antiguo amor y aquí es donde esperas encontrar al nuevo. —Cook le sonrió y le mostró todos los dientes—. Siempre he dicho que en mi club pasan las cosas más inesperadas.

—¿Era preciso que recordases el ridículo tan espantoso que hice cuando me declaré en tu escenario?

—¿Por qué no? Parece que lo has superado al fin. Han pasado… ¿Cuántos años?

—Va camino de los tres.

—Bueno, supongo que es una buena señal que no hayas contado los meses y los días… —Vio en ese momento que Ethan desplazaba la mirada hacia otro lugar. Se veía incómodo—. Ah, comprendo. En ese caso es bueno que no sepas el cómputo total de horas que han pasado…

—Era más de medianoche, así que con un sencillo cálculo podría darte esa información.

—De acuerdo. No, no lo has superado, pero aquí estás.

—En efecto, uno no olvida a una mujer con la que se vio casado y rodeado de un pequeño ejército de niños. Liberty Pharma es ese barco que perdí y que nunca más zarpará.

—Liberty Dreyer, condesa de Snow. —Cook usó el apellido y título que correspondía a la dama tras casarse.

—Como sea. No me la podré sacar de la mente nunca. Y este club abre la herida y le echa sal.

—No entiendo nada, Ethan. ¿Puedes explicarme por qué has venido exactamente? Entendí que podría haber una mujer… una nueva mujer —precisó— involucrada. Así que deduje que ya habrías podido sobreponerte, pero acabas de confirmar que sigues enam…

—No lo digas —lo frenó. Él ya no estaba enamorado de Liberty. Pasó hacía demasiado tiempo, y pese a que no podría librarse del recuerdo de la única mujer a la que había amado con todo su corazón, no quería pensar en que pudiese seguir enamorado. Solo era un dolor que no se calmaría nunca.

—Como quieras. Dime pues qué haces en el lugar que abre tu vieja

herida.

—Aprender.

Cook movió la cabeza afirmativamente para luego comenzar a negar.

—Sé más preciso porque no te sigo.

—¿No tienes nada mejor que hacer que estar aquí parado hablando conmigo?

—Siempre tengo un minuto para atender a mi hermano. Y después de haber hablado contigo, creo que necesitas mucha atención.

Ethan se movió hacia un lado más discreto y su hermano lo acompañó. Cuando llegaron hasta un espacio con mayor privacidad, el abogado miró a derecha e izquierda.

—Hay una mujer.

—Eso dijiste antes.

—Es una mujer… ella… —Se le atascaron las palabras en la boca.

—¿Sí? —lo animó Cook.

—No quiero ni una risita ni ninguna broma cuando te lo explique —lo amenazó.

—No osaría reírme de un tipo del que puedo echar mano cuando las fuerzas de la ley me molesten. Mucho menos si el caballero es de mi propia sangre. Habla y dispersa todo este enigma, Ethan.

—Se trata de una dama experimentada… muy experimentada —desveló, como si Cook debiese entender a lo que se refería.

Su hermano se armó de paciencia. Ethan era un lince en cuestiones de negocios, acuerdos matrimoniales, e incluso había hecho sus pinitos en la corte, pero cuando la cosa iba de mujeres… Ahí el abogado perdía todo su crédito.

—De acuerdo. Se trata de una mujer experimentada y eso significa que… —Movió la mano para animarlo a darle más detalles.

—Significa que no quiero hacer el ridículo con ella.

—Es la segunda vez que usas esa palabra en un corto periodo de tiempo. No eres ridículo ni lo haces, Ethan —se vio en la obligación de clarificar.

—No necesito que me subas el ego, solo que comprendas lo que demando.

—Pues únicamente he sido capaz de hacer lo primero, porque de lo segundo no entiendo nada. Nada en absoluto.

—¡No es tan difícil de comprender!

—Lo es, porque hablas con acertijos. Di de una maldita vez lo que necesitas para que pueda ayudarte, hermano.

—¡No tengo tanta experiencia como ella! —gritó más alto de lo que

pretendió.

Cook se quedó con el ceño fruncido ante su confesión. En cuanto las palabras tuvieron sentido en su cabeza, comenzó a sonreír y le guiñó un ojo.

—Estás aquí para sumergirte en los muslos de una mujer. ¡Eres un bribón!

—¡No! ¡Infierno, Cook! No quiero acostarme con otra mujer que no sea ella. Incluso no estoy seguro de si deseo meterme en la cama con la dama que quiere convertirme en su amante, solo es que…

—¿Has captado la atención de una mujer extremadamente experimentada? —Ethan afirmó con la cabeza—. ¿Tú? —Ethan gimió, pero volvió a afirmar de nuevo—. ¿Y cómo lo has hecho si eres todo un soberano mojigato que…?

—¿Has acabado ya?

—No lo había hecho, pero me has interrumpido.

—¡Porque solo dices estupideces! —se quejó el abogado.

—No entiendo nada de lo que dices. Es definitivo —alegó con desesperación Cook.

—Necesito tener más experiencia pero sin estar en la cama con otra dama. ¿Lo entiendes ahora?

—Más o menos —dijo con sinceridad su hermano, sin estar demasiado seguro de si quería conocer mejor la historia.

—¿Qué hago pues?

—Puedes ir a la zona más picante del club y observar lo que allí se hace.

—Eso ya lo hice en su momento. No me hace falta volver a ver escenas lujuriosas.

—Ah. —Cook no sabía qué más añadir.

—Dime más cosas.

—¿Como qué?

—¡No lo sé! Tú eres el que dirige un antro de pecado.

—Bueno, para aprender a fornicar, hermano, lo suyo es fornicar… —Cook se quedó un momento parado y examinó al hombre que tenía enfrente con atención—. Ethan, ¿tú no has estado con una mujer en…?

—No digas más tonterías —lo frenó—. He estado con muchas.

—Ah. Yo creo que eso te da la suficiente experiencia para deslumbrar a la dama que te pretende.

—No, porque no he estado con ninguna en la cama.

—Mierda… —susurró Cook por lo bajo, no creyéndose lo que acababa de escuchar.

—¡Gracias por tu apoyo! —ironizó Ethan.

—Disculpa, es que… —Abrió los ojos como platos para mostrar su incredulidad—. ¿De verdad que no has estado…?

—¡No! —volvió a cortar la pregunta que sabía que iba a hacerle su hermano.

—Pero es que no logro imaginar que no hayas…

—¡Esto es una pérdida de tiempo! —saltó con irritación Ethan—. En vez de ayudarme me estás juzgando.

—Nada de eso. Solo sucede que me has sorprendido. —Cook chasqueó la lengua—. Aunque ciertamente me lo tenía que haber esperado. Eres tan malditamente pulcro, sensato, comedido y santo que…

—¡No soy un santo! —exclamó enfadado—. Estoy planeando acostarme con una mujer sin que medie entre ambos el matrimonio.

—¡Qué escándalo, Ethan! —se mofó de él.

—Lo sé —reconoció el aludido, quien no comprendió la broma que su hermano acababa de hacerle.

Cook rodó los ojos y carraspeó.

—Bien. Puesto que has estado en mi club antes, conoces ya la teoría de cómo se enredan un hombre y una mujer. Solo te falta conocer la práctica, y lamento decirte que eso solo se adquiere de una manera.

—¿Cómo? —preguntó con inocencia.

—Acostándote con una mujer.

—¡No quiero acostarme con otra! Ya te lo he dicho, incluso no sé si seré capaz de hacerlo con la que deseo —reconoció en confianza.

Cook no se inmutó. Si bien se había mostrado escéptico sobre la falta de experiencia de su hermano en asuntos íntimos, en esos momentos se daba cuenta de que Ethan Digory era un santurrón correcto e incorruptible. Esa dama que había coqueteado con él no lo conocía en absoluto, porque se estaba dando cuenta de que su hermano solo se encamaría con una mujer de la que estuviese plenamente enamorado y con la que se plantease celebrar una boda. Así que la dama que había elegido a Ethan Digory se había equivocado de candidato.

El señor Cook valoró sus opciones. No tenía demasiadas a su alcance, pero se le iluminó el rostro.

—Es tu día de suerte, hermanito —canturreó socarrón.

—¿Lo es? —preguntó con cierta expectación Ethan.

—Sí, y no te imaginas lo raro que es. Casi diría que es cosa del destino, porque tengo en mi club a la mujer que puede ayudarte con tu problema.

—¿A quién? ¿De quién se trata?

—Te doy mi palabra de que ella es la solución, porque tiene fama de ayudar a mujeres que no han conocido la pasión, así que supongo que podrá hacer una excepción contigo aunque no seas del género al que acostumbra a atender. —Cook observó que su hermano se llevaba una mano a la frente y que bajaba la mirada con mayor enfado del que había mostrado. No comprendía el gesto, y decidió seguir exponiendo su teoría—: Es una dama a la que la sociedad conoce como… —En esa parte, Cook vio a Ethan mirarlo a los ojos.

—La Señorita Infame —terminó el abogado por su hermano.

—No. Se hace llamar Duquesa Infame —lo corrigió.

—Yo la llamo la Señorita Infame.

—¿La conoces?

—Un poco —murmuró—. ¿Dices que ella está aquí ahora mismo? —preguntó agitado. Algo dentro de él se había tornado… No sabría definir cómo se sentía, pero no estaba calmado.

—Eso es. Ha venido acompañada por su guardián y su secretaria. —Así era como había presentado a la otra dama que portaba una máscara sobre su rostro.

—¿Buscando a alguien en particular? —siguió Ethan con el interrogatorio.

—Lo cierto es que sí.

—¿Un caballero? —preguntó con la ansiedad creciendo en su ser.

—Y no uno cualquiera, uno realmente experimentado.

—¡Nómbralo! —El gruñido hizo que Cook saltase un paso hacia atrás.

—¿Estás bien? ¿Qué es lo que te pasa? Te digo que hay una mujer que puede echarte una mano con tu problema y… ¿gruñes?

—Eso parece —refunfuñó—. Dime tras quién va la Señorita Infame.

—Es Duquesa Infame, creí habértelo dicho. Me consta que transitas mucho entre la alta sociedad, y parece que no sabes nada de sus cotilleos.

—Sí, bueno, ¿me dices de una vez el nombre o te doy un puñetazo?

Cook silbó. No había visto a su hermano comportarse como un energúmeno jamás.

—No te reconozco, Ethan, pero me gusta ver esa nueva faceta que me muestras. No pareces tan santurrón. Te favorece muchísimo. —El aludido levantó un puño en alto y Cook alzó ambas manos en señal de rendición—. Se trata del vizconde Terring.

—Maldita sea esa mujer y maldito sea él —juró por lo bajo—. ¿Dónde está ella? —La pregunta salió como un nuevo gruñido. Cook

se limitó a extender el brazo para señalar el lugar donde figuraba la conocida Duquesa Infame—. Gracias. —Y con eso Ethan dejó a su hermano sin saber qué diantres había sucedido.

***

Una mujer que sabía lo que quería y otra que estaba dispuesta a todo para conseguirlo eran dos cosas muy diferentes.

A Morgan Pusset le pareció oportuno mostrarle un retal de lo que era la carnalidad entre un hombre y una mujer a Tabitha Edevane.

Para conquistar a un libertino lo mejor era estar preparada, y la señorita Pusset decidió convertirse en la tutora de Tabitha para que supiera actuar bien en su papel como seductora.

Con lo que no contaba cuando entró en el Placer del Infierno fue con toparse con Ethan Digory allí dentro.

Lo había visto nada más él ingresó en el club. Su porte, su rostro serio… Iba vestido en tonos negros, grises y blancos, se veía simplemente perfecto.

Y Morgan estaba celosa. Muy celosa. Porque él la había rehusado como su amante. Ella suspiró mientras lo miraba desde el otro lado de la sala principal del club. Era natural que un hombre con su educación, convicciones y trayectoria no desease tener nada que ver con una mujer como ella, quien además había desvelado su verdadera identidad. Los periódicos del día daban buena cuenta de que la señorita Morgan Pusset era en realidad la Duquesa Infame. Ella misma se había acercado a un periodista para contar su propia historia durante el último baile al que acudió.

Debería ir en busca de Ethan Digory, pedirle disculpas por los inconvenientes que le hubiese causado y cerrar su relación de modo cordial.

No era que ella desease acercarse al señor Digory bajo cualquier pretexto… ¡No lo era!

Bueno sí. Ese hombre con tanta seriedad, tan cautivador, tan honesto, tan… ¡Dios, cómo le gustaba! Lo adoraba y él estaba allí para buscar a otra mujer. Una que no sería ella. Y la besaría. Y la abrazaría. Y…

—Para ya. Él no es para ti —farfulló con enfado.

—Pero tú me ayudarás a mejorar —le dijo la mujer que tenía a su lado.

Los ojos de Morgan abandonaron a Ethan Digory y se concentró en Tabitha Edevane.

—Lo siento, no te lo decía a ti.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo que…?

—La señorita Pusset tiene sus propios… demonios —intervino Greyson Amery.

Al señor Amery le había tocado ser la niñera de ambas y lo último que se le pasó por la cabeza cuando Brendan lo propuso para el puesto, fue encontrarse en el club con el hombre por el que suspiraba Morgan. Sabía que era medio hermano del regente del Infierno —así solían llamar al club para abreviar— pero también era consciente de que Digory hacía años que no frecuentaba el lugar. Fue lo primero que les preguntó a los hombres que se ocupaban del orden en el club. Buenos hombres con los que Greyson tenía mucha amistad, por lo que no fue difícil averiguar lo de Digory. Brendan Sallow tuvo el buen juicio de informarle de las intenciones de Morgan sobre el abogado, cosa que él mismo había dilucidado, pues estaba más claro que el agua que a su patrona le agradaba, y mucho, el sujeto en cuestión. ¿Así iba a ser su vida? ¿Preocupándose por si Morgan decidiese hacer una tontería como seducir a Digory?

Algo muy malo debió haber hecho Greyson en otra vida para tocarle vigilar a una mujer que de la noche a la mañana se ponía a jugar al gato y al ratón con un caballero que era peligroso. No peligroso del modo que lo era Terring, pues un libertino era oscuro por su condición de pícaro. Lo de Digory era mucho peor, porque su decencia extrema no casaba con el modo en el que Morgan, Brendan y él mismo concebían la vida.

Los tres eran temerarios, nacidos y criados en los barrios bajos de Londres, donde la supervivencia era la única regla que se debía seguir.

Morgan e Ethan eran tan opuestos que la balanza no conseguiría equilibrarse jamás, pues no podía pesarse el uno junto al otro porque eran demasiado diferentes como para lograr medirse con una misma unidad. Ella era oro y él era… era… era otra cosa completamente enfrentada. No sabía el qué, pero algo que no tenía nada que ver con Morgan.

—No seas obtuso, Greyson. Él no es un demonio.

—¿Quién? ¿Terring? —Tabitha se encontraba en desventaja porque no sabía qué estaban debatiendo sus acompañantes.

—No es ningún ángel —saltó Greyson, intuyendo que Morgan estaba pensando en Ethan Digory.

—¿Me podéis atender? —intervino Tabitha—. Me siento fuera de lugar.

—Lo siento —se disculpó Morgan—. No eres la única que sueña con

un hombre —confesó sin darse cuenta.

—¿Estás enamorada? —preguntó Tabitha con la boca abierta.

—Por supuesto que no. ¡Qué horror! Eso sería una contrariedad.

—¿No lo estás? —inquirió Greyson con una ceja sardónica.

—Eres obtuso y algo más feo que no recitaré, señor Amery. —Lo trató con formalidad para que él entendiese que estaba disgustada debido a su observación—. No, no estoy enamorada. Solo tengo curiosidad, como la señorita Edevane.

—¡Cielos, ahí está Terring! Tengo que hablar con él —dijo Tabitha sin dar más opción, porque salió a toda carrera tras el vizconde.

Morgan chasqueó la lengua.

Amery maldijo.

—Te recalqué que no estaba preparada para venir a verlo. Debe aprender a seducirlo, e ir tras los pasos de un caballero es contraproducente —la sermoneó Greyson.

—¿Puedes ocuparte de ella?

—¿Y dejarte sola? Creo que no.

—Estaré bien.

—Si lo que deseas es deshacerte de mí para que puedas hablar con tu abogado…

—No es mi abogado —lo cortó.

—Tu amante, entonces.

—Eso lo es todavía menos que lo primero que has dicho.

El tono con el que ella habló hizo que Greyson se tensase como la cuerda de un arpa.

—¿Te ha despreciado? —preguntó iracundo.

—Ve a por Tabitha, por favor. Tengo que aclarar un asunto importante con el señor Digory y creo que no encontraré mejor momento que este. Os buscaré enseguida.

—Ni hablar. No te dejaré desprotegida.

—Te lo pido como un favor personal, Greyson.

—Y yo te lo niego como una acción imposible de realizar. Eres mi responsabilidad.

—Tengo mi daga y aquí nadie se atrevería a ponerme una mano encima. Los caballeros me han reconocido, saben que el matrimonio es mi trabajo, pese a que haya antes seducción. Y dudo que los que están aquí deseen acabar encadenados tan pronto. Estaré bien. Tabitha te necesita más que yo y sabes que quiero hablar con él.

Greyson se quedó mirando a Morgan durante un momento.

—Estoy cansado de que hagas mi cometido tan complicado. Si algo te sucede, el que te matará seré yo, Morgan. Recuerda mis palabras.

Ella le sonrió.

—Gracias.

—No tardes, porque Tabitha Edevane podría acabar poniéndose a los pies de Terring.

—Un momento es todo lo que necesito.

—Viene hacia aquí y no parece contento, Morgan. —Greyson dudó sobre si debería dejarlos a solas.

—Lo sé. Ahora ve a por Tabitha antes de que haga algo irreparable para deslumbrar a su enamorado.

Le dio un pequeño empujón para hacerlo reaccionar y que la dejase hablar con Ethan.

—No hagas tú tampoco ninguna tontería —la avisó antes de irse refunfuñando.

—Él no me permite hacerla —susurró, cuando estuvo segura de que su protector no la escucharía, pues Ethan Digory no la quería, ni la deseaba tampoco.

Un minuto después, el abogado estaba frente a ella. Morgan se percató de que Digory había llegado muy seguro de sí mismo, pero a la hora de hablar parecía indeciso. Se compadeció de él y rompió el hielo la primera:

—Señor Digory, es un placer verle.

—Señorita… —No supo cómo seguir—. ¿Cómo debo dirigirme a usted? Los periódicos han dado buena cuenta de esa identidad que hasta el momento había sido secreta.

—¿Infame? —sugirió con media sonrisa.

—Pusset. Es usted la señorita Pusset —dijo. Morgan notó que a él no le gustaba en absoluto que ella fuese la Duquesa Infame.

—Como desee —estuvo de acuerdo. Se hizo un silencio que Morgan encontró del todo incómodo. Lo tenía delante, mirándola a los ojos, como si estuviese debatiéndose consigo mismo para decir o hacer algo, pero no daba el paso—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted, señor Digory?

—Tiene poca paciencia, señorita Pusset.

—¿Disculpe?

—Aunque no debería sorprenderme. Sé que es usted una mujer acostumbrada a salirse con la suya e imagino que cuando propone una… inmoralidad —le pareció adecuada la palabra— no deja tiempo para que el receptor de su plan sopese debidamente las consecuencias.

—¿Cómo dice? —Morgan se había perdido algo. Él estaba muy enfadado, y ella no entendía el motivo. Eso y que no lograba darle sentido a las palabras que él le espetaba con cierta rabia.

—¿Tiene una lista? —siguió él presionando.

—¿Una lista para qué?

—De los caballeros a los que ha seleccionado para que la adulen en la cama. Ya sabe, hace una oferta y si no es respondida de inmediato pasa al siguiente candidato. ¿En qué posición iba yo? Delante de Terring, eso es seguro —se respondió a sí mismo.

Morgan levantó la mano y lo abofeteó sin pensárselo. El insulto estaba más que claro. Una cosa era que una mujer, que no tenía derecho a nada, ni a tomar en sus manos su propia pasión, diese un paso adelante para hacerle una oferta pecaminosa a un caballero de su agrado, pero otra muy diferente era que él se tomase la libertad de insultarla con esas suposiciones tan desagradables.

¿Una lista? ¿De verdad ese hombre honorable y caballeroso acababa de insinuar que ella era una… una…? ¿Una qué? ¿Una devoradora de hombres o algo por el estilo? Más de una década sin mirar a nadie con fines carnales, sin permitirse el capricho de soñar y precisamente se ponía en su camino el único que la había hecho anhelar, y cuando le descubría sus sentimientos, el modo en el que la hacía sentir, ¿esta era la recompensa que recibía por lanzarse de cabeza al mar?

¡Injusto!

Morgan levantó el mentón. La marca roja de la palma de su mano era más que visible en la mejilla izquierda de Ethan Digory.

—Ha dejado muy claro su punto, señor Digory. Solo me queda pedirle disculpas por haberle escandalizado con mi petición… ilícita y aunque también sería conveniente disculparme por mi arrebato —dijo en alusión a la sonora bofetada que le acababa de dar—, no lo haré. Se merecía que lo pusiera en su lugar.

El siguiente paso que dio Morgan fue a la derecha, para rodear a Ethan Digory y seguir con su camino. Justo estaba haciendo eso mismo, cuando una mano la agarró por el brazo.

Bajó la mirada hacia el lugar donde él la había agarrado y apretó los dientes. ¡La osadía de ese hombre no tenía límites! ¡Y ella que lo había juzgado tranquilo, sensato y extremadamente sereno…! ¡No pudo estar más equivocada!

—Bueno, bueno, bueno… —habló una voz masculina junto a ellos. Era el señor Cook. La vista de Morgan y de Ethan se posó en el recién llegado—. Creo que hemos causado bastante… espectáculo por el momento, señor, señorita. ¿Por qué no tratan sus asuntos en un ambiente más privado?

La mirada de Morgan recorrió el lugar en el que se encontraban.

Había estado tan concentrada en la ofensa del abogado que no se dio cuenta de que tanto Ethan como ella habían suscitado el interés de buena parte de los otros invitados del club.

A su alrededor se había formado un corrillo que se apreciaba muy curioso.

—Lo siento mucho, señor Cook —se disculpó Morgan.

—Yo no —apuntó Ethan.

La mirada de la Duquesa Infame se posó en la del abogado. Él parecía muy concentrado en ella, tanto que ni había echado un vistazo para observar el revuelo que habían causado.

—Ethan… —susurró Cook, al ver que su hermano seguía sin soltar la mano de Morgan.

El mayor temor de ella era que Greyson viese la estampa, porque era tan protector como Brendan y podría formarse una gran pelea.

—Suélteme, señor Digory —exigió Morgan.

—No. No hemos terminado de aclarar nuestros puntos de vista —la avisó.

—Yo creo que sí. Me quedó muy claro su punto el otro día cuando me rechazó. —Oh, la humillación era terrible, pero mejor eso que el hecho de que Greyson apareciese de la nada para atizar a Digory. Morgan necesitaba salir de esa situación rauda—. Y por si hubo algún resquicio de duda al respecto, acaba de expresar la opinión que le merezco.

Morgan se irguió todavía más. Él seguía inmóvil, sin despegar los ojos color caramelo de los de ella. Morgan tragó saliva. Si alguna vez había creído que Ethan Digory era un hombre blando, o manejable, estaba cristalino que cuando quería salirse con la suya demostraba una naturaleza dominante y posesiva. Sí, posesiva, porque su agarre en el brazo no era para nada suave.

¡Ja! Los hombres que parecían dóciles eran más peligrosos que los que ladraban sin ton ni son. Ella misma lo estaba descubriendo en ese preciso instante.

—Usaremos tu despacho, Cook. Definitivamente, la señorita Pusset y yo tenemos algunos puntos que discutir.

Ethan no esperó respuesta, sin soltarla, se la llevó de allí a rastras.

A Morgan Pusset nadie solía decirle qué debía hacer o cómo tenía que comportarse, pero decidió callar y tragarse su temperamento por el bien de la paz del club. Causar un escándalo mayor que el que habían protagonizado su captor y ella solo haría que Greyson Amery asomase su nariz y entonces sí se armaría un gran estropicio.

La llevó por varios pasillos hasta que encontró el que debía de ser

el despacho del señor Cook. Él abrió la puerta y la obligó a entrar. Una vez en el interior, el hombre cerró la puerta con llave.

Morgan vio una mesa en el centro y un par de sillas. Examinó la superficie de la madera en busca de algo contundente para poder arrojárselo a la cabeza.

Desechó la idea.

Eso haría que ella tuviese que dar más explicaciones sobre los motivos que la llevaron a agredir a Digory y él podría acabar muerto a manos de Greyson o de Brendan, en función de quién se enterase primero de lo ocurrido.

Se giró para enfrentarlo. Pero antes de poder armar una frase coherente que mostrase su enfado, ella estuvo pegada contra la pared más próxima, con el torso de Digory manteniéndola en su lugar.

—¿Ha perdido la cordura, señor Digory? —alcanzó a preguntar, mientras se sentía cautiva, mareada, vulnerable y absolutamente desprotegida.

—No la rechacé en ningún momento, señorita Pusset. Mis deseos y afectos quedaron en evidencia cuando en casa de Rothgar estuve decidido a enfrentarme al maldito Sallow a golpe de puño. No puede presentarse ante mí; sabiendo el efecto que me causó cuando compartimos esos días en casa del duque el año pasado; ofrecerme un puesto en su cama, y pasar al siguiente de su lista sin haber obtenido mi respuesta. No seré un espartano de esos sobre los que tanto le gusta debatir, pero sí soy un hombre con sangre en las venas. Cuando me provocan, reacciono, y eso es lo que ha logrado. Debería tener más cuidado con sus acciones y peticiones. Ahora sé la clase de mujer que es y no tengo ningún motivo para andarme con remilgos.

Lejos de mostrarse asustada, ella levantó el mentón para desafiarlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué clase de mujer soy? ¿Uhm? —Si él se atrevía a insultarla, le daría buena cuenta de la dureza de su rodilla. Oh, sí, Morgan no necesitaría la intervención de Greyson o de Brendan para asesinarlo después de todo.

—Una que me vuelve loco —confesó, para después bajar la boca y tomar sus labios entre los suyos.

Ethan abrió bien los brazos para envolverla por completo. Notó la resistencia de ella durante un breve segundo, incluso la sintió retroceder pese a que no tenía lugar en el que esconderse. La dura pared y su fuerte torso no le permitían la retirada. Él no le permitiría escapar.

Lo que vino a continuación fue extraño para Morgan. Quería besarlo, pero a la vez volver a abofetearlo por jugar con ella de ese

modo malévolo. Entonces sus peores temores, los celos que había sentido al verlo en un club tan lleno de preciosas mujeres, recordar el pasado, cuando otro hombre la rodeó y reclamó para poseerla… Morgan no pudo con todos los sentimientos tan dispares que azotaron su interior. Demasiado tiempo reprimiendo su deseo, sus recuerdos, sus anhelos, sus intenciones… Estaba abrumada. Tanto que las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Morgan sollozó e Ethan se tragó su grito cuando le metió la lengua en la boca para saborearla a placer. No era justo que de entre todos los momentos, entre todos los hombres que había a su alrededor, tuviese que descomponerse en ese instante. Frente a él. Ante Ethan Digory, quien seguía besándola, robándole el aliento, forzándola a responder, obligándola a no quedarse nada para sí misma, apremiándola a mostrarle toda esa pasión que había estado oculta en su interior.

Era superior a sus fuerzas. Era incapaz de poder resistirse. Morgan cerró los ojos por fin y se dejó llevar por el reclamo que él estaba llevando a cabo. Decidió disfrutar del momento, pues entendía que Ethan Digory acababa de doblegarse también a sus propios deseos. Toda la reticencia que ella sabía que él había estado manteniendo sobre la idoneidad de establecer una relación, de darle un beso, salió por la ventana.

Morgan cedió encantada. Pues él era Ethan, un hombre honorable, confiable, atento, amable, uno que sabía que deseaba con todas sus fuerzas, a quien había estado esperando durante más de una década.

¡Oh, Dios! Durante esos días pasados, después de haberle declarado sus intenciones, lo que pretendía de él, no pudo dejar de pensar en él, imaginando sin parar cómo sería ser besada, acariciada, poseída por él.

Morgan Pusset no sería capaz de resistirse a Ethan Digory nunca. De alguna manera se había convertido en mucho más que en un posible amante. Primero fue su amigo, un caballero al que admiraba, y el resto ya estaba hecho. Lo que sentía por él realmente no era posible que lo expresase con palabras, solo sabía que Ethan se había incrustado en su mente, en su propia carne, una piel que deseaba ser tocada, lamida, mimada por ese hombre delicioso que la besaba con tanto deleite.

Tan hermoso… Tan seductor, tan primitivo, tan cariñoso… Llevaba tanto esperando su llegada que le parecía un sueño.

Morgan levantó los brazos y los enlazó sobre su cuello. Flotaba en una nube, pero sus rodillas flaqueaban con cada toque de lengua de él

en la suya.

—Señorita Pusset, no deberíamos hacer esto —dijo de modo entrecortado, pero sin apartarse de su boca, pues la frase fue susurrada sobre los labios de Morgan.

Ella sonrió por su corrección. Acababan de tener un momento muy íntimo y él, tan correcto como siempre, la seguía tratando con suma etiqueta y le instaba a detenerlo.

—¿Por qué parar cuando esto se siente tan bien, señor Digory? —Le correspondió al tratarlo también con formalidad. Le agradaba que él fuese su señor Digory. Su formal señor Digory.

Lo vio separarse por completo de ella. Una mueca de dolor cruzó el rostro de Ethan. Una sensación fea, amarga, la recorrió de súbito. Él iba a dejarla a un lado, a escapar de sus garras porque al fin la corrección y la sensatez habían regresado a la mente del abogado. Morgan lo sabía. Lo supo en cuanto él dio un paso atrás sin delicadeza y apartó la mirada de la de ella.

No lo dejaría ir con facilidad. No podía hacerlo. No después de probar lo dulces y apasionados que eran los besos de ese hombre. No se daría por vencida sin luchar.

Morgan se abalanzó sobre él porque una mujer también tenía derecho a reclamar lo que deseaba. Por más que la sociedad pusiera trabas a todo lo que una fémina hacía y decía, ella se había ganado el derecho a ser diferente, a pelear por lo que la vida le debía. Ethan Digory era lo que más deseaba en el mundo entero.

—No lo haga, señorita Pusset. No siga —solicitó.

Morgan detectó en su voz áspera y dura un resquicio de agonía. Una duda más que razonable sobre lo que demandaba y lo que en realidad deseaba. Y podría tenerlo, podría ser suyo en ese momento si insistía un poco.

Morgan enmarcó el rostro de Ethan en sus manos y lo besó de nuevo, con los labios abiertos, preparada para lamer la lengua masculina. Lo ansiaba. Necesitaba sentirse amada, deseada, querida… Lo precisaba tanto como el aire para respirar.

Ethan gimió sobre sus labios, inclinó la cabeza con el fin de tener un mejor acceso a la boca de Morgan. Y vaya si poseyó todo lo que ella le ofrecía. La devoró. La degustó tanto como ella a él.

Una unión perfecta. Unos besos pletóricos. Únicos. Crudos. Llenos de promesas.

—Morgan —susurró Ethan lleno de desesperación, mientras sus dedos recorrían las mejillas de la mujer que se deshacía entre sus brazos—. Morgan, no —repitió más enérgico al tiempo que retiraba su

rostro para huir de la tentación que suponían los labios femeninos.

Su nombre por fin siendo usado, dicho acorde con la situación que vivían. A ella le sonó a gloria. Incluso con la negativa resonando en sus oídos, le encantó escucharlo llamarla por su nombre.

—¿Por qué no? —murmuró ella, para a continuación morder sus labios y acariciar su mandíbula—. Te necesito ahora. Me necesitas ahora. Estamos aquí juntos y nada nos lo impide.

Ethan apoyó su frente sobre la de ella y cerró los ojos.

—Te deseo muchísimo, pero esto no está bien. No puede ser.

—Somos solo un hombre y una mujer rindiéndose a sus deseos. No se trata del bien o del mal, Ethan. Esto es natural —musitó con suavidad.

—No soy el hombre que necesitas.

—Eres el que deseo —dijo a cambio.

—No puedo. No puedo hacerlo… —repitió con tristeza, esa vez con los ojos bien abiertos. Todavía tenía la frente sobre la de Morgan.

—Yo podría hacerlo por los dos… —se atrevió a sugerir, creyendo que él se podría sentir inseguro, dado que le confesó que tenía poca experiencia.

—Quizás sí, pero no lo deseo de esta manera. No quiero que me utilices. No de este modo. Valgo más que eso. Y desde luego yo no puedo sencillamente poseer tu cuerpo porque te mereces mucho más que eso. Soy mejor que un libertino que se rinde a sus más bajas pasiones.

Morgan sintió un filo clavarse en su alma. Un golpe hubiese dolido menos que la reflexión de él.

—¿Te denigran mis deseos? ¿Te ofende mi necesidad? ¿Es eso? —preguntó, esa vez soltándolo y tratando de apartarse de él.

Ethan se lo permitió apenas. La dejó retroceder, pero no le consintió salir de su abrazo.

—Esta noche he creído que habías pasado página. Me volví celoso y posesivo al creer que andabas tras los pasos de Terring. Mi intuición falló, porque me hizo pensar en que otro ocuparía el lugar que me habías ofrecido. Me volví loco. Tus besos y tu entrega confirman mi error, y pese al deseo que despiertas en mí, no soy el hombre que necesitas —insistió—. No iré más lejos contigo, porque no soy capaz de entregar solo una parte de mí cuando amo a una mujer.

—Consideré que tu modo de salir de la biblioteca de la duquesa de Darkworth fue una negativa.

—No, no lo fue.

—No, ya lo veo, y no obstante me rechazas ahora.

Ethan le sonrió.

—Yo no estoy preparado para ofrecer lo que demandas, y tú no estás lista para darme lo que yo pediría a cambio.

—Hablas con acertijos. Eres un excelente abogado, estoy segura.

Morgan trató de separarse de él. Ethan la rodeó con los brazos. La acercó contra su pecho, lugar en el que su cabeza se quedó recostada. Fue tan rápido que ella no lo vio venir. No luchó contra la acción.

Pese a ser un gesto duro, impulsivo, Morgan lo percibió protector y dulce. Y la decepción por la pérdida que estaba experimentando la hizo avivar su desesperación. ¿Por qué le ofrecía consuelo si al fin y al cabo la estaba despreciando?

La mujer reaccionó como lo haría una víctima frente a un ataque. Trató de retroceder, y como él no la soltaba, intentó golpearlo para que la dejase libre. Ethan respondió abrazándola todavía más fuerte y ofreciéndole murmullos destinados a tranquilizarla.

Oh, pero Morgan no solo sentía el rechazo del momento, ya que recordaba la pérdida de otro hombre al que abandonó tiempo atrás.

Sola. Triste. Sin esperanza ni futuro. Sin merecer saborear de nuevo la lujuria, la bruma del deseo.

Sin amor.

Sola.

Muy sola.

El dolor siguió saliendo de su ser, ardiente y desesperado. Agrio y atroz. No se había permitido ser débil porque ella era una mujer que se adaptaba, que usaba las flaquezas para erguirse más fuerte y segura.

Ethan Digory había derribado todas sus defensas con su rechazo, con esa forma tan cálida de consolarla.

—Eres una mujer increíble. Hermosa, valiente y fantástica —le dijo cerca del oído.

—No deberías consolarme después de romperme en mil pedazos. Tampoco deberías verme en este estado —expuso con suavidad, sin gritar.

Se sentía tan vulnerable, tan vacía, nada sofisticada. Además, físicamente debía de verse horrible.

—A veces es necesario romperse para poder sobreponerse. Tengo la suerte de haberte visto así, sin tu máscara, esa que llevas pese a que has decidido prescindir de la peluca y los demás adornos. He conseguido verte en verdad, Morgan Pusset. Te he sentido, he percibido tu verdadera esencia. Hemos compartido una intimidad única, nuestra, solo nuestra, una conexión que va más allá del sexo.

—Me rechazas. Me persigues, me besas, pero me rechazas. No ha habido nada de lo que dices —respondió con enfado.

Él le sonrió.

—No estás preparada.

Ella lo miró atónita. ¿A qué se refería? No importaba. No quería saberlo.

—Si hemos acabado ya, mi guardián se estará preguntando dónde estoy.

Ethan no perdió la sonrisa.

—He visto contigo a un caballero que no es Sallow. Tienes más protectores que una reina, por suerte este es nuevo y, dado que no me conoce, no querrá partirme en dos.

Ella estaba demasiado cansada para explicarle lo equivocado que estaba. Colocó una mano sobre su torso y lo separó con suavidad. Ethan se retiró de su abrazo, pero antes de dejarla ir por completo le dio un ligero beso en los labios.

Morgan no supo cómo interpretar lo que acababa de ocurrir. Bueno. Ni lo de ese pequeño beso ni todo lo demás. Él le mostraba señales contradictorias que ella era incapaz de comprender.

¿Se estaría burlando de ella?

¿Algún tipo de venganza?

No. Se trataba de Ethan Digory. Un hombre con sus convicciones no haría algo tan vil.

De acuerdo, poco importaba el juego al que él pretendía jugar. Le había dejado más que clara su postura. Tendría que olvidarse de él.

La dama procedió a dar un paso a la izquierda para rodearlo y salir de allí. Respiró al ver que él no la seguía por el despacho de Cook. Echó a un lado la decepción por esa nula persecución y usó la llave para desbloquear la puerta. Antes de salir, lo escuchó:

—¿Señorita Pusset? —Ella se giró para mirarlo, pese a que sabía que no debería haberlo hecho, lo hizo—. Esto no ha terminado todavía.

Se cuadró y se enfadó todavía más por su arrogancia. Él no iba a dictar las reglas. Ya había dejado patente que ella no era de su interés. Si no con hechos, sí con palabras, ¿verdad?

—Sí, sí que lo ha hecho —aseveró la Duquesa Infame, antes de salir de allí y dar un sonoro portazo tras su marcha.

Capítulo 5

Un pretendiente sorprendido

Tabitha Edevane no era una mujer demasiado audaz. De hecho, le había costado varios años decidirse a dar el paso para deshacerse de su virginidad. Si bien le gustó la idea de descubrir lo prohibido de la mano de la denominada Duquesa Infame —aunque en aquella época era más conocida como Duquesa X y Tabitha apostaría a que no se trataba de la misma mujer que la que la acompañaba en esa ocasión en el Placer del Infierno— no se vio con fuerzas para llevarla a cabo.

Pero ese año todo había cambiado. La muerte prematura de una amiga suya, atropellada por un carruaje, le había dado una nueva perspectiva a su vida. Y él había regresado de sus viajes. La señorita Edevane había sido la perfecta dama desde hacía demasiado tiempo. Siempre cumpliendo las normas, sin desviarse, incluso cuando comenzó a publicar sus novelas por entregas en el periódico, utilizó un pseudónimo, un nombre de caballero, por supuesto, para no meterse en problemas. Sin embargo, llegaba un punto crucial en el que había que luchar por más.

Tabitha no estaba contenta con la vida que llevaba. Estaba sola. No había logrado llamar la atención de ningún pretendiente porque ninguno le importaba. Llevaba demasiado tiempo enamorada de Marlon Heast, el vizconde Terring. Se conocían desde pequeños por lazos familiares, pues el padre de la señorita Edevane estudió con el de Marlon en Eton y trabaron ambos una buena amistad. Además, ambos progenitores tenían los mismos gustos.

Desde que tenía uso de razón, ella había suspirado por Terring, pero él estaba fuera de su alcance, no solo debido a su posición, sino porque él solo se fijaba en beldades. Preciosidades que no estaban en el mercado matrimonial, porque a su enamorado no le gustaba la idea del matrimonio. Ah, pero ese año él había decidido casarse y ella no estaba dispuesta a desaprovechar la oportunidad, así que iba a arriesgarse e ir a por *todo* a riesgo de quedarse sin *nada*.

La Duquesa Infame le había dado buenas lecciones, y ella había escrito demasiadas historias de amor como para no darse cuenta de que en asuntos de seducción todo lo que importaba era jugar bien las cartas con las que se contaba.

Esa noche, el grupo formado por Greyson Amery, la Duquesa Infame y ella misma, había llegado temprano al Placer del Infierno.

¿La finalidad?

Descubrir por sí misma lo que ocurría cuando un hombre y una mujer compartían intimidad.

Su mentora —esa era Morgan— la había llevado hasta la parte más obscena del club, donde los invitados disfrutaban al ser observados llevando a cabo su apareamiento.

Tabitha había estado ansiosa por ver con sus propios ojos lo que hacían los amantes. Lo logró, pues el custodio que las acompañaba, el señor Amery, las dejó a solas, aunque no por completo, pero se apartó significativamente para que ambas pudiesen estar más cómodas.

En la escena que se interpretó para los que observaban, un hombre disfrutaba de los besos de su compañera. Ambos desnudos. Saboreándose sin contención, besando cada pedazo de piel desnuda hasta llegar *ahí*. Morgan le había dicho que era un tipo de beso húmedo muy especial que podía provocar fuegos artificiales en una mujer si el compañero era diestro con el uso de su lengua. Y por cómo gritó la mujer cuando su amante terminó, Tabitha estaba segura de que ella había logrado ver fuegos artificiales, un cometa, la luna, el sol e incluso los orígenes de la creación de Dios.

Posteriormente la posición se intercambió, fue el caballero quien tuvo de rodillas a su amante y esta lo engulló con codicia. Tabitha se quedó eclipsada al ver cómo la mujer lamía y se tragaba toda la vara masculina, mientras su mano la masajeaba de arriba abajo.

Sobra decir que se humedeció en sus partes privadas de pronto. Su respiración se aceleró, al igual que la del caballero al que le dispensaban tan lujuriosas atenciones. Cerró los ojos. Tabitha cerró los ojos e imaginó que era Terring quien la dirigía, quien suspiraba por las caricias que ella le otorgaba.

La voz de la Duquesa Infame hizo que ella despegase los párpados, pues venía el siguiente paso para los amantes. Se trataba de la penetración. Así lo llamó su mentora. La dama se recostó en la cama y aguardó la intrusión del caballero. Estuvieron disfrutando de esa posición durante varios minutos, hasta que el hombre salió del interior de su amante y la obligó a ponerse sobre sus rodillas y manos… ¡Qué curioso! Esa nueva postura en la que él estaba detrás y la embestía,

parecía de lo más atrayente, especialmente porque la mujer había comenzado a gritar sin contención.

Como era una novicia en dichos asuntos, Tabitha tuvo que preguntar por lo que hacía la mujer cuando se llevó la mano a su feminidad mientras su compañero seguía profanándola. Entonces su tutora le recordó esa parte secreta de la mujer que cuando se frota, la hace explotar.

Interesante. Era curioso cómo una imagen era capaz de relatar más que mil palabras, porque lo que Tabitha estaba viendo…

Y el colofón llegó cuando el hombre salió de dentro de su amante, buscó su boca y descargó allí su semilla.

En honor a la verdad, eso a Tabitha le causó repulsión. La Duquesa Infame debió darse cuenta de su censura, porque le dijo que había caballeros que encontraban muy satisfactorio descargar su placer para que bajase por la garganta de su compañera de cama. Un asunto de propiedad, para que ella supiera que era suya y él la marcaba de ese modo. Eso no lo haría con Terring, porque tenía esperanzas y dichas ilusiones incluían una preciosa boda y una futura familia. Así que él la germinaría para obtener descendencia. Le daría hijos. Cierto que no era ninguna jovencita, pero seguro que el amor que construirían daría como resultado niños. Muchos niños.

Tabitha se quedó en el pasillo pensando en si debería ir a la derecha o a la izquierda. Había visto a Terring solo y salió corriendo tras él. Sabía que no estaba bien haber dejado atrás a la Duquesa Infame y al señor Amery, pero era apremiante que Marlon la viese, que descubriese a esa nueva Tabitha que había nacido para quedarse, para dejarlo con la boca abierta.

Justo estaba tomando la decisión de ir a la derecha, cuando lo vio caminar de frente hacia ella.

Se llevó una mano a la máscara que la Duquesa Infame le había obligado a ponerse y deseó quitársela. Era pequeña, pero seguramente él no la reconocería. La peluca tampoco le agradaba llevarla. No lo encontró justo porque tanto su mentora como su protector iban a cara descubierta. Sí, sí, comprendía que era mejor proteger su identidad en un lugar tan peligroso como ese, pero…

Suspiró. Bueno, podría tratar de aprovechar la ventaja que tenía sobre su enamorado, pues él también iba sin máscara.

¡Qué injusto era también que los hombres no tuviesen que proteger con tanto ahínco su reputación!

—¿Se ha perdido, lord Terring? —preguntó con suma audacia y desprendiéndose de todo pudor cuando él iba a pasar por su lado.

Lo vio abrir los ojos con sorpresa. Después de un segundo se acercó a examinarla y ella le ofreció una sonrisa brillante.

Oh, Marlon era la quintaesencia de la virilidad. Perfecto. Un hombre fornido, no tan grande como el otro protector de la Duquesa Infame, pero de anchos hombros, muy capaz de alzarla a ella en sus brazos, porque Tabitha no era una mujer delgada, tenía curvas, tal vez demasiadas.

Luego estaban esos ojos azules curiosos que ella sabía que estaban intentando identificarla. ¡Ja! Él no adivinaría nunca que la correcta Tabitha Edevane estaba bajo la máscara. ¿Y qué decir de su pelo brillante y rubio?

Era el hombre más apuesto de todo Londres y por eso podía ser un verdadero pícaro, porque con solo chasquear los dedos tenía a cualquier dama a sus pies. Ella misma lo había visto durante los bailes que ofrecía la familia de Terring. Era una lástima que su padre hubiese fallecido tan joven, pues en opinión de Tabitha, heredar el título tan pronto lo hizo torcerse en el camino. Tenía fortuna, poder y un físico que quitaba el hipo, así que era lógico que Marlon se hubiera dejado tentar por el libertinaje con facilidad.

—Lo siento, querida, estoy en desventaja con respecto a su identidad, ¿sería tan amable de arrojar luz al asunto? Le juro que ardo en deseos de conocer a tan bella dama. —La mirada que él le dio la dejó anclada. Un escrutinio tan descarado y arrogante, que supo que para ponerse a su mismo nivel tendría que despojarse de todo rubor.

Había esperado demasiados años al milagro que pronto acontecería, y como era su última oportunidad para lograr el amor del único hombre con el que soñaba, echó a un lado los nervios, la corrección y todo lo que le pudiese coartar a la hora de seducirlo, y se convenció de que ella podía ser tan sofisticada como la propia Duquesa Infame. De hecho, se había fijado mucho en su mentora para actuar de un modo similar cuando al fin tuviese a Terring frente a ella.

Ya fuese avanzada o arcaica una sociedad, la relación entre hombres y mujeres siempre era la misma: suscitar el interés del otro.

Tabitha no tenía nada que perder y mucho que ganar, de modo que iba a ir a por todas y usaría cada uno de los trucos de los que dispusiera.

Ella sonrió coqueta.

—Me mata, milord. Estoy segura de que de ser tan bella como dice, hubiera sido capaz de reconocerme incluso con la máscara y un peinado postizo.

—Le aseguro que si me da la oportunidad de decirme su nombre,

no la olvidaré mientras viva —le correspondió, con una brillante sonrisa.

En ese momento, lord Terring le hizo una reverencia y le tomó la mano para besársela. Tabitha tuvo el impulso de quitarse el guante a fin de poder sentir los labios masculinos sobre su piel.

Al menos estaba contenta con su aspecto. El vestido azul zafiro que le había ayudado a seleccionar la Duquesa Infame parecía de lo más acertado, ya que la mirada de Marlon no podía despegarse de su pecho. El escote era incendiario, pero se alegraba de habérselo puesto.

Su mentora fue muy clara cuando le explicó que para conquistar a un hombre, lo primero era atraerlo con el envoltorio adecuado. A lo largo de esos años, los estúpidos vestidos en tono pastel no habían hecho que Marlon le echase ni media mirada, por fin tenía toda su atención. De acuerdo, su atención estaba sobre sus senos, pero eso era mucho más de lo que había logrado hasta el momento.

Lo captaría y luego ya le demostraría que ella era la mujer perfecta para casarse. Y para llegar ahí era necesario enamorarlo, y un pícaro como él necesitaba a una dama atrevida.

—Muy tentador, milord, pero seré malvada y lo dejaré con la duda. Prefiero mantener el misterio, a los caballeros como usted les gusta luchar.

—¿Luchar? Me intriga, querida.

Ella batió las pestañas y confió en que la máscara le hubiese permitido a Marlon verla hacer eso con claridad. Amplió su sonrisa todavía más.

—Le conozco bien, lord Terring, si le doy lo que pide sin presentar batalla, me habrá olvidado antes de cruzar la primera esquina de este pasillo.

Lo había sorprendido todavía más al decirle que lo conocía bien. Ella se dio cuenta por la expresión de su rostro. Lo tenía donde lo quería, y eso era: lleno de curiosidad.

—Intuyo que no es su deseo que… la olvide fácilmente.

—No, no lo es en absoluto —confesó la verdad.

—Entiendo. Y aun así se niega a darme una pista sobre quién se esconde bajo su atuendo…

—Así es, no quiero darle todo el trabajo hecho, milord. Las cosas buenas tardan en llegar y su sabor es diferente cuando se lucha por lograrlas.

Él sonrió de lado.

—No negaré que todos los que me conocen saben que disfruto de una buena caza. Espero pues que no le importe convertirse en gacela.

Tabitha ladeó el rostro y volvió a pestañear repetidamente.

—¿Debo suponer que usted será el león?

—Más que eso. Disfrutaré mucho al darle un bocado, querida.

—Ah, ¿y qué sucedería si la gacela se convirtiese en una tigresa e hiciera que el león fuese un lindo gatito? —coqueteó con mayor descaro.

Él emitió una gran carcajada.

—Es usted ingeniosa.

—No se imagina cuánto. —Porque todo el plan que había trazado en la cabeza tenía que salir bien.

—¿Quiere comenzar ya ese juego tan delicioso que ha ideado? Podría considerar muy seriamente convertirme en un hermoso gatito —tanteó él.

—Así, ¿sin más? ¿Ahora? —indagó ella.

—¿Por qué no? Si no tiene otro compromiso me gustaría enseñarle el club.

—Oh, pero resulta que conozco bien este club.

—¿De verdad? No creo haberla visto antes de hoy, y le aseguro que soy un socio fiel.

—Tal vez yo no haya querido que se percatase de mi persona hasta precisamente hoy, lord Terring, y por descontado no me ofreceré con facilidad —terció.

—¿Qué propone? —Ahí ella supo que él la consideraba interesante y que barajaba la posibilidad de tener algún tipo de relación con ella. Ay, pero Tabitha no quería ser una más para él. Por supuesto que ella había sido muy clara exponiéndole su interés y, dado que ambos estaban en un lugar de pecado, no era complicado imaginar lo que Marlon tendría en mente. Ella se estaba ofreciendo, pero lo que él no sabía era que las condiciones iban a ser bastante duras.

—Que me cace, por descontado.

Terring volvió a emitir una sonora carcajada.

—Entendí, querida, que deseaba convertirme en presa y ser usted la cazadora.

—Cierto, pero también le he hablado de la facilidad. No, no quiero un juego que sea demasiado fácil… para usted.

—¿Qué hay de malo en la sencillez? Usted es una mujer preciosa que ha dejado patente que yo soy de su agrado. Sigo aquí conversando, así que mi presencia manifiesta que estoy interesado en descubrir todo lo que me permita. ¿Por qué dilatar lo inevitable cuando podemos comenzar un juego apasionante que nos dejará saciados hoy mismo?

—Porque soy una mujer que sabe lo que quiere ahora, milord, y un instante de pasión no es lo único que deseo de usted. —Deseaba casarse con él, no solo disfrutar de unos instantes de placer.

Lo volvió a sorprender con su confesión. El ceño de él estaba fruncido, y ella apostaba su fortuna a que no tenía la menor idea de a qué atenerse con esa declaración.

—¿Acaso está hablando de establecer una relación entre ambos?

Ella le sonrió.

—No lo he decidido todavía, milord. Verle aquí ha sido toda una sorpresa —mintió, pues estaba ahí para ver la pasión con sus propios ojos, pero también porque sabía que él era un asiduo del club.

—Espero que una buena —consideró él.

—En efecto, de otro modo haría un rato que me hubiese marchado. Sin embargo, no sé si debería considerarlo para lo que se me antoja. —Bien, eso seguro que habría sonado muy mundano, algo que diría una mujer experimentada y sofisticada.

—Confieso que está resultando usted ser un verdadero misterio.

—Uno bueno, espero —lo copió en su suposición.

—No lo he decidido aún, pero si lo que pretendía era captar mi atención, querida, la tiene por completo.

—Es un buen inicio. ¡Oh! —exclamó, al tiempo que se ponía de puntillas y miraba tras la figura de Terring—, me temo que nuestro tiempo se ha acabado, milord.

Marlon se giró en ese instante para ver lo que la misteriosa dama estaba observando. Había un hombre tras él. Uno que se acercaba a grandes zancadas.

—No debería escabullirse —le dijo Greyson Amery a Tabitha cuando llegó hasta su posición.

El guardaespaldas de Morgan se alegró de no verla postrada a los pies del hombre que se había empeñado en conquistar, pues era consciente de que Tabitha Edevane estaba muy desesperada por deslumbrarlo y temía que se pusiese en evidencia.

—¿Me has echado de menos, querido? —preguntó complacida Tabitha, mientras se colocaba al lado de Greyson Amery y le ponía una mano sobre su antebrazo, uno que él se vio obligado a ofrecerle.

—Mucho —indicó sin saber qué más decir el pobre Greyson.

¡Iba a asesinar a Morgan con sus propias manos! No era necesario ser un genio para darse cuenta de que la señorita Edevane estaba jugando a un juego con Terring que lo acababa de involucrar a él.

—Ya me has encontrado. Nos podemos ir si quieres. He logrado todo lo que pretendía —le confesó con voz melosa Tabitha a Greyson.

—Por supuesto. —El guardián de ambas deseaba marcharse del club. No era que tuviese miedo de que Morgan saliese malherida o algo así, pues su protegida sabía pelear bien y manejaba el cuchillo con destreza. Tampoco era como si tuviese miedo de esa nueva señorita Edevane que se apretaba contra él. ¡Y pensar que había creído que ella no sabría desenvolverse con audacia frente a Terring!

Desde luego, las mujeres resultaban únicas cuando tenían la motivación adecuada. ¡Parecía una gata que se había acabado de zampar la crema! La había juzgado mal, porque se jugó cinco libras con Morgan a que Tabitha saldría sofocada y horrorizada cuando le mostrase lo que pretendía enseñarle en el Placer del Infierno.

Nada de eso. Desde una distancia prudencial había estado observando las reacciones de la alumna de Morgan mientras ella veía a una pareja copular y se había mostrado curiosa y entusiasmada.

Interesante. La señorita Edevane era más fuerte de lo que parecía. Y tal vez mucho más, porque le daba en la nariz que había estado provocando bastante al vizconde Terring, pues no le pasó desapercibida la cara de decepción del susodicho cuando él apareció para *robársela*.

Greyson Amery acababa de aprender una lección fascinante: las damas, recatadas o atrevidas, sabían capear cualquier temporal.

Se dispuso a darse media vuelta con Tabitha colgada de su brazo, pues ella parecía decidida a no despedirse de Terring, y él mismo no había ni reconocido su presencia cuando vio al hombre extender una mano y agarrarle la muñeca a su acompañante.

Greyson gruñó por inercia.

—La sueltas o pierdes la mano —lo amenazó con furia. Para darse mayor crédito, se sacó un puñal de la manga que no tuvo remilgos en mostrarle a Terring.

Tabitha se sobresaltó una fracción de segundo debido a la sorpresa de ambas acciones, tanto del agarre de Terring como de la salida de tono de Greyson. Se recompuso de inmediato y se obligó a sonreírle a su enamorado.

—Debería hacer lo que le pide. Es imprevisible. —No era mentira. Había escuchado a la Duquesa Infame decirle que Greyson Amery era un hombre muy peligroso debido a su temperamento y a sus capacidades. Lo acababa de comprobar.

Terring la soltó a regañadientes y le dijo con voz profunda y seria:

—No me gusta compartir.

Tabitha quiso llorar de emoción. ¡Estaba celoso! Lo había puesto celoso. Evitó mostrarse complacida y carraspeó para luego decir:

—A mí tampoco.

Entonces Greyson Amery y ella se marcharon del lugar. La sonrisa de ella demostraba que estaba pletórica. La cara de su guardián era… era… Bueno, era algo extraña.

Greyson Amery no sabía el motivo exacto por el que había reaccionado con tanta rabia. Tabitha le gustaba, no de un modo carnal o de otra índole que implicase que estaba interesado, solo sentía simpatía. ¿Entonces qué lo había inspirado a comportarse como si ella en verdad fuese de su propiedad?

La soledad. Sí, eso tenía que ser.

Cuando la señorita Edevane supo que Terring no podía verlos ni escucharlos, decidió hablar con Greyson:

—Señor Amery, le pido disculpas por haberme excedido, pero…

—No se disculpe —la interrumpió—. No soy ajeno a las artimañas femeninas. —Evitó decirle que no había imaginado que ella supiese usar tantas, porque desde que llegó a su lado para apartarla de Terring la había visto muy instruida en esos *jueguecitos*—. Usted lo quería poner celoso y lo ha logrado.

—Lo he hecho, ¿verdad? —preguntó sin poder ocultar su alegría.

Greyson Amery gruñó en respuesta.

Tabitha no le dio mayor importancia, así que no se molestó. La noche había sido perfecta. Profundizó en lo que vino a aprender y habló con quien deseaba hablar.

—Busquemos a la Duquesa Infame y salgamos de aquí de una buena vez —sugirió Amery.

—¿Dónde está ella? —se interesó, al darse cuenta de que su tutora no acompañaba al señor Amery.

—Metiéndose en problemas —respondió sin mayor explicación.

Tabitha decidió no preguntar para no irritarlo más de lo que se apreciaba.

Ella estaba flotando en una nube esponjosa, surcando el cielo llena de anticipación y esperanza.

Lo demás no importaba.

¡Terring por fin la había visto como una mujer seductora!

Estaba ansiosa por ver qué le depararía el próximo encuentro.

Capítulo 6

Unas confesiones bochornosas

—No guardo buenos recuerdos de este parque, Morgan —apuntó Brendan, mientras caminaba junto a su protegida.

—Yo tampoco —coincidió ella al tiempo que se reía con ligereza.

Morgan y Brendan se encontraban esa mañana en Hyde Park. Ambos estaban recordando aquel extraño beso que compartieron y que se sintió tan antinatural.

—¿Por qué estamos aquí?

—¿Para admirar la creación de Dios? —inquirió Morgan con inocencia.

—No eres tan espiritual como para dar gracias al Creador por su obra.

—Tal vez por su obra no, pero sí por el camino que me ha hecho emprender. Os tengo a Greyson y a ti para no sentirme sola.

—¿No incluyes al abogado en tu gratitud para con el Creador?

—Vamos, Brendan, te molestaría cualquier hombre por el que me interesase. Llevas catorce años libre de dicha incomodidad. —Era el tiempo que ella llevaba célibe—. Y tienes que admitir que Ethan Digory no es lo peor que pude haber escogido.

—Ah, ¿no?

Ella le mostró sus perfectos dientes blancos y luego sentenció:

—Podría haber puesto mis miras en un duque.

—¡Dios nos libre de los presuntuosos! No sé si lo hubiese soportado, Morgan. Con el esposo de Althea ya sacrifiqué toda mi paciencia. No sería capaz de darle la bienvenida a nuestra familia a otro par del reino, ni aunque fuese el epítome de la decencia, la cortesía y todas las tonterías que se supone que deben de tener los caballeros de alto rango.

—Es curioso cómo se juzga siempre por el exterior. La buena sociedad ve a un hombre, o ya puestos a una mujer, que a plena luz del día hace lo que se espera que debe hacer, y los encuentra

perfectos. No obstante, ese mismo hombre, o mujer, por la noche muestra una cara muy diferente, una pérfida por ejemplo, y si no lo descubren públicamente, seguirán siendo la perfección personificada, pese a que muchos los hayan visto cometiendo una indiscreción.

—¿Adónde quieres llegar a parar?

—¿Realmente conocemos a las personas que nos rodean?

—Tú, sí, porque tienes espías en cada rincón de la ciudad.

—No tengo espías —rebatió—. Solo busco información sobre las conquistas que mis queridas damas desean emprender.

—Espías, Morgan, no lo suavices, aunque solo te sirvas de Amery para hacer averiguaciones, él usa toda su red de contactos para encontrar información.

Ella hizo un aspaviento para restar importancia al asunto.

—Bien, pongamos por caso al vizconde Terring.

—¿Por qué me da la sensación de que no te agrada?

—No es que no me guste, es que lo encuentro estúpido.

—Greyson me comentó que la otra noche no llegaste a intercambiar ni media palabra con él. Más bien me dijo que estuviste ocupándote de cierto abogado.

—Estoy harta de que todos mis movimientos sean debatidos por vosotros dos.

—Los años que te quedan para sufrir esa cuestión son muchos, así que ve acostumbrándote. Ahora dime qué quieres discutir, porque siempre que me traes a Hyde Park es para darme un susto.

—No me enfadaré por lo que acabas de decir, mejor voy a seguir explicándote lo que me inspira Terring.

—¿Qué te infunde?

—Si dejas de interrumpirme te lo podré explicar.

—Soy todo oídos —murmuró.

—Es un tonto.

—Estúpido dijiste hace un minuto.

—Sí, de acuerdo, es un bobo.

—¿Por qué?

—Tú has podido conocer a Tabitha Edevane, ella es oro puro. Un caballero sabio lo hubiese descubierto pese a su envoltorio insípido. Es tan cristalina en sus sentimientos por él que el agua palidece a su lado. La he tenido que instruir bien para que no mostrase sus verdaderos sentimientos cuando está cerca de Terring.

—Creo que sé por dónde vas, y hay una posibilidad que tal vez no hayas tomado en cuenta.

—¿Cuál?

—A Terring puede no gustarle tu dama y por eso no la ha notado antes.

—¿Qué hombre se resistiría a una mujer como ella, Brendan? Tabitha es auténtica, y más allá de que me fascina su pensamiento y actitud, es bonita. Terring debe de ser el típico caballero al que hay que darle instrucciones sobre todas las cosas. Me lo puedo imaginar siendo vestido, peinado y bañado por su ayuda de cámara.

—Puedes imaginarlo porque eso es precisamente para lo que sirve un *valet*, Morgan —le tuvo que recordar.

—Bueno, pues cambiaré el ejemplo, imagina a Terring siendo alimentado por un criado. Como si fuese un niño pequeño al que hay que darle a cucharadas su sopa porque no sabe cómo ha de sorberla.

—No te agrada Terring, Morgan —la obligó a confesar.

—Está bien. No, no me agrada porque un hombre que ha tenido a su alcance una joya como Tabitha y no ha hecho nada al respecto, no la merece.

—Y no obstante, estás ayudándola a cumplir su sueño.

—Sí, lo admito. Voy a unir a una pareja que no me gusta.

—Estás siendo egoísta, mi rosa con espinas.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Por qué?

—Porque te conozco muy bien.

—Siempre sales con el mismo cuento.

—No es un cuento. Te conozco tan bien que sé que estás trasladando la situación de Tabitha a la tuya propia.

—¿Qué? —Ella se había perdido algo.

—Hace un año que conociste al abogado y como él no ha ido tras tus faldas en ese tiempo, sientes que es un estúpido que no te merece.

—Estás diciendo tal sarta de sandeces que no sé ni por dónde empezar a corregirte.

—Sí, sí, pero son sandeces ciertas, todas ellas.

—Si hubiese querido a Digory, solo hubiese tenido que ir tras él. —Se abstuvo de explicarle que era eso precisamente lo que hizo y que él la había rechazado.

—¿Tú corriendo tras los pasos de un caballero? —Negó un par de veces con la cabeza—. No lo veo. Habrías orquestado algún tipo de encuentro ventajoso y habrías preparado todo un gran plan que… ¡Maldita sea! —gruñó, cuando vislumbró a Ethan Digory girando para encarar su misma dirección.

—¿Qué? —preguntó Morgan al darse cuenta del cambio de actitud

de Brendan.

—Como si no lo supieses… No sé hasta qué punto hubiese preferido besarte en vez de toparme con él —masculló por lo bajo.

—No tengo ni idea de lo que… ¡Ah! —exclamó cuando sus ojos contemplaron a Ethan Digory dirigiéndose hacia ellos—. Te juro que no estamos aquí por él, me habían dicho que Terring daba una vuelta por Hyde Park a estas horas y que…

—No mientas, Morgan. Estás loca por el maldito Digory, y no te lo voy a poner fácil.

No les dio tiempo a decir nada más. Ethan Digory llegó hasta su posición. Si Morgan hubiese podido agitar una varita mágica para desaparecer lo habría hecho sin dudarlo.

¡Qué bochorno más espantoso!

Y la cosa se puso peor cuando Brendan deslizó el brazo que ella había estado sosteniendo y se lo enroscó por la cintura.

¡Madre del Todopoderoso!

Por descontado que los ojos de Ethan Digory se movieron precisamente hasta el lugar donde Brendan le había colocado la mano.

Morgan se quedó sin palabras. Su mente, en blanco.

Mientras que ella no sabía dónde esconderse, Ethan le dio vueltas a la imagen que se presentaba ante él. Ella le había dicho que era su hermano, pero no compartían ni el mismo apellido. Y en esos momentos veía al maldito Sallow rodeando la cintura de la señorita Pusset, en un gesto posesivo que le hizo hervir la sangre. Tomó una bocanada de aire y puso su ingenio a trabajar, así que echó a un lado las emociones, los inconfundibles celos, y se centró en la actitud de Brendan Sallow.

Lo miraba desafiante, y con una sonrisa socarrona y arrogante que a Ethan le gustaría borrarle de un puñetazo. Hacer eso sería una temeridad. Sallow le sacaba mucha ventaja en el cuerpo a cuerpo. Era inmenso.

Parecía que quisiera que él saltase, que lo retase o algo así… ¿lo estaría probando? ¿Estaría protegiendo a su supuesta hermana de él? Tenía cierto sentido esto último. El hecho de que no compartiesen el mismo apellido podría tener una explicación, una que él no lograba imaginar… ¿tal vez por protección? ¿Protección de qué, o de quién? La función de un buen hermano era la de proteger a su familia, más si se trataba de una hermana, y, sin lugar a duda, Sallow y la señorita Pusset no eran personas comunes. Habían pasado por mucho, él se lo podía imaginar si recordaba aquellas charlas en casa de Rothgar, pero se veía tan posesivo, que al abogado solo le venían ganas de liarse a

puñetazos.

Apretó los puños y se dijo a sí mismo que eso sería precisamente lo que buscaba el estúpido Sallow. Así que se obligó a componer una sonrisa, abrir los puños y simular que no tenía ganas de asesinar al acompañante de la señorita Pusset. A continuación se tocó el ala del sombrero y saludó a ambos como si fuese el más cordial de todos los seres vivos.

—Señor Sallow, señorita Pusset, es un placer.

—Señor Digory, el placer es por entero mío —dijo con una brillante sonrisa la dama—. Mi hermano y yo hemos aprovechado el buen tiempo para salir a dar un paseo por Hyde Park.

Y con esa sencilla frase, Ethan Digory vio cómo todo su mundo volvía a estar en orden. Esa vez compuso una sonrisa sincera. No le importó que el hermano de ella hubiese ladrado en vez de saludarlo, ni tampoco le dio mayor importancia al hecho de que él volviese a gruñir cuando ella lo llamó hermano.

—Eres una aguafiestas —le dijo Sallow, mientras le soltaba la cintura—. ¿Era preciso decirle que somos hermanos? —le recriminó a Morgan bajo la atenta mirada de Ethan Digory.

—Lo era porque tú pretendías irritarlo —respondió ella.

—Me gustaba verlo celoso, lo admito. Aunque si debo seguir siendo sincero, me retuerce el alma pensar en que él sea de tu agrado. ¿Qué le ves, Morgan? Es más aburrido que un perro faldero.

El aludido consideró oportuno carraspear para hacerse notar. ¡Estaban hablando de él!

No sirvió de nada, porque Morgan siguió conversando con su hermano con absoluta naturalidad.

—No tienes de qué preocuparte, Brendan. El señor Digory ha dejado muy claro que no tiene ningún interés en mí.

—¿Disculpa? —bramó Brendan.

—Lo que has escuchado.

—¿Qué tienes tú de malo? —siguió interrogándola Brendan.

—No creo que esa pregunta tenga que responderla yo.

—Es verdad. —Los ojos del protector de Morgan se posaron en Ethan y este se sintió pequeño—. ¿Qué tiene la señorita Pusset de malo? Sería muy afortunado si ella decidiese poner sus ojos en usted.

Ethan se exasperó. No tenía sentido que ese grandullón se enfadase con él por ir tras las faldas de ella y que al enterarse —supuestamente— de que no tenía interés en ella se molestase el doble.

—El señor Digory sabe que mis ojos están puestos en él, Brendan. Y no, no se siente afortunado en absoluto.

Brendan se quedó un momento pensativo y se tocó la barbilla en un gesto de evaluación. Debería sentirse aliviado por la confesión que sabía que a Morgan le había costado horrores hacer, y en cambio estaba irritado, aunque…

—En ese caso el afortunado soy yo. No me gustaba nada para ti, Morgan, pero si quieres podría darle un puñetazo o zarandearlo un poco, ya sabes, por menospreciarte y todo eso. ¿Puedo hacerlo? —preguntó muy entusiasta.

—No. No puedes pegar a un hombre porque yo no sea de su agrado.

—Y ahí tengo la confirmación —tomó al fin la palabra Ethan Digory— de que ustedes dos son hermanos aunque no compartan el mismo apellido, aunque sus conversaciones son excesivamente atípicas.

—¿Eso es lo único que va a decir después de escuchar las palabras que hemos mantenido la señorita Pusset y yo? —preguntó con sorpresa Brendan. En opinión del mastodonte ese era el aspecto menos importante de todo el asunto.

—Las normas sociales han sido vulneradas con creces durante este breve espacio de tiempo, pero no debo sorprenderme, pues estoy ante la Señorita Infame.

—Duquesa Infame —lo corrigió Morgan.

—Sí, ese es el título que usted usurpó y como estoy convencido de que no posee tal grado en la escala social, lo dejaremos en señorita.

—Y ahí tengo la confirmación… —Morgan usó la misma fórmula que Ethan había empleado hacía instantes— de que he perseguido a un hombre que no desea tener nada que ver conmigo.

—¿Perseguido, Morgan? —saltó Brendan de inmediato—. Define esa persecución.

—Es usted extraño, señor Sallow —intervino Digory.

—Y usted, un tonto —le indicó sin alterarse lo más mínimo.

—No soy ningún tonto. Pero usted sí es extraño, pues yo hubiese estado condenado hiciese lo que hiciese. Tanto si su hermana hubiese señalado que yo la perseguí como si hubiera dicho que no lo hice, usted me querría ver colgado en la viga más alta de un granero.

—Mi hermana, señor Digory, ha dicho claramente que a usted ella no le interesa —le recordó.

—Esto es muy bochornoso —intervino Morgan—. Hemos saludado al señor Digory con respeto, ¿podemos seguir adelante y olvidarnos de todo?

—¿Lo encuentras bochornoso, Morgan? —tomó la palabra Brendan —. Has sido tú la que ha sacado a colación que somos hermanos para

evitar que se pusiera celoso, y luego has comentado que él no tiene interés en ti. ¿Entiendes que has sido tú la que ha hecho de toda esta situación algo irreal y vergonzoso?

—¡He tenido que hacerlo! —se escudó Morgan.

—¿Eso es cierto? —le preguntó Brendan.

—Sí, porque tú has actuado como un amante posesivo y yo ya le había dicho al señor Digory que eras mi hermano, así que no quería que me acusase de ser una mentirosa.

—¿Y por qué te molestaría la opinión que tenga de ti un hombre para el que no eres nada?

—¿Puedo hacer una aclaración? —se metió en la conversación Ethan.

—¡No! —negaron a la vez Morgan y Brendan.

—Responde, hermana —la urgió su protector.

—Pues porque… —Se quedó en silencio.

La pregunta de su hermano de corazón la había dejado sin respuesta posible. Entre otras cosas porque decir a viva voz que estaba a los pies de Digory sería más embarazoso que toda esa extraña conversación que ella no tuvo que haber consentido. Si hubiese sido una mujer cruel, habría aprovechado la marcada posesividad de Brendan Sallow para darle a Digory en las narices, pero no quería que él pensase mal de ella. La opinión de ese brillante abogado era muy importante para Morgan.

¡Qué patética!

—¿Podemos seguir nuestro camino? —preguntó Morgan, tratando de superar el ridículo tan espantoso que sabía que estaba haciendo.

—Definitivamente voy a tener que darle un puñetazo.

—¡No! —gritó Morgan, sabiendo que su guardián estaba más que dispuesto a hacerlo.

—No lo entiendo, Morgan. Te desprecia… y de verdad, ¿vas a protegerlo?

—Por supuesto que no. Solo es que… —Se quedó muda. Patética era poco para definirla. Sobre todo porque Ethan Digory se veía complacido y demasiado divertido. Tal vez debería dejar que Brendan le atizase… Mejor no. Si su opinión sobre ella era importante, la seguridad de él era indispensable para ella.

¡Qué horror!

Ethan Digory le había tocado el alma.

—¿Sí? Solo es que… ¿qué? —Sorpresivamente el que intervino fue Digory. Lo cierto era que el paseo por Hyde Park empezó siendo horrible, en especial cuando vio a Sallow agarrando por la cintura a la

señorita Pusset, pero de pronto la situación se había vuelto maravillosa.

—Ahí está Terring —dijo Morgan—. Vayamos hacia su posición.

Morgan dio un paso adelante, dispuesta a dejar a Ethan Digory y su indiferencia atrás, pero no logró su cometido. La mano suave de él —suave porque llevaba guantes y la dama los había olvidado—, la retuvo. La había cogido por la muñeca con mucha firmeza.

Los ojos de ella miraron el lugar por donde él la tenía sujeta y al siguiente pestañeo se centró en Brendan, quien seguía con el ceño fruncido, pues su hermano estaba mirando también esa mano que la mantenía cautiva.

—Para no estar interesado en ella, Digory, te muestras más posesivo de lo que yo he intentado parecer. —La etiqueta y el trato lejano salieron de escena.

Morgan intentó sacudírselo de encima con un movimiento enérgico, pero resultó inútil. El abogado la tenía muy bien agarrada.

—Terring no es alguien a quien ella debería buscar —sentenció Digory, sin apartar la mirada de Morgan.

—Y eso a ti te importa porque… —lo animó a continuar Brendan con la explicación, sin usar la formalidad tampoco.

—Porque sí —zanjó Digory.

—Muy bien. No voy a poner más empeño en comprender tus actos, que por otro lado son del todo contradictorios, pero sí te diré que, como no la sueltes de inmediato, vas a acabar con el brazo roto.

—Es preferible eso a que ella se entreviste con lord Terring.

—Eres osado, y tienes valor, pero eso no te salvará. —Brendan se dispuso a cumplir su amenaza.

En una fracción de segundo, Morgan se puso delante de su protector, con la espalda frente al abogado, quien no la había soltado todavía.

—No dejaré que le hagas daño —lo avisó Morgan.

Brendan la examinó como si estuviese determinando qué debería hacer. No comprendía las reacciones del maldito Ethan Digory, pero las de Morgan eran todavía más desquiciantes.

—Te suelta o pierde el brazo, así que oblígalo a hacer cumplir mi voluntad. —Morgan sabía que él iba a ser inflexible, así que tuvo que girarse para mirar a Ethan y vio en sus ojos la misma determinación que en los de Brendan.

¡Hombres tercos! El mundo sería un lugar más pacífico si ellos supieran calmarse con facilidad.

—Señor Digory, tiene que soltarme.

—No —se negó el aludido.

—Mi hermano no va de farol.

—Yo tampoco —le avisó él.

Morgan supo que no la soltaría sin una buena razón. No lo entendía, de verdad que no. Se había servido en bandeja frente a ese hombre al que apreciaba demasiado y él la rechazó, y en esos instantes se mostraba como si ella fuese suya… ¿Quién entendía a los hombres? Más si eran tan complicados como Ethan Digory.

—No estoy interesada en el vizconde Terring. Soy la Duquesa Infame, tengo una… amiga —le pareció bien usar ese término— que sí está muy embelesada con él.

Ethan Digory la soltó al punto y le sonrió.

—Señorita Infame —la rectificó.

Ella suspiró.

—Bien, ya puede seguir su camino, señor Digory, mi hermano y yo seguiremos el nuestro.

—Curiosamente voy a hablar con lord Terring, así que la escoltaré. Su hermano puede seguirnos de cerca.

Ella se quedó con la boca abierta. ¡Que la matasen de inmediato si comprendía a ese abogado!

—¿Morgan? —la llamó Brendan. Ella lo miró al punto. Tenía miedo de que su protector pudiese darle un puñetazo a Ethan. Ella misma tenía ganas de hacerlo—. ¿No dices que él —señaló a Digory—, no está interesado en ti?

—Y no lo está —se reafirmó ella. Claramente no lo estaba. La había dejado temblorosa y ansiosa cuando él se negó a dar rienda suelta a sus impulsos más primarios.

¡Cielos!

No solo era patética y ridícula, era mucho más que esas dos malditas cualidades, porque estaba dándole explicaciones sin parar cuando Ethan no tenía derecho a recibir ni una sola.

—A mí no me parece que sienta repulsión por ti. Más bien todo lo contrario —siguió Brendan.

—¿Vamos? —Ethan le ofreció el brazo y ella no supo cómo comportarse.

—¿No va a aclarar el asunto, señor Digory? —Brendan se obligó a tratarlo con respeto, pues ya no mantenía sujeta a Morgan y se sentía un poco más calmado. Pero solo un poco.

—¿Para qué? Como he dicho antes, diga lo que diga, estaré condenado. Si confieso que su hermana me inspira afecto, me querrá ver en el fondo del Támesis, si afirmo lo contrario, también deseará

que sirva de comida a los peces, así que no me incriminaré ni de una ni de otra manera.

—¿Tenía que ser un maldito abogado, Morgan? —se quejó Brendan, sabiendo que ese mequetrefe le daría todas las vueltas necesarias a la situación para salir indemne.

—¿Preferirías a un duque? —lo enfrentó Morgan.

La respuesta de Brendan fue emitir un sonoro gruñido, aunque Morgan comprendió que su protector le acababa de dar vía libre para caminar junto a Ethan Digory… ¡colgada de su brazo!

Qué curiosa era la mente femenina. La había echado a un lado sin pestañear, pero ella deseaba estar junto a él aunque supiera que no tenía la menor oportunidad para cautivarlo. ¿Era eso lo que le sucedía a Tabitha con Terring?

De pronto, Morgan comprendió que en asuntos del corazón no había nada escrito, ni dicho, ni que tampoco se debían dar por sentadas muchas cosas. Y no obstante, la situación con el abogado era extrañísima. Curiosa también, porque había quedado patente que él estaba a otras cosas que no la incluían a ella y al segundo siguiente parecía todo lo contrario… ¡Hombres!

Finalmente, Morgan Pusset colocó la mano en el antebrazo de Ethan y se dispuso a caminar junto a él. La alegría floreció en su corazón. Una sencilla caricia, una producida sobre muchas capas de ropa, y le hizo desear más. Recordó sus besos, aquel abrazo que la hizo sentirse apreciada. Ethan Digory tenía demasiado poder sobre ella y eso no era nada bueno.

Tragó saliva al ser consciente de que nunca había ido del brazo de un caballero, menos en medio de tantas personas de la alta sociedad. Debería olvidarse de todo, seguir con su insípida vida… Morgan giró la cabeza y examinó el perfil de Ethan. Era apuesto, cada día lo veía más y más guapo. A continuación ladeó un poco más la cabeza para ver si Brendan los seguía de cerca.

—Su hermano está detrás, no creo que nos permita estar a solas —le informó el abogado.

—Y tengo ambos ojos puestos en vosotros —les aseguró el aludido desde su posición en la retaguardia.

—Y las orejas también —murmuró Morgan.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Brendan—. Da gracias de que te permita ir de su brazo.

Le tocó a ella emitir un sonido nada femenino, algo parecido a un bufido de indignación.

—No tengo la menor duda de que ustedes dos son hermanos.

¿Algún día me contará el motivo por el que no comparten apellido?

—¡No! —saltó Brendan.

Morgan volvió a bufar.

—No importa lo que él diga —continuó Ethan—, pienso descubrir hasta el último de sus secretos.

—¿Por qué querría hacer algo como eso? —preguntó ella extrañada.

—¡Es evidente, Morgan! —intervino Brendan de nuevo.

La mujer dejó de andar. No tenía mucho sentido ir tras los pasos de Terring, dado que el vizconde estaba ya a una larga distancia de ellos. Otro día tendría que abordarlo, ya que lo que le importaba a la Duquesa Infame era disfrutar de la compañía del abogado. Si solo Brendan decidiese esfumarse… ¡o como mínimo callarse!

Morgan se soltó del brazo de Digory y se colocó delante de su guardián.

—Soy la Duquesa Infame, a mis años y con la labor que desempeño, llevar conmigo a una carabina resulta una tontería, así que ¿por qué no…?

Brendan se cruzó de brazos. Sus músculos presionando sobre la chaqueta que llevaba. Ethan Digory, quien lo estaba examinando, se dio cuenta de que había sido un necio por haberle plantado cara. Ese grandullón podía haberlo hecho papilla con facilidad.

—Ni lo sueñes. No te vas a quedar sola con él —le dijo el señor Sallow.

—¿Qué temes que hagamos en medio de Hyde Park, Brendan?

—Hablar, por ejemplo —dijo él.

—¿Hablar? ¿Tienes miedo de que hablemos?

—Sí, porque hasta el momento no le habías dicho a nadie el parentesco que teníamos y de pronto pareces dispuesta a confesar todos nuestros secretos.

—¡Las tonterías que dices! —se quejó ella.

—¿Seguimos caminando o regresamos ya a casa, Morgan? Yo estoy muy cansado, sería conveniente retirarnos.

—Oh, Brendan Sallow, te prometo que algún día yo seré un auténtico incordio para ti.

—Hasta que ese momento llegue, yo seguiré tus pasos —sentenció su hermano de corazón.

Morgan gruñó esa vez. Se giró para observar a Ethan Digory. No se sorprendería si el abogado se hubiese marchado a toda prisa. Cuando lo miró a los ojos vio que él se mostraba divertido.

Morgan iba a preguntarle qué le resultaba tan ameno, cuando una

mancha de seda rosa llamó su atención.

—No me tenga en cuenta lo que viene a continuación, señor Digory. Más tarde se lo explicaré —comenzó a decirle al abogado, mientras se apretaba contra Brendan Sallow.

Ethan no tenía la menor idea de a qué se refería esa mujer tan desquiciante y excitante, pero una cosa era segura: la escena iba a ser divertida, porque la señorita Pusset se veía complacida de sí misma, como si fuese a darle una lección a su protector. ¿Quién se resistiría a molestar al señor Sallow? Él desde luego que no.

—Maldito infierno… ¿Qué demonios te propones, Morgan? —preguntó en alerta Brendan.

—Devolverte el favor, querido hermano. ¡*Lady* Venus! —exclamó a continuación lo bastante alto para que la dama a la que había llamado la pudiese escuchar.

—Ella no me gusta —musitó Brendan, intuyendo que Morgan pretendía ponerlo en un compromiso.

Un par de segundos más tarde, la joven, que iba acompañada por su hermano, el duque de Hardcastle, estaba colocándose frente al trío que componían Morgan, Brendan e Ethan.

Cabe señalar que el hermano de la muchacha había sido arrastrado por ella para saludarlos.

Ah. Interesante. Ese duque hacía lo que *lad*y Venus se proponía… Interesante y peligroso, en opinión de Morgan.

Mejor dejarle las cosas claras a *lady* Venus, pues miraba con adoración a Brendan, porque si Ethan Digory estaba muy por encima de Morgan, la hija de un duque, hermana de otro, estaba totalmente fuera del alcance de su hermano de corazón.

Capítulo 7

Una reacción imprevista

Al duque de Hardcastle no le agradaban las personas que no eran de su misma clase. Tenía la certeza de que quien no había nacido en la alta sociedad no tenía la educación o conocimiento necesario para manejarse entre ellos. Aun así, era bastante respetuoso con las personas que no tuvieron la suerte de nacer en el lado correcto de la balanza social.

Era un déspota, tal y como le solía afear su hermana menor, Venus, pero uno responsable y bastante sensato. Y por eso mismo no entendía el motivo por el que se había dejado manipular por Venus para acercarse a saludar a dos personas a las que detestaba con todas sus fuerzas. Excluía de su aseveración al señor Digory, a quien conocía. De acuerdo, no tenía nada en contra de la mujer que acompañaba al hombre inmenso, pero sí que desearía enzarzarse en otra pelea con él para darle su merecido. El tamaño del maldito Sallow no lo asustaba, pues Hardcastle estaba convencido de que con la verdad y la razón en la mano, uno podía ganar todas las batallas que se le planteasen.

El duque recordaba muy bien aquella pelea que mantuvo con Sallow hacía un tiempo. Venus fue la causa. Hardcastle descubrió a ese plebeyo inmundo espiando a su hermana y Venus estaba hecha para un rey, no para un asno.

Y mientras se acercaba hasta el grandullón, a la mujer que afirmó en su momento que era la amante de ese estúpido y al abogado, Hardcastle pensó que con un poco de suerte Sallow podría decir o hacer algo que lo irritase y por fin podría atizarle.

La última vez que se enfrentaron no había estado preparado para la astucia de su rival, pero eso ya no era así. En esos momentos Hardcastle era más duro, más ágil y sus puños podían ser tan duros como el acero.

Cuando llegaron hasta la posición de aquel extraño trío, los saludos de rigor procedieron. Por descontado que Hardcastle se mostró

intransigente, se limitó a bajar la cabeza unos pocos milímetros para reconocer la presencia del resto, pero nada más.

Su hermana parecía más entusiasmada que él. Bueno. Él estaba horrorizado por tener que volver a tratar con personas como Sallow y la que se sabía al fin que era la Duquesa Infame. El abogado podría salvarse de su juicio, aunque en opinión del duque miraba con los ojos brillantes a la mujer que se había proclamado propiedad de Sallow. ¿Sería algún triángulo amoroso e ilícito? ¿Algo lascivo?

Debería sacar de escena a su inocente hermana a toda prisa.

—Sigamos caminando, Venus —le indicó con ese tono ducal y severo su hermano.

La respuesta de la dama fue mirarlo con esa preciosa sonrisa con la que lo manipulaba a todas horas, para luego regresar la mirada hasta donde la amante de Sallow lo tenía cogido por el brazo. La distancia entre esos dos era recriminatoria, pero Hardcastle sabía que ambos vivían fuera de los límites de la corrección y la etiqueta. No tenía la menor idea de cómo sobrevivían en sociedad. De acuerdo, tenían muchos amigos entre las altas esferas y por eso lograron reclamar un lugar.

—¿Cómo debería llamarla, Duquesa Infame o Duquesa X, o señorita Pusset? —preguntó Venus, mirando directamente a Morgan.

—¡Venus! —la regañó su hermano por su atrevimiento—. No deberías llamar a la… —No le venía ningún modo para definirla. Hardcastle se dio cuenta de que ante sus palabras, tanto Sallow como el abogado se habían puesto tensos. ¡Cielos! La escena era del todo inapropiada para su hermana. Carraspeó y luego procedió a seguir con sus palabras—: No deberías dirigirte a la dama —esa palabra casi se le atraganta al duque, porque la mujer que tenía enfrente de él no era tal cosa—, de una manera tan familiar.

—¿Por qué no? La señorita Pusset y yo somos amigas. —Hardcastle estuvo a punto de tener un ataque de apoplejía ante las palabras de Venus—. Es a ella a quien le debo un maravilloso viaje por Europa.

—Venus… —siseó su hermano.

—¿Qué, Hardcastle? Tú mismo me dijiste que la recomendación partió de ella.

—Debemos seguir nuestro camino. Tengan un buen día —trató de despedirse el duque, pero su hermana no había terminado de hablar, así que cuando Hardcastle intentó moverla para seguir caminando, ella no se lo permitió.

—Hermano, tú me has inculcado excelentes modales —siguió la dama hablando ante la mirada del trío—. Es necesario agradecerle a la

señorita Pusset… —se quedó un momento pensativa—. Espero que no le disguste el modo de dirigirme a usted, mi hermano no aprueba el título que usted emplea. —Se acercó un poco a Morgan para imitar un gesto de confidencia que no era tal porque todos la podían oír—: Y si me oye llamarla Duquesa Infame, mi próximo destino podrían ser los Estados Unidos de América. Aunque bien pensado sería una aventura digna para vivir.

—Venus…, estás cruzando el límite de esos excelentes modales de los que has alardeado no hace demasiado —la llamó al orden su hermano.

Ella se rio con ligereza.

—Es cierto. En fin, solo quería explicarle a la señorita Pusset que de todos los lugares en los que estuve el último año, Roma fue sin duda mi preferido. Y ya puestos deseaba decirle que ella y el señor Sallow hacen una pareja perfecta.

—Venus, creo que definitivamente te estás excediendo —le reprochó su hermano, lleno de tensión.

—¿Qué? —se asombró ella por la corrección de su hermano—. ¿Acaso no se toleran las felicitaciones? Te juro por los mejores sombreros de la abuela que…

—¿Sombreros, Venus? —la interrumpió el duque.

—Sí. ¿También te disgusta que hable de los sombreros de la abuela?

—No, por supuesto que no. Pero el año pasado jurabas por sus mejores guantes, y el anterior por sus zapatos. No creo que a la duquesa viuda le agrade que cites todos sus complementos cuando deseas jurar algo. Que por otro lado, también es del todo inadecuado. Una dama no debe jurar —le recordó.

Venus le volvió a sonreír mansa y dócil.

—Tranquilo, no lo haré nunca por sus mejores enaguas.

—¿Quieres acabar en Australia, hermana? —la amenazó.

—No, porque según me dijiste allí van los peores criminales de la sociedad a cumplir condena, y dudo que me gustase. No sé el motivo por el que te enfadas, no le he pedido ni una sola vez a la señorita Pusset que te busque una esposa. Y deberías darme mucho crédito, porque me está costando horrores contenerme.

—¡Venus! Te pondré a remar en galeras —saltó exasperado su hermano.

—Y yo te sonreiré y tu malhumor desaparecerá. —Ella le guiñó un ojo. El duque refunfuñó—. Bueno, ya hemos acaparado mucho la conversación. Sería momento de dejar a nuestros amigos conversar.

Deben disculparnos a mí y Hardcastle, tenemos el vicio de comenzar a hablar y olvidamos que los demás tienen también algo que decir. Supongo que es por nuestra naturaleza aristocrática. Mi hermano es un duque espléndido. Es apuesto, con un porte elegante. Tiene un título de alto rango, una fortuna inmensa y, pese a que su carácter es el de un dictador todavía más impresionante que el propio Napoleón, con la mujer adecuada podría limar sus… hábitos superiores —le dijo a Morgan, quien entendió que acababa de darle referencias para que ejerciese de casamentera.

—*Lady* Venus —terció la Duquesa Infame, antes de que Hardcastle le armase un consejo de guerra o acabase enviándola a remar en un gran navío—, sería para mí un inmenso placer buscarle una pareja adecuada a su hermano, pero debe saber que no actúo nunca por mediación de otra persona. Entiendo que quiere mucho al duque y que solo desea lo mejor para él. —Dichas palabras estaban destinadas a rebajar la tensión que presentía en Hardcastle—. Pero debe entender que tiene que ser la implicada, o el implicado en este caso, quien solicite mis servicios. Su hermano está muy a gusto con su soltería, por consiguiente, debemos dejarlo disfrutar de su libertad. En especial usted, *milady*.

Venus no perdió ni un instante su preciosa sonrisa.

—Mi hermano me cuidó cuando mis padres murieron, ahora que soy mayor, me corresponde ese derecho a mí, señorita Pusset, así que haré lo que haga falta para asegurar la felicidad de mi adorado Hardcastle, con o sin su ayuda, aunque usted me facilitaría mucho la labor.

—Venus, te has excedido por completo —la regañó con gran seriedad su hermano.

—¿Quererte y pretender lo mejor para ti es algo que deba ser censurable, hermano? —preguntó con el ceño fruncido.

—Lo que es impertinente es que hables de mí con personas extrañas como si yo no estuviera presente.

—¿Extrañas? Nada de eso. El señor Sallow y la señorita Pusset son buenos amigos nuestros. Y el señor Digory ha hecho alguna que otra gestión para ti, así que nos conocemos todos muy bien. Y por descontado sé que estás a mi lado, Hardcastle.

—Te concederé el viaje a los Estados Unidos de América que tanto pareces estar anhelando, Venus.

—Iré si vienes conmigo. —Amplió su sonrisa.

—Ahora, si nos disculpan, mi hermana y yo seguiremos nuestro camino. —Esa fue la despedida de Hardcastle.

—Un camino que podría tornarse en un nuevo viaje. ¡Qué emoción! —habló Venus—. Siempre que mi hermano se topa con ustedes dos —ella miró a Sallow y a Morgan— algo excitante sucede en mi vida. Deberíamos vernos más a menudo.

—Tal vez su hermano debería ingresarla en un sanatorio para enfermos mentales. —Brendan Sallow se había propuesto no hablar ni con el duque ni con esa dama tan problemática, pero falló estrepitosamente en cuanto las palabras salieron de su boca. Y supo que había dicho algo horrible cuando Hardcastle avanzó un paso hacia él.

Lo siguiente que ocurrió fue que tanto Venus, como Morgan y el propio Ethan Digory se interpusieron entre Sallow y el duque. Una maniobra que pretendía evitar un grave altercado.

—Hyde Park está muy concurrido —tomó la palabra el abogado—. Considero que sería buena idea que cada cual siguiese su camino sin armar un escándalo.

Ethan vio al duque apretar los dientes.

—Han sido las palabras de un amigo, hermano. —Venus salió en ayuda de Sallow—. Tú mismo has dicho en reiteradas ocasiones que los verdaderos compatriotas no tienen que andarse con pies de plomo cuando media entre ambos la confianza.

—Te ha insultado —ladró Hardcastle—. ¡Y él no es tu amigo, Venus! Lo cierto es que no es nada tuyo. —Solo la mera idea de que ese malnacido arrogante de Sallow pudiese pensar en su hermana le producía urticaria.

—Tú mismo dices a todas horas que deberías ingresarme en Bedlam —le recordó con suavidad Venus al duque.

—¡Yo soy tu hermano! Puedo decir sobre ti lo que se me antoje. Nadie más tiene derecho a hacerlo.

Venus se sintió protegida y halagada a la vez. Hardcastle era un bruto, un clasista, pero siempre podría contar con él. La dama se enroscó en torno al brazo de su hermano.

—Eres un gruñón y necesitas una mujer que te quiera y aprecie tanto o más que yo misma. Rechazas la ayuda de la señorita Pusset, pese a que el mismísimo duque de Rothgar se declara un adepto de sus métodos y la duquesa de Darkworth se ha proclamado su patrocinadora. Te daré algo más de tiempo, hermano, un periodo en el que espero que hagamos otro viaje tan maravilloso como nuestro *tour* por Europa, pero el próximo año te casarás.

—Eres molesta, Venus. —Fue la escueta respuesta del aludido, mientras emprendía la marcha a toda prisa con su hermana.

A Sallow no le gustó ver lo brusco que estaba siendo el duque con la muchacha, pues la llevaba al trote, de un modo despótico, sin preocuparse por si ella pudiese dar un mal paso y caer.

Brendan avanzó una zancada hacia delante sin darse cuenta de lo que hacía. Morgan lo interceptó de inmediato.

—Ni se te ocurra ir tras ella, o Hardcastle te llamará al alba y te hará ir con tus padrinos. —Se agarró a él para evitar que hiciera una tontería.

—No seas obtusa, Morgan, no puede retarme a duelo, no ostento un título y por lo tanto no soy un caballero. Además, no iba a ir tras ella. Solo deseo volver a casa de una maldita vez —ladró.

Ella suspiró. Brendan no había dejado de mirar la estela por donde se había marchado la hermana de Hardcastle ni un solo segundo. Ni tan siquiera para hablarle.

—Esa muchacha no es para ti, Brendan.

—¿Quién te ha dicho que la quiero? —preguntó con enfado.

—Nadie, pero solo pretendo que sepas que…

—Ya basta, Morgan. Suéltame antes de que Digory comience a pensar que el incesto está a la orden del día entre nosotros.

El abogado los observó con atención y luego procedió a preguntar:

—¿Juegan ustedes a protegerse de ese modo cuando un pretendiente, pretendienta en este caso, no es de su agrado?

Ethan había entendido perfectamente que Morgan había simulado ser mucho más que una hermana para Sallow. No le había gustado, porque se formaron los amargos celos y tuvo alguna duda sobre si ella le había dicho la verdad sobre su relación. No obstante, Hardcastle mismo había actuado con su hermana *lady* Venus del mismo modo que el señor Sallow con Morgan hacía escasos minutos. Era decir: teniendo que soportar la actitud insolente de la muchacha.

—Nuestro parentesco es un secreto que solo usted conoce, señor Digory —le informó Morgan. Él consideró la posibilidad de que ella le hubiese podido leer la mente.

—La discreción es mi profesión, pero le confesaré que no me agradan lo más mínimo los engaños —dijo Ethan.

—Hardcastle creía que Brendan espiaba a su hermana, fue necesario inducirlo a creer que la relación entre mi hermano y yo era algo más que fraternal, porque coincidirá conmigo en que no es sensato molestar a un duque ni a su hermana.

—Supervivencia. Sí que la entiendo, pero de todos modos, el señor Sallow no ha podido despegar la vista de la dama y eso, estoy seguro de que Hardcastle lo ha debido notar.

—¡Sandeces! —exclamó el aludido—. No he despegado los ojos de ella porque esa jovencita es capaz de meter en problemas a un santo y yo temía que acabásemos en la hoguera solo por estar escuchándola. Fin de la historia. Al próximo que diga algo con respecto a la hermana de Hardcastle que me incumba a mí, lo mando de un puñetazo a la luna. Poco me importará si es mi hermana o su maldito pretendiente.

—Eres igual de déspota que el duque que se ha marchado, Brendan. Te haré caso y dejaré a un lado el asunto. Con un poco de suerte, ella convencerá a su hermano para visitar una tierra lejana y no tendremos que verla durante un tiempo.

—Despídete de Digory, Morgan, es hora de volver a casa. —No le interesaba seguir con la cuestión y cambió de tema de conversación. Necesitaba alejarse del bobo Digory, olvidar al arrogante Hardcastle y borrar de su mente a la muchacha desquiciante.

—Pero tenemos que hablar con Terring para… —comenzó a explicarle ella. Una excusa para seguir paseando con Ethan, por supuesto.

—Terring debe de estar en su propio hogar ya, o en su club de caballeros si es allí a donde se dirigía. Un tipo afortunado, sin duda. Lo has perdido, hermana, porque has preferido parar a departir con Hardcastle.

A la señorita Pusset no le pasó desapercibido que Brendan no había nombrado a *lady* Venus. ¿Qué tendría de importancia esa muchachita pecosa, de voz estridente, que solo sabía jurar por los complementos de su abuela? Mujeres más mundanas, maduras y atractivas habían tentado a Sallow y él se había resistido a ellas. Morgan no entendía nada. Decidió seguir los dictados de la razón y olvidarse de la hermana de Hardcastle para no irritar más al mastodonte.

Y si ella hubiese podido escarbar en la mente de Sallow, habría visto que a su hermano de corazón le había dolido el hecho de que la pequeña petulante no se hubiese mostrado ni un poco celosa cuando Morgan lo reclamó como suyo. Lo cual era una estupidez tremenda, porque Brendan no estaba interesado en *lady* Venus.

Bueno, sí. Estaba interesado en no volver a verla en toda su vida. Eso era.

Ajeno a los pensamientos de Brendan, el abogado se veía en la obligación de luchar contra la pérdida que sentiría cuando Morgan Pusset se marchase a casa.

—¿Cuándo volveremos a encontrarnos? —La pregunta de Ethan salió sin darse cuenta.

Sallow maldijo por lo bajo. Morgan frunció el ceño.

—¿Qué? —inquirió ella, pues tal vez sus oídos le habían jugado una mala pasada.

—Quiero decir que si asistirá a la fiesta que ofrece esta noche la baronesa de Rosigns.

—¡Oh! —exclamó desanimada—. No, tengo otros planes.

—¿Los compartiría conmigo, señorita Pusset?

Ella le sonrió pletórica. No entendía lo que se proponía el abogado, pero estaba complacida al notar el interés de él.

—No —se interpuso Brendan en la conversación—. Si el destino quiere que ambos os volváis a encontrar, estoy seguro de que no es necesario nada más.

—¡Brendan!

—A casa, Morgan —le ordenó.

—Entiendo tan bien a *lady* Venus que podría mandarte yo a ti a remar a galeras. —Las dos adolecían de lo mismo: un hermano muy molesto y tiránico.

—¿Quieres que te cargue sobre mi hombro, hermana?

Ella rodó los ojos. Mejor sería darle información a Digory sobre los planes nocturnos que tenía, pero un ruido extraño hizo que su atención se desviase de sus intenciones.

A continuación, sintió una mordida en el brazo derecho. Lo siguiente fue ver a Digory lanzándose sobre ella mientras Brendan protegía su espalda.

Alguien acababa de disparar a Morgan Pusset.

Por si eso no fuese bastante malo, lo que vio mientras sentía que sus ojos se iban a cerrar para inducirla hasta una oscuridad que bien conocía y contra la que no podría luchar, hizo que su alma le cayese a los pies.

Un viejo conocido, más bien un antiguo amante, pareció ser conjurado de la nada.

Knife estaba al otro lado de Hyde Park.

—Brendan, me ha encontrado. Tienes que protegerme de él —logró decir, justo antes de desmayarse por completo en los brazos de Ethan Digory.

***

Estaba en la cama.

Morgan abrió los ojos de par en par y supo que se encontraba en su habitación. Reconoció las molduras que adornaban el techo, también el dosel de la cama. Lo que no le resultaba tan familiar eran los gritos

que escuchaba. Varios hombres se estaban peleando.

Un dolor en el brazo captó toda su atención. ¡Dios! Era la segunda vez que le habían disparado, pero en esta ocasión la herida se sentía más superficial, aunque estaba muy adormecida.

Agachó la mirada hacia el lado donde sentía una pequeña molestia y lo recordó todo. Se había desmayado, pero no por la bala que estuvo cerca de incrustarse de lleno en su carne, sino por la figura masculina que se había materializado de la nada.

Knife.

Lo había visto. De algún modo él había estado allí, en Hyde Park, y en cuanto el chasquido del disparo llegó alto y claro, lo vio salir corriendo hacia la derecha. Asustado.

Los gritos que tenía cerca la sacaron de sus pensamientos y Morgan centró su atención en el lugar del que provenía la discusión. Alzó la cabeza y vio a Greyson y a Brendan sosteniendo por los brazos a Ethan Digory. El abogado estaba luchando para que no lo sacaran de la habitación.

Ella lo vio muy decidido a plantarles cara y parecía que sus guardianes estaban teniendo problemas para hacer cumplir su voluntad, porque el letrado se veía fiero, colérico más bien.

El corazón de Morgan batió con ansia. Era un espartano dispuesto a luchar con los tiranos que no le permitían lograr su objetivo.

Ella era su misión. De alguna manera sabía que ese hombre correcto y sosegado estaba dispuesto a todo para quedarse a su lado.

Morgan Pusset lo necesitaba junto a su cama. Precisaba escuchar su voz, sentir una caricia suya. Ser la receptora de su preocupación. Sentirse querida, de otro modo muy diferente al que estaba acostumbrada con Brendan y Greyson.

Luchó contra las tinieblas que la llamaban a gritos para continuar consciente.

—Ethan… —susurró. Sentía la boca seca y pastosa.

No tendría las suficientes fuerzas para salir de la cama. Puesto que la herida estaba curada y vendada, Morgan apostaba su mala suerte a que el galeno que la había visitado le habría dado alguna medicina para mantenerla tranquila.

—El señor Digory tiene prisa, Morgan. Ya se marcha —observó Greyson Amery, quien estaba en esos instantes luchando solo contra el abogado, pues Brendan corrió hasta la cama de Morgan.

—¡De ninguna manera pienso dejarla sola! —bramó Ethan.

—Sácalo de aquí ya, Greyson, está perturbando la paz de Morgan —ordenó el mastodonte.

—Le necesito, Brendan —suplicó la dama.

—Maldición —señaló por lo bajo su hermano para después ladear el rostro y buscar a Ethan Digory y decirle—: Más te vale no estar jugando con ella, porque acabarás de verdad en el Támesis.

De ese modo, el grandullón comenzó a caminar hacia la puerta de salida y se llevó a Greyson con él. Ethan Digory aprovechó su liberación para ir hasta la cama donde ella estaba acostada. Iba sacando pecho porque la había escuchado alto y claro. Lo necesitaba a él. A un hombre que no se había peleado nunca con nadie y que se habría liado a puñetazos si tanto el estúpido Sallow como el bobo de Greyson Amery no hubieran tratado de aplacarlo.

Le tembló el pulso, cuando la observó con atención tendida en la cama, no por una sensación de deseo, más bien por todo lo contrario. Era lástima, temor y excesiva preocupación. Todo junto. Por él y por ella, en especial por la dama.

Morgan Pusset era fuerte y dura. Decidida también. Su aspecto era siempre el adecuado, pues eclipsaba con su seguridad a todas las mujeres que tenían el valor de colocarse a su lado. En esos momentos, ella no presentaba esa imagen en absoluto. Su rostro estaba ceniciento, su pelo revuelto, su mirada un poco perdida. Lo más preocupante de todo era que se veía sin fuerzas, delicada.

Ethan Digory estaba en una encrucijada más complicada que la que un caballero pudiese vivir en Tierra Santa. Un cruzado a su lado tendría más posibilidades de enfrentar su destino, pues en cuanto la vio tambalearse de lado a lado en Hyde Park, para después caer inconsciente, se temió lo peor.

Había tardado demasiados años en toparse con una *rara avis* como ella y la idea de perderla lo dejó al borde del pánico.

¡Qué diantres!

Lo dejó nervioso, más agitado que un budín. Y de alguna manera esa posesividad que lo había rondado despertó iracunda y feroz. No podía perderla porque era suya. ¿Desde cuándo un hombre de letras, uno muy sensato y despreocupado, tenía esa clase de sentimiento tan poderoso por una mujer?

Morgan Pusset no le convenía en absoluto. Ni por su situación ni por su estatus social y, sin embargo, la razón se evaporaba en cuanto se cruzaba con ella.

Un tiro.

Alguien había osado tratar de dañar a la mujer de la que se había propuesto huir pero de la que no lograba alejarse en absoluto.

La pudo haber perdido. Todavía no estaba seguro de que una

infección no fuese a aparecer para arrebatársela. Podría morir y él no le habría dado más que unos besos que le sabrían a poco de ahí a la eternidad. Era crucial hacer algo.

Ethan Digory tenía que tomar una decisión con respecto a Morgan Pusset. Lo que hiciese a partir de ese momento marcaría el camino de ambos. Ethan dejaría de ser un respetable abogado y las sombras se cernirían sobre él, porque ella no abandonaría jamás su estilo de vida, sus ideales. No podría arrastrarla hasta su mundo, sino que sería esa mujer excitante y decidida la que lo llevaría a él al lado oscuro.

¿Valía la pena dejarlo todo por amor? ¿¡Amor!? No estaba sobre la mesa dicho sentimiento. Solo había deseo. Un deseo por acariciarla, por besarla y reclamarla, que le hacía doler el alma y el cuerpo.

Bien pensado, verla tendida sobre la cama, aunque su estado de salud no fuese el idóneo, sí que le hacía hervir la sangre.

Estaba junto a ella, sentado sobre el colchón de plumas. No se atrevía a tocarla por si le hacía daño, pero los dedos le picaban por acariciar su rostro, su cabello alborotado, por ofrecer palabras de ternura.

—Me has dado un susto de muerte, Morgan —le dijo en cambio sin rozarla, eso sí, olvidándose de la cortesía que un caballero debería ofrecer a una dama. Bueno… No era para tanto. Estaba en la habitación de una mujer soltera y no tenía ni un solo remordimiento. La sociedad lo condenaría a la horca si descubriese la transgresión. Dado que no pensaba dejarla sola hasta que supiera que no corría ningún peligro, podría acabar en la Torre de Londres con una preciosa sonrisa. Morir por una mujer como Morgan Pusset valdría la pena.

—¿Vas a regañarme? —inquirió, luchando con la pesadez de sus párpados.

—No, pero en cuanto averigüe quién ha osado atreverse a causarte daño… —Frunció los labios.

Ethan Digory no era violento por naturaleza. Ni celoso ni posesivo. Su vida estaba cambiando porque sus pensamientos eran homicidas y su actitud dejaba en claro lo que Morgan le inspiraba. Lucharía contra cualquiera que se atreviese a interponerse entre esa mujer y él.

—¿Qué? ¿Qué harás? —preguntó curiosa y con el corazón latiendo con más fuerza.

—El médico ha dicho que debes descansar. Y es lo que vas a hacer en este mismo momento —le ordenó.

Ella le sonrió. Ah. Era decidido. No un hombre tan débil y manejable tal y como supuso en cuanto lo conoció. Ethan Digory tenía muchas caras y ella sospechaba que todas le gustarían.

—¿Por qué estás aquí, Ethan? Dime la causa por la que percibo preocupación hacia mí. —Usó su nombre de pila por primera vez. A él le gustó escucharlo.

—Sabes muy bien el motivo por el que me hubiese enfrentado a la muerte por ti, Morgan.

—Dímelo de todos modos. Pues resultas tan contradictorio que no me atrevo a ilusionarme.

—Me agradas muchísimo —dijo sin pensarlo—. No había previsto que pudieses tener un efecto tan potente en mí, en especial porque había decidido alejarme de ti después de nuestro último encuentro en casa del duque de Rothgar el año pasado, pero me resulta imposible evitarte o dejar de pensar en ti.

—Entonces, no te alejes ni dejes de pensar en mí —le sugirió mientras cerraba los ojos—. Ahora tomaré en cuenta tu consejo y descansaré. Me han debido de dar láudano y estoy muy cansada.

—Voy a tocarte, Morgan Pusset, porque siento que hace una eternidad que mereces una caricia sincera mía. —Era el modo en el que le estaba pidiendo permiso para poder rozarla.

—Llevo una eternidad sintiendo que he estado a una caricia de ti, Ethan Digory.

El abogado interpretó que el permiso le había sido concedido. Se colocó todavía más cerca de ella, con cuidado de no perturbar su comodidad y le acarició primero el rostro, luego el cabello. Pasó un pulgar por encima de sus labios también.

—Yo siento que no podré dejar de acariciarte mientras viva, Morgan Pusset. Tuve el corazón dolorido durante mucho tiempo, lo único que te ruego es que no me lo rompas de nuevo. —La fuerte desventura del pasado con la única mujer que prefirió a otro antes que a él, a la que había amado con todas sus fuerzas, lo dejó devastado. No lograría sobreponerse de nuevo a un infierno similar si Morgan le hacía daño.

La creencia de que un hombre no sufría por amor era una mentira universal. Tanto un género como otro sentía dolor, ya fuese físico o mental.

Había esperado toda una vida a la mujer adecuada, si Morgan Pusset era la que Dios le tenía preparada, ¿quién era él para luchar contra los designios del Creador?

—Nunca… —musitó ella con los ojos cerrados. Era hora de descansar, recuperarse, porque había mucho por lo que vivir.

A continuación, Ethan Digory se colocó con extremo cuidado sobre sus labios para sellar ese intercambio de promesas con un beso ligero.

Por lo que a Ethan Digory se refería, Morgan acababa de definir las bases de su futuro.

Del de ambos en realidad.

No había vuelta atrás.

Capítulo 8

Una entrevista tardía

Brendan Sallow no tenía el don de la paciencia. Menos cuando sabía que un hombre no le convenía a una de sus hermanas.

Primero tuvo que lidiar con el duque de Darkworth porque ese petimetre se interesó en Althea. No le gustó ni un poco en cuanto lo vio. Lo odió con ganas en el momento en el que supo su título. Lo toleró en el instante en el que habló de forma abierta con él. Lo tuvo que soportar cuando Althea se enamoró profundamente de él.

Ethan Digory no le agradaba en absoluto. Tenía la sensación de que ese pulcro y recto caballero saldría corriendo a la menor complicación.

De acuerdo.

Cierto que el abogado había presenciado el intento de asesinato de Morgan y se mostró muy sereno cuando ocurrió. Cierto también que se había comportado como un cavernícola en cuanto trataron de sacarlo de la habitación de Morgan… En realidad Brendan había esperado que él aprovechase la ocasión para salir disparado de allí y no regresar jamás, así que estaba sorprendido ante la reacción de Digory. Y aun así ese tonto no le gustaba en absoluto.

Darkworth al menos fue un duque que tenía potestad para hacer su santa voluntad y podría proteger a Althea de todas las habladurías. De hecho lo hizo en su momento y lo continuaba haciendo. Pero Ethan Digory no tenía tanto poder como el esposo de su medio hermana, era más, ese abogado dependía de su reputación para poder subsistir en sociedad porque muchos le darían la espalda. Un acercamiento con Morgan lo pondría en la picota y no le veía un fuerte carácter para soportar la aventura que sería defender a su hermana de corazón frente al resto del mundo.

En conclusión: Ethan Digory no tenía cabida en sus vidas y cuanto antes se librase de él, mejor les iría a todos, en especial a Morgan. Ahorrarle el sufrimiento que Brendan sabía que le traería a su

protegida era su misión. Esa y esclarecer el asunto del disparo.

La había escuchado con claridad cuando se desvaneció en los brazos del maldito Digory. El abogado también estaba al corriente de lo que ella le pidió antes de cerrar los párpados, por lo que Digory no había parado de preguntar por la identidad de ese «Él» de quien Morgan le había pedido que la salvase.

Sallow no le contó nada sobre Knife. Creía que ese hombre se había quedado en el pasado. No le agradaba nada. De hecho nunca lo toleró y de súbito había regresado.

Hardcastle tampoco no le caía bien. No lo soportaba. Lo odiaba más bien, pero eso era porque Brendan aborrecía a todos los duques de Inglaterra. Y como a un enemigo declarado, le deseaba lo peor. El mayor drama que podría sucederle a Hardcastle era que su molesta hermana Venus se enamorase de un caballero al que el duque no aprobase en absoluto. Eso sería un castigo más que merecido, porque a Brendan comenzaron a salirle canas en cuanto Althea se fijó en Darkworth, y en esos momentos en los que Morgan había dejado más que claros sus deseos por Digory, el cabello se le estaba tornando verde.

—¿Adónde vas? —le preguntó Greyson Amery en cuanto lo interceptó en la puerta de salida de la casa que ellos tenían en Mayfair.

Acababan de dejar a Morgan al cuidado de Ethan Digory, un hecho que Brendan sabía que le provocaría un sarpullido o algo peor. Tal vez le saliese un bulto de esos malignos que no tenían cura, porque el abogado se sentía como una enfermedad mortal.

—Tengo una sospecha de quién puede estar tras el disparo de Morgan.

—¿Quién? —se interesó su amigo.

—Debo confirmarlo primero.

—Dirás que vas a matarlo y que luego le preguntarás al cadáver del hombre.

Brendan le mostró una sonrisa torcida.

—No me tientes, Greyson.

—¿Debo acompañarte?

—No, esto es cosa mía.

—¿Y qué quieres que haga con Digory? No debería estar con Morgan a solas en su habitación.

—Lo sé, más porque ella solo tiene un rasguño.

—¿Un rasguño?

—Sí.

—¿Y la has atiborrado a láudano? —preguntó extrañado.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué le has dicho al médico que ella sentía tanto dolor si solo es una pequeña herida? —Greyson no entendía nada.

—¿Tú qué crees?

—¿Por Digory? —graznó.

—Por supuesto que es por el maldito abogado. Mientras ella esté durmiendo, él no podrá hacer nada inapropiado con Morgan.

—¡Pero si lo has dejado quedarse en su compañía con suma facilidad! Solo tenías que haberme dejado sacar la pistola para apuntarle. Te aseguro que se le habrían quitado las ganas de regresar para siempre.

—¡No es tan fácil!

—¿Porque Morgan ha dicho que lo necesitaba? Lo último que precisa una mujer como ella es a un tipo como Digory. Se lo merendará y él no sabrá ni cuándo lo engulló.

—Tenemos que librarnos de él —comentó Brendan.

—¿Ahora lo dices? ¿Después de permitirle arroparla y Dios sabe qué más? —Amery no comprendía la actitud de su amigo.

—Voy a salir y no tardaré demasiado. En algún momento el maldito abogado tendrá que ir a su casa a asearse, cambiarse de ropa o lo que sea. No le ofrezcas ninguna comodidad, hay que intentar que salga de aquí.

—¿Qué tienes pensado?

—Hasta que todo este asunto se aclare, Morgan se quedará en casa de Althea. Darkworth tiene a un regimiento de sirvientes capaces de protegerla, antiguos militares la gran mayoría. Es una suerte que los duques hayan decidido dejar atrás la temporada y disfrutar de la tranquilidad del campo. La llevaremos allí aunque se resista.

—¿Pretendes secuestrar a Morgan? —inquirió asombrado.

—Es lo mejor para ella. ¿Te opones? —lo retó.

—En absoluto, pero cuando se entere de lo que has hecho pienso echarte toda la culpa a ti. Diré incluso que me diste un puñetazo para obligarme. O tal vez que me colocaste mi propio cuchillo en el cuerpo. Te conoce bien y sabe lo lejos que llegarías para protegerla, así que no me costará trabajo convencerla para que solo te mate a ti.

El señor Sallow frunció el ceño.

—¿Te da miedo la reacción de Morgan?

—A ti, ¿no?

—¡Los problemas de uno en uno, Greyson! —gritó—. La pondremos a salvo y luego veremos qué hacer con su enfado.

—¿No te olvidas de algo?

—¿De qué?

—Morgan está enfrascada en una de sus misiones como Duquesa Infame. No dejará atrás a Tabitha Edevane.

—Alguien ha tratado de asesinarla. Lo primero es su seguridad, luego estarán sus obligaciones.

—¿Debo recordarte, que para bien o para mal, Morgan ha hecho de la señorita Edevane su secretaria? Sabe demasiadas cosas sobre ella como para dejarla sin protección. El villano que pretende dañar a Morgan podría ir a buscarla para sonsacarle información.

—¿Qué me estás pidiendo que haga?

—La escritora tiene que acompañar a Morgan, porque podrían usarla para sacarle información y por eso está en peligro también.

Brendan se pasó nerviosamente la palma de la mano por el pelo. Estaba preocupado, cansado y harto de tener que lidiar con una dificultad tras otra. Althea dio menos problemas de los que intuía que iba a darle Morgan a corto plazo.

—Primero alguien trató de hacerle daño a Althea y ahora a Morgan. Tal vez el personaje de la Duquesa Infame debería morir, así todos seríamos más felices.

—Eso hubiese sido posible antes de permitir que Morgan saliese a la luz sin ningún tipo de disfraz y que pregonase en los folletines de sociedad que ella era la Duquesa Infame. Ahora es imposible. Tú lo has hecho imposible —lo acusó Greyson.

—¿Sabes que no haces más que crearme problemas y que aportas pocas soluciones?

—¿Entiendes que Morgan nos manipula a todos a su antojo?

—Sí, maldita sea. Lo sé muy bien —gruñó Brendan.

—No mates a la voz de la conciencia.

—¿Tú eres la voz de mi conciencia? —preguntó incrédulo.

—Eso parece, Brendan. Ve a atender tus asuntos y en cuanto nos deshagamos de Digory iréis a Darkworth Park. No tardará demasiado en correrse la voz de que la Duquesa Infame ha estado en peligro, y Althea lo dejará todo para venir a regañarnos por no custodiar bien de Morgan. Así que como has permitido que el abogado la cuide desinteresadamente, yo iré a buscar a la señorita Edevane para avisarla de que la escoltaré hasta la casa de Althea.

—¡Como si pudiésemos protegerla sin hacerla enfadar! —ladró, para luego salir por la puerta y golpear la madera con furia al cerrarla.

***

El Secreto de las Delicias.

Un club en el que pensó que no volvería a poner un pie. Lo hizo una vez cuando regresó del viaje que los llevó a Althea, a Morgan y a él mismo por Europa para averiguar lo que había sido de Knife, el antiguo pretendiente de Morgan.

Sobra decir que en aquel intercambio de palabras, muchas fueron malsonantes, con gritos y amenazas incluidas. Pronunciadas tanto por Knife como por él mismo. Lo único que se sacó de provecho de aquella reunión fue la promesa de uno y otro de que no se volverían a ver y no se molestarían jamás. Eso incluía a Morgan también, porque Brendan tuvo la palabra del dirigente del club de que no se acercaría a Morgan nunca. Y creía que el villano lo había cumplido… hasta el presente día.

Si Ethan Digory era una mala elección para su hermana de corazón, Knife lo era todavía peor.

A ambos les había costado salir de las cloacas y hacerse un hueco entre las altas esferas. No regresarían al East End. No retrocederían los avances consolidados. Morgan merecía más de la vida, tal vez un duque, si Brendan los aprobase, pero desde luego no pudo permitir que ella hubiese regresado al lado de Knife. Y un abogado tampoco era la solución. Entonces, ¿quién era adecuado y perfecto para Morgan? Brendan Sallow no había encontrado la respuesta a dicha pregunta, pero estaba convencido de que cuando se topase con el pretendiente ideal lo reconocería sin problemas.

El caballero que tenía que bajarle la luna a Morgan Pusset no había llegado todavía. Brendan debía seguir custodiándola y apartándola de los moscones con pretensiones que no estaban a la altura de la Duquesa Infame. Lo había hecho con Knife dos veces. La primera cuando se desató aquel altercado y se la llevó sin mirar atrás. La segunda cuando regresaron a Londres y lo avisó de que debía dejarla en paz para siempre.

Morgan no era un recipiente vacío. Era una intelectual, una estudiosa de la filosofía, una mujer con tanta pasión en su interior que precisaba de alguien que estuviese a su mismo nivel.

—¿Berel? —le preguntó el hombre que custodiaba la puerta del club que dirigía Knife.

Ah. Berel Iron. Uno de tantos nombres que había utilizado en sus años más oscuros.

—¿Pequeño Will? —indagó sorprendido.

—No tan pequeño ya, señor Iron —le respondió el pelirrojo que lo miraba con admiración.

Al reconocerlo, Sallow le tendió la mano y se saludaron efusivamente.

William Smith era uno de tantos niños que no tuvieron nada en su infancia. Pherson los aleccionaba para robar y cuando se convertían en hombres fornidos, como el que tenía delante, los utilizaba como matones.

—Me alegro de verte, Will. Te ha ido bien estos años.

—Un traje de seda, un elegante sombrero de copa y unos zapatos más relucientes que el culo de un príncipe. Yo diría que a ti te ha ido mejor, Iron.

—No me puedo quejar. Supe buscar dónde arrimarme para hacer negocio. —No diría que su medio hermana de sangre, Althea, quien no tenía idea de la conexión que compartían, lo había trasladado a su mundo de lujos y brillo.

—¿Qué te trae de regreso a un club mediocre como este, cuando supongo que en Londres puedes codearte con cortesanas más limpias y bellas que las putas que hay aquí?

—No hables así de una mujer, Will —le dijo con seriedad.

Sallow no olvidaría nunca que Morgan se propuso para utilizar su cuerpo con la finalidad de que ambos pudieran comer. Si él no hubiera dado con Althea gracias a Greyson Amery tantos años atrás, y su hermana de corazón hubiese tenido que desempeñar una labor tan peligrosa y deshonrosa para subsistir, no dejaría que nadie la calumniase ni le faltase al respeto. Cada mujer optaba por un camino u otro en función de las trabas que encontrase a lo largo de su vida. No estaba bien condenarlas por tratar de sobrevivir y llenar la barriga.

—No pretendía ofender a nadie —se arrepintió de inmediato Will.

El que una vez fue un niño pegado a los zapatos de Brendan era ya todo un hombre muy capaz de pelearse con un rival como él mismo y salir indemne, pero Will sentía un tremendo respeto por Brendan, dado que siempre lo trató bien y se preocupó por su bienestar y el de su madre, quien también fue una prostituta antes de morir de sífilis.

—Necesito ver al jefe.

Will se puso nervioso. Sallow sintió la tensión del joven de inmediato.

Todo el mundo en el club conocía la historia del tiroteo que se produjo entre Alan Pherson y Knife. Tras aquella lejana refriega que protagonizó contra el anterior propietario, el primer amor de Morgan se quedó con todo lo que le pertenecía a Pherson. Incluidos los bienes materiales y también a una mujer. A una a la que Brendan recordaba muy bien. No solo fue Morgan la que experimentó el amor y el placer

en aquel burdel del East End que dirigía Pherson.

Brendan se había enamorado de una dama que no era para él. Sarah Adeston, un alma solitaria que sufría a manos de un bárbaro. Una mujer caída en desgracia que una vez transitó por lo más alto de la sociedad.

¿Superaría alguna vez la culpa por haberla dejado a su suerte en favor de Morgan? No.

Brendan Sallow había aprendido a convivir con sus errores. Sarah Adeston era el más grande que una vez cometió.

Su Sarah era la esposa de Knife. Entre ambos dirigían el club. Ese dato lo averiguó cuando regresó a Londres después de su *tour* europeo con Althea. No se asombró demasiado al conocer la noticia, pero algo dentro de él se rompió.

No se sorprendió de que el personal de Knife no lo tuviese en buena consideración. Se especuló sobre que Berel Iron —el alias que usaba en aquel entonces Brendan— le robó la novia a Knife y que este por represalia se quedó con Sarah.

Fue un ojo por ojo, dirían muchos.

—No es buena idea, Iron.

—Lo sé, y pese a no serla no me iré sin verle. ¿Comprendes lo que te digo, hijo? —le preguntó con seriedad.

El pequeño Will, quien no era para nada menudo, se sonrió.

—No me gustaría tumbar a un viejo, señor Iron. —Usó la formalidad porque le pareció más correcto.

—¿Das por hecho que me ganarías solo por los años que te saco?

—Tampoco me gustaría probar que puedo ganarte.

—Las cosas son así, Will, o entro por las buenas o por las malas, pero voy a entrevistarme con Knife de un modo u otro.

—Ya sabes cómo va esto, Iron —le trató sin formalidad de nuevo porque se avecinaba una pelea—. Habrá de ser por las malas o perderé mi empleo.

—Lo comprendo. Trataré de no magullarte demasiado, pero en tu favor tendrás el honor de decir que te redujo Berel Iron. Todos sabían que yo era el mejor de los secuaces de Pherson, ni tan siquiera Knife era tan efectivo como yo sin los cuchillos.

Sallow ya estaba quitándose la chaqueta y el sombrero. William se había colocado delante de su adversario.

—Te daré un golpe de ventaja, no me acusarán de tumbarte sin darte ese premio —le expuso Will, jocoso.

—¿Qué está pasando aquí? —sonó una voz femenina tras la espalda de Will.

Una belleza madura, vestida en raso morado, estaba saliendo por la puerta principal del club.

Brendan se quedó congelado al reconocer ese timbre de voz.

Sarah.

No necesitó poner sus ojos en el rostro de la mujer para reconocerla. Nunca olvidaría el sonido de su voz. Tampoco sus gemidos en el lecho. Era una mujer con muchas habilidades. Dura y excitante en la cama. Su boca era capaz de tragarlo hasta el fondo y eso que él no era de corta estatura en lo que a su virilidad se refería.

Se puso duro al instante al recordar el pasado. Había habido alguna que otra mujer en su lecho, pero ninguna comparable a Sarah. Las cosas que ella hacía… Era del todo comprensible que el viejo Pherson se la hubiese agenciado de inmediato cuando la poseyó.

—Señorita Adeston —la saludó cortés Brendan, usando su viejo apellido de soltera porque desconocía el de Knife. No sabía ni su nombre de pila. Siempre fue solo Knife.

Los ojos de la aludida dejaron de observar a Will y se posaron en él.

—¿Qué se le ha perdido por estos lares, señor Iron? ¿O debería llamarlo Sallow? Tengo entendido que ahora emplea ese apellido. No importa, Iron o Sallow… todos nos conocemos aquí. Aunque le agradecería que me llamase señora Pherson.

Brendan no detectó más que indiferencia en la voz de la mujer.

—¿Ya no eres Iron? —se metió en la conversación Will. Lo que le valió una mirada severa de Sarah. El guardián de la puerta retrocedió hasta su lugar y se dispuso a mantenerse callado.

—¿Pherson? —Brendan supo de inmediato que algo no cuadraba en la aseveración de ella. El apellido dicho era el del anterior dueño, y le constaba que Knife lo había liquidado sin problemas, pues cuando dio un golpe de Estado, al estilo del propio Napoleón, o mejor dicho, cuando Alan Pherson trató de matarlos a todos, no contó con que Knife ya había orquestado el hundimiento del viejo, por lo que la mayoría de los hombres le eran leales al pretendiente de Morgan y no al legítimo dueño del club. Knife iba a darle su imperio a Morgan en aquel momento y el hecho de que el viejo se enterase de cosas que no debía precipitó la guerra.

No se lo había contado a Morgan, ni lo haría jamás. Ella estaba lejos de todo aquello ya. No tenía caso regresar al pasado.

—Eso he dicho.

—¿Eres Sarah Pherson? —preguntó, sin darse cuenta de la cercanía en su trato hacia ella.

—La misma.

—Pero te casaste con Knife.

—Y por eso soy la señora Sarah Pherson —afirmó con extrema satisfacción al observar que el antiguo señor Iron no entendía nada.

—Un momento… —La cabeza de Brendan comenzó a darle vueltas. Solo había un motivo por el que ella podría ser la señora Pherson—. ¿Era su hijo? —Esa tenía que ser la explicación.

—Por supuesto que era su hijo. Legítimo además. ¿Por qué crees que no aprobaba a tu furcia?

—¿A quién? —Brendan se había vuelto a perder algo.

—En aquel momento se llamaba Barby Bright. Tengo entendido que ahora se la conoce como Morgan Pusset, o más bien como la Duquesa Infame.

—Veo que estás al tanto de todo.

—Al igual que lo estaba en su momento el viejo Pherson. No iba a permitir que su único hijo terminase con una mujer sin nada que aportarle a Knife. Tenía planes para él, unos que no incluían a la Duquesa Infame y sí a una dama de alta alcurnia que estuviese arruinada. Pherson pensaba darle un nuevo aire al burdel, más juegos, menos mujeres pero sí más bonitas y elegantes. No importa, Knife lo hizo, el club ya no es un simple burdel. Es más que eso.

—Pero acabó casado contigo.

—Yo era la elección más adecuada. Conocía bien el funcionamiento del lugar y fui yo la que se quedó para consolarlo después de…

—¿Y él, Sarah? —le preguntó mientras se acercaba hasta ella para quedarse a escasos centímetros de su rostro—. ¿Te tuvo que reconfortar Knife a ti?

—¿Te atreves a preguntarme eso después de dejarme en la estacada, de ir tras las faldas de Barby? —inquirió con ira.

—Supongo que cada cual debe hacer lo necesario y conveniente para su propio beneficio. No te ha ido tan mal tampoco, Sarah.

Sallow le pasó una mano por el rostro para obligarla a ladearlo. Se fijó en un morado. Una gran mancha que tenía sobre el ojo derecho. Ella supo que él estaba viendo ese cardenal y habló antes de que Brendan preguntara:

—Es hijo de su padre y hay conductas que se heredan, así que después de todo, la afortunada es Barby. Escapasteis y, por lo que veo —lo examinó de arriba abajo—, no os podéis quejar del resultado.

—Morgan ayuda a mujeres como tú —dijo, tragándose el nudo que se le había formado en la garganta.

Sarah estaba siendo maltratada por su esposo. Por Knife. Tenía al fin la confirmación de que había hecho lo mejor para su hermana de

corazón. Un bruto siempre era un bruto. La violencia era parte de la sangre de Knife. Hubiese acabado pegándole a Morgan si él no se la hubiese llevado.

La absolución por sus decisiones le llegó, haciéndole sentir más ligero, quitándole de pronto un peso que no sabía que portaba en los hombros.

Había obrado bien. La separó del hombre al que decía amar y tal vez la salvó de una vida llena de dolor y más injusticia.

Brendan lo veía claro. Pero dolía. Le ardía el pecho por no haber podido llevarse a Sarah con él.

—¿Mujeres como yo? ¿A qué te refieres exactamente? Porque como sea un insulto te aseguro que permitiré que William termine lo que ambos estabais a punto de empezar —lo amenazó.

—Mujeres que merecen más, que sufren a manos de los hombres que juraron que las protegerían y amarían hasta el fin de sus días, que quebrantan una y otra vez sus sagrados votos matrimoniales. Morgan puede ayudarte.

Sarah se rio sin ganas. Una risa malévola y agria, proveniente de una mujer amargada. Brendan se compadeció de ella de inmediato.

—¿Morgan? ¿Qué podría hacer ella por mí ahora? Estoy acostumbrada a estar sola frente a los problemas. Una vez confié y perdí. Fue años atrás cuando necesité a un hombre, uno que se mostró ante mí luciendo su brillante armadura y me juró que me cuidaría y amaría mientras viviese.

Ah. El puñal que ella había lanzado había dado directo sobre su corazón. Le falló.

—Lo siento. No puedo deshacer mis pasos ni regresar el tiempo atrás, pero…

—Dime una cosa, Berel.

—Pregunta lo que desees.

—En caso de haber podido retroceder las agujas del reloj, ¿habrías actuado de un modo diferente? ¿Me habrías elegido a mí en vez de a Barby? —Brendan frunció los labios. La respuesta era compleja. Tenía un deber moral con respecto a Morgan, y salvo el maldito Digory nadie sabía que ellos eran más hermanos que otra cosa—. Lo sabía. No creí que me harías sufrir de nuevo, pero una vez más me retuerces el corazón sin compasión para luego pisotearlo sin miramiento.

—No es fácil, Sarah. La relación que tengo con Morgan es…

—¿Qué haces aquí, Berel? —lo interrumpió. Por lo que a ella se refería, ya tenía sus respuestas. No hacía falta alargar la agonía más de lo necesario.

Uy, pero cómo le quemaba por dentro el hecho de saber que el único hombre que traspasó su dura coraza prefirió a otra antes que a ella. Salvó a Barby sin dudar un solo instante. Sarah lo tenía grabado a fuego en su mente.

—Necesito hablar con tu esposo.

—No es buena idea.

Brendan se dio la vuelta y se fijó en Will, quien se mantenía apartado para darles intimidad a fin de mantener la conversación.

—Eso me han dicho.

Un carruaje llegó hasta la entrada principal del club. Sarah se acercó a Brendan y le devolvió la caricia que él le había dado en el rostro.

—Llegará un día, no sé cuándo, en el que comprenderás lo equivocado que estuviste. —Brendan no la entendió. Tenía la pregunta en la punta de la lengua, cuando ella le sonrió—. Puedes entrar, Berel Iron, si alguien te pone algún problema diles que me tendrán que dar explicaciones a mí si no te permiten seguir. Puede que Knife sea el rey del Secreto de las Delicias, pero yo soy su reina.

Entonces Sarah bajó la mano y dio un paso para sortearlo y seguir su camino. Brendan le cogió la muñeca y le detuvo el paso.

—No me porté bien contigo, Sarah, y moriré con ese peso en mi conciencia, pero no es tarde para escapar. Ahora ya sabes que Morgan es la Duquesa Infame, eres demasiado orgullosa como para pedirme ayuda, sabes dónde encontrarla a ella en caso de necesidad, aunque supongo que tampoco lo harías… —Brendan suspiró—. Si las cosas se ponen muy feas con Knife, acude a la duquesa de Darkworth. No dudes en ponerte en contacto con ella si sientes que tu vida está en peligro. Dile a Althea que vas de mi parte y ella hará todo lo necesario para hacerte desaparecer.

—Tu ofrecimiento llega tarde y mal, Berel.

—Lo sé. Solo recuerda el título. Darkworth. La duquesa te protegerá de Knife y no te pedirá nada a cambio, es más, te ofrecerá amparo y recursos. Por favor, Sarah… —le rogó.

—Lo pensaré —musitó ella, para después obligarlo a soltarla y subir al carruaje donde un par de lacayos la esperaban.

Brendan la observó marcharse. Seguía siendo una preciosidad, una mujer fuerte a la que Knife doblegaba. La furia lo consumía.

Subió el primer escalón para adentrarse en el club. Will estuvo en un pestañeo ante él.

—Sigo sin poder dejarte entrar —le dijo a Brendan.

Ahí supo que el guardián de la puerta no los había espiado lo más

mínimo.

—La reina del club me ha otorgado su permiso. Ha insistido en que quien ponga impedimentos a mi paso se las verá con ella, Will.

—Suena como algo que diría la jefa, pero…

Brendan estaba cansado de esperar, así que le dio un fuerte empujón a Will, que lo dejó en el suelo porque fue del todo imprevisto y corrió escaleras arriba.

Conocía el camino directo al despacho del viejo, uno en el que se aposentó Knife para nutrir todavía más su vanidad. No lograron retenerlo, por lo que no tardó en derribar la puerta tras la que sabía que encontraría al esposo de Sarah. Concentrarse en el enorme moratón del ojo de la mujer, y suponer que tendría más cardenales que no eran visibles, le confirió una fuerza todavía más grande de la que poseía.

Se irguió como un dragón encendido por su propia llama ante Knife. Los dos hombres que tenía en su despacho con él dieron un paso para tratar de aplacarlo, pero Knife hizo una sencilla seña y se detuvieron de inmediato.

El hombre que lo miraba desde detrás de su escritorio no se inmutó al verlo, pero sí que había sacado uno de sus famosos cuchillos y estaba más que listo para lanzárselo.

—Te descontaré el destrozo que acabas de armar, Berel…, ¿o era Brendan? Tendrás que decirme si has cambiado de nombre desde la última vez que viniste a mi casa a molestarme. Y luego, convencerme de que no te rebane el cuello por regresar.

—Le han disparado hoy a Morgan… —dijo como si eso lo explicase todo. Brendan vio que el gesto de Knife se contrajo, pero duró tan poco, que tal vez solo fuese su imaginación, porque había creído ver furia y dolor al mismo tiempo…

—Uhm… ¿Debería decirme algo ese nombre? —preguntó con absoluta indiferencia.

—Sabes de quién te estoy hablando.

—Yo creo que no, porque en nuestra última conversación me ordenaste, bajo pena de muerte, olvidar todo lo relacionado con cierta dama… Así que no sé si puedo recordar a ninguna Morgan…

—Déjate de juegos. Te dije lo que pasaría si la molestabas.

—¿Molestarla? —inquirió con las cejas casi tocando su frente. Un gesto exagerado de sorpresa—. Creo recordar también de aquella última charla que se produjo entre tú y yo hace una década que…

—Va camino de los quince, Knife.

—¡Vaya! Qué rápido pasa el tiempo. Lo que sea, recuerdo que te

aseguré que la dama cuyo nombre no puedo pronunciar, recuerda la pena de muerte —recalcó de nuevo, esa vez con burla—, estaba muerta y enterrada para mí. Así que como comprenderás, no tengo ningún interés en asesinar a fantasmas del pasado.

—Te vio en Hyde Park.

—¿Me vio? —La media sonrisa de él era de suma arrogancia—. Debería sentirme halagado de que conjure mi humilde persona con tanta facilidad.

—Te avisé de lo que ocurriría si algo le pasaba, y hoy…

—Tus pelotas son del tamaño de un semental. —Knife se levantó del escritorio, dejó el metal que llevaba en la mano sobre la madera y luego lo miró—. Te avisé de lo que ocurriría si volvía a ver tu maldita cara. No te maté cuando regresaste a Londres por ella —dijo con relación a Morgan—, pero ahora mismo se han violado los términos de aquel acuerdo al que ambos llegamos. Te presentas en mi casa, cuando sabías que te mataría la próxima vez que te viera, y me acusas de tratar de asesinar a una mujer que no significa nada para mí. ¿Crees que no tengo cosas mejores que hacer?

—¿Has sido tú o no? —Brendan no tenía miedo a nada ni a nadie. Era indestructible. No enfermaba y cuando había participado en alguna pelea, se recuperaba con suma facilidad, eso sin olvidar que una vez le dispararon tres veces y al día siguiente estaba prácticamente como nuevo.

Knife le sonrió.

—Cuando quiero que alguien desaparezca de la faz de la Tierra, no fallo. ¿Responde eso a tu pregunta?

—¿Cómo sé que dices la verdad?

La sonrisa de Knife se amplió todavía más.

—Oh, no, Berel, no lo sabes en absoluto, pero si fueses un poco inteligente, comprenderías que sigues vivo porque yo así lo quiero.

—¿Y tú entiendes que si sigues respirando es porque yo también así lo decidí en su momento?

—Ese fue el pacto al que llegamos. Ahora sal de mi despacho antes de que cambie de opinión y te mande con Satán.

—¿Y qué hay de tu esposa? —preguntó sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa con Sarah? —inquirió con cautela. Brendan se dio cuenta de que había tocado un tema sensible. Ese bastardo tendría que sonrojarse de vergüenza por la maldad que le hacía a su esposa.

—No mereces a tu lado a una mujer como ella.

—Cierto, tú decidiste ya quitarme a una. ¿Quieres también quedarte con Sarah? ¿No te basta con la mujer cuyo nombre juré no

volver a pronunciar jamás?

—Irás al infierno, Knife. Morgan está mejor sin ti. Llevármela fue una gran decisión que no lamento.

Brendan observó al dueño del club apretar los dientes con fuerza. Luego se obligó a relajarse y le sonrió una vez más.

—Supongo que ambos obtendremos el mismo merecido tras nuestra muerte. Lucharemos durante toda la eternidad en el infierno. Será apasionante. Ya sabes, por todo eso de que no habrá ninguna dama para exigir la protección del otro y al fin podremos dar rienda suelta a lo que realmente deseamos hacernos.

—¿Qué quieres decir con lo de la protección?

—No te has vuelto más inteligente con el paso de los años.

—Pero tú sí que te has vuelto más violento. Imagino que Pherson estaría orgulloso de su vástago.

Al fin pudo ver verdadera sorpresa en los ojos de Knife.

—No era un secreto que guardase celosamente, pero sí. Superé a mi padre en todo cuanto emprendí. ¿Qué has hecho tú, si no darle una vida miserable a la mujer que me arrebataste? ¿Duquesa Infame? Vamos, Berel, ella hubiese estado mil veces mejor a mi lado, sentada en un trono junto al mío. No la salvaste, la corrompiste. Una cortesana que se encarga de organizar citas ilícitas a las afueras de Londres, en esa espantosa casa que no le hace ni sombra al Secreto de las Delicias. Eres un hipócrita, señor Iron, Sallow o como quieras llamarte. La pervertiste más que yo —le escupió a la cara—. Ahora vete antes de que falte a mi palabra y te corte el cuello.

—Escúchame bien, Knife. Morgan Pusset es la Duquesa Infame, sí, pero no tienes ni la más ligera idea de lo que ella hace en verdad. No la merecías porque junto a ti Morgan no hubiese brillado tal y como estaba destinada a hacer. Daría mi vida por ella, y si me entero de que estás detrás del ataque de hoy, me esperarás durante una buena temporada en el infierno, pues tú irás en primer lugar. En cuanto a Sarah…

—¡Mi esposa es cuestión mía! Yo sé cómo debo manejarla. ¡Vete, maldito bastardo, porque te juro por mi vida que acabarás muerto aquí y ahora! Largo de aquí, y no vuelvas jamás… ¡Bajo pena de muerte! —gritó con todas sus fuerzas.

Brendan se quedó mirando al villano durante lo que pareció una eternidad.

—He venido a decir lo que debía. En tu mano está que se declare la guerra entre nosotros. Tú tienes recursos a tu alcance, buenos chicos a los que conozco en su gran mayoría.

—¿Crees que podrías comprar su lealtad? Sigue soñando, Iron. Me seguirán hasta la muerte.

—Lo imagino, porque los conozco bien, pero yo también puedo ser un rival muy fuerte. No solo mantengo relaciones con varios duques peligrosos. —Más tarde vomitaría por darles crédito a un par de esos zoquetes, pero en esos momentos le valía usar la relación—. Estarás al tanto de sus títulos porque estoy seguro de que has estado siguiendo mis pasos. He aprendido junto a ellos que la autoridad tiene manga ancha con personas influyentes que dirigen la sociedad… El Parlamento.

En ese momento un cuchillo fue lanzado. Brendan lo vio pasar muy cerca de su hombro.

—Sabes bien que nunca fallo. ¡Fuera de mi club! —gritó con toda la cólera brotando de sus pulmones.

—Un placer. —Brendan le hizo una reverencia exagerada y luego se giró para marcharse del lugar.

Esperaba que Knife hubiese captado el mensaje, porque no tenía ganas de quemar hasta los cimientos del burdel con él dentro.

Brendan estaba seguro de que Knife estaba detrás del ataque de Morgan. Lo había dejado claro. Lo maldecía por haberla corrompido, y después de pensarlo durante un momento, el señor Sallow llegó a la conclusión de que tal vez la bala que rozó a su hermana de corazón no estuviese destinada a ella, sino a él.

¿Knife habría tratado de matarlo a él y por equivocación había acabado dándole a Morgan?

La explicación más sencilla para las complicaciones era, por norma general, la correcta.

Más que nunca, Brendan Sallow tenía que poner a salvo a Morgan y regresar a Londres para luchar contra Knife, pues la guerra solo acababa de comenzar.

Althea cuidaría bien de la Duquesa Infame. ¡No tenía que haberle permitido destapar su identidad!

Un error de cálculo que no tuvo en cuenta y que no volvería a repetirse.

Saldrían de inmediato en dirección a Darkworth Park, aunque tuviese que tirar por la ventana a Ethan Digory para que no siguiese a Morgan hasta la finca campestre de Althea y su esposo Aquiles.

Capítulo 9

Una fuga de lo más interesante

—Uhm, eres muy cómodo, una mujer no encontraría mejor lecho para descansar —ronroneó Morgan, mientras se apretaba sobre el pecho masculino que la cobijaba.

Un leve movimiento, pero incesante, la había sacado de su sueño, aunque al abrir los ojos estaba segura de que la realidad sería mucho mejor.

—Suelen decirme que soy demasiado duro. Por los músculos y todo eso, no obstante lo tomaré con un agradable cumplido. —La voz de Brendan Sallow hizo que despegase los párpados de inmediato y se separase de él.

—Tú no eres Ethan Digory. —Lo dicho salió como una acusación.

—Otro nuevo cumplido, estoy en racha —manifestó el mastodonte.

—¿Dónde está Ethan? —preguntó ansiosa.

—No soy su niñera, Morgan. Como comprenderás, no estaría bien que yo anduviera espiando a un caballero, podría inducir a pensar que planeo atracarlo o, peor, asesinarlo.

—No juegues conmigo, Brendan Sallow, y dime dónde has escondido a Ethan.

—¿Esconderlo? ¡Ni que yo tuviese esa posibilidad! Sé que para ti soy como una especie de Dios que todo lo puede, pero no llego a tanto.

—¿Dón-de es-tá Ethan? —repitió con los dientes apretados.

Brendan sacó su reloj y lo miró con interés.

—Por la hora que es, supongo que estará en su casa, pero también podría ser que prefiera visitar su club de caballeros.

Morgan suspiró. Cuando su protector se ponía en esa actitud no sacaba nada en claro. Mejor probar con otro enfoque.

—¿Por qué estamos en un carruaje?

—Porque nos dirigimos a Darkworth Park.

—¿Cómo dices?

—¿Recuerdas algo de lo que pasó ayer, Morgan?

—Recuerdo a Ethan Digory cuidándome, muy diligentemente, por cierto.

—¿A Digory? ¿Cuidándote?

—El mismo, porque soy consciente de que me dispararon en Hyde Park.

—¿Y Digory te cuidó, Morgan?

—Eso he dicho.

—¡Eres una desagradecida! —se quejó—. Yo tengo que soportar tus lamentos, tus lloros y quejas… ¿y es él quien se lleva todo el mérito? Me has ofendido profundamente —siguió despotricando—. La próxima vez que estés en la cama lo llamaré a él para que te cuide, puesto que sin estar recibe todo el mérito.

—¿Qué quieres decir con que recibe el mérito? ¿El mérito de qué?

—Ay, Morgan. ¿Tan obsesionada estás con el abogado que sueñas con él a todas horas?

—¡No estoy enamorada! —ladró.

—¿Has dicho enamorada? —Los ojos de Brendan estaban abiertos de par en par. ¿Se habría enamorado ella? ¡Imposible! Pero si no le había dado tiempo…, ¿verdad?

—¿Te has vuelto loco? He dicho obsesionada.

—No, no has utilizado esa palabra.

—A ver si el que está soñando con tonterías eres tú, Brendan.

—Bueno, no importa. El señor Digory está en Londres, bien lejos de ti, que es donde está su lugar, y tú te quedarás en casa de Althea hasta que averigüe qué diantres ha sucedido en Hyde Park.

—Pero…

—No, Morgan.

—¡No sabes lo que iba a decir! —lo acusó.

—Sí, me lo imagino y la respuesta es no. No permanecerás en Londres mientras haya alguien que quiera atentar contra tu vida. —Evitó decir «o la mía». Brendan no tenía claro a quién pretendían disparar—. Y no, Ethan Digory huyó despavorido de Hyde Park cuando vio lo sucedido.

—Lo que dices es imposible. Ethan no es ningún cobarde —lo defendió convencida de sus palabras.

—¿De verdad creías que un abogado tan malditamente correcto como él, se mezclaría en un asunto tan turbio que involucrase a la Duquesa Infame y un disparo? —preguntó. El tono que usó fue tan de sorpresa que hizo que Morgan dudase.

—Estuvo conmigo en la cama, se acostó a mi lado, se acercó a mí,

me acarició con ternura y me pidió que no le rompiese el corazón… —susurró ella sin saber qué pensar al respecto.

—Blandengue… —dijo por lo bajo Brendan, en alusión a Ethan. Ahí tenía una prueba más de que no era duro, de que no podría defender a Morgan cuando se presentasen los problemas. No era adecuado y estaba haciendo bien al alejarlo de ella—. ¡Qué clase de sueños tan poco adecuados para la Duquesa Infame! —se mofó—. El mismo Sade se avergonzaría ante tales fantasías tuyas, Morgan.

—¿Sade? ¿Cómo conoces tú al marqués de Sade?

—Déjame decirte que cuando Althea se pegó a sus libros, me llamó la curiosidad por ver lo que la tenía tan impresionada. Leí varios volúmenes y decidí que si alguna vez, en esta o en la otra vida, me topase con un personaje similar, lo mataría por el bien de la humanidad. Hay perversiones muy entretenidas, como las que Althea y tú planeáis para las damas que piden vuestros servicios para adentrarse en el mundo de la carnalidad y la pasión, y luego están los horrores como los que describe ese marqués enfermo. En mi opinión ese monstruo sentía un odio terrible hacia las mujeres y se le notaba que prefería a los hombres para sus… depravaciones. ¿Qué hay más hermoso que la piel lechosa de una mujer a la vista? ¿Qué causa mayor emoción que ver el pelo suelto de una fémina desnuda como si fuese la misma Venus? Vamos, Morgan. Vosotras traéis vida a este mundo, y por más que los clérigos insistan en que nacemos del pecado, tú y yo hemos viajado por el mundo, leído textos de otras culturas, y sabemos bien que nacemos de la fornicación.

—Por un momento temí que dijeses que los niños son el fruto del amor.

—¿Amor? Nada de eso. ¿Lo fuimos tú y yo? No lo creo.

—Platón estaría orgulloso de ti si fueses su discípulo, Brendan, pero como has dicho, nos conocemos bien y sé que toda esa disertación sobre las diferentes culturas del mundo la has usado para apartarme de Ethan Digory.

—¿Soy responsable de que él no quiera saber nada de ti, Morgan? ¿Solo por ponerme un poco más sentimental y esbozar un retal de filosofía?

—Y ahí una vez más sabes dónde dar para que me duela. ¿Estás seguro de que Ethan Digory no quiere tener nada que ver conmigo?

—Es lo que parece, ¿no crees? ¿Dónde está él en estos momentos? ¿Lo ves por algún lugar? —Movió los brazos para señalar el interior del carruaje.

No le contaría jamás que Greyson y él aprovecharon el momento en

el que el abogado se marchó a su casa para asearse y coger algo de ropa limpia, para sacar a toda prisa a Morgan de Mayfair con la intención de trasladarla al campo.

Tanto Greyson como él mismo fueron tan poco hospitalarios, que no le extrañaría que el maldito magistrado no quisiera verla nunca más, pues estar con Morgan implicaba tener que soportar tanto a Amery como a él mismo. Pero era consciente de que el abogado se presentaría de nuevo para buscar a Morgan, y Brendan lamentaba no estar allí para ver la cara que pondría cuando se diese cuenta de que se le había escapado entre los dedos de las manos.

Bah, la culpa era de Digory por confiarse. ¡Le habían dicho que él era su hermano! ¿Qué hacía un hermano cuando no aprobaba a un pretendiente? Esconder a su hermana lo más lejos posible hasta que el peligro pasase. Y en el caso de Morgan estaba todo bastante justificado, porque Digory era un riesgo inaceptable y había un pistolero tras ella. Todo, sin olvidar que un hermano estaba legitimado para mentir vilmente cuando fuese por el bien de su hermana.

En conclusión: Brendan estaba libre de todo pecado. Era más, deberían recompensarlo por sus acciones.

Y no. No le reconcomió el alma cuando vio que Morgan se echaba hacia atrás, sobre el respaldo de terciopelo rojo del asiento del carruaje, para después suspirar y hacer un puchero… ¡Un puchero!, uno que lejos de ser adorable era más increíble. ¡Morgan no había hecho un puchero en toda su vida!

—Entonces… ¿Digory no se interesó por mí cuando me desmayé?

—Sí que se preocupó… —empezó a decir sintiendo una pequeña espina de culpa en su interior.

—¿Sí? ¿Cuánto? ¿Qué dijo? —se interesó más animada.

—¿Qué importará, Morgan? —Mejor cambiar de asunto—: Lo que deberías preguntarme es sobre Knife. Por si también lo has olvidado, antes de desmayarte dijiste que te había encontrado y que yo tenía que protegerte.

—Lo sé.

—¿Y no vas a hablar sobre esa cuestión?

—¿Para qué? Estoy segura de que tú ya te habrás presentado en el burdel para… —Los ojos de Morgan detectaron incomodidad en los de su hermano—. ¿Lo has matado?

—No. ¿Desde cuándo sabes algo en referencia a Knife? Siempre había supuesto que creíste que murió aquel día en el que nos marchamos de Londres para acabar en casa del primer esposo de Althea.

—Sabía que él estaba vivo.

—¿Por un presentimiento? —se aventuró a conjeturar.

—No, porque fui a hablar con él cuando regresamos de Grecia.

—¿Qué? —Eso no se lo esperaba Brendan.

—Fui al Secreto de las Delicias para… Bueno, no sé para qué fui realmente, solo… No lo sé… Tal vez mi conciencia necesitase alivio, comprobar que él salió indemne de todo aquello. Me he puesto muchas veces en su lugar. Debe ser horrible para una persona que ha escuchado a otra decirle que la ama fervientemente, saber que la ha traicionado de la manera más rastrera posible.

—¿Amabas a Knife? —inquirió con suavidad su protector.

—Yo era joven, no tenía la visión del mundo que nuestro *tour* con Althea me facilitó. Ni tenía acceso a los libros que tu hermana leía, así que en aquel momento creí estar enamorada, pero después de madurar, supongo que comprendí que me enamoré de él porque era el hombre que estaba al mando, peligroso, duro, el segundo peldaño en la escala más alta de la sociedad en la que nos movíamos en aquellos tiempos…

—¿Y ahora, Morgan?

—Un primer amor tan apasionante como el que viví junto a él es difícil de olvidar. No creo que logre borrarlo de mi corazón ni de mi mente jamás, pero también comprendo que lo que me provoca Ethan es más intenso que lo que sentí por Knife.

—Te has enamorado del abogado. —No era una pregunta.

—¡Qué tontería!, ¿verdad? —Morgan se limpió una lágrima que rodó por su mejilla derecha—. La Duquesa Infame, que podría tener al hombre que quisiera, ha ido a fijarse en el único que la desprecia.

—No digas eso —se lamentó Brendan.

—No importa —restó hierro al asunto—. Retomando mi incursión en el Secreto de las Delicias, te diré que cuando me presenté allí para ver a Knife… —No pudo continuar.

—¿Qué ocurrió?

—Se negó a verme, mandó a uno de sus hombres decirme que yo estaba muerta para él.

—Duras palabras. —Brendan imaginó que Knife las dijo tras llegar ambos a una tregua para no matarse el uno al otro.

—Entré a trompicones en su despacho y me permitió audiencia, pero al finalizar indicó que si me volvía a ver, en verdad me mandaría al otro lado.

—¿Te amenazó? —Brendan estaba colérico.

—¿Puedes culparlo? No sabe que eres mi hermano de corazón y lo

que vio durante la pelea con el viejo Pherson… Te elegí a ti. Te apuntaron con un arma y mi instinto fue protegerte a toda costa, por encima del hombre al que le había dicho una y otra vez que le amaba.

—Hemos estado juntos desde la cuna, Morgan. Hemos pasado por mucho uno al lado del otro, yo era tu elección más coherente. Tal vez si hubieses estado más años con Knife las cosas hubiesen sido diferentes…

—No. —Ella negó con la cabeza repetidamente—. Tú y yo tenemos un pacto tácito.

—Solos ante el mundo —dijo Brendan.

—Solos ante el mundo —repitió ella como si esa frase fuese una consigna para ambos.

—Lamento cómo han sucedido las cosas.

—Se ha casado con Sarah… —susurró Morgan.

—¿Qué? —Había escuchado un murmullo, pero no logró darle sentido a las palabras.

—Knife se casó con tu Sarah.

—Lo sé.

—Lo siento por eso también. Estuve tan ocupada en mí misma aquellos años que no me di cuenta de que tú igualmente habías encontrado a alguien importante.

—Las cosas vienen como vienen y hay que aceptarlas.

—Sí, pero no tendríamos que haber esperado mucho más de una década para hablar de los errores y desventuras del pasado.

—¿Qué sentido tenía remover el dolor, Morgan? ¿Para qué hablar de lo que sucedió si ya no tenía arreglo y decidimos enterrarlo y no mirar atrás? Althea nos acogió, ella estaba tan sola y desamparada como nosotros. Los tres nos convertimos en una familia que se completó cuando llegó Greyson.

—No olvides meter en la ecuación a Darkworth.

—¿Álgebra, Morgan? Lagrange estaría orgulloso de ti por sacar a relucir parte de su trabajo.

—Dudo de que un brillante matemático como Joseph-Louis Lagrange se inquietase por una simple mujer.

—¿Estás pavoneándote?

—¿Qué?

—De tu inteligencia, creo que estás muy satisfecha porque he nombrado a Lagrange y has sabido quién era.

—¿A estas alturas me consideras una cabeza hueca? Yo no era nadie, ni tan siquiera estaba destinada a sobrevivir y he logrado convertirme en duquesa.

—Una de pega —le recordó Brendan.

—Se dirigen a mí con ese título, tengo poder, pues muchas de las damas más influyentes de la sociedad han estado en manos de Althea o en las mías propias cuando buscaban conocer el placer. Por si fuese poco tengo mi propia fortuna y me considero hermana de una verdadera duquesa como lo es Althea. —Se quedó analizando sus propias palabras, luego le sonrió a su protector—: Bien pensado Joseph-Louis Lagrange sí que podría tenerme envidia por cómo está resultando ser mi vida.

La vio ponerse seria después de haberle sonreído con complicidad.

—¿Qué te preocupa? ¿Es por lo del disparo?

—No. Eso no me quitará el sueño. Supuse que tendría complicaciones cuando me despojase de la máscara y todos supieran que yo era la Duquesa Infame. No podía sustituir a Althea en sus funciones sin ser yo misma. Quería algo mío y me arriesgué, pero no imaginé que los problemas llegasen tan pronto como se desveló mi secreto.

—¿Entonces por qué tu semblante ha cambiado?

—¿Amaste a Sarah, Brendan? —se atrevió a preguntarle.

—Sí. —No dudó.

—¿Y no tienes miedo de no volver a encontrar algo así?

—No me preocupa demasiado. Cuando una mujer me interesa, la tanteo y si ella siente el mismo interés…

—No hablo solo de saciar las necesidades básicas con un revolcón.

—Lo imaginaba, pero no sé qué más decirte. A mí el amor… No es algo que me quite el sueño. No lo busco y lo cierto es que tengo miedo de que me localice. Estoy bien tal cual me encuentro. No quiero complicaciones.

—Complicaciones… ¿Es así como se define cuando la atracción es grande entre dos personas? ¿Por qué no le intereso a Digory? —se preguntó más para sí que para su compañero.

Los hombres no solían resistirse a una conquista fácil. Ella se había servido a sí misma en bandeja de plata. Le había dado justo el consejo contrario a Tabitha Edevane, pues ser inalcanzable era mejor cuando se buscaba algo más que meterse en la cama con un caballero.

—Lo complicas todo, Morgan.

—Lo siento —se disculpó.

—Más lo siento yo.

—Dime por lo menos que le has dicho a la señorita Edevane que debemos posponer su… caso.

—Tu amiga, Duquesa Infame, debe estar camino de Darkworth

Park. Allí prepararéis un plan sólido para ver cómo abordáis a Terring.

Morgan le sonrió llena de felicidad.

—Eres el mejor de todos los hombres, Brendan Sallow, y por eso te quiero. Sé que el mundo podría irse al infierno y que nunca me dejarías a la deriva.

Lo abrazó con fuerza y le demostró su gran amor fraternal.

Brendan Sallow se dio cuenta de que nada más regresase a Londres tendría que ir a buscar al maldito Digory y decirle dónde había escondido a Morgan. Eso sí, lo amenazaría con una muerte lenta, terrible y dolorosa si llegaba a hacerle daño a su hermana de corazón.

¡Malditas fueran las hermanas amorosas que lo trastocan todo!

***

Darkworth Park estaba lleno de invitados. Los hijos de los duques de Darkworth habían sido mandados a casa de la hermana del duque «por si acaso alguna cosa se complicaba». Esas habían sido las palabras de su esposa, y Aquiles, duque de Darkworth, sabía que ella había planeado alguna cosa para alguno de los invitados que habían recibido.

Althea siempre sería la Duquesa X aunque no ejerciese como tal. No podía juzgarla por ser quien era, Aquiles se había enamorado de ella al primer golpe de vista y por la terquedad de la dama, una que iba desde el desprecio hasta la indiferencia. La combinación hizo que no pudiese pensar en otra para casarse.

Estaba satisfecho con su elección. Althea era una mujer única, madura, inteligente y el amor que recibía lo devolvía con la misma intensidad.

—¿Qué haces? —inquirió Aquiles, mientras entraba en la salita que usaba su esposa para atender sus asuntos. Su duquesa estaba mirando por la ventana más próxima.

—Observar a Morgan.

—No has dejado de hacerlo desde que días atrás Sallow la trajese.

Aquiles se había colocado a la espalda de su esposa. La abrazó desde atrás y él también se dispuso a ver pasear a Morgan, quien estaba en compañía de Tabitha Edevane.

Althea se recostó contra el pecho de su duque y suspiró.

—Debí haber enterrado a la Duquesa X cuando me casé contigo.

—Morgan no te lo hubiese permitido. Le gusta mucho ejercer ese papel. Tanto es así que ya has visto que se niega a usar aquella estúpida peluca que tú te ponías, eso y el maquillaje. Creo que es

valiente.

—Le han disparado, Aquiles.

—Escuchaste la explicación de Sallow antes de que se marchase, esa bala pudo haber estado dirigida a él y Morgan estaba demasiado cerca. Eso sin olvidar que Greyson Amery te mandó una misiva urgente donde te explicaba todo lo ocurrido y te avisaba de que el suceso no tuvo lugar durante su guardia. Ah, ¡sí! También te narró en una segunda carta lo sucedido con nuestro abogado, cómo la cuidó hasta que Brendan la apartó de él. ¿Qué piensas hacer con Digory?

Althea sonrió.

—Aunque no esté con ellos siempre serán parte de mi familia. Debo cuidarlos y protegerlos tal y como ellos hicieron en el pasado conmigo. Son mis hermanos, los tres.

—¿Entiendes que Amery siempre ha estado enamorado de ti? —preguntó con mucha suavidad.

Althea hizo un aspaviento.

—Nada de eso. Su labor era protegerme cuando tomaba el relevo de Brendan y me quiere como a una hermana.

—Te aseguro que es mucho más que eso.

Althea se ladeó para mirar a su esposo.

—¿Estás celoso?

—¿Debería estarlo?

—No lo sé. Porque no comprendo el motivo que te ha llevado a sacar a colación el interés amoroso que sé que no tiene Greyson por mí.

—¿Nunca te has preguntado el motivo por el que me odió tan intensamente cuando nos conocimos? Él sí estuvo muy celoso de mí. ¿No lo recuerdas? Me quería bien lejos de ti.

Althea se rio con ligereza.

—¡Eso fue solo por tu título! Los tres aborrecen a los duques.

—Te mantiene al tanto de todo lo que sucede en tus dos casas, tanto en Mayfair, como en la que Morgan sigue siendo la Duquesa X.

—Ella prefiere ser la Duquesa Infame —lo corrigió—. Además, no son mías ya. Se las cedí a los tres. El mismo Digory hizo los arreglos.

—Lo recuerdo, pero siempre serán parte de lo que eres. No puedes evitarlo. ¿Echas de menos emparejar a hombres y mujeres? ¿No estás satisfecha con tu vida a mi lado?

—¿A qué vienen tantas preguntas? Primero me sales con lo de Amery y ahora este interrogatorio.

—Te brillaban los ojos de una manera especial cuando supiste que nuestro hogar podría ser el escenario perfecto para unir a la señorita

Edevane y a lord Terring. Y sobra decir que aplaudiste y te vi dar saltos de alegría cuando viste la desolación que Morgan sentía porque cree que no es correspondida por Digory.

—Admito que me ilusioné por ser parte de dos parejas que espero que se junten.

—Dijiste que era mejor mandar a nuestros niños con mi hermana por si algo salía mal durante la fiesta que has planeado para el fin de semana —le recordó.

—Eso es porque los inicios son complicados. Yo misma te hubiese clavado un puñal por las muchas impertinencias que protagonizaste cuando tratabas de conquistarme.

Aquiles bufó.

—¿Y lo dices así de tranquila? ¿Como si estuvieses hablando del tiempo?

—Morgan es muy temperamental, y por lo que vi en su día de Tabitha Edevane, no se queda atrás. Una mujer que tiene recursos y no precisa de la compañía de un hombre para subsistir es peligrosa, independiente, y me aterra lo que pueda pasar si surge un inconveniente en la relación entre ambas parejas.

—¿Y no estás celosa de que la señorita Edevane se haya convertido en la secretaria de Morgan? Se las ve muy bien juntas, es como verte a ti cuando Morgan era tu segunda al mando.

—¿Te propones molestarme? Porque desde que has entrado en la salita no has parado de azuzarme.

—¡Me intereso por las cuestiones que preocupan a mi esposa! —se escudó.

—Y yo te lo agradezco. No, Aquiles. No daría ni un solo paso atrás para recuperar mi vida pasada por más que no sienta la emoción de ayudar a las damas que acudían a mí para… ya sabes para qué. Soy feliz a tu lado, amo a mi esposo y a mis hijos, y lo que me ilusiona de toda esta situación es poder echarle una mano a Morgan. Tabitha me gusta, pero no considero que Terring sea una buena opción para ella. Cuando la conocí me habló de ese hombre, fue una suerte que él durante aquel tiempo estuviese de viaje por el continente, porque no creo que él pueda verla como algo más que a una amiga de la infancia.

—Morgan opina todo lo contrario. Considera que si ella se convierte en una mujer diferente…

—Pero Terring sabrá su identidad en cuanto se quite la peluca y el maquillaje que Morgan le ha puesto para camuflar su identidad mientras ejerce como su ayudante. ¿Qué pasará entonces? ¿Y si

Terring se siente engañado y decide darle un escarmiento?

—¿Y si todo sale bien y cae postrado a los pies de la señorita Edevane?

—Te muestras muy optimista, mi amor. ¿Te gusta a ti Terring?

—¿En qué sentido?

—Como hombre para formar una familia. ¿Lo ves leal y confiable?, ¿harías negocios con él?

—Cuando se incorpore a nuestra fiesta y cruce una mirada con él podré decirte alguna cosa más. Aunque para responderte, deberé mantener alguna conversación con él.

—Gracias por enviarle la misiva a Terring y convocarlo, Aquiles. ¿Crees que vendrá? Debería haber llegado ayer.

—Un duque siempre es de utilidad para hacer cumplir su voluntad a los que están por debajo de su escala social. Terring vendrá si no quiere enfadarme. Además, tendrá curiosidad por saber los motivos que me han llevado a invitarlo personalmente a mi casa.

—¿Y Digory? ¿Qué opinas de él? ¿Lo consideras adecuado para Morgan? Es muy correcto, severo incluso. Nunca he escuchado ni una mala palabra sobre él. No tiene un historial como libertino, dudo que se haya salido del redil alguna vez. Siempre creí que Morgan buscaría algo más… —Se silenció y luego sonrió—. Tal vez Digory sea lo que en verdad necesita mi querida amiga. Son muy diferentes el uno del otro y por eso mismo podrían llevarse bien.

—Dime una cosa, Althea.

—Las que quieras, mi amor.

—¿Por qué no desenmascaraste a Brendan cuando Morgan te contó que estuvo soñando con Digory? —Morgan consideraba a Aquiles un hermano más, así que cuando la actual Duquesa Infame y su esposa departían, no importaba que él las escuchase. No tenían secretos y no se escondían a la hora de intercambiar confidencias. A Aquiles le gustaba sentirse parte de esa extraña familia con la que llegó Althea a su vida.

—¿Te refieres a que Brendan la convenció de que Digory no estuvo con ella después del disparo?

—Eso mismo. Amery te lo chivó todo y no te vi aclarar la situación ni regañar a Sallow por haberle mentido a Morgan.

—¿Me creerías si te dijese que estoy probando la buena voluntad de Brendan?

—¿Cómo?

—Morgan insiste en que siente deseo por nuestro abogado. No he logrado que admita que puede estar enamorándose de él, pero hubo

algo durante nuestra conversación que me hizo creer que no era del todo sincera conmigo. Morgan siempre ha sido muy cercana a Brendan. Pese a que es un hombre, a él le ha contado siempre todo lo que la afecta. Hace un par de años, creo que fue cuando te conocí, llegué a la conclusión de que Morgan estaba enamorada de Brendan.

—¿Lo crees posible?

—Lo negó no hace mucho, pero tengo mis dudas. Ella me dijo que lo amaba con todo su corazón cuando él estuvo herido y se tuvo que recuperar en casa de Rothgar. ¿Lo recuerdas?

—Imposible olvidarlo, el hijastro de mi hermana, me refiero Basil, se jactará toda la vida de haber salvado a mi duquesa.

—Uhm, puede presumir de ello, como tú dices. Basil es un gran muchacho.

—Se enfadará si lo llamas de ese modo.

—Es peor llamarlo cachorro insolente como sueles hacer tú.

—Y hablando del cachorro, ahí está, tras las faldas de Morgan. —Althea se volvió para mirar por la ventana y vio a Basil Foster acelerar el paso para ir al encuentro de Morgan. Aquiles nunca reconocería que ese cachorro insolente tenía mucho valor, porque era muy joven para perseguir a una dama experimentada como lo era la Duquesa Infame. Desde que la vio, Basil se quedó impresionado, pero ese muchacho que rondaría la veintena de años, solía adorar a todas las féminas que se cruzaban con él. Basil tenía un hermano mellizo, Flavian, que era más comedido, a decir verdad, más mojigato como lo era el padre de ambos, el vizconde Portman, pero a Basil lo conquistaba más el libertinaje.

De hecho, cuando Althea y Aquiles acompañaron a sus dos hijos para que pasaran unos días con sus tíos y sus primos, con la familia de Portman, y Basil se enteró de que la duquesa estaba ideando una fiesta, el cachorro insolente lo dejó todo y se apuntó sin haber sido invitado.

—Será divertido ver a Basil luchando contra Digory por captar la atención de Morgan —expresó en alto Aquiles.

—Eso era lo que te estaba diciendo. Creía que Morgan estaba enamorada de Brendan, así que por fin podré salir de dudas. —Althea había recordado lo que le estaba explicando a su marido antes de que Basil apareciera en escena.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque estoy segura de que Morgan le ha contado a Brendan todo lo que siente por Digory, así que si él se pone celoso, no mandará al abogado a mi casa, como sospecho que hará si no corresponde a los

sentimientos de ella. Así averiguaré la verdad de lo que ocurre entre Brendan y Morgan.

Althea recordaba la fiesta que dio en la ciudad antes de decidir que la temporada la aburría y marcharse al campo. Morgan dijo que besó a Sallow y que no le agradó… o algo similar, pero ella no estaba segura de nada con ellos dos. No deseaba que pudiesen llegar a arrepentirse en un futuro por no haber dado un paso adelante.

—Desde luego, eres y siempre serás la Duquesa X, porque creo que me he perdido con tus conjeturas, aunque tú parece que lo tienes todo claro.

—Así es. Antes de decidir si Morgan estará mejor con Digory, necesito saber si Brendan puede estar interesado en ella.

—¿No podría ser que Morgan tenga sentimientos fraternales por Sallow? —tanteó Aquiles. El duque adivinó el parentesco que a Brendan Sallow lo unía con su esposa. Ambos eran hermanos, pero el protector de su duquesa se negó a decirle nada a Althea. ¿Serían hermanos Morgan y el gorila con malas pulgas? No lo sabía, porque era evidente que Sallow y Althea compartían algunas facciones, como el color de sus ojos, pero hacer una comparación entre Morgan y Sallow era más arriesgado.

Además, la Duquesa Infame y el hermano de su esposa no hablaban jamás del pasado.

—¿Como los que dices que siente Amery por mí? —se burló ella.

—Amery está enamorado de ti, pero es consciente de que me amas profundamente y no hará nada al respecto —se pavoneó.

Althea suspiró. Era tozudo cuando se le metía algo en la cabeza. Ella lo era más, pero también más inteligente, por lo que elegía las batallas que deseaba ganarle a su duque. Esa no era una de ellas, tenía planes más… divertidos para ese día.

—Dejemos el asunto, Aquiles. El resto de nuestros invitados está ocupado con sus propios asuntos y creo que… tú y yo podríamos….

—¿Qué? —preguntó pícaro Aquiles.

—¿Es necesario que siga hablando? —Ella ya se había sacado los pechos por encima del vestido.

Aquiles no respondió. El duque se dirigía a toda prisa para cerrar la puerta de la salita que utilizaba Althea con llave.

Iban a dar buena cuenta de lo que podía ofrecer un matrimonio feliz y ardiente a dos personas que se amaban por encima de todo.

Aquiles era consciente de que se avecinaban cambios en relación con Morgan Pusset y, como las aguas estaban tranquilas, prefería deleitarse con un poco de la lujuria que su esposa le estaba ofreciendo.

Más tarde se preocuparía de ver cómo seguían las cosas con la Duquesa Infame, la señorita Edevane, Terring, Sallow o Digory.

¡Cielos!

Había muchos frentes abiertos.

Demasiados… Y por si fuese poco, el cachorro insolente tenía puestos sus ojos en Morgan…

¿Qué podía salir mal?

Seguro que nada.

Capítulo 10

Una fiesta insólita

Ethan Digory llevaba varios días lleno de ira. ¿Quiénes se creían ese Amery y Sallow para apartarlo del objeto de sus deseos?

Fueron tremendamente descorteses durante el corto periodo de tiempo que permaneció junto a la señorita Pusset. Casi creyó que le impedirían utilizar un orinal… No le hicieron la estadía cómoda.

De acuerdo. No debía censurarlos demasiado, porque un hombre en la habitación de una dama soltera, aunque ella fuese la Duquesa Infame… Inadecuado.

¡Pero de ahí a llevársela sin decirle nada!

Nunca olvidaría la cara que se le quedó cuando regresó tras asearse en su casa y el bobo de Amery le dijo que Morgan se había ido. ¡Incluso lo invitó a registrar todas las habitaciones de la casa cuando lo acusó de mentiroso!

Oh, y la maldita sonrisa de suficiencia de ese esbirro…

¡Terrible!

Pecó de ser un caballero confiado. ¡Se la habían robado delante de sus narices! ¿Cómo podría encontrarla? Porque estaba seguro de que ella había dejado muy claros sus sentimientos por él, su deseo al menos, pero y si…

¿Y si le hubiese pedido a Sallow que la ayudase a huir? ¿Podía la señorita Pusset haberse replanteado su situación con respecto a él? ¿Había sido todo un juego para ella? ¿Una venganza?

Se hizo esas preguntas durante algunos días en los que estuvo desesperado, y de muy mal humor, así que cuando Sallow se presentó en su casa, lo primero que hizo fue tratar de darle un puñetazo. No lo logró, por descontado, porque el bastardo era más hábil en lo que a peleas se refería.

Finalmente, después de enzarzarse en una discusión en medio del recibidor de su propiedad, Sallow le confesó el paradero de ella, le dijo que había llevado a Morgan hasta Darkworth Park. Ethan conocía

la finca y a sus propietarios porque era el abogado de los duques. De hecho, ayudó a la duquesa de Darkworth a poner algunos asuntos en orden cuando se casó y posteriormente había logrado que a Su Gracia le fuese devuelta una finca, Kellinge Camp, que su difunta madre le legó antes de perecer, pues su anterior marido, el conde de Wins, la ocultó de Althea y se la apropió.

La visita de Sallow sirvió, además de para amenazarlo si le hacía daño a Morgan de cualquier tipo, para establecer una pequeña tregua entre ambos. Digory entendió que, aunque de mala gana, el grandullón le estaba dando permiso para avanzar con la señorita Pusset.

Sería un tonto si no aprovechase su buena suerte. Ethan Digory no era ningún estúpido.

Lo que no previó, cuando llegó para reencontrarse con ella, fue que tendría que batirse con un muchacho la mar de engreído.

Conocía a Basil Foster porque su antiguo amor, Liberty, estaba casada con el hijastro del duque de York, quien era el mejor amigo del padre del honorable señor Foster, así que el mundo era un pañuelo lleno de mucosidades…

Ethan Digory comenzó a hacer cálculos mentales sobre edades. Morgan le sacaba cinco años a él mismo, no era que fuese importante, pero sí inusual, pues la norma no escrita dictaba que el caballero debía ser el mayor de la pareja… En fin, el asunto estaba en… ¿Qué demonios hacía un muchacho tan joven tratando de deslumbrar a una mujer mucho mayor que él?

Sí. Sí, está bien. Morgan podría tener cien años y eso no le restaría ni un poco de… de… ¿de qué? ¡Maldita sea! Ella era preciosa, amable, una coqueta ingeniosa, y… y… ¡Estaba celoso de un muchacho que apenas había comenzado a rasurarse el rostro!

¡Maldición!

Ethan había llegado a casa de los duques de Darkworth pasado el mediodía. Desde entonces no la había visto. Le informaron de que lo esperaban, así que se ahorró muchas explicaciones cuando la duquesa lo miró con una brillante sonrisa y le explicó que esa noche habría un baile.

Y ahí estaba él. En la entrada del salón principal, viendo a una preciosa dama vestida en seda verde dando vueltas y más vueltas con el honorable Basil Foster, quien no dejaba de sonreírle, babear y coquetear con su dama.

¡Morgan Pusset era suya!

¡Que lo matasen ya si permitía que se la volvieran a robar!

Ethan se estremeció al darse cuenta de los sentimientos tan fuertes que experimentaba por una mujer. Cuando se enamoró de la que fuese Liberty Pharma antes de convertirse en condesa, fue algo lento, cálido, sensaciones tiernas, anhelos pacientes… Con Morgan Pusset se sentía furioso, deseoso… ardiente y primitivo.

Se trataba de dos mujeres muy diferentes, que le provocaban efectos decididamente opuestos.

¡Dios del cielo!

¡Si estaba pensando en interrumpir el baile de Morgan con el señor Foster y no le importaba protagonizar una pelea…! ¡Él, un abogado con la sangre más fría que el hielo, estaba hirviendo en su propia furia!

No se reconocía. Y poco le importaba, solo era capaz de pensar en que un muchacho le sonreía con descaro a la mujer que le había prometido no romperle el corazón.

Si fuese el abogado sensato que se jactaba de ser, daría media vuelta y saldría huyendo de los problemas que le acarrearía Morgan Pusset.

Pero como antes que magistrado era un hombre con sangre en las venas, lo que ocurrió en verdad fue…

¡Un desastre!

***

Lo había visto. Tan pronto como Ethan Digory asomó su nariz por el salón principal de baile, Morgan lo había divisado. Era como si lo hubiese estado esperando. Lo presintió incluso antes de que sus ojos lo examinasen. Sabía que el hombre al que todavía no le había echado el ojo era Ethan Digory. Reconoció su presencia sin verlo.

El corazón se le aceleró de inmediato. Morgan no sabía si era de puro enfado o por la emoción más intensa. Le dispararon y él no se preocupó de ella ni un poco. Si fuese un verdadero caballero, sabiendo de su relación con Althea, él se habría excusado y no habría acudido a la fiesta de la duquesa.

Lástima que los sueños en los que lo vio tendido junto a su cuerpo, acariciándola con esmero y ternura, no hubiesen sido más que un producto engañoso de su tonta imaginación.

¡Oh!, ¿cómo se atrevía él a perturbar su paz? La osadía era tal que Morgan llegó hasta donde estaba Althea para comenzar la primera de sus acusaciones.

Estaba segura de que él todavía no la había visto.

—¿Qué está haciendo él aquí, Althea? —preguntó sin remilgos y con enfado.

—¿Quién? —respondió con otra pregunta de lo más inocente.

—Sabes bien de quién te hablo —la acusó.

—¿Lo sé? No lo creo. Tú no me cuentas nada.

—Y sin desvelarte ninguno de mis secretos acabas sabiéndolos todos, duquesa. Así que te lo preguntaré de nuevo: ¿qué hace el señor Digory en tu fiesta?

—Yo no lo he invitado.

—Seguro que no —bufó Morgan.

—Lo ha debido mandar Brendan, porque no le envié una invitación.

La respuesta que le dio hizo que Morgan arrugase el entrecejo en señal de acusación seria.

—¿Qué es lo que sabes?

—¿Saber? ¿Sobre qué, Morgan? Has sido una tumba desde que pusiste los pies en Darkworth Park.

—¿Quién te informó de mis asuntos? ¿Sallow o Amery? —Uno de ellos tuvo que haberle contado lo relacionado con Ethan, que a fin de cuentas no era otra cosa más que lo que ella sentía por él. Estaba loca por él.

Althea abrió la boca por completo y compuso su expresión más inocente.

—¿A qué asuntos te refieres?

—A los que incluyen que Ethan Digory esté en la entrada del salón. Eres poco creíble, Althea. Sé que lo sabes todo sobre lo que ha acontecido entre Ethan y yo.

—Ah, conque ahora es Ethan, ¿verdad?

—Sabes de sobra que es Ethan para mí. Sí. No lograrás engañarme.

—Verás, Morgan, lo único que sé es que durante algún tiempo pensé que estabas enamorada de Brendan y que no te atrevías a contarle cómo te sentías por miedo al rechazo.

—¿Brendan? ¡Por supuesto que lo quiero, pero no de esa forma! Ya te lo dije y…

—Calla y no me interrumpas —la llamó al orden. Morgan frunció los labios y permaneció en silencio—. Imagina mi sorpresa cuando me llegaron noticias sobre un encuentro entre mi abogado y tú en el Placer del Infierno. Imagina mi sorpresa —repitió— cuando me dijeron que Ethan Digory estuvo en tu habitación cuidándote porque te habían disparado…

—¿Qué? —A Morgan ese punto le parecía muy interesante.

—¡Shhhh! —la silenció Althea—. No he terminado todavía de

hablar. —Morgan apretó los labios de nuevo y la duquesa prosiguió—: Imagina mi sorpresa cuando descubrí que estabas enamorada de Ethan Digory.

—Se acabó, Althea. —No pudo seguir callada—. Nadie te ha podido decir que estoy enamorada de Ethan.

—Me lo acabas de manifestar tú misma. ¿Me consideras inepta en cuestiones que atañen a hombres y mujeres? —Le dejó un momento para que respondiese.

—No, desde luego que no.

—Entonces no me insultes negando lo que veo. Es más que deseo. La prueba es que estás delante de mí llena de emociones con las que no sabes qué hacer. Tu corazón ha latido con fuerza en cuanto lo has visto, tu sangre se ha calentado y la expectación te corroe. Tan alterada estás que has tenido que hacer algo al respecto y lo más sensato era venir a enfrentarte a mí, porque te aterra la idea de tener que ir a pedirle explicaciones al señor Digory. Tienes miedo. Terror ante la idea de que él no te corresponda, de que no desee lo mismo que tú. Son tantas las veces que he visto lo mismo, que por mucho que tú seas la Duquesa Infame, ese título no te salvará de tus propias emociones. En conclusión: lo deseas y te has enamorado de él, aunque no entiendes cómo ha podido pasar lo segundo. Y sospecho que tienes dudas de cómo ocurrió también lo primero, pues es totalmente diferente a ti. Ahí está la magia de la atracción. No hay un motivo específico para desear lo que ansiamos, solo ocurre, e Ethan Digory te ha eclipsado, hasta el punto de que tal vez te gustaría bajarle la luna —dijo en tono de burla.

—¿Son las mujeres las que tienen que galantear a un caballero, Althea? ¡Tendría que ser él quien me bajase la luna, no a la inversa!

—Fin de mi alegato, señor juez —sentenció con satisfacción Althea. Su amiga acababa de colocar todas las cartas sobre el tapete.

Morgan rodó los ojos.

—¿Podemos retomar el asunto ese sobre que Ethan me estuvo cuidando tras el disparo?

—Sí, por supuesto. Puedes hablarlo directamente con él.

—Ah, ¡no! —saltó ella—. Me he cansado de correr tras las faldas de Ethan Digory y…

—Dirás tras sus pantalones —la corrigió.

—Eso es, así que no pienso ponérselo fácil. —Althea vio a Morgan sonreírle ladina.

—¿Qué te propones?

—No lo he decidido todavía, pero mientras tanto comprobaré una

teoría…

—¿Qué…? —comenzó a preguntar la duquesa, pero el resto de sus palabras murieron en cuanto el joven Basil Foster llegó hasta ellas.

—Excelencia… —saludó primero a la esposa de Darkworth con una reverencia, tal y como marcaba la etiqueta. A continuación se ladeó hacia Morgan y amplió su sonrisa—. Duquesa Infame —dijo, porque sabía que a la aludida le agradaba ese modo de dirigirse a ella—, si no tiene comprometido el siguiente vals me complacería ser su pareja.

—Desde luego… —Morgan se aproximó con Basil hasta la pista central. Los músicos se estaban preparando para interpretar la siguiente pieza.

Althea los observaba. A su lado distinguió la figura de su esposo, Aquiles, que acababa de llegar.

—¿Qué sucede? Parecía que Morgan y tú os estabais peleando.

—Oh, no, no es a mí a quien pretende enfurecer.

—Digory… —susurró Aquiles cuando vio a la pareja comenzar a bailar. Morgan era todo sonrisas y pestañeos. Estaba claro lo que trataba de hacer: poner celoso a Ethan Digory, y Aquiles apostaría toda su fortuna a que lo estaba logrando, porque se fijó en el abogado y lo vio con la mirada clavada en la pareja de baile.

—Morgan está jugando con fuego. Y no entiendo el motivo. Debería estar feliz porque él ha venido a por ella.

—Es una mujer, Althea.

—¿Y qué tiene que ver eso, mi amor?

—Hasta donde yo sé, y espero que no me acuses de ser poco progresista, las damas desean saber el grado de interés que despiertan en un hombre. El modo más rápido para obtener la información es crear un polvorín y te aseguro que Ethan Digory está a punto de explotar.

—¿Te avergonzarás mucho cuando nuestro abogado arruine nuestra fiesta? —Althea sabía que Digory no se mantendría quieto durante demasiado tiempo. Todo en su apostura indicaba que, efectivamente, estaba a punto de estallar.

—Me preocupa solo lo que tenga que ver contigo, Althea. Y como sé que estás impaciente por ver a Digory emerger como un hombre de las cavernas para reclamar a tu amiga…

Althea se giró para mirar a los ojos a Aquiles.

—¿Te he dicho hoy cuanto te quiero?

—Más que decírmelo preferiría que me lo mostrases.

—Esta noche.

—Necesito una infamia que deje al marqués de Sade como un pobre

aprendiz, Althea.

Ella le sonrió.

—Algo se me ocurrirá.

—Cuento con ello. —La mirada de Aquiles, que no había dejado de observar por el rabillo del ojo a Digory, regresó por completo al abogado—. Y aquí arranca el espectáculo… —comenzó a decir en cuanto vio al pretendiente de Morgan dirigirse hacia donde la pareja danzaba.

—Tendrás que ocuparte de Basil, mi amor.

—Lo sé, espero que recuerdes esta noche cómo tu valeroso esposo salvó toda la situación —añadió, y ella sabía que su duque desearía que ella fuese extremadamente malvada en el lecho. Bien, podría hacerlo.

Por su parte, Aquiles ya estaba moviéndose para interceptar a su sobrino. Aunque no fuese hijo carnal de su hermana Aura Atenea, lo amaba como si ella misma le hubiese dado la vida, y lo haría responsable si el cachorro insolente se hiciese un solo rasguño. Ethan Digory se veía como si no dudase en asesinarlo…

Aquiles tuvo que apretar el paso y en la siguiente vuelta de uno de los acordes del vals le tocó el hombro a Basil, quien se despegó de Morgan al instante.

—¿Qué ocurre? —inquirió el hijo de Portman con preocupación.

—Me temo que la dama con la que bailas va a ser reclamada y te agradecería que fueses civilizado.

No hubo tiempo para más conversación. Basil se giró para ver qué ocurría, porque todo el salón se había quedado en silencio. El joven Foster vio a Morgan cargada al hombro por alguien a quien él no identificaba.

Basil dio un paso para ir al rescate de la dama. Aquiles le colocó una mano en el hombro.

—Ella no es para ti.

—Ella estaba coqueteando conmigo —le dijo Basil.

Aquiles le sonrió.

—Tienes mucho que aprender sobre las mujeres, muchacho. Ven conmigo, vayamos y tomemos una copa. Tienes edad suficiente para beber alcohol, ¿cierto?

—Tengo más aguante que tú, viejo —lo retó Basil.

Antes de ir tras los pasos de Aquiles, el joven hijo del vizconde Portman observó el modo en el que la dama estaba siendo transportada por ese animal desconsiderado. Si ella hubiera emitido un solo quejido, Basil habría desafiado a todos los presentes para

rescatarla… En cambio, se la veía complacida por la acción del desconocido, como si la hubiese estado esperando desde hacía años.

¿La Duquesa Infame estaba sonriendo?

Mientras tanto, y una vez que Morgan e Ethan desaparecieron de escena, la duquesa de Darkworth tuvo que tomar las riendas de la situación.

—Damas y caballeros —se dirigió a sus invitados—, como han visto, la Duquesa Infame levanta pasiones allá donde va. Una casamentera de dicho calibre no podía trabajar por el amor y no ser receptora del mismo. Lo que acaban de presenciar parece ser una historia pasional muy prometedora. Levantemos nuestras copas —ella hizo eso mismo con el champán— y deseémosles nuestros mejores deseos, porque todos los que estamos aquí hoy conocemos la verdad sobre lo satisfactorio que es saltarse las normas sociales cuando la ocasión lo merece. —No mentía, sus invitados eran personas a las que Althea había conocido siendo la Duquesa X, así que no se iban a escandalizar por ser testigos de un poco de acción. Todos los presentes estaban muy por encima de la escena recién vivida. Incluso algunas de las damas suspiraron embelesadas.

Así fue como Althea logró encauzar la situación.

Por su parte, Morgan seguía sobre el hombro de Ethan. Lo cierto era que estaba gratamente sorprendida por el arrebato del siempre correcto abogado.

—¿No vas a decir nada al respecto, Duquesa Infame? —le preguntó él. Toda la acción había resultado demasiado fácil. No se quejaba, solo se extrañaba de que nadie le hubiese impedido la hazaña, ni tan siquiera la afectada se rebeló contra sus planes.

Insólito y halagador. Sospechoso también.

—¿Para qué? ¿Oponerme a tu… salida de tono hubiera servido de algo?

—No, pero debido a tu temperamento, esperaba un poco más de oposición.

—¿Adónde se supone que me llevas?

—¿Vas a escandalizarte si te digo que a la cama?

—¿No deberías tener mi permiso primero para eso?

—¿Acaso no es lo que deseabas de mí desde el principio?

—¿Vamos a estar manteniendo una conversación a base de preguntas?

—Si fuese así te habría preguntado en primera instancia por qué huiste de mí. Me marché un momento de tu casa y al siguiente ya no estabas.

—Sabía que no había sido un sueño… —murmuró para sí misma. Mataría a Brendan cuando lo volviese a ver.

—¿Qué? —Ethan no la había llegado a escuchar con claridad.

—¿Puedes bajarme ya? Esta postura resulta incómoda y degradante.

—¿Y arriesgarme a que trates de volver a escapar?

—No pienso marcharme, Ethan.

—Eso es lo que dices ahora, pero no me fío de tu palabra. Prometiste no romperme el corazón y a la menor oportunidad te largas de Londres sin avisarme, y cuando por fin doy contigo te veo coqueteando descaradamente con un muchacho que no sabe ni para qué le sirve su vara.

—¡Vaya!

—¿Vaya? ¿Eso es lo único que tienes que decir en tu defensa?

—Diría más si me bajaras. No me gusta hablarle a tu trasero.

—Ah, sí, el trasero. —Ethan levantó la mano que tenía libre y le dio un buen azote sobre la falda de seda.

—¡Ay! —se quejó Morgan, pero la excitación del gesto la recorrió de arriba abajo.

—Eso es por haberme puesto celoso.

—¿Ponerte celoso? Ni tan siquiera sabía que estabas en la fiesta —mintió. La mano de Ethan volvió a alzarse para repetir el azote—. ¡Oye! —lo regañó.

—Eso ha sido por mentirme. Sabías que estaba aquí y por eso te has lanzado a toda prisa a los brazos de un niño.

—Te aseguro que Basil Foster está lejos de ser un niño. —El hijo de lord Portman era un auténtico libertino. Se había ofrecido a participar en alguno de sus planes para instruir a las *amigas* de Morgan en el lecho.

Tras las palabras espetadas, Morgan esperó con ansia que otro azote le calentase el trasero, pero eso no sucedió. En cambio, Ethan la depositó en el suelo.

Ella se quedó parada en el lugar, viéndole dar varios rodeos mientras aclaraba sus pensamientos. Pasados unos pocos segundos se plantó enfrente.

—Vamos a dejar una cosa clara.

—¿El qué?

—No voy a permitir que sigas jugando conmigo, Morgan. Soy un hombre razonable al que casi has llevado a la locura. Hablaste una vez de corromperme, bien, lo has conseguido. He roto con mis escrúpulos, mis creencias y la etiqueta en todo a lo que a ti se refiere.

—¡Qué halagador! —ironizó ella—. ¿Quieres que me tiemblen las piernas, Ethan?

—¡Por amor de Dios, mujer! No me he salido del redil en toda mi vida, y por lo poco que me contaste acerca de ti, sospecho que tú has vivido según tus propias creencias desde que naciste.

—Querrás decir fuera de los márgenes establecidos de la sociedad, aunque protegida por quienes me aprecian.

—Sí, maldita sea. Eso es. Y te las has arreglado para codearte con la alta sociedad, alinearte con buenos amigos que te respaldan pese a ser la Duquesa Infame. Yo no, Morgan. Todo lo que tengo y soy es mi reputación, mi trabajo. Si voy a arriesgarlo todo por ti, quiero la garantía de que no soy un juego, un reto o lo que se te pueda haber pasado por la cabeza. A mí no van a perdonarme este *pecadillo* si todo sale mal.

—¿Eso es lo que soy? ¿Un pecadillo?

—¿Tienes que darle la vuelta a todo lo que digo?

—Acabas de dejar clara tu postura con respecto a lo que consideras que yo soy y lo que traeré a tu vida. Creo que con eso ya lo deberíamos tener claro ambos.

Morgan se dio la vuelta para salir de allí. Él la había llevado hasta el ala sur, donde estaban alojados los caballeros solteros.

No dio más que medio paso. Ethan la agarró de la muñeca.

—No podemos tener una aventura discreta, Morgan. Me has obligado a reclamarte ante un salón atestado de aristócratas. Comprensivos o no con respecto a mi imperdonable acción, hablarán sobre lo sucedido. Se sabrá.

—Yo no te he obligado a nada.

La pegó a su pecho. Ella se quedó impresionada con el gesto. No hubiese sospechado en toda su vida que Ethan Digory fuese capaz de doblegarla a su voluntad, porque tal y como la tenía rodeada y pegada contra la pared más cercana, ella era incapaz de oponerse a sus imposiciones.

—Yo sí que no soy un niño. A mí no puedes manejarme con una sonrisa y un batir de pestañas. No pienso consentírtelo. Así que se acabaron los juegos, Morgan. No provocarás a ningún otro que no sea yo. No volverás a marcharte de mi lado sin avisarme o te encadenaré a mí para el resto de la eternidad. ¿He sido claro? —Ella estaba subyugada por su vigor, por el despliegue de su fuerza varonil, por la seguridad que lo rodeaba, de tal modo que solo atinó a afirmar con la cabeza, sumisa y complaciente—. Bien. Ahora dime el motivo por el que te marchaste, cuando tenemos que encontrar a quien trató de

hacerte daño.

Le costó un poco entender la pregunta, porque se sentía mareada por las palabras dichas al calor de la posesividad más cruda. ¡Cielos! Ethan Digory era una caja de sorpresas…

Morgan se humedeció los labios, él vio el gesto y se endureció. No iba a besarla hasta que le explicase algunas cosas importantes. Observó a Morgan tomar una bocanada de aire. Sabía que su retahíla la había pillado desprevenida, incluso él mismo se quedó asombrado por la fuerza de sus sentimientos y palabras.

—No me fui por mi propia voluntad, Ethan. De hecho creí que había soñado contigo, que me cuidabas y me susurrabas palabras tiernas mientras estabas tendido junto a mí en la cama. Me desperté en el carruaje con Brendan de camino aquí y me convenció de que tú no… —Se silenció. No quería que Ethan y Brendan se peleasen y se dio cuenta de que acababa de hablar de más.

Digory comprendió lo que ella estaba tratando de explicarle.

—Lo mataré cuando lo vea, porque aunque vino a mi casa y me dijo dónde podría encontrarte, no me avisó de que te había manipulado. No, Morgan, no tengo intención de dejarte nunca. Eres la Duquesa Infame, me ha costado aceptarlo y respetarlo, así que incluso con todo ese libre albedrío que despliegas, tú eres mía. Te acercaste a mí para tentarme y he aceptado tu propuesta. Me perteneces ahora y siempre. ¿Lo comprendes?

Su corazón latía con fuerza. Ella estaba un poco… No sabía cómo sentirse y lo único que se le ocurrió fue preguntar:

—¿Qué estás insinuando?

Una sonrisa perezosa comenzó a dibujarse en su rostro.

—Pronto lo descubrirás.

Se separó de Morgan, y sin soltarla comenzó a caminar hasta su alcoba. Una vez frente a la puerta, mientras él tenía la mano en el pomo, se giró para verla. Ella detectó un brote de inseguridad en él.

—Parecías muy seguro hace un momento. ¿Qué ha pasado?

—Nada en realidad. Pero si algo ha cambiado para ti, si no estás segura de lo que vas a hacer, tienes que decírmelo ahora. Una vez que empecemos no vamos a detenernos. Nunca lo haremos.

Ella lo entendió. Le estaba dando opción a replantearse las cosas. A echarse atrás. Servicial y caballeroso incluso mientras su virilidad latía furiosa bajo sus pantalones, pues Morgan la había sentido cuando se apretó contra su cuerpo.

—No he estado jamás tan segura de lo que deseo.

—Dímelo. ¿Qué deseas?

—A ti.
—Di mi nombre, Morgan.
—Te deseo a ti, Ethan Digory —lo complació.
—¿Me quieres?
—Sí.
—Entonces vas a tener que demostrarme cuánto.
Ella no lo entendió, pero no pudo preguntar, pues cuando la puerta se abrió y ambos ingresaron en la alcoba, los labios del abogado estaban asaltando los de Morgan.
Furioso. Deseoso. Ansioso.
Se separó igual de rápido que había llegado.
—¿Harás lo que te pida, Morgan?
—Creí entender en su momento que no eras un caballero con demasiada experiencia —dijo con mucha suavidad.
Él le sonrió.
—Es así. Estaba esperando a la mujer adecuada, pero parece ser que te empeñas en olvidar que soy un hombre. Tengo a mi alcance una imaginación soberbia y me has visto en el interior del Placer del Infierno.
La seguridad de él, la mirada lobuna con la que la examinaba tras interrumpir ese ardiente y posesivo beso la cubrió de más anticipación.
—De acuerdo. Entonces sí, Ethan. Haré lo que desees.
La señorita Pusset estaba cansada de no haberse mostrado como era en verdad ante nadie. Brendan Sallow no contaba, porque en realidad su hermano de corazón solo tenía acceso a una parte de su alma. No conocía sus secretos más primitivos, los oscuros pensamientos que la hacían humedecerse en medio de la noche.
Ethan Digory se merecía que ella se quitase la falsa máscara que había portado desde que era prácticamente una niña. Nadie más que él había hecho que ella desease mostrar su verdadero rostro. Si Ethan quería dar el primer paso y estar al mando, entonces, por Dios, ella se lo concedería.
Él inhaló bruscamente.
—Te quiero de rodillas, Morgan —le ordenó.
No tuvo que pedírselo dos veces. Adoptó la posición de inmediato.
—¿Te complace así?
—Me complacerás cuando comiences a hacer lo que sabes que deseo de ti.
¡Cielos!
¿Quién era ese hombre tirano que la estaba excitando de un modo

tan increíble? Tal vez no debió haberlo celado con Basil. Sabía que le estaba dando una lección. Una apasionante que se negaba a no recibir.

Morgan se relamió los labios. Levantó la mano para buscar la presilla de sus pantalones y la desabrochó.

Las manos de él la sujetaron por las muñecas en ese momento. Ella se temió lo peor, que él hubiese recapacitado, levantó la vista y vio la lujuria en sus ojos.

Mientras ella había tratado de desatarle el pantalón, él se había quitado los guantes, por lo que sentía las manos desnudas sobre las de ella.

—Quítate los guantes, Morgan. —Ah. Ella había sido descuidada.

Se sentía perversa. Hacía catorce años que no había estado con un hombre. Deseaba dar rienda suelta a todos sus caprichos masculinos.

Morgan inclinó la cabeza hacia delante, sacó la lengua y, sin apartar la mirada de la de él, le lamió el dedo pulgar de la mano derecha que todavía la tenía apresada.

Ese mismo dedo acabó penetrando en su boca y ella lo chupó hasta que no pudo engullirlo más. Comenzó a sentir las respiraciones pesadas de él.

Al deslizar esa falange hacia atrás, aprovechó la ocasión para morderle el nudillo. Lo sintió sacudirse con fuerza. Ella sabía que lo había puesto todavía más nervioso. No duraría demasiado en su boca, en cuanto lo llevase dentro de su calor haría que se derramase. Se lo propuso como un reto. Lo que Morgan no sabía era que antes de haber bajado a la cena, Ethan Digory ya era consciente de que se la llevaría a la cama esa noche, causa por la que usó su mano para liberarse de la extrema necesidad que sentía cada vez que pensaba en la dama que tenía de rodillas ante él. Así que su aguante no sería débil.

Ethan carecía de experiencia, sí, pero no de inteligencia, y había averiguado lo suficiente para poder sorprender a la Duquesa Infame.

—Quiero tu boca en otro lado, Morgan —susurró.

—Entonces tendrás que soltarme para que pueda complacerte.

Ethan lo hizo al momento y ella se quitó los largos guantes de seda blancos bajo el escrutinio de su amante. Lo hizo coqueta y serena.

Cuando terminó, le bajó los pantalones y la ropa interior lo suficiente como para que su miembro saltase libre y sin restricciones. Se inclinó hacia delante y descubrió que era grueso y pesado. Un hermoso espécimen masculino. Pasó los dedos por la piel. Había olvidado la textura de esa parte de un hombre. Suavidad envolviendo la dureza extrema.

Ethan Digory era diferente a su primer y único amante. Ella misma

era diferente a su versión más joven. No era una muchacha cautivada por el primer hombre poderoso que le prestó atención. Era una mujer que había elegido a Ethan Digory entre todos. Él la estaba eligiendo frente al resto. Una unión consensuada, ansiada por un hombre y una mujer, no por un muchacho y una joven.

Dejó de acariciarlo. Y todavía sin dejar de mirar a los ojos del abogado, Morgan colocó las manos sobre el trasero desnudo de él. Sintió un delicado vello bajo las palmas, abrió la boca y llevó la virilidad hasta el fondo de su garganta.

—Maldito infierno… —susurró él, debido al gran placer que experimentó.

Ethan no estaba seguro de poder soportar la dulce tortura que la boca de Morgan ejercía.

Ella cerró los ojos a fin de sumergirse en el aroma que desprendía su compañero: almizclado y delicioso. Sabía a sal y a hombre.

Morgan comenzó a chuparlo con un ritmo trepidante, sintiendo las palpitaciones incesantes bajo su lengua. Dejó de apretar el trasero de él y su mano derecha se puso en la base de su vara, para después acariciarlo de un modo suave, pero firmemente. Necesitaba que la experiencia de él fuese inolvidable, que jamás pudiese olvidarla mientras viviese. Además, pretendía hacerlo durar, pues había cambiado de opinión, no lo liberaría de su necesidad con rapidez, lo quería jadeante, excitado y ansioso durante todo el tiempo que fuese posible.

Las grandes manos de Ethan no podían estar quietas. Necesitaba tocarla, así que le acarició el pelo, las mejillas y la frente mientras ella le daba un placer sublime.

Ah. Era lo que ambos necesitaban, acariciarse sin ropa. Saciarse.

Lo harían en un momento, pero primero ella lo recompensaría por haberse dado a conocer frente a todos los invitados de Althea. Las palabras dichas por Ethan antes de entrar en la habitación se reprodujeron en la mente de ella.

Había sacrificado su reputación por ir tras la Duquesa Infame. Todo Londres acabaría sabiendo lo que ellos habían hecho en casa de Althea. Morgan estuvo tan centrada en sus propios deseos, en perseguirlo y conquistarlo, que no había considerado las consecuencias de obtener el triunfo. Ethan Digory no sería recibido por una gran parte de la sociedad más encorsetada. Lo había corrompido, lo llevó hasta su mundo sin barajar lo que ello implicaría para él.

¿Era así como se demostraba el cariño por una persona? ¿Podría su

boca borrar los remordimientos que él pudiese tener algún día? ¿Los tendría en esos precisos momentos? ¿La condenaría si algo entre ambos acabase saliendo mal? ¿Qué era lo que habría entre ambos?

Amantes. Un matrimonio para la Duquesa Infame era algo delicado y él era tan conservador…

Morgan también tenía serias obligaciones. De hecho, había dejado a Tabitha Edevane a su suerte en medio del salón de baile para seducir a Ethan. La había aleccionado, sí. También estaba Althea para velar por su nueva ayudante, pero Terring era un hombre complejo al que habían atraído a la fiesta con la promesa de encontrar algo que sería de su agrado. Aquiles lo había hecho posible cuando lo convocó, y Althea se aseguró de su estadía cuando le mostró por la ventana a Tabitha ataviada con una peluca rubia, los ojos delineados de negro… Él la reconoció.

Morgan estaba descuidando sus funciones y arrastrando a un buen hombre a la locura que era vivir en su mundo.

No tenía derecho a haber llegado tan lejos con Ethan Digory. Alguien había atentado contra su vida y ella, en vez de ayudar a Brendan con las pesquisas, se había quedado en casa de Althea lamiéndose las heridas, pues su hermano de corazón la convenció de que Digory no quería tener nada que ver con ella.

La inseguridad la invadió. Las lágrimas inundaron sus ojos y un sollozo hizo que tuviese que liberarlo de dentro de su boca, aunque su mano lo seguía teniendo agarrado por la base.

Levantó la vista para ver al hombre al que muy posiblemente le había arruinado la vida. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Cuando alguien comenzaba a amar a una persona no le debía aportar complicaciones. Debería haberse resignado, darlo por perdido, no tenía derecho a jugar con las emociones de Digory por haberse puesto a flirtear con Basil. Había errado en su proceder. Si en verdad apreciase a Ethan lo habría dejado marchar.

El abogado no le había quitado ojo desde que ella se arrodilló ante él. Era consciente de que algo había cambiado en la actitud segura y pícara de Morgan. Pasó la yema del dedo para constatar que eran lágrimas lo que había divisado.

—Morgan… —susurró, sin saber qué más decir.

—Lo siento —murmuró, para a continuación regresar a su tarea.

Sin dejar de llorar, separó los labios y lo cobijó entre ellos. Lo tragó de nuevo hasta la empuñadura y con la mano comenzó a sacudirlo de modo más enérgico y certero. El sabor de sus propias lágrimas se mezclaba con el de él. Lo sentía duro, caliente, excitado.

Siguió y siguió, con fervor. Lo lamió, lo chupó, lo acarició e incluso lo mordió delicadamente. Lo escuchaba gemir, suspirar y maldecir mientras ella le daba placer.

Morgan entendía, debido a las fuertes maldiciones que él comenzaba a emplear con crudeza, que no podría contenerse durante mucho más tiempo. En un último esfuerzo por llevarlo al límite, colocó la cabeza de su virilidad sobre su labio inferior y lo sacudió con más ferocidad. Su otra mano también había dejado el trasero masculino para ir en busca de sus pesados testículos. Lo palpó allí con atención y los hizo rodar sobre sus dedos, proporcionándole todavía un mayor éxtasis.

El cuerpo de Ethan le exigía que balancease las caderas, que embistiese al mismo ritmo que ella lo acariciaba. Necesitaba empujar con fuerza aquella última vez en la que sabía que se derramaría, y quería hacerlo a su modo. Marcarla. Que ella no olvidase a quién le había dado la satisfacción de su boca. Le quitó la mano de su virilidad, y con la otra le agarró la cabeza para que no pudiese huir, así que la obligó a abrir la boca para que él pudiese entrar en su interior. Y fue allí, en lo más profundo de su garganta, donde Ethan Digory se dejó ir.

Morgan lo sintió.

Caliente y espeso.

La esencia de él sobre su lengua.

El primer chorro había pasado casi inadvertido, pero la segunda oleada fue inequívoca. Almizcle y sal a raudales. Y el gemido que escuchó la hizo sentirse bien, satisfecha por oír esa agonía liberadora.

Morgan siguió chupando y lamiendo mientras lo tenía agarrado por la cadera, pues sus manos lo habían soltado en cuanto él tomó el control. Ella supo lo que Ethan se proponía en cuanto lo sintió retirar su mano derecha. Estaba muy equivocado si creía que ella se apartaría para no tragar su esencia. Se había esforzado mucho para lograr ese codiciado premio, de modo que hasta la última gota de ese licor le pertenecía y solo lo liberaría cuando la virilidad de Ethan empezase a ablandarse, cosa que comenzó a ocurrir pasados unos pocos minutos.

Estaba tan mojada entre las piernas. Tan necesitada de atención. Podría ponerse a suplicar para que la saciase del modo que fuese, pues aunque su cuerpo estuviese más que listo para recibirlo en el interior de su feminidad, él no podría hacerlo. Ella no se lo permitiría.

No tenía ninguna esponja para humedecerla en vinagre y evitar así un embarazo. Tampoco tenía a su disposición las populares fundas francesas que muchos caballeros utilizaban para prevenir enfermedades e hijos ilegítimos.

Eso sin olvidar que se sentía tremendamente culpable por haberlo llevado fuera del redil, tal y como él mismo había observado.

Morgan se levantó de pronto. A Ethan le sorprendió ese gesto tan brusco, aunque estuvo rápido y la agarró por el brazo. Ese agarre fue doloroso y Morgan dio un pequeño grito a modo de protesta. Ethan cometió el error de aflojar la presión, porque ella aprovechó el momento para sacudírselo de encima y correr hacia la puerta.

Descorrió el pestillo y cuando estuvo fuera de la habitación lo observó luchando para colocarse los pantalones.

—Mereces mucho más que yo. Siento haberte puesto en una posición complicada —le dijo, para cerrar la puerta tras de sí y comenzar a correr a toda prisa.

—¡Morgan! ¡Morgan! ¡Morgaaaaan! —Lo escuchaba rugir desde su habitación.

Ethan no fue lo suficientemente rápido para recomponer su atuendo y salir tras los pasos de Morgan, porque cuando logró estar presentable, no encontró ni un solo rastro de ella.

Su dama no había regresado a la habitación en la que, discretamente, había averiguado que se alojaba. Si ella creía que iba a poder volver a escapar, era que no había prestado suficiente atención.

Ethan Digory era paciente, sensato y bueno la mayor parte del tiempo, pero era hora de que la Duquesa Infame conociese el temperamento que él lograba mantener bajo control con mucho esfuerzo.

Morgan Pusset se acababa de meter en un enorme problema.

Capítulo 11

Una aprendiz aventajada

Althea había visto cómo Ethan Digory secuestraba, delante de todos sus invitados, a la que era su mejor amiga, una hermana. Acababa de brindar por la emoción y había tenido que hacer un anuncio para que se comprendiese un poco mejor la situación en la que el abogado se acababa de colocar.

La duquesa de Darkworth sonrió complacida. Morgan iba a tener una noche memorable. Bueno, podía permitirse el escarceo, porque para eso era la reputada Duquesa Infame. Ella misma hizo cosas traviesas cuando conoció a Aquiles, así que no era quién para juzgar a nadie. De hecho, cuando Althea se enfundaba en el papel de la Duquesa X, y de eso no hacía tantos años, animaba a las damas que la buscaban a pecar, a disfrutar, a dejarse llevar de la mano de la lujuria más pura y consensuada.

Le había gustado muchísimo ser la Duquesa X. Morgan había cambiado el nombre por el de la Duquesa Infame, seguramente para tener algo suyo y propio. No le gustaba demasiado ese título que su mejor amiga había escogido, pero lo respetaba.

La mirada de Althea se deslizó por todos los invitados que su casa albergaba. Tener el mismo número de damas y caballeros fue un poco complicado a la hora de organizar la fiesta.

Aquiles la había ayudado con la selección de nombres. Sobra decir que había muchas solteronas entre las damas que habían acudido a su cita y que ya no estaban en edad de precisar de una carabina. Así que su esposo le había sugerido varios caballeros que buscaban esposa, no todos eran de la alta sociedad, pero Aquiles sostenía que eran buenos candidatos para que ella hiciese de casamentera. Althea entendió que su esposo le estaba haciendo un regalo. Unir parejas, aunque tiempo atrás las hubiera emparejado pensando solo en la carnalidad, era su pasión y Aquiles le estaba dando un objetivo.

Fue una verdadera sorpresa saber que Morgan había caído en el

embrujo de la seducción. Si Greyson Amery le hubiese informado antes de organizar el festejo sobre los avances producidos entre Digory y su querida amiga, tal vez se hubiese conformado con una fiesta un poco más pequeña. Además, Morgan había traído a la señorita Edevane y, aunque Althea no aprobaba a la pareja que la escritora había elegido, comprendía que el amor tal vez pudiese surgir entre la aludida y lord Terring.

Todo era más fácil cuando se limitaba a unir parejas que consideraba que se llevarían bien en la cama. Cuando el amor entraba en juego todo se complicaba, pero en honor a la verdad, era más gratificante ser parte del nacimiento de una pareja que luego juraba sus votos ante un ministro de Dios.

Las ambiciones de Althea cuando se disfrazaba de la Duquesa X habían ido creciendo con el paso del tiempo en ese aspecto de unir el amor con la pasión más cegadora.

Mientras buscaba a la señorita Edevane, vio a su duque salir del salón de baile acompañado por Basil Foster.

Oh, Aquiles. ¡Cuánto amaba a ese hombre!

Era maravilloso tener a su lado a un duque que ponía todos sus servicios a disposición de ella, todo lo que era a sus pies. Ella no era menos, lo correspondía en igual o superior medida.

Se había enamorado de él sin quererlo y vivir sin Aquiles sería un infierno. Así que podía entender la posición de Tabitha Edevane. La había escuchado con atención cuando Morgan se la presentó de nuevo, pues cuando Althea la conoció por primera vez, era ella misma la que ostentaba el título de Duquesa X y no podía arriesgarse a que ese secreto saliese a la luz pública. Morgan explicó, durante las presentaciones, que había nombrado a Tabitha como su secretaria y que Althea era una buena amiga que también comprendía las necesidades de las mujeres y que podía ayudarla a lograr su objetivo con Terring. La duquesa de Darkworth aprovechó ese momento para indicarle a Tabitha que su enamorado había sido convocado para asistir a la fiesta y que no tardaría demasiado en aparecer. Era lo bueno de haberse casado con un duque, cuando Aquiles emitía una orden, pocos podían negarse a cumplir su voluntad.

Ethan Digory y el vizconde Terring llegaron a Darkworth Park prácticamente a la par.

Althea seguía manteniendo una excelente intuición. Así que como el primero de sus vaticinios con respecto a Morgan e Ethan se había cumplido, lo siguiente era esperar a que Tabitha pudiese mover su ficha con Terring. Tanto Morgan como ella misma le habían dado

muchos, grandes y muy valiosos consejos con respecto al modo en el que una mujer tenía que impresionar a un libertino.

Althea estaba convencida de que si Tabitha no estuviese enamorada de su objetivo, todo hubiese sido más sencillo. Ah, pero el amor lo complicaba todo y si la escritora no hubiese estado a los pies de Terring no hubiese pedido ayuda para conquistarlo.

Althea por fin encontró a Tabitha entre la multitud. Comenzó a caminar para acercarse hasta ella. La dama portaba esa peluca que antes había sido de Morgan y llevaba un vestido en color verde, no del mismo tono que el que llevaba la Duquesa Infame, pero sí parecido. Eran un equipo, le había dicho su querida amiga, pues hasta que todo se formalizase con Terring, la señorita Edevane había aceptado el encargo de convertirse en su secretaria. Y Morgan le había dicho que era fantástica porque tenía iniciativa, era resolutiva y conocía a muchas personas de la aristocracia.

¿Cómo una mujer elegante, con unos modales impecables y una educación de primera, había acabado siendo escritora?

Para Althea, Tabitha Edevane tenía sus propios secretos, unos que por su naturaleza curiosa le gustaría descubrir.

—Señorita Edevane —la llamó Althea en cuanto un caballero la dejó cerca de la mesa de ponche—, ha sido gratificante verla bailar el vals. Es usted toda una experta. Estoy celosa, la verdad. ¿Dónde aprendió a danzar tan exquisitamente? —se interesó Althea.

Tabitha se rio con ligereza.

A Althea le preocupaba que ella hubiese camuflado su aspecto físico bajo el disfraz que Morgan le proporcionó, pero que no hubiera cambiado su nombre y apellido por otro diferente.

—Lo cierto, Su Gracia, es que me costó mucho trabajo ser buena en el baile. Los profesores que pagó mi abuelo amenazaban con desertar cada vez que me veían dar un giro.

—Pero lo hace usted de maravilla.

—La práctica es la que crea la perfección.

—¿Quién era su abuelo, señorita Edevane? No hemos hablado mucho de su pasado, y confieso que siento curiosidad.

El rostro de Tabitha cambió de color y su gesto se tornó apesadumbrado.

—Mi abuelo se llamaba Charles, era una persona única y maravillosa. Es curioso que sean los padres quienes se supone que deben mostrar amor por sus hijos, pero en mi caso, fue mi queridísimo abuelo quien se ocupó de mi bienestar.

—Proviene de una muy buena familia por lo que veo.

—Ya sabe el modo en el que funciona eso de las finanzas, el dinero a veces se tiene y otras no. Doy gracias por llevar una vida acomodada, no sé lo que hubiese sido de mí si mi abuelo no me hubiera provisto de algunos fondos y yo no hubiera tenido éxito con mis libros. A estas horas podría estar en otras circunstancias muy diferentes —alegó con tristeza.

—Se me hace extraño después de todo lo que hemos hablado seguir manteniendo la etiqueta en nuestra conversación.

Tabitha le sonrió.

—Es cierto. Sería conveniente que prescindamos de la formalidad. Después de todo, tanto la señorita Pusset como tú misma, Althea —se atrevió a demostrar que estaba dispuesta a acortar las distancias—, os habéis convertido en mis más queridas amigas.

La duquesa le sonrió también.

—Eres muy amable Tabitha. ¡Ah! —exclamó la duquesa—. Aquí viene el segundo acto de mi fiesta. Espero que Terring sea más civilizado que el señor Digory y no te saque de mi salón como un hombre de las cavernas.

Tabitha se sonrió y compuso una mirada ensoñadora. Sabía que Marlon había llegado a Darkworth Park, pero, hasta ese momento en el que vio sus preciosos ojos azules brillando desde la entrada, no habían coincidido.

—Daría lo que fuese para que algo así sucediese.

—¡El amor! Debes recordar lo que hablamos sobre el juego de la seducción, Tabitha.

—Sí, creo que sabré cómo manejar a Terring. Después de todo, no sería la primera vez.

—¿Te has enfrentado antes a él? —preguntó rápida.

—Podría ser… El protector de la señorita Pusset… —Se quedó pensando el nombre y el apellido de él y le vino de pronto a la cabeza —. Ya lo recuerdo, el señor Greyson Amery fue muy amable y comprensivo cuando me topé con Terring en un club.

—¿Amery? —Eso su amigo no se lo había contado. Greyson le envió noticias sobre lo acontecido con Morgan, pero no dijo nada sobre la señorita Edevane y Terring.

—El mismo. —Tabitha chasqueó la lengua—. Es una pena que él no se haya quedado después de escoltarme hasta aquí, me hubiese venido muy bien tenerlo a mano —dijo en tono de confidencia.

—¿Con qué motivo? —trató de averiguar llena de curiosidad.

Tabitha le sonrió.

—Por lo mismo de siempre… El poder de los celos. —Tabitha le

guiñó un ojo y luego se movió discretamente hacia la derecha para que Terring pudiese divisarla con facilidad. Esperaba que él no la hubiese olvidado después del encuentro en el Placer del Infierno.

Su último intercambio fue del todo esperanzador, y todo gracias a la inestimable cooperación del señor Amery.

En ese justo instante, Althea Darkworth se dio cuenta de que Tabitha Edevane era perfecta para el papel de secretaria de Morgan. Aprendía rápido y tenía un punto de descaro muy necesario para poder enfrentarse a incómodas situaciones sociales.

Esperaba que Terring apreciara el regalo que era la escritora, pues su ingenio, su belleza curvilínea y su esfuerzo por conquistarlo deberían ser más que suficientes para que el caballero se pusiera de rodillas.

El vizconde Terring había divisado a la dama en la que llevaba pensando casi a diario. Puesto que el objeto de su interés estaba junto a la anfitriona de la fiesta, le pareció lógico ir a saludar a la duquesa. De modo que lo hizo de esa forma.

Los saludos se produjeron tal y como marcaba la etiqueta. Terring permitió que la duquesa de Darkworth se la presentase para no levantar sospechas de que se conocían previamente. Escuchó su nombre con interés. Ella era Tabitha Edevane y la esposa de Darkworth le informó que era la secretaria de la Duquesa Infame.

Marlon frunció el ceño. Cuando se topó con ella en el club que dirigía Cook, le aseguró que lo conocía muy bien. A él no le sonaban de nada el nombre y el apellido dado. La dama no llevaba la máscara puesta, pero sí había reconocido la peluca y sus delicadas facciones. Una mujer con un pecho increíble, con curvas en todas partes. Sensual, delicada y… juguetona.

Estaba cada vez más interesado en averiguar de qué lo conocería, porque a él se le debía de estar escapando algo, dado que ella lo miraba con simpatía, como si… como si… ¿como si hubiesen sido íntimos?

Terring estaba desconsolado. ¿Sería una amante a la que no lograba ubicar? En tal caso, ella debería estar furiosa, pero se la apreciaba… ¿entusiasmada?

Fuese cual fuera la red que la dama había tejido, él se dejaría enredar, después de todo era la secretaria de la Duquesa Infame, y sospechaba que había orquestado muy bien un plan para que el duque de Darkworth, casi, lo hubiese obligado a personarse en su fiesta.

¿Quién era él para defraudarla cuando ella le dijo que deseaba ser una tigresa a la caza?

Era halagador que una mujer lo persiguiera, siempre ocurría al revés.

—Señorita Edevane, si no tiene el próximo baile comprometido me gustaría…

—Lo cierto es que el calor de la sala me está asfixiando, pensaba salir a tomar el aire —le indicó audaz.

Althea se tuvo que agarrar a la pequeña mesa que tenía a un lado de uno de los pilares del salón, porque Tabitha era más peligrosa de lo que imaginó.

Una mujer dispuesta a todo, sin miedo, sin nada que perder, lista para la gran batalla.

Fabulosa.

—Discúlpenme, por favor, debo ir a saludar a… —los ojos de Althea buscaron a alguien conocido—. Sí, allí está la señora Lisborn. —Althea se marchó de pronto.

Terring le ofreció el brazo a Tabitha y ella lo apresó.

—Estaré encantado de escoltarla, señorita Edevane.

La pareja se zambulló en las sombras del jardín de Darkworth Park. Las antorchas de fuego iluminaban el camino hacia un pequeño laberinto situado en la parte este. Había algunas parejas disfrutando de la hermosa noche de luna llena.

Terring la llevaba, se dio cuenta ella, a un lugar más apartado, donde pudieran disfrutar de cierta intimidad.

—Ya me tiene donde me quería, señorita Edevane —le dijo sin preámbulos.

—¿Dónde sería eso? —coqueteó con una brillante sonrisa.

—No hay cepo, ni trampa, pero creo que me ha cazado. Estoy impresionado, no supuse que sería usted la secretaria de la Duquesa Infame.

—La vida está llena de sorpresas.

—Exacto.

—Sí, eso es cierto, porque ya ve que creí que sin la máscara usted no sabría dar conmigo y ha sabido quién era a la primera, aunque lamentablemente sospecho que no me ha reconocido por completo.

—¿A qué se refiere? ¿Acaso nosotros dos hemos sido antes…? —No se atrevió a seguir con su conjetura.

—¿Qué, lord Terring? Tal vez hayamos sido ¿qué?

—¿Amantes? —terminó por preguntar con suavidad—. Es por eso por lo que está irritada conmigo.

—¿Irritada? No, en absoluto. Y no, tampoco hemos sido amantes… todavía. —Dios bendijese a Morgan Pusset por sus ideas audaces,

pensó Tabitha.

—Uhm. Un futuro prometedor, querida.

—Puesto que sabe que soy la secretaria de la Duquesa Infame, se figurará que las normas sociales las acato a conveniencia.

—Eso lo imaginé cuando la divisé en el Placer del Infierno, señorita —se sinceró.

—De acuerdo, no tiene caso seguir adelante con este juego cuando yo ya he dejado clara mi postura.

—¿Dicha cuestión implica que haya… una cama de por medio? —preguntó pícaro.

—Verá, lord Terring, tenía un plan muy calculado para conquistarlo.

Él le sonrió.

—Me halaga —le confesó con la verdad en el corazón.

—He estado investigando muy concienzudamente sobre el fascinante mundo del placer carnal, pues tengo la convicción de que a un libertino solo lo puede cautivar una libertina adecuada.

—Goza de toda mi atención, querida. Siga, por favor.

—Lo quería en mi cama, muerto de deseo por mí, delirante por mis caricias, por mis besos, por mi cuerpo, para después obligarlo a cumplir mi voluntad.

—Un siervo… Me gusta su propuesta.

Él se había acercado a ella. Los labios en el cuello de Tabitha. Las manos masculinas palpando la parte de sus brazos donde los guantes no llegaban y el vestido no alcanzaba a cubrirla.

—Pero supongo que mi orgullo exige que sepa con quién está antes de seguir adelante.

—No pienso olvidar su nombre y apellido mientras viva, señorita Tabitha Edevane. Le juro que es la primera vez que una mujer me sorprende y cautiva tanto. La encuentro refrescante, directa.

—¿Y si no fuese Edevane? Y si al convertirme en la secretaria de la Duquesa Infame me viese obligada a tomar ciertas medidas… —Él seguía besando su cuello. Ella luchaba por mantener la conversación. ¡Oh, cuánta dificultad era no rendirse al placer!

—No me alejaría tampoco, si ese fuese su temor.

—«Soy un pirata, mi amada. Uno que barre los mares en busca de una sirena como tú. Uno con el corazón rebosante de amor, cuya sangre arde cuando te tiene delante. ¿No me ves, bella mía? ¿No puedes gobernar a este pirata cuyo timón solo sigue a tu corazón? Dame paz. Solo con un beso lo conseguirás, mi amada. Ven a por mí y sálvame» —terminó Tabitha de recitar.

Terring había parado de besarla cuando ella comenzó a hablar tan apasionadamente.

—Un precioso poema. ¿Le gusta que se los reciten, querida?

—¿No lo reconoces, Marlon? —preguntó con el ceño fruncido.

Él se quedó asombrado con la familiaridad que empleaba al hablarle. No sabía exactamente lo que ella le estaba reclamando, pero era evidente que se trataba de algo importante.

—Me temo que la poesía no es lo mío. Disfruto algo cuando se recita a lord Byron, pero poco más.

—¿Y esto? —Levantó la muñeca para mostrarle una pulsera de oro con unos pequeños diamantes engarzados—. ¿No la reconoces? ¿No me reconoces después de tantos años, Marlon?

Él suspiró y se tocó la frente. Se separó de ella. Era obvio que ambos se conocían pero el vizconde no lograba saber quién era o dónde pudo haber coincidido con ella. Y la pulsera no la reconocía en absoluto.

—Lo lamento, pero no tengo la menor idea de quién eres.

Ella comenzó a negar con la cabeza.

—No puede ser que no te acuerdes de mí.

—Si me das alguna pista, tal vez…

Ella miró a la luna y una lágrima cayó por su mejilla.

—Esto no tenía que ser así. Llevo tanto tiempo enamorada de ti… Y tú no me recuerdas… —se lamentó, sintiéndose una estúpida.

—¡Un momento! —Las palabras de ella lo habían hecho entrar en pánico—. Hablas de amor, y aseguras que me conoces bien.

—Sí —dijo ella en tono lastimero.

—Eres una mujer sensacional, un simple vistazo y supe que quería tener un idilio contigo. Afirmas conocerme muy bien y sabes que soy un libertino, así que…

—Pero estás buscando esposa —le recordó—. Todo Londres está al corriente de que quieres casarte esta temporada.

—No lo quiero, lo necesito —siguió hablándole con sinceridad.

—¿Qué diferencia hay? —Ella no lo había entendido.

—El matrimonio para las clases altas es un acuerdo, señorita Edevane.

Los ojos de ella dejaron de contemplar el cielo.

—¿Te casarás sin amor? ¿Por deber?

—Es mi obligación.

—¿Por qué, Marlon? Tú no eras un mercenario, eras un soñador.

—Ah, es cierto, pero eso fue en mi juventud, y si fue en esa época cuando me conociste, debes comprender que yo era ajeno a los

problemas que se cernían sobre mi título.

—Tu padre… —musitó en un susurro.

—¿Lo conociste también? —Ella afirmó con la cabeza.

—Le gustaba apostar. —Tabitha comprendió al fin las circunstancias de Marlon. No eran, al fin y al cabo, tan diferentes de las que ella tuvo que huir—. ¿Estás arruinado? —preguntó con gran descaro.

—Esto sí que no es como yo había imaginado que iba a ser nuestra salida nocturna al aire libre. A estas horas hubiera estado destapando tus pechos, mamando de ellos como un loco hambriento, mientras mi mano alcanzaba a comprobar el nivel de humedad entre tus muslos para así constatar que te estaba agradando mi proceder.

—¿Cuánto dinero necesitas? —No le interesaba hablar sobre infamias. Era más apremiante conocer de primera mano su situación.

—¿Eres una rica heredera? —preguntó curioso.

La conversación era tan extraña… Un giro tan inesperado para ambos. Tabitha necesitaba saber más. Él no se avergonzaba de sus circunstancias, no ante ella, porque aunque era verdad que no la conocía, la familiaridad que la dama desprendía era contagiosa.

—No. No tengo tanta fortuna. —Y casarse con él porque necesitase su estabilidad económica no le parecía adecuado.

—Entonces me temo que lo que podrás obtener de mí es lo que te ofrezco aquí y ahora. A mí, mi cuerpo y mis habilidades.

Ella levantó el mentón.

—¿Solo una noche? ¿Únicamente durante una noche, Marlon?

—Mi deber y posición me exigen cumplir con mi destino. Tengo que casarme con *lady* Cassandra.

—¿Qué? —graznó ella.

Él maldijo por haber dicho en alto el nombre de otra dama. No tenía caso mentirle a esas alturas y negar sus propias palabras.

—Estoy prometido.

—¿Prometido? —La pregunta salió rauda, llena de agonía.

—El anuncio no ha sido publicado todavía en los periódicos. Esta misma semana se firmaron los documentos de nuestra unión —le explicó.

Tabitha encontró un pequeño banco de piedra a su derecha y lo buscó para sentarse. Él la siguió con la mirada. Se sentía culpable, pero no sabía el motivo. No la recordaba y parecía que le había partido el corazón en mil pedazos.

—Desde que te conocí estuve segura de que mi vida no sería la misma. No me permití soñar más allá de… —No supo cómo continuar

la frase.

—Dime quién eres, no logro saber tu identidad. —Marlon estaba perturbado.

Los ojos de ella lo miraron. Brillantes, grandes y anegados en lágrimas.

—Había creído que si no podía tenerte, sería capaz de conformarme con un pedazo de ti…

—Tenemos esta noche —insistió.

—No —negó ella con la cabeza—. Disfrutar de ti hoy, tenerte sola para mí ha sido mi mayor ilusión desde que puedo recordar. Te tengo delante y sé que si me rindo a lo que deseo hoy, moriré en cuanto te haya perdido. Creí erróneamente que un poco de ti sería suficiente. No, Marlon. Lo quiero todo, y como no lo puedo tener, me privaré de ti, de mi capricho, porque al fin he comprendido que nuestros caminos jamás podrán cruzarse en el mismo punto. Si mi padre no hubiera sido como el tuyo, te hubiera brindado todo lo que hubiese estado a mi alcance.

Tabitha se levantó del banco. Él estaba quieto, como si no se creyese lo que estaba viviendo. Tabitha aprovechó su desconcierto para besarlo en los labios.

Terring la apretó contra su pecho. El beso que ella había iniciado se tornó más experimentado, más ansioso.

Ella sabía que tenía que marcharse.

Él necesitaba consolar su dolor. Nunca una mujer había llorado por él. Jamás una dama se había preocupado por su bienestar. Ella le habría ofrecido todo lo que hubiese tenido para salvarlo de su situación. Marlon lo había escuchado alto y claro. De pronto, las mujeres adquirieron un nuevo significado para él. Eran seres capaces de preocuparse por los demás. Nunca se había topado con algo así. Había crecido sabiendo que nada era puro, que todo era una conveniencia, pero Tabitha Edevane parecía real, sincera. Estaba conmovido por la tristeza que ella transmitía. Se sentía… extraño.

Notaba el manto de protección que ella desearía envolver sobre él.

Por primera vez en su vida, Marlon Heast, vizconde Terring, se dio cuenta de que la pasión unida a la preocupación, a la dedicación… al amor, podría ser sublime. La mujer que le devolvía el beso con fervor le estaba haciendo comprender tantas cosas, y todo ello con tan pocas palabras…

¡Dios, qué locura!

Capítulo 12

Una relación dudosa

Ethan Digory llevaba dos días examinando todos los rincones de la casa de los duques de Darkworth. Reconocía que Morgan Pusset era hábil porque lo había sabido esquivar a las mil maravillas. Ah, pero él era letrado, la paciencia era su mayor fuerte. La perseverancia la llevaba en la sangre.

Se encontraba en esos momentos en el invernadero. Las orquídeas estaban con alguna que otra flor.

—Son preciosas. —Ethan escuchó una voz a su espalda. Se ladeó de inmediato.

—Señor Abbott —saludó al caballero de mediana edad que estaba llegando hasta su posición.

—Digory —correspondió el otro.

—Sí que son excepcionales.

—Tanto como la mujer a la que ha logrado someter —dijo burlón el caballero.

—¿Disculpe? —Ethan se había tensado.

—¿Es tan infame como se rumorea? Debe serlo si ha logrado sacarlo a usted de sus casillas. Estuve a punto de aplaudir cuando lo vi cargársela al hombro. Admito que yo mismo había pensado en hacer lo mismo. Debe de ser toda una gran fiera en la cama… —sentenció, levantando un par de veces las cejas.

—¿Está usted ebrio, señor Abbott? —le preguntó.

—No, por Dios, son apenas las once de la mañana. Es temprano todavía.

—De acuerdo.

Ethan Digory le atizó un puñetazo en toda la cara sin pensárselo dos veces.

—¿¡Se ha vuelto loco!? ¡Me ha roto la nariz! —se quejó mientras se sujetaba esa parte ensangrentada.

—Ha insultado a una dama, Abbott, a la mía precisamente. Dé

gracias a que todavía puede andar —le dijo sin alzar la voz.

—¡Es una maldita mujer! Se hace llamar la Duquesa Infame, ¿cree que soy el único que sabe la reputación que tiene? Casamentera dicen que es… En su casa de las afueras organiza orgías.

—Me parece que al final no va a poder andar —observó Ethan, mientras se acercaba al hombre que había tenido la desfachatez de ofender a Morgan en su presencia.

La duquesa de Darkworth, que había estado en un lugar apartado y presenció el suceso, salió de las sombras para evitar lo que sería una buena pelea en la que Abbott no tenía ninguna posibilidad de ganar.

—Caballeros… —Se puso entre ambos—. Es un día maravilloso para estropearlo. ¡Oh, señor Abbott!… ¿Qué le ha ocurrido? ¿Acaso se ha caído? Está sangrando, ya le dije a mi esposo que este suelo era demasiado irregular y que podríamos tener problemas. ¡Cuánto lo siento! Regrese al interior de la casa, le mandaré al médico y en cuanto esté mejor podrá seguir su camino.

El señor Abbott la miró sorprendido. Era mejor que la duquesa creyera que se había caído que admitir que le habían agredido. Sí, se iría porque no deseaba volver a ver al maldito Digory en su vida.

—Gracias, excelencia —Le hizo una reverencia tensa, se dio media vuelta y se marchó.

Ethan se quedó a solas con Althea.

—Siento que haya tenido que presenciar este incidente —se disculpó el abogado.

—No lo sienta, yo misma me disponía a salir a la luz para darle su merecido, Digory. —Ella le sonrió al verlo con el ceño fruncido—. ¿Se escandaliza por mis palabras? ¿No conoce a ninguna duquesa que le haya dado su merecido a un caballero desagradable?

—Conozco a muchas que hubieran mandado a su duque a hacerles el trabajo sucio, lo admito. —El duque de Rothgar le vino a la mente. Su esposa se apoyaba tanto en él que le explicaba cualquier contrariedad para que él la ayudase.

—Verá, voy a contarle un secreto, señor Digory.

—Me honra, excelencia —admitió.

—La primera dama que se encargó de ejercer como Duquesa X, no fue Morgan Pusset.

—¿No? —Una declaración así no se la había esperado—. ¿Hay un club o algo así? ¿Un turno para asumir ese papel?

Althea le sonrió.

—No es tan fácil. Verá, Morgan no era la Duquesa Infame, porque antes que ella, yo misma llevaba una gran peluca rubia, me delineaba

los ojos de color negro y siempre iba enfundada en un vestido de seda roja. Yo, antes que ella, fui la Duquesa X. Morgan decidió cambiar su título por el de Duquesa Infame, pero ambas simbolizamos lo mismo.

—Ah… —No supo qué más añadir a su pequeña exclamación.

—Lo he cogido por sorpresa.

—Lo cierto es que sí.

—Tiene que entender que a Morgan siempre le ha gustado diferenciarse del resto, ser irreverente. Hay pocas mujeres como ella.

—A Dios gracias —dijo sin darse cuenta.

Althea no se lo tomó como un insulto, sino como un pequeño rezo.

—Lo está volviendo loco, ¿verdad?

—Dígame al menos que sigue en esta casa. —No hacía falta que contestase, pues intuía que la duquesa ya conocía la respuesta a su propia pregunta.

—Usted no estaría aquí si sospechase que ella se hubiera ido.

—Admito que sabe esconderse muy bien.

—Lo hace porque está en la única habitación donde a usted no se le ocurriría mirar nunca.

—¿Cuál sería esa? —Sentía mucha curiosidad, porque casi había explorado toda la casa. ¡Incluso se metió en el desván!

—La mía, señor Digory. Y debo señalar que estoy impresionada. Conozco a Morgan desde que cumplí los veinte, se imaginará que no son pocos los años que llevamos juntas. Pues en todo ese tiempo nunca la he visto interesarse por un caballero, mucho menos esconderse de él. Está aterrada.

Ethan Digory suspiró. La había tratado de un modo abominable hacía dos noches. Pensó que ser un hombre duro, decidido y obligarla a lamerle su… ¡Iría al infierno!

Se comportó como un bruto, dando órdenes para impresionarla, para estar a su altura. La esposa de Darkworth le acababa de decir que la Duquesa Infame llevaba por lo menos cerca de quince años, tal vez alguno menos si calculaba la edad de la esposa de Darkworth con acierto, que no se interesaba por un hombre. Él había sido el primero en muchos años, si lo dicho era verdad, por supuesto.

Tuvo que haber llevado las cosas con Morgan de otro modo, haber hecho que la intimidad fuese muy diferente. La había juzgado mal en cuanto a lo que deseaba ofrecerle en el lecho.

—Lo veo muy pensativo, señor Digory. Estoy segura de que se está preguntando muchas cosas, pues le he desvelado demasiados secretos, pero era necesario hacerlo. ¿Qué es lo que más le preocupa de todo lo que le acabo de contar? No sea tímido, estoy de su parte. Usted me

agrada y si Morgan lo ha elegido, haré lo que esté en mi mano para ayudarle —dijo con sinceridad.

—Le agradezco mucho la confianza que ha depositado en mí, excelencia. Y le ruego que me disculpe, pero todas las preguntas que tengo, incluidas mis preocupaciones, son asunto de la señorita Pusset y mío.

Ella le sonrió.

—Por eso lo ha elegido. Adora su corrección, su caballerosidad, sus pulcros modales. Si decide quedarse y seguir luchando, señor Digory, lo tendrá que hacer casi a diario, porque Abbott no es el único que tiene esa opinión de la Duquesa Infame. Morgan es valiente y ha hecho lo que jamás yo hubiese imaginado. Se ha desprendido de los velos que ocultaban su verdadera identidad para demostrar a la sociedad que no le teme a nada.

—Le han disparado, excelencia. Doy por hecho que está al tanto de ese suceso.

—No es la primera vez —desveló con naturalidad.

—¡Jesús! —exclamó Digory.

—Brendan Sallow y Greyson Amery son los dos hombres más competentes y temidos con los que me topé en su momento. Tuvieron la misión de protegerme a mí años atrás.

—¿Por qué?

—¿Por qué tenían que protegerme?

—No, entiendo el motivo por el cual tenían que velar por su seguridad. Lo que no alcanzo a entender, es por qué una mujer como usted, hija de un duque, casada en primeras nupcias con un conde, se inclinó por crear a la Duquesa X.

—Verá, no fui feliz en mi primer matrimonio. Wins era siniestro y su mayor diversión era atormentarme con palizas y palabras indeseadas.

—Lo lamento. —Ella le hizo una pequeña reverencia con la cabeza para premiar su sinceridad.

—Escapé de él gracias a la ayuda de Brendan y de Morgan. Los tres nos convertimos en familia y no fue hasta que el bastardo de Wins falleció, que regresamos a Londres. En mis primeras salidas observé que los hombres tenían carta blanca para divertirse. Nada nuevo, porque son ustedes los que manejan el mundo, pero también me di cuenta de que había muchas mujeres que no habían tenido el privilegio de conocer la pasión en sus propias carnes. Algunas eran, como yo, viudas maltratadas, otras solteronas que no querían morir sin saber lo que era ser poseída por un amante competente. Morgan

actuaba como mi secretaria, Brendan y Greyson, como se imaginará, nos protegían a ambas, pero yo era la que corría más peligro. Antes de casarme con Aquiles, un enemigo de mi pasado divulgó mi verdadera identidad, y trazamos un plan para que Morgan asumiese mi identidad como Duquesa X durante un baile al que también yo acudí pero como la respetable condesa viuda de Wins. Disipamos así la creencia de que Althea Marriott —ese era su anterior apellido— era la Duquesa X, porque Morgan se hizo pasar muy bien por mí. A partir de ahí, y dado que mi duque deseaba casarse conmigo a toda costa, Morgan decidió aceptar el reto de continuar con el trabajo que ambas hacíamos. Pero antes de eso, la secuestraron creyendo que era yo, y recibió un disparo. Morgan es dura, se crio con Sallow en las calles más peligrosas de Londres. Y tan infame como desea que la crean, a tantas damas a las que ha ayudado a encontrar una alegría que desconocían o no encontraron en el lecho, y nunca la he visto enredarse con un hombre… hasta ahora.

—Parece conocer mucho a la señorita Pusset —observó Ethan curioso.

—Es mi hermana.

—¿Es su hermana en verdad, excelencia? —indagó.

—No tiene mi misma sangre, pero es mi familia.

—¿Tiene la señorita Pusset la misma sangre que Brendan Sallow? —preguntó invadido por las ansias de averiguar más información. No compartían el mismo apellido.

—Los tres somos como hermanos, señor Digory. A nuestro regreso a Londres, se unió Greyson Amery. Los cuatro pilares del mundo de la Duquesa X. Somos hermanos de corazón.

—Se lo preguntaré sin amagos. ¿Son el señor Sallow y la señorita Pusset hermanos de sangre?

Althea frunció el ceño. Digory se había convertido en un abogado acusador en ese juicio.

—¿Por qué lo pregunta?

—Usted no lo sabe. —No era una pregunta, sino que él se acababa de dar cuenta del desconocimiento de la duquesa.

—¿Saber qué? —siguió preguntando Althea.

—Suficiente —intervino Aquiles desde un lateral.

El duque de Darkworth había visto a Abbott sangrando y le dio mala espina. Había estado buscando a su duquesa por la finca para ver qué había sucedido. Las preguntas que estaba escuchando del señor Digory cuando ingresó en el invernadero lo incomodaron. Sallow le había confesado su secreto, Althea no debía enterarse del parentesco

que ambos compartían. Fue el trato que Aquiles hizo en su momento con Brendan y lo respetaría. No era un asunto que le concerniese a él. Solo a Sallow y a su esposa.

—Aquiles… —murmuró Althea al verlo mirar fijamente al abogado… ¿con furia?

—Excelencia —lo saludó Ethan con una inclinación de su cabeza.

—Señor Digory, le interesará saber que he localizado a su dama. Son muchos los invitados que han abandonado Darkworth Park tras la fiesta, otros, como por ejemplo Abbott, lo harán pronto, así que le aconsejo que aproveche la cierta intimidad que ofrece la biblioteca privada de mi esposa… ubicada en el segundo piso junto a la habitación que ocupa la duquesa de Darkworth y vaya a buscar a Morgan.

—Gracias, excelencia. —Ethan no esperó ni un momento para salir a toda prisa y seguir el consejo del duque. Por lo que a él se refería, Darkworth le acababa de dar sus bendiciones para seguir luchando por Morgan Pusset. No desaprovecharía la ventaja que acababa de adquirir.

Althea y Aquiles se quedaron a solas.

—¿Morgan y Brendan son en verdad hermanos? —preguntó Althea. La cuestión le picaba en la lengua. Era necesaria una aclaración.

—No. ¿Se ha caído Abbott en este invernadero?

—No —respondió ella.

—¿Qué ha pasado?

—Abbott ha tenido la desventura de insultar a Morgan delante de Digory.

Aquiles abrió los ojos como platos.

—¿Ethan Digory le ha roto la nariz a Abbott?

—Y te aseguro que estaba dispuesto a seguir rompiéndole más cosas. Ha sido fascinante verle perder la compostura. Primero se la cargó al hombro sin importar las consecuencias de su acto, y después no ha dudado en autoproclamarse su paladín. Estoy atónita, Aquiles. ¿Quién iba a decir que Ethan Digory tenía tanta… tanta…? Ay, no sé cómo definirlo.

—Amor, Althea. Se llama amor. Lo sé porque yo mismo tuve que sortear los mismos obstáculos que él en su momento. Enamorarse de la Duquesa X o Infame, como os queráis llamar, no es algo que uno busque, pero ocurre con suma facilidad. Yo mismo hubiese prendido fuego a medio Londres si hubieran osado ofenderte en mi presencia.

—¿Solo medio? —preguntó jocosa.

—Tenías en el bolsillo al otro medio que te salvaría de la hoguera.

Así que, sí. Medio, aunque si el mundo entero se pusiera en tu contra, ardería más que Troya.

Althea se aproximó a él y le dio un ligero beso en los labios. Su esposo la rodeó con los brazos.

—¿Eres consciente de que Morgan se enfadará cuando descubra que le has enviado a Digory a mi biblioteca a traición?

—¿Y tú comprendes que hace dos días que no te tengo en mi cama porque te dedicas a consolar a tu amiga porque sufre mal de amores?

Althea abrió los ojos con sorpresa.

—¿Así que lo has hecho para recuperarme de nuevo, porque eres de esos duques posesivos que no pueden ni respirar cuando su duquesa no está cerca?

Darkworth se apretó más contra ella. Su rostro a escasos centímetros del de su esposa.

—Me falta el aire cuando no te tengo cerca, Althea. La grandiosa fiesta del fin de semana que has organizado ha terminado, y cuando Morgan se dé cuenta de que no existe ningún problema con Digory, disfrutaremos de un par de días solos tú y yo, y después de recuperar las dos noches en las que no cumpliste con tus obligaciones como mi esposa, iremos a casa de mi hermana para traer de vuelta a nuestros hijos.

—Un plan maravilloso, mi duque.

—Me vuelves loco, Althea —susurró sobre los labios de su esposa para después besarla.

Un carraspeo breve interrumpió la ardiente dedicación entre el matrimonio.

—¿Qué sucede, señor Smith? —preguntó Althea.

—Más vale que alguien esté muriéndose —señaló con enfado Aquiles.

—Lamento importunar, Sus Gracias, pero ha llegado una dama muy nerviosa y solicita audiencia con la duquesa.

—¿De quién se trata? —indagó el duque.

—Ha explicado que el señor Sallow le aconsejó venir y que solo hablará con la duquesa. La he acomodado en la salita azul —respondió el mayordomo.

Althea supo de inmediato de qué se trataba.

—Es urgente, Aquiles. Si Brendan le ha dicho que venir aquí era seguro, te imaginarás cuál es el problema.

—Lo sé. —La soltó de su abrazo—. Ve a atenderla.

—Lo siento —se disculpó ella por dejarlo.

—No lo hagas. Me enamoré de ti precisamente por cosas como esta,

Althea. Dile que la ayudaremos en todo cuanto podamos.

—Te amo. —Le dio un beso para demostrarle cuánto.

—No podría haber pedido una esposa mejor —le dijo él mientras sonreía.

***

Morgan entró en la biblioteca donde le había dicho Althea que podría encontrar a Tabitha. Se trataba de un lugar privado donde la duquesa escribía y almacenaba libros de estudios, principalmente de filosofía y de otras culturas.

Vio a la señorita Edevane llorando, sentada tras el escritorio, la pluma escribía a toda prisa sobre las hojas en blanco. Tomó asiento en la silla frente a la suya.

—Siento no haber estado a tu lado, Tabitha. He tenido también mis propios problemas —le dijo a su amiga.

La escritora dejó la pluma en el tintero y se reclinó hacia atrás en la silla.

—Me lo he imaginado. El señor Digory creo que ha registrado toda la casa en tu busca. Te envidio por la suerte que tienes.

—No es suerte. Y de todas formas mi deber era haberte apoyado y no lo he hecho.

—Sí eres afortunada —rebatió—. No te apenes por mi situación, Althea ha sido de gran ayuda.

Morgan le sonrió.

—La duquesa sabe bien lo que se hace cuando ayuda a una mujer que sufre. A mí también me ha tenido que consolar.

—Sí, pero Digory sigue aquí y no tiene pinta de darse por vencido. Terring se marchó al día siguiente, después de que yo le abriese mi corazón, lo hizo con las primeras luces del alba y estoy segura de que se fue a toda velocidad.

—Las relaciones entre hombres y mujeres son imprevisibles. A veces salen bien y otras no.

—Trataste de convencerme para que centrase mi atención en otro caballero y no te hice caso.

—Estabas enamorada de él, era comprensible que no te dieses por vencida hasta quemar el último cartucho.

—Está comprometido.

—Lo sé, Althea me puso en antecedentes esta misma mañana.

—No se acuerda de mí.

—¿No reconoció tu nombre y apellido? —preguntó extrañada

Morgan.

—Es complicado —dijo a modo de explicación.

—¿Quieres explicármelo?

—No, preferiría no hacerlo —pidió.

Morgan decidió no presionarla y cambió de asunto.

—Comprendo que tu corazón está fragmentado en mil pedazos, pero tengo que preguntártelo, Tabitha, ¿has pensado en el futuro?

—Sí —afirmó con honestidad—. No he dejado de pensar en lo que voy a hacer.

—¿Sigues queriendo conocer la pasión? —se interesó. Su tono fue muy comprensivo.

—Por supuesto que sí, solo que no lo haré en un corto periodo de tiempo. Necesito esperar.

—Lo comprendo. ¿Seguirás escribiendo?

—Tengo en mente una historia llena de dolor, con una protagonista que no logra alcanzar el amor.

—Estoy segura de que será algo épico —la animó.

—Cuando llegué a ti, quise experimentar sentimientos nuevos para poder plasmarlos sobre el papel. No creí que acabaría conociendo tan bien el fracaso amoroso, pero aprovecharé lo que acabo de vivir. Sin embargo, quisiera que tuvieses en cuenta mis servicios.

—¿A qué te refieres?

—Quisiera ser tu secretaria, Morgan. De modo permanente. Me ha gustado recopilar información sobre Terring y sobre mí misma para ayudarnos a ti y a mí en mis planes. Creo que me agradaría ser de utilidad para otras damas que tengan la buena fortuna de encontrar a sus caballeros de brillante armadura.

—Tienes que recordar, que las relaciones que en mi casa se suceden, pueden, o no, acabar en boda. Lo que hago es ofrecer pasión a las damas que no la han conocido a lo largo de su vida, y de ahí a veces surge el matrimonio. No me llamo la Duquesa Infame por nada, aunque mi reputación se ha suavizado por el hecho de que me tilden de casamentera.

—Lo recuerdo bien. No me escandaliza estar en el otro lado de la sociedad, si es eso lo que tú temes que me ocurra. Hace años que tomé la decisión de probarme a mí misma. No me he arrepentido nunca de nada y no voy a empezar a hacerlo, porque prefiero morir y pedir perdón por mis errores, que no cometerlos mientras viva.

—Una reflexión muy progresista.

—Llevo años sola, tratando de seguir adelante. Lo he logrado. No me conformo con la vida que llevaba antes de tratar de conquistar a

Terring, necesito más. Quiero… —No supo cómo continuar la frase.

—Vivir al límite —la ayudó Morgan.

—¿Es eso lo que haces tú?

—En mi caso es fácil, porque Brendan y Greyson me vigilan las espaldas, además de que he tenido la gran suerte de hacer buenos amigos entre la aristocracia y me brindan su protección.

—Como la duquesa de Darkworth.

—Entre otros muchos de mis aliados y amigos, sí.

—¿Me aceptas en el cargo como tu ayudante? Sé que dijimos que sería algo temporal, para darme un papel y escandalizar a Terring, pero quisiera ayudarte en tu labor.

—Lo cierto es que no podría alegrarme más por tu ofrecimiento. Brendan estaba cansado de atender mis peticiones para recoger información, y Greyson amenazó con dejarme si no encontraba a alguien de confianza para que se ocupase de asuntos como organizar citas, por ejemplo. ¿Te ves capaz de soportar la presión?

—Sí.

—¿Seguirás llevando el disfraz que te proporcioné? —Tabitha no estaba usando la peluca y el kohl negro en esos momentos porque no era necesario.

—Sí. Prefiero actuar desde las sombras.

—¿Me contarás alguna vez por qué Terring no te reconoció pese a haber sido tan cercanos en vuestra infancia?

—Terring es el pasado. Hay que avanzar y mirar hacia el futuro. Haré que valga la pena todo a partir de aquí.

—Me parece bien. ¿Vas a usar otro nombre y apellido diferente, Tabitha?

—No. Ya lo hice una vez y me quedo con Tabitha Edevane.

—¿Quieres decir…? —¿Morgan la habría entendido bien? ¿Acaso su nueva secretaria usaba un nombre y apellido de su propia invención?

—Sí —la cortó—. ¿Supone eso algún problema?

Morgan le sonrió.

—Tú y yo tenemos más en común de lo que puedas imaginarte —le dijo, pues Morgan había cambiado varias veces de identidad a lo largo de su existencia.

—Siento la intromisión. —Una voz masculina interrumpió la charla. Morgan no necesitó girarse a mirar hacia la puerta para saber de quién se trataba.

La señorita Pusset vio a su amiga limpiarse la humedad que albergaban sus mejillas, le sonrió primero a Morgan y luego al señor

Digory para decirle a este último:

—Yo ya me marchaba. —Con eso se puso de pie, tomó su cuaderno de notas y pasó al lado de Ethan.

El abogado cerró la puerta cuando la señorita Edevane se marchó.

Morgan permanecía todavía mirando al frente. No se había atrevido a enfrentarlo con la mirada. Él se había dado cuenta de ese detalle y le dolió en lo más profundo de su alma.

—¿Quieres que me marche, Morgan?

—No debo tomar decisiones por ti —expuso ella, con la mirada fija hacia delante.

—¿Estás disgustada por la forma en la que me comporté cuando te llevé a mi habitación? —preguntó, tratando de que no se le entrecortase la voz debido a la vergüenza que sentía por haberse mostrado tan rudo con ella.

—No hiciste nada malo.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

—No puedo… —murmuró.

—¿No puedes mirarme? ¿Tan repulsivo te resulto ahora, Morgan? —Ethan seguía junto a la puerta.

Ella se levantó de la silla y se giró para mirarlo. La vio llorando.

—Tú nunca podrías resultarme repulsivo —confesó con la verdad en la mano.

Él se acercó a ella, primero con pasos cortos y no muy seguros, para ver si lo rehuía, pero al ver que no se movía de su lugar, caminó con mayor ímpetu. Cuando la tuvo enfrente le enmarcó parte del rostro con la mano derecha y con el pulgar le limpió la última lágrima que acababa de salirle.

—Lloras ahora igual que anoche. ¿Qué hago mal? ¿Qué hice mal, Morgan? Creí que podría superar mi falta de experiencia mostrándome crudo. ¿Debí ser tierno, amoroso y paciente contigo? —Ella negó con la cabeza—. Dime cómo arreglar la situación, porque no puedes darme un regalo como el que me otorgaste y luego desaparecer durante dos días.

—No soy buena para ti —susurró ella. El llanto se intensificó. Ethan la estrechó entre sus brazos y comenzó a acariciarle el pelo.

—Te dije que había sopesado todas las opciones, Morgan. ¿No me escuchaste? —preguntó, aunque no esperó su respuesta—. Estoy donde quiero estar. Es contigo con quien quiero estar —recalcó—. Tuviste la oportunidad de echarte atrás antes de entrar en mi habitación. Te avisé de que si comenzábamos no nos detendríamos nunca y dijiste que estabas segura. No creo que seas una mujer que

cambia de opinión a la ligera. ¿Qué es lo que te perturba, Morgan?

—Te arrepentirás, sé que lo harás, por eso te propuse una aventura, porque de ese modo podrías librarte de mí cuando acabásemos. No quiero estropear tu vida, Ethan. No tengo derecho a hacerlo. Iba a ser algo discreto, solo entre nosotros, pero viste cómo animé a Basil… Lo siento, por todo. No tenía derecho a ponerte celoso. Si no te hubiese provocado no hubieses ido a por mí frente a todos los invitados de Althea. —Se apretó todavía más contra él. Un abrazo del que no deseaba desprenderse, pero del que era necesario separarse.

—Llevo toda mi vida esperando a la mujer adecuada, ya te lo dije. ¿De verdad crees que hubiese accedido a estar contigo para luego sacarte de mi vida? No, Morgan. Yo no funciono de ese modo. Si hubiera sido otra clase de hombre, desde la primera noche en la que te acercaste a mí para flirtear, hubiese jugado mis cartas para acabar en la cama contigo en aquel preciso momento. Me ha costado decidirme a dar el paso porque una vez que avanzo no retrocedo ni para tomar impulso. Mi decisión es firme y la mantengo. Si tú consideras que yo no estoy a la altura de tus expectativas, si te has echado atrás por el motivo que sea, tienes que decírmelo. No me impondré.

Ella se separó de él para mirarlo a los ojos. Era la bondad personificada. La caballerosidad hecha carne. No lo merecía. No merecía a Ethan Digory.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Nunca hablo si no es así —le informó.

Morgan sonrió.

—Tu vida cambiará drásticamente, Ethan. Nada será igual que antes.

—Lo sé y estoy deseando que así sea. No entendí el motivo por el que no era adecuado para ninguna mujer con la que me topaba. La primera a la que amé años atrás nunca tuvo ojos para mí. Al fin lo comprendo, Morgan. Tenía que esperarte a ti para que le dieses un vuelco a mi corazón, a mi vida.

—¿Me amas? —La cuestión salió con un hilo de voz.

—¿No ha quedado suficientemente claro aún?

—Tengo mucho miedo, Ethan.

—¿De qué?

—Solo hubo otro antes que tú. Yo era apenas una niña con otra vida muy diferente a la de ahora. Lo perdí y aunque al principio me costó recomponerme, lo hice. Él quedó olvidado en un recuerdo tan lejano que a veces no sabía si ocurrió de verdad. Todo es muy diferente en estos momentos. Me pediste que no te rompiese el

corazón.

—Lo recuerdo muy bien.

—Preferiría que me lo rompieras tú a partírtelo yo a ti. Ese es el grado con el que me he implicado contigo. Y lo cumpliría pese a saber que no podría salir jamás del pozo tan negro y oscuro en el que caería durante toda la eternidad en caso de que me hicieses daño.

—Me amas. —No fue una pregunta.

—Desde que te vi desnudo por primera vez, me afectaste. Eres perfecto. Te conocí en casa de Rothgar, cuando su duquesa trataba de conquistarlo el año pasado, y me dejaste fascinada. Abro los ojos y pienso en ti a todas horas. Los cierro y veo tu rostro ante mí. Estoy hechizada, Ethan.

Le tocó el turno a él de sonreír.

—Lo dices como si fuese algo malo.

—Me aterra sentirme así. No ser dueña de mis impulsos, de mi corazón, ni de mi mente. Tú gobiernas todo mi ser.

Ah. El corazón del abogado se inundó de pura dicha. No habría mejores palabras que una mujer pudiera decirle nunca. Ella era perfecta para él. Si tuviera que renunciar a todo por Morgan Pusset, incluida su propia vida, lo haría. Lo haría con una brillante sonrisa en el rostro. No había nada como amar y ser correspondido.

—Necesito hacer el amor contigo, Morgan. Que me poseas y me permitas poseerte a cambio.

—Yo también.

—Lo preciso ahora. No puedo esperar más.

—Estoy igual que tú, Ethan.

—Y te haré mía del modo en el que deseché hacerlo en primera instancia. Con paciencia y ternura, disfrutando de cada caricia.

—Te quiero como desees ser, duro y tirano, o amoroso y tranquilo. No me importa mientras te tenga.

—Bien.

Ethan Digory se la llevó sin más dilación a su alcoba. No importaba nada más que Morgan en esos momentos.

Cuando llegaron, Morgan se dio cuenta de que estaba temblando. Ethan, que la llevaba de la mano, también se percató de su nerviosismo.

Entraron y él la sostuvo de los hombros para mirarla con atención.

—Debería ser yo quien estuviese nervioso o aterrado.

—No tengo miedo, no de ti, solo es que… —titubeó y se silenció.

—¿Qué ocurre?

—Darte placer fue fácil, deseaba verte lleno de deseo, ansioso y

loco. Pero lo otro… Hace mucho tiempo que yo no… y… —Volvió a quedarse muda.

—Quiero ser tu aprendiz hoy, Morgan.

—¿Un aprendiz? —No lo entendía.

—He visto muchas cosas perversas, pero quiero que tú me enseñes cómo acariciar tu cuerpo. Muéstrame lo que te gusta.

—Ayúdame a quitarme el vestido.

—Sí, excelencia. —Se dirigió a ella como si fuese una gran duquesa.

A continuación, le dio la vuelta y le fue quitando uno a uno los botones que cerraban en su espalda. Era un vestido sencillo, de paseo, y siempre mantenía el verde en su atuendo, Ethan se había dado cuenta de que ese era el color que a ella más le gustaba.

Luego, Morgan se giró otra vez para tenerlo enfrente y dejó que el vestido cayese al suelo. Debajo llevaba una fina camisola… verde, por supuesto. Ella la sostuvo de los bordes y en un pestañeo se la quitó por la cabeza.

Ethan contempló la obra como si de una Venus se tratase. Una Venus deliciosamente pecaminosa. Se arrodilló para ayudarla a quitarse las ligas y las medias, pero antes era necesario socorrerla con los botines de piel de cabritillo que portaba. Se dio cuenta de que necesitaría el pasador para los botones de las botas de ella. Se levantó de un salto y corrió para coger el que tenía en su mesilla de noche. Regresó de inmediato para postrarse a sus pies.

Levantó la mirada para verla gloriosamente desnuda.

—He caído de rodillas ante ti y ni tan siquiera has tenido que emitir una orden. Así de subyugado me tienes, Morgan. Yo debería tener miedo, no tú. Porque seré tu siervo más decidido a partir de este día.

Ella le sonrió.

—Prometo ser una ama buena y servicial —le dijo con picardía.

¡Dios!

Estaba encendido… tanto que podría prender la chimenea él mismo en caso de que no hubiese estado encendida. Ver los pezones enhiestos de ella… Se le hacía la boca agua, eso sin contar su hermoso triángulo de vello. Se veía tan sedosa, tan reluciente… Y su olor… Ese aroma que Morgan desprendía, a mujer, a seducción líquida…

¡Acabaría deshonrado antes de comenzar!

Ethan hizo muy concienzudamente su labor. Le quitó los botines, y luego las ligas y las medias. Palpó en el proceso la delicada suavidad de sus muslos, se dio cuenta de lo tersa que era su piel.

Fantástica.

Divina.

Excepcional.

Infame. Morgan se veía más infame que nunca, porque cuando levantó la mirada para verla desde su posición, la vio con el mentón en alto, sonriéndole con desafío. Tan segura de su cuerpo, de su aspecto…

Era una gran diosa. Una virgen espartana destinada a servir a los oráculos. Él sería su oráculo.

Y a Morgan le gustó lo que vio en los ojos de Ethan. La larga mirada de orgullo que le echó no la decepcionó ni un poco.

—Estoy asombrado, Morgan —reconoció—. Te he imaginado de mil formas posibles en mi mente. Ninguna de mis fantasías es comparable a la realidad. Eres más de lo que supuse. Ahora quiero que te muestres ante mí.

Morgan frunció el ceño. No sabía a qué se refería. No podía despojarse de la propia piel.

—Me tienes sin una puntada de hilo. ¿Qué quieres que te muestre exactamente?

—Todo, sin censura. Abre las piernas para mí. Morgan, quiero verte de cerca. Muéstrame lo que me ha tenido loco desde que te colocaste a mi lado y me provocaste siendo la Duquesa Infame en aquella fiesta.

Morgan abrió las piernas y se abrió el sexo para que él pudiese examinarla bien. Se acercó a ella y metió la nariz en su monte de Venus.

—Te ves rosada… Hueles tan deliciosa… Eres tan suave… Me pregunto a qué sabrás…

Las palabras malvadas de él la habían hecho ponerse muy húmeda.

—Puedes lamerme si ese es tu deseo —le sugirió.

Ethan se separó de su feminidad para mirarla a los ojos.

—¿Cuánto lo disfrutarías, Morgan?

Ella le sonrió.

—¿Te volví loco cuando empujé tu virilidad hacia mi garganta? —lo desafió.

—Completamente.

—Ese será el efecto que tendrá tu lengua sobre mí.

—Enséñame primero a tocarte del modo adecuado. Sé que hay una pequeña pepita, una que no es de oro, pero que vale mucho más que dicho metal.

—Solo tienes que extender la mano. Tu roce será más que suficiente para desquiciarme —dijo Morgan con la voz ronca, imaginando la maravilla que sería tenerlo hurgando entre sus pliegues.

Ethan se levantó del suelo.

—Creo que no estás siendo una buena tutora, Morgan. Debo llamarte al orden.

—¿Qué he hecho mal? ¿No pedirte que te desnudes? Porque es un poco injusto que yo esté sin ropa y tú continúes perfectamente vestido.

—Encuentro muy perverso el hecho de que yo no me haya quitado ni la chaqueta y que tú estés a mi disposición. Creo que no me desnudaré todavía. Todo esto es muy excitante. Pero no, no me refería a eso. Eres una mala institutriz porque no estás siguiendo el orden lógico de las cosas.

—¿Hay un orden para hacer el amor?

—Por supuesto, hay que atender primero tus pechos.

—Ah. —Al fin ella lo había entendido—. Hazlo pues. Tócame.

No tuvo que repetírselo una segunda vez. Su mano derecha no era pequeña, era ancha y encajó a la perfección sobre su seno izquierdo. Sobre la palma sentía su pezón puntiagudo.

¡Qué delicia!

No era el primer pecho que veía, pero sí el primero que tocaba con su mano desnuda. Era pesado, estaba caliente y se apreciaba como algo delicado.

—Me gusta cómo se siente en mi mano.

—Me encanta sentir tu mano sobre mi pecho.

Lo masajeó un par de veces y luego usó la yema para acariciar tiernamente la piel de su areola.

—¿Qué tal lo hago? —preguntó.

Ella gimió antes de que él finalizase la cuestión. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Ha respondido mi gesto a tu pregunta? ¿O necesitas que te explique todo lo que me provocas?

—Tu gemido me ha puesto todavía más duro de lo que ya estaba, Morgan. Si no te controlas, creo que podría acabar antes de empezar, porque tus reacciones me ponen al límite.

—Pellizca mi pezón, Ethan —le suplicó, pues él seguía acariciando la zona y ella precisaba mayor contacto. Ethan lo hizo con mucha suavidad—. Un poco más fuerte, no me romperé.

—No quiero hacerte daño. ¿Cómo sabré la intensidad con la que debo tocarte cada vez que lo desee?

—Yo te lo diré.

Ethan sujetó el pezón entre el dedo índice y corazón y lo rodó con una presión firme, pero controlada.

La sensación llegó hasta el centro de Morgan. La hizo gemir de

nuevo. Ethan se lo tomó como una señal magnífica, por lo que levantó la otra mano y se dispuso a inspeccionar el otro pecho.

—Me pregunto a qué sabrán… —murmuró. Ella iba a invitarlo a averiguarlo, pero no hizo falta, porque la boca de él se posó en el pezón derecho. Chupó, lamió y mordisqueó con cuidado. Repitió la acción en el otro para comprobar que Morgan gemía del mismo modo.

—Ethan… —murmuró desesperada. Ella lo necesitaba dentro.

No importaban las esponjas, ni las fundas para prevenir un embarazo. No le preocupaban las enfermedades. Ethan no había sido el primero para ella, pero sería el único. Ella sí sería la primera y la única para él. El sentido de posesividad que su amante despertaba en su ser la abrumó.

Estaba enamorada. No había error posible.

—En el Placer del Infierno vi a una mujer jadear hasta llegar al éxtasis mientras su hombre le chupaba los pechos. ¿Puedo lograr lo mismo contigo, Morgan?

Ella bajó la cabeza y abrió los ojos.

—No lo sé, pero me parece tentador averiguarlo.

—Sí, coincido contigo. Pero no será ahora. Quiero probar el sabor de tu sexo. Tu aroma no ha salido de mi nariz y no puedo dejar de pensar en deslizar la punta de mi lengua entre tus pliegues secretos.

—¡Dios! —Ella tuvo que apretar los muslos. Las cosas que él decía eran música para sus oídos.

—Eres una chica malvada, Morgan Pusset. Te gusta escuchar palabras desvergonzadas y sucias —dijo con deleite.

—Ethan… —Su nombre salió como una súplica.

El abogado notó la respiración pesada de ella, el deseo deslumbrando en sus ojos. Ah. Ella no era la única que tenía el poder de hacerlo suplicar por sus atenciones. Morgan Pusset también era débil, capaz de mendigar. Al menos estaban igualados en eso. Se sintió pletórico con el descubrimiento hecho.

Ethan dio un paso atrás.

—Ve a la cama, Morgan. Haremos esto debidamente.

Ella se lamió los labios. Se dio la vuelta y caminó, contoneando sus caderas desnudas para él.

—¿Le gusta lo que ve, señor Digory? —lo tentó. Usó la formalidad porque en la pregunta ameritaba.

—Muchos hombres disfrutan de esa parte apretada y fruncida de una mujer.

—¿También viste esa escena en El Placer del Infierno?

—Eso y mucho más, pero no te preocupes, yo no pienso compartirte

con nadie. Solo me tendrás a mí en el lecho. No me agradó ver a una mujer en medio de dos caballeros.

—Me entrego a ti porque eres tú, Ethan. Tenías que ser tú. —A él le complació su confesión.

—Lo sé.

Morgan llegó a la cama y trepó para colocarse sobre sus rodillas y manos. Una posición del todo lasciva y perversa. Lo veía con el ceño fruncido.

—¿Vas a emitir la pregunta, Ethan? —Ella sabía que a él le rondaba algo por la cabeza.

—Me has dicho que solo estuviste con un hombre. Yo te creía más mundana, y me alegra saber que solo tendré que matar a uno por tener antes que yo lo que debía ser mío.

—No hace falta que mates a nadie. Tú eres el único, el último —le aseguró.

Él afirmó con la cabeza.

—¿Le diste a él la oportunidad de profanar tu trasero? —trató de averiguar de un modo directo.

—No.

—¿Le ofreciste tu boca? —Necesitaba saberlo. No habría velos de ese tipo entre ellos. Aceptaría su pasado, fuese el que fuese, porque no había vuelta atrás. Había elegido a Morgan y era preciso alejar los fantasmas que pudiesen emponzoñar su relación.

—No. —Lo que había hecho con Knife era más primitivo, y duró más bien poco. En total fueron tres veces las que se dejó seducir.

Ethan se quitó la chaqueta.

Despacio.

Tranquilo.

A continuación se sacudió las botas con un poco más de trabajo. No tenía prisa. Luego se sacó la camisa por la cabeza. Le siguieron las calzas y los pantalones.

Se quedó desnudo y ella lo contempló a plena luz del día. Las cortinas estaban recogidas y podía examinarlo a placer.

Era hermoso.

Varonil a la vez.

Duro. Todo él era duro.

Perfecto.

Un espartano decidido a conquistar el rincón más recóndito de la Tierra.

Se acercó a Morgan como un cazador. No parecía ser un aprendiz. En absoluto. Subió a la cama y la besó en los labios. La mantuvo en un

abrazo cálido.

—Ethan… —lo llamó cuando él se quedó cobijado en el hueco de su cuello.

—¿Sí?

—¿Mi pasado será un problema?

—No. Solo necesitaba saberlo para poder afrontarlo.

—Creo en la fidelidad, en la devoción y dedicación.

—Yo también exigiré eso mismo de ti. De igual modo lo concederé.

—Si no me hubieses correspondido… Si finalmente no hubieras accedido a mis deseos, ten por seguro que ningún otro hubiese ocupado tu lugar. Eras tú, Ethan Digory. Tú me despertaste de mi aturdimiento pasional y supe, cuando creí que no deseabas tener nada conmigo, que si no te tenía, no querría a nadie más. Me encapriché de ti. Me cautivó tu corrección, tu bondad, tu caballerosidad. No había conocido antes a nadie como tú. Eres especial. Único.

Él se sonrió por sus sinceras palabras.

—Está hecho, Morgan. Para siempre, ¿de acuerdo?

—Sí. No quiero que nos separemos nunca.

—Y no lo haremos. ¿Puedo continuar con la lección? —preguntó con suma picardía.

—Como desees.

—Túmbate sobre la espalda. Voy a sentirte, a tocarte y a… probarte.

Morgan lo hizo tal y como le pidió. Separó las piernas para él. Ethan era muy diferente a Knife. Se tomaba su tiempo, mientras que el otro hombre del que creyó estar enamorada era rápido y ansioso, prefería el sistema de Ethan. Se sentía adorada, amada, como si la misión de él fuese la de complacerla, porque la acariciaba y besaba por todo el cuerpo con infinita reverencia.

—Ethan… —Su nombre salió como un gemido desgarrador.

—Aquí está lo que buscaba. —Acarició la perla de Morgan y ella jadeó—. La teoría dice que debo aplicar presión sobre esto. —Le acarició con acierto su nudo de nervios. Ella saltó—. He visto a las mujeres deshacerse en un mar de lágrimas, implorando a su amante que parase de darles placer porque no lo resistían más. Ellos, sordos a sus súplicas, seguían lamiendo, succionando, hasta que ellas volvían a colmar sus esfuerzos regando sus lenguas con su elixir. ¿Serías capaz de soportar mi contacto hasta que te exigiese lo mismo, Duquesa Infame? —preguntó mientras se relamía los labios.

—Mi Duque Infame. Tú eres digno del título que te otorgaré mientras reines sobre las infamias a mi lado.

—Tengo tantos planes para ti, mi duquesa… Pero no los haremos todos la primera vez. Iremos poco a poco. Hoy me contentaré con tragarme tu placer una vez. Llegarás al cielo con mi lengua, y luego te haré mía.

—Entonces empieza —dijo ella. Su tono fue un ronroneo bajo cargado de anticipación.

—Quédate quieta —ordenó severo, pues Morgan no paraba de retorcerse por la cama.

—No puedo… Te necesito demasiado. Estoy ardiendo, Ethan. Más que tu lengua, siento la urgencia de sentirte dentro de mí. Duro, meciendo las caderas como si fuese una melodía secreta que solo ambos somos capaces de escuchar y entender.

—Todo llegará, mi Duquesa Infame.

Le pasó los antebrazos por debajo de la parte exterior de los muslos y trató de sujetarla firme. Sacó la lengua y se sumergió en el placer más exquisito que un hombre tuvo la suerte de probar una vez.

Un zumbido vibró en el vientre de Morgan con el primer contacto de su lengua. Había lamido en el lugar adecuado. La presión era idónea. La precisión enloquecedora.

Él no era ningún alumno. Era un experto cuyas improvisadas clases vistas en el club de su hermanastro le habían conferido la pericia perfecta para hacerla temblar bajo su agarre, mientras su boca le daba placer.

Morgan se tuvo que agarrar a la colcha que tenía debajo. En ese instante él dejó de lamerla.

—¿Morgan?

—Noooo —se quejó ella cuando se separó.

—Uhm. Eres codiciosa, me gusta. Pero necesito un poco de orientación.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Quiero chupar y meter un dedo en tu interior…

—¡Dios, sí! Hazlo, Ethan… —suplicó.

—Temo hacerte daño.

A ella se le encogió el corazón. Siempre antepondría su comodidad, su seguridad por encima de todo.

—Yo te guiaré. —Bajó la mano, tomó la suya y le colocó el dedo índice en su entrada—. Es aquí donde tienes que… ¡Aaaah! —Él ya había metido la falange en su interior. Certero. Del todo adecuado—. ¿Seguro que no tienes experiencia, Ethan? —Lo hacía todo un poco tentativamente al principio, pero pasados unos pocos segundos se convertía en un experto amante.

Ethan colocó la lengua en su perla y comenzó a lamer del mismo modo que lo había estado haciendo. Se le ocurrió que tal vez no lo estuviese ejecutando como debía. Sería mejor pedirle alguna indicación, porque aunque ella gemía, no lo hacía tan alto como a él le gustaría escucharla.

—Yo… —comenzó a decir Ethan.

No pudo seguir, porque ella lo agarró del pelo y tiró de él hasta colocarlo directamente sobre su sexo. Bendito fuese el abogado por no protestar y ponerse a chupar y lamer con intensidad. A Morgan le faltaba muy poco para sentir la pasión, para que la liberación llegase. Oh. Había sido muy joven cuando comenzó a introducirse en la lujuria con Knife y lo que Ethan le hacía no tenía nada que ver con lo que sintió en su juventud. Algo se abría paso en su ser. Lo reconocía bien, porque ella había logrado la liberación con su propia mano. Era Morgan quien se ocupaba de sus necesidades más primitivas en la soledad de la noche. Un hombre no había sido capaz de llevarla a ese estado de paz, de transportarla a esas aguas tranquilas cuando la tormenta de las sensaciones se apaciguaba. Ethan Digory lo iba a conseguir. Le faltaba tan poco…

La lamía una y otra vez, su lengua retorciendo su nudo, su dedo en su interior, entrando y saliendo grácilmente.

¡Cielos! En un momento se sintió más llena que antes. Él había introducido un segundo dedo en su interior. La idea de tener dos dedos alojados en su pasaje mientras su lengua lamía y lamía sin descanso….

—¡Ethaaaaaaan! —lo llamó, y él supo que lo estaba avisando porque el fin del delirio estaba llegando.

Y vaya si llegó. Su lengua se sintió más empapada de pronto. El sabor era diferente. Ella estaba surcando la ola del placer y él se bebería la prueba tal y como ella hizo un par de días atrás.

Morgan se perdió en sí misma, en las caricias generosas de Ethan. El golpe del placer la derribó, fuerte e instantáneo. Jadeó y se quedó sin aire. Eso. Eso era lo que todas las mujeres merecían sentir cada vez que se encamaban con un hombre.

Pasión.

Delirio.

Perversión si hacía falta.

Eso era lo que ella había jurado que les daría a quienes solicitasen sus servicios.

No se quedó demasiado tiempo deleitándose con el logro cosechado. Morgan abrió los ojos y lo observó tumbado a su lado,

mostrando una sonrisa arrogante que ella no iba a condenar.

Ella extendió una mano, dibujó sus labios bajo la yema de su dedo.

—Te quiero dentro de mí. —Separó las piernas para dar mayor énfasis en su petición.

—Morgan, no es necesario que…

—Ahora —musitó ansiosa—. Ahora… Ahora… —rogó.

Ethan se colocó sobre ella. Morgan sujetó su virilidad en la mano. Lo sacudió un par de veces. Él gimió mientras se dejaba dirigir hacia su cavidad húmeda.

—Te deseo demasiado. No será largo —la avisó.

—No me importa, solo… —Se silenció. Le pareció egoísta hacer la petición que pretendía.

—¿Solo… qué? Dime lo que sea. Hemos traspasado todos los límites.

—Lo sé, pero…

—Morgan, no te tengo por una mujer recatada. Sea lo que sea, puedo soportarlo. Solo dímelo —trató de convencerla.

—No quiero ser madre, no al menos todavía.

Ella esperó su reacción para ver si la había entendido. Le sonrió.

—¿Qué se supone que debo hacer para no dejarte embarazada? Entiendo que no debo derramarme dentro de ti, pero entonces… Dime cómo lo deseas.

Ella levantó la mano que tenía libre y le acarició la mejilla.

—Cuando sientas que no puedes más, sal de mi interior, riega mi vientre.

—¿Será efectivo de ese modo?

—No siempre lo es, pero no dispongo de otro método mejor para evitar la llegada de un niño.

—¿Tan malo sería formar una familia conmigo?

—No, Ethan, pero no estoy preparada. Sé que estás pensando que no soy una jovencita y que tal vez sea inútil evitar un embarazo porque posiblemente no pueda alumbrar.

—Basta, Morgan. No te adelantes tanto. Acabo de convencerte de que seas mía y de que no huyas. El resto llegará a su debido tiempo.

—Pero… Aaaaah —gimió ella al sentirlo desplazándose en su interior.

Ethan no quería mantener esa discusión en esos momentos, así que le pareció correcto seguir con lo que estaban haciendo. La penetró despacio, pero sin detenerse hasta que se enterró en lo más profundo de Morgan.

Suya.

Esa mujer era suya.

—Así, asííí —lo animó Morgan mientras sonreía y lo miraba a los ojos—. Quiero sentirte todo. Cada centímetro de ti moviéndose para tu placer, para provocar el mío.

—Eres mía, Morgan.

—Tuya —corroboró ella.

Ethan echó la cabeza hacia atrás y comenzó a empujar. Fuerte y seguido. Su cuerpo lo pedía de ese modo y ella parecía tolerarlo magníficamente bien.

Sus ojos seguían clavados en los de Morgan, necesitaba comprobar que no le hacía daño mientras la invadía. Ella jadeaba, le arañaba la espalda…

¡Dios!

Cuando subió las piernas para colocarlas directamente sobre su trasero a fin de obligarlo a avanzar hasta el final…

—Morgan, no duraré si haces… Morgan, por favor… Tienes que dejarme ir… Morgan… —Su voz era una súplica que ella no atendía —. Si quieres que me derrame fuera debes soltarme ahoraaaaa.

—¡Sííííí! —gritó ella su liberación al mismo tiempo que él.

Ethan Digory se las ingenió para salir de su interior en cuanto sintió que las piernas de ella se aflojaban. Estaba seguro de que la primera oleada de su placer se había quedado dentro. Las siguientes sí que dejaron huella sobre su abdomen.

—Lo siento —se tuvo que disculpar por no haber sido más fuerte, por no lograr hacer lo que ella le había pedido.

—¿Por qué te disculpas? —Morgan acababa de regresar al mundo de los mortales, pues hacía unos minutos que estaba saboreando la ambrosía de los dioses.

—Parte de mi semilla se ha quedado en tu interior. No he podido…

Ella negó con la cabeza y lo interrumpió:

—No ha sido tu culpa. He estado tan centrada en mi propia necesidad que…

—No nos preocupemos por eso ahora. Solo deja que disfrute de este momento, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. —Ella no estaba aterrada, como supuso que lo estaría al darse cuenta de que podría producirse un bebé fruto de haber hecho el amor. ¿Por qué tendría que temer? Ethan Digory era el mejor hombre que había conocido.

Por su parte, el abogado se tumbó al lado de Morgan en cuanto recuperó el aliento, le pasó una mano por la cintura para atraerla hasta su pecho, cerró los ojos y sonrió.

Hacer el amor con Morgan Pusset había sido tal y como creyó que sería: maravilloso. Ethan cerró los ojos y disfrutó de la cercanía, de la comunión que había surgido entre ambos.

Paz.

Seguridad.

Amor.

Tranquilidad.

Un futuro brillante. Sin decidir por completo, pero brillante al fin y al cabo.

En pocos segundos él estaba roncando. Satisfecho y saciado.

Morgan sonrió al escucharlo. Se sintió también satisfecha por haberlo agotado. La dicha la embargaba, pero como era una mujer acostumbrada a estar en guardia, se dio cuenta de que había alguien tras la puerta de la alcoba de Ethan. Escuchó pasos y luego vio una nota deslizándose por debajo de la madera.

Se levantó de la cama sin despertarlo y fue a ver de qué misterio se trataba.

Lo que leyó la dejó perpleja.

Sarah Adeston estaba en la salita de recibir visitas de Althea y la duquesa de Darkworth solicitaba su presencia con bastante urgencia.

No se lo pensó dos veces, le quitó la bata a Ethan y se marchó hasta su habitación para ponerse un vestido que pudiese abotonarse ella misma, dado que no quería despertarlo para que le hiciese las veces de doncella.

Ethan Digory se veía consumido, aunque ella juraría que estaba sonriendo mientras dormía.

Capítulo 13

Una petición de auxilio

Cuando Morgan se presentó ante Althea y Sarah, ambas estaban sentadas. Una taza de té mediaba entre ellas.

—¡Dios santo! —exclamó al ver el aspecto de su vieja conocida—. ¿Qué te ha pasado? —Un cardenal oscuro surcaba gran parte del rostro de Sarah.

—Toma asiento, querida —le ofreció Althea un hueco justo a su lado—. La señora Pherson acaba de llegar y se disponía a explicarme sus problemas. Dice que es amiga de Brendan. De hecho, asegura que él le recomendó venir a buscarme. Veo que también la conoces tú.

—Sí, sí. Fue… —Morgan le sonrió a Sarah.

—En otra vida —dijo Sarah, al ver que ella no terminó la frase.

—Exacto —estuvo Morgan de acuerdo—. ¿Qué te ha pasado, Sarah?

—¿Estás al corriente de quién es mi esposo, Barby?

—¿Barby? ¿Quién es Barby, Morgan? —interrumpió Althea la conversación que se estaba dando entre las otras dos.

—Diminutivo de Barbara, el nombre que usé en una de mis otras vidas —le explicó Morgan.

La Duquesa Infame vio a Althea fruncir los labios. Suponía que a su amiga no le estaba gustando saber algunos de los secretos que Morgan había escondido durante tantos años.

—Siga, por favor, señora Pherson —le recomendó Althea.

—Entiendo que debo llamarte Morgan ahora —le dijo Sarah. La aludida afirmó con la cabeza—. Te preguntaba si Berel… —Sarah frunció el ceño—. Supongo que debo referirme a él ahora como Brendan. —Morgan asintió—. Estaba preguntando si Brendan te informó de quién es mi esposo.

—Sé que Knife y tú os casasteis. —Sarah asintió.

—Lo imaginaba, Berel, digo Brendan… Dios, es complicado pensar en ti y en él con un nombre diferente. Vivimos muchas cosas juntos.

Los cuatro, Brendan, tú, Knife y yo… Y nuestros caminos se truncaron y acabamos emparejados de un modo que no era el lógico —explicó con lástima. Sarah sacudió la cabeza ligeramente—. Me estoy desviando del asunto. Decía que no debería sorprenderme de que Brendan te haya explicado la situación, ya entonces no había secretos entre ambos.

Althea seguía expectante a la conversación que ambas mujeres mantenían entre ellas.

—No los ha habido nunca, ni tampoco los habrá —reconoció la Duquesa Infame.

Sarah le sonrió con complicidad.

—Sin embargo, Brendan no sabía la relación que mantenías con Knife, ni tú la que yo comencé con él.

—Ocurrió exactamente eso, pero aprendimos bien del error de ocultarnos las cosas y no lo hemos vuelto a hacer. —Y no mentía. Hablaban de todo, incluidas las cosas más vergonzosas, como cuando ella creyó que Ethan no le correspondía en sus deseos.

—Me alegra que al fin uno y otro aceptaseis vuestros propios sentimientos. Hubiese sido horrible para los cuatro salir indemnes de la encerrona del viejo jefe aquella noche, continuar juntos y darnos cuenta de que nuestro amor no era correspondido porque Brendan y tú…

—Te estás equivocando —la frenó Morgan, intuyendo a lo que ella se refería.

Sarah se quedó sorprendida por la vehemencia de su vieja amiga.

—Ah, un tema peliagudo que no he debido tratar, lo lamento —se disculpó la señora Pherson.

—¿Qué es lo que te ha sucedido, Sarah? —Era mejor regresar al presente. El pasado solo levantaba ampollas.

—Tu amiga tiene más daño del que se aprecia, Morgan —intervino Althea—. Se ha quejado discretamente, cuando le he dado la taza de té, de su brazo derecho. Del mismo modo he observado que siente también dolor en la pierna derecha, puesto que está sentada volcando la mayor parte de su peso en el lado izquierdo.

—Es usted muy observadora —apuntó Sarah.

—Lo soy porque cuando Brendan manda a una dama a mi casa con las características que usted presenta, es porque su esposo está detrás de las dolencias que padece. ¿Es ese su caso?

—¿Knife te pega? —preguntó Morgan con la boca abierta.

No daba crédito a lo que se había formado en su cabeza, pero las evidencias eran innegables. Sarah Pherson había sufrido una paliza, y

cuando una dama era víctima de tal brutalidad, solo había un hombre detrás de aquello: su esposo. Porque de otro modo, la afectada no habría huido a toda prisa en busca de refugio. De otro modo, Brendan Sallow no la habría invitado a buscar la ayuda de Althea.

Sarah se levantó con cuidado de su asiento.

—Puesto que todo ha sido desvelado, no necesito seguir fingiendo más sobre mis dolencias —afirmó la esposa de Knife—. De todas formas, era imposible tratar de que la magulladura del rostro pasase desapercibida. —La mujer se acercó con cuidado hacia la ventana para observar el paisaje.

—Lo siento mucho, Sarah —dijo Morgan.

—Aquella noche lo cambió todo —habló la señora Pherson sin volverse hacia Althea y Morgan—. El viejo estaba furioso porque se enteró de que tenía una aventura con Berel… con Brendan —se corrigió—. Me sacó a golpes todos los secretos que debía custodiar.

—Así fue como el viejo Pherson se enteró de que Knife mantenía una relación conmigo.

—No le conté que Brendan pensaba llevarnos lejos del club a ti y a mí. Eso lo supo por otro lado, tampoco le agradó saber que Knife estaba conspirando contra él para que tú tuvieses el sitio que él consideraba que merecías, a su lado, para gobernar el Secreto de las Delicias. El viejo jefe se puso furioso y quiso hacerle entender a Knife que tú le pertenecías a Brendan. —Sarah se rio sin ganas. Una risa ácida y triste—. La guerra estalló cuando no debía y Brendan hizo su elección, al igual que tú misma cuando decidiste salvarlo por encima de Knife. Salimos vivos de aquello de milagro. Había tres corrientes, tres lealtades. Por un lado, yo contaba con apoyos dentro del club, aunque eran pocos, el viejo tenía muchos, pero Knife convenció a demasiados para que lo siguiesen y destronar a su padre. —Sarah se giró para mirar a Morgan, quien la estaba escuchando atentamente—. ¿Llegaste a averiguar que Pherson era el padre de Knife?

—Lo era legítimo además —le dijo Morgan. No tenía intención de decirle que eso lo descubrió cuando regresó a Londres de su viaje por el continente y fue a hablar con Knife para que cada cual pudiese seguir su camino. Morgan no quería que su antiguo pretendiente pudiese lastimar a Brendan y por eso movió ficha y se arriesgó a mantener una reunión con Knife.

—Los tenías a ambos a tus pies. Knife estaba ciego y sordo con lo que tenía que ver contigo. Brendan no era muy diferente. Dos hombres fuertes y codiciados dispuestos a enfrentarse a un batallón para defenderte. —Sarah volvió a fijarse para mirar el bello jardín de la

finca campestre—. Knife no fue el mismo tras tu marcha. Se volvió frio y huraño. Nos casamos para dar unidad al club, para proteger el único medio de vida que conocíamos. La paz era necesaria. Así que tras la muerte de Pherson, los dos nos dimos cuenta de que la solución era unir nuestras fuerzas. No te perdonó nunca la elección que hiciste. Elegiste a Brendan por encima de él, y a mí no me perdonó no ser tú.

—De verdad siento mucho cómo salió todo —confesó Morgan.

—¿Lo sientes? ¿Por qué deberías sentirlo? Eres la Duquesa Infame, ya no te ocultas. Mantienes a Brendan a tu lado para protegerte, el bastardo de Amery te cubre también las espaldas. Tienes fortuna y… contactos —dijo Sarah mientras miraba a Althea—. Creo que te ha ido muy bien, Morgan.

—Te ayudaré… —Por el modo en el que Morgan lo expresó, sonó a promesa.

—Lo haremos —coincidió Althea—. No serías la primera mujer que tiene que huir de su esposo y lo consigue. Yo misma sé lo que es vivir con miedo y terror al lado de un monstruo. Me mantuve fuera de Inglaterra hasta que mi primer esposo tuvo el buen gusto de morirse.

—No tengo nada, ya no tengo nada que perder y Knife lo sabe —se lamentó la señora Pherson.

—Te protegeremos de él —aseveró Morgan con convicción.

—Knife nunca te ha olvidado y jamás podrá hacerlo. Cuando sepa lo que voy a contarte, me matará por mi traición, pero tienes que saberlo. Te echa la culpa por cómo ha resultado ser su vida, fría, sin amor, y luego está la traición. Los hombres como él no perdonan. Le arrebataste la felicidad y te lo devolverá.

—¿Qué quieres decir, Sarah?

—Hyde Park, Morgan. Fue Knife quien te disparó —desveló.

—¿Qué? —No. Morgan no lo había escuchado bien.

—Te quiere muerta y no descansará hasta cumplir con su objetivo. Y si no hago algo al respecto, yo te acompañaré a la otra vida. Es como si quisiera empezar de nuevo, y para eso, las dos, tú y yo —precisó— tenemos que desaparecer.

—No puede ser cierto… No después de tantos años —expuso Morgan descorazonada—. ¿Por qué ahora? No tiene sentido. Debes de estar equivocada, Sarah. —No le daba crédito a lo explicado.

—Te lo he dicho, Morgan, con el paso de los años, él se ha convertido en un monstruo, llevo la prueba de mis palabras reflejada en todo mi cuerpo. Es como si se hubiese vuelto loco. Ha descubierto que eres la Duquesa Infame, que Brendan sigue a tu lado y… Lo siento.

—¿Althea? —Morgan usó el nombre de su amiga como si ella tuviese la solución a todos los problemas.

—Tenemos que esconder a la señora Pherson y tú misma tendrás que desaparecer durante un tiempo. Brendan estará de acuerdo conmigo.

—No pienso huir nunca más —se negó Morgan—. Pondremos a Sarah a salvo, pero en lo que se refiere a mí, no le tengo miedo a Knife.

Un sonido en la puerta detuvo la conversación.

—Adelante —dio permiso Althea a quien había llamado a la puerta.

Ethan Digory apareció en escena. Dio un repaso al salón y vio a tres mujeres. A dos las conocía, la otra era una extraña que se había girado desde su posición junto a la ventana para verlo. La mirada del abogado se centró en Morgan y respiró tranquilo. Por lo menos, en esa ocasión no se había escondido demasiado bien. La había encontrado pronto.

—Damas, lamento la interrupción —se disculpó—. Estaba buscando al duque de Darkworth para pedirle una cadena, o en su defecto una cuerda.

—¿Para qué necesita una cadena o una cuerda, señor Digory? —preguntó Althea.

—La señorita Pusset se lo dirá —explicó, todavía mirando con fijación a Morgan. Ella sabía que él estaba disgustado porque lo había dejado solo en la cama. Si no iba con cuidado, podría acabar encadenada a él, tal y como le avisó que haría. Morgan trató de sonreírle, pues después de haber escuchado la narración de Sarah no tenía humor para nada.

—Me disculpo, señor Digory —señaló Morgan—. No volverá a ocurrir.

—Eso espero —afirmó él.

—Señor Digory, quisiera presentarle a la señora Pherson —intervino Althea, pues no había estado a la altura de lo que se hacía en ese tipo de situación social. Las presentaciones debían hacerse, por supuesto.

Ethan se adentró por completo y se colocó delante de la dama, le hizo una breve reverencia con dificultad.

—Encantado de conocerla, señora —expuso atento.

—El placer es mío —respondió ella a la muestra cortés.

—Ethan —lo llamó Morgan, sin darse cuenta de la familiaridad que implicaba usar su nombre de pila. A él le batió el corazón ante tal muestra de afecto—, ¿podrías mostrarle los suntuosos jardines de

Darkworth Park a la señora Pherson, por favor? —le propuso.

—Morgan, nuestra invitada no se encuentra en disposición de… —comenzó a observar Althea.

—Estaré encantada de dar un paseo y tomar el aire. —Sarah era consciente de que la duquesa de Darkworth estaba preocupada por su estado físico, pero le apetecía dar un paseo, y en especial sentía mucha curiosidad por el caballero al que Morgan no dejaba de sonreír y a quien se había referido por su nombre de pila.

—Por supuesto —se ofreció Ethan—. Discúlpeme un segundo, señora. Tengo algo urgente que atender antes de ofrecerle mi brazo.

Ethan Digory se movió hacia donde estaba sentada Morgan. La levantó de su asiento con un pequeño tirón y le dio un beso en la boca.

Althea miró hacia otro lado y ocultó su sonrisa.

Sarah se quedó atónita con lo que veía. ¿Una muestra así estaba permitida en el ámbito en el que se movía Morgan Pusset? Sarah se codeaba con las clases más bajas después de sufrir un duro revés en su juventud, pero dudaba que las normas hubiesen cambiado tanto como para que un caballero pudiese hacer semejante acción, y más frente a la duquesa de Darkworth.

—¿Te has vuelto loco? —inquirió Morgan con las mejillas completamente sonrojadas porque había cooperado mucho en el beso al que acababan de poner fin. ¡Pero si ella no se sonrojaba jamás!

—No, solo estoy actuando en función de mi nuevo título, uno que tú me has otorgado. —Finalizó su explicación con una brillante sonrisa.

—¿Disculpa? —Morgan se había perdido algo.

—Soy el Duque Infame, ¿recuerdas?

—¿Y eso te da potestad para actuar como desees? —inquirió pasmada Morgan.

¡Había creado un monstruo! Bueno, no una criatura vil como lo era Knife, pero…

¿De verdad ese era el correcto Ethan Digory? ¡La acababa de besar delante de una desconocida y de la duquesa de Darkworth!

Ethan emitió una gran carcajada que a Morgan le encantó. Se veía más desenfadado, más cercano, como si se hubiese quitado una máscara o un gran peso de encima.

—Recuerda la cadena o la cuerda, Morgan. No te mantengas lejos de mí —le advirtió, para después dirigirse hacia la señora Pherson y ofrecerle su brazo para ser su escolta.

La pareja salió de la salita y Althea se quedó mirando a su amiga

con mil preguntas apuntando en su rostro.

—¿Qué necesitas que te explique primero, Althea?

—¡Todo!

—Está bien, comenzaré por el principio.

Y así lo hizo. Le habló de lo que vivió en el burdel, se lo explicó todo, salvo que Brendan Sallow era su medio hermano. No olvidó tampoco mencionar la agradable mañana que había pasado en la cama de Ethan Digory.

Y mientras una amiga tenía que dar muchas explicaciones a otra, Ethan Digory llevaba colgado de su brazo a una dama a la que le costaba caminar.

—¿No preferiría sentarse y disfrutar del aire fresco, señora Pherson? —sugirió él, mientras apuntaba a un banco de piedra que tenían a unos pocos pasos.

—Lo cierto es que es un jardín hermoso, de un verde precioso y muy bien cuidado. Creo que tomaré en consideración su ofrecimiento y disfrutaré de la vista desde allí. Muchas gracias, es usted muy atento.

Ethan la escoltó para que ella tomase asiento en un banco de piedra y se quedó de pie, a su lado.

—Lo soy la mayor parte del tiempo. Atento y correcto, por eso deseaba pedirle disculpas por mi inapropiado comportamiento de hace un momento en la salita de la duquesa de Darkworth. No soy un hombre dado a dejarme llevar por… —No supo cómo continuar sin decir alguna insolencia indebida.

—Morgan y usted hacen una bella pareja, si me permite decírselo. No se apure por lo que ha sucedido. De donde yo provengo, un beso es poca cosa comparado con lo que puede llegar a ocurrir. —No mentía, en el burdel se habían dado muchas circunstancias inusuales e impúdicas.

—¿De dónde proviene usted, señora Pherson? —inquirió con mucha curiosidad.

—¿Es usted un hombre que se escandaliza con facilidad? —preguntó a cambio.

Él sonrió.

—Si me hubiese hecho esa pregunta meses atrás, mi respuesta sería diferente. No soy el mismo ya. Creo que mi rasero no es tan elevado como solía serlo con respecto a las normas sociales. Soy mucho más tolerante ahora.

—¿Debo suponer que eso ha sido fruto del efecto que ha provocado en usted Morgan? —se aventuró a cuestionar.

—Definitivamente sí —reconoció—. Me temo que me he enamorado de la Duquesa Infame y debo asumir todo lo que ello concierne.

—Ah, entonces está al tanto de la vida que ha llevado su… —Como no sabía el modo de referirse a ella en relación con el señor Digory optó por cambiar lo que iba a decir en un principio y usó el nombre de ella— … Morgan.

—Sé que se crio en las calles del East End —reconoció.

—Buen entendimiento por lo que veo. Entonces le diré que provengo del mismo lugar que Morgan. Las dos nos hicimos muy buenas amigas en el Secreto de las Delicias.

—Se trataba de un club, ¿verdad? —supuso, porque no tenía ni idea.

—Más bien un burdel, aunque en los últimos tiempos mi esposo se ha volcado en lograr que sea un club donde se apuesta, se bebe y un hombre puede divertirse. Ya me entiende.

—¿Un burdel? —Estaba impactado.

—¿No se lo contó Morgan? —inquirió con suavidad—. Creí entender que usted lo sabía. Lamento haber…

—No se disculpe. Tal vez lo pasé por alto —se excusó.

¿Morgan había vivido en un burdel?

¡Santo Dios!

El pánico comenzó a embargarle hasta que recordó que ella le había confesado que solo hubo un hombre antes que él. La creía. Ella no le mentiría… No le mentiría. Seguro que le contaría toda la historia en cuanto… ¡Maldita sea! Él tendría que preguntarle por ese suceso escabroso de su vida. No había marcha atrás, se había acostado con ella y eso implicaba un voto más sagrado que el matrimonio, así que solo necesitaba conocer todo lo que pudiese ser peliagudo para estar preparado si alguien sacaba algo a colación. La preparación en caso de que alguien difamase a Morgan en su presencia se reducía a levantar los puños y golpear al maldito bastardo que osase hablar mal de ella, pero de todos modos prefería conocer su oscuro pasado.

—Berel… Bueno, ahora se hace llamar Brendan, Sallow creo que es el apellido que utiliza, si mal no recuerdo…

—¿Brendan se llamaba de otro modo? —La pregunta salió de estampida.

—Creo que estoy hablando de más, señor Digory. No debo traicionar la confianza de mi buena amiga.

Ethan puso cara de póker. Recobró la compostura de inmediato. Era abogado, por amor de Dios, y esa era una oportunidad de oro para

conocer de primera mano datos importantes sobre el pasado de Morgan Pusset.

—Disculpe, a mí me sucede lo contrario, tan acostumbrado estoy a llamarlo Sallow, Brendan cuando me saca de mis casillas porque en esos instantes en los que quisiera rebanarle el cuello uso su nombre de pila —improvisó—, que se me olvida que antes se llamaba de otro modo. Fueron días oscuros los que vivieron Morgan y Brendan en aquel momento, pero hubo un poco de felicidad también. —Iría al infierno por inventarse tal sarta de mentiras.

Sarah le sonrió.

—Fuimos felices. Lo admito, aunque la dicha duró un suspiro.

—Morgan me habló sobre el hombre que logró conquistarla.

Sarah lo miró con cara de asombro.

—¡Veo que se lo ha contado! —exclamó incrédula.

—El primer encaprichamiento es difícil de olvidar, pero se supera cuando por fin llega la persona adecuada.

—Sabias palabras. Creo que tiene usted razón, porque yo en aquellos tiempos estaba enamorada de Brendan, del mismo modo que Morgan lo estaba de Knife. —Sobra decir que Ethan memorizó ese nombre, apelativo o lo que fuese, de inmediato—. Sin embargo, cuando todo se torció y Morgan huyó con Brendan, dejando atrás a Knife, yo descubrí al hombre que había detrás y me enamoré locamente de él. Ya ve, las cosas no salen como uno cree.

Ethan se dio cuenta de que la mujer hablaba de amor con respecto al hombre con el que estuvo Morgan en aquellos tiempos. Extraño triángulo… Cuadrado, si se contaba a Brendan Sallow como el cuarto en discordia.

—Es del todo natural que Morgan huyese con Brendan —dijo, al recordar que ambos eran hermanos. Aunque no tenía la menor idea de lo que habría sucedido para que echasen a correr y tampoco podía preguntarlo porque se descubriría su farol.

—¿Lo es?

—Por supuesto. Era lo correcto.

—Es usted muy comprensivo con la situación. Tengo una extensa experiencia en lo que al carácter masculino se refiere. Un caballero puede desechar a una dama, pero no consentiría que otro la tuviese si debe seguir tratando con él en el presente y el futuro, y no lo permitirá por el simple hecho de que la cree suya. Hasta donde yo sé, todos los hombres son celosos en mayor o menor medida.

—Si me hubiese preguntado hace meses si yo era un tipo celoso, le habría respondido inmediatamente que no. Ahora mi situación es otra

muy diferente. Lo soy en gran medida en lo que a Morgan se refiere. —Se quedó un momento pensativo y añadió después—: Más que celos, creo que lo llamaría protección. Sí, eso es. Instinto de protección.

—¿La ama? —preguntó con suavidad.

—Sí —dijo sin titubear.

—¿Puedo hacerle una pregunta pese a que yo sepa que es impertinente hacerla?

—Si está en mi mano responderla, le contestaré.

—¿Cómo lo soporta entonces? —preguntó sin amagos.

—¿A qué se refiere exactamente? ¿Se trata del hecho de que Morgan sea la Duquesa Infame y haya hecho pública su identidad? —tanteó él.

—No, no. Me refiero al hecho de que Brendan Sallow todavía forme parte de la vida de Morgan. Recuerdo muy bien lo que yo sentía cuando mi querida amiga estaba cerca, él solo tenía ojos para ella, siempre al acecho, siempre pendiente. Él decía que me amaba, lo repetía una y otra vez, sin embargo, Morgan lograba eclipsarme. —Sarah hizo un aspaviento con la mano—. Sé que es una tontería hablar de ese modo cuando todos vivíamos bajo el techo de un burdel, pero… —Sarah se rio—. Soy extremadamente celosa, debo reconocerlo, y una vez fantaseé sobre que ambos pudiesen ser hermanos…

Ethan esperó a ver si ella arrojaba algo más de luz sobre ese asunto. Le interesaba muchísimo conocerlo, porque la mujer que hablaba sobre un pasado de Morgan que él desconocía, no estaba al tanto de que eran hermanos. La propia Morgan le dijo una vez que era un secreto que solo él conocía. ¿Por qué? Incluso se había dado cuenta de que cuando el duque de Darkworth lo interrumpió mientras él departía con Althea, lo había hecho precisamente cuando estaban hablando de algo similar. Y el esposo de la denominada Althea se veía molesto por el tema de la conversación. Había algo extraño en todo eso, pero ¿el qué?

Ethan miró a Sarah con atención. Ella se había quedado callada como si estuviese rememorando el pasado.

—Los celos son peligrosos compañeros de viaje —opinó sin atreverse a apuntar otra cosa más sustancial.

—Lo son, mucho. Y lo admiro, señor Digory, debo decirlo, porque hará una eternidad que no soy testigo de la relación entre Brendan y Morgan, pero le aseguro que él la ama y que ella daría la vida por él. De hecho, ocurrió eso mismo cuando nos separamos. Lo recuerdo como si fuese ayer mismo. Sonaron disparos dentro del burdel, y ella, en vez de proteger a Knife, el hombre al que le había entregado su

corazón, se puso sin dudarlo un instante delante de Brendan, dispuesta a morir por él.

—Bueno, eso haría una hermana por un hermano, ¿no? —tanteó de nuevo.

Sarah se echó a reír.

—Señor Digory, he visto demasiado como para saber que una mujer ofrecería su vida cuando su corazón, su alma y su cuerpo están comprometidos con un hombre. El amor fraternal no está a ese nivel.

—Entonces es una suerte que yo confíe ciegamente en Morgan y no considere a Brendan Sallow como una amenaza.

—Cierto, esperemos que nadie tenga que apuntarle a usted para descubrir el nivel de compromiso de Morgan. —Sarah gimió en alto al ser consciente de lo que acababa de decir—. ¡Oh, cielos, eso ha sonado terriblemente mal! —exclamó avergonzada—. No me lo tenga en cuenta, no estoy viviendo mis mejores momentos. Supongo que estoy resentida por todo. De hecho, me encuentro en una auténtica pesadilla de la que no puedo despertar y la desazón me hace decir cosas inexcusables. Es duro, ¿sabe, señor Digory? Es muy duro saber que el hombre que juró protegerme y amarme rompa sus votos. Las promesas hechas deberían ser vinculantes incluso aunque no las ratifique un ministro de Dios.

—Está dolida —observó él.

—Mucho más que eso. Me encuentro magullada, desolada, triste y sin fuerzas porque el destino jugó conmigo y se rio de mí.

—¿Quién le ha hecho daño, señora Pherson?

Ella le sonrió con mucha congoja.

—Yo misma, señor Digory, por no tomar las decisiones adecuadas en el momento preciso. No me volverá a suceder. Si usted me hubiese preguntado a mí hace unos meses qué clase de mujer era —dijo copiando la fórmula que él había utilizado un par de veces durante la conversación—, le hubiese respondido que una que no sabía que necesitaba tanto la venganza.

—Puedo entenderla hasta cierto punto. Soy abogado, señora Pherson. He visto, desgraciadamente, no a pocas mujeres con daños similares a los que usted presenta. Conjeturo cuál debe de ser su dolencia y me temo que no hay cura para lo que padece. El Parlamento no avanza en ese sentido. Una esposa se debe por completo a su señor y rey, ese es su marido, de tal modo que poco se puede hacer más que soñar con la revancha. Tengo un colega que podría representarla en un proceso de divorcio, lamentablemente no es tan bueno como mi mentor, quien dejó a un lado sus funciones…

—¿Divorcio? —lo interrumpió.

—Sé que suena descabellado, pero…

—Su intención es buena, señor Digory, pero una mujer no abandona a Knife sin consecuencias. Yo he elegido mi camino y solo Dios sabe cómo acabará todo esto.

Él afirmó con la cabeza.

—Comprendo. Deberíamos regresar, está comenzando a descender la temperatura y no quisiera que usted se enfriase.

—Ah, es todo un galán, señor Digory. Se le ve apuesto, correcto, servicial y con un carácter apacible. Se diría que es usted un hombre muy bueno.

—Lo intento y me gusta pensar que lo logro.

La señora Pherson se puso de pie y tomó el brazo que él le ofrecía para ayudarla a caminar.

—Mi querida Morgan tiene mucha suerte con usted, señor Digory —observó.

—Y yo con ella —afirmó.

—Sí, estoy segura de ello.

Ambos regresaron hacia el interior de la casa principal, la conversación fue menos íntima. Se habló sobre el paraje, lo bella que era Darkworth Park y otras formalidades adecuadas y menos personales.

Ethan Digory trató de contener la agitación que sentía en sus entrañas. Era necesario mantener una conversación muy seria con Morgan.

De inmediato, además.

Capítulo 14

Una explicación necesaria

Ethan Digory se preocupaba por todo. Había hecho de la inquietud su trabajo, por eso se convirtió en abogado. En los últimos meses había descuidado sus obligaciones para con sus clientes, pero no había sucedido nada negativo, pues era tan ordenado, tan trabajador, que ese pequeño descanso que se tomó cuando Morgan Pusset entró en su vida no implicaba ninguna merma en sus asuntos. Además, contaba con un aprendiz que manejaba bien las cuestiones que pudiesen surgir en su ausencia.

No podía evitar preguntarse cómo sería el futuro junto a ella. ¿Dónde vivirían? ¿De qué modo?

Morgan no era una dama sin recursos. Sabía que tenía una casa a las afueras de Londres que era la guarida de la Duquesa Infame. Poseía también otra propiedad en Mayfair, el barrio más lujoso de la ciudad, ni él residía allí. Seguramente su esposa sería más rica que él… ¿Esposa? El pensamiento le hizo abrir los ojos en medio de la noche. No era capaz de conciliar el sueño. Ladeó la cabeza y se fijó en el bulto que dormía plácidamente junto a él.

Morgan.

Cuando terminó de hablar con la señora Pherson, Ethan se fue a dar un paseo por la campiña. Al regresar se topó con ella saliendo de la salita de la duquesa de Darkworth. Parecía que hubiese tenido una reunión de trabajo.

¿De qué habrían hablado? Ethan tenía tantas preguntas que hacer, tantas inquietudes sobre su relación, sobre el futuro.

No osó abrir la boca para hablar sobre su pasado más indecoroso, ni sobre el futuro, ni preguntó sobre la visita de la señora Pherson en Darkworth Park.

Necesitaba sentirla cerca, poseerla. Y ella debió hallarse igual, porque se acercó a él para abrazarlo y a continuación lo besó.

Decidieron dar un paseo. Él ya había dado muchos, pero le apetecía

estar con ella un rato a solas. Se concentraron en hablar de cuestiones triviales, nada serio. Se resistió a abordarla y sonsacarle información. Caminaron, ella cogida de su brazo. Él orgulloso sintiendo su cercanía. La veía reír también cuando él le contaba viejas batallas de su niñez.

Al regresar, subieron a la alcoba de Ethan donde se tomaron un largo tiempo para hacer el amor. Luego bajaron a cenar, porque la comida se la saltaron en beneficio de cubrir otras necesidades.

Todos los invitados que había recibido la esposa de Darkworth se habían marchado, por lo que la casa solo contaba con la presencia de los que compartieron el pan y la mesa esa noche.

La señora Pherson parecía más animada que esa mañana. Morgan se veía serena, la duquesa tenía un aspecto radiante, al igual que su marido. Se habló de cuestiones frívolas durante la cena.

Puesto que era algo del todo informal, no se siguió el protocolo de que las damas se retiraran a otra habitación y ellos se quedasen tomando un oporto y fumando un cigarro puro en otra parte.

Como fue un día duro para todos, se decidió que se retirarían. Así que Morgan lo acompañó hasta su habitación sin que nadie estuviese espiándoles. Volvieron a hacer el amor de nuevo, esa vez con más hambre, con mayor ansiedad. Ella lo había montado como si él fuese un semental que tenía que luchar por mantener su ritmo y no derramarse con prontitud.

Malvada.

Perversa.

Insaciable.

Ethan Digory había tardado demasiado en conocer el placer, en deleitarse con la carnalidad, pero no pudo haber debutado con una mujer más sensacional.

No se había atrevido por tanto a abrir la caja de los truenos y hablar sobre el pasado y el futuro. Ella no había dado muestras tampoco de desear hacerlo, así que él se limitó a disfrutar del presente.

Se removió en la cama. Primero se ladeó hacia la derecha, luego a la izquierda. Suspiró con fuerza. No podía dormir.

Su cabeza era un hervidero sin respuestas. A Ethan Digory no le gustaban los misterios y se había dado de cabeza con uno.

Quedaban muchas cosas por averiguar, como quién podría estar tratando de dispararle a Morgan. Tenía amigos en Bow Street, conocía a excelentes investigadores que podrían echarle una mano, pero dudaba de que a Morgan o a sus dos protectores —Sallow y Amery—, incluso que a los duques de Darkworth, les gustase la idea de invitar a

un desconocido a inmiscuirse en sus asuntos.

Se sentía perdido. Un hombre incapaz de proteger a su mujer era como el número cero, inservible.

Ethan echó la sábana y las mantas a un lado y salió de la cama. Estaba desnudo, la chimenea todavía tenía llamas, se acercó y movió los troncos con el atizador. Escuchó a Morgan moverse en el lecho, así que se giró para ver si la había despertado. No. Ella seguía durmiendo, solo se había ladeado.

Se acercó a la ventana y miró el cielo estrellado. Estaba despejado, la luna estaba menguante.

Se había metido en la boca del lobo y tenía que luchar para no terminar devorado. Mejor dicho, había corrido hacia las fauces de Morgan Pusset sin un plan de acción.

Las normas sociales establecían que un varón honorable debía de cortejar debidamente a su dama. Tocarla estaba prohibido, comprometerla era del todo despreciable. Un caballero elegía a la mujer que lo había conquistado, y tras estar seguro de que ella no rechazaba su avance, el pretendiente debía ir a hablar con el cabeza de familia: un padre, un hermano o un tutor. Se negociaban los acuerdos matrimoniales y se establecía la fecha de la boda, para en su gran noche nupcial, después de que un hombre de Dios certificase la unión, consumasen el matrimonio.

Ethan Digory había creído que él sería ese tipo de hombre que haría las cosas bien hechas cuando encontrase a la mujer adecuada.

Nada de eso.

Morgan y él habían empezado al revés. Y aunque le gustaría cortejarla, intuía que ella no era la clase de mujer que se dejaría agasajar con flores, dulces, paseos en landó y demás fruslerías. Pero lo realmente importante era si ella era del tipo que se casaba.

Esa idea le preocupaba muchísimo. Temía asustarla. Él se había vuelto más progresista de lo que pensó que pudiera llegar a ser, pero tenía valores sociales que deseaba cumplir. Casarse y formar una familia era importante.

Por amor de Dios, esto no era Esparta, una de las culturas que ella amaba.

—Has desafiado las normas desde que eras pequeña, ¿es así? —le preguntó, sin volverse, al escuchar que Morgan salía de la cama.

—Creo que las desafiaré toda mi vida —respondió ella mientras avanzaba hasta él.

Ethan figuraba mirando por la ventana, ella llegó y lo abrazó desde atrás. Las manos de él se colocaron en los antebrazos femeninos y

echó la cabeza hacia atrás un momento para demostrarle que era más que bienvenida a abrazarlo.

—Morgan… —susurró su nombre sin saber qué más añadir.

—¿Qué ocurre? Hoy has estado distante conmigo. ¿Es porque me marché de la cama esta mañana mientras dormías después de hacer el amor?

Él sonrió.

—Al menos no huiste después de la segunda vez, ni tampoco ahora.

—Dudo que pueda alejarme de ti ya —dijo ella con sinceridad.

Ethan la obligó a aflojar su agarre sobre él, se dio la vuelta y se quedó frente a ella. Morgan lo mantenía sujeto por la cintura, mientras que él había echado sus brazos sobre su cuello para seguir abrazado a ella.

—Eres la Duquesa Infame.

—Y tú mi Duque Infame.

—No he estado antes con otra mujer.

—Lo sé, me siento muy honrada.

—No he intimado con nadie porque para mí es un vínculo sagrado.

—De donde yo vengo, lo sagrado era sobrevivir, Ethan. Siento no haber podido entregarte mi virginidad, pero…

—No te estoy recriminando nada —la frenó—. Soy fuerte, puedo vivir con la realidad. Lo que necesito que entiendas es que… —Se silenció y suspiró. Morgan sintió cosquillas en la nariz—. Cuando nos encontramos en el Placer del Infierno, después de besarnos, te dije que yo no estaba preparado para ofrecer lo que demandabas, y que tú no estabas lista para darme lo que yo pediría a cambio. ¿Lo recuerdas?

—Sí, me pareció extraño que me echases a un lado, pero que previamente me hubieses besado con esa intensidad.

—Yo no deseaba ser tu amante, no estaba listo porque sabía que lo que te pediría a cambio te haría correr lejos. Supongo que creo en el amor, en una vida común llena de fidelidad y amistad.

—Podemos tenerlo.

—Eres la Duquesa Infame —tuvo que recordarle otra vez.

—Sé quién soy, Ethan, del mismo modo que te conozco a ti. Llevo años observándote, he escuchado muchas cosas sobre ti.

Él le sonrió.

—Yo también de ti, aunque no sabía que fueses la Duquesa Infame.

—Traté de tentarte porque deseaba… No quiero que te enfades, pero… —Se silenció porque no sabía si decírselo.

—Adelante, sigue —la animó.

—Te veías como un duque.

—¿Un duque?

—Uno frío y calculador, inaccesible. Yo quería ser tu talón de Aquiles, por decirlo de alguna manera.

—Lo eres.

Ella le sonrió por el cumplido.

—Luego, cuando vinimos por primera vez a tu habitación, después de darte placer, me asusté.

—Lo recuerdo.

—Sabía que lo querrías todo conmigo, Ethan Digory, y aunque al principio no me había planteado dártelo, después de hacer el amor, de pensar en que tal vez pudiese acabar embarazada de ti, me di cuenta de que serías un padre fantástico. Estoy dispuesta a intentarlo si tú quieres.

—No me conformaré con menos que el matrimonio. No conozco un vínculo mayor que ese y es el que deseo que forjemos.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? Porque me ha dado la sensación de que estás emitiendo una orden.

—¿Y si así fuera?

Ella se separó de él al momento. Ethan se temió lo peor. Todo tirado por la borda, por no tener paciencia para hacerle ver el buen equipo que harían.

Entonces la vio colocar las manos sobre su propia cintura. Estaba desnuda, parecía una amazona y se la veía… ¿enfadada y a la vez divertida? Extraña combinación, pero también era verdad que Morgan Pusset no era común. Había vivido y visto más que cualquier otra mujer de su misma edad. Nunca estuvo entre algodones, tuvo que arreglárselas sola.

—¿Me pides matrimonio, Ethan?

—Eso parece —dijo con cautela.

—¿Y dónde están las dos docenas de rosas rojas? ¿El anillo? ¿Un paquete de bombones? ¿No se suponía que deberías estar de rodillas?

Él frunció el ceño. ¿Tan fácil?

—¿Estás insinuando que…?

—No insinúo nada —lo frenó—. Te acuso de no hacer las cosas bien. Sé que eres ahora el Duque Infame, ¿pero eso excluye el romanticismo?

Ethan se rio con ganas.

—¿Así que eres después de todo una mujer que esperaba un cuento de hadas?

—Todas, sin excepción, deseamos conocer a nuestro príncipe azul. Yo lo he conseguido contigo. —Se tomó un momento para valorar sus

pensamientos y luego le dijo—: Sinceramente, creí que me buscaría a un villano, pero ya ves, quiero mi final feliz.

—Quieres ser mi princesa.

—No. Me conformo con ser duquesa, pero siempre infame, no lo olvides. Si puedes vivir con ello, estaré contigo siempre.

Morgan se acercó a él y se dejó caer sobre su pecho, apoyó el rostro sobre su duro torso y lo abrazó por completo. Ethan la cobijó con ternura.

—Entonces, ¿eso es un sí, Morgan?

—No —se negó y lo sintió tensarse. Se sonrió—. Tienes que preguntármelo debidamente y en ese instante tendrás mi respuesta.

—Confieso que temí lo peor. Eres imprevisible, creía que iba a costarme mucho más convencerte de que te casases conmigo.

—Hace años que tengo claro que serías el único. Me ha costado un poco dar el paso, y a ti más aceptar lo que yo deseaba, pero te conozco bien, Ethan. Sé el carácter que tienes, tu modo de pensar, la clase de hombre que eres: uno intachable que se hará un poco infame por mí.

—Estás muy segura de tus palabras.

—Oh, sí, del mismo modo que supe que en cuanto hiciésemos el amor querrías casarte conmigo. Supongo que por eso tardé tanto en acercarme a ti para seducirte, pero lo logré con facilidad.

—Presuntuosa… —murmuró.

Ella apoyó la barbilla sobre su torso para mirarlo a los ojos desde su posición.

—¿Por qué crees que salí corriendo después de darte placer con mi boca? Lo vi en tus ojos.

—¿Qué viste?

—Posesión. Eres abogado, no un actor, pintor, o en definitiva un artista con fama de ser mundano que se conformaría con un arreglo pasajero sin importar su duración. Necesitaba que tomases tú la decisión por los dos.

—En realidad, pareces conocerme muy bien.

—Por supuesto. No habías estado con una mujer antes, no porque te faltasen atributos para lograr una conquista, así que era por decisión propia, por tus creencias. Luego me dijiste que te habían roto el corazón, y pese a ello no habías caído en el libertinaje o en algún otro vicio, así que seguías buscando lo que sabías que merecías: amor y pasión unidos, pues crees que no se puede dar lo uno sin lo otro.

—Vaya… estoy impresionado, Morgan, casi se diría que me has tendido una trampa y ni tan siquiera vi la red. Lo que me pregunto

es… si sabías todo lo que yo quería, y siendo tú una mujer acostumbrada a la independencia y todo eso de lo que te gusta alardear… ¿Por qué viniste a buscarme precisamente a mí?

—Te lo he dicho muchas veces. Eres único. Permíteme ser clara y sincera.

—Adelante.

—En mis treinta y cuatro años de vida solo me han impresionado dos hombres. El primero…

—Knife —dijo él su nombre y la interrumpió.

—Veo que Sarah ha estado contándote algunas cosas.

—En efecto, y tengo muchas preguntas que quisiera hacerte, pero, por favor, sigue con tu explicación sobre eso de arrastrarte por mí.

—No creo que me llegase a arrastrar.

—Fuiste insistente, y reconócelo, cuando nos encontramos en Hyde Park te faltó poco para ponerte a sollozar porque creías que no me importabas. Incluso Sallow se dio cuenta de tu bochornosa actuación.

—Ay, el orgullo masculino es algo delicado…. Está bien, me temí lo peor cuando me insinué y no obtuve de ti el efecto deseado.

—Gracias, ahora prosigue con eso de que yo era el mejor de entre todos.

Ella rodó los ojos. ¡Hombres!

—Knife era como el príncipe de la jungla en el lugar donde vivíamos Brendan y yo…

—En un burdel —precisó.

—Veo que ya sabes la historia, así que tal vez no haría falta que…

—Tengo muchas preguntas, pero sigue, por favor, Morgan.

—En definitiva, él me eligió entre todas las mujeres a las que podía haber tenido. Te imaginarás que yo era una jovencita impresionable, con apenas diecinueve años, y me dejé seducir con facilidad por él. No te mentiré, hablamos sobre casarnos, hicimos planes y…

—Qué bien… —musitó por lo bajo.

—No tienes motivos para estar celoso, porque siendo yo ya una mujer con el carácter completamente forjado, te elegí a ti. No he estado con otro nunca, y lo de Knife duró muy poco, por lo que como debes estar preguntándote por nuestra intimidad, te diré que fue la justa y que nunca hicimos el amor, era algo diferente…

—¿Qué es una intimidad justa?

—Tres encuentros, y siempre muy breves. Siendo pobre se tiene poco tiempo incluso para retozar.

—¡Qué lástima! —ironizó.

—Quiero contártelo todo, Ethan. Si te sientes incómodo o…

—¿Has decidido hablarme de tu pasado porque sabes que la señora Pherson ha dado por sentado que tú y yo nos conocemos bien y que…?

—No. Te cuento las cosas porque tú quieres casarte y yo estoy dispuesta a aceptarte. Lo compartiré todo, pero no si no quieres saberlo, puedo callarme algunas cosas.

—¿Como por ejemplo que tu amiga del burdel cree que estás completamente enamorada de Brendan Sallow, quien por cierto antes tenía otro nombre?

—Muchas cosas te ha estado diciendo, pero…

Ella suspiró y se separó de él. La dejó ir a regañadientes. Morgan cogió una camisa blanca de batista de Ethan, que estaba muy arrugada, y se la puso.

—¿Te vas, Morgan?

—No. Estaba congelada, más por tu actitud fría que por otra cosa. —Ella se sentó en un diván que había cerca de la cama—. ¿Vas a venir a escucharme o quieres que me vaya?

—Soy abogado, los problemas siempre los enfrento. Así que me sentaré a tu lado, ¿quieres que me ponga algo de ropa?

—Haz lo que te plazca.

—Ahora eres tú la que se muestra fría. —Ethan estaba poniéndose unos pantalones, los que habían estado en el suelo al lado de la camisa que ella se había colocado para vestir su desnudez.

Ethan terminó de colocárselos y se sentó junto a ella, sin tocarla.

—Te lo contaré todo, pero no me interrumpas, te lo ruego. —Él asintió—. Provengo de una familia noble que no me quiso, tal vez sea bastarda, Brendan fue el que averiguó nuestros orígenes y no he querido conocerlos nunca. Mi pasado no determina quién soy. Brendan es mi única familia, mi hermano de corazón. —Lo vio abrir la boca y levantó una mano para acallarlo—. No compartimos la misma sangre, pero no estoy enamorada de él. Lo sé a ciencia cierta, pues un día nos besamos para descartar en verdad que pudiésemos tener ese tipo de relación y eso fue incestuoso y muy desagradable. —Lo volvió a ver abrir la boca y ella levantó la mano otra vez—. Compartimos ese horrible beso hace poco, cuando yo fui capaz de admitir ante mí misma que te deseaba. Soy infame, pero no mezquina, si iba a involucrarme contigo, era necesario saber, sin error ni duda, lo que sentíamos Brendan y yo. Hermanos. Él me lo dijo también, además, tú estabas en Hyde Park y lo pudiste ver babear por *lady* Venus Culpepper. ¿Me crees con respecto a lo que siento por Brendan?

—Sí. —No mentía.

—Siempre hemos estado juntos. Una buena mujer del East End, Martha Clever, nos acogió siendo bebés. No sé cómo llegamos hasta ella ni quiero averiguarlo. Es muy desagradable, lo sé porque Brendan me confesó que mi propia familia pretendía matarme porque yo era un peligro de algún tipo. No tengo interés en averiguarlo —se reafirmó—. Cuando fui lo bastante mayor para buscar mi futuro, me marché con varias compañías de teatro, Brendan siempre me ha acompañado, y cuando nos cansamos de la vida nómada, regresamos a casa. Hubo momentos en los que nos faltó la comida y pensé en utilizar mi cuerpo para poder sobrevivir… No llegué a hacerlo, fue Brendan quien se metió en peleas para ganar dinero y poder comer. Él desconoce que estoy al corriente, aprendió a luchar así, pero antes de ganar, recibió palizas brutales. Me enseñó a pelear y luego lo hizo con Althea. La duquesa de Darkworth era la Duquesa X antes de…

—Ella misma me lo dijo —le confesó. Morgan afirmó con la cabeza.

—En una de esas peleas, o tal vez antes, no lo recuerdo, Brendan conoció a Greyson Amery, quien le habló de un tipo que buscaba a hombres que entendiesen de discreción y supiesen usar los puños. Llegamos al burdel y nos instalamos allí. Como te he dicho, Knife se fijó en mí de inmediato y me sentí halagada y con mucha suerte. Brendan por su parte se enredó con la actual señora Pherson, quien es la esposa de Knife.

—Lo sé, ella me lo ha contado.

—Bien. El tipo que regentaba el burdel, el viejo Pherson, era el padre de Knife, aunque yo no lo sabía en aquel momento. Habrás comprobado que Sarah tiene unos modales y una dicción perfecta, ella pertenecía a la alta sociedad antes, cómo llegó al club se desconoce. Lo que sí se sabe es que fue inteligente y que deslumbró al viejo jefe. Sarah era su amante, su preferida, ella tenía mucho peso en el lugar, y alguien debió decirle que Brendan y ella… ya sabes, luego le dijeron que Knife y yo también estábamos juntos y debió escuchar susurros sobre una traición por parte de Knife, porque la noche que Brendan y yo nos escapamos, el viejo trató de matarnos.

—La señora Pherson dijo que te interpusiste entre una bala y Sallow.

—Brendan era el único que me había cuidado y protegido, creí amar a Knife, pero a la hora de elegir entre uno y otro, mi corazón estuvo con mi hermano —le aclaró.

—Comprendo. Sigue, por favor.

—Ah, sí he usado muchos nombres, pero Morgan Pusset es como en realidad me llamo. Es el nombre que me puso mi madre y el apellido

que sus padres le dieron, Brendan me lo confesó cuando escapamos la noche del tiroteo en el burdel. No sé bien cómo, creo que fue por mediación de Amery que Brendan encontró a la esposa de Aquiles y entramos a trabajar allí.

—¿Son hermanos también? ¿Brendan y la duquesa de Darkworth?

—No es mi secreto —le dijo.

—De acuerdo. —Ethan supuso que sí que lo serían, aunque tal vez tampoco compartiesen la misma sangre. No importaba, porque eso no atañía a Morgan.

—Althea estaba casada por aquel entonces con el conde de Wins. Nos enteramos más tarde de que la maltrataba, así que volvimos a escapar para que Brendan no lo matase y acabase colgado. Althea cogió dinero y joyas, y corrimos por media Europa hasta que el maldito bastardo falleció. Fue al regresar cuando creamos a la Duquesa X. Yo era su ayudante, pero cuando se casó asumí su lugar. Ayudo a mujeres que…

—Sé lo que haces, lo que hacía también la Duquesa X, todo eso de ayudar a las mujeres a tener pasión.

—Eso es. Al llegar a Londres hace tres años, Aquiles la vio y el resto ya te lo imaginarás.

—Se enamoraron.

—Sí. Estuvimos en casa de Rothgar y fue allí cuando me topé contigo por primera vez.

—Nos vimos desnudos —recordó.

—Imposible olvidarlo, ¿verdad? —Él le sonrió—. Y luego nos volvimos a encontrar porque te ocupabas de los asuntos de Rothgar y Zelina, la actual esposa de…

—Sé que Zelina es la duquesa de Rothgar. Recuerdo bien tu intervención en todo ese asunto. Lograste consolidar una pareja que tenía que ser.

—Ya andaba medio enamorada de ti cuando todo aquello ocurrió, pero a Brendan no le gustabas y creí que el capricho se me pasaría, así que me alejé.

—¿Siempre haces lo que Sallow dice?

—No. —Morgan torció la sonrisa—. Me las arreglo para manipularlo y lograr convencerlo de lo que quiero. Me costó que te aceptara, pero aquí estás.

—¿Cuento con la bendición de Sallow? —preguntó con cautela.

—Cuentas con la mía que es más que suficiente, pero saber que él te aprueba, incluso que te mandó hasta aquí, es un gran logro. Demuestra que tú eres el único con el que podría acostarme y

casarme, y sí, por ese orden, pues soy la Duquesa Infame y para mí la pasión es más importante que el amor. En las brasas de la lujuria es donde se forja el amor que perdura para la eternidad.

—Pues tú y yo hemos hecho fuego, no brasas, en poco más de tres días.

—Y seguiremos haciéndolo, espero.

—Sí, Morgan. Entonces… ¿Rosas rojas, bombones y… de rodillas?

—No olvides el anillo.

—Desde luego, no eres una mujer sencilla.

—Pude haberte pedido la luna —apuntó ella jocosa.

—Te hubiera preguntado si la querías nueva, creciente, llena o cuarto menguante.

Ella se echó a reír. Luego se acomodó en el regazo de él, su virilidad sí que comenzó a crecer en cuanto estuvo sobre él.

—¿Estás seguro de dejarlo todo por mí, Ethan?

—Lo valoré cuando Sallow me confesó que te había traído aquí. No tengo ni idea de cómo viviremos, dónde, o lo que haré, pero si estoy contigo, todo me parecerá bien.

—Hay mucho trabajo, necesitamos a un hombre como tú, que se ocupe de las cuentas, de invertir las ganancias, de los contratos…

—¿Las damas a las que ayudas firman un contrato?

—No, pero me parece buena idea, para salvaguardarnos en caso de que algo salga mal. —A Morgan le vino a la mente Tabitha. Ella podría habérselo tomado a mal y haber emprendido acciones legales.

Ethan pareció leerle la mente, pues comenzó a decir:

—Ninguna mujer acudiría a un juez porque la promesa de conocer la pasión en el lecho de un hombre no salió como esperaba.

—Sí, es cierto. La reputación está sobrevalorada. Fíjate en mí, salí de un burdel y he llegado a ser duquesa.

—Sabes que no es un título de verdad, ¿no?

—Para mí sí. Es justo lo que me gusta hacer, dirijo un imperio algo caótico, un poco secreto y muy estimulante.

—Así que ahora quieres ser emperatriz.

—No. Ahora se me antoja ir a la cama y hacer el amor de nuevo, a no ser que tengas más preguntas o dudas.

—No. El resto lo iré descubriendo poco a poco.

Ethan ya la estaba cogiendo en brazos para llevarla al lecho y hacer precisamente lo que su dama había sugerido.

El paraíso.

Aunque todavía quedaba una serpiente suelta en el Edén, a la que tenían que atrapar. Era imperativo regresar a Londres y hablar con

Sallow para ver lo que había descubierto, pues Ethan comprendía que Brendan la había dejado en Darkworth Park para que estuviese a salvo mientras él y Amery averiguaban quién trataba de hacerle daño a Morgan.

En cuanto la duquesa de Darkworth convenciera a la señora Pherson de huir de Inglaterra y resguardarse en un lugar seguro, se marcharían a la ciudad.

Una vida en común estaba a punto de comenzar.

Capítulo 15

Una visita inoportuna

Esa mañana, Morgan no había dejado la cama de su amante sin avisarlo. Lo despertó cuando el sol comenzaba a salir para invitarlo a ir a montar a caballo. Hacía tiempo que Morgan no disfrutaba de esa actividad y le apetecía mucho.

Ethan no tenía el hábito de cabalgar a no ser que fuese indispensable hacerlo. No le gustaban demasiado esos animales. Ella insistió en que se quedase durmiendo y decidió salir sola. Lo cierto era que lo prefería de ese modo, así podría pensar, tendría un tiempo para sí misma. Además, no quería ser esa clase de mujer que todo lo tenía que hacer con su… futuro esposo.

¡Qué bien sonaba eso! Su futuro esposo… ¡Magnífico!

Le había cogido un traje de montar de terciopelo rojo a Althea para salir. Era una falda larga que camuflaba unos perfectos pantalones. La fijación por el color rojo de su querida amiga era preocupante… Aunque Morgan también la tenía por el verde.

Le había tomado prestadas también las botas hessianas a Ethan, dado que ella tenía un pie grande y solo le bailaban un poco. Le servirían.

Un mozo de cuadras le preparó la montura y se dispuso a correr libre y veloz por la campiña, dando pequeños saltos sobre los matorrales.

No había montado nunca hasta que llegaron a casa de Althea, cuando todavía era la condesa de Wins. Brendan sí sabía porque al ser un hombre tuvo que aprender a la fuerza. Fue Althea quien la enseñó a montar, pues no le agradaba salir sola por el parque.

Mientras repasaba los detalles de su vida, en especial los que le había relatado a Ethan la noche anterior, se dio cuenta de que no haber conocido a su verdadera familia fue bueno. Había encontrado otra mucho mejor en la que se apoyaba, que la comprendía y ayudaba.

Y el amor. Primero nació el deseo porque Ethan le calentaba la

sangre. La sociedad estaba equivocada sobre las mujeres. Todas tenían deseo carnal, y aquellas que no mostraban indicios de disfrutar en el lecho era porque no habían sido despertadas todavía.

Infame y casada.

No pensó nunca que eso llegaría a ocurrir. Sería la Duquesa Infame y se casaría con Ethan Digory. El pensamiento le agitó el corazón.

Aminoró la marcha de la yegua y comenzó a sonreír. Serían felices. Él ya conocía sus trapos sucios y si era capaz de soportar su pasado, tal y como le había dicho que hacía, todo iría bien. Morgan lucharía por él, porque ya no podía separarse de Ethan Digory. Era el indicado.

Knife solo fue el primero, el que no estaba destinado a ser y no perduró porque el destino le tenía reservado otro hombre mejor.

Único.

Morgan levantó la vista al norte cuando escuchó los cascos de un caballo. Un jinete galopaba a toda prisa hasta su posición. No lo distinguía… ¿sería Aquiles?

¡No!

Morgan hizo cambiar el rumbo de la yegua y comenzó a azuzarla, pues el pasado estaba corriendo hacia ella. Nunca mejor dicho…

Lamentó haberse alejado tanto de la casa. Creyó que en Darkworth Park estaría a salvo. Nada de eso.

Knife, montado sobre un corcel negro, la perseguía sin descanso. Morgan ladeó el rostro para ver si había logrado sacarle ventaja. No. El animal que ella montaba era de naturaleza mansa, no estaba a la altura del caballo que cabalgaba el diablo. Oh, sí, Knife parecía el mismísimo Ángel Negro, con el pelo al viento, los músculos trotando al mismo ritmo que los de su semental.

De pronto lo vio sacar una pistola. Morgan tembló.

¡Dios!

Iba a acabar muerta… ¡No podía morir! ¡Acababa de encontrar al hombre perfecto! Este no podía ser su final. Rezó una plegaria al Creador. No sabía si surtiría efecto, porque ella no había sido una gran devota, pero era su única salida. Rezar y encomendarse a Dios para ver si la salvaba de las garras de Knife.

Morgan escuchó un tiro al aire.

Un aviso de lo que sucedería si no se detenía de inmediato. No podía salir indemne de la situación. Knife tenía todas las de ganar, Morgan le demostraría que, pese a estar llena de pánico, no era ninguna cobarde.

Frenó a la yegua, y justo cuando el otro jinete estaba a punto de colocarse a su lado, ella hizo girar al caballo para quedarse frente a él.

Lo miraría a los ojos mientras la mataba. Lo desafiaría hasta el final. Ella había vivido así toda su vida, mirando hacia delante, por lo que no le daría la espalda al peligro y a la adversidad.

Los ojos desafiantes de Morgan se posaron en los negros de él. No había cambiado mucho, seguía siendo un hombre duro, tal vez la cabellera la tuviese más oscura, un rubio envejecido.

Durante unos pocos segundos, ninguno de los dos habló. Él se había quedado parado delante de ella, como si también estuviese valorando cómo la habían tratado los años.

Morgan levantó el mentón. Las pistolas que él tenía en las manos no le impedirían plantarle cara, al menos de forma verbal.

—Dicen que quieres matarme —lo desafió.

Vio el modo en el que él compuso una sonrisa torcida.

—Si lo hubiese querido no te habría salvado la primera vez. Estarías muerta desde hace mucho, Barby. ¡Disculpa!, señorita Pusset —La llamó por el nombre que ella usaba en la actualidad.

—Veo tus pistolas, tu aseveración no resulta creíble. Eres violento, rudo, no hay ni un gramo de ternura en ti, así que discúlpame tú a mí por no creerte.

—¿Violento y rudo? ¿Lo dices porque te poseía contra la pared? —alardeó.

—¡Y tan galante como recordaba! —ironizó ella.

—¿Dónde está mi esposa, Morgan? —Usó su nombre sin ceremonias.

—¿Sarah te ha dejado? Debe ser cierto eso de que eres rudo y violento, ¿no te parece?

—¿Quién crees que me enseñó a joder así, Morgan? —La palabra malsonante y cruda que él había usado no la inmutó. El lugar de donde provenían era así, falto de tacto. Knife le sonrió y prosiguió con su explicación—: Sarah es inteligente y astuta, vio mi potencial nada más llegué al club que dirigía mi padre. Era un muchacho guapo, tú misma sucumbiste a mi seducción —precisó—. Así que Sarah se aseguró de tenerme comiendo de su mano. No había lugar para la ternura entre sus muslos, Iron… Disculpa de nuevo, tu querido Brendan Sallow debe haberlo sabido también.

—¿Tratas de ponerme celosa? —le reprochó—. Si es así, ahórrate la molestia —le recomendó, despectiva.

—El hombre que tu amigo Sallow apostó delante de mi club le habrá dado el soplo de que salí de allí y no he vuelto, así que no tenemos mucho tiempo, porque después de buscarme por todo Londres, supondrá adónde me he dirigido. De modo que si no te

importa colocarte delante de mí, estaré a tu espalda. Será mejor que no trates de huir, me conoces y sabes que no llevo bien la desobediencia.

Knife le hizo un gesto con la mano con la que sostenía la pistola y ella entendió que tenía que desmontar para acompañarlo en su corcel.

—Soy invitada del duque de Darkworth, no se tomará a bien que me hayas asaltado y que su yegua regrese al establo sin su jinete. Habrá mucha gente detrás de ti por obligarme a ir contigo y no quieras saber lo que te harán si sufro un solo rasguño.

—Rudo y violento, Morgan, tú misma lo has dicho varias veces durante nuestra conversación. Un duque no va a hacer que me acobarde. Ni un duque ni nadie —precisó—. Baja y ven aquí —le ordenó.

Morgan hizo lo que le pidió. Poco después estaba montada delante de Knife.

El villano le dio una palmada en la grupa a la yegua y esta comenzó a galopar de regreso a casa.

Knife emprendió la marcha también en sentido opuesto. Sentía todo el cuerpo de él, grande y musculoso detrás, las manos agarrando las riendas. Estaba demasiado cerca…

Era curioso que supiera que él deseaba matarla, y que pese a ello, los recuerdos del pasado se metiesen en su cabeza para alterarla.

Una vez fueron cercanos, compartieron sueños, unieron sus cuerpos… Todo le parecía lejano, poca cosa en comparación con lo que había compartido con Ethan Digory. Tal vez fuese porque Knife la conquistó con facilidad y ella llevaba más de dos años fantaseando y viendo esporádicamente a Ethan.

Se dio cuenta de que más allá de cierta añoranza de lo que fueron, no había nada. De hecho, sentía repulsión por él. ¡Su osadía por atreverse a secuestrarla…!

Tendría que darle muchas explicaciones a Ethan Digory… El abogado seguramente exigiría la horca por su atrevimiento. Brendan lo golpearía hasta dejarlo sin sentido y Aquiles querría su turno después de que su amigo hubiera finalizado. Eso sin olvidar que Amery lo cortaría con su propio cuchillo para dejarlo señalado el resto de su vida.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Morgan. Era mejor distraerlo mientras pensaba un plan para escapar.

—Ha sido fácil rastrearte, todo el mundo sabe que eres la protegida de la duquesa de Darkworth, no me ha costado mucho imaginarme dónde te habría escondido Iron… Ah, disculpa, Sallow. Es complicado

recordar quiénes sois los dos según qué momento. Por cierto, ha sido precioso verte pasear con el hombre que comparte tu cama ahora, te veías muy… dulce. Hubo un tiempo en el que preferías lo duro, lo directo e infalible… a mí… muy violento. No te ofendas, querida, pero ese nuevo amante que te has buscado no calza contigo en absoluto. Puedo entender lo de Iron…, quiero decir Sallow, pero ¿de verdad te has buscado a un compañero tan común?

—Él es más hombre de lo que tú llegarás a ser nunca.

Él se rio cerca de su oreja.

—Supongo que me lo merecía. Ya sabes, cuando alguien ataca al nuevo juguete… Es natural que te hayas enfadado y lo defiendas. Dejémoslo pues.

—Te escupiría en un ojo, Knife.

—¡Oh, qué lástima! Qué poca memoria tienes, querida. ¿Dónde ha quedado eso de «ten por seguro que nadie te amará nunca más que yo» o aquello de «ten por seguro que no amaré a nadie más que a ti»?

Ella se ladeó y le sonrió.

—Siempre he sabido que soy inolvidable. Cuando nos vimos la última vez, hace algún que otro año…

—Catorce años —precisó él.

—Eso —coincidió ella—. Hace catorce años, no diste muestras de preocupación, ni resentimiento, no quisiste recibirme y te obligué a verme. Te vi aliviado en cuanto me marché de tus dominios. Ah, sí, me amenazaste con matarme también —le recordó—. ¿Vienes a cumplir tu amenaza?

—Tuviste suerte, Morgan. Dos veces escapaste de mí y te lo permití.

—¿Entonces a qué viene todo esto?

—Tal vez me haya cansado de las mujeres que juegan conmigo y haya decidido hacer algo al respecto.

—Yo dije cosas que sentía en ese momento, no inventé nada. No te mentí ni una sola vez. Tú también alegabas que yo era tu fortaleza, que era el cielo en tu infierno.

—Así es, y ambos seguimos nuestro camino olvidando las promesas, el futuro. Te dejé partir con Berel… Con Brendan —se rectificó—. Fue el sacrificio más grande que he hecho en esta vida, y ¿para qué? Yo también podía haber llegado al mismo acuerdo que tú tienes con Brendan.

—¿Crees que me comparte? —se aventuró a preguntar.

—No lo creo, lo he visto. ¡Me sacrifiqué, maldita sea, Morgan! Me sacrifiqué porque demostraste estar enamorada de él, y ese bastardo no valoró lo que le regalé. Él, y solo él, tiene la culpa de no haberte

cuidado bien.

—No lo entiendes…

—La que no lo comprende eres tú —la interrumpió—. No tienes ni idea de en el lío en el que estamos.

—Si todo esto es por lo que pasó aquella noche, porque opté por salvarle la vida a Brendan en vez de la tuya cuando resonó el disparo…

—Esto, como tú lo llamas, empezó aquella noche, sí —la volvió a cortar—. Pero no comprendes nada —insistió.

—Tenías una vida junto a Sarah. ¡Por Dios! Te casaste con ella cuando me dijiste una y otra vez que no pasarías por la vicaría si no era conmigo.

—¿Estás celosa, Morgan? —se burló él.

—Desde luego que no, lo que trato de decirte es que Sarah estaba a tu lado, te hiciste con el club que dirigía tu padre, las cosas te iban bien. ¿Qué pasó para que todo se torciese?

—Tú, Morgan. Ocurriste tú. Fuiste discreta al principio, pero tenías que decirle a todo el mundo que eras la Duquesa Infame. Brendan Sallow siempre pegado a ti… Y no contenta con ello, él te permitió tener amantes… ¡Ni tan siquiera hizo de ti una mujer honrada! —se enfureció.

—Mucho se habla de responsabilidad y honradez en esta sociedad hipócrita, donde solo el hombre tiene permiso para cometer imprudencias.

—La mujer no tiene los mismos privilegios, Morgan. Eso ha sido así desde que Dios creó el mundo.

—Discrepo. A lo largo de los siglos, la historia nos demuestra que siempre ha habido mujeres fuertes que han hecho tambalear los cimientos sociales.

—Veo que te has vuelto una estudiosa, una intelectual. No solo eres encaje, seda y joyas —observó con diversión.

—Mesalina llegó a ser emperatriz de Roma, los testimonios, todos varones por supuesto, la describieron como una mujer lasciva y adúltera que se atrevió a rebasar todos los límites. Hablan de ella como si fuese un engendro y fue en verdad la propia sociedad romana la que poseía un buen grado de depravación, que incluía divorcios, infidelidades y demás. Mesalina no quiso ser el epítome de las grandes matronas de la República, porque no quiso quedar relegada al ámbito doméstico y privado como solo esposa y madre.

—¿Me vas a dar una lección?

—Te la estoy dando. Yo elegí ser la Duquesa Infame, del mismo

modo que Mesalina decidió vivir su vida como le pareció. Si en vez de haber nacido mujer, ella hubiera sido un hombre, se hablaría de ella en otros términos muy diferentes. Si yo hubiese sido el Duque Infame, me rendirían culto en muchos lugares de Londres —zanjó.

—Historias romanas aparte, incluidas las reivindicaciones que tratas de hacer, Morgan, lo único cierto aquí es que me dejaste por Brendan y que él no ha cumplido con la parte del papel que yo, muy generosamente además, le concedí.

—¡No es lo que crees! —exclamó.

—¿No amas a Brendan?

—Por supuesto que sí.

—¿No te acuestas con otro hombre ahora?

—No solo me acuesto con Ethan, sino que lo amo con todo mi corazón —reconoció la verdad más universal.

—Así que estoy en lo cierto. Has despertado al pasado y todo indica que tienes que pagar el precio.

—Brendan es mi hermano —susurró, para ver si lograba que Knife la comprendiese.

—No. No lo es. Estuve hablando con Martha Clever cuando te marchaste. Estoy al tanto de varios secretos, aunque imagino que no son los más jugosos.

Morgan suspiró.

—Está bien, no compartimos la misma sangre, pero es mi hermano de corazón. —Muchas veces había dado esa explicación en los últimos días—. No puedo pensar en él de un modo… carnal. Es incestuoso hacerlo. Te lo juro. Nunca nos hemos visto de ese modo que supones. Y ya puestos a confesar, te diré que Ethan es el primer hombre con el que he estado después de ti.

—¿Y eso qué significa? ¿Me has amado durante todo este tiempo?, ¿hasta que se te acabó el amor, Morgan? —se mofó él.

—Significa que dejaste un poderoso recuerdo en mí, pero que solo Ethan ha logrado borrar de un plumazo. Cada uno de nosotros llevaba su existencia alejada del otro. ¿Por qué ahora, Knife? ¿Por qué surges de la nada y amenazas con matarme?

—¿Matarte? No, Morgan. No prestas atención, si quisiera que murieses, no estarías respirando.

—No lo entiendo… —musitó.

Él llevaba un par de pistolas. La había acorralado para después secuestrarla. Era el villano de la historia. Un hombre que pegaba a su mujer, y que solo Dios sabía qué planes podría tener para ella.

Morgan ladeó el rostro de nuevo para ver si su expresión le decía

algo más.

La miró a los ojos con seriedad.

—He venido a salvarte —le dijo con claridad.

***

Brendan Sallow tuvo un mal presentimiento cuando Sarah Adeston… Bueno, Sarah Pherson por matrimonio, desapareció por completo.

Existían personas a las que se les debía mucho, más cuando se las había dejado atrás. Los remordimientos eran como las ratas, aparecían sin ser invitadas.

Brendan se lamentó de no haber hecho más por Sarah. Pero si a ella le sucedía algo porque él se había quedado de brazos cruzados cuando averiguó que su esposo le pegaba… ¡Imposible vivir con tal carga añadida!

Si Knife le había hecho algo malo a Sarah, el villano acabaría tirado en una zanja. Lo mataría con sus propias manos, y era muy capaz de asfixiarlo sin ninguna otra ayuda más que sus dos grandes manos. No lo lamentaría.

Tanto Amery como él mismo buscaron a Sarah sin descanso. El trabajo se les acumulaba, porque habían hecho una lista de todos los que podrían querer verle a él o a Morgan muertos, y no lograron tener ningún sospechoso aceptable.

Para mayor desesperación, el muchacho al que le había encomendado vigilar todos los pasos de Knife le dijo que le había perdido el rastro.

Una vez más, Amery y él batieron Londres en su busca. Y de nuevo no hubo recompensa para su esfuerzo.

Cansado de esperar, y con un pálpito en el corazón, Brendan obligó a Amery a acompañarlo hasta Darkworth Park.

Ese era el motivo por el que los dos habían cabalgado sin descanso hasta llegar a la finca campestre. Dejaron a los caballos en el establo y entraron llenos de polvo, sudorosos, ansiosos y sin ceremonias en la casa.

—¿Dónde está Althea? —le preguntó Brendan al lacayo que les había abierto la puerta.

—Pues… esto… —El lacayo no tenía la menor idea de cómo debía actuar. Nadie se había presentado tan intempestivamente en la puerta de la casa de los duques.

—¡Brendan! —exclamó la aludida.

Sallow levantó la vista y se topó con dos mujeres en el descansillo del primer piso. Una de las cuales estaba bajando a toda prisa y se le echó a los brazos.

—Lo siento, lo siento mucho. Todo esto es por mi culpa.

—Sarah… —murmuró Brendan, después de haber correspondido a su abrazo—. Todo saldrá bien, te lo prometo. —Ella estaba a salvo, le había hecho caso y escapó de Knife para buscar ayuda.

Althea bajó las escaleras. Si Morgan no le hubiese contado toda la historia se habría sorprendido ante la escena que tenía ante sí.

—Greyson.

—Althea —correspondió el señor Amery al saludo de la duquesa. Torció una sonrisa y luego le dijo a su amiga—: Si quieres darme el mismo recibimiento —movió la cabeza hacia donde Brendan seguía consolando a la señora Pherson—, no lo vería mal.

—Yo… yo… —Se puso colorada. Había bromeado con Greyson Amery multitud de veces, pero después de que Aquiles le dijese que él estaba enamorado de ella, las tonterías de antaño no parecían adecuadas. ¡Maldito fuese Aquiles por meterle esa idea en la cabeza!

—Estaba bromeando, Althea —le dijo Amery al ver la incomodidad de ella. Se extrañó por el sonrojo de ella y por haberla visto muda de súbito. ¿Qué habría ocurrido?

La duquesa carraspeó.

—Sí, por supuesto, ya lo sabía. Lo que ocurre es que lo sucedido con Morgan me tiene alterada.

Lo rápido que se sacudió de encima Brendan a Sarah dejó asombrada incluso a Althea.

Amery se tocó la frente incluso porque sintió vergüenza ajena por el modo tan reprochable en que se había comportado su amigo. ¡Luego el que no sabía desenvolverse con las damas era él! Brendan Sallow no tenía tacto. Cero sensibilidad.

—¿Qué le ha sucedido a Morgan? Si ese esnob de Digory le ha roto el corazón, le partiré las piernas.

—No, no —tomó la palabra Althea—. Digory y Aquiles llevan todo el día peinando la zona en busca de Morgan. Salió a montar esta mañana temprano y…

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi rosa con espinas, Althea? —inquirió con angustia el mastodonte.

—Un mozo vio a la yegua que le había ensillado a Morgan pastando al norte. No hay señales de ella. No sabemos si ha tenido un accidente. Salió ella sola.

—¿Iba sobre una silla de amazona? —siguió Brendan con el

interrogatorio. Se trataba de monturas laterales que utilizaban las damas, y que eran, además de tremendamente incómodas, peligrosísimas.

—No. Yo no las uso, y por tanto no hay ninguna así en mis establos.

—Entonces no ha sufrido ningún percance. —Brendan se giró para observar a Sarah. Ella se veía serena, pero él sabía que era un polvorín a punto de echarse a llorar—. Siento ser tan directo, y perdóname si hiero tus sentimientos, ¿tu esposo ha olvidado alguna vez a Morgan?

—Nunca —reconoció—. Del mismo modo que yo jamás pude olvidarte a ti.

—Oh, Sarah… —Brendan se acercó a ella y la abrazó. Ella se cernió sobre él.

Los ojos de Althea se cruzaron con los de Amery. Este levantó los brazos en alto.

—Te juro que no iba a proponerte que lo imitases —volvió a mofarse.

Althea se puso de nuevo colorada. Mataría a Aquiles por la charla tan tonta que mantuvieron sobre Greyson Amery…

—Uhm…

Greyson la vio tan cohibida que se acercó a ella en dos zancadas. Le tocó la mejilla.

—¿Qué ha cambiado? —le preguntó sin amagos.

—Nada. —Ella retrocedió un paso para alejarse de su toque.

—¿Qué es, Althea? Sé que algo sucede. ¿Te he disgustado? —Ella negó con la cabeza.

—Este no es el momento para hablar de cosas que no son urgentes.

—Comprendo. —Greyson Amery supo que algo trascendental había ocurrido para que Althea cambiase la actitud cercana y de camaradería que siempre había mantenido con él.

Brendan, quien los había estado observando mientras abrazaba a Sarah, frunció el ceño. También había notado que Althea estaba distante con Amery. Ya habría tiempo para averiguar eso cuando Morgan apareciese.

—Manda a alguien a buscar a Digory y a tu esposo —le ordenó Brendan a Althea—. Morgan no está herida ni tirada en medio de la nada. Knife se la ha llevado.

Sarah se separó de él y lo miró a los ojos.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Está claro que se ha dado cuenta de que lo has abandonado y exigirá cambiarla por ti —le respondió.

Althea se quedó asombrada por la deducción.

—Si Knife hubiese querido a Sarah en un primer momento, la hubiese raptado a ella, no a Morgan —aclaró.

Brendan miró a Althea con el ceño fruncido, no debido a la suposición que ella había dicho, sino porque su protegida no había preguntado quién era Knife.

—¿Qué es lo que sabes, Althea?

—Todo lo que Morgan me ha contado al fin.

—¿Te ha explicado algo sobre ti y sobre mí? —indagó con cautela.

—¿Como qué? —preguntó agitada ella, pues veía al que fue su guardián durante tantos años inquieto. Había llegado nervioso, sí, pero su actitud en esos momentos era… era… él se veía más… No alcanzaba a dar con la palabra adecuada para definir su comportamiento, pero era extraño. Sí, eso. Muy, pero que muy extraño.

Por su parte, Brendan respiró aliviado. No le había dicho nada sobre el parentesco que compartían. Ese era un secreto que se llevaría a la tumba.

—Como que he tenido la gran suerte de estar al cargo de dos mujeres que no paran de meterse en problemas —improvisó, aunque no había dicho ninguna mentira.

—¿Estás seguro de que es eso lo que ibas a decir?

—Haz lo que te he dicho, Althea. Digory y Darkworth están perdiendo el tiempo. Que alguien los avise, tu duque tiene que ponerme al mando de todos esos sirvientes que han estado en el ejército. Sarah, Amery y yo salimos de inmediato hacia Londres y precisamos de ayuda.

—¿De verdad crees que permitiré que intercambies a la señora Pherson por Morgan? —se plantó ella—. No, Brendan, tienes que encontrar un plan mejor. No dejaré en manos de un monstruo a una mujer que ha tenido el coraje de escapar. Iré yo misma, con las pistolas de Aquiles en mis manos, a salvarla de donde haga falta, pero Sarah no volverá a ver el rostro de ese bárbaro cruel.

Se oyó un largo suspiro. Las miradas se posaron en la esposa de Knife.

—No sería la primera vez que soy usada y sacrificada como un peón en un tablero —intervino Sarah—. Siempre Barby, siempre Morgan, distintos nombres y se repite la misma historia. No habrá ninguna otra para ti como ella, ¿verdad, Iron?

—Esta vez no permitiré que te suceda nada malo. Tienes mi palabra —juró él.

Ella le tocó la mejilla.

—Al igual que la última vez, y fíjate dónde estamos. Parece que el pasado nos mantiene atrapados.

—No os abandonaré a ninguna de las dos —insistió—. Knife ha decidido su suerte y lo mataré por lo que ha hecho. No solo por atreverse a secuestrar a Morgan, pagará por ti también. No tendrás que verlo más que una última vez, necesito tu ayuda para salvarla, Sarah. Te lo imploro. —Brendan se puso de rodillas ante ella. Haría cualquier cosa por Morgan Pusset. Eso incluía rogar.

—La rescataremos —concedió ella—. Todo saldrá bien, el destino me debe una nueva oportunidad contigo, Brendan Sallow, no pienso desaprovecharla.

En ese momento, aparecieron por la puerta Digory y el duque de Darkworth.

—¿Qué nos hemos perdido? —inquirió Aquiles, al ver a Brendan arrodillado frente a la señora Pherson, quien no cesaba en acariciarle el cabello con ternura.

El señor Sallow se puso de pie, miró a Ethan Digory.

—Pronto sabré de qué pasta estás hecho —le dijo al abogado. Luego se ladeó para buscar al esposo de Althea—. Nos vamos a Londres, quiero a cinco de tus mejores sirvientes con nosotros.

—¿A Londres? —inquirió desconcertado Ethan—. ¿Sirvientes? —siguió cuestionando.

—Eso he dicho.

—Morgan está ahí fuera y ¿tú quieres…?

—No —frenó Brendan a Ethan—. Ella no está en Darkworth Park, Knife la arrastrará hasta su guarida y sabe que quiere que le lleve a Sarah. Ha debido de secuestrar a Morgan en vez de a su mujer porque ha tenido una mejor oportunidad para hacerlo, dado que Morgan salió a montar esta mañana sin acompañante, según nos ha dicho Althea. —Sobra decir que Ethan Digory fue claramente acusado por la negligencia cometida—. Y sí, nos llevaremos a los sirvientes de Darkworth porque todos aquí son antiguos militares, saben luchar y necesitamos a los mejores para la guerra que se avecina.

Digory se colocó frente a Brendan, por lo que él apartó a Sarah de su lado por si acaso el abogado deseaba provocar una pelea.

—Morgan va a ser mi esposa, si alguien le hace daño verás lo que hay dentro de mí. No te equivoques conmigo, Brendan Sallow, mantengo bajo llave lo que bulle en mi ser, y me enfrentaré a quien sea por ella. De igual modo daré la cara con quien me acuse de ser el responsable de lo que está pasando, aunque me doble en tamaño. No son pocos los que me han subestimado y han probado la dureza de mis

puños. Le dije que no me gustaba montar, ella insistió en que no la acompañase porque prefería estar a solas con sus pensamientos, respeté sus deseos y no me impuse, aunque insistí una y mil veces en acompañarla.

Greyson Amery se acercó a ambos. Usó su propio cuerpo para hacer que se retrajesen, pues parecían dos leones a punto de disputarse una chuleta.

—Esta pelea nos atrasa y es del todo inútil. Todos estamos en el mismo bando y deseamos que Morgan regrese sana y salva.

—Estoy de acuerdo con Greyson —intervino Althea, quien había acudido a separar a Brendan y a Digory. Aunque no lo logró, dado que su esposo se había interpuesto en su camino y ella logró hablar por encima del hombro de Aquiles.

—Daré órdenes para salir en cuanto estemos listos —dijo el duque.

—De acuerdo. La señora Pherson y yo estaremos preparadas en poco más de cinco minutos —le indicó Althea.

—No —se negó Aquiles.

—¡No! —exclamó con mayor energía y al mismo tiempo Greyson Amery.

Los ojos del duque se posaron sobre los de quien antaño fue el custodio de Althea.

—Creía que habíamos superado ya esto —le dijo Aquiles con voz cortante.

—No debe ponerse en peligro —alegó Amery—. Te convencerá como ocurre siempre, tal y como hace Morgan con Sallow —precisó—, y le permitirás venir. No lo consentiré.

La mirada de Aquiles se dirigió hacia la de Althea. Sin que su esposo hubiese dicho una palabra, ella escuchó, solo observándolo, un claro: «Te lo dije». Althea bajó la mirada avergonzada.

¡Esto era una pesadilla y la revelación llegaba en el peor momento posible!

¡Dios del cielo!

¿Cómo podría comportarse con naturalidad con Greyson después de lo que acababa de descubrir? ¿Desde cuándo tenía él esos sentimientos por ella? ¿Cómo se había enterado Aquiles? Oh, sí, su esposo lo sabía y tuvo algún tipo de conversación con Amery, porque la frase de él, advirtiéndole de que *ya lo habían superado* fue reveladora.

—Voy a ir —indicó ella. Lo mejor era centrarse en lo importante. Morgan lo era todo.

Brendan se alejó por fin de Digory, Amery comenzó a protestar, Aquiles hizo lo propio, pero fue Sallow quien tomó a Althea por los

hombros, le dio la vuelta y se dispuso a hablar:

—Comprendo el motivo por el que tienes que venir con nosotros. —Aquiles permanecía quieto aguardando a ver qué ocurría. Era mejor dejar actuar al hermano de su esposa, aunque esa primera frase no le había gustado oírla lo más mínimo.

—Gracias —le dijo a su protector.

—Pero olvidas las razones por las que no lo harás. —Brendan no había terminado con su explicación.

—¿Qué? —Althea se había perdido algo.

—Robin y Summer, y por tu incipiente vientre, diría que viene otro en camino.

—¿Cómo lo has sabido? Ni tan siquiera Aquiles lo…

—Lo sé, Althea —intervino el aludido—. Siempre lo sé todo sobre ti, aunque a ti te pase desapercibido lo que te rodea. —Ella sintió la punzada del asunto sobre Amery.

No le hizo caso y siguió hablando con Brendan:

—¿Qué tienen que ver mis hijos con todo esto?

—Además de que estás embarazada y de que ni Amery ni yo te permitiríamos ir… —Aquiles carraspeó en ese momento porque se había olvidado de nombrarlo. Brendan rodó los ojos.

—Estar embarazada no me hace ser ninguna carga. —Ella aprovechó el carraspeo para intervenir—. Me enseñaste a pelear, a disparar y…

—Te lo diré de otro modo, Althea —la interrumpió Brendan—. Si no te encontrases en un estado de buena esperanza, tampoco podrías acompañarnos. Robin y Summer siempre necesitarán a sus dos padres, pero en caso de que uno falleciese, Dios no lo quiera —rogó—, deberá ser el otro el que los guarde. Aquiles nunca te permitiría venir porque en el caso de que tú insistieses en hacerlo, sería él quien debiera quedarse en casa por el bien de vuestros hijos. Uno lucha, el otro permanece a salvo. No os podéis poner en peligro ambos. Por muy progresista que seas, él es el hombre y su deber es proteger a su familia. ¿Comprendes ahora el motivo por el que tu esposo no quiere que te pongas en peligro?

—Sí —dijo a regañadientes.

—Pues no nos retrases más. Te la traeré de vuelta, cueste lo que cueste y sin sacrificar a nadie. —Miró brevemente a Sarah y luego regresó los ojos a los de Althea—. ¿Me crees?

Le tocó el turno a Digory de carraspear.

—Yo la traeré de vuelta —sentenció cuando tuvo la atención de todos.

—Esto no es una competición, Digory —lo reprendió Brendan.

—Lo entiendo, pero si lo fuese, yo la ganaría. ¿Te ha quedado claro, Sallow? —dijo con un tono de voz que sorprendió a todos los presentes. Tal vez sí bullía puro fuego en su interior y mostraba una fachada muy diferente.

La tensión se palpaba en el ambiente. Brendan no era muy razonable, cualquier cosa podía suceder. Althea, Aquiles y Greyson contenían el aliento. Sarah observaba con atención lo que sucedía.

—Vayamos a buscar a tu prometida —aceptó Brendan—. Y más te vale que ese tipo duro que acaba de aparecer frente a mí no se esfume. Si algo te pasa, Morgan me hará pagarlo muy caro.

Ethan Digory sonrió con suficiencia.

—Te guardaré las espaldas, Sallow, y más vale que seas tan duro como se aprecia, porque si algo te pasa, Morgan querrá cortarme… la cabeza.

Capítulo 16

La hora de la verdad

Morgan Pusset estaba en el Secreto de las Delicias. Tantos años después, y acababa en el mismo lugar donde todo empezó.

Knife no la había atado a una silla, ni tan siquiera le puso una mordaza. Era como si él hubiese esperado ese momento durante mucho tiempo. Incluso le permitió asearse y cambiarse el traje de montar por un vestido… aunque sí que le puso un centinela en la puerta de afuera para evitar que ella escapase.

Cuando se adentraron en su despacho se limitó a sentarse tras su escritorio y le ofreció la silla que había frente al mueble.

—¿Qué es lo que te propones, Knife?

—Esperar.

—Esperar, ¿qué?

—No qué, Morgan, si no a quién.

—¿Entonces a quién esperas? —reformuló ella la pregunta.

—A Sarah.

—No vendrá. Sé muy bien cómo funcionan esas cosas. La mujer que finalmente se arma de valor para abandonar a su verdugo, no regresa.

—Oh, pero Sarah lo hará, querida.

—Te aseguro que no, así que si tu plan es hacer un trueque, ya puedes ir despidiéndote. —Ella sabía que Althea protegería a su nueva amiga hasta el final.

—Olvidas un factor importante.

—¿Sí? No lo creo.

—Brendan Sallow.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Lo sabes muy bien.

—Te aseguro que no entiendo tus demencias.

—Yo lo vi aquella noche, al igual que Sarah, Brendan Sallow iría al mismo Hades por ti, y lucharía con todo aquel que se interpusiera en su camino. Sallow sabe a estas horas que tú estás conmigo y vendrá

con Sarah.

—¿Qué es lo que te ha sucedido, Knife? Tú no eras así. No te tomé por un loco, por un desalmado.

—¿¡Loco!? ¿¡Desalmado!? ¿¡Así es cómo me agradeces lo que hago por ti!? —Los gritos seguramente podrían escucharse en la luna.

La violencia con la que hablaba, con la que se había puesto de pie y había volcado su silla…

Morgan tragó saliva cuando él llegó a su lado para acabar posicionado delante de ella, con las manos sobre el reposabrazos de su silla. Se inclinó para tener los ojos frente a los femeninos.

Ella no reculó. Se quedó quieta y levantó el mentón.

—No te tengo miedo. Si te atreves a pegarme, más te vale estar preparado para recibir la réplica —lo amenazó.

Él le sonrió.

—Fue tu valentía lo que me atrajo de ti. Eras hermosa, nadie lo puede discutir, pero no la belleza de este jardín. Esa siempre fue Sarah, aunque me enamoré de ti tras echarte un simple vistazo. —Knife levantó una mano para acariciarle la mejilla. El gesto instintivo de Morgan fue echarse hacia atrás todo lo que pudo sobre la silla—. No temas, nunca he pegado a una mujer, tampoco a un niño o a un lisiado. ¿Tan carente de honor estoy a tus ojos?

—Mientes —lo acusó.

—Morgan, estás acabando con mi paciencia. —Se sentía ofendido.

—Y tú con la mía, porque sé que eres un mentiroso —lo acusó.

Él se irguió, dejó de apretar el reposabrazos de la silla y la miró desde la altura.

—¿De qué me acusas exactamente? —preguntó, con los dientes apretados—. Porque me están dando ganas de saltarme mi código y abofetearte por tu insulto.

—No sería la primera mujer a la que le pondrías la mano encima.

—¿Qué? —Él fruncía el ceño en esos momentos. Algo se le escapaba.

—¿Ves cómo eres un mentiroso? ¡Un loco! —exclamó.

—Será mejor que te expliques, Morgan, porque no he pegado a una mujer en toda mi vida. Y siento deseos de comenzar en este preciso momento —le confesó irritado.

—He visto los cardenales de Sarah —lo desafió.

—¿Y se los he hecho yo?

—Sí.

La seguridad con la que Morgan lo afirmó lo dejó asombrado.

—¿Eso te dijo ella? —tanteó.

—Sí —confirmó Morgan.

Se quedó pensando un momento.

—Es lista, lo admito. Comienzo a comprender muchas cosas —murmuró como si la luz estuviese abriéndose paso por fin.

Su cabeza era un hervidero. Las piezas tenían que ir colocándose en su lugar y para ello era preciso tomarse un momento para pensar con calma.

La primera de todas esas cuestiones que comenzaba a comprender era el motivo por el que su esposa provocó a uno de los clientes habituales del Secreto de las Delicias, uno con muy malas pulgas al que había irritado sin descanso hasta que el hombre le cruzó la cara ante la mirada de otros muchos clientes que regentaban el club en aquel momento. Ese vizconde pagó caro su error. Noble o plebeyo, nadie tocaba lo que le pertenecía. Knife se aseguró en persona de que todos supieran que su reina tenía carta blanca para hacer lo que desease en el club. Le dio una buena paliza, pues fue a buscarlo en cuanto uno de sus secuaces le informó de lo que acababa de ocurrir en la sala central. No le tembló el pulso mientras le atizaba frente a un buen número de clientes. El hombre se excusaba, mientras él seguía golpeándolo, en que Sarah lo había provocado sin descanso, que era una mujer a la que le gustaba que le pegasen o algo así.

Al fin tenían sentido muchas cosas para Knife.

Seguramente su esposa lo tenía todo calculado, y tuvo además la suerte de su lado, porque estaba seguro de que después de haber logrado tener un cardenal visible —porque para Knife estaba más claro que el agua que ella había ido a buscar a ese vizconde, pues él era conocido por su agresividad en el lecho—, ella había planificado un encuentro casual con Berel…, con Brendan, para que él la viese. Y es por ello por lo que estaba seguro de que la buena fortuna le sonrió a Sarah cuando se cruzó con Brendan en la puerta de su club.

El pequeño Will —que ya no era pequeño para nada— le informó del encuentro que mantuvo su mujer con Brendan antes de que este irrumpiera en su despacho para pedirle explicaciones por el disparo que sufrió Morgan.

Si Brendan hubiera sido más educado y él fuese un hombre que no lavase los trapos sucios en casa, le habría contado la verdad de lo que ocurrió en Hyde Park.

Creyó equivocadamente que podría controlar a Sarah, y pecó de confiado. Sarah Adeston siempre fue excesivamente inteligente, tanto como para manipular a su difunto padre y llevarlo a la muerte.

Había sospechado durante mucho tiempo, pero por fin era

consciente de que Sarah, de algún modo, había orquestado todo lo que ocurrió aquella noche en la que él perdió a Morgan. Una colmena no podía tener dos abejas reinas, y para Sarah, Morgan siempre fue una rival. Knife tenía todas las piezas y por fin el rompecabezas comenzó a formarse y verse con claridad.

El plan de Sarah cuando Pherson los llevó a los cuatro al despacho había sido el de eliminarlo a él y a Morgan, para que ella y Brendan pudiesen vivir su cuento de hadas sin estorbos.

Qué había sucedido para que ella acabase magullada y atada a una silla lo desconocía, algo se debió torcer en su plan, o tal vez alguno de los que todavía le era leal al viejo Pherson se fue de la lengua al contarle el *affaire* de Sarah con Sallow. Fuese como fuese, su apreciado Brendan aquella noche eligió salvar a toda costa a Morgan.

Se quedó con la boca abierta al recordar lo que Morgan le había revelado mientras llegaban a Londres.

¡Hermanos!

Nunca le habían confesado a nadie del club sentir un amor fraternal, por eso, cualquiera que los observase, veía la devoción que se tenían, porque Knife nunca vio ningún movimiento lascivo o carnal hacia Brendan. Era más, él siempre creyó que el maldito Sallow deseaba asegurarse un puesto como su mano derecha cuando él llegase a dirigir ese o el otro club al que le había echado el ojo, y que por eso siempre estaba al tanto sobre lo que le sucedía a la que había elegido para ser su esposa. Pero eso no ocurrió.

Morgan escuchó un disparo y se colocó frente al hombre que consideraba su hermano, porque Brendan llevaba más tiempo con ella y se había ganado el derecho a ser su campeón. Un derecho con el que Knife no había podido hacerse porque el destino no les permitió compartir más momentos juntos.

Todo cambió desde que se descubrió que Morgan Pusset era la Duquesa Infame y Sarah tuvo interés en ver con sus propios ojos quién era esa dama que era admirada y odiada a partes iguales… Donde Morgan se encontraba, allí estaba Brendan. Siempre había sido así, había costumbres que no cambiaban. De tal modo, que cuando Sarah descubrió la identidad de ambos…

¡Todo saltó por los aires!

Además de inteligente, hábil, seductora y calculadora, Sarah era extremadamente vengativa. No podría dejar las cosas como estaban. Knife se lo figuraba, así que cuando su esposa le habló sobre que Barby y Berel habían estado viviendo en Londres, codeándose con las clases altas de la sociedad, utilizando otros nombres y él no hizo nada

al respecto, ella no pudo quedarse de brazos cruzados.

La mantenía vigilada porque no se fiaba de lo que Sarah pudiese hacer. Knife había llegado a un acuerdo con Sallow cuando se presentó en su despacho después de catorce años sin haberlo visto y no estaba dispuesto a romperlo. Cerró otro trato tácito cuando poco después Morgan Pusset fue a visitarlo para asegurarse de que Brendan no sufriera ningún rasguño por parte de él. Sí, le dijo que la mataría si la volvía a ver porque Barby Brigth siempre sería una herida abierta para él. Mejor apartarla para siempre. No podría hacerle daño jamás.

Knife tal vez no hubiese llegado a saber nunca las nuevas identidades de uno y otro porque se movían en círculos diferentes. Eso mismo le había pasado a Sarah… hasta que Morgan se descubrió como la Duquesa Infame. Todas las columnas habían derrochado ríos de tinta hablando de esa figura, así que era comprensible que Sarah, como tantas otras mujeres de toda índole y crianza habían hecho, quisiera verla de cerca.

Lo admitía. Knife tenía que admitir que pese a que tal vez él no se hubiese enterado de quién eran en verdad Brendan y Morgan, ambos fueron valientes y dieron la cara el uno por el otro para pedirle una tregua. Todo el mundo sabía que Knife era un hombre con el que se debía tener cuidado y optaron por darse a conocer. A Sarah le costó varios años enterarse de la verdad.

Fue una suerte que Sarah hubiera errado el tiro en Hyde Park, porque él llegó tarde, en cuanto el hombre que él había puesto a vigilar a su esposa le dijo que ella se había esfumado se temió lo peor. Al enterarse de eso, Knife acudió a la casa de los hermanos de corazón —tal y como se había referido Morgan a su relación con Sallow— para averiguar el paradero de la mujer a la que una vez amó con todas sus fuerzas. Morgan no estaba en el interior, había salido. Sobornó a un lacayo para obtener la información. Le ofreció una verdadera fortuna, pero el sirviente no soltó prenda. La lealtad del joven fue admirable, y viendo que no iba a conseguir nada, Knife tuvo que admitir que necesitaba la información porque creía que la señorita Pusset podía estar en grave peligro. Tanto le suplicó —y él jamás había rogado por nada—, que finalmente el lacayo lo creyó y le dijo que estarían en Hyde Park. El muchacho se atrevió a amenazarlo de muerte si se enteraba de que Morgan sufría algún daño. Ah, ella siempre levantaba pasiones, porque a Knife le pareció que el sirviente estaba medio enamorado de ella.

Cuando escuchó el disparo, supo que Sarah estaba tras la pistola. Vio a Morgan desmayarse, pero ella ya tenía a Brendan y a otro

estirado ocupándose de la situación, así que se llevó de inmediato a Sarah al club y la sermoneó, incluso la amenazó para que no tomase represalias contra nadie por el pasado. Le juró que no lo haría porque mientras trataba de asesinar a Morgan Pusset, ella se había dado cuenta de que la vida que tenía con Knife valía más que cualquier cosa. Le prometió que aprendería a vivir con la decepción y la traición de aquellos dos.

Y la creyó. Sarah también era una manipuladora excelente y él, ciertamente, deseaba creerla.

Ah, pero ella desapareció y Knife sospechó. Estudió las posibilidades, pues Sarah no era la única de la que nadie sabía nada. Morgan estaba también fuera de Londres, aunque sospechaba que Sallow y Amery —el único que no había cambiado su nombre— estaban en Londres tratando de averiguar lo sucedido con Morgan. Barajó la posibilidad de ir a explicarle lo ocurrido, pero sabía que Sarah lo habría pintado a él como el villano en cuanto se toparon en la entrada del club, de algún modo lo sabía. Eso y que el protector de Morgan no creería su versión si se la exponía. Knife era leal, no podía traicionar a Sarah tampoco por más que ella lo mereciese.

Lo primordial era dar con el paradero de la Duquesa Infame, por si Sarah no había dejado atrás su venganza. Tenía un pálpito.

Preguntó aquí y allá y al final todos los rumores relacionaban a Morgan con la duquesa de Darkworth. Decían que era su amiga más fiel y su defensora más leal. Decidió arriesgarse e ir a buscar a Morgan allí para poder protegerla, pues Sarah no había aparecido todavía y él no podría cargar con la desgracia que pudiese sufrir su antiguo amor.

¿¡Quién iba a decirle que se toparía con su esposa allí también!? Fue una sorpresa, aunque no inesperada del todo. ¿Seguiría pensando en matar a Morgan? Tenía que actuar rápido porque Sarah era imprevisible. Estudió el lugar a conciencia y al fin la suerte le tocó a él. Ella salió a cabalgar y se la llevó para alejarla de su mujer.

¡Todo estaba resultando una maldita broma de mal gusto!

—¿Me estás escuchando, Knife? ¡Knife! —gritó la señorita Pusset al ver que él llevaba varios minutos ausente.

Él se volvió a acercar de nuevo a ella para quedarse frente a frente, a la altura de sus ojos.

—Te hablo como si siguieras siendo Barby, como aquella joven que me conocía bien, porque soy más viejo, más violento si quieres también, pero soy el mismo de entonces. No te haría daño nunca, Morgan. Tampoco a Sarah, de hecho todo esto lo estoy haciendo para protegeros a ambas.

—Ahora hablas como un verdadero demente.

—Maldita sea, no me hagas traicionarla, Morgan. Te quise muchísimo y no dejaré que nada te pase, pero ella es mi esposa. ¿No lo entiendes?

—No sé a qué te refieres.

—¡Infierno! —se quejó. Se dio cuenta de que la opinión de su primer amor le importaba demasiado—. Morgan, fue Sarah quien te disparó en Hyde Park.

—Ahí otra mentira más.

—No te miento. Mírame bien. Te digo la verdad. Sarah no ha podido superar la traición de Sallow, él te eligió a ti por encima de ella y no soporta verte feliz. Tampoco a él. Sus sueños lo implicaban a él, no a mí, se conformó conmigo. Quiere vengarse de él y sabe que no habrá nada más doloroso que enfrentarse a tu muerte, pero a la vez no logra dejar de amarlo.

—Pero… —Ella frunció el ceño—. No tiene sentido. Yo he visto sus cardenales. Está dolorida.

—Puede haberse tirado por una escalera, créeme, sería capaz de todo para culminar su venganza. —A él no le sorprendería que ella hubiese hecho precisamente eso antes de personarse en casa de la duquesa de Darkworth. Él era el rey de esa parte del East End, pero ella era la reina, despiadada cuando había de serlo. Sabía cosas que ella había mandado hacer que congelarían el infierno—. Te ha dicho que yo le pegaba cuando es totalmente falso. ¡Maldita sea, Morgan! Es mi esposa, no debería traicionarla y decírtelo todo… Lo peor de todo es que no me crees.

—No me cabe en la cabeza lo que dices.

—El plan era traerte aquí, protegerte y que fueses el cebo para que Sarah regresase, y luego ocuparme de nuestros problemas sin ventilarlos, pero no puedo soportar que pienses que deseo tu muerte. No puedo… Después de tantos años, donde yo no he sido más que una mancha para ti y me siento inclinado a confesarte las miserias de mi matrimonio, a delatar a Sarah. —Morgan lo veía compungido.

—Pero… —Se quedó muda.

No sabía si él le decía la verdad, aunque sus ojos… Sus ojos eran como los de aquel joven al que llegó a amar. Y parecía tan desesperado. Si la quisiera muerta, tal y como había dicho Sarah, había tenido más de una oportunidad para hacerlo, en cambio seguía viva y él se esforzaba para que lo creyese. ¿Qué criminal haría algo así? ¿Cuál sería la finalidad?

—Barby, por favor… —musitó usando su viejo nombre.

—No lo sé, Knife. Ya no sé qué pensar. No veo a Sarah tan malvada como para…

—¿No? ¿Y si te dijese que ya no tengo duda y que sé que ella de alguna manera orquestó lo que sucedió la última noche que nos vimos? Estoy seguro de que lo tenía calculado, si las cosas hubieran ido bien para Sarah, tanto tú como yo habríamos acabado muertos y ella y Brendan habrían dirigido el club. Siempre fuiste una molestia para ella, por fin lo he visto claro. Lo amaba con todo su corazón, Morgan. Tú le estorbabas, porque él siempre te elegirá por encima de todo. Y luego yo mismo tenía mis planes para el club que ella quería dirigir con el hombre al que amaba.

—Pero viste a Sarah aquella noche. Estaba magullada, Pherson la había torturado para que confesase.

—Por eso te digo que su plan se torció, porque estoy seguro de que fue ella quien nos acusó a ti y a mí de conspirar contra Pherson, y seguramente, por otro lado, alguien le dijo al viejo que Sallow tenía una aventura con ella y ahí todo se debió de ir al garete. Se lo preguntaremos cuando venga, pero tienes que creerme. Mi intención era protegerte, y lidiar con mi esposa sin que nada malo le sucediese. Juré protegerla cuando recité mis votos y no puedo desentenderme.

Morgan comenzó a darle vueltas a las conjeturas de Knife. Era todo demasiado rocambolesco, pero… ¿y si él estuviese diciéndole la verdad? Se veía muy sincero. Y si había una cosa que un hijo del East End valoraba por encima de todo era la lealtad.

—¿Estás seguro de que Sarah vendrá?

—Estoy seguro de que Brendan la traerá. Te lo he dicho. Me conoce bien y sabe que te traje conmigo porque espero un intercambio.

—Si lo que dices es cierto, y no estoy afirmando que lo sea, estamos en peligro. Si es la villana que aseguras, cualquier cosa puede pasar.

—Si tú me crees, Brendan lo hará. Solo tienes que decírselo, no pondrá en duda ni una palabra tuya. Lo sé, al igual que Sarah.

Ella no lo tenía tan claro.

—Le habrá hecho pensar que su miseria es por tu culpa, no será tan fácil como dices, porque Brendan podrá pensar que soy débil en lo que a ti se refiere y que me has convencido para que crea un montón de patrañas.

—Si tú me crees, nada más me importa. ¡Vamos, Barby! ¿Qué motivos tendría yo para matarte?

—Ella dice que te has vuelto loco y que no consigues superar mi traición.

—¡Vaya! Qué ironía que te haya dicho precisamente lo que le

sucede a ella misma.

—Si según tú, quiere matarme… ¿por qué no lo ha hecho ya?

—Porque no es estúpida. Lo principal es matarte, sí, tú sales de escena, así Brendan es libre de tu yugo, luego se encargará de que él mismo acabe con mi vida por todas esas barbaridades que le habrá dicho que le hice, y tendrá su final feliz de una maldita vez. No puede jugársela y que alguien averigüe que está detrás de tu muerte, por eso no se ha atrevido a dar el paso en casa de la duquesa de Darkworth. O tal vez haya contratado a alguien para que le haga el trabajo sucio. Dime una cosa, ¿te has quedado alguna vez sola durante la estancia en casa de tu patrocinadora? —dijo en alusión a Althea.

—No, solo cuando salí a montar y tú me apresaste contra mi voluntad.

—¡Te estaba salvando! Planifiqué bien mi actuación, cuando vi allí a Sarah… ¡Tenía que actuar! Deberías darme las gracias de que yo te interceptase, porque la conozco bien y de haberse enterado de que estabas cabalgando sola… Te habría pegado un tiro y luego me hubiese acusado a mí… —conjeturó.

—¡Te crees todo lo que dices! Estás convencido de que es cierto —expuso, incrédula.

—¡Porque es la verdad!

No hubo tiempo para nada más. Alguien llamó a la puerta.

—Señor, sus… invitados están abajo —le informó uno de sus hombres.

—¿Cuántos vienen?

—Nueve, contando a su esposa.

—Dile a Sallow que puede subir con Sarah.

El esbirro se marchó de inmediato a hacer lo demandado.

Knife miró a Morgan, seguía cerca de ella, con las manos apoyadas sobre el reposabrazos.

—Ponte de pie, y pase lo que pase, quédate detrás de mí. Me creas o no, te di mi palabra cuando eras solo Barby de que te protegería y lo haré, aunque ello suponga enfrentarme a la mujer a la que le juré dárselo todo.

***

—O subimos la dama, tú y yo, o comienzo a demostrarte de qué pasta estoy hecho —observó Ethan, cuando el hombre que les había mandado el villano les informó de los deseos de su patrón.

—¿Quieres que nos maten incluso antes de entrar? —se quejó

Brendan.

—¿Entrar? ¡Ya estamos dentro! Lo que te digo es que como no vaya contigo, me lío a puñetazos, tiros o lo que sea —se ratificó Ethan.

—Y yo pensando que eras blando… —musitó por lo bajo Brendan.

—¿Has dicho algo? —El abogado no había podido escucharlo bien.

—Nada. —Brendan fijó los ojos en el secuaz de Knife, quien los estaba mirando sin saber cómo actuar—. Ve a decirle a tu jefe que subiremos tres.

—No, sus órdenes han sido claras. Sallow y su esposa. Nadie más.

Ethan se había cansado de explicar la situación, sacó una de las pistolas que llevaba ocultas en la bota y le apuntó al mensajero.

Entonces empezó el desorden.

Alguien gritó: «¡pistola!», y de pronto el resto de los esbirros de Knife les estaban rodeando y apuntando. Por descontado que Aquiles, Amery y los otros cinco hombres que los acompañaban sacaron sus respectivas armas ocultas.

El señor Sallow se apresuró a cobijar a Sarah tras su cuerpo y apuntó con una pequeña pistola a otro de los hombres del club.

—O subo o aquí comienza la sangría. Tú verás si vas a explicarle la situación a tu jefe —lo amenazó Ethan sin titubear.

—Estás más loco de lo que nunca imaginé —susurró Brendan.

El abogado ladeó el rostro y miró al hermano de corazón de Morgan.

—La mujer que mantiene cautiva el villano es mía en todos los sentidos. La recuperaré a cualquier precio —sentenció mirando a Brendan, pero lo suficientemente alto para que todos los escuchasen.

Sallow suspiró y centró su atención en el que les había dado órdenes de subir para decirle:

—Ya le has escuchado, avisa a Knife de lo que está sucediendo aquí, y asegúrate de que comprenda que la dama que tiene en su poder cuenta con un paladín dispuesto a morir por la causa, y que no le importa llevarnos a todos con él si se le priva la audiencia.

Al ver que el secuaz no se movía, Sarah decidió salir de detrás de Brendan:

—Ve a decírselo de inmediato —demandó.

Al ver que era la esposa de Knife la que le daba la orden, el desconocido recapacitó, asintió y volvió a subir por la escalera que daba acceso a las dependencias de su patrón.

Llamó a la puerta y se le concedió permiso para entrar.

—Disculpe, jefe.

—¿Dónde están?

—Hay problemas abajo —dijo sin saber cómo seguir con la explicación.

—¿Qué tipo de inconvenientes? —tomó la palabra Morgan.

—Hay un estirado que amenaza con iniciar una guerra si no se le permite estar en la reunión con la señora Pherson y Sallow.

—Es Ethan Digory —explicó Morgan, con el corazón batiendo con fuerza. Había venido con su hermano a salvarla. No había mayor prueba de que estaba comprometido con ella hasta el final. Si hubiese tenido dudas, si hubiese sido el *estirado* de antes no habría consentido mezclarse en un asunto tan turbio como el que tenían entre manos. En conclusión, Ethan Digory podría parecer un estirado, pero no lo era ya tanto.

—¿Tu amante?

—Mi hombre —apuntó ella con la cabeza en alto—. Te aseguro que si ha dicho que comenzará una guerra, lo hará. Dale lo que pide.

—¿Y quedarme en mi despacho en clara inferioridad numérica, Morgan? Creo que no. Ya seréis tres contra mí.

—¿Si te digo que te creo, a cambio confiarías en mí, Knife? —le preguntó ella.

—¿Qué propones?

—Quiero saber la verdad de lo que está pasando, la única forma es que los cuatro…

—No somos cuatro, Morgan, tu amante insiste en asistir a una reunión a la que no ha sido invitado.

—Si la situación fuese al revés, si en vez de ser yo, fuese Sarah, y tú estuvieses abajo, ¿permitirías al resto subir sin ti?

Él gruñó en respuesta.

—Si esto sale mal, el primero que acabará muerto seré yo. Hay demasiada gente deseando dispararme… ¡Infierno! Yo no he hecho nada malo —ladró.

—Pues todavía no te he pedido una concesión mayor…

—¿Qué? —Como ella se había quedado callada, él la azuzó.

—Necesito que me permitas bajar a por ellos, y que confíes en que regresaré aquí.

—¡No! —saltó con irritación.

—Piénsalo bien, Knife. Si me ven sin ti, sin ninguno de tus hombres custodiándome y les digo que es imperativo subir a arreglar las cosas, es más factible que Brendan crea tu teoría. Tienes que confiar en mí. Yo soy la primera interesada en averiguar quién pretende matarme. Por favor… —le suplicó—. Por lo que fuimos, confía en mí, te lo ruego —insistió en su humilde petición.

—¿Me juras que no te escaparás? ¿Volverás aquí, Barby? —Le pareció indicado usar su nombre de antaño.

—No he faltado jamás a una promesa. Tienes mi juramento, Knife.

—Dime que me crees y te dejaré obrar como estimes oportuno.

Ella le sonrió.

—Necesito verle la cara a Sarah cuando le hagamos las preguntas indicadas, pero te aseguro que soy consciente de que no eres una amenaza para mí. Si quisieras que estuviese muerta, no me habrías salvado la primera vez.

—Gracias —le reconoció él.

—Estaré aquí en un momento.

—¡No te fíes de Sarah! —le gritó antes de que ella saliese por la puerta.

Morgan se ladeó y lo miró para decirle:

—Soy la Duquesa Infame, yo ideo las infamias. Tu esposa no es rival para mí. —Se enorgulleció tanto que hizo que Knife comenzase a carcajearse.

—Posiblemente acabaremos todos muertos, pero al menos lo haremos con una sonrisa. Ve y no tardes, Morgan. Tampoco te asustes cuando regreses, porque me verás con un cuchillo en la mano derecha y una pistola en la izquierda. Yo no pienso subestimar a mi querida esposa ni a Sallow.

Salió del despacho y caminó por un pasillo hasta estar en las escaleras. El silencio del club era algo extraño. Cuando comenzó a descender y vio el escenario que se le presentaba… Aquiles, Amery, Brendan y Sarah figuraban en lo que podría denominarse el borde de la catástrofe. Ethan Digory permanecía en el centro. Había sirvientes de Darkworth también a modo de refuerzo.

La guerra había estallado y su bando estaba rodeado por los hombres que trabajaban para Knife.

Un polvorín lleno de armas apuntándose los unos a los otros.

Miró hacia arriba antes de seguir con sus pasos. Ni Knife ni el otro de sus secuaces la seguían. Bien. De alguna manera ella intuía que el villano no era el que parecía a simple vista. Se concentró en buscar a Sarah Pherson. La vio escondida tras el cuerpo de Brendan. Agarrada a él desde atrás. Se veía desvalida.

Era complicado pensar en que fuese el foco del conflicto. En su juventud se portó maravillosamente bien con ella. ¿Fue para que Brendan la tuviese en más alta estima?

Las ideas de Knife no eran descabelladas, y el modo en el que había actuado tampoco era el de un loco que quisiera vengarse por el

pasado… Pero Sarah tampoco se apreciaba como una demente vengativa.

—Ethan —lo llamó, pues él no la estaba viendo—, baja el arma, por favor —le pidió con calma.

—Morgan… —susurró su nombre. La estaba viendo por el rabillo del ojo, pues no deseaba dejar de vigilar al maldito que lo apuntaba.

—He dicho que bajes el arma —insistió.

—Creo que no es buena idea. Ven aquí, es hora de que nos vayamos de este lugar —razonó él.

—No puedo hacer eso. He jurado que volvería arriba y es lo que voy a hacer. Subiremos, Brendan, Sarah, tú y yo.

—¡No! —gritó la señora Pherson—. El señor Digory tiene razón. Hay que aprovechar el momento y huir.

—Coincido con lo que dice la mayoría, Morgan. Has engañado bien a Knife —sostuvo Brendan.

—No voy a salir, lo harán Aquiles y sus militares.

—No pienso dejarte aquí —apuntó el duque.

—Lo harás porque esto no te concierne.

—No —se negó Aquiles.

—Bajad las armas —volvió a ordenar Morgan.

—¡No! —dijeron prácticamente todos, de uno y de otro bando. Salvo Greyson Amery.

Amery fue el único que dejó en el suelo la pistola. Confiaba en el criterio de la Duquesa Infame. No en vano, ambos se metieron en un tiroteo hacía justo un año y se las apañaron bien como equipo.

—Tienes a un aliado, Duquesa Infame —saltó Greyson. Ella lo vio desarmado y con las manos en alto. Brendan acababa de gruñir con fuerza al ver a su amigo actuar de ese modo.

—Gracias —le dijo Morgan a Amery por su confianza.

—No me las des todavía, solo yo te apoyo en esta locura. Haz que el resto te siga —la animó Greyson.

—Muy bien. —Morgan se acercó a Ethan y no se le ocurrió otra cosa más que besarlo. Lo había pillado tan desprevenido que él bajó la guardia, así que ella le quitó el arma.

—¿A qué estás jugando, mi rosa con espinas? —inquirió Brendan.

Morgan levantó la pistola y se la colocó en la sien.

—¡Espera! —gritó el duque de Darkworth—. Haré salir a mis hombres y a partir de ahí negociaremos. —Le pareció que darle parte de lo que ella demandaba era acertado. Los miró y estos aceptaron sus órdenes sin cuestionarlas. Se marcharon de allí de inmediato.

—Gracias —dijo Morgan. Acababa de salvar las primeras cinco

vidas en caso de que todo se complicase.

—Ahora baja el arma —le solicitó Brendan.

Ella negó con la cabeza.

—Esto se hará a mi manera o la que primero muera seré yo. Amigos míos, quiero que bajéis las armas, tanto como si los hombres de Knife lo hacen o no. Cinco segundos os doy.

—¡Morgan! —gritó Ethan, mientras se acercaba a ella para reducirla. La dama martilleó el arma.

—No voy de farol. Si tengo que sacrificarme para que el resto salga de aquí sano y salvo, es un pequeño precio que pagaré.

—¡Soltad las armas! —gruñó Brendan, mientras él dejaba la suya en el suelo—. Más vale que haya una buena explicación para tu locura, Morgan —le dijo, tirante.

Aquiles imitó a Brendan y soltó sus pistolas. Ethan seguía alerta, no le gustaba ni un pelo el vuelco que había dado la situación. ¿Knife la habría seducido? ¿Le habría hecho recordar el pasado y ella cayó a sus pies?

—Morgan —la llamó el abogado.

—¿Qué?

—¿Sigues siendo mía y solo mía?

Ella le sonrió.

—Siempre. ¿Tú sigues siendo mío y solo mío?

—Hasta el fin de mis días y más allá —le reconoció.

—Entonces confía en mí. Knife nos espera a Brendan, a Sarah, a ti y a mí en su despacho.

—¿Por qué? —preguntó Ethan.

—Porque le he jurado que bajaría a poner orden aquí y que regresaría. Cumplo mi palabra.

—Esto no tiene ningún sentido —habló la señora Pherson—. No pienso enfrentarme a él. Ya he sufrido bastante. Brendan, te lo imploro, no permitas que ella me obligue a ver a un monstruo. Lo dejé atrás y me costó mucho esfuerzo huir, por favor, Brendan…

—He dado mi palabra, Sarah —intervino Morgan.

—Entonces regresa tú. Yo no te hago ninguna falta.

—Tu esposo insiste en que debes estar presente para lo que tiene planeado.

—¿Brendan? —Cabe decir que Sarah ya estaba llorando y sollozando cuando llamó al hermano de corazón de Morgan.

El aludido suspiró. Miró a Morgan y le dijo:

—Sarah tiene razón. No hace falta que sufra más, hablaremos con Knife tú y yo. —Se escuchó un carraspeo. Sallow ya se figuraba quién

lo había emitido, pues lo había vuelto a dejar fuera del plan—. Sí, sí, Digory, tú también puedes venir.

—De acuerdo —dijo el aludido.

—No, Brendan. Sarah va a subir, y si para lograrlo tengo que apuntarle con una pistola, lo haré. —Morgan acompañó sus palabras con el gesto que acababa de decir que haría.

—¿¡Te has vuelto loca!? —saltó Brendan, mientras se aseguraba de cubrir perfectamente bien con su cuerpo a la mujer a la que Morgan pretendía encañonar.

—¿Sarah? —la llamó Morgan—. ¿No quieres subir porque temes que tu esposo comparta sus teorías con el resto y te veas expuesta?

Brendan frunció el ceño.

Ethan trató de colocarse frente a ella, pero no se lo permitió. Huyó dos pasos hacia la derecha. El abogado suspiró. No se podía elegir a una mujer como esa y luego imponerse. Además, parecía muy segura con su actuación. Él era consciente de que la señorita Pusset no actuaba a la ligera.

—No sé lo que tratas de decir, pero baja el arma, porque me estás apuntando a mí —le recordó Brendan.

—No pienso quedarme desprotegida ante la mujer que trata de asesinarme. Podría suceder cualquier cosa. Mientras ella sepa que tengo una pistola no intentará terminar el trabajo que empezó en Hyde Park.

—Morgan… —comenzó a decir Brendan—. Si esto es porque el reencuentro con Knife ha reabierto viejas heridas y tienes la sensación de que le debes algo…

—Sí que se lo debo, Brendan, me salvó. ¿Acaso olvidas que se quedó para afrontar las consecuencias de la encerrona en la que Sarah nos metió aquella noche? ¿Por qué iba Knife a tratar de matarme ahora si me salvó en primera instancia? No le veía el sentido, pero sí lo tenía el hecho de que ella se quedase sintiéndose traicionada porque tú me protegiste a mí, en vez de a ella. Catorce años de amargura porque el plan no le salió bien, porque el hombre al que amaba me eligió a mí y no a ella, ese es un buen incentivo para tramar una venganza cruda. Más cuando se admira a la Duquesa Infame y se revela quién está detrás de ella. Su sorpresa al descubrir que yo era la Duquesa Infame y que tú seguías a mi lado fue el desencadenante para tratar de matarme. Knife no tardaría mucho en ser acusado de malos tratos, y tú, Brendan, como ya estarías libre de mí, porque estaría muerta, irías a buscarlo para ajustar cuentas. ¿Sarah? Tu esposo sostiene que para las heridas que mostraste en casa

de Althea debiste arrojarte por una escalera, creo que tiene razón.

—Y yo lo que creo, Morgan, Barby, o como quieras llamarte, es que durante el viaje a Londres mi marido ha hecho más que contarte una sarta de mentiras. Dime, ¿tanto lo echabas de menos entre las piernas que con la primera caricia has sucumbido y ahora te declaras su máxima defensora?

La mirada de Morgan se posó de inmediato en la de Ethan.

—¿Crees que he podido acostarme con Knife? Si es así, dilo ahora para ahorrarnos…

—No —la cortó el abogado—. Sospecho que estabas al corriente de dónde podías haber encontrado al primer hombre que te deslumbró desde hace años. Si hubieras querido regresar con él, no me habrías perseguido con tanta insistencia.

—Eres un presuntuoso, ¿lo sabías?

—Tú me has hecho creer que soy el más deseable de todos los hombres de Londres. No te quejes de tus logros, mi amor.

Ah. «Mi amor». La declaración más pública que habría podido hacer Ethan Digory, y la había cantado alto y fuerte, después de que una mujer la acusase de haber yacido con otro.

Morgan sacó pecho. Había elegido bien.

—¿Brendan? El hombre con el que pretendo casarme me cree, mi otro protector —dijo en referencia a Greyson Amery— ha depuesto su arma en cuanto yo lo he solicitado porque también cuento con su confianza. Althea le habrá dicho a Darkworth repetidamente que soy su hermana y que no confiaría a ciegas en nadie más que en su familia, así que el duque me da credibilidad. Solo quedas tú, hermano —le dijo con la cabeza bien alta.

—¿¡Hermano!? —La pregunta salió de la boca de la señora Pherson como un gran grito.

Morgan se rio.

—Tantas molestias, Sarah, y nunca estuviste en peligro de ser rechazada, porque Brendan es mi hermano. Me elige sobre el resto porque nacimos y crecimos juntos, si le hubieses dado más tiempo habrías logrado obtener su lealtad. Tus celos te hicieron urdir una trampa para Knife y para mí con el viejo Pherson, pero no calculaste bien y todo se torció. Nadie murió tal y como te hubiese gustado, y las parejas se intercambiaron en plena huida.

—Brendan —intervino Sarah desde detrás de él—, me conoces bien, de alguna manera Knife ha conseguido envenenarla contra mí. Es así como actúa él, se ha visto solo y se ha buscado a la mejor aliada que podía tener. Sus acusaciones son falsas, por favor… Me juraste que no

me volverías a fallar.

Hubo unos pocos segundos de silencio…

Brendan sentía que la cabeza le iba a explotar. No comprendía que Sarah pudiese ser tan ladina, tan… pero…

El mastodonte se dio la vuelta para mirar a Sarah a los ojos.

—Hay una forma de averiguar la verdad.

—¿No me crees? ¿A mí? ¿A la única mujer que te ha amado con todo lo que es? ¿La única que lo arriesgó todo para estar contigo? ¿La única dispuesta a darte el trono que te merecías? —le preguntó con lágrimas en los ojos—. ¿Qué más necesitas para amarme y elegirme, Berel Iron, Brendan Sallow? —Usó sus dos nombres para recordarle que lo amaba por encima de su identidad, que recordaba el pasado y que anhelaba el presente que pudieran vivir juntos.

—Entonces enfréntate a las acusaciones que Knife ha vertido sobre ti —le recomendó—. Subamos y aclaremos todo esto.

—No hace falta que subáis. —Se escuchó una voz desde lo alto de la escalera. Era Knife—. Morgan tardaba mucho y decidí salir del despacho para ver si había faltado a su juramento, pero veo que ha gestionado muy bien la situación. —Bajó las escaleras mientras silbaba y se colocó al lado de ella. La miró con reconocimiento—. Gracias, Duquesa Infame, has estado muy bien.

Antes de que Morgan pudiese responderle algo, Ethan Digory estaba corriendo hacia ella mientras gritaba a pleno pulmón su nombre.

Un disparo había roto el breve silencio del salón principal del Secreto de las Delicias. Los ojos de Morgan buscaron a Sarah, pero ella no se veía sosteniendo ninguna pistola.

Morgan, tan ágil como había sido siempre, luchó contra Ethan para ponerse delante de él y protegerlo de la posible bala. Ah, pero él era más alto y fuerte que ella, así que ambos cayeron al suelo y él ganó la pugna, porque fue su cuerpo el que se quedó protegiendo el de la mujer que amaba.

El duque de Darkworth y Greyson Amery habían divisado al tirador en la otra parte del salón. Ambos dispararon raudos, mientras que Brendan echó a correr hacia el bastardo que había atentado contra Morgan.

El malhechor murió cosido a tiros, y por si aún quedaba algo vivo en él, Brendan le dio varias patadas cuando se cayó al suelo.

El mastodonte estaba colérico.

—Por más que te esfuerces, queda poco por hacer, amigo mío —le dijo Amery.

—Déjalo ya, Sallow, lo único que conseguirás será cansarte

inútilmente y todavía tienes que resolver el asunto —recomendó Aquiles—. Iré a comprobar que Morgan está bien.

Brendan dejó de atizarle al cadáver. Se giró para buscar a la señora Pherson.

—¿Dónde está Sarah? —les preguntó a todos. Nadie supo qué decirle. No estaba. Se había esfumado.

—Inteligente, astuta, manipuladora y… hábil para escapar de un gran problema —manifestó Knife desde el otro lado del grupo—. El que habéis matado era su mayor defensor, Smoke Parker. El tipo habría hecho cualquier cosa por ella, me doy cuenta ahora, y eso ha incluido dar su vida como sacrificio.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Darkworth, mientras se acercaba hacia donde Ethan y Morgan yacían en el suelo. Cuando se dirigió a abatir a quien había disparado contra la amiga de su esposa, ambos estaban todavía de pie.

Los encontró a ambos besándose sin control. Ethan sobre ella. No parecían estar malheridos, más bien sintió vergüenza al presenciar tal demostración. De todos modos tenía que hacer la pregunta de rigor.

—¿Estáis bien? Supongo que sí, o de otro modo no tendríais brío para hacer lo que no estoy viendo. —Aquiles ya no los observaba para darles un poco de privacidad.

—Ningún rasguño. —Ethan había dejado de besarla para responder.

—¿Tenéis que hacer eso ahora? —se quejó Brendan al ver lo que repitieron, dado que se estaban besando de nuevo con ímpetu.

La pareja no se molestó en añadir nada más.

¡Claro que tenían que besarse, abrazarse y estar contentos! ¡Todo había salido bien! Pudo haber ocurrido una sangría…

Knife se acercó a Sallow con cautela, pues se había separado de donde la pareja celebraba, a su peculiar modo, que seguían vivos.

Le dolía ver a Morgan entregada a otro hombre. La amó, y la pérdida alimentó el recuerdo de ese amor. Pero amar implicaba echarse a un lado cuando la ocasión lo requería. Knife era consciente de que no tenía ninguna oportunidad para recuperar el pasado con ella, un pasado que les arrebató Sarah.

—¿Estoy en peligro? —le preguntó el dueño del club. Brendan lo examinó de arriba abajo. Hubo tensión entre ambos. Knife, cansado de su escrutinio, procedió a seguir hablando—: Espero que no, porque tú la salvaste la primera vez, pero ahora he sido yo —dijo con satisfacción.

—Te equivocas, Knife —habló al fin Brendan después de unos pocos segundos—. Se lo dije a Morgan aquella noche en la que salimos

corriendo. Tú te sacrificaste para que ella pudiese vivir, yo solo me limité a sacarla del club. Pensé que habías muerto, es verdad, pero has demostrado ser el más duro de todos nosotros.

—¿Entonces me crees? ¿No cuestionarás mi inocencia?

—Creo que no tratabas de matar a Morgan y que Sarah tendrá que darme muchas explicaciones en cuanto logre dar con ella. Aunque primero escucharé las tuyas.

Brendan buscó a su hermana con la mirada. ¿Dónde se habían metido Digory y ella? Ladeó el rostro y vio a Darkworth enfilando la salida del club, en compañía de Amery. Le hicieron un gesto con la mano para indicarle que todo había acabado. El grupo era consciente de que no lograrían dar caza a Sarah, si había sido tan hábil como para tener a un tirador a sus órdenes sin que nadie se diera cuenta, ni tan siquiera el propio Knife, lo más probable era que alguien más la hubiese ayudado a escapar.

Lo importante era que todos estaban a salvo. Habían salvado la situación y la villana fue la única que huyó a toda prisa. Así que estaba más que claro quién era inocente y culpable… ¿no? Bueno, Knife necesitaba asegurarse de ello.

—¿Morgan? —gritó Brendan para llamarla, por si estaba todavía cerca.

—Si buscas a tu hermana, se ha marchado a toda prisa con su… hombre, tal y como ella misma lo definió, la llevaba en volandas, creo que tenían… asuntos delicados que tratar. ¿Por qué no subimos a mi despacho y te cuento una historia de lo más interesante?

—Mientras no intentes matarme y haya alcohol…

—¿Te vale un *brandy*?

—¿Sin adulterar con agua?

—Por supuesto.

—De acuerdo, subamos y cuéntame que es todo eso de un plan orquestado hace catorce años para acabar con Morgan y contigo.

—¿Sabes, Sallow?

—¿Qué debo saber?

—Tienes suerte, Sarah solo fue tu amante, yo acabé casado con ella.

Brendan soltó una larga carcajada.

—La culpa no es tuya, después de que Morgan pasase por tu vida, era imposible haber encontrado una mejor, así que forjaste lo que creíste que sería una gran alianza para mantener el club y a todos los que aquí trabajan.

—Nunca la olvidé —confesó Knife en relación a Morgan.

—Es comprensible, pero ella está perdidamente enamorada de

Ethan Digory.

—No me ha pasado desapercibido que en esta ocasión ha intentado salvarlo a toda costa. ¿Lo has visto?

—Estaba convencido de que Digory lo haría bien, ha sido por eso por lo que busqué al amigo de tu esposa y dejé que la protegiera él.

—¿Te gusta ese Digory?

—No más de lo que me gustabas tú.

—*Touché*. Subamos y bebamos hasta perder el sentido.

—Sabes que emborracharte no hará que tu esposa deje de serlo, ¿verdad?

Knife le sonrió y le palmeó la espalda.

—Sí, pero al menos hoy no se ha quedado viuda, tal y como deseaba. Es una victoria, Sallow. Celebrémosla.

—Pienso encontrarla.

—¿Qué harás con ella?

—No lo he decidido todavía.

—También tengo interés en que aparezca. Morgan no será la única que corra peligro, mi vida también estará en juego. Esta vez he sido yo quien ha trastocado por completo sus planes.

—Si la encuentras antes que yo, cosa que no creo que suceda, ¿qué harás tú con ella, Knife?

—Internarla en un sanatorio mental. Necesita ayuda, la cárcel no es la solución, y no puedo hacerle daño, aunque sepa lo que ella se proponía.

Brendan lo comprendía.

—Vamos a ver qué tal es tu licor. Tengo que conocer toda la historia acerca de Sarah.

—No va a gustarte.

—Lo sé.

Ambos se encerraron en el despacho. Bebieron, Knife le relató sus teorías y luego recordaron el pasado.

Las alianzas menos inesperadas nacían de necesidades apremiantes. El destino había convertido a Brendan Sallow y a Knife en extraños compañeros de viaje.

Epílogo

Una petición perfecta

Meses después.

La inminente señora Digory —aunque ella prefería seguir siendo la Duquesa Infame y que él fuese su duque— se estaba haciendo de rogar.

¿El motivo?

Nadie lo sabía.

Lo único claro era que el prometido estaba transpirando exageradamente, y no hacía calor en la capilla familiar de Darkworth Park, porque la novia llevaba un retraso de veinte minutos.

Era una ceremonia íntima. Entre los invitados figuraban: Brendan, Greyson, Aquiles, Althea y Tabitha Edevane, quien se había convertido en un gran activo para la familia. Así que una vez más el número de caballeros no coincidía con el de damas. No importaba, puesto que la familia soportaba bien la informalidad.

Se serviría un almuerzo copioso y después se serviría la tarta nupcial. Althea los había invitado a residir en la propiedad hasta que la malvada Sarah apareciese o alguno de los espías de Brendan y Amery les dijesen que ella había huido rumbo a los Estados Unidos de América, o a las Indias. El duque de Darkworth también tenía sus propias fuentes, pero eran de más alto rango. En definitiva, Sarah Pherson estaría acorralada tarde o temprano.

La pareja había tardado un poco en decidir la fecha de la boda. Brendan había querido celebrarla en cuanto le diesen caza a Sarah, pero como los días pasaban y nada más se sabía de su paradero, finalmente se fijó el día para celebrar una unión que nació del deseo y se iba a consumar por amor.

Las amonestaciones se leyeron y todo estaba resultando del todo corriente. Una boda no apresurada, sin licencia especial. Morgan se había quejado un par de veces de ser tan convencional en ese sentido, pero Ethan había insistido en que le diese el gusto de hacer algo tal y

como marcaba el protocolo social.

Las flores adornaban delicadamente la capilla. Lirios blancos que destacaban con alguna especie de hierba, tallo o como se llamase lo verde que los acompañaba. El vicario del pueblo también había hecho acto de presencia, lógicamente, y se veía preocupado por el retraso de la novia, pero no tanto como el propio Ethan.

—Habrá escapado por la ventana y la duquesa de Darkworth está pensando en cómo darme la noticia —dijo Ethan, más para sí mismo que para el mastodonte que figuraba a su lado.

Brendan le palmeó la espalda repetidamente y se rio de sus nervios.

—Cálmate, hombre. Tu futura esposa trató de colocarse entre una bala y tú. No va a huir ahora, tendría que haberlo hecho en aquel momento.

—¿Y cuál es la razón por la que tarda tanto?

—Es una mujer, ¿qué otro motivo necesitas? Cuando Althea se casó con Darkworth, hizo que lo esperase durante cuatro horas.

—No llegó ni a media hora —intervino el aludido.

—Tú la sentiste como si fuese un milenio completo —refutó Brendan.

—Veremos qué aspecto tienes tú cuando pases por la vicaría —refunfuñó Aquiles.

—¿Recuerdas lo que pasó el día de tu boda, Darkworth? —inquirió Brendan, negándose a darle una respuesta a su estúpida observación.

—Recuerdo más bien la noche. Fue memorable, por si te lo estás preguntando —respondió el duque.

—Estás hablando de mi hermana —se molestó Brendan.

Aquiles se puso lívido por lo que el gorila de malas pulgas acababa de decir a viva voz.

—¿También es tu hermana de corazón? —intervino Digory.

—Desde luego que sí —afirmó Brendan con tranquilidad—. Llevo soportando a Althea catorce años.

—Desde hace dos, la soporto yo —alegó Aquiles.

—¡Dios santo, Darkworth!, ardo en deseos de ver a Althea y contarle lo que has dicho —se mofó Brendan.

—Me has entendido perfectamente, Sallow.

—Por supuesto que sí. Todos lo hemos oído y serán mis testigos en caso de que Althea necesite pruebas. Has dejado claro que tu esposa es una arpía y la soportas desde hace dos años.

—¿Quieres recibir un puñetazo en la casa de Dios? Porque eso es lo que estás solicitando —lo avisó Aquiles.

—Hombre, con una pelea aquí, el pobre Digory tal vez dejase de

sudar tanto y de pensar en que Morgan se ha escapado.

—Lo sabía… —dijo derrotado el abogado—. Era demasiado bonito para ser verdad. Debí decirle que tenía las rosas rojas, los bombones y un precioso poema en nuestra habitación para esta noche. Incluso estaba dispuesto a ponerme de rodillas para… —Se calló enseguida, cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir frente a demasiado público.

Fue inevitable y él se dejó corromper, con mucho gusto además, por Morgan. Las cosas íntimas que habían practicado juntos… ¿Se podía pensar en esos asuntos dentro de una capilla? ¿Ardería en llamas por evocar todo el rato cómo sería el sugerente y descarado camisón que Morgan le había dicho que Althea le había regalado?

—¿Qué decías, Digory? —preguntó Brendan con el ceño fruncido.

—Camisón verde —dijo Ethan en alto.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Brendan a Darkworth.

—No lo he oído. Oye, Amery, tú que estás taciturno y pareces no perderte palabra. ¿Qué ha dicho Digory?

Era cierto que Amery, que estaba con ellos, no había articulado ni una palabra, solo se limitaba a escuchar.

—Camisón verde —les ilustró el amigo de Brendan.

—Entonces lo he escuchado bien —le dijo Brendan a Ethan—. No quiero preguntarte la causa de tus palabras.

—Está pensando en la noche de bodas —intervino Amery.

—Tan callado que estabas, ¿y tienes que meterte ahora en la conversación? —le preguntó con enfado Sallow.

El aludido levantó las manos en señal de rendición.

—No soy yo quien está pensando en el camisón que llevará Morgan esta noche.

—¡Quieres cerrar la boca, Amery! —El otro le sonrió en respuesta, pero no dijo nada más. Brendan se giró para ver al abogado. Se veía muy preocupado por el retraso de la novia, Brendan comenzaba a compadecerse de su sufrimiento… pero solo un poco—. ¿Qué decías de rosas y poemas? —Haría como que no había adivinado a lo que se refería sobre ponerse de rodillas…

Ethan suspiró.

—Creo que Morgan me está haciendo pagar una afrenta.

—¿Qué le has hecho? ¡No te puede haber dado tiempo a estropearlo! ¡Si aún ni te has casado!

—Deja de atosigar al pobre hombre. —Darkworth había roto una lanza en favor del novio.

—Veréis, creo que está enfadada y por eso no se presenta. Me hará

tener un ataque de apoplejía, y todo porque lleva dejando migajas sobre cómo esperaba que me declarase y…

—¿Declararte? —lo interrumpió Brendan—. Estás aquí para casarte y ¿no te declaraste antes?

—¿Quieres dejarme terminar la explicación, Sallow? —Brendan afirmó con la cabeza—. Le pedí matrimonio, pero no debidamente. Bueno, eso dijo Morgan. Ella quería sentirse una princesa y que yo fuese su príncipe azul…

—¡Qué ridiculez! —lo cortó Brendan de nuevo.

—Ya veremos en qué clase de hombre te conviertes tú cuando te llegue la hora de conquistar a una dama —alegó Aquiles, para después bufar.

—Sigue con la explicación, Digory, a ver si logro comprender algo.

—Verás, ella deseaba que me presentase con rosas rojas, dos docenas dijo, bombones, un anillo y que me pusiera de rodillas mientras sostenía la joya.

Para Brendan lo de las rodillas que dijo antes Ethan tenía en esos momentos un sentido más civilizado, pero a él le daba en la nariz que se trataba de otra cosa más pecaminosa cuando lo dijo la primera vez.

—¿No olvidas el poema? —intervino Amery.

—No, el poema es un añadido mío a su petición.

—Sigo sin comprender una sola cosa, Digory —habló Brendan.

—A ver, solo le presenté el anillo. No hice nada más de lo que me pidió porque quería darle una sorpresa esta noche. No sabía cómo hacer especial nuestra consumación, porque bueno… hemos consumado nuestro amor desde que…

—¡Por amor de Dios! —saltó Aquiles—. Este lugar no es el adecuado para hablar de estas cosas. El vicario está a poca distancia de nosotros, como nos oiga…

—El problema de Digory no es el vicario, soy yo y las ganas que tengo de romperle la cabeza. —Eran las palabras de Brendan, por supuesto.

—No puedes romperle la cabeza —apuntó Amery—. Moriría y Morgan no te lo perdonaría jamás.

—¿Una pierna? —siguió indagando Brendan.

—La necesitará para llevar en volandas a su nueva esposa si ella finalmente decide aparecer.

—¡Amery! —se quejó Ethan. Nadie le hizo caso.

—¿Y un brazo? —le preguntó Brendan a Amery.

—También los necesita para sujetar a Morgan mientras camina con ella. Recuerda que la lleva en volandas.

—¡Un dedo! —dijo con satisfacción al encontrar un hueso que no era imprescindible para Ethan.

—Si es como Althea, lo va a necesitar para ponerla a punto antes de… —El gruñido de Brendan alertó a Aquiles de que había dicho algo inaceptable en voz alta.

—¿A este puedo romperle las piernas? Ya está casado, no necesita levantar en brazos a nadie. —Brendan se estaba conteniendo.

¡Hermanas! No había peor castigo para un hombre que saber que eran mujeres. ¿No podían ser niñas toda la vida?

—Lo sorprendente es que nos ha regañado por hablar de asuntos indebidos en la casa del Señor y él haya hecho una aseveración tan impropia sobre dedos… —terció Amery.

—¿Regresamos a mi problema? —intervino Digory.

—Sigue hablando y no expliques nada que me haga querer darte una paliza —le recomendó Brendan.

—¡No sé ni por dónde iba!

—Rosas, bombones y poemas —le recordó Amery.

—Bien, le di el anillo y lo otro está ahora preparado en nuestra habitación, a la que nos dirigiremos en cuanto finalice la celebración de la boda.

—¡Al final te romperé los dientes! —lo avisó Brendan.

—¡Será mi esposa! Tendré la bendición de Dios para…

—Cállate, Digory, si no quieres empeorar más las cosas. Habla sobre lo que se tenga que solucionar. —Amery parecía ser el más sensato de los presentes.

—Ya lo he dicho todo. Como Morgan solo consiguió el anillo, creo que quiere hacérmelo pagar con este retraso.

—Bien —intervino Brendan—. Esto lo podemos arreglar. Aquiles y Amery subirán a vuestra alcoba y traerán las cosas aquí para que tú puedas hacer la perfecta petición de mano con la que ella soñaba. ¿Te vale eso?

—¿Por qué no vas tú? —se interesó Aquiles.

—Porque como suba a esa habitación, tiraré la cama por la ventana.

Digory agitó los hombros en señal de despreocupación y dijo sin darse cuenta:

—No necesitamos un lecho para…

—Dientes, piernas, brazos y dedos… ¡Te lo romperé todo! —Brendan estaba avanzando hasta él, mientras Aquiles y Amery trataban de apaciguarlo.

Un frufrú detuvo la inminente pelea. La duquesa de Darkworth se

acercó al grupo.

—¿Qué sucede? —preguntó al ver a Brendan rojo de furia.

—Cosas de hombres —alegó Digory—. ¿Morgan está bien? ¿Hay algún problema?

—No, solo necesita verte.

—¿Ves cómo no se ha escapado por la ventana? —se mofó Brendan.

El novio no lo escuchó, porque se puso a correr en busca de su prometida. Ethan usó los nudillos para llamar con suavidad sobre la madera maciza de la puerta que había cerca de la sacristía, se trataba de una pequeña sala donde acababan de acicalarse las novias para la boda.

—Entra —lo invitó Morgan.

En ese momento, la señorita Edevane abrió la puerta para salir. Pasó al lado del abogado, le guiñó un ojo y le dijo:

—Suerte. —Ethan se temió lo peor. Estaba aterrado. ¡Casarse era una tortura para un hombre enamorado!

El abogado entró de inmediato. Se quedó con la boca abierta cuando vio a su prometida.

Morgan lucía un hermosísimo vestido verde pálido de muselina, con un brocado de oro y diversos bordados en el escote y la falda. Un lazo en tono verde, pero más fuerte y brillante, la ceñía por debajo del pecho. Su pelo, de tonos dorados, lo llevaba recogido en un precioso moño sobre el que se coronaba una tiara.

—Eres una verdadera princesa de cuento, Morgan. La reina de mi corazón —declaró sin poder quitarle el ojo de encima.

—Tú también pareces un príncipe.

No mentía. Su traje verde de raso, a juego con el vestido de ella, sobresalía sobre la camisa de batista blanca.

Se dieron cuenta de que a ambos les apasionaba el verde, porque simbolizaba la esperanza, así que decidieron hacer de su boda un acto memorable. Resolvieron vestirse del mismo color.

—Tu Duque Infame… —Ella le sonrió por el modo en el que se había referido a sí mismo—, está deseoso de convertirse en tu amado esposo. ¿Todo va bien, mi amor?

—Oh, sí, va todo perfectamente bien.

—¿Entonces por qué no salimos y damos el paso que nos falta? —propuso él.

—Quería hacerte sufrir un poco.

—¿Cuál es el motivo? Soy el más caballeroso y atento de los prometidos —afirmó él convencido de sus palabras.

—Ya sabes por qué.

—¿Es por las rosas y los bombones?

—No olvides que ni tan siquiera te pusiste de rodillas.

Él suspiró. La conocía como la palma de su mano. Tendrían un matrimonio brillante, pues pocas sorpresas aparecerían.

Se acercó a ella y la rodeó entre sus brazos.

—Debes aprender a tener un poco más de fe en el hombre al que idolatras. —La besó en los labios para que ella no rebatiese su afirmación, y como se dio cuenta de que iba a hacerlo, sacó la lengua para besarla como en verdad deseaba.

La magnitud de ese beso fue tal, que ella casi perdió el sentido.

—Creo que ya podemos casarnos, a no ser que prefieras ir a consumar el matrimonio.

Ethan emitió una fresca carcajada.

—Para consumar el matrimonio primero tendremos que casarnos, mi amor.

—Ethan…, ¿por qué estás tan mojado? —Le había puesto las manos en el cabello cuando la besó y las tenía empapadas debido a la humedad del pelo.

—Porque llevo media hora esperándote, y por un momento creí que te habías escapado por la ventana a modo de represalia por no haberte pedido la mano como deseabas.

—Eres adorable. Te amo.

—Y tú eres bastante vengativa, más que la mujer que te persigue.

—Sarah Pherson no me preocupa lo más mínimo.

—¿No?

—No, tengo más guardianes que una princesa rusa. Ella tiene un gran sentido de la supervivencia, así que no tentará su suerte por el momento.

—De todos modos, quiero que tengamos una luna de miel larga.

—Por supuesto. Tabitha se quedará al mando mientras tanto, y como no hay más solicitudes de damas que deseen encontrar un compañero de cama ardiente… Supongo que puedo tomarme unas vacaciones.

—Me sorprende lo que me contaste sobre la señorita Edevane y Terring. Pero lo que más me asombra es que no te empeñes en buscarle un compañero de cama ardiente, tal y como tú misma has dicho.

—Todo a su debido tiempo.

Ethan frunció el ceño.

—¿Qué tramas?

—¿No has visto el modo en el que Tabitha mira a Brendan? Eso y

que una vez ella habló en términos muy específicos sobre él.

—¿Esto es una trampa para apresar a Sarah?

—¿Qué? —preguntó ella con la boca abierta.

—Creo que Althea, tu secretaria y tú habéis ideado un plan para que parezca que Brendan está enamorado de la señorita Edevane y así hacerla salir de su escondrijo. Te conozco mejor que tú misma, Morgan Digory…

—Todavía no tengo derecho a utilizar ese apellido.

—Ya, pero lo otro no lo niegas.

—Veremos lo que ocurre. Tal vez Tabitha Edevane conquiste a un duque.

—¿A quién?

—Pues a… a… a… Ya lo tengo, a Hardcastle por ejemplo. —Fue el primer título que le salió. Quedaban pocos duques disponibles.

Ethan Digory se carcajeó con fuerza.

—Conozco a Hardcastle, y no solo de haberlo visto en Hyde Park aquel día, te aseguro que el infierno se congelará antes que él escoja a una dama que no haya pasado por Almack's. —Era un club muy famoso donde se codeaban hombres y mujeres, todo en beneficio de lograr un matrimonio ventajoso.

—Tal vez la señorita Edevane estuvo allí tras su presentación —conjeturó Morgan.

—¿Hardcastle y Edevane? Vamos, Morgan, sé que has enunciado el primer título que te ha venido a la cabeza. No trates de sorprenderme, conozco mejor que tú esa maravillosa mente que Dios te ha dado.

—De acuerdo, admito que es imposible que Tabitha acabe casada con un duque, menos con Hardcastle, pero… ¿Qué me dices de…?

—Como nombres de nuevo a tu hermano de corazón…

—No iba a hacerlo, ¿pero qué tendría de malo él?

—Sallow está demasiado impactado con la revelación de que Sarah Pherson era una arpía de la peor clase, así que dudo que quiera enredarse con ninguna mujer ni tan siquiera para aliviar sus necesidades masculinas. ¿A quién iba a mencionar si no era a Sallow? —se interesó curioso.

—A Greyson Amery —dijo ella con el mentón en alto.

—No funcionará tampoco. Fíjate lo que te digo, es más factible que tu amiga Tabitha termine casada con un duque, no con Hardcastle por supuesto, que con Greyson Amery.

—¿Por qué dices eso?

—Porque dudo que alguna vez ese hombre pueda dejar de amar a Althea. Debe ser incómodo estar en los zapatos de Darkworth.

—Lo has notado, ¿verdad?
—La mira del mismo modo que yo a ti.
—Aquiles comprende que ella lo ama como a un hermano y confía tanto en Althea que por eso permite que sigan manteniendo una relación, pero él debería enamorarse de otra mujer. ¡Eso es!
—¿Qué es, qué? —interrogó Ethan.
—Voy a encargarme de que Tabitha y Greyson acaben enamorados, mejor… casados —se rectificó de pronto.
—¿Por qué primero no te ocupas de tu propio matrimonio?
—¡Eres tú el que ha venido a charlar conmigo!
Ethan rodó los ojos. Lo siguiente que ocurrió fue que la alzó en sus brazos y la llevó en volandas donde todos los esperaban para comenzar con la ceremonia.
El vicario estuvo en su sitio antes de que se produjese otro contratiempo. No iba ni a regañar al novio por las confianzas que se había tomado.
—Queridos hermanos, estamos hoy aquí para…
Comenzó una boda soñada, impensable al principio, pero ilusionante al final.
Iba a convertirse en la señora Digory, aunque no dejaría de lado a su *alter ego*, a la Duquesa Infame. Ya vería cómo haría casar ambos estatus…
Morgan miró a su familia antes de poner sus ojos en su inminente marido. Todos parecían igual de felices que ella. Incluso Brendan. Se acordaba muy bien de cómo se puso de nervioso el día de la boda de Althea, faltó poco para que él mismo la secuestrase y se la llevase lejos, porque emparentar con un duque lo mataba.
Suspiró embelesada después de contemplar durante un buen rato el perfil de Ethan. Él se ladeó para observarla y sonreírle también. Se amaban el uno al otro con todo su ser.
El vicario carraspeó y ellos entendieron que tenían que atenderle y dejar de observarse con devoción. Lo hicieron.
La inminente señora Digory decidió que no le diría a Ethan que había visto a Althea dejar rosas rojas en la habitación que les había asignado para pasar la noche como marido y mujer.
Estaba ansiosa por descubrir qué más sorpresas encontraría en su alcoba. Si él había llevado un paquete de bombones, tenía un par de ideas para derretir el dulce y colocarlo en lugares de lo más interesantes.
¿Se podía tener pensamientos impuros en un lugar sagrado?
¡Bah, seguro que sí, si eran con el hombre con el que se estaba

casando! Además, ella era la Duquesa Infame y el Creador no debería sorprenderse de nada ya… ¿no?

Fin

Aclaración sobre la serie

Os recuerdo una vez más que esta nueva serie está compuesta como siempre por libros independientes, y contará las historias de secundarios que han aparecido en otros libros.

La serie *Reinas de Corazones* (inicialmente) tiene estos títulos: 1) A un suspiro de ti

Althea Marriott y Aquiles Darkworth (Duque de Darkworth) 2) A un beso de ti

Zelina Myers y James Salsbury (Duque de Rothgar) 3) A una caricia de ti

Morgan Pusset e Ethan Digory.

4) A un abrazo de ti

Hardcastle y… ¿?

Nota de la autora

Miss queridísimas lectoras, muchas estabais expectantes con respecto a quién podría ser la pareja de Morgan. No os mentiré, me gustaba mucho Brendan para ella, pero me resistí a cambiar el rumbo de lo que tenía pensado cuando Althea apareció por primera vez.

Había mucha química entre ellos, pero de alguna manera no podían ser pareja. Además, desde que Ethan Digory apareció en la historia de Liberty, muchas de vosotras me rogabais para que le diese un final feliz porque el pobre acabó devastado. Digory fue un buenazo desde el primer minuto y tenía que seguir siéndolo aquí. Más mordaz debido al sufrimiento que padeció con Liberty, pero con un gran corazón. Espero haber logrado daros un libro bonito, que os haya tocado la fibra y os haya estremecido.

Siempre lo digo y no me canso de repetirlo. Cuento historias con la única pretensión de divertir y pasar un buen rato. A las que me apoyáis os debo muchísimo, pues en los momentos en los que una duda, aparecen los mensajes más preciosos que una autora pueda leer.

Bueno, después de deciros que os amo mucho, mucho, muchísimo, sé que he dejado ahí a Amery marchitándose como una flor por Althea, a Brendan devastado por lo mala que me ha salido Sarah, y a Tabitha con una desilusión que me ha costado mucho idear, porque sabéis que me agrada darle finales felices a todos.

Me encanta casi tanto como los propios duques, así que después de la historia de un abogado brillante y magnífico, regresamos a los duques con Helmer Culpepper, Hardcastle.

¿Con quién lo casamos? ¿Una dama nueva que me saque de la chistera?

Uhm… muy pronto lo veremos.

Dejo de escribir hoy para mañana ponerme con su historia. Así de contenta me tenéis, escribiendo como una esclava para vosotras, porque os amo mil. Tanto como Morgan a Ethan.

El resto de mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Disolutos sin Corazón

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline 3) Una institutriz para el vizconde Portman 4) Una Navidad para los duques de York 5) Una prometida para el duque de Phenton 6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor: 1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada) 1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía) 2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse 3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices

1) Rosemary, una institutriz soñadora 2) Philomena, una institutriz desdichada 3) Marianne, una institutriz realista 4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente
Serie Inesperada (Junto con A.S. Lefebre) 1) Una pupila inesperada
2) Una prometida inesperada
3) Una candidata inesperada
4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano) 1) Un esposo inconveniente
2) Un amor inconveniente
3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:
Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar
Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea
Club Inhibiciones (Romance erótico)
¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

No te pierdas la siguiente historia de la serie

«A un abrazo de ti»

Link: https://pge.me/Jd3gNn



Helmer Culpepper es el déspota duque de Hardcastle. Ese es el adjetivo más significativo que su hermana pequeña usaría para referirse a él. El noble de alta alcurnia tiene un insignificante y vergonzoso secreto que lo incomoda muchísimo. No son marcas de viruela en el rostro o en cualquier otro lugar, como tiene un amigo suyo, eso sería más fácil de sobrellevar. Tampoco tiene que ver con su entrometida hermana, *lady* Venus, aunque ella es molesta hasta decir basta. Es algo más serio que le impide llevar una vida normal.

Comprende que debe casarse, pues el título lo exige. Desde que escuchó a Venus hablar con la casamentera más famosa de todo Londres, no solo por sus habilidades para unir matrimonios estables, sino porque esa Duquesa Infame es un escándalo andante, Hardcastle

sabía que se encontraba en un gran y serio aprieto. Venus es obstinada y suele salirse con la suya con facilidad…

Viudas y solteronas, la especialidad de la Duquesa Infame, están fuera del camino de Helmer. Descartadas. Así que tiene que convencer a Venus de que lo deje ir a su aire y confíe en que sea capaz de encontrar en Almack's a una esposa decente, a alguien que no se ría de él cuando descubra su problema. Una muchacha insegura e inexperta, recién salida del nido, le parece la mejor opción, la más segura.

El inconveniente llegará cuando Venus se dé cuenta de que ella sabe mejor que nadie lo que le conviene al cabezota de su hermano, y entonces… ¡pum! Todo puede saltar por los aires.

Con Hardcastle llega la cuarta entrega de la serie que ha vuelto a colocar a Verónica Mengual en el centro del panorama del romanticismo de época. Todo gracias a sus fieles y amadas lectoras. ¡Vosotras! ¿Seguimos disfrutando de los duques autócratas? ¡A por ellos!

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1